

por él le haré esclavo mío: al Dios de la tierra voy el mal a proponerle.

MIG. No cuentas con su razón, que le defiende.

Luzb. Verás como se la lleva tras de sí el ciego corazón.

MIG. Pruébalo, pues el Señor te lo permite.

Luzb. Si osara a impedirme, probará que me tenía temor.

MIG. No: mas si aun su soberano poder...

Luzb. Sé que es infinito.

(*Interrumpiéndole*) Dios, que puede mi delito perdonar: sé que su mano puede tenderme otra vez y abrirme la celestial mansión; pero nunca igual tolerará mi altivez.

Nunca paz entre los dos.

Con él y sus obras guerra.

Dios ha criado la tierra.

Voy a hollar la obra de Dios.

Esclavo de Jehová.

Al Señor del firmamento di tú que en este momento Luzbel a la tierra va.

MIG. No te lo puedo impedir, pues te lo permite Dios.

Luzb. Ya está el hombre entre los dos: llorad por su porvenir.

MIG. Sea, y parte.

Luzb. Sea; el vuelo tiende al cielo: yo también voy a hacer nueva guerra en la tierra del Edén.

(*Miguel desaparece. Luzbel sigue avanzando hacia el centro de la escena: las nieblas empiezan a aclararse muy lentamente al son de una música tan suave que no impida la representación.*)

ESCENA III

Luzbel; LA TENTACIÓN, a sus pies

Luzb. Ya alcanzo las regiones en donde el sol alumbra: ya cruza la penumbra del caos lliminar:

ya siento que me olean las brisas de la altura: percibo la frescura del azulado mar.

He allí la tierra. Nieblas terríficas del caos, volveos: disipaos, no os necesito ya.

Surcando de su atmósfera las auras apacibles, mis alas invisibles me llevarán allá.

He aquí el Edén. Hermosa y espléndida morada que extrajo de la nada potente Jehová: yo viciaré tus gérmenes de vida y de ventura, y hacia tu nada oscura te polvo rodará.

(*La sombra se ha disipado completamente; Luzbel y la Tentación quedan sobre el tablado, o desaparecen, al gusto del pintor.*)

SEGUNDA PARTE

EL PARAÍSO

La decoración representa el Paraíso terrenal. El Eufrates, que corre por el fondo formando una cascada, cuyas móviles ondas reflejan los resplandores del sol naciente, fecunda las plantas vigorosas y corpulentos árboles que brotaron de la tierra virgen a la palabra del Criador. Las aves saltan de rama en rama, llenando el aura de armoniosos gorjeos; las fieras duermen todavía pacíficamente a la entrada de sus grutas o guarecidas de los arbustos, entre los cuales crecen sin cultivo las más delicadas flores: los frutos maduros penden profusamente de los plátanos y las palmeras. La majestuosa calma de la soledad, la lozanía de la primavera y la luz suave y rosada de la aurora, poetizan este panorama.

ma del Paraíso terrestre. Adán y Eva duermen entre flores al pie del árbol de la ciencia, que estará en segundo término, y sólo representan mimicamente. La presentación de Luzbel y la Tentación en la escena cuarta, se efectuará del modo que al pintor le parezca conforme con el de que se sirvió para su desaparición: aunque pueden quedar sobre el tablado sencillamente, cuando la última gasa de las tinieblas se disipa al fin de la escena anterior.

ESCENA IV

Luzbel, La Tentación. (*Adán y Eva, durmiendo.*)

Luzb. ¡Delicioso lugar, copia del cielo! ¡Inmensa creación, yo te concibo en tu grandeza celestial! Tu suelo, cuán distinto ¡oh amargo desconsuelo!

del abismo infernal en que yo vivo! Allí duerme tranquilo el ser dichoso, señor de esta balsámica ribera; aquí, de su contento cuidadoso Dios, dividió el solaz de su reposo con una cariñosa compañera.

Yo reconozco tu poder supremo, eterno Jehová, y a solas lloro de mi altivez el criminal extremo; y mas odio tu poder, porque te temo; y porque te le envidio, no te adoro.

Criador de los mundos, yo detesto tus obras, como tú grandes y bellas; y pues permites que las huelle, presto vas a ver con pesar mi soplo infesto desparramar la corrupción en ellas.

Avanza, Tentación fascinadora; silenciosa introdúctete, hija mía, por esa tierra fértil, y traidora, infunde tu palabra corruptora en ese ser para quien nace el día.

Tent. Rey poderoso del averno. ¡Ha tu venganza de mí; yo he comprendido, cual tú, con mi satánica mirada, los átomos del mal, que (por descuido tal vez) Dios en su obra ha introducido al amasarla a oscuras en la nada.

Yo voy a fecundarlos con mi aliento; yo voy mi esencia a derramar mortífera por cuanto sirva al hombre de alimento, y a borrar en su casto pensamiento,

de su Dios la memoria salútfera. ¿Ves aquella serpiente que allí ondula desarrollando en espiral movable su cuerpo dócil? Pues en él circula un veneno letal, que se inocula dulcemente en el alma: es la terrible ponzoña del error y la mentira. Yo voy a colcarme dentro de ella; voy a llegarme con callada huella a esa mujer que junto a Adán respira, que es a par de su bien su mala estrella, y voy a deslizar por sus oídos una de esas palabras tentadoras, una de esas ideas destructoras que pierden a los ángeles nutridos con esencias del bien germinadoras.

Tú entretanto derrama, padre mío, los efluvios del mar por cuanto en torno vive, se nutre, o sirve de atavío de esta región al vegetal contorno; y Narcotiza y encanta el son del río, el olor de las flores, la frescura del aire, el brillo de la luz, la pura emanación vivifica que vierte el sol fecundador; aquí segura puede su planta dirigir la muerte. Yo te respondo de ello.

Luzb. Profundizo en tu infernal pensamiento.

Tent. Voy, pues, a ejecutarlo en el momento, antes que los espíritus guardianes de este lugar, sóndeñ el hechizo y hagan infructuosos mis afanes.

Luzb. Ve, Tentación, deslízate: profana el vaso virginal de su pureza; hiera el rayo celeste su cabeza; y entrega a mi rencor la raza humana. Yo ayudaré tu impio sacrilegio con el poder letal de un sortilegio.

(Vase la Tentación.)

ESCENA V

Luzbel, (*Adán y Eva, dormidos*)

Luzb. Yo también tengo poder; también puedo en un momento de los átomos del viento

mil espíritus hacer. J
Yo también puedo volver,
con un hábito infernal,
esta atmósfera vital
que respira ámbar celeste,
en atmósfera de peste
caliginosa y letal.
Brotad, pues, y aglomeraos,
oh maléficis vapores,
que os encerráis de las flores
en el aromal. Apartaos
de los salubres olores:
viciad su respiración,
llenad su imaginación,
de vertiginosos sueños,
y preparad en los dueños
del mundo, la tentación.

Así: ya os veó exhalaros
de las fragantes corolas,
e ir en invisibles olas
de su aliento a apoderaros.
Luchad por inocularos
en sus fibras más vitales;
de sus vasos cerebrales
espesad la sangre pura,
y cegad con niebla impura
sus rayos intelectuales.
*(La serpiente, arrastrándose por entre los
arbustos, se llega a Eva, dormida.)*

He ahí la falaz serpiente
que se aproxima al oído
de la mujer... Mas ¿qué ruido
turba el silencioso ambiente?
Es el arcángel custodio
del Paraíso, es Gabriel.
Venga y gustará la hiel
de mi venganza y mi odio.
*(Aparece Gabriel del modo que al pintor
parezca más conveniente.)*

ESCENA VI

LUZBEL, GABRIEL

GAB. ¡Luzbel aquí!
LUZBEL. Culpa es tuya:
y si salgo con mi intento,
fuerza es que tu Dios te arguya
por ella en el firmamento.

GAB. Penetro tu intento impío:
tu hija es aquella serpiente:
mas yo estorbaré...

LUZBEL. Detente:
Dios les dió el libre albedrío,
y él me permite tentar
la fe de su corazón;
les basta con la razón
para discernir y obrar.

GAB. Señor, ten piedad de mí.
*(La serpiente se ha ido acercando al oído
de Eva, que se despierta y se sorprende
de verla tan cerca: después se espanta
de oírle hablar: luego la escucha. Ga-
briel se postra a orar.)*

LUZBEL. Invoca a Dios; pero mira.
Ve a la mujer que se admira
de hallar la serpiente allí.
Mírala cómo se espanta
de oír un acento humano
del reptil en la garganta.

GAB. ¡Piedad, Señor soberano!
LUZBEL. Oye: la distancia es mucha;
mas tus celestes oídos
percibirán los sonidos
de sus palabras: escucha.
«Ya tanto como tú soy
(Eva figura que habla con la serpiente.)
(la dice): yo de la ciencia
comí la fruta, y mi esencia
se divinizó desde hoy.

Yo soy sabia como Dios: lo que él
os prohibió que comierais
de ese árbol, porque no fuerais
Dioses a su igual los dos.»

GAB. ¡Oh satánica impostura!
LUZBEL. Tan falsa como funesta,
porque crédito la presta,
como ves, la criatura:
mira cómo se sonríe,
a la serpiente escuchando:
mira cómo, deseando
ser igual a Dios, se engríe.

*Pantomima de Eva correspondiente con
las palabras de Luzbel.)*

GAB. ¡Ah, no! Tu serpiente en vano
le ofrece el fruto fatal.
Ella rehusa.
(La serpiente sube al árbol rodeando en es-

piral su tronco, coge la fruta con la boca y se la ofrece a Eva.)

LUZB. No tal:

mira, ya tiende la mano:

mira, ya despierta a Adán para que coma también.

(Eva despierta a Adán: pantomima correspondiente.)

GAB. Él se opondrá.

LUZB. O comerán.

los dos, que se quieren bien.

GAB. Mira cómo Adán se altera

(Pantomima de Adán.)

y a su tentación resiste.

LUZB. Sí, mas ve cómo Eva insiste.

GAB. ¡Gran Dios!

(Eva va a morder la fruta.)

LUZB. Otro instante espera.

(Con alegría.)

GAB. ¡Eva come!

(Come Eva y luego Adán.)

LUZB. Y también él.

GAB. ¡Tan frágiles!

LUZB. Tan perversos;

Dile a Dios que haga universos

y hombres como ese, Gabriel.

(El árbol de la Ciencia desaparece transformado en un vapor. Adán y Eva quedan anonadados.)

GAB. ¡Supremo Dios!

LUZB. Yo me río

de la fe que el hombre encierra.

¡Volad, huid de la tierra,

ángeles! El mundo es mío.

(Gabriel desaparece. Un querubín, con una espada de fuego, aparece sobre una altura en el Edén. Una muralla de troncos secos y espinos, entre los que se anidan los cocodrilos y las culebras, sale de debajo del tablado, cerrando el Paraíso; esta decoración contrastará por su aridez con la frescura y vitalidad de la anterior. Adán y Eva, cubiertos de hojas, salen por una boca o antro que tendrá esta fantástica muralla; detrás sale la Tentación, después Luzbel y tras de todos el Querubín, que se queda a la entrada del Paraíso. Noche; truenos. Adán y Eva cruzan el teatro.)

ESCENA ÚLTIMA

ADÁN Y EVA, que cruzan la escena; LA TENTACIÓN; LUZBEL; EL QUERUBÍN

LUZB. Síguelos, Tentación. Sobre la tierra crezcan y multiplíquense, obedientes del Señor al precepto: mas que en guerra vivan con sus culpables descendientes. Vivid y germinad en el pecado: hasta que de él vuestro Hacedor cansado, al sol, que el mundo sin cesar recorre, ordene convertir en vil ceniza la tierra que en su nombre fecundiza, o un diluvio sobre ella desgajado, de ella y del libro de la vida os borre.

LUZBEL, GABRIEL

EL DILUVIO UNIVERSAL

COMEDIA DE ESPECTÁCULO EN TRES ACTOS

PERSONAS

LUZBEL.

LA TENTACIÓN.

NOÉ.

JAFET.

SEM.

CAM.

NACOE.

SERAFILA.

BÁRTENA, mujer de Noé.

ADA, mujer de Cam.

CÉLFORA, mujer de Sem.

TARÉS.

GENTE DE LA CIUDAD DE ENOC.

MÚSICOS Y BAILARINES.

ACTO PRIMERO

El teatro figura una explanada en la subida de un monte: a la derecha, se supone un valle; a la izquierda, la cima de la montaña. En el fondo de la escena hay una ara de piedra.

ESCENA PRIMERA

LUZBEL, después LA TENTACIÓN.

LUZB. Ya la raza de Adán con sus de-
(Apareciendo.) [litos
la clemencia de Dios tiene agotada,
y ya anuncian presagios infinitos
que pronto el mundo volverá a la nada.
Yo la tierra miné, y en lo profundo
de su centro fijando mi morada,
la perdición del hombre encomendada
dejé a la Tentación. Ya su fecundo
veneno en él inculcó sin duda,
y es tiempo ya de que a mi voz acuda.
¡Ha de la Tentación!

TENT. Nuestro es el mundo.

Los hijos de Cain contaminaron
a los hijos de Set, y sacrificios
no hacen ya a Dios, y en alas de los vi-
dejándose ir, su origen olvidaron, [cios
La luz de su celeste entendimiento
han empleado en torpes invenciones:
Enoc de una ciudad abrió el cimiento:
Jubal les enseñó vanas canciones
a entonar con la cítara: el concerto
de su son les atrajo: sus pasiones
les cegaron: rompieron los altares
y diéronse al placer y a los cantares.
Tubalcain del hierro hizo tajantes
armas, y contemplándose más fuerte
que los demás, con otros semejantes
a él, a los más débiles dió muerte.
De nefandas uniones los gigantes
nacieron, y los crímenes: de suerte
que es hoy la racional naturaleza
sentina de impiedad y de impureza.
Nuestro es el mundo, padre: impía raza

del crimen, es la que la tierra habita, y el Criador en vano la amenaza por boca de Noé: ciega rechaza la voz de la virtud, y al cielo irrita.

LUZB. Dios la va a destruir. El firmamento es un libro en que Dios su ley escribe, y en él saben mis ojos inmortales deletrear los decretos celestiales. Dios va a borrar cuanto vegeta y vive en medio de esos seres criminales.

TENT. Uno hay, empero, cuya fe inflexible

se opone de sus vicios al torrente y aplaca del Señor la ira terrible, moviéndole a piedad con esa gente. Uno hay, que de los montes en la cima, huyendo de su pueblo y de sus ritos, ora al Señor, y Dios se le aproxima, tolerando por él tantos delitos.

LUZB. ¿Noé?

TENT. Noé.

LUZB. ¿No pudo tu falacia con su virtud?

TENT. No pudo: sus dos hijos, virtuosos como él, hallaron gracia a los ojos de Dios; pero los hijos principios de su fe, que abandonase conseguí, su hijo Cam.

LUZB. Para la ruina de todos, tal vez Cam será la base

TENT. Imposible, Luzbel: su fe es divina.

LUZB. Yo la combatiré: sobre la tierra desde este punto velaré contigo, y haré a Noé tan incansable guerra, que ha de creer al cielo su enemigo, o a manos de la inica muchedumbre perecerá.

TENT. Allí viene hoy por esposa toma su hijo Jafet, de entre las hijas de la ciudad de Enoc, la más hermosa.

LUZB. Busquémole un rival.

TENT. ¡Oh! Ya le tiene en un retoño de Cain, y luego reventará de la discordia el fuego entre ellos: hebe: con sus hijos viene a esperar a la esposa prometida, que ha de acudir de la ciudad,

LUZB. Pues vuela, y a la ciudad contra Noé rebela, y perezca esa raza maldecida. Yo quedo aquí a espiarlos entretanto.

TENT. Voy, pues. (Vase.)

LUZB. ¡Generación envilecida: pronto desde los campos de la vida vendrás conmigo a la región del llanto! (Se oculta.)

ESCENA II

NOÉ, SEM

NOÉ. Debe de acudir aquí Serafía hoy, y tardar no puede ya. ¿Ves llegar de ese lado alguno?

SEM. Sí, padre mío: una mujer hacia nosotros, con planta leve y veloz, se adelanta.

NOÉ. Serafía debe ser. Pero ¿y Jafet?

SEM. Por el monte quedó, corriendo una fiera.

NOÉ. Ser el primero debiera que hallara su esposa. Ponte sobre ese cerro, y explora del campo la lejanía. (Vase Sem.)

ESCENA III

NOÉ, SERAFILA

SER. Noé, señor.

NOÉ. ¡Hija mía, Serafía encantadora!

SER. Déjame besar tus manos.

NOÉ. Toma los brazos más bien, ¡y ojalá en ellos te den los destinos soberanos del cielo! tantas venturas, como avecillas el viento pueblan!

SER. Con solo tu acento ya, señor, se las procuras a mi pobre corazón; mas ya se aproxima, creo,

tu gente, y aunque no veo damizoriza es entre ella a Jafet, razón obamra obmano es que me adelante, no im obmanobada NOÉ. ¡Oh Espera, ol ne étra em que por ese lado Sem y levanta a se acerca, y con él también HJ. MAD llega Jafet.

ESCENA IV.

NOÉ, SERAFILA, BARTENA, ADA y CÉLFORA, por un lado; por otro, SEM y JAFET.

BART. Hechicera me actualiza Serafilla, abrázanos.

ADA. Bendita tú, que a traer nos vienes honra y placer. (Abrázanse.)

SER. Que os lo recompense Dios.

JAF. ¡Serafilla mía!

SER. ¡Esposo!

JAF. Por fin has dejado la ciudad, y te has salvado de ese pueblo escandaloso.

SER. ¿Quién puede vivir allí con gente tan depravada?

Su atmósfera está impregnada de letal ponzoña. Allí no hay Dios, ni fe, ni pudor.

En ese pueblo maldito ninguna infamia es delito.

Ya Dios no tiene allí altares, y en vez de sus alabanzas, de sus impúdicas danzas se oyen no más los cantares.

NOÉ. ¡Miserable raza de Adán, y más misera la mía, pues con esa turba impía se encenaga mi hijo Cam!

JAF. Dios le tornará, señor, tal vez al paterno seno.

NOÉ. El corazón tiene lleno de impiedad, y en el error persistirá. Yo le pido por él a Dios; pero en vano: Dios no le tiende su mano.

Cam es un hijo perdido

para su padre, y acaso para Dios, que a él no le perdona,

a todos nos abandona, y el tiempo va paso a paso,

arrastrándonos al fin de una destrucción total,

por el pecado fatal de la raza de Caín.

JAF. No, padre: tal fin no creas; yo sé que Dios nos ampara.

NOÉ. ¿Por qué?

JAF. Porque prueba clara tengo de ello: y porque veas que es para nosotros mucha su piedad, por raros modos,

atento, señor, escucha, y escuchadme también todos.

ESCENA V.

DICHOS; CAM, que dice dentro

CAM. ¡Hola, padre, Jafet, Sem! ¿No me contáis eso a mí? (Sale.)

¿Olvidáis que yo nací en vuestra casa también?

NOÉ. Sí, Cam, por mi desventura sé que en mi casa naciste;

mas sé que de ella te huíste, sumiéndome en la amargura.

CAM. ¡Bah! Deja, padre Noé, por hoy tus tristes quejidos;

que me duelen los oídos. Cuando tu casa dejé,

te ahorré el gasto que te hacía, conque vaya uno por otro.

Luego tu casa es un potro para mí. Tú en la agonía nos tienes siempre, augurando

desastres, muertes y ruinas, y, en fin, padre, desatinas

ya, porque vas caducando.

NOÉ. ¿Cómo, villano?

CAM. No hay que ponerse amoscados: el que nace,

viejo y caduco se hace.

¡Y qué diablitos hay que hacerse!

Yo soy mozo, y soy buen mozo, y me gusta divertirme,

y no quiero aquí pudrirme bajo el pesar, cuando el gozo en la ciudad me convida: conque así, cuando he tomado pies de tu casa a otro lado, no hice una mala partida. Aquí tengo una mujer sola, y flaca y gruñidora, y en la ciudad cada hora tengo ciento en que escoger: aquí comemos verbajos, y verduras indigestas, viviendo en chozas infestas, pasando frío y trabajos; y allí, en cómodas moradas y en olorosos jardines, las mesas de los festines están de carne atestadas. Vosotros estáis aquí siempre gimiendo y jipando, mientras siempre están cantando y divirtiéndose allí.

Cada cual obre a su antojo. Vosotros queréis moriros con hambre y dando suspiros; bueno: ¿mas en qué os enoja si de vosotros me aparto? La razón de ello es muy llana: la de que me da la gana de morirme alegre y harto.

NOÉ. Calla, Cam: detén la lengua que desatas tan sin juicio. Tú eres esclavo del vicio y de tu familia mengua.

CAM. Vaya, déjate de quejas, padre Noé: según creo, iba de cuento, y deseo escucharlo, si me dejas. Jafet os iba a empezar una de sus relaciones.

NOÉ. ¡Ojalá que sus razones te puedan aprovechar!

JAF. Escucha, pues, mal hermano, lo que ya oír no mereces, pues ya no nos perteneces.

CAM. Siempre ha de haber un profano.

JAF. Todavía encapotada yacía la tierra en sombra, aunque ya hacia el horizonte

se aproximaba la aurora, cuando armado de arco y flechas, abandonando mi choza, me entré en lo espeso del monte a levantar una corza.

CAM. ¡Hola! ¿Ya se come carne por aquí?

JAF. Quise mi boda celebrar con un banquete.

CAM. Y era prevención muy docta.

JAF. Llegué a la corza, en el arco llevando una flecha pronta; mas con el alba que rompe, la bestia veloz, que nota vigilante mi presencia, de un salto su vigorosa carrera emprende, y mi flecha fué a despuntarse en las rocas.

CAM. Conoció que hecha tenías sólo a verbajos la boca, y no quiso dar sus lomos por manjar a gente tosca.

JAF. Seguí su pista afanoso por cogerla, jempresa local. Sólo conseguí perderme por la soledad recóndita de la selva. Mas he aquí, que al tender la vista ansiosa en rededor, anhelando dar con la senda más corta para salir de las breñas, a mis miradas atónitas se presentó un espectáculo de explicación misteriosa.

Por cima de los peñascos, precipitando sus ondas, comenzó a brotar un río de corriente cenagosa,

que allá, cruzando de un valle por las quebradas angostas, se labró por ambos lados dos riberas arenosas.

En una, en la que a mi parte estaba de mí más próxima, de gente extraña a la nuestra muchedumbre tumultuosa, para pasar se agolpaba de aquella orilla a la otra: gente en su faz y en su traje

y en su acción diversa toda.
 Unos, ceñían altivos
 resplandecientes coronas;
 otros, en rotos harapos
 envolvían sus personas.
 Unos, su mano derecha
 con varas de plata adornan;
 otros, vestidos de hierro,
 plumas y enseñas tremolan.
 Cuál, con sutiles tejidos
 su audaz gallardía orna,
 cubiertos cintura y hombros
 de pedrería ostentosa.
 Cuál, con talarés ropajes,
 que a veneración provocan,
 en piras de jaspe y ágata
 quema sagrados aromas.
 Mas todos, viejos y mozos,
 los que esta multitud forman,
 a nado a cruzar se echaban
 la corriente cenagosa.
 Los unos, embarazados
 con sus vestidos y joyas,
 ahogándose, se sumían
 sorbidos entre las olas.
 Muchos a la orilla opuesta
 llegaban tras de angustiosa
 lucha, a brazos mantenida
 con las aguas impetuosas.
 Todos, empero manchados,
 salían, y con las ropas
 rasgadas... y transformados
 en fin, de una orilla a otra.
 Sólo una mujer, más blanca
 que la nieve, más hermosa
 que el cielo azul, más brillante
 que el sol que al oriente asoma,
 adornada con un manto
 que el oro y las perlas orlan,
 y coronada la frente
 de estrellas deslumbradoras,
 tocó con segura planta
 de las aguas peligrosas
 la ribera, y a cruzarlas
 empezó. Sobre las ondas,
 desde sus plantas brotando
 y para sus plantas solas
 hecho, un puente de luz y oro
 a esta mujer prodigiosa.

franqueó un camino, que a nadie
 de los demás se le otorga.
 Contemplaba yo extasiado
 a aquella inmortal señora
 cruzar el mortal puente,
 risueña, tranquila, hermosa,
 cuando una voz celestial
 amiga, suave y armónica,
 me dijo: «Ves esa reina
 que el real privilegio goza
 de no tocar esas aguas
 que encenagan cuanto tocan?»
 Pues de un hijo de Noé
 ha de nacer, vencedora
 de la muerte y del pecado,
 a ser puerta de la gloria;
 para que el padre dichoso
 de esa mujer se conozca,
 hoy un laurel de la selva
 le tejerá una corona.
 Todos le debéis respeto:
 y es de la familia toda
 el jefe, el progenitor
 de esa prole venturosa.
 Calló la voz: disipóse
 la visión fascinadora:
 volví en mí y me hallé en el linde
 de la montaña escabrosa,
 donde la voz de mi hermano
 oí, que a distancia corta
 me gritaba: «Vuelve, vuelve,
 Jafet, que llega tu esposa»
 NOÉ. ¡Insigne favor, que el cielo
 nos hace!
 CAM. ¡Y bonita historia!
 NOÉ. Ya habéis oído, hijos míos,
 la celestial predicción
 que os promete salvación
 en medio de los impíos.
 SEM. Hasta que el cielo sentencia
 pronuncie tan singular,
 en los tres ha de durar
 tan honrosa competencia.
 CAM. ¡Bah! ¡Bah! Yo de venideros
 honores no hago cosecha:
 muerto yo, ¿qué me aprovecha
 el bien de mis herederos?
 La acción que yo tengo, doy
 a quien la quisiere.

TODOS. ¡Cam!

CAM. Lo dicho: ya me estarán aguardando; conque voy a la ciudad, a traerlos para celebrar la boda, mis amigos, gente toda buena, alegres compañeros, muchachas frescas, resueltas, que os cantarán maravillas, dando saltos como ardillas, y como mosquitos, vueltas.

NOÉ. ¡Cam!... ¡Hijo mío, detente!

JAF. Escucha, hermano.

CAM. No entiendo de historias. Que hagáis pretendo lo que hace toda la gente cuando se casa. ¡Por vida de quién!... No me da la gana: quiero música y jarana en la boda, y prevenida la tengo, y por ella voy, aunque os haya de pesar.

NOÉ. ¡Hijo!

SEM. Dejadle marchar, padre.

NOÉ. ¡Qué infeliz que soy!

ESCENA VI

DICHOS, menos CAM

SEM. No tanto, puesto que Dios tal sucesión quiere daros, con que ha de lograr honraros uno de nosotros dos.

NOÉ. Sí, bien decís, hijos míos: vosotros sois mi esperanza, pues veo que no os alcanza el error de los impíos.

Abandono a Cam, y doy gracias al Señor, que fiel me ha de hacer con un laurel el padre más feliz hoy.

SEM. Yo de mujer tan divina el progenitor ser debo.

JAF. Yo aspiro a lograr también tan celestial privilegio.

SEM. Yo ocupo el primer lugar, después de mi padre.

JAF. Es cierto; mas no da la mayoría la edad, sino los efectos: y el que fuere el venturoso habrá nacido el primero.

SEM. Yo con humildad compito.

JAF. Yo me fio en mi derecho.

SEM. Pues bien, Jafet, porque veas que no blasono soberbio y que tu derecho acato, yo de mi parte te ofrezco el laurel.

JAF. Eso es temerme.

SEM. Es ver tus merecimientos.

JAF. ¿Adónde vas?

SEM. A cortarle, por si me le diera el cielo. (Al querer levantar el brazo, caerá una rama sobre su cabeza.)

JAF. Es ya excusado: las ramas han bajado a coronarte.

SEM. El trono, al sumo decreto, extendió los verdes brazos, con racional movimiento.

NOÉ. ¡Qué de señales me daís, señor, de los juicios vuestros!

JAF. Ya que con ese presagio se han explicado los cielos en tu favor, deja, hermano, que te adore mi respeto, pues de aquella voz, en ti escuchando estoy los ecos. (Arrodillase.)

SEM. ¿Qué haces, Jafet?

JAF. Mientras nace aquel sol, en ti, los bellos anticipados celajes de su oriente reverencio: tú eres el primero, hermano.

NOÉ. ¡Cómo de veros me alegro a los dos tan convenidos, y a ti, Jafet, tan sujeto al que es tu hermano mayor!

No diera Cam ese ejemplo.

JAF. Es dañosa la soberbia. Ya os acordáis que en el cielo se perdió tanto ángel puro arrastrado por su viento.

NOÉ. Serafita, antes de que

se efectúe el casamiento de Jafet contigo; a Dios un sacrificio hacer quiero:

aquí hay un ara; bajad al valle, y de aquellos cedros sagrados, cortad cada uno una rama, el sacro fuego para encender: yo, entretanto, subiré a ese monte excelso, y en esa proyección de la cumbre, en cuya callada cumbre Dios sus arcanos secretos me revela, a darle gracias.

SEM. Señor, con placer lo haremos, que Dios es antes que todas las cosas del universo.

Vamos, Serafíla mía, vamos al valle.

SEM. Marchemos.

SEM. Adiós, padre.

JAF. Adiós, señor.
NOÉ. Hijos, bendigaos el cielo.
(Vanse, Noé por un lado, los demás por otro.)

ESCENA VII

NACOR; después LUZBEL, que aparece a su tiempo.)

NAC. Por Jafet me desprecia Serafíla; es cierto: no mentía la extranjera. Mas si cree que a su choza ya tranquila,

mucho en sí fía. La ciudad entera me obedece: yo soy el poderoso en ella, el rico: y ciego mi apetito esa hermosura conseguir desea,

y por cualquiera medio solicito lograrla; y fuerza es que mía sea. Y él la ama, y le corresponde ella, sí, yo lo he oído, y de él, que su amor me impide, que me liberte es preciso.

LUZB. Dale la muerte.

NAC. Invisible

me inspira acaso un espíritu contrario suyo.

LUZB. Si él vive, será siempre el preferido. Mas si le hago dar la muerte, ¿quién abona mi delito?

LUZB. El amor, que es rey y ciego, y los celos vengativos.

NAC. Razón mi discurso: tiene: soy poderoso, soy rico, y el amor me abona... pero

¿cómo lograr mi designio?

LUZB. (De la permisión del cielo me valdré, contra ellos mismos; tomaré una forma humana, introduciréme amigo con Nacor, alzaré al pueblo

contra Noé y sus hijos, y haré que la muerte ataje de Jehová los designios;

sí, a destruir la progenie de aquella mujer aspiro.)
(Trasfórmase el vestido de Luzbel.)

¿Qué es lo que trae a Nacor tan solo y tan distraído?

NAC. Y tú que lo notas, dime ¿quién eres?

LUZB. Soy de un vecino pueblo morador: los ocios juveniles me han traído a ver la ciudad de Enoc, y ha días que en ella asisto a tus fiestas y banquetes, y sé tu amor.

NAC. Mi martirio di mejor: mas no recuerdo antes de hoy haberte visto.

LUZB. Pues estoy en todas partes donde hay fiesta y regocijo. Y porque veas, Nacor, cuánto tu ventura estimo, te voy a facilitar en tus amores camino.

NAC. ¿Cómo?

LUZB. Siguiendo un consejo que te dará muy sencillo.

NAC. Dámele, pues.

LUZB. Apartémonos, si te place, de este sitio, pues pronto dará la vuelta, para hacer un sacrificio, ese necio de Noé y sus insensatos hijos.

Vamos hacia la ciudad, pues si has de ser de mi aviso,

para ponerlo por obra allí es lugar más propicio; y si amas a Serafíla...

NAC. La idolatró.

LUZB. ¿Y decidido?

a lograrla estás?

NAC. Resuelto.

LUZB. ¿A todo?

NAC. Contra Dios mismo.

LUZB. Pues bien, que yo la haré tuya, como tú quieras ser mío.

NAC. Vamos.

LUZB. Vamos. (Con su muerte del cielo triunfa el abismo.)

ESCENA VIII

SEM, JAFET, SERAFILA, ADA; BÁRTENA, con leña. (SERAFILA y JAFET delante.)

JAF. Amor nuestras condiciones va de hoy más a hacer iguales;

que en vez de teas nupciales arden nuestros corazones.

Yo en ti mi ventura fundo, y por complacerte ufano,

tener quisiera en mi mano todo el imperio del mundo;

SER. Yo siempre, Jafet, te amé, y ya lo has visto, por ti

la ciudad donde nací y las riquezas dejé.

Allí su amor importuno muchos ricos me mostraron;

en vano solicitaron: yo los rechacé uno a uno.

Porque yo no tengo más que un corazón y una fe,

y para ti los guardé sin profanarlos jamás.

Y si dueña poderosa del mundo el Señor me hiciera,

todo mi poder cediera por venir a ser tu esposa.

JAF. No hay voluntad para mí más que la tuya desde hoy.

SER. Lo mismo te digo a ti: manda, que tu esclava soy.

(Salen Sem, Ada y Bártena.)

JAF. Madre, hermanos, entretanto que vuelve padre, podemos descansar.

BÁRT. Sí.

SEM. Preparemos antes nuestro fuego santo, si te place.

JAF. Dices bien: y en esa proposición conozco que con razón te ha escogido el cielo, Sem.

Vayamos, pues, ordenando nuestros palos sobre el ara. (Voces dentro.)

SER. ¿Mas quién mueve esa algazara?

SEM. Es Cam, que viene gritando.

JAF. ¡Dios mío! Y detrás de sí trae la impía muchedumbre.

SEM. Huyámonos a la cumbre con nuestro padre.

ESCENA IX

DICHOS, CAM, TARÉS, MÚSICOS

CAM. Alto ahí, campesinos pobretones,

gente tristonía y huraña, que se quiere en la montaña

casar, como los hurones: no se dirá de vosotros,

siendo vuestro hermano Cam, no: vuestras bodas se harán

como las hacen los otros, con bailoteo y jarana,

y música, y comilona; como gente regalona,

no como gente villana.

SEM. Cam, el pesar más acerbo das a tu padre Noé

si con tal gente te vé.

CAM. Mi padre Noé es un cuervo, que no hace más que graznar

subiéndose a los peñascos.

JAF. ¡Cam!

CAM. ¿A qué os rompo los cascos por tercios? Se ha de bailar,

hermanos, en esta boda, y ha de haber gresca y jarana, aunque de pesar mañana reventéis mi estirpe toda.

¡Hola, muchachos, llegaos!
 Extended esos manjares

y empezad vuestros cántares,
 y quietos vosotros estaos, *(A sus hermanos)*.
 hermanos míos: un rato
 me he empeñado en divertirlos,
 y si os empeñáis en irros,
 lo traigo resuelto, os mató.

SEM. ¡Cam, hermano!
 CAM. ¡Qué demonio!

Llorad todo el año a ríos
 si queréis, pero reíos
 el día del matrimonio. *(Ruido dentro.)*

¡Hola! ¿Qué tumulto es ese?
 TAR. Es esta extranjera hermosa
 tan alegre y tan graciosa.

CAM. Ahora sí que aunque le pese
 a padre Noé, y a todo
 el universo, la fiesta
 será completa. ¡Esta, ésta

sí que es gente! ¡Vaya un modo
 de cantar y de danzar!
 ¡Vaya unas chicas bonitas!

JAF. Con tu liviandad irritas
 a Dios: déjanos marchar.

CAM. No haré tal: habéis de ver
 a esa divina extranjera,
 que es, además de hechicera,
 hermosísima mujer.

ESCENA X

SEM, JAFET, SERAFILA; ADA y BARTENA,
junto al ara; CAM, TOCADORES de cita-
 ra y flauta, CANTORES y CANTORAS de
 la ciudad a un lado. LA TEN-
 TACIÓN, caprichosamente vestida, con-
 duciendo a los bailarines ataviados profa-
 namente y con cinturones y coronas de
 flores. TARÉS.

TARÉS. ¡Viva!

MUCHOS. ¡Viva!

CAM. Ya está aquí!

¡Qué gentil viene y qué apuesta!

TENT. Mucho: pero vuestra fiesta

íbais a empezar sin mí.

Vamos, raza de Noé;
 yo soy rica y quiero honrar

vuestro campesino adorar
 con mi presencia. Ya sé
 vuestras sencillas costumbres,
 mas ved que extranjera soy,
 y hacerme desaires hoy
 es darme mil pesadumbres.

JAF. Bella extranjera, que ofreces
 tus profanos regocijos
 de estas oscuras montañas
 a los pastores sencillos:
 antes de que tus ofertas
 rechacemos, es preciso
 que comprendas las razones
 por qué no las admitimos;
 y no juzgues que es desaire
 lo que es ley de nuestros ritos,
 pues son los de la ciudad
 y los nuestros muy distintos.

TENT. ¿Y en cuál no se hacen las bo-
 con pasatiempos festivos?

JAF. En el nuestro; que adoramos
 sobre todo al Ser divino,
 al que en nuestras alegrías
 ofrecemos sacrificios.

Dos linajes hoy habitan
 en la tierra: el de los hijos
 de Caín el uno: el otro
 el que recibió principio
 en Set, su hermano menor;
 de éste nosotros venimos,
 y siempre en éste se han hecho

en las fiestas sacrificios,
 por costumbre transmitida
 de los padres a los hijos.
 He aquí por qué tus ofertas,
 bella extranjera, resisto;
 yo tus ritos no interrumpo,
 no interrumpas tú los míos.

TENT. Todo eso que ritos llamas,
 sólo son vanos delirios,
 por los viejos fatigados
 con malicia instituidos.

Dios a nuestra juventud
 da del placer los instintos,
 y Dios para que gocemos
 de los deleites lo hizo.

Dejaos, pues, de quimeras
 y amad el placer.

CAM. Bien dicho.

TENT. Mi pueblo también descende de Caín, y no vivimos allí en tal limitación:

el deleite siempre ha sido nuestro Dios, y le debemos mil frecuentes beneficios.

CAM. Y si no, mirad qué gordos se crían y qué rollizos.

Vamos a bailar, muchachos, y a hartarnos de cuchifrito: lo demás es bobería.

JAF. Cam, no blasfemes, impío.

CAM. Si veis que toda la gente de la ciudad ha salido, y prevenidas las fiestas tenemos ya en este sitio, ¿por qué queréis señalaros con religiosos indicios a vista de todo el pueblo?

TENT. Dejadles si no a ellos mismos la elección, y yo me avengo desde luego a ella. Amigos, ¿queréis sacrificio o fiestas? Decid.

TAR. Fuera el sacrificio.

MUCHOS. ¡Fuera, fuera!

TAR. ¡Abajo el ara, y a danzar! *(Tiran el ara y la leña.)*

JAF. ¡Dios infinito!

SER. Jafet, luchar es en vano; si no puede hacer su oficio el afecto, con Dios siempre la voluntad es lo mismo. Dejadlos, y a Dios roguemos por el perdón de sus vicios.

Se sientan todos alrededor de la escena.

La familia de Noé en el fondo, manifestando tristeza y disgusto; la Tentación en el centro, presidiendo y animando la fiesta. Se reparten manjares al pueblo; los bailarines danzan al son de los cantares de los músicos.)

MÚS. Si están por Dios prohibidos

(Cantan.)

los deleites que él creó,
¿de qué sirven los sentidos
que para gozar nos dió?

CORO. Bailad: los deleites son obra de Dios,
y si ellos son malos, ¿por qué nos los dió?

CAM. Tiene razón, extranjera, lo que dice ese cantico: si sois vicios las mujeres, que me entierren con los vicios.

PUEBLO. ¡Bien por Cam!

CAM. Si me queda otra, que me parta un rayo, chicos.

MÚS. Si Dios es justo, la vida, *(Cantan.)*

que tan escasa nos dió, para gemir como buhos no nos la otorgara Dios.

CORO. Gozad: los deleites son obra de Dios,
y si ellos son malos, ¿por qué nos los dió?

ESCENA XI

DICHOS, NOÉ

NOÉ. Enmudeced, ¡insensatos! ¡Arrodillaos, impíos!

Orad y pedid a Dios perdón de vuestros delitos.

CAM. Ya está aquí padre Noé con sus eternos gemidos.

NOÉ. Ya está aquí Noé, ya está aquí para prevenirnos

que un año no más de vida tenéis para arrepentiros.

CAM. Chochea; no le hagáis caso.

PUEBLO. ¡Fuegal! ¡Fuegal!

NOÉ. Los oídos no cerréis a mis palabras,

porque, en verdad os lo digo, yo os hablo en nombre de Dios. Escuchad lo que me dijo.

CAM. Todo divierte; escuchadle, que él os contará prodigios.

UNO. ¡Que hable! ¡Que hable!

TAR. ¡Fuera el viejo! Que nos deje divertirnros.

CAM. ¡Calla, bárbaro, y escuchale, que es mi padre.

TAR. ¡Vaya un hijo respetuoso!

CAM. Si no callas, de un peñazo te describo.
(Con una piedra.)

Aquí todos somos libres.

TAR. ¡Buena libertad!

CAM. Amigo, así es siempre: conque escucha y sé libre: o te la tiro.

PUEBLO. ¡Oíde! ¡Oíde! Silencio.

CAM. Vamos a ver; ya te oímos.

NOÉ. Yo he subido a la cumbre de ese monte

a adorar al Señor en las alturas,

y elevando mi espíritu a sus plantas,

le comencé a rogar por vuestras culpas.

Mas no bien mis humildes oraciones

alcé del cielo a la eminencia suma,

cuando la azul atmósfera rasgándose,

sobre un trono de nubes de oro y púrpura

vi que Dios hacia el monte descendía,

Yo prosterné, transido de pavora,

mi faz contra la tierra, y Dios me dijo

con temerosa voz, honda y sañuda:

«Noé, baja a la tierra, y mis palabras

repite a los que habitan las llanuras.»

Yo hice un mundo, que el hombre ha co-

rrumpido,

y es fuerza ya que al corruptor destruya.

Un año nada más tienen de vida:

si en este tiempo tu palabra escuchan

y siguen tu consejo y penitentes

vuelven a mí, perdonaré sus culpas;

mas si en su impia ceguedad persisten,

en el día en que el año se concluya

desquiciaré los diques de los mares,

desgarraré los senos de las lluvias,

y desnivelaré del universo

el equilibrio, abriendo la clausura

del viento y los nublados, y a las aguas

la impia tierra ordenaré que suman.

Nada viviente quedará sobre ella;

haré que el agua las montañas cubra

con quince codos, y será la tierra

de la raza de Adán inmensa tumba.

Arrepentíos, pues; a Dios volveos

antes que el plazo que fijó se cumpla,

o en las espesas ondas del diluvio

disponeos a hallar la sepultura.

(El pueblo se rie.)

CAM. Vamos, padre Noé perdió la cho-

lla,

por lo visto. Él ha dado en cosas chuscas

toda su vida; mas como esta de ahora,

no se le puso en el magín ninguna.

NOÉ. Haced al cielo penitentes votos

o temblad de su cólera.

TENT. Si es justa,

debe de ser universal, y entonces

tú con nosotros te ahogaras.

NOÉ. Escucha,

extranjera infernal; yo te conozco;

no extraviar quieras a la ciega turba.

Yo voy a hacer un arca, por mandato

de Dios, según las instrucciones tuyas;

y Dios me salvará con mi familia

flotando en ella sobre el agua turbia.

Vosotros moriréis bajo las ondas.

CAM. ¡Qué fiesta nacional para las tru-

chas!

(Risa general y mofa a Noé.)

TAR. En buena locura dió.

CAM. Con buen recado ha venido

papá Noé.

TAR. ¡Fuera el viejo!

¡Basta ya de desatinos!

NOÉ. Qué, ¿no creéis mis palabras?

JAF. Nosotros sí, padre mío.

TAR. Nosotros, no, viejo chocho.

PUEBLO. ¡No, no!

NOÉ. Pues a los oídos

os lo iré por la ciudad

repitiendo a voz en grito.

ESCENA XII

DICHOS; NACOR, con gente de la ciudad armada de flechas y espadas. LUBEL sale tras de la gente de Nacor, quedándose a un lado, donde va LA TENTACIÓN a reunirse con él; dando a entender que el demonio inspira al pueblo impío. La gente de Nacor se manifiesta hostil con la familia de Noé.

NAC. Jamás entrarás tú en ella ni ninguno de tus hijos. Familia necia de locos, al monte desierto idos,

a vivir como las bestias
 en los antros de sus riscos,
 ó al pie de vuestra ara misma,
 de nuestro hierro a los filos,
 vamos a hacer de vosotros
 un sagriento sacrificio.

NOÉ. ¿Qué es esto, Nacor? ¿Qué ver-
 te trastorna?

NAC. Amigos míos,
 ciudadanos que meráis
 en esa ciudad conmigo,
 escuchadme: estos hipócritas,
 que hablan siempre del Altísimo,
 y se alimentan de yerbas,
 a los placeres esquivos,
 son, en lugar de corderos,
 venenosos basiliscos:
 Hijos de Set, de Caín
 nos aborrecen por hijos;
 mas vienen nuestras mujeres
 taimadas a seducirnos.
 Esa mujer, al halago
 del amor de uno ha venido,
 y esa mujer es mi esclava.

SER. Mientes, yo libre he nacido.

NAC. Yo te eduqué, y a tus padres
 tuve siempre a mi servicio.

SER. Yo aprendí la virtud de ellos,
 y huyo de tus beneficios,
 que son impuros, y en precio
 de mi virtud ofrecidos.

NAC. Ya lo oís: confiesa que huye:
 me pertenece.

JAF. Maligno
 retoño del fratricida
 Caín, mientes y has mentido
 en cuanto de esta mujer
 has inventado y has dicho!
 Serafíla es libre y mía;
 ella da culto al Dios mismo
 que yo adoro, y por mi amor
 reniega de vuestros ídolos,
 y os abandona.

NAC. Pues yo
 vengo por ella, y conmigo,
 por voluntad ó por fuerza,
 se ha de volver.

SER. Hombre inicuo;
 primero me matarás.

JAF. O yo a ti,
 (Toma un arco y monta una flecha.)

NOÉ. ¡Teneos, hijos,
 teneos!

SEM. Contigo estoy, (A Jafet.)
 Jafet.

NOÉ. Tened.

NAC. Ea, amigos;
 ya lo veis: nos amenazan.

TAR. ¡Mueran!
 PUEBLO. ¡Mueran!

(Dan sobre ellos.)

SER. ¡Dios benigno!
 NAC. Vosotros, ¡apoderaos
 de ella!

(Las gentes de Nacor se apoderan de la
 familia de Noé.)

JAF. ¡Infames!
 NAC. Conducidlos
 a todos ellos al valle,

y amarradlos con sus cintos
 a los troncos de los cedros!

UNO. Eso: echadlos a los riscos
 con las fieras a esos locos.

CAM. Yo aquí me hago tamaño.
 (Se acurruca tras de un trasto.)

Nacor y
 varios se llevan a Serafíla por la iz-
 quierda; otros se llevan por la derecha
 a Jafet, Sem, Noé, Bártena, Ada y Cél-
 fora, después de un momento de lucha
 sostenida por Jafet y Sem, que ceden á
 la multitud, que los sigue bajándolos.)

TAR. y PUEBLO. ¡Al monte! ¡Al monte!
 ¡Dejadlos
 con los lobos!

ESCENA XIII

LUZBEL, LA TENTACIÓN, CAM

LUZB. Ya venimos.

TENT. Aún no: mientras vive Sem,
 nuestro poder amenaza

de aquella mujer la raza.
 Fuerza es que muera.

LUZB. Pues bien,
 vete a inflamar de Nacor
 en el corazón el fuego
 de los celos, y que luego,

de sus celos al furor, si se supiera tal de
toda la estirpe sucumba
de Noé, a quien no podemos
tocar nosotros, y demos
con su progenie en la tumba.

TENT. Bien dices: a la ciudad
me vuelvo, pues. *(Vase.)*

LUZB. Yo, entretanto,
voy su alma a llenar de espanto.
¡Locos mortales, temblad!

ESCENA XIV

LUZBEL, CAM

CAM. Pues, señor, ya que no llega
su ira a mí, y según arguyo, Y
este hombre es amigo suyo,
se lo diré, por si pega.

Pecho al agua. ¡Eh, buen amigo!

LUZB. ¿Quién me llama?

CAM. Soy yo, Cam.

LUZB. Vente, pues.

CAM. No; me atarán

con mis hermanos.

LUZB. Contigo

no va nada.

CAM. Sin embargo,

mientras que no les den suelta,

me voy a dar una vuelta,

por ahí. Sí, señor: me largo.

LUZB. Vete, pues. Yo a la ciudad

torno.

CAM. ¿Veréis a Nacor?

LUZB. Sí.

CAM. Pues hacédme un favor,

que es casi una caridad.

LUZB. ¿Cuál?

CAM. Decidle que, pues tiene

por mujeres tal manía,

que vea si le conviene

que se lleve la mía.

LUZB. Largueza tienes bien alta.

CAM. ¡Oh! De ella alabarme puedo:

yo por cualquiera me quedo

sin lo que no me hace falta.

(Vaise Luzbel por la izquierda y Cam por la derecha, haciéndole besamanos.)

ACTO SEGUNDO

PRIMERA PARTE

El teatro representa un antro o caverna oscura con salidas por ambos lados

ESCENA PRIMERA

CAM

Por lo intrincado del monte,
si no me engaño la oreja,
oí la voz de mi hermano
Sem, y la de la extranjera.

¿Qué va que tiene razón

Nacor, y que aunque las echan

de modestos mis hermanos,

a cuantas topan cortejan?

Digo, ¡y Sem, que lo presume

de tan leal a su Célforal!

Si los hallara mi padre

mano a mano; ¿eh? Mas ¿qué cueva

es ésta, que nunca he visto,

aunque mil veces la selva

recorri? No, y por alguno

morada estar aparenta,

porque en varios aposentos

está partida. ¡Uf! ¡Qué negra

es esta entrada! Allí enfrente

otra hay, y a mí ver en ella

ha dejado lamparilla

el dueño de esta vivienda;

Vamos a ver. ¡Hola, Hola!

(Se asoma por la ventana.)

He llegado a mesa puesta.

Pan, gazapos, melón, uvas,

perdices, dátiles, peras...

Pues, señor, bien; por lo visto

esta es la hora en que se cena

aquí. Pediré hospedaje.

¡Ha de casa!... No contestan.

¡Si fuera yo tan dichoso

que por un azar cualquiera

repentino, los que habitan

aquí, largado se hubieran!

¡Ha de casa!... Nadie bulle,

y a las narices me llega

el olor de las perdices... OTTO

¿Pues y las uvas? ¡Qué frescas, qué orondas!... ¡Y qué crecidas son! Si parecen ciruelas.

¡Qué diablos! Voy a zamparme dentro, y aunque más no sea que un racimo y un zoquete, ¿quién me lo quita? (Vase.)

LUZB. Entra, entra, glotón voraz, y veremos si las uvas te escarmentan.

ESCENA II

LUZBEL, luego NACOR

LUZB. Ya los pasos de mi hija percibo, que aquí se acerca con Sem.

NAC. ¿Ha venido ya?

LUZB. Aún no.

NAC. ¿Pues ese, quién era?

LUZB. El insensato de Cam, que perdido en la aspereza del monte, aquí se ha metido.

NAC. Mas ¿cierto estás de que venga Jafet?

LUZB. Sin falta: ¿quién puede resistirse a la extranjera, nuestra amiga? Mas escucha lo que saber te interesa.

Nacor, tiempo es de que arranques de ante tus ojos la venda que este amoroso misterio profundizar no te deja.

Escucha. El viejo Noé, que seiscientos soles cuenta, posee de tan luengos días el saber y la experiencia: y como vive en los campos y de las plantas observa las propiedades, conoce el valor de muchas yerbas, maravillosos brebajes confeccionando con ellas.

Pues bien, uno de estos filtros dió a Serafíla, y apenas lo bebió, ardió en los amores

de Jafet, que su fin era.

Mas yo, que como Noé sé mil secretos, que encierra en su centro misterioso la vasta naturaleza,

porque la magia que él sabe en mi país la profesan los sacerdotes, y en él

públicamente la enseñan, he consultado con ellos, y he dado con la manera

de deshacer el encanto que obra en Serafíla, y ella misma se irá a la ciudad,

e irá a llamar a tu puerta, y en tus brazos a entregarse, cual por Jafet, por ti ciega.

NAC. ¿Y cómo será?

LUZB. A Jafet

dando muerte, o a cualquiera de su familia, y al dársela teniendo presentes ciertas

ceremonias, en las cuales te instruirá la extranjera.

Por eso, y por si no trae a Jafet, por esa selva hice que Cam se extraviara y entrara en esta caverna.

NAC. ¿De modo que...?

LUZB. Está seguro

de lograr lo que deseas: el amor de Serafíla conseguirás: obrar deja

a la extranjera, a quien tanto como a ti mismo interesa.

NAC. ¿Por qué?

LUZB. Porque nadie hace nada en el mundo sin cuenta ni razón, y esa mujer, que tal interés nos muestra,

nos sirve por sólo el suyo: pues cuando darte desea a Serafíla, es porque ama

a Jafet, y se le piensa llevar consigo.

NAC. ¿A Jafet?

LUZB. Y haré por su amor prodigias, que es muy sabia. ¡Oh! Fía en ella.

Ya se aproxima. Ocúltate hasta que te llame.

ESCENA III

LUZBEL

¡Oh ciega raza de Adán, que tan noble como los ángeles hecha, bajo el peso de los vicios eres peor que las bestias! Dios te otorgó el recto instinto y la clara inteligencia, y el discurso que, rumiándolas, perfecciona las ideas; y tú, ruin, supersticiosa, desalentada y crédula, la verdad desestimando, tras de la mentira vuelas. Bien mereces praza estúpida! El castigo que te espera, cuando no por tus delitos, por tu ignorancia suprema. He aquí a mi hija.

ESCENA IV

LUZBEL, LA TENTACIÓN

LUZB. ¿Le tracs?
TENT. Esperándome allí queda.
¿Y Nacor?
LUZB. También aguarda.
TENT. Démonos prisa, que resta poco tiempo. Noé tiene concluida su arca: apríase se acaba el tiempo del plazo, y el cielo a nublarse empieza.
¿Has inspirado a su alma rabia, y a su brazo fuerza?
LUZB. El hombre es un ser imbécil; la superstición le lleva tras de sí, por donde quiere, y los celos enajenan a Nacor.
TENT. Sem cree que tú le puedes dar con tu ciencia

un remedio, que a Jafet la fe y la razón le vuelva.

LUZB. ¿Vencemos, pues?
TENT. Sí, vencemos;

esa familia funesta, que de Dios favorecida, es la sola que reserva del universal castigo, ya está en el delito envuelta, Jafet, de amor embriagado, sólo de su amor se acuerda; Sem, por amor de su hermano, de nosotros se aconseja. Serafila, en poder nuestro, del crimen de todos prenda, llora y de Dios desconfía, que así olvidada la deja. Noé grita inútilmente, y, lastimoso profeta de asolaciones, al pueblo sirve de escarnio y de bafa. Mas el plazo se concluye, la desolación se acerca, y en vano llama a sus hijos, que, insensatos, se dispersan y a sus palabras no acuden. Sonará la hora tremenda, y no llegando ninguno a tiempo, el agua soberbia llevará el arca vacía, y la raza humana es nuestra.

LUZB. Y a manos de Nacor muerto Sem, en su raza no engendra a esa mujer, cuya planta quebrantará mi cabeza.

TENT. Voy, pues, aquí a introducirle.
LUZB. Y si los manjares prueban que les tengo prevenidos...

TENT. Yo me sentaré a la mesa con ellos, y a cuenta mía fíalo todo.

LUZB. Pues ea, introduce a Sem. ¿Nacor?

ESCENA V

LUZBEL, NACOR

LUZB. En ese aposento entra, donde a un hijo de Noé

te llevará la extranjera.
 Comed en su compañía
 sin temor y con paciencia,
 y en todo cuanto te mande
 esa mujer, obedécela
 sin vacilar, y no tiembles,
 suceda lo que suceda;
 porque vuelvo a prevenirte
 que en los astros y en las verbas,
 el viejo Noé a su antojo
 mágico poder encuentra,
 y si le ha dado a entender
 un accidente cualquiera
 nuestro intento, acaso puede
 que destruirlo pretenda
 con algún falso prodigio;
 mas fiate en la extranjera,
 que es más sabia que Noé
 y no ha de poder vencerla.
 Come, pues, y regocijate,
 porque cuando se sumerja
 el sol mañana en los mares,
 antes que desaparezca
 nos dejará ya vengados;
 y tuya ya esa belleza,
 tenaz, partirás por siempre
 tu lecho nupcial con ella.

NAC. Vamos; empero, ¡ay de ti!
 si no cumples tus promesas.

LUZB. Te juro que el mismo lecho
 partís mañana. (La tierra, *(Entra Nacór.)*
 donde el pabellón flotante
 de las aguas turbulentas,
 cobijará vuestro sueño
 por la eternidad entera.)

ESCENA VI

LUZBEL, LA TENTACIÓN, SEM

TENT. Del amigo de Nacór
 ya, Sem, en presencia estás.
 Háblale, que ambos estamos
 dispuestos a remediar
 tu pesadumbre.

SEM. Extranjero,
 a ti esa mujer me trae,
 diciéndome que tu ciencia

y con Nacór tu amistad,
 puede a mi hermano Jafet
 su recto juicio tornar.
 De sus celos iracundos
 en un exceso brutal,
 nos hizo a los recios troncos
 de los árboles atar,
 quitando a Jafet su esposa,
 cuya perfecta beldad
 le enamoró hasta el extremo
 de irsela a arrebatár.
 A desatarnos al cabo
 vino nuestro hermano Cam,
 mas de mi hermano Jafet
 la pesadumbre era tal,
 que no recobró su juicio
 al cobrar la libertad.
 Por los montes y las selvas
 anda el pobre sin cesar,
 a Serafíla llamando,
 que no responde jamás;
 y desolados nosotros
 con esta calamidad,
 nuestras obras descuidamos,
 a Jafet por consolar.

LUZB. Noble mozo, no prosigas;
 comprendo todo tu afán,
 y poner está en mi mano
 un remedio a tanto mal.
 Entra en ese apartamiento,
 donde a Nacór hallarás,
 y esa extranjera los medios
 de obligarte te dará
 a volverte a Serafíla,
 por fuerza o por voluntad.
 Nosotros hemos creído
 la inspiración celestial
 que en tu padre brilla, y vamos
 sus consejos a tomar:
 y para que crea en nuestro
 arrepentimiento más,
 a su familia queremos
 volver el gozo y la paz,
 y hacerle así que interceda
 con la divina piedad
 para que en el arca vuestra
 nos facilite un lugar.

SEM. Pues daos prisa, que es corto
 el plazo otorgado ya.

LUZB. Pues entra, que antes del día
al arma nos guiarás.

SEM. Entro; pues.

LUZB. ¡Virtud imbécil!
¿Quién no te ha de alucinar?
De todos te fías crédula
y tras de todos te vas.)

ESCENA VII

LUZBEL, LA TENTACIÓN

LUZB. ¡Perezca la estirpe santa
de María! Sin temblar
no puedo pensar en esta
predestinación fatal.

¡Una mujer de su raza
en mi frente el pie pondrá!

TENT. Si Dios nos deja esta noche,
no ha de poderlo lograr.
Voy a encender en Nacor
la sed de sangre.

LUZB. A cerrar
voy yo este antro, de manera
que no se encuentre jamás
la salida ni la entrada,
y aquí permanecerán
Nacor y Sem, hasta que
del diluvio universal
las aguas, llenen el hueco
de la caverna; y será
tal el poder del encanto
con que la voy a sellar,
que deshacerlo del cielo
ningún arcángel podrá,
y Dios tendrá en su favor
por sí mismo que mediar.

TENT. ¿Y Cam?

LUZB. Cam saldrá primero,
porque sólo ha de engendrar
hijos tan sin fe como él,
y ese sí se salvará.

TENT. Obra, pues: yo cuido de ellos.

LUZB. Ve, yo cuidaré de Cam.

ESCENA VIII

LUZBEL

Espíritus siervos míos,
mis intentos realizad.

(Dos diablos gigantes sacan suspendido
en una palanca un racimo de uvas colo-
sal, manteniéndolo en medio de la escena.)

ESCENA IX

LUZBEL, CAM

LUZB. ¿Cam?

CAM. Aquí estoy.

(Una de las uvas del racimo se abre y la
cabeza de Cam queda en su lugar.)

LUZB. Tú has nacido
solamente para el mal,
y que aprendas es preciso
todo lo malo.

CAM. Pues ya
puedes empezar el curso,
si esta es la universidad.

LUZB. Glotón eres por las uvas.

CAM. Me comería voraz

a mi padre hecho racimo.

LUZB. Pues hecho racimo estás.

CAM. ¡Demonio! Yo voy a comerme.

LUZB. A ti mismo cómete.
¿Y qué va de mí a quedar
si yo a mí mismo me como?

LUZB. Cómete, y ya lo verás.
Las uvas son un veneno;
con él embriágate, Cam,
y cuando a la tierra vuelvas,
envenena a los demás.

Quiero que a la raza humana
puedas otro vicio dar
tan infame, que del hombre
haga un ser irracional.

ESCENA X

CAM

¡Pues es comisión bonita!
Eh! Maestro, ¿dónde vas?
¡Toma! ¡Y sé largala... Maestro?
No, pues que darme tendrá
una explicación más clara;
pero, ¡por mi abuelo Adán!
que no soy más que un racimo...
y estoy colgado... no hay más.

Soy un racimo: ¡y qué gordas
que doy las uvas! Serán
abillás o moscateles?
Yo me las voy a catar.

¡Demonio! ¿Y si al arrancármelas
del rampojo, me hago mal?

Pero estas dos d' las manos,
que no hacen más que estorbar
mis movimientos... lo que es
éstas al menos caerán.

Quiero saber a qué sé,
y si aún estoy en agraz.
(*Se lleva a la boca una mano que será
uva, y aplicándola a la boca y chupán-
do el jugo, desaparece.*)

¡Buen jugo tengo! ¡Y qué dulce
que soy! ¡Adelante! Ya
tengo libre una manita.
Vamos a la otra. ¡Ajajá!

(*Hace lo mismo con la otra mano.*)
¡Esto sí que es tener gusto!
Pues, señor, voy a acabar
conmigo, y si me retoñan,
para qué quiero yo más?
(*Va chupando todas las uvas, que desapa-
recen conforme las va chupando, hasta
quedar solo los palos del racimo, que son
el mismo actor.*)

El demonio de las uvas,
¡y qué calorcillo dan!
Vamos con ellas. ¡Qué diablol!
No quede por cortedado
la última... ¡Qué alegríto!
que me pongol... Soy capaz
de reirme ahora en las barbas
de mi padre. (Se rie.)

(*Se baja del esqueleto del racimo y se tam-
balea como borracho.*)

Le he de dar,
cuando le vea, el consejo
de que chupe uvas..., quizá
se ponga como yo alegre;
y deje de predicar.
¡Ay Dios mío..., mi cabeza... Y!
¡Cuántas vueltas que me da!
¡Cuántas estrellitas veol
¡Ay, yo me voy a tumbar!
Esto es algún terremoto
Qué bien a la larga está.

tendió un hombre! ¡Ah, qué sueño!
(Bosteza.)

Pues, señor, de este lugar
no me mèneo, aunque venga
el diluvio universal.
(*Cam, que se ha tendido a un lado en la
escena, queda inmóvil. Una voz dice den-
tro.*)

voz. ¡Huid a la voz de Dios,
misterios de Satanás!
(*A estas palabras se efectúa rápidamente
la transformación.*)

SEGUNDA PARTE

Decoración de campo: terreno montuoso. Vista ex-
terior del arca, de la cual no se ve más que el
frente donde está la puerta practicable. Cam
queda entre los pedruscos en que se tiende en
la escena anterior, entre los que pueda figurar-
se que no le perciben los actores de la siguiente
escena.

ESCENA XI

JAFET, que sale por la derecha; NOÉ, que
sale del arca; después SEM, que trae a
SERAFILA; CAM, dormido.

JAF. ¿Padre, señor?
NOÉ. ¿Quién llama? ¿Qué voces?
(*Saliendo del arca.*)

¡Jafet!
JAF. Padre, yo soy, yo soy quien lla-
mo,
para que salgas, sí, para que veas
volver con mi razón a la que amo.

NOÉ. ¡Serafila!
JAF. Privada un año entero
estuvo de la luz del claro día,
esclava del poder de un hechicero,
amigo de Nacor, que le servía.
Sem, mi hermano, la halló. Dios sobera-
no
a poder la condujo de mi hermano.

NOÉ. Dios, hijo mío; sí. Yo en Dios
me prometí que mi familia entera
salvaría, y completa la esperaba
tener hoy junto a mí. La postrimera

vez que miran la luz esos ímpios,
es hoy. Dios os bendice, ¡oh hijos míos!
SER. ¡Padre, señor! (Que sale.)
NOÉ. ¡Oh hermosa Serafíla!
¿Dónde has estado?
SER. No lo sé: en un sueño
maleficio tal vez; pero tranquila.
Dios velaba por mí.

NOÉ. Dios es el dueño
de todo, el protector de la inocencia;
y al volveros, rompiendo el maleficio,
a ti tu libertad y a ti tu juicio,
adoro su benigna providencia.

Escuchad, hijos míos: llegó el día
de la desolación, de la agonía.
La voz de Dios, que me previno el daño
en la cima del monte hoy hace un año,
hoy ha vuelto a sonar en mis oídos,
dejándome embargados los sentidos.

Despuntaba la luz cuando a mi lado
sentí al Señor, y me sentí aterrado.
«Despiértate, me dijo;

Noé, dichoso hijo
de Lamec: ya del mundo, que obstinado
tus avisos tan ciego ha despreciado,
llegó el último día.

De par en par abierta
todo el día de hoy, por orden mía,
deja del arca la segura puerta,
y hoy, obedientes al mandato mío,
aprovechando el crítico momento,
de cuantas aves tiene el vago viento,
de cuantas fieras guarda el bósque um-

brío,
de cuanto ser viviente el mundo abarca,
de cada especie dos, según mi intento,
y desde el más familiar al más bravío,
vendrán humildes a acogerse al arca.

Cuando veas entrar la postrimera
pareja, tú, en quien por mí se funda
el ser primero de la edad segunda,
encierra en la arca tu familia entera.
Pero sé firme, inexorable, recto:
que por ti no se libre del castigo
el niño, el viejo, el deudo ni el amigo.

Con los tuyos no más a ti te acepto.
Pues sólo quiere mi piedad divina
que tu mujer, tus hijos y tus nueras,
contigo esquiven la tremenda ruina.

contigo salgan de las ondas fieras.
Esto me dijo Dios: que se volvía
a los cielos sentí, porque mi alma
de su santo pavor volver sentía,
y sentí renacer mi fe y mi calma.

Orad, pues, al Señor mientras la hora
de obedecerle llega. Un solo duelo
en una pena no más, un desconsuelo
el corazón me aflige en esta hora.

SEM. y JAF. ¿Cuál, padre?

NOÉ. Mi hijo Cam: ¿Dónde se esconde?

JAF. Tan ciego a su apetito correspondo
que su virtud con su familia olvida,
y con esos infames ciudadanos,
en sus deleites torpes y profanos,
pasa infeliz su vergonzosa vida.

NOÉ. Hijo ingrato, ¡ay de mí! ¿Pero,
[qué veo?

¿No es aquel que en el suelo está ten-
o acaso es ilusión de mi deseo? [dido,

JAF. Él es.

NOÉ. ¡Si estará muerto!

SEM. Está dormido.

NOÉ. ¿Cam, hijo mío, Cam?

CAM. ¡Hola! ¿Qué es eso?

NOÉ. Despierta, que ya es hora.

CAM. Si en lo mejor del sueño estoy
[ahorá.

NOÉ. Mira, Cam, que el dormir con tal
[exceso,

en vez de dar vigor, las fuerzas mengua.

CAM. Es verdad: en la punta de la len-
se me figura que te tengo a peso.

NOÉ. Pero, en fin, ¿qué es lo que tie-
[nes?

¿De qué nace ese sopor
que te tiene entorpecidos
los sentidos.

CAM. ¡Qué sé yo!

Pero, ¡calla! Ya me acuerdo;

mirad: yo era un rácimón

de uvas, colosal, enorme,

fabuloso, y como soy

tan voraz para esa fruta,

poquito a poco, una,

dos, tres, me las engullí todas.

Es decir, me engullí yo
a mí mismo, porque al cabo
yo era el racimo.

NOÉ. ¡Por Dios, tras que me estás con tus chistes traspasando el corazón!

CAM. ¡Buen chiste te dé Dios, padre!

NOÉ. ¡Hijo infame! Viendo estoy que el trato con los impíos, no tan sólo pervirtió tu alma, sino que ultrajando la dignidad que el Señor puso en el hombre, no eres más que un insulso bufón.

CAM. Así hay hoy muchos, y pasan por sabios con mucho honor. Mas te juro que he sido uva.

NOÉ. Ya basta. Venid en pos de mí, porque el plazo llega.

CAM. ¿Qué plazo?

NOÉ. La inundación de la tierra.

CAM. ¡Toma, toma! Ahí estamos del sermón todavía? Idos vosotros

y dejadme a mí, que yo no me ahogo en tan poca agua.

NOÉ. Dejame dormir.

CAM. Pues no es mala la aprensión.

NOÉ. Dejame, y aunque me trague vuestro diluvio.

CAM. Eso no, que a ti por de mi familia quiere guardarte de Dios,

la Providencia, porque seas el progenitor

de hijos malos, que corrompan mi futura sucesión.

CAM. Pues si de los malos deja en mí la semilla Dios,

¿a qué se cansa en enviarnos ahora ese chaparrón?

NOÉ. Malos por malos, lo mismo da dejar a los que hay hoy.

CAM. Porque brille la virtud del vicio en oposición.

NOÉ. Dios tolerará los malos por piedad, no por rigor,

porque a no haberlos, no hubiera materia para el perdón.

CAM. ¡Pardiez! Mi padre lo dice como quien tiene razón.

NOÉ. Pues si la conoces, sígueme como tus hermanos.

CAM. Voy. ¿Dónde has estado para ahuyentar el sueño?

NOÉ. Y para ahuyentar el sueño yo te daré acupación.

CAM. ¿Cuál?

NOÉ. Cuando vengan las fieras, serás su recibidor.

CAM. ¿Qué fieras?

NOÉ. Las que a ella Dios envía, para que quede de todas generacion después del diluvio.

CAM. ¡Ay, padre de mi alma! Como soy

CAM. protesto que mientras no las vea en procesion

venir al arca, no crean en tal diluvio.

NOÉ. Pues no tardarás mucho en creerlo,

porque ya viéndolo estoy.

(*Éntranse en el arca.*)

ESCENA XII

LUZBEL, NACOR

NACOR. Te digo que aún me estremezco.

LUZBEL. Pues yo te digo, Nacor, que del saber de Noé

engañés nada más son vivas.

Yo te lo había prevenido: mas te juro que tu amor

no te ha de dar ya tormento esta noche; porque voy

a hacer el último esfuerzo de mi ciencia y mi valor,

y a burlarme de Noé robándole su invención.

NACOR. ¿Cómo?

LUZBEL. Escucha: hoy es el día que en su plazo señaló para su diluvio; pues

antes que alguna ilusión forme él con que os amedrente,

voy a amedrentarle yo.
 Voy a hacer que los nublados,
 obedientes a mi voz,
 en el aire de repente
 se aglomeren en montón;
 y cuando él vea que el suyo
 por otro poder mayor
 está vencido, ante el pueblo
 vendrá, con humillación,
 a entregarte a Serafíla,
 confesándose impostor.

NAC. Si tal puedes...

LUZB. La cabeza
 levanta: y en la extensión
 del cielo mira las nubes
 que se amontonan, Nacor.

NAC. ¿Y si esas las que predice
 Noé y verdaderas son?

LUZB. Alma cobarde, en mí fía,
 y míralas sin temor.

Allí viene la extranjera,
 que conoce mi intención,
 y ha prevenido ya al pueblo;

y el pueblo, conocedor
 de mi poder, con más fe
 en mí que tú, viene al son
 de las cítaras, con danzas
 a provocar mofador

a Noé, de sus pronósticos
 haciendo justa irrisión.

Danzad, pues, y escárnecedle,
 y no cedáis al pavor

aunque veáis que los cielos
 se despejan en turbión.

Yo soy quien lo hago.

NAC. Hazlo, pues.

LUZB. Voy (a ver la perdición
 de criaturas que, imbéciles,
 deshonoran al Criador).

ESCENA XIII

NACOR, LA TENTACIÓN, TARÉS, MÚSICOS,
 BAILARINES, PUEBLO; CAM, a la puerta
 del arca.

TENT. Guardad silencio hasta el punto
 de llegar: que no nos sientan.

CAM. ¡Hola! Ya por allí viene

con su gente la extranjera.
 Aquí estoy pintiparado
 para presenciar su fiesta.

TENT. Aquí, delante del arca,
 para que más claro entienda
 que a mofarnos de él venimos,
 pongámonos; mas en cuenta
 tened desde ahora que todo,
 suceda lo que suceda,
 es obra de nuestro amigo,
 que puede hacer con su ciencia
 los prodigios más extraños.
 Reid, danzad sin cautela,
 aunque que van a inundarse
 las llanuras os parezca:

pues todo será aparente;
 y cuando salga a la puerta
 Noé del arca, mofadle
 sin miedo y sin reverencia.

CAM. Buena le aguarda a mi padre
 si su relación es cierta.

TENT. Ea, acércate, Nacor,
 y vosotros, formad rueda.
 Empezad ya.

TAR. Pues que canten.

CAM. Esto, esto si que alegría!

MÚS. Sal, Noé, sal a la puerta

(Cantan.)

de tu famoso cajón,
 verás el caso que hacemos
 del diluvio de tu Dios.

Sal, pues, y haz que lueva, que el pla-

[zo llegó;

o entrar en la danza te haremos si no.

(Relampaguea y truena.)

TENT. Seguid, seguid sin temor;
 esto es que a surtir empiezan
 su efecto los artificios
 de nuestro amigo.

TAR. Es que truena
 y empieza a gotear, de modo
 que a la verdad asemeja.

TENT. ¿Y a quién de engañar se había
 si verdad no pareciera?

Aun veréis cosas más grandes
 y más difíciles que esa.

Ved cómo, a pesar de todo,
 Noé su cajón no deja.

Tal vez contra el hechicero

reconoce su impotencia.
Cantad, pues, hasta que salga
y su descrédito vea.

MÚS. Sal, Noé, que te esperamos
(Cantan.)

para decirte a una voz,
que no hay más Dios que el placer
y es el placer nuestro Dios.

Sal, pues, y confiesa. Noé embaucador,
que hay otro poder que el tuyo mayor.

ESCENA XIV

DICHOS: NOÉ, desde el arca; SEM, que sale
detrás de él, se queda a la pueria

NOÉ. ¡Insensatos, prosternaos!
Los momentos que aún os quedan
aprovechad, que aún os puede
perdonar la Providencia.

TENT. Te conocemos: en vano
que obran tus encantos piensas.
Sabemos que estos prodigios
no son tuyos.

NOÉ. Ni hay quien pueda
suponerlos obra de hombres,
sino la ignorancia vuestra.

Ada, Serafíla, Bártena,
hijos míos, daos priesa,
que ya nos envía Dios
las señales postrimeras.

CAM. Esto sí que ya no es broma:
por allí suben las fieras.

NAC. ¡Ay, me asalta el corazón
una terrible sospecha!

(Salen Ada, Bártena, Célfora y Serafíla
con Jafet: todos entran en el arca.)

SER. Aquí nos tienes, señor,
a obedecerte dispuestas,
y después del sacrificio
purificadas.

NOÉ. Con ellas
id, hijos, adonde os toca.

(Entran en el arca Jafet, Serafíla, Ada,
Bártena al fin.)

CAM. Y son las primeras fieras
que encerramos en el arca.

(Comenzan a entrar las fieras en el arca.)

NAC. Pero, engañosa extranjera,

Dios nada más de aquel modo
dominar puede a las bestias.

TENT. Ilusiones de Noé.

CAM. Ilusiones, ¿eh? Pues llega,
llégate a pasar la mano
por el lomo a esta pantera.

TAR. ¡Qué asombro! Los animales
humillando su fiera
vienen al arca.

CAM. ¿Quién dentro
con esta gente se arregla?

NOÉ. Dios que las envía.
(Luzbel se presenta en lo alto de una mon-
taña, en segundo término.)

TENT. Ved.

Ya el autor de esta apariencia
se os muestra allí satisfecho,
de su triunfo en la soberbia.

NAC. ¡Qué! ¡Aún esto es falso!

TENT. ¿Pues no?

NOÉ. ¿Aún hay quien dudarlo pueda?
¡Hombres incrédulos!

CAM. ¡Hola!

Dios guarde a su reverencia,
(Pasa la pareja de los asnos.)

señor burro. Este a lo menos
camina con sus orejas

al aire; pero doctores
conozco en artes y en letras,

que en vano ocultan las suyas
con la borla y la muceta. (Rebuzna.)

¡Famosa voz! Muchos cantan
en liceos y academias

mucho peor. ¿También zorras?
(Pasan las zorras.)

Padre, esas sí que no entran.

NOÉ. ¿Por qué, necio?

CAM. Porque son
las zorras gente muy diestra,

que a quien se las junta engañan,
y a poco que anden con ellas,

van luego a salir del arca
zorras, hasta las ovejas.

¿Gatos también? Quiera Dios
que escribanos no se vuelvan.

¡Hola! Lobitos y alanos:
esta ya es gente de presa:

¡como no salgan bolsistas
o contratistas! ¡Qué gresca

que se va a armar allá dentro!
Caballos, toros, culebras,
osos; ¡cuánta gente hace hoy
el oso, sin que lo advierta!
Patos, perdicés, gallinas...
¡Ay! Lo que es las castas estas
si que se pierden, si dentro
del arca doy yo con ellas.

NOÉ. ¡Cam incorregible! Vamos,
que las aguas acrecientan.

CAM. Allá voy, porque el diluvio
parece que va de veras. *(Éntrase Cam.)*

NOÉ. Ya están todos: ahora, ampáreme
la Divina Providencia. [nos
Vosotros encomendaos

a los que ha creído vuestra
ceguedad. Las nubes van
a verter sobre la tierra
las cataratas del cielo
y el horror de las tinieblas.
Cuando rotas se disipen,
será dejando ya en ella
los espumosos torrentes
que en su hinchado seno encierran.

*(Entra Noé en el arca. El ruido de los
truenos rompe con fragor. Las nubes es-
pesas descienden y dejan el tablado com-
pletamente oscuro. Cuando las tinieblas
se disipan, la lluvia espesísima es per-
ceptible. Los actores están agrupados al-
rededor de la Tentación, en pie.)*

ESCENA XV

LUZBEL, LA TENTACIÓN, NACOR,
TARÉS, PUEBLO

NAC. Sálvanos, tú que el estrago
con faz tranquila contemplas.

TENT. No: yo os abandono ahora.
(Se hunde.)

TODOS. ¡Cielos!

LUZB. Las aguas soberbias
de los mares y los ríos,
desbordados os rodean
por todas partes.

NAC. ¡Gran Dios!
¡Misericordia! *(Se arrodillan.)*

LUZB. Es ya tarde,

gente estúpida y perversa.
Yo soy Luzbel; y a esperaros
voy del averno a las puertas,
donde caerán vuestras almas
como al agua que os anega. *(Húndese.)*

NAC. Huyamos a las montañas:

UNOS. ¡Dios mío!

OTROS. ¡Piedad!

OTROS. ¡Clemencial!

*(Inundación. Las aguas crecen hasta cubrir
todos los trastos de la escena; al son de
una música a propósito.)*

ACTO TERCERO

Un valle de la Armenia; en el fondo vista del arca
atracada entre unos peñascos: vista pintoresca
de la tierra después de la inundación.

ESCENA PRIMERA

NOÉ, SEM, JAFET, CAM, BÁRTENA, SERAFI-
LA, ADA, CÉLFORA

CAM. Bien auguró la paloma
con su ramilla de olivo.
Ya estamos en casa nueva.

SER. Ya está todo seco y limpio
otra vez sobre la tierra.

CAM. En tal baño la han metido.

NOÉ. Hijos, pues de este desastre
nos salvó Dios compasivo,
ofrezcámosle devotos
el holocausto debido

a tan gran misericordia.
De aquel cordero inmarchito
y aquellas blancas palomas
que para este fin metimos
dentro del arca, le haremos
al instante un sacrificio.

Id cada cual por su lado,
y buscad por estos sitios
la piedra más a propósito,
la leña y los utensilios
necesarios, y si halláis
por esos valles fructíferos
frutos en sazón, traédlos,
que deben ser ofrecidos
al Señor como primicias.

CAM. Y no me echéis en olvido, si están granadas las uvas, de traerme un racimillo. Y vos recordad sobre eso lo que en el viaje os he dicho. (A Noé.)

NOÉ. Id, hijos míos. Empero advertid que os notifico que no entréis más en el arca, que así Dios nos lo previno, porque es figura de aquella arca mejor, en que él mismo vendrá a libertar al mundo del diluvio del delito.

CAM. Y digo, ¿en toda la tierra sólo nosotros vivimos?

NOÉ. A los ocho solamente libró Dios de este conflicto.

CAM. Pues no nos han de estorbar el sueño nuestros vecinos.

NOÉ. Solos, ¡gran misericordia! entre el número infinito de vivientes nos libró.

¿Qué holocausto, aunque encendido vaya de ardientes plegarias, no será pequeño indicio de nuestro agradecimiento? Ea, vamos, divididos, a buscar lo necesario para nuestro sacrificio.

Ven, Cam.

CAM. Yo me quedo aquí, que puesto que repartidos vais, no es justo que se quede este lugar sin registro.

ESCENA II

CAM

Pues, señor, heme aquí solo, y aquí ahora en soledad, voy conmigo mismo a solas una sola cuenta a echar. Vamos a ver: dice padre que soy malo: en realidad no soy bueno: mas ser malo, ¿me trae a mí ningún mal? Todo al contrario: yo soy

malo para los demás, pero para mí excelente: por aquí, pues, gano ya en ser malo, cuando menos, el serlo en mi utilidad: conque por aquí me sale la cuenta en *cero*, y en paz. Mi padre es un hombre santo; convenido. Era verdad todo lo que nos decía del diluvio universal: esto es un hecho innegable, puesto que a la vista está. Dios le avisó: él hizo el arca, nos zampó en ella, y andar sobre el agua dando tumbos corrimos, hasta que *ras*, en medio de estos peñascos nos sentimos encallar. Nos salvamos. Aquí es donde pregunto yo a un imparcial: ¿de ellos buenos a mí malo, en resolución, qué va? Maldita la cosa: al cabo, pues, nos salvamos a par; las ventajas del negocio sólo por el malo están. Ellos pasaron la vida por los montes en jipar, y en hacer el arca un año de fatigas y de afán. A mí me la dieron hecha, tras de haberme en la ciudad pasado una vida alegre, tranquila y patriarcal. Yo me he divertido en grande: me he puesto a quien puede más con mis gustos, y me he dado buen atracón de pecar: conque a lo malo me atengo, si por resultado da comer bien, holgar mejor y a pierna suelta roncar. Resuelto estoy. Cam me quede, aunque llamen malo a Cam: que el malo con buena suerte hace bien lo que otro mal. La vida es una bicooca: no quiero tomarme afán

por ella: tomarla a pechos
es ponerse a reventar.
(*Luzbel sale por detrás de Cam por escol-
tillón y se queda contemplándole.*)

Dios es bueno, y pues me guarda
para simiente del mal,
como me dijo mi padre,
él lo que se hace sabrá.
¿Por qué en oponerme a Dios
me tengo yo de empeñar?
Por malo me salva: en siéndolo,
cumpla yo su voluntad.
A correrla, pues: el mundo
Dios a nosotros nos da,
y solos por él campamos.
LUZB. No tan solos, señor Cam.

ESCENA III

CAM, LUZBEL

CAM. ¡Demonio! ¿Quién es este hom-
[bre.
LUZB. Que te ha sorprendido veo
hallarme aquí.
CAM. Yo lo creo.
LUZB. ¿Pues qué hay en mí que te
[asombre?
CAM. ¡Ahí es nada! ¡Otro hombre vivo!
A no que te haya salvado
en su vientre algún pescado,
cómo aquí estás no concibo.
LUZB. No te entiendo.
CAM. Ni yo a ti.
LUZB. Pues expliquémonos.
CAM. Pues
explica: ¿qué tierra es
esta?
LUZB. La Armenia.
CAM. ¿Y aquí
quién te trajo?
LUZB. Dios me trajo.
CAM. Mas por qué camino fuese
no entiendo.
LUZB. Naciendo.
CAM. Ese
no es camino, que es atajo.
LUZB. Pues no hubo otro: aquí he na-
[cido,

aquí me crié hasta hoy,
aquí vivo y aquí estoy.
CAM. ¿Por aquí, pues, no ha llovido?
LUZB. Lluvee aquí todos los años
muchas veces.
CAM. ¿Mas ninguna
os anegó?
LUZB. Por fortuna
nuestra, nunca: mas, ¿qué extraños
discursos tu seso encierra?
¿Quién eres tú aquí, extranjero?
CAM. Soy el mayor majadero
que hubo jamás en la tierra.
Figúrate tú que yo
soy hijo de un viejo loco,
que dió en creer poco a poco
en un diluvio, y que dió
tan de lleno en tal locura,
que mis hermanos creyeron
en ella, y se previnieron
a la inundación futura.
Construyeron un arcón
hecho para navegar,
ancho y capaz de encerrar
medio pueblo.
LUZB. ¡Qué aprensión!
CAM. Ello es que, aprensión o no,
un día dió en diluviar
de firme: nos hizo entrar
mi padre en la arca, y cerró.
LUZB. ¡Qué desatino!
CAM. Confieso
que paré en él en creer:
porque jamás pienso ver
un chaparrón más espeso.
¡Qué relámpagos! ¡Qué truenos!
¡Y qué llover tan sin tino!
Si duró, a lo que imagino,
treinta días por lo menos.
Ya se ve, con señas tales,
¿quién lo había de dudar?
Nos sentimos llevar.
LUZB. Ya se ve, por animales.
¡Ja, ja! Pues ahora doy
en todo y todo lo entiendo.
CAM. No, pues yo no lo comprendo.
LUZB. Pues a explicártelo voy,
Vuestros paisanos, que os vieron
dentro del arca encerrados,

dijeron: «De estos menguados librémonos: ¿y qué hicieron?»

Todas las bestias atando a aquél arcón que os encierra, os echaron de su tierra bonitamente, prestando con esta ingeniosa maña, pábulo a vuestra demencia, y hete aquí, por consecuencia, trasportado a tierra extraña.

CAM. Pues, señor, yo no me avengo con esa interpretación.

LUZB. ¿Tienes tú otra explicación mejor que esa?

CAM. No la tengo.

LUZB. ¿Pues entonces?

CAM. Aquí hay algo

que yo comprender no puedo; y yo en mis trece me quedo, y así del arca no salgo.

LUZB. ¿Dices que allá diluvió?

CAM. Sí.

LUZB. Pues aquí no; ¿de allí salisteis en la arca?

CAM. Sí.

LUZB. ¿Visteis el camino?

CAM. No.

LUZB. ¿Vivo no me hallas a mí?

CAM. Sí.

LUZB. Luego no me anegué.

CAM. Claro está.

LUZB. Conque no fué cierto el diluvio.

CAM. Caf del asno.

LUZB. Conque tu padre mintió.

CAM. Sí: y de cualquier modo, mi padre y yo, al fin de todo, somos, por mal que nos cuadre, por mentir y haber creído, yo el más sandio majadero, y él el mayor embustero que de mujer ha nacido. De entenderlo no concluyo, mas vives, y en conclusión, Noé ha sido un trapalón y no hay diluvio.

LUZB. Ahora arguyo que eres hijo de Noé.

CAM. Sí.

LUZB. Pues que saber no tengo ya más.

CAM. ¿Por qué?

LUZB. Porque de él noticias acá tenemos, y pasa por el más grande farsante del universo.

CAM. ¿Pues tiene acá buena fama!

LUZB. Y la merece, por cierto: porque es un viejo fantástico, embaucador y embustero, que sólo atiende a embriagarse.

CAM. Antes que de aquí pasemos, ¿qué es embriagarse?

LUZB. Embriagarse es perder del todo el seso, con la fuerza de un licor con el zumo de uvas hecho.

CAM. ¡Calla! Pues yo me he embriagado una vez, según recuerdo.

LUZB. ¡Cómo!

CAM. Comiéndome a mí: yo era uvas.

LUZB. No te entiendo.

CAM. Ni es del caso: conque sigue adelante con tu cuento.

LUZB. Pues ese viejo viejo, sólo a su gusto atendiendo, mirando andaba las plantas que con el grande deseo de producir liberal la tierra brotó sin tiempo.

No buscó para sus hijos el providente alimento, a lo que nació obligado como padre y como dueño, sino para sí no más: y fué permisión del cielo que hallara esa rica fruta, y al verla en racimos bellos, exprimiéndola el humor, pensando hallar alimento se halló en su fuerte bebida un fermentado veneno. (Cam se ríe.)
¿De qué te ríes ahora?

CAM. ¿Pues de reírme no tengo,
si todo eso es obra mía?

LUZB. ¡Cómo!

CAM. En el arca viniendo,
le aconsejé que en hallando
uvas, si estaba sediento,
que el zumo las exprimiese,
que una vez lo había yo hecho,
y que era un brebaje sano
y sobre todo un refresco. *(Se ríe.)*

LUZB. Pues yo le he visto tendido,
tan desnudo y descompuesto,
que sé que, aunque sea tu padre,
has de hacer burla de verlo.

CAM. Eso sí: yo soy capaz
de hacer burla de mi entierro.

LUZB. Pues ven a verme, que cerca
está, en su embriaguez envuelto,
y te va a dar mucha risa.
Imagina si un sujeto

que caduca de ese modo,
merece de nadie crédito.

CAM. Vaya, pues, echa adelante.

LUZB. De la sombra está a cubierto,
que le dan las mismas vides
que el fruto traidor le dieron,
y entre el tupido ramaje
yace tendido en el suelo.

CAM. Pues vamos allá.

LUZB. Pues sígueme.

ESCENA IV

Transformación de un emparrado fantástico.—Noé
tendido a la sombra

LUZBEL, CAM, NOÉ

LUZB. Mírale: aquí está.

CAM. ¡Soberbiol

¡Brava figura por Dios!

Tener la risa no puedo.

¡Qué gestos hace! ¡Ah vejete!

Caíste en el anzuelo.

Llamar quiero a mis hermanos.

LUZB. Dices bien: allí los veo
venir.

CAM. Hermanos, llegaos
por acá, y sabréis sucesos

que os asombren, y de padre
os reiréis.

ESCENA V

DICHOS, SEM, JAFET

JAF. Cam, ¿qué es esto?

CAM. Esto es, que no hubo diluvio.

SEM. Hermano, ¿qué estás diciendo?

CAM. Lo dicho: el diluvio es sólo
de nuestro padre un enredo.

Morador de estas montañas,
mirad aquí a este extranjero,
que vive hace muchos años
ahí en un vecino pueblo.

JAF. ¡Qué asombro!

SEM. Eso es imposible,

CAM. ¡Imposible! Y lo estáis viendo.

SEM. Yo tengo más fe en mi padre
que en lo que yo mismo veo.

CAM. Pues ved a ese viejo loco
embriagado y descubierto,

(Luzbel desaparece.)

y dad fe a sus disparates.
Miradle.

SEM. Cam, yo respeto
de mi padre hasta las faltas,
como cumple al hijo bueno
que a Dios en su padre mira,
y a abrigar voy como debo
su desnudez con mi ropa.

JAF. Yo también cubrirle quiero
con la mía.

CAM. Pues yo no,
y maldito si le creo
más en mi vida.

SEM. ¡Hijo infame,
monstruo vil sin compañero,
indigno del ser que tienes,
pues el paternal respeto
ultrajas, cuando lo guardan
los mismos brutos!

CAM. Con ellos
merecéis andar vosotros
que creéis sus devaneos.

¡Diluvios!... Yo a tu lugar
me voy contigo, extranjero.

¿Mas dónde está?

(Se vuelve a buscar a Luzbel.)

NOÉ. ¡Dios me valga!

JAF. Padre se mueve. ¡Silencio!

CAM. Voy a ver qué es lo que dice.

¡Gracioso va a estar el viejol!

NOÉ. Grave y pesado accidente.

(Levantándose.)

El licor que me ha embriagado,
es imagen del pecado

que envenena dulcemente.

Mas, sin duda, que indecente

anduvo con la embriaguez

mi inadvertida vejez,

pues, con cuidados prolijos,

vino alguno de mis hijos

a abrigar mi desnudez.

¡Sí, fué Cam! Pero recuerdo

que él fué quien me aconsejó

beber de ese zumo, y yo

me fié de él, poco cuerdo.

En conjeturas me pierdo.

¡Si fueran estos despojos

de Cam!... En tales enojos,

no fuera de Dios retrato

un padre, si el hijo ingrato

no le llevara los ojos.

Dos ropas con regocijo

hallo en mí, ¡bendito Dios!

Ya es más fácil que, de dos,

pueda Cam ser el buen hijo.

Mas ¡ay! ¡Ahora me aflijo

más, apurando la hiel

del dolor! Cam fué el infiel,

pues le veo allí vestido,

y estar en mí no han podido

sus vestiduras y en él.

Ésta en el amor prefiero,

que más cerca me abrigaba,

y bien claro me mostraba

que me la echaron primero.

El sumo Dios verdadero

bendiga al dueño conmigo

de tan cariñoso abrigo.

¿De quién esta ropa es?

JAF. De Sem, padre.

NOÉ.

A Sem es, pues,

al primero que bendigo.

Tú, Cam, sin duda ninguna,

después de todos llegaste,

y no tuviste lugar

de cubrirme y abrigarme:

no me viste, y no te culpó.

CAM. ¿Qué llamas que llegué tarde?

El primero que te vió

fuí yo, y no he visto tan grande

y ridícula figura:

sólo ahora de acordarme,

no puedo tener la risa:

haciendo estabas visajes.

NOÉ. ¿Me habías ya conocido

cuando de mí te burlaste?

¿Que era tu padre sabías?

CAM. ¡Toma! Y porque se mortafen

de ti, conmigo llamé

a mis hermanos, que saben,

como yo, que es tu diluvio

falso y que nos engañaste.

NOÉ. ¡Tu generación maldita

sea de Dios, hijo infame!

De su luz y su verdad

nunca el resplandor alcance

a los hijos de tus hijos;

y cuando a la tierra baje

Dios a lavar el pecado,

vestido de humana carne,

sea tu generación

la que su túnica rasgue,

y caiga sobre tu gente

su maldición y su sangre.

SEM. Padre, tente: que son rayos

las maldiciones de un padre.

JAF. Perdonadle.

CAM.

¡Pues me gusta!

¿A qué tengo que vendarme,

siendo él el descalabrado?

Déjate de riñas, padre;

si yo me burlé de ti,

¿para qué tú te embriagaste?

NOÉ. Apártate de los míos.

CAM. Ya me aparté tiempo hace,

y me va bien, y no pienso

con ellos más en juntarme.

NOÉ. Ni podrás ya: llegó el tiempo

en que por distintas partes

vayáis a poblar el mundo.

JAF. A no ser inviolable

ley de Dios ¿quién, si no muerto,

podiera de ti apartarme?

NOÉ. Llamadme a vuestras mujeres.

CAM. A la mía no.
 NOÉ. Tal madre
 no merecen tener, Cam,
 los hijos de tu linaje.
 CAM. Aquí están.

NOÉ. Llegaos, hijas:
 llegó el tristísimo instante
 en que es fuerza que se parta
 mi ser en tantas mitades.
 El mayorazgo del mundo
 va Dios en partes ignuales
 a partir entre vosotros,
 y a vuestros ojos palpable
 a haceros de su justicia
 los misterios insondables.

(El fondo de la escena se abre y se manifiesta una apariencia del infierno, expresada por un gran foco de flameante fuego, ante el cual se ve a Luzbel en el traje que sacó en el prólogo.)

CAM. ¡Hola! El fuego tras del agua
 es la ley de los contrastes.

NOÉ. Es la ley de los castigos
 que da Dios a las maldades:
 vive bien sobre la tierra,
 o al fuego es fuerza que bajes:

(La alegoría de infierno se transforma en gloria, representada en una luminosa ronda formada por grupos de nubes y de ángeles, en medio de la cual está el Salvador, a quien incensan los querubines, al coro de una música suave. Dos ángeles se adelantan a su tiempo hacia el proscenio, colocándose uno al lado de Sem y de Célfora, y otro al de Jafet y Serafíla.)

NOÉ. La virtud subirá al cielo
 en las alas de los ángeles.

ESCENA ÚLTIMA

NOÉ, SEM, JAFET, CAM, BÁRTENA, CÉLFORA, SERAFILA, ADA, LUZBEL, EL ARCÁNGEL MIGUEL, ÁNGEL 1.º, ÍDEM 2.º, COROS.

MIG. De este modo entre vosotros
 Dios el universo parte.

A ti, Sem, de cuya raza
 nacerá humanado en carne
 su hijo el Redentor, te tocan
 las regiones de Levante.

A ti, Jafet, el Poniente;
 a sus extremos distantes,
 guiando irán vuestros pasos
 con una antorcha esos ángeles.

A Cam toca el Mediodía.

CAM. ¿Pero para mí no hay ángel?
 LUZB. Yo lo soy de las tinieblas.

¿Quiéres que yo te acompañe?

CAM. Sí; pues ya que mis hermanos
 llevan cada uno su paje,
 no me he de ir yo sin el mío,
 ni he de ser menos que nadie.

LUZB. Y tu obstinación, de tus vicios
 será el más imperdonable.

(Vase tras de Cam.)

NOÉ. ¡Señor, yo acato los fallos
 de tus leyes celestiales!
 Piérdase Cam, si es preciso,
 para que el mundo se salve.

Prosternaos, hijos míos:
 vosotros, en quienes arde
 la eterna luz de la fe
 inmarcesible y constante,
 orad a Dios, que benigno
 progenitores os hace
 de un mundo regenerado.

Orad, y Dios, que os infunde
 su fe tan inalterable,
 con su antorcha hasta el sepulcro
 os alumbré y acompañe.

TRAIDOR, INCONFESO Y MÁRTIR

DRAMA HISTÓRICO EN TRES ACTOS 28

ESCRITO EXPRESAMENTE PARA EL BENEFICIO DE

DOÑA MATILDE DíEZ

PERSONAS

DOÑA AURORA.
GABRIEL ESPINOSA.
DON RODRIGO DE SANTILLANA,
alcalde de casa y corte.
DON CÉSAR DE SANTILLANA,
capitán de finetes del primer tercio
de Flandes.
ARBUES.

BURGOA Y NAO D'ANDRADE.
EL MARQUÉS DE TAVIRA.
EL DOCTOR N.
UN ESCRIBANO.
ALGUACILES.
SOLDADOS
UN CRIADO DE BURGOA.
OTROS CRIADOS.

La escena en los dos primeros actos pasa en una posada de Valladolid; y en el tercero en Medina del Campo, en el año de 1594 de N. S. J. C.

ACTO PRIMERO

Antesala de una posada de Valladolid. Puerta en el fondo, que da al exterior. Dos a la izquierda, que dan al interior. Ventana a la derecha.

ESCENA PRIMERA

BURGOA, *que aparece*; un CRIADO, *que sale por el fondo*

CRIADO. Señor amo.
BURG. ¿Qué hay?
CRIADO. Un hombre
BURG. ¿Qué quiere?

CRIADO. Veros.
BURG. Que pase.
CRIADO. Entrad aquí, seor hidalgo.

ESCENA II

BURGOA; EL MARQUÉS, *embozado*

MARQ. Buenas noches.
BURG. Dios le guarde.
MARQ. ¿Eres tú el huésped?
BURG. Yo soy.
MARQ. ¿Luis Burgoa?
BURG. Y Nao d'Andrade.
MARQ. ¿Portugués?

BURG. Lo canta el nombre:
de Alfontes en el Algarbe,

MARQ. Paisanos somos.

BURG. ¿Sois vos también?

MARQ. Escúchame y cállate.

BURG. Callo y escucho.

MARQ. Esta noche

vendrá a pedir hospedaje
en esta posada un hombre,

cuyas señas voy a darte
para que no le equivoques.

Edad, cuarenta años; traje
negro, cabello rapado;

barba crecida, semblante
pálido, mirada de águila,

sonrisa triste, andar grave.

BURG. Con tantas señas, señor,
que le equivoque no es fácil.

MARQ. Aún faltan más; una dama
en su compañía trae

de apenas diez y siete años,
y haciendo veces de paje,

viene sirviéndoles a ambos
un veterano de Flandes,

en quien, por más que se afana
por toseo labriego en darse,

se revelan a la legua
las costumbres militares.

Lo mismo sea sentirles
a tus puertas acercarse,

con luz y sombrero en mano
saldrás hasta los umbrales:

mandarás de sus caballos
cuidar, y sus equipajes

subir a los aposentos
mejores que puedas darles.

Los servirás a su antojo
los más sabrosos manjares,

y los vinos más añejos,
y entretanto que ocuparen

cuarto en tu posada, en ella
no recibirás a nadie.

Yo toda entera la alquilo
para ellos. Ahí va parte

del gasto que hacerte puedan;
cuando esa suma se acabe,

te rellenaré esa bolsa:
lo que sobre, para gajes

del huésped y de los mozos.
Adiós y silencio, Andrade.

BURG. Un momento, caballero.
¿Y si ese hombre preguntare

quién paga su gasto?

MARQ. Nada
digas.

BURG. ¿Y si se obstinare
en saberlo?

MARQ. Guardarás
silencio: y la cuenta al darme,

tu silencio y sus porfias
pondrás como cantidades

en guarismos, y yo sólo
veré las sumas totales.

Pero ten cuenta, Burgoa:
porque el oro que aquí ganes

crecerá con tu prudencia
y te se irá con tu sangre;

porque indiscreciones de oro,
con hierro es bien que se atajen,

y fortuna que se canta,
siempre se la lleva el aire.

BURG. Señor...

MARQ. Adiós, que no quiero
que aquí, si llegan, me hallen. (Vase.)

ESCENA III

BURGOA, después DON CÉSAR

BURG. ¡Aventura más extraña!
Alguna apuesta: algún lance

de amor: pero ¿qué me importa
a mí? Lo que es indudable

es que el bolsillo está lleno
de doblillas: ¿para gajes

las que sobren? ¡Bah! Lo menos
ciento por veinte. Adelante.

CÉS. Buenas noches. (Sabiendo.)

BURG. ¿Qué se ofrece?

CÉS. Hablar con el dueño.

BURG. Habladle.

CÉS. ¿Eres tú?

BURG. Yo mismo.

CÉS. ¿Estamos
solos?

BURG. Sí.

CÉS. Atento estáme.

Tres personas a tu puerta vendrán muy pronto a apearse; un hombre galán, de pálido rostro y de noble talante, una dama tan hermosa como pintan a los ángeles, y un escudero que tiene mezcla de asistente y paje. Dale lo mejor que tengas, como a príncipes regálales: lo que no poseas, cómpralo, y en el precio no repares. Ahí tienes doscientos pesos en oro: cuando los gastes en su servicio, me pides más, y si sobran, por gajes te los embolsas; con cerros sumas, y cuentas cabales.

BURG. Caballero, perdonad: pero habéis llegado tarde.

cés. No te entiendo.

BURG. Un embozado que salía cuando entrabais, os ha ganado la mano; y para esos personajes por quien os interesáis con palabras semejantes a las vuestras, ha alquilado y pagado el hospedaje de mi casa con el oro de este bolsillo: miradle.

cés. ¿Y quién era ese embozado?

BURG. No le conozco.

cés. ¿Su traje,

su porte, ni sus palabras, indicios no pueden darte de quién sea?

BURG. No, señor militar: ni su semblante vi jamás, ni haber oído recuerdo en ninguna parte su voz.

cés. ¿Es joven o viejo?

BURG. ¿No le habéis visto?

cés. ¿En qué?

BURG. En la calle estaba ya cuando yo llegaba a tu puerta, y casi no puse atención en él.

BURG. Es un señor respetable, de barba gris, noble y rico. cés. ¿Noble y rico? ¿De qué sabes que lo es si no le conoces?

BURG. Dan en él lo muy bastante a conocer la riqueza, su oro y su modo de darle, y la nobleza; además de su tono y de sus frases, el aroma que se exhala de su valona y sus guantes.

cés. Pues, señor, ¿cómo ha de ser? Dijiste bien: llego tarde. Réstame, pues, solamente mis ofertas reiterarte: emplea ese oro a gusto de quien le da, y lo que falte yo lo abono; y a otra cosa que el tiempo vuela. Melquiades,

(Acomodándose a la puerta.)

acomoda los caballos en la cuadra.

BURG. Dispensadme, capitán: no puede ser.

cés. ¿Por qué?

BURG. Porque no hay vacante un solo pesebre en ella.

cés. Pues en ese caso, dame

un cuarto a mí y una cama, y que se vaya Melquiades con los caballos.

BURG. Tampoco puedo servirlos.

cés. ¡Bergantel!

¿Intentas burlas conmigo?

BURG. ¡Dios me libre de burlarme

de tan gallardo mancebo!

Mas tengo orden terminante

de aquel embozado incógnito,

de no recibir a nadie

por esta noche en mi casa,

más que a ellos. Excusadme,

pues, capitán.

cés. Pues entonces (Se sienta.)

dame un bocado que el hambre

me satisfaga, y un trago

que me remoje las fauces.

BURG. Señor, todo está comprado

y nos cansamos en balde.

Pues que por esos viajeros os interesáis, dejadles libre la casa, y no hagáis que yo a mi palabra falte.

CÉS. El caso es que a mí me importa en esta casa quedarme por esta noche, y es fuerza que me quede.

BURG. Pues en grave compromiso me pónéis si os quedáis, y por mi parte, por cuantos medios me ocurran estoy dispuesto a evitarle.

CÉS. ¿De modo que te propones en la plazuela plantarme en una noche como esta, con frío tal, oro y hambre?

BURG. Sí, señor.
CÉS. ¿Sin más razones?

CÉS. Pues, señor, lo siento mucho; mas fuerza es que te se alcance, pues no eres tonto, que cuando nuestro empeño semejante en hospedarme en tu casa, no vine para marcharme de ella otra vez despedido como un buhonero errante.

BURG. Pues mirad cómo ha de ser.
CÉS. Así: toma, y lee si sabes.

(*Le da un papel.*)
BURG. ¿Y qué es esto?
CÉS. Lee.
BURG. (*leyendo*). Dará

Luis Burgoa Nao d'Andrade alojamiento en su casa, número dos de la calle de la Antigua, al capitán del primer tercio de Flandes don César de Santillana, con seis jinetas.
CÉS. Cabales. Burgoa, en nombre del rey, vas a ofrecermelo de balde lo que por oro me niegas.

BURG. La boleta haré que os cambien a cualquier costa.
CÉS. Será trabajo inútil: es tarde:

BURG. No importa: tengo dineros y muy buenas amistades hoy en el Ayuntamiento.

CÉS. Pues, Burgoa, no las cansas inútilmente esta noche: porque, a más de que es mi padre juez de la chancillería y de casa y corte alcalde, tengo seis hombres abajo y un escudero, incapaces de obedecer otras órdenes que las que yo quiera darles, que del umbral de la puerta no permitirán que pases. Conque cede a mis razones, que son, a fe, terminantes, y dame luz, cena y cuarto, que con ese personaje misterioso, seré yo solamente el responsable de todo, en nombre del rey.
BURG. Callo al rey.

CÉS. Y muy bien haces, que contra el rey nadie es cuerdo en oponerse. Melquiades, toma luz y desensilla a Bayardo: a acomodarme voy en algún cuarto bajo, para que cuando llegaren esos huéspedes, en casa ya pagada no me hallen.
BURG. Capitán, pues no hay remedio, yo os ruego con la más grande humildad, que os alojéis en una sala que cae al huerto que tengo a espaldas de la casa.

CÉS. Que me place, te digo, el alojamiento. Vamos allá.

BURG. Hacia esta parte (*Los dos a la puerta.*) y en el fin del corredor veréis una puerta grande que da sobre otra escalera: tomad el farol que arde en el descanso; bajadla, y Andrés os dará la llave de vuestro cuarto, y decidle

que a vuestras gentes os llame.
Yo os enviaré buena cena
y fuego.
cés. Dios te lo pague. (Vase.)

ESCENA IV

BURGOA, después DON RODRIGO

BURG. ¿Santillana y capitán,
y de los tercios de Flandes,
y con la boleta en regla,
y espada de gavilanes,
quién le resiste? El incógnito
se hará cargo del percañe,
y tendrá su compañía
que sufrir y resignarse.

Contra el rey nadie es valiente.

ROD. ¡Ha de esta casa! (Entrando.)

BURG. Adelante.

ROD. ¿Sois el dueño de ella?

BURG. Soy.

Luis Burgoa.

ROD. Dios le guarde.

BURG. Mil gracias: lo mismo digo.

¿Qué se ofrece?

ROD. Que oiga y calle.

Esta noche a esta posada
vendrá un viajero a apearse
con una dama encubierta
y un escudero; hospedades
con mucho agrado, y servidles
sin dudar cuanto demanden:
su gasto corre por cuenta
del rey: y desde el instante
en que vuestra casa ocupen,
de ellos, de sus equipajes
y cuanto les pertenezca,
seréis vos el responsable.
Dejaréis entrar a todos
los que por él preguntaren:
a todos, quienquier que fueren;
mas no dejaréis a nadie
volver a salir. Abajo
tenéis unos militares
alojados, y las órdenes
competentes voy a darles
para que os presten auxilio,
y en caso de apuro guarden

las puertas: conque silencio
y adiós: volveré más tarde.

BURG. Señor, vuestra autoridad
sea cual fuere, excusadme
que os pregunte a quién la honra
tengo de hablar.

ROD. Al alcalde.

Rodrigo de Santillana.

BURG. ¡Jesucristo!

ROD. Dios le guarde.

ESCENA V

BURGOA

¡Dios nos asista! Con un
Santillana era bastante
para su mal: pero ¿juntos
el capitán y el alcalde
pisándoles los talones?
Ya, ya están frescos los tales
viajeros. Los Santillanas...
Raza de réprobos: aves
de mal agüero; golillas
todos: buhos de las cárceles
y de las horcas, que sólo
pronosticar pueden males.
Santillanas..., ¡fuego en ellos
y en quien a casa los trae!
No hay portugués que no tenga
con ellos cuentas. Mas baste:
que Dios dirá. Gente llega.

¡Andrés!

(Al ir a entrar por el fondo, sale Arbués de
viaje, enlodado.)

ESCENA VI

BURGOA, ARBUÉS

ARB. No hay que incomodarse;
patrón: somos gente llana
mis amos y yo, y a nadie
gustamos de dar que hacer.

¿Hay aposentos capaces,
limpios y con buenas camas
para una dama, su padre,
su escudero y dos criados?

BURG. Sí, señor, los hay: y tales

que no habrá en palacio muchos.
que en lo limpio les alcancen.

ARB. Pues poned en uno luces
para la dama.

BURG. Que bajen
voy a mandar por los trastos
que traigáis.

ARB. Que no se cansen
vuestros mozos; ya los nuestros
suben con los equipajes.

(*Suben los mozos con baúles.*)

¿Dónde los pondrán?

BURG. Allí,
en esos cuartos.

ARB. Llevadles, (*A los mozos.*)
pues.

BURG. ¿Y la dama?

ARB. Se está
despidiendo de su padre.

BURG. Pues qué, ¿no se queda en casa
con ella?

ARB. Sí; más tiene antes,
que entregar unos brevarios
a un primo suyo, que es fraile
en San Pablo, y tardará
tal vez: mas no hay que esperarle.

BURG. Marta, Ginés, a esa dama
alumbrad.

ARB. Ya llegan tarde,
patrón. (*Sale doña Aurora.*)

BURG. ¡Qué! ¿Sin aguardar
que la sirvan?...

ARB. Si es más ágil
que un lancero, y nunca se anda
con cumplimientos.

ESCENA VII

ARBUÉS, BURGOA, DOÑA AURORA

BURG. (*Buen talle,
garboso andar y ¡qué hermosa!*
Dijo bien cuando a los ángeles
la comparó el capitán.)

AUR. ¿Sois el huésped?

BURG. Ordenadme,
señora: yo soy.

AUR. ¿Hay fuego
en mi aposento?

BURG. Y bujía:
y puede vueseñoría
disponer de él desde luego,
y de toda mi posada.
Os mandaré a mi mujer
que os sirva.

AUR. No es menester:
yo me sirvo sola, y nada
necesito. ¿Arbués?

ARB. ¿Señora?
AUR. Cuando vuelva, aunque sea tarde,
me avisarás.

ARB. A la hora
en que llegue.

AUR. Dios os guarde.
(*A Burgoa.*)

BURG. ¿Tomaréis un refrigerio,
un tente en pie, para abrigo
del estómago?

AUR. ¿No os digo
que nada quiero?

(*Vase por la izquierda.*)

BURG. ¡Qué imperio!

ESCENA VIII

ARBUÉS, BURGOA

BURG. ¿Y vos, no cenáis?
ARB. Poco ha
que comimos, y costumbre
no tenemos.

BURG. A la lumbre
podéis venir, que la habrá
buena en el hogar.

ARB. No tengo
frío; podéis sin reparos,
cuando queráis, acostaros:
porque mi amo, os lo prevengo,
de que le sirva no gusta
nadie más que yo, que sé
sus mañas.

BURG. Tenéis, a fe,
buen trabajo.

ARB. ¡Bah! Se ajusta
cada cual al que le toca
en esta vida: yo estoy
a su servicio y le doy
cumplimiento... y punto en boca,

que tengo sueño. Dejad la llave a mano, y a abrir bajaré, cuando venir le sienta; que echen mandad pienso a los caballos; yo de este sillón haré lecho.

BURG. ¿Dormiréis ahí?

ARB. ¿Pues no?

Es costumbre y ya estoy hecho.

BURG. Pues para cuando me acueste ahí queda la llave, y vos os gobernareis.

ARB. Adiós,

pues.

BURG. Descansad. ¡Mala peste me coja si yo me acuesto sin ver a ese hombre quedar dentro de casa! *(Vase.)*

ARB. Cerrar

no está de más.

(Cierra la puerta del fondo.)

ESCENA IX

ARBUÉS, después DON CÉSAR

ARB. En mi puesto

heme ya.

(Se sienta en el sillón y llaman a la puerta del fondo.)

Han llamado.

CÉS. ¿Arbués? *(Dentro.)*

ARB. ¿Por mi nombre? ¿Quién será?

CÉS. ¿Alférez Arbués?

ARB. ¿Quién va?

CÉS. Abre a un amigo.

ARB. ¿Quién es?

CÉS. El capitán Santillana.

ARB. ¿Don César?

CÉS. Sí: date prisa,

Arbués, que nos interesa.

ARB. ¡Válame la soberana *(Abre.)*

Virgen! ¡Vos, mi capitán!

CÉS. No malgastemos, Arbués, nuestro tiempo.

ARB. Hablad: ¿qué hay, pues?

CÉS. Las bocacalles están tomadas alrededor,

y conmigo hay seis soldados en esta casa apostados.

ARB. ¿Y qué?

CÉS. Que es a tu señor a quien buscan. Si Gabriel los umbrales de ella pasa, Arbués, dentro de esta casa todos sois presos con él.

ARB. No os dé pena, capitán: mi amo, que lo sabe todo, de hacer encontrará modo inútil todo ese afán.

CÉS. El asunto no es materia de chanzas: en la partida sé yo que le va la vida.

ARB. ¡Diablo!

CÉS. La cuestión es seria.

Registrarán su equipaje y hasta su misma persona: y si razón no le abona terminante, aquí su viaje concluye: porque al misterio de su vida, dar alcance quiere el rey.

ARB. ¿El rey?

CÉS. El lance

ves que no puede más serio ser. Mi padre don Rodrigo me ha encomendado su guarda, diciéndome que le aguarda pronto y ejemplar castigo. Hasta ahora, a lo que creo, de sus poderes abusa

la justicia, pues le acusa a ciegas su buen deseo. Mas he oído una expresión que, a probarse con certeza, le va a costar la cabeza, sea impostura o ambición.

Óyeme ahora. El destino, por su bien o por mi mal, me une a su sino fatal y me arroja en su camino. Instinto y veneración por él en mi pecho ruegan, y por Aurora me ciegan cariño y adoración.

En el nombre de la ley, a espiarle a Madrigal me enviaron, y cumplí mal

con las órdenes del rey.
Desde Madrigal al siglo.

ARB. Lo sabíamos.
CÉS. Tiempo es

de que sepamos, Arbués,
a qué atenemos. Conmigo
es preciso que Gabriel
hable esta noche: es forzoso
que este arcano misterioso
penetre a la par con él.

Hay de un misterio tremendo
en su existencia la duda:
siempre me tendrá en su ayuda,
mas que se explique pretendo.
Yo quiero de cualquier modo
salvarle; quiero que a prueba
ponga mi fe, y que me deba
su porvenir: en fin, todo
quiero comprenderlo, y sea
quien fuere, noble o villano,
vil traidor o soberano
coronado, que en mí vea
un fiel amigo, un apoyo
presto a dividir con él
desde el sitial de un dosel
hasta de la tumba el hoyo.

ARB. Que os ciega amor bien se ve.

CÉS. Arbués, si su amor merezco
y si mi mano la ofrezco...

ARB. No la admitirá.

CÉS. ¿Por qué?

ARB. Porque es Espinosa un hombre
que no quiere que se una
ni hombre alguno a su fortuna,
ni nombre alguno a su nombre.

CÉS. Yo los males que le afligen
acepto, y sus opiniones,
sin pedir de ellas razones:
y si ocultarme su origen
les importa, nunca el nombre
preguntaré de mi esposa:

sea honrada y cariñosa,
y nada habrá que me asombre.

ARB. Estáis loco, capitán;
¿queréis con un pastelero
emparentar?

CÉS. Arbués, quiero
salir de una vez de afán.

Te he dicho que mi destino
me lleva tras de Gabriel.

ARB. Pues es fuerza que huyáis de él:
echad por otro camino.

CÉS. ¡Arbués!

ARB. Yo sé lo que digo.

Vuestro ayo fui: soy ya viejo,
y daros puedo un consejo:
tomadle, que es de un amigo.

Cumplid vuestra obligación
sin tropezar con Gabriel,

y el misterio que hay en él
dejad en su corazón.

Para vuestro amor, de roca
será su alma, y recelo

que no os dará ni consuelo
ni satisfacción su boca.

CÉS. Pues qué, ¿hace ese hombre un
impunemente? [agravio]

ARB. Lo que hace
no sé, más no satisface

jamás.

CÉS. Pues bien, si su labio
satisfacción no me da,

yo le haré que hable sin gana
con mi acero.

ARB. Santillana,
en silencio os matará.

CÉS. ¿A mí?

ARB. Tal creo en conciencia.

CÉS. ¿Tiene algún filtro Gabriel?

ARB. No: mas acaso con él
pelea la omnipotencia.

Don César, tened a raya
vuestra locura, y tomad

mi consejo: abandonad
la senda por donde él vaya.

CÉS. No puedo.

ARB. Una indiscreción
muy sandia sé que cometo,

mas voy a ser indiscreto
porque os tengo obligación.

CÉS. Habla, habla.

ARB. Ese Gabriel

Espinosa, el pastelero,
tiene más de caballero

que lo que aparenta él.
Tres años ha que le sigo

de su favor obligado,

que honra y vida me ha salvado,
y más que dueño es mi amigo.

CÉS. Pero ¿quién es?

ARB. Voy a ello.

Quién es... sábenlo él y Dios.

Cuanto sé yo de él vais vos
a saber: más bajo un sello
guardadlo siempre.

CÉS. Concluye.

ARB. Escuchad, pues, lo que sé,
y vos veréis de él, a fe,
si en pro o en contra os arguye.

Él sabe todas las leyes,
cuenta todas las historias,
los desastres y las glorias
de los europeos reyes.

Él conoce los blasones
como un rey de armas: él mide
las noblezas: él decide

sobre razas y opiniones:
y tales fuerzas alcanza,
que con precisión certera,
monta un potro a la carrera
y hace astillas una lanza
en el aire.

CÉS. ¡Jesucristo!

Eso se cuenta también
de don...

(Arbués le tapa la boca con la mano.)

ARB. No digáis de quién:
de él yo lo cuento, y lo he visto.

Y, en fin, os diré un secreto:

¿conocíais a Quiñones,
el teniente de dragones?

CÉS. Sí.

ARB. Sabéis que era el respeto
de los diestros en la esgrima,
porque jamás estocada
le hirió, mientras que su espada
veinte muertes le echó encima.

CÉS. Sí.

ARB. No ignoraréis que muerto
en Madrigal se le halló:

pues bien, Gabriel le mató
riñendo.

CÉS. ¿Cierto?

ARB. Tan cierto,
capitán, como es de noche.

De Gabriel en la hostería

con el alférez comía
ya una tarde, cuando un coche
paró a sus puertas, y de él
un embozado bajando,

se entró hasta allí preguntando
si estaba en casa Gabriel.

Salió éste; y el forastero,
que ser mostraba en su porte

un gran señor de la corte,
llevó la mano al sombrero

al ir a hablarle; Quiñones,
de quien sabéis la insolencia,

con aquella impertinencia
peculiar de los matones,

dijo: «¡Hola! ¿Esas tenemos?»

Mas no bien le oyó Gabriel,
cuando viniéndose a él

le asió por los dos extremos
del collarín del colete

diciendo: «¡Hola, seor espía!

¡Yo os haré, por vida mía,
que me guardéis el secreto!»

Y con muñeca de hierro
zarandéandole de un lado

a otro, le echó derribado
bajo el banco, como a un perro.

El teniente, puesto apenas
en pie, echó mano al acero

yéndose hacia el pastelero,
quien con miradas serenas

y voz grave e imperiosa,
nos dijo: «Echémonos fuera»

y echamos por la escalera
los tres en pos de Espinosa.

Detrás de unos paredones
que hay debajo del camino,

paróse: fué su padrino
el otro, y yo el de Quiñones.

Capitán, juro a mi honor
que no he visto tal destreza

jamás, ni tanta firmeza,
serenidad y valor.

Era un maestro el teniente:
pero a las cuatro paradas,

tenía tres estocadas:
rugía de ira, y valiente

atacaba: más escrito
debió estar: tendióse a fondo

Gabriel, y cayó redondo
 Quiñones sin dar un grito.

CÉS. ¿Y Espinosa?

ARB. Ni un rasguño.

sacó: en silencio su espada
 limpió, que estaba manchada
 de sangre hasta el mismo puño,
 y envainándola con calma
 nos dijo: «Quede lo hecho
 sepultado en nuestro pecho,
 y que Dios perdone su alma.»

Y volviéndonos a entrar
 otra vez en la hostería,
 no ha vuelto desde aquel día
 a Quiñones a mentar.

Ahora, señor Santillana,
 pues sabéis qué hondo cariño
 os cobré desde muy niño
 y os guardo afición cristiana,
 creed a un amigo viejo:

por delante de Gabriel
 pasad sin topar con él:
 y agradecedme el consejo.

CÉS. Es tarde, y retroceder
 no quiero. Resuelto a todo
 vengo, y de uno u otro modo
 esta noche le he de ver.

ARB. Yo no os lo puedo impedir;
 pero hacéis mal: os lo advierto.

CÉS. Mas quiero por él ser muerto,
 que sin Aurora vivir.

ARB. Allá os las hayáis.

AUR. ¡Arbués!

(Dentro.)

ARB. Pronto, marchaos; es ella.

AUR. ¡Arbués!

(Dentro.)

(Arbués quiere obligar a don César a irse.)

CÉS. Déjame la huella
 besar de sus castos pies.

ARB. ¡Capitán!

ESCENA X

DOÑA AURORA, DON CÉSAR, ARBUÉS

AUR. Oyendo estoy (Saliendo.)
 a Arbués hablar ha una hora.

¿Es mi padre?

CÉS. No, señora.

AUR. ¡El capitán!

CÉS. Sí, yo soy.

ARB. Ver al señor pretendía;

le dije que ausente estaba:
 insistía él, porfiaba
 yo, y por eso se oía

hablar aquí, doña Aurora.

AUR. Anduviste descortés

con el capitán, Arbués.

ARB. Vuestro padre.

AUR. Sin demora

me debiste de avisar

de su llegada, y al punto

saliere yo.

CÉS. Sea asunto

concluido: él atajar

debió mi imprudente paso.

AUR. Si vos salís en su abono,

yo su falta le perdono.

Sal. (A Arbués, que se va.)

ESCENA XI

DON CÉSAR, DOÑA AURORA

AUR. ¿Puedo saber acaso

la causa que aquí os obliga

a presentaros ahora?

CÉS. Es un secreto, señora;

perdonad que no os le diga.

Confiarlo sólo debo

a vuestro padre.

AUR. En tal caso no

(Retirándose.)

CÉS. Aguardad. (Deteniéndola.)

AUR. Decid.

CÉS. Acaso

vais a enojaros.

AUR. Me atrevo

a esperar de vuestro honor

que no me osará decir

nada que no pueda oír

sin peligro o sin rubor.

CÉS. Nada, señora; ¡yo os juro

por la honra en que nací,

que nada oiréis de mí

que no sea noble y puro!

AUR. Hablad, pues.

CÉS. Que fui sospecho
torpe por demás, señora,
si no habéis visto hasta ahora
el arcano de mi pecho.

AUR. ¿Cómo queréis que comprenda
secretos que en él guardáis,
si no me los reveláis?

CÉS. Si en los ojos una venda
de indiferencia y rigor
no os hubierais puesto, Aurora,
me ahorrerais hacer ahora
la relación de mi amor.

AUR. ¿Conque amáis?

CÉS. Con frenesí.

AUR. Pues ¿y a quién?

CÉS. A un ángel.

AUR. ¡Oh!

¿Y os paga?

CÉS. Creo que no.

AUR. ¿Lo sabe?

CÉS. Creo que sí.

AUR. ¿Se lo habéis dicho?

CÉS. Jamás.

AUR. ¿Por qué?

CÉS. Porque es mi pasión,

más que amor, veneración:

idolatría quizás.

Es un amor que no tiene

en su vil naturaleza

un átomo de impureza:

amor que del cielo viene.

Es un innato cariño,

tan casto como profundo,

tan puro como el armiño,

tan inmenso como el mundo.

Sin otro bien, ni otro dueño,

ni más afán, ni más guía

en la tierra, noche y día,

con él vivo, con él sueño.

Un amor sublime, santo:

mas tan tirano, tan fiero,

que sus fuerzas considero

a mis solas con espanto;

porque no hay ley, no hay deber

que pueda mi corazón

al poder de mi pasión

con ventajas oponer.

Si la que amo me dijera:

«Sé traidor: véndete esclavo,

mi fe llevando hasta el cabo,
me infamara y me vendiera.

AUR. ¡Jesús, qué amor tan horrendo!
¿Dónde adquirido lo habéis?

CÉS. ¿Os reís?
AUR. ¿Pues qué queréis,

si os estáis contradiciendo?

CÉS. ¿Dó está la contradicción?

AUR. ¡Pues ahí es nada! ¿Un cariño
tan puro como el armiño,
una sagrada pasión,
de cuyo infernal poder,
creéis que os llegue a obligar
vuestro rey a abandonar,
la libertad a vender?

CÉS. Sin vacilar un momento.

AUR. ¿Porque una mujer os ame,
consentís en ser infame,
traidor y esclavo?

CÉS. Consiento.

AUR. Hacedos un poco atrás.

CÉS. ¿Por qué?

AUR. Esa pasión qué tanto
ponderáis, más que amor santo,
es amor de Satanás.

CÉS. ¡Infeliz del corazón
que tal amor no comprende!

AUR. Más lo es en el que se enciende
la llama de tal pasión.

CÉS. ¡No os mojarais de ella así
si la comprendierais, no!

AUR. ¿Y quién os dice qué yo
no guardo ese amor en mí?

CÉS. ¡Vos! (Sorpresa.)

AUR. Don César, sólo Dios,
amor tan ciego merece.

CÉS. Amor es Dios, y enloquece.

AUR. Y loco estáis.

CÉS. ¡Ah! Por vos.

(Se arroja.)

AUR. ¡Insensato!

CÉS. Por vos, sí:

yo os amo, Aurora, os adoro.

AUR. ¿Pues creéis que yo lo ignoro?

CÉS. ¡Cielos!

(Alzase del suelo, acercándose a Aurora.)

AUR. No lleguéis a mí.

(Apartándose.)

CÉS. ¿Me rechazáis?

AUR. ¡A fe mía!
Yo acepto vuestro respeto,
mas no quiero ser objeto
de una torpe idolatría.
No soy más que una mujer,
y del Criador hechura,
sólo como criatura
estimada quiero ser.

CÉS. Esas palabras, Aurora,
que una esperanza me dan...

AUR. Si tal creéis, capitán,
olvidadas desde ahora.

CÉS. Me confundís, y no sé
unir con vuestra bondad
vuestro rigor.

AUR. En verdad
que yo tampoco sabré
tal arcano descifraros.

Lo que sí os sabré decir,
es que no puedo admitir
vuestro amor: mas sin reparos
mi amistad toda os ofrezco.

Creedme: Dios me es testigo
de que os quiero por amigo,
mas por galán no os merezco.

CÉS. ¡Cómo!

AUR. Os lo diré mejor
y no me guardéis encono:
vuestra amistad ambiciono,
vuestra pasión me da horror.

CÉS. Me asombráis.

AUR. Es un arcano
que penetrar no podemos:
galán, jamás nos veremos;
amigo, aquí está mi mano.

(*Le tiende la mano.*)

CÉS. ¡Ah! Os entiendo. Compasión
os causó mi amor, y ahora
burlaros os plugo, Aurora,
con mi pobre corazón.

Mas esta mano que estrecho
sobre él; y que llevo al labio...
(*Va a besar la mano; doña Aurora se lo impide.*)

AUR. La boca le hará un agravio:
no la levantéis del pecho.

CÉS. Ese tono...

AUR. Es harto serio.

CÉS. No os comprendo. Si es capricho
de vuestro humor...

AUR. Ya os lo he dicho,
capitán: es un misterio
que yo no entiendo tampoco.

CÉS. Pues yo lo penetraré.

AUR. ¿Cómo?

CÉS. A vuestro padre haré
que me lo explique.

AUR. Estáis loco.

CÉS. En eso parar espero
con vuestras contradicciones.

AUR. Pues oídmе unas razones
terminantes, caballero.

CÉS. Hablad.

AUR. Me habéis ponderado
vuestra acendrada pasión,
y vais en mi corazón
a saber lo que hay guardado.

Hay un amor casto, ciego,
de mi pecho en la guarida,
tan largo como mi vida,
tan ardiente como el fuego.

Amor de goces tan suaves,
tan exento de dolores,
como el olor de las flores,
como el cantar de las aves.

Este amor es un cariño
tan ajeno de impureza,
como el que a tener empieza,
naciendo, a su madre el niño.

Hoguera es de inmenso ardor;
mas de su llama tranquila
no se extingue ni vacila
el constante resplandor.

En el duelo, en la ventura,
en la inquietud y en la calma,
siempre en el fondo del alma
como una estrella fulgura;

y brilla su claridad
en su centro solitario,
cual lámpara en un santuario,
cual faro en la tempestad.

CÉS. ¿Amáis?

AUR. Amo a un noble ser
de quien ignoro hasta el nombre:
le amo todo cuanto a un hombre
puede amar una mujer.

Le amo desde que le vi;

le amo con toda mi fe,
y al sepulcro bajaré
con su amor dentro de mí.
Con él sueño, con él vivo;
lo que él desea, apetezco;
lo que aborrece, aborrezco;
y mi corazón, cautivo
de su sola voluntad,
a ella no más obedece:
él me dice: «Ama, aborrece»,
y amo y odio sin piedad.
Me dijo: «De ese mancebo
serás amiga», y yo os digo
que vos sois mi único amigo,
porque él lo quiere, y yo debo
quererlo; y si él me dijera:
«Véndete, esclava», ¡por Dios
os juro, que como vos
por mí, por él me vendiera!
Ya mi secreto sabéis.
Respetad de él, comedido,
lo que no hayáis comprendido;
y si no os satisfacéis
con las razones que os dan,
haced cuenta, en conclusión,
que nací sin corazón.
Buenas noches, capitán;
cés. Esperad.

AUR. Ni un solo instante:
el alma leal que abrigo,
franca está para el amigo
y muerta para el amante.
(Vase por la izquierda, cerrando la puerta.)

ESCENA XII

DON CÉSAR

¡Ama a un hombre, cuyo nombre
no conoces! Fascinada
está su alma enamorada
por él. ¿Y quién es ese hombre?
Un año hace que los sigo,
y a nadie he visto jamás
llegar. ¡Un enigma más
de los que llevan consigo!
Con él sueña, con él vive;
lo que él desea apetece:
él manda y ella obedece,
y ser de su ser recibe.

¡Oh! Sí: lo expresaban bien
sus ojos, su voz, su gesto.
Sí, encierra un amor funesto
su corazón. Pero ¿a quién?
¡Ama a un hombre misterioso
de quien hasta el nombre ignora!
¿Ama y no a mí? ¡La traidora!
¡Sandio de mí! Estoy celoso.
Celoso, y tal vez acecha
la muerte aquí a ese Gabriel
de Espinosa. ¡Cielos! ¿Si él?...
¡Él! ¡Estúpida sospecha!
Su padre... ¿Y si no lo es?
¿Si el misterio y soledad
que guardan de liviandad
fuera un velo infame?—¿Arbués?

ESCENA XIII

DON CÉSAR, ARBUÉS

ARB. Aquí estoy.

CÉS. Pronto, responde:

Aurora a otro hombre ama.

¿Quién es? Di. ¿Cómo se llama?

¿Adónde está ahora? ¿Adónde

le vió? ¿Cuándo?

ARB. Capitán,

ya os previne que acercaros

a nosotros, era echaros

en un abismo de afán:

y ya lo veis: un instante

nada más que habéis hablado

con ella, os ha trastornado

corazón, juicio y semblante.

CÉS. La amo, Arbués, y estoy celoso.

Dime, por tu vida, Arbués,

¿sabes bien si Gabriel es

su padre?

ARB. ¡Pues es chistoso!

CÉS. ¡Ay! De la duda la hiel

me emponzoña el corazón.

ARB. Pues no perdáis la ocasión

de consultarla con él.

CÉS. ¿Llega?

ARB. Le siento venir.

CÉS. ¿Cómo?

ARB. Acostumbra a silbar

recio.

CÉS. ¿Y silbó? (*Llaman: aldabonada.*)
 ARB. De llamar
 acaban.

CÉS. Ve, pues, a abrir.
 (*Vase Arbués por el fondo, llevando la llave.*)

Es forzoso: le hablaré;
 la vida en ello le va.
 Si se obstina... más no, a fe;
 primero le salvaré
 y Dios amanecerá.

ESCENA XIV

DON CÉSAR, ARBUÉS, GABRIEL,
embozado

GAB. ¡Hola, señor capitán!
 CÉS. Os aguardaba.
 GAB. ¿Qué hay, pues?
 CÉS. Solos.
 GAB. Déjanos, Arbués.

ESCENA XV

DON CÉSAR, GABRIEL

GAB. Podéis hablar.
 CÉS. Tal vez van
 mis palabras a causaros
 extrañeza.
 GAB. No lo espero.
 CÉS. Muy claro con vos ser quiero.
 GAB. Pues no os andéis con reparos.
 Con cuanta más claridad
 habléis vos, a mi entender,
 os debo yo comprender
 con mayor facilidad.
 CÉS. Yo soy...
 GAB. Os conozco bien:
 (*Interrumpiéndole.*)
 adelante.
 CÉS. En Madrigal
 me acantoné de orden real...
 GAB. Para guardarme; también
 lo sé: adelante.
 CÉS. Hoy en pos
 de vuestros pasos...
 GAB. Venís

por lo mismo: me decís
 cosas que sé como vos.

CÉS. Pues bien: lo que, según creo,
 ignoráis vos todavía
 os diré.

GAB. ¡Por vida mía,
 capitán, que ya deseo
 que algo nuevo me digáis!

CÉS. Pues oíd.

GAB. Estoy atento.

CÉS. La casa en este momento
 está cercada, y estáis
 preso en ella.

GAB. Ya lo sé.

CÉS. ¿Conque sabiéndolo ya
 entrasteis?

GAB. Pues claro está.

CÉS. ¿Por voluntad?

GAB. Ya se ve.

CÉS. ¿Luego confiáis?...
 GAB. En Dios

primero, y después en mí.

CÉS. ¿Sabéis que os acusan?

GAB. Sí.

CÉS. ¿De un delito?...
 GAB. No, de dos.

(*Interrumpiéndole.*)

CÉS. ¿Sabéis cuáles?

GAB. Sí, por cierto.

CÉS. Pues, a lo que se murmura,
 cualquiera de ellos...
 GAB. Segura

trae mi sentencia: soy muerto.

CÉS. ¡Con ella os chanceáis?

GAB. Sí tal.

CÉS. ¿Podréis probar?...
 GAB. Una cosa.

CÉS. ¿Que sois?...
 GAB. Gabriel Espinosa,

(*Interrumpiéndole.*)

pastelero en Madrigal.

CÉS. Podrán dudarle tal vez.

GAB. ¿Por qué?

CÉS. Porque lo desmiente
 vuestro gentil continente,
 y es muy receloso el juez.

GAB. Dios me hizo así, y en mi mano
 no está cambiar de figura.

CÉS. Diz que andáis con mucha holpara ser sólo un villano. [gura

GAB. Soy rico.

CÉS. Querrán papeles que os acrediten de tal.

GAB. Resmas tengo en Madrigal de los de envolver pasteles.

CÉS. ¿Hay algunos con pinturas?

GAB. Mil.

CÉS. ¿Son estampas de santos?

GAB. Hay de todo.

CÉS. ¿Y entre tantos, hay conocidas figuras?

GAB. ¿Echáis menos, capitán, alguna?

CÉS. No: mas ha un rato que el juez buscaba un retrato fiel del rey don Sebastián.

GAB. Siento no tener ninguno.

CÉS. Pues creo que el juez pretende deteneros, porque entiende que lleváis sobre vos uno.

GAB. ¿Qué habría en que lo llevara para que en mí se encarnicen los golillas?

CÉS. Es que dicen

(Mirándole atentamente.)

que lo lleváis en la cara.

GAB. Ni es tan deforme la mía, ni osara yo andar, por cierto, con la cara que un rey muerto usaba cuando vivía.

CÉS. Pues la justicia cree ver en vos semejanza tal con él, que de vos muy mal sospecha.

GAB. ¡Cómo ha de ser!

(Un momento de pausa.)

CÉS. Yo os cobré afecto: fiad vuestro secreto de mí, y al depositarlo aquí lo echáis en la eternidad.

GAB. Mozo, si tuviera un día que fiar algo a algún hombre, creedme, os juro a mi nombre, que de vos lo fiaría.

CÉS. Fiadme ese nombre, pues.

GAB. Gabriel: lo acabáis de oír.

CÉS. ¡Os obstináis en morir!

GAB. Ley de los que nacen es.

CÉS. ¡No me entendéis!

GAB. ¡Vive Dios!

Ni vos me entendéis tampoco a mí.

CÉS. Parecéisme loco.

GAB. Y a mí mentecato vos, Porque, a la verdad, mancebo, grima me da contemplaros así el seso devanaros por decirme algo de nuevo.

Tras de tanto ir y venir, ¿no habéis echado de ver que yo no quiero entender lo que me queréis decir?

¿Os figuráis que viví entre el pueblo catorce años, sin percibir los extraños cuentos que corren de mí?

¿Pensáis que es esta la vez primera que en mí repara el vulgo, y que cara a cara me veo yo con un juez?

Venid acá, pobre niño;

¿pensáis que no conocí que en vos germinó hacia mí un simpático cariño?

Yo como en un libro leo claro en vuestro corazón, y bien de vuestra afición, la causa escondida veo.

Sé que a mí os atrae un nudo, cuyo mágico poder

os hace ante mí poner vuestro pecho por escudo.

Pero su atracción oculta resistid: porque os advierto que ese nudo, con un muerto os estrecha y os sepulta.

Resistid: porque un ser soy que infesto el lugar que habito, que cuanto toco marchito y asolo por donde voy.

CÉS. ¿Qué me importa? El horror misdel misterio que hay en vos, de sí me arrebata en pos, y ciego voy a su abismo. [mo

GAB. ¡Mancebo!

CÉS. Con vos iré

por doquiera que vayáis.
Oídmе: y cuando sepáis
mi secreto...

GAB. Ya lo sé.

cés. ¿Qué sabéis?

GAB. Cuanto ha pasado
por vuestro pecho hasta ahora:
no ignoro nada: de Aurora
sé que estáis enamorado.
Sé que por ella me habláis,
y que tras ella venís,
y que por ella vivís,
y que con ella soñáis.

¿Creis que en vuestro semblante
no he conocido al entrar
que la acababais de hablar?
Y en vuestro mustio talante,
¿creis que no entiendo acaso
que el amor de vuestro pecho
al declararla, no ha hecho
de vuestras palabras caso?

cés. ¡Caballero!

GAB. ¡Qué demonio!

De todo estoy enterado:
hasta de que habéis pensado
pedirmela en matrimonio.

cés. Sí, que mi amor...

GAB. Sé que es grande,
(Interrumpiéndole.)

profundo, honesto y leal:
pero es un amor fatal,
imposible.

cés. Que os demande
por qué dejad.

GAB. Lo primero,
porque si mal no me fundo,
no os quiere ella: lo segundo,
porque yo tampoco quiero.

cés. ¡Me escarnecéis!

GAB. ¡No por Dios!
¿Y a qué viene el enojaros?

¿No queréis que hablemos claros?

Pues claro os hablo yo a vos.

cés. ¡Ea, pues! Claros hablemos,
y sepamos de una vez
a qué atenernos.

GAB. ¡Pardiez!

No alcéis la voz, que podemos
a las gentes de la casa

despertar, y creer pueden
cosas que aquí no suceden,
capitán.

cés. Lo que aquí pasa
es que quiero penetrar
el misterio que os rodea,
y que es fuerza que así sea:
porque no he de tolerar
en calma, como un villano,
que tan sin razón los dos
despreciéis, mi amistad vos,
y vuestra hija mi mano.
Confieso que el alma mía,
de el punto en que os llegó a ver,
por vos empezó a tener
misteriosa simpatía.

Confieso, sí, que amo a Aurora
con amor tan delirante,
que no hay acción que me espante
por ella: mas me devora
a par con el del amor,
el fuego de un justo enojo,
y no quiero a vuestro antojo
ceder sin razón mejor.

Soy noble, y cuando os ofrezco
mi raza unir con la vuestra,
que me deis más noble muestra
de lo que valéis merezco:

porque si no, con derecho
tendré por cosa segura
lo que de vos se murmura
y lo que yo me sospecho.

GAB. ¿Y qué es lo que sospecháis?

cés. Que sois...

GAB. ¿Quién?

cés. Un impostor,
y que desecháis mi amor...

GAB. ¿Por qué?

cés. Porque vos la amáis.

GAB. ¡Desdichado!

cés. Una de dos:

satisfacedme al momento,
o sepulcro este aposento
es para mí o para vos.

GAB. Niño, dándoles gran precio,
la mayor satisfacción
que debo a tu protección
y a tu amor, es el desprecio.
Ve, pues, si te satisface

la de que no los admito porque el amor no me place, y el favor no necesito.

CÉS. ¿Eso a mí?
GAB. Y antes que te abra,

sepulcro, entiende que puedo abismarte con un dedo como con una palabra.

CÉS. Decídmela.
GAB. No la esperes.

CÉS. Pues bien; quiero, en mi despecho, ser o muerto o satisfecho.

(*Don César desenvaina su espada, yendo contra Gabriel. Éste desenvaina la suya, poniéndose en guardia, en cuyo punto aparece Aurora.*)

GAB. Sea; pues que tú lo quieres.

ESCENA XVI

GABRIEL, DON CÉSAR, DOÑA AURORA,
después DON RODRIGO

AUR. ¡Teneos!
CÉS. Todo es en balde.

(*La puerta del fondo se abre de repente y sale don Rodrigo, detrás del cual se ven cuatro soldados con mosquetes, en la parte exterior de la puerta. Gabriel baja su espada, dando un paso atrás, con tal rapidez, que el juez no pueda tener tiempo de apercibirse de que estaba en guardia.*)

ROD. En nombre del rey.

GAB. ¿Qué es eso?

ROD. Gabriel Espinosa, preso sed.

GAB. Lo estoy, señor alcalde.

ROD. ¿Cómo?

GAB. Ese mozo, sintiendo que aún en vela andaba yo, por esa ventana entró, que me fugara temiendo; hallándome en pie y armado, darme a prisión me intimaba, y mi espada le entregaba cuando vos habéis entrado.

ROD. Vuestras armas y equipaje quedan embargados.—De él
(*A don César.*)

y ellas te encargo.—Gabriel Espinosa, vuestro viaje no os es dado continuar hasta que duda no quede de quién sois.

GAB. Su merced puede cuando guste comenzar sus indagaciones.

ROD. Luego: interrogar me es preciso testigos: más ya, os lo aviso, preso estáis. Con él te entrego

(*A don César.*)
aquella mujer.

GAB. Señora se dice, alcalde: esta dama noble es cual vos, y se llama, por buen nombre, doña Aurora.

ROD. Si es dama y noble, después lo sabremos.

GAB. ¡Quiera Dios que no os pese luego a vos saberlo!

ROD. Excesiva es vuestra arrogancia.

GAB. No tanta como tener con vos puedo.

ROD. Nadie a mí me infunde miedo.

GAB. Pues a mí nadie me espanta. Conque adelante.

ROD. Adelante. Vos a ese cuarto, señora: y vos dad la espada ahora al capitán.

GAB. Al instante. Ahí la tenéis: y os suplico,
(*Alargando la espada, sin soltarla.*)

joven, que si no os enoja, me la guardéis, que es la hoja buena, y el puño muy rico.

(*Gabriel entrega su espada a don César, quien, al mirarla, exclama asombrado:*)

CÉS. ¡Jesús!
GAB. Ved con atención su primor.

CÉS. ¡Corona real tiene el pomo!

GAB. Y el tazón las armas de Portugal.

ROD. ¡Hola! Pondréis a mi alcance cómo hubisteis esa espada.

GAB. Dadlo por cosa alcanzada: la compré en Cintra de lance. *(Acercándose y viendo la espada que tiene don César.)*

ROD. ¡Prenda regia!
GAB. ¡Por San Juan!

Yo lo creo: como que es prenda de un rey portugués: fué del rey don Sebastián.

ROD. César, guárdale, por Dios: *(A don César, aparte.)* porque si se huye, perdemos la cabeza ambos a dos.
CÉS. Ya lo sé. *(Vase don Rodrigo por la puerta del fondo.)*

ESCENA XVII

GABRIEL, CÉSAR

(Don César va a acercarse a Gabriel con precipitación; éste le contiene con un gesto.)

GAB. No hagáis extremos, que os perdéis.

CÉS. ¿Pero sois vos?...

GAB. ¿Quién?

CÉS. Él.

GAB. Porfiado estás.

CÉS. Pero...

GAB. ¿Y si fuese quizás?

CÉS. Muriera por vos, señor.

GAB. Dormir un poco es mejor.

Dejad a Dios lo demás. *(Vase por la izquierda, dejando a don César estupefacto.)*

ACTO SEGUNDO (1)

La misma decoración del acto primero

ESCENA PRIMERA

DON CÉSAR, *sentado y meditando*

Dijo bien: no pertenece a la tierra el ser de ese hombre.

(1) Las escenas quinta, sexta, séptima, décima y undécima de este acto, no hubieran podido ser terminadas por mí, sin el eficaz auxilio de mi ami-

Me fascina: me enloquece. ¡Que en derredor de su nombre gira el mundo me parece!

Sí: de cuanto le rodea es el eje, el punto fijo: todo lo demás voltea

en torno suyo. Me dijo que iba a dormir, pero vela; no he cesado de sentir

sus pasos, por más cautela que puso al ir y venir por su aposento. Recela

que le sorprendan: previene cauto el porvenir; y pienso que entre su equipaje tiene

objetos que le conviene no mostrar. ¿Es él? ¡Inmenso riesgo corre!... ¿Y si no es?

¡Ay de mí! Siempre es de Aurora padre, hermano..., algo... A través doy con todo: me devora

la impaciencia... Llamo, pues. *(Llama a la puerta por donde se fué Gabriel en la última escena del acto primero.)*

ESCENA II

DON CÉSAR, GABRIEL

GAB. ¿Qué me queréis?

CÉS. Advertiros de que mi padre, el alcalde, vendrá pronto.

GAB. Será en balde.

CÉS. No lo será el preveniros que toda la noche ha estado

go don José María Díaz, que me ha ayudado a escribir las, sacándome generosamente del atolladero en que me tenían metido las dificultades de su desempeño. Las variaciones, inversiones y adiciones que después han sufrido, las han dejado tales, que ni el señor Díaz ni yo seríamos probablemente capaces de distinguir en ellas los versos que a cada cual pertenecen; yo no debo, sin embargo, apropiarme la parte que no me corresponde de estas escenas; y si por ventura nuestra, el público las aplaude, el señor Díaz tiene derecho a sus aplausos, lo que se complace en decir públicamente su mejor amigo.

JOSÉ ZORRILLA.

declaraciones oyendo de gentes que ha ido prendiendo.

GAB. Pues el tiempo ha malgastado.

CÉS. Vuestra situación es grave.

GAB. ¡Lo sé!

CÉS. Quizás un proceso...

GAB. Vuestro padre anda ya en eso.

CÉS. ¿Culpado saldréis?

GAB. ¿Quién sabe?

CÉS. Mi padre es hombre tenaz.

GAB. ¡Pues a buena parte viene!

CÉS. Es que tal vez os condene.

GAB. Cumpló la pena, y en paz.

CÉS. Mas si antes que vuelva él hacer prevención alguna os importa...

GAB. ¿A mí? Ninguna.

CÉS. ¡Señor!

GAB. Llamadme Gabriel.

CÉS. Vos lo dijisteis: secreto

nos liga un nudo a los dos, y siento a un tiempo por vos inclinación y respeto.

Quisiera una prueba hallar irrecusable que daros de mi fe, para obligaros sin recelo a confiar en mí.

GAB. ¡Vaya! ¡Estáis chistoso, por Dios! En este aposento queríais hacer un momento atravesarme furioso,

¿y ahora mi confianza

conquistaros pretendéis

con ofertas? Ya sabéis

que la razón se me alcanza

de esa simpatía oculta

que me tenéis: y a respeto

muéveos sólo mi secreto,

que vuestra aprensión abulta

tanto, que seguís mi viaje

vos, y a atajarle se arroja

el juez, porque se os antoja

que soy un gran personaje.

CÉS. Las apariencias están

por ahora en contra vuestra.

GAB. Pues la verdad se demuestra

con la verdad, capitán.

CÉS. Pues bien: antes que un proceso

entable el juez contra vos, valiera más, ¡vive Dios!...

GAB. ¿Que me diera por confeso yo mismo; que haciendo justo del juez el empeño, diera por supuesto yo que era no sé quién, y por dar gusto él al rey, y diversión

al populacho, me ahorcara, y Aurora por vos quedara? ¿Es esta vuestra cuestión?

CÉS. No así abuséis imprudente de ese misterioso influjo que a respeto me redujo para con vos, e insolente mi lealtad y mi amor ultrajéis: ésta es sincera, y mi pasión verdadera, señor.

GAB. ¡Dale con señor!

Vos sois noble, y yo villano:

vos sois gentil caballero,

y yo humilde pastelero:

decid Gabriel liso y llano.

CÉS. Me vais a desesperar.

GAB. Y vos me vais a aburrir:

CÉS. ¡Vos obstinado en fingir!

GAB. ¡Vos empeñado en hablar!

CÉS. ¿Pronto a todo, fascinado

que estoy por vos no miráis?

GAB. ¿Y os mando yo que tengáis de mi porvenir cuidado?

CÉS. Una palabra tan sólo.

GAB. ¿Vais a volver a lo mismo?

CÉS. De esperanza en este abismo dadme un rayo.

GAB. ¿Cuál?

CÉS. Sin dolo,

prometedme responder a una pregunta.

GAB. Si puedo,

responderé.

CÉS. No hayáis miedo

que os pueda comprometer

la respuesta. ¿Sois de Aurora

padre.

GAB. No conocí más

que a mí por padre jamás.

CÉS. ¡Oh! ¡No lo sois!

GAB. En buena hora,
que no lo soy os diré;
mas de este arcano la llave
tengo sólo.

CÉS. ¿Ella no sabe?...

GAB. Nunca se lo revelé.

CÉS. ¿Y la amáis?

GAB. Mucho quizás,
mucho más de lo que debo.

CÉS. ¿Conque la guardáis?...

GAB. ¡Mancebol!

CÉS. Sí, para vuestra.

GAB. Jamás.
Pero tened desde aquí
y para siempre entendido,
que es mujer que no ha nacido
para vos ni para mí.

CÉS. ¡Cielos!

GAB. De toda esperanza
despedidos.

CÉS. ¿Ofrecida

está a Dios?

GAB. No: está elegida
para prenda de venganza.

CÉS. ¿Vuestra?

GAB. Yo no voy en pos
de venganzas.

CÉS. ¿Es quizás
de su familia?

GAB. De más
arriba.

CÉS. ¡Del rey!

GAB. De Dios.

CÉS. ¡Imposible atar un cabol
¡Su ser parece que abarca
con la altivez del monarca
la abnegación del esclavo!

ESCENA III

DON CÉSAR, GABRIEL, un ALGUACIL

ALG. Su señoría el alcalde
don Rodrigo.

CÉS. En el momento
volved a nuestro aposento.

GAB. La entrevista será en balde.

ESCENA IV

DON CÉSAR, DON RODRIGO

ROD. ¿Seguros ambos?

CÉS. Seguros,

señor.

ROD. Todo lo recelo
de él, que es audaz.

CÉS. Sin embargo,

no temáis ningún extremo.

ROD. ¿Le has hablado?

CÉS. Sí, un instante.

ROD. ¿Y qué dice? ¿Muestra miedo
de la justicia?

CÉS. Ninguno.

ROD. ¿Bravea, eh?

CÉS. Nada de eso;

tranquilo está: tal vez tiene
de justificarse medios.

ROD. Imposible: en contra suya
tengo datos manifiestos.

CÉS. ¿Sabéis ya?...

ROD. Nada. Hilo a hilo
voy la madeja cogiendo.

Parece que hay en la vida
de ese hombre tantos enredos,

que sólo a fuerza de maña
y paciencia, deshacerlos

es posible. Mas no es
lo que me trae más inquieto

lo intrincado del negocio,
que el laberinto estoy hecho

a recorrer de las leyes:
acósame el alma, empero,

una agitación, que no
sé distinguir con acierto

si es afán o repugnancia,
si es duda o presentimiento.

Hay un punto de la historia
de ese hombre, cuyo misterio,

del tiempo de mi mayor
pesar me trae un recuerdo.

CÉS. ¿De cuándo?

ROD. Tú no lo sabes:
eras aún pequenuelo.

Luego, estas causas políticas
de Portugal, me trajeron

siempre desgracias. Parece

que el destino, con empeño fatal para mí, me pone portugueses siempre en medio de mi camino. Seis años anduve por aquel reino en comisión especial, los rebeldes persiguiendo, y como todos conspiran contra el rey y su gobierno, yo soy allí detestado.

CÉS. Fuisteis quizá muy severo.

ROD. Fui de Felipe segundo leal servidor. Tan terco como ellos en resistirse, fui yo en desplomar sobre ellos todo el rigor de las leyes, y a fe que no me arrepiento. Rebeldes eran: cumplí con mi obligación: mas tengo todavía que volverles cierta partida, y si puedo, quedarán tan bien pagados como yo bien satisfecho. Mas las horas vuelan: César, déjame aquí con el preso. Guarda esa puerta por fuera, y si llamo acude presto.

ESCENA V

DON RODRIGO

Las diligencias primeras terminaron, y el proceso está entablado. ¡Malditos portugueses!... ¡Qué de enredos! Diez y seis, y gente toda de probidad, de respeto, y hasta de ciencia, declaran que en el fondo de su pecho existe la convicción de que el trágico suceso es falso, y que están seguros de que en África no ha muerto. Unos en Cintra le han visto, y en Cintra fué donde él mismo dijo que compró su espada. Otros cruzando le vieron el Tajo una tarde: el fraile

dice que en su monasterio le rezó él mismo una misa antes del alba, y a esto para obligarle, del Papa le mostró bula, y que cierto está de que él era: y todos afirman con juramento, que fueron a Madrigal y que le reconocieron. Ahora bien: señor alcalde, pise su merced con tiento, que es la tierra escurridiza. O es él, o no: en los decretos de Dios todo cabe, y todo cabe en los humanos verros. Si en verdad es él, alcalde, no será en verdad muy cuerdo ahorcarle, sin dar al rey de todo aviso primero. Si es un impostor..., también le avisaré, y a lo menos, si se yerra, entre los dos el error compartiremos.

ESCENA VI

DON RODRIGO, GABRIEL

ROD. ¡Hidalgo!

GAB. Más alto pico.

ROD. ¿Caballero?

GAB. Todavía

más alto.

ROD. Su señoría me excuse si no le aplico su título verdadero: mas hablemos un instante, y de hoy para en adelante no erraré en él: porque espero que aquí, y a solas los dos, me diréis la jerarquía que ocupáis.

GAB. Su señoría espera bien: pues ¡por Dios que sabiendo yo quién es debo de hablar sin reparo!

ROD. Eso quiero, que habléis claro.

GAB. Ya veréis.

ROD. Decidme, pues, señor Gabriel. *(Va a sentarse a la mesa.)*

GAB. Un momento, señor don Rodrigo.

ROD. ¿Qué?

GAB. ¿Vais a sentaros?

ROD. Sí, a fe. *(Se sienta.)*
(Gabriel trae con mucha calma una silla y la coloca frente a la mesa de don Rodrigo.)

¿Qué hacéis?

GAB. Lo mismo; me siento.

ROD. Yo soy alcalde de corte.

GAB. Sí: más no sabéis quien soy yo, y si mal o bien estoy sentado ante vos.

ROD. ¿Del porte

audaz de que usáis conmigo, buenas razones supongo que me daréis?

GAB. Me propongo hacerlo así.

ROD. Pues prosigo.

GAB. Seguid.

ROD. La duda primera

que al escucharos me asalta, es la de que nombre os falta digno de vuestra alta esfera.

GAB. Lo tengo.

ROD. Pues no lo sé.

GAB. Gabriel Espinosa, pastelero en Madrigal?

GAB. Sí.

ROD. Pues poned en pie, señor pastelero. *(Gabriel se levanta.)* Así: ante el juez sólo se sienta quien altos títulos cuenta.

GAB. Como me sucede a mí.

(Se vuelve a sentar.)

ROD. *(Ir le tengo de dejar por donde quiera, y a ver.)*

GAB. *(Pienso que mi proceder le empieza a desconcertar.)*

ROD. ¿Pues cómo oficio tan bajo, siendo tan alto, elegís?

GAB. Por vivir, cual vos vivís de la ley, de mi trabajo.

ROD. Mas mi toga y aranceles no deshonran.

GAB. No, a fe mía:

pero yo hacer no sabía otra cosa que pasteles.

ROD. *(No es lerdio el señor Gabriel.)*

GAB. *(Astuto es el don Rodrigo.)*

ROD. *(Por aquí nada consigo, pero yo daré con él en tierra al fin.)* ¡Caballero!

GAB. Mandad.

ROD. Una relación que os llamará la atención contaros quisiera.

GAB. Espero que será, por lo galana, lo discreta y lo curiosa,

la invención más ingeniosa del señor de Santillana.

ROD. Pues oíd. Buen capitán más que rey, de fe tesoro,

allá en las playas del moro, murió el rey don Sebastián.

¿Supongo que de una historia tan pública oísteis algo?

GAB. Si vierais qué poco valgo en esto de la memoria.

ROD. En vuestro horno, no me extraña que estéis de noticias falto.

GAB. Sé que a su muerte, de un salto pasó Portugal a España.

ROD. Justo: mas hoy los noveles vasallos, por sacudir

sus leyes, dan en decir a los pueblos a ellas fieles,

que ha sido una usurpación, y pregonan, de concierto,

del rey en África muerto la fausta resurrección.

GAB. ¡Oiga! No está mal pensado.

ROD. No; mas la dificultad era el dar en realidad

con el rey resucitado.

Buscósele con esmero, y hallóse, por toda cosa,

un tal Gabriel Espinosa, en Madrigal pastelero.

GAB. Vamos, ya caigo: el error de esta semejanza mía,

hizo a vuestra señoría creer que soy...

ROD. Un impostor.
(*Interrumpiéndole.*)

GAB. ¿Quién lo dice?

ROD. Yo lo digo,
y el rey Felipe, y el mundo
entero.

GAB. Pues miente el mundo,
y el rey, y vos, don Rodrigo.

ROD. Inútil es vuestra audacia:
testigos tengo allá fuera,
que os acusan por doquiera
por impostor.

GAB. ¡Vaya en gracia!
Mas permitid que os arguya:
para llamarme impostor,
esa impostura, señor,
ha de ser mía y no suya.
¿Y dónde hay hombre capaz
de jurar que he dicho yo
qué era el rey?

ROD. Vos mismo, no.

GAB. Entonces, dejadme en paz.
Si yo me parezco a un rey,
y el vulgo por rey me tiene,
citar al vulgo os conviene,
pero no a mí, ante la ley.

ROD. ¡Espinoso!

GAB. Don Rodrigo,
aunque en leyes sois muy ducho,
os falta que aprender mucho
para habéros las conmigo.
¿Cree, buen juez, vuestra altiveza,
qué a ser yo el que habéis pensado,
estaríaís vos sentado.

(*Don Rodrigo se levanta y se descubre con-
forme va hablando Gabriel.*)

y cubierta la cabeza?
Rodrigo de Santillana,
a ser yo el que habéis creído,
hubierais vos ya salido
¡vive Dios! por la ventana.

ROD. (Por quién soy que me ha tur-
bado.)
¿Si contarán con razón
lo de la resurrección?)

GAB. (¡Pobre juez!)

ROD. (No habría osado
palabras tan arrogantes
decir.) Señor... Si en mal hora...

GAB. Ni tan bajo como ahora,
ni tan alto como antes.

ROD. (Tanta majestad me asombra.)
Gabriel, quienquier que seas,
manda en mí el rey que digáis
quién sois, en fin.

GAB. Una sombra.
Y porque acabemos, voy,
y afañes para excusaros,
señor Santillana, a daros
cuenta exacta de quién soy.
Nací donde quiso Dios:
si de noble raza, bien
se demuestra en mí: de quién,
me importa callar, y a vos
saber de mí no os importa;
prestadme, empero, atención,
pues va a ser mi relación,
cuanto complicada, corta.

Apenas cumplí la edad
que se llama juventud,
con loca solicitud,
con ciega temeridad,
abandoné mis hogares,
y en más remoto hemisferio,
dueño del mayor imperio,
pirata fui de los mares.

En ellos, profundo osario
de cien bajeles, guerrero
alcé mi estandarte fiero
de Asia y Europa corsario,
y amontoné más tesoros
que guarda el mar en su centro
y arenas quemadas dentro
de sus desiertos los moros.
Ebrio con tanta riqueza,
dejé mi gente y la mar,
queriendo en tierra ostentar
mi valor y mi grandeza,
y con el nombre supuesto
de marqués de Mari-Alba,
al lado del duque de Alba
gané en sus glorias un puesto
y en la cabeza esta herida: (*La muestra.*)
bien es que al que me la abrió,
con mi espada le abrí yo
las puertas de la otra vida.

ROD. No os daría poca pena
después.

GAB. ¡Fué un fatal deslíz!...
 ROD. No es mala la cicatriz.
 (Mirándole a la frente.)

GAB. La cuchillada fué buena.
 No me tendió, sin embargo:
 el furor me mantenía,
 y combatí todavía
 hasta caer, tiempo largo.
 Mas, hartó al fin del oficio
 de lidiar en tierra firme,
 licencia para salirme
 por entonces del servicio
 al duque de Alba pedí:
 díomela el duque cortés,
 y vedla. (Le da un papel.)

ROD. Su firma es:
 para el marqués...

GAB. Para mí.
 Di, pues, vuelta hacia la corte,
 sirviéndome mucho en ella,
 primero mi buena estrella,
 después mi lujoso porte.
 Por ese tiempo, de vos
 nadie hablaba todavía
 y a mí el rey me recibía
 con grande amistad.

ROD. ¡Gran Dios,
 entonces fué cuando vino
 el monarca portugués
 a Castilla! ¿Será, pues,
 este hombre?) ¿Quién previno
 más festejos a usared?

GAB. No hay por qué ocultarlo al fin:
 el conde de Medellín
 con tantos me hizo merced,
 que corresponder no supe,
 como era mi obligación.

ROD. ¿Y os tuvo tal atención
 en Madrid?

GAB. No: en Guadalupe.

ROD. ¿En ese pueblo?

GAB. Sí tal.

ROD. No recuerdo de que allí...
 GAB. Al rey de España en él vi
 junto al rey de Portugal.
 Después... abrid, Santillana,
 un paréntesis aquí,
 y poned en él de mí
 cuanto mal os diere gana.

Básteos saber, don Rodrigo,
 que perdí mi oro y mi gloria
 sin que una buena memoria
 me quedara, ni un amigo.
 Por tierra extranjera anduve
 errante como un bandido,
 y el pan que en ella he comido
 que mendigármelo tuve.
 ¿Mas el desengaño, al fin,
 qué ánimo feroz no doma?
 Llegué arrepentido a Roma
 remando en un bergantín.

Visité a Su Santidad:
 confesión le hice de todo,
 y el Santo Padre halló modo
 de absolverme en su piedad;
 dándome por penitencia
 de los pecados sin cuento
 que abrasan mi pensamiento,
 y me abruman la conciencia,
 que emprendiera el viaje entero
 del Santo Sepulcro a pie.

ROD. ¿Y lo hicisteis?

GAB. Por la fe
 lo juro de caballero.
 Y aún fué más: Su Santidad
 me ordenó que renunciara
 mi jerarquía, y que echara
 mi nombre en la eternidad.

He aquí por qué no os lo digo.
 Penitente le arrojé
 dentro de ella, y le olvidé
 para siempre, don Rodrigo.

ROD. ¡Interesante premio!
 Y a ser tan cierto...

GAB. Lo es tanto,
 que tengo del Padre Santo
 por testimonio y por premio
 esta bula. Me conviene
 que la leáis. (Le da otro papel.)

ROD. Os la tomo.
 No está vuestro nombre.

GAB. ¿Y cómo?

¿Si a quien se dió no le tiene?

ROD. Proseguid.

GAB. Mi protector,
 el Papa, en sus santos juicios,
 utilizar mis servicios
 imaginó, y fiador

constituyéndose mío,
me envió a un poderoso Estado,
que al verme tan bien fiado,
fió un bajel a mi brío.
Venecia fué nuevamente
del corsario protectora:
ved de tan noble señora,
don Rodrigo, la patente.

(Le da otro papel.)

Volví al mar: del africano
las costas guardando anduve,
y en un combate que tuve,
los dos dedos de esta mano
perdí: mas, su nave hundida,
cogí a mi enemigo preso.
La mano llevo por eso
siempre en el guante metida.
El rumbo a Venecia di
contento, cuando topé
con un barco de no sé
qué argelino: resolví
abordarle, y por despojo
de esta sangrienta jornada,
rescaté una desgraciada
niña, a quien con noble arrojo
defendía un pobre anciano,
y a quien, según esperaba,
iba a vender por esclava
el argelino inhumano.

ROD. ¿Y esa niña es doña Aurora?

GAB. Que pasa por hija mía.

ROD. ¿Familia, pues, no tenía?

GAB. Y tiene.

ROD. ¿Por qué hasta ahora
no se la habéis vos devuelto?

GAB. Necesito presentar
documentos que probar
puedan que es ella, y resuelto
estoy conmigo a guardarla
mientras tanto.

ROD. ¿Y dónde están
los documentos?

GAB. Vendrán

muy pronto: porque entregarla
mucho a su padre me importa.

ROD. Pensáis que él os dé.

GAB. Al contrario:
las riquezas del corsario
son para ella.

ROD. Porción corta
no será.

GAB. ¡No habrá, a fe mía,
quien competirla pretenda!
Millones tiene en hacienda:
millones en pedrería.

ROD. ¿Dónde?

GAB. En Venecia.

ROD. ¿Estarán
en el poder?...

GAB. Del Estado:

es ahijada del Senado
serenísimo, y tendrán
que devolvérsela salva
sus parientes a Venecia,
rica y libre, cual la precia
el marqués de Mari-Alba.
Ya nuestra historia sabéis:
a qué vine a Madrigal,
y a qué voy a Portugal,
indagadlo si podéis.
Ni sabréis de mí otra cosa,
ni nadie más de mí sabe;
sólo Dios tiene la llave
del corazón de Espinosa;
y si más de lo que digo
saber importa a la ley,
llevadme a Madrid: el rey
me conoce, don Rodrigo.

ROD. (Su altivez en confusión
me pone, y su majestad
me asombra. ¿Será verdad
lo de la resurrección?
Si miente, lo hace con tal
aplomo y con tanta fe,
que a poco más le daré
por el rey de Portugal.
Mas no ha de quedar por mí:
yo he de apurar este arcano:
no dirán que de un villano
impostor juguete fui.)

(Llama don Rodrigo y habla en secreto con
un alguacil, que se vuelve a marchar.)

GAB. (¿Secretos con el ministro
de justicia? Estoy al cabo:
tenemos careo: alabo,
por sorprendente, el registro.)

ESCENA VII

DON RODRIGO, GABRIEL, *el marqués de TAVIRA*

(Gabriel se aparta a un lado y, sentándose, se mantiene en toda esta escena dando la espalda al marqués.)

ROD. Señor marqués, perdonad si cumpliendo obligaciones de juez...

MARQ. Vuestras atenciones os agradezco en verdad: pero advertid que mañana quiero dejar a Castilla, y que el mesón de una villa no es el lugar, Santillana, que me conviene: os prevengo que hombre soy muy principal, y de todo Portugal la sangre más limpia tengo.

GAB. (Si mi mente no delira, ¡por Dios, que está en mi presencia la hinchada magnificencia del buen marqués de Tavira!)

ROD. No os he de faltar en nada: mas quiero que me digáis sin doblez cuanto sepáis de aquella fatal jornada de África; corre el rumor por ahí de que no es cierto que don Sebastián ha muerto; y aún hay algún impostor que usurpa su augusto nombre.

GAB. (Y el gesto y el ademán: ¡Mirándole.)

¡pobre rey don Sebastián si en manos cae de este hombre!)

ROD. Conque decid: ¿es verdad que en África el rey murió? Que allá estuvisteis sé yo con toda seguridad.

Hablad: marqués de Tavira, vuestra nobleza es notoria: no echéis en su ejecutoria el borrón de una mentira.

MARQ. Inexperto capitán, de mi edad en el vigor,

esclavo fué mi valor de mi rey don Sebastián.

Juntos un mismo bajel a tierras del africano nos llevó: como un hermano al combate fui con él.

Un mar de sangre corrió: pero al partirse la suerte sólo el baldón y la muerte, a nosotros nos tocó.

GAB. (No sé por qué la memoria de ese lance me entenece y me irrita: no parece sino que cuentan mi historia.)

MARQ. El rey, que escudo y celada tiró para más grandeza de valor, en la cabeza recibió una cuchillada tal, que la frente serena le rajó hasta la nariz.

ROD. ¡No es mala esa cicatriz!

(A Gabriel.)

GAB. La cuchillada fué buena. Seguid. *(Al marqués.)*

MARQ. El rey, nuevo Marte de tan sangrienta jornada, continuó, rota la espada, defendiendo su estandarte, hasta que el filo fatal de un yatagán africano, segó de su izquierda mano dos dedos.

ROD. Si no oí mal... *(A Gabriel.)* me habéis dicho...

GAB. Que perdí *(Con calma y sin volverse.)*

dos dedos en un combate naval.

ROD. Marqués, el remate de la batalla.

MARQ. Café bajo un hachazo a los pies de mi rey... y no vi más; perdí el sentido.

ROD. Quizás al recobrarle después...

MARQ. Ya no le hallé: con la luna tomé del mar el camino maltratado peregrino,

caballero sin fortuna, llevando en el corazón el recuerdo de una hazaña que será, no para España, para su rey, un baldón.

ROD. ¡Señor marqués de Tavira! Esa frase infamatoria...

MARQ. No tendrá mi ejecutoria el borrón de una mentira.

ROD. Conque en fin, ¿el rey murió?

MARQ. No lo sé; ¡por vida mía! Si lo supiera, os diría, señor alcalde, que no.

ROD. ¿Buena memoria tenéis?

MARQ. Buena. (Al marqués, llevándole aparte.)

ROD. ¿Y vista?

MARQ. Perspicaz. Si vive y le veis, de conocerle seréis?

MARQ. ¡Si vive habéis dicho!

ROD. Sí.

MARQ. ¿Tenéis, pues, noticias de él?

ROD. ¿Recibisteis un papel anónimo?

MARQ. Recibí uno ayer.

ROD. ¿Y qué os decía?

MARQ. Las señas de un personaje me daban que iba de viaje y aquí a hospedarse vendría; mandábanme a un comerciante que me daría dinero para pagar del viajero el gasto, y que en el instante fuera a cobrarlo y corriera con el pago, y tras el tal viajero hacia Portugal la vuelta sin falta diera.

ROD. ¿Y cobrasteis?

MARQ. Sí, cobré.

ROD. ¿Y pagasteis?

MARQ. ¿Pues cobrado por mí, no fuera pagado?

ROD. Perdonad, ¿e iréis?

MARQ. Iré.

ROD. ¿Luego sabéis de quién es el anónimo?

MARQ. Aunque no

lo sé, jamás me engañó en uno.

ROD. ¿Os ha escrito, pues, otros?

MARQ. Varios.

ROD. Sobre asuntos...

MARQ. Secretos.

ROD. Mas, ¿ciertos?

MARQ. Sí.

Siempre que salieron y ciertos en todos sus puntos.

GAB. ¡Con famosos servidores cuenta el rey don Sebastián!

¡Pobres reyes! ¡Siempre dan con tontos o con traidores!

MARQ. Si he concluído, no es cosa de estarme aquí sin provecho.

ROD. Perdonadme que aún insista: mas ya que memoria y vista tenéis, de ese hombre en acecho estad, y del rey en nombre os mando decir, marqués, si le conocéis, quién es.

GAB. (Santillana es todo un hombre.)

MARQ. ¡Qué diablos de juego es este! Posición más engorrosa!

ROD. Señor Gabriel Espinosa,

(A Gabriel.) permitid que os manifieste que habéis descortés andado con el marqués de Tavira, que está mirándoos con ira.

GAB. ¿Se lo habéis vos ordenado?

ROD. Ved que son los portugueses quisquillosos: despedidle al menos; vamos, decidle cuatro palabras corteses.

GAB. Voy, pues que vos lo queréis.

ROD. (Yo apuraré la mentira.)

GAB. ¿Señor marqués de Tavira?

MARQ. ¡Jesucristo!

GAB. ¿Qué tenéis?

MARQ. Señor... ¿sois vos?... ¿Aún vivís?

GAB. ¡Sí viví! ¿Pues no lo veis?

¿Pero qué diablos decís?

MARQ. ¡Ese gesto, ese ademán, esa voz, ese semblante que no olvidé ni un instante! Es el rey don Sebastián. (Cae de rodillas.)

GAB. ¡Imbécil! A ser de cierto don Sebastián, ¿no reparas que antes que me delataras a mis pies te hubiera muerto?

MARQ. ¡Jesús!
GAB. Señor Santillana, ¿que sé, daréis por supuesto, que sois vos quien me ha dispuesto, una farsa tan villana?

ROD. ¡Yo! ¡Farsa!... ¿Y con qué interés?

GAB. Salta a los ojos: es fuerza que ya la opinión se tuerza del buen pueblo portugués. Interesa a un impostor ahorcar, porque más en él no espero, y soy yo, Gabriel, el que os parece mejor. Ya veis que os he comprendido. Vos y ese hombre, los traidores sois aquí y los impostores: con él estáis convenido.

ROD. ¡Yo!

GAB. Traedme otro marqués como ese: aunque sean doce. Ni ese sandio me conoce, ni es noble, ni portugués. *(Gabriel se mete desenfadadamente en su cuarto, dejando estupefactos al marqués y a don Rodrigo.)*

ESCENA VIII

DON RODRIGO, el marqués de TAVIRA

ROD. Ese hombre me va a volver el juicio a mí. ¡Por mi vida que está buena la salida! No me queda más que ver. Mas me pone en confusión su aplomo, su majestad y su audacia... ¿habrá verdad en esta resurrección?

MARQ. Sandio dijo..., sandio soy, mas contenerme no pude.

ROD. ¿Es él?

MARQ. No habrá quien lo dude.

ROD. ¿Estáis seguro?

MARQ. Lo estoy.

ROD. ¿Engañado no os habrán vuestro error y su apariencia?

MARQ. No.

ROD. ¿Jurarais en conciencia?

MARQ. Que es el rey don Sebastián.

ROD. El capitán Santillana. *(Llamando.)*

ESCENA IX

DON RODRIGO, EL MARQUÉS, DON CÉSAR

ROD. Ruégoos que me perdonéis, señor marqués: mas me obliga mi deber a hacer que el viaje suspendáis.

MARQ. *(Ya no podría continuarlo: ya le he visto, y a verle nada más iba.)*

ROD. Escucha, César. *(A don César, aparte.)*

CÉS. Decid.

ROD. Antes de que apunte el día deben de partir los presos.

CÉS. ¿Adónde van?

ROD. A Medina del Campo.

CÉS. ¿Pues qué razones hay?

ROD. Dos: aquí la atrevida audacia de algunos pocos que mucho a Gabriel estiman, pudiera hacer un arresto y burlar a la justicia.

CÉS. ¿Sabéis, pues?...

ROD. Yo no sé nada.

La situación se complica de tal modo, que no hay ciencia ni sagacidad que sirvan para dominarla. Doña Ana de Austria, sobrina del rey, y abadesa ahora de las monjas Agustinas de Madrigal, y otras muchas personas como ella dignas de respeto, es menester que declaren. En la villa de Madrigal, peligroso fuera instalarme: en Medina hay cárcel segura, estoy

casi a la distancia misma de aquí que de Madrigal, y hay algunas compañías de areabuceros.

CÉS. ¿Pues tantas precauciones son precisas?

ROD. Todas son pocas tratándose de una cabeza prosrita, que puede hacer la desgracia de toda una monarquía. Tú le escoltarás, y luego partirás a toda prisa a la corte, para el rey con una consulta mía. Voy a mandar las literas traer, y estar prevenida la escolta que has de llevar. César, la más exquisita vigilancia ten: con ellos vas guardando nuestras vidas. Adiós. Seguidme si os place, señor marqués de Tavira.

ESCENA X

DON CÉSAR, después DOÑA AURORA

(Don César aguarda a que se vayan don Rodrigo y el marqués; escucha un momento a la puerta del fondo, y va abrir la primera de la izquierda, donde está el cuarto de doña Aurora, llamándola con precaución.)

CÉS. ¿Aurora?... ¿Aurora?... Cerráronla en la cámara vecina, sin duda porque no oyerá lo que en ésta sucedía.

(Entra, y vuelve a salir con doña Aurora.)
Venid, Aurora.

AUR. ¿Qué pasa, capitán, que así os obliga a llamarme?

(Don César cierra la puerta del fondo.)

AUR. ¿A qué cerráis las puertas con tanta prisa?

CÉS. ¡Aurora, Aurora! Esta casa es ya una cárcel sombría para vosotros.

AUR. ¡Dios mío! ¿Qué decís?

CÉS. De la justicia en poder estáis. Gabriel, con pertinacia inaudita, se obstina en callar, e inútil todo es con él. Ni le obligan las ofertas; ni le mueven los ruegos; ni le dominan las amenazas. Impávido hacia el abismo camina, con el semblante sereno y en los labios la sonrisa, cual si pudiera de un soplo disipar la enfurecida tempestad en que sin rumbo va la nave de su vida.

AUR. Capitán, es inflexible; sus acciones son siempre hijas de una decisión resuelta y de una convicción íntima, y no cede.

CÉS. Pues os lleva esa condición altiva, hoy, antes que raye el alba, a la cárcel de Medina bajo mi custodia.

AUR. ¿Entonces?...
CÉS. Ya os he dicho que no había ley ni deber que valiera para mí lo que una mínima insinuación vuestra: habladle vos, que sois su amor, su hija: habladle y decidle: «Huyamos: don César nos facilita la fuga, huyamos...» y huid, Aurora: y ya que mi vida, por un tenebroso arcano que vuestro padre no explica, está ¡ay de mí! para siempre de la vuestra dividida, huid, y al menos debédme la, aunque pierda yo la mía. Huid: nada hay que me espante: seré traidor, si es precisa la traición para salvarlos.

AUR. Dios hará que tal mancilla sobre vuestro honor no caiga.
(Mira por el hueco de la cerradura del cuarto de Gabriel.)
Él va a salir... ¡Que me asista

rogad al cielo!... Y dejadme con él.

(Vase don César, cerrando la puerta.)

Trae embebecida su alma en los pensamientos de hiel que le martirizan.
(Sale Gabriel, sombrío, los brazos cruzados, sin ver a Aurora, que se ha retirado a un lado, y habla consigo mismo.)

ESCENA XI

DOÑA AURORA, GABRIEL

GAB. A él solo, sí, desenredar le toca la peligrosa red que se me tiende: sólo el rey puede descoser mi boca; él solo: si me salva o si me vende, él con Dios se verá: no es cuenta mía. Yo acepto mi fortuna, tal cual sea la que el cielo me dé; mas vendrá un día en que todo mortal con Dios se vea, y en aquel día, en que de Dios espero temblar ante el semblante soberano, yo, de cetro en lugar, tener prefiero una palma de mártir en la mano.

AUR. ¿Ni una mirada para mí?

GAB. Mi Aurora, único sol que en mi sombra frente disipa con la luz de una sonrisa las nubes del pesar que la ennegrecen, perdóname si en reflexiones tristes abismado, ante ti pasé sin verte. Mas, ¿por qué el llanto tu mirada entur-

[bia?]
¿Por qué la agitación que te conmueve?
¿Qué te asusta, mi bien?

AUR. Riesgos traidores te acechan por doquier, tal vez la muerte, y te admira, señor, de que mi llanto copioso y triste mis mejillas riegue?

GAB. Te engañas.

AUR. Tú: la misteriosa nube que impenetrable tu existencia envuelve, es fuerza que hoy ante la ley se rasgue de un juez, terror de cuantos nobles seres asilo hallaron, nacimiento o nombre de Tajo y Miño en las riberas fértiles.

GAB. ¿Quién te lo ha dicho?

AUR. Yo lo sé.
GAB. Pregunta quién te lo ha dicho.

AUR. El capitán, que tiene más de leal, de noble y generoso, que tú de franco con quien más te quiere.

GAB. ¡Aurora!

AUR. No receles que mis labios dejen salir palabras imprudentes, que a impulso de ser para los dos desatinado compliquen más la situación presente.

GAB. ¿De don César, al fin, ¡desventurado! fuego dió tu corazón albergue?

AUR. Mi corazón entero es de otro [hombre, y me son los demás indiferentes... Ni te hablara yo de él en esta hora,

que habrá de ser para los dos solemne. Yo quiero al capitán, porque tú mismo me viniste a decir: «Aurora, quíerele»; mas yo le quiero porque tú lo mandas, porque quiero no más lo que tú quieres.

GAB. Quíerele, Aurora, porque ya es el solo amigo que tu padre tiene. [caso

AUR. ¡Mi padre, sí, mi cariñoso padre!... ¿No es este el nombre que emplear concien en esta situación? [viene

GAB. Silencio, Aurora: que es el encanto de mi vida advierte ese nombre feliz.

AUR. Pero ese nombre, dímelo de una vez, ¿te pertenece?

GAB. ¿Quién te lo hizo dudar? ¿Quién [te lo dijo?

AUR. La que a tu lado y con placer [mil veces, y acaso en busca de la paz perdida, veló tu sueño y sorprendió inocente tu secreto.

GAB. ¡Gran Dios! ¿Y nada dije de mi vida anterior? ¿De otros placeres, de otros tiempos en fin?

AUR. Nada dijiste, nada, señor: más aunque dicho hubieres, en el pecho de Aurora lo enterraras, que en ti a sufrir como a callar aprende.

GAB. ¡Miserable de mí! Porque el mis- [terio que intentan aclarar oculto quede

siempre en mi corazón, ¿será preciso que yo mismo la lengua me cercene?)
(Gabriel escucha desde aquí, como distraído en sombrías reflexiones.)

AUR. Padre...

GAB. Explícate, Aurora.

AUR. Oye: es un impulso de una curiosidad impertinente, o de otro sentimiento inexplicable que en mí se agita y que en mi alma en-

[ciende la misteriosa luz de una esperanza lejana, incierta, misteriosa, débil, codf, señor, y en la callada noche mi lecho abandoné..., porque a mi mente mil visiones de amor se amontonaron en confuso tropel, puras y alegres, como las olas que la mar en calma sobre sus lomos incansable mece: como las aves que en el árbol saltan trinando al son de la escondida fuente.

GAB. Prosigue, Aurora.

AUR. Abandoné mi lecho, y al tuyo me acerqué, como quien teme ser sorprendido en criminal intento por un extraño que a su lado duerme. Tu faz un punto contemplé, y mi labio un ósculo filial puso en tu frente. ¿Me oyes, Gabriel?

GAB. Prosigue, Aurora mía, tu voz la voz de un ángel me parece.

AUR. Al contacto sutil del labio mío sonreíste, señor: y tu voz débil oí que el nombre mío murmuraba entre esos ayes con que el mal divierte de una pasión, el que vivió en el mundo secretos hondos ocultando siempre; y entonces supe por la lengua misma que hablar en sueños indiscreta suele, que si es la tuya misterio arcano, espesa sombra mi existencia envuelve.

GAB. ¿Y entonces?

AUR. Me aparté ruborizada de quien mi padre no es: sentí más fuerte latir mi corazón: sentí otra sangre circular por mis venas más ardiente: sentí en presencia del mayor cariño mi cariño filial desvanecerse,

y al apartarme de tu lecho trémula, un ósculo de amor grabé en tu frente.

GAB. No lo digas jamás, Aurora mía. Jamás a nadie tu pasión reveles: quema los labios que en mi frente seca persiste: quema el corazón rebelde que, el cariño filial de sí arrojando, dió a mi cariño en su lugar albergue.

AUR. Es ya tarde, Gabriel: mi amor es de tu callado amor. [hijo

GAB. Tú lo mereces: tú eres la sola flor que brotar hizo en mi camino Dios... Dios, que al ponerme sobre la tierra, me alfombró de espinas la senda que mis pies recorrer deben; pero yo no merezco tu amor santo: yo soy un árbol, cuyo tronco estéril, despojado de vida por el rayo, ya ni sombra, ni flor, ni aroma tiene.

AUR. No, no: tú eres un árbol cuya [sombra cobijó mi niñez: cuyo ámbar bebe mi pobre corazón, de quien tú sólo sombra, delicia y alimento eres. Dios me entregó a tus brazos en mi infancia, porque Dios quiso que en tu pecho ar-

[diente brotase, para encanto de tu vida, de esta pasión correspondida el germen.

GAB. Tienes razón, Aurora: reconozco en tu amor la piedad omnipotente. Tienes razón, Aurora, Dios del cielo te envía... un ángel de los cielos eres.

AUR. Escúchame, Gabriel.

GAB. Habla.

AUR. En el nombre de esa pasión que en nuestras almas hierdesaparezcan hoy esos misterios [ve, que nuestras dos historias oscurecen.

GAB. Imposible.

AUR. No temas que me espante, Gabriel, ni me arrepienta, conociéndote, de haberte amado nunca.

GAB. Es imposible.

AUR. Habla. Dime quién soy: dime [quién eres. Si eres villano y en tus venas viles la sangre impura y maldecida tienes

de raza hebrea o de morisca tribu,
yo te amaré, Gabriel: si reales puedes
ostentar de tu estirpe en el escudo
coronados y espléndidos carteles,
yo te amaré, Gabriel: si eres acaso
criminal fugitivo, y por mí temes
de un patíbulo infame la deshonra,
yo te amaré, Gabriel: llama si quieres
a un sacerdote, y que con lazo eterno
anude nuestras almas; y no pienses
que el deshonor de criminal memoria
me humille: te amo con amor tan fuerte,
que oraré mientras viva en tu sepulcro,
orgullosa del nombre que me dejes.

GAB. ¡Calla, Aurora, delíras!

AUR. Un momento,
Gabriel, óyeme aún, no te impacientes.
Si eres un impostor, un ambicioso
cogido al fin entre sus propias redes,
huyamos: tienes ocasión y tiempo:
sí, nuestra fuga el capitán protege;
huyamos, nuestro amor y nuestra infamia
arrastrando a remoto continente.

GAB. ¡Auroral

AUR. Hoy a la cárcel de Medina,
rayando el alba, trasladarnos deben,
y el capitán, que en nuestra guarda parte...

GAB. Silencio, Aurora; ¿deshonrarle
[quieres
para salvarte tú? ¿Sabes que si huyo
cuando en su guarda el infeliz me lleve,
morirá en mi lugar, y que al fugarme
me doy por criminal siendo inocente?

Yo no huiré jamás: ni sé, ni quiero,
ni nací para huir: ya muchas veces
la he visto cara a cara, y en el pecho,
no por la espalda, me herirá la muerte.

AUR. Hiéranos a los dos un mismo
[golpe.

GAB. Tú no debes morir: aún que hacer
sobre la tierra. [tienes

AUR. ¿Qué, sin tí?
GAB. Llorarme.

AUR. ¿Me lo mandas?
GAB. Yo no: Dios: obedece.

Dios me pone en los labios un candado,
no lo intentes romper. Pura, inocente,
noble eres tú: si a deshonrada tumba
mi silencio me lleva, Dios lo quiere.

Inclina, Aurora, la cabeza humilde
bajo la voluntad omnipotente,
y ora en mi tumba sin vergüenza; Aurora.
Mártir me quiere Dios, y obedecerle
es fuerza: vive: y si te dice el mundo
que he sido un impostor, el mundo miente.
Yo no he dicho jamás que era el que bus-
[can,

y a morir me enviarán sin conocerme.
Ora en mi tumba sin vergüenza, y ora
mientras los hombres libertad te dejen;
y si te culpan como a mí, en silencio,
digna siempre de mí, como yo muere.

AUR. ¿Tú me lo mandas? Obedezco:
[sea,

Gabriel: digna de ti quiero ser siempre.

ESCENA XII

Doña AURORA, GABRIEL, DON CÉSAR,
después DON RODRIGO

cés. Don Rodrigo sube.

GAB. Oíd
(A don César.)

antes. Si en algo apreciáis
a Aurora, ved cómo enviáis
ese papel a Madrid.

(Gabriel da una carta a don César, que la
toma rápidamente.)

cés. Sabéis que mi fe la aprecia
en más que mi mismo honor.
Yo lo llevaré.

GAB. Al señor
embajador de Venecia.

ESCENA XIII

DICHOS, UN ALGUACIL, después DON RO-
DRIGO

ALG. Su señoría.
(Entrando.)

GAB. Aguardamos
sus órdenes.

ROD. Os espera (Entrando.)
allá abajo una litera,
señor Gabriel.

(Gabriel, tomando de la mano a doña Auro-
ra, y dirigiéndose a la puerta, dice.)

GAB. Pues partamos.

ROD. ¿Ni inquirís adónde vais ni tomáis vuestro equipaje?

GAB. Vos, que disponéis mi viaje, sabréis cómo me lleváis.

ROD. Conmigo.

GAB. Pues ya tardamos.

ROD. Vuestros cofres van con sellos.

GAB. Haced lo que os plazca de ellos.

ROD. Pues cuando gustéis.

GAB. Pues vamos.

(Vanse: delante Gabriel con doña Aurora, luego don Rodrigo y don César.)

ACTO TERCERO

Sala de juicio en la cárcel de Madrigal; decoración ochavada; puerta en el fondo; balcón a la derecha; al mismo lado, en la segunda caja, puerta del calabozo de Gabriel; puertas a la izquierda de otros calabozos; mesa con papeles, plumas, etc.

ESCENA PRIMERA

DON RODRIGO y EL ESCRIBANO, *sentados a la mesa. GABRIEL, al otro lado, en un sillón reclinado tranquilamente, y como ajeno a lo que pasa a su rededor.*

ESC. Señor, no duerme.

ROD. ¿Y qué mal halláis en que esté despierto?

ESC. Que escucha.

ROD. Es un hombre muerto; que escuche o no, ya es igual.

Seguid leyendo.

ESC. Un oficio

(Tomando un papel de la mesa.)

del doctor don Juan de Llanos.

ROD. ¿Qué dice?

ESC. Que siendo vanos interrogatorio y juicio,

mandó dar a fray Miguel el día cinco tormento.

ROD. ¿Y qué dijo?

ESC. Que era invento

suyo lo de que Gabriel

fuese el rey de Portugal,

y que le movió a este engaño

el intento de hacer daño

al rey don Felipe.

ROD. Mal salió. Leed.

ESC. Petición (Otro papel.)

de la nominada Aurora.

ROD. ¿Y qué pide esa señora?

ESC. Ver a su padre.

ROD. Ocasion

llegará de que le vea

cuando esté ya confirmada

su sentencia, y no haya nada

que temer de que así sea.

ESC. Novena solicitud

(Otro papel.)

del preso llamado Arbués.

ROD. ¿Qué solicita?

ESC. Que, pues

vivirá poco, en virtud

de haberle dado tormento,

se quisiera despedir

de su amo antes de morir.

ROD. No ha lugar: hasta el momento

de la real confirmación

de su sentencia, si vive.

ESC. Una carta que os escribe

(Otro papel.)

un anónimo.

ROD. Cuestión

diaria: amenazas, fieros

contra mí y contra los jueces:

juramentos y sandeces

de rebeldes o embusteros.

Adelante.

ESC. Para el juez (Una carta.)

don Rodrigo Santillana:

carta que hoy por la mañana

llegó de Madrid.

ROD. ¡Pardiez!

¿Y así os estabais con ella?

Dadme acá.

ESC. Tomad, señor.

ROD. De César. «Del portador

(Leyendo.)

«mañana sobre la huella

«partiré: media jornada

«ante mí llegará a esa:

«ni puedo darme más priesa,

«ni hasta hoy el rey hizo nada.»

¡Gracias a Dios que tocamos

en el fin de ese proceso!

Llevaos vos todo eso, escribano.

ESC. ¿Os esperamos?

ROD. Afuera; y si algún correo de la corte de Madrid

llega, que suba decid al punto.

ESC. Está bien. *(Vase el escribano.)*

ESCENA II

GABRIEL, DON RODRIGO

ROD. *(Deseo salir de este laberinto de una vez, y de ese hombre, a quien no hay nada que asombre. Me repugna por instinto.*

Su faz sombría, su calma imperturbable, su irónica conversación, su sardónica sonrisa eterna, en el alma me infunden honda inquietud.

No me acusa la conciencia de nada: di la sentencia con severa rectitud, conforme a ley; mas presiento que hay en todo esto un arcano que sondar pretendo en vano, y deja sin complemento la obra de la justicia.

Exhala ese hombre satánico no sé qué de frío y pánico...

Creo que me maleficia.

En fin, poco resta ya.

Si el rey la sentencia envía firmada, el último día es hoy que calor le da.)

¿Dormís, señor Espinosa?

GAB. Casi, casi, señor juez.

ROD. ¿Cansado estáis?

GAB. ¡Psé!

ROD. ¿Tal vez

sufrís dolor?

GAB. Poca cosa.

ROD. Aquí estaréis menos mal que en la torre.

GAB. Así, así.

ROD. Que apreciarais más creí

mi caridad.

GAB. Me es igual.

ROD. ¿Tal vez me guasdaís rencor por la cuestión?

GAB. ¡Brava pena, por Dios!

ROD. La prueba fué buena.

GAB. Pudo haber sido mejor.

ROD. Confieso que fué cruel el tormento.

GAB. Pero inútil.

ROD. ¿Lo creéis prueba tan fútil?

GAB. ¿Ya lo veis?

ROD. Volver a él

podemos aún.

GAB. Volvierais

a ver lo que visteis ya.

ROD. La segunda vez quizá

vuestro silencio romperiais.

GAB. Sería inútil fatiga;

y ahora que hablamos de esto,

de hoy para entonces protesto

contra todo cuanto diga;

y ya podéis calcular

que si en negar doy después

lo dicho, el tormento es

cuento de nunca acabar.

ROD. ¡Por Dios, que sois hombre fuerte

y gastáis bizarro humor!

GAB. Soy terco y sufro el dolor;

soldado soy, y a la muerte

voy como iba a la pelea:

más despacio o más aprisa,

hallarla es cosa precisa;

mas temerla es cosa fea.

ROD. Vuestra fortaleza envidio:

mas noto en vos ha un momento

tristeza y decaimiento.

¿Qué tenéis?

GAB. Que me fastidio.

ROD. ¡Que os fastidiáis!

GAB. ¡Sí, a fe mía!

Tres meses ha que aquí estoy,

y lo mismo hacemos hoy

que hicimos el primer día.

«Traed ante mí a Gabriel.»

Vuelta vos a preguntar,

vuelta yo a no contestar.

«Al calabozo con él.»

Vuelve a amanecer el día,

y vuelta a sacar al preso,
y vuelta a leer el proceso,
y vuelta a nuestra porfía.
«Hablad, señor Espinosa.
—No quiero, señor alcalde.
—Que habéis de hablar.—Que es en bal-
Y siempre la misma cosa. [de.]
No hubo más que la semana
en que me disteis tormento
que variara... y ya me siento
casi bueno, Santillana.

ROD. Me amedrenta ¡vive Dios!
vuestra eterna sangre fría.

GAB. También me amedrentaría
a mí si fuera que vos.

ROD. Vuestra osada impavidez
cada día toma creces.

GAB. Sí; parecemos a veces
el rey vos y yo el juez.

ROD. Es que a veces hallo en vos
un misterio que me espanta.

GAB. Es que tal vez se levanta
tras mí la sombra de Dios. (Pausa.)

ROD. Yo creo, señor Gabriel,
que no es Dios, es Satanás,

quien de vos está detrás
y os dejáis llevar por él

¿A qué hombre de sano seso
no hartaran vuestras pesadas

continuas baladronadas
que llenan vuestro proceso?

¿Qué son, pues, vuestras preñeces
y siniestras reticencias?

GAB. Tembladlas, si son sentencias;
reídlas, si son sandeces.

ROD. Pues bien: hablad de una vez:
si ese secreto fatal

existe en vos, hacéis mal
de ocultarlo a vuestro juez.

Si sois quien juzgan, decid:
«Yo soy»... probadlo, y mañana...

GAB. ¿Cuándo vendrá, Santillana,
(Variando de tono.)

el capitán de Madrid?

ROD. Hoy mismo.
GAB. ¿Gallardo mozo!

¿Le queréis mucho?

ROD. ¿Pues no,
si es mi hijo?

GAB. También yo
le quiero bien, y me gozo
con su vista. ¿No tenéis
más hijos que él?

ROD. Nada más.
GAB. ¿Ni los tuvisteis jamás?

ROD. Las preguntas que me hacéis,
Espinosa...

GAB. Son sencillas.
ROD. No sé qué se me figura

que hay en ellas...

GAB. ¿Por ventura
os pregunto maravillas?

Tenéis un hijo mancebo,
y si hubisteis os pregunto

más que él: no hay en el asunto
de mi cuestión nada nuevo.

ROD. ¡Jamás podré conseguir
arrancar de vuestra faz

ese sarcasmo tenaz!
¿Qué me tenéis que decir?

Acabemos, Espinosa:
esa burlona altivez,

que excita en mí alguna vez
una duda misteriosa,

¿qué significa? ¿Parece
que no os habéis convencido

de que juzgado habéis sido,
de que ya no os pertenece

vuestra acotada existencia,
y de que, según la ley,

no falta sino que el rey
confirme vuestra sentencia?

¿Parece que en vuestro pecho
hay una firme esperanza,

que os da audacia y confianza
contra esa ley!

GAB. Es un hecho.
ROD. ¿Creís que no firmará

el rey?

GAB. Esa es cuenta suya:
Dios por sus obras le arguya.

¿Le habéis vos escrito ya
que pido verle?

ROD. Y respuesta
aguardo; ¿mas si apeláis

al rey en vano?
GAB. Me ahorcáis,
y se concluyó la fiesta.

(Don Rodrigo mira a Gabriel con asombro:
Gabriel permanece sereno.)

ROD. Sospécheme que estáis loco.

GAB. Tal vez.

ROD. Aunque más bien creo
que es otro vuestro deseo.

GAB. ¿Cuál creéis?

ROD. Ir poco a poco
dilatando la sentencia,
dando a entender que aún hay más
que esperar de vos.

GAB. Quizás.

ROD. Pues os protesto en conciencia
que hoy tendrá fin vuestro afán:

si el rey no manda otra cosa,
morís hoy por Espinosa,
o por rey don Sebastián.

Basta ya de dilaciones,
harto estoy de toleraros:
y me es ya en mengua trataros
con tales contemplaciones.

Vos sois un villano artero,
un taimado embaucador,
que esperáis suerte mejor
dándoos por un caballero.

¡Un necio, que aguarda en vano,
negándose a confesar,

que nunca le han de matar
como a un infame pagano,
sin confesión! Mas caéis

en un miserable error:

si no queréis confesor,
sin confesión moriréis.

Y no tenéis que cansaros:

no me habéis de aventajar:

si os obstináis en callar,
yo me obstinaré en ahorcaros.

¿Ahora os reís?

GAB. ¡Sí, por Dios! (Riéndose.)

Y no he muerto ya de hastío,
porque como ahora, me río

mil veces.

ROD. ¿De qué?

GAB. De vos.

ROD. ¿De mí? En vuestra audacia
os olvidáis, a mi ver, [loca

que os puedo mandar poner

una mordaza en la boca.

GAB. Verme mudo os diera pena;

de que es, estoy persuadido,
mi voz para vuestro oído
el cantar de la sirena.

¡Mordaza! De vuestros fieros
a pesar, si lo procuro

de veras, estoy seguro,
señor juez, de adormeceros.

Ya me parece ¡pardiez!
que comenzáis a turbaros,
y no he hecho más que miraros.

Os voy a decir, buen juez,
lo que pasa en vuestro pecho:

a fuerza de ir y volver
sobre quien soy, de mí ser

un fantasma os habéis hecho.
Ser superior me imagina

vuestra razón exaltada,
y mi voz y mi mirada

os deslumbra y os fascina.
Todo se os vuelve antojos:

si os miro fijo a la cara,
os turbáis, como si echara

fuego o sangre por los ojos.
Si en paz llevando mi suerte,

alejo de mí el pesar,
creéis que voy a evitar

con algún filtro la muerte.
Si de vuestros hijos hablo

y por ellos os pregunto,
no parece sino asunto

de vendérselos al diablo.
Si levanto un poco más,

estando solos, la voz,
cual de una bestia feroz

teméis, y os echáis atrás.
Y si al hablarme con saña

vos, os hablo con violencia,
os dobláis en mi presencia

como ante el viento la caña.
Tan hondo y siniestro influjo

he adquirido sobre vos,
que, ¡no os lo demande Dios!

me estáis suponiendo brujo.
No parece, Santillana,

sino que sabéis que puedo
haceros temblar de miedo

cuando me diere la gana.
¿Y no es verdad, don Rodrigo,

no es verdad que mi semblante

os está siempre delante,
que andáis, que soñáis conmigo?

¿No es verdad que se os alcanza
que tendrá alguna razón
al mostrar mi corazón
tan osada confianza?

¿No es verdad que todo cabe
en hombres, y qué tal vez
en vuestra vida de juez

hay algún secreto grave
que creéis hundido vos
en la eternidad oscura,

y que teméis, por ventura,
que me lo revele Dios?

¿No es verdad que cuando a solas
hablo con vos, don Rodrigo,
va vuestra alma en lo que os digo

como nave entre las olas,
esperando de un momento
a otro verse sumergida

por la mar embravecida
de mi airado pensamiento?

¿No es verdad que habéis cruzado
una vez el Portugal,
y cerca de Setúbal,

en mitad de un despoblado,
un monasterio habéis visto,
cuya sagrada vivienda

fué teatro de una horrenda
profanación?

ROD. ¡Jesucristo!

GAB. ¿No es verdad que cuando clavó
mis ojos en vuestro rostro,
os hieló el alma y os postro

a mis pies como un esclavo?
De rodillas, Santillana:

vuestra vida está en la mía:
viviréis más que yo un día;
si yo muero hoy, vos mañana.

ROD. ¡Dios me valga!

(*Don Rodrigo se arrodilla.*)

GAB. ¡Calla! ¿Y vos
lo tomáis como os lo digo?

Si esto es farsa, don Rodrigo:
serenaos, ¡vive Dios!

ROD. ¿Conque es decir?...
GAB. Que divierte

mi fastidio, Santillana.

ROD. No baréis lo mismo mañana.
(*Furioso.*)

GAB. Ahorcándome hoy, no por cier-
(*Con calma.*) [to.

ESCENA III

DICHOS, EL ALGUACIL

ALG. Su merced el capitán
Santillana.

GAB. Que nos cae
del cielo.

ROD. Y que el fallo trae
del rey.

GAB. Fin de nuestro afán.

ESCENA IV

DON RODRIGO, GABRIEL, DON CÉSAR

ROD. ¿Traes tú los despachos?
CÉS. Sí.

¿Mas qué tenéis, padre?
ROD. Nada.

¿Traes la sentencia aprobada?
CÉS. Sí.

ROD. ¿Dónde está?
CÉS. (*dándole un papel.*) Vedla aquí.

(*Don Rodrigo toma, abre y lee el pliego
que le da don César, y dice llamando:*)

ROD. ¡Hola!
(*Entran algunos alguaciles y el escribano.*)

Cúmplase la ley.

Avisad al confesor
y al verdugo ejecutor
de las justicias del rey.

Escribano, evacuaad vos
la postrera diligencia:
intimadle la sentencia,

y que se encomiende a Dios.
CÉS. Señor...

ROD. ¡Silencio! Leed,
ESC. Vista y fallada...

(*Empezando a leer.*)

ROD. Adelante:
(*Interrumpiéndole.*)
la aprobación es bastante:
fórmulas a un lado, haced.

ESC. (*leyendo*). «Y en atención a que en los cofres de dicho Gabriel Espinosa han sido halladas muchas prendas y joyas de valor, pertenecientes a la persona de nuestro difunto sobrino don Sebastián, rey de Portugal, sin que haya podido probar Espinosa la legitimidad de su adquisición y posesión; y en atención a que el marqués de Tavira y fray Miguel de los Santos y otros señores castellanos y portugueses han declarado, unos en juicio y otros en tormento, que le tienen y han tenido desde que le vieron por el rey don Sebastián: y habiéndose probado que muchos nobles portugueses le han visitado en Madrigal para reconocerle, y que en su nombre se han escrito cartas, contraído empréstitos y armado gentes para concitar a la rebelión a los pueblos en favor suyo; y teniendo en cuenta que dicho Gabriel Espinosa no ha negado nunca ser él el mismo rey don Sebastián, antes ha contribuido a hacer creer a los incautos que lo es efectivamente, no declarando jamás quién sea en realidad, dándose ya por una persona ya por otra, y aparentando el gesto, las acciones y las señales exteriores que, a su parecer, pueden convenir mejor con los recuerdos y las pinturas que de don Sebastián se conservan entre los que en vida le conocieron; y considerando, en fin, que el cuerpo de dicho rey fué por nos rescatado del poder de Muley Mahamet y traído de África al monasterio de Belén, donde yace sepultado; aprobamos y confirmamos la sentencia contra él dada, y le declaramos impostor infame, traidor a su rey, y usurpador del nombre del rey don Sebastián. Por cuyas razones le condenamos a ser arrastrado, y ahorcado y descuartizado, y puesta su cabeza en una lanza a una de las salidas del pueblo de Madrigal, en donde vivió, para desengaño de incautos y escarmiento de traidores.—Yo EL REY.»

GAB. ¿Traidor yo, impostor infame?
(*Con ira.*)

¿Muerte a mí con tal afrenta?
Que Dios me la tome en cuenta

(*Serenándose.*)

cuando a su juicio me llame.
¿Tenéisme más que leer? (*Al escribano.*)

ESC. Nada más.

GAB. Pues despachemos
y tiempo no malgastemos.
Sea lo que haya de ser.

CÉS. (¡Indomable corazón!)

ROD. (¡Incomprensible fiera!)
Ni aun inclinó la cabeza
para oír la intimación.)

GAB. Alcalde, estáis demudado,
trémulo... ¡por vida mía!

Cualquiera imaginaria

que erais vos el sentenciado.

ROD. Pronto lo viera. Tenéis

(*Airado.*)

de vida tres cuartos de hora.

GAB. Son las cinco y cuarto ahora.

ROD. Encerradle.

GAB. Hasta las seis. (*A don Rodrigo.*)

ROD. Despejad.

(*Llevan a Gabriel a su encierro y vanse el escribano y los alguaciles por el fondo.*)

ESCENA V

DON RODRIGO, DON CÉSAR

CÉS. Padre ¿qué es esto?

ROD. Que es fuerza que ese hombre

CÉS. Dadle un día. [muera.

ROD. Ni siquiera
una hora.

CÉS. Que dispuesto
muera al menos cual cristiano.

ROD. Muera, y sea como fuere.

CÉS. ¡Sin confesión!

ROD. No la quiere;
es un hereje, un pagano.

CÉS. Padre, estáis ciego de ira.

ROD. Ira es lo que aparento,
ira, César: pero miento,
es terror lo que me inspira
ese hombre de Satanás.

Y yo ¡imbécil que le daba
tormento porque no hablaba;

no, no: que no hable jamás.
Que le lleven al cadalso
con una mordaza puesta:

que no hable con nadie: en esta
hora, cuanto diga es falso.

CÉS. Padre, sospecho, ¡ay de mí!
que se os desvanece el juicio.

ROD. Es obra de un maleficio.

CÉS. ¿Os maleficiaron?

ROD. Sí.

CÉS. ¡Superstición!

ROD. Ya lo ves:

Gabriel me malefició,
y él ha de morir o yo.

Ya firmó el rey; muera, pues.

CÉS. ¡Padre!

ROD. ¡César!... ¡Hijo mío!

CÉS. ¡Estáis delirando!

ROD. ¿Algún

me escuchó acaso?

CÉS. Ninguno.

ROD. (De mí propio desconfío.)

CÉS. Padre, algún mal os acosa;
tembláis... estáis demudado.

ROD. Algún vértigo: he velado
tantas noches, de Espinosa

con el proceso maldito,
me ha dado tanto que hacer,

que en mí no estoy hasta ver
que de en medio me le quito.

Mas no fué nada: pasó
ya, César. Veamos, pues,

los despachos de la corte.

CÉS. Tomad: aquí los tenéis.

ROD. Esta es la consulta mía;
esta la aprobación del

consejo: esta la carta
de su majestad el rey;

¿y este otro pliego sellado,
de quién es?

CÉS. Yo no lo sé:

me fué entregado en palacio
con todos ellos.

ROD. ¿Por quién?

CÉS. Por el rey mismo.

ROD. A ver: ábrele.

CÉS. Una real orden.

ROD. Pues lee.

CÉS. (leyendo). «En nombre del rey.—

«Por la presente, pondréis en libertad en
«la hora en que la recibiereis, y sobre-

«seyendo en su causa, si hubiereis procedi-
«do a formarla contra ella, a doña Aurora

«Espinosa, detenida y a vuestras órdenes
«en la cárcel de Madrigal; dejando dispo-

«ner libremente de sí misma a dicha doña
«Aurora, como fuere su voluntad.—Ma-

«drid, etc.—A don Rodrigo de Santi-
«llana.»

ROD. ¿En libertad? No comprendo
tal orden del rey.

CÉS. Y está bien terminante.

ROD. Y será cumplida. Sigue leyendo.

CÉS. Otro pliego para mí.

ROD. Rompe la nema y aparta
la cubierta. ¿Qué hay?

CÉS. Aquí viene un papel y otra carta.

ROD. Lee.

CÉS. Dice el papel así:

(Lee.) «En nombre del rey.—Otorga-

«mos licencia para dejar el servicio de su
«majestad temporal o absolutamente, co-

«mo más le conviniere, al capitán del pri-
«mer tercio de Flandes, don César de San-

«tillana.»

ROD. ¿Y para qué?

CÉS. ¿Qué sé yo?

ROD. ¿Tú no la has pedido?

CÉS. No.

ROD. Sigue. (¿Qué es esto? ¡Ay de mí!)

CÉS. (Lee.) «Y ordenamos al dicho capi-

«tán don César, por ser así el agrado de
«su majestad, conducir con todo honor, y

«escortado con toda seguridad, durante su
«viaje por tierras de sus dominios y mares

«guardados por su real marina, a doña
«Aurora de Espinosa: hasta ponerla sana
«y salva en estados de Venecia, por cuyo
«embajador ha sido reclamada, como hija
«adoptiva de la República Serenísima.»

ROD. ¡Ira de Dios! Todo ahora lo comprendo.

CÉS. ¿Qué es, señor, lo que comprendéis?

ROD. Tu amor. Y desventurado! a esa Aurora.

CÉS. Es cierto: un amor profundo; mas no os traiga con cuidado; que es el más desesperado que hubo jamás en el mundo.

ROD. ¿Lo ves? ¡Ah! También a ti te han maleficiado: pero responde, César: yo quiero saberlo ya todo; di. Tú con ella en connivencia, huir con seguridad queriendo, su libertad conseguiste y tu licencia.

CÉS. No, a fe mía.

ROD. Sí; arrastrado por sus sortilegios, has trabajado en contra mía, con temeridad impía, y en favor suyo.

CÉS. Jamás. Que tuve siempre confieso simpatía misteriosa e interés por Espinosa, pero no obré en su proceso. Amé a Aurora, la amo aún; mas mi pasión despechada es imposible, y no hay nada entre los dos de común. Mientras viva la amaré; pero este amor solitario, de mi pecho en el santuario sólo yo conservaré.

ROD. ¡Otro misterio!

CÉS. Tremendo sin duda, padre: mas puede conmigo, y mi brío cede a su poder.

ROD. No lo entiendo.

CÉS. Ni yo sé decir más de él, sino que Aurora, señor, no nació para mi amor.

ROD. ¿Quién te ha dicho eso?

CÉS. Gabriel.

ROD. ¡Infeliz! Es su manceba.

CÉS. Quien tal os dijo ha mentado, señor.

ROD. Ella misma ha sido.

CÉS. ¿Ella?

ROD. En la primera prueba y del tormento.

CÉS. ¡Cielo santo!

¿La habéis puesto en el tormento?

ROD. Es débil, y habló al momento.

CÉS. ¡Me paralizó de espanto! ¿Qué abismo es este de males que por doquiera nos circunda? ¡Qué trama esta tan fecunda de misterios!

ROD. Los fatales hilos de esa negra trama, tan sólo puede romper la muerte, y hoy ha de ser. Que mueran él y su dama.

CÉS. ¡Imposible! Mintió.

ROD. ¿Quién?

CÉS. Ella: no puede tampoco ser de Gabriel.

ROD. ¿Quieres loco volverme?

CÉS. No: sé muy bien lo que digo: esa mujer es prenda de una venganza: sólo con esa esperanza la conserva en su poder.

ROD. ¿Ella de venganza prenda y en su poder? ¡Dios me asista! De este arcano, ante mi vista se aclara la sima horrenda. ¡Hola!

(Toca la campanilla y entra un alguacil.)

En libertad a Aurora poned al punto, y aquí traedla. Escucha, ¡ay de mí! escucha, César, ahora un secreto horrible: ese hombre, que no es nada y que lo es todo, de quien de saber no hay modo religión, patria, ni nombre: ese hombre a quien nada espanta, cuya altivez nadie doma, penitente humilde en Roma, peregrino en Tierra Santa, soldado en Flandes, marqués

en Madrid, còrsò en Venecia,
que alma y vida menosprecia
como al polvo de sus pies:
a quien no rinde el tormento,
y cuyo espíritu fuerte
ve a un paso de sí la muerte
y se sonríe contento,
no es criatura, es fantasma;
no es vivo, es aparición,
quimera, ensueño, visión,
más que de terror me pasma.
Es un hombre de otra edad:
un hombre que, estando muerto,
halló su sepulcro abierto
y huyó de la eternidad,
mis pasos para seguir:
es la sombra de otro ser
que sale a la tierra a ver
nuestra sepultura abrir.

CÉS. ¡Ay de mí! El continuo afán
del proceso de Gabriel,
os hizo concebir de él
esas quimeras, que están
trastornándoos la razón.

ROD. Dices bien... sí..., no comprendas
jamás las causas horribles
de mi ruin superstición.

ESCENA VI

DON RODRIGO, DON CÉSAR, DOÑA AURORA

AUR. ¡Libre!... Jamás esperé
que nos olvidara Dios:
ni de haber fiado en vos (*A don César.*)
jamás me arrepentiré,
pues duda no queda en mí
de a quien debo, capitán,
la libertad que me dan,
cuando os vuelvo a ver aquí.

ROD. Despeja. Escuchad, Aurora.

AUR. ¿Por qué le mandáis salir?

ROD. Porque nadie debe oír
nuestras palabras ahora.

AUR. ¡Dios mío! ¿Qué extraño afán
os agita? ¿Es por ventura
mi libertad impostura?
¡Ah! No os vayáis, capitán;
quiere volverme tal vez
al tormento.

ROD. Oíd os digo:
sois libre, y yo vuestro amigo.

AUR. ¿Cabe entre el reo y el juez
amistad? ¿Entre el verdugo
y la víctima? Jamás
os conoceré por más
que por juez.

ROD. ¡A Dios no plugo
que fuese de otra manera!
Mas acaso desde ahora
variéis de opinión, Aurora.
(*Vuelve a don César, que permanece en
pie junto a la puerta.*)

¿Qué esperáis vos? Idos fuera.
(*Vase don César.*)

ESCENA VII

DON RODRIGO, DOÑA AURORA

ROD. Nada receléis de mí,
pobre niña: en libertad
estáis: vuestra voluntad
no tendrá ya coto aquí.
Serenaos, pues; oídmme,
Aurora, y por cuanto améis
ruégoos que me contestéis
la verdad.

AUR. Pues bien, decidme
vos en conciencia primero:
¿mi libertad se me dió
con la de Gabriel? Si no
es así, yo no la quiero.

ROD. Sólo depende de vos
la libertad: si un secreto
me aclaráis vos, os prometo
la libertad de los dos.

AUR. ¿Es mío solo el secreto
que me pedís?

ROD. Sí, en verdad.

AUR. ¿Y vale la libertad
de Gabriel?

ROD. Me comprometo
a dársela.

AUR. Preguntad.

ROD. ¿Qué tiempo hará que de Ga-
vivís? [*Gabriel al lado*]

AUR. Desde muy niña.

ROD. ¿Y qué memoria
de vuestra infancia conserváis?

AUR. Apenas una vaga memoria me ha quedado de aquellas horas, al pesar ajenas.

ROD. No espero yo que recordéis la historia de vuestra infancia, cuya edad se olvida pronto y muy fácilmente con las penas o los placeres de la inquieta vida; mas del lugar en donde habéis nacido, donde pasasteis los primeros años, tendréis alguna idea.

AUR. Muy confusa: tal, que puedo decir que la he perdido, mezclándola después con mil extraños recuerdos posteriores.

ROD. ¿De manera que imposible será, pues lo rehusa vuestra memoria ya, la más ligera noticia dar de vuestra edad primera?

AUR. Tan imposible no: ¿quién en su mente

a un recuerdo infantil no da guarida? ¿Quién no vuelve los ojos tiernamente hacia las puertas de oro de la vida? ¿Quién no recuerda en ocasión alguna el pobre hogar o la lujosa estancia cuya techumbre guareció en su infancia el dulce sueño que gozó en la cuna?

ROD. ¿Vos recordáis ese lugar?

AUR. Sin duda: mas no por la virtud de mi memoria sola: tan fiel en esa edad no cabe tenerla: sé de mi infantil historia lo que fui recordando con ayuda de la voz de Gabriel, que es quien la sabe.

ROD. ¿Gabriel la sabe?

AUR. Sí.

ROD. ¿Y os la ha contado?

AUR. Incompleta.

ROD. (También la habrá engañado.)

Mas yo quiero saber sólo la idea

que hayáis vos en la mente conservado.

AUR. Tengo, aunque muy confuso, al-

ROD. ¿De qué? [¿gún recuerdo,

AUR. De mil objetos.

ROD. Aunque sea

en confusión, decídmelos.

AUR. Me acuerdo de una ribera donde yo cogía

yerbezuelas y conchas: del rugiente mar, que sus ondas sin cesar mecía: de un monasterio triste y solitario fundado al pie de un monte; y vagamente me acuerdo de la iglesia, con su coro enverjado, sus techos con pinturas, su altar lleno de flores, su sagrario iluminado con mecheros de oro; y me acuerdo también, porque me daban miedo, de las inmóviles figuras de mármol que tendidas reposaban encima de sus anchas sepulturas.

ROD. ¿Qué monasterio era ese?

AUR. Era un convento de monjas.

ROD. ¿Qué país?

AUR. No lo he sabido nunca.

ROD. ¿Jamás Gabriel os ha contado lo que hacíais allí? ¿Quién conducido os había a aquel claustro?

AUR. No ha querido decírmelo jamás: sé que aposento tenía allí mi madre, y que he pasado los tres primeros años de mi vida allí.

ROD. ¿Con ella?

AUR. Sí.

ROD. ¿De vuestra madre os ha hablado Gabriel?

AUR. Mil y mil veces.

ROD. ¿La recuerda a menudo?

AUR. No la olvidó jamás: y sé que en sus nocturnas paces le reza como a mártir.

ROD. ¿Sabéis de ella la historia, el nombre, la familia?

AUR. Nada.

Sé que fué un día festejada y bella

y luego escarnecida y ultrajada.

Sé que el relato de su triste historia

es una horrible e infernal leyenda,

que conserva Gabriel en su memoria

de expiación y de venganza prenda.

ROD. ¿Y qué es lo que sabéis de ese

vos? [relato

AUR. Yo, nada tal vez, y acaso todo;

porque sus hechos sé, mas nunca supe ni las personas, ni el lugar, ni el modo.

ROD. Pero, en fin, ¿qué sabéis de vuestro padre?
[tra madre?

AUR. Sé que era noble dama: que vivía en la corte de un rey a quien la unía una amistad profunda y verdadera: que era para aquel rey casi una hermana, pues juntos cuando niños se criaron y fraternal amor constantemente unió a otro los dos se conservaron. Sé que era cuanto rica generosa, y que el encanto de las gentes era por su virtud y ciencia prodigiosa: que el vulgo la quería, la corte la admiraba y con ella secretos no tenía el rey que como hermana la trataba.

ROD. ¿Mas ese rey?...

AUR. Murió.

ROD. ¿Cómo?

AUR. En la guerra: y concluyó con él su dinastía, y otro rey vino a gobernar su tierra, y a otras manos pasó su monarquía.

ROD. ¿Y vuestra madre entonces?...

AUR. Fué mirada como enemiga del monarca nuevo, y al fin de algunos meses acusada de traición: por diabólica su ciencia tomaron, y la dieron por culpada, diciendo que hizo creer que el rey vivía no sé a quien, a favor de un sortilegio, mostrando a sus conjuros evocada la aparición de su fantasma regio.

ROD. ¿Y después?

AUR. ¡Oh! Después... eso es lo horrible de la historia, señor. Se apoderaron de ella, de su palacio, de su hacienda, los vendieron, sus armas infamaron, y ocupó un extranjero su vivienda, y su nombre y su raza se olvidaron.

ROD. ¿Y ella?

AUR. Como las hojas del otoño desapareció encima de la tierra, y en ella más los hombres no pensaron, sólo pensando en libertad y guerra.

ROD. ¿Pero vos?...

AUR. No lo sé... sé que mi madre, pobre, triste, ofendida y no vengada,

en aquel solitario monasterio tejía su existencia desdichada, y yo existía ya, bajo el misterio de aquellas santas bóvedas velada.

ROD. ¿Y luego?

AUR. No sé más.

ROD. ¿Gabriel no os dijo nada de vuestro padre?

AUR. Le tenía siempre por padre a él, y él me quería más que el padre mejor quiere a su hijo.

ROD. ¿Pero cómo supisteis?...

AUR. En su sueño sorprendí su secreto: y como me era necesario su amor de una manera u otra, el amor filial hallé pequeño, y del amor de la mujer y el niño formé para Gabriel solo un cariño.

ROD. Pero al saber que vuestro padre no preguntasteis vos?

AUR. [no era, Quién era el mío.

ROD. ¿Y qué dijo Gabriel?

AUR. Que él lo sabía: más que de él a acordarme no volviera, porque mi amor filial no merecía.

ROD. Siempre merece un padre...

AUR. No lo ha sido jamás el mío para mí.

ROD. ¡Aurora!

AUR. ¿Creéis que una razón me fué para echar su memoria en el olvido?

Insistí, porfié, lloré, y ahora sé que nunca mi amor ha merecido.

Sé que me echó a la vida despojada de su nombre, y sin pan y sin abrigo.

Sé que dejó a mi madre deshonrada, en medio de la tierra abandonada, para llorar y perecer conmigo.

ROD. ¿Y creéis a Gabriel?

AUR. ¿Qué si le creo?

Es la verdad del cielo descendida: su palabra es mi fe, y en esta vida por su fe juzgo, por sus ojos veo.

ROD. ¿Nunca os dijo Gabriel nada en de vuestro padre?

AUR. Nada: y si lo hubiera,

yo sé bien que Gabriel me lo dijera.

ROD. ¿Es decir?...

AUR. Que es mi padre y le perdono, como amor exigir de mí no quiera.

Mi madre, que al dolor ha sucumbido, de Dios le aguarda ante el excelso trono: yo, a quien sólo dió el ser, nada le pido: pero como él nos olvidó, le olvido: como él me abandonó, yo le abandono.

ROD. ¿Vive, pues?

AUR. No lo sé.

ROD. ¿Más si viviera?

AUR. Como él no me buscó, no le busco. [cara.]

ROD. ¿Y si una vez en la vital carrera con él os encontrarais?

AUR. Le mirara sin ira, mas la espalda le volviera.

ROD. ¿Y si al veros partir él os llamara?

AUR. De su paterna voz no hiciera caso. [caso.]

ROD. ¿Y si llorando el mísero os siguiera?

AUR. Apresurara, sin volverme, el paso.

ROD. Pero, ¿y si os alcanzara y os de los vestidos él?

AUR. Los rasgaría, dejándole en la mano los pedazos.

ROD. ¿Y si os tendiera sus paternos brazos?

AUR. Su abrazo paternal rechazaría.

ROD. ¿Por qué?

AUR. Porque mi padre todavía no ha ido a orar sobre la tumba oscura de mi madre, y Gabriel me dijo un día que al querer abrazarnos, se abriría entre mi padre y yo su sepultura.

ROD. ¡Fatal superstición!

AUR. Tal es la mía.

ROD. Tal es la ira de Dios. Es un misterio impenetrable. Satanás me ciega, sin duda, y nunca a comprenderlo llega mi corazón ansioso.

AUR. He respondido

a cuanto preguntarme habéis querido, señor: a vos os toca.

ROD. ¡Sí, a fe mía!

Vais a ver a Gabriel. ¡Oh! sí; yo quiero apurar este cáliz de agonía.

(Abre la puerta que da al encierro de Gabriel, mientras Aurora dice:)

AUR. Libres al fin... Para Gabriel ahora libre será mi corazón entero.

ESCENA VIII

DOÑA AURORA, DON RODRIGO, GABRIEL

ROD. Espinosa. (A Gabriel.)

GAB. Heme aquí.

AUR. ¡Gabriel! (Viendo a Gabriel.)

GAB. ¡Aurora! (Abrazándola.)

¡Infeliz! ¿Quién aquí te ha conducido?

AUR. La libertad, Gabriel: libres esta-

[mos,

y cual juntos aquí nos han traído,

juntos espero que de aquí partamos.

GAB. ¡Santillana!

(Pidiendo explicación de estas palabras de doña Aurora.)

ROD. Leed.

(Dándole la orden de su libertad.)

AUR. ¿Ves?

GAB. (Lo comprendo

todo. La agitación de don Rodrigo, de mi Aurora infeliz la fe tranquila...)

¡He aquí el instante para mí tremendo!

La hora del martirio y del castigo.

Señor, Señor... mi espíritu vacila:

sostenedme hasta el fin... ¡sed vos con-

[migo!]

AUR. ¿Qué te agita, Gabriel?... Tu faz

tu palidez... [sobria,

GAB. Un poco conmovido

estoy; y es natural, Aurora mía.

Y también vos estáis descolorido,

Santillana...

ROD. Espinosa, concluyamos.

Yo os llamé...

GAB. No os canséis: el por qué en-

[tiendo,

¿A solas con Aurora habéis hablado?

ROD. La historia de su madre me ha

[contado.

GAB. Sólo para que a vos os la contare

se la he contado yo.

ROD. Toda pretendo

saberla, pues.

GAB. ¡Curiosidad avara!

ROD. Pero que vos satisfaceréis.

GAB. Sin duda: mas puédeos ser satisfacción muy cara; porque os advierto, juez, que he observado que mis satisfacciones y respuestas, por más que yo riendo os las he dado, han sido siempre para vos funestas.

ROD. Hablad... hablad.

GAB. ¡Si os empeñáis en eso! Mas después de tres meses de proceso no sé cómo no estáis escarmentado de interrogarme ya.

ROD. ¡Siempre lo mismo! Acabemos, Gabriel.

GAB. Sí, concluyamos: hora es de penetrar en este abismo.

ROD. Descender quiero a él.

GAB. Y yo os prometo que lo haréis: el momento es oportuno.

ROD. Decid, pues.

GAB. Esperad, que este secreto os pertenece a tres, y falta uno. Llamad al capitán, que con vos debe penetrarlo también.

(Llama Rodrigo y sale un alguacil.)

ROD. ¡Holah! Don César.

AUR. ¿Qué tienes, Gabriel mío? En tu semblante, en tus palabras y ademanes, noto siniestra agitación.

GAB. Aurora mía, tu corazón amante

por mí no tenga la inquietud más leve; a mis pesares Dios hoy pondrá coto y ambos tendremos libertad en breve. ¿Tú no te olvidarás desde este día, de tu Gabriel?

AUR. Jamás. ¿Eso preguntas? Juntas caminarán vuestras dos vidas, nuestras almas a Dios subirán juntas.

GAB. Sí; ni la muerte las podrá un insmantener una de otra divididas. [tante]

AUR. ¡Dios! ¿A qué mientas la muerte [ahora?]

ROD. Ya está aquí el capitán.

GAB. Silencio, Aurora.

ESCENA IX

DOÑA AURORA, DON RODRIGO, GABRIEL,
DON CÉSAR

GAB. ¡Holah! Sed, capitán, muy bien [venido]. Voy muy pronto a emprender un largo [viaje], y un encargo dejaros he querido.

CÉS. ¡Un viaje!

GAB. Sí; estoy libre: me parece que el portador de la orden habéis sido.

CÉS. ¡Ay de mí! La infeliz aún nada [sabe.]

GAB. Decidme, capitán: ¿me habéis un pliego de Madrid? [traído]

CÉS. Tomadlo.

GAB. Bueno: guardadlo por ahora. En esa carta de un gran misterio encontraréis la llave. Vos sois algo curioso, y no me fio. [ve. (A don Rodrigo.)

de vos: sois padre y juez; os la confío, capitán, sólo a vos. Cuando yo parta, dádsela a vuestro padre y que la lea. ¿Me entendéis? Cuando parta: que no sea ni un solo minuto antes.

CÉS. Os lo juro.

GAB. Vuestra palabra sola es buen seguro.

Además, por si acaso no volvemos a vernos, pues yo parto con Aurora del mundo terrenal a otros extremos, quiero un regalo haceros, en memoria de nuestro buen encuentro en esta vida, que os será complemento de mi historia y prenda de amistad y despedida. (Saca del pecho un relicario que lleva al cuello con una cadena.)

ROD. (Esa calma satánica me aterra.)

AUR. (Tiemblo no sé por qué.)

CÉS. (No es ser humano quien así se despide de la tierra.)

GAB. Tomad. Es, capitán, un amuleto sagrado: don del Papa: un relicario que un *lignum crucis* venerando encierra y guarda, como el pliego, otro secreto. Con el respeto mismo que a un sagrario

contempladlo, y lo mismo que la carta se le daréis al juez... cuando yo parta. Abrido sólo vos: es mi conciencia,

(A don Rodrigo.)

y Dios sólo con vos sondarla debe; en ella echad una ojeada breve y reconoceréis la omnipotencia. (Mas si un soplo hay en vos de fe cristiana, esperad a que muera, Santillana.) ¡Ea! Ya que se acerca mi partida, escuchad, señor juez, el cuento extraño que queráis saber, y por mi vida que oiréis una historia divertida.

ROD. (Yo tiemblo.)

GAB. Oídme, pues. La escena pasa no importa el día, la estación, ni el año, de noche, en Setubal, y en una casa.

ROD. ¡Cielos!

GAB. Temblando estáis, si no me en Santillana. [gaño,

ROD. Seguid.

GAB. Enhorabuena.

En una alcoba cómoda, alumbrada por una lamparilla perfumada con asiático aroma, bien ajena el alma de inquietud, y bien guardado por leales domésticos, el dueño de aquella rica estancia, descuidado yacía en brazos de agradable sueño. Era un hombre harto noble y poderoso para que no tuviera por asilo muy seguro su casa, y al reposo se entregaba en su cámara tranquilo. Una noche creyó sobresaltado, a pesar de lo doble de la alfombra, pasos del lecho percibir al lado: abrió los ojos y miró espantado trazarse en la pared movable sombra: volvió la faz, y con la faz de seda se tropezó de un hombre enmascarado. Frió quedó, ¡como el cadáver queda! «Levantaos», le dijo con acento imperioso el incógnito: y vistióse la bata que él le daba. «A ese aposento salid.» Obedeció, y enfrente hallóse de dos hombres plantados a la puerta, una dama como ellos encubierta y un sacerdote pálido, y tenaces sintió pesar sobre su frente yerta

las miradas ardientes y voraces lanzadas a su frente descubierta a través de los negros antifaces. Entonces, de estos hombres el primero, de la sombría dama el velo alzando, «¿la conocéis?» le dijo; y él, temblando, «sí», respondió. «Pues bien, sed caballero», repuso el disfrazado; y avanzando, el grave sacerdote se dispuso a unirle con la dama en matrimonio, mientras el de la máscara se puso a escribir en silencio el testimonio. El despertado resistirse quiso: pero su daga el disfrazado al pecho le presentó, y ceder le fué preciso; firmó, y el matrimonio quedó hecho. Partió la dama y los demás con ella: mas quedóse el primer enmascarado y dijo gravemente al despertado: «Tenéis una mujer ilustre y bella, gracias a mí y a vuestra buena estrella, que os hizo viudo para ser casado; le quitasteis la honra y babéis dado nombre a sus hijos: mas seguid su huella, y morís, ¡os lo juro! asesinado.» Dijo así el de la máscara, y partióse con los demás: y de la casa el dueño, en medio de la cámara quedóse dudando si era realidad o sueño.

ROD. Tremenda realidad.

GAB. Sí, don Rodrigo:

(Apartándole a un lado.)

la dama doña Inés, vos el casado.

ROD. ¿Y vos, señor?...

GAB. El hombre enmascarado.

ROD. Tal vez Dios permitió...

GAB. Lo habéis soñado.

ROD. ¿Y si el sueño es verdad?

GAB. Silencio digo.

Que ellos no os oigan: que la faz no os [vean; sueño o verdad, que sepultados sean con vos el sueño, la verdad conmigo.

ROD. Pero mi alma concibe en este [punto que ese arcano fatal guardar podría una verdad.

GAB. Os dije que era asunto concluido. Escuchadme: si yo fuera

el rey don Sebastián, morir debía por la quietud del reino, y mi alma entera ser mártir a ser rey preferiría. Si soy un impostor, y perjudico con mi existencia la quietud de España, debo morir también: debo una hazaña de mi impostura hacer, y sacrificio mi vida a sostener esta patraña que mi historia desde hoy hará famosa. ¿Me comprendéis?

ROD. Señor, yo no me atrevo, dudando...

GAB. Ahogad la duda: morir debó, si no por Sebastián, por Espinosa: y deben sepultarse, don Rodrigo, con vos el sueño, la verdad conmigo. No lo olvidéis.

(*Vuelven al centro de la escena.*)

AUR. ¿No sigues tu leyenda, Gabriel? No está acabada.

GAB. No, por cierto: para leer su conclusión horrenda, de vuestros ojos quitará una venda el juez cuando haya el relicario abierto.

ESCENA X

GABRIEL, DOÑA AURORA, DON CÉSAR, DON RODRIGO, EL DOCTOR N***, ALGUACILES. *A la parte exterior de la puerta.* SOLDADOS. *Después,* EL VERDUGO.

ALG. Las seis.

GAB. Partamos, pues.

AUR. ¡Virgen María!

Gabriel, ¿qué es esto?

GAB. Mi destino, Aurora.

AUR. ¡Tu destino!... ¡Mi mente se ex-

ALG. El verdugo del rey. [travía!

(*Anunciando.*)

(*Se presenta el verdugo con el dogal en la mano.*)

AUR. ¡Dios mío! Ahora lo comprendo! ¡Ay de mí!...

(*Se desmaya en los brazos de don César, que la coloca en el sillón.*)

CÉS. ¡Miser!

GAB. El día concluye: vamos, pues: me faltaría

valor para dejarla si volviera en sí. Pronto, marchemos.

DOCT. Vos conmigo.

(*A Gabriel, poniéndose a su lado.*)

GAB. Es inútil.

DOCT. Mirad.

GAB. Todo es en vano.

DOCT. ¿Sin confesión iréis?

GAB. Ha que os lo digo cuatro semanas ya.

DOCT. ¿No sois cristiano?

GAB. Porque lo soy, si a confesarme [accedo,

os tendré que decir lo que no puedo.

Velad por ella, capitán: se encierra en ella sola cuanto amé en la tierra.

ROD. Señor...

GAB. No os fatiguéis: empresa es vana. Llegó, rey o impostor, mi último día, y moriré cual debo, Santillana.

Si impostor, con impávida osadía, y si rey, con fiera soberana.

(*Vase y todos tras él.*)

ESCENA ÚLTIMA

DON RODRIGO, DOÑA AURORA,

DON CÉSAR

ROD. A concebir mi mente no se atrevo de la verdad el espantoso arcano.

Por ser y por no ser perecer debe,

si: pero no mi desdichada mano

a ciegas al patíbulo le lleve.

César, dame esa joya.

CÉS. Cuando muera.

ROD. Sepamos antes la verdad entera, César.

CÉS. Padre, excusad vana porfía:

con su secreto perecer quería,

y he de cumplir su voluntad postrera.

ROD. ¡César!

CÉS. Se lo juré.

AUR. ¡Ay! ¿Quién hablaba

(*Volviendo en sí.*)

aquí? ¿Sois vos, don César? ¡Qué terrible pesadilla!

CÉS. ¡Infeliz!

AUR. Sí, yo soñaba

sin duda... ¡Eran quimeras! Mas... ¡qué
[horrible
sospecha! Ese silencio... esa tristeza...
¿Qué sucede? ¡Ay de mí! Los pensamien-
no acierto a combinar en mi cabeza. ¡tos
¿Y Gabriel? Aquí estaba unos momentos
hace.—¿Y Gabriel? Decid; ¿dónde está
[ahora?

¿Dónde está? Yo he soñado que venían
por él. Mas, ¡qué rumor!
(Ruido de voces dentro: doña Aurora se
abalanza a la ventana, que abre, a pesar
de don César, que intenta impedirselo.)
cés. Tened, Aurora:
tened, no os asoméis.

AUR. ¡Ah! Me querían
engañar. (Se asoma.) Allí va.—Luces, sol-

[dados,
gente... ¡ay! Yo veo, pero no concibo
lo que veo... me envuelve el pensamiento
una niebla, un vapor calenturiento,
y no sé comprender lo que percibo.

Allí va. ¿Pero dónde se le llevan
sin mí? Se paran... ¡el afán me ahoga!
¿Qué palos son aquellos que se elevan
allí? ¿Quién es aquel que con él sube?

¿Qué le ponen al cuello?... Es una soga.
¡Dios mío! Rasga la sangrienta nube
que me ofusca la mente... Un sacerdote.

¡Ah! Le van a matar... ¡Desventurados,
deteneos!... ¡Gabriell... ¡Y yo, insensata,
que lo miraba estúpida! Malvados,

tened... las manos sin oírme le ata...
(Volviéndose de repente a don Rodrigo.)
Pero vos ¡miserable! que sois hombre,

venid... gritad... gritad, alma cobarde,
conmigo... ¡Deteneos! Santillana,

gritad: a mí no me oyen, ¡en el nombre
de Dios! Gritad... le quitan la escalera...
Gritad.

ROD. Sí, que se salve, aunque yo muera.
(Se acerca a la ventana y grita.)
¡En el nombre del rey!...

AUR. ¡Ay! ¡Es ya tarde!
(Cayendo de rodillas junto a la ventana.)
cés. Tomad: sepamos la verdad pos-

[trera.
(Dando el relicario a don Rodrigo.)
(Don Rodrigo toma y abre con ansia el

pliego y el relicario que le da don César.
El relicario contiene un papel y un re-
trato envuelto: el pliego varios papeles.
Lo primero que lee don Rodrigo es: el
papel del relicario; después registra con
ansia los papeles del pliego, y después
desenvuelve el retrato; todo con la mayor
agitación y ansiedad. Doña Aurora per-
manece unos momentos de rodillas y se
acerc a después al grupo que forman don
Rodrigo y don César.)

ROD. «En el nombre de Dios.—Quien
[quier que fueres,
(Leyendo.)

¡juez, sacerdote o asesino, pena
de excomunión, después que lo leyeres
arroja al fuego este papel. El muerto
ha sido el rey don Sebastián.»

AUR. ¡A buena
hora lo ves, imbécil asesino!

ROD. Mi firma. Una escritura... mi
[contrato
(Registrando el pliego.)

de boda... y ésta, doña Inés Aldino.
(Desenvuelve el retrato.)

AUR. ¡Mientes! Es de mi madre ese re-
[trato.
(Quitándoselo.)

ROD. ¡Hija mía!
(Tendiéndole los brazos.)

AUR. (rechazándole). ¿Tu hija?... Eso
[tan sólo
me faltaba. ¡Hija tuya! ¡Alucinarme
quieres con ese nombre! Mas el dolo
miserable comprendo: no lo intentes.

Tú no has podido la existencia darme:
mientes, viejo feroz: dime que mientes.

Tú, para que su muerte te perdone,
me llamas hija tuya: mas te engañas:
nada hay en mí que tu maldad abone;

para ti sólo hay odio en mis entrañas.
ROD. ¡Hija mía! (De rodillas.)

AUR. ¡Otra vez! No me lo digas,
no me lo expliques: comprender no quiero
que el ser infame que en tu seno abrigas
me pudo dar el ser: muerta primero.

ROD. ¡Calla, hija mía!
(Asiéndola del vestido.)
AUR. Suelta, no me sigas.

AMOR Y ARTE

ZARZUELA EN TRES ACTOS

MÚSICA DEL MAESTRO DON GABRIEL BALART 29

PERSONAJES:

ROSA.
INÉS.
DON JUAN.
EL DOCTOR.

EL BARÓN.
ANDRÉS.
MARTÍN.

Coro de aldeanos y aldeanas

La acción pasa en un pueblo de Andalucía en el año de 1664.

ACTO PRIMERO

Sala en casa del doctor. Puertas en el fondo que dan la una al exterior y la otra, a la izquierda, al interior. Balcón a la derecha. Bufete y almarío.

ESCENA PRIMERA

EL DOCTOR; dentro CORO

(El Doctor tiene sobre el bufete abierta una caja llena de frascos, de uno de los cuales echa unas gotas en una botella, la cual tapa cuidadosamente, durante cuya ocupación el coro canta dentro.)

CORO. Balsámica Rosa,
purísima flor,
que das generosa
tu virgen olor,
Doctor, cuya ciencia
nos da en la dolencia
auxilio, asistencia,
consuelo y valor:
dormid sin temor.
Al que el bien derrama
la tierra le ama,
le da el mundo fama

conocer. Dormid sin temor,
al que el bien derrama,
la tierra le ama,
le da el mundo fama,
y el cielo favor:
Dios os da, como a las flores,
libertad y libertad.

El Doctor. Vale más vuestra ciencia que la ignorancia y de inocencia que el orgullo de la ciencia del poder. A Dios se agradece el conocimiento que el bien derrama, la tierra le ama, le da el mundo fama, y el cielo favor. Dios os da, como a las flores, libertad y libertad.

ROSA. Rosa fresca, rosa pura,
generosa criatura
que das ser con tu hermosura
a la casa del Doctor;
Dios bendiga tu existencia,
cuyo germen, cuya esencia,
la virtud en competencia
amasó con el amor.

CORO. Dormid sin temor;
al que el bien derrama,
la tierra le ama,
le da el mundo fama
y el cielo favor.

(Estrofa: una voz.)
En la cámara del río
que en holandas se beboza,
igualmente que en la choza
abrigaño del pastor,
se os mienta con respeto,
se os ve con esperanza,
se os da fe y confianza,
se os paga con amor.

coro. Dormid sin temor:
al que el bien derrama,
la tierra le ama,
le da el mundo fama,
y el cielo favor.

EL DOCTOR. Venturosos labradores
que os pagáis de mis favores,
Dios os da, como a las flores,
aire, luz y libertad.

Vale más vuestra existencia
de ignorancia y de inocencia,
que el orgullo de la ciencia,
del poder la vanidad.

A Dios ensalzad.

coro. Dormid en paz:
al que el bien derrama,
la tierra le ama,
y sobre sí llama
la felicidad:
dormid en paz.

(Representado.)

DOCTOR. Hora es de ver mis enfermos,
antes que caiga la noche,
para volver cuando Rosa
de la romería torne.

Rosa gentil, que a mi sombra
creces reina de las flores,
yo haré que ni el sol ni el cierzo
tu virgen capullo agosten.

Yo te dejaré, a más de oro
con que independencia logres,
las virtudes por herencia,
la felicidad por dote;

y hoy que tocas, por desgracia,
en la edad de los amores,
yo depuraré los tuyos
para que tan sólo goce

de tu amor, quien te merezca,
quien amante te despose,
y te estime caballero,
y en Dios crea y en ti adore,
y unido a ti, solamente
por la muerte te abandone.

(Música.)

Este secreto—de mi conciencia
es el objeto—de mi existencia:
toda mi ciencia
tiende a ese fin.
Tengo una planta

de sensitiva,
que se levanta
fresca y altiva
en mi doméstico
pobre jardín:
quiero guardarla
de luz nociva,
quiero cuidarla,
quiero que viva
en su recóndito
sano confín.
Tengo una rosa,
que su capullo
me abre olorosa,
y con orgullo
gozo su ámbar
y su carmín.
Las más preciosas
y más gentiles
de mil pensiles,
la rosa envidian
de mi jardín.

ESCENA II

EL DOCTOR, ANDRÉS

DOCTOR. ¿Qué hay, Andrés?

ANDRÉS. El escudero
del barón.

DOCTOR. ¿Qué trae?

ANDRÉS. Tan vano
como el viejo castellano,
su señor, por mensajero
suyo viese, y al cancel
aguarda contestación.

(Presenta al Doctor una carta.)

DOCTOR. ¡Dios mío, qué cartelón!
Veamos lo que hay en él. (Abre y lee.)

«Doctor, os tengo que hablar
de un asunto de interés;
a solas hemos de estar,
y a vos me digno bajar;
aguardadme en casa, pues.»
¡Hay más necia altanería! (Representa.)
¡Hasta cuando ruega insultal
Con los años se le abulta
la hinchazón de su hidalguía.
Mas va a tener un mal rato!

su vanidad insolente,
porque ha dado justamente
con la horma de su zapato.

Venir dejémosle. Andrés,
ve a decir a ese escudero
que está bien, que a su amo espero.

ANDRÉS. Voy.

DOCTOR. Y vuélvete después.

(Vase Andrés.)

Por Dios que no se me escapa
la razón de su visita;
mas mi honor no necesita
de su orgullo hacerse capa.

Los cinco años cumplen hoy,
y el mozo trae veinte y cinco;
mas si él lucha con ahinco,
yo por muerto no me doy.

Y si hablar de Rosa en mengua
osa su orgullo insensato,
temo que toque a rebato
la campana de mi lengua.

(Vuelve a salir Andrés.)

¿Partió?

ANDRÉS. Ya baja el recuento.

DOCTOR. Óyeme, Andrés.

ANDRÉS. Os escucho.

DOCTOR. Evitar importa mucho
que al estantigua indigesto
del barón, le halle aquí Rosa
sal al camino, y prevénla
cualquier retardo; entreténla
mientras hablamos.

ANDRÉS. No es cosa
porque os debáis inquietar,
aunque la oración os diera,
pues todo el pueblo la espera
a la entrada del lugar.

La han prevenido dos arcos
sobre su paso, y con hachas
piensan traerla las muchachas;
conque podéis no andar pareos
en pláticas, pues tenéis
para hablar tiempo de sobra.

DOCTOR. De todas maneras, obra
como te he dicho.

ANDRÉS. ¿Tenéis
recelo de alguna cosa?
siniestra? ¿Tiene el barón?...
DOCTOR.

DOCTOR. ¡Friolera! Pretensión
de que aleje de aquí a Rosa.

ANDRÉS. ¿Y para qué?

DOCTOR. Para que su hijo,
don Juan, no se enamore
y sus blasones desdore
si por mi yerno le elijo.

ANDRÉS. ¿Pensáis vos?...
DOCTOR.

¡Ni por asomo!
El hijo de padre tal,
iría a Rosa tan mal
como espuelas a un palomo.

ANDRÉS. Son nobles.

DOCTOR. Escucha, Andrés:
tú ha treinta años que conmigo
vas, y más eres mi amigo
que mi criado.

ANDRÉS. Así es.

DOCTOR. Tú sabes quién es mi Rosa:
las pupilas de mis ojos;
tú sabes que sus antojos
respeto yo como cosa
sagrada: pues si por caso
a tan absurda pasión

abriera su corazón,
le rompiera como un vaso
de tierra vil. Esa raza
de holgazanes mal criados,
orgullosos y viciados,
sólo entendidos en caza,

sólo de reñir capaces,
en engaños sólo distros,
en seducciones maestros,
buitres de haciendas voraces,
no pueden jamás tener
ni amor con honestidad,
ni hacer la felicidad
íntima de una mujer.

Y ese vástago altanero
de ese barón mentecato,
como él será un insensato
de su miseria heredero.
No hago cuenta con la hacienda,
porque yo la estime en cosa
alguna; rica es mi Rosa.

ANDRÉS. ¿Mas si del mozo se prenda?

DOCTOR. Eso trato de evitar;
para lo que quiero hacer
que ni al barón vuelva a ver

ni al baroncito encontrar: pues ya estuvo de él prendada; mas ni el mozo volverá, ni ella dél se acuerda ya; niñería fué, humo, nada. Fué allá cuando todavía no habías vuelto de Fez, y apenas de la niñez el muchachuelo, salía.

Pajarillo que del nido por primera vez se lanza, ver ansiando hasta do alcanza por sus alas sostenido, bajó al valle, vió sus flores, y encontrándolas tan bellas, comenzó a saltar entre ellas respirando sus olores; y haciendo atrevido alarde de su vuelo aún inexperto,

en el rosal de mi huerto entretenido una tarde, picando sin precaución una rosa campesina, la rosa con una espina, le picó en el corazón. Su padre y yo, su dolencia por cortar con prontitud, le ensayamos la virtud del bálsamo de la ausencia.

A Nápoles fué de un vuelo, y allí, del virrey al mando, la defiende contra el bando del pescador Masanielo. Su padre se hace sin él, roído por el dolor, tan hoso y agrío de humor como si bebiera hiel; y del peñón en la cresta su vieja torre morando, y asoma de cuando en cuando la catadura indigesta.

El mozo a Rosa en montón escribió al principio cartas, mas conceptuó que eran hartas, no viendo contestación. Yo se las intercepté.

Rosa, qué es de él ignorando, le ha ido por fin olvidando, y él puso en otra su fe,

sin duda. Hoy vuelve: el barón me lo piensa prevenir: pero puede en paz dormir.

ANDRÉS. ¿Mas si de ambos la pasión viviera o resucitara?

DOCTOR. Aunque esa pasión viviera, si a un hombre indigno quisiera, yo creo que la matara.

ANDRÉS. ¡Señor!

DOCTOR. Un caballo siento.

ANDRÉS. (*mirando por el balcón*).

Es el barón.

DOCTOR. Vete, pues, a esperar a Rosa, Andrés.

ANDRÉS. Voy.

DOCTOR. (*Le da la botella que prepara al comenzar el acto.*)

Mas aguarda un momento: toma, lleva esta bebida a casa del preceptor: que la beba, y si en sudor entra con ella, la vida le garantizo.

ANDRÉS. ¿Es la caja que compramos en Damasco?

DOCTOR. Sí.

ANDRÉS. La temo: cada frasco tiene dentro una mortaja.

DOCTOR. No sabiéndolos usar, sí, venenos son.

ANDRÉS. ¿Y de ella hay algo en esta botella?

DOCTOR. Lo bastante para dar muerte y vida: hay aquí esencia cuyo olor quita el sentido: mas hasta en ella ha sabido encerrar Dios la existencia. La ciencia tiene la llave y prodigios puede obrar, pues en cuanto puede dar la muerte, la vida cabe. La vida y la muerte, a ser sus dosis equivocadas: que dos solas cucharadas se den, y yo le iré a ver a las diez; ve con premura.

ANDRÉS. El barón.

DOCTOR. A tiempo ha sido.

ANDRÉS. Voy. No dejéis por descuido abierta esa sepultura.

DOCTOR. Aunque aquí la muerte está con la vida aposentada, ¡tranquilo ve! que evocada la vida sola será.

ESCENA III

EL DOCTOR, EL BARÓN

BARÓN. Vengo hoy a veros, Doctor.

DOCTOR. *(interrumpiéndole.)*

Abreviad; sé para qué.

BARÓN. ¿Quién os lo dijo?

DOCTOR. Mi honor que puse por avizor.

BARÓN. ¡Sabéis, pues!...

DOCTOR. Todo lo sé.

Vuestro hijo vuelve.

BARÓN. Le espero

de un momento a otro.

DOCTOR. Pues

ya supondréis, caballero,

que yo en mi casa no quiero

que ponga jamás los pies.

BARÓN. Es el consejo mejor

que yo le daré.

DOCTOR. Mandad

y no aconsejéis.

BARÓN. Doctor,

la ley le da ya favor,

pues vuelve mayor de edad.

DOCTOR. Siempre somos los mayores

los padres; por más que crezcan

nuestros hijos, son menores

que nosotros, y mejores

nuestros juicios: que obedezcan.

BARÓN. Porque hacerme obedecer

pienso yo de él mientras viva,

quise vuestro parecer

tomar, y no es poco hacer

tomar yo la iniciativa.

DOCTOR. ¡Gracias!

BARÓN. Bien nos estuviera

ponernos ambos de acuerdo

antes que mi hijo volviera,

y a mi pesar se metiera

en un lance poco cuerdo.

Yo creo que, pues mi hijo ama a Rosa, y que este amor, ¡jal decíroslo me aflijo!...

DOCTOR. Sed franco y no andéis procreéis que aja vuestro honor?

BARÓN. Cabal: don Juan era niño cuando la cobró cariño: la chica, eso sí, es muy bella, y pura como el armiño;

mas don Juan no es para ella.

Mi hijo es único heredero

de mi nombre y de mi casa.

Le armó el virrey caballero.

en Nápoles; mensajero

le envió a Madrid; del rey pasa

por bien quisto, circunstancia

de no pequeña importancia

en su venidero porte.

DOCTOR. Permitid a mi arrogancia

que vuestro discurso corte;

pues con mi paciencia lucho

cuando vuestros circunloquios

inútiles os escucho,

y yo el tiempo tengo en mucho

para perderlo en coloquios.

Oíd: yo voy a poneros

la cuestión tan en su punto,

con puntos tan asideros,

que no tengáis que volveros

a ocupar más del asunto.

Vuestro hijo ama a mi Rosa;

vos tenéis a deshonor

ese amor, porque os acosa

la vanidad ambiciosa

de riqueza y de favor.

Vos suponeís, y la erráis,

que yo ese amor alimento

por que vos ennoblezcáis

a mi Rosa, si otorgáis

a su amor asentimiento;

mas, a pique de enojaros,

vais a ver cómo destruyo

vuestra ilusión, sin reparos

a vuestro honor, con probaros

que el deshonor será suyo.

Rosa...

BARÓN. Antes de que pasemos

más adelante.

DOCTOR. Después.

BARÓN. Antes. Yo creo que pues mi

DOCTOR. Sea. ama a Rosa y de

BARÓN. Aún no sabemos la si es hija vuestra. ¿Podremos preguntaros de quién es?

DOCTOR. Es lo que os iba a decir, si me dejarais seguir.

BARÓN. Pues continuad, porque que ha tiempo está curiosa mucha gente por oír.

DOCTOR. Pues tal vez no satisfaga a esa gente ociosa y vaga mi respuesta, y ¡por quien soy! que temo que mal os haga el trago que a daros voy.

Rosa, a quien podéis llamar hija mía, aunque no lo es, raya en tan alto lugar, que apenas puede besar vuestro hijo don Juan sus pies.

Rosa, a quien habéis creído honrar con vuestro favor, cuando nuestro hijo nació, que no podrá con honor aceptar vuestro apellido.

Rosa, en fin, a quien acaso regateáis vuestras rentas, puede arrojaros al paso lo que vuestro haber escaso no suma en todas sus cuentas.

Mas oíd lo que no alcanza vuestra razón. Mi hija Rosa, para quien es la esperanza de una probable alianza con don Juan muy poca cosa, con hombre se ha de casar que lleve por solo bien al santuario de su hogar,

lo que con honra a ganar sus propias manos le den.

Mas hombre cuyo decoro, cuyo libre corazón, desprecie el favor y el oro, y no tenga más tesoro que su honor y su pasión.

Un hombre cuya existencia, cuya patria, cuya ley, sea Rosa, que en conciencia puede tener la exigencia

de casarse con un rey. Rosa un hombre ha menester, que ya que pueblos no mande, no sirva a ningún poder, y donde esté, sepa ser libre, independiente y grande. Ahora bien, señor Barón, si en ello paráis las mientes, veréis que en la condición de seres tan diferentes, no es posible que haya unión. Conque si el orgullo os dijo, que Rosa vuestro honor aja, la erró: y tenedlo por fijo: si ama Rosa a vuestro hijo, es ella quien se rebaja.

(Canto.) Dúo

BARÓN. ¡Cristol! Me ahoga la indignación. Pero tengamos moderación.

Este hombre que en nada estima los blasones de nobleza, deberá mucha riqueza poseer en su rincón. Si su Rosa es lo que dice, mal anduve de razones: mi nobleza y sus doblones hacer pueden buena unión.

Tengamos mucha moderación.

DOCTOR. Si me echáis fieros, señor Barón, sabré teneros a la razón.

Hombre de arte, tengo en poco los blasones de nobleza, y no estimo por grandeza más que la del corazón. Al juzgar a los humanos, yo no miro sus blasones; recto acuerdo sus acciones imparcial estimación.

No me echéis fieros, señor Barón.

BARÓN. ¡Fuego de Dios!

DOCTOR. No sobre mí.

BARÓN. No estáis en vos.

DOCTOR. Más que él en sí;

BARÓN. ¡Doctor!

DOCTOR. Uno de ambos de más está

[aquí.

(*Se oye el coro, que va aproximándose hasta llegar bajo los balcones.*)

BARÓN. Yo.

DOCTOR. Sí.

(*Coro.—Dentro:*)

Nuestra Rosa fragante que llega

jamás se marchita,

jamás se doblega;

su cáliz no pierde su olor juvenil:

que es del cielo la flor favorita,

y del cielo por siempre bendita,

vive siempre fragante y gentil.

BARÓN. ¿Qué cántico ese?

DOCTOR. Cantar de alegría

del pueblo que vuelve en plácido son:

del pueblo que viene de la romería;

son cantos muy dulces al ánima mía;

oídes, Barón.

El pueblo celebra la vuelta de Rosa

con esa canción:

oída, aunque temo que no os interese;

oída, aunque os pese;

oída, Barón.

BARÓN. Pues tiene razón;

ha hecho en el pueblo su ciencia famosa,

y a él le respetan y aplauden a Rosa.

¡Qué ruin posición!

DOCTOR. Muy buenas noches,

señor Barón.

Ve, vil esclavo

de la ambición;

el oro vano

de su blasón,

diera villano

por un doblón.

Muy buenas noches,

señor Barón.

BARÓN. Muy buenas noches.

¡Qué imprevisión!

no haber husmeado

tantó millón!

Mas nunca es tarde.

¡Tanto millón

varía mucho

la situación!

Muy buenas noches.

¡Qué imprevisión!

CORO. Que nuestra Rosa

no aje Aquilón

con las tormentas

del corazón.

Goce dichosa

el galardón

de que sus gracias

tan dignas son:

no aje tal Rosa

nunca Aquilón.

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del primer acto

ESCENA PRIMERA

EL DOCTOR, ROSA, ANDRÉS, INÉS y CORO
DE ALDEANOS

CORO. Sus hojas despliega

la rosa en abril:

no se orna la vega

con flor más gentil;

con sus hojas balsámicas juega

la brisa sutil;

mas el cierzo sus tallos doblega

y en polvo la tornan efímero y vil:

pero nuestra Rosa

jamás se marchita,

que es del cielo una flor favorita

que esparce olorosa

su esencia exquisita

de virtud y candor infantil.

DOCTOR. Basta; amigos, retiraos:

vuestra Rosa en su rosal,

al rocío de la noche,

su capullo va a cerrar:

Tomad, tomad. (*Reparte dinero.*)

ROSA. Basta; amigos, retiraos:

necesito reposar;

en provecho vuestro siempre;

vuestra Rosa se abrirá.

Tomad, tomad.

CORO. Dios premie, linda Rosa,

vuestra generosidad:

mas la fe con que os amamos,

vuestro amor quiere no más.
no más, no más.

(El Doctor despide a los aldeanos, que se van cantando el final de su coro.)

DOCTOR, ROSA, INÉS y ANDRÉS.

Muy buenas noches:

bailad, bailad.

CORO. Muy buenas noches:

dormid en paz.

ESCENA II

EL DOCTOR, ROSA, ANDRÉS, INÉS

DOCTOR. Rosa mía, te ha debido la romería cansar;

debo ver a un pobre enfermo;

si te sientes por demás

fatigada, no me esperes,

Rosa, acuéstate.

ROSA. Jamás

me he acostado cuando ausente

vos de casa os encontráis,

y esta noche, padre mío,

la primera no será.

Os aguardo: id del enfermo

los dolores a aliviar;

id; la mesa preparada

hallaréis cuando volváis.

DOCTOR. Parto, pues.

ROSA. No tengáis prisa;

aún es temprano: tomad

cuanto tiempo os sea preciso,

yo os espero sin afán.

DOCTOR. Voy, y no tardaré mucho.

Venme, Andrés, a acompañar.

ESCENA III

ROSA e INÉS

ROSA. Inés, la mesa dispón

para cuando den la vuelta,

mientras que yo en el balcón

doy en un cántico suelta

al pesar del corazón.

INÉS. ¡Pesares en este día

que cumples años!

ROSA. Por eso

emprendí la romería.
Hoy, lo tengo bien impreso,
cumple el plazo.

INÉS. ¿Todavía
piensas, Rosa, en tal locura?

ROSA. Pensaré toda mi vida:
y en ella estoy tan segura.

que no ha de ser extinguida
mi fe ni en la sepultura.

INÉS. Más vale ir a reposar,
que es lo que ahora te interesa,
y no en tales sueños dar.

ROSA. Mira, Inés, tú pon la mesa
y déjame a mí soñar.

(Mote.—Canto.)

ROSA. Los pensamientos que me en-
[tristecen,

¿de dónde vienen? ¿Adónde van?

En mí germinan, y en mí fenecen,

y de mí misma nunca saldrán.

Yo sé de dó vienen

y adónde se van.

(Estrofa primera.)

Mi fe alimento—con la esperanza;
en mí la siento—siempre brillar:

y un pensamiento—no más alcanza
con rayos trémulos

a iluminar.

Esta memoria—y esta esperanza
son una historia—sin acabar;

a esta memoria—y a esta esperanza,
dentro mi ánima

labré un altar.

Mas los pensamientos

que al pie de él están,

yo sé de dó vienen

y adónde se van.

(Estrofa segunda.)

Id, pensamientos—que el alma lanza,
salvad los vientos—de mi esperanza,

salvad los vientos,—salvad el mar:
los juramentos—de mi esperanza

al Dios incógnito

id a llevar.

Mi pensamiento,—como las olas,
en incremento—va sin cesar;

y ni un momento—ceso a mis olas
sus ondas móviles

de ver rodar.

Mas los pensamientos
que crea mi afán,
yo sé de dó vienen
y adónde se van.

(Recitado.)

INÉS. Siempre la misma canción
al aire tu aliento lanza.

ROSA. Sí, siempre con la esperanza
de oír la contestación.

INÉS. ¿Y quién te contestará?
¿Los ecos, los ruiseñores?

A la voz de tus amores
mudo el universo está.

ROSA. No vayas, por Dios, INÉS,
con tu discurso más lejos:
contra el amor no hay consejos;
yo amo: déjame, pues.

INÉS. Mas ya que tu obstinación
no haya consejo que venza,
al menos, que te convenza
el poder de la razón.

Dos años ha que no escribe,
conque o no te ama o te olvida.

ROSA. Mientras dura en mí la vida,
él me ama, y él me vive.

INÉS. Mira, pues, cómo me explicas
el silencio en que se cierra:
vivo, desde cualquier tierra
supieras de él.

ROSA. Mortificas
tu ingenio en vano, y tus pruebas
no prueban nada. Sé yo
que el doctor las recibió,
aunque de él no me da nuevas.

INÉS. Mas contra el mismo doctor,
¿por qué tan tenaz porfías?

ROSA. Esas son razones mías.

INÉS. Excesos de loco amor.

ROSA. Que acabarán por vencer.

INÉS. Que no tienen fundamento.

ROSA. El amor!

INÉS. Es como el viento.

ROSA. ¿Quién como el viento en poder?

INÉS. ¿Y en el viento, Rosa mía,

vas a fundar tu esperanza?

ROSA. Son razones que no alcanza

tu razón austera y fría.

INÉS. No las hay con que me arguyas;

son delirios de tu amor.

si las tuviera el doctor,
¿no me diera nuevas tuyas?

Cuatro años ha que partió,
y escribí sólo el primero.

¿Sabes, Rosa, lo que infiero
de los cabos que ato yo?

Su padre le envió a la guerra
de Italia, porque sabía

lo que contra amor podía
el tiempo en aquella tierra.

Tú figurarte no puedes
aquel cielo azul, sereno,

que cobija un suelo lleno
para los mozos de redes.

ROSA, no enemigos quiso
su padre enviarle a matar,

sino su amor a dejar
muerto en aquel paraíso.

Su padre, de conivencia
con el doctor, le envió allí

a que te olvidara a ti,
porque tienen la experiencia

que dan los años, y saben
que no existe en este mundo

amor tan fiel y profundo
que ausencia y tiempo no acaben.

Y la consecuencia ves:
el primer año guardó

puro tu amor, y escribí;
entibiósele después,

o pudo tal vez morir
de la guerra en el azar,

cuando no volvió a escribir.

ROSA. No te tienes que cansar:
contra mi fe no hay razón,

contra mi amor no hay poder;
es la esencia de mi ser,

la fe de mi corazón.
Él juró que volvería

al salir de su tutela.

INÉS. Hoy sale, y el día vuela.

ROSA. Aún no ha concluido el día.

INÉS. Ya anocheció.

ROSA. No en mi alma,
donde arde mi amor constante,
y cuya antorcha brillante
su centro ilumina en calma.

Don Juan vive, pues yo vivo:
tornará, pues; yo lo espero.

INÉS. Tu amor, Rosa, es tan entero.
 ROSA. Único, eterno, exclusivo.
 El fuego de esta pasión
 la torpeza no oscurece,
 Inés; mi amor esclarece
 celestial inspiración.
 Para juzgar ni creer
 no ha menester los sentidos;
 sin ojos y sin oídos
 lo sabe oír y sabe ver.
 No ha menester fundamento
 buscar en causa o razón,
 que la fe del corazón
 le da perenne alimento.
 Mi amor es la llama pura
 que el Criador hizo arder
 en el hombre y la mujer
 al formar la criatura.
 No es esa torpe pasión
 que amor la sociedad llama,
 y cuyo fuego no inflama
 la esencia del corazón;
 es ese otro amor divino
 que da a algunos seres Dios,
 identificando a dos
 en sólo un ser y un destino.
 Estos dos seres se encuentran,
 sin buscarse, se adivinan;
 uno de otro se avecinan,
 y uno en otro se concentran.
 Ni el tiempo ni la distancia
 a estos dos seres desune,
 que doquiera los reúne
 en sólo un ser su constancia,
 y aunque vivan divididos
 desde la cuna a la huesa,
 van de allí, con su fe ilesa,
 a la eternidad unidos.
 Este es amor verdadero,
 éste el que mi alma atesora;
 no me preguntes ahora
 en qué fío ni en qué espero.
 Don Juan y yo con tal fe
 nos amamos; y este lazo
 no le rompe ningún plazo:
 venga o no, le esperaré. *(Canto.)*
 ROSA. Yo me alimento—de una espe-
 ra que fomento—doy sin cesar:
 presentimiento—que mi fe alcanza

con rayos trémulos
 a iluminar.
 Mi voz al viento—siempre se lanza
 tras un acento,—que sin cesar
 evoco a intento,—con la esperanza
 que va a mis cánticos
 a contestar.
 Y los pensamientos
 que crea mi afán,
 yo sé de dó vienen
 y adónde se van.
 DON JUAN *(dentro)*.
 Yo me alimento—con la esperanza
 de que su acento—me ha de llamar,
 y por el viento—mi voz se lanza,
 sus dulces cánticos
 para evocar.
 Presentimiento—de mi esperanza
 al que alimento—doy sin cesar,
 nacer te siento,—mi fe te alcanza
 en ese cántico
 germen tomar.
 Los tiernos lamentos
 que lanza tu afán,
 yo sé de dó vienen
 y adónde se van.
 ROSA. ¡Dios mío! ¿qué acento!—¿Le
 [evoca mi aliento?
 ¿De mi pensamiento—delirios serán?
 D. JUAN. Repite tu acento:—no expi-
 [ra en el viento,
 que absorto y atento—le escucha mi afán.
(Dúo.)
 ROSA. De esta memoria—y esta espe-
 que eran historia—sin acabar, [ranza,
 podrá con gloria—mi confianza
 el hilo
 finalizar.
 Dulces pensamientos
 que crea mi afán,
 salid a los vientos
 en pos de don Juan.
 D. JUAN. De esa memoria—y esa espe-
 [ranza,
 la amante historia—vengo a acabar;
 luz de mi gloria,—mi fe te alcanza
 en las tinieblas
 reverberar.
 Recuerdos que un alma

buscáis con afán,
 entra en el alma
 que os abre don Juan.

(Representado.)

ROSA. ¡Don Juan! Es él.

INÉS. ¡Dios nos tenga
 de su mano!

ROSA. Déjame
 salirle a ver...

INÉS. ¿Y que venga
 mientras el doctor? ¡No a fe!
 Cerraré, y haré que parta.

ROSA. ¡Tente, no cierres, por Dios!
 (Una carta cae en la escena, tirada por
 el balcón.)

INÉS. ¡Cielos!

ROSA. ¿Qué es eso? ¡Una carta!

INÉS. Y que trae atado en pos
 no sé qué.

ROSA. Del hilo tira.

INÉS. ¡Desdichada! ¡Si nos ven!
 Rumor oigo.

ROSA. Él huye, mira.

(Acomódase al balcón.)

INÉS. Es don Juan.
 (Inés tira del cordón y recoge una cajita
 que viene atada en él.)

ROSA. ¡Es él: mi bien!
 Dame, dame: una cajita
 de marfil.

INÉS. Veamos qué es
 lo que trae.

ROSA. No, la cartita
 es primero: alumbrá, Inés.

INÉS. Mas yo olvido mis deberes.
 No la abras, Rosa, es mejor
 entregársela al doctor.

ROSA. ¡Inés!

INÉS. Tente, si no quieres
 que me enoje.

ROSA. Basta ya:
 para mí se destinó:
 mía es, y antes que yo
 ningún otro la verá.

Y aprende que estoy exenta
 de tutela: libre soy,
 y a Dios solamente doy

de mis voluntades cuenta.

INÉS. El doctor...

ROSA. Yo le obedezco
 por gusto: mas sólo a él:
 los demás, como merezco

me han de tratar. El papel
 veamos: alumbrá.

INÉS. Fiel
 os fuí siemore.

ROSA. Lo agradezco,
 mas no tornes hiel la miel.

(Lee.) «Un amor y una palabra
 no más, Rosa mía, tengo;
 hoy ésta a cumplirte vengo»

«y a ratificar aquél.
 Yo soy uno de esos seres
 que sólo un amor conciben:

«con él nacen, con él viven
 «y se sepultan con él.

«Por si mi padre se opone,
 «por si yo pierdo mi herencia,

«porque un día la indigencia
 «no se asiente a nuestro hogar,

«a la par de un gran maestro
 «aprendí y profeso un arte

«que nos pueda en cualquier parte
 «apan e independencia dar.

«Adjunta va, en esa caja,
 «de mi saber una muestra:

«pasó por obra maestra
 «doquiera que la mostré.

«Por obra la dan del genio
 «y del arte por hechizo:

«mas ¡oh Rosa! quien la hizo
 «no fué el genio, el amor fué.

«Hombre de arte o caballero,
 «seré siempre esclavo tuyo:

«yo mi dueño te instituyo;
 «tus mandatos cumpliré.

«Esta noche, como hace años,
 «me dirás por la ventana

«si aún me amas: y mañana
 «al doctor te pediré.

«Tras de mí, en Italia y Francia
 «dejo un nombre ya famoso;

«mas si juzgas más honroso
 «el servicio de algún rey,

«en dos cortes a altos cargos
 «puedo optar; ve lo que eliges;

«tú gobiernas, tú diriges.
 «Tus caprichos son mi ley.

«Nuestros padres, de consuno,
llevan mal el amor nuestro:
el doctor, más que yo diestro,
se ha interpuesto entre los dos;
y sin cartas uno de otro
por cuatro años estuvimos:
mas si me amas, pues vivimos,
fíame en mí, que fío en Dios.»

Veamos su obra. ¡Dios santo,
(Representa.)
qué escultura tan preciosa!

INÉS. Tu retrato.
ROSA. En una rosa
esculpida: es un encanto.
Ve; se abre como una tienda
el capullo, y mi figura
se halla dentro. Es escultura
maravillosa, estupenda.

INÉS. ¡Qué milagrosa labor!
La figura es oro.

ROSA. Y plata
las hojas de alrededor:
no sé si más que su amor
su admiración me arrebató.
El placer de esta sorpresa
recompensa mi constancia:

revelar con arrogancia
podré de hoy mi pasión fiel.
Flor, tu vista me embelesa;
tú me pruebas que en su pecho
mi retrato llevó hecho,
puesto que eres copia de él.

INÉS. ¡El doctor!

ROSA. Que llegue, pues.

INÉS. Guardad la flor.

ROSA. ¡No, a fe mía!

INÉS. Si la ve..., ¡Virgen María!

ROSA. Voy a enseñársela, Inés.

ESCENA V

ROSA, INÉS, EL DOCTOR, ANDRÉS

DOCTOR. (Conmovida está.)

ROSA. (Turbado
viene: sin duda le vió.)

DOCTOR. (Acaso con él habló
por el balcón.)

ROSA. (A Inés y Andrés.) Al estrado

salid: dejadnos a solas;
tenemos que hablar, señor.

DOCTOR. (En mi alma están del temor
encrestandose las olas.)

ROSA. Un hombre por el balcón
echó esa carta.

DOCTOR. Lo vi.

ROSA. Don Juan.

DOCTOR. Me lo presumí.

ROSA. Hoy era la conclusión
del plazo en el cual volver

don Juan me había prometido,

y su palabra ha cumplido.

DOCTOR. Válgate Dios por mujer.

ROSA. Consultaros mi respuesta

tomad: mi honor eso no aja!

ROSA. Tomad, pues: su carta es ésta;

leedla, y ved esa caja.

(El doctor lee la carta.)

ROSA. De los delirios de mi esperanza

la dulce historia quiero acabar:

hoy abro el templo de mi esperanza

o rompo el ídolo sobre el altar.

DOCTOR. Don Juan dice en esta carta

que esta flor es obra suya.

ROSA. Fío en que en pro de él arguya.

DOCTOR. Trabajo tal prueba es harta

para abrir a quien la hizo

el alcázar del favor:

quien la niegue gran valor,

será descontentadizo.

ROSA. Pues ya veis que es una ofrenda

que me hace.

DOCTOR. Antes que la admitas,

reflexionar necesitas

si es admisible tal prenda.

ROSA. ¿Por qué?

DOCTOR. Porque puede hacer

inmortal al escultor,

y no debe sin su amor

aceptarla una mujer.

ROSA. No fuera ni generoso

ni noble, si diera menos.

DOCTOR. Sus proceder son buenos,

mas puede ser mentiroso:

ser obra ajena...

ROSA. Para eso

es muy noble.

DOCTOR. ¿Quién se fía?

ROSA. Fíad vos en la fe mía.

DOCTOR. ¿Le amas, pues?

ROSA. Con tal exceso,

que, os lo debo de advertir,

doctor, está mi pasión

tan honda en mi corazón,

que con ella he de morir.

DOCTOR. Y que mueras valdrá más

que no que yo te envilezca,

dando a quien no la merezca

tu noble mano jamás.

ROSA. Inquirirlo os toca a vos;

yo, si le encontráis indigno,

a ser muerta me resigno;

o esposa suya, o de Dios.

DOCTOR. Pues fía en mí.

ROSA. Y en Él fío,

que nunca mi corazón

dará en vil inclinación.

DOCTOR. No, mientras que lata el mío.

Flor que la escarcha no arruga

y abril de miel llena deja,

su cáliz abre a la abeja,

mas se lo niega a la oruga.

Rosa, yo te cultivé,

y, escucha bien mis palabras,

antes que a la oruga te abras,

del tallo te cortaré.

ROSA. Conozco vuestra razón

y sé bien lo que me amáis:

obrad, pues, como queráis;

vuestra soy: mi corazón

callará.

DOCTOR. Basta; a otra cosa,

y que se cumplan otros

de Dios los juicios supremos.

Guarda esa escultura, Rosa,

y tu impaciencia refrena.

ROSA. ¿Puedo tener ya por mía

esa flor?

DOCTOR. No todavía,

mas tenla por prenda buena.

Llévatela a tu aposento

y vuelve a cenar después.

ROSA. Llevaréla luego.

DOCTOR. Siento

contrariarte: mejor es

que la lleves al momento. *(Vase Rosa.)*

ESCENA VI

EL DOCTOR

(Durante estos versos, el doctor va a su bufete, saca uno de los frasquitos de la caja de la cual hizo uso en el acto primero, y vierte unas gotas del licor del frasco en una copa que prepara para Rosa; pero con la mayor calma y sin aire de misterio ni vacilación.)

Es imposible: no quiero,

Rosa de mi amor, cederte

más que a un amor verdadero,

tan único, tan sincero,

que dure más que la muerte.

De quien tu amor apetezca

esa prueba positiva:

sé de quien no te envilezca,

de un amor que no fenezca

y tras de la muerte viva.

Quien te quiera, con fe ardiente,

fírmemente te querrá;

te querrá quien locamente

su amor guarde, y alimente

del sepulcro más allá.

ESCENA VII

EL DOCTOR, ROSA

DOCTOR. ¿Le guardaste?

ROSA. Sí; a vos

os toca ahora juzgar

si la debo conservar.

DOCTOR. Ese juicio lo hará Dios.

Si don Juan hizo esa flor

y es su amor tan firme y hondo...

ROSA. ¡Oh! De su amor yo os respondo.

DOCTOR. Pues brindemos a su amor.

ROSA. ¿Es decir, que es cosa hecha?

DOCTOR. Si os amáis...

ROSA. Como os he dicho.

DOCTOR. Cuando es pasión, no capri-

contra amor nada aprovecha. [cho,

Haráse tu voluntad:

A tu amor. *(Brinda.)*

ROSA. Enhorabuena: *(Brinda.)*

el gozo que me enajena
me embarga el alma.

DOCTOR. En verdad
que tras de esa romería
tendrás, mejor que apetito,
sueño.

ROSA. No lo necesito
tampeco, que la alegría
de reposo y de alimento
también sirven.

DOCTOR. Así es.
Canta tu alegría, pues,
que yo cenaré contento.

ROSA. Lo haré con placer.

DOCTOR (*llamándola*). ¡Inés!

ESCENA VIII

EL DOCTOR, ROSA, INÉS

(*El doctor, cena; Rosa, canta; Inés, sirve.
Al fin de la escena, cuando Rosa se des-
vaneca, Inés se va, despedida por un
gesto imperioso del doctor.*)

LA GOLONDRINA (1)

ROSA (*canta*). Tomó un esposo la go-
londrina

y un nido en Túnez le construyó:
llegó el verano, y a la vecina
costa su esposo se le voló.

Ella dijo entonces:

pues su esposa soy,
a mi esposo busco, tras mi esposo voy.

Pasóse a España la golondrina:

solo en Marbella su esposo halló,

y en una torre del mar vecina

un nuevo nido le construyó.

Y dijo: le amo,

y pues suya soy,

con mi amor me vengo, con mi amor me
voy.

(1) El compositor ha tenido a bien para la unidad de su composición musical, acortar esta canción, así como suprimir la *Serenata* que canta don Juan y otros pequeños trozos; pero no sé ha creído oportuno cortar ningún verso de los escritos por el señor Zorrilla y todos se han impreso.

Un nido en Túnez la golondrina
y otro en Marbella se construyó,
y en nuestra costa y en la Argelina
casa y esposo siempre encontró.

Yo, que enamorada
como aquélla estoy,
tras mi amor me vengo, tras mi amor me
voy.

De África viene la golondrina
buscando el nido que abandonó,
y a África vuelve la peregrina,
dejando el nido que fabricó:

y dice, no hallando
su esposo ya hoy:
tras mi amor me vengo, tras mi amor me
voy.

ROSA (*interrumpiéndose*).

No sé qué vapor me asalta
que me turba la cabeza.

DOCTOR. Del sueño será la falta
que a hacerse sentir empieza.

ROSA. De África a España la golon-
drina
tras su amor vuela que le perdió:
ni en nuestra costa ni en la Argelina,
podrá ya hallarle, porque... murió.

Y ella vuela, y dice:
mientras viva estoy,
a mi esposo busco, tras mi esposo voy.

A África fuese la golondrina;
¿mas qué fué de ella que no volvió?
Cansóse, y presa fué de argelina
nave corsaria do se posó.

Yo, que en mi amor presa
como el ave estoy,
ni sé de dó vengo, ni sé dónde voy.

ROSA. Me siento de aliento falta...

Embárgame tal torpeza...

DOCTOR. Es el sueño que te asalta.

ROSA. Me da vueltas la cabeza...

(*Esta última estrofa la cantará con dije-
cultad hasta desvanecerse; al perder el
sentido, canta y representa con esfuerzos
visibles, hasta que cae inmóvil en el sofá.*)
¡No sé lo que tengo..., no sé dónde estoy!
Ya no me sostengo..., ya vengo..., ya voy.

ESCENA IX

EL DOCTOR, ROSA, *desmayada*; DON JUAN *después*

(Canto.)

DOCTOR. Él es, su amante impaciencia
(*Mirando por el balcón.*)

esperar no le dejó:
probar quiero la excelencia
del amor que ponderó.
De su amor la resistencia
imparcial pesaré yo:
quien resista a mi experiencia,
será sólo quien la amó.
(*Cubre a Rosa con su capa.*)

SERENATA

D. JUAN (*desde dentro*).

Ya duerme la tierra.
La noche la ciñe con turbio vapor:
la fiera en su gruta cansada se encierra:
no zumba la abeja del tiesto en redor,
y al céfiro cierra
su cáliz la flor.
Ya solo en su nido,
con voz melodiosa,
velando a su esposa
la canta su amor
el fiel ruiseñor,
del bosque señor;

y yo con él velo cantando mi amor:
despiértate, Rosa; despierta a mi amor.

DOCTOR. Si tras cinco años de ausen-
de sus celos al furor, [cia,
no se agota su paciencia,
y el decoro y la prudencia
no atropella, ¿no es amor?

D. JUAN. ¿Por qué no respondes;

(*Dentro cantando.*)

paloma, al arrullo real de mi amor?
¿Dó estás, fuentecilla, que no correspondes
al son de tu arroyo con dulce rumor?

¿Tu luz por qué escondes,
fanal salvador?

Rosal perfumado,
balsámica palma,
no niegues a mi alma

tu sombra y olor.

Cual fiel ruiseñor,
del bosque señor,
yo velo tu sueño, cantando mi amor:
despiértate, Rosa; despierta a mi amor.

(*Mira por el balcón el doctor, guarecido
con el cortinaje y con la precaución que
la situación merece.*)

DOCTOR. Firme aguarda. Se impacien-
ta; lo piensa... el ojo avizor
del balcón no quita... cuenta
con la altura... ¡ah! Pues lo intenta,
y a fe mía sin temor.

Oculto le aguardo:

veamos su amor.

ESCENA X

ROSA, *desmayada*; EL DOCTOR, *oculto*; DON
JUAN, *entrando por el balcón*

D. JUAN. No puedo más: atropello
por todo: al mismo doctor
pedirá cuenta mi amor
de la que busco. Ya huello
su hogar: tan infame acción
en villanos sólo cabe:

pero es fuerza que se acabe,
o se logre, mi pasión.
Y si Dios lograr me veda
este amor más que yo fuerte,
si a otro es fuerza que le ceda,
no será más que a la muerte.
Quitemela sólo Dios.

(*El doctor, que mientras don Juan habla,
se habrá ido acercando a él hasta hallarse
a su lado, le toca en el hombro, dicién-
dole:*)

DOCTOR. Pues ya Dios te la ha quita-
D. JUAN. ¡El doctor!

DOCTOR. Dios ha evocado
a la muerte entre los dos.
¡Mira! (*Descubre a Rosa.*)

D. JUAN. ¡Rosa!

DOCTOR. Muerta.

D. JUAN. ¡Muerta!

¡Amor de mi corazón!

DOCTOR. Amor entra por la puerta,
la infamia por el balcón;

y pues que por él subiste,
destruirla a envilecerla
preferí.

D. JUAN. ¿La destruiste?
Mejor: yo volveré a hacerla.

DOCTOR. ¿Qué dice?

D. JUAN. Yo otra como ella
haré, pura, enamorada;
yo haré otra Rosa, y aquélla
no te deberá a ti nada.

DOCTOR. ¡Dios! El cerebro se le tras-
[torna.

D. JUAN. Yo haré otra Rosa; la haré;
[doctor.

CORO (*dentro*). Abrid, doctor.

DOCTOR. No hay duda, loco, loco se
[torna.

D. JUAN. Yo haré otra Rosa para mi
[amor.

CORO (*dentro*). Abrid, doctor.

D. JUAN. Yo haré otra Rosa, pierde
[cuidado,
yo haré otra Rosa mucho mejor.

DOCTOR. ¡Mía es la culpa, desventu-
¿Quién tal exige de tal amor?

CORO. Abrid, doctor.

ESCENA XI

ROSA, *desmayada*; EL DOCTOR, DON JUAN,
INÉS, ANDRÉS, CORO

D. JUAN. Yo haré otra Rosa para mí
yo tengo el fuego del Criador. [solo;

Yo por tu Rosa no me desolo;
yo haré otra Rosa llena de amor.

Para mí solo, para mí solo,
yo haré otra Rosa, loca de amor.

¡Fiero destino robarla quiso
a mi amorosa tierna ilusión!

¡Nada me importa! ¡Más que el destino
puede la fuerza de mi pasión!

¡Bien de mi alma! Prenda querida:
si ahora no late tu corazón,

yo haré que pronto vuelva a la vida
puro y ardiente como mi amor.

DOCTOR. Mía es la culpa, ¡desventura-
Pedir tal prueba de tal amor. [do!

Hará otra Rosa... y el desdichado.

no podrá nunca gozar su amor!
¡Teneos; culpa no tiene ese hombre;
él está loco, loco de amor.

¡De sus palabras hiere mi alma
el eco triste, desgarrador!

Hasta del llanto de sus mejillas
borrar la huella quisiera yo.

¡Mía es la culpa! Ya no hay remedio,
¡loco le ha vuelto tanto dolor!

¡Ah! ¡Pobre niña! ¡Yo la he robado
paz y alegría! ¡Dicha y amor!

CORO. ¡Cielos! ¡Qué es esto! Subir a
[ese hombre

por los balcones vimos, doctor:
¡Rosa, qué horror!

¡Muerta! ¡Él la ha muerto! Muera ese
[hombre;

vénguela al menos nuestro furor.
¡La que ostentaba tanta hermosura,
tantos hechizos, tanto candor!

¡Cielos! ¡Qué horror!

¡Muerta! ¡Él la ha muerto! Muera ese
[hombre;

vénguela al menos nuestro furor.

(*Don Juan huye, riendo a carcajadas, y
abriéndole todos paso con horror.*)

ACTO TERCERO

Salón del castillo del Barón, cuyo fondo cubren
unas cortinas que pueden correrse, y las cuales
ocultan al espectador la mitad de la escena que
aparece a su tiempo.

ESCENA PRIMERA

EL BARÓN, COROS

BARÓN. ¡Más bajo, por Dios!
Con tanto pisad:

que vuestro rumor
no sienta don Juan;

¡callad, callad!

Yo os diré, si os interesa,
la desgracia de don Juan.

CORO. ¡Decidnos, por Dios,
si cede su mall

¿Qué dice el doctor?
¿Le puede curar?

Hablad, hablado.

Todo el pueblo se interesa
por la suerte de don Juan.

BARÓN. El juicio ha perdido
mi pobre don Juan:
pregunta no hace,
respuesta no da;
a nadie conoce,
ni deja mirar
detrás de esas puertas
a nadie jamás.

CORO. Oigamos, por Dios,
lo que es de don Juan.

BARÓN. Silencio, por Dios;
oídmе y callad.
Allí día y noche
metido se está,
golpeando una piedra
con bárbaro afán.

Un día, del muro
la hizo arrancar,
y de esas cortinas
la puso detrás.
¡Ay, Dios! ¡Está loco
mi pobre don Juan!

CORO. Se le ha vuelto loco
su pobre don Juan.

BARÓN. Curar los doctores
no pueden su mal,
porque a él ninguno
permite llegar.

Furioso se pone,
con miedo se van,
y hoy a uno famoso
he enviado a buscar.

Partid; ya sabéis
lo que es de don Juan.
¡Más bajo, por Dios!
Con tiento pisad,
que vuestro rumor
no sienta don Juan.

Marchad, marchad.
CORO. Todo el pueblo se interesa
en la suerte de don Juan.

¡La mano de Dios
disipe su mal!
Mirad con amor
a vuestro don Juan.
Quedad en paz.

ESCENA II

EL BARÓN

¿En paz? ¡Dios la dé!
No está mala paz,
y día ni noche
me dejan parar.
Aquí con su piedra
mi pobre don Juan,
y con sus visitas
los otros allá,
me traen y me llevan
como un azacán.
Apenas empieza
la aurora a pintar,
ya empieza el martillo
de mi hijo don Juan:
ya más en el lecho
no hay medio de estar.
¡Sobre éste, mi cuarto
justamente da!
Y golpe más golpe,
y vele a mandar
que calle... se encrespa
como un huracán.
Pues luego los otros,
¿quién diablos les da
respuesta que sea
para ellos capaz?
A un tiempo hablan todos,
y todos a par
preguntan, y a nadie
le ocurre escuchar.
¡Mas cosa es que nunca
me puedo explicar,
por qué ahora vienen
con tanta amistad
y tanto interés
a ver a don Juan!
Cinco años he estado
como un gavilán,
metido en mi torre
y en mi soledad;
ninguno me ha dicho:
«¡Barón, cómo os va?»
Ninguno me vino
los días a dar,
ni a nadie ocurrióle

por casualidad
de mi alto castillo
la cuesta trepar,
por venir al menos
buen aire a aspirar,
por ver esa vega
tan ancha y feraz.
En fin, ni siquiera
por curiosidad
de saber si acaso
era muerta ya!
Y ahora de mi hijo
con la enfermedad,
¡Dios! se me descuelga
todito el lugar,
como al jubileo
de una catedral.

«Don Juan va mejor?»
«¿Cómo está don Juan?»
«Pobrecito joven,
¿conque loco está?»
«Lástima de mozo,
¡tan bueno y galán!»
Y cinco años fuera
del paterno hogar
anduvo, sin que uno
de tanto patán
viniera a decirme:
¿y el chico? ¿qué tal?

Mas ¡precio de mil
de mi vanidad
esclavo insensato;
y todos a;
valiérame más
que nunca volviera
mi pobre don Juan.
Que nadie quisiera
por él preguntar:
que hubiera a mi viejo
castillo feudal,
(hollando unos timbres
que renta no dan),
traído, no digo
mujer tan cabal
como era su Rosa,
sino de un gacían
la hija, si había
su felicidad,
aunque hecho la hubieran
amasar su pan.

Todo era mejor
que oír a don Juan
sin juicio, en su piedra
porrazos pegar,
cantando demente
su amor y su afán.

(Llaman a la puerta de la izquierda, ábrela
el Barón y entra Martín.)

ESCENA III

EL BARÓN Y MARTÍN

BARÓN. Martín, ¿quién es?

MARTÍN. Yo, señor Barón,

BARÓN. ¿Martín?

MARTÍN. Yo.

BARÓN. ¿Le hallaste?

MARTÍN. Trabajo costó.

BARÓN. ¿Mas vístete al cabo?

MARTÍN. Le vi, sí, señor.

BARÓN. ¿Qué dijo?

MARTÍN. Al principio
las cejas arqueó,
y dijo que nada
tenía con vos.
Que había doctores
de reputación
en esos lugares,
y haría mejor
en ir a llamarlos.
Repúsele yo
que ya habían todos
los de alrededor
venido.

BARÓN. ¡Insensato!
¡Torpeza mayor!
Decirle que al último
a él se acudió,
fué ajarle.

MARTÍN. Al contrario:
fué darle agujón.
Fué cosa de perlas:
así que lo oyó,
pidió su sombrero,
tomó su bastón,
y dijo: «Pues todos
han ido, voy yo».

BARÓN. ¿Y viene?

MARTÍN. En un coche,
que es mucho mejor
que el del Arzobispo.

BARÓN. ¿Coche?

MARTÍN. Le compró
para irse.

BARÓN. ¿Para irse?

¿Se marcha el doctor?

MARTÍN. Sin duda.

BARÓN. ¿Y adónde
se va?

MARTÍN. ¡Qué sé yo!
¿Está desde poco

tan triste!

BARÓN. ¡Es dolor

perder una hija

cual la que él perdió!

MARTÍN. ¡Bah! ¡Bah! Bobería.

BARÓN. ¿Bobería?

MARTÍN. Vos,

aquí encastillado,

no oís lo mejor.

BARÓN. ¿Pues qué hay?

MARTÍN. Ahora salen

con que es un bribón

el médico.

BARÓN. ¿Cómo?

MARTÍN. No hay más; pereció

su hija, fué malo:

mas fué lo peor

que muerta mostróla,

mas no la enterró.

BARÓN. ¿Pues qué hizo con ella?

MARTÍN. Se ignora, señor:

mas desde en el pueblo

la nueva corrió,

se cuentan de él cosas

que causan horror.

BARÓN. Tal vez son calumnias.

MARTÍN. Mas la inquisición

en cuenta las toma:

y un inquisidor

le vino una noche

a ver, y un montón

de tiempo estuvieron

hablando los dos

cerrados, y luego,

cuando se marchó,

llevó muchos libros

de los del doctor,
porque eran de magia.

BARÓN. ¡Vaya!

MARTÍN. Y le mandó

ir a presentarse

al Gobernador,

el cual de la tierra

salir le ordenó.

Por eso se marcha,

y si mi opinión

quisierais seguir,

por mí, salvo error,

es de consultarle

muy mala ocasión.

BARÓN. Es hombre muy sabio,

Martín.

MARTÍN. ¿Sí, señor?

Pero, ¿y si es un mágico?

BARÓN. Como él la razón

volviera a mi hijo,

maldito el temor

que a mí me daría

su mágico don.

MARTÍN. ¿Y si por llamarle,

después que se echó

del pueblo, nos soplan

en la inquisición?

BARÓN. ¡Demonio! ¿Lo llevan

con tanto rigor?

MARTÍN. No sé más, si os salen

por esa invención....

BARÓN. ¿Llamaron?

MARTÍN. Él es

sin duda, señor.

¿Queréis que de un salto

me plante al portón

y cierre?

BARÓN. ¿Estás loco?

Martín, eso no:

yo quiero por mi hijo

saber su opinión,

y si él me lo cura,

aunque sea por

magia, será siempre

nuestra salvación;

y aunque su saber

venga de Astarot,

a nosotros siempre

nos vendrá de Dios. *(Sale el doctor.)*
 Déjanos solos, Martín.
 MARTÍN. *(aparte.)*
 Mirad lo que hacéis, señor.

ESCENA IV

EL BARÓN, EL DOCTOR.

BARÓN. Muy bien venido, doctor.

DOCTOR. ¡Habéis acudido al fin a mí!

BARÓN. Excusad mi tardanza, doctor: tras de lo pasado entre los dos, no he osado: mas sois mi única esperanza.

DOCTOR. Por eso vengo, Barón. El amor propio es muy mal consejero, y cada cual le lleva en su corazón.

¿A quién no arrastra un exceso de orgullo o de mal humor?

BARÓN. ¡Yo anduve con vos, doctor, muy mall!

DOCTOR. No hablemos de eso.

Trátase ahora de curar a don Juan, y pues de mí necesitáis, heme aquí: vamos de don Juan a hablar.

El doctor Vargas me dijo algo: y aunque él mal opina, puede que yo medicina halle para vuestro hijo.

BARÓN. Doctor, me volvéis la vida.

DOCTOR. Vamos a ver; ¿en qué da su locura? ¿Mengua o medra?

BARÓN. Nunca varía: una piedra sin cesar golpeando está, en ese cuarto metido, y lo que hace, penetrar no pudimos; porque entrar ahí a nadie ha permitido.

DOCTOR. ¿Y es grande la piedra?

BARÓN. Un trozo enorme; arrancar mandóle del muro, y allí metiéndole, mostrando en ello gran gozo.

DOCTOR. ¿Es mármol?

BARÓN. De Macael.

DOCTOR. ¿Y deéis que en él golpea?

BARÓN. Día y noche: nos marea, no hay paz ni sueño con él.

DOCTOR. ¿Sale aquí?

BARÓN. De cuando en cuando.

DOCTOR. ¿Está triste?

BARÓN. No, a fe mía;

no mostró tanta alegría

jamás: siempre está cantando.

DOCTOR. ¿Conoce?

BARÓN. A nadie.

DOCTOR. ¿Habla?

BARÓN. Poco.

DOCTOR. ¿Y de qué?

BARÓN. Doctor, de cosa

que os va a afligir.

DOCTOR. ¡Ah! ¿De Rosa!

¿Quién hace caso de un loco?

El pobre amaba a mi hija;

muerta la vió de repente;

volvíole el verla demente,

y es Rosa su idea fija.

¿Pero revela su idea?

BARÓN. Como la más fácil cosa,

dice que él hará otra Rosa.

DOCTOR. ¿Eso dice?

BARÓN. Sí.

DOCTOR. ¿Y golpea

la piedra?

BARÓN. Con un martillo.

Polvo debe ya estar lecha.

DOCTOR. (Me confirmo en mi sospe-

Decidme, ¿y en el castillo [cha.]

no da nadie en lo que sea

lo que le ocupa? ¿No hay uno

que haya visto algo?

BARÓN. Ninguno.

DOCTOR. Preciso es que yo lo vea.

BARÓN. No, no entréis: os mataría

al tocar en el pestillo;

y Dios sabe... es su manía.

DOCTOR. ¿Cómo alimento le dais?

BARÓN. Ahí fuera se lo dejamos.

DOCTOR. ¿Y sale?

BARÓN. Si le llamamos.

Mas callad, a oírle vais,

porque comienza a cantar:

es la costumbre que tiene.

DOCTOR. Pues justamente me viene

de molde, para juzgar de su locura.

BARÓN. Oíd, pues.

DOCTOR. ¿Y canta la misma cosa siempre?

BARÓN. Siempre de una rosa habla...

DOCTOR. Su idea no es...

(Cantó.)

D. JUAN (dentro). Yo de la piedra

saco la flor:

pedra, una rosa

vas a ser hoy.

Yo haré otra Rosa

mucho más bella,

mejor que aquella

que se agostó.

Yo haré otra Rosa,

y para ella,

una centella

robaré al sol.

DOCTOR. ¡Ah! Ya comprendo

cuál es la flor.

BARÓN. Hacer de un canto

quiere una flor.

(Recitado).

DOCTOR. ¡Oh qué rayo me ilumina!

BARÓN. ¿Qué tenéis?

DOCTOR. Decid, Barón:

¿tiene comunicación

esa cámara vecina

do está don Juan, con alguna

otra?

BARÓN. Sí; pero se encuentra

del lado opuesto.

DOCTOR. ¿Mas se entra

por ella ahí?

BARÓN. Sin ninguna

dificultad, si don Juan

de esa cámara se aleja

y libre la entrada deja.

DOCTOR. Llamadle; tengo mi plan.

BARÓN. No es preciso: vedle allí.

(Abre don Juan.)

DOCTOR. Mandad, barón, a un criado

que en la antesala he dejado,

que venga un momento aquí.

ESCENA V.

EL DOCTOR, DON JUAN, BARÓN, que va, y vuelve con ANDRÉS

DOCTOR. Don Juan, muy alegre es.

D. JUAN. Causa tengo. [táis.]

DOCTOR. Ya lo sé:

¿la acabasteis?

D. JUAN. La acabé.

DOCTOR. ¿Y cuándo me la enseñáis?

D. JUAN. Ningún mortal la ha de ver: cuando el sol la dé calor,

partiremos: el doctor jamás lo debe saber.

DOCTOR. ¿Por qué?

D. JUAN. Porque él poseía una Rosa, y la cortó,

si viera la que yo tengo, por ella vendría.

Por eso nos vamos lejos Rosa y yo.

DOCTOR. ¿Dónde?

D. JUAN. Al país de las almas, donde mora

el alma de Rosa ahora. Mas ¡cuanta si lo decís!

DOCTOR. Fíad de mí; y ¿cómo vais?

D. JUAN. ¿A que no lo adivináis? Del sol sobre los reflejos

mirad. Yo tengo mi Rosa a la luz del sol expuesta:

cuando el sol tras de la cresta de la Sierra nebulosa

se hunda en su rayo postrero, vendrá su alma enamorada,

la piedra será animada, y por el aire ligero

elevándonos los dos, la tierra vil dejaremos,

y libres recorreremos los alcázares de Dios.

¡Piedra, esta tarde

vas a ser flor;

flor, esta tarde

serás vapor!

Sí, porque como poseo del mismo Dios el poder,

rosas como él puedo hacer.

DOCTOR. Enseñadme una, y lo creo.

D. JUAN. ¡Tú lo dudas! Ruin gusano de la tierra, ¿tú no sabes que Dios dió al hombre las llaves de su saber soberano?

¿No sabes que arde en mi pecho con el fuego del amor el del genio creador?

Mira, pues, lo que yo he hecho.
(*Abre las grandes puertas del fondo, descubre las cortinas que tienen detrás y aparece la estatua de Rosa.—Canto.*)

DOCTOR. Esa es la rosa que esperé yo: prodigio excélsio, obra de amor. ¡Es ella, es Rosa; quien la labró, bien merecía gozar su amor.

D. JUAN. Mira esa rosa que creé yo: mira la rosa que hizo mi amor. ¡Piedra, esta tarde vas a ser flor: flor, esta tarde serás mi amor!

BARÓN. ¡Cielos, es Rosa, la del doctor: es otra rosa que él se creó. Ahora comprendo por qué su amor dice que cambia la piedra en flor!

(*Recitado*)

DOCTOR. Mas esa rosa no es vuestra: es la Rosa del doctor.

D. JUAN. No, no, esa rosa es la mía; la otra, él la deshojó.

DOCTOR. Pero esa es una mujer, y la otra era una flor.

D. JUAN. Al revés, la flor es ésta; la otra mujer ya murió.

DOCTOR. Pues bien, por eso es aquella misma, obra vuestra.

D. JUAN. No, no;

esta rosa no es su hija; es la hija de mi amor.

DOCTOR. Luego es esa la mujer y la otra era la flor.

D. JUAN. Al revés; me volvéis loco: ésta la he creado yo.

DOCTOR. Sí, mas ambas con un alma, serán la misma las dos.

D. JUAN. No, la mía no es aquella.

DOCTOR. Dejad que os lo explique yo. Don Juan amaba a una rosa.

D. JUAN. Sí: mas aquella murió.

DOCTOR. Sí, porque era una mujer, y era hija del doctor.

Don Juan asaltó una noche su casa por el balcón,

y halló muerta aquella rosa; mas como su alma le dió, creó otra rosa don Juan

y aquella alma la infundió.

D. JUAN. Eso es.

DOCTOR. ¿Lo veis? ¡Si yo sé la historia mejor que vos!

Don Juan el alma de Rosa puso en un rayo del sol,

y el sol, el alma de Rosa, de la Rosa que murió,

devolvió a la Rosa nueva, y la dió que su creación;

de manera, que vinieron una misma a ser las dos.

D. JUAN. No, la mía no es aquella.

DOCTOR. ¿Cómo ha de serlo? ¡Si Dios, se las dió ambas a don Juan

hechas una, y el doctor, viendo que era don Juan digno,

por esposa se la dió!

D. JUAN. Pero si esa Rosa es mía.

DOCTOR. Pero ese don Juan ¿sois vos?

D. JUAN. ¡Sí, yo soy don Juan!

DOCTOR. Eso es. ¿Sois don Juan?

D. JUAN. ¡Ay! ¡Qué sé yo!

DOCTOR. Pues es que, si sois don Juan, no perdáis tiempo: va el sol a enviar su postrero rayo sobre vuestra creación. Va Rosa a cobrar su alma, y si no encuentra su amor,

irá a buscar a don Juan,
que tiene su corazón.

ROSA (*canta dentro*). El alma mía
me trajo el sol:
don Juan es mi alma,
la suya soy.

Tras mi alma vengo,—tras mi alma voy.

D. JUAN. ¡Cielo, es ella!

DOCTOR. ¿No os lo dije?

¡Es Rosa!

D. JUAN. ¡Rosal... ¡Es su voz!

ESCENA VI

(*Don Juan se lanza a abrir las puertas, rasga las cortinas y aparece Rosa en lugar de la estatua. Un rayo de sol la ilumina. El coro la rodea. Don Juan, estupefacto, va poco a poco cobrando su razón, como lo indican estos versos.*)

(*Música.*)

D. JUAN. ¡Deliro..., Rosal... ¡El cere-
ma de vueltas..., piedra..., flor! [bro
Memorias que andáis
a mi alrededor,
volved a posaros
en mi corazón;
piedra, ¿eres piedra?
Flor, ¿eres flor?

ROSA. De don Juan soy Rosa—, tras
[don Juan me voy.

(*Recitado.*)

D. JUAN. ¡Rosal... ¡Rosal... Sí, tú eres.
¡Ah! Rosa... ¡Padre!... ¡Doctor!

(*Reconociéndolos, tiende los brazos a Rosa.*)

DOCTOR. Triunfé..., mi ciencia le vuelve
el juicio que le quitó.

BARÓN. Dala los brazos; es tuya.

(*Se abrazan.*)

D. JUAN. ¡Que os lo recompense Dios!

(*Canto.*)

ROSA. ¡Ven, feliz y enamorado,
al amante seno mío!

¡Ven, mi dueño idolatrado,

a reinar en mi albedrío!

¡Tú, mi gloria, tú, mi vida!

Tú, de amor prenda querida,

mira el sol de la esperanza

fulgurando alegre ya.

CORO. Brilla el sol de su esperanza

y el amor los une ya.

D. JUAN. ¡Ven, tesoro idolatrado,

al amante seno mío!

¡Ven, mi dueño idolatrado,

a reinar en mi albedrío!

¡Tú, mi gloria, tú, mi vida!

Tú, de amor prenda querida,

mira el sol de la esperanza

fulgurando alegre ya.

CORO. ¡A su voz cobró en seguida

nuevo aliento, nueva vida!

Brilla el sol de su esperanza

y el amor los une ya.

ENTRE CLÉRIGOS Y DIABLOS

O EL ENCAPUCHADO

PARTIDA EN TRES JUGADAS 30

PERSONAJES

EL ENCAPUCHADO.
DONA ANA.
JUAN FERNÁNDEZ.
EL CAPITÁN.

MALUENDA.
MARIPOSA.
JUAN DE COLONIA.
RECOVECO.

La acción pasa en Burgos en el siglo xv, a principios del reinado de los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel.

AL SEÑOR

DON JULIÁN GARCÍA

PREBENDADO DE LA CATEDRAL DE BURGOS

Al volver a España después de veinte años de ausencia, venía sólo a despedirme de mi patria, creyéndome obligado a morir en tierra extraña, por razones que usted conoce y que nada importan a los demás; pero la Providencia ordenó las cosas de modo, que hoy espero que me coja la muerte en tierra española y entre los míos, por lo cual doy a Dios infinitas gracias.

Mi primer afán al volver fué abrazar a usted; después visitar los lugares santificados para mí, por haber dejado mi madre en ellos sus huellas. Me detuve un año en esa provincia de Burgos, y entre los recuerdos desenterrados por mí en este tiempo de entre los monumentos y escombros burgaleses, estaba la tradición del prebendado Lope de Rojas.

Apremiado por un empresario de Barcelona y un actor de Madrid, he puesto en acción la leyenda de aquel novelesco personaje, y a usted le dedico esta primera producción de mi casi agotado ingenio, con lo cual vuelvo a entrar en el palenque literario.

Se la dedico a usted como ofrenda de gratitud por los servicios que le debe mi casa y especialmente mi madre, y porque le tengo a usted como padre desde la muerte de los míos.

No se la he dedicado a la ciudad de Burgos, porque la dedico un poema del Cid, que estoy concluyendo, y porque siendo esta obra de tan poco valor, no puede aspirar a ser más que una ofrenda de familia.

Como verá usted, es una de las más incorrectas e incompletas que han salido de mi pluma.

Es incorrecta, porque había perdido la costumbre de dialogar en veinticinco años que he vivido alejado de los teatros, y porque estando para concluir la temporada cómica, se han estudiado los dos primeros actos mientras acababa el tercero, y no he tenido tiempo de corregir.

Es incompleta, porque consideraciones de actualidad hacen que el tercer acto no sea, ni el verdadero desenlace de la tradición, ni el que yo tenía pensado para final de ella al darla la forma teatral; pero he preferido arriesgarme a perder el poco crédito literario que me queda, con un tercer acto malo, a rozarme con la política, por la cual he sentido siempre y siento hoy más que nunca una profundísima aversión.

Por esta misma causa se ha anunciado esta obra con dos diferentes títulos.

El que lleva, ENTRE CLÉRIGOS Y DIABLOS, PARTIDA EN TRES JUGADAS PUESTA EN ACCIÓN, es el que la convenía si el último acto o jugada fuera el que debía ser; el de EL ENCAPUCHADO, LEYENDA EN TRES CAPÍTULOS PUESTA EN ACCIÓN, es el que más legítimamente la pertenece al ponerla en escena como comedia.

Pero el primero les place más a los empresarios para llamar la atención, y yo le he restablecido a sus ruegos, porque no temo que nadie que tenga sentido común y haya leído mis poesías religiosas, pueda atribuirme la más mínima intención política de zaherir a una clase respetable de la sociedad.

De las calumnias vulgares o absurdas no me ocupo nunca; a más de que las reputaciones de nuestro siglo se basan en la calumnia y en el absurdo; si no, ni crecen ni se sostienen.

Esta obra mía no es más que un juguete, ni puede aspirar a más éxito que al de pasar sin ser desairada, ni la he escrito con otra pretensión que la de entretener dos horas al público. Es una tela de no mal ver, mas de trama débil que no puede resistir la inspección del lente de una crítica justa e imparcial; pero es de una estofa que no está tramada con los groseros hilos de esa jerga de alfojifar con que alfombra hoy los tabladros de nuestros teatros la desvergüenza del género bufo y cancanesco importado de los lupanares de París.

Recíbalas usted, pues, como recuerdo de la gratitud y de la amistad de

JOSÉ ZORRILLA.

Barcelona, 19 de marzo de 1870.

JUGADA PRIMERA

Corredor del piso principal de una casa solariega del siglo xiv. A la derecha, un cancel que da sobre la escalera, a cuyo pie está la puerta de la calle, la cual se abre desde arriba con un cordón que no se ve. A la izquierda, la puerta que da a los aposentos del prebendado Maluenda y de Juan Fernández. El fondo está formado por una fábrica maciza y un rompimiento, divididos por un grueso pilar o torreoncillo estribo, en que apoya la parte maciza, que es la de la izquierda, y del cual arranca el arco del rompimiento de la derecha. En la parte maciza está la puerta de la habitación de doña Ana. El rompimiento es simplemente un arco con balaustrada o un alímez practicable. En el pilar o estribo que divide este rompimiento y fábrica maciza, hay un retablo o nicho con un San Miguel con el diablo a los pies, y en la repisa del retablo arde una lámpara encajada, no colgada. Se supone que en el ángulo interior e invisible, formado por los aposentos de doña Ana, que están en la parte maciza y la línea del rompimiento que continúa sosteniendo la escalera hasta la puerta de la calle, hay un huerto o jardínillo, cuyo postigo está en la cerca que, continuando el frontis de la casa, es una de las paredes que forman la calle.

ESCENA PRIMERA

RECOVECO, que aparece mirando por el arco que da al jardín, dando la espalda al público. Luego MARIPOSA. Al levantarse el telón, se oye repique de campanas, ruido de panderos, zambombas y tambores, algazara y gritos de: «¡Viva don Fernando! ¡Viva doña Isabel! ¡Muera la Beltraneja y afuera los portugueses!» Una voz canta.

(Canto.)

Burgos es hoy un altar,
y están por santos en él,
debajo la Beltraneja,
y encima doña Isabel;
porque las dos para Burgos
son el diablo y San Miguel:
el diablo, la Beltraneja,
y el ángel, doña Isabel.
(Vivas, gritos, etc., durante los cuales RECOVECO, de pechos en la balaustrada, parece ocupado en oír y mirar lo que pasa afuera. A sus pies tiene una linterna encendida. Las campanas cesan, los gritos

se alejan, y dice RECOVECO, poniéndose en escena:)

RECOVECO. Ya espera él. ¿Si esa malno irá por fin a la iglesia? [dita (Va de puntillas a mirar por el ojo de la cerradura del aposento de doña Ana, fondo izquierdo.)

Tiene luz en la antecámara. Allí está... Vaya, se apresta para irse...; está acomodándose el rebozo en la cabeza.

¡Toma la lámpara...; bueno! Me desví de la puerta, y me hago el desentendido, no vaya a entrar en sospecha, (Vuelve a colocarse en el antepecho del rompimiento, como cuando apareció.)

MARIPOSA (sale). ¿Qué hará aquí este [redomado de mi San Miguel tan cerca?

¡Hola! ¿Ahí estás. Recoveco? ¿Qué hacéis aquí?

RECOV. Tengo cuenta con la casa.

MARIP. Qué, ¿estáis solo?

RECOV. Y solo, y en Nochebuena; y en un tiempo tan revuelto es prudente estar alerta.

MARIP. Cumplís vuestra obligación.

RECOV. Debo al que paga obediencia.

MARIP. ¿Y os lo mandó el prebendado?

RECOV. Al irse para la iglesia [do con doña Ana y maese Juan.

¿No os dijo a vos que allá fuerais?

MARIP. Y allá voy; mas las campanas acaban de hacer la señal.

RECOV. Es que cuando ellas acaban, es cuando el oficio empieza.

MARIP. Aún tengo tiempo de dar aquí una mano. ¡Qué idea

(Desde aquí hasta el fin de la escena, MARIPOSA arregla su lámpara, recorta la mecha con las tijeras que trae en la cintura, etc., sirviéndose para ello de un taburete, volviendo a encender la lámpara en la luz que trae.)

la de ir a misa del gallo con esta noche!

RECOV. Pudiera

suceder muy bien que no haya más que vosotros en ella.

MARIP. Pues ¿qué hay?

REC OV. Que se circunvala el castillo con trincheras mañana; para lo cual, esta misma noche llega don Alonso de Aragón con sus gentes, y se espera que intenten algún arrojó los del castillo.

MARIP. ¡Para ésas! Y deben ya de estar los pobres! Puede que ya no se tengan en pie de hambre.

REC OV. Por lo mismo, para procurarse cena, puede que el Encapuchado salga a dar una carrera.

MARIP. ¿También vos creéis en tantos milagros como le cuelgan a ese pobre Encapuchado?

REC OV. ¿Sabéis que anoche, en la puerta del puente, con unos cuantos encapuchados que lleva, sorprendió a esos almogávares de las corazas? ¡Y que ésa es gente brava! ¿La habéis visto?

MARIP. No, por cierto.

REC OV. Vedla, cuando pase a dar la guardia: es una milicia nueva que usa nada más coraza, sin brazales y sin grebas; que lidia a pie y a caballo, y que manda por la Reina un capitán burgalés.

MARIP. ¡Bah! ¿Qué es lo que me interesa mí los de las corazas, ni qué entiendo yo de grebas ni de brazales?

REC OV. Es cierto. Vos tirasteis por la iglesia y de la gente de tropa no os curáis. Yo os hablé de ésta, que es la mejor, porque viéseis hasta dónde el valor llega de ese audaz Encapuchado.

MARIP. ¿Cómo es posible que quepa tanto brío en solo un hombre?

REC OV. Los hay que valen por treinta; y éste, con nueve que tiene

con él para sus empresas, parece que tiene nueve demonios que le protejan. ¡Y hay quien lo cree!

MARIP. Lo que creo que tiene, son dos muñecas de hierro, y un corazón como no hay hoy muchos.

REC OV. Muestras me vais dando, Mariposa, de ser algo Beltraneja.

MARIP. Y vos, de tener buen miedo al Encapuchado, pruebas.

REC OV. ¡Fuera así, y no fuera extra-Ya no soy hombre de guerra, ¡no! y hoy al servicio de un clérigo. ¡lleva una vida más quieta y más santa.

MARIP. En cuanto a santa, que baje Dios y la vea. Se os sale lo de soldado por cima de la melená, y mancháis la nueva vida con las mañas de la vieja.

REC OV. ¿Con cuáles? Por agradaros las corregiré.

MARIP. ¡Una es ésa: no podéis una palabra, que un chicoleo no sea, dirigir a las mujeres! ¿De dónde sois?

REC OV. De Azuqueca.

MARIP. Y ¿dónde está eso?

REC OV. En la Alcarria.

MARIP. Mucha miel parece que echan en la papilla a los chicos las nodrizas alcarreñas.

REC OV. ¿Por qué? Porque son muy dulces las palabras que babea vuestra boca, y están agrias para vos las burgalesas.

REC OV. Las hay que en el dulce pican como moscas de colmena.

MARIP. Las que piquen, estarán

picadas; porque las buenas, no comen miel, porque temen que se las piquen las muelas.

RECOV. Las que hagan ascos al dulce de las mieles alcarreñas, tendrán hecho el paladar a escaramujos y a gervas.

MARIP. Con escaramujos y honra en Burgos nos alimentan los que, a quien se nos atreve, agarran por las orejas.

RECOV. ¿Son perros los burgaleses?

MARIP. No; pero agarran por ellas a los que buscan la caza.

RECOV. ¿Para qué?

MARIP. Pues para vérsela.

RECOV. Pues ¿no traen orejas ellos?

MARIP. Sí, pero las traen cubiertas con las capuchas de noche.

RECOV. ¡Ay Dios!... ¡Cómo capuchean las buenas mozas de Burgos!

MARIP. Como aquí hace frío y nieva, se encapuchan contra el viento de hacia Aragón.

RECOV. ¡Ay si llegan a saber los del Infante, que tanto en capuchas piensan las muchachas hoy en Burgos!

MARIP. ¡Ay de aquel por quien lo se! Siempre habrá un encapuchado [pan] que les arranque la lengua.

RECOV. La mía no tendrá nunca tal pena, porque no dirá de vos más que elogios y halagüeñas galanterías.

MARIP. Guardáoslas para otra que guste de ellas.

RECOV. Si no son de nuestro gusto, ¿por qué os estáis aquí oyéndolas?

¿No me habéis vos dirigido la palabra la primera?

¿No lleváis aquí perdida de vuestra misa la media hablando conmigo?

MARIP. ¡Cómo, señor Recoveco, os ciega la vanidad a los hombres!

¿No habéis visto en más de treinta días que ha que estáis en casa, que soy yo quien adereza este nicho, cuya lámpara

mantener con luz perpetua entra en mis obligaciones?

Y ¿no veis que, de no haberla despabilado antes de irme, humearía la mecha,

que y me riñeran los amos, cuando al volver lo advirtieran?

Y ¿no sabéis además que, aunque obligación no fuera

mía, me la hubiera impuesto yo misma por mi sincera

devoción a San Miguel?

RECOV. Y esa devoción extrema a San Miguel, me ha chocado.

MARIP. ¡Si me llamo Micaela!

RECOV. ¿Por qué os llaman Mariposa?

MARIP. Porque me gustó dar vueltas desde niña ante las luces.

RECOV. Y ¿a quién encendéis ahí esa... a San Miguel, o a su diablo?

MARIP. No faltará quien encienda luz a los dos, por si aquél

se duerme y Luzbel se suelta; mas la mía sólo alumbraba

al Santo, porque en tinieblas tiene aquí al diablo, teniéndole

bajo del pie la cabeza.

Pero a la cuestión volviendo, porque la cuestión no era ésta,

y yo, aunque soy mariposa, en mis vueltas y revueltas,

no pierdo nunca mi luz...

RECOV. Volved; pero tened cuenta con no quemaros. Decíais...

MARIP. Decíais que como entra en mi obligación cuidar

de que esta luz sea perpetua para que alumbré de noche

el corredor y escalera,

no por platicar con vos, sino por ser mi faena,

me paré a hacerla; y ahora que veis que la tengo hecha, quiero advertirle antes de irme, para que desde hoy lo sepa,

que yo soy de condición de que, cuando hago una hacienda con las manos, ayudármelas necesito con la lengua.

Conque ya veis que si he entrado en plática la primera, no fué por hablar con vos, porque si ahí no estuvierais, yo con San Miguel o el diablo tenido que hablar hubiera.

Conque ahora que he concluído, adiós, que os guarde para hembra mejor que esta mariposa, que en vuestra luz no se quema.

RECOV. Idos en paz, Mariposa; mas no olvidéis, pues sois cuerda, que las mariposas son insectillos que no dejan

rastro; porque siendo efímeras, hijas de una primavera, ni hacen nido cual los pájaros, ni miel como las abejas.

MARIP. Quien os llamó Recoveco, de ellos os vió el alma llena.

RECOV. Quien os llamó Mariposa, bien os vió dar muchas vueltas.

MARIP. ¡Adiós! Y guardad la casa.

RECOV. ¡Adiós! Y cerrad la puerta.

MARIP. Adiós. (Aparte.)

(¡Mal rayo me parta si tú eres lo que aparentas!)

RECOV. Adiós. (Aparte.)

(¡Si tú juegas limpio..., mala vibora me muerda!)

(Vase Mariposa por la escalera, puerta derecha; Recoveco permanece inmóvil mirando al cancel por donde se va Mariposa, hasta que siente el golpe de la puerta de la casa, que se supone al pie de la escalera que empieza en el cancel.)

ESCENA II

RECOVECO. Después EL CAPITÁN

RECOV. ¡Gracias a Dios que se fué! Se me antoja que es al diablo a quien ésta en el retablo pone luz..., no sé por qué!

Mas ya ha de estar impaciente. Le hago la seña...

(Pone la linterna sobre la balaustrada, con la luz hacia fuera, y mira y escucha por la escalera que se supone rematar en el cancel.)

Ya sube. Ahora cae como una nube sobre mí; pero prudente, más que valiente, ha de ser el que espía.

CAPITÁN (saliendo). ¡Por mi alma, que lo tomasteis con calma!

RECOV. Capitán, a esa mujer fué preciso despistar.

CAP. ¿Por qué tanto se entretuvo?

RECOV. Tengo para mí que estuvo avizorando el lugar.

¿Estabais vos bien oculto?

CAP. Como un gusano.

RECOV. Si el ruido más mínimo habéis movido, ha dado ella con el bulto.

CAP. ¿Tan lista es?

RECOV. Nos da quince y falta; y aún temo que al hopo nos viene; tiene de topo oídos, y ojos de lince;

y desconfía de mí.

CAP. Ganémosla por la mano.

RECOV. Tenéis el camino llano, como habéis visto hasta aquí.

CAP. Pero has tardado...

RECOV. En el plazo que pude fué; es menester abreviar para no ser cogidos en nuestro lazo.

CAP. Esta misma noche.

RECOV. Bien; de las cerrajas los muelles acéité bien; al correlles no temáis que alarma den.

CAP. Pueden en tu cuarto entrar seis corazas escogidos, sin ser vistos ni sentidos.

RECOV. ¿Les queréis hacer saltar a mi cuarto desde el huerto?

CAP. Como yo he hecho; y desde él que puedan a ese cancel

acudir; pero no acierto cómo, tan fácil estando, hasta ahora lo has detenido.

RECOV. Es que el pan que os doy contiene yo que ir amasando. [cuido] Para poder del postigo del huerto falsear la llave, trabajé lo que Dios sabe. Luego el clérigo conmigo no se descuida.

CAP. Pues hoy verá con quién se las ha. Explicame cómo está la casa y sus usos.

RECOV. Voy de todo a daros razón.

CAP. Y yo me arreglaré.

RECOV. Aquí

(Puerta fondo izquierda.)
habita el clérigo; allí tiene ella su habitación.

Maluenda, que es mayordomo del cabildo, aquí recibe a los colonos, y escribe, de pergamino en un tomo, sus pagos y documentos, con ayuda de un copiante, sobre esa mesa; y delante de ella les da esos asientos.

Y nadie esa puerta pasa más que Juan, a quien aloja, y yo, cuando se le antoja, por faenas de la casa.

CAP. Y ¿dónde alojan a Juan?

RECOV. Lejos de aquí; en dos salones del Norte, cuyos balcones a la parte opuesta dan.

CAP. ¿Comunicarse no puede con Ana?

RECOV. No; el racionero tiene el cuarto medianero con ella, y a mí me cede el chiribitil de abajo, donde de noche me deja cerrado, y cierra esa reja además.

CAP. ¿Pues ya es trabajo!

RECOV. Y miedo.

CAP. ¿Miedo?

RECOV. Pretende el vulgo, y va bien quizá, que este caserón está habitado por un duende,

CAP. ¿Sabes tú?..

RECOV. Me ha parecido algunas noches sentir con cautela ir y venir, evitando meter ruido.

CAP. Pues ese duende a buscar vengo yo; y creo saber quién debe ese diablo ser de esta casa familiar.

RECOV. ¿Cómo?

CAP. Lo vas a saber; y si con mi intento salgo, yo te haré que seas algo.

RECOV. ¿Rico?

CAP. Casi, casi.

RECOV. A ver.

CAP. Óyeme bien: esta casa no es propiedad de Maluenda, aunque por ser de su hacienda finca vinculada pasa.

RECOV. Pues ¿de quién es?

CAP. De don Lope de Rojas.

RECOV. ¿Del prebendado que está a muerte condenado?

CAP. Y allí donde se le tope, bien se le puede a través cruzar sin inconveniente; y Maluenda es su intendente, y ella su querida es.

RECOV. ¡Demonio! ¿Pues no son flojas noticias!

CAP. Y he sospechado que puede el Encapuchado ser también Lope de Rojas.

RECOV. ¡Bah!

CAP. Yo he notado estos días que de esta casa en circuito, es donde ha hecho ese maldito sus recientes fechorías.

Mi plan es cogerle aquí, y quitarle la querida primero, y después la vida.

RECOV. ¿Le heredáis acaso?

CAP. Si
y no.

RECOV. No entiendo.

CAP. Oye bien.
Los Revueltas y los Rojas
somos siglos ha rivales,
y escriben nuestros anales
de las espadas las hojas.

En cuatro generaciones
nos hemos aniquilado,
y solos hemos quedado
don Lope y yo; los pendones
sigo de doña Isabel,
porque él los de doña Juana;
y si faltamos mañana,
él me hereda a mí, y yo a él.

RECOV. Ahora me decís que sí;
mas habéis dicho sí y no.

CAP. Es que mi padre casó
dos veces; me tuvo a mí
de la primera mujer,
que murió pronto; y muy rica
la segunda...

RECOV. Eso complica
ya la cuestión.

CAP. Vas a ver:
su segunda esposa era
una Rojas; peregrina
mujer! Huérfana y sobrina
del padre de Lope. Fuera
de poblado, en buen paraje,
dió mi padre, que cazaba,
con el de Lope, que andaba
con su familia de viaje.

La gente de Rojas era
poca, pero brava anduvo;
mi padre, que de ver hubo
una hembra tan de primera
entre su gente, la echó
mano, la sacó a la rastra,
la echó a grupas y escapó;
y paró en ser mi madrastra.

RECOV. ¡Bravo golpe!

CAP. En la centuria
nuestra, así es como se vive;
pero se da y se recibe.
¡Cuál de los Rojas la furia
no sería al demandar
mi padre la herencia de ella!

Ya era madre, y fué su estrella;
se la tuvieron que dar.

Para ellos era una mancha
que hijos diera a los Revueltas
una Rojas; y tras vueltas
mil, tomaron la revancha.
Bajó mi padre al lugar
para ir en la procesión
de la Virgen de Muñón,
del castillo titular.

Iba con él su mujer,
su hijo de cuatro años, yo
de doce, y otros; salió
la procesión, y al volver,
los Rojas sobre ella dieron;
del chico se apoderaron,
a la madre arrebataron
y a mi padre malhirieron.
Ahora padres no tenemos
Lope ni yo; mas es llano
que él sabe qué es de mi hermano;
conque a ver si le cogemos.

RECOV. Comprendo ahora el afán
con que le seguís la huella,
y el de apoderaros de ella, (Se rie.)
y el de hacer a maese Juan...

CAP. Si hay diablo en la casa, es él;
y si es el Encapuchado,
con su muerte habrá vengado
a mi raza y a Isabel.

RECOV. El modo es lo que aún no en-
hiladme mejor el copo. [tiendo;

CAP. Es preciso ser muy topo...

RECOV. Pues lo soy; conque id dicién-
[do.

CAP. Como de esta casa el Rey
datos sospechosos supo,
en nombre del Rey la ocupo,
ejecutor de la ley.

Mi gente en tu cuarto dejo,
a ti cerca, y subo solo;
le vendo, ocultando el dolo,
honra y protección al viejo.
Con tus llaves en hora alta
les prendo a ellos, me apodero
de las mujeres, y espero
al del capuz.

RECOV. ¿Y si falta?

CAP. Vendrá mañana o pasado,

u otro día; estando quieto yo, y su prisión en secreto, él caerá.

RECOV. ¿Y si cae armado?

CAP. Somos dos; ¿le temerás?

RECOV. Ni a él ni al mismo Belcebú.

CAP. Pues yo le hago frente, y tú le sujetas por detrás.

RECOV. ¿Y si a alguien trae el mal-
[dito?

CAP. ¡Con qué poco te embarazas! De un brinco mis seis corazas están aquí al primer grito.

RECOV. ¿Y si Juan o el prebendado despertase o resistiera?

CAP. Tú de la misma manera das sobre él.

RECOV. Trato cerrado.

CAP. Pues voy los seis a emboscar.

RECOV. Cerrad mi cuarto, no fuera que como da a la escalera le echaran ojo al pasar.

CAP. Por espía ibas ahorcado a ser, y yo me di trazas para hacer que en mis corazas ingresaras. Pon cuidado, porque va en esta jugada tu fortuna, y la fortuna no tiene más vuelta que una, y hay que asirla de pasada.

RECOV. Id tranquilo, capitán, que yo sé a lo que me obligo; y no tanteéis el postigo sin ver si en la calle están.

CAP. Fía en mí.

(Vase por la puerta derecha.)

RECOV. ¡Buena partida, maestramente empenada! Recoveco, en la jugada cuenta que te va la vida...; pero no hay que olvidar nada. Ese cubo es muy macizo; ese retablo es postizo, y en torno de él Mariposa gira tenaz... Pues es cosa de saber cómo se hizo.

(Se dirige al retablo como para inspeccionarle, y antes de que tenga tiempo de

hacerlo, un golpe fuerte en la puerta de la calle le detiene.)

¡Diablo! ¡Tan pronto! ¿Si habrán al capitán atisbado?

¡Bah! Hubieran alborotado.

¿Quién?...
JUAN *(Voz dentro)*. ¡Abre!

RECOV. Es maese Juan.

ESCENA III

RECOVECO, JUAN FERNÁNDEZ, JUAN COLONIA y SIMÓN

JUAN *(a Recoveco)*. ¿Estás solo?

RECOV. Solo estoy; guardo la casa en ausencia de su dueño.

JUAN. Toma pues, la anguarina y la linterna, y ve a esperar a doña Ana y el Prebendado a la iglesia, que está la noche muy lóbrega. Orden del señor Maluenda.

RECOV. Pues si él lo manda, obedezco, que mi obligación es esa.

JUAN. Don Luis tiene el picaporte; ciérrate, al salir, la puerta.

(Vase Recoveco.)

ESCENA IV

JUAN, COLONIA y SIMÓN

COL. No me gusta ese sirviente.

JUAN. En la casa le conserva el prebendado, por no sé quién que le recomienda.

A mí tampoco me gusta; pero es una ligereza

juizar por fisonomías... Él sirve bien.

COL. Zahareña tiene la cara.

JUAN. Es conmigo; extraño me considera porque no soy quien le paga, sino don Luis.

COL. Pues debieras

hacérselo tú notar
a don Luis.

JUAN. Cosas son esas
muy propias de los criados;
pero hablemos de las vuestras.
Pues a mi casa subimos
porque estaba la más cerca
para ello, dadme el escrito
y os le firmaré.

COL. Incompleta
es la noción que de él tienes,
por lo que te he dicho apriesa
en el atrio; léelo bien,
pues que tu dinero arriesgas
con nosotros al firmarle.

JUAN. Mi bolsa y mi alma son vues-
El caudal que poseemos [tras.
nos le hemos ganado a medias;
vos, labrando catedrales;
yo, imaginaria poniéndolas.
No hablemos más. Dadme, firmo,
antes que el padrino vuelva.

COL. ¡Oh, hidalguía generosa
de las gentes de esta tierral
Ten; mas oye antes. Tenemos
sólo la simple promesa
del señor Obispo, y sabes
que el buen señor está... fuera.

JUAN. Como ése hay muchos que están
ausentes, pero más cerca
de lo que a ellos convendría
y de lo que yo quisiera.

COL. ¿Es cierto que en el castillo
está?

JUAN. La noticia es cierta,
por su mal y por el nuestro;
y por eso en esta época
la soldadesca, ojeriza
tiene a la gente de iglesia,
hasta el punto que los clérigos
ya veis que no se presentan
con sus trajes por la calle;
porque como en connivencia
creen que están con los rebeldes,
tienen que andar con cautela.

COL. ¿Tú crees que los del castillo?...

JUAN. Tendrán que darse por fuerza.

COL. ¿Y si cogen al Obispo?

JUAN. De política prudencia,

matándole, no darían
los nuevos monarcas prueba;
para crearse partido,
necesitan indulgencia.

COL. Comprendiéndolo así yo,
he aceptado las propuestas
del Municipio.

JUAN. ¿Que son?...

COL. Él proporciona la piedra;
nosotros haremos la obra,
avanzando lo a que asciendan
los jornales, y poniendo,
además, nuestra tarea.

Así se hará la capilla
de la Concepción, uniéndola
con la de San Antolín
y la de Santa Ana, mientras
vamos poco a poco alzando
la torre de la izquierda.

Podrá importar la capilla
cuento y medio de moneda
castellana.

JUAN. ¿Le tenéis?

COL. Fie en tí.

JUAN. Pues de mi herencia
daré yo el medio y un pico.

COL. Medio habrá que dar en prenda
por el de Acuña; tu firma
medio millón representa.

JUAN. Dadme, la pongo. La causa

(Toma el pergamino.)

de la pobre Beltraneja
se pierde. Doña Isabel
será de Castilla la Reina.
Tendrá que indultar a todos,
y por mucho que entretengan
la rebelión, ni seis meses
durará la resistencia.
Volverá el señor de Acuña
para entonces.

*(Va a la mesa y firma en el pergamino,
que devuelve a Colonia.)*

COL. Así sea.

Finadas torre y capilla,
si bien calculo, nos quedan,
a más de nuestros salarios,
once mil doblas zahenas.

JUAN. Tomad; por mucho que tarde

el Obispo Acuña, entera no se ha de gastar la suma.

COL. No lo espero.

JUAN. Y aún me restan mil doblas para tomar estado.

COL. ¿Conque de veras te casas?

JUAN. En cuanto rindan los reyes la fortaleza, y en paz quedemos en Burgos.

COL. Juan, aunque en esta materia no debe meterse nadie, excusa que yo me meta.

JUAN. Podéis bien; os considero como si mi padre fuerais.

COL. Pues bien; tú sabes que el vulgo a nadie perdona.

JUAN. De ella, ¿qué dice?

COL. Que nadie sabe quién es ni de quiénes venga.

JUAN. El racionero es tutor suyo y padrino, y de buena familia ser debe, siendo padrino suyo Maluenda.

COL. Pues haz que él de su familia y su caudal te dé cuentas.

JUAN. Así me lo ha prometido; como judía no sea ni morisca, yo la tomo sin títulos de nobleza.

Los nuestros son vuestras obras, las tuyas serán los de ella.

COL. Es cuenta tuya; perdona.

JUAN. Vuestra intención sé que es recio hay de qué.

COL. Pues buenas noches, que ya sospecho que empieza del templo a salir la gente, y anda la ciudad revuelta.

JUAN. Sentiría que un tumulto fuera de casa os cogiera. Vamos, iré a acompañaros.

COL. No; tú aquí, a tu novia espera. Adiós, Juan.

(Vanse Colonia y Simón.)

JUAN. Cuando gustéis, disponed de las monedas.

ESCENA V

JUAN FERNÁNDEZ

JUAN. ¡Bravo viejo y noble mozol! Ya a los veinticuatro llega, y aún no toma la palabra del viejo padre en presencia.

Deber tengo de ayudarles, jamás que no les dijera; mas si el Obispo no cumple, es nuestra ruina completa.

Y entonces, ¿qué será de Ana? Lejos de mí tal idea. He hecho bien, ellos son buenos, Dios bendecirá su empresa.

(Llaman a la puerta exterior.)

¿Quién será? ¿Si habrá perdido su picaporte Maluenda?

(Preguntando.)

¿Quién?

MARIP. (dentro). Abrid, somos nosotros. ¡Abrid pronto!

JUAN. ¡Con qué priesal!

ESCENA IV

JUAN, DOÑA ANA, MARIPOSA y RECOVECO. *Mariposa acude siempre en esta escena a sacar a doña Ana del compromiso de satisfacer a la curiosidad de Juan, sin dejar por eso de encender en la lámpara del retablo la luz que dejó antes en la escena. Siempre con prisa de llevarse a doña Ana a su cuarto, cuya puerta abre con la llave que trae.*

MARIP. ¡Gracias a Dios!

ANA. Recoveco...

¿habéis cerrado la puerta?

MARIP. La cerré yo.

JUAN. ¿Qué traéis?

ANA. Nada.

MARIP. Algo; un frío que hiela el aliento en el galillo y la palabra en la lengua.

JUAN. ¿Cómo habéis venido solas?

MARIP. Se queda

en su cajón del trascoro quitándose la muceta.

JUAN. ¡Parece que venís pálidas!
MARIP. Como que venimos tiesas

y hechas carámbano. Vamos, doña Ana; en la chimenea obom us ob dejé fuego, y al amor de la lumbre las chinelas.

JUAN (*Aparte*). ¡Aquí hay algo! Mi [doña Ana...

MARIP. ¡Bah! No estamos para fiestas, que damos diente con diente; ya hablaréis luego en la mesa.

(*Vanse Mariposa y doña Ana por el fondo izquierdo.*)

ESCENA VII

JUAN y RECOVECO

JUAN (*Aparte*). (Aquí hay algo que ¿Recoveco? ¿Qué ha hay?) [me ocultan.)

JUAN. Afuera ha pasado algo; ¿qué ha sido?

RECOV. ¡Qué ha de ser! Nada; pame-de mujeres; que topamos [mas un chusco de Nochebuena.

que la siguió cuatro pasos.

JUAN. ¿Quién fué?

RECOV. Un don nadie, cualquiera; ellas lo han dicho, que yo no lo eché de ver apenas.

JUAN (*Aparte*). (No dirá nada el tai-mejor es que yo lo vea [mado; por mí mismo.) Recoveco,

para cambiar la muceta.

tarda mucho el prebendado; voy a tomar una hojuela

que tengo, y voy a buscarle porque solo no se venga.

(*Vase por la puerta izquierda.*)

ESCENA VIII

RECOVECO, Después MARIPOSA

RECOV. ¡Hojuela!... Ya te la he visto. ¡Una famosa flambergal!

Si como tienes el arma, tienes la mano con ella, que ande listo el capitán.

(*Mientras dice esto, sale Mariposa.*)

MARIP. (*saliendo*). ¡Bien lo habéis he-cho, habiecal

¡Sois un Roldán; os lucisteis!

RECOV. Pues ¿qué queráis que hicie-¿Creéis vosotras tan fácil [ra? con un capitán tenérselas?

MARIP. ¿Y maese Juan?

RECOV. Ya baja;

fué a buscar no sé qué prenda de vestuario que le falta,

porque quiere ir a la iglesia, a buscar al prebendado. (*Aparte.*)

(¡A ver si se lo impide éstal)

MARIP. ¡Dios mío! Fué por la espada, y si al capitán encuentra...

(*Lllaman recio.*)

RECOV. Ya está aquí el amo.

MARIP. No abráis.

RECOV. Pues aldadada tan recia..., nadie más que él puede dar...

(*Vuelven a llamar.*)

MARIP. Tiene llavín.

RECOV. Se impacienta; tal vez haya tropezado

con él.

MARIP. Tirad de la cuerda.

¡Dios santo! ¡Es el capitán!

CAP. (*saliendo*). Soy yo: el capitán

[*Revuelta.*

ESCENA IX

CAPITÁN, RECOVECO y MARIPOSA

RECOV. (*a Mariposa*). Vos me man-yo y tiré...

MARIP. ¡Habrá insolencia!

¿Pensáis, señor don-espada, que por ser gente de iglesia

la de esta casa, no habrá quien os haga cara en ella?

CAP. Házme la tuya, a fe que no es nada fea.

MARIP. Volveos, Capitán, antes de que el prebendado vuelva.

CAP. Justamente vengo yo con él a hablar; y si mientras vuelve quisieras decir a doña Ana que saliera, yo su vuelta aguardaría sin maldita la impaciencia.

MARIP. Pero ¿qué os habéis creído de doña Ana? Ya con ésta van dos veces que os despacho de su parte.

CAP. A la tercera va la vencida.

MARIP. El vencido seréis vos.

CAP. No hay fortaleza ni mujer que no se rinda con tiempo y maña.

MARIP. No es hembra mi señora que se rinde como un castillo, por fuerza.

CAP. Yo he de hablar con ella.

MARIP. Es muda, y no os volverá respuesta.

CAP. Con que no sea sorda, basta; ya la haré yo que me entienda, y se ablandará.

MARIP. Ni blanda ni dura podréis cogerla, que es guinda que está muy alta, tiene espinos que la cercan, y es de otro.

CAP. Mujer y fruta saben mejor siendo ajenas.

MARIP. Pues si a ésa echáis mano, que os cercene la muñeca... [puede

CAP. ¿Algún clérigo? ¿Con qué? ¿Con la cruz de la muçeta?

MARIP. Dicen que siempre hay un diablo tras de una cruz acecha. [blo

CAP. Ante la cruz de la espada no hay diablo que en pie se tenga.

MARIP. ¡Ay de vos si el que está al pie de ese San Miguel, se suelta!

CAP. Sólo se asusta a los clérigos con los diablos de madera.

¿O ése es el de la familia?

¿O con su mano maestra le ha tallado maese Juan?

ESCENA X

DICHOS; JUAN, saliendo a tiempo

JUAN. Y aún tiene la mano entera, de su modo de tallar para daros una muestra.

CAP. No se tallan las figuras lo mismo en hueso que en leña; el pino y el roble son más blandos que mi cabeza. Es fácil hacer imágenes.

JUAN. Más fácil es deshacerlas.

CAP. Están bustos como el mío muy bien tallados.

JUAN. En piedra tallados los llevé y rotos; es conforme se maneja el hierro.

CAP. No tallaríais uno como éste.

JUAN. A la prueba. Echémonos a la calle, tallemos, y a la primera talladura de mi mano me diréis lo que os parezca.

CAP. Señor galán, sosegaos, y no temáis que se os pierda la ocasión de tallar uno como el que aquí se os presenta.

Yo vengo a hablar con el clérigo; después de mi conferencia con él, tal vez me permita el prebendado Maluenda que hable con doña Ana, y luego hablaré con vos.

JUAN. Me pesa de tener que trastornar vuestro orden de conferencias, porque no queriendo yo que habléis con él ni con ella, sino conmigo en la calle, o salís, u os saco fuera.

CAP. Tomándolo de ese modo, que os pruebe aquí será fuerza que hombres cual yo sólo salen por su gusto de donde entran.

JUAN. Pues ¡adelante!

(Desenwaina.)

CAP. ¡Adelante!
 (Caen en guardia.)
 MARIPOSA. ¡San Miguel me valga!
 (Al cruzar las espadas, sale Maluenda y se mete por detrás, cogiéndoles por las manos.)

ESCENA XI

DICHOS y MALUENDA

MAL. ¡Quietas las espadas en mi casa!

JUAN. ¡Apartad!

MAL. ¡Puntas a tierra digol Dos hombres que riñen son más brutos que las bestias; Dios dió a las fieras las uñas y al hombre la inteligencia. ¡Contra el duelista, en mi casa se desquiciarán las piedras!

CAP. Por mi parte, señor clérigo, obedezco. (Envaína.)

JUAN. Y yo.

MAL. (a Mariposa.) ¡A tu hacienda tú! (A Juan.) Tú a tu cuarto. (A Recoveco.)

Tú al tuyo.
 (Todos obedecen.)

ESCENA XII

MALUENDA y EL CAPITÁN. Maluenda se vuelve al Capitán y le dice con calma y dignidad:

MAL. ¿Por qué ha sido la pendencia, Capitán?

CAP. A punto fijo, señor clérigo, no sé; yo le dije no sé qué, y no sé lo que él me dijo; pero de mala manera de aquí echarme pretendía, y yo, que a veros venía, no quise antes de que os viera.

MAL. Y estabais en la razón. ¿Conque venís a tratar algo conmigo? Entablar podéis la conversación.

CAP. Excusadme que me asombre.

MAL. ¿De qué?
 CAP. De tal mansedumbre.

MAL. Soy clérigo; por costumbre soy muy manso.

CAP. ¡O sois muy hombre!

MAL. Vosotros los militares, que hombres sois de vida airada, soléis no tener en nada ni a clérigos ni a seglares. Creéis que por pelear

como osos y ser valientes, ya no hay en la tierra gentes que se os puedan comparar.

Mas tiene el valor civil sobre el vuestro una ventaja, y es, que al hombre no rebaja con la ira, que es pasión vil. Quien con fe se determina a obrar según su conciencia, está sereno en presencia del peligro, y le domina. ¿Conque creo que venís a darme una pesadumbre?

CAP. ¿Por qué?

MAL. Porque es la costumbre de los hombres que reñís por oficio, y un buen susto por dar a un hombre de iglesia, iriais de aquí a Silesia con grande afán y gran gusto.

De saber eso a pesar, yo de encima os he quitado a ese Juan, que, ¡a fe de honrado, os hubiera hecho sudar!

CAP. ¿Tal es?

MAL. Con tanto operario tiene que habérselas solo y hay gente de fuerza y dolo entre ellos.

CAP. ¿No es estatuario?

MAL. Y arquitecto; y como emplea tanta gente un edificio, siempre entra mucha de vicio, levantisca y de pelea. Mas al caso; habéis a verme venido para tratar... ¿de qué?

CAP. En ello para entrar, no sé cómo componerme.

MAL. ¿Tan difícil es?
CAP. Lo es cuanto puede serlo a un hombre atento, dar a un noble un sentimiento.

MAL. ¿Tan grande va a ser?
CAP. No tanto.
MAL. ¡Jesús mil veces! Mirad, cuanto más tardéis en ello, más tiempo con la agua al cuello me tendréis; conque acabad.

CAP. Pues bien: tengo por los Reyes de Castilla, don Fernando y doña Isabel, el mando de unas corazas; sus leyes debo leal de cumplir, y tengo orden de ocuparos la casa y de aseguraros, y os lo venía a advertir.

MAL. ¡Acabaraís!
CAP. ¡Vive Dios!

¿La noticia os da contento?
MAL. No, por cierto; mas lo siento, señor Capitán, por vos.

CAP. ¿Por mí?
MAL. Por vos; esta casa tiene un diablo familiar.

CAP. Y es con quien yo quiero dar.
MAL. Pues si algo con él os pasa, no os podréis quejar de mí, porque de ello os avisé.

CAP. ¿Vos le conocéis?
MAL. ¡No, a fe, y jamás al diablo vil!

CAP. ¿Ni al de aquí?
MAL. No.

CAP. Pues se dice que sois famoso exorcista.

MAL. No hay sacristán hisopista con fe, que no le exorcice.

CAP. ¿Queréis burlaros de mí?
MAL. ¡Libreme Dios de capricho semejante! Yo os he dicho lo que hay.

CAP. Mas ¿vivís aquí?
MAL. Porque dar no me conviene renta de casa; y aunque ésta tiene ese algo, no me cuesta.

Mas, por si tiene o no tiene, de noche nos encerramos

en nuestros cuartos, y el resto de las cámaras, expuesto a nuestro huésped dejamos.
CAP. (aparte). (O este clérigo está o me toma por juguete.) [loco,

MAL. Con nosotros no se mete, pero nos fiamos poco.
Ved: Juan mismo, aunque le veje que lo sepáis, en efecto, tiene ese fatal defecto;

que aunque el diablo le protege, sólo al diablo tiene miedo.

CAP. ¿Le protege el diablo?
MAL. Es claro; porque sólo por su amparo pudo sacar siempre ledo e ileso el cuerpo de tanto zipizape.

CAP. (aparte). (¡Habrá inocente! Para que al mozo no tiente, ver quiere si de él me espanto.)

Señor prebendado, hablemos claros y acabemos pronto: no creo que seáis tonto, ni que queráis que nos demos cuerda uno a otro a torcer.

MAL. Me habéis dicho a qué veniais, y yo a lo que os exponiais con lo que venis a hacer. Obrad ahora, señor Capitán.

CAP. Hay quien pretende que vos de ese diablo o duende sois el amigo mejor;

que esta casa es propia suya; que doña Ana es su querida, y que aquí amparo y guarida le dais los dos.

MAL. ¡Aleluya!
CAP. ¿Cantáis gloria?

MAL. Glorifico al Dios cuya santa gracia os dió tanta perspicacia, Capitán.

CAP. Y ratifico lo dicho; y todas las hojas de la historia de que os hablo volviendo a un tiempo, ese diablo vuestro es don Lope de Rojas.

MAL. ¿El canónigo don Lope, mi discípulo y ahijado?

CAP. Ese mismo.

MAL. ¿El condenado a ser, donde se le tope, cogido y ahorcado?

CAP. Ese.

Y ¿sabéis quién creo que es el Encapuchado?...

MAL. Pues...

¡También él!

CAP. Él, aunque os pese que dé en ello. Ese hombre osado que a matar de noche viene a los del Rey, y que tiene a Burgos amedrentado, don Lope sospechó que es; y el Rey, que acaso lo sabe, y que con Rojas acaba me manda.

MAL. Cogedle, pues.

CAP. ¿No os opondréis?

MAL. No, en verdad.

Sé que don Lope está huído, y para mí, ha delinquido. Toda la casa mirad; y pues que es Rojas sabéis el diablo, el encapuchado y el antecristo, amarrado llevadle si le cogéis.

(Pausa.)

CAP. ¡Sois todo un hombre!

MAL. Os lo estoy

probando desde el instante en que me puse delante de vos, y una muestra os doy del valor civil, del cual os hablaba antes, mayor que el del duelista mejor, sufriendoos injuria tal. ¡Que doña Ana es la querida de don Lope! ¡Que yo soy su enuebridor, y que doy aquí a asesinos guaridal! Ni eso podéis saber si es cierto, ni si lo supierais, a un seglar se lo dijerais sin que os tendiera a sus pies. ¡Pobre don Lope, a quien vi por los vuestros calumniado,

perseguido, acorralado lo mismo que un jabalí!

Don Lope se había metido en la iglesia, en jerarquía clerical.

CAP. Y se alzó un día contra el Rey; se hizo bandido.

MAL. ¿Conocéisle?

CAP. No; jamás le he visto; yo he estado ausente de aquí.

MAL. Como vuestra gente, ¿le odiáis de instinto no más?

CAP. Odio a Rojas y a otros ciento como él, de su mismo estado, que la espada han empuñado, dando a la guerra incremento.

MAL. Capitán, tenéis razón; muy descariados andamos, pero con los tiempos vamos, y os haré una reflexión.

Esta es tierra de valientes; en Castilla siempre están los corazones calientes, y si a la guerra se van sin deber ir ciertas gentes, son de tierra, y... Capitán, les habéis, tan imprudentes, estirado el cordobán, que se les sube a los dientes la levadura de Adán.

CAP. ¡Bravo hombre sois!

MAL. Soy sincero.

CAP. Como lo sentís lo habláis.

MAL. No así vos, que me calláis a lo que venís primero.

CAP. ¿A qué?

MAL. A buscar a doña Ana, a quien tiempo ha perseguís.

CAP. Así es, como lo decís; yo la amo, y pues me lo allana vuestra franqueza, yo os digo que si a un plebeyo escultor se la vais a dar, mejor doña Ana estará conmigo.

MAL. Nada en eso que ver tengo; cosa es de vosotros dos y de Juan; si ella por vos le cambia a él, yo me avengo.

CAP. Cuando me llegue a tratar...

MAL. Dudo que quiera.

CAP. Ya veis

que puedo ahora...

MAL. ¿Queréis

que se lo entre a consultar?

CAP. Id...

MAL. Esperad.

(Vase por la puerta del fondo. El Capitán se asoma al ajimez para cerciorarse que su gente está en el jardín, a quien se refiere el «Ahí están». Mientras él mira y dice sus dos versos siguientes, se presenta a tiempo Juan, por la puerta izquierda, con espada.)

CAP. ¡Ahí están,
y él me ayuda... me las pillo
con el cura, y al castillo!

(Al volverse, ve a Juan, que le dice:)

JUAN. Continuemos, Capitán.

ESCENA XIII

EL CAPITÁN y JUAN FERNÁNDEZ. Juan va a echar la llave a la puerta del fondo izquierda, por donde se fué Maluenda; el Capitán le observa, y conforme va comprendiendo lo que Juan hace, se supone va discurrendo lo que va a hacer, y es hacer pasar a Juan del lado de la puerta de la derecha, dejándole de espaldas a ella, sin que vea a Recoveco, a merced de quien necesita dejarle el Capitán.)

CAP. (Aparte, viendo a Juan)
(No contaba ya con él.

¡El mismo cierra la puerta
al clérigo!... Mas que alerta
no vea allende el cancel
a Recoveco.)

¿Los dos
que estemos solos aquí
queréis?

JUAN. Sí.

CAP. Pues cerráis vos

ésa, ésta me toca a mí.

(Cierra la puerta izquierda por donde salió Juan, y tirando de la espada, deja a

Juan en el centro de la escena, de espaldas al cancel y un poco terciado hacia el público, de modo que el retablo quede a su izquierda, y más atrás de la línea de su hombro, a él. La escena depende de la posición de los actores.)

JUAN. Tuve el placer de escuchar lo que aquí os plugo decir al clérigo, y como echar os quería antes, salir no os quiero ahora dejar.

CAP. Pues conversación tan grata podido habéis oír toda, ya sabéis de qué se trata.

JUAN. De que se muere o se mata.

CAP. Es mi juego.

JUAN. Me acomoda, porque rara vez se empata.

(En guarda y entran.)

CAP. ¡Bien jugáis!

JUAN. Tal cual. Ahí van (Dos estocadas que para el Capitán.) dos puntos.

CAP. Muy altos son. Donde las toman las dan.

(Recoveco, desde que han cruzado los dos hierros, ha ido viniendo a colocarse de puntillas detrás de Juan. Cuando el Capitán ve que Recoveco está ya preparado, dice:)

CAP. Juego, y poned atención. (Recoveco abraza a Juan por detrás rápidamente, cogiéndole los brazos, y sigue el Capitán poniéndole al pecho la espada.) Partida hecha,

JUAN. ¡A traición!

(Se aparta el retablo, girando sobre la izquierda, saliendo el Encapuchado espada en mano; coge con la izquierda por el cogote a Recoveco, y corriendo su espada sobre la del Capitán, sorprendido, se la traba, le desarma, y dice, poniéndole la punta al pecho:)

ENCAP. ¡Falta un punto, Capitán!

ESCENA XIV

DICHOS y EL ENCAPUCHADO. El Encapuchado pone el pie sobre la espada del Capitán.

ENCAP. Capitán, cuando se juega tan mal, tan mala partida, el alma al diablo se entrega; y la de que él gane llega a la vuestra, que está perdida.

CAP. y JUAN. ¡El diablo!

RECVO. ¡El Encapuchado!

ENCAP. Que es el diablo familiar de esta casa, y que ha terciado, el juego para igualar.

CAP. Pero que aún no le ha ganado.

ENCAP. No hay más manos.

CAP. Aún hay muchas tal vez.

ENCAP. En vano amenazas.

CAP. Aún hay juego.

ENCAP. En vano luchas.

CAP. Pues ¡juego! ¡A mí mis corazas! *(El Capitán dice todo esto mirando a Recoveco, que se va acercando al cancel, y comprendiendo que va a dar la alarma a los del Capitán, que se suponen estar en el huerto. Cuando le ve ya pronto a escapar, da el grito, pero en vez de subir los del Capitán, llegan encapuchados que aseguran a Recoveco.)*

ENCAP. Perdisteis; son mis capuchas.

Vuestras corazas metisteis en el huerto, y detrás de ellas mis capuchas yo; quisisteis seguir al diablo las huellas, y era mal juego; ¡perdisteis! Capitán de bandoleros, que a clérigos y seglares buscáis las vueltas mañeros, y ni nobles ni pecheros creéis a vosotros pares: Revuelta, cuyas corazas, lanzas e infamadas hojas, de Burgos, con viles trazas, mancharon calles y plazas con la sangre de los Rojas; yo soy ese Encapuchado tras quien tanto habéis corrido, con quien al fin habéis dado, y a un bando opuesto afiliado, contra vos hecho bandido. ¡Maldito sea todo bando que marcha de sangre en pos,

rastro maldito dejando! ¡Malditos nosotros dos, que los estamos cebando!

CAP. ¿Quién os los manda cebar?

ENCAP. Si os pudierais enmendar vos, no os hiciera yo guerra, mas quiero de vos librar lo que amo aún en la tierra. Os cogí bajo el cuchillo; no os salváis, aunque se encuentren los vuestros ante el rastrillo; vivo o muerto, en el castillo os hallarán los que entren.

CAP. Si la espada me volvéis...

ENCAP. De vos pende; aquí os la tomo, y allá arriba me diréis si que os la vuelva queréis por la punta o por el pomo.

CAP. Perdí; la partida os doy.

¿Quién sois? ¿Quién es quien me vence? ENCAP. Ya os lo he dicho: el diablo de la casa en donde estoy. [soy

CAP. No me hagáis que me avergüence de haber esta noche sido burlado, preso y vencido por un necio charlatán.

ENCAP. No moriréis, Capitán, sin que sepáis quién ha sido.

CAP. Mientras me quede un instante, siempre tengo yo esperanza.

ENCAP. Pues de vos pende que os libre del foso delante. [planteo en medio de un llanto ensartado en una lanza.

¡Id! *(Los encapuchados se llevan al Capitán y a Recoveco.)*

ESCENA XV

JUAN FERNÁNDEZ y EL ENCAPUCHADO.

JUAN. Quienquiera que seáis, ¿a quién debo aquí la vida?

ENCAP. Os ruego que os recojáis; iba a espadas la partida, si venís por vos, y ganáis. Nada aún os interesa quien soy; él se quiso dar al diablo, y acudí apriesa.

Cuando vos queráis ser presa del diablo, os vendré a buscar. *(Abre la puerta del fondo. Sale el prebendado Maluenda, y al ver al Encapuchado, da un grito y vuelve la llave, dejando otra vez cerrada la puerta.)*

ESCENA XVI

JUAN, EL ENCAPUCHADO y MALUENDA

MAL. ¡Dios!

ENCAP. Haced que ese mancebo no ande de noche jamás por la casa. Si de nuevo topo con él, me le llevo.

MAL. ¡Vamos!

JUAN. ¿Quién es?

ENCAP. ¡Satanás!

(Los empuja y cierra la puerta sobre ellos.)

JUGADA SEGUNDA

Habitación de Juan Fernández: puerta en el fondo; mesa a la izquierda; estatuas y utensilios de imaginaria. Luz artificial.

ESCENA PRIMERA

JUAN FERNÁNDEZ

¡Insoportable impaciencia! En medio de este huracán político, no hay con él medio de comunicar. Por todas partes empieza la rebelión a calmar; todos menos él se vuelven, todos menos él se dan. ¡Qué desventura la vuestra! ¡Qué aciaga casualidad! ¡Sólo no hay para nosotros parte en el bien general! ¡Y el pobre Juan de Colonia que aún espera que vendrá! Sí que vendrá, si no es muerto. El Rey, de su dignidad no puede desposeerle; mas cuando venga, será

tarde. Ni como ni duermo, calenturiento de afán.

ESCENA II

JUAN FERNÁNDEZ y MALUENDA

MAL. ¡Juan!

JUAN. ¡Padrino!

MAL. ¿Tú no sales

esta noche?

JUAN. No, señor.

Espero a Juan de Colonia, que ya tarda; a la oración debió salir de una junta, para ambos de la mayor importancia, y a inquietarme comienza su dilación.

MAL. Bueno; pero ¿acabaréis pronto?

JUAN. Tal creo.

MAL. Es que no quisiera yo que faltaras este año en la colación de Nochebuena a la mesa que Ana nos aderezó.

JUAN. En cuanto Juan de Colonia se despida, aunque favor me haríais si me excusarais.

MAL. Tendría una desazón Ana si no celebráramos la Navidad como Dios manda, y como la hemos hecho desde nuestra reunión. Estas fiestas de familia el riego fecundador, son de esas plantas caseras que cultiva el corazón a la sombra de la casa y del hogar al calor, y que se llaman cariño, amistad, estimación, fraternidad, confianza, y muchas veces amor. Escucha, Juan: Yo no quiero investigar la razón de tu tristeza; mas sé... Se sabe, Juan, que estás hoy metido en una ardua empresa.

en cuya negociación
hay dos faltas: mala suerte
y de cálculos error.

JUAN. ¡Padrino!...
MAL. Ábreme tu alma,

Juan: tú sabes bien que estoy
en el lugar de tu padre,
y excepto mi salvación,

nada hay que no esté dispuesto
a arriesgar por ti.

JUAN. ¡Señor...!
Yo siempre por el primero
os tuve después de Dios,
y os venero como a padre,
con el más filial amor.

Mas no hablemos de mis penas,
porque aunque tan fieras son
que tal vez me hagan hoy mismo
perder hacienda y honor,

como hoy y mañana espero
que han de tener solución
buena o mala, por un día
dejad que con mi dolor
y con mi esperanza luche
como hasta aquí solo yo.

MAL. ¡Juan..., me espantas!
JUAN. ¿No tenéis
secretos que guardar vos?

MAL. Volvemos siempre a lo mismo,
Juan... Los que míos no son,
tengo de ti que guardarlos;
y ese que de mal humor
te tiene ha un año conmigo...

MAL. ¿Qué?...
MAL. No tiene explicación.

JUAN. Yo sólo os he preguntado
quién era.

MAL. ¿Lo reveló...?

JUAN. Él dijo que era...
MAL. ¡Delirio! ¡Superstición!...

No hablemos de él por si acaso.
JUAN. ¿Pudiera...?

MAL. ¡Librenos Dios!
Quienquier que fuere, dejémosle;

pues que se fué y no volvió.
Y, en último resultado,
en veinte años que mansión
haces en ésta, pasarte

de dar con él no debió
la única vez que debiste
la vida a su intervención.

JUAN. Es verdad.
MAL. Pues no pensemos

más en ello. Conque voy,
y vuelvo.

JUAN. Esperad aún
un momento; una cuestión
vital para mí...

MAL. Pregunta.
JUAN. ¿Se sabe algo del señor
de Acuña?

MAL. Nada; en un año,
noticias de sí no dió;
mas se espera de un momento
a otro de él tener razón.

JUAN. ¡Dios lo haga!...
MAL. Y tú no olvides

la primera prevención
que te hice entrando; haz por ir
esta noche al comedor
Ana comienza a afligirse
de tu eterna distracción
y la injusta indiferencia
que la manifiestas.

JUAN. ¿Yo...?
indiferente con ella?

Vos no lo creéis, señor.

MAL. Yo no lo creo; yo creo
que la mala situación
de tus negocios, te obliga

a no consagrarla hoy
todo tu tiempo como antes.

Creo que tu corazón
es el mismo; pero a ella

se le figura que no.
¿Conque iras?

JUAN. Iré.
MAL. Hasta luego.

No tardo mucho.
JUAN. ¡Id con Dios!

ESCENA III

JUAN

¿Qué hará el buen Juan de Colonia?
Mas venga o no venga ya.

¿qué nos resta que saber?
 ¿Si decirme la verdad
 no querrá, la pesadumbre
 por evitarme? ¡Hará mall
 ¡Pobre viejo, fiel y honrado!
 ¡Tal catástrofe a su edad!

ESCENA IV

JUAN y MARIPOSA

MARIP. ¿Maese Juan?

JUAN. ¿Quién va?

MARIP. ¡Yo!

Mariposa. ¿Puedo entrar?

JUAN. ¡Sí! ¿Qué quieres?

MARIPOSA. Lo que siempre:
 dar una vuelta no más
 por vuestro cuarto; un instante
 en torno vuestro girar,
 y como una mariposa
 que alza el polvo en un rosal,
 quitaros los pensamientos
 que devorándoos están
 la existencia.

JUAN. Mariposa,
 ¿cómo te podré pagar
 los cariñosos consuelos
 que inútilmente me das?
 En vano tu imperturbable
 alegría, al derramar
 en mi alma triste, da siempre
 con su insensibilidad,
 Tú vuelves siempre en el árbol
 de mi tristeza a posar;
 mariposa que posarse
 cree en clavel primaveral,
 y hallándole adormidera,
 su acíbar gusta y se va;
 mas tú le gustas, te alejas,
 y para volver te vas.

MARIP. Tal es mi instinto, maese;
 mi naturaleza es tal.
 Yo nací vueltas en torno
 de lo que amo para dar,
 y procuro distraeros
 para daros de solaz
 un punto; si no, ¿por qué
 Mariposa me llamáis?

JUAN. ¡Pobre Mariposa! No eres
 tú, ni es ya nadie capaz
 de alegrarme.

MARIP. ¿Qué tenéis?

JUAN. Una tristeza mortal
 que me roe las entrañas.

MARIP. ¿Por qué?

JUAN. ¿Qué te importa un mal
 que, por mucho que te empeñes,
 no has de poder remediar?

MARIP. ¡Quién sabel La alondra vuela
 como el águila caudal,
 y es un pájaro pequeño.
 Contadme vuestro pesar;
 consejo os daré o alivio
 tal vez.

JUAN. La fatalidad
 no los tiene.

MARIP. No es cristiano
 vuestro modo de pensar.
 La fatalidad es mora,
 y a un buen cristiano, jamás
 le abandona la esperanza,
 que es cristiana; no hay pesar
 que no tenga fin o cura
 en la tierra, maese Juan,
 si el triste o el pesaroso
 bien con su conciencia está.

JUAN. Bien estoy yo con la mía.

MARIP. Entonces, ¿por qué esquiváis
 los consuelos fraternales
 de quien os los quiere dar,
 llorando al menos con vos
 lo irremediable, si lo hay?

JUAN. Es inútil, Mariposa:
 mis duelos concluirán
 dentro de muy poco tiempo,
 dentro de un día quizás;
 tal vez esta misma noche.

MARIP. Me habéis dicho eso un millar
 de veces; y unos tras otros
 vienen los días y van...
 y nunca llega ese día.

JUAN. Y acaso el que llegará
 será otro.

MARIP. No, Maese;
 ese otro día en que dais
 en pensar, no querrá Dios
 hacer para vos llegar.

Dios aprieta, mas no ahoga.
Mañana tras hoy vendrá;
no es siempre duracán el viento,
ni siempre el diablo ha de estar
detrás de la puerta.

JUAN. ¿El diablo?

¿Si hubiera uno!...

MARIP. ¡Cállad!

no os oiga alguno, Maese!
JUAN. ¡Tú desatinas!

MARIP. ¿Qué le hay?

dice el vulgo, en esta casa,

JUAN. ¿Le has visto tú?

MARIP. ¿Yo?... ¡Jamás!

¿Y vos?

JUAN. ¿Yo?... ¡Yo no lo sé!

Puede que sí...

MARIP. Pues mirad!

Si es que alguna vez al diablo
os decidís a evocar,

contad conmigo; yo soy
de acompañaros capaz

a evocarle; no hay mujer

lista que no sepa más
que el diablo, que no ha engañado

más que a la mujer de Adán;

como yo no le engañe,

me dejo crucificar.

Pero hablemos formalmente;

maese: la soledad

es la peor compañera;

cuando un hombre triste da

en andar solo, los diablós

le suelen ir a tentar;

y acaba por ver visiones;

y ese va a ser el final

de estas soledades vuestras.

Vos habéis dado en andar

solo; veis a la familia

en la mesa nada más.

Comiendo, estáis distraído,

lleváis a la boca el pan,

y le mascáis con trabajo,

y a la fuerza le tragáis.

Si os preguntan por Cuaremas,

respondéis por Navidad,

y parece que el cerebro

se os comienza a barajar.

¿Creéis que yo no tengo ojos?

¿Sin ellos creéis que están
doña Ana y el prebendado,
ante los cuales entráis

y salís como un fantasma
evocado nada más,

para con Juan de Colonia
veniros aquí a encerrar

como alquimistas que quieren
hacer de las piedras pan?

Un mes ha que está hecho vuestro
contrato matrimonial

con doña Ana, y hace un mes
que apenas la saludáis.

JUAN. Tienes razón, Mariposa.

Ruin, grosero y desleal
debo haberos parecido;

mas no te puedo explicar
lo que por mí está pasando.

MARIP. Y lo que pasando está
por ella por lo que os pasa,

y no la queréis pasar,
¿creéis que es gloria? Pues es

de lágrimas un raudal,
que la hace andar ojerosa,

y enflaquecer, y ayunar,
y estar en Babia de día,

y dormir de noche mal.

Y eso es lo que yo debí
deciros entrando; mas...

con mi maldita costumbre
de dar vueltas sin cesar

en derredor de mí misma
y en torno de los demás,

lo olvidaba.

JUAN. Y ¿qué es, en suma?

MARIP. Que doña Ana os quiere ha-
ahora que está el prebendado

solfoando en la catedral
sus maitines.

JUAN. ¿Que doña Ana
viene aquí?

MARIP. La siento ya
abrir la puerta. Y ¿qué tiene

eso de particular,
si sois ya como si fuerais;

JUAN. No; yo iré a hablarla a su ca-
casados en realidad?

MARIP. Ya es inútil; aquí está.

ESCENA V

JUAN y ANA. *En el fondo.* MARIPOSA

JUAN. ¡Ana!... ¡Tal paso!... ¿Tú aquí?

ANA. Excúsame, Juan, tal paso; pero hemos llegado al caso de que yo te busque a ti.

JUAN. Perdona, Ana, mi esquivéz, hija de un intimo afán.

ANA. ¡Tú esquivó conmigo, Juan! ¿Te di causa alguna vez?

JUAN. Nunca, Ana; mas no te asomi esquivéz inmerecida, porque hay trances en la vida que mudan el ser de un hombre.

ANA. Pueden a un hombre obligar a mudar genio o costumbres, mas no su amor a esquivar.

Físicos o espirituales, del hombre a los males, Juan, siempre lenitivo dan las hembras que son leales.

Dió al hombre la mujer Dios para consuelo en sus penas, y van las mujeres buenas del hombre afligido en pos.

Hombre que ama a una mujer y de ella su pena esquivo, de cumplir con él la priva su más gustoso deber.

Y galán que de su dama en sus penas se desvía, con sus desvíos la envía a decir que ya no la ama.

Desvíos, heridas son que en el corazón recibe, porque la mujer no vive más que con el corazón.

JUAN. Tienes razón, Ana mía; mujeres como tú eres, son ángeles, no mujerés, que Dios a la tierra envía. Y Dios, Ana, me es testigo

de que, por creerte tan buena, es por lo que yo mi pena esquivé partir contigo.

ANA. Al punto a que hemos llegado,

con tu esquivéz no me avengo; palabra dada te tengo, palabra me has empeñado.

JUAN. ¡No quiera Dios que yo cargue tu alma buena con mi afán!

ANA. Oyéme: no quiero, Juan, que mi estancia aquí se alargue. Tu amor tengo en más estima que el más preciado tesoro; pero atiendo a mi decoro, cuanto tu mal me lastima.

¿Qué tienes, Juan, que ha dos meses que andas tan triste y huraño? Tu tristeza me hace daño.

Su causa son intereses menguados en tu fortuna, según colijo.

JUAN. Mira, Ana... mis penas hoy o mañana tendrán solución alguna. Ten paciencia un día más; déjame solo con ellas.

ANA. No, Juan; mi fe ni mis huellas nunca he de volver yo atrás.

Resuelta vine a saber qué es lo que tanto te aqueja y tanto de ti me aleja; habla, Juan, porque ha de ser. Yo te amo; mi amor pretende partir tus penas contigo; secretos tienes conmigo, y que los tengas me ofende.

JUAN. No te debe de ofender; quien ama con fe sincera, no es posible que hacer quiera a quien ama, padecer.

ANA. Menos lo es que esté en acuerdo con tu opinión quien bien te ame; déjame que a tu alma llame la mía con un recuerdo.

Oye, Juan: Maluenda es mi tutor y tu padrino; me echó a su casa el destino de estar tú en ella después, y en esta casa al entrar como en un hogar paterno, de su santuario en lo interno, te hallé sentado a su hogar. Vivir me hacían aislada

per razones que aún no sé;
 tu conducta siempre fué
 por tu honradez alabada.
 Yo sencilla, tú leal,
 nadie nos iba a la mano.
 Vi en tí, al llegar, un hermano
 con sencillez fraternal.
 Como en casa te tenía
 tu labor de imaginario;
 era mi placer diario
 mirar tu imaginiería.
 De tus manos para ver
 tus imágenes salir,
 acostumbérame a vivir
 todo el día en tu taller.
 Mas mi sencillez, curiosa
 de tu labor, alcanzaba
 que en tu taller estorbaba
 mi inutilidad ociosa.
 Poco a poco, en tus figuras
 mis manos poniendo fui,
 y ayudándote, aprendí
 a estofar tus esculturas.
 Tres años así vivimos
 debajo del mismo techo.
 Largo el tiempo, corto el trecho
 de tu taller..., nos quisimos.
 Y en vida tan familiar,
 en que hoy, lo mismo que ayer,
 juntos solemos comer,
 juntos vamos a rezar;
 y huérfana yo en la tierra,
 y a tí prometida ya,
 el mundo para mí está
 en la casa que me encierra.
 Mi esperanza, mi ventura,
 mi compañía, mi amparo,
 veo en tí cuanto me es caro
 en mi existencia futura.
 Como esos muros de piedra
 en que la yedra se cría,
 que íbamos a ser creía,
 el muro tú, y yo la yedra.
 Y hoy, que un íntimo pesar
 tu porvenir torna oscuro,
 ¿quieres la yedra del muro
 en el turbión separar?
 ¡No! Si el huracán pedazos
 yedra y muro debe hacer,

Juan..., el muro ha de caer
 de su yedra fiel en brazos.
 Habla, pues. ¿Qué tienes? ¡Dí!
 ¡Habla, Juan; nada me arredra!
 ¡Yo soy para tí la yedra,
 y tú el muro para mí!

JUAN. ¡Ana de mi corazón,
 tu corazón es de oro!

ANA. ¿Lloras, Juan mío?

JUAN. Sí, lloro;
 pero mis lágrimas son
 de placer, de gratitud
 al Dios que mi pena inmensa
 con tu inmenso amor compensa
 y con tu inmensa virtud.

ANA. Pues bien; fía en mí tu pena.

JUAN. No es mía sólo.

ANA. No importa.

JUAN. Pues oye, Ana; será corta
 mi relación.

ANA. Norabuena.

JUAN. Un magnate en cuya fe
 Juan Colonia y yo fiamos,
 faltó, y ahora nos hallamos
 sin quien crédito nos dé.
 Millón y medio debemos,
 a nuestra honradez fiado;
 perdiérase lo gastado
 y encarcelados seremos.
 Seguirá otro nuestra empresa
 con garantías mayores,
 y al fin por estafadores
 nos tendrán. Mi pena es esa.

ANA. Y es grande, Juan, y me es-
 mas Dios aprieta y no ahoga. [panta,
 Fía en Dios, aunque la goga
 sientas puesta en la garganta.

JUAN. ¡Ana..., desespéro!

ANA. Escucha:
 mi tutor me ha dicho que era
 de no sé quién heredera,
 y que mi hacienda era mucha.
 Casémonos; que se cobre
 quien sea, aunque se malvenda;
 ¡Viviremos sin hacienda;
 el corazón nunca es pobre!

JUAN. El tuyo no tiene par.

ANA. Toma uno y otra.

JUAN. No quiero.

A Juan de Colonia espero, y aun tengo algo que esperar.

ANA. Si no hay nada, haremos feria de cuanto tengo, mañana.

JUAN. No; con ello compras, Ana, la deshonra y la miseria.

¡Nunca! Si Dios me abandona ó no me ayuda el demonio, conserva tu patrimonio y olvídame.

ANA. ¡Juan!...

JUAN. Perdona... tan ruin desesperación, ¡mas hombre no puede ser el que arruina a su mujer!

ANA. ¡Juan!... tú pierdes la razón!

JUAN. Todo lo podré perder, Ana, mas no el corazón.

ANA. ¡Serénate!

JUAN. Estoy sereno.

ANA. Acepta.

JUAN. En vano porfías.

ANA. ¡Te pierdes!

JUAN. Por noble y bueno.

ANA. ¡Me pierdes!

JUAN. ¡Son cuentas mías!

ANA. ¡Me matas!

JUAN. *(desesperado)*. ¡Y me condeno!

ANA. ¡Dios mío! *(Golpes dentro.)*

MARIP. ¡Llaman!

ANA. Me voy.

Si pierdes todo sostén, no olvides que yedra soy que adherida al muro estoy.

Si caes, a mis brazos ven. *(Vase.)*

JUAN. ¡Alma leal, donde arraiga tan generoso heroísmo! Solo caeré, cuando caiga; no temas que el muro traiga tras sí la yedra al abismo.

ESCENA VI

JUAN FERNÁNDEZ y JUAN COLONIA

COL. ¡Juan!...

JUAN. Entrad. Sal, Mariposa.

(Vase Mariposa.)

¿Qué hay?

COL. ¡Juan!... todo se perdió: Dinero, crédito y fama!

JUAN. ¿Rehusan?

COL. No hay transacción; pagar cuanto ya se debe y el medio cuento que yo volví a tomar del depósito, confiando en que el señor don Luis de Acuña debía volver al fin.

JUAN. Pero ¿no vuelve?

COL. No.

JUAN. ¿No hay esperanza?

COL. Ninguna. La rebelión se extinguió. Completo indulto por los Reyes se otorgó a todos cuantos en armas estuvieron.

JUAN. ¿Y él?...

COL. Quedó fuera de gracia, a no estar para la Circuncisión

en su diócesis; ¡y faltan seis días!

JUAN. ¿No os ocurrió pedirle de plazo?...

COL. ¡Sí!

JUAN. ¿Y rehusaron?

COL. ¡Mayor afrenta nos hacen!

JUAN. ¿Cuál?

COL. Juan Barahona de Alós, el morisco, está nombrado en nuestra sustitución.

Mañana, a pesar de ser Natividad del Señor,

vendrán a notificarnos que nos demos a prisión.

¡Juan!... yo moriré de pena!

¡A mi edad tal deshonor! ¿Y mis hijos? ¿Y mi casa?

JUAN. Calmaos, padre; yo soy el que pagaré por todos;

yo soy vuestro fiador.

COL. ¡No, no, Juan! Contra nosotros han hecho conjuración.

Dicen que somos rebeldes, que nunca fuimos en pro

de los Reyes, que el Cabildo entero está en conexión con nosotros, y el de Acuña... ¿quién sabe el buen señor lo que pasará!

JUAN. Mas ¿cómo él solo fué del perdón exceptuado?

COL. No es él solo: con él están otros dos de Burgos.

JUAN. ¿Dos?
COL. Uno es clérigo y otro seglar.

JUAN. ¿Quiénes son?
COL. El Encapuchado y don Lopé de Rojas.

JUAN (*Aparte*). ¡Oh! Van tres veces que esta noche traen a mi imaginación su memoria. ¡Hoy hace el año!

COL. ¿Qué piensas, Juan?
JUAN. Que es mejor que durmamos..., si podemos.

COL. ¡No podrás!
JUAN. ¡Tampoco yo!

Pero hemos hecho cuanto hombres hacer pudieron. ¡Que Dios se lo demande al de Acuña!

Tengamos resignación.
COL. ¡Tu resignación me espanta!

¡Me da miedo hasta tu voz!
JUAN. Dejémoslo, buen anciano, que lo pondremos peor

cuantas más vueltas lo demos. Idos. Con Maluenda voy a consultarlo esta noche, y mañana... saldrá el sol...

y veremos lo que sale.
COL. Sí: tal vez es lo mejor. Me voy.

JUAN. Voy a acompañaros.
COL. No; fuera tengo a Simón. Quédate.

JUAN. Id, y todavía no os desesperéis, que Dios o el diablo aún pueden enviarnos una buena inspiración.

(*Le conduce a la puerta, y al abrirla, ve a Mariposa y dice.*)
¿Tú ahí, Mariposa? Alúmbrale.

MARIP. Voy.
COL. ¡Adiós, Juan!
JUAN. ¡Id con Dios!

ESCENA VII

JUAN FERNÁNDEZ

¡Miserables de nosotros!
¡Vamos a ser la irrisión de todo Burgos! ¡Oh, mengual Toda una vida de honor, de honradez y de trabajo, se va a hundir en el baldón de una infamante sentencia. Cuanto da al hombre valor y decoro en sociedad, dignidad, reputación..., mañana lo perderemos; y hasta el nombre, porque en pos de él irá la infamia echándole en cada letra un borrón. Perderemos... ¿Qué me importa lo que pierdan otros? ¡Yo voy a perder para siempre cuanto bien, cuanto ilusión, cuanto esperanza mi alma engañada atesoró; y el único bien que ansiaba, lo único que el corazón me hacía latir, lo único por lo que viví, el amor de Ana! ¡Maldita la hora en que a esta casa llegué!
¡Maldita la en que sentí palpar mi corazón por ella! ¡Maldito todo cuanto a ganar me ayudó el suyo! ¡Malditas todas mis imágenes, labor perdida con que los templos mi talento enriqueció!
¡Para verme abandonado así en la tierra por Dios, valiera más consagrarle tanta rica creación

a un espíritu infernal
que las pagara mejor!

ESCENA VIII

JUAN y MARIPOSA, en la puerta a tiempo

MARIP. ¡Maese Juan!

JUAN. ¿Qué hay?

MARIP. ¡Dios mío!
¡Qué agitado estáis!

JUAN. ¡Estoy
dado a Satanás!

MARIP. Afuera
pregunta un hombre por vos.

JUAN. ¿Quién es? ¿Qué quiere?

MARIP. No sé.

Cuando Colonia salió,
se me entró puertas adentro;
dice que con precisión
tiene que veros.

JUAN. No quiero
ver a nadie.

MARIP. Me siguió
aquí...

JUAN. ¡Que entre noramala
el imprudente!

(*Mariposa se va y cierra la puerta.*)

ENCAP. ¡Aquí estoy!

ESCENA IX

JUAN y EL ENCAPUCHADO

ENCAP. ¡Buenas noches, maese Juan!

JUAN. ¡Buenas! ¿Quién sois?

ENCAP. Soy un hombre
que os estima.

JUAN. ¿Vuestro nombre?

ENCAP. No importa; sé vuestro plan,
y sé que daríais algo
al que os valga en él; yo tengo
medios de ello, y a eso vengo;
y soy hombre que lo valgo.

JUAN. ¿Dónde he oído yo esta voz?

ENCAP. No importa al caso mi faz
tampoco. Hablemos; fugaz
pasa el tiempo, y va veloz.

JUAN. ¿Decís que mi afán sabéis?

ENCAP. Mejor que vos.

JUAN. ¿Y a servirme
venís?

ENCAP. Si queréis oírme,
y también si no queréis.

JUAN. ¿Aun contra mi voluntad?

ENCAP. ¿No os estabais dando al dia-
Pues daos a mí, que os hablo
de seros útil.

JUAN. Hablad.

ENCAP. Yo sé mucho.

JUAN. ¿Qué?

ENCAP. Sé todo.

lo que saber os conviene.

JUAN. Y ¿qué es?

ENCAP. Que el de Acuña viene

JUAN. ¿Viene?

ENCAP. Sí; pero de modo

que en vez de valeros él,

su venida os perjudica.
Su Ilustrísima no es rica.

JUAN. ¿No?

ENCAP. Fernando e Isabel

toda su hacienda embargada

tienen; es la condición

impuesta a su sumisión.

De Acuña no esperéis nada.

Sus enemigos han hecho

contra él bando de bandidos,

y hoy todos sus protegidos

estáis con el agua al pecho.

JUAN (*vacilando*). ¿Y?...

ENCAP. ¿Ana? Hereda pingüe haber;

mas es si un hombre se muere

y si él dejarse quiere,

que por fuerza no ha de ser.

Si Ana se casa con vos,

lo hará, mas será desdoro

que paguéis vos con su oro

y os quedéis pobres los dos.

JUAN. ¡Jamás tal imaginé!

ENCAP. Ya lo sé; pero os lo digo...

porque de ambos soy amigo

y cuanto os concierna sé.

JUAN. ¿Sabéis?...

ENCAP. Cuanto vos y ella

necesitáis hoy saber...

si la tomáis por mujer.

JUAN. Si no por mi mala estrella,
así fuera.

ENCAP. Para ello no hallaréis inconvenientes; sois ricos e independientes.

JUAN. Estoy con el agua al cuello, ¿y me salís con que soy rico?

ENCAP. Y lo será doña Ana también.

JUAN. ¿Cuándo?

ENCAP. Vos, mañana si conmigo tratáis hoy.

JUAN. No os comprendo, y a creer comienzo que...

ENCAP. ¿Qué?

JUAN. Que os burláis.

ENCAP. Yo nunca me burlo, y vais a empezar a comprender. Para casaros con Ana os faltan dos cosas.

JUAN. ¿Dos?

ENCAP. Saber quién sois ella y vos, y cien mil doblas mañana.

JUAN. ¿Ana?...

ENCAP. Es la hija postrera de una familia proserita, que asegurar solicita su ventura venidera.

JUAN. Y Ana prenda de cariño, y vos de venganza prenda, fuisteis dados a Maluenda ella muy niña y vos niño.

JUAN. ¿Y Ana?...

ENCAP. No preguntéis más de esto; ya os prueba lo dicho que yo no tuve capricho de andar en burlas jamás.

JUAN. Si os casáis con Ana, y fiel la sois, os dará Maluenda cuenta de ella y de su hacienda... cuando se la den a él.

JUAN. Eso es lo que hoy ya no espero.

ENCAP. Hoy ese afán os asalta por el dinero que os falta; mas yo os traigo ese dinero.

JUAN. ¿Vos?

ENCAP. ¿No os estabais aquí por dinero dando al diablo? Pues de eso es de lo que os hablo.

JUAN. ¿Sois?...

ENCAP. Haced cuenta que sí. Veis que al ir a preguntarme por Ana, os salí al encuentro; no podéis, pues, lo que hay dentro de vuestra mente ocultarme.

JUAN. ¡Leéis en el pensamiento!

ENCAP. Y sé bien que de otros dos en quienes pensáis, con vos habló Colonia ha un momento. Y si de ellos os respondo, es sólo porque veáis que sé en qué agua os anegáis y os puedo sacar del fondo.

JUAN. Los recuerdos que a asaltar me vienen, ¿sabéis también?

ENCAP. Sí; preguntadme por quien me queriais preguntar, no hay por qué de ello me extrañe; mas de lo que en esta casa pasa, preguntad con tasa no más que lo que os atañe.

JUAN. ¡Leéis en mi pensamiento!

ENCAP. ¡No! Digoos lo que me toca; de lo de otros, punto en boca, preguntad, pero con tiento, pues ya podéis calcular que hombre no soy de venir a Burgos a descubrir lo que ellos quieren callar. (*Aparte.*) ¡Bravas tentaciones son amor, miedo e interés!

JUAN (*aparte*). (A pesar de mi aflicción, merece; veamos, pues.) ¿Los secretos de esta casa sabéis vos?

ENCAP. Tan conocidos me son, que en ella escondidos sé que hay tesoros sin tasa.

JUAN. ¿Tesoros aquí?

ENCAP. En talegas con el oro hasta la boca; mas fuera imprudencia loca en mí dároslos a ciegas. Quien la casa fabricó, me fió a mí sus secretos; los que os atañen, completos puedo fiároslos yo.

JUAN. ¿Sabéis, pues, quién la hizo?

ENCAP. ¡Sí!
Don Pedro Antonio de Rojas,
De esta puerta por las hojas
le sacaron ante mí
muerto; era yo muy pequeño.

JUAN. Y ¿conocéis?...
ENCAP. ¿A su hijo

don Lope? ¡Sí; era canijo,
desmembrado y zahareño!
Después se desarrolló;
clérigo a ser le forzaron;
tal vez le desesperaron,
y al fin al diablo se dió.

JUAN. Y ¿era él?...
ENCAP. Lo que os interesa

a vos, preguntar podéis;
lo de otros... no preguntéis,
pues vuestra cuenta no es esa.
Don Lope de Rojas va,
por los muchos estropicios
que hizo, haciendo beneficios,
y hoy en penitencia está.

Con el Papa confesó,
y diz que el Papa le ha absuelto;
y volverá, si no ha vuelto...
y harto ya nos ocupó.

JUAN. ¿Y el Encapuchado?
ENCAP. Lucha

todavía encapuchado;
mas cuando esté asegurado,
él tirará la capucha.

JUAN. Y ¿sabéis?...
ENCAP. Yo lo sé todo.

ya os lo he dicho; pero estáis
perdiendo el tiempo, y lo vais
todo a perder de ese modo.

Preguntadme sobre cosas
que necesitéis saber.

JUAN. Decid.

ENCAP. Habéis menester
mañana sumas cuantiosas.

JUAN. Esa no la necesito
saber; ya la sé, y me pesa.

ENCAP. Mas no sabéis que más gruesa
es la que yo os facilitó.

JUAN. ¿Vos?...
ENCAP. ¡Yo!

JUAN. ¿Con qué condición?

ENCAP. A dárosla aquí me obligo

si de veniros conmigo
me firmáis obligación.

JUAN. ¿irme con vos? ¿Dónde? ¿Cuán-
[do?

ENCAP. No os deis a pensar diabluras,
porque os quedaréis a oscuras
aun que un mes estéis pensando.

El negocio es muy sencillo.
Rico, en país más caliente

que éste, necesito gente
para labrarme un castillo,
un puente, un templo, un palacio,

y, en fin, cien obras maestras;
necesito manos diestras,

y las busco con despacio.
Maese Juan de Colonia

y vos, fracasado habéis
en vuestra empresa, y os veis

ahora en una Babilonia.
Tras de lo que os ha pasado,

os conviene abandonar
por algún tiempo el lugar

en que habéis tan mal quedado.
¿Queréis que conmigo os lleve

después de satisfacer
todo aquí? Podéis poner

plazo a gusto, largo o breve.
Uno que no juzgue extraño

al pueblo que abandonáis.
Cuando la obra concluyáis;

si os place, de hoy en un año,
JUAN. La propuesta, si es leal...

ENCAP. No es tan mala: un año ente-
y a mano triple dinero [ro,

de vuestra deuda total.

JUAN. ¡La propuesta es tentadora!

ENCAP. El aceptarla os conviene,
porque aunque el de Acuña viene,

viene sin dinero ahora,
y vos sin don Luis de Acuña...

JUAN. ¿Sabéis?...
ENCAP. ¡Ya veis que sé mucho!

Quando me interesa, escucho,
y oigo crecer una uña.

Ya a escuchar estoy tan hecho,
que ahora que de oír se trata,

estoy oyendo la plata
y el oro bajo este techo.

JUAN. ¿Aquí?

ENCAP. Aquí. No os alarméis con diabólicos antojos; aquí os lo pondré a los ojos para que vos lo contéis.

JUAN. ¿Aquí?

ENCAP. Os daré el medio cuento que por fiador perdisteis, los jornales que no disteis, y cuanto hayáis hecho asiento de pagar en vuestra empresa. Concluiréis vuestra obra, y al concluirla, de sobra tendréis una suma gruesa; porque es más lo que os daré que lo que vos deseáis. Si a venir os obligáis al año, por vos vendré.

JUAN. ¡Es grande la tentación!

ENCAP. Os va la honra, la vida social, la mujer querida; cuanto tiene estimación, a cuanto aspira y alcanza el hombre sobre la tierra, y el mayor placer que encierra el de pagar: ¡la venganza!

JUAN. ¿La venganza?...

ENCAP. Os han vendido, escarnecido, estafado, y, en fin, os han afiliado a político partido; y mañana, con el Rey para hacerse buen lugar, encima os debe de echar su injusto fallo la ley. Pagad, y se vuelve el plato, y se recobra la vida, la honra, la mujer querida, y... ¡aceptad! ¡Es un buen trato!

JUAN. ¡Creo que me fascináis!

ENCAP. Es la excitación nerviosa de vuestro afán; cualquier cosa, maravilla imagináis. No es más que la exaltación de tantos días de afán, porque mis frases están acordadas con la razón. Es un contrato cualquiera; vos necesitáis dinero, yo os necesito, y os quiero

dar labor de Burgos fuera. Por un puñado del oro que os falta y a mí me sobra, podéis salir de zozobra, recobrar vuestro decoro, la reputación perdida, la libertad amagada, la luz que os será quitada, y, en fin..., ¡la mujer querida!

JUAN. ¡Me estáis poniendo ¡ay de mí! a punto de enloquecer!

ENCAP. ¿Dudáis?... ¿Necesitáis ver?... ¿Ver el oro? ¡Vedlo ahí!

(Toca en la pared a que está pegada la mesa, salta una tapa y tira sobre ella muchas talegas; una se rompe y rueda el oro por todas partes.)

JUAN. ¡Ah!

ENCAP. ¡Ved! Contad. Dicen que es placer de avaros villanos; mas no, cogedlo a dos manos, pagad y contad después. Ese oro es la paz, la vida, la virtud, la fe, el valor, el porvenir, el honor, y Ana, la mujer querida, Ana, el ángel del hogar, la yedra que se ase al muro; todo eso os lo da seguro ese oro con que pagar.

JUAN. ¡Sí... ¡Sí! Pagar y tener libertad, honra, esperanza, pan, lecho, hogar...

ENCAP. ¡Y venganza, y a doña Ana por mujer! ¡Firmad!

(Le pone delante un pergamino.)

JUAN. Dadme, y aunque vos seáis el mismo Satanás...

ENCAP. *(interrumpiéndole).* Firmad...

JUAN. ¡Tened!

(Le da el pergamino firmado.)

ENCAP. ¡Bien! ¡Jamás... falta a nadie el diablo o Dios!

(Mientras Juan, fascinado por el oro, le contempla con febril asombro, el Encapuchado se va acercando a la puerta.)

JUAN. ¡Me parece que me baño el corazón en este oro!

¡Mio!... ¡Mio este tesoro!...
¡Mio!...

(Mientras Juan está embelesado con el oro, el Encapuchado se va de puntillas, diciendo:)

ENCAP. ¡Hasta de hoy en un año!
(Vase.)

ESCENA X

JUAN. Después MARIPOSA

JUAN. ¡Mio, sí! ¡Con qué placer
calenturiento sepulto
en él mis manos, y a bulto
sus piezas hago correr!
¡Corre, sí, cascada de oro,
la libertad, el decoro,
la luz, la mujer querida,
cuanto ansio y cuanto adoro!
¡Corre, cascada brillante!
¡Vibra, sonoro metal;
cae de mis ojos delante,
deslumbrador, rutilante,
como un áureo manantial!

(Pausa muy breve.)

¡Ay! ¡Yo creo que deliro!
¡Todo ese oro!... ¡No le quiero!
¿Qué es lo que he hecho? ¡Caballero...,
lleváosle! Mas ¿qué miro?
¡No está! ¡El delirio me acosa!
¡Se fue! ¿Si estará allá fuera?...
¡Mariposa!... ¡Mariposa!...

MARIP. ¿Qué sucede? ¿Qué os altera?

JUAN. ¡Llámale!

MARIP. ¿A quién?

JUAN. Al que estaba
aquí.

MARIP. ¿Por dónde se ha ido?

JUAN. ¿Qué dices?

MARIP. Que no ha salido
por ahí; yo le esperaba.

JUAN. ¡No lo quiero!... ¡No lo quiero!...
¡Voy tras él!...

(Coge atropelladamente la capa y el sombrero mientras dice: ¡No lo quiero!, y al llegar a la puerta, sale Maluenda.)

ESCENA XI

JUAN, MARIPOSA y MALUENDA

MAL. ¿Adónde vas?

JUAN. ¡No lo sé!

MAL. ¿Y ese dinero?

JUAN. Él me lo dió.

MAL. Di primero

quién es él.

(Tiende la capa sobre el dinero, abraza con los brazos el sitio de la mesa en que está, como para cubrirlo y defenderlo, y dice:)

JUAN. ¿Él? ¡Satanás!

JUGADA TERCERA

Habitación del prebendado Luis de Maluenda: puerta en el fondo que da al exterior; idem a la izquierda que da al gabinete de Maluenda; chimenea grande a la derecha. Mesa en medio y muebles de la época.

ESCENA PRIMERA

MALUENDA. Después MARIPOSA

MAL. Este es el giro peor
que tomar pudo el asunto;
fortuna que ya está a punto
de tornar a fin mejor. (Llamando.)
¡Mariposa!

MARIP. (saliendo). ¿Qué mandáis?

MAL. ¿Dónde está Ana?

MARIP. En su aposento.

MAL. Dila que venga un momento.

MARIP. Si antes licencia le dais,
Juan de Colonia quisiera
hablar con vos.

MAL. Pues ya tarda.
¿Dónde está?

MARIP. Aquí fuera aguarda.

MAL. Y ¿por qué aguarda ahí fuera?
Colonia de casa es.

MARIP. Como esperabais...

MAL. (interrumpiéndola). No importa;
es prudente, y siempre es corta
su visita; que entre, pues.

ESCENA II

MALUENDA y JUAN DE COLONIA

COL. Muy buenas noches, señor prebendado.

MAL. ¿Qué tenemos, mi buen Colonia? ¿A estas horas vos por esta casa?

COL. Vengo a ver a Juan; pero mi hijo Simón me ha dado el consejo de que a hablar no entrara a Juan sin hablar con vos primero.

MAL. Y el consejo fué bien dado.

COL. Pues ¿qué es lo que hay? ¿Está enfermo?

MAL. Enfermo precisamente no está. No tiene su cuerpo lesión ni dolencia alguna que necesite del médico; pero está malo.

COL. ¿Está malo, y no lo está? No os comprendo.

MAL. Pues así es, como os lo digo. Se le ha metido en los sesos que ha hecho pacto con el diablo, y no hay quien le apee de ello.

COL. Pues antes de ayer me envié una epístola diciendo que hoy, esta noche, le urgía que sus cuentas y su cuento... porque es un cuento, un millón, la suma que le devuelvo, quedaran en su poder, y se los traigo.

MAL. En efecto; hoy es cuando dice Juan que debe de estar dispuesto a todo, porque hoy el plazo cumple del pacto que ha hecho.

COL. ¡Jesús! Pues ¿qué es lo que así le ha barajado el cerebro?

MAL. No hemos podido sacárselo; pero como el plazo puesto por el diablo es esta noche, de él esta noche saldremos.

COL. Siendo así, ya pocas son las aguas malas.

MAL. Yo espero que al fin esta noche, o él desengañado, o resuelto, el enigma de su pacto, volverá en sí.

COL. Lo deseo con el alma; porque ahora que los bandos concluyeron, que hay justicia vigorosa, que las artes y el comercio prosperan, que no hay un grito, ni un robo, ni un descontento, ni un desterrado; que todos a sus hogares han vuelto, y que el perdón de los Reyes es sin restricción...

MAL. Completo, padre Colonia; absoluto; diez días ha que vinieron las órdenes de los Reyes y del Nuncio, previniendo que hasta don Lope de Rojas volviera a tomar asiento y congruas en el Cabildo.

COL. Y cuando a ése le han absuelto...

MAL. ¡Ya puede venir el mismo Encapuchado!

COL. ¡Qué buenos sustos nos dió aquel maldito Encapuchado, en aquellos días de sitio!

MAL. En aquellas noches diréis; mas todo eso es ya cosecha vendida, cuenta rota y cuentos viejos.

COL. Es verdad, ¿Conque es decir, que al pobre Juan ver no puedo?

MAL. Sí que podéis, buen Colonia; vos sois hombre circunspecto, y con no daros con él por entendido...

COL. No tengo más que hacer que darle todas las cuentas, que están con sellos del juez, y la carta-orden para el señor tesorero del señor don Luis de Acuña, quien, como le devolvieron los Reyes hacienda y renta,

hace más de mes y medio que sus cuentas con nosotros ha saldado por completo, y es lo que cobrarle falta y pide Juan; aunque el crédito sabe ya que lo tenía yo en mi poder, pero feo me pareció ir a cobrar con premura.

MAL. Por supuesto. Lo que hagáis, estará bien; id y despachad, que luego iré yo.

COL. Que Dios os guarde, señor Maluenda.

MAL. Id, buen viejo.

¡Mariposa! Alumbra a Juan de Colonia... ¡y con respeto!
(Sale Mariposa.)

MARIP. Perded cuidado.

MAL. Y avisa

a Ana.

MARIP. Os la envió al momento.

ESCENA III

MALUENDA

¡Bravo hombre! De éstos hay pocos, la raza se va perdiendo.

Setenta años tiene, y marcha con cuerpo y alma derechos.

Dios ponga tiento en su lengua con Juan, y a mí me dé tiento

con él también esta noche, pues no sé por qué me temo

alguna diablura. Vaya, ya viene Ana. Comencemos a allanar dificultades.

ANA. ¿Puedo entrar?

MAL. ¡Adentro! ¡Adentro!

ESCENA IV

MALUENDA y ANA

ANA. Fué a decirme Mariposa... que me llamabais.

MAL. Es cierto.

Necesito hablar contigo;

conque siéntate, y hablemos.

¿Quieres mucho a tu marido?

ANA. Con el alma. ¡Era tan bueno!...

MAL. Y volverá a serlo.

ANA. ¡Nunca!

¡Loco está!

MAL. Reflexionemos.

ANA.

ANA. ¡Está loco! Está loco para siempre; no hay remedio.

MAL. Yo espero que le haya; escuchá-si de esta noche podemos [me: darle y desengañarle...]

ANA. Esta noche es la que temo yo.

MAL. Es natural; tiene fijo en el plazo el pensamiento.

ANA. Pero decídmelo, señor prebendado, vos que de eso debéis entender, ¿podrá ser verdad que...

MAL. ¡Ni por pienso!

ANA. Es que dicen que esta casa...

MAL. ¡Hablillas del vulgo necio!

También a mí me lo han dicho;

mas si le tiene en efecto,

sólo es guardián que nos vela, y no espíritu molesto.

ANA. Es verdad. Mas yo ya dudo...

MAL. Fía en mí. A lo que comprendo,

Juan, en la fiebre del oro que le acosaba, al infierno invocó cuando a su cuarto

entró el que venía el préstamo

a proponerle.

ANA. Mas ¿quién

pudo?...

MAL. Cualquiera, sabiendo

la situación del negocio,

que era público, y por buenos

pagadores reputándose,

pudo intentarlo y hacerlo.

Juan, en la fiebre del oro,

firmó el trato; y el dinero

al ver delante de sí,

debió de hacerle un efecto

tal en la imaginación,

que olvidado del sujeto,

y recordando que al diablo invocaba en el momento de entrar él, cree ahora que es el diablo quien le hizo el préstamo.

ANA. Pero si dice que el hombre desapareció.

MAL. En efecto; si el que era vino a salvarle con un favor, caballero, para guardar el incógnito; dió la vuelta lo más presto que pudo. Si era un judío que hacer negocio logrero se propuso, en cuanto lo hizo se fué con su documento firmado; Juan, viendo el oro, no le vió a él, y así entendió y la desaparición y el hallazgo del dinero.

ANA. ¿Y Mariposa, que dice que no le vió?

MAL. Si durmiendo se estaba ella en la antesala cuando él se fué, yo lo creo.

Buen testigo es Mariposa. Tan bueno como el insecto cuyo nombre le habéis dado

por su ligereza; pero vamos a ver si esta noche convencer a Juan podemos.

ANA. Si hoy cumple en verdad el plazo y viene el que es.

MAL. Le veremos.

¿Qué puede pedir? La suma con un interés inmenso tal vez; pero entrará en cuentas, y aunque cobre algún exceso, se le pagará, que ahora lo que nos sobra es dinero.

ANA. Es que lo que dice Juan no es que ha de venir por ello, es que ha de venir por él.

MAL. En fin, si viene, veremos a lo que viene, y si no, a Juan tranquilizaremos. Venga o no venga, tú estás prevenida a todo evento, y ayúdame a preparar a Juan; porque lo que quiero

yo, que venga o que no venga, es que esta noche acabemos.

ANA. Y yo también, porque paso algunas...

MAL. Pues ¿dió en extremos Juan?

ANA. Al principio era sólo manía de contar cuentas de aparecidos... visiones

de anacoretas...; con ellos me entretenía escuchándole.

¡Después empezó proyectos raros a hacer, y a echar planes de grandes viajes, de inmensos trabajos, maravillosos y babilónicos, hechos por encargo de un gran príncipe que reina lejos... muy lejos!

Pero empezó con diciembre a formular sus primeros delirios con el demonio,

y a contar casos horribles de pactos con Satanás;

hasta que anteanoche, en medio de las tinieblas, convulso de afán, de sudor cubierto,

le sentí que me abrazaba arrancándome del sueño, y me decía al oído

muy bajo: «Ana, soy un réprobo! ¡Me he vendido a Satanás, y venir por mí le sienta!»

Di un grito; en la oscuridad sujeté sus brazos trémulos, y él diciéndome seguía:

«¡Háblame, Ana; tengo miedo! Mas yo no podía hablarle. Encendí luz... y en el lecho me le encontré incorporado,

pálido como un espectro, desencajados los ojos y erizados los cabellos.

Entonces yo fuí, señor, yo fuí la que tuve miedo.

Muda, aterrada y atónita, le contemplé; los reflejos de la lámpara a los ojos

asestándolos, volviéndolos él a la luz, poco a poco

fué desenarcando el ceño; una sonrisa tristísima poco a poco apareciendo, fué en sus labios contraídos, y, al fin, los brazos al cuello echándose, rompió en llanto, y yo recobré el aliento.

MAL. Y ¿en fin? ...
ANA. Volvió el infeliz

a cobijarse, diciendo: «Perdóname, Ana; soñaba, y son horribles mis sueños! Mata la luz, y volvamos a dormirnos, si podemos.»

Y no pudimos! Los dos nos quisimos en silencio engañar el uno al otro, y el sol nos halló despiertos.

MAL. Y ¿recordó al otro día? ...
ANA. No; desde entonces no ha vuelto a decirme una palabra; pero es peor su silencio.

MAL. Ana, es preciso arrancarle de ese delirio funesto; es preciso hablar a su alma, es preciso que en el pecho le busques el corazón, ahogado por el cerebro. Apaga su fantasía con la fe y el sentimiento.

ANA. Lo intentaré, mas será en vano.

MAL. Voy a traértelo. No quiero que se esté solo en su cámara un momento. Voy a que Juan de Colonia le deje en paz, porque quiero que esta noche reunidos todos en familia estemos.

ANA. Yo también.

MAL. Pues voy por él, y a Mariposa te dejo.

¿Mariposa?
MARIP. (saliendo). ¿Señor?

MAL. A Ana acompaña mientras vuelvo.

ESCENA V

ANA y MARIPOSA

MARIP. Me manda que compañía te haga; lo que en buen romance significa... a todo trance, que reviente o que se ría. ¿Quieres, pues, Ana, empezar por un lado a sonreír? Porque, o tú te has de reír, Ana, o yo he de reventar.

ANA. ¡Cuánto envidia, Mariposa, tu inagotable alegría!

MARIP. Es naturaleza mía, y en el alma me rebosa.

ANA. No tomas a pechos nada.

MARIP. Tomo al tiempo como viene.

ANA. Yo no puedo.

MARIP. Por higiene debías tú...

ANA. Ya casada,

¿cómo no me han de apenar las penas de mi marido?

MARIP. ¿No tienen plazo, y cumplido hoy no debe de quedar?

ANA. Él lo dice.

MARIP. Pues mira, Ana, deja que el plazo concluya, y cantarás aleluya, o te apenarás mañana.

ANA. Todo lo tomas a juego, nada hay para ti formal.

MARIP. Ni hay pena que por mortal no tomes tú desde luego.

¿Qué dice Juan? Que ha hecho pacto con un diablo que vendrá por él aquí hoy. ¡Ojalá que sea un demonio exacto!

ANA. ¡Jesús!

MARIP. Déjale venir. Maluenda es grande exorcista, y no hay diablo que a su vista ose con Juan embestir.

En cogiendo él el hisopo, a verás, aunque sea un diablazo, cómo al primer hisopazo se va sacudiendo el jopo.

ANA. Eres capaz, Mariposa, de reírte de tu entierro.

MARIP. Es que yo nunca me aterro, como tú, por cualquier cosa.

ANA. ¿Cualquier cosa un miedo tal que trastorna su razón?

MARIP. Tú no tienes corazón, Mariposa, y me haces mal!

MARIP. Corazón de sensitiva, si corazón no tuviera Mariposa, no viniera a alegrarte compasiva.

Yo creo en Dios, y no creo en el diablo en quien tú crees, y ni veo lo que ves, y ni ves tú lo que yo veo.

ANA. Bien ves que me estoy ahogando.

MARIP. Y porque te veo ahogar, para ayudarte a nadar te estoy una mano dando;

pero tú me la rechazas en tu egoísta aflicción, negándome un corazón que tú misma despedazas.

Escucha, Ana: desde niñas vida común hemos hecho; mi madre te dió su pecho;

juntas las siembras y viñas de Quintanilla corrimos, al par con las mariposas que alegraban revoltosas sus espigas y racimos.

Crecimos, y una mañana nos vinieron a decir que tú te debías ir de allí, y que no eras mi hermana.

Yo no pude comprender como mi hermana no era la de quien la vida entera vi con la mía correr,

y dije: «Donde Ana vaya tengo de ir yo; a ti me así, y vine cosida a ti como la alforza a la saya.

Diéronnos aquí a entender que tu vida era un misterio; tú lo echaste por lo serio, yo no lo quise creer.

Un misterio que te hacía dichosa y acomodada, que no te estorbaba en nada,

ni con Juan que te quería; misterio me pareció que no me debía hacer esta alegría perder que Dios al nacer me dió.

Tú al revés: preocupada con tu insondable misterio, has llevado por lo serio tu desdicha imaginada.

Sensitiva, impresionable, de fe y sentimiento rica, tu buena fe santifica tu tristeza inexplicable;

Y si no, ¿quién en el duelo de tu ruin melancolía te daba con su alegría fuerza, esperanza y consuelo?

Di, tórtola quejumbrosa: ¿cuándo en esas horas malas aire al alma con sus alas no te dió tu Mariposa?

¿Cuándo no ha tomado a empeño alegrar tu pena santa, como pájaro que canta para placer de su dueño?

¿Quién amparó tus amores? ¿Quién de tu amor los pesares arrulló con sus cantares, como hacen los ruiseñores?

¿Quién el lecho te mullía? ¿Quién el sueño te velaba? ¿Quién, de tu cariño esclava, vivió a tus pies noche y día?

Sensitiva cosquillosa que te crispas con exceso, dóblate a tomar el beso que te da tu Mariposa.

ANA. Dámele, y a mi aflicción perdona nimios agravios.

MARIP. Tómale, y mira en mis labios si sientes mi corazón!

ANA. ¡Cuánto, hermana, te agradezco que me hayas hecho a la par llorar y reír, por dar consuelo a lo que padezco!

MARIP. Volvamos, pues, a tu pena, y déjame, si a ello alcanza mi fe, que te dé esperanza en tu mala Nochebuena.

ANA. Tengo de ella mucho miedo.

MARIP. Yo no.

ANA. A mí no se me pasa

lo de que anda un diablo en casa.

MARIP. Sí que anda, pero anda quedo.

ANA. ¿Le has visto?

MARIP. En la casa anduvo la Nochebuena en que Juan riñó con el Capitán;

y bien con él se las tuvo

el diablo, a lo que escuchar

pude tras la puerta alerta;

y aun ver creí por la huerta

con él al diablo cargar.

ANA. Eso viste, ¿y lo has llamado?

MARIP. Yo sé que en casa algo pasa, pero no hay diablos en casa.

ANA. Pues ¿y el del año pasado?

MARIP. Yo de Juan el aposento abrí a un hombre, que escapó, sin duda, mientras que yo me ausenté por un momento.

Quienquier que fuese, un tesoro vino a tiempo a dar a Juan; y Ana, los diablos no dan, para hacer iglesias, oro.

Si cree Juan que hoy es el día del plazo, y que el diablo era, o ésta es su noche postrera, u hoy cura de su manía.

ANA. ¡Jesús!

MARIP. De misterios, creo los de la fe, y nunca he visto diablos, ni adonde yo asisto creo más que lo que veo.

Si aquel hombre era un demonio, era un demonio auxiliar, pues vino a Juan a salvar y a allanar tu matrimonio.

La primera vez que vino, nos libró del Capitán; la otra, millones dió a Juan;

no es un diablo tan dañino. Conque déjale llegar, que no armará un terremoto

siendo un diablo tan devoto y en casa tan familiar.

ANA. Capaz eres, Mariposa, de animar al mismo miedo.

MARIP. Yo, aturdida no me quedo, como tú, por cualquier cosa.

ANA. De todas maneras, Juan me da mucha compasión.

MARIP. Y tienes mucha razón; mas hoy saldremos de afán.

Siento a Maluenda venir con él. Da aliento a su alma, y hazle que espere con calma, si viene, al que ha de venir.

ANA. En el afán que me acosa, yo haré cuanto pueda hacer.

MARIP. Llámame si has menester de mí.

ANA. Gracias, Mariposa.

ANA. ESCENA VI

ANA, MALUENDA, JUAN y MARIPOSA. Juan, pálido y sombrío, entra delante de Maluenda, como conducido allí por éste. Ana les sale al encuentro. Mariposa viene detrás de Maluenda. Acercan un sillón a Juan, que se sienta al fuego con decaimiento.

MAL. ¡Eh! Ya estamos aquí todos juntos. ¡Acércate, Juan! ¡Sé hombre!

JUAN. Vos le habéis visto conmigo.

MAL. Y ¿nos hizo mal?

JUAN. Es que aquél era y no era.

MAL. ¡Que siendo hombre seas capaz de dejar que te domine superstición tan vulgar!

JUAN. Tenéis razón; lo comprendo yo mismo; veo que está con el sentido común

en contradicción... y están los libros llenos de casos

de esos... Los oí contar desde muy niño en la escuela; y lo que en aquella edad

se aprende... se queda siempre impreso... Sí que vendrá.

¡Es infalible..., a las ánimas,
y creo que van a dar! (Con espanto.)

MAL. Falta mucho todavía.

JUAN. ¿Mucho?... Permittedme hablar
con Ana..., pero avisadme
cuando estén para dar ya.
(Vanse Maluenda, por la izquierda, y Ma-
riposa, por la puerta del fondo.)

ESCENA VII

ANA y JUAN

ANA. Serénate, Juan; medita
que no es posible que sea
lo que dices; no hay quien crea
lo que a ti el juicio te quita.

JUAN. Yo mismo no me convenzo
de que lo puedo creer;
pero lo creo, y al ver
que lo creo, me avergüenzo.

ANA. Mas ¿cuál es tu compromiso?
¿Qué firmaste?

JUAN. No lo sé.
Le llamé..., vino... y firmé
sin mirarlo... lo que quise.
Yo necesitaba oro,
mucho oro...; fiebre sentía
de oro..., y en tal agonía,
no vi más que aquel tesoro.
Aquel oro era la vida,
la libertad, el honor,
el porvenir, el amor.
Ana, la mujer querida.
Se apareció de improviso.

ANA. ¿Se apareció?
JUAN. Le evoqué
yo mismo... y vino... y firmé
yo no sé qué..., lo que él quiso.
Yo necesitaba oro;
aquel oro era mi vida,
mi honor, la mujer querida,
eras tú; con tal tesoro
al otro día salvé
vida, porvenir, honor;
logré tu mano, y de amor
embriagado..., le olvidé.
Mas según fué poco a poco
pasando el año..., en septiembre

me acordé de él..., en noviembre
le tuve miedo..., y no invoqué
ya a Dios, porque ya no puedo;
y hoy ya no acierto a pensar
más que en la hora que va a dar.
¡Háblame, Ana! ¡Tengo miedo!
¡Háblame!...

ANA. ¡Juan, desvarías!
Recuerda las circunstancias
de la escena. ¿Qué ganancias
te pidió? ¿Qué granjerías?

JUAN. Ninguna; dijo: «Os daré
más de lo que deseáis,
si a venir os obligáis
al año; por vos vendré.»

ANA. Recuerda bien; no te pones
en situación; no te cuidas
más que de ésa, Juan, y olvidas
sus restantes condiciones;
porque lo que él vino a hacer
fué un buen negocio, y sin duda,
al veniros en ayuda
sabía que lo iba a ser.

JUAN. Ana, él lo sabía todo.
«Pregúntame», dijo; y yo
le pregunté, y él me dió
los medios, la causa, el modo
de vivir de ellos, de ti,
de mí, de todos; sabía
tu historia, la de él, la mía.

ANA. ¿La tuya y la mía?...
JUAN. Sí.
De una familia proscrita
tú heredarás grande hacienda;
y a mí, de venganza prenda,
no sé quién me necesita.
Nada ignoraba; de modo,
Ana, que él tiene que ser;
sólo Dios y Lucifer
son los que lo saben todo.

ANA. ¡Dios mío, se vuelve loco!
JUAN. No, Ana, no; estoy en mi acuer-
Escucha lo que recuerdo, [do.
porque el tiempo es ya muy poco.
Yo le firmé su papel,
y en él sé bien que me obligo,
en el plazo que te digo...,
nada más que a irme con él.

ANA. ¿A irte?

JUAN. Sí.
ANA. ¿Dónde?
JUAN. Lo ignoro, mas fué el trato. ¡Lo recuerdo bien! ¡Y si me voy, te pierdo, Ana, y yo te amo! ¡Te adoro más que nunca en esta hora en que estoy para partir, porque por mí ha de venir... y la angustia me devora! Ana, mi única pasión: según se acerca el momento, que se me desgarran siento las telas del corazón...

Tú sola en él has entrado; tú sola, tú. Desde niño no he tenido otro cariño; ni aun a mis padres he amado, pues nunca los conocí; antes de verte, quería mi arte, mi imaginaria; pero después, sólo a ti. Pensar que te he de dejar y que te voy a perder, es lo que de enloquecer me hace tan próximo estar. Porque siento que vacila mi cerebro, Ana, y a veces comprendo que mil sandeces mi superstición apila; que en lo posible no se halla lo que yo creo haber hecho, y las dudas en mi pecho se dan furiosa batalla.

ANA. No puede ser.

JUAN. Mas ¿si fuera? Los libros dicen que puede. Que fuera él, sé que excede toda razón..., mas ¿si él era? ¡Ay! Sea o no sea él, aun no siendo más que un hombre de quien ignoro hasta el nombre, yo le he firmado un papel, y en él sé bien que me obligo a seguirle en el momento que venga..., y venir le siento, y si viene...

ANA. Ni un testigo

tiene, Juan; fué una sorpresa puedes decir...

JUAN. Es inútil; toda razón será fútil. Él dirá: «Tu firma es esa; y armado de su papel, me puede con él llevar, y te tendré que dejar para marcharme con él. Porque tú, Ana, no querrás..., ni es justo..., ni yo te puedo obligar... ¡Ay! ¡Tengo miedo de perderte, Ana!

ANA. ¡Jamás! Somos marido y mujer, Juan; y unidos ante Dios, nadie puede entre los dos, lo hecho ante Dios deshacer. Si tienes obligación de irte, yo iré donde vayas. No habrá clima, no habrá playas, mar, desierto ni rincón de la tierra conocida, donde yo tras ti no arribe. Juan..., la buena esposa vive de su esposo con la vida. Como esos muros de piedra donde la yedra se cría somos, Juan. ¡Tu vida es mía, y el muro tú, yo la yedra! (Se abrazan.)

JUAN. ¡Ana de mi corazón, tú me haces volver en mí! (Aldabonazo a la puerta exterior, lejos.)

ANA. ¡Dios mío!

JUAN. ¡Llamaron!...

ANA. ¡Sí!

JUAN. ¡Aún las ánimas no son!

ESCENA VIII

ANA, JUAN y MALUENDA. Luego MARIPOSA

ANA (a Maluenda). Llamaron.

MAL. ¿Quién puede ser?

JUAN. ¡No abráis!... ¡No abráis!...

MAL. Juan, si él fuera

por la puerta no viniera; de llamar no ha menester.

MARIP. *(Saliendo a la puerta).* ¡Señor!...

(A Maluenda, quedando indecisa.)

MAL. ¿Qué traes?

MARIP. *(Impaciente.)* ¡Di, por Dios!

MARIP. Traigo al diablo de mí en pos.

MAL. ¿Qué es lo que hablas?

MARIP. Sé lo que hablo. Aguardábamos un diablo, pero creo que son dos.

MAL. ¿Dos?... ¿Los que a casa dan la vuelta?

MARIP. Dos. El que llama es otro.

MAL. Acaba, y tu diablo suelta,

que nos tienes en un potro.

MARIP. *(Amueñándole.)* Ahí va. El cá-

pitán Revuelta.

JUAN. ¡El Capitán!

MAL. Dile que entre.

(A Juan, que se levanta.)

JUAN. ¿Adónde vas?

MAL. Por mi espada.

JUAN. Juan, no es tuya esta jugada;

no quiero que aquí te encuentre.

MAL. Si mi ruin superstición

puede al diablo darme miedo,

guardar de un hombre no puedo

la cara ni el corazón.

MAL. Si te les viene a buscar,

yo haré que te les encuentre.

(Aparece el Capitán en la puerta y oye

decir a Maluenda.)

Éntrate allí.

(Se sientan.)

ESCENA IX

ANA, JUAN, MALUENDA, EL CAPITÁN y

MARIPOSA.—*En la primera parte de esta*

escena, a una señal de Maluenda, Mari-

posa arregla muy brevemente la mesa con

lo necesario para ello que habrá en un

aparador; tan brevemente, que no inter-

rumpa la narración del Capitán.

MAL. *(Saliendo.)* Que no entre,

porque habrá que irle a llamar.

JUAN. No tendréis ese trabajo.

MAL. No os hinchéis como una esponja

con la ira; soy una monja,

no un capitán; tened cuajo.

Ved; de mi cinto en los broches

no hay garfio ni gavilán

para espada.

(Volviéndose a Maluenda.)

Buenas noches,

don Luis.

MAL. Buenas, Capitán.

CAP. *(Mirando a Juan y a Ana.)*

¿Estos mozos son ya esposos?

MAL. Sí; ya lo son.

CAP. ¡Lo celebró!

(Aun la iba a echar un requiebro.)

(Aparte.)

Que Dios les haga dichosos.

MAL. ¡Gracias! Mas esta visita

en que con asombro os hablo,

¿a quién debemos?

CAP. Al diablo.

que me ha dado aquí una cita.

MAL. ¿El diablo?

CAP. Así es la verdad;

mas no vais a comprender

si no os doy un hilo.

MAL. A ver,

Capitán; nuestro hilo hilad.

CAP. Pues es toda una leyenda

de un cuento caballeresco;

aunque el cuento ya no es fresco.

MAL. Mas decid, señor Maluenda,

¿estáis en casa de pie

siempre?

(Se sientan.)

MAL. Excusad el descuido.

CAP. Creo que os ha sorprendido

mi visita, y no hay por qué.

Vais a ver, si me escucháis;

que es la cosa más sencilla

del mundo.

MAL. Como en Castilla

no os creíamos...

CAP. Y estáis

en la verdad; apuesto

me han dado, y no hé estado mal,

lejos.

MAL. ¿Dónde?

CAP. En Portugal.

MAL. ¿En qué sitio?

CAP. En un convento.

MAL. ¿De qué ciudad?

MAL. De Coimbra. on
Por cierto que haciendo están
gran templo en él, y ya van
asentándole la cimbra.

Mucho podía ganar
allí un buen imaginario.

MAL. A tan lejano santuario,
¿cómo fuisteis a parar?

CAP. Cuando en la edad venidera
se ocupen de nuestras cosas,
han de encontrar muy curiosas
las cosas de nuestra era.

Veréis. El Encapuchado
me atrapé aquí, me llevó
al castillo, y me plantó
del patio en mitad, cercado
de todos los capitanes
rebeldes, sus compañeros;
conocidos caballeros

todos: el señor de Blanes,
Zúñiga, Quintana, Orduña,
Velasco el Comendador,

Castro, y por fin, el señor
Obispo don Luis Acuña!
Competente era el senado

para su intento; y así,
puesto delante de mí,
me dijo el Encapuchado:

«Os desarmé por sorpresa;
os voy, pues, a devolver
vuestra espada; mas va a ser
con la condición expresa

de que quedará el vencido
a merced de: vencedor,
como en un campo de honor

ante jueces mantenido.
«Aceptáis?» Dije que sí,
Yo pensaba ahorcarle a él;

conque era torta con miel
tal oferta de él a mí.
Antorchas nos encendieron

en los postes. Se veía
como si fuera de día;
y en el círculo que abrieron,
juramos fiar los dos

la liza, como cristianos,
al poder de nuestras manos
y a la voluntad de Dios.

Las suyas no tienen par,

e ignoro si le ayudó
Dios o el diablo; pero yo
me sentí el hierro sacar

del puño segunda vez
por aquel hombre, que alcanza
de Satanás la pujanza,

el brío y la rapidez.
Hombre soy, pero él es más.

Mi espada asiendo caída,
me dijo: «Tenéis la vida
en poder de Satanás;

mas vivid. La faz no os doy,
porque nunca de la cara
el disfraz que me enmascara

quito, y se ignora quién soy.
Mas vos sois mío. Os prohibo
volver espada a llevar,

ni en Juan ni en Ana pensar,
ni en otro que aún está vivo,
vuestro hermano don Miguel;

y estaréis pronto a acudir
adonde os ordenen ir.
algun día el diablo o él.

En cuanto mentó a mi hermano,
caí en que podía él mismo
serlo; pero fué un abismo

el hombre, y le sondeé en vano.
Del castillo nos salimos
por un subterráneo; a una

de caballo, él, el de Acuña,
y otros dos y yo, partimos
a Portugal; y dejádomos

bajo palabra enclaustrado,
en el convento me he estado
aburriéndome y callándome.

Mas una carta suscrita
por el diablo recibí,
en la cual me da hoy aquí

al toque de ánimas cita.
Dice: «En casa de Maluenda
os pondrá el diablo a la mano

vuestra espada y vuestro hermano.
Que lo explique quién lo entienda.
MAL. Os estimo, Capitán,
vuestra franca narración.

CAP. (a Juan). Ya veis cuál mi posi-
es con vos, maese Juan.
Por eso os he detenido.

Si os sorprende mi visita,

el diablo, que aquí me cita, nos dirá a lo que he venido.

JUAN. ¿Vendrá?...
CAP. Seguro; y es llano que uno solo son los tres; si el Encapuchado no es el diablo mismo, es mi hermano.

MAL. ¿Tal creéis?
CAP. No tiene vuelta; el diablo, o el millonario cuyo nombre hereditario es Rojas tras de Revuelta.

MAL. ¿No puede ser otro Rojas?
CAP. ¿Don Lope? No; estoy muy cierto Don Lope me hubiera muerto con una de las dos hojas.

Porque él debe de mi hermano los millones de guardar, y él o yo hemos de heredar de Miguel; conquie en la mano temiéndome, y a mansalva pudiendo cortarme el cuello, asiera por el cabello la ocasión, que no era calva.

MAL. Es un modo de pensar poco cristiano.
CAP. Mas es muy exacto, y al revés no me lo sé yo explicar.

Conste, pues, que yo he cumplido. Si falta ese personaje a la cita, aquí hospedaje tendréis que darme; os lo pido para esperarle, hasta que él venga o avise que no; porque no he de cejar yo ni el diablo ni a San Miguel.

MAL. Bravo hombre sois.
CAP. No es razón que crea el que me ha vencido por las armas, que ha podido achicarme el corazón.

Mas mucho tiempo se pasa, y yo, que cansado vengo...
MAL. ¿Tenéis apetito?
CAP. Tengo un poco.

MAL. Pues haréis en casa colación.

CAP. Cuanto antes fuera, fuera mejor.

MAL. Pues es cosa del momento. ¿Mariposa?

(Aparece Mariposa a la puerta.)
Sirve la cena.

MARIP. Ya espera separada de la lumbre.
MAL. Pues a la mesa.

(Se acercan a la mesa, y mientras el Capitán deja pasar a Ana, que estaba a la derecha, por delante de él, Maluenda aparta a Juan.)

Ea, Juan, que no entienda el Capitán tu miedo, o a pesadumbre tome tu hosquedad con él.

¿No te humilla el ver que él toma lo del diablo tan a broma?

JUAN. A saber yo que era aquel...
MAL. (interrumpiéndole).

Un hombre; recobra el brío.

(Maluenda, viendo que el Capitán se coloca en su sitio e indica el suyo a los demás. La silla del centro, que queda de espaldas a la puerta, es la señalada para el que ha de venir, y queda vacía. A la derecha, Maluenda. El Capitán, a su derecha, en el lado derecho de la mesa. A la izquierda del sitio vacío, Ana. En el lado izquierdo de la mesa, frente al Capitán, Juan. Cuando Mariposa sale a tiempo y coloca la sopera en la mesa, lo hace por el lado vacío de ésta, que es el que da al público, retirándose inmediatamente y habiendo dejado al salir abierta la puerta.)

Aquí, Capitán; allí tú, Ana; ahí, Juan, y aquí dejo este puesto vacío para él, si venir le place.

CAP. Sois un hombre, prebendado. Si él a la cita que ha dado falta, él sabrá lo que hace.

(Viendo que Juan permanece sombrío y mudo, dice aparte.)

¿Qué tendrá aún ese maneco? Pues por mi parte he cumplido;

mas si él no está convencido, comenzaremos de nuevo.)

(*Maluenda, que ha sorprendido la mirada del Capitán a Juan, dice al Capitán:*)

MAL. Tal vez a poca hidalguía tendrá el que no se le aguarde.

CAP. Llegar a tiempo no es tarde; pero antes, es cortesía.

MAL. Decís bien. Y aunque él, con cena puesta a su cita no invita,

suponer debió en su cita que se cena en Nochebuena.

MAL. ¡Bravo hombre sois!

CAP. Así soy; sus modos cada cual tiene.

MARIP. Sopa de almendra. (*Poniéndola.*)

CAP. La doy mi bienvenida; y si viene tarde el diablo, que no cene.

(*Se oyen campanas lejanas, lo mismo que en el fin del acto segundo.*)

JUAN. ¡Las ánimas!

ENCAP. (*Sale.*) Aquí estoy.

JUAN y EL CAP. ¡El es!

(*Todos en pie.*)

ESCENA ÚLTIMA

MALUENDA, JUAN, ANA, EL CAPITÁN, MARIPOSA y EL ENCAPUCHADO con la espada del CAPITÁN debajo del brazo, y sin la suya en el cinto.

CAP. Antes de llevar bocado alguno a la boca,

mis cuentas a mí me toca con vosotros ajustar.

MAL. ¿Antes? ¿Nada hay que nos fie con vos ni aun breves instantes?

ENCAP. No; mas se arreglarán antes de que la sopa se enfríe.

MAL. ¿Tanta prisa?...
ENCAP. Hoy a mí Dios

el mundo social me cierra y no puedo hoy en la tierra

dejar cuentas de mí en pos.

MAL. Mas quienquier que podáis ser, podréis nuestra mesa honrar.

ENCAP. No puedo asiento tomar ni a mesa puesta comer.

MAL. ¿Quién sois, pues?
ENCAP. Un acreedor.

Tengo una firma de Juan, y tengo del Capitán una palabra de honor.

MAL. Y prontos están a hacer honor a firma y promesa;

mas quien les da tanta prisa para ello, querrán saber.

CAP. Yo sí.

JUAN. Y yo.

ENCAP. Ya lo sabréis. (*A Maluenda.*)

Vos, que ha un año en nuestro hogar a su diablo familiar

no veis, quién soy bien sabéis.

MAL. Yo de vos sé historias cojas ciertas, por lo que de vos me ha dicho Lope de Rojas.

ENCAP. Lope de Rojas su casa por mí os confió, y sujeto

estáis a guardar secreto de lo que en su casa pasa.

Lope fué quien ideó al diablo el encargo dar

por Ana y Juan de velar, y por él les velé yo.

De ello sabe alguna cosa, aunque al secreto sujeta,

le guardó bien, la discreta y avispada Mariposa...

Por él, con infernal taeto, de oro en su febril afán,

oblué conmigo a Juan ha un año a firmar un pacto;

Por él tras Revuelta di, le cogí y le desarmé,

y está, por palabra y fe de hidalgo, sujeto a mí.

CAP. Y he cumplido como tal; mas a ver estoy resuelto

por qué os presentáis envuelto en un misterio infernal.

JUAN. Y yo, si sois sólo un hombre,

decidido a demandaros
por qué os plugo presentaros
a mí con tal faz y nombre.
¡Me habéis dado un año entero
de afán!

ENCAP. Justa punición
de vuestra superstición
y de la sed de dinero.

Mas ¿dijeros quién era yo?
Vida y honra me debéis,
y negarme fe podéis,
agradecimiento no.

Mas hoy, que cargos a hacer
vengo, y cuentas a cerrar,
punta ni hoja ha de quedar
por asir ni por volver.

CAP. ¡Pues no hay pocas puntas suel-
ni por volver pocas hojas!
Sudaréis si andan los Rojas
revueltos con los Revueltas.

ENCAP. Todas las hojas y puntas
por volver y por atar,
os las vengo yo aquí a dar,
Capitán, vueltas y juntas.

Y no será culpa mía
si al juntar puntas y hojas,
los Revueltas y los Rojas
no se juntan todavía.

CAP. Pues empezad a coger
y a volver puntas y hojas,
y empecemos por los Rojas.

ENCAP. ¿Qué de ellos queréis saber?

CAP. Lo que han hecho de mi herma-
[no.]

ENCAP. Le educaron de manera
que no supiese quién era.

CAP. Y ¿han hecho de él un villano?

ENCAP. No, sino un hombre leal,
que no sabiendo quién es,

no tiene odio ni interés
contra la raza rival.

Un hombre que es constituyo
con los Rojas en concordia.

Un hombre en quien la discordia
de vuestras razas concluye.

Y hombre de alma tan templada
y de mano tan ligera,

que de la vuestra pudiera
volver a arrancar la espada.

CAP. ¿Sois?...
ENCAP. No; es, en vez de un vi-
un Revuelta caballero [llano,
que a una Rojas, no el primero,
sí el más leal, dió su mano.

CAP. ¿Está unido en matrimonio
con una Rojas?

ENCAP. Que le hace
muy feliz.

CAP. Pues ese enlace
le ha de haber hecho el demonio.

ENCAP. Él fué, mas de Dios en nom-
Dios un diablo envió a la tierra,
vuestra fratricida guerra
para acabar en ese hombre.

Don Lope casó a su hermana
con don Miguel, vuestro hermano,
para ahogar vuestro odio insano
en aquella unión cristiana.

Es un lazo hecho ante Dios;
los hijos que nazcan de él,
nacerán de odio sin hiel,
mejores que Lope y vos.

CAP. Tanto a don Lope mentáis,
que, por lo que se barrunta,
el tal don Lope es la punta
que más por coger bregáis.

¿Qué es de él? Acabad.

ENCAP. Ha muerto
para el mundo, Capitán,
y aunque amplio perdón le dan,
que vuelva a luz es incierto.

Don Lope absuelto no puede
ser, si no se reconcilia
con vos de odio de familia,
sin que átomo alguno quede.

CAP. Por vos vencido, acepté
las condiciones impuestas
allí; mas nuevas son éstas
que cómo tomar no sé.

ENCAP. Tomadlas como cristiano,
Capitán, y sólo así
podrá comprenderme aquí
vuestro corazón mundano.

CAP. Hablad, pues.

ENCAP. (bajando al proscenio).
Oídmelos todos:

Lope de Rojas, forzado
tomó eclesiástico estado;

mas por tan bárbaros modos
vejado fué y perseguido
por un partido contrario,
que un día tiró el Breviario,
y tomó espada y partido.
Y ¡no hay nada que más vil
y sanguinario al hombre haga,
ni hay peste, tósigo o plaga,
como la guerra civil!

Los más nobles caballeros,
al ir en bandos partidos,
se transforman en bandidos
y andan como bandoleros.

La guerra civil maldita
quita el juicio al más prudente,
torna en fiera al que es valiente,
hijos a la patria quita,
pervierte las almas buenas,
corrompe los corazones,
envenena las pasiones
y hace de los hombres hienas,
Lope de Rojas, lanzado
en ella por odio ruin
de familia, fué por fin
por el Papa excomulgado.
Mas un día se espantó
de sí mismo, y penitente,
paz perpetua entre su gente
a establecer se obligó.

El oro, que ya le sobra,
emplea un templo en hacer;

(Al Capitán.)

vos habéis podido ver
allá en Portugal su obra.
Mas no puede en sociedad
volver a ocupar su puesto,
si deja en su raza el resto
más leve de enemistad.
Si vos, corazón mundano,
vaso de odio y de altivez,
no comprendéis esta vez
su modo de obrar cristiano,
yo, que por él os venci

y la mano os desarmé,
desarmado os llevaré,
mientras viváis, tras de mí.
Y si vuestra enemistad
dura lo que vuestra vida,
¡que Dios a vuestra alma pida
cuentas en la eternidad!
¿Perdonáis?

CAP. Sí; porque al cabo,
según sois de pertinaz,
creo que seréis capaz
de venderme por esclavo.

ENCAP. (a Juan.) A vos, mozo, [destigo
fué del pacto entre los dos;
ved lo firmado por vos,
(Le da un escrito.)
y ved si os venís conmigo.

JUAN (lee). «Por el dote de doña Ana
que recibo hoy de un extraño,
me obligo de hoy en un año
a ir a tierra lusitana,
y de un templo de Coimbra
la imaginaria a hacer,
cuando estén para poner
a su bóveda la cimbra.»

JUAN Y ANA. ¡Oh!

ENCAP. Capitán, vuestra mano
La espada os va a ser devuelta
por don Miguel de Revuelta
y Rojas.

CAP. ¿Sois vos mi hermano?

ENCAP. No, Capitán.

CAP. Pues ¿quién?

ENCAP. Ese,
el marido de doña Ana
Rojas de Revuelta, hermana
de don Lope; y porque cese
el público puntas y hojas
de recoger, y dar vueltas
entre Rojas y Revueltas,
yo soy don Lope de Rojas.

(Se quita el antifaz y cae el telón.)

PILATOS

DRAMA RELIGIOSO-FANTÁSTICO EN TRES ACTOS ³¹

PERSONAJES

PILATOS, procónsul de Judea.
 FIDELIA.
 ISAAC.
 MARCO TERENCIO.
 PROCÚLA.

SIRO, esclavo.
 UN CENTURIÓN.
 DOS ESCLAVOS GRIEGOS, ESCRIBIENTES
 DEL PROCÓNSUL, JUDÍOS, ESCRIBAS
 FARISEOS, LEGIONARIOS.

La escena de los dos primeros actos en Jerusalén, año 33 de N. S. J. C. La del tercero, diez años después.

Nota.—En atención al papel fatigoso de Pilatos, los versos marcados con comillas pueden suprimirse en la representación.

ACTO PRIMERO

LA LEY JUDÍA

Habitación en el Palacio Pretorial de Jerusalén. En el fondo, la galería o peristilo donde administraba justicia el Procurador romano, y que las tradiciones cristianas llaman el balcón de Pilatos: su balaustrada, que se supone dar sobre la plaza del pretorio, sirve de límite a la escena. Este peristilo, dividido en tres intercolumnios, está cerrado por largos y plegados cortinajes, que cuando se descorren dejan ver las columnas exteriores del peristilo y parte del caserío de la ciudad. Mesa de piedra con tabletas y sfilos, Puertas a derecha e izquierda. La decoración, cerrada por los cortinajes, no debe llegar más que hasta la segunda caja, para que cuando Pilatos habla en la galería, que debe ocupar sólo la caja del segundo al tercer bastidor, no quede fuera de la escena.

ESCENA PRIMERA

PILATOS aparece, SIRO sale

SIRO. Un viajero romano en este ins-
 [tante
 del pretorio ante el pórtico se apea,
 hablarte demandando.

PILATOS. ¿Mensajero
 de Roma?

SIRO. No lo ha dicho.

PIL. ¿Qué apariencia
 trae?

SIRO. De noble Quirite.
 PIL. ¿Dió su nombre?

SIRO. Marco Terencio.
 PIL. Ve, no le detengas

que suba al punto. ¡Aquí Marco Terencio!
¿Qué sucederá en Roma?

ESCENA II

PILATOS y MARCO TERENCIO, conducido
por SIRO

TERENCIO. ¡Poncio!

PIL. Llega
a mis brazos, Terencio; y bien venido
tal amigo a mi hogar mil veces sea.

(Se abrazan.)

¿Qué traes? ¿Adónde vas? ¿De dónde vienes?

TEREN. Sueño y cansancio: torno a
Roma: vuelta

he dado a Siria, y vuelvo a Palestina,
de ti y de allá a saber y a darte nuevas.

PIL. ¿Te detendrás aquí?

TEREN. Dos o tres días.

PIL. ¿Tan pocos?

TEREN. Y aun son muchos:
[me dan prisa

para que vuelva a Roma.

PIL. De ella hablemos.

TEREN. Después: estoy rendido.

PIL. Siro, apresta

las cámaras que dan a los jardines;
prepara baño, ropa, lecho y cena.

ESCENA III

PILATOS y MARCO TERENCIO

PIL. Esperar van a hacerte mis esclavos

muy poco: mas dime algo: hablemos bien-
¿Qué es lo que pasa en Roma?

TEREN. Que Tiberio
se ha transformado en la vejez en hiena.
La delación en Roma es como el aire,
que sin alas ni pies doquier penetra,
y todos los romanos, con Tiberio
tenemos en el aire la cabeza.

PIL. ¿Y Seyano?

TEREN. Por fin perdió la suya.

PIL. ¿Cómo?

TEREN. «A las manos de la augusta fiera.

PIL. «¿Y nosotros, que fuimos sus ami-
que somos sus hechuras?...» [gos,

TEREN. «Tú no cuentas
por nada: estás muy lejos; nadie sabe
que lo fuiste: si hay alguien, no se acuerda
de ti, en sí por pensar; porque el que vive
hoy en Roma, en sí mismo sólo piensa.
Por mi influencia aquí te envié el Senado
y en él te sostendré mientras la tenga.

PIL. «Mas si, según colijo, fugitivo
de Roma estás...

TEREN. «Salíme por prudencia
y a sondar las provincias: porque el mons-

[truo
poco ya ha de vivir: con él en tierra

va a dar, nutrida por sus torpes vicios,
una incurable enfermedad, y brega

con la muerte por fin: hay quien la aguar-
[da,

»y hoy en Roma por eso a mí me esperan.
»Voy a alcanzar la nave que hacia Ostia

muy pronto en Ascalón se hará a la vela.
Ahora escucha algo tú de lo que Roma
y el Procónsul de Siria de ti piensan.

PIL. Habla.

TEREN. Te acusan de impiedad y
[escándalo.

PIL. ¿Por qué?

TEREN. Se sabe que en tu casa
[albergas

una mujer que sacrificios no hace
a los dioses de Roma. ¿Es una hebrea?

PIL. Es un secreto de familia.

TEREN. Dicen
que es una ninfa de sin par belleza.

PIL. Es lo que es, y el secreto es de mi
[madre,

no de Estado: a éste, pues, no le interesa;
yo a mi madre adoré como a una diosa,
y es para mí sagrado cuanto es de ella.

TEREN. Es decir...

PIL. Que obligarme a re-
[velarlo

podrá no más una razón suprema.

TEREN. Basta.

PIL. ¿Qué más?

TEREN. Te acusan de avaricia.
PIL. Contra esa acusación tengo mis
[cuentas;

en cuestiones de números no hay, Marco, más que un juez infalible: la aritmética.

TEREN. Pues creen que te has enriquecido.

PIL. Tengo, desde que la heredé, la exigua herencia que dió Augusto a mi padre en Tarragona, en el postrer reparto que de tierras hizo allí, tras su triunfo de Cantabria, donde diz que mi padre hizo proezas. Tengo allí un olivar y unos viñedos donde morir sin hambre ni opulencia, en una torre que la mar domina como un faro sin luz sobre una peña.

TEREN. De ser severo por demás te [acusan.

PIL. Los hebreos, Terencio, nos detestan: [tan:

pagan sólo a la fuerza los tributos, y les fuerzo a pagar porque no deban.

TEREN. «Dicen que les esquilmas, les [azotas,

»y tu justicia en ellos se ensangrienta.»

PIL. «Limpias están mis manos de oro [y sangre;

»aun no he dado de muerte una sentencia.»

TEREN. Que envías más de lo que debes [dicen.

PIL. Las multas pertenecen a las rend del estado también. [tas

TEREN. Pero te excedes.

PIL. Procurador de Roma «en la Ju [dea,

»si por Roma procuro ¿en qué delinco?

»Si la envío de más ¿de qué se queja?

TEREN. «Roma pide lo suyo.

PIL. «Y pide siempre;

»y yo siempre la doy; ¿por qué pide ella?

TEREN. «Dicen que no eres cauto ni [político,

»que no contemporizas, que toleras, que se hable, y se perore, y se propalen ideas levantiscas.» ¡Vive alerta!

De un Mesías hablar por todas partes he oído al cruzar la Galilea.

PIL. ¿Te dijeron su nombre?

TEREN. Jesús.

PIL. Ese

a Roma no ha de ser el que dé guerra.

Un hombre inofensivo, un varón simple, que predica la paz y la paciencia. Lo sé por las mujeres de mi casa que le van a escuchar.

TEREN. ¿Y tú las dejas?

PIL. ¿Por qué no? Aquí no hay circos [ni teatros,

y es menester que en algo se diviertan las mujeres.

TEREN. «¡Cuidado! Las que escuchan aprenden: las que saben, devanean »y se rebelan. Poncio, ir no las dejes.

PIL. «Desde que van, son mansas como [ovejas

»las de mi casa, Marco; y van de incógnito »en velos espesísimos envueltas,

»y me sirven de espías: cuando vuelven, »todo cuanto allí ven y oyen me cuentan.»

TEREN. Y ¿quién es él?

PIL. Un simple Nazareno que con utopías inocentes sueña:

fraternidad universal: el mundo, feliz por el amor, en paz perpetua;

sólo un Dios y una ley y una familia en todo el universo.

TEREN. Grande idea si se pudiera realizar.

PIL. Ves, Marco, que en oír a Jesús muy poco arriesga Roma: y no obstante...

TEREN. ¿Qué?

PIL. Que hacia ese justo hay algo que atrayéndome me inquieta.

TEREN. ¿Por qué?

PIL. Porque es el blanco de la ira de la hipócrita raza farisea

y el sacerdocio, que jamás perdona al que ciego a sus pies no se prosterna.

TEREN. «¿Y ese?...

PIL. «Su falsa devoción, en cara »y su virtud hipócrita les echa,

»con sátira finísima y parábolas »que el aura popular les enajenan.»

Ya han venido dos veces a pedirme para prenderle a sin razón licencia.

TEREN. Déjasele prender.

PIL. Y son capaces, si otro modo no ven de que enmudezca, de matarle.

TEREN. ¿Podrán a tal extremo llegar sus religiosas controversias?

PIL. Sí, que aquí sobre el crimen religioso lanza su ley de muerte el anatema.

TEREN. Si por su ley le prenden y le según su religión, ¿qué te interesa? Déjasele matar.

PIL. Es que no pueden sin la sanción de Roma.

TEREN. Pues acuérdate.

PIL. Es que su crimen ideal no es crímen ante el romano código.

TEREN. Pues niegala.

Protégela. *(Sale Siro.)*

PIL. Eso pienso. Pero de esto hablaremos más tarde. Ya te espera Siro, a tu habitación para guiarte. Tus abluciones haz; yo iré en la mesa después a acompañarte, y una noche a augurararte feliz.

(Vanse Terencio y Siro. Pilatos les acompaña hasta la puerta izquierda del fondo. Aparece Isaac por la derecha proscenio, levantando la cortina y espiando un momento. Pilatos lo siente y dice:)

PIL. ¿Quién es?

ISAAC. Yo.

PIL. Entra.

ESCENA IV

ISAAC y PILATOS

PIL. ¿Qué traes?

ISAAC. Te vengo a decir algo que debes saber.

PIL. En tal supuesto, a mi ver, pudiste ahorrar el venir.

ISAAC. Contigo amistad antigua me da franqueza y derechos.

PIL. Comienza a ser en sus hechos tu amistad un poco ambigua.

ISAAC. Tuya es la culpa.

PIL. ¿Por qué?

ISAAC. A Fidelia te pedí.

PIL. ¿Y te has vuelto contra mí porque yo te la negué?

ISAAC. Me la niegas sin razón.

PIL. Que es mi secreto te he dicho.

ISAAC. Pues yo la amo.

PIL. Por capricho, que irrita mi oposición.

ISAAC. Me lo dijiste otra vez.

PIL. Te conozco desde niño.

ISAAC. En mi corazón cariñoso nadie sembró en mi niñez.

PIL. ¿Y tu deber y amistad rompes por esa mujer?

ISAAC. Dámela.

PIL. No puede ser.

ISAAC. No es razón.

PIL. Pero es verdad.

ISAAC. No lo creo. ¿Qué hay que ar- ¿Qué habrá que la impida ser [guya? o mi sierva o mi mujer?

¿Qué es en tu casa? ¿Qué es tuya?

PIL. Es lo que es, y no sigamos hablando de ella.

ISAAC. Es preciso, pues vine a darte un aviso que la concierne.

PIL. Veamos.

¿Cuál es?

ISAAC. ¿Sabes dónde están Prócula y Fidelia?

PIL. Sí.

ISAAC. Pues desde que van allí, por más que encubiertas van, su conducta te somete a la crítica, decae tu prestigio, odios te atrae, y en suma, te compromete.

PIL. ¿Con quién?

ISAAC. Con el pueblo hebreo primero; y si éste al Senado de ti se queja indignado, con él también...

PIL. Isaac, veo que hosco e ingrato conmigo, mal mis beneficios pagas; por mal, empero, que me hagas, yo debo obrar bien contigo.

ISAAC. ¿Por qué?

PIL. No importa por qué sólo una razón suprema podrá mi amistad extrema romper.

ISAAC. ¿Por qué?

PIL. Yo lo sé.

ISAAC. Pues bien, a insistir me atrevo en que ignoras algo.

PIL. ¿Qué?

ISAAC. Que, de tu peligro ajeno, y con Prócula dejas ir

a Fidelia, y van a oír

de incógnito al Nazareno.

Para hacerte impopular

y odioso en Jerusalén,

basta con que mires bien

al que la viene a insultar.

De tu mujer la asistencia

a oír su predicación,

prueba es de tu protección

o al menos de tu indulgencia.

Por más que a ellas en poco

y a ti te tengas; por más

que el pueblo y puesto en que estás

olvides, si no estás loco,

nadie habrá que me convenza

de que se lo has permitido

tú; y las he reconocido

con escándalo y vergüenza.

Allí están, Poncio, escuchando

al seductor Galileo,

que a la fe del pueblo hebreo

atenta, y se forma bando.

Allí están entre sus ciegos

discípulos, con la hez

de la plebe más soez

de egipcios, sirios y griegos;

y a pesar de su disfraz,

las reconoce la gente;

y como forzosamente

a ese profeta falaz

tendrás al fin que prender...

PIL. Yo no. *(Con firmeza.)*

ISAAC. Lo autorizarás,

que es lo mismo, y no querrás

complicar a tu mujer

en la causa de ese impío.

PIL. Cuya impiedad lo es, según

vuestro código, y común

no nos es: yo tengo el mío.

ISAAC. Argües bien, mas no esquivas

la cuestión; pues te prevengo

que a fijar de un pacto vengo

las bases definitivas

contigo; y ten bien presente

que la teocracia judía

te habla por la boca mía.

PIL. ¡Ah!

ISAAC. La Judea creyente,

su raza sacerdotal,

todo lo que contribuye,

vale, puede y constituye

de un pueblo el núcleo social,

tiene por incompatible

con Judá y su religión

la impía predicación

y la crítica insufrible

de ese osado Nazareno,

que intenta al pueblo elevar

y las razas igualar;

y que osando en nuestro seno

buscarnos el corazón,

escudriña e interpreta

nuestra intención más secreta,

nuestra más leve opinión.

PIL. Esa es cuestión de doctrina

nada más, no es un delito.

ISAAC. ¡Sí en Judá; grande, inaudito:

lesa majestad divina!

PIL. ¡Hipócritas fariseos!

Su crimen es que os conoce.

ISAAC. Y es el que tu amparo goce

el tuyo ante los hebreos.

PIL. ¿Qué es lo que quieres decir?

ISAAC. Quiero decirte, que estás

jugando con fuego, y vas

lo que exijo de ti a oír.

A Jesús has de prender,

a quien queremos juzgar,

y a Fidelia me has de dar

por esclava o por mujer.

He aquí clara la cuestión.

PIL. Pues que la quitas la cáscara

dorada y tiras tu máscara,

he aquí contestación.

A nadie prender haré

sin pruebas de criminal,

y ni por bien ni por mal

a Fidelia te daré.

ISAAC. ¿Por qué hablarla no me dejas

nunca? ¿Que tiene no sabes

de su corazón las llaves
la mujer en las orejas?

PIL. Porque Fidelia no es
mujer, como las mujeres
vulgares.

ISAAC. Porque no quieres,
o la quieres tú.

PIL. No des
vueltas al secreto mío.
Basta que te diga yo:
no puede ser.

ISAAC. ¿Por qué no?

PIL. Porque no, y basta, judío.

(Pausa.)

ISAAC. Pues si tal camino toma
la cuestión y es de pelea,
luche el león de Judea
con las águilas de Roma.

PIL. ¡Insensato! ¿Morir quieres?

ISAAC. Tú, que al pueblo no conoces
que gobiernas.

PIL. No des voces.
Venir siento a las mujeres.

ISAAC. Una idea. ¿Me permites
hablar con ella?

PIL. En cuanto entre.

ISAAC. La puerta puede que encuentre
de su alma.

PIL. ¿Que me la quites
crees que temo? La hablarás.

ISAAC. ¿A solas?

PIL. Sí.

ISAAC. ¿Sin escuchas?

PIL. Ni testigos: mas que luchas
con lo imposible verás.

(Salen Prócua y Fidelia con mantos ju-
díos; su traje de debajo será romano. Al
ver a Isaac se detienen indecisas.)

ESCENA V

DICHOS, FIDELIA y PRÓCULA

PIL. ¿Qué os detiene?

FID. ¿Isaac aquí?

PIL. Aquí Isaac, que me ha venido
a decir dónde habéis ido.

PRÓC. ¿Siguió nuestros pasos?

ISAAC. Sí,

escándalos por preveer.

FID. Siempre en pro de la moral.
ISAAC. Donde estaba, estaba mal
de Pilatos la mujer.

PIL. Fidelia, Isaac me ha pedido
para hablarte aquí licencia,
y se la he dado.

FID. Obediencia
te debo, y obedecido
serás.

PIL. Prócua, Terencio
es nuestro huésped: hagámosle
grata esta casa y sirvámosle
como quien es.

PRÓC. Mas... (Señalando a Isaac.)

PIL. ¡Silencio!

ESCENA VI

FIDELIA e ISAAC

FIDELIA. ¿Qué me tienes que decir,
Isaac?

ISAAC. Pues eres mujer,
bien lo debes comprender,
¿o es que lo quieres oír?

FID. Mujer soy sin duda alguna,
pero por ser como soy,
no habrás hallado hasta hoy
como yo mujer alguna.

ISAAC. Con que tengas corazón
con instintos de mujer,
la que yo adoro has de ser
con ninguna en parangón.

FID. No sé cómo así te atreves
a blasfemar; porque creo
que al Sumo Dios, siendo hebreo,
adoración sólo debes.

ISAAC. No arguyas como Pilatos,
cuyas argucias detesto.
Yo te adoro.

FID. Isaac, ¿qué es esto?
¡Estás loco!

ISAAC. Empiezo a ratos
a estarlo por ti. ¡No sabes,
no te lo han dicho mis ojos
que te amo!

FID. Me das enojos
con tal principio: no acabes,
si de tu amor solamente

para hablarme aquí me llamas:
ya lo sé, Isaac, que me amas,
mas sabes que inútilmente.
¿No te ha dicho Poncio ya
que no era yo para tí?

ISAAC. Es que nunca lo creí,
es que imposible será
que lo crea, aunque tú misma
me lo digas por tu boca:
es que creo que estás loca
diciéndomelo, y me abisma
tu fatal declaración,
en desesperación tal,
que a ambos a sernos fatal
va mi desesperación.

Escucha: yo en la mujer
no vi, hasta que llegué a verte,
más que la escultura inerte
sobre mi alma sin poder;
y embebido en pensamientos
que juzgué de más valor,
jamás probé del amor
los goces ni los tormentos.
Pero desde que te vi,
latir sentí al corazón,
cegué y perdí la razón
y no pienso más que en ti.

*Tu amor es la única base
de mi ser: mi lengua emplea
para expresar toda idea
*tu nombre por toda frase.
*La luz ante mí ilumina
únicamente un objeto,
que es tu imagen; y sujeto
a su visión, me fascina
y absorbe de tal manera,
que en mi incesante mareo,
por doquier tu imagen veo
*no más en la tierra entera.
*Tú te adhieres y asimilas
a cuanto alcanzo a mirar,
y no me puedo quitar
tu imagen de las pupilas,
*Cierro los ojos, y sigo
viéndote del mismo modo:
*porque eres mi ser, mi todo,
vives en mí, vas conmigo.
*Porque desde que te vi
te he dado mi corazón;

cegué y perdí la razón,
y por ti vivo y no en mí.
Mas ni vivo ni sosiego,
ni de vivir hallo modo;
porque lo aborrezco todo
por ti, y me abraso en el fuego
de celos tan suspicaces
y fieros a extremo tanto,
que tengo celos de cuanto
miras, tocas, dices y haces.
Tengo celos del ambiente
que con tu aliento respiras;
del espejo en que te miras,
y del agua de la fuente
que bebes, y de la tierra
que te sostiene y que pisas,
de la luz y de las brisas,
y de cuanto el mundo encierra
que pueda hasta a ti llegar:
y vivo en esta agonía
esperando que seas mía...
y me canso de esperar.

FID. Pésame, y bien se me alcanza,
que se te haga el tiempo largo:
esperarás, sin embargo,
hasta perder la esperanza.
Isaac, doma tu pasión
y no pienses más en mí;
yo no tengo para tí
amor en el corazón.

Mi amor es incompatible
con el que tú me propones.

ISAAC. No discutas, no razones
con mi amor.

FID. Que es imposible.

ISAAC. «No me arguyas, no me atajes,
oye y no me desesperes:
yo soy uno de esos seres
cuyas pasiones salvajes
nada extingue ni sofoca,
que ardientes volcanes son
cuya forzosa explosión
siempre hay fuego que provoca.
Para el volcán de mi amor
no hay obstáculo ni valla:
mi amor es rayo que estalla
sin un trueno precursor,
y una vez que se desate
de la nube que le encierra,

«es forzoso que en la tierra
no te ilumine o te mate.»
Escucha: sé mi mujer,
y la más rica y altiva
no podrá, mientras yo viva,
más que tú dichosa ser.
Conóceme como soy:
yo por ti lo puedo todo:
ámame, y de cualquier modo,
todo entero a ti me doy.
Tengo la fe de Judá,
he vivido dando ejemplo
de buen creyente en el templo:
en Jerusalén no hay ya
quien con mi influjo compita:
mas nada hay que no atropelle
por ti: mándame que huelle
mi fe hierosolimita,
y sacrilego y perjuro,
por ti fe y templo abandono.

FID. ¡Blasfemo!

ISAAC. Tengo en mi abono
este amor ciego, en lo oscuro
de mi corazón nutrido:
único, fiel, solitario,
como la luz de un santuario
en él hasta hoy escondido.

FID. ¡Me espantas!

ISAAC. Pues ser hebrea
no puedes, ni ser pagana,
criatura más que humana,
partiremos de Judea.
Tengo un inmenso tesoro;
y con amor tan profundo,
nuestra patria será el mundo:
irás derramando el oro
por él: yo te haré que vuelles
y que la gloria te siga,
por tierra en áurea cuadriga,
por mar en áureos bajeles.
Irás donde se te antoje:
donde te plazca estaremos,
y aquel lugar dejaremos
en el punto en que te enoje:
y si te place eclipsar
la opulencia cortesana
de la capital romana,
a Roma iremos a dar.
No habrá capricho ni antojo

que en Roma no satisfagas;
nadie hará lo que tú hagas;
ídolo, envidia y enojo
serás de hombres y mujeres:
degollarás gladiadores
en los circos, y entre flores
vivirás y entre placeres;
y los más nobles romanos
se matarán en sus luchas
por una de tus babuchas,
por una flor de tus manos.
Así te amo; así te doy
de un monarca la fortuna:
ámame, y mujer ninguna
irá a par tuyo desde hoy.

FID. Duéleme la desventura
de tal pasión y existencia
tal, Isaac: mas tal demencia
extirpar sin mí procura.

Yo tengo otros pensamientos,
otro anhelo, otros instintos,
de los tuyos tan distintos,
que no hay acomodamientos
posibles entre los dos.

Yo tengo otro amor profundo,
grande, inmenso como el mundo,
infinito como Dios.

ISAAC. ¡Amas!

FID. Con pasión divina
que de alma fruición llena
todo mi ser, que enajena
mi espíritu, que domina
mi voluntad; de tan alta
aspiración, que su aliento
sube a buscar en el viento
donde a la alondra le falta.

ISAAC. ¡Tú amas!

FID. Sí; mas no te asombres
el amor que yo atesoro,
no necesita del oro
ni del amor de los hombres.
Guarda tus áureos bajeles
y tus ebúrneas cuadrigas,
para mujeres amigas
de tan vanos oropeles.
Haz a las damas romanas
y a las doncellas hebreas
tus joyas y tus preseas
lucir en fiestas paganas.

Llévalas entre oro y flores
de esencias a verter pomos,
y a ver en los hipodromos,
matarse a los gladiadores;
y echa a los viles romanos
por premio en sus fieras luchas,
las perlas de sus babuchas
y las flores de sus manos;
mas con Fidelia no cuentas
ni por amor ni por miedo;
y pues amarte no puedo,
con ofertas no me tienes.
El amor que en mí se encierra
se nutre de su fe santa;
su vista al cielo levanta,
su pie no apoya en la tierra.
Yo amo a un espíritu puro,
de quien es templo y palacio
el domo azul de ese espacio,
del edén pórtico y muro;
y es su impalpable cortina
el pabellón de reposo,
donde me guarda un esposo
la Jerusalén divina.
Así amo, y así me doy
entera a mi amor celeste...
¿Qué tiene que ver con éste
el que tú me ofreces hoy?
ISAAC. Mal reprimiendo el coraje
que oyéndote me sofoca,
he escuchado de tu boca
el misterioso lenguaje:
mas en él de ese amor místico
que acaricias en tu seno,
conozco del Nazareno
el tono característico.
Amas... sin saber a quién
tal vez: mas mal de tu grado,
vas a ver hoy de tu amado
lo que hace Jerusalén.
FID. ¡Qué hablas!
(*Espantada, volviendo de su exaltación mística a la realidad de la vida.*)
ISAAC. Te he dicho que soy
en Judea omnipotente:
o amor... u odio..., prevenste;
mi poder vas a ver hoy. (Vase.)

ESCENA VII

FIDELIA

La más débil criatura
me ahogaría con la hebra
más sutil. Se me figura
que he pisado una culebra
sin sentir la mordedura.
Tengo miedo a comprender
lo que ha querido decir:
tengo miedo de saber
dónde y cómo puede ir
a probarme su poder.
¡Mas cada instante fugaz
que trascurre, me amedrento!
¿De qué puede ser capaz?
¿Cuál puede ser el intento
que lleva en su alma falaz?
¿Qué me ha dicho? ¿Qué le dije?
¿Por quién impulsada hablé?
¿Qué espíritu me dirige?
¿Qué he hablado? ¡Yo no sé
lo que me espanta y me aflige
tanto ahora! ¡Tengo miedo!
¡Poncio! ¡Prócula! ¡Favor!

ESCENA VIII

FIDELIA, PRÓCULA y PILATOS

PRÓC. y PIL. ¿Qué tienes?
FID. ¡Miedo!
PIL. ¿De quién?
FID. De Isaac.
PIL. ¿A qué se atrevió?
FID. A nada aún: mas me aterra
lo que va a hacer.
PIL. ¿De su amor
no le has hecho desistir?
FID. En odio se transformó.
PIL. ¿A quién?
FID. ¡A ÉL, a mí, a vosotros,
al mundo, a su Criador!
¡He despertado una víbora!
¡He pisado un escorpión!
PIL. Mas ¿qué te dijo?
FID. No sé.
PIL. ¿Qué le dijiste?

FID. En mí habló un nuevo ser, un espíritu que da al mío una impulsión desconocida, que alumbraba con un nuevo resplandor mi inteligencia, a quien siento latir en mi corazón.

PRÓC. y PIL. ¡Fidelia!

FID. *Creo que el mundo cambia de faz: que otro sol va a lucir sobre la tierra: que una regeneración de la raza humana va a efectuarse. ¿Qué sé yo lo que le dije?... Lo que él me dijo es lo que pavor me da.*

PIL. ¡Mas qué fué? ¿Deliras? ¿Cuál es de tu exaltación extraña la causa incógnita? ¿Qué filtro a beber te dió? ¿Con qué sortilegio pudo trastornarte la razón de tal manera? Fidelia, cálmate: lo que pasó cuéntanos. ¿Qué temes de él?

FID. Todo: yo siento el terror que sentiría si hallara en mí apositado un león.

PIL. Es el león de Judá a quien Roma embozaló. No le temas.

FID. ¡Ay! *(Viendo a Isaac.)*

PIL. ¿Qué?

FID. ¡Mirale!

(Pilatots se vuelve y va a Isaac, que sale seguido de varios judíos, fariseos y escribas.)

ESCENA IX

DICHOS, ISAAC y JUDÍOS

PIL. ¿Qué traes?

ISAAC. La orden de prisión del Nazareno; sanciónala y cúmplala.

PIL. ¿Quién la dió?

ISAAC. El Sanhedrín, tribunal

competente, guardador de nuestra ley: corresponde ponerla en ejecución a tus soldados.

PIL. Su guardia tiene el templo: que favor os dé la del municipio judío: porque ni son mis legionarios sayones, ni Roma aquí se abrogó derecho para juzgar delitos de religión.

ISAAC. Su crimen es doble: dijo que era Rey e Hijo de Dios; y no hay más rey que Tiberio, y es sacrilego y traidor, y a Roma toca prender a un reo de alta traición.

PIL. ¡Ah, víbora! ¿Esa me urdiste?

ISAAC. No discutas: ¿sí o no?

Si no le prendes, le amparas, y de su conspiración eres cómplice, y con él vas contra el emperador.

PIL. ¡Ah, vill!

ISAAC. Es un buen dilema: o él o tú, o tú o yo.

FID. ¡Sálvale!

(Echándose a sus pies, una a cada lado, y cogiéndole cada una de una mano.)

PRÓC. Si no le salvas, no cuentas con el amor de tu mujer.

ISAAC. Los oídos cierra prudente a la voz de las sirenas.

PIL. No escucho más que la de la razón y la justicia.

ISAAC. Medítalo.

¿Nos das tus soldados?

PIL. *(Con fuerza).* No.

ISAAC. Yo te haré ceder.

PIL. De Roma legado y procurador, yo soy quien ante las leyes te hará cejar.

ISAAC. *(Con desprecio).* Vámonos. *(A los judíos.)*

Nosotros le juzgaremos,
y al fin tendrás tu sanción
que darnos.

PIL. No.

ISAAC. Sí, y darás
después al emperador
tu cabeza. ¿Tiemblas? Esa
es, esa la posición
a que te he traído.

PIL. ¡Vete,
vete pronto!

*(Quiere arrojarle sobre él, las mujeres le
sujetan.)*

ISAAC. Ya me voy...
pero volveré. *(Vase y vuelve.)* Por última
vez, ¿qué resuelves?

PIL. *(Vacila un momento y dice con fir-
meza.)*

¡Que no!

(Telón rápido.)

ACTO SEGUNDO

LA LEY ROMANA

La misma decoración. Es de día; al levantarse el
telón, un sol espléndido brilla sobre Jerusalén
por detrás del peristilo. Dos esclavos griegos es-
criben en una tira de papiro el rótulo de la cruz.
Al empezar el acto, se supone que acaban de
llevarse a Jesús al Calvario y se oye aún la gritería
del pueblo alejándose. Algunos compases
de música que llenan el silencio, mientras Pila-
tos contempla alejarse las turbas. Isaac, a la
derecha, a la cabeza de un grupo compuesto de
judíos, fariseos, jueces, publicanos, etc., le con-
templa con feroz sonrisa. Pilatos baja del peris-
tilo y se dirige a la mesa, diciendo a los escri-
bientes:

ESCENA PRIMERA

PILATOS, ISAAC, JUDÍOS y ESCRIBIENTE

PIL. ¿Está ya?

ESCRI.

PIL.

Falta poco. Que se lea
claro, y en letra grande, que se vea.

(A los judíos.)

Me hicisteis condenarle, y va al suplicio
sin culpa ante la ley de los romanos,
criminal solamente en vuestro juicio:

los responsables sois de sacrificio
tan cruel; yo limpias de él tengo las manos.

ISAAC. Si tal crees, te alucinás;
a la par responsable con nosotros
eres.

PIL. Muerte le dan vuestras doctrinas.
Yo sancioné no más vuestra sentencia:
sus jueces, sus verdugos sois vosotros.
Roma os deja en completa independencia
entender y juzgar de los delitos
de vuestra religión: vuestra creencia
atacó, no la mía: vuestros ritos
censuré, vuestra vil hipocresía,
y vuestra raza en él venganza toma;
infringió vuestra ley, mas no la mía,
le mata vuestra ley, no la de Roma.

ISAAC. Tu ley es complemento de las
[vuestras]
pues la sancionas: tu sanción te liga
con nosotros a ti.

PIL. Mi ley me obliga
a respetar costumbres y derechos
establecidos en nación amiga.

ISAAC. Tiranizada.

PIL. Sometida.

ISAAC. En suma,
pues su sentencia escribes con tu pluma,
tu aprobación con tu sanción demuestras.

PIL. Sofismas de ergotista, argucias
[vuestras].

No sanciono la ley, sino los hechos;
y ya basta, tomad.

(Tomando de la mesa el rótulo Juri.)

La ley exige
que en un cartel se escriba su delito,
en cumplimiento de la ley que rige
que la plebe en su Cruz le lea escrito.

*(Los judíos toman, examinan el cartel y
cuchichean.)*

ISAAC. ¿Quién esto aceptará cuando lo
PIL. ¿Por qué? [lea?]

ISAAC. Porque no es cierto, y
[porque hiere
la dignidad de la nación hebrea.

PIL. Su juicio y crimen mi cartel re-
[fiere:

«Jesús de Nazaret, rey de Judea.»

ISAAC. Aquí le das por rey de los ju-
y nuestro rey no es. [dios,

PIL. Pues ¿por qué muere?
¿No habéis forzado los umbrales míos
para decirme «el Sanhedrín lo quiere:
si tú le absuelves, y si en él no miras
un rey conspirador contra el imperio,
por rey le reconoces, y conspiras
con él, y eres traidor contra Tiberio.»
¿No fué esta la cuestión?

ISAAC y JUDÍOS. Sí.

PIL. Fué un dilema
que exigió en conclusión por prenda ex-
[trema
su cabeza o la mía: os di la suya.
Guardad desde hoy las vuestras. Si algún

en algo os cojo que traición arguya,
entonces... o las vuestras o la mía.

ISAAC. Aceptamos: tus fieros y tus
[bríos
ni nos harán cejar, ni los tememos;
mas tu cartel ponerle no queremos.

PIL. ¿Por qué?

ISAAC. Porque no es rey de los judíos.

PIL. Si por rey vuestra raza no le acata,
¿por qué, pues, vuestra ley por rey le
[mata?

Conque rey es: que conste su delito.

ISAAC y JUDÍOS. No así.

PIL. Como mi escrito lo relata:
por vuestro rey.

ISAAC y JUDÍOS. No lo es.

PIL. (con energía). Pues ya está es-
[crito.

Si no claváis ese cartel al punto
sobre la cruz, su ejecución suspendo.
Un crimen religioso no es asunto
de Roma: o rey o libre: así lo entiendo.
Muere por falso rey, es su delito;
rey es, pues: bien escrito está lo escrito.
Rebelaos, en fin, o someteos;
si os rebeláis ¡por Júpiter! que os cojo
de rebelión contra la ley por reos:
la ley no está sujeta a vuestro antojo.
Lictores, fuera echadme a esos hebreos.
(Los lictores hacen salir a los judíos.)

Isaac, bajando al proscenio, se queda.)

¡Dejadme solo! ¿Siro?

(Sale Siro por el foro. Pilatos le dice
aparte.)

¿Qué sucede?

SIRO (aparte). (Avanzan lentamente,
[pero nada
pasará que tú al punto no lo sepas.)

PIL. A Stilycon prevén que abra el
[postigo
a cuantos hoy por él a hablarme vengan;
y al centurión, que esté sobre las armas,
por si da indicios de motín la fiesta.

ESCENA II

ISAAC y PILATOS

PIL. ¿Qué esperas tú?

ISAAC. Me detengo
a hablar a solas contigo.

PIL. Tú ya no tienes conmigo
nada que hablar.

ISAAC. Sí que tengo.

PIL. «No; puesto que ya rompimos
»nuestra unión, nada tenemos
»ya común.

ISAAC. «Pues aclaremos
»por qué tan amigos fuimos.

»Judío yo y tú romano,
»¿por qué desde la niñez
»nos vimos sin esquivar
»siempre, y nos dimos la mano?

PIL. «Razones debió haber graves:
»y pues las últimas hebras
»de nuestra amistad hoy quiebras,
»te basta con lo que sabes.

ISAAC. «Sé que unió nuestras familias
»lazo de amor o interés,
»y quiero saber cuál es.

PIL. «¿Para ver cómo concillas
»tu presente ingratitud
»con tu antigua obligación?

ISAAC. «No extraviés la cuestión.
»Yo tengo esta certidumbre.»
Oye: mis padres llevados
en cautiverio, en castigo
de una rebelión, abrigo
hallaron, y emancipados
fueron por él, en tu padre,
de Tarragona prefecto.

PIL. Él los amparó, en efecto,
por el amor de mi madre.

ISAAC. ¿Por qué?
 PIL. Ni puedo, ni quiero
 ni debo inquirirlo.

ISAAC. Y yo,
 por qué nos emancipó
 quiero saber. ¿Por dinero?
 ¿Por servicios recibidos?
 ¿Por secretos bien guardados?
 ¿Fuimos de tu madre amados
 o por tu padre temidos?

ISAAC. «El amarnos, ¿por qué fué?
 «El temernos, ¿por quién pudo
 «ser? Si nos sirvió de escudo
 «tu madre luego, ¿por qué?»

PIL. «No hay en los hijos derechos
 «para juzgar las acciones
 «de sus padres.

ISAAC. «Sin razones
 «no haría el tuyo sus hechos.»

PIL. Razón en pro de los tuyos
 debió tener.

ISAAC. ¿Cuál?
 PIL. Cual fuese
 no importa.

ISAAC. Sí: el punto es ese
 capital. ¿Qué fuimos suyos?

PIL. Primero esclavos, después
 sus siervos manumitidos,
 y luego los protegidos
 de mi madre y míos.

ISAAC. ¿Pues
 por qué?

PIL. «Porque el hecho es
 «tal: tu padre enriqueció
 «con su favor, tú emprendiste
 «viajes en que enriqueciste:

ISAAC. ¿Por qué?
 PIL. Porque me lo dijo
 ella, y yo, que la adoraba,
 protección por ella os daba.

ISAAC. ¿Por qué?
 PIL. Porque fui buen hijo.

ISAAC. Mis padres habían muerto
 cuando yo volví.

PIL. Lo mismo
 que los míos, y al abismo
 se fué su secreto.

ISAAC. Aserto
 increíble.

PIL. Irrefutable:
 contentáte, pues, con él.

Yo fui a mis deberes fiel,
 hasta que tu abominable
 pasión y tu fanatismo

feroz, ban hecho pedazos
 entre ambos todos los lazos

de unión, y abierto un abismo
 «en el cual la rectitud

«del juez, la fe del amigo
 «y cuanto me unió contigo,

«sepultó tu ingratitud.

«Yo te tengo que seguir
 «en la senda en que has entrado,

«y me guardo lo pasado
 «por broquel del porvenir.»

Vete, pues: no soy de hoy más
 que el procurador de Roma

aquí: tu arrogancia doma
 bajo su yugo.

ISAAC. Jamás.
 O tú o yo; te hice ceder

hoy, y a ese hombre condenar,
 y... Poncio, no he de parar

a Fidelia hasta obtener.

PIL. Guárdate, Isaac.
 ISAAC. Tú de mí.

PIL. El poder está en mi mano.
 ISAAC. Judea entera, romano,

puedo yo alzar contra ti.
 Préndeme, tócame y salta:

y a la primera pelea
 que trabes, tú de Judea
 saltarás; poco te falta.

PIL. ¡Qué! ¿Me crees ya sojuzgado
 porque condenar me has hecho,
 del bien público en provecho,

e inmolara a un inculpado?
 «¿Crees tú, cree tu raza hebrea,

«que ni el átomo más leve
 «en Jerusalén se mueve

«sin que yo lo oiga y lo vea?»
 ¿Crees que no me es conocido

hasta qué extremo tu amor
 insensato, y tu rencor

fanático te han traído?
 Tú en odio de ese hombre justo

que al patíbulo camina,
 has falseado su doctrina
 ante un tribunal injusto.
 Tú has sobornado a Iscariote:
 tú con los guardas has ido
 a prenderle, has seducido
 a uno y otro sacerdote;
 dirigido has su proceso,
 los testigos has comprado,
 la sentencia has redactado,
 y desde que ha sido preso
 hasta que la cruz has visto
 en sus hombros, espíandole
 has ido, a morir llevándole.
 ¿Qué te ha hecho a ti Jesucristo?
 «Porque arrastrar su doctrina
 a tal extremo, no pudo
 el coraje tan sañudo
 del odio que te domina,
 »Porque ¡por los santos dioses
 de Roma! Tu religión
 sólo es de odio y rebelión
 escuela. Desmentir no oses.»
 ¿Qué es lo que labró en tu pecho
 tal odio hacia Él? Di, rabioso
 conspirador religioso,
 ¿qué es lo que Jesús te ha hecho?

ISAAC. Lo que tú, y tarde o temprano
 he de consumir tu ruina,
 con él y con su doctrina
 hundiendo el poder romano.
 «Y aquí en tu faz te lo digo,
 »porque a solas esta vez
 los dos, en mi contra juez
 no puedes ser y testigo.

PIL. «La vida otra vez me debes.
 »¿Qué sabes tú si hay oídos
 a recoger prevenidos
 lo que a revelar te atreves?

ISAAC. «Pues por si los hay, escucha:
 »porque puesto en tal extremo,
 resuelto a todo, no temo
 nada y acepto la lucha.»
 Detesto a ese Nazareno
 porque contigo a la par,
 ha venido a derramar
 en mi espíritu el veneno
 de la desesperación,
 la esperanza a destruir.

del dichoso porvenir
 que soñó mi corazón.

PIL. No te comprendo.
 ISAAC. Has dejado
 a Fidelia ir sus homilias
 a oír, y de las familias
 la paz y unión han minado
 sus doctrinas; y los seres
 más débiles seduciendo
 con ellas, se ha ido atrayendo
 los niños y las mujeres.
 Todas le aman.

PIL. ¡Insensato!
 ISAAC. Y Fidelia...
 PIL. ¿Qué?
 ISAAC. Le adora
 y te aborrece y le llora:
 y he aquí por qué le mato.

PIL. ¡Infeliz, te vuelves loco!
 ISAAC. Yo te minaré la tierra
 aquí y en Roma, y la guerra
 se encenderá poco a poco.
 Hoy vengo en él mis altares;
 mañana en ti vengaré
 patria y raza, y echaré
 a Roma de mis hogares.
 Hoy mi primera victoria
 voy a saborear entera.

PIL. Vete, corazón de fiera.
 ISAAC. Tenerle tal tengo a gloria.
 «Yo soy el símbolo vivo,
 el espíritu encarnado
 de mi pueblo aherrojado
 y saqueado y cautivo.
 »Yo soy el templo viviente,
 la justicia que camina,
 la venganza que extermina,
 cuanto osa a mi fe creyente.»
 Yo soy el pueblo judío
 contra el romano; el derecho
 contra la fuerza y el hecho,
 y este el primer triunfo mío.
 Mientras mino tu poder
 y a Fidelia te arrebató,
 mi venganza en el que mato
 voy hoy a satisfacer.
 Voy a verle atravesar
 por delante de mi casa:
 voy a espíar cómo pasa,

y qué faz lleva al pasar.
 Voy a seguirle al Calvario,
 voy a que allí ante él me mire
 en la cruz, hasta que expire
 y le deje en el sudario.
 ¡Y ojalá de mi nación
 toda, y de mi raza entera,
 llevar entero pudiera
 el odio en mi corazón!
 Cuando tal gozo en el monte
 saboree, volveré;
 y quieras o no, te haré
 darme a Fidelia: disponte. (Vase.)

ESCENA III

PILATOS, luego TERENCIO

PIL. ¡Fanatismo inconcebible!
 ¡Amor infernal! A no
 tenerle por loco, yo
 le matara.
 TEREN. (saliendo). ¡Monstruo horrible!
 PIL. ¿Oíste?
 TEREN. Todo.
 PIL. ¿Comprendiste?
 TEREN. Nada.
 Pues tal monstruosidad no hay quien
 [comprenda.
 Pero, ¿quién es ese hombre?
 PIL. Es... un judío
 que a su maldita raza representa.
 TEREN. Pues o él o tú.
 PIL. Lo sé.
 TEREN. ¿Qué te retiene
 con él?
 PIL. Ya nada.
 TEREN. Ahoga esa culebra.
 PIL. Manda en Jerusalén, ya lo has
 [oído.
 Como él a mí le buscaré las vueltas;
 tú llevarás mis actas al Senado
 para que en él contra ellos me prevengas.
 ¿Partes al punto?
 TEREN. Sí.
 PIL. ¡Sirol! Un buen guía,
 caballos frescos y una escolta. Aprieta.
 TEREN. ¿Y el que a morir camina?
 PIL. Un varón justo,

cuya justicia y equidad excéntricas
 servían bien a Roma: su doctrina
 basa en la abnegación y en la obediencia.
 Sus preceptos son simples, y tan simples,
 que hacen su fe tan simple como nueva:
 si un bofetón te dan en la mejilla
 zurda, pon para otro la derecha.

TEREN. No han de inquietarte mucho
 [sus discípulos.
 PIL. Así todo país me convirtieran.
 TEREN. ¡Religión singular! Pero, en re-
 [sumen,
 si un hombre justo como dices era,
 ¿por qué le condenaste?
 PIL. Fué forzoso.
 TEREN. ¿No le puedes salvar?
 PIL. No: una revuelta
 provocarán por él.
 TEREN. ¿Y tus cohortes?
 PIL. La cuestión es de astucia, no de
 [fuerza.

Ésta alzará, no calmará el tumulto:
 que la emplee es no más lo que desean,
 para acusarme aquí de hacer odioso
 el romano poder: con que la regla
 de justicia y la ley seguí de Roma:
 «que uno de todos por el bien perezca.»
 Y ese muere hoy, porque su muerte quita
 de rebelión pretexto a la Judea.
 Es una raza vil: ese ha querido
 regenerarla, y ves lo que le cuesta.

TEREN. Roma tiene sus máximas polí-
 no las fuerzas jamás. [ticas;
 PIL. Aquí se estrellan
 sus máximas políticas: es este
 un pueblo excepcional: Roma aquí yerra.
 TEREN. Me asombras.
 PIL. Los de Roma no conocen
 de este pueblo el espíritu de secta.
 El Sanhedrín aquí siempre al Tetrarca
 por tradición o por temor gobierna;
 el tribunal civil al religioso
 y el juez al sacerdote se sujetan:
 aquí domina a la ciudad el templo:
 nada hay aquí que religión no sea.
 Ese que va a morir, muere tan sólo
 porque su falsa devoción y externas
 ceremoniosas prácticas, en cara,
 y su virtud hipócrita les echa.

Roma no le conoce, y cree a este pueblo falto de miras, de unidad de ideas; y es el más peligroso para Roma: tendrá que destruirle; o él o ella.

TEREN. «Deliras.

PIL. «No: dos lustros ha que a fondo »le estudio, y sé los gérmenes que encierra. »Terencio, este es un pueblo que se llama »pueblo de Dios con sin igual soberbia; »se cree el primero y el mejor del mundo, »y a todos los demás odia o desprecia. »Con pretensión de ser el primitivo »conservador de la humana leyenda, »cree que ha de ser su ley la ley del munter.

TEREN. «¡Sueños! [do.

PIL. «Por ellos su unidad conserva. »Tiene un sentido práctico que asombra; »mas a su absurda tradición se aferra, »y opuesto a todo innovador progreso »natural adelanto de las épocas, »camino, acueductos, monumentos, »como signos idólatras detesta.

TEREN. «Costumbres que se pierden [poco a poco.

PIL. «Aquí no hay nada que jamás se [pierda:

»todo está eslabonado y adherido »y remachado como hierro y piedra.

TEREN. «De las naciones a ella some- [tidas

»Roma, sagaz, la religión respeta.

PIL. «Cuando la religión de esas nacio- [nes »sus derechos civiles no atropella, »hace bien: mas las leyes religiosas

»aquí a nuestro derecho están opuestas. »No hay más Dios que su Dios: quien a [otros dioses

»sacrifica es sacrilego: no cesa »aquí quien cree de conspirar, creyendo »que obra por orden de su Dios. Y quie- [ran

»los dioses que no sea aquí ultrajada »la autoridad de Roma.

TEREN. «No lo creas.

»Tu exaltación me admira.

PIL. «Te relato,

»Marco, lo que sé bien.

TEREN. «Pero exageras,

»a mí ver.

PIL. «No: procurador de Roma, »mi autoridad aquí la representa: »estudio al pueblo que a regir me envía »y la informo sobre él, sin que me crea.

TEREN. «¿Has escrito al Senado lo que »me acabas de decir? [ahora

PIL. «Sí: mas sospechas »tengo de que al Procónsul de la Siria »le ha puesto el viejo Herodes una venda »ante los ojos y no ve.

TEREN. «Yo en Roma »le haré al Senado ver.

PIL. «Díle esto mientras: »cuando la autoridad de sus legados »sostiene mal la autoridad suprema, »no hay medio de mandar en las provin- [cias,

»y hay que reconquistarlas o perderlas. »TEREN. Deliras. Ese caso...

PIL. «Está cercano; »es fatal, pero cierto mi dilema.

TEREN. Roma las opiniones y costum- [bres de los pueblos no arranca con violencia: las modifica y pule poco a poco y a las suyas al fin las asemeja. La religión es musgo del espíritu; no se la desarraiga como yerba.

PIL. La religión es una ley: se cumple; pero no es una fe; ¿cree Roma en ellas?

TEREN. Roma, prudente, las acepta [todas.

PIL. De que en ninguna tiene fe es la [prueba.

TEREN. Poncio, sé como Roma tole- [rante.

PIL. Verás, Terencio, lo que aquí nos [cuesta

la tolerancia al fin. Este es un pueblo al que un sangriento fanatismo ciega, que una ocasión de rebelarse aguarda, por no sé cuáles profecías viejas y qué augurios sagrados, por los cuales en un Mesías que le salve espera, que el dominio le dé del mundo entero y a sus pies Roma de rodillas puesta.

TEREN. ¿Y ese que va a morir...

PIL. Es un Mesías:

pero Judá asesina a sus profetas.
Esta es la situación: ves que la arrostró.

TEREN. Pues tu sagaz serenidad no
[pierdas.

Mientras que yo no exponga en el Senado
tu posición cual tú me la revelas,
contemporiza cauto: no des margen
a que acusarte por tus hechos puedan;
sobre todo, de nada en que a Tiberio
no manifiestes adhesión extrema.

Tiberio cree vivir eternamente
matando a cuantos teme, y la sospecha
menor de indiferencia o menosprecio,
al sospechado a perecer condena.

La sola acusación de que yo en Roma
no podré nunca defenderte es esa:
la de ser enemigo de Tiberio
puede a los dos costarnos la cabeza.

Ya lo sabes: me voy.

PIL. ¡Sirol! ¿La escolta?

PIL. Montada ya.

PIL. ¿Y el guía?

SIRO. Está en la puerta.

TEREN. Abrázame. (A Pilatos.)

PIL. Ve en paz, y que hasta Italia
un piadoso numen te proteja.

Y a quien por mí te preguntare en Roma...

TEREN. ¿Qué quieres que responda?

PIL. Que me dejas
entre estos energúmenos judíos,
como está Laocón, entre culebras.

ESCENA IV

PILATOS, después FIDELIA

Ve, y ojalá se logren mis deseos
de volvernos en Roma a hallar un día
lejos de estos hipócritas hebreos.
(Va a la puerta izquierda y abre las cortinas.)

Ven, Fidelity.

FID. Heme aquí.

PIL. ¡Delicia mía!

¿Lloras? ¿Le amabas, pues?

FID. ¿Qué hay que te asombre?

Le amo, sí; como se ama y se respeta
la humana encarnación de un gran pro-
[feta:

yo le amo como a un Dios, no como a un
[hombre.

PIL. ¿Como a un Dios? Tú deliras o
[blasfemas.

FID. Poncio, si hubieras su palabra
[oído

dulce como la miel: no en sus extremas
y tristísimas horas... ¡Tú has podido
verle una vez, hablarle y condenarle!
¿Cómo? Aún es tiempo: sálvate: camina
sin fuerzas, va despacio: aún atajarle
puedes: ¿qué mal hallaste en su doctrina?
¿Qué culpa en Él?

PIL. Ninguna.

FID. Poncio mío,
puesto que su inocencia reconoces,
¿por qué le entregas al rencor judío?
¡Salvémosle, corramos!

PIL. No des voces:

no te muevas, Fidelity: es imposible.
Hay en este proceso, hay en ese hombre
una fatalidad incomprensible
inherente a su ser: algo sin nombre,
sin precedente hasta hoy, sin par...; ahora
recuerdo su actitud, su faz, su estado,
cuando por vez primera y a deshora
de la noche, trajéronle... enlodado
y cubierto de sangre, era una herida
su cuerpo todo; su cabello largo,
de inmundicia y de sangre una maraña;
y tenían sus ojos, sin embargo,
dulzura, mansedumbre tan extraña...

FID. Su mirada es el germen de la
[vida,

Poncio: la paz del cielo le acompaña.

PIL. ¡Qué exaltación, Fidelity!

FID. Escucha, Poncio:
desde que oí de Cristo la palabra,
estoy bajo la célica influencia
de una divina intuición de cosas
que no se formularon en ideas
en mi espíritu hasta hoy; que andan con-
[fusos

en mi cerebro aún; pero que gestan,
laten, se desarrollan, se esclarecen...
hay algo en mi alma que a vivir empieza.
Es como una semilla que percibo,
que aquí en mi corazón raíces echa;
como una aurora nueva que amanece,

como un nuevo rocío que refresca
mi ser; como una lluvia mansa y tibia
que el seco ardor de mis pasiones templá,
y la impureza de mi carne lava,
que, acercándome a Dios, me regenera.

PIL. ¡Fidelia!

FID. Escucha: de Jesús la imagen
perenne en mis pupilas tengo impresa,
y su recuerdo en mi memoria se alza
como una santa aparición benéfica.

Su faz veo entre nítida aureola,
y una estela de luz sobre sus huellas;
el timbre de su voz en mis oídos
como celeste música me queda,
y siento en los atómicos efluvios
del ambiente vital que le rodea,
el perfume que exhala, cual si fuese
una mata viviente de azucenas.

PIL. ¡Fidelia!

FID. Yo te explico lo que siento
con la palabra humana, que es grosera,
insuficiente y vil: mas lo que siento,
lo confunde mi voz cuando lo expresa.

Lo que quiero decir no es lo que digo:
lo que sabe mi espíritu, mi lengua
reducir a palabras no lo sabe.

Es un misterio, Poncio: es un problema
sin solución aún: es un tormento
y un celestial deliquio: me enajena
a un tiempo y me horripila. Que le amaba
te dije como a un Dios: de que lo sea,
no tengo yo la duda más remota:

me lo está revelando mi conciencia,
me lo dice una voz que ignoro, Poncio,
de do puede venir, ni de quién sea.

Yo al Dios ni sé, ni puedo concebirle
aún: no sé sus dos naturalezas
distinguir de hombre y Dios, pero com-

prendo que hay un misterio que en su ser se en-

cierra: es Dios y va a morir: no se me alcanza
cómo es Dios y es mortal, y en esta ex-

trema duda y angustia tal, a mí del hombre
el suplicio cruelísimo me aterra,
y sé que de su muerte la futura
responsabilidad será tremenda.

PIL. ¡Calla, Fidelia, calla; que nadie
[oiga

lo que diciendo estás en la demencia
de tan extraña exaltación! Que Roma
cuenta de ello jamás pedirte pueda.

Tu cerebro, Fidelia, se extravía:
si no fueras quien eres..., ya me pesa
la libertad que os di para ir a oírle,
y ya por él tu exaltación me inquieta.

FID. Yo quiero que le salves.

PIL. Imposible.

FID. Óyeme: puede ser que te con-

[venza.
Él predicó el perdón toda su vida.

PIL. Su perdón rebelará a la Judea
contra mí.

FID. Tú eres fuerte.

PIL. Vencería:

mas la sangre vertida en mí cayera.

FID. Caerá la de Jesús.

PIL. Caerá sobre ellos,
no sobre mí.

FID. Tú diste la sentencia.

PIL. Según la ley que Roma me dió
[escrita:

un juez no es un verdugo; que perezca
por bien de muchos uno, es ley de Roma.

FID. ¿Aunque sea inocente?

PIL. Aunque lo sea.

FID. Razón tiene Jesús cuando pre-
[tende
con otra ley regenerar la tierra.

PIL. Calla, Fidelia, calla, por cuanto
[ames

en el mundo: por mí, que sólo en ella
te amo a ti, y en ti fundo la esperanza
de un porvenir de realidad incierta.

Tú por Él prevaricas hoy de Roma:

tú por Él a mis leyes te rebelas:

tú por Jesús blasfemas de sus dioses.

FID. Yo estoy por él contra la tierra
[entera.

Yo te he amado, Poncio, desde niña;
todo mi amor te debo y mi existencia;
véndeme por esclava, pero sálvame.

PIL. ¿Me abandonarás tú?

FID. Por él.

PIL. ¡Fidelia!

¡Tú a aborrecerme vas si no le salvol

FID. Si no fuese Él un Dios, te abo-
 [recriera:
 mas porque creo que es un Dios, te pido
 su salvación. Yo tengo en las orejas
 y en el alma sus máximas divinas
 y a nadie puedo oír. Si tú te niegas
 a salvarle, lo mismo que te he amado
 te amaré siempre: seguiré tus huellas,
 Poncio; al fin al redil, como Él decía,
 para volver la descarriada oveja;
 para verter en tu alma el dulce bálsamo
 de su palabra santa, según pueda
 mi débil voluntad, mi ciencia ignara,
 mi fe naciente y mi palabra trémula.
 Yo para ti soy sombra de tu cuerpo,
 soy lo que para el árbol la corteza,
 lo que para las rocas es el musgo,
 lo que su savia y trabazón conserva.
 Yo no te puedo abandonar; no puedo
 jamás aborrecerte. Si le dejas
 perecer, si su sangre te tiene un día
 que caer sobre ti, si brotan de ella
 las manchas en tus manos, con mis lágrí-
 procuraré lavártelas: si quedas [mas
 sobre la tierra solo, abandonado,
 de tu injusticia a causa y tu dureza:
 si maldito de todo el universo,
 aislado el odio universal te deja,
 yo no te puedo aborrecer: el odio
 no entra en la religión del que condenas.
 Pediré al cielo por tu bien yo sola;
 yo te iré acompañando hasta la huesa,
 y daré a Dios mi alma por la tuya,
 y no sé lo que haré si no la acepta.
 Esa es la religión del Nazareno,
 esa es la fe de tu leal Fidelity.

PIL. (¡Qué mundo de delirios y de uto-
 [pias
 nuevos, es el que hierve en su cabeza!
 ¡Qué extremada virtud o qué locura
 amasa en su cerebro su fe nueva!)
 FID. ¿Qué resuelves? ¿Le salvas?
 PIL. (Después de vacilar un instante).
 ¡Imposible!
 FID. ¡Que Dios sobre los dos su mano
 [tienda!
 Ya estamos solos en el mundo.
 (Dice estos dos versos con profunda tristeza
 y profética convicción.)

PIL. ¡Tú deliras!
 FID. Yo creo; es la luz nueva
 que va al mundo a alumbrar: la fe que el
 brillar no vió hasta hoy. [mundo
 PIL. ¡Tú devaneas!
 FID. ¡Y tú no me comprendes; pero
 [pronto
 concebirás tu desventura inmensa!

(Sale Siro, que llama la atención de Pila-
 tos. Esta presentación ha de ser muy a
 tiempo. Comienza a oscurecer muy poco
 a poco, disminuyendo la luz hasta venir
 a la oscuridad total del eclipse.)

ESCENA V

DICHOS Y SIRO

PIL. ¿Quién?
 SIRO. Yo.
 PIL. ¿Qué traes?
 SIRO. Este papiro.
 PIL. Dame.
 Vete.
 (Fidelity se acerca a Pilatos ansiosa de
 curiosidad.)

ESCENA VI

FIDELIA y PILATOS

FID. ¿De quién?
 PIL. No sé.
 FID. ¿Qué dice?
 PIL. ¡Letra
 suya! (Lee.) «Cobarde juez, tu esposa
 [Prócula
 abandona tu hogar; por tu sentencia
 muere Jesús: me voy con sus discípulos.
 ¡Verdugo de Jesús, maldito seas!»
 FID. ¿Lo ves?
 PIL. ¡Mi esposa Prócula abandona
 su familia y su hogar!
 FID. Es la primera.
 PIL. ¡Qué religión es esta, que naciendo,
 por desunir los cónyuges empieza!
 ¿No hay ya leyes en Roma? ¡Siro! ¡Mevio!
 ¡Centuriones! ¡Corred, id a traérmela!
 (Oscurece más.)
 FID. ¡Ciego infeliz!
 (Sale Terencio por donde se fué.)

ESCENA VII

DICHOS Y TERENCIO, sacudiendo su manto y descendiéndose el paño que los romanos usaban en los viajes para guardar el cuello del sol y del polvo. Pilatos se asombra al volverle a ver.

PIL. ¿Terencio? ¿Por qué vuelves?

TEREN. Porque arrostrar no quiero la que se nos viene encima. [tormenta

(Casi detrás de Terencio y durante estas palabras, sin interrumpirlas ni apagarlas con su entrada, salen en grupo, pero sin orden, que sería extraño a la disciplina romana, un Centurión y varios soldados que se supone pertenecer a la corte pretoriana que guarda el palacio del procurador Poncio Pilatos. Éste se indigna al ver semejante infracción del respeto a su autoridad.)

PIL. Y todos esos,

¿por qué sin mi permiso aquí penetran? ¡Fuera todos!

CENT. (a Pilatos). ¡Mirad! El sol se y la tierra se sume en las tinieblas. [apaga

PIL. (Subiendo las gradas del peristilo en donde están el Centurión y los soldados; mira al foro, recorriendo más los cortinajes, y dice con tranquilidad:)

Un eclipse de sol; ¿qué hay que os asombre en fenómeno tal?

(Muy a tiempo, y sin dar lugar a discurrir más a los personajes ni a los espectadores, la voz de Isaac atrae su atención.)

ISAAC (dentro). ¡Pilatos!

PIL. (Volviéndose y bajando al proscenio, y todos con él).

¡Esa

voz!

ESCENA VIII

DICHOS E ISAAC, pálido, desmelenado, bajo el carácter, en fin, que la situación exige. El director de escena cuidará de que este personaje se conserve en su dignidad

trágica y no se arriesgue a confundirla un solo momento con la vileza del beodo, o la ridiculez de lo bufo actual. Debe comenzar la escena cerca de la puerta por donde salió: ir ganando terreno con pasos atrás durante ella, hasta concluir la cerca del fondo izquierdo para tener fácil la última desaparición. Todos los demás actores que le rodean, deben ir combinando sus movimientos con los de Isaac y secundando la preparación de éxito de esta escena, que depende de su buena combinación.)

ISAAC. ¡Pilatos!

PIL. ¿Tú aquí? ¿Qué traes?

ISAAC (agarrándose a él como para contentarse).

Sujétame.

PIL. ¿Por qué?

ISAAC. ¡Porque huye bajo mí la

Y óyeme antes que parta. [tierra!

PIL. ¿Te vas? ¿Dónde?

ISAAC. No lo sé. Voy... con algo que [me lleva.

PIL. ¿Qué dices?

ISAAC. ¡Que me arrastra!

PIL. ¡Qué locura

es esta que de todos se apodera!

ISAAC. Oye, Pilatos: y escuchadme to- [dos,

porque la última vez que os hablo es esta.

PIL. ¡Ha enloquecido!

FID. ¡Habla infeliz!

(Durante este relato oscurece del todo.)

ISAAC. Me ahoga

la desesperación. Abrí mi tienda

para verle pasar, para morfame

¡miserio yo! de su dolor y afrenta.

Llegó sin poder más, ya casi exánime,

(A Pilatos.)

con nuestro crimen y su cruz a cuestas.

Cayó delante de mi umbral: mírome

con tal resignación, que conmoviera

a los tigres, no a mí; y con un acento

dulcísimo, me dijo: — Un punto deja

que repose en tu umbral: dame una gota

de agua, y yo te perdono. — ¡A mí! Dios

[era...

Yo, que tengo el infierno en las entrañas.

¡marcha!, le respondí con voz colérica; ¡marcha!, no quiero tu perdón: no quiero que a mi umbral un instante te detengas: ¡marcha!—Volví a mirarme melancólico, y su mirada siento que me quema la faz, y levantándose me dijo:

—Yo al fin descansaré; mas tú sin tregua marcharás ni descanso, y sin que patria, ni bandera, ni hogar, ni aun sombra ten- [gas.

(Mira alrededor como buscando algo que no halla. Se atrae a todos y los dice con la más concentrada desesperación y el más fantástico miedo: todos oyen con el mayor asombro.)

Aquí no la hay, si hubiera luz, veríais... (Busca en torno con miedo.)

TODOS. ¿Qué?

ISAAC. Que mi cuerpo ya no la proyecta.

PIL. ¡Está loco!

ISAAC. Pasó..., subió al Calvario: y al alzarle en la cruz, sentí la tierra correr bajo mis pies, y aquí arrastrado me sentí a mi pesar.

PIL. ¿Con tal demencia que Dios te castigó de ti enemigo?

ISAAC. Ya no hay más dioses que Él, [y a la hora de ésta, ya no hay Dios para mí, ni lo hay tam- [poco para ti: le hemos muerto: nos gotea su sangre de las manos.

PIL. (Mirándose y mostrando las manos.) De las mías no.

ISAAC. Tú te las lavaste; pero déjalas que se oreen, verás que al fin las manchas en su piel es preciso que aparezcan.

(Como rompiendo en un acceso de locura.) Otra vez... no, no quiero... y no me puedo más resistir a la invisible fuerza que me obliga a marchar, que está en mí [mismo.

Pilatos, valme. ¡Ampárame, Fidelia!

No puedo... ¡No podéis!... ¡Si es que me [arrastra

la maldición de Dios!

(Trueno y relámpago.)

TEREN. (gran voz.) ¡La tierra tiembla!

FID. ¡Prosternaos! ¡Creed! Es Dios que [expira y el mundo de pavor se desniva.

(Caen todos prosternados, quedando en pie Fidelia, Pilatos e Isaac asido a la columna.)

PIL. ¡Pero si ese hombre es Dios!...

ISAAC (con voz tremenda). ¡Tú deícida!

PIL. ¡Por ti!

FID. ¡Marcha!

ISAAC. ¡Por mí!

(Soltando una carcajada, y dejando la columna desaparece.)

PIL. ¡Maldito seas! (Telón rápido.)

ACTO TERCERO

La torre octógona de Pilatos en Tarragona. Decoración de cinco lados. En el primero de la derecha, una ventana grande por la cual entra la luna; cuyo cuadro de luz se marca en la pared del tercer lado (o en el que convenga al escenógrafo) este cuadro de luz, que se quiebra en partes desiguales en el ángulo formado por el muro y el pavimento, debe de estar cortado sobre éste por la sombra del pretil de la ventana, oblicuamente, según la dirección de los rayos luminosos del plenilunio. Se supone que la luna acaba de saltar del horizonte y que éste es el mar, a cuya orilla esta fabricada la torre sobre un precipicio. A la izquierda, frente a la ventana, la puerta por la cual se sirve la escena. Al proscenio izquierda, un lecho romano, cubierto con una piel de oso, león o pantera: tras él una lámpara pompeyana, sobre un pie alto, pero al alcance de la mano. Al levantarse el telón, Pilatos duerme en el lecho, agitándose inquieto, acosado por una pesadilla. Silencio o música de duración bien calculada, para dar tiempo al público de percibir las primeras palabras de Pilatos.

ESCENA PRIMERA

PILATOS, soñando

¡Tú!... ¡Sólo tú el maldito!... ¡Tú con [ellos le mataste!... ¡Yo, no! Como los lobos que despedazan un cordero... ¡Marcha! Mis manos están limpias... si mi rostro pálido está, no es miedo... ¿Quién me lla- [ma?

(Despierta sobresaltado.)

Aquí estoy, aquí estoy. (Se levanta.)

Yo no me escondo.

(Pausa. Vuelve en sí.)

¡Siempre la misma voz! ¡El mismo sueño!

¡Pesadilla fatal! Pasó... Estoy solo.

(Se aproxima a la ventana. Al entrar en el cuadro de luz, su sombra se dibuja en él.)

De aquel loco maldito me despierta siempre la voz llamándome del fondo de ese abismo insondable..., me da vértigo

la vista de ese mar siempre furioso que bate el pie de mi desierta torre: cuando a ese tajo vertical me asomo, atraído me siento hasta el abismo por no sé qué poder vertiginoso.

(Se acerca más a la ventana y casi se asoma. Fidelia aparece y se detiene a contemplarle.)

Tal vez es el hastío que producen en mí la soledad y el abandono universal, que tornarán mi hastío en desesperación. ¡Si Roma ingrata me obligara a morir en este lóbrego rincón del mundo!... ¡Si posible fuese lo que Fidelia cree!... ¡Si de aquel monstruo

la inconcebible acusación pudiera posible ser!... ¡Si Isaac no estaba locol (Asómase del todo. Fidelia se acerca a él.) ¡Sepultura sin par..., honda..., escondida! ¡Rápido fin..., sin agonía!

FID.

PIL. ¿Quién?

FID. Yo.

ESCENA II

FIDELIA y PILATOS

FID. ¿Qué es lo que miras? ¿En

[qué piensas?

PIL. El murmullo del mar distraído

[oigo

y contemplo la luna que ahora lanza entre el cielo y el mar su errante globo.

FID. Apártate de ahí y hablemos.

PIL. Sea

como te plazca; mas será coloquio breve el nuestro.

FID. ¿Por qué?

PIL. Fué esta mañana

a la ciudad por mi mandato Clodio, y en la inquietud febril que me devora voy a encontrarle.

FID. ¿Y volverá más pronto?

PIL. Pero más pronto le veré. No igno-
[ras

que por segunda vez, con testimonios irrecusables, apelé al Senado, y noticias de Roma espero ansioso por la nave que ayer arribó de Ostia. Debo absuelto haber sido.

FID. No tus locos deseos te alucinen: si el Senado no admitió ya tu apelación. Ya todo cambiado en Roma debe estar. Dos lustros hoy un siglo. [tros

PIL. Pues por eso: hoy otro es el emperador; los senadores otros y otros los jueces; en mi abono hoy los hechos están, y hoy el Senado comprende que hice bien, y aun que hice [poco.

FID. Una carnicería en los hebreos.

PIL. ¿Por qué se sublevaron? Fué for-
[zoso;

»y pues que Roma hoy, para tenerlos »sujetos los degüella, bien supongo »que el Senado me ha absuelto. Soy ro-
[mano,

»y no acierto a vivir en tal oprobio.»

Ciudadano de Roma, mis derechos reclamo: juez, pido justicia.

FID. Poncio,

¿tú se las has hecho a los demás?

PIL. [Fidelial

FID. Cálmate; escucha.

PIL. ¿Qué?

FID. Quien en el odio

y en el olvido universal te sume, es Dios.

PIL. ¿Qué Dios?

FID. El único; el que sólo existe por sí mismo. Abre los ojos y mira en torno tuyo: mira al cielo: no mires más a Roma.

PIL. «Te conozco
«bien; me has amado siempre; por esclava
«te vendieras por verme venturoso:
«mas tú no eres mujer, sino un espíritu
«con cuerpo, porque aquél no puede ir

[solo:

«la esencia de tu ser está en tu cuerpo
«como la de un aroma está en un pomo:
«pero» sueñas, Fidelia, y como espíritu,
vives entre fantasmas incorpóreos
en místicos delirios; y para ellos
crees el espacio de la tierra corto.

FID. Y lo es; mi fe, que, de los cielos
es hermana del sol, lo llena todo. [hija,
Tú no la quieres ver: la estás sintiendo
crecer bajo tus pies; ante tus ojos
se extiende por la tierra, desparrámase
como una inundación, como el dudoso
crepúsculo del alba, que comienza
en un trémulo albor, casi incoloro,
y rápido creciendo se transforma
en el incendio de que el sol es foco.
Y tú solo no crees, ni ves, ni sabes
que ya ha dos años que el primer Apóstol
de esa fe, por aquí pasó sembrándola:
que ya en César-Augusta un templo sólido
se levanta a ese Dios que creó el mundo
dándole el ser con su viviente soplo,
y que en él creen conmigo y ya le adoran
tus siervos, tus pastores, tus colonos,
y todos a ese Dios ruegan conmigo
por ti, y lloran por ti conmigo todos.

PIL. ¿Por mí?

FID. Por ti.

PIL. ¿Y por qué?

FID. Porque es precepto
de nuestra religión orar por todos.

PIL. ¿Y para qué?
FID. Para que Dios alumbré
al que no cree... de quien hermanos so-

[mos.

PIL. Tú y yo lo somos: es verdad, Fi-

[delia.

Tú eres conmigo el último retoño
del árbol seco de mi raza: fruto
del amor ignorado y misterioso
de mi madre infeliz, para ti vive
con mi cariño su cariño póstumo.
«Yo la adoré mientras vivió; por ella

«no hallé nada difícil ni oneroso;
«para mí sus caprichos fueron leyes;
«la ayudé sus más mínimos antojos
«siempre a satisfacer: te amé por ella,
«y como a ella la adoré, te adoro»;
a mí al morir te encomendó, y guardado
tuvimos su secreto: mas no hay otros
hermanos míos en la tierra. Tuyos
los hay, mas no merecen más que el odio
de los dos, ¿no es verdad?

FID. Yo no odio a nadie.
Yo perdono al culpable y por él lloro
como por ti.

PIL. ¿Mas si otro hermano hallaras,
¿le reconocerías?

FID. Hay un monstruo
en la familia de ambos; no podemos
reconocerle; pero estás aborto
en negocios terrenos, y confundes
mi idea espiritual con tus negocios.

PIL. Yo soy hombre de práctica, y te
[dejo
tu idea espiritual: «yo me acomodo
«con todos tus caprichos: pero mira
«tú a la tierra también; tan a tu antojo,
«no des lo que tenemos, bien ya escaso,
«tal vez para los dos»: con generoso,
crédulo afán, no hermanos consideres
a los que no lo son.

FID. Todos lo somos
en Dios.

PIL. Ya a ese Jacobo, a quien hermano
llamas, diste por eso los tesoros
que yo te hice heredar de Isaac, perdido,
demente o muerto.

FID. ¿Sabes eso?

PIL. Todo.
Te amo y te dejo de mi casa dueña
ser, mas todo lo veo y nada ignoro.

FID. Pues si todo lo ves, si nada igno-
rpor qué sólo no crees? [ras,

PIL. Porque razono,
no creo más que lo creíble; y nunca
creo, en fin, si no veo o si no toco.

FID. ¿No viste? ¿No tocaste? ¿Y el
[eclipse?

¿Y el castigo de Isaac? ¿Y el terremoto?
PIL. Naturales fenómenos: del crimen
consecuencia en Isaac, feroz monómano,

fanático sectario y en perpetua febril exaltación, se volvió loco.

FID. Y tú ¿por qué, razonador incrédulo, las noches pasas en perpetuo insomnio, y en perpetuo vagar pasas los días como un espectro de su tumba prófugo?

PIL. ¿Ah, me espíais?

FID. Te vemos. ¿Y qué prueban tu insomnio y tu inquietud?

PIL. Que con el ocio peleo, insoportable para el hombre que siempre trabajó: que el cuerpo domo con el cansancio: que en rabiosa lucha con Roma y con su ley, no me conformo con mi muerte civil, y que aun sintiéndome fuerte, pero amarrado como un oso al poste de la ley, muerdo impotente los grillos de la ley y no los rompo.

FID. Prueban que estar no puedes un instante contigo mismo a solas en reposo, y que al meter la luz en tu conciencia...

PIL. ¡Nada en ella hay que ver!

FID. Allí está todo.

¡Sondéala, ilumínala!

PIL. Está clara: es lago transparente.

FID. Es antro lóbrego, al que ya no osas asomarte: es puerta que ya no osas abrir.

PIL. Pues si yo no oso, no oses tampoco tú mirar a ese antro ni tocar de esa puerta a los cerrojos.

FID. Poncio, tienes un alma.

PIL. No te cuides de ella: por hoy lo que me importa es (Vase.) [Clodio.

ESCENA III

FIDELIA

Romper de su conciencia no quiere los cerrojos.
Abrir rehusa, indócil, a la verdad los ojos:
de Dios la voz no siente, su luz, su faz
[no ve.

Su espíritu, preñado de nieblas y de enojos,
mi fe y creencia trata de místicos antojos;
de amor recuerdos juzga las bases de mi fe.

Su inteligencia ofusca de error un velo denso;
el peso desconoce de su castigo inmenso;
de su delito ignora la inmensa realidad.
Pagano, al suicidio cual sólo fin propenso,
pues él de ella no cuida, por él en su alma piensó:
que tras la vida frágil está la eternidad.

(Plegaria.)

¡Dios! Ser del universo, que el ser de nadie tomas,
que con el sol los mundos a iluminar te asomas,
que, de la vida germen, al orbe se la das;
y al agua peces y algas, y al árbol sabia y gomas,
y pluma a alondras y águilas, y a cuervos y palomas,
y miel a las abejas, y a la floresta aromas,
y al globo el equilibrio y el tiempo y el compás:

Dios, que del mar y el viento las tempestades domas,
y que, la mies oreando, por llanos y por lomas
en alas de las brisas y las tormentas vas:
Dios, que eres de los hombres el juez y padre tierno,

que has hecho, un rayo dándolas de luz y un ser eterno,
las almas de la nada, y que en la mía lees:
escucha la plegaria que a hacerte me prosterno:
para que tú, que abriste la gloria y el infierno,

me vuelvas a la nada, o su perdón le des.
¡Mi fe es la fe viviente, que en mí infundió tu mano
con la palabra viva y el soplo soberano
del Cristo que en el Gólgota cumplió la redención:
pues ÉL redimió el alma de todo ser humano.

que fué su juez olvida, recuerda que es
 [mi hermano!
 ¡Que de la raza humana no sea la excep-
 [ción!
 ¡Dios, que en mi pecho encierras, como en
 [la mina el oro,
 esta alma en que arde virgen la fe que en
 [mí atesoró:
 yo espero en tu clemencia, yo fío en tu
 [poder;
 yo, que cual padre te amo, que por mi
 [Dios te adoro...,
 yo mi anonadamiento por su perdón im-
 [ploro!
 ¡Mi alma por la suya, Señor... si puede ser!
 Mas si por juez injusto su fallo está ya
 [escrito;
 si está por deicida sacrilego maldito;
 si mi alma por la suya no puedes acep-
 [tar...,
 dame virtud que pueda mirar su fin pre-
 [cito,
 dame una fe que tenga poder tan infinito
 que el universo pueda para tu fe ganar.

ESCENA IV

FIDELIA y SIRO

SIRO. ¿Fidelia?
 FID. Siro: ¿ya de vuelta?
 SIRO. Vine
 por el atajo de la cuesta.
 FID. ¿Clodio
 te vió?
 SIRO. Yo a él: por la ribera vuelve.
 FID. ¿Dará Poncio con él?
 SIRO. Sí: está muy próximo.
 FID. Pues antes de que tornen dí: ¿se
 si Terencio llegó? [sabe
 SIRO. Sí: pero incógnito.
 El diácono Modesto te previene
 que, esquivando al Prefecto y al Procón-
 [sul,
 debe desembarcar y entrar de noche
 aquí: no sabe aún cuándo ni cómo.
 FID. El solo amigo es en quien cree.
 [¿Llegaste
 a tiempo a la alquería de Sempronio?

SIRO. De estorbar el embargo al punto
 FID. ¿Cómo está el infeliz? [crítico.
 SIRO. Ebrio de gozo.
 FID. ¿Y qué dijeron los del fisco?
 SIRO. Creo
 que no les plugo realizar el cobro
 de su deudor así.
 FID. Su lucro estaba
 más que en el cobro, Siro, en el despojo.
 Mas ¿dejáronle en paz?
 SIRO. Al fin se fueron:
 y algo deben fraguar contra nosotros.
 FID. Nuestra fe no comprenden los pa-
 [ganos,
 y nuestra caridad les causa asombro.
 Luego... de tu señor la mala estrella,
 su faz sombría, su carácter hosco,
 y el saber que con Roma está en desgra-
 no hacen por él de simpatía acopio. [cia,
 Hoy más que nunca redoblar debemos
 nuestras preces por él: el luctuoso
 aniversario es hoy de aquel tremendo
 misterio salvador.
 SIRO. Arden en todos
 los tugurios y chozas de sus siervos
 lámparas, y a su luz, expiatorios
 rezos y penitencias efectúan
 por él cuantos conocen lo que el fondo
 de su pasado encierra.
 FID. Dios clemente
 le dará su perdón como a los otros.
 ¿Y la viuda?
 SIRO. Ya a Dios por tu bien ora,
 de riesgo exenta por tu don piadoso.
 FID. ¿De la enferma Lavinia?
 SIRO. Expiró anoche.
 FID. ¿Y su huérfana Olimpia?
 SIRO. En su abandono
 la acompañan algunos, mientras ella
 llora su desamparo.
 FID. Yo la adopto.
 Bella e inteligente como cándida,
 hay a la oveja que guardar de lobos.
 ¿Y el viejo mercader?
 SIRO. Ese es judío
 y no me cuidé de él.
 FID. También es prójimo.
 Todos somos hermanos; Siro, limpia
 tu corazón de sus paganos odios.

SIRO. Cref que siendo hebreo...

FID. Por lo mismo.

No hay razas ante Dios, redimíó a todos.
A él volverás y harás lo que te dije.

SIRO. Así lo haré, y perdóname.

FID. A Dios solo
perdonar corresponde: no hay ya esclavos
en mi casa, y en Dios hermanos somos.

SIRO. Tú eres, Fidelia, de virtud mo-
hermana de los ángeles custodios. [délo,
el numen protector del desvalido,
el genio tutelar de este contorno,
y cuantos te conocen te bendicen
en él, y son en él por ti dichosos.

FID. Siro, tu paganismo, aún mal aho-
[gado

en tu alma, se revela en tus elogios.
Yo no soy más que de Jesús discípula:
tuve la dicha de escucharle, y pongo
por obra sus preceptos, que agrabados
en la memoria tengo: y venturoso
al mundo para hacer con sus preceptos
basta, y basta su ley tomar por código.
Llegar a Poncio siento: con él déjame
y orad a Dios por él. (*Apártase Siro.*)

ESCENA V

FIDELIA, PONCIO y SIRO

PIL. (*dentro*). ¿Fidelia?

FID. (*al verle salir*). Poncio.

¿Qué traes?

PIL. Traigo la caja de Pandora.
Ver lo que trae no pude con la luna:
mas siento que en mis manos tengo ahora
mi porvenir: la muerte o la fortuna.

FID. Veámoslo.

PIL. Salid.

(*A Siro y al Centurión.*)

FID. ¿Tiemblas?

PIL. Lo mismo
que el que suspenso está sobre un abismo.

FID. ¡Siempre esa idea atroz! ¡Desven-
[turado!

PIL. (*lee y habla reconociendo lo escrito*).
¡Maldito el día en que nací!... ¡Acusado
de rebelión y de impiedad..., un foco
de insurrección mi casa..., condenado

a morir en las Galias, despojado
de mi paterno hogar!... ¡Me vuelvo loco!
¡Qué es lo que pasa en Roma! ¡Qué la es-
[panta
en un polvo que apenas se levanta!

FID. Poncio.

PIL. ¡Apártate!

FID. Hermano.

PIL. Ya en la tierra
nada me queda.

FID. ¿Y yo?

PIL. Tú estás de sobra
como yo en ella ya: ya sólo encierra
la tumba de los dos. He aquí tu obra.

FID. ¿Mía?

PIL. ¿De quién si no? Foco mi casa
de rebelión y de impiedad, ¿qué pasa
dentro y en torno de ella; quién subleva
aquí a la plebe incrédula? ¿Quién toma
el guión de esa secta que se eleva
contra los dioses y la ley de Roma?
¿Quién a las Galias a morir me lleva,
más que la fe de tu creencia nueva,
luz que es ya incendio cuando chispa aso-
[ma?

FID. Al fin, Poncio, la ves. La chispa
[escasa

que, traída por mí de Palestina,
desde el hogar de tu paterna casa
con el incendio de su luz divina,
los templos de los ídolos abrasa
y el palacio del César ilumina.
Reconoce, por fin, que esa es la aurora
que trae la luz de Dios, y a Dios adora.

PIL. ¡Fidelia! En vano ya con tus ex-
inspiraciones conjurar pretendes [trañas
la rabia que devora mis entrañas;

«tal vez un punto mi dolor suspendes;
mas te alucinas y mi mal no engañas.
»Hoy veo dentro y fuera de mí mismo
»abierto con horror un doble abismo.»

FID. Porque esa luz no ves.

PIL. No divaguemos,
Fidelia; me has perdido: nunca encono
te guardaré por ello, y te perdono,
pero ya no hay poder que me redima:
el de Roma es león que nadie doma,
y el odio concitándome de Roma,
tú me has echado el universo encima.

FID. Hay un poder más fuerte que el
[romano,
que de su yugo y ley al alma exime,
que es el poder del Dios, que soberano
la libertad da al alma, y la redime
triunfadora de Roma y de la muerte.

PIL. Tu fe tenaz me asombra, me fascina,
y en vacilante duda a veces me hunde,
y, a mi pesar tal vez, mi mal divierte,
FID. (con desconsuelo).

Sí; pero mi creencia no te infunde,
ni con su luz tu espíritu ilumina,
ni a la verdad tu espíritu convierte.

¡Tú no me dejas tu conciencia que abra!
PIL. La desesperación con que ahora

luchas,
me asombra ya que calme tu palabra
y en mi fatal debilidad te escucho:
porque el pasado al ver de mi existencia,
comprendo que el ser débil me ha per-

didado
siempre; hijo débil fui, débil hermano,
débil gobernador, débil marido;
complaciente por ser, como romano
débil y débil como juez he sido.»

FID. Lo confiesas al fin, lo reconoces.
PIL. Obré según la ley, pero era dura,
feroz; «uno por todos».

FID. ¡Ley tiranal
PIL. Pero escrita en el código: romana:
la cumplí como en él estaba escrita.
Las manos me lavé.

FID. Lo que no quita
que cedieras de Isaac, por desventura,
de la pasión monstruosa a la venganza.

PIL. «Y hoy me asalta ¡ay de mí! mor-

[tal pavora,
angustia insoportable, honda, infinita.

FID. «Habla, Poncio; jamás de la es-

peranza
muere la luz; la hiel de la amargura
que hay en tu corazón, rebosar deja.
Tu pesar en mi seno deposita;
mitiga su dolor quien de él se queja.

FID. «Habla; tu mal, consuelo necesita.»
PIL. Sí; ya mi voluntad en vano lucha
con el hondo pavor del aislamiento
de mi completa soledad: me incita

yo no sé qué febril presentimiento
mi secreto a romper: mi angustia es mu-
y su sino fatal ninguno evita. [cha
Si es mi fatalidad...

FID. No la hay.
PIL. Escucha.

FID. Habla.
PIL. En mis sueños su visión precita

es mi perpetua pesadilla..., veo
la aparición de Isaac, como evocada
de ese agua hirviendo y siempre alborotada,
y oír su voz en las tinieblas creo.

FID. «¿Qué te dice?
PIL. «De un crimen imposible

me acusa, atroz, absurdo, inconcebible...
«Deliro, ¿no es verdad? Es un capricho

«de mi alucinación: una quimera
«de mi espíritu débil.

FID. «Dime entera
«la verdad. Eso que jamás has dicho.»

PIL. Cuando ante esa visión que me

[exaspera,
y a esa voz que me espanta y desespera,
página tal de mi pasado leo, (Con terror.)
me ocurre esta cuestión: ¿y si eso fuera?

Si eso pudiera ser, ¿de qué soy reo?
Dime: ¿aquel juez que se lavó las manos,
qué podría esperar? En los arcanos

de la justicia eterna, ¿qué hallaría
el alma de aquel juez..., si una tenía,
como crees que la tienen los humanos?

FID. La clemencia de Dios, si la pedía.
PIL. ¿Del Dios a quien mató?

FID. Si es la clemencia
el mayor atributo de su esencia.

Humíllate, prostérnate, di: «creo».
A redimir a todos ha venido.

PIL. ¿Hasta al juez que ha firmado su

[sentencia?
FID. Pues hombre como todos ha na-
como a todos a él le ha redimido. [cido,

(Pilatós medita un momento con gran con-
centración. Fidelia le contempla afanosa:
Pilatós rompe con una repentina transi-
ción, diciendo:)

PIL. ¡Imposible! ¡Imposible! Tu de-

[mencia
logró un punto extraviar mi inteligencia
y la cruel realidad eché en olvido.

FID. Nunca mi fe tu obcecación pagalogrará disipar.

PIL. (*con gran desaliento*). Fidelia mía; en el punto en que está nuestra existencia, tu fe es inútil, tu esperanza vana.

Estamos solos en el mundo: toma tu decisión postrera, porque Roma de muerte con un rayo nos ha herido.

FID. Poncio, Roma del mundo nos exsolos en él estamos, pero nadie [traña; solo en el mundo está si le acompaña la fe en Dios; nadie en él está perdido mientras un rayo de esperanza radie.

PIL. ¿Dónde?

FID. En el corazón arrepentido.

PIL. Jamás un corazón desesperado como mi corazón, por rayo alguno será de la esperanza iluminado.

No puede al mío penetrar ninguno. La soledad me roe, me devora: porque la soledad es el hastío, la inacción, las tinieblas, el vacío...

¡es la nada impalpable e incolora, sin aire, sin rumor... ¡da miedo y frío! ¿De ella a la tumba, qué hay?

FID. ¡Hay, Poncio mío, la fe; Dios. ¡Si creyeras!...

PIL. (*con exasperación*). Si creyera lo que tú crees, Fidelia... ¿qué esperara del juicio de tu Dios?

FID. En Él espera; cree en mí.

PIL. Ya en nada cree, ya en nada fía mi desesperación: fuerza es que muera. La ley de mi destino está bien clara; la muerte es sólo la esperanza mía, y mi sino fatal me la depara rápida, sin dolor, sin agonía.

(*Va hacia la ventana. Fidelia se le interpone. Durante todo el resto de la escena Fidelia guarda la ventana; Pilatos queda siempre detrás de ella y mira por encima de su hombro.*)

FID. ¿Qué vas a hacer?

PIL. Cumplir la ley postrera de mi destino.

(*Fidelia extiende los brazos al cielo, siempre cubriendo la ventana.*)

FID. ¡Oh, Dios, de mi fe guía!

Pues mi fe de salvarle desespera, Tú quien le salve o quien le mate envía.

(*Voz dentro, que se supone en el mar.*)

ISAAC. ¡Pilatos!

PIL. (*espantado*). ¿Quién me llama? (*Va a asomarse.*)

FID. (*interponiéndose*). Atrás.

PIL. Me ahoga

el miedo. ¿Era su voz?

FID. (*mirando por la ventana*).

Un hombre boga acercándose rápido a la orilla.

PIL. (*que mira sobre el hombro de Fidelia*).

¿Si el vórtice lo atrae?...

FID. No; boga fuera

de su atracción voraginosa.

PIL. (*tranquilizándose*). No era él.

FID. Atracó en la playa su barquilla.

Salta: viene a la torre.

PIL. ¿Quién ser puede?

No quiero a nadie aquí. ¡Sirol! (*Llamando.*)

FID. ¡Silencio!

Si lo es, ¿cómo no quieres que se hospede

el amigo que viene?

PIL. ¿Quién?

FID. Terencio.

PIL. ¿Terencio aquí? Estoy salvo.

FID. (Yo en él fío.)

PIL. ¿Pero cómo?

FID. Hele aquí.

(*Sale Terencio.*)

PIL. ¡Terencio mío!

ESCENA VI

DICHOS y TERCICIO

TEREN. Abrazame.

PIL. Ha diez años que no veo

de un amigo la faz. ¿Vienes de Roma?

TEREN. Sí.

PIL. ¿Dónde vas?

TEREN. A verte vengo. Quiero

contigo hablar.

PIL. ¿Traes, pues, nuevas dichosas

para mí?

TEREN. Y para muchos.

PIL. Necesito un rayo de esperanza: de tu boca espero una palabra que conjure la desesperación que me devora.

TEREN. Justamente a eso vengo, y llegar tarde a salvarte. [temi sólo

PIL. ¿Es, pues, apócrifa la orden que he recibido; o mi sentencia has hecho en Roma revocar?

TEREN. Ya en Roma de sentencias de muerte no se apela; las de Claudio y Nerón no se revocan jamás.

PIL. Conque es la mía...

TEREN. Irrevocable. Ir a las Galias a morir.

PIL. ¿Y ahora me hablabas de salvarme?

TEREN. Y a eso vengo. Hay un poder más fuerte que el de Roma.

PIL. ¿Dónde? Explicáte.

TEREN. Vas a comprenderme. Mas deja que un momento me reponga de una extraña emoción que todavía mi corazón agita y mi memoria.

PIL. Cierto: pálido estás, trémulo.

TEREN. Caso desesperado fué.

PIL. Marco, perdona si antes no eché de ver... en un momento llegas en que mi espíritu trastorna también mi posición desesperada tras diez años de afán: pero reposa, tranquilízate. ¿Quieres?...

TEREN. Nada: pasa. La emoción no es un mal.

PIL. Recuerdo ahora... ¿No viniste por mar en una barca?

TEREN. Sí.

PIL. ¿Solo?

TEREN. Sí.

PIL. ¿Pues cómo?

TEREN. Es una historia horrible: acabo de arrojar a un hombre al mar: no pude menos.

FID. ¡Dios!

PIL. ¡Me asombras!

TEREN. Escucha.

FID. y PIL. ¿Di?

TEREN. Para venir tenía que ocultarme: no quise en Tarragona desembarcar, y abandoné la nave en una barca que compré. A la hora de partir, aparece un hombre extraño que, saltando del barco, se coloca conmigo en el batel, diciendo: «vámonos»; desamarra el cordel, tiende la lona y se deja llevar tranquilamente por el viento, sentándose en la popa.

Yo, por un siervo del patrón tomándole, y viendo que veloz hacia aquí boga, bogar le dejo y me abandono en calma del viento a la merced sobre las olas. Absorto en mis pesares, y creyéndole a él a su vez absorto en la maniobra, ni crucé mi palabra con la suya, ni me volví a ocupar de su persona.

Todo fué bien hasta llegar enfrente de este arrecife, que en las peñas cóncavas debajo de esta torre la vorágine de ese hondo abismo inabordable forma. Íbamos ya a meternos en su círculo de atracción absorbente y poderosa: se lo advertí, y mirándolo tranquilo dijo: «la línea recta es la más corta».

¡Nos va a arrastrar de la corriente el hilo!, le grité.

PIL. ¿Y él?

TEREN. Me dijo: «¿qué me importa? Yo no me puedo ahogar».

PIL. ¡Estaba loco!

TEREN. Sin duda: del cordel me echo [a la argolla para amainar: él se me opuso, y viéndome sin tiempo casi y con la muerte próxima, le desequilibré de una puñada, y perdiendo los pies, se hundió en las corté los cabos, abatí la vela, [ondas: y espantado y sudando de congoja, remé desesperado, y por milagro logré en tierra tocar.

PIL. ¡Extraña historia!

TEREN. Más extraño es su fin.

PIL. ¿Qué falta de ella?

TEREN. (vacilando al recordar).

Una palabra de la cual ahora me acuerdo con sorpresa.

(Contemplando a Pilatos.)

PIL. (con ansiedad). ¿Cuál?
 TEREEN. Un grito
 que dió al caer al mar con estentórea
 voz.

PIL. ¡Cuál!
 TEREEN. Un nombre propio.

PIL. ¡Cuál!
 ISAAC (dentro). ¿Pilatos?

PIL. Es su voz.

(Se agrupan, asomándose a la ventana,
 Fidélia, Terencio y Pilatos detrás. Sus
 sombras se proyectan en la pared.)

TEREEN. Es un hombre que se ahoga.

PIL. Le sorbió la vorágine.

TEREEN. No: aún brega
 con vigor.

PIL. (con afán). No le veo.

FID. Hele allí: lucha
 con el vórtice.

PIL. ¿Se hunde?

TEREEN. Sale.

PIL. ¿Juega
 con él el agua?

TEREEN. No: su fuerza es mucha,
 ó le impulsa otra fuerza más que humana.

FID. Sin duda. ¡Se salvó! La tierra
 gana.

PIL. No quiero que entre aquí, si hasta
 [aquí llega.

La llave echad; guardad esa ventana.

(Silencio y pausa.)

¡Yo tiemblo!

TEREEN. Yo también.

(Va a cerrar la puerta, colocándose delante
 de ella como para guardarla.)

FID. (yendo hacia la puerta).

Yo no: cristiana

soy, y yo tengo en Dios una fe ciega.

(Aparta a Terencio de la puerta y la abre
 de par en par.)

ESCENA VII

DICHOS e ISAAC, con la barba y cabello largos; completamente desfigurado de como salió en los dos actos anteriores. Cuidese de que el actor que desempeñe este papel vista de manera conveniente.

ISAAC. (Se para sombrío y con el carácter legendario y fatídico del personaje tradicional. Fidélia, Pilatos y Terencio le contemplan un momento.)

Llegué a través del mar y de la tierra y de los hombres: no hay contra la fuerza y poder. [mia

PIL. ¿Es él? No acierto todavía a conocer el cuerpo en que se encierra del indómito Isaac la alma bravía.

(Isaac se vuelve. Pilatos le reconoce.)

¡Él es!

ISAAC. Yo soy, Isaac... y estremeceos. Yo soy la encarnación, la alegoría viva y corpórea soy de los hebreos:

vengó a vosotros porque Dios me envía; mas vengo al suyo con contrario anhelo, con las mismas pasiones que hube un día, y aunque a merced de Dios voy sin con- [suelo,

desesperado voy, no arrepentido; como Luzbel se rebeló en el cielo,

yo contra Dios marchando me rebelo. Pero marcho ante Dios, por Dios vencido.

«No hay para mí ni obstáculo ni valla; todos mi pie los rompe o los repele:

«ante mí se abre el mar y el dique estalla, «la omnipotente voluntad me impele,

«y do me ha menester, allí me halla: «por más que despechado me rebele,

«tengo de Dios la vida por castigo: «sólo en la tierra Dios puede conmigo.

«Cruzo el erial, traspongo las montañas, «paso sobre el volcán, salto el torrente,

«me respetan las fieras y alimañas», «ábreme paso la asombrada gente,

«y yo marcho llevando en las entrañas la desesperación.

PIL. Está demente.

ISAAC. «Y en el agua, en el aire y en [el fuego,

«busco mi fin, pero a mi fin no llevo. «Llego a un lugar en que posar me agrada,

«y me echan del lugar los que le habitan; «si hallo un adoar al fin de mi jornada,

«los que acampán en él sus tiendas quitan; «no llevo encima ni poseo nada;

«lo que pido al pasar, lo necesitan;

«ninguno amigo, ni por bien, me nombra;
no va conmigo ni aún mi misma sombra.
Y como sin mantel, duermo sin lecho,
«marcho sin rumbo, sufro sin desmayo»,
y ansioso de morir, en mi despecho
morir no puedo aunque tenaz lo ensayo;
que la piel de mi frente y de mi pecho
despunta el hierro y carboniza el rayo.
Me huye la muerte, y a la muerte evoco
con impotente frenesí.

PIL. Está loco.
ISAAC. ¿Loco? ¡Ojalá! ¡Ay de mí! Si lo
[estuviera,

no supiera a qué vengo y no viniera.
PIL. ¿Qué sabes? ¿A qué vienes?
ISAAC. ¿A qué vengo?
Arrastrado por Dios, vengo a que leas
la verdad sobre mí, para que creas.
Condéname a intentar la Providencia
tu salvación también: mas no me avengo
el instrumento a ser de tu clemencia.
Símbolo yo de la nación judía,
tú de la torpe ceguedad pagana,
¿por qué ha de separar su ley tirana
del juicio tuyo la venganza mía?
¿Qué tienes tú ante Dios que disminuya
del crimen mío, la sentencia tuya?

FID. Las plegarias de todos los creyentes
de mi fe las súplicas ardientes. [tes
(*Isaac no hace caso de las palabras de Fidelia y se dirige a Pilatos.*)

ISAAC. Mirame y cree si puedes... aun-
[que poco
que creas juzgo, pues me juzgas loco.

PIL. Tus frases prueban el delirio in-
[sano
de tu cerebro de demencia herido.

¿Qué comprender ni creer, cuando escon-
[dido
en cada frase tuya hay un arcano?

ISAAC. Quito estoy ya con Dios; yo ya
[he cumplido
y prefiero inspirarte en mi venganza
la desesperación, no la esperanza.

He ahí a tu antiguo amparador pagano.
(*A Terencio.*)
Dile tú que conmigo aquí has venido
a salvarle, en las santas catacumbas
do viven al amparo de las tumbas

de Jesús los discípulos. Romano,
dile, por si en ti cree, que eres cristiano.

PIL. ¡Loco!
FID. Escucha por fin la voz del

[cielo,
Poncio: todo por Dios te habla en el suelo.
Terencio, háblale tú, que la luz vea.

TEREN. Poncio, yo soy cristiano.
PIL. ¿Tú?
TEREN. Sí.
PIL. ¿Existe,

se extiende, pues, la secta galilea
del Nazareno?

TEREN. Sí: llena ya Roma,
traspone las montañas y los mares,
y por doquiera que su luz asoma,
ilumina la Cruz en los altares.

PIL. Cristianos hay... ¿y Roma no los
[doma?

TEREN. Los convierte en antorchas y
[los quema
Nerón, para alumbrar en sus jardines
las fiestas.

PIL. ¿Y ellos?...
TEREN. En su fe suprema,
arden su fe cantando, en sus festines.

PIL. Imposible, de acuerdo intentáis
[todos
a ella atraerme por distintos modos.

ISAAC. «Dejémosle que muera abando-
[nado.

«Ven, Fidelia: de Roma huye conmigo;
«los litores vendrán por el Estado
«con todo a hacer botín: ya sin abrigo
«sobre la tierra estáis.

FID. «Desventurado.
«¿Aún en tu amor persiste tu demencia?
«Si en ella aún le recuerdas, ¿cómo olvidas
«que sabes que es inútil que la pidas?

ISAAC. «Ya a ti, cobarde juez, no te la
[pido:

«cuando te la pedía, encomendada
«te estaba aún, estabas investido
«del romano poder; hoy al olvido
«das que ya nada tienes ni eres nada.
«Porque ya ni eres juez, ni eres romano:
«sin derecho civil de ciudadano
«que contra nadie defenderte pueda,
«ya, muerto casi, casi no eres hombre;

«menos que esclavo ya, sólo te queda
tu mala sombra y tu maldito nombre.»

PIL. ¡Mi espíritu, ¡ay de mí la duda
[asalta,

la confusión por mi cerebro rueda,
la luz me ciega, el corazón me falta!

ISAAC. Fidelia, único amor del alma
[mía;

desde que voy del anatema herido,
por la primera vez vivir deseo:

un te amo de tu labio bendecido
más que de Dios la maldición podría:
yo a tus pies hasta a Dios pongo en ol-

FID. ¡Calla, infeliz! ¡Sacrilego! ¡Blasfe-

ISAAC. Por ti, nuevo Luzbel, a Dios
[provoco;

por ti me trevo a todo y nada temo.

PIL. Sí; yo tengo razón y él está loco.
¡Vuélvete con tu amor desesperado!

ISAAC. Me la negaste ayer, hoy te la
[quite;

conmigo ha de venir por fuerza o grado.
Su amor heredo. ¡Vamos! Necesito
partir.

FID. ¡Atrás!

ISAAC. Tu resistencia es vana.
Ya eres mi presa.

PIL. Suéltala: es tu hermana.

ISAAC. ¿Mi hermana?

PIL. Y mía.

ISAAC. ¿Y tuya?

PIL. Dististe al cabo
con el secreto de mi madre.

ISAAC. ¿Tu madre?

PIL. Sí.

ISAAC. ¿Con el judío esclavo?

PIL. Sí.

ISAAC. ¡Oh, imperial depravación ro-

[manal
De tu raza ese amor vengó a la mía.
PIL. Mas tú, que mi deshonra con él
[sabes
fuerza en tu vida que por él acabes,
debes morir antes que yo.

ISAAC. ¿Sería
mi ventura morir: pero no puedo!
Si yo pudiera como tú matarme...

¡con qué gozo a ese mar me arrojaría.
(Va a la ventana: no proyecta sombra.—

Pilatos, Fidelia y Terencio lo ven con
terror.)

peró la muerte a mí me tiene miedo;

cuanto mata o cadáveres recoge,
la lid, la peste, el huracán, el fuego,

todo, como ese mar, sordo a mi ruego,
fuerza es que vivo a mí de sí me arroje.

No hay desesperación como la mía.

PIL. La mía ahora.

PIL. y FID. ¡Oh Dios!

ISAAC. ¿Qué en mí os asombra?

PIL. ¡Oh desesperación! ¿No tienes

ISAAC. ¿No te lo dije allá? [sombra?

PIL. Mas ¿por qué hechizo,
por qué Dios, de tu cuerpo desprendida

fué?

ISAAC. Por el solo que hay: Jesús lo
PIL. Era, pues... [hizo.

(Con la más profunda desesperación.)

ISAAC. Era Dios; sí, deícida.

PIL. La ley...

ISAAC. ¡Aún buscas subterfugios vanos!

Tú le mataste: mirate las manos
(Pilatos se las mira: están rojas.)

PIL. ¡Miserable de mí... Yo... ¡juéz co-

Yo fui. [barde!

FID. Vuélvele a Dios.

TEREN. Cree en Él.

ISAAC. (diabólico). Ya es tarde.

FID. Nunca lo es para Dios.

(Con exaltación.)

ISAAC. Dios no le quiere;
y a morir condenado en el despecho,
Roma le quita hasta el paterno techo.
(A Pilatos.)
Mátate si no crees, y si crees, muere.
(Pilatos permanece aterrado luchando in-

deciso con su desesperación durante el
resto de la escena. Fidelia y Terencio in-

tervienen en ella con la angustia del es-

panto. El director de escena debe cuidar
la parte mímica de la situación. La po-

sición de los personajes es ésta: Isaac en
el fondo derecha cerca de la ventana, pero
fuera de su luz. Pilatos en su misma línea
en el fondo izquierda. Fidelia, proscenio
derecha; Terencio, izquierda, cerca de la

puerta; es decir, Isaac interpuesto a Fidelia con respecto a la ventana, la cual puede dejar franca a Pilatos con solo un paso que dé hacia Fidelia, sin que ésta ni Terencio tengan tiempo de detener a Pilatos en su final.)

FID. «Criatura infernal! No tu delito sagraves, con diabólica destreza su razón fascinando.

ISAAC (a Fidelia). «Su medida está colmada ya: ya está vendida su alma a Satán y en Roma su cabeza.» ¿Qué tiene que esperar? ¿No está maldito como yo? ¿No es mi cómplice? Homicida (A Pilatos.)

imperdonable, de tu inútil vida, como de un vil harapo, deshacerte Roma te ordena hoy; sé al morir fuerte: muere romano: es tu último derecho. «Ve, gladiador decrépito, a la muerte sin deshonor a Roma que te olvida: la muerte en ese mar de ti en acecho está: sal a su encuentro pecho a pecho; yo no puedo morir, mas podré verte y aplaudir al caer al suicida.» Tiéndete en ese mar, que es digno lecho y la tumba mejor de un deicida.

FID. ¡Cómo Dios te permitie!...

ISAAC (interrumpiéndola).

¿Qué más prueba de que no quiere Dios la alma que lleva? (Baja un paso hacia Fidelia, dejando franca la ventana a Pilatos e impidiendo que se acerque a éste. Pilatos, al acercarse a la ventana, entra en el cuadro de luz y proyecta sombra.)

PIL. (En el paroxismo de su desesperación).

Tienes razón: pues de piedad ajeno condené al impecable Nazareno, y Dios no ha de aceptar mi alma pagana, como a él le condené, yo me condeno: saber morir es la virtud romana. (Se arroja al mar.)

TEREN. Monstruo infernal.

FID. ¡Ampárale, Dios bueno! (Terencio y Fidelia no llegan a tiempo de detener a Pilatos, hacia el cual hacen un movimiento, que coarta Isaac, permaneciendo en el centro con la expresión de alegría satánica del personaje. Se oye el golpe de Pilatos en el agua. Terencio y Fidelia se abalanzan, por fin, a la ventana, esquivando a Isaac. Éste queda en el centro; más hacia el proscenio que Fidelia.)

ESCENA ÚLTIMA

FIDELIA e ISAAC

FID. Yo acato tu justicia soberana: dame, Señor, resignación cristiana!

ISAAC. Quiero ver si del mar le guarda [el seno.

(Isaac se dirige a la ventana: antes de que llegue y entre en el cuadro de luz, Fidelia, cubriendo el hueco de la ventana, extiende los brazos cerrándosela. Su sombra traza una cruz en la pared. Isaac retrocede espantado.)

FID. ¡Atrás!

ISAAC. ¡La cruz!

FID. La cruz, signo bendito de redención, que en el averno encierra al espíritu hebreo y al pagano.

¡Palma de paz cobijará la tierra con su sombra! ¡A ti no, monstruo pre- ¡Marcha! [cito!

ISAAC. ¡Perdón!

FID. No le hay a tu delito.

ISAAC. ¡Hermana!

FID. ¡Tú de nadie eres ya hermano!

ISAAC. ¡Perdón!

FID. ¡Marcha!

(Vuelve a extender los brazos.)

ISAAC. ¡La cruz!

FID. ¡Marcha, maldito!

¡El mundo por la cruz será cristiano!

NOTA.—Este drama no está escrito como se ideó, ni se representó como está escrito; faltó tiempo: faltaron las lámparas que debían proyectar el juego de las sombras, y el público aplaudía sin poder comprender lo que pasaba.

De nadie la culpa: era forzoso representarlo en la Cuaresma, y la Semana Santa se venía encima.

DON JUAN TENORIO

ZARZUELA EN TRES ACTOS Y SIETE CUADROS ³²

MÚSICA DEL MAESTRO DON NICOLÁS MANENT

PERSONAJES

DOÑA INÉS DE ULLOA,
D.^a ANA DE PANTOJA.
JACARILLA.
BRIGIDA.
LUCÍA.
DON JUAN TENORIO.
DON LUIS MEJÍA.
D. GONZALO DE ULLOA.
DON DIEGO TENORIO.
CIUTTI.

UN ESCULTOR.
ESTUDIANTE 1.^o
IDEM 2.^o
IDEM 3.^o
UN CABALLERO.
GASTÓN.
ESTUDIANTES, CABALLEROS
DE CALATRAVA, CUADRI-
LLEROS, ALGUACILES, EN-
MASCARADOS, etc., etc.

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

EL BURLADOR DE SEVILLA

Jardín de la casa de los Tenorios, que se supone colocado entre el edificio de la Encomienda y el de la casa de los Tenorios. A la derecha, la Encomienda, y a la izquierda la casa. Ambas tienen un postigo que da a la escena en las primeras cajas; estos postigos deben tener portadas o chambranas, que cuadren las figuras de don Gonzalo y don Diego. En el fondo, un muro con dos grandes verjas, en cuyo centro macizo se representará una fuente, cascada, gruta o cosa que tenga remates y gradas (1). En este jardín todo debe estar colocado en escotillones para el cambio de decoración.

(1) Vean los directores las notas que van al fin.

ESCENA PRIMERA

DON JUAN, CIUTTI, CORO DE COMENDADORES, CABALLEROS, PUEBLO, ESTUDIANTES, MILITARES, MAJOS y GITANOS.

(Es de noche. En el centro de la escena hay una mesa preparada para dos personas, dos copas y un jarro, todo de plata. En la mesa está escribiendo don Juan; Ciutti tras él y a un lado de la mesa, de cara al público, espera a que don Juan concluya de escribir. Al levantarse el telón, se oye dentro gran ruido de máscaras, gritos, vihuelas, etc., etc., y están agrupados a las dos verjas el coro de Comendadores, Caballeros y pueblo, a la derecha, y el de Estudiantes, Militares, Majos y Gitanos, a la de la izquierda.)

MÚSICA

TODOS.

¡Él es! ¡Él es!
Poned en el suelo
con tiento los pies.

ESTUDS.

Aquí ha de venir
don Luís a su vez,
y toda Sevilla
tiene hoy interés
tan brava y extrema
polémica en ver.

COMENDS.

Aquí ha de venir
don Luís a su vez,
y toda Sevilla
tiene hoy interés
tan bravo é infame
escándalo en ver.

TODOS.

¡Él es! ¡Él es!
Pongamos en tierra
con tiento los pies.

ESTUDS.

Aún nó son las ocho;
dejemos que den;
estemos alerta;
volvamos después.

¡Él es! ¡Él es!
Que sepa al volver
que los Estudiantes
estamos por él.

COMENDS.

Aún nó son las ocho;
dejemos que den;
estemos alerta;
volvamos después.

¡Él es! ¡Él es!
Que sepa al volver
que el clero y los nobles
están contra él.

TODOS.

¡Él es! ¡Él es!
Aún nó son las ocho;
volvamos después!

(Vanse, y vuelve a oírse el ruido de las máscaras, vihuelas, etc., etc.)

ESCENA II

DON JUAN, CIUTTI

HABLADO

JUAN. ¡Cuál gritan esos malditos!
Pero mal rayo me parta,

si en acabando la carta
nó pagan caros sus gritos. *(Pausa.)*
No hay más medio; es necesario;
o él o yo. Firmo y plego.
¡Ciutti!

CIUTTI. ¿Señor?
JUAN. Este pliego
irá dentro del horario
en que reza doña Inés,
a sus manos a parar.

CIUTTI. ¿Hay respuesta que aguardar?
JUAN. Del diablo con guardapiés
y que la asiste, de su dueña,
que mis intenciones sabe,
recogerás una llave,
una hora y una seña,
y más ligero que el viento
aquí otra vez.

CIUTTI. Bien está.
Mas si su merced me da
venia...
JUAN. ¡Di!

CIUTTI. En lo del convento
tened mucho tenor:
la gente es supersticiosa,
y asaltar un claustro, es cosa
que nadie os tomará a bien.

JUAN. ¿El diablo a predicador
se mete?
CIUTTI. Es parecer mío:
obrad a vuestro albedrío!

JUAN. ¿Tienes miedo?
CIUTTI. Yo, señor?
Doquiera os he de seguir;
con vos me he de condenar,
o la gloria he de alcanzar
con vos después de morir.

JUAN. Pues déjame a mí ir delante,
y ten, Ciutti, muy presente
que a mí nó hay bicho viviente
que en esta vida me espanté.
De la otra nó creo nada;
zanjo en ésta por entero
mis cuentas con mi dinero,
mis empeños con mi espada;
conque nó hay lugar sagrado
ni hombre inmune para mí.
Lleva el papel que te di
y alláname este atentado.

CIUTTI. Vuestro padre y la Encomiendavos lo han muy a mal. [da

JUAN. No admito mayor ni igual que mande en mí ni en mi hacienda.

El primogénito soy,

y en mi familia es notorio

que éste es el primer Tenorio:

yo cuentas a nadie doy.

Mientras anduve en destierro,

sobre mí la primacía

pretendí tomar Mejía,

y hoy le haré ver que fué yerro.

CIUTTI. Pues por si él viene quizá

antes que yo, ahí tenéis

lo menester.

JUAN. ¿Mas vendrá

de cierto?

CIUTTI. No lo dudéis;

a las ocho aquí estará.

Mas no solo.

JUAN. ¿A quién traerá?

CIUTTI. Justicia, nobles y majos

están contra vos.

JUAN. A tajos

los recibiré.

CIUTTI. Es que está

la universidad entera

y la gente de milicia

contra ellos, y la justicia

por nosotros.

JUAN. ¿Dónde?

CIUTTI. Ahí fuera.

JUAN. Es decir, que la partida

está igualada.

CIUTTI. Y tenemos

en dos, por sus cuatro extremos,

a Sevilla dividida.

JUAN. Pues a los pajes preven

que al dar las ocho, las puertas

abran.

CIUTTI. Estarán abiertas

en cuanto las ocho den.

JUAN. Sevilla me desterré

por un año; cumplió ayer;

mas hoy va Sevilla a ver

que he vuelto a Sevilla yo.

Ve, pues, y gana de paso

a la sierva.

CIUTTI. ¿Se os antoja también?

JUAN. Va a ser bravo caso.

CIUTTI. La sierva es mía?

JUAN. ¿Tú ya?...

CIUTTI. Por supuesto: es una puerta

por mí para vos abierta.

JUAN. ¡Bravo, Ciuttil!...

LOS DOS. ¡Jal! ¡Jal! ¡Jal!

ESCENA III

DON JUAN

Predicame la moral,

pero con su fe italiana

ante mis pasos allana

todas las vías del mal.

Tengo unos instantes míos

aún: voy a dar un vistazo

y un buen estirón al brazo

si doy con gente de bríos;

(Vase poniéndose el antifaz.)

ESCENA IV

DON GONZALO, por el postigo de la derecha, y DON DIEGO, por el de la izquierda.

DIEGO. ¿Vos?

GONZ. Yo.

DIEGO. Juzgad si me pesa

que le espiéis.

GONZ. Sin rebozo:

juzgad si lo que es el mozo

sondear a mí me interesa.

¡Ya veis!

DIEGO. Con sonrojo grande.

GONZ. ¿Y en vuestra casa?...

DIEGO. Es ingénito

el vicio en él: primogénito,

emperó, no hay quien le mande

en su casa ya; es mayor,

y tiene heredadas rentas,

de las que no debe cuentas

a nadie.

GONZ. ¿A él superior

ni aun vos sois ya?

DIEGO. No: es costumbre
y ley en nuestro solar.
GONZ. ¿Mas sabéis a qué va a osar?
DIEGO. Lo sabré con pesadumbre
si me lo queréis decir;
pues aún no me quise ver,
y más de él por no saber,
nada de él quise inquirir.
GONZ. Pues un infame cartel
ha enviado a don Luis Mejía,
que en los vicios primacía
lograba en ausencia de él.
DIEGO. ¿Qué en él decía?
GONZ. Contábele
sus fechorías de un año,
y en cambio el relato extraño
de las suyas demandábele.
DIEGO. ¿Para qué?
GONZ. Para pesar
quién de ambos con más manecilla
vivió, y quién solo en Sevilla
de los dos ha de campar
como rey de los rufianes,
los bravos y los matones,
cometiendo sinrazones,
atropellos y desmanes.
DIEGO. Tal vez desahogos son
de mozos ricos y ociosos.
GONZ. No: crímenes de viciosos
viles y sin corazón.
DIEGO. ¿Don Gonzalo!
GONZ. Desde luego,
y mientras puedo sus actos
juzgar, suspendo los pactos
que hechos tenemos, don Diego.
DIEGO. ¿Qué queréis decir?
GONZ. Que si es
tal como le hacen, desde hoy
me vuelvo atrás: yo no doy
tal marido a mi hija Inés.
DIEGO. Ni yo, por más que me aflija,
si es tal como le creéis,
os he de exigir que deis
a monstruo tal vuestra hija.
Mas un padre, don Gonzalo,
por malo que un hijo sea,
duda siempre, aunque lo vea,
que sea su hijo tan malo.
Su boda con doña Inés,

nuestra enemistad cortaba
de dos siglos.
GONZ. Lo anhelaba.
DIEGO. Veamos si aún posible es.
GONZ. Ocultémonos.
DIEGO. Mejor
será.
GONZ. Y pues el carnaval
al hombre más principal
permite sin deshonrar
de su linaje, que emplee
el antifaz, ocultemos
nuestro rostro, y esperemos
que su alma don Juan franquee.
*(Suenan campanas a lo lejos y los coros
invaden la escena, repitiendo los últimos
compases del primer coro.)*

ESCENA V

DON GONZALO y DON DIEGO, en sus puestas; los COMENDADORES, CABALLEROS, ETC., por la izquierda; los ESTUDIANTES, MILITARES, ETC., por la derecha, trayendo por delante y empujándola a la JACARILLA.

MÚSICA

TODOS. Entrad, entrad.
Ya es hora: muy pronto
las ocho darán.
Entrad, entrad.
ESTUDS. Entra, mujer.
¿Por qué temer,
niña querida
de don Juan ayer?
Ven a dar la bienvenida
con nosotros a don Juan;
canta mientras y descuida;
te echaremos el refrán.
COM. Esa mujer
¿quién puede ser
más que querida
deshonrada ayer?
Viene a dar la bienvenida
con aquéllos a don Juan,
alma vil que cae rendida
en los brazos de Satán.
JACAR. Nada temo, protegida

por vosotros como estoy,
y a don Juan..., que me las pida,
honra y vida... se las doy.

ESTUDS. ¡Bravo, perla de Sevilla,
flor de lis, montón de sal!
Canta, canta, Jacarilla,
y que pique tu cantar.

JACAR. Amparadme si levanto
con mi canto un huracán.

¡Allá va!

No hay mujer, fea o linda,
que si le ve y le escucha
no se le rinda.

Y hombre que a don Juan detesta
es de don Juan por envidia;
porque gana cuando apuesta,
porque vence cuando lidia.
Y en Sevilla, a quien opuesto
a la ley, contra la ley
sin reparos echa el resto,
sin rival el primer puesto
le da el pueblo como al rey.

Por eso van

los hombres y las hembras
tras de don Juan.

CORO. (Dentro.)

Ojo alerta vivid, sevillanas;
avizor desde el noble al rufián:
bien las puertas guardad y ventanas,
que ya ha vuelto a Sevilla don Juan.

ESTUDS. Otra copla, Jacarilla,
que las ocho van a dar,
y tal vez se va Sevilla
en Babel a transformar.

JACAR. ¡Allá va!

De ellas es el capricho,
de ellos el bu y el coco;
lo dicho, dicho.

Quien ante don Juan se pare,
ya con oro, ya con hierro,
que el testamento prepare
y que disponga su entierro.

En España el que es famoso
por valiente, por galán,
por espléndido y rumboso,
sexo feo y sexo hermoso
lleva en pos, como don Juan.

Por eso van

los hombres y las hembras
tras de don Juan.

CORO. (Dentro.)

Ya es la hora de la cita,
ya al caer las ocho están...
¡Santa Bárbara bendita!
¡Allí vienen! ¡Allí van!

JACAR. Monjes, nobles y pecheros,
a las ocho... ¡el huracán!
¡Todo el mundo, caballeros,
paso atrás... las ocho dan!

ESENA VI

DICHOS, DON JUAN y DON LUIS, con anti-
faces; GASTÓN, CIUTTI y PUEBLO

(Empiezan a dar las ocho. El coro de dentro se agolpa a las verjas. Al dar la última campanada, don Luis, por el lado de los Comendadores, y don Juan por el de los Estudiantes, entran en escena. El coro de Comendadores se queda en el fondo, detrás del pueblo. Don Gonzalo y don Diego escuchan inmóviles y enmascarados, encuadrados como dos estatuas, dentro de los marcos de los dos postigos. La luna alumbraba la escena, y algunas antorchas en manos de actores.—Silencio general.—Don Juan y don Luis se adelantan a la mesa, cada cual por su lado, y van a ocupar las dos sillas.)

HABLADO

JUAN. Esa silla está guardada,
hidalgo.

LUIS. De las dos, una
lo ha de estar sin duda alguna
para mí.

JUAN. Guardáis tapada
la faz mientras lo decís.

LUIS. ¿No os fiáis?

JUAN. No.

LUIS. Yo tampoco.

JUAN. Pues no hagamos más el coco...
Soy don Juan. (Se descubre.)

LUIS. Yo don Luis.
(Admiración general. Unos rodean a don

Luis, otros a don Juan, entre éstos la Jacarilla.)

ESTUDS. ¡Señor don Juan, bien venido!

CABS. ¡Señor don Luis, bien hallado!
No cejéis.

LUIS. ¡Nunca he cejado!

ESTUDS. No cedáis.

JUAN. ¡Nunca he cedido!

(Mientras don Luis abraza da la mano y habla con los suyos y los Estudiantes forman grupo animado por su banda, hálblanse aparte la Jacarilla y don Juan, don Luis les observa de reojo.)

JACAR. Todo el año te he esperado.

JUAN. Doce meses has perdido; mas mereces las primicias de mi largueza rumbosa.

Ten. (La ofrece un bolsillo.)

JACAR. ¿Oro?

JUAN. Sí.

JACAR. Es otra cosa lo que yo quiero en albricias.

JUAN. ¿Qué?

JACAR. Sitio en tu corazón: sólo un rincón.

JUAN. Toma el oro.

JACAR. No.

JUAN. ¿Me amas aún?

JACAR. Te adoro.

LUIS. ¡Qué lástima!
JACAR. ¿Corazón no traes?

JUAN. Era la más fútil de las prendas que tenía y la suprimí un buen día como una víscera inútil.

JACAR. ¡Don Juan!

JUAN. Con agua pasada no muele molino: ten.

JACAR. No, rezaré por tu bien.

Adiós.
JUAN. ¡Valiente bobada! Acepta el oro y no reces.

¿Qué he de hacer yo con tus preeces?

JACAR. ¿Pues no crees en Dios?

JUAN. En nada.

(Se guarda el bolsillo, y volviendo la espalda a Jacarilla, dice a don Luis.)
Dispensadme.

LUIS. No hay por qué: tras tanta ausencia... Mas pienso que os ha dejado suspenso la conversacion.

JUAN. ¡Sí a fe!
¡Qué cualidad tan extraña tiene la mujer que quiere!

LUIS. ¿Cuál?

JUAN. Que ama hasta que se al primero que la engaña. Pero el tiempo no perdamos, pues que a la cita acudimos ambos a tiempo.

LUIS. Sepamos, pues, a lo que aquí vinimos.

JUAN. Bebamos antes.

LUIS. Bebamos.
(Pajes sirven vino, pasando grandes bandejas con copas, escanciándolo en ellas con jarrones de plata. Don Juan y don Luis beben sentados. Don Juan escancia a don Luis.)

JUAN. Tal vez mi largueza abusa, don Luis, de vuestra paciencia, mas me abona la excelencia de este viejo Siracusa.

Cualquier cuestión queda cónjaga, según se cree en esta tierra, si en algo no se remoja: quedemos en paz o en guerra... mas bebed, si no os enoja.

Bebed sin miedo a traición: que, aunque viejo e italiano, no tiene mala intención mi vino, y yo de antemano voy a haceros la razón. (Bebe.)

LUIS. Yo no temo villanía ni traición en vuestra casa. (Bebe.)

JUAN. Veréis que hacéis bien.—Mas el tiempo. Por vida mía, [pasa eaballeros, yo supongo que uce des vienen aquí por por uno u otro, y por mí, a hacer bando no me opongo. Mas debo—y a prevenir voy a contrarios y a amigos que aquí no hay más que festigos y aquí nadie ha de reñir. La hospitalidad que doy

a don Luis y a todos, quiero dárosela amplia, por entero y leal como quien soy. La cuestión es personal, mía y de don Luis; citado por mí a ella, es un sagrado mi casa, y por desleal por ambos será tenido, y ambos damos por villano, al que eche al acero mano de ella antes de haber salido. Don Luis y yo nos pondremos sobre las íes los puntos: y amigos saldremos juntos, y enemigos partiremos cada cual por nuestro lado, aceptando un plazo breve para que cada uno lleve sus asuntos a su agrado. Todo ardid, trampa o malicia; será después muy buen juego: excluyendo, desde luego, la ayuda de la justicia.

Porque no siendo la humana más que una vieja villana que anda en busca de dineros, justo es que los caballeros la zurremos la badana. TODOS. ¡Bien dicho!

JUAN. Cuenta redonda: doquiera que nuestra huella siga o ataje una ronda, todos a una y a ella. ¿Aceptáis?

TODOS. Sí. JUAN. Que se salga quien rehusé. ¿Nadie chista? Pues a quien Dios no le asista, su buena maña le valga. Ea, acérquense y estén atentos.

LUIS. ¿Por qué están lejos esos dos? ¿Vos?... (A don Diego.)

DIEGO. Yo estoy bien aquí.

LUIS. ¿Y vos? (A don Gonzalo.)

GONZ. Yo aquí también.

LUIS. ¿Quién será este par de viejos?

JUAN. Doble ejemplar de un fantasma.

LUIS. ¡Vaya un par de hombres de pie!

JUAN. ¿Por miedo a cuantos años vuestro valor se desmedra tal vez?

LUIS. No, nada me pasma. ¿Y a vos?

JUAN. Nada a mí me arredra.

LUIS. Pues adelante.

JUAN. Oíd, pues.

Aquí ayer os he citado, porque en Sevilla os he hallado puesto en mi sitio.

LUIS. Así es.

Y me enviasteis con la cita vuestra historia en relación, a la cual contestación os di con la mía escrita.

JUAN. Dos relatos superiores.

LUIS. ¡Soberanos!

JUAN. ¡Estupendos!

LUIS. No los oyeron mejores

los claustros más reverendos de bocas de relatores.

Contémoslos, si os parece, y juzguen quién más merece de los dos, estos señores.

JUAN. No haré yo relato tal, don Luis.

LUIS. Pues yo empezaré.

JUAN. Vos tampoco. Haremos mal aquí en público...

LUIS. ¿Por qué?

JUAN. Porque lo que en cierta fecha, y en época de capricho,

fuera cuenta muy bien hecha, hoy la cuenta es más estrecha, y es mal hecho y es mal dicho.

Porque nuestros dos relatos son dos tejidos de absurdos, que nos dan por mentecatos,

asombro de pelagatos y admiración de palurdos.

Y siendo mozos, capaces de hazañas de loa eterna,

¿por qué parecer, procaces, dos rufianes lenguaraces

barateros de taberna?

LUIS. Creo que tenéis razón:

personas como nosotros no deben más que en acción mostrarse; no en relación para entretener a otros.

JUAN. Pues entonces se reduce nuestra cuestión sólo a esto; de los hechos se deduce que hoy ocupar os seduce en Sevilla el primer puesto.

LUIS. Sí.

JUAN. Pues yo, que por doquier ni en nada quiero tener rival, ni ser el segundo:

que con desprecio profundo por quien puede algo crear, por donde quiera que fui la razón atropellé,

la virtud escarneé,

y a la justicia burlé,

y a las mujeres vendí;

y a las cabañas bajé,

y a los palacios subí,

y los claustros escalé,

y en todas partes dejé

memoria amarga de mí;

tengo, don Luis, a mancilla

que nadie se me equipare;

y he aquí la cuestión sencilla:

mientras yo en Sevilla pare,

yo soy el rey en Sevilla.

LUIS. Yo no atento al rey ni a Dios;

mas sin blasonar de rey,

quiero aquí ser más que vos.

JUAN. Pues sobra uno de los dos.

LUIS. Pues en lid de buena ley,

pesemos nuestros derechos.

JUAN. Dejemos las relaciones

escritas; y antes que a hechos,

vamos, don Luis, a razones.

LUIS. Decís bien. Cosa es que está,

don Juan, muy puesta en razón,

tanto más, que en conclusión,

muy poco, a mi ver, irá

de una a otra relación.

Todo el mundo sabe aquí

que, cual vos, por donde fui

la razón atropellé

la virtud escarneé,

a la justicia burlé

y a las mujeres vendí.

Mi hacienda llevo perdida

tres veces; mas se me antoja

reponerla, y me convida

mi boda comprometida

con doña Ana de Pantoja.

Mujer muy rica me dan,

y mañana hay que cumplir

los tratos que hechos están;

lo que os advierto, don Juan,

por si queréis asistir.

JUAN. No lo olvidaré en verdad.

LUIS. Gracias, mi papel mirad;

por una lista apartados,

están los nombres sentados

para mayor claridad.

JUAN. Del mismo modo arregladas

mis cuentas os di en el mío;

en dos líneas separadas,

los muertos en desafío

y las mujeres burladas.

LUIS. Es increíble, don Juan.

JUAN. Ya lo veis; son, relatadas

nuestras obras como están,

no más que fanfarronadas

que por nadie se creerán,

pues se os hacen hasta a vos

increíbles.

LUIS. Las admiro;

no las niego.

JUAN. Entre los dos

queden.

LUIS. ¡Cuanto más lo miro

más me asombro, y ¡vive Dios!

que vuestra lista es cabal!

JUAN. Desde una princesa real

a la hija de un pescador,

¡oh! ha recorrido mi amor

toda la escala social.

LUIS. ¡Por Dios, que sois hombre ex-

¡Cuántos días empleáis

en cada mujer que amáis?

JUAN. Partid los días del año

entre las que ahí encontraréis.

Uno para enamorarlas,

otro para conseguir las,

uno para abandonarlas,

dos para sustituirlas,

y una hora para olvidarlas.
¿Tenéis algo que fachar?

LUIS. Sólo una os falta en justicia.

JUAN. ¿Me la podéis señalar?

LUIS. Sí, por cierto: una novicia que esté para profesar.

JUAN. ¡Bah! Pues yo os complaceré doblemente, porque os digo, que a la novicia, unire la dama de algún amigo que para casarse esté.

LUIS. ¡Pardiez que sois atrevido!

JUAN. Yo os lo apuesto, si queréis.

LUIS. Digo: que acepto el partido. ¿Para darle por perdido, qué plazo me proponéis?

JUAN. Un día, y aun no cumplido: pocas horas.

LUIS. ¿Cuántas?

JUAN. Seis.

LUIS. Decíais bien, son bravatas y propuestas tan insensatas.

JUAN. ¿No vais a casaros?

LUIS. (Con intención.)

JUAN. Sí.

LUIS. Pues no hay en mi cuenta erraros me dais el plazo a mí.

LUIS. No os comprendo.

JUAN. Hablando claros: pedir más no se me atoja,

porque, pues, vais a casaros mañana, pienso quitaros a doña Ana de Pantoja.

LUIS (levantándose).

Don Juan, ¿qué es lo que decís?

JUAN (levantándose).

Don Luis, lo que oído habéis.

LUIS. Ved, don Juan, lo que emprendéis.

JUAN. Lo que he de lograr, don Luis.

LUIS. ¿Gastón?

GASTÓN. ¿Señor?

LUIS. Ven acá.

JUAN. ¿Ciutti?

CIUTTI. ¿Señor?

JUAN. Ven aquí.

LUIS. (Corre, y a doña Ana di...)

(Le habla al oído.)

GASTÓN. (Está bien.)

CIUTTI. (No llegará.)

(Vase.)

LUIS. ¿Estáis en lo dicho?

JUAN. Sí.

LUIS. Va la vida.

JUAN. Dicho está.

GONZ. (adelantándose).

¡Insensatos! ¡Vive Dios,

que a no temblarme las manos,

a palos, como a villanos,

os diera muerte a los dos.

JUAN. Por Satanás, viejo insano,

que no sé cómo he tenido

calma para haberte oído

sin asentarte la mano.

Pero di pronto quién eres:

porque hombre soy muy capaz

de arrancarte el antifaz

con el alma que tuvieres.

GONZ. ¡Don Juan!

JUAN. ¡Pronto!

GONZ. Mira, pues.

JUAN. ¡Don Gonzalo!

GONZ. El mismo soy.

Y adiós, don Juan; mas desde hoy,

no penséis en doña Inés.

JUAN. ¡Bah! Pues hay tiempo, advertir

os quiero a mi vez a vos,

que, o me la dais, o por Dios

que a quitárosla he de ir.

GONZ. ¡Miserable!

JUAN. Dicho está:

sólo una mujer como ésta

me falta para mi apuesta.

Ved, pues, que apostada va

DIEGO (adelantándose).

No puedo más escucharte,

vil don Juan, porque recelo

que hay algún rayo en el cielo

preparado a aniquilarte.

Signe, pues, con ciego afán

en tu torpe frenesí;

mas nunca vuelvas a mí;

no te conozco, don Juan.

JUAN. ¿Quién nunca a ti se volvió,

ni quién osa hablarme así,

ni qué se me importa a mí

que se me conozcas o no?

DIEGO. Adiós, pues; mas no te olvides de que hay un Dios justiciero.

JUAN. Ten.

DIEGO. ¿Qué quieres?

JUAN. Verte quiero.

DIEGO. Nunca; en vano me lo pides.

JUAN. ¿Nunca?

DIEGO. No.

JUAN. Cuando me cuadre.

DIEGO. ¿Cómo?

JUAN. Así.

(Le arranca el antifaz.)

TODOS. ¡Don Juan!

DIEGO. ¡Villano!

¡Me has puesto en la faz la mano!

JUAN. ¡Válgame Cristo! ¡Mi padre!

DIEGO. ¡Mientes, no lo fui jamás!

JUAN. ¡Reportaos, con Belcebú!

DIEGO. No; los hijos como tú

son hijos de Satanás.

Comendador, nulo sea

lo hablado.

GONZ. Ya lo es por mí.

Vamos.

DIEGO. Sí, vamos de aquí

donde tal monstruo no vea.

Don Juan, en brazos del vicio

desolado te abandono:

me matas... mas te perdono

de Dios en el santo juicio.

(Vanse los dos poco a poco.)

JUAN. Largo el plazo me ponéis;

mas ved que os quiero advertir

que no os he ido yo a pedir

jamás que me perdonéis.

Conque no paséis afán

de aquí adelante por mí;

que como vivió hasta aquí

vivirá siempre don Juan.

ESCENA VII

DICHOS, menos DON GONZALO y DON DIEGO

JUAN. ¡Eh! Ya salimos del paso:

y no hay que extrañar la homilía;

son pláticas de familia

de las que nunca hice caso.

Conque lo dicho, don Luis:

van doña Ana y doña Inés en puesta.

LUIS. ¿Y el precio es la vida?...

JUAN. Vos lo decís.

Ahora, por los dos extremos opuestos, fuera; y el breve plazo que hay aprovechemos.

LUIS. ¿Hasta cuándo?

JUAN. Hasta las nueve.

LUIS. ¿Dónde?

JUAN. Donde nos hallemos.

LUIS. Satisfecho quedaré

con que ambos muramos. Vamos.

JUAN. Conque señores, quedamos

en que la apuesta está en pie.

(Vanse cada uno con los suyos por distinto lado.)

MÚSICA

ESTUDS. ¿Qué fin tendrán

los dos en la apuesta?

Yo voy por don Juan;

CAB. Pondrá buen fin

don Luis a la apuesta;

yo voy por don Luis.

CUADRO SEGUNDO

SERENATA Y PENDENCIA

Plaza. En el fondo, el exterior de la casa de doña Ana, vista por una esquina. En las dos paredes que forman el ángulo, hay en la de la izquierda una reja y en la de la derecha una puerta y una reja, todas practicables.

ESCENA PRIMERA

CORO DE ESTUDIANTES con guitarras, espadas y pistolas al cinto

MÚSICA

Vela y estate alerta,
niña, en tu casa.

Ten abierta la puerta,
que el amor pasa.

Dale guardada,

que la busca, y despierta
si estás dormida.
Ábrele, de los ojos
luz y embeleso,
o a romper tus cerrojos
va con un beso.
Abre tus hojas
al amor, azucena
de los Pantojas.

ESCENA II

DICHOS y CIUTTI

HABLADO

CIUTTI. ¡Qué demonios de estudiantes!
¿Qué hacéis ahí?

ESTUDS. Pues las damos
serenata. ¿No quedamos
en eso?

CIUTTI. Pero no antes
de que aquí don Juan llegara.
¿Y si os hubiera caído
don Luis?

ESTUDS. ¿Pues hemos venido
sin espadas? Aquí hallara
con quien hablar.

CIUTTI. ¡Indiscretos!
Si a doña Ana avizoramos,
el plan de don Juan frustramos.

ESTUDS. ¿Cuál es?

CIUTTI. No sé; sus secretos
no escudriño yo jamás:
él manda, y le sirvo y callo;
con él a pie y a caballo
voy siempre, mas de él detrás.

ESTUDS. No creímos mal hacer.

CIUTTI. Para andar en su servicio,
hay que hacerle el sacrificio
de la voluntad, y ver,
oír, callar y esperar
a que él disponga y ordene:
porque el que paga es quien tiene
el derecho de mandar.

ESTUDS. Nosotros, por muy felices
en asistírle nos damos,
pues por su garbo le amamos
todos. Mas por lo que dices,

¿pasarás la pena negra
con él?

CIUTTI. No tal: en su casa
no hay quien ponga a nada tasa:
no tiene ni ayo ni suegra,
ni madrastra, ni heredero,
ni capellán... Ni a su madre
conoció, ni es ya su padre
más que a la izquierda un cerro
para don Juan: y se vive
con él, se bebe y se come,
sin que nos dé ni se tome
la pesadumbre más leve.
De nada se le da nada:
ni cree, ni teme, ni espera:
gozar es su ley primera,
su última razón la espada.
No hay zambra en que no se halle;
con intrigas por docenas,
atravesar puede apenas
sin reñir por una calle;
y es su condición tan brava
y tan feliz es su estrella,
que lleva tras de su huella
la fortuna por esclava.
Millonario, a nadie debe;
su paje y su mayordomo,
yo, de lo que come como,
bebo del vino que bebe,
de cuanto posee dispongo,
gozo de cuanto él disfruta;
y como jamás disputa
por las cuentas que le pongo,
de sus rentas participo:
con lo que él derrocha, ahucho;
y como hay de todo mucho,
con su aquipaje me equipo:
me paseo en sus caballos,
me miman sus damas bellas,
me regalan sus doncellas,
y en los trucos y en los mallos
me pavoneo, enamoro,
convido, humillo y conquisto
como don Juan: bien provisto
el bolsillo siempre de oro
llevo, para lo que ocurra,
y ando con él de bureo
día y noche: conque creo
que nada hay por qué me aburra.

TODOS. ¡Gran vida!
 CIUTTI. No hay que decir que sea canónica; mas entrarle a él a servir es entrar en su caudal. Sólo hay una contra.

ESTUDS. ¿Cuál?
 CIUTTI. Que con él hay que salir.

ESTUDS. ¿Y qué?
 CIUTTI. ¿Y qué? Que en la

en casa ninguna entramos por la puerta, sin que hagamos

por el balcón la salida; y en las que a fuerza de brazos

entramos por escalada, salimos siempre a trompazos,

haciendo lave la espada y las cabezas pedazos.

CORO. ¡Jal! ¡Jal!
 CIUTTI. Conque, pues, venís a servirle, ya sabéis

el salario que tenéis con él: la vida en un tris.

TODOS. ¡Jal! ¡Jal! ¡Jal!
 CIUTTI. ¡Silencio! ¡Él es!

allí viene! Id a ocultaros, y alerta. Yo iré a llamaros

cuando hagáis falta después.

ESCENA III

DON JUAN y CIUTTI

JUAN. ¿Ciutti?
 CIUTTI. ¿Señor?

JUAN. ¿Y Gastón?
 CIUTTI. Encerrado en la bodega.

JUAN. ¿Y don Luis?
 CIUTTI. A qué se juega

ignora, y contestación con él de doña Ana aguarda;

mas en cuanto se aperceba del juego vendrá y...

JUAN. Y muy tarde tiene la imaginativa,

según lo que se retrasa. Mas antes de que con gente

o sin ella se presente, he de entrar yo en esa casa.

CIUTTI. Tiene tras de aquesta reja doña Ana su habitación.

JUAN. Llamémosla la atención con un cantar. Si se deja

ver...
 CIUTTI. No os conoce: fingís

que vais de don Luis en nombre, y... urdid mañana..., sois hombre

que en un pelo las urdís.
 JUAN. Bien. ¿Y si no abre doña Ana?

CIUTTI. En la otra calle está alerta Lucía, y está la puerta

muy cerca de su ventana.
 JUAN. Es, Ciutti, una idea buena;

mas si don Luis llega en tanto que yo a su paloma encanto

con un cantar de sirena, no perdamos lance y fama

por un descuido: ¡pardiez, soplémos de una vez,

Ciutti, el peón y la dama! Escucha: tú, a fuer de ronda,

con unos cuantos de bríos, tras de la casa escurriés

dando vuelta a la redonda. Solo o con mil, por delante

le atacaré yo: tú aprietas con tu gente, y le sujetas

por detrás: y en el instante, en que en medio del tumulto

por la espalda me le cojas, con él esquivas el bulto

y con Gastón le encerrojás.

CIUTTI. ¿Y vos?
 JUAN (sonriendo). De miedo, me oculto

en casa de los Pantojas.
 CIUTTI. ¡Soberbio! Cuando se trata

de urdimbres por este estilo, no hay como vos.

JUAN. Queda un hilo suelto.

CIUTTI. ¿Cuál?
 JUAN. ¿Y la beata?

CIUTTI. Ese hilo está ya anudado con la llave del jardín,

que la he arrancado al fin, de doblas por un puñado.

JUAN. ¿Sin más instrucción ni seña?

CIUTTI. Dijo que venía en pos de mí a arreglarse con vos.

JUAN. ¡Ah culebrón!

CIUTTI. ¿De la dueña, señor, hay prueba evidente de que es criatura humana?

JUAN. No, Ciutti; probablemente descende de la serpiente que dió a Eva la manzana.

CIUTTI. ¿Señor?

JUAN. ¿Qué? En la calle está

CIUTTI. Por allí asoma un bulto que se aproxima.

JUAN. ¡Y es mujer!... ¡Si es ella!

CIUTTI. ¡Tomal, en nombrando al ruin de Roma...

ESCENA IV

DICHOS y BRÍGIDA

BRÍG. ¿Es don Juan?

JUAN. Sí, el bulto arrima.

Llega, que don Juan soy yo.

BRÍG. ¿Estáis solo?

JUAN. Con el diablo.

BRÍG. ¡Jesucristo!

JUAN. Por ti hablo.

BRÍG. ¿Soy yo el diablo?

JUAN. ¿Quién si no?

BRÍG. ¡Vaya, qué cosas tenéis!

Vos sí que sois un diablillo...

JUAN. Que te llenará el bolsillo si le sirves.

BRÍG. Ya veréis.

JUAN. Descarga, pues, ese pecho.

¿Qué hiciste?

BRÍG. Cuanto me ha dicho

vuestro paje. ¡Y qué mal bicho

es vuestro Ciutti!

JUAN. ¿Qué ha hecho?

¿No te ha entregado un bolsillo?

BRÍG. Sí, pero tratar prefiero

con vos: sois un caballero,

y Ciutti al fin...

JUAN. ¿Es un pillo?

BRÍG. De veras que no es un santo,

mas no digo tanto de él.

JUAN. ¿No te dió oro y un papel?

BRÍG. Un poco.

JUAN. Toma otro tanto.

(Le da un bolsillo.)

BRÍG. Directamente es mejor

entendernos, y es más breve.

JUAN. ¡Con Satanás que te lleve,

acaba!

BRÍG. El papel, señor,

en su horario he colocado,

y dándola el buen consejo

de que en él lea, la dejo

sola.

JUAN. ¿La habrás preparado?

BRÍG. ¡Vaya! Y os la he convencido

de tal modo y de manera,

que irá como una cordera

tras vos.

JUAN. ¿Tan fácil te ha sido?

BRÍG. Es la inocencia vestida,

la sencillez encarnada;

virgen, cuya alma cerrada

estuvo hasta hoy al amor,

era natural: la herida

que la hizo la primer flecha

fué mortal, y hoy está hecha

esclava vuestra, señor.

JUAN. ¿Y está hermosa?

BRÍG. ¡Como un ángel!

JUAN. Mas la has dicho...

BRÍG. Figuraos

si habré metido mal caos

en su cabeza, don Juan.

La dije que erais el hombre

por su padre destinado

para suyo; os he pintado

bravo, espléndido, galán.

Más imagen que la vuestra

no ve ya en su fantasía;

su alma vaga noche y día

de vuestra imagen en pos.

Su amor es mi obra maestra,

un volcán que la devora,

un altar en que os adora

confundiéndoos ya con Dios.

JUAN. ¡Calla, tentadora infame!

¡Calla! Y que tu lengua impura

no manche a esa criatura

tomándola en boca más.

BRÍG. ¿Qué os pasa, don Juan?

JUAN (*ensimismándose*). Lo ignoró. Mi espíritu ha deslumbrado un relámpago: ha pasado delante mí...

BRÍG. ¿Quién?

JUAN (*pausa*). Dios quizás.

BRÍG. Os estoy viendo y oyendo y me hacéis perder el tino; yo os creía un libertino sin alma y sin corazón.

JUAN (*ensimismado*). Quizás el amor humano tiene un origen divino.

BRÍG. ¡Miren por dónde le vino al diablo la contrición! Me asombra, mas no me pesa de vuestro arrepentimiento. Conque me vuelvo al convento: haga Inés su profesión, y enamorada y profesada hará una monja sin tacha.

Conque adiós. ¡Pobre muchacha!

JUAN. Esperate tentación. Un vértigo incomprensible me desconcertó un instante: no sé qué luz fulgurante brotó dentro de mí ser; y el espíritu visible de doña Inés, un momento alumbro en mi pensamiento, sin contornos de mujer.

Mas yo ni temo, ni creo en ningún mundo invisible, ni en ningún hecho imposible, ni en ningún sumo poder. La aposté, y es infalible; ni dudo ni me arrepiento: esta noche en su convento será mía esa mujer.

¿Conque a qué hora se recogen las monjas?

BRÍG. (¡Este hombre ahora me da pavor!...)

JUAN. ¡Tentadora vill... ¿Me quieres responder?...

BRÍG. ¡Sí, sí!

JUAN. ¿A qué hora se recogen las monjas?

BRÍG. Hoy reunidas en coro están...

JUAN. Prevenidas, están ambas.

BRÍG. ¿Cuándo iréis, y cómo?

JUAN. Tú dirás.

BRÍG. Cuando las ánimas den, con tiento,

abriendo el huerto, al convento fácilmente entrar podéis con la llave que os he enviado: un claustro oscuro y estrecho veréis; seguidle derecho; y daréis con poco afán en nuestra celda.

JUAN. ¡Y si acierto a robar tan gran tesoro, te he de hacer pesar en oro.

BRÍG. Por mí no queda, don Juan.

JUAN. Ve y aguárdame.

BRÍG. Voy, pues, a entrar por la portería, y a cegar a Sor María la tornera. Hasta después. (Pensé que se arrepentía...)

Adiós, Ciutti...

(*Al pasar por delante de éste.*)

CIUTTI. Adiós, arpía! Adiós, serpiente con pies...

ESCENA V

DON JUAN, CIUTTI

JUAN. ¡Pues señor, soberbio envitel! Muchas hice hasta esta hora; mas, por Dios, que la de ahora será tal que me acredite: Sí, pero no atropellados: hay que hacerlas pronto y bien, y hacerlas que resultados seguros y útiles den.

Ciutti.

CIUTTI. Señor...
JUAN. Somos hombres de dar cima de una vez, y a la apuesta de esta noche sólo en dos horas o tres;

mas vamos sobre nosotros,
de ellas al cabo, a tener
a media Sevilla, Ciutti;
al padre de doña Inés,
a los deudos de doña Ana,
a los de don Luis con él,
la excomunión de los elérigos
y la justicia del rey.

Fuerza es burlarlos a todos
y quedar mano y en pie.

CIUTTI. No veo cómo...

JUAN. Sacando
de Sevilla a doña Inés,
y casándome con ella
de veras.

CIUTTI. ¡Ay, señor!

JUAN. ¿Qué?

CIUTTI. ¿Habláis de veras? ¿Casaros?

JUAN. ¡Qué! ¿No te parece bien
la novia? Es un ángel, Ciutti;
siento por esa mujer
un afecto inexplicable
que casi carnal no es.

CIUTTI. ¡Vaya, un amor... honestísimo!

JUAN. ¿Y por qué no?

CIUTTI. (después de una pausa).

¡Señor!

JUAN. ¿Qué?

CIUTTI. Mañana, vuestros servicio
dejar me permitiréis.

JUAN. ¿Por qué?

CIUTTI. Porque hoy me convenzo
de que va vuesa merced
a dar...

JUAN. ¿En loco?

CIUTTI. Peor.

JUAN. ¿Pues en qué?

CIUTTI. En hombre de bien.

JUAN. El último desatino
algún día se ha de hacer,
mas lo que nunca ha de hacerse,
Ciutti, es dejarse coger.

Oye: el tesoro que tengo
y que en ausencia heredé
de mi tío el Arzobispo,
está de Ubaldo en poder,
y es el barco que nos trajo
de este rico genovés.

Echemos por el atajo;

el sacar a doña Inés
del claustro, no es gran trabajo.

Tú en el caballo a través
te la llevas, y yo bajo
hasta mi quinta después
con el barco y el tesoro.

Si se arregla todo bien
y todos con todo apechan,
bueno: si no, hasta más ver;
cuestión de agua, y plata;
conque pecho al agua, y cata
que no hay tiempo que perder.

Vamos, pues, su serenata
a dar a doña Ana. A ver,
tu mandolina desata.

CIUTTI. (De atajarle no hay poder;
esto es una catarata;
y viene el otro, y va a ver
aquí una mandolinata.)

MÚSICA

JUAN. Corza ligera, que escorria
vas por ladera desconocida,
donde te espera red preparada
por que entrapada pierdas la vida.

¿Adónde vas?

Corza a quien yo reclamo:
vuélvete atrás.

CIUTTI. Ya verás, corza ligera,
qué feliz y libre vas;
ya verás lo que te espera
si a su voz oído das.

JUAN. Ninfa inocente, que mar aden-
nadas serena del riesgo ajena, [tro
vuelve a tu fuente, vuelve a tu centro
y huye el encuentro de la sirena.

¿Adónde vas?

Sal del mar a mi acento:
vuélvete atrás.

CIUTTI. Ya verás, ninfa serena,
que la mar surcando vas,
ya verás con la sirena,
si la escuchas, cómo das.

HABLADO

JUAN. Pues permanece cerrada su ventana.

(*Abre Lucía la ventana.*)

CIUTTI. Se ha comido la partida; pero nada

con la señora hay perdido, porque ha abierto la criada.

JUAN. ¿Estás cierto?

CIUTTI. La he sentido.

(*Vase Ciutti al otro lado de la casa; mira a la reja, ve a Lucía y vuelve a llamar a don Juan, que pasa.*)

JUAN. Voy a hablarla.

CIUTTI. Y con porfía, porque es taimada y se hará rogar.

JUAN. Si en la reja está, lo demás es cuenta mía.

ESCENA VI

DICHOS y LUCÍA, a la reja

(*Ciutti recoge la mandolina y se aparta de don Juan, poniéndose en acecho de las dos calles. Don Juan se llega a la reja de Lucía, quien después de una pausa y de mirar a don Juan, que apoyado en la reja la contempla, dice:*)

LUCÍA. ¿Qué queréis, buen caballero?

JUAN. Quiero.

LUCÍA. ¿Qué queréis, vamos a ver?

JUAN. Ver.

LUCÍA. ¿Ver? ¿Qué veréis a esta hora?

JUAN. A tu señora.

LUCÍA. ¡Idos, hidalgo, en mal hora!

¿Quién pensáis que vive aquí?

JUAN. Doña Ana Pantoja, y...

quiero ver a tu señora.

LUCÍA. ¿Sabéis que casa doña Ana?

JUAN. Sí, mañana.

LUCÍA. ¿Y ha de ser tan infiel ya?

JUAN. Si será.

LUCÍA. ¿Pues no es de don Luis Mejía?

JUAN. ¡Cal! Otro día.

Hoy no es mañana, Lucía; yo he de estar hoy con doña Ana,

y si se casa mañana, mañana será otro día.

LUCÍA. ¡Ah! ¿En recibiros está?

JUAN. Podrá.

LUCÍA. ¿Qué haré si os he de servir?

JUAN. Abrir.

LUCÍA. ¡Bah! ¿Y quién abre este casti-

JUAN. Este bolsillo. [llo?]

LUCÍA. ¿Oro?

JUAN. Pronto te dió el brillo.

LUCÍA. ¡Cuánto!

JUAN. De cien doblas pasa.

LUCÍA. ¡Jesús!

JUAN. Cuenta y di: ¿esta casa podrá abrir este bolsillo?

LUCÍA. ¡Oh! Si es quien me dora el

JUAN. ¡Muy rico! [picó...]

LUCÍA. ¿Sí? ¿Qué nombre usa el galán?

JUAN. Don Juan.

LUCÍA. ¿Sin apellido notorio?

JUAN. Tenorio.

LUCÍA. ¡Ánimas del purgatorio!

¿Vos don Juan?

JUAN. ¿Qué te amedrenta, si a tus ojos se presenta muy rico don Juan Tenorio?

LUCÍA. Rechina la cerradura...

JUAN. Se asegura.

LUCÍA. ¿Y a mí quién? ¡Por Belcebú!...

JUAN. Tú.

LUCÍA. ¿Y qué me abrirá el camino?

JUAN. Buen tino.

LUCÍA. ¡Bah! Ir en brazos del destino...

JUAN. Dobla el oro.

LUCÍA. Me acomodo.

JUAN. Pues mira cómo de todo se asegura tu buen tino.

LUCÍA. Tomad la llave, y los dos podéis entrar por ahí

cuando queráis.

JUAN. Bien. ¿De mí qué más quieres?

LUCÍA. Que con vos me saquéis salva de aquí

después de tal fechoría.

JUAN. Te sacaré de mí en pos.

LUCÍA. ¿Pero segura? Que sí.

JUAN. ¿Lo juráis?

JUAN. Sí.

LUCÍA. Pues adiós.

JUAN. Adiós, pues, y en mí te fía.

LUCÍA. Y en mí el garboso galán.

JUAN. Adiós, pues, franca Lucía.

LUCÍA. Adiós, pues, rico don Juan.

JUAN. Con oro nada hay que falle.

CIUTTI. ¡Chist!

(Interrumpiéndole muy a tiempo.)

JUAN. ¿Qué hay?

CIUTTI. ¿En este momento don Luis entra en esa calle?

JUAN. ¿Solo o con gente?

CIUTTI. (Espíandole.) Con poca.

Se acerca, se para... Toca de la Pantoja en la reja...

JUAN. ¿Y su gente?

CIUTTI. Aunque se aleja, le guarda.

JUAN. Pues punto en boca. Dejémosle hacer. No sabe que aquí la esquina me tapa; aquí a que el coloquio acabe aguardaré. Ciutti, escapa.

ESCENA VII

... DON JUAN, DON LUIS, DOÑA ANA

MÚSICA

LUIS. Yo soy; sal presto!

ANA. ¡Cielos! ¿Qué es esto?

LUIS. Don Juan aquí...

ANA. Jamás le vi.

LUIS. ¿Nadie a tu puerta

llamó?

ANA. No, Luis.

JUAN. ¡Brava preguntal!

¿Quién llama a puerta

que puede abierta

tener por sí?

LUIS. Te avisé que una traición

contra ti fraguó don Juan,

y esperaba con afán

tu respuesta con Gastón.

JUAN. ¡Oh! Cómo inocentón

me voy de ti a refró!

cuando te (vea ir

adonde fué Gastón.)

ANA. ¡De tal revelación

no sé qué colegir;

tan sólo sé decir

que yo no vi a Gastón.

LUIS. Responde, por tu vida,

¿Don Juan no vino aquí?

ANA. Cantares aquí fuera

no ha mucho que sentí;

¡Oh! la serenata era

sin duda para mí;

mas no abrí la vidriera

porque tu voz no oí.

JUAN. (Pero la casa entera

se me entregaba a mí.)

LUIS. ¿A ti una serenata

aquí sin mí te dan,

y el rostro me recata

tu rondador galán?

ANA, me mata

mi interno afán.

Sabes, ingrata,

que fué don Juan,

ANA. No, no: que no, te digo.

¡El no me vió jamás.

¡Dios santo, sé testigo

de mi sinceridad!

Yo nunca fui perjura,

yo siempre fui leal,

y puedo darte pura

mi alma ante el altar.

LUIS. Perdona que reclame

un último favor,

del seductor infame

para salvar tu honor.

Permiso y llave dame

para que guarde yo

tu casa cuando llame,

porque venir juré.

ANA. ¡Jamás, jamás celoso

calumnies a mi amor;

mañana vas mi esposo

a ser ante el Señor.

Ven, pues, cuando en reposo

esté todo en redor,

y velarás mi sueño

hasta que raye el sol.

JUAN. (Tú tienes la ventana,

pero la puerta no; al veremos quién la palma se lleva de los dos.

Tú poseerás su alma, pero su cuerpo (yo.)

¿Don Luis? (a doña Ana.) ¡Cierral!

ANA (cerrando). ¡Adiós!

LUIS. ¿Quién va? (A don Juan.)

JUAN. ¡Yo!

LUIS. ¡Don Juan!

JUAN. ¡Tarde venís!

LUIS. Aún hay tiempo.

JUAN. No, don Luis.

LUIS. ¡A mí!

(A los suyos, calle derecha.)

JUAN. ¡A mí!

(A los suyos, calle izquierda.)

ALC. ¡Ténganse allá!

(Ambos coros se colocan con la mayor rapidez al lado de sus jefes, y al tiempo que don Juan y don Luis desenvainan las espadas, un Alcalde de casa y corte, con ronda y cuadrilleros, maj a tiempo, les gana el centro al dividirse.)

ESCENA VIII

DICHOS, un ALCALDE, RONDA, CUADRILLEROS; luego CIUTTI con los ESTUDIANTES

JUAN, LUIS y CORO. No se rinden caballeros

a villanos cuadrilleros.

En las manos los aceros:

la justicia juzgará.

¡Allá va!

¡Cierra y dala!

ALC. Las espadas, caballeros.

Ronda traigo y cuadrilleros;

entregadme los aceros.

La justicia juzgará.

¡Alto allá!

Dense ya.

CUAD. No hay escape, caballeros:

los villanos cuadrilleros

de las manos los aceros;

a quitarnos vienen ya.

¡Recio dal!

¡Malo val!

D. JUAN, D. LUIS y los suyos. ¡Jal! ¡Jal! ¡Jal!

(Al «Alla va» de don Juan, carga él y sus coros sobre el Alcalde, la ronda y cuadrilleros: Trunulto general muy breve. Los de don Juan y don Luis se llevan por delante a la justicia por la izquierda. Don Juan y don Luis, después de iniciar la pelea, se quedan riendo en el centro de la escena, contemplándola; los coros siguen alejándose, mientras Ciutti, con otros, sale por la calle de la derecha y asegura a don Luis.)

CIUTTI. ¡Por don Juan!

(Cogiéndole por detrás y amordazándole.)

LUIS. ¡Ah!

¡Jal! ¡Jal! ¡Jal!

(Ciutti y los suyos se llevan a don Luis por la derecha. Don Juan, riéndose en escena, saca la llave que le dió Lucía, y al meterla en la cerradura de la casa de doña Ana, cae el telón.)

ACTO SEGUNDO

CUADRO TERCERO

SERPIENTE Y PALOMA

Celda de doña Inés: puertas laterales, reclinatorio

ESCENA PRIMERA

DOÑA INÉS, CORO DE MUJERES dentro

MÚSICA

(Doña Inés arrodillada en el reclinatorio, mientras canta el coro dentro.)

CORO, dentro

Dios que de mundos pueblas la nada y
 el vacío,
 señor de las tinieblas, origen de la luz:
 tu templo patrocina contra el audaz im-
 pio
 por la pasión divina del que murió en la
 cruz.

Señor, Tú que conservas del orbe los ci-
[mientos,
las larvas y las yerbas, los bosques y la
[mar;
que todo lo preservas de adversos elemen-
[tos:
la casa de tus siervas ampara, y el altar.

Señor, Tú que amaneces, con el albor del
[alba,
sostén del universo y germen de la luz,
escucha nuestras preees, y nuestro templo
[salva
por la divina sangre del que murió en la
[cruz.

(Doña Inés se levanta del reclinatorio y
baja a escena.)

INÉS. ¡No puedo! No puedo
leer ni rezar.

No sé por qué, miedo
de todo me da.

Como novicia un hábito
me van mañana a dar.
Novicia... Pero monja
no lo seré jamás.

Como alas nuevas siento
que en mí brotando están,
y lejos del convento
mis pensamientos van.

¡Libérame, Dios mío,
de tan extraño afán,
o suéltame las alas
y déjame volar!

¡Ay, ay de mí!
Que lo que siento y quiero
no me lo sé decir.

HABLADO

INÉS. Aún salmodian en el coro
las monjitas... Ya se ve,
hay vigilia y penitencia
por el Carnaval. También
todas las noches al coro
bajaba yo con placer,
hasta hoy. ¿Por qué no he ido
esta noche? No lo sé.
Brígida me dijo: «Espérame,
que vuelvo.» Que iba a tener
miedo aquí sola, la dije,

y con miedo la esperé.
¡Ay de mí! Comienzo a hallar
tal soledad y aridez
en el convento... Mas Brígida
¿dónde estará? Esa mujer,
con sus pláticas al cabo
me entretiene alguna vez.
Hoy la echo menos... acaso
porque la voy a perder,
que en pasando al noviciado,
servidumbre no tendré.
Mas pasos siento en el claustro.
¡Oh! Reconozco muy bien
sus pisadas... Ya está aquí.

ESCENA II

DOÑA INÉS, BRÍGIDA

BRÍG. (sale por la puerta de la derecha).

Buenas noches, doña Inés.
INÉS. ¿Cómo habéis tardado tanto?

BRÍG. Voy a cerrar esta puerta.
(La de la izquierda.)

INÉS. Hay orden de que esté abierta.

BRÍG. Eso es muy bueno y muy santo
para las otras novicias
que han de consagrarse a Dios:
no, doña Inés, para vos.

INÉS. Brígida, ¿no ves que vicias
las reglas del Monasterio,
que no permiten?...

BRÍG. ¡Bah, bah!
Más segura así se está,
y así se habla sin misterio
ni estorbos. ¿Habéis mirado
el libro que os he traído?

INÉS. ¡Ay! ¿Se me había olvidado!...

BRÍG. ¡Pues me hace gracia el olvido!

INÉS. Como la madre abadesa
se entró aquí inmediatamente...

BRÍG. ¡Vieja más impertinente!...

INÉS. ¿Pues tanto el libro interesa?

BRÍG. Vaya si interesa... ¡Mucho!

¡Pues quedó con poco afán
el infeliz!...

INÉS. ¿Quién?

BRÍG. Don Juan.
INÉS. ¡Válgame el cielo! ¡Qué escuchol
¿Es don Juan quien me le envía?

BRÍG. ¡Por supuesto!
INÉS. ¡Oh! Yo no debo

tomarle.
BRÍG. ¡Pobre mancebol

Desairarle así, sería
matarle.

INÉS. ¿Qué estás diciendo?

BRÍG. Si ese horario no tomáis,
tal pesadumbre le dais
que va a enfermar, lo estoy viendo.

INÉS. ¡Ah! No, no: de esa manera
lo tomaré.

BRÍG. Bien haréis.

INÉS. ¡Y qué bonito es!

BRÍG. Ya veís:
quien quiere agradar, se esmera.

INÉS. Con sus manecillas de oro.

¡Y cuidado que está prietolo...
A ver, a ver si completo
contiene el rezo del coro.

(*Le abre y cae una carta de entre sus hojas.*)
Mas ¿qué cayó?

BRÍG. Un papelito.

INÉS. ¿Una carta?

BRÍG. Claro está:
en esa carta os vendrá
ofreciendo el regalito.

INÉS. ¿Qué será suyo el papel?

BRÍG. ¡Vaya, que sois inocente!
Pues que os feria, es consiguiente
que la carta será de él.

INÉS. ¡Ay, Jesús!

BRÍG. ¿Qué es lo que os da?

INÉS. Nada, Brígida, no es nada.

BRÍG. No, no; si estáis inmutada.
(*Ya presa en la red está.*)
¿Se os pasa?

INÉS. Sí.

BRÍG. Eso habrá sido
algún marefílo vano.

INÉS. ¡Ay! Se me abraza la mano
con que el papel he cogido.

BRÍG. ¡Doña Inés, válgame Dios!
Jamás os he visto así.

¡Estáis trémula!...
INÉS. ¡Ay de mí!

BRÍG. ¿Qué es lo que pasa por vos?

INÉS. ¡No sé! El campo de mi mente
siento que cruzan pérdidas

mil sombras desconocidas
que me inquietan vagamente,
y ha tiempo al alma me dan
con su agitación tortura.

BRÍG. ¿Tiene alguna, por ventura,
el semblante de don Juan?

INÉS. No sé desde que le vi,
Brígida mía, y su nombre
me dijiste, tengo a ese hombre
siempre delante de mí.

Por doquiera me distraigo
con su agradable recuerdo,
y si un instante le pierdo,
en su recuerdo recaigo.

No sé qué fascinación
en mis sentidos ejerce,
que siempre hacia él se me tuercé
la mente y el corazón;

y aquí y en el oratorio,
y en todas partes, advierto
que el pensamiento divierto
con la imagen de Tenorio.

BRÍG. ¡Válgame Dios, doña Inés!
Según lo vais explicando,
tentaciones me van dando
de creer que eso amor es.

INÉS. ¿Amor has dicho?

BRÍG. Sí, amor.

INÉS. No, de ninguna manera.

BRÍG. Pues por amor lo entendería
el menos entendedor.

Mas vamos la carta a ver.
¿En qué os paráis? ¿Un suspiro?

INÉS. ¡Ay! Que cuanto más la miro,
menos me atrevo a leer.

(*Lee.*) «¡Doña Inés del alma mía!...»
¡Virgen santa, qué principio!

BRÍG. Vendrá en verso, y será un ripio
que traerá la poesía.

(*Melopea; lectura con acompañamiento de
sordina.*)

INÉS. ¡«Doña Inés del alma mía!

«luz de donde el sol la toma,

«hermosísima paloma

«privada de libertad;

«si os dignáis por estas letras

«pasar vuestros lindos ojos,

«no los tornéis con enojos

«sin concluir, acabad.»

BRÍG. ¡Qué humildad y qué final!
¿Dónde hay mayor rendimiento?

INÉS. Brígida, no sé qué siento!

BRÍG. Seguid, seguid la lectura.

INÉS. «Nuestros padres de consuno

«nuestras bodas acordaron,

«porque los cielos juntaron

«los destinos de los dos;

«y halagado desde entonces

«con tan risueña esperanza,

«mi alma, doña Inés, no alcanza

«otro porvenir que vos.

«De amor con ella en mi pecho

«brotó una chispa ligera,

«que han convertido en hoguera

«tiempo y afición tenaz;

«y esta llama, que en mí mismo

«se alimenta inextinguible,

«cada día más terrible

«va creciendo y más voraz.»

BRÍG. Es claro: esperar le hicieron

en vuestro amor algún día,

y hondas raíces tenía

cuando a arrancársele fueron.

Seguid.

INÉS. «En vano a apagarla

«concurren tiempo y ausencia;

«que, doblando su violencia,

«no hoguera ya, volcán es;

«y yo, que en medio del cráter

«desesperado batallo,

«suspendido en él me hallo

«entre mi tumba y mi Inés.»

BRÍG. ¿Lo veis, Inés? Si ese horario

le depreciáis, al instante

le preparan el sudario.

INÉS. ¡Yo desfallezco!

BRÍG. Adelante.

INÉS. «Inés, alma de mi alma,

«perpetuo imán de mi vida,

«perla sin concha escondida

«entre las algas del mar:

«garza que nunca del nido

«tender osastes el vuelo,

«el diáfano azul del cielo

«para aprender a cruzar;

«si es que a través de esos muros

«el mundo apenas miras,

«y por el mundo suspiras.

de libertad con afán.

«acuérdate, que al pie mismo

«de esos muros que te guardan,

«para salvarte te aguardan,

«los brazos de tu don Juan.»

¿Qué es lo que me pasa, ¡cielo!

que me estoy viendo morir?

BRÍG. (Ya tragó todo el anzuelo.)

Vamos, que está al concluir.

INÉS. «Acuérdate de quien llora

al pie de tu celosía,

y allí le sorprende el día,

y le halla la noche allí:

acuérdate de quien vive

sólo por ti, ¡vida mía!

y que a tus pies volaría

si le llamaras a ti.»

BRÍG. ¿Lo veis? Vendría.

INÉS. ¿Vendría?

BRÍG. A postrarse a vuestros pies.

INÉS. ¿Puede?

BRÍG. ¡Oh, sí!

INÉS. ¡Virgen María!

BRÍG. ¡Pero acabad, doña Inés!

INÉS. «Adiós, oh luz de mis ojos!

«Adiós, Inés de mi alma!

«Medita, por Dios, en calma

«las palabras que aquí van:

«y si odias esa clausura

«que ser tu sepulcro debe,

«manda, que a todo se atreve

«por tu hermosura don Juan.»

(Cesa la música.)

¡Ay! ¿Qué filtro envenenado

me dan en este papel,

que el corazón desgarrado

me estoy sintiendo con él?

¿Qué sentimientos dormidos

son los que revela en mí?

¿Qué impulsos jamás sentidos?

¿Qué luz que hasta hoy nunca vi?

¿Qué es lo que engendra en mi alma

tan nuevo y profundo afán?

¿Quién roba la dulce calma

de mi corazón?

BRÍG. Don Juan.

INÉS. ¿Don Juan dices? ¿Conque ese

me ha de seguir por doquier? [hombre]

¿Sólo he de escuchar su nombre?

¿Sólo su sombra he de ver?
¡Ah! Bien dice: juntó el cielo
los destinos de los dos,
y en mi alma engendró este anhelo
fatal.

BRÍG. ¡Silencio, por Dios!
(Se oyen dar las ánimas: órgano dentro.)

INÉS. ¿Qué?
BRÍG. ¡Silencio!

INÉS. ¡Me estremeeces!
BRÍG. ¿Oís, doña Inés, tocar?

INÉS. Sí, lo mismo que otras veces
las ánimas oigo dar.

BRÍG. Pues no habléis de él.
INÉS. ¡Cielo santo!

¿De quién?
BRÍG. ¿De quién ha de ser?

De ese don Juan que amáis tanto,
porque puede aparecer.

INÉS. ¡Me amedrentas! ¿Puede ese
llegar hasta aquí? [hombre

BRÍG. Quizá;
porque el eco de su nombre
tal vez llega a donde está.

INÉS. ¡Cielos! ¿Y podrá?...
BRÍG. ¿Quién sabe?

INÉS. ¿Es un espíritu, pues?
BRÍG. No; mas si tiene una llave...

INÉS. ¡Dios!
BRÍG. Silencio, doña Inés:

¿no oís pasos?
INÉS. ¡Ay! Ahora

nada oigo. (Dan las diez.)

BRÍG. Las diez dan.

Suben..., se acercan... Señora,
ya está aquí.

INÉS. ¿Quién?
BRÍG. ¡Él!

INÉS. ¡Don Juan!

Música, hasta el final, en sordina

Coro de monjas dentro, que no haga más
que llegar al oído del espectador

Coro. (Se repite una estrofa del coro de
la primera escena de este cuadro.)

HABLADO, durante el coro

ESCENA III

DOÑA INÉS, BRÍGIDA, DON JUAN, CORO
DE MUJERES dentro

INÉS. ¿Qué es esto? ¡Sueño! ¿Deliro?
JUAN. ¡Inés de mi corazón!

(Saliendo.)
INÉS. ¡Tenedme..., apenas respiro!

¡Sombra! ¡Huye por compasión!
¡Ay de mí!

(Desmáyase doña Inés y don Juan la sostiene; la carta de don Juan queda en el suelo al desmayarse doña Inés.)

BRÍG. La ha fascinado
vuestra repentina entrada

y el pavor la ha trastornado.

JUAN. Mejor, así nos ha ahorrado
la mitad de la jornada.

¡Ea! No desperdiciemos
el tiempo aquí en contemplarla,

si perdernos no queremos.
En los brazos a tomarla

voy, y cuanto antes ganemos
ese claustro solitario.

BRÍG. ¡Oh! ¿Vais a sacarla así?
JUAN. ¡Necia! ¿Piensas que rompí

la clausura, temerario,
para dejármela aquí?

¡Oh!
Mi gente abajo me espera.

¡Sígueme!
(Coge a doña Inés en brazos y vase.)

ESCENA IV

BRÍGIDA sola

¡Sin alma estoy!

Mas no me quedo aquí hoy
yo. Suceda lo que quiera,

¡nada! con ellos me voy. (Vase corriendo.)

CUADRO CUARTO

PECHO AL AGUA

ESCENA PRIMERA

CIUTTI, CORO DE ESTUDIANTES

MÚSICA

CORO. Es mentira, nos engañas;
conocemos bien tus mañas

ESCENA II

CIUTTI, BRÍGIDA

BRÍG. ¡Uff! ¿Qué posmas

han estado!
CIUTTI. Es natural;

le adoran, le creen perdido

y le quieren encontrar.

BRÍG. Qué noche, ¡válgame Dios!

No me puedo menear.

CIUTTI. Pues ¿qué os duele?

BRÍG. Todo el cuerpo,

y creo que el alma.

CIUTTI. ¡Yalá...

como a montar no estáis hecha

a caballo, es natural.

Mas de estas cosas veréis,

si en esta casa os quedáis,

lo menos seis por semana.

BRÍG. ¡Jesús!

CIUTTI. ¿Y esa niña está

reposando todavía?

BRÍG. ¿Y a qué se ha de despertar?

CIUTTI. Si, es mejor que abra los ojos

en los brazos de don Juan.

BRÍG. Preciso es que tu amo tenga

algún diablo familiar.

CIUTTI. Si lo tiene, es un buen diablo,

pues no nos ayuda mal:

mas me temo que le pierda

por volver a Dios la faz,

y se quede sin el diablo

y Dios no le quiera ya.

BRÍG. No os entiendo.

CIUTTI. Yo tampoco

me sé mejor explicar.

Mas ya tarda, ¡vive Dios!

BRÍG. Las doce en la catedral

han dado ya tiempo.

CIUTTI. Y de vuelta

debía a las doce estar.

BRÍG. Pero ¿por qué no se vino

con nosotros?

CIUTTI. Tuvo allá

en la ciudad, para el viaje,

cuatro cosas que arreglar.

BRÍG. ¿Para el viaje?

CIUTTI. Por supuesto;

aunque muy fácil será
que esta noche a los infiernos

nos hagan con él viajar.

BRÍG. Jesús, ¿qué ideast!

CIUTTI. Pues digo:

¿son obras de caridad

en las que nos empleamos,

para mejor esperar?

Aunque seguros estamos

como vuelva por acá.

BRÍG. ¿De veras, Ciutti?

CIUTTI. Venid

a este balcón y mirad.

¿Qué veis?

BRÍG. Veo un bergantín

que bajando el río va.

CIUTTI. Pues su patrón, a las órdenes

debe venir de don Juan,

y salvos, en ese caso,

a Italia nos llevará.

BRÍG. ¿Cierto?

CIUTTI. ¡Yay! Antes que el sol

saldremos del río al mar:

están los cuatro elementos

al servicio de don Juan.

BRÍG. ¡Chist! Ya siento a doña Inés.

CIUTTI. Pues yo me voy, que don

encargó que sola vos

debiáis con ella hablar.

BRÍG. Y encargó bien, que yo entiendo

de esto.

CIUTTI. Adiós, pues.

BRÍG. Vete en paz.

ESCENA III

DOÑA INÉS, BRÍGIDA

INÉS. ¿Brígida? *(Dentro.)*

BRÍG. ¿Qué, doña Inés?

INÉS. Brígida, por caridad,

(Saliendo azorada.)

¿dónde estamos? ¿Este cuarto

es del convento?

BRÍG. No tal:

aquello era un cuchitril

en donde no había más

que miseria.

INÉS. Pero, en fin,

¿en dónde estamos?

BRÍG. Mirad, mirad por este balcón, y alcanzaréis lo que va desde un convento de monjas a una quinta de don Juan.

INÉS. ¿Es de don Juan esta quinta?

BRÍG. Y creo que vuestra ya.

INÉS. Pero no comprendo, Brígida, lo que hablas.

BRÍG. Escuchad.

Estabais en el convento, leyendo con mucho afán una carta de don Juan, cuando estalló en un momento un incendio formidable.

INÉS. ¡Jesús!

BRÍG. Espantoso, inmenso; el humo era ya tan denso que el aire se hizo palpable.

INÉS. Pues no recuerdo...

BRÍG. Las dos, con la carta entretenidas, olvidamos nuestras vidas, yo oyendo y leyendo vos.

Y estaba en verdad tan tierna, que entrambas a su lectura

achacamos la tortura que sentíamos interna.

Apenas ya respirar podíamos, y las llamas

prendían ya en nuestras camas: nos íbamos a asfixiar,

cuando don Juan, que os adora y que rondaba el convento,

al ver crecer con el viento la llama devastadora,

con inaudito valor,

viendo que íbais a abrasaros, se metió, para salvaros,

por donde pudo mejor.

Vos, al verle así asaltar la celda tan de improviso,

os desmayasteis... preciso, la cosa era de esperar.

Y él, cuando os vió caer así, en sus brazos os tomó

y echó a huir; yo le seguí y del fuego nos sacó.

¿Dónde íbamos a está hora?

Vos seguíais desmayada, yo estaba ya casi ahogada.

Dijo, pues: «hasta la aurora en mi casa las tendré:

y henos, doña Inés, aquí.

INÉS. ¿Conque esta es su casa?

BRÍG. Sí.

INÉS. Pues nada recuerdo, a fe. ¡Pero... en su casa!... ¡Oh! Al punto

salgamos de ella... yo tengo la de mi padre.

BRÍG. Convento con vos, pero es el asunto...

INÉS. ¿Qué?

BRÍG. Que no podemos ir.

INÉS. ¡Oír tal me maravilla!

BRÍG. Nos aparta de Sevilla...

INÉS. ¿Quién?

BRÍG. Vedlo, el Guadalquivir.

INÉS. ¿No estamos en la ciudad?

BRÍG. A una legua nos hallamos de sus murallas.

INÉS. ¡Oh! ¡Estamos perdidas!

BRÍG. ¡No sé, en verdad, por qué!

INÉS. Me estás confundiendo, Brígida, y no sé qué redes

son las que entre estas paredes temo que me estás tendiendo.

Nunca el claustro abandoné, ni sé del mundo exterior

los usos, mas tengo honor; noble soy, Brígida, y sé

que la casa de don Juan no es buen sitio para mí:

me lo está diciendo aquí, no sé qué escondido afán.

Ven, huyamos.

BRÍG. Doña Inés, la existencia os ha salvado.

INÉS. Sí, pero me ha envenenado el corazón.

BRÍG. ¿Le amáis, pues?

INÉS. No sé... mas por compasión, huyamos pronto de ese hombre,

tras de cuyo solo nombre se me escapaba el corazón.

¡Ah! Tú me diste un papel

de manos de ese hombre escrito,
y algún encanto maldito
me diste encerrado en él.
Una sola vez le vi
por entre unas celosías,
y que estaba me decías
en aquel sitio por mí.
Tú, Brígida, a todas horas
me venías de él a hablar,
haciéndome recordar
sus gracias fascinadoras.
Tú me dijiste que estaba
para mí destinado
por mi padre... y me has jurado
en su nombre que me amaba.
¿Qué le amo dices? Pues bien;
si esto es amar, sí, le amo;
pero yo sé que me infamo
con esa pasión también;
y si el débil corazón
se me va tras de don Juan,
tirándome de él están
mi honor y mi obligación.
Vamos, pues, vamos de aquí
primero que ese hombre venga,
pues fuerza acaso no tenga
si le veo junto a mí.
Vamos, Brígida.
BRÍG. Esperad.
¿No oís?
INÉS. ¿Qué?
BRÍG. Ruido de remos.
INÉS. Sí, dices bien; volveremos
en un bote a la ciudad.
BRÍG. Mirad, mirad, doña Inés.
INÉS. Acaba... Por Dios, partamos.
BRÍG. Ya imposible que salgamos.
INÉS. ¿Por qué razón?
BRÍG. Porque él es
quien en ese barquichuelo
se adelanta por el río.
INÉS. ¡Ay! ¡Dadme fuerzas, Dios mío!
BRÍG. Ya llegó; ya está en el suelo.
Sus gentes nos volverán
a casa; mas antes de irnos,
es preciso despedirnos,
a lo menos, de don Juan.
INÉS. Sea, y vamos al instante.
No quiero volverle a ver.

BRÍG. (Los ojos te hará volver
al encontrarle delante.)
Vamos.

INÉS. Vamos.

CIUTTI. Aquí están. (Dentro.)

JUAN. Alumbra. (Id.)

BRÍG. ¡Nos busca!

INÉS. ¡El es!

ESCENA IV

DICHOS, DON JUAN

JUAN. ¿Adónde vais, doña Inés?

INÉS. ¡Dejadme salir, don Juan!

MÚSICA

JUAN. Ven, cálmate, mi vida,
reposa sin temor
y del convento olvida
la triste reclusión.

El aire que se aspira,
se aspira aquí mejor;
aquí todo respira
felicidad y amor.

INÉS. Cesa, por Dios,
que resistirte
no puede ya
el corazón.

JUAN. Suave murmullo
te da aquí el viento,
trina el acento
del ruiseñor;

te da aquí arrullo
la agua que pasa;
todo en mi casa
respira amor.

Con tu presencia
todo revive,
todo recibe
luz y calor:

todo existencia
cobra este día;
todo, alma mía,
respira amor.

INÉS. Son fuego tus palabras
que me devora;
ámame, te lo ruego,

mi alma te adora.
Y río y lloro,
de mí sin darme cuenta,
porque te adoro.

El alma se me escapa
tras ti en pedazos;
¿qué hacer, sino lanzarme
ciega en tus brazos?
Tu amor imploro,
don Juan, ámame o máfame,
porque te adoro.

JUAN. ¡Qué porvenir tan fausto
Dios abre ante mis ojos;
mañana ante él de hinojos
diré al Comendador:
da a Inés el holocausto
de mi alma convertida;
y, o quitame la vida,
u otórgame su amor!

INÉS. ¡Qué porvenir tan fausto
Dios abre ante mis ojos;
mañana tú de hinojos
dile al Comendador:
da a Dios en holocausto
mi alma convertida,
y, o quita a Inés la vida,
u otórgala mi amor.

HABLADO

DOÑA INÉS, *levantándose de repente como fascinada, dice con exaltación:*

INÉS. No, don Juan; en poder mío resistirte no está ya;
yo voy a ti como va
sorbido al mar ese río.
Tu presencia me enajena,
tus palabras me alucinan,
y tus ojos me fascinan,
y tu aliento me envenena.
¡Don Juan! ¡Don Juan! ¡Yo lo imploro
de tu hidalga compasión:
o arráncame el corazón
o ámame, porque te adoro!

JUAN. ¡Alma mía! Esa palabra
cambia de modo mi ser,
que alcanzo que puede hacer

hasta que el Edén se me abra.
Sí: iré mi orgullo a postrar
ante el buen Comendador,
y o habrá de darme tu amor,
o me tendrá que matar.

INÉS. ¡Don Juan de mi corazón!

JUAN. ¡Silencio!

INÉS. ¿Qué hay?

JUAN. ¡Ruido sientol!

INÉS. ¡Si es mi padre!

JUAN. En ocasión
mejor llegar no podría.

INÉS. ¡Oh! ¡No!

JUAN. Brígida, un momento
pasad a ese otro aposento;
y perdóname, Inés mía,
pues solo me importa estar.

INÉS. ¿Tardarás?

JUAN. Poco ha de ser.

INÉS. A mi padre hemos de ver.

JUAN. Si no es él, al alborae.

¡Adiós!

ESCENA V

DON JUAN, CIUTTI

CIUTTI. ¿Señor?...

JUAN. ¿Qué sucede,

CIutti?

CIUTTI. Abí está un embozado
en veros muy empeñado.

JUAN. ¿Quién es?

CIUTTI. Dice que no puede
descubrirse más que a vos,

y que es cosa de tal priesa,
que en ella se os interesa

la existencia a ambos a dos.

JUAN. ¿Trae gente?

CIUTTI. Un paje no más,
que los caballos pasea

que montan.

JUAN. Sea quien sea,
que entre.

ESCENA VI

DON JUAN, luego CIUTTI y DON LUIS, embozado

JUAN. ¿Mas si es quizás
un traidor que hasta mi quinta

me viene siguiendo el paso?...
Hálleme, pues, por si acaso,
con las armas en la cinta.

(Se cñe la espada y suspende al cinto un par de pistolas, que habrá colocado sobre la mesa a su salida, en la escena tercera. Al momento sale Ciutti conduciendo a don Luis, que embocado hasta los ojos espera a que se queden solos. Don Juan hace a Ciutti una seña para que se retire; éste lo hace.)

ESCENA VII

DON JUAN, DON LUIS

JUAN. ¡Buen talantel! Bien venido, caballero.

LUIS. Bien hallado, señor mío.

JUAN. Sin cuidado hablad.

LUIS. Jamás lo he tenido.

JUAN. Decid, pues, a qué venís, a esta hora y con tal afán.

LUIS. Vengo a mataros, don Juan.

JUAN. Desembozaos, don Luis.

LUIS. No os engaño el corazón, y el tiempo no malgastemos, don Juan; los dos no cabemos ya en la tierra.

JUAN. En conclusión, leal apuesta os gané;

mas si tanto os ha escocido, mirad si halláis conocido

remedio, y le aplicaré.

LUIS. No hay más que el que os he [propuesto,

don Juan. Me habéis maniatado,

y habéis la casa asaltado

usurpándome mi puesto;

y pues el mío tomasteis

para triunfar de doña Ana,

no sois vos, don Juan, quien gana,

porque por otro jugasteis.

JUAN. Ardides del juego son.

LUIS. Pues no os los quiero pasar,

y por ellos a jugar

vamos ahora el corazón.

JUAN. ¿Le arriesgáis, pues, en revan-
de doña Ana de Pantoja?

LUIS. Sí, y lo que taro me enoja

en lavar tan fea mancha.

Don Juan, yo la amaba, sí;

mas con lo que habéis osado,

imposible la hais dejado

para vos y para mí.

JUAN. ¿Por qué la apostasteis, pues?

LUIS. Porque no pude pensar

que lo pudiérais lograr;

y empuñad, ¡por San Andrés!

la espada, ¡que me impacientol!

JUAN. Bajemos a la ribera.

LUIS. Aquí mismo.

JUAN. Necio fuera.

¿No veis que en este apuesto

prenderían al vencedor?

Tengo abajo una barquilla;

Tengo abajo una barquilla;

que puede irse en ella a Sevilla

el que quede.

LUIS. Eso es mejor:

salgamos, pues.

JUAN. Esperad.

LUIS. ¿Qué sucede?

JUAN. ¡Ruido sientol!

LUIS. Pues no perdamos momento.

ESCENA VIII

DICHOS, CIUTTI

CIUTTI. ¡Señor, la vida salvad!

JUAN. ¿Qué hay, pues?

CIUTTI. El Comendador

que llega con gente armada,

pero a él solo.

JUAN. Mas señor...

CIUTTI. ¡Obedéceme!

JUAN. *(Vase Ciutti.)*

ESCENA IX

DON JUAN, DON LUIS

JUAN. Don Luis,

pues de mí os habéis fiado

cuanto dejáis demostrado

cuando a mi casa venís,

no dudaré en suplicaros, —pues mi valor conocéis,— que un instante me aguardéis.

LUIS. Yo nunca puse reparos en valor que es tan notorio; mas ya no me fio en vos.

JUAN. Ved que las partes son dos de la apuesta con Tenorio, y que ganadas están.

LUIS. ¡Lograsteis a un tiempo!

JUAN. Sí:

la del convento está aquí; y pues viene de don Juan a reclamarla quien puede, cuando me podéis matar no debo asunto dejar tras mí que pendiente quede.

Desde ahí ved y escuchad; franca tenéis esa puerta; si veis mi conducta incierta, como os acomode obrad.

LUIS. Me avengo, si muy recio no andáis.

JUAN. Calculadlo vos a placer: mas ¡vive Dios!... que para todo hay espacio.

(Entra don Luis en el cuarto que don Juan

le señala.)

Ya suben. *(Don Juan escucha.)*

GONZ. ¿Dónde está? *(Dentro.)*

JUAN. ¡Él es!

ESCENA X

DON JUAN, DON GONZALO

GONZ. ¿Adónde está ese traidor?

JUAN. Aquí está, Comendador.

GONZ. ¡De rodillas!

JUAN. Y a tus pies!

GONZ. ¡Vil eres hasta en tus crímenes!

JUAN. Anciano, la lengua ten, y escúchame un solo instante.

GONZ. ¿Qué puede en tu lengua haber que borre lo que tu mano escribió en este papel?

JUAN. La reparación completa de tu honor que aún no manché, y la salvación de mi alma.

GONZ. ¿Y qué tengo yo que ver con tu salvación, don Juan?

JUAN. Don Gonzalo, doña Inés es el ángel que la faz hacia Dios me hace volver.

Yo esclavo tuyo y de tu hija, más que su esposo, seré; y al darla mi nombre y mano, ella me dará el Edén.

GONZ. Tu nombre la manchará; tu mano la hará caer: para el blasón de tu casa no hay en los míos cuartel.

JUAN. ¡Comendador!

GONZ. Los Tenorios que se echan así a mis pies, los collares de mis perros merecen no más.

JUAN. ¡Pardiez! Comendador, ve que estás cegándote Lucifer, y estás de un hombre exigiendo más de lo que cabe en él.

GONZ. Lo que no cabe en tu alma es virtud, fe, ni honradez: Don Juan, tú eres un cobarde cuando en la ocasión te ves, y no hay baja a que no oses como te saque con bien.

JUAN. Comendador, pues conservo la postura en que me ves, después de oír tus denuestos, piensa cuál será el poder de este amor que me hace en tierra ante ti permanecer.

GONZ. Basta, vil; que me avergüenzo de mirarte a ese nivel. lo que apostabas por fuerza suplicando por merced.

¡Ea! Entrégamela al punto, o sin poderme valer, en esa postura vil el pecho te cruzaré.

JUAN. ¡Comendador!

GONZ. ¡Mi hija! ¡Prontol

ESCENA XI

DICHOS, DON LUIS

LUIS. ¡Ja, ja, ja! ¡Don Juan, muy bien!
(Música en la orquesta.)
JUAN. ¡Esto más!... ¡Pues Dios lo quiere,
tomad a don Juan cual es; [re,
y al diablo dad vuestras almas,
pues la mía no queréis!

(Da un pistoletazo al Comendador por la izquierda, y por la derecha una estocada a don Luis.)

LUIS. ¡Infame! (Cayendo.)
COM. Impío. (Id.)
JUAN. ¡Ciutti! (Por el balcón.)
CIUTTI. Aquí estoy. (Dentro.)
JUAN. ¡Hay paso!
CIUTTI. El río

libre.
JUAN. Allá voy.
Llamé al cielo y no me oyó;
y pues sus puertas me cierra,
de mis pasos en la tierra
responda el cielo y no yo.

ACTO TERCERO

CUADRO QUINTO

LA TIERRA DE LA VERDAD

Al alzarse el telón se oye el coro de monjas dentro.
El escultor arregla y recoge sus utensilios y llaves
para marcharse: entra y sale por detrás de las
estatuas, etc., mientras el coro canta.

ESCENA PRIMERA

Coro, dentro

MÚSICA

Purísima María, del mundo soberana,
a quien la luna calza y a quien corona el
sol,
disipa o ilumina la ceguedad mundana
por la pasión divina del Sumo Redentor.
Santa paloma que traes la oliiva,
rosal florido de Jericó,

en alas toma nuestra fe viva
y ampara el alma que en ti fió.
Virgen pura,
criatura
sin un átomo mortal,
a Dios ruega
por la ciega
raza idólatra del mal.

HABLADO

ESC. Pues, señor, es cosa hecha:
el alma del buen don Diego
puede, a mi ver, con sosiego
reposar muy satisfecha.
Mas ya de marcharme es hora;
todo corriente lo dejo,
y de Sevilla me alejo
al despuntar de la aurora.
¡Oh frutos de mis desvelos;
mármoles que yo animé,
y por quienes arrastré
la intemperie de los cielos:
el que forma y ser os dió,
va ya a perderos de vista;
velad mi gloria de artista
pues viviréis más que yo!

(Va a salir, cuando entra en escena don Juan.)
Juan. Mas ¿quién llega?

ESCENA II

EL ESCULTOR, DON JUAN

ESC. Caballero...
JUAN. Dios le guarde.
ESC. Perdonad,
mas ya es tarde y...
JUAN. Aguardad
un instante, porque quiero
que me expliquéis...
(Mirándolo todo en rededor.)

ESC. ¿Por acaso
sois forastero?
JUAN. Años ha
que falto de España ya,
y me chocó el ver al paso,
cuando a esta verja llegué,
el hallar este recinto

enteramente distinto de como yo lo dejé.

ESC. ¡Y tanto! Como que era esto jardín común al palacio y la Encomienda, y hoy puesto está el panteón en su espacio.

JUAN. ¡El jardín vuelto panteón!...

ESC. Vedlo: y aun su antiguo dueño no pudo llevar su empeño a completa ejecución.

JUAN. ¿Por qué?

ESC. Don Diego quería legar con toda su hacienda su palacio a la Encomienda, a la que él pertenecía; pero la justicia dijo que tal no podía hacer, no sé bien por qué.

JUAN. Por ser el palacio de su hijo.

De esa casa el heredero no puede ser despojado jamás, ni por el Estado ni por deudas de dinero.

ESC. ¿Pues hay otras?

JUAN. Las de honor.

ESC. ¡Qué familia más extraña!

JUAN. La más célebre de España podrá ser, por el valor de su gente.

ESC. Y hartó fuera para ello la idea rara de un panteón que asombrara a la gente venidera.

JUAN. ¿Por qué?

ESC. Porque el padre dijo que se enterraran en él los que a la mano cruel sucumbieron de su hijo; y mirad en derredor los sepulcros de los más de ellos.

JUAN. ¿Y vos sois quizás el conserje?

ESC. El escultor de su estatuaría encargado.

JUAN. ¡Buen trabajo!

ESC. Y concluido

ya: mas irme no he querido sin ver puesto el enverjado.

(Don Juan mira y el Escultor le acompaña al movimiento escénico.)

JUAN. ¡Bien empleó sus riquezas el difunto!

ESC. ¡Ya lo creo! Miradle allí.

JUAN. Ya le veo.

ESC. ¿Le conocisteis?

JUAN. Sí.

ESC. Piezas

son todas muy parecidas y a conciencia trabajadas.

JUAN. ¡Cierto que son extremadas!

ESC. ¿Os han sido conocidas las personas?

JUAN. Todas ellas.

ESC. ¿Y os parecen bien?

JUAN. Sin duda, según lo que a ver me ayuda el fulgor de las estrellas.

ESC. ¡Oh! Se ven como de día con esta luna tan clara. Esta es mármol de Carrara.

(Señalando a la de don Luis.)

JUAN. ¡Buen busto es el de Mejial! ¡Hola! Aquí el Comendador se representa muy bien.

ESC. Yo quise poner también la estatua del matador entre sus víctimas, pero no pude a manos haber su retrato... Un Lucifer dicen que era el caballero don Juan Tenorio.

JUAN. ¡Muy malo! Mas como pudiera hablar, le había algo de abonar la estatua de don Gonzalo.

ESC. ¿También habéis conocido a don Juan?

JUAN. ¡Mucho! Mas como pudiera hablar, lo que cuentan...

JUAN. No hay aserto que no tenga su añadido.

ESC. Dicen que ha muerto.

JUAN. Es engaño.

ESC. ¿Vive?

JUAN. Sí.

ESC. ¿Dónde?

JUAN. En Sevilla.

ESC. Pues va ya no me maravilla...

JUAN. ¿Qué?

ESC. Otro caso, que ya extraño no me parece, a ser cierto lo que decís.

JUAN. ¿Y es?...

ESC. Qué ruido por vez primera he sentido hoy en la casa: han abierto ya de noche sus balcones, y como es vulgar aserto...

JUAN. ¿Creéis en apariciones?

ESC. No, mas en casa de un muerto...

JUAN. Ya no lo es: don Juan la habita desde esta noche, y dispuesta para instalarse, a una fiesta a unos amigos invita. Y oíd: *(Ruido de carcajadas, etc.)* ya algún convidado tiene en casa.

ESC. ¡Fiesta impía!

JUAN. ¿Queréis ir?

ESC. ¡Yo a tal orgial!...

JUAN. Como suya.

ESC. ¡Desdichado! ¿Cómo osa otra vez venir?

JUAN. ¿Por qué no? Pienso, a mi ver, que donde vino a nacer justo es que venga a morir. Y pues le merman su herencia para enterrar a éstos bien, a él es muy justo también que le entierren con decencia.

ESC. ¿Aquí? ¡Qué profanación!

JUAN. Hombre es don Juan que, a se hará su alcoba poner [querer, por tumba en el panteón.

ESC. ¡Qué monstruo, supremo Dios!

JUAN. Podéis estar convencido de que Dios no le ha querido.

ESC. ¡Tal será!

JUAN. Mejor que vos. *(Le vuelve la espalda y se fija en la estatua de doña Inés.)*

ESC. (¿Quién será éste?)

JUAN. ¡Qué veo!

O es ilusión de mi vista, o a doña Inés el artista aquí representa, creo.

ESC. Sin duda.

JUAN. ¿También murió?

ESC. Dicen que de sentimiento, cuando otra vez al convento abandonada volvió por don Juan.

JUAN. ¿Y yace aquí?

ESC. Ahí lo dice.

JUAN. ¿Muerta vos la habéis visto?

ESC. No, por Dios. A las que mueren ahí, o profesas o en clausura, se las ve cuando profesan, no cuando de vivir cesan ni recibir sepultura.

JUAN. *(Contempla absorto la estatua.)* ¡Cuán bella y cuán parecida su efígie en el mármol es!

¿Quién pudiera, doña Inés, volver a darte la vida! *(Pausa.)*

ESC. ¿Caballero?

JUAN. ¿Qué?

ESC. Que es hora de cerrar e irme de aquí.

JUAN. Dadme las llaves a mí, y marchaos desde ahora.

ESC. ¿A vos?

JUAN. ¡A mí! ¿Qué dudáis?

ESC. Como no tengo el honor...

JUAN. No es menester, escultor. Idos.

ESC. Si el nombre que usáis supiera...

JUAN. ¡Viven los cielos! Dejad a don Juan Tenorio velar el lecho mortuario donde duermen sus abuelos.

ESC. ¡Don Juan Tenorio!

JUAN. Yo soy.

ESC. ¡Jesucristo!

JUAN. ¿Qué te asombra? ¿Crees que soy alguna sombra? Daca y vete.

ESC. Ya me voy.

Tomad. (No quiero la piel
dejar aquí entre sus manos.
Ahora, que los sevillanos
se las compongan con él.)

ESCENA III

DON JUAN

Mi buen padre empleó en esto
parte de la hacienda mía;
yo tal vez al otro día
la hubiera a una carta puesto.
No os podéis quejar de mí,
vosotros a quien maté;
si buena vida os quité,
buena sepultura os di.
Magnífica es, en verdad,
la idea de tal panteón,
y... siento que el corazón
me halaga esta soledad.
¡Hermosa noche! ¡Ay de mí!
Cuántas como ésta tan puras,
en infames aventuras
desatinado perdí.
Cuántas al mismo fulgor
de esa luna trasparente,
arranqué a algún inocente
la existencia o el honor.
Sí, después de tantos años
cuyos recuerdos me espantan,
siento que en mí se levantan
pensamientos en mí extraños.
¡Oh! ¡Acaso me los inspira
desde el cielo, en donde mora,
esa sombra protectora
que por mi mal no respira!

MÚSICA

Mármol que inerte viste
la forma de mi Inés;
de la que ya no existe,
¿qué tienes que me des?
Inés, que recibiste
mis juramentos, ven:
del corazón más triste
misericordia ten.

(Desaparece la estatua del pedestal.)

¡Sueño! ¡Deliro!
Del pedestal
¿dó está la blanca imagen
escultural?

ESCENA IV

DOÑA INÉS, DON JUAN y Coro dentro

INÉS. No es alucinación,
lo que con tu alma ves.
Don Juan, tu evocación
ha obedecido. Inés.
JUAN. Visión idolatrada,
¿cuál es aquí tu ser?
INÉS. Mi ser es un misterio
que abarca el mal y el bien,
y es este cementerio
mi bátraco o mi Edén.
Del premio o del castigo
tu fe será nivel;
pues en tu alma abrigo
das a mi amor tan fiel,
te salvarás conmigo,
nos perderás por él.
JUAN. Imagen impalpable;
que comprender no sé,
que yo te vea y hable
y a Dios me acercaré.

(Coro báquico dentro.)

CORO. Escanceiad
y bebed;
vuestra sed
apagad;
en su casa nos hallamos,
en completa libertad.
INÉS. Ven tú, don Juan, ven conmigo,
que yo te guío a tu bien;
mas del premio o del castigo
llega el plazo, cuenta ten.

Tiene un hora
nuestra vida,
tan medida
nos la dan;
aprovecha
la postrera.

y a Dios vuélvete,
don Juan.
(Coro de monjas dentro.)

CORO. Virgen pura,
criatura
sin pecado original,
a Dios ruega
por la ciega
multitud, secuzas del mal.
JUAN. Mi cerebro
se ha exaltado,
con entrar en el panteón.

JUAN. INÉS.
¿Qué he oído? Has oído
¿Qué he sentido? y has sentido,
¿Quién al alma que he vivido
me habló aquí? para ti.
Ser, del éter. Aprovecha,
elemento, pues, con tiempo,
aún te siento el momento
junto a mí. que te di.

(Coro báquico.)

CORO (dentro). Escanciad
y bebed;
vuestra sed
apagad:
en su casa nos hallamos
en completa libertad.

ESCENA V

DON JUAN

HABLADO

Pasad y desvaneceros:
pasad, siniestros vapores
de mis perdidos amores,
de mis fallidos deseos.
Pasad, vanos devaneos
de un amor muerto al nacer;
no me volváis a traer
entre vuestro torbellino,
ese fantasma divino
que recuerda a una mujer.

¡Mas si fuera una verdad
la ilusión que me fascina!
¡Si esa aparición divina
fuera Inés en realidad!
¡Si existe en la eternidad!
¡Si allí a mi espíritu espera
su espíritu!... Si existiera
Dios, ¡qué iba a ser hoy de mí!
¡Delirios a quienes di
vida yo solo!... ¡Quimera!
(Pausa.)
¡Ah! ¡Estos sueños me aniquilan;
mi cerebro se enloquece...
y esos mármoles parece
que estremecidos vacilan!
¡Tal vez sus bustos oscilan;
su vago contorno medra!
¡Pero don Juan no se arredra!
¡Alzaos, fantasmás vanos:
yo os volveré con mis manos
a vuestros lechos de piedra.
Yo soy vuestro matador,
y en Sevilla es bien notorio:
si en vuestro alcázar mortuorio
me aprestáis venganza fiera,
daos prisa; ¡aquí os espera!
otra vez don Juan Tenorio!

ESCENA VI

DON JUAN, CIUTTI

CIUTTI. ¿Qué dice? ¡Don Juan!
JUAN. ¿Qué es eso?
¿Quién repite ahí mi nombre?
Quien seas, fantasma u hombre,
avanza.
CIUTTI. ¿Perdéis el seso,
señor don Juan? Os busqué
por doquier... mas no creí...
¿Qué diablos hacéis aquí
a estas horas?

JUAN. Yo no sé.
Abierta esa verja vi;
me atrajo algo aquí... y entré.

CIUTTI. ¿Sabéis dónde estáis?
JUAN. Sí, ¡a fe!
en el panteón que hecho fué
para Inés y para mí.
(Ciutti le contempla un momento y dice:)

CIUTTI. Vámonos de aquí, señor; ya están vuestros convidados de esperar desesperados, y este sitio me da horror.

JUAN. ¡Qué encanto para mí tiene! Aquí mora, aquí la he visto.

CIUTTI. ¿A quién?

JUAN. A Inés.

CIUTTI. ¡Jesucristo!

¿Deliráis?

JUAN (*volviendo en sí*). Que me serene déjame, Ciutti, un instante, porque no sé lo que ha sido; mas creo que la he tenido aquí, aquí de mí delante.

CIUTTI. ¿Perdéis el juicio?

JUAN. Lo ignoro;

mas por doquiera la veo, y en su inerte imagen creo que es a Dios a quien adoro.

¿Crees tú en Dios, Ciutti?

CIUTTI. No sé;

desde que vivo con vos, nunca hemos pensado en Dios.

¿Pensáis vos hoy?

JUAN. Sí.

CIUTTI. ¿Por qué?

JUAN. Porque en él me hizo pensar.

CIUTTI. ¿Quién?

JUAN. Doña Inés.

CIUTTI. Si con eso

dais en hilaros el seso, en loco vais a parar.

Mas siendo tan bravo vos, señor, decíroslo puedo aquí y a solas los dos:

los bravos piensan en Dios sólo cuando tienen miedo.

JUAN. ¡Miedo yo...

CIUTTI. En este lugar...

JUAN. ¿Qué tengo aquí que temer?... ¿O algo has podido creer

que miedo me puede dar? Algo que me fascinó

lugar ha tenido aquí; pero ha pasado por mí

cual por aquí paso yo. Fué un vértigo y se pasó,

y vuelvo mi frente a alzar.

CIUTTI. Pero yo os oía hablar. ¿Con quién estabas?

JUAN (*por las estatuas*). Con éstos.

CIUTTI. ¡Señor!

JUAN. ¡Pues para qué puestos

tomaron en mi solar!...

Esos fantasmas de piedra,

huéspedes son en mi casa;

si por el magín te pasa

que porque ahí están me arredra,

como a ti y a los villanos

el temor a los difuntos,

mientes: contra todos juntos

tengo aliento y tengo manos.

Si volvieran a salir

de las tumbas en que están,

aquí, a manos de don Juan,

volverían a morir.

Y desde hoy en adelante,

ten bien presente, truhán,

que yo soy siempre don Juan,

y no hay cosa que me espante.

CIUTTI. Ved que os esperan allí

vuestros amigos.

JUAN. Que esperen.

De mi parte a todos dí

que vengan a ver, si quieren,

lo que voy hacer aquí.

CIUTTI. Por Dios, que volváis en vos.

JUAN. Ahora bien: decirte puedo

yo a mi vez, que tienes miedo,

pues que te acuerdas de Dios.

Ve a los vivos a anunciar

que, a poder ser, estén ciertos

de cenar hoy con mis muertos,

pues los voy a convidar.

CIUTTI. ¡Dejaos de esas quimeras!

JUAN. ¿Duda en mi valor ponerme,

cuando hombre soy para hacerme

platos con sus calaveras?

Yo a nada tengo pavor.

(*A la estatua de don Gonzalo.*)

Tú eres el más ofendido;

mas si quieres, te convido

a cenar, Comendador.

Que no lo puedas hacer

creo, y es lo que me pesa;

mas por mi parte, en la mesa

te haré un cubierto poner.

Y a fe que favor me harás,
pues podré saber de ti,
si hay más mundo que el de aquí
u otra vida en que jamás,
a decir verdad, creí.

CIUTTI. ¡Señor, eso no es valor;
locura, delirio es!

JUAN. Precédeme al comedor
y andúnciame.

(Corre Ciutti espantado.)

CIUTTI. Hasta después:

(A la estatua.)

lo dicho, Comendador.

CUADRO SEXTO

EL CONVIDADO DE PIEDRA

ESCENA PRIMERA

CIUTTI, ESTUDIANTES 1.º, 2.º y 3.º

CIUTTI. Por lo más santo, señores,
os juro que así pasó,
y que es la verdad.

EST. 1.º. ¿Don Juan
convida al Comendador
a cenar?

CIUTTI. Sí.

EST. 1.º. ¿Y se detiene
por eso en el panteón?

CIUTTI. Sí, y a decirlo vine
de su parte.

EST. 1.º. Pues, señor,
si el convite por lo serio
habéis tomado los dos,
o habéis hecho algún exceso
o el miedo os alucinó.

CIUTTI. Decídselo a él: yo os dije
lo que a deciros me envió.

EST. 1.º. Convidar a un muerto puede
ser una profanación:

dar a una estatua de piedra
cita en este comedor,
no es probar que se es valiente,
sino que se es fanfarrón;

pues que ni muerto ni estatua
pueden escuchar su voz,
ni abandonar más el sitio
donde se les colocó:

no pasa, pues, de una broma,
y no del gusto mejor.

CIUTTI. Yo al contaroslo, señores,
cumplí con mi obligación:
me resta, para cumplirla
bien, aquí al Comendador
poner un cubierto.

EST. 3.º. ¿Es orden
de don Juan?

CIUTTI. Lo es.

EST. 1.º. Y por Dios,
que es por él llevar la broma
hasta la exageración.

CIUTTI. Decídselo a él: ahí viene.

ESCENA II

DICHOS, DON JUAN

JUAN. Heme aquí.

EST. 1.º. ¡Gracias a Dios,
señor don Juan!

EST. 2.º. Ya esperábamos
hasta con afán por vos.

JUAN. Sé bien que hacerse esperar
no es de buena educación;

pero como de mi casa
años ha que ausente estoy,

de ella anduve recorriendo
hasta el último rincón,

para enterarme de cómo
mi padre me la dejó.

Mas como, en verdad, me pesa
de haberos hecho esperar,

lo mejor será cenar:
conque vamos a la mesa.

TODOS. Vamos.
(Se acomodan en la mesa.)

JUAN. ¡Qué poco galantes
sois! Damas no habéis traído.

EST. 1.º. No nos hemos atrevido.

JUAN. ¿Creéis que sois estudiantes
todavía, y que respeto

me debéis? ¿Pues mi partido
no tomasteis? ¿No habéis sido

mis valedores, y objeto
de vejaciones tal vez

por mí, al fugarme?
EST. 1.º. Es así.
¡Siempre os quisimos!

JUAN. ¡Pardiez!
Por gratitud de ello, aquí
os reuní, caballeros,
y al volver pláceme veros
bien puestos.

EST. 1.º Gracias, don Juan.

JUAN. Pero cenemos: no sé
si bien Ciutti os tratará,
pues todo a su cargo está.

EST. 2.º Que os sirve bien ya se ve,
pues lo traéis.

JUAN. Se propasa
alguna vez, mas es buena
su voluntad. Yo en la cena
no pongo más que la casa
y los vinos que he comprado:
no creo, pues, que os asombre
que me proponga ser hombre
bien en casa acompañado.

EST. 1.º Como lo puede mostrar
en ella nuestra presencia.

JUAN. Que espero que con frecuencia
me hagáis todos disfrutar.

EST. 2.º Y nos haréis honra inmensa.

JUAN. Y a mí vos. ¿Ciutti?

CIUTTI. Señor.

JUAN. Pon vino al Comendador.

EST. 1.º Don Juan, ¿aún en eso piensa
vuestra locura?

JUAN. ¡Sí, a fe!
Que si él no puede venir,
de mí no podréis decir
que en ausencia no le honré!

EST. 2.º ¡Ja, ja, ja! Señor Tenorio,
¿estáis cierto de que entera
tenéis vuestra razón?

JUAN. Fuera
en mí bien contradictorio,
y ajeno de mi hidalguía,
a un amigo convidar
y no guardarle el lugar
mientras que llegar podía.
Tal ha sido mi costumbre
siempre, y siempre ha de ser esa,
y el mirar sin él la mesa
me da, en verdad, pesadumbre;
porque si el Comendador
es difunto tan tenaz

como vivo, es muy capaz
de seguirmos el humor.

EST. 1.º Brindemos, y su memoria,
don Juan, al olvido echemos.

EST. 2.º Que nos espere en la gloria
por muchos años.

JUAN. Brindemos.

MÚSICA

CORO. Brindemos, brindemos
al tiempo feliz,
que ni ve pasado
ni cree en porvenir.

ESTROFA

JUAN. ¿Qué es nuestra vida?

Brisa fugaz;
gota perdida
que cae al mar.

Que porvenir esconde
no preguntéis jamás:
marchad sin ver adónde
y sin mirar atrás.

Vivamos y brindemos,
pues hemos de morir;
al porvenir dejemos,
dejémosle venir.

CORO. Brindemos, etc.

HABLADO

JUAN. ¿Llamaron? (Llamen.)

CIUTTI. Sí.

JUAN. ¿Quién es mira.

¿Tienes miedo?

CIUTTI. Es que...

JUAN. ¿Qué es?

CIUTTI. Que en la puerta de la calle
dónde llamaron no fué.

JUAN. ¿Pues adónde?

CIUTTI. En el postigo
del panteón.

EST. 1.º ¡Por San Andrés!

¿Qué dices?

CIUTTI. Lo cierto digo.

JUAN. ¿Qué sea el muerto creéis?

EST. 1.º Yo no creo nada, mas...

JUAN. ¿Mas tenéis miedo?
(*Vuelven a llamar.*)
¿Otra vez?
EST. 1.º Señor don Juan, aquí hay
que no comprendemos bien. [algo
JUAN. Tal vez lo comprendo yo.
Vosotros dispuesto habéis
alguna farsa, sabiendo
que yo al muerto convidé.

EST. 1.º Yo os juro...
EST. 2.º ¡Y yo!
EST. 3.º ¡Y yo!
JUAN. No importa;
los cerrojos echaré;
muerto o vivo, si ha de entrar,
será del muro a través.

EST. 1.º ¡Qué diablos! Tenéis razón:
bebamos.
JUAN. ¿Confesáis, pues,
que es farsa vuestra?

EST. 1.º Confieso
que en tanto que no pensé
en que vos, si no nosotros,
preparárnosla podéis,
tuve un poco de aprensión.

JUAN. Pues a la mesa volved,
y sigamos con la cena.

EST. 1.º Y brindemos otra vez.

MÚSICA

CORO. Bebamos, brindemos
a la juventud,
que al fin de la vida
no ve el ataúd.

JUAN. Mar es la vida
limpio y azul;
barca perdida
la juventud.

Y va sin ver jamás
por él, sin inquietud,
delante ni detrás

la sombra ni la luz.
Bebamos y boguemos
a nuestro fin común,
y al ataúd bajemos
sin ver el ataúd.

CORO. Brindemos, etc. (*Lllaman.*)

HABLADO

EST. 1.º ¡Con porfía lo han cogido!
JUAN. Para broma es ya pesada.
CIUTTI. ¡Ay señor! Esa aldadaba
en esa antesala ha sido.

EST. Yo no sé lo que me pasa.
CIUTTI. Yo ya moverme no puedo.
JUAN. Yo creo que tenéis miedo
de veras; pero mi casa
es sólida lo bastante. (*Lllaman.*)
¡Otra vez! ¡A qué llamar!

Los muertos se han de filtrar
por la pared. Adelante.
(*Aparece la estatua de don Gonzalo pasán-*
do a través de la pared o la puerta sin
ruido, detrás de don Juan.)

CIUTTI. ¡Jesús!
EST. 1.º (*Cae.*) ¡Dios mío!
EST. 2.º (*Todos dormidos.*)
¿Qué es esto?

EST. 3.º Yo desfallezco.
EST. 1.º Yo expiro.
(*Todos permanecen dormidos y completa-*
mente inmóviles.)

ESCENA III

DICHOS Y DON GONZALO

JUAN. (*Ve la estatua al volverse, y dice:*)
¡Ay de mí! ¡Sueño, deliro,
o es él! Es su faz, su gesto.

GONZ. ¿Aún lo dudas?
JUAN. No lo sé.
GONZ. Pon si quieres, hombre impío,
tu mano en el mármol frío
de mi estatua.

JUAN. ¿Para qué?
¡Me basta oírlo de tí!

GONZ. Oye, pues,
JUAN. Di: mas te advierto...
GONZ. ¿Qué?
JUAN. Que si no eres el muerto,
lo vas a salir de aquí.

¡Eh! ¡Alzaos!
(*A los convidados inmóviles.*)
GONZ. No pienses, no,
que se levanten, don Juan,
porque en sí no volverán

hasta que me asenté yo.
Al sacrilego convite
que me has hecho en el panteón,
para alumbrar tu razón,
Dios acudir me permite,
Y en su divina clemencia,
y a ruegos de doña Inés,
te concede un plazo; y es
una hora más de existencia.
Aprovéchala, don Juan;
un punto de contrición,
da a un alma la salvación,
y tus instantes se van.
Adiós. Dentro de una hora
tienes, don Juan, que morir;
ve si te has de arrepentir.
Dios te da tiempo. Y ahora,
de él la justicia infinita
porque conozcas mejor,
espero de tu valor
que me vuelvas la visita.
¿Irás, don Juan?

JUAN. *(Reponiéndose.)* Iré, sí:
mas me quiero convencer
de lo vago de tu ser
antes que salgas de aquí.

(Coge una pistola.)

GONZ. Tu necio orgullo delira,
don Juan: los hierros más gruesos
y los muros más espesos,
se abren a mi paso; mira. *(Desaparece.)*

ESCENA IV

DON JUAN, CIUTTI y COROS, dormidos

JUAN. ¡Cielos! Su esencia se trueca
el muro hasta penetrar,
cual mancha de agua que seca
el ardor canicular.
Pero, no; son desvaríos
de mi mente, que enloquece:
¡la piedra se desvanece!
No, no: son delirios míos.
Me vuelvo loco, sin dudar:
mi infinito amor a Inés
me vuelve el juicio: eso es,
¡ay de mí! No hay quien me acuda...
(Aparece doña Inés en sombra, tras de
gasas.)

ESCENA V

DICHOS, DOÑA INÉS

JUAN. Yo, don Juan,
¡Ella! Es Inés.
INÉS. Por ti en espíritu veloz:
arrepíentete, y el cielo
te abriré: ríndete, pues.
Un punto se necesita
para morir bien: medita
lo que aquí al Comendador
has oído, y ten valor
para acudir a su cita.
Adiós, y baja al panteón:
allí has de ir a fenecer,
y allí se ha de resolver
tu gracia o condenación. *(Desaparece.)*

JUAN. Tente, doña Inés, espera,
y si me amas en verdad,
hazme al fin la realidad
distinguir de la quimera.
Mas esto que creen mis ojos
ver, son alucinaciones;
de la mente aberraciones,
de la fantasía antojos.
Pero... ¡y si fuera verdad!
¡Si hay Dios y me llamal! ¡Si es
mi plazo un hora! ¡Si Inés
me aguarda en la eternidad!
¡Ay! Me estoy volviendo loco
con este sueño divino:

y lo que sueño, imagino
que lo veo y que lo toco. *(Pausa.)*
O acaso todo esto ha sido
por éstos bien preparado,
y mientras se ha ejecutado
su privación han fingido.
Pues, por Dios, que si es así,
se han de acordar de don Juan.

Ciutti. *(Moviéndole.)*
CIUTTI. Señor: *(Volviendo en sí.)*
JUAN. Capitán.

EST. 1.º ¿Quién es? Yo; ¡alzas de ahí!

EST. 2.º ¡Hola! ¡Sois vos! Yo.

JUAN. ¿Qué pasa?

EST. ¿Qué sucedió? ¿Dónde estamos?

JUAN. Caballeros, claros vamos.
Yo os he traído a mi casa,
y temo que, a ella al venir,
con artificio apostado
habéis, sin duda, pensado
a costa mía reír:
mas basta ya de ficción
y concluid de una vez.

EST. 1.º Yo no os entiendo.

EST. 2.º ¡Pardiez!

Tampoco yo.

JUAN. En conclusión,
¿nada habéis visto ni oído?

TODOS. ¿De qué?

JUAN. No finjáis ya más.

EST. 1.º Yo no he fingido jamás,
señor don Juan.

JUAN. ¡Habrá sido
realidad!

EST. 1.º Si habéis pensado
hacernos creer que han venido
fantasmas, lo sucedido
oíd cómo me he explicado.
Yo he perdido aquí del todo
los sentidos, sin exceso
de ninguna especie, y eso
lo entiendo yo de este modo.

JUAN. A ver, decídmelo, pues.

EST. 1.º Vos habéis compuesto el vino,
semejante desatino
para encarnarnos después.

EST. 2.º Soy de la misma opinión.

JUAN. ¡Mentís!

EST. 1.º Vos.

JUAN. Vos, Capitán.

EST. 1.º Esa palabra, don Juan.

JUAN. La he dicho de corazón,
Mentís, no son a mis bríos
menester falsos portentos,
porque tienen mis alientos
su mejor prueba en ser míos.

TODOS. Veamos.

(Ponen las manos en las espadas.)

JUAN. Poned a tasa
vuestra furia, y vamos fuera,
no piense después cualquiera
que os asesiné en mi casa.

EST. 2.º Pero somos más de dos.

EST. 1.º Reñiremos, si os fiáis,
el uno del otro en pos.

JUAN. O los dos, como queráis.

EST. 1.º ¡Villano fuera por Dios!

Elegid uno, don Juan,

por primero.

JUAN. Sedlo vos.

EST. 1.º Vamos.

JUAN. Vamos, Capitán.

CUADRO SÉPTIMO

IN EXTREMIS

El panteón de los Tenorios, como estaba en el cuadro quinto, menos las estatuas de don Gonzalo y de doña Inés, que no están en su lugar.

ESCENA PRIMERA

Sale DON JUAN por entre los sepulcros descompuesto y desatentado

JUAN. Ya no sé cómo existo..., lo pa-

no alcanza a concebir mi pensamiento:
no sé si los he muerto o me han matado.

Arrebatado a mí pesar me siento
por vértigo infernal: mi alma perdida

cruza ya los confines de la vida
cual hoja seca que arrebatata el viento.

¿Quién soy al ir rodando hacia el abismo?
Mi sombra, la fantasma de mí mismo.

¿Estoy vivo? ¿Estoy muerto? ¿O ebrio o
[locó?

No lo sé..., ya a mi fin acaso toco.

¡Jamás creí en fantasmas..., desvaríos!
Mas del fantasma aquél, pese a mi alien-

[to,
los pies de piedra caminando siento
por doquiera que voy, tras de los mios.

¡Ah! Y me atrae a este sitio irresistible
misterioso poder. ¿Pero qué veo?

Falta de allí su estatua. Sueño horrible,
déjame o aniquíflame; mis bríos

me abandonan; ya dudo... ¡si es posible!
¡si es verdad!... ¡Ay de mí! No sé si creo,

si río insano o si mis culpas lloro:
no sé si vivo aún, ni si oigo y veo;

no sé si niego a Dios o si le adoro.

¡Sombra, visión, espíritu, apariencia vital de doña Inés!... ¿Por qué me tienes abandonado aquí? Tú la clemencia me ofreciste de Dios... ¿por qué no vienes?

(Pausa.)

La efígie de esa tumba me ha invitado a venir a buscar prueba más cierta de la verdad en que dudé obstinado, e Inés venir aquí me ha aconsejado. Heme aquí, pues, Comendador, despierta.

ESCENA II

DICHO, la estatua de DON GONZALO, FANTASMAS, etc.

GONZ. Aquí me tienes, don Juan, y he aquí que vienen conmigo los que tu eterno castigo de Dios reclamando están.

JUAN. ¡Dios!

GONZ. Es tu postrer afán. Tienes un instante aún: aprovechale, según éstos y Dios te le dan.

JUAN. Dios... a quien negué hasta ahora a quien jamás me volví... [ra, ¿cómo, ¡ay de mí! en esta hora se ha de volver Dios a mí?

GONZ. Ya tu postrer aliento, don Juan, se está agotando: tu fin está esperando con fruición Satán.

(Campanas a muerto.)

MÚSICA

CORO. Te va el postrer aliento, don Juan, abandonando:

te estamos esperando con despechado afán:

JUAN. ¿Y cómo en un momento mis treinta años malditos de vicios y delitos perdón alcanzarán?

GONZ. Un último momento te otorga Dios en vano: don Juan, dame tu mano y al juicio eterno ven.

JUAN. Aparta, piedra esquiva: ya a Dios mis ojos ven.

GONZ. Tu orgullo te derriba en las tinieblas, ven.

JUAN. ¡Oh sombra compasiva, a socorrerme ven!

GONZ. Es tarde: Dios te priva del último sostén.

JUAN (con un esfuerzo supremo). ¡Dios mío! ¡Fuente viva y manantial del bien!

¡De mi alma fugitiva misericordia ten!

ESCENA III

DICHOS y DOÑA INÉS

INÉS. Dios oye tu plegaria y ante él conmigo vas.

¡Cohorte funeraria, genios del mal, atrás!

JUAN. ¡Bendito el infinito Dios único e inmenso,

a quien loor e incienso los querubines dan!

¡Bendito tú, bendito que al pecador abonas,

al criminal perdonas y salvas a don Juan!

Por qué se ha hecho este primer ensayo de convertir en zarzuela el drama de *Don Juan Tenorio*? Por dos razones muy obvias y fáciles de comprender.

1.ª Porque aceptado como género el espectáculo zarzuela; multiplicadas las compañías que le sostienen; y establecida la costumbre de representar el drama la primera semana de noviembre, el público acude por costumbre a aplaudir los desatinos y absurdos que hace treinta años acumulé en ésta mi famosa elucubración, a la cual bauticé con el título de drama religioso-fantástico; y la zarzuela se ve abandonada en esta época; falta de defensa contra la insolente fortuna de mi sevillano baladrón.

2.ª Porque habiéndose ya más de dos veces anunciado y representado en España y en las Américas españolas, *El Convidado de piedra* contra *D. Juan Tenorio*; teniendo todos los ídolos populares que venir a tierra en España a pedradas, y más los que, como mi *D. Juan*, están puestos sobre un pedestal de arena, yo me creo con mejor derecho que nadie para tirarle la primera piedra.

Entre los que se le han atrevido, hallé en provincias el empresario de Jovellanos uno de los susodichos *Convidados de piedra*; quien con toda la planta de mi *D. Juan*, su segundo acto con esquinazo, ventana y postigo; su dualismo de personajes; un don Luis equiparado a don Juan; todos los caracteres y defectos, en fin, que distinguen a mi *Tenorio* de *El Burlador de Sevilla*, de Tirso, de *El Convidado de piedra*, de Molière y de Zamora, y del *D. Giovanni*, del erudito abate que escribió el libreto de Mozart; y este convidado estaba ya taimadamente llamando a la puerta particular del escenario de la Zarzuela, dispuesto, al parecer, según el éxito que alcanzara, a tirar el antifaz y a decir: —no hagamos más el coco: yo soy don Juan.—si gustaba, o a decir, «tío, yo no he sido; yo soy de piedra», si era mal aceptado.—Yo, que tenía ya planteada con el maestro Caballero la refundición de mi drama en zarzuela para el noviembre del 78, reclamé mis derechos de prioridad para cometer tal atropello: recobré mi hacienda donde la hallé, y como *D. Juan* no puede hoy tener más rival que *D. Juan*, y como lo que la empresa necesitaba era el título de mi drama y mi nombre en el cartel de estreno, los cuales son evidente míos, aquél por prescripción de largo tiempo y éste por mi partida de bautismo, allanadas por la empresa las dificultades de derechos, convertí mi drama en zarzuela en los catorce días que me daba; viéndome obligado a encajar mi palabra en el molde de la música, y resultando, no una zarzuela nueva y refundida como yo había propuesto, sino, como la exigían el tiempo, las circunstancias y la empresa, un *D. Juan* contra *D. Juan*; yo, contra mi mismo; necesidad ya ineludible en noviembre de 1877. La zarzuela necesita un *D. Juan* para época fija.

Y he aquí cómo y por qué se ha hecho esta zarzuela: porque así como la refundición y corrección del drama, despojándole del absurdo y explicando el milagro, obedece a las exigencias realistas y filosóficas de la época, su transformación en zarzuela obedece a la necesidad de la existencia de este nuevo género teatral.

En cuanto a la presente, no merece que me ocupe más de ella. Tal como es, no podía ser otra cosa, pedida y cortada por el patrón de mi don Juan; y de ella y del drama pienso decir mi opinión en un escrito, que publicaré antes del fin de año, con este u otro título análogo: *El drama D. Juan Tenorio ante la conciencia de su autor*.

Así fué hecha esta zarzuela, y en ella cantó Dalmau por Don Juan la primera vez el 31 de octubre del presente año de gracia 1877; y como cantó muy bien, y dijo y representó mejor que muchos de los actores que me lo ejecutan por costumbre; y

como la señora Franco de Salas hizo una monjita preciosa, que cantaba como un ruiseñor y decía mis versos con corrección y limpieza; y como la señora Baeza no hizo una Brígida de burdel, dando a su carácter no más que la tinta verde necesaria para su colorido; y como el barítono Ferrer, el tenor cómico Tormos y el bajo Banquells cumplieron como buenos, cantando con precisión, diciendo sin tropiezo, ensayando con cuidado y vistiendo con esmero, resultó en la primera representación un conjunto más agradable y más artístico que lo que se acostumbra a ver por esos teatros de Dios; en donde se trata ya a mi *D. Juan* como de casa, sin respeto de dueño ella, sin cepillarle la ropa ni aderezarle los aposentos.

Y he aquí cómo y por qué pasó esta zarzuela, haciendo el primer chichón al drama; a pesar de una parte del público, que entró resuelta a convertir el teatro de Jovellanos en *café flamenco*, y a pesar de los entreactos de cuarenta minutos, que ocasionó a la empresa su prisa, su necesidad o su empeño de que cantara *D. Juan* el 31 de octubre precisamente. La obra cumplió con su misión llenando el teatro las ocho representaciones consecutivas de ordenanza, como el drama; quedando ya en el repertorio de la Zarzuela, y siendo aplaudidas las piezas más salientes de su discreta y correcta música.

Los autores fuimos llamados todas las noches: y aprovecho esta ocasión para advertir a los que me han criticado mi presentación en el proscenio, que no han tenido en cuenta al decírmelo, que el maestro Manent, forastero en Madrid, merecía los honores de una buena hospitalidad; y habiéndose resistido a presentarse al público sin mí, yo me he presentado con él, en el *escenario* y en el *libreto*, como su obligado y modesto comparsa.

Última observación. Dicen muchos que es un disparate, y que no quieren, que cante Don Juan Tenorio. No comprendo la lógica ni el escrúpulo meticuloso de los que emiten semejante opinión. Si se tolera que cante el emperador Carlos V, Cristóbal Colón, Galileo y Moisés, ¿por qué se ha de repugnar que cante Don Juan?

Si canta en la ópera italiana, ¿por qué no ha de cantar en la zarzuela española? ¿Es Don Juan, por ventura, más personaje; es, ni puede ser más grave, más grande, más noble, ni más digno de respeto que el emperador don Carlos, que llenó el mundo, y que Moisés, que habló con Dios cara a cara?

Estos personajes existieron sin duda; pero ¿existió en verdad Don Juan? ¿Quién fué? Individuo de una familia adicta a un rey que jamás anduvo bien con el clero de su tiempo, tal vez no es más que un fantasma creado por la imaginación de un fraile que, necesitando un ejemplo para un sermón, se lo aplicó al hijo del copero mayor de aquel rey, a quien fué traidor, menos el pueblo, hasta su propio cronista.—Fray Gabriel Téllez, uno de los frailes de más talento que han ocupado celda conventual, sacó su tradición a la escena, y concluyó por hacer popular el personaje de Don Juan, de cuya existencia es difícil dar pruebas, aunque hay más de tres Don Juanes citados por la historia en la nobilísima familia de los Tenorios.—Famoso le hallé yo cuando eché mano de él; y mi Don Juan no tiene más derecho a superioridad que su inconcebible fortuna; pero de esto hablaré en otro tiempo y lugar.

Réstame sólo dar las gracias a los actores que tanto empeño pusieron en la ejecución de esta zarzuela, y al público que les hizo justicia, aplaudiendo su celo y esmero en la primera representación.—¡Pobres de ellos si no hubieran ido tan seguros en ella! Elementos había en la sala la noche de su estreno, para convertir la de Jovellanos en plaza de novillos de aquel lugar de la Mancha, que Cervantes no quiso nombrar.

J. ZORRILLA.

NOTAS

PARA LOS DIRECTORES DE ESCENA EN PROVINCIAS

CUADRO PRIMERO.—La verja del fondo está dividida por el centro por una fuente monumental, columna con estatua, cascada o cualquier otro trasto análogo, para que su altura oculte la casa de doña Ana, que debe presentarse en el siguiente cuadro. Esta casa, armada y colocada sobre rodillos o en anuras, se coloca fácilmente en su lugar y evita que el entreacto del cuadro se prolongue.

La mutación de esta escena no duró en Madrid, desde la segunda noche, más de cuatro minutos.

En el CUADRO SEGUNDO se suprimió la serenata para aliviar el trabajo del primer tenor; en las provincias donde convenga suprimirla por ésta u otra razón, se anudará el diálogo de don Juan y Ciutti de esta manera:

JUAN. Cuestión de agua, prisa y plata;

conque pecho al agua, y cata
que no hay tiempo que perder.

Llama a Lucía.

CIUTTI. El oído

tiene atento la criada,

JUAN. ¿Estás cierto?

CIUTTI. La he sentido;

y sigue como está.

En el CUADRO SEXTO la estatua del Comendador no debe de andar, sino aparecer y desaparecer. La estatua de la tradición, la del libro en su leyenda, no anda más que en la imaginación del lector; el narrador de la tradición puede hacer de su estatua lo que crea conveniente para su efecto fantástico en el tablado y a la vista del espectador; el ruido de sus pasos sobre la madera, y la idea del mecanismo muscular en la piedra, resultan ridículos; aunque el calzado del bajo que representa la estatua esté preparado de modo que no produzca son, los pasos de la estatua destruyen el efecto de la aparición; porque recuerdan tan natural como inoportunamente que el actor es quien anda, etc.

La entonación de la estatua al hablar, debe de ser solemne, pero no debe de hacer el bú, como suelen hacerlo todos los actores, hasta en Madrid: esta aparición de piedra que viene haciendo un ¡bú!, ¡bú! que no espanta ni a los chiquillos, contribuye a que la escena se tome más en broma de lo que ya por broma la caracteriza el fondo ridículo de la tradición. Si un muerto se apareciera hablando como dentro de un puchero, como se había este desventurado papel, vería el más tonto que era un muerto de pega.

Y no se concibe cómo un director de escena de sentido común, ni un público sensato, han tolerado tantos años semejante abuso; y lo ha sido de los actores, porque cuando se estrenó, ni el autor, ni el director de escena, Carlos Latorre, autorizaron tan antiteatral niñería.

En el final, el mausoleo de doña Inés, siendo cuadrado y teniendo a sus cuatro ángulos cuatro estatuas luctuosas arrodilladas, y cubiertas con velos a modo de lloronas, la transformación de éstas en ángeles es facilísima: doña Inés está dentro del mausoleo, cuyos cuatro lados caen, se doblan o se vuelven, según el sistema que adopte el maquinista para la transformación.

La parte de don Juan está escrita por el maestro Manent para tenor y para barítono. Las compañías de zarzuela que confíen al barítono el papel de don Juan, pueden dirigirse al mismo maestro don Nicolás Manent, Palau, 6, Barcelona, y tendrán los cantables arreglados a la tesitura de barítono.

del pueblo son los mejores
atajos y primores
en sus fiestas populares.

Todos los humanos seres
las aceptan con cariño
en los sueños y placeres;
las lleva a la tumba el niño
y a los sarros las mujeres.

Son del amor el mensaje
de la virtud el ropaje
de la gloria el homenaje.
de la gloria el homenaje.

APÉNDICE A LAS POESÍAS 33

AL SEÑOR DOCTOR

DON FRANCISCO ESTEBAN DE INGUNZA

Parte: yo no te doy la despedida.
La tierra es un inmenso laberinto
cuyo centro es la tumba; cada vida
por diferente senda su recinto
cruza, mas todas en la tumba acaban,
y en su lóbrego umbral depositamos
el fardo del dolor con que nos gravan
los designios de Dios, y descansamos.

No te aflijas, doctor; parte, y no llores
si al otro lado de la mar no encuentras
a tu buen padre ya; no llores si entras
en su hogar solitario, si las flores
del jardín que él cuidó marchitas hallas,
y desquiciada la mohosa puerta,
y ruinosos sus muros y sus vallas
y la paterna cámara desierta.

Partió ante ti: la senda de la vida
recorrió hasta su fin, y entró su alma,
de esta cárcel de penas desprendida,
en las regiones de la eterna calma.
Tú, por la vida que te dió, quisiste
la flor de tus trabajos ofrecerle,
y la mitad del mundo recorriste,

LAS FLORES

Las silvestres, que adueñan
abrir sus hojas pedregadas
al sol, la lluvia y las brisas,
son los niños y sonrisas
de los montes y las brisas.

Las que en la estación lozana
primavera, la florata
cuelgan de azul, oro y grana,
son el vestido de fiesta
con que el campo se adorna.

Las que en plena floración
le dan tan sin par belleza,
son la primera oración
que hace la Naturaleza
al que hizo la creación.

Dios y el pueblo aman las flores;
Dios las tiene en sus altares;

El destino es invariable

pensando en tu vejez entretenerle
con el cuento gentil de lo que viste;
mas ¡oh inútil afán! Ya no has de verle
sobre la tierra más, y sus miradas
no podrán, recorriendo tus escritos,
el insomnio apreciar de tus veladas,
ni de tus aventuras ya pasadas
recompensar los riesgos inauditos.

Mas no te desesperes; no le llores;
en más feliz y luminosa esfera,
libre ya de amarguras nos espera,
y en los jardines del edén benditos
duerme en un fresco pabellón de flores.

Parte, caro doctor: no me despido;
pronto, pájaro errante, alzando el vuelo,
dejando a Europa y el paterno nido,
me lanzaré en los aires, y en el suelo
de América posando, en tus hogares
ensayaré el poder de mis cantares.

Parte, doctor, y cumple tu destino:
fuerza es que llene cada cual el suyo;
si no nos lanza por igual camino,
llevas mi corazón; guárdame el tuyo

LAS FLORES

Las silvestres, que abrilneñas
abren sus hojas pequeñas
al sol, la lluvia y las brisas,
son los guiños y sonrisas
de los montes y las breñas.

Las que en la estación lozana
primaveral, la floresta
cubren de azul, oro y grana,
son el vestido de fiesta
con que el campo se engalana.

Las que, en plena floración,
le dan tan sin par belleza,
son la primera oración
que hace la Naturaleza
al que hizo la creación.

Dios y el pueblo aman las flores;
Dios las tiene en sus altares;

El destino es incalculable

pensando en tu vejez entretenerle
con el cuento gentil de lo que viste;
mas top indolente Y a no has de verlo
sobre la tierra más y sus miradas
no podrán, recorriendo tus escritos,
el incansable apreciar de las veladas,
ni de tus aventuras ya pasadas
recompensar los riesgos inauditos.

Más no te desesperes; no la flores;
en una telita y luminosa esfera,
libre ya de amarguras nos espera,
y en los jardines del cielo benditos
guerrme en un fresco pabellón de flores.

Parte, caro doctor, no me despidas;
pronto, pájaro errante, alando el vuelo,
dejaos a Europa y el pájaro nido,
me lanzaré en los aires, y en el suelo
de América postrado, en tus poemas
constaré el poder de mis cantares.

Parte, doctor, y cumple tu destino;
tuerza es que lleve cada cual el suyo;
si no nos lanzo por igual camino,
llevaré mi corazón; guárdame el tuyo

del pueblo son los mejores
atavíos y primores
en sus fiestas populares.

Todos los humanos seres
las aceptan con cariño
en los sueños y placeres;
las lleva a la tumba el niño
y a los saraos las mujeres.

Son del amor el mensaje,
de la virtud el ropaje,
del matrimonio la prenda,
de la gratitud la ofrenda,
de la gloria el homenaje.

AL SEÑOR DOCTOR
QUIEN NO GUSTA DE LAS FLORES
¿A QUÉ TENDRÁ ASPIRACIÓN?
QUIEN NO ADMIRA SUS COLORES
NI SE ARROBA EN SUS OLORES,
¿QUÉ TENDRÁ EN EL CORAZÓN?

Parte: yo no te doy la despedida.
La tierra es un inmenso laboratorio
cuyo centro es la tumba; cada vida
por delante senda su recinto
cruza, mas tocha en la tumba acaban,
y en su lóbrego umbral depositamos
el fardo del dolor con que nos gravan
los designios de Dios, y descanzamos.

No te alijas, doctor parte, y no flores
al otro lado de la mar no encuentras
a tu buen padre y; no flores si entras
en su hogar solitario, si las flores
del jardín que él cuido marchitas hallas,
y despedida la mofosa puerta,
Y tímidos sus muros y sus valladas
Y la paternidad cámara desierta.

Partido ante tí: la senda de la vida
recorrió hasta su fin, y entró su alma,
de esta cárcel de penas desprendida,
en las regiones de la eterna calma.
Te por la vida oye te dió, púlsate
la flor de tus trabajos circunscrito,
y la mitad del mundo recorriste;

RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO

PROSA

Este libro no necesitaba prólogo; la carta del editor Yelarde, con la cual va honrado, y la primera mía, contestación a ella, justifican la publicación en *El Imparcial* de los artículos cuya colección forma este libro. El motivo de coleccionarlos en él, es la demanda que de ellos hacen los amigos que me leen y los libreros que me venden.

Y que no se me ofenda ningún librero, ni se me engalle ningún Académico por esta frase: porque se dice que se lee y que se vende a Querejo o a Valera cuando se leen y se venden sus obras; lo mismo me sucede a mí; unos me leen y otros me venden; y si los que me venden no me vendieran, no me leerían los que me leen, y yo publico este libro por agradecimiento a los unos y a los otros.

La razón y la excusa de lo que en él de mí mismo digo, van también alegadas en su relato; pero de las circunstancias en que le he escrito y del mal vu de imprimirle dividida en dos partes y no en Madrid, sino en Barcelona, me conviene, aunque necesario no sea, decir cuatro palabras; séquiera no encuentren cuatro lectores a quienes leermelas interesa, ni media docena que en leermelas se complazcan.

Un 27 de julio, a las siete de la mañana, entre la muerte calladamente en mi casa, y disperso con se guardaba una familia, para cuya erencia había yo trabajado mucho tiempo y agitado mis ahorros. En el inmenso y legítimo duelo en que aquella muerte dejaba sumida mi casa, en cuyo escondido hogar me había ya sumido modestamente a morir en el cielo y a morir en paz con Dios, quedábame por solo recurso y por última esperanza el resto de las dos veces mercedada pensión, que en 1871 me había concedido el Gobierno, cuyo ministro de Estado era el Excmo. Sr. D. Cristino Martiá; pero llegado el ocho de julio, y transcurrido el nueve, y pasado el diez, y visto que la libranza en que de Roma debía venir mi mensualidad vencida no venía, telegraficé a mi apoderado en la capital del Orbe Cristiano, preguntándole por ella. Ay de mí, con mi telegrama se cruzó la carta saya, en que me participaba que por causa de economías inexcusables en la Administración de los Negocios Pios españoles en Italia, mi pensión había sido suprimida, en consecuencia, y ajustada por el más equitativo con aquella piadosa Administración, me remitía los ditimos sueldo y cinco duros que me restaban que cobrar hasta la fecha de la supresión de mi sueldo.

Quedé yo con la libranza delante de los ojos, el verso delante de mí y detrás de mí y siete individuos de mi familia; y el ministro de Estado en los baños, y el Sr. Yelarde en sus haciendas, y el Sr. Cánovas, mi apoderado, en Cantabria, y en Francia

RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO¹

Este libro no necesitaba prólogo; la carta del señor Velarde, con la cual va honrado, y la primera mía, contestación a ella, justifican la publicación en *El Imparcial* de los artículos cuya colección forma el texto de este volumen; y el motivo de coleccionarlos en él, es la demanda que de su colección me han hecho los amigos que me leen y los libreros que me venden.

Y que no se me ofenda ningún librero, ni se me engalle ningún Académico por esta frase; porque se dice que se lee y que se vende a Quevedo o a Valera cuando se leen y se venden sus obras: lo mismo me sucede a mí; unos me leen y otros me venden; y si los que me venden no me vendieran, no me leerían los que me leen, y yo publico este libro por agradecimiento a los unos y a los otros.

La razón y la excusa de lo que en él de mí mismo digo, van también alegadas en su relato; pero de las circunstancias en que le he escrito y del motivo de imprimirle dividido en dos partes y no en Madrid, sino en Barcelona, me conviene, aunque necesario no sea, decir cuatro palabras; siquiera no encuentren cuatro lectores a quienes leermelas interese, ni media docena que en leérmelas se complazcan.

Un 27 de junio, a las siete de la mañana, entró la muerte calladamente en mi casa, y dispersó con su guadaña una familia, para cuya reunión había yo trabajado mucho tiempo y agotado mis ahorros. En el inmenso y legítimo duelo en que aquella muerte dejaba sumida mi casa, en cuyo escondido hogar me había ya sumido modestamente a vivir en el olvido y a morir en paz con Dios, quedábame por solo recurso y por última esperanza el resto de las dos veces mermada pensión, que en 1871 me había concedido el Gobierno, cuyo ministro de Estado era el Excmo. Sr. D. Cristino Martes; pero llegado el ocho de julio, y trascurrido el nueve, y pasado el diez, y visto que la libranza en que de Roma debía venir mi mensualidad vencida no venía, telegrafíe a mi apoderado en la capital del Orbe Cristiano, preguntándole por ella. ¡Ay de mí, con mi telegrama se cruzó la carta suya, en que me participaba que por causa de economías inexcusables en la Administración de los Lugares Píos españoles en Italia, mi comisión había sido suprimida: en consecuencia, y ajustadas por él mis cuentas con aquella piadosa Administración, me remitía los últimos sesenta y cinco duros que me restaban que cobrar hasta la fecha de la supresión de mi sueldo.

Quedéme yo con la libranza delante de los ojos, el verano delante de mí y detrás de mí los siete individuos de mi familia; y el ministro de Estado en los baños, y el de Fomento en sus haciendas, y el Sr. Cánovas, mi amparador, en Caunterets, y en Francia

mi paño de lágrimas el Capitán General Jovellar; quien en tales casos molesta por mí a todos los ministros, y no pierde ocasión ni perdona empeño por sacarme del mío. La moda, que deja a Madrid desierto durante el verano, me dejaba a mí en Madrid como en medio del Sahara: la tierra bajo mis pies, el cielo sobre mi cabeza, mi esperanza en Dios, y Dios tras el velo azul del aire; que es impenetrable cortinaje del pabellón que le guarda de las miradas de los hombres. ¿Cómo pasé yo aquellos tres meses?

No puedo hacer al tiempo volver atrás: no puedo quitarme de encima ni uno solo de mis sesenta y cuatro años: no puedo hacer volver a mis manos el capital pagado por las deudas de mi herencia paterna, ni lo por mí gastado en vivir bien o mal: no puedo rescindir los contratos de venta de mi *Don Juan* ni de mi *Zapatero y el Rey*, escritos cuando la ley de propiedad no existía: esta ley no tiene efecto retroactivo ni protege mi propiedad por lesión enorme: y no puedo pedir limosna en España, sino poniéndome al pecho un cartel que diga: «este es el autor de *Don Juan Tenorio*, que mantiene en la primera quincena de noviembre todos los teatros de verso de España y América»; pero para esto sería preciso que yo explicase cómo el autor de tal obra podía pedir limosna; cosa muy fácil de explicar, pero muy difícil de comprender.

Antes de pedirla escribí a mis editores de Barcelona, los señores Montaner y Simón, dándoles cuenta de la suspensión de mi sueldo y pidiéndoles trabajo en su casa. Los señores Montaner y Simón me contestaron que «los editores no tenían en su casa trabajo digno de mí: pero que los amigos me enviaban adjunta una letra contra su corresponsal». El Arzobispo de Valencia, de cuya ciudad soy hijo adoptivo, partió conmigo la limosna de sus pobres; el empresario del Teatro Español me ofreció una cantidad que jamás pude cobrar en contaduría; y al volver a Madrid el Sr. Conde de Toreno, ministro de Fomento, me presenté en su antecámara, en la cual no me detuvo ni un minuto. Expúsele en dos palabras mi posición: asombróse de ella, confesándome que estaba muy lejos de imaginársela tal; y prometiéndome exponerla en Consejo de Ministros, en la primera ocasión, me dió cita para el día siguiente en el gabinete del señor Cárdenas, subsecretario, con quien iba inmediatamente a consultar un medio de venir en mi auxilio. Al día siguiente el Sr. Cárdenas, con una delicadeza y un tacto que no podré jamás olvidar, me dijo: «que el señor Conde de Toreno, sabiendo que para continuar ciertos trabajos legendarios en que me ocupaba, necesitaría hacer algún viaje a alguna biblioteca o archivo de provincia, me daba por su mano una pequeñez para ayuda de gastos, y puso en la mía un bono de dos mil pesetas contra el Tesoro».

Pero mientras todas estas cosas pasaban, había pasado otra, principal engendradora, origen y causa más inmediatos de la confección de lo en este libro compaginado. El señor don Federico Balart, a quien suelo pedir opinión y consejos sobre mis obras antes de publicarlas, y a quien voy ahora muchas veces a distraer de una mortal pesadumbre con mi excéntrica conversación y mis ideas estrafalarias, había ido a hablar en mi favor al propietario de *El Imparcial*, El Excmo. Sr. D. Eduardo Gasset y Artime que me abrió su casa, sus brazos y las columnas del *Lunes* de su periódico, pagándome mis artículos en más de lo que valen; el Sr. Ortega Munilla, director de los *Lunes*, me hizo la distinción de colocármelos inmediatamente después de su semanal revista, y en la redacción de *El Imparcial* encontré una nueva familia, que aceptó mi compañía con cariño tan afectuoso y tan respetuosa cordialidad, que me hicieron subir a los ojos dos lágrimas de gratitud, que no pudieron ya sostener las ralas hebras que me restan de mis antes espesas pestañas.

Mientras, gracias al Sr. Gasset y Artime, volvía a contar con el pan cotidiano, pasó al Ministerio de Estado el Sr. Conde de Toreno, volvió del extranjero el Sr. Presidente del Consejo de ministros, y falleció el del Congreso, Adelardo López de Ayala. Pocos

días después del entierro de éste, el Sr. Cánovas del Castillo, cuya casa he tenido siempre abierta y cuya amistad nunca se ha desmentido, me envió una carta para el ministro de Estado; y a cuya presentación el Sr. Conde de Toreno me dijo: «por el correo de hoy va a Roma la orden de continuar pagando a usted su sueldo; pero tengo el sentimiento de haber tenido que mermar de él doce mil reales, porque las economías ya hechas en la Administración de los Lugares Píos, no me han permitido devolverle los treinta y seis mil reales que antes cobraba». Recibí con gratitud lo que se me daba, y me volví a mi casa, no ya como antes resuelto

a vivir en el olvido

y a morir en paz con Dios,

como mi edad y la conveniencia de retirarme ya de la arena literaria me lo exigían, sino decidido por necesidad a luchar otra vez con la vida y a morir sobre el trabajo; a lo que parece que me condenan mis viejos pecados y las nuevas economías de los Lugares Píos. Ya varias veces en algunos periódicos, que no sé por qué me son hostiles, se me ha echado en cara el *no saber retirarme a tiempo*; pero no me han dicho a dónde; puesto que saben que no puedo retirarme a un monasterio. Ya me había yo retirado a mi casa, y hacía ya año y medio que rehusaba presentarme hasta en el Ateneo, donde tantas consideraciones se me han tenido y tantos aplausos se me han prodigado: pero al retirarme el Gobierno el sueldo con que únicamente podía retirarme como se me aconsejaba, tuve yo por mejor consejo volver al trabajo y vivir honradamente de él mientras con él sustentarme pueda, que dejarme morir de inanición y de pesadumbre por dar gusto a los ya no le tienen de que viva yo entre la gente, porque conceptúan que sesenta y cuatro años son demasiada larga vida para un hombre a quien aun hay algunos que estiman y aplauden.

Pero juguemos limpio y hablemos claro por última vez. Yo no he pedido amparo al Gobierno para mi vejez alegando mérito alguno en mis obras, ni yo he dicho a la nación ni al Gobierno que tuviesen *obligación* de ampararme: no; pero he propuesto esta cuestión: «Mis obras, que son tan malas como afortunadas, han enriquecido a muchos, y mi *Don Juan* mantiene en el mes de octubre todos los teatros de España y las Américas españolas; ¿es justo que el que mantiene a tantos muera en el hospital o en el manicomio, por haber producido su *Don Juan* en tiempo en que aun no existía la ley de propiedad literaria?»

Y el Gobierno, ante quien expuse esta cuestión, me subvencionó sobre los fondos de los Lugares Píos españoles en Roma, y mi subvención tiene el carácter piadoso y de limosna con el que yo la pedí, sin que por ello me crea ni deshonrado ni humillado; y mientras con ella he vivido, en lugar de echarme a dormir sobre mis doradas pajas, he entregado concluído en 1873 a los editores Montaner y Simón, mi leyenda del Cid, que consta de diez y nueve mil versos, y mi leyenda de los Tenorios, que tiene ocho mil; y hoy, cuando lo que de mi subvención me resta no me basta por la posición en que mi reputación me coloca, recojo los últimos destellos de mi decadente ingenio, los últimos alientos de mis cansados pulmones y los últimos átomos de honra y de brío que en el corazón me restan, y me arrojo otra vez en los brazos del trabajo, en vez de arrojarme por el balcón, o en el fango de la holgazanería a quejarme de la nación y de sus Gobiernos, a quienes no alcanza ni obligación ni responsabilidad alguna en la posición en que me han colocado mis circunstancias personales y mis negocios de familia.

Dime, pues, al trabajo, y entré en el del periodismo; que es el más rudo por ser el más preteritorio y asiduo, el más expuesto a la crítica y el más coartado y riesgoso por la estre-

chez de la ley de imprenta, que suele tener que regir en nuestro inquieto país; y siguiendo a medias, por no poderlo seguir por entero, el consejo de los que retirarme me aconsejaban, me retiré al segundo recinto del alcázar de las Bellas Letras, descendí de sus salones de su piso principal a su piso bajo con puerta y vistas al patio; es decir, que me retiré del gremio de los poetas y renunciando a la poesía, me despedí del público de Madrid en un romance cuyos versos son los últimos que he escrito, no volví a presentarme como versificador ni como lector en acto alguno público y anuncié que iba a escribir en prosa; comenzando a devanarme los sesos en discurrir cómo servir con mi prosa los intereses del Sr. Gasset y Artime, y algún manjar no indigesto a los suscriptores de *El Imparcial*.

La primera carta del bravo Velarde me dió pie para contar lo pasado en el cementerio al borde de la tumba de Larra: y por este recuerdo, como quien tira de un hilo de una madeja enredada, fui yo tirando de mis pobres recuerdos del tiempo viejo, hasta formar con ellos el mal devanado ovillo de lo contenido en este libro. Viejo e ignorante, no supe escribir más que mis personales memorias: los lectores de *El Imparcial*, tal vez sorprendidos de leerme en prosa, tal vez pagados de la anticuada construcción de la mía, y acaso más que de lo que yo en ella decía, de la ingenuidad algo infantil con que yo lo iba diciendo, encontraron entretenidos mis artículos del TIEMPO VIEJO: unos porque refrescaban los suyos, y otros, porque no habiendo alcanzado la época de que en ellos hablo, o lo que en ellos traigo a cuento ignoraban, o lo habían oído contar de muy diferente modo.

Como quiera que fuere, mientras los publicaba en el periódico, recibí varias cartas, unas anónimas y otras firmadas, en las cuales algunos me aconsejaban que coleccionase mis artículos; y el Sr. Gasset y Artime, renunciando generosamente en mi favor sus derechos a la propiedad de mi por él tan bien pagado trabajo, me otorgó omnímoda y perpetua facultad para hacer de él lo que más me conviniera. El Sr. Ortega Munilla se ofreció espontáneamente a ayudarme en tal publicación, y se ocupaba ya de sus preliminares pormenores, cuando ocurrieron a la par su desastrada caída del caballo y mi impensado viaje a Barcelona: cuyos dos imprevistos acontecimientos me obligan a publicar este libro en la capital del Principado y no en la coronada villa.

Pero, ¿por qué? ¿A qué vine yo a Barcelona por siete días y por qué me quedo en ella por siete meses?

En uno y medio que en ella llevo no he tenido tiempo hasta hoy de hacerme tal pregunta, y voy a ver si averiguó alguna razón que me sirva de respuesta.

A pesar de mi necesidad de descanso, de la tenacidad con que ha cerca de dos años que rehuso toda invitación a presentarme en público, y a pesar, en fin, de mi deseo de complacer a los que me dicen «retírese usted», es decir, «quítese usted de en medio», aún hay algunos que recordando mis mejores años y olvidando los trascurridos, me buscan y me solicitan con la vana ilusión de que aún puedo, como en otro tiempo, cooperar en beneficio de sus empresas; y el país en donde por mí se conservan más ilusiones y simpatías, es en Cataluña y sobre todo en Barcelona. Así que el 27 de octubre próximo pasado, el empresario y el director de la compañía de verso del teatro Principal de esta ciudad, me ofrecieron una indemnización por gastos de viaje, si emprendía uno para enderezar y poner derecho sobre la escena a mi buen *Don Juan Tenorio*; quien no sé por qué no quería tenerse este año muy en equilibrio. Tenía yo que abocarme con mis editores Montaner y Simón, para tratar de poner también en pie de imprenta a mi valiente burgalés Rodrigo Díaz, que agarrado al pupitre de mis editores, parece que tampoco quiere dejarse meter en prensa; y con la esperanza de matar dos pájaros de una pedrada, acepté la proposición del viaje a Barcelona; pero mientras la libranza del empresario llegaba a Madrid y ciertos asuntos de mi joven amigo el pintor Padró, que debía de acompañarme, se

allanaban, se perdieron cuarenta y ocho horas y llegué yo tarde para enderezar a mi rebelde y voluntarioso *Don Juan*, y aún no he tenido tiempo para tener cinco minutos de conversación con mis editores del *Cid*; porque el pueblo barcelonés, que no me había olvidado en los once años que he pasado ausente de Cataluña, que se acordaba de que en Barcelona había yo tenido casa y me había recasado en su parroquia de Santa Ana, y le había leído muchos versos y me había dado muchas fiestas, en las cuales había yo procurado derramar toda la expansiva alegría de mi corazón de muchacho y toda la poesía de mi desordenada imaginación de loco, creyendo que para mí el tiempo no había pasado, y que no habían pasado por él ni por mí los once años transcurridos, se empeñó en pedirme, como quien pide peras al olmo, que hiciera y le dijera lo que para él había hecho y dicho cuando, con once años menos, aún tenía once partes de aliento más. Echó a un lado a mi pobre *Don Juan*, y poniéndome en lugar suyo sobre la escena, oyó mi palabra ronca con la cariñosa atención de una madre que escucha la respiración de su hijo que duerme; me colmó de aplausos, me coronó de flores, no me dejó ni dormir ni trabajar a fuerza de obsequios y convites; sus periódicos publicaron mi retrato, las sociedades literarias se apoderaron de mí y enfloraron el teatro catalán para escucharme; el Ateneo me dió una velada y una primorosa medalla, y los Sucesores de Ramírez pusieron a mi disposición su magnífico establecimiento tipográfico; y esta vuelta mía a Cataluña fué la vuelta del hijo pródigo al paterno hogar, y el pueblo barcelonés me dijo: «Sorrilla, parla, enrahona: ets a casa teva»; y cayó en gracia cuanto hice y dije, y se me abrieron todas las puertas y me recibieron como a hermano en todas las familias; y he aquí cómo y por qué se imprimen en Barcelona estos mis **RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO**.

En ellos repito y amplifico lo que en este prólogo apunto: ni sé hasta dónde con ellos iré a parar, ni me detendrá en mi marcha el temor de encontrarme al fin de ella cara a cara con mis contemporáneos, después de haberme juzgado a mí mismo y a los que conmigo abrieron las puertas a la revolución política y literaria del primer tercio de nuestra centuria. La ingenuidad infantil y la sincera buena fe con que hasta aquí los he escrito, creo que garantizan mi leal veracidad para el porvenir; pero una vez que Dios prolonga mi vida hasta los actuales y corrientes días, a ellos pertenezco aún y en ellos voy a vivir y de ellos voy a hablar y en ellos voy a meter mi baza y voy por ellos a trabajar como trabajé por los pasados; y espero en Dios que este trabajo no me deshonrará, porque fío en la justicia de mi pueblo español que me rodeará del respeto a que siempre ha considerado acreedor a quien envejece y muere sobre el trabajo, por no sucumbir a la miseria y deshonorarse en la haraganería vergonzosa de los ingenios vergonzantes por holgazanes.

Para no hacer de estos recuerdos un libro demasiado voluminoso, y en tan pequeños caracteres impreso que resulte tan difícil como enojoso de leer y de tener en las manos, lo he dividido en dos tomos pequeños. No teniendo además la vanidad de creer que este miserable y prosaico engendro mío, sea para mí la gallina de los huevos de oro, y deseando saber el número de ejemplares que necesito para mis lectores, y por el pedido del primero regular la tirada del segundo, suplico a mis suscriptores que hagan la suscripción al segundo al recibir o comprar el primero, en el recibo que le acompaña.

El tomo II llevará un apéndice nuevo en verso y prosa; y toda la obra corregida y ampliada como permite el libro y no admite el periódico, va dedicada al más moderno y al mejor y más bravo de mis amigos.

AL EGREGIO POETA

DON JOSÉ VELARDE

EN PRENDA DE AMISTAD Y AGRADECIMIENTO

JOSÉ ZORRILLA.

Barcelona, 1.º de enero de 1881.

I

EL POETA ZORRILLA

Era la tarde del 15 de febrero de 1837. En el cementerio de la puerta de Fuencarral, un numeroso concurso se apiñaba en derredor de un joven desconocido, delgado, pálido, de larga cabellera y expresivos ojos, que, acongojado y convulso, leía, ante un féretro adornado con una corona de laurel, una sentida poesía.

El concurso lo formaba todo el Madrid artístico; el féretro encerraba el cadáver de Larra; el poeta era Zorrilla.

Aquella tarde fría y nebulosa fué solemne; vió la conjunción de dos crepúsculos. Un sol se alzaba en el oriente de la literatura al hundirse otro sol en el ocaso.

A los desgarradores acentos de «La noche buena del poeta», de *Figaro*, último canto del cisne moribundo, cuyos ecos aún estremecían el aire, se unieron los acordes delarpa de Zorrilla, primeros cantos de la alondra al alba.

España, al perder al más grande de sus críticos, encontró al más popular de sus poetas.

Desde aquel día, la Fama fatigada va dando a todos los yientos el nombre del vate inmortal. Desde aquel día, sus estrofas sublimes palpitan en todos los labios, y, como la voz divina, despiertan la inspiración en el alma de la juventud y la lanzan a la vida del arte.

Poeta formado de las entrañas de su pueblo, sus ideas, sus sentimientos, aunque universales por lo que tienen de humanos, son ante todo españoles; tanto que, al vibrar su lira, nos parece escuchar el acento de la patria.

Vario y múltiple en sus concepciones y en la manera de expresarlas, ora arrebatado, elocuente y profundo, ora tierno, sencillo y vulgar, siempre ameno, siempre inesperado, siempre poeta, pulsa todas las cuerdas y se reviste, como Proteo, de todas las formas para llegar a todos los corazones.

Tiene su poesía algo de la ola que se hace espuma, de la luz que se quiebra en colores, de la flor que se disuelve en aroma, algo, en fin, de lo bello, inmaterializándose para confundirse en lo infinito; y es, que así como la larva ha de trocarse en mariposa para volar, la poesía ha de espiritualizarse para subir al cielo, que es su patria verdadera.

Hay una poesía que jamás envejece, que no puede morir, que halla eco en todas las almas y hace latir al unísono todos los corazones; lenguaje universal que entienden el niño y el viejo, el ignorante y el sabio, y es la poesía de la naturaleza.

Y la naturaleza es la musa de Zorrilla, le da sus colores, le presta sus armonías y encarna en sus versos que nos repiten los gemidos del lago, las endechas del ruiseñor,

los estremecimientos del trueno, y nos pintan la nube que se tornasola, la espuma que bulle y el árbol que florece.

Zorrilla ha sido anatematizado por los retóricos, que jamás han previsto a los poetas ni los han comprendido,preciándose de las medianías que siguen sus reglas y odiando al genio que las deshace. Siguió cantando el poeta y cayeron en el olvido las odas ampulosas, frías y limadas, y surgió la poesía del sentimiento y se ensancharon los horizontes del arte.

¡Siempre la misma lucha entre el sabio y el poeta, y siempre el poeta vencedor!

Las murallas que guardan lo desconocido son de cristal para el genio que penetra en el fondo de lo insondable. La obra del sabio es perfectible, la del genio perfecta; aquél aprecia los pormenores, éste abarca el conjunto; el uno halla, el otro crea; el sabio, para meditar, se inclina hacia la tierra; el poeta, cuando canta, mira al cielo; y es que el uno no va más allá de lo humano, y el otro se remonta a lo divino.

Zorrilla venció. Hoy todos le respetan. Ni la envidia le muere, pues ni arrastrándose puede escalar la montaña de laureles que le sirve de pedestal.

¿Y cómo no respetarle, si las doradas ilusiones, los dulces recuerdos y los sueños juveniles de nuestras dos últimas generaciones, están iluminados por el fuego de la inspiración del gran poeta? Sí; sus versos fueron lo primero que balbucearon después de las plegarias maternas; y aquellas impresiones, como el troquel en el metal, han dejado un sello imborrable en las almas.

Poeta de la tradición, a su mágico acento, los héroes castellanos se alzan de sus sepulcros de piedra apercebidos al combate; desfila la comunidad por el claustro sombrío de la gótica abadía, salmodiando sus preces al rayo misterioso de la luna; aparece el castillo feudal entre los riscos y breñas de la montaña; se coronan de arqueros las almenas, suspira la hermosa castellana al escuchar la enamorada trova; baja rechinando el puente levadizo para dar hospitalidad al peregrino, y el terrible señor de horca y cuchillo apresta su mesnada o se lanza venablo en mano, azuzando la jauría por el bosque enmarañado, persiguiendo al colmilludo jabalí. Ahora surgen la tapada, el rodrigón ceñido, la dueña mediadora y el doncel galanteador; ahora se acuchillan en la tortuosa callejuela dos rondadores de una misma dama, a la luz mortecina de un retablo, o bien se puebla de cármenes y harenas la vega granadina, y resuenan en el Generalife los ecos de la zambra, y el sarraceno corre la pólvora, y, como el sol entre nubes, asoma al calado ajimez la hermosísima sultana esclareciendo el día con la luz de sus ojos.

¡Qué poder el del genio! En vano curiosos eruditos e historiadores concienzudos se afanan en dar a conocer el verdadero carácter de Don Pedro de Castilla, en probar la muerte del rey Don Sebastián en el inhospitalario suelo de África, y en negar la vida borrascosa de Mañara, o sea de D. Juan Tenorio.

¿Quiénes les han de creer? Para el pueblo, para todo el mundo, no hay más Don Pedro de Castilla que el del *Zapatero y el Rey*, ni otro Don Sebastián que el de *Traidor, inconsciente y mártir*, y D. Juan Tenorio fué sevillano y mató al Comendador, y amó a D.^a Inés, y cenó con los muertos y se fué a la gloria; porque no ha habido, ni hay, ni habrá jamás verdades más creídas, más amadas y más libres del olvido que las creaciones del genio.

Las obras de Zorrilla vivirán siempre. El fuego de la inspiración, que algunos creen fuego fatuo, es como la lava que se endurece y adquiere la consistencia del bronce para resistir al tiempo. A más, que la mano del «Cristo de la Vega», al desclavarse para jurar, decretó la inmortalidad de nuestro poeta.

¿Cómo premia la patria los merecimientos de su esclarecido hijo? Hoy que la edad le agobia y el trabajo le fatiga, le ha retirado la modesta asignación

con que vivía y lo ha abandonado a la miseria, sin duda para que ciña a un tiempo a sus sienas la corona de laurel de la poesía y la de espinas del martirio.

JOSÉ VELARDE.

II

AL JOVEN POETA

D. JOSÉ VELARDE.

Llegó a mis manos con retraso, porque vivo en el retiro de mi hogar, por donde acaba de pasar la muerte, el artículo que me dedicó usted en el número de *El Imparcial*, del lunes 29 de septiembre; y he andado dos días perplejo y caviloso, sin poder hallar cómo darme por entendido de lo que de mí dice usted en él. Corriendo, empero, el tiempo, temiendo por una parte que mi silencio le parezca descortesía, y no queriendo por otra dar motivo a que el público crea que, hinchado de vanidad, acepto, como buena y corriente moneda, todas las extremadas excelencias que a mis versos atribuye, me resuelvo a dar a usted simplemente las gracias en cuatro palabras; que cuanto más le parezcan vulgares, más han de parecerle sinceras.

Yo soy, Sr. Velarde, lo único que he podido ser: lo único que Dios ha querido que sea: un poeta español, hijo ignorante y desatentado de la naturaleza, que ha cantado a su patria como ha podido; como los pájaros cantan en la selva, como susurran las abejas al elaborar sus panales; yo no me he jactado nunca de haber hecho más, y a mi presentación en el Ateneo el año pasado, lo dije en esta quintilla de mi *Canto del Fénix*:

Lo que hice, lo que dije, todo ese laberinto
de versos que concentran la esencia de mi ser,
de Dios son obra; un estro no puede haber distinto:
yo obré y hablé sintiendo y hablando por instinto;
ni supe hacer más que eso, ni pude más hacer.

Esta mi poesía del *Canto del Fénix* es una respuesta anticipada que yo di a los primeros con que usted en su artículo tan cariñosamente me obsequia; y como sé que usted la sabe de memoria, no necesito añadir una palabra más; usted, que va hoy a la cabeza de aquella a quien yo llamé

estirpe generosa de la progenie nueva,

creyéndome ya en el caso en que yo me ponía en la penúltima estrofa de mi *Canto del Fénix*, que dice:

Y si las tempestades que el porvenir amasa

en mi país me obligan a mendigar mi pan,

no dejes que en él nadie las puertas de su casa

empedernido cierre, o esquivó diga — ¡Pasale!

al que mató a D. Pedro, al que salvó a D. Juan,

saltó usted el primero a la arena a romper la primera lanza en pro del viejo, en quien usted ve un gigante a través del prisma del entusiasmo con que le mira. Gracias, mil

gracias, Sr. Velarde: ya sabía yo que la juventud literaria de la generación que a la mía sigue, no había de abandonar nunca al poeta que no ha inculcado más que amor a la patria, y respeto a las creencias y a las tradiciones de sus padres.

No puedo, sin embargo, permitir a su entusiasmo juvenil, que atribuya a la patria el abandono en que deja mi vejez la supresión de un sueldo, que a cargo de los Lugares Píos Españoles de Roma se me concedió, para llevar a cabo mi legendarío del Cid y de otras obras que me ha oído usted leer en el salón del Ateneo. No, Sr. Velarde, no: la patria no tiene nada que ver en esto; y nadie menos que yo tendría razón para quejarse de su patria, porque las economías necesarias en el presupuesto del Ministerio de Estado hayan alcanzado hasta mi ya mermada pensión; la cual, si sola no podría sacar de ningún apuro a la Administración de los Lugares Píos Españoles de Roma, tal vez unida a las demás economías hechas en julio último pueda contribuir a alguna obra perentoriamente necesaria para el decoro nacional. *Suum cuique*, y dejemos a la patria en el buen lugar que en este caso la corresponde.

¿Qué es la patria? La tierra; la nación, el lugar en que se nace. Y como la nación la forman los habitantes de la tierra, la patria vive y se expresa por la vida y las acciones de los ciudadanos de cada nación. ¿Y cómo ha tratado su patria al poeta Zorrilla? Como no ha tratado nunca a ningún poeta, incluso al fénix de los ingenios Lope de Vega; quien tal vez debió parte de la gloria y los obsequios que su época le tributó, a su favor en la corte y al carácter que le imprimía su dignidad sacerdotal. Yo no pertenezco a ninguna clase de la sociedad, porque los poetas no estamos clasificados en ninguna categoría social; no he pertenecido jamás a ningún partido político, a ninguna Academia, ni a ningún Instituto que haya podido alcanzarme favor con poder alguno, y por consiguiente, nadie ha tenido interés en aplaudirme ni en adularme.

Yo me ausenté de mi patria en 1847 por razones que a nadie importan: me fui a América por pesares y desventuras, que nadie sabrá hasta después de mi muerte, con la esperanza de que la fiebre amarilla, la viruela negra o cualquiera otra enfermedad de cualquier color, acabaran oscuramente conmigo en aquellas remotas regiones. No quisó Dios que allá muriera. Su protección visible me salvó de los naufragios, de las pestes y de las guerras civiles; y cuando volví en 1866 a mi patria, ¿cómo me recibió España? Como su padre amoroso al hijo pródigo, como su santa familia a Lázaro el resucitado, como Roma a los triunfadores, a quienes coronaba en el Capitolio. Barcelona y Tarragona me obsequiaron con regatas y fiestas de noche y día; la Universidad de Zaragoza renovó por mí una solemnidad que sólo había dedicado a los reyes de Aragón; Burgos y Valladolid me alfombraron de flores mi camino, y un altar de la parroquia en que fui bautizado, está desde entonces cubierto con cien coronas, para las cuales no concebí mejor depósito. Valencia, después de haberse vuelto loca por mí, como una muchacha atolondrada que se enamora de un viejo, me hizo su hijo adoptivo, y yo la escribiré un libro con el cual espero probarla mi gratitud. Granada se desbordó en entusiasmo en honor mio en 1846 a la sola promesa de escribirla mi aún no concluido poema; y aún se recuerda allí una representación de *Don Juan Tenorio*, al fin de la cual el beneficiado Pepe Calvo, padre de Rafael, la empresa y yo, convidando al público a la mesa a que había venido la estatua del Comendador, hicimos al Capitán General, al Gobernador de la Alhambra y a las hermosas granadinas, comer todos los dulces y beber todo el Champagne que había en la ciudad. Amanecía ya, y ni autoridades ni pueblo se daban cuenta de que nadie estaba en su juicio ni en su lugar.

Madrid, declarado en estado de sitio, y prohibida en él la reunión pública de más de cinco personas, reuní cuatro mil, para acompañarme a mi casa desde la estación, una mañana de octubre de 1866. No pasa un mes de noviembre en que no haga en mi

favor alguna ruidosa demostración en alguna representación de mi *Don Juan*; y el Ate-
neo, en fin, tomándome bajo su amparo, ha abierto conmigo a la poesía sus salones, en
los cuales no habían penetrado aún más que las ciencias. En resumen, mi patria, repre-
sentada por la sociedad, no ha podido hacer más en España por un poeta, a quien induda-
blemente estima en más de lo que vale, sólo porque su poesía es la expresión del ca-
rácter nacional y de las patrias tradiciones.

Quando en 1859 la muerte le privó en la Habana de un compañero, y destruyendo
su fortuna con la de Cipriano de las Cagigas, el Capitán General de la Isla, D. José de
la Concha, le colmó de atenciones y de consuelos, y el banquero D. Manuel Calvo le alojó
espléndidamente en su tranquilo y salubre cafetal; procurándole en él la soledad neces-
saria para el trabajo, y salvándole la vida y el honor con los cuidados de su amistad.

El poeta Zorrilla, que es el que más debe a su patria, representada por la sociedad
de su época, es el que menos puede quejarse de ella, si la considera representada por su
Gobierno.

Quando en 1871 le pidió protección para emprender su *Leyenda del Cid*, obra de
largo aliento, con la cual quería responder a la excesiva reputación que por sus poco
importantes trabajos se le había acordado, el Sr. D. Cristino Martos, ministro de Esta-
do entonces, le dió una comisión de archivos y bibliotecas en Italia; pretexto tan visi-
ble como honroso para acordarle una pensión, que no podía tener nombre y carácter
absoluto de tal, por no haber antecedentes de que se hubiera pensionado en España
a ningún poeta; y acompañada de una gentilísima carta autógrafa, le envió la creden-
cial de la Gran Cruz de Carlos III, que constituía su persona en una alta dignidad, y de
cuya excelencia nadie se ha acordado nunca; porque a nadie se le ocurre en España que
el poeta Zorrilla sea más ni menos que el poeta Zorrilla, cuya larga intimidad con el
público autoriza ya a todo el mundo para tutearle y llamarle Pepe.

Hoy, que las perentorias economías de los Lugares Píos de Roma me obligaron a
pedir amparo al señor ministro de Fomento, escudándose con una carta del Capitán
General Joyellar, que honra a Zorrilla con su amistad desde que se conocieron, como
ha recibido a Zorrilla el Sr. Conde de Toreno? Hijo de aquel ilustrado repúblico, que fue
gloria del Parlamento y honra de las letras, dió al poeta cuanto tenía facultad de dar,
mientras discurría medio mejor de asegurar su porvenir; y el Sr. Cárdenas allanó ante
sus pasos todos los difíciles que hay que dar en las oficinas del Ministerio de Hacienda
para el cobro de su intima sobvención.

Los editores de Barcelona, Montaner y Simón, se apresuraron a ofrecer los servicios
de su amistad; un ilustre prelado partió con él la limonsa de los pobres de su diócesis,
y usted mismo, Sr. Velarde, a la cabeza de la juventud literaria de Madrid, inició algo
que le agradece en el alma y que no olvidará jamás el viejo poeta desheredado.

Empieza usted su artículo por un recuerdo de la tarde del 15 de febrero de 1837:
un lunes le diré a usted de aquel día lo que nadie sabe; y entretanto, conste que cree
que sería un loco y un ingrato, si se quejara ni exigiera más de su patria; pero que no
teme que España deje morir sin pan al viejo matador del rey Don Pedro, al loco salva-
dor de D. Juan Tenorio, su agradecido autor el poeta.

JOSÉ ZORRILLA.

III

Sr. D. José Velarde:

Ofrecí a usted, mi cariñoso amigo y generoso encomiador, decirle algo del 15 de febrero de 1837, y no se me cuece el pan por cumplirle a usted mi oferta; no sólo para que usted sepa a qué atenerse sobre lo acontecido en aquel día y especialmente en aquella tarde, al viejo y asendereado poeta, a quien usted hoy tanto encomia, sino para disipar la neblina de cuentos y de pormenores absurdos en que los narradores vulgares, los chistosos de oficio y los amigos indiscretos o pretenciosos han rodeado después la verdad de lo que en aquel día sucedió. La gente meridional, y sobre todo los españoles, tenemos la pretensión de ser todos buenos narradores; y cuando algo se nos cuenta, no lo repetimos jamás sin añadir cada cual algo de su cosecha: con cuya manía resulta que el hecho más sencillo, al pasar por unas cuantas bocas, queda tan desfigurado, que pueden contárselo como nuevo al primero que lo relató, sin que éste reconozca ya lo relatado por él, en la décima relación del hecho, que en vez del suyo, corre de boca en boca.

Y hay otra circunstancia peor en este modo de narrar, inherente también a nuestro país; y es, que la mayor parte de los que, añadiendo pormenores a la narración de los hechos, convierten al fin las más sencillas verdades en absurdas y fantásticas mentiras, llegan a creerse éstas de buena fe; y pueden jurar que han sido de ellas parte o testigos, alucinados por su fantasía meridional, que les hace preferir a la deseada verdad la fábula más fantástica e inverosímil.

He aquí por qué, mi buen amigo Sr. Velarde, quisiera yo contar a usted algunas cosas de aquel buen tiempo viejo, que no está aún tan lejos de nosotros que de él no vivan presenciales testigos, pero a quienes el afán de ponderar, o de darse personal importancia, ha hecho desfigurar de tal manera las cosas que en él pasaron, que hay quien hoy me cuenta a mí de mí mismo lo que jamás pasó, ni pudo pasar por mí; y yo calló y escucho, convencido de lo inútil que sería intentar convencerle de que yo, y no él, soy quien debe saber la verdad; pero vamos al 15 de febrero de 1837.

Permítame usted que le recuerde a vuelta pluma los ensayos por que pasé, antes de representar mi papel en la escena del cementerio.

Metíome mi padre a los nueve años en el Real Seminario de Nobles, establecido por los jesuitas en el edificio que es hoy, en la calle del Duque de Alba, cuartel de la Guardia Civil, y trasladado en 1828 al que hoy es hospital militar, en la calle de la Princesa. Tengo para mí que la idea de los buenos Padres de la Compañía de Jesús, al establecer un colegio tan lujoso y tan privilegiado, para entrar en el cual era preciso hacer pruebas de nobleza, fué la de tener más tarde por discípulos a los hijos de todas las familias nobles, importantes o influentes de España; como quiera que fuese, halléme yo allí discípulo de los primeros títulos de Castilla, y recibí una educación muy superior a la que hasta entonces solían recibir los jóvenes de la clase media; mi padre era el primero de mi familia que, saliendo de nuestro modesto solar de Torquemada, había, por sus estudios, llegado a un honroso puesto en la alta magistratura.

En aquel colegio comencé yo a tomar la mala costumbre de descuidar lo principal por cuidarme de lo accesorio; y negligente en los estudios serios de la filosofía y las ciencias exactas, me apliqué al dibujo, a la esgrima y a las bellas letras, leyendo a escondidas a Walter Scott, a Fenimore Cooper y a Chateaubriand, y cometiendo, en fin, a los doce años, mi primer delito de escribir versos. Celebráronmelos los jesuitas y fomentaron mi inclinación; dime yo a recitarlos, imitando a los actores a quienes veía en el teatro,

cuando alguna vez iba al del Príncipe, que presidían entonces los alcaldes de casa y corte, cuya toga vestía mi padre; hiceme célebre en los exámenes y actos públicos del Seminario, y llegué a ser galán en el teatro en que se celebraban éstos, y se ejecutaban unas comedias del teatro antiguo, refundidas por los jesuitas; en las cuales, atendiendo a la moral, los amantes se transformaban en hermanos, y con cuyo sistema resultaba un galimatías de moralidad que hacía sonreír al malicioso Fernando VII y fruncir el entrecejo a su hermano el infante Don Carlos, que asistían alguna vez a nuestras funciones de Navidad. Don Carlos enviaba a sus hijos a nuestras aulas y a cumplir con la iglesia en nuestra capilla; a la cual había enviado Su Santidad Gregorio XVI su bendición y los cuerpos de cera de dos santos jóvenes mártires, degollados en Roma en tiempos de no recuerdo qué monstruo imperial, cuyas figuras degolladas me daban a mí tal miedo, que no pasé jamás de noche por delante de la capilla en cuyos altares laterales yacían.

Salió mi padre desterrado de Madrid y Sitios Reales el 1832, y yo del Seminario el 33. Murió a poco el Rey Don Fernando VII. Sopló la revolución; encendiéndose la guerra civil, envíome mi padre desde su destierro de Lerma a estudiar leyes a la Universidad de Toledo, donde, siguiendo mi mismo sistema del Seminario, en vez de asistir asiduamente a la Universidad, me di a dibujar los peñascos de la Virgen del Valle, el castillo de San Servando y los puentes del Tajo; y vagando día y noche como encantado por aquellas calles moriscas, aquellas sinagogas y aquellas mezquitas convertidas en templos, en vez de llenarme la cabeza de definiciones de Heinecio y de Vinnio, incrusté en mi imaginación los góticos rosetones y las preciosas cresterías de la Catedral y de San Juan de los Reyes, entre las leyendas de la torre de D. Rodrigo, de los palacios de Galiana y del Cristo de la Vega, a quien debo hoy mi reputación de poeta legendario.

Mi tío, el prebendado, a cuya casa me había enviado mi padre, que había creído recibir en ella a un pajecillo que le ayudara a misa y le acompañara al coro llevándole el paraguas y el breviario, se escandalizó de que yo leyera a Víctor Hugo; a quien él confundía, sin que lograra yo sacárselo de la cabeza, con Hugo de San Víctor, expositor de Sagrada teología, de quien él suponía que los franceses habrían encontrado algunos versos inéditos; tomó muy a mal mi amistad con algunos estudiantes de la alta sociedad de Madrid, que como Pedro Madrazo eran condiscípulos míos de colegio, y concluyó por escribir a mi padre que yo no era más que un botarate, que más iba para pinta-monas que para abogado, según los papelotes que llenaba de piedras, de torres y de inscripciones, ya en posesión de los buhos y cubiertas de telarañas.

No pluguieron mucho a mi padre los informes del prebendado toledano; y al año siguiente me envió a continuar mis estudios a Valladolid, bajo la inspección de un procurador de aquella Chancillería, y la protección del Rector de la Universidad, el ilustrado D. Manuel Tarancón, Obispo, después de Córdoba y muerto Arzobispo de Sevilla. Hicelo yo allí mucho peor que en Toledo; y evocando mis recuerdos de niño en la ciudad donde había nacido, y encontrándome otra vez a Pedro Madrazo en aquella Universidad, continué dándome a estudiar piedras, ruinas y tradiciones, ayudado por los periódicos y publicaciones literarias que recibía de Madrid Pedro Madrazo; cuya casa era entonces emporio del arte, donde brillaban ya los cuadros de su hermano Federico, y donde Ochoa tenía la redacción de *El Artista*, el primer periódico literario e ilustrado de España.

Atraquéme, pues de Casimire de la Vigne, de Víctor Hugo, de Espronceda y de Alejandro Dumas, de Chateaubriand y de Juan de Mena, y del Romancero y de Jorge Manrique, y no pude digerir cuatro páginas del Heinecio, ni de las Pandectas; en vista de lo cual, el procurador a quien por él estaba encargado, escribió a mi padre punto más de lo escrito por el prebendado: esto es, que yo no era más que un holgazán vagabundo,

que me andaba por los cementerios a media noche como un vampiro, que me dejaba crecer el pelo como un cosaco, y que era, en fin, amigo de los hijos de los que no lo habían sido nunca de mi padre, como Miguel de los Santos Álvarez. Parece que su padre y el mío, ambos abogados relatores en otro tiempo de la Chancillería, realista mi padre y liberal el de Álvarez, no se habían mirado nunca de buen ojo. Los hijos, inconscientes y ajenos de las divisiones de los padres, nos amamos de mozos y aún somos amigos en la vejez: cuestión de los tiempos y de los caracteres.

Enojóse mi padre, y con razón, con las noticias del bilioso procurador; gané yo curso por favor del Sr. Tarancón, y díjome mi padre, al enviarme por tercera vez a la Universidad de Valladolid: «tú tienes traza de ser un tonto toda tu vida, y si no te gradúas este año de bachiller a claustro pleno, te pongo unas polainas y te envío a cavar tus viñas de Torquemada». Era mi padre muy hombre para hacer tal con su hijo; pero ya era yo hombre perdido para los estudios serios: odiaba a Justiniano y se me daba una higa de todos los doctores *in utroque* de todas las universidades de España: adoraba en sueños a García Gutiérrez, a Hartzenbusch y a Espronceda; y ver una obra mía impresa, y apretar la mano de amigo a estos ilustres poetas, me parecía destino de más prez que el de llegar a ser un Floridablanca; *el demonio* de la poesía estaba ya posesionado de todo mi ser; y con disgusto de Tarancón y estupefacción del procurador, anuncié redondamente que así me graduaría yo a claustro pleno aquel año, como que volaran bueyes. Metiéronme, pues, en una galera, que iba para Lerma, a cargo del mayoral: pensé yo en el camino que mi vida en mi casa no iba a serme muy agradable; y sin pensar, ¡insensato!, en la amargura y desesperación en que iba a sumir a mi desterrada familia, en un descuido del conductor eché a lomos de una yegua, que no era mía y que por aquellos campos pastaba, y me volví a Valladolid por el valle de Esgueba, que era otro camino del que la galera había traído.

Sirvióme mucho la equitación que en el colegio me enseñaron, porque la yegua era reacia y antojadiza; mas no me convenía en modo alguno dejarla volverse a la querencia de su establo, y entré sobre ella en Valladolid al anochecer, donde la vendí: y acomodándome en otra galera que para Madrid al amanecer salía, me desembanasté a los tres días en la calle de Alcalá, y me perdí a la ventura por las de esta coronada villa, huyendo de mis santos deberes y en pos de mis locas esperanzas, ahogando la voz de mi conciencia, y escuchando y siguiendo la de mi desatinada locura.

Mi familia, no creyéndome capaz de la resolución de abandonar para siempre mi casa paterna, me buscó por las de mis parientes de las provincias de Burgos y de Palencia, donde suponía que me habría guarecido; y habiendo yo hecho mi fuga dándome por hijo de un artista italiano, gracias a mis principios de dibujo y a la lengua italiana que me era familiar, tardó mucho en dar con mi rastro. Presentéme yo a mis amigos y condiscípulos de Madrid; pero pronto tuve que esquivarme de los duques de Villahermosa y de los Madrazo, que recibieron cartas de mi padre, y que en vista de mi tenaz resistencia a volver a mi hogar, no creyeron prudente insistir con quien tan obstinadamente rechazaba sus amistosas amonestaciones.

Entonces..., ¡ay de mí!, busqué y contraí otras amistades; unas de las que no quiero volver a acordarme, otras de las que jamás me olvidaré; como la de Manuel Assas, con quien gané algunos pocos reales enviando mis dibujos de la torre de Fuensaldaña y otros con artículos arqueológicos escritos por Assas en francés, al *Museo de las familias* de París, y la de Jacinto Salas y Quiroga: poeta ya casi olvidado, que contó con mi pluma en donde quiera que llegó a meter los puntos de la suya. Entonces prediqué en las mesas del Café Nuevo una política de locos, que hizo reír sin hacer, afortunadamente, prosélitos; y entonces escribí en un periódico que solo duró dos meses, al cabo de los cuales

dió la policía tras de sus redactores, con el objeto de encargarles de hacer un viaje a Filipinas por cuenta del Ministerio de la Gobernación. Vi yo la justicia, por el balcón, entrar por la puerta principal que bajo él estaba; y montando en la baranda de otro que se abría sobre un patio de una vecina casa, por la parte posterior de la redacción, caí diestra y silenciosamente a cuatro pies sobre sus enyerbadas losas; emboqué un callejón oscuro que ante mí se abría, y justificando mi apellido, me escurrí por él hasta la calle opuesta de la manzana; enfilé tranquilamente la de Peregrinos, subí la de Postas, mirando atentamente las tiendas como si tuviera letras que cobrar en alguna de ellas; y de recodo en recodo, y de callejón en pasadizo, di conmigo en la de la Esgrima, y en ella de manos a boca con un gitano a quien había salvado de ser fusilado dos años hacía en la tierra de Aranda. Vile y conocíeme; preguntóme y respondíle; comprendíeme a media palabra, y llevándome a un cuarto del número 30 y... tantos, trenzóme la melena, coloróme el semblante, y endosándome unas calzoneras y una chaqueta de pana, con un sombrero con más falda que una dolorosa de procesión, y una faja más ancha que la del Zodíaco, me sacó entre los de su cuadrilla por la puerta y puente de Toledo; sirviéndome de infalible seña gitanesca mi trenzada melena, que, riza y suelta, servía de seña personal a los que me buscaban, de parte de mi familia, para volverme a mi casa, y de orden del Gobernador de las tres ppp. D. Pfo Pita Pizarro, a los que pretendían enviarme a saber lo que en Filipinas ocurría. Pasó una revolución a los pocos días, con la desastrosa muerte del general Quesada en Hortaleza; pasó... lo que pasa en las revoluciones, un juicio final en cuarenta y ocho horas; y al cabo de diez días torné yo a pasar destrenzado y desteñido por la Puerta de Toledo, y volví a vivir a salto de mata, y a dormir en casa de un cestero, que de portero habíamos tenido en la redacción de marra... y así me cogió en Madrid el día 12 de febrero de 1837, anterior con tres al del entierro de Larra, cuyos pormenores quedarán para una siguiente carta, a la cual sirve de preliminar ésta de su afectísimo y agradecido amigo.

IV

Comienzo a apercibirme, mi buen amigo Sr. Velarde, de que es más difícil de lo que creí la tarea que me he impuesto ahora, y de que hemos andado poco acertados en dar publicidad a estas mis cartas. Aglomeránse en mi memoria, según las voy escribiendo, tantos pormenores, imposibles de suprimir si he de hacerme comprender; pasábanme tantas y tales cosas, y pasaba yo por tales y tan estrechos pasos y pasadizos en los días de la muerte y del entierro de Larra, que me temo que ni la benevolencia del director y de la redacción de *El Imparcial* para conmigo, ni la paciencia de sus lectores, quieran pasarme el importuno relato de tan íntimos y personales recuerdos. Mas como quiera que ya es tarde para volverme atrás, voy a pasar a la carrera por sobre todos estos tan resbaladizos pasos; e imponiéndome esta tarea como una penitencia pública, seré claro y sincero en mi narración, para que mi claridad y sinceridad prueben a lo menos lealtad y modestia: probando que en la altura a que me ha elevado el favor público, no he perdido nunca de vista ni la nada en que yo nací, ni el polvo de que aquél me levantó.

Sigo, pues, adelante con mis recuerdos.

Habiase venido a Madrid, siguiendo mi mal ejemplo, mi grande amigo Miguel de los Santos Álvarez, en cuya casa pasé la noche que en Valladolid me detuve en mi fuga de la mía paterna, y único confidente de los secretos de mi corazón. Llevaba yo en estos dos afanes y dos esperanzas, que en un solo afán y en una esperanza sola se confundían: mi primer amor a una mujer, y la esperanza de conseguirla, y el amor a mi padre y la esperanza de sepultar su enojo bajo una montaña de laureles. Soñaba yo con una fama

y una gloria tales, que obligaran a aquella mujer y a mi padre a tenderme sus brazos a un tiempo, asombrados y deslumbrados por el resplandor de mi nombradía. ¿Quién no delira a los diez y nueve años?

Álvarez estaba en Madrid con consentimiento de su familia hacía muy pocos días, y yo pasaba las noches en la bohardilla de mi pobre cestero; las mañanas en el hospedaje de Álvarez, el centro de los días en la Biblioteca Nacional, y las tardes y primeras horas de la noche vagando con Álvarez por las calles de la corte, como golondrinas nuevas que buscan por vez primera sitio en que colgar su nido en una tierra desconocida.

Y aconteció que entre las personas con quienes un día tropezamos en la Biblioteca, acertó a ser una la de un italiano al servicio del infante Don Sebastián, llamado Joaquín Massard, quien con un su hermano Federico andaba bien admitido por las tertulias y reuniones, que con su canto y alegre carácter amenizaban; el Joaquín y el Federico poseían dos deliciosas voces, de tenor el uno y de barítono el otro. Abordónos Joaquín Massard, que por Pedro Madrazo nos conocía, y nos dió de repente la noticia de que Larra se había suicidado al anochecer del día anterior. Dejónos estupefactos semejante noticia, y asombróle a él que ignorásemos lo que todo Madrid sabía, e invitónos a ir con él a ver el cadáver de Larra depositado en la bóveda de Santiago. Aceptamos y fuimos. Massard conocía a todo el mundo y tenía entrada en todas partes. Bajamos a la bóveda, contemplamos al muerto, a quien yo veía por primera vez, a todo nuestro despaño, admirándonos la casi imperceptible huella que había dejado junto a su oreja derecha la bala que le dió muerte; cortóle Álvarez un mechón de cabellos y volvímonos a la Biblioteca, bajo la impresión indefinible que dejaban en nosotros la vista de tal cadáver y el relato de tal suceso.

Aquí tengo que advertir a usted, mi querido Velarde, que no volvíamos a la Biblioteca por nuestro afán de estudiar, sino porque siendo el hospedaje de Álvarez y la bohardilla de mi cestero estancias muy poco agradables para pasar el día, y estando la Biblioteca muy bien esterada y caldeada, pasábamos en ella todas las horas que estaba abierta, como hidalgos poco acomodados, en el abrigado alcázar de un opulento amigo que generosamente a los suyos lo franqueara.

A nuestra vuelta halléme allí con un condiscípulo del colegio, quien enterado de mi posición, me dió una carta para su hermano D. Antonio María Segovia, propietario y director de *El Mundo*; uno de los periódicos mejor escritos que en Madrid se han publicado, rebosando de ingenio y de oportunísima vis cómica. En aquella carta pedía para mí a su hermano, mi condiscípulo, la plaza de un empleado que acababa de despedirse, diciéndole quién yo era, la educación que había recibido, y lo útil que yo podía ser, atendida la módica retribución del empleo que para mí solicitaba. Mi ambición era llegar a ser periodista, llegar a firmar el folletín de un periódico que llegase a manos de mi padre; tomé, pues, la carta de mi condiscípulo, y metiéndola en la cartera del capitán Antonio Madera (otro condiscípulo nuestro), la cual no sé ya por qué llevaba yo en el bolsillo, creí meter en ella mi fortuna.

Joaquín Massard, que en todo pensaba y de todo sacaba partido, me dijo al salir:

—Se por Pedro Madrazo que usted hace versos.

—Sí, señor; le respondí.

—¿Querría usted hacer unos a Larra?, repuso, entablando su cuestión sin rodeos; y viéndome vacilar, añadió: «yo los haría insertar en un periódico, y tal vez pudieran valer algo. Ocurrióme a mí lo poco que me valdrían con mi padre, desterrado y realista, unos versos hechos a un hombre tan de progreso y de tal manera muerto; y dije a Massard que yo haría los versos, pero que él los firmaría. Avínose él, y convíneme yo; prometíselos para la mañana siguiente, a las doce, en la Biblioteca; y despidiéndonos a

sus puertas, echó Massard hacia la plazuela del Cordón, donde moraba, y Álvarez y yo por la cuesta de Santo Domingo a vagar como de costumbre. Pensé yo al anocheecer en los prometidos versos, y fuíme temprano al zaquizamí, donde mi cesterero me albergaba con su mujer y dos chicos, que eran tres harpías de tres distintas edades. No me acuerdo si cenamos: pero después de acostados, metíme yo en mi mechinal, con una vela que a propósito había comprado.

En aquella casa no se sabía lo que era papel, pluma ni tinta; pero había mimbres puestos en tinte azul, y tenía yo en mi bolsillo la cartera del capitán con su libro de memorias. Hice un kalam de un mimbre, como lo hacen los árabes de un carrizo, y tomando por tinta el tinte azul en que los mimbres se teñían...

He aquí, Sr. Velarde, cómo se hicieron aquellos versos, cuya copia trasladé a un papel en casa de Miguel Álvarez de la mañana siguiente, y partí a entregar mi carta al director de *El Mundo*.

Salió a recibirme a una antecámara: presentéle la carta, y mientras la leía, penetraron mis ojos indiscretos en el aposento inmediato, cuya puerta había dejado él abierta. Parecióme a mí la de un paraíso: una mujer pequeña y fina, esbelta y ondulosa como una garza, con una cabellera como los arcángeles de Guido Reni y con dos ojos limpidos y serenos como los de las gacelas, esperaba reclinada en un mueble a que su marido concluyera con el importuno que había venido a separarle de ella. Cuando aquél me dijo, con los más atentos modales, que sentía no necesitarme, porque acababa de dar a otro la plaza que su hermano le pedía, me marché cabizbajo y cariacontecido, pero convenido perfectamente de que un hombre que tenía aquella mujer no debía necesitar de mí ni de nadie, y di conmigo en la Biblioteca. No estaba ya en ella Joaquín Massard, pero me había dejado una tarjeta, en la que me decía: «Puede usted traerme los versos a casa, a las tres? Comerá usted con nosotros.»

A los tres cuartos para las tres eché hacia la plaza del Cordón; los Massard habían comido a las dos: la hora del entierro, que era la de las cinco, se había adelantado a la de las cuatro. Los Massard me dieron café; Joaquín recogió mis versos y salimos para Santiago. La iglesia estaba llena de gente; hallábanse en ella todos los escritores de Madrid, menos Espronceda, que estaba enfermo. Massard me presentó a García Gutiérrez, que me dió la mano y me recibió como se recibe en tales casos a los desconocidos. Yo me quedé con su mano entre las mías, embelesado ante el autor de *El Trovador*, y creo que iba a arrodillarme para adorarle, mientras él miraba con asombro mi larga melená y el más largo levitón, en que llevaba yo enfundada mi pálida y exigua personalidad.

El repentino y general movimiento de la gente nos separó; avanzó el féretro hacia la puerta; ordenóse la comitiva; ingiríome Joaquín Massard en la fila derecha, y en dos larguísimas de innumerables enlutados nos dirigimos por la calle Mayor y la de la Montera al cementerio de la Puerta de Fuencarral.

Mohino y desalentado caminaba yo, poniendo entre los días nefastos aquel aciago en que me habían negado una plaza en *El Mundo*, había llegado tarde a la mesa, y en que iba, por fin, ayuno, a enterrar a un hombre, cuyo talento reconocía, pero que no entraba en la trinidad que yo adoraba, y que componían Espronceda, García Gutiérrez y Hartzenbusch. Parecíame que con aquel muerto iba a enterrarse mi esperanza, y que nunca iba yo a tener un papel en que enviar impresos mis delirios a la mujer a quien había pedido un año de plazo para pasar de crisálida a mariposa, ni mis versos laureados al padre a quien con ellos había esperado glorificar. Así, el más triste de los que íbamos en aquel entierro, marchaba yo en él, envuelto en un *surlout* de Jacinto Salas, llevando bajo él un pantalón de Fernando de la Vera, un chaleco de abrigo de su primo Pepe Mateos, una gran corbata de un fachendoso primo mío y un sombrero y unas

botas de no recuerdo quiénes; llevando únicamente propios conmigo mis negros pensamientos, mis negras pesadumbres y mi negra y larguísima cabellera.

Llevaba yo, y veníanme, sin embargo, todas aquellas ajenas prendas como si para mí hubieran sido hechas; y traídas, pero no maltratadas, no revelaban que su portador salía con ellas bien cepilladas del alto zaquizamí de mi hospitalario cesterero.

Llegamos al cementerio: pusieron en tierra el féretro y a la vista el cadáver; y como se trataba del primer suicida a quien la revolución abría las puertas del campo santo, tratábase de dar a la ceremonia fúnebre la mayor pompa mundana que fuera capaz de prestarla el elemento laico, como primera protesta contra las viejas preocupaciones que venía a desenrocar la revolución. D. Mariano Roca de Togores, que aún no era el marqués de Molins, y que ya figuraba entre la juventud ilustrada, levantó el primero la voz en pro del narrador ameno del *Doncel de Don Enrique*, del dramático creador del enamorado *Macías*, del hablista correcto, del inexorable crítico y del desventurado amador. El concurso inmenso que llenaba el cementerio, quedó profundamente conmovido con las palabras del Sr. Roca de Togores, y dejó aquel funeral escenario ante un público preparado para la escena imprevista que iba en él a representarse. Tengo una idea confusa de que hablaron, leyeron y dijeron versos algunos otros: confundió en este recuerdo al conde de las Navas, a Pepe Díaz..., no sé..., pero era cuestión de prolongar y dar importancia al acto, que no fué breve. Íbase ya, por fin, a cerrar la caja, para dar tierra al cadáver, cuando Joaquín Massard, que siempre estaba en todo y no era hombre de perder jamás una ocasión, no atreviéndose, sin embargo, a leer mis escritos con su acento italiano, metióse entre los que presidían la ceremonia, advirtiéndoles de que aún había otros versos que leer, y como me había llevado por delante, hizome audazmente llegar hasta la primera fila, púsome entre las manos la desde entonces famosa cartera del capitán, y halléme yo repentina e inconscientemente a la vera del muerto, y cara a cara con los vivos.

El silencio era absoluto: el público, el más a propósito y el mejor preparado; la escena solemne y la ocasión sin par. Tenía yo entonces una voz juvenil, fresca y argentadamente timbrada, y una manera nunca oída de recitar, y rompí a leer..., pero según iba leyendo aquellos mis tan mal hilvanados versos, iba leyendo en los semblantes de los que absortos me rodeaban, el asombro que mi aparición y mi voz les causaba. Imaginéme que Dios me deparaba aquel extraño escenario, aquel auditorio tan unísono con mi palabra, y aquella ocasión tan propicia y excepcional, para que antes del año realizase yo mis dos irrealizables delirios: creí ya imposible que mi padre y mi amada no oyese la voz de mi fama, cuyas alas veía yo levantarse desde aquel cementerio, y vi el porvenir luminoso y el cielo abierto... y se me embargó la voz y se arrasaron mis ojos en lágrimas... y Roca de Togores, junto a quien me hallaba, concluyó de leer mis versos; y mientras él leía... ¡ay de mí!, perdónenme el muerto y los vivos que de aquel auditorio queden, yo ya no los veía; mientras mi pañuelo cubría mis ojos, mi espíritu había ido a llamar a las puertas de una casa de Lerma, donde ya no estaban mis perseguidos padres, y a los cristales de la ventana de una blanca alquería escondida entre verdes olmos, en donde ya no estaba tampoco la que ya me había vendido.

¡Feliz aquel cuyo primer amor se malogra! ¡Desventurado aquel cuyo primer delito es una rebelión contra la autoridad paterna! Al primero le abre Dios el paraíso terrenal: del segundo no deja que repose la conciencia.

Cuando, volviendo de aquel éxtasis, aparté el pañuelo de mis ojos, el polvo de Larra había ya entrado en el seno de la madre tierra; y la multitud de amigos y conocidos que me abrazaban no tuvieron gran dificultad en explicar quién era el hijo de un magistrado tan conocido en Madrid como mi padre.

Pero, ¿sabe usted, mi buen Velarde, quién era entonces, lo que valía y cómo y por quién llegó a ser famoso su agracido amigo?

La importuna pregunta con que concluí mi artículo-carta del lunes 20 de octubre, me obliga a dirigirle a usted ésta, mi estimado Sr. Velarde:

Tal vez enoja a usted ya, mi querido poeta, el verse tomado en pluma, que no puede aquí, a mi ver, decirse en boca, por un viejo impertinente que se empeña en contarle sus necesidades de muchacho; pero disimule usted tal impertinencia, porque tiene sólo por móvil mi gratitud a usted por su artículo del lunes 29 de septiembre, con el cual motivó usted la publicación de estas mis cartas. Usted pertenece al porvenir, y mira naturalmente hacia adelante; al mirar yo hacia atrás, porque pertenezco al tiempo viejo, al relatar a usted lo que en él fui, tenga usted presente que no pretendo servirle a usted de ejemplo, sino de escarmiento; puesto que, viviendo yo hoy persuadido de que el porvenir le guarda a usted un muy elevado lugar en la república de las letras, quisiera yo, por la mucha estima en que le tengo, que las suyas le dieran tanta fama como a mí las mías, pero que le fueran de más utilidad y provecho. Por eso no más, voy a decir a usted lo más sucintamente posible, quién era, lo que valía y cómo y por quién llegó yo a ser tan famoso en aquel viejo tiempo, cuyos recuerdos me complazco ahora en evocar, no quiera Dios que con hastío o impaciencia de usted y de los suscriptores de *El Imparcial*,

No teman éstos, y sea esto advertido de paso, que llene yo sus columnas con los insignificantes y poco trascendentales sucesos de mi vida. A mí, que no he ocupado jamás ningún cargo público, que no he sido ni embajador, ni ministro, ni siquiera individuo de Corporación ni Academia alguna, jamás me ha sucedido nada que sea digno de ser sabido, ni menos contado; ni me acosa tampoco vanidad tal ni tal comeción de bombo, que intente no dejar pasar un lunes sin hablar de mí mismo, para que no me olviden mis contemporáneos, ni se den los venideros de calabazadas por mis estupendas fechorías. Para que mis contemporáneos no me olviden, basta ese bravucón inocente y desvergonzado perdonavidas llamado *D. Juan Tenorio*, que está encargado, contra mi voluntad y por la del pueblo español, de no dejarme olvidar en España; y con decir de este drama mío y del *Zapatero y el Rey*, cómo y por qué fueron escritos y cómo y por quién fueron y son hoy representados, pienso dar fin a estos mis recuerdos del tiempo viejo; y si quiera sea con pesadumbre de algunos, y desengaño de muchos, será también con honrado cumplimiento del deber mío y descargo de mi conciencia.

Continúo, pues, mi relato, tomándolo en el mismo cementerio de Fuencarral, donde lo dejé.

Rompiendo por entre los amigos que me abrazaban, los entusiastas que me felicitaban y los curiosos que absortos me contemplaban, enfundado en mi gran *surtout* de Jacinto Salas y circundado por mi flotante melena, un mancebo pálido y aguileño, de resueltos modales y de atrevida y casi insolente mirada, me asió cariñosamente de las manos, diciéndome: «Tenga usted la bondad de venirse conmigo, para presentarle a dos personas que desean conocerle.» Seguíle, y sacándome de aquella confusión, me hizo subir a una cómoda y elegante carretela, cuyos dos asientos, uno del fondo y otro de adelante, estaban ocupados por dos individuos del sexo feo, cuya fisonomía no podía yo ver ya bien, porque ya era casi de noche. Saludáronme y correspondíles; colocáronme en el asiento de honor; colocóse mi presentador en frente de mí; cerró el lacayo la portezuela, y a la voz del de mi izquierda, que dijo: «Calle de la Reina», salieron a un

resueltísimo trote las dos poderosas yeguas que nos arrastraban: y, como dicen los mexicanos, «de las vidas arrastradas, la mejor es la del coche», y aquella carretela inglesa estaba maestramente montada sobre sus muelles. Hablábanme dos, de los tres con quienes en ella iba, y contestábales yo, sin recordar ya de lo que hablamos, y sin saber entonces con quiénes, en la semi-oscuridad crepuscular.

La dirección dada a la calle de la Reina, era a la fonda de Genyes, que era entonces lo que hoy Fornos y Lhardy; de donde yo deduje que mis nuevos amigos moraban ó comían en ella habitualmente, puesto que el nombre de la calle había bastado al cochero para sentar en firme sus yeguas a la puerta de la fonda. En un gabinete estaba preparada una mesa con tres cubiertos; añadieron el cuarto para mí; desembarazáronse ellos de sus abrigoes exteriores, quedándome yo con el mío por razones que no son del caso; sentámonos a la mesa y presentóme mi presentador a mis comensales. El de mi derecha era Buchental, llegado a Madrid hacía pocos meses; nuestro anfitrión era un rubio como de cuarenta años, de amenísima conversación, con la cual demostraba que había viajado mucho, de cuyo nombre no me he podido volver a acordar, a quien no he vuelto a ver más y por quien no tuve después ocasión de preguntar a mi resuelto y aguilón presentador: que era ni más ni menos que Luis González Brabo, antes de ser diputado, embajador y ministro. Desde aquella tarde fué para mí Luis, como yo para él fui Pepe; la suya fué la primera mano en que me apoyé para poner mi pie derecho en el primer escalón del efímero alcázar de mi fama; y desde entonces, no he tenido un más bravo amigo que González Brabo. No era por entonces más que *tijera* en no recuerdo qué periódico; pero según fué ascendiendo por la escala de la fortuna, se volvió a mí desde cada peldaño que subía, a tenderme aquella misma mano con que me sacó del cementerio; pero mi objetivo, como hoy se dice, no era la política, y con tanta pena suya como desdén mío, le dejé snbir solo. Ignoro lo que fué Luis Brabo social ó políticamente considerado, porque he vivido veinte años fuera de España y once en América, sin correspondencia con Europa; cuando volví a Madrid, en 1866, era presidente del Consejo de Ministros y decían que tenía la nación en sus manos; pero para mí fué el mismo Luis Brabo, que me la tendió como en 1837; el primer amigo del poeta Zorrilla.

Aquí dirá usted, mi querido poeta Velarde: ¿cómo el primero? ¿Pues y los Villa-Hermosa y los Madrazo, y Assas y Miguel Álvarez y Fernando de la Vera, sus condiscípulos de Universidad y del Seminario? ¿Y Joaquín Massard y Roca de Togores, cuyas manos tomaron de las de usted los versos que le abrieron las puertas de la sociedad y le dieron la nombradía? Los Villa-Hermosa, los Madrazo, Álvarez y de la Vera, eran los amigos de mi niñez: los del estudiante y del condiscípulo; los amigos cariñosos, casi hermanos, del manco que iba a ser hombre; la casualidad llevó a Massard a la Biblioteca y me puso al lado de Roca de Togores en el cementerio; pero Luis Brabo buscó el primero al poeta y no abandonó jamás al amigo. La primera obligación del narrador es ser verídico: la del hombre bien nacido, la de ser justo; la del hombre noble, ser agradecido. Desde la fonda me llevó Luis Brabo, orgulloso de llevarme, al café del Príncipe, donde hallé a Bretón, a Ventura, a Gil y Zárate, a García Gutiérrez, que me reconoció y con quien trabé pronto amistad; al buen Hartzenbusch, a quien quise desde aquella noche como a un hermano mayor, y que fué parte y testigo de sucesos íntimos y posteriores de mi vida, y, en fin, a la mayor parte de los que por entonces figuraban en las letras y en las artes.

No sé quién me llevó, a las diez, a casa de Donoso Cortés, que aún no era el marqués de Valdegamas; allí encontré a Nicomedes Pastor Díaz y a D. Joaquín Francisco Pacheco, quienes, con el conocido jurisconsulto Pérez Hernández, estaban tratando de publicar su periódico *El Porvenir*. Preguntáronme mil cosas; examináronme, sin que de ello

me apercibiera, de lo que había aprendido en el colegio; indagaron lo que había leído, lo que me había propuesto. Yo era un chico, no cumplí veinte años hasta cuatro días después del de la muerte de Larra: estaba animado por el éxito de aquella tarde y por los plácemes y aplausos que acababa de recibir en el café del Príncipe; recitéles mi destartada composición «A Venecia», el romancillo de unos Gomeles que corrían por la vega de Granada, y unas redondillas a una dueña de negra toca y monjil morado, que sea dicho de paso y con perdón de mis admiradores, pero en Dios y en mi ánima creo que no sabía yo entonces lo que era monjil, según el color morado episcopal de que le teñí. Donoso y sus amigos debieron apercibirse de mi poco saber; pero se fascinaron con las circunstancias fantásticas de mi aparición, y con la excentricidad de mi nuevo género de poesía y de mi nueva manera de leer, y me ofrecieron el folletín de *El Porvenir* con 600 reales mensuales; único sueldo que en este periódico se debía de pagar, porque iban a escribirle sin interés de lucro, en pro de su política comunión. Diéronme a traducir para el periódico uno de los infantiles cuentos de Hoffmann, y a las doce me llevó Pastor Díaz consigo a su casa. Pastor Díaz, cuya alma de niño simpatizó con la ignara candidez de la mía, me entretuvo hasta muy avanzada hora, desde la cual hasta la de su muerte, me tuvo el más fraternal cariño.

No era ya aquélla la de volver a recogerme a la bohardilla del cestero, y... a pesar del frío, vagué por las calles hasta el nuevo día, abrigado interiormente con el champagne y el café de mi generoso y desconocido anfitrión, y exteriormente, sostenido con la esperanza y las ilusiones de mis aún no cumplidos veinte años.

No recuerdo ya donde me amaneció; pero a las ocho estaba ya a la cabecera de la cama de Álvarez, contándole mis venturas del día anterior; de las cuales nada sabía, no habiéndole yo podido buscar desde que hacía veinte horas me había separado de él, para ir a llevar mi carta a *El Mundo* y mis versos a Massard. Asombróme primero lo sucedido; alegróme después; lloramos, reímos, ayudéle a vestir, y saltamos y cantamos alrededor del chocolate como los indios de Fenimore-Cooper alrededor del postre de la guerra; la patrona creyó que nos había caído la lotería.

Como si tal nos hubiera acontecido, nos echamos a la calle y comenzamos a dar fin a los pocos duros que le quedaban a Álvarez; declarámonos los dos modernos Píldes y Orestes; presentéle yo a cuantos me presentaron; presentóme él a la que después fué mi mujer, y cuando llegaron a nuestras manos mis primeros treinta duros de *El Porvenir*, de Donoso, nos creímos dueños del Universo.

VI

Como el relato de las muchachadas de ambos no entra por nada en la explicación de mis preguntas finales en el artículo del lunes último, voy adelante con mis desatinos personales. Escribí muchos en *El Porvenir*: a Cervantes y a Calderón, cuantos pudieron ocurrírseme, y a la luna de enero, donde dije que el cielo era ojo de la eternidad y la luna su pupila; escribí, en fin, los suficientes para impacientar a cuantos tenían sentido común y estudios, y gusto en las bellas letras; pero Nicomedes y Donoso seguían sosteniéndome y animándome, y yo seguí asombrando al público con la multitud de mis poéticos engendros.

Una noche me encontré al volver a mi casa de pupilaje, una carta de D. José García Villalta, que decía: «Muy señor mío: he tomado la dirección de *El Español*, periódico cuyas columnas surtía Larra con sus artículos: pues la muerte se llevó al crítico dejándonos al poeta, entiendo que éste debe de suceder a aquél en la redacción de *El Español*. Sirvase

usted, pues, pasar por esta su casa, calle de la Reina, esquina a la de las Torres, para acordar las bases de su contrato. Suyo, afectísimo, *J. G. de Villalta.*

Era éste el autor de *El golpe en vago*, la novela mejor escrita de las de la colección primera del editor Delgado. Tenfale yo en mucho desde que la había leído, y las relaciones entabladas con el hombre acrecentaron mi respeto y mi estimación hacia el escritor. Villalta era un hombre de mucho mundo y de un profundo conocimiento del corazón humano: de una constitución vigorosa, con una cabeza perfectamente colocada sobre sus hombros; de una fisonomía atractiva y simpática, con una boca fresca, cuya sonrisa dejaba ver la dentadura más igual y limpia del mundo. Su cabellera escasa era rubia y rizada, y no he podido nunca explicarme el por qué su busto, abultado de contornos, me recordaba el olímpico busto de Nerón, pero del Nerón poeta y gladiador en su viaje a Grecia: el Nerón que ponía fuego a dos viejos barrios de Roma para obligar al municipio republicano a construir otro nuevo, tan suntuoso como la mansión palatina que él junto a lo incendiado habitaba. Yo tengo a Nerón por un emperador muy calumniado; y desde que he vivido en Roma, estoy convencido de que hizo bien en quemar lo que quemó, para que se construyera lo que se construyó; y a este Nerón que yo me figuro, es el Nerón a quien me figuraba yo que se parecía Villalta.

El hecho es que Villalta era todo un hombre: sobrio y diligente, pero gracioso y amabilísimo; como andaluz de la buena raza, su trato era fascinador; y en cinco minutos hizo de mí lo que le convino en nuestra primera entrevista; el cuarto en que ésta pasó, influyó sin duda en mi aceptación. Era una sala grande cuadrada, en cuyas blancas paredes no tenía Villalta más adornos que dos espadas de combate, dos sables de academia de armas y un magnífico par de pistolas. Una grandísima mesa de despacho, cargada de papeles, estaba entre él y yo, y por una puerta entreabierta se veía en el inmediato aposento el baño del que acababa de salir.

Vió Villalta que no era yo hombre de abandonar a Donoso y a Pastor Díaz, sin una grave razón, y me dió una carta para ellos, en la que les decía las proposiciones que me había hecho y las razones que yo le daba. *El Porvenir* tenía apenas suscripción, y *El Español* la tenía numerosa. Si me querían bien, debían dejarle dar a mis versos la más lata publicidad, etc.

Ofrecíame un sueldo con que no había yo contado nunca, y que entonces creo que no sabía contar en moneda efectiva: pagarme aparte las poesías del número de los domingos, que era una revista de mayor tamaño; la colaboración en el folletín con Espronceda, convaliente ya de una larga enfermedad, y mi presentación inmediata en su casa por él en persona. Espronceda era el ídolo de mis creencias literarias. Donoso y Pastor Díaz me autorizaron, abrazándome, para abandonarles, y me pasé al campo de Villalta sin traición ni villanía.

Continué en él publicando centenares de versos, entre los cuales había algunos chispazos de ingenio que hacían, por efecto de la moda, no parar mientes en mis infinitos y excéntricos disparates. Es verdad que contribuían a darlos boga las lecturas que de ellos hacía en los salones del Liceo, en el palacio de los duques de Villahermosa, quienes, ausentes de Madrid a la sazón, se los habían cedido a aquella sociedad literaria y artística. Era el Liceo... Pero ya ha dicho lo que era, en *La Ilustración*, el ameno *Curioso parlante* don Ramón de Mesonero Romanos; y ante él arría bandera quien en su juventud supo aprovecharse de su picante y donosa crítica, y hoy se complace en hallar una ocasión de darle una prueba pública de consideración y respeto. Allí, en el Liceo, reñí yo y gané grandes batallas, y cobré fama de gran lector; allí ayudé a subir a la tribuna y entrar en la palestra literaria a Rodríguez Rubí, con su precioso romance de la venta del jaco; allí coroné una noche a Carolina Conrado y presenté una

mañana a Gertrudis Avellaneda; allí... pero lo que sucedió allí lo sabe todo el mundo, y lo que no sepa se lo dirá mejor que yo el *Curioso Parlante*.

Ya se lo ha dicho en *La Ilustración* del 22 de octubre; «de allí salieron los que allí figuraron después como ministros, embajadores, consejeros, senadores, diputados y publicistas, alternando en diversos bandos y épocas, según la marcha de los sucesos; y sólo Zorrilla y el que esto escribe se obstinaron en conservar su independencia y su nombre exclusivamente literario, sin aspirar a su engrandecimiento por otros caminos; con la circunstancia en pro de Zorrilla de que a mí sólo me faltaba la ambición, y a Zorrilla le faltaban la ambición y la fortuna». Esto dice D. Ramón de Mesonero Romanos, y Dios le bendiga, como yo le agradezco, que lo haya dicho.

Lo que no dice y le voy a decir yo a usted, mi querido Velarde, es cómo éste a quien llama ilustre, corriendo quiétescamente tras de ideales fantásticos, no era en la vida social ni en la literaria más que un tonto y un ingrato.

VII

Lenta y perezosa carrera llevó mi correspondencia epistolar con usted; mi querido poeta, interrumpida dos veces por versos que no pudieron menos de ser en su lugar publicados: atañendo ambas a asuntos tan perentorios y tan de actualidad, como el de las inundaciones y el de mi escaso beneficio (*). Concluyo, pues, con las noticias que de mí me propuse dar a usted; y Dios haga que la gente de hoy vea bajo su verdadero punto de vista, y tome en su sentido verdadero, lo que de mí resta que decirle.

Una tarde me dijo Villalta: «esta noche iremos a casa de Espronceda, que ya desea ver a usted». Figúrese usted que un creyente hubiera enviado por escrito su confesión al Papa, y que Su Santidad le hubiera contestado: «venga usted esta noche por la absolución o la penitencia»; ésta fué mi situación desde las cuatro de la tarde, hora en que Villalta me anunció tal visita, hasta las nueve de la noche, hora en que se verificó. Yo creía, yo idolatraba en Espronceda. Si aquel oráculo divino a quien yo iba a consultar, desaprobaba mis versos, si aquel idolo a cuyos pies iba yo a postrarme desdeñaba mi homenaje, no tenía más remedio que irme a buscar a mi padre a la corte de Oñate, y suplicarle conitro que me matriculase en la Universidad de Vergara.

Villalta leyó, sonriendo, en mi fisonomía lo que pasaba en mi interior; y me condujo en silencio a la calle de San Miguel, número 4. Espronceda estaba ya convaleciente, pero aún tenía que acostarse al anochecer. Introdújome Villalta en su alcoba, y diciendo sencillamente «aquí tiene usted a Zorrilla», me empujó paternalmente hacia el lecho en que estaba incorporado Espronceda. Yo, me encontrando una palabra que decir, sentí brotar las lágrimas de mis ojos, los brazos de Espronceda en mi cuello, sus labios en mi frente, y su voz que decía a Villalta, «es un niño».

Hubo un minuto de silencio, del cual no he sabido nunca hacer un poema: Villalta se despidió y nos dejó solos; de la conversación que siguió... no me acuerdo ya: al cabo de media hora nos tuteábamos Espronceda y yo, como si hiciera veinte años que nos conociéramos; pero la luz que estaba en el gabinete no iluminaba la alcoba, en cuya penumbra no había yo todavía visto a Espronceda; «no te veo», le dije; «¿pues trae la luz», me respondió; y trayendo yo la bujía, le contemplé por primera vez, como a la primera querida que me hubiera dado un beso a oscuras.

La cabeza de Espronceda rebosaba carácter y originalidad. Su cara, pálida por la enfermedad, estaba coronada por una cabellera negra, riza y sedosa, dividida por una

(*) Estas dos composiciones van en el apéndice de esta obra.

raya casi en el medio de la cabeza y ahuecada por ambos lados sobre dos orejas pequeñas y finas, cuyos lóbulos inferiores asomaban entre los rizos. Sus cejas negras, finas y rectas, doselaban sus ojos límpidos e inquietos, resguardados, como los del león, por riquísimas pestañas: el perfil de su nariz no era muy correcto, y su boca desdeñosa, cuyo labio inferior era algo aborbonado, estaba medio oculta en un fino bigote y una perilla unida a la barba, que se rizaba por ambos lados de la mandíbula inferior. Su frente era espaciosa y sin más rayas que la que de arriba abajo marcaba el fruncimiento de las cejas; su mirada era franca, y su risa, pronta y frecuente, no rompía jamás en descompuesta carcajada. Su cuello era vigoroso y sus manos finas, nerviosas y bien cuidadas. A mí me pareció una encarnación de Pindaro en Antinoo; de tal modo me fascinó su belleza varonil, su conversación animada y la alta inspiración de su poesía. Espronceda sabía más que la mayor parte de los que después de él hemos alcanzado reputación: discípulo de Lista, como Ventura de la Vega y Escosura, era buen latino y erudito humanista; pero empapado en la poesía inglesa de Shakespeare, Milton y Pope, era la personificación del elasicismo apóstata del Olimpo, y lanzado, Luzbel-poeta, en el infierno insondable y nuevamente abierto del romanticismo.

Espronceda era leal, generoso y bueno: la política y los amigos le dieron un carácter y una reputación ficticia, que jamás le pertenecieron; y las medianías vulgares le han calumniado después de su muerte, hasta atribuirle versos y libros infames, que jamás pensó en producir.

A la tercera visita que le hice de día, me cansé de la sociedad de sus amigos: no porque su conversación me espantara, sino porque no la comprendía; vivía yo dado a mi trabajo, y no conocía a nadie de los ni de las de quienes allí se hablaba. Una noche entré en su alcoba después de las doce: dolores articulares y escasez necesaria de nutrición teníanle a él desvelado, y a mí con pocas ganas de recogerme temprano la estrechez de mi pupilaje.

—Vengo a esta hora —le dije— porque es en la que no tienes amigos en tu casa.

—¿No te gustan mis amigos?

—No, señores y amigos buenos; pero yo quisiera que fueran otros, que me dieran para mí las más insoportables; ¡tardo tanto en conciliar el sueño!...

Hacia poco que le había abandonado Teresa: yo ni la conocía, ni aun tenía por entonces conocimiento de que existiese; yo no conocía de la vida de Espronceda más que sus escritos; yo adoraba al poeta, y aun no conocía del hombre ni siquiera la persona, puesto que no le veía más que en el lecho donde le retenía su enfermedad.

Seguí, pues, yendo a visitarle después de media noche. Y de aquellas conversaciones a solas con Espronceda sí que podría yo hacer un libro; pero hay libros que no deben ser leídos hasta cuarenta años después de escritos.

Espronceda y yo nos quisimos y nos estimamos siempre; pero nuestras diversas costumbres, aunque no las entibiaron, hicieron menos frecuentes nuestras relaciones. Yo deserté el primero del cafetín del teatro del Príncipe, en donde nos juntábamos, y me pasé al de Sólito, con los Gil y Zárata, G. Gutiérrez y otros, a quienes comenzó a importunar el elemento militar y político que se incrustó allí en el literario; y con motivo de mi primer matrimonio, del cual Espronceda no se atrevió a hablarme más que una vez, comprendió que el niño era ya hombre; y habiendo yo escrito *El Cristo de la Vega* y *Margarita la Tornera*, estimó al hombre como un hermano y al poeta como ingenio privilegiado que él era, y que no tenía nada que envidiar al mozo atrevido que osaba trepar a tientas al Parnaso.

Encerréme yo en mi casa y seguí produciendo libros: García Gutiérrez me dió la mano

para presentarme en la escena, o más bien, me sacó a ella en brazos, en un drama que escribimos juntos, y comencé la vida aislada y poco social que he llevado siempre. La gimnasia, que necesitaba mi sietemesina naturaleza, el tiro de pistola, que en tiempos tan revueltos no era inútil estudio, y los paseos a caballo por fuera de puertas, eran mis perennes entretenimientos; en medio de los cuales escribí once tomos de versos, de los cuales no he sabido jamás cuatro de memoria.

El Liceo concluyó entretanto, saliendo sus socios más notables para las embajadas, los Ministerios y los destinos más importantes de la nación: Mesonero Romano se fué a su casa, cargado de memorias, y yo a la mía de coronas de papel, recogidas en una función de obsequio que se me dió, y con un álbum en cuya primera hoja escribió S. M. la Reina Doña Isabel. Tal fué el fin y el fruto que yo saqué del Liceo.

Salustiano Olózaga, a quien había hecho emigrar mi padre cuando era superintendente general de policía, y que fué uno de mis mejores amigos, me ofreció la entrega de mis bienes paternos, que habían sido secuestrados; pero yo rehusé incautarme de ellos, creyendo que «pues había abandonado mi casa, había renunciado a mis derechos de hijo...». Olózaga vió que yo era un tonto; mi padre me lo dijo cuando volvió de su emigración, y yo lo creo ahora que lo escribo. Mi quijotesco modo de ver las cosas y mi caballeresco desprendimiento, no fué apreciado por nadie: mi padre me dijo que había hecho mal en no aprovechar mi favor en el partido liberal, sacrificio que yo creía muy agradable a su intransigencia realista; mi extrañamiento de la sociedad y mi vida oscura de diario trabajo, no me procuró más amigos que el público; y como todos no son nadie, no tuve más amigo que mi trabajo; y como corriendo los tiempos cambian las aficiones y las predilecciones sociales, yo gané mucha fama con dos o tres afortunadas obras, y llegué a la vejez como la cigarra de la fábula. Pero en mis famosas obras se revela la insensatez del muchacho falto de mundo y de ciencia, exento de todo sentido práctico, y jamás apoyado en principio alguno fijo.

Yo debía mi fama a mis inspiraciones románticas de Toledo.

Aquella gótica catedral, cuyas esculturas se habían levantado de sus sepulcros para venir a cruzar por mis romances y mis quintillas; aquel órgano y aquellas campanas que en ellos habían sonado; aquellos rosetones, capiteles y doseletes; aquellos claustros católicos, aquellas mezquitas moriscas; aquellas sinagogas judías, aquel río y aquellos puentes y aquellos alcázares que habían dado a mis *repiqueteados* y desiguales versos la vistosa apariencia de sus festoneadas labores de imaginaria y de crestería, no me habían merecido más que el desprecio de su antigüedad y la mofa de su perdida grandeza; y aquel pueblo, a cuyas costumbres, a cuyas tradiciones y a cuyas consejas debía yo todo el valor de mi poesía lírica y legendaria, no me mereció más que el epíteto de *imbécil*, en aquella estrofa, padrón de mi infamia:

Hoy sólo tiene el gigantesco nombre,

parodia con que cubre su vergüenza:

parodia vil en que adivina el hombre

lo que Toledo la opulenta fué.

Tiene un templo sumido en una hondura,

dos puentes, y entre ruinas y blasones,

un alcázar sentado en una altura

y un pueblo *imbécil* que vegeta al pie.

¿Concibe usted poeta más necio y más ingrato, mi querido Velarde? ¿Por qué llámé yo *imbécil* al pueblo de Toledo? ¿Porque era religioso y legendario, y pretendía yo echar-

melas de increíble y de volteriano? Pues entonces, ¿por qué seguía buscando fama y favor con mi poema de *Marta* y con el carácter religioso y creyente de todas mis obras? Porque el imbécil era yo; y gracias a Dios que me ha dado tiempo, juicio y valor civil para reconocer y confesar públicamente en mi vejez mi juvenil imbecilidad.

En cuanto a mi ingratitud... por más que me avergüence y me humille tal confesión, no quiero morir sin hacerla. La muerte de Larra fué el origen de mis versos leídos en el cementerio. Su cadáver llevó allí aquel público, dispuesto a ver en mí un genio salido del otro mundo a éste por el hoyo de su sepultura; sin las extrañas circunstancias de su muerte y de su entierro, hubiera yo quedado probablemente en la oscuridad, y tal vez muerto en la más abyecta miseria; y apenas me vi famoso, me descolgué diciendo un día:

Nací como una planta corrompida

al borde de la tumba de un malvado, etc.

He aquí un insensato que insulta a un muerto, a quien debe la vida; que intenta deshonrar la memoria del muerto a quien debe el vivir honrado y aplaudido. ¿Concibe usted, Sr. Velarde, un ente más ingrato ni más imbécil? Pues ese era yo en 1840; mezcla de incredulidad y superstición, ejemplar inconcebible de progresista retrógrado, que ignoraba, por lo visto, hasta la acepción de las palabras que escribía.

Han transcurrido treinta y nueve años: nadie ha venido jamás a pedirme cuenta de mis palabras, y aprovechó la primera, aunque tardía, ocasión que a la pluma se me viene, para dar a quien corresponde una satisfacción espontánea y jamás por nadie exigida; quiero decir: a los toledanos de hoy y a los hijos de Larra.

Y en estas últimas líneas, con las que con usted corto mi correspondencia, fundó yo más vanidad, mi querido Velarde, y espero que halle usted más motivo de estimación, que en los cuarenta tomos de versos que lleva escritos el autor de *D. Juan Tenorio*.

Abreviemos este relato, sobre el cual deseo pasar como sobre ascuas. Mis memorias son demasiado personales para inspirar interés, y demasiado íntimas para ser reveladas en vida: temo, además, que parezcan comenón de hablar de mí mismo, cuando siento un profundísimo anhelo y tengo perentoria necesidad de desaparecer de la escena literaria.

a vivir en el olvido

y a morir en paz con Dios.

Corramos, pues, cuatro años en cuatro líneas. Habíame hecho conocer como poeta lírico y como lector en el Liceo: el editor Delgado me compraba mis versos coleccionados en tomos, después de haber sido publicados en *El Español* y en otros periódicos; pero terminada la guerra carlista con el convenio de Vergara, emigró mi padre a Francia y era forzoso procurarle recursos. Acudí a mi editor D. Manuel Delgado, quien, a vueltas de larguísima e inútiles conversaciones, no me dejaba salir de su casa sin darme lo que le pedía; es decir, jamás me lo dió en su casa, sino que me lo envió siempre a la mañana siguiente del día en que se lo pedí: parecía que necesitaba algunas horas para despedirse del dinero, o que no quería dejarme ver que lo tenía en su casa, o que no era dueño de emplearle sin consulta o permiso previo de incógnitos asociados. Como quiera que fuere, comenzó a pasarme una mensualidad, de la cual enviaba parte a mi padre; pero era preciso trabajar mucho; y tan falto de ciencia como de tiempo,

continué produciendo tantas líneas diarias cuantos reales necesitaba, sin tiempo de pensar ni de corregir las banalidades que en ellas decía. Comprendiendo al fin que no era posible repicar y andar en la procesión; suprimí las amistades del café y las visitas de cumplimiento; y encerrándome en mi casa, cerré su puerta a los ociosos y a los gorristas; quedándome reducido a la cariñosa amistad de Pastor Díaz, a la protección incondicional de Donoso Cortés, y a la sociedad de G. Gutiérrez, a quien quise y quiero como a un hermano mayor, y a la de Fernando de la Vera, el corazón más leal y más constante de cuantos me han acordado su afecto y pasado cariñosamente por las desigualdades de mi carácter.

Años hemos pasado juntos y años sin vernos ni escribirnos; al volvernos a encontrar, Gutiérrez despliega la misma sonrisa semi seria con que nos despedimos hace treinta años, y Fernando de la Vera, de prodigiosa memoria, toma la conversación donde la dejamos hace veinte. Yo admiro y saboreo aún los versos de G. Gutiérrez, aunque ya él no me los lee, y Fernando de la Vera se admira de haber escrito los suyos, sin haber tenido jamás necesidad de escribirlos. Los Villa-Hermosa habían desaparecido de Madrid; y cuando yo leía mis versos en las sesiones del Liceo, en los salones de su palacio, esperaba siempre ver aparecer por detrás de algún tapiz la severa figura del viejo duque, que me perdonaba las muchachadas que le enojaron, o la pálida hermosura de la duquesa, que tengo aún en las pupilas como la imagen de la duquesa de quien habla Cervantes, o la faz, en fin, semi burlesca del actual duque, que venía a decirme: «Mira cómo te regocijas en mi casa, como si estuvieras en la tuya.» Los Madrazos se habían dividido en muchas familias, y Espronceda, entre sus ruidosos amigos, me llamaba el viejo de veinticuatro años.

Pero era preciso vivir, y para vivir era forzoso trabajar. La casualidad, que es la providencia de los españoles, y la debilidad de García Gutiérrez para conmigo, me abrieron campo más ancho, franqueándome la escena, cuando más necesitaba variar y acrecentar mis medios de acción y de subsistencia.

No recuerdo por qué ni cómo, porque aún no conocía el teatro por dentro, había quedado Madrid aquel verano sin compañía dramática alguna, ni por qué ni cómo andaban por las provincias Matilde, los Romeas y los empresarios habituales de sus coliseos: el hecho era que desde fines de mayo actuaba en el Príncipe una sociedad improvisada, bajo un programa tan modesto, que no anunciaba más pretensiones que la de no dejar al público de Madrid sin ningún espectáculo. Compañía la García Luna, Juan Lombía, Pedro López, Alverá, Bárbara y Teodora Lamadrid, la Llorente, la Puerta como graciosa, Azcona, Monreal y media docena de bailarinas. Luna y la Bárbara eran ya actores de reputación; Azcona y la Llorente eran resto de las buenas compañías de Grimaldi: Bretón no había aún escrito para Lombía *El pelo de la dehesa*, y no había tenido aún tiempo Teodora de abordar los grandes papeles. Una mañana de junio, miércoles antes de un *Corpus Christi*, pasaba yo por la calle Mayor, de vuelta de casa de Delgado, a quien no había podido ver; acordéme de que hacía más de un mes que no veía a G. Gutiérrez, que habitaba en un piso principal de los soportales, y me ocurrió verle y ver si él me procuraba el dinero que de Delgado no había obtenido. Colocaban los operarios del municipio el toldo para la procesión del día siguiente; y como yo anduviese por entonces muy dado a la gimnasia, para fortalecer el brazo izquierdo que me había roto de muchacho, y como dos cuerdas del toldo colgasen hasta la calle, aseguradas en el balcón de G. Gutiérrez, trepé a su aposento por tan inusitado camino, encontrándole todavía acostado, a pesar de ser cerca de mediodía. Nuestra conversación no fué muy larga.

—¿Qué tienes? ¿Por qué estás aún en la cama?

—Porque me aburro: y tú, ¿qué traes?

—Mohina por no haber encontrado a Delgado en casa.

—¿Necesitas dinero?

—¿Cuándo no?

—Pues dos días hace que estoy yo aquí discurrendo de dónde sacar dos mil reales.

—Pero, hombre, tú, con ofrecer una obra al teatro.

—No tengo más que medio acto de un drama.

—Pues yo te ayudaré; y haciendo en tres días tres actos cortos, yo me encargo de

sacarle a Delgado el precio del derecho de impresión, y tú puedes tomar los de representación de la compañía del Príncipe, que verá el cielo abierto de tener en junio un drama

del autor del *Trovador*.

Hice a Gutiérrez oferta tal, sin pesar más que mi buen deseo, y aceptóla él sin pensar

en mi inexperiencia del arte dramático, ni la distancia que entre él y yo mediaba.

Convinimos en que él me escribiría el plan de su obra y vendría a las cuatro a comer

con mi familia, para repartirnos el trabajo. Hizolo así Gutiérrez; leyóme las dos primeras

escenas que tenía escritas: tocóme a mí escribir el acto segundo, y nos despedimos

al anochecer para juntarnos el jueves a las cuatro, a examinar el trabajo por ambos

hecho en la noche. El jueves me trajo dos escenas más, y leíle yo todo el acto segundo.

Asombróme mi trabajo y exclamó:

—¡Demonio! ¿Cómo has hecho eso?

—Pues poniéndome a trabajar ayer en cuanto te fuiste, y no habiéndolo dejado ni

para dormir, ni para almorzar.

—Fuése picado, y concluyó su primer acto en aquella noche; el viernes concluimos cada

qual la mitad del tercero que le tocó: el sábado lo copió yo, el domingo lo presentó él al

teatro y cobró tres mil reales, y el lunes cobré yo otros tres mil de Delgado, y no siguió

aburriéndose García Gutiérrez, y envié yo a mi padre dos mensualidades, y ganosos los

actores de complacer al público, y éste de recompensarles su buena voluntad, se repre-

sentó y se aplaudió el drama *Juan Dándolo*; en cuyo apellido esdrújulo veneciano carga-

mos nosotros el acento en su segunda sílaba, por razones que no hay necesidad de aducir:

y cátenme ya autor dramático por gracia de García Gutiérrez, que me aceptó en él por

su colaborador.

—Mi innata e inconsciente audacia me arrastró a escribir inmediatamente mi *Cada cual*

con su razón, en cuya comedia atropellé la historia, clavándole a Felipe IV un hijo como

una banderilla; pero la limpia y armoniosa dición de Bárbara Lamadrid, la intenciona-

da representación de García Luna, el empeño de Lombía, el esmero de Alverá en ensa-

yar como profesor de esgrima el duelo a cuatro con espada y daga del primer acto, el

discreto galán de algunas escenas, y mi insolente fortuna sobre todo, hicieron parecer

un éxito la benevolencia del público con el atrevido mozalbete, autor de aquel afiligrana-

do desatino.

—A mí que las vendo, me dije: y a los dos meses presentó mis *Aventuras de una noche*,

comedia en la cual levanté un chichón histórico a don Pedro de Peralta y otro al príncipe

de Viana. Al infantil enredo de esta mi segunda comedia, dieron un alto relieve la

Bárbara y la Llorente; y a fin de año, di mi primera parte de *El Zapatero y el Rey*, en

cuyo drama hizo Luna maravillas, y yo una conjuración de muchachos de colegio, que

no hay narices con que admirar; pero en cuyo argumento hay realmente el germen de

un drama.

Desde aquella noche quedé, como un mal médico con título y facultades para matar,

por el dramaturgo más flamante de la romántica escuela, capaz de asesinar y de volver

locos en la escena a cuantos reyes cayeran al alcance de mi pluma. Dios me lo perdone:

pero así comencé yo el primer año de mi carrera dramática, con asombro de la crítica, atropello del buen gusto y comienzo de la descabellada escuela de los espectros y asesinatos históricos, bautizados con el nombre de dramas románticos.

Si entonces hubiera vuelto mi padre de la emigración, y él con su jubilación de consejero de Castilla (que más tarde le concedió S. M. la Reina Doña Isabel) y yo con el producto de mis leyendas, hubiéramos cuidado de nuestro solar y de nuestras viñas, habríamos ambos vivido en paz; habría él muerto tranquilo y sin deudas, y hubiérame yo ahorrado tantos tumbos por el mar y tantos tropezones por la tierra, acosado por la envidia y por las calumnias de los que codician una gloria que no es más que ruido y unas coronas de papel, bajo cuyas hojas sin savia vienen siempre millones de espinas, que bajan atravesando el cerebro a clavarse en el corazón de los que en España llegan a la celebridad literaria.

Pero mi padre, tenaz en sus opiniones, se obstinó en no acogerse a amnistía alguna; mi infeliz madre siguió oculta por las montañas, no queriendo ver ni aprovechar la tolerancia del progreso; y Lombía, al hacerse empresario del teatro de la Cruz, me ofreció un sueldo mensual por no escribir para el del Príncipe, a donde volvieron Matilde y Julián y ajustó a Carlos Latorre con la condición de que estrenara mi segunda parte de *El Zapatero y el Rey*, de la cual había yo hablado, como consecuencia del ensayo hecho en la primera.

Lombía, actor de ambición, empresario activo y espíritu tan malicioso como previsor, habiendo crecido en reputación con la ayuda de las obras de Bretón y de Hartzenbusch, sus amigos casi de infancia, no desaprovechó la doble ocasión, que a la mano se le vino, de interesar pecuniariamente en su empresa a Fagoaga, director entonces del Banco, y de ajustar en su compañía a Carlos Latorre, a quien Julián Romea, su discípulo, había desdeñado, dejándole sin ajuste en la suya del Príncipe. Latorre era el único actor trágico heredero de las tradiciones de Máiquez y educado en la buena escuela francesa de Talma. Su padre había sido alto empleado en Hacienda, intendente de una provincia, en tiempos anteriores; y Carlos, buen jinete, diestro en las armas y de gallarda y aventajada estatura, había sido paje del Rey José, y adquirido en Francia una educación y unos modales que le hacían modelo sobre la escena. Grimaldi, el director más inteligente que han tenido nuestros teatros, había amoldado sus formas clásicas y su mímica greco-francesa a las exigencias del teatro moderno, haciéndole representar el capitán Buridán de *Margarita de Borgoña* de una manera tan intachable como asombrosa y desacostumbrada en nuestro viejo teatro. Carlos Latorre no era ya joven, pero no era aún de desdenar, sobre todo si se le procuraba un repertorio nuevo, en cuyos nuevos papeles, obligándole a concluir de perder sus resabios de amaneramiento francés, se le abriese un nuevo campo en que desplegar sus inmensas facultades.

Lombía se apresuró a ajustarle en su compañía del teatro de la Cruz, en la renovación de cuyo escenario y decoración de cuya sala gastó cerca de cuarenta mil duros; y agregándose al erudito y estudioso galán Pedro Mate, a la Antera y a la Joaquina Baus, heredera ésta de los papeles del teatro antiguo de la Rita Luna, y hermosísima dama de *Lo cierto por lo dudoso*, y a las dos Lamadrid, Bárbara, ya acreditada, y Teodora, esperanza justa del porvenir, juntó una numerosa aunque algo heterogénea compañía, de la cual no supo sacar partido por dejarse llevar de su vanidad personal y de las miserables rencillas de bastidores, dividiéndola en dos y sacrificando una mitad en provecho de la otra.

Pero es larga materia, y merece número aparte.

IX

Hacia ya tres meses que había abierto Lombía el teatro de la Cruz, corregido y aumentado con un espacioso escenario y un nuevo telar que permitían poner en escena las obras que más aparato exigiesen; pero como dueño de su caballo, se había apeado por las orejas, y no había puesto más que obras, en las cuales, como en *El Cardenal y el judío*, se habían gastado muchos dineros a cambio de algunos silbidos y del desdén y la ausencia del público. Julián y Matilde con su compañía marchaban mientras tanto viento en popa, llevándose con justicia su favor y sus monedas al teatro del Príncipe. Lombía era un gracioso de buena ley y un característico de primer orden en especiales papeles; era uno de los actores más estudiosos y que más han hecho olvidar sus defectos físicos con el estudio y la observación. Su figura era un poco informe por su ninguna esbeltez y flexibilidad; su fisonomía inmóvil, de poca expresión; y sus piernas un si es no es zambas; cualidades personales, que, en lo gracioso y lo característico, le daban el sello especial del talento, pues se veía que luchando consigo mismo, de sí mismo triunfaba; pero le hacían desmerecer en los papeles y con los trajes de galán, cuya categoría tenía afán de asaltar, saliéndose de la suya, en la cual algunas veces era una verdadera notabilidad: como en D. Frutos de *El pelo de la dehesa*, en el Garabito de *La redoma encantada* y en el exclaustro D. Gabriel de *Lo de arriba abajo*. En tal empeño, y luchando desventajosamente con la competencia del Príncipe, llegó Lombía en el teatro de la Cruz a las fiestas de Navidad, habiendo agotado el bolsillo de Fagoaga y la paciencia del público.

Carlos Latorre y la parte de la compañía que en su género serio le secundaba, apenas había trabajado en unos cuantos dramas viejos, de los cuales estaba ya el público hastiado; y si la obra que en Navidad se estrenara no sacaba a flote la nave de la Cruz del bajo en que Lombía la había hecho encallar, tenía las noventa y nueve contra las ciento de naufragar antes de Reyes. Todos los autores de alguna reputación estaban con Romea; excepto yo, que tenía señalados, pero no los cobraba, mil quinientos reales mensuales por no escribir para el Príncipe, y la obligación de presentar un drama en septiembre y otro en enero. El 21 de septiembre había presentado la *Segunda parte del Zapatero y el Rey*; llegó, empero, el 23 de diciembre, y se puso en escena, con grandes esperanzas, una *Degollación de los inocentes*, arreglada del francés, y en la cual hacía Lombía el papel del rey Herodes. Fagoaga había consentido en suplir gastos y abonar sueldos hasta la primera representación de Nochebuena; pero los inocentes fueron degollados en silencio en el acto segundo, en medio de cuya degollina se presentó Lombía con el flotante manto y el tradicional timbal de macarrones en la cabeza, con el que solían representar a Herodes los pintores y escultores de imaginaria de la Edad Media; y el drama continuó arrastrándose penosamente hasta su final entre los aplausos de los amigos de la empresa, a quienes nos interesaba su porvenir, y la hilaridad del público de Nochebuena, que tomó en chunga a Herodes y a sus niños descabezados.

Entonces recordó la empresa que yo había cumplido mi contrato, y que mi rey Don Pedro descansaba en el archivo, y preguntó si habría medio de ponerle en escena con la rapidez que exigían las circunstancias, y como tabla de salvación del *Naufragio de la Medusa*, que había también naufragado antes del degollador Tetrarca Hierosolimita.

El pintor-maquinista Aranda, que era amigo mío, había armado y pintado en ratos perdidos, y con *palitos y tronchitos*, como se dice en lenguaje de bastidores, las decoraciones de mi drama: Latorre, Norén, Mate y la Teodora habían estudiado sus papeles, por no tener cosa mejor en que pasar su tiempo; de modo que con un poco de la buena

voluntad a que obliga la necesidad con su cara de hereje, el rey Don Pedro podía presentarse al público con tres ensayos y el paso de papeles. Pero había la dificultad de que el papel de zapatero requiera un primer actor, y Latorre y Mate se habían ya encargado de los del rey Don Pedro y del infante Don Enrique. Yo me fui derecho a Lombía, por consejo de Carlos Latorre, y le dije: que el papel de zapatero era el principal del drama, puesto que se titulaba *El Zapatero y el Rey* y no *El Rey y el Zapatero*; que los maldicientes malquerientes de la empresa, y nuestros enemigos naturales (que eran los del teatro del Príncipe), decían que no se atrevería nunca a presentarse en escena con Carlos Latorre, y que por eso había dividido en dos la compañía; que yo había escrito el papel de Blas expresamente para él, y que, finalmente, el único modo de salvar el teatro y mi drama, que tras de tantos tumbos y naufragios se iba a hacer a la mar, necesitaba al capitán del buque para cuidar del timón, era el que yo había escrito para Lombía, o vencido por mis razones, o viendo que el papel era de aplauso seguro, aunque el drama no gustara, cayó en el lazo, aceptó el papel, se activaron los ensayos y llegó el momento de redactar el cartel. Aquí era ella. ¿Qué nombre iría en él delante? El de Carlos o el suyo? Las vanidades del teatro son más incapaces de transacción que las de D. Álvaro de Luna y del conde-duque de Olivares: Carlos cedió, en obsequio a mí; pero me costaba la transacción más tal vez de lo que valía el drama: se me impuso la condición de que había de consentir que se anunciase con mi nombre; cosa inusitada hasta entonces, y aun muy rara vez usada hoy en día. Neguéme yo a semejante innovación, alegando que era un alarde de vanidad que iba a atraer indudablemente una silba sobre mi obra, y que mi nombre puesto en los anuncios desde la primera representación, era un cartel de desafío, cuyo guante arrojaba la empresa y cuyo campeón inmolado iba a ser el pobre autor en cuyo nombre lo arrojaba. Sostuvo la empresa su opinión, alegando que, en el estado en que se hallaba el teatro, sólo mi nombre atraería gente a la primera representación, y que era una falsa modestia el encubrir mi nombre, porque, ¿a quién se podría ocultar que había escrito la segunda parte el mismo que había escrito la primera? Yo, entre la espada y la pared, puse mi derecho al bien de la empresa; y una mañana apareció el cartel anunciando la primera representación de la segunda parte de *El Zapatero y el Rey*, por D. José Zorrilla; y el nombre del poeta más pequeño que había en España, apareció en las letras más grandes que en cartel de teatro hasta entonces se habían impreso.

Resultó lo que yo había previsto: todos los poetas, periodistas y escritores de Madrid —excepto Hartzensbusch y Leopoldo Augusto de Cueto, hoy marqués de Valmar, que me sostuvieron y ampararon siempre, y el Curioso Parlante, que no sé si había ido más que a la inauguración del teatro de la Cruz—, se dieron de ojo para preparar la más estrepitosa caída a mi forzada vanidad: las cañas se me volvieron lanzas, y mis mejores amigos tornaron la espalda al orgulloso chienelo que decía al firmar el cartel: «¡Aquí estoy yo!; fícc Blas y punto redondo.» Apeché yo con la desventaja de la lucha y me resolví a morir en brava lid, como el gladiador a quien decía *digitum porgo* el pueblo de los circos de Roma. La empresa y los actores tomaron despechados a pechos llevar el drama adelante, y la noche del ensayo general estaba el teatro más lleno que lo iba a estar la de la primera representación. Una multitud de amigos fué a estudiar las situaciones débiles y las escenas difíciles y atacables de mi obra, para herirla a golpe seguro y en sitio mortal.

Era éste una escena del acto tercero. Pedro Mate, actor cuidadoso, idólatra de su arte y enamorado de mi drama por la amistad que me tenía, se había encargado del ingrato papel de Don Enrique; y encariñado con él, se había hecho, no solamente un costoso traje, sino una sombra de fino alambre y bien engomada gasa, moldeada sobre su

mismo cuerpo, para que apareciese en el lugar en que mi acotación la reclamaba. Aquella sombra era una maravilla de trabajo y de parecido: era un Pedro Mate, un infante Don Enrique flotante y trasparente como una aparición de vapor ceniciento; era una sombra del rey bastardo de un efecto maravilloso; pero cuanto más ligera, fantástica y asombrosa era aquella sombra, era tanto más difícil de manejar. Puesto sobre el fondo cárdeno de la piedra de la torre de Montiel al lado de Mate, daba frío y parecía fantasma desprendida del mismo Don Enrique; pero como Mate la había ideado y confeccionado sobre mi acotación que dice: «La sombra de Don Enrique... aparece en lo alto del torreón, bajando poco a poco hasta colocarse en frente del rey». Mate la había registrado en dos alambres paralelos en plano inclinado; pero por más exactamente paralelos y perfectamente aceitados que estuviesen, la figura de gasa cabeceaba al moverse, y bajaba tambaleándose como borracha, conyirtiendo la aparición temerosa en ridículo maniquí. Añadió Mate peso en la cabeza, y pataleaba como un ahorcado; púsose a los pies, y cabeceaba como los gigantes de Burgos; cuanto más ensayábamos la presentación de la sombra, más mala sombra tenía para el drama y para la empresa; y a las tres de la madrugada desocuparon los amigos y los curiosos el teatro diciéndonos: «hasta mañana».

Carlos Latorre, después de arrancar de cólera con las uñas una media caña dorada de la embocadura, se fué a su casa renegando de la empresa, del drama, del autor y de la hora en que se ajustó en aquel desventurado teatro; y en él nos quedamos solos, Lombía, paseándose por detrás de los torreones de cartón de Montiel, el maquinista Aranda, por delante, con intenciones de quemarlos, el pintor Esquivel en una butaca de proscenio, hilvanando una retahila de interjecciones de Andalucía, y yo, respaldado en la embocadura sin poder digerir aquel «hasta mañana» con que los amigos me habían emplazado tan sin merecerlo.

Aranda, que como una zorra cogida en trampa, daba vueltas por el proscenio, sin hallar salida para una idea en la confusión en que sentía entrampado su pensamiento, trabó un pie en un aparato de quinqués, portátil, volcólo rompiendo los tubos y vertiendo el aceite sobre un farolillo que por tierra estaba, y al mismo tiempo que soltó alto y redondo uno de los votos que Esquivel ensartaba por lo bajo, se levantó éste exclamando: ¡ya está!, y trepando a la escena, empezó a extender el aceite por la tela del forillo, mientras acudíamos Lombía y yo a ver el estropicio de Aranda y la untura que Esquivel seguía dando al lienzo, sin cesar de repetir: «Ya está, hombre, ya está!» De repente comprendimos el «ya está» de Esquivel, por lo que éste hizo; tomome de la mano Lombía, y sacándome del teatro y dejando en él a los dos pintores, nos despedimos todos «hasta mañana», y al cruzar la plazuela de Santa Ana para irme con el alba, que ya lucía, a mi casa, número 5 de la plaza de Matute, lancé al aire con todo el de mis pulmones, aquel «hasta mañana!» que no había podido digerir.

X

Llegó, en fin, aquel mañana, que en los teatros es siempre noche. El despacho de la Cruz estaba cerrado, porque todas sus localidades estaban ya vendidas. El alumbrante había ya encendido los quinqués de los pasillos; los actores pedían ya luz para sus cuartos, y los comparsas se probaban los arrequives que mejor convenían a sus tan desconocidas como necesarias personalidades. Los comparsas son en el teatro y en la política de España lo más arriesgado y difícil de presentar.

Tenia yo por contrata el derecho de ocupar el palco bajo del proscenio de la izquierda en todas las funciones, excepto en las de beneficio: generosidad que hasta entonces no había costado nada a la empresa, porque apenas había tenido diez entradas llenas,

fuera de los estrenos: mi familia entraba en el teatro por la plaza del Ángel, y al palco por el escenario; con cuya costumbre sólo los actores me veían en el teatro, a donde no iba yo nunca a hacerme ver, sino a estudiar, desde el fondo escondido del palco, lo que en escena pasaba y el trabajo de los actores para quienes me había comprometido a escribir. Aquella noche ocupó mi familia el palco cuando aún estaba a oscuras la sala, dentro de cuyo escenario por todas partes hacía miedo; yo subí al cuarto de Carlos Latorre.

Estaba solo con Agustín, el ayuda de cámara que le vestía, a quien hallo aún en la portería de un teatro y a quien doy la mano como si fuera un antiguo camarada de glorias y fatigas; no ha muchas semanas me hizo venir las lágrimas a los ojos recordando a su amo, a quien adoraba; y eso que dice el refrán que «no hay hombre grande para su ayuda de cámara»; pero este refrán es francés y en España falso, por consiguiente. Carlos se vestía cabizbajo, y la primera palabra que me dijo fué: «—Tengo miedo.» «—Yo le tengo siempre—le contesté—, aunque nunca lo manifiesto.» «—¡Y yo que le esperaba a usted para que me diera valor!», repuso: a lo cual, cerrando la puerta y mandando al ayuda de cámara que no dejara entrar a nadie, le dije: «Hablemos cuatro minutos: y si después de lo que le diga no se siente usted con más valor que Paredes en Cerignola, no será por culpa mía.»

Carlos era un hombón de cerca de seis pies de estatura y podía tenerme en sus rodillas como a una criatura de seis años. Había conocido a mi padre, superintendente general de policía; le había debido algunas atenciones en los difíciles tiempos en que mandaba en Madrid y presidía los teatros; le había Carlos prestado armas y trajes para que yo hiciera comedias en el Seminario de Nobles, y había yo empezado a declamar tomando a éste por modelo: pero por una de esas revoluciones naturales en el progreso del tiempo, habíame éste colocado en la situación de tenerle que hacer observaciones y darle consejos; que, en honor de la verdad, escuchó y siguió con la convicción de que eran dados con la más sincera franqueza y la más fraternal buena fe. Durante dos semanas nos habíamos encerrado en su estudio, él y yo solos, y allí me había hecho leerle y releerle su papel y decirle sobre su desempeño todo cuanto pudo ocurrírseme. Él, el primer trágico de España, sin sucesor todavía, la primera reputación en la escena, escuchó con atención mis reflexiones y se convenció por ellas de que su aversión a los versos octosílabos y al género de nuestro teatro antiguo era injusta: de que su declamación de los endecasílabos del Edipo conservaba aún cierto dejo francés, que sólo le haría perder la recitación de los versos de arte menor, y de que las redondillas de mi rey Don Pedro, escritas por un lector y teniendo los alientos estudiadamente colocados para que el actor aprovechara sin fatiga los efectos de sus palabras, le debían de presentar ante el público bajo una nueva faz y como un actor nuevo en el teatro Español, sin las reminiscencias del francés, que era el único defecto que el público alguna vez le encontraba. Todo esto había yo dicho a mis veinticuatro años a aquel coloso de nuestra escena, que iba a presentarse aquella noche en el papel del rey Don Pedro, transformado en otro actor diferente del hasta entonces conocido, por gracia y poder de un muchachuelo atrabiliario, que se había atrevido a decir la verdad a un hombre de verdadero talento y de verdadera conciencia artística.

Cuando aquel gigante se quedó solo en su cuarto con aquel chico, he aquí lo que éste le dijo a aquél:

«Dice el vulgo, mi querido Carlos, que este teatro es un panteón donde Lombía ha reunido una colección de momias, que un chico loco está empeñado en galvanizar. Usted es una de estas supuestas momias, y yo el loco galvanizador; pero yo, que le quiero a usted con toda mi alma y que espero que su voz de usted llegue con las palabras de mi

rey Don Pedro hasta los oídos de mi padre, emigrado en Burdeos, necesito que resucite usted, aunque me deje en la oscuridad de la fosa de que usted se alee. Jugamos esta noche usted y yo el todo por el todo; pero, aunque se hundan el autor y el drama, es forzoso que el actor se levante; nuestro público tiene aún en sí el germen del entusiasmo revolucionario de la época, y el personaje que va usted a representar será siempre popular en España. Vamos a tener, además, un poderoso auxiliar en Mr. de Sansvandy, el embajador francés, que ha pedido ya sus pasaportes y un palco para asistir inconsciente a la representación; «ya verá usted la que se arma cuando salga Beltrán Claquin». Carlos Latorre brincó, oyendo esto, de la silla en que estaba sentado, y yo seguí diciéndole: «Conque haga usted cuenta que representa usted a Sansón, y asegúrese bien de las columnas; aunque no le darán a usted tiempo de derribar el templo.» «—Mucho me temo que me le den—me dijo no muy confortado por mis palabras. «—¡Qué diablos!—repuse yo—; si se le dan a usted, sepúltese con todos los filisteos. Yo me voy a mi palco.» «—Pero, ¿y la sombra, que ni siquiera he visto?»—me dijo viéndome tomar la puerta. «—Píese usted en Aranda, que tiene ya luz con que producirla»—le respondí, escapándome por el escenario.

Quando entré en mi proscenio, ya había empezado la sinfonía y el teatro estaba lleno. Nunca he tenido más miedo, ni más resolución de provocar a la fortuna. A los tres cuartos para las nueve se alzó el telón; el frío del escenario entró en mi palco, sin que yo le dejara entrar en mi corazón. Se oyó el primer acto en el más sepulcral silencio; cayó el telón sin un aplauso, pero yo conocí que la impresión que dejaba no me era desfavorable.

Carlos comprendió que necesitaba todo su brío y su talento para atraerse a un público tan mal prevenido, y al levantarse el telón para el acto segundo, encabezó su papel con uno de esos pormenores que sólo saben dar a los suyos los cómicos como Carlos Latorre. El rey Don Pedro se presenta de incógnito en el primer acto de mi obra: al presentarse Carlos en el segundo, presentó la figura del rey como un modelo de estatuaría; apoyado el brazo izquierdo en el respaldo de su sillón blasonado de castillos y leones, y el derecho en una enorme espada de dos manos. Vestía un jubón grana con dos leones y dos castillos cruzados, bordados en el pecho; un calzón de pie, anteado y ajustado, sin una arruga, borceguíes grana bordados y con acicates de oro, y gola y puños de encaje blancos; tocando su cabeza con un ancho aro de metal, que así podía tomarse por birrete como por corona; de debajo de la cual, asomando sobre la frente el pelo cortado en redondo y cayendo por ambos lados las dos guadejas rubias, encuadraban un rostro copiado del busto del sepulcro del rey Don Pedro en Santo Domingo el Real. Era Carlos Latorre un hombre de notables proporciones y corrección de formas: sus piernas y sus brazos, clásicamente modelados, daban movimiento a su figura con la regularidad académica de las de los relieves y modelos de la estatuaría griega: siempre sobre sí, en reposo y en movimiento, estaba siempre en escena, y ni el aplauso ni la desaprobación le hacían jamás salirse del cuadro ni descomponerse en él. Al empezar el acto segundo, su figura semi-colosal, vestida de ante y de grana, se destacaba sobre el fondo pardo de un telón que representaba un muro de vieja fábrica, reposando perfectamente sobre su centro de gravedad, ligeramente escorzada y en actitud tan intachable como natural; y así permaneció inmóvil, hasta que el público aplaudió tan bello recuerdo plástico del rey caballero a quien iba a representar; y no rompió a hablar hasta que el general aplauso expiró en el silencio de la atención: parecía que allí comenzaba el drama. El gigante había tenido en cuenta el consejo del muchacho pigmeo, y el actor había ganado para sí al público que tan hosco se mostraba con el autor.

En la escena endecasílabo con Juan Pascual, desplegó Carlos todas sus poderosas facultades orales y toda la clásica maestría de su dominio de la escena; la cual estaba

estudiada con tan minucioso cuidado, que tenían marcado su sitio los pies de los comparsas, los de Juan Pascual y los suyos para la escena penúltima; y al decir al conspirador que si el cielo se desplomara sobre su cabeza le vería caer sin inclinarla, rugió como un león, estremeciendo al auditorio; y al barrer, después de un gallardísimo molinete de su tremendo mandoble, las once espadas de los conjurados, al tiempo que el antiguo zapatero Blas abría tras él la puerta de salvación, el público entero se levantó en pro del rey que tan bien se servía de sus armas, y aplaudió entusiasta la promesa de su vuelta para el acto siguiente. El actor había ganado la primera jugada de una partida de tres. El rey había derrotado al ala derecha del enemigo: el público no había visto jamás un combate tan bien ensayado en los teatros de Madrid, y pedía ¡el autor!, que no parecía. Alzóse el telón sobre Carlos Latorre, y cuando éste, dirigiendo la vista a mi palco, me dirigía una mirada de indecible satisfacción, esperando que yo saltase a la escena para compartir con él un triunfo que era solamente suyo, oyó con asombro a Felipe Reyes, *autor de la compañía*, decir: «Señores, el nombre del autor está en el cartel y el señor Zorrilla en su palco; pero suplica al público que no insista en su presentación, porque tiene mucho miedo al tercer acto.»

El público de entonces entraba en el teatro a ver la representación, y se embebecía con lo que en ella pasaba; entendió que mi miedo era natural, y no insistió en llamar al autor; pero continuó aplaudiendo, ayudado de *mis amigos*, que me tenían aplazado y me esperaban en el acto tercero.

Levantóse el telón para éste. Era la primera vez que se veía la escena sin bastidores. Aranda, malgrado e incomparable escenógrafo, presentó la terraza de la torre de Montiel dos pies más alta que el nivel del escenario; de modo que parecía que los cuatro torreonos que la flanqueaban surgían verdaderamente del foso, y que los personajes se asomaban a las almenas; desde las cuales se veían, en magistralmente calculada perspectiva, las blancas y diminutas tiendas del lejano campamento del Bastardo, destacándose todo sobre un telón circular de cielo y veladuras cenicientas, representación admirable de la atmósfera nebulosa de una noche de luna de invierno. El pendón morado de Castilla, clavado en medio de la terraza en un pedestal de piedra, se mecía por dos hilos imperceptibles, como si el aire lo agitara, y el aire entraba verdaderamente en la sala por el escenario, desmontado y abierto hasta la plaza del Ángel. La silueta fina de la Teodora, cuya pequeña y graciosa cabeza, tocada con sus ricas trenzas negras, se dibujaba sobre el blanquecino celaje, animaba aquel cuadro sombrío, cuya ilusión era completa. Carlos y Lumberas yacían absortos en profunda meditación en los dos ángulos del fondo, de espaldas al público, que aplaudió largo rato, y el pintor continuaba el triunfo del actor. Teodora dió a sus breves escenas una melancolía tan poética, Lombera al suyo una resignación tan adustamente resuelta, y prepararon tan maestramente la escena fantástica del fatalismo bajo el cual se iba a presentar el rey D. Pedro, que cuando éste se levantó, el público estaba profundamente identificado con aquella absurda y fantástica situación. Oyóse en silencio todo el acto; colocóse Lumberas (Men-Rodríguez de Sanabria) sobre el torreón del fondo de la izquierda, y salió el rey con la lámpara del judío. Carlos, al colocarla sobre el pedestal, me echó una mirada que quería decir: ¡Y la sombra! Yo permanecí impassible para no turbarle, y empezó su monólogo con el temblor del miedo que tenía a la sombra, y que hizo, por lo mismo que era un miedo real, un efecto maravillosamente pavoroso en los espectadores. ¡*Brotó la llama!* dijo el rey D. Pedro; y apareció detrás de él, cenicienta, callada e inmóvil, la sombra trasparente de D. Enrique sobre el oscuro torreón: asombróse Carlos de verla tan al contrario de como la esperaba; identificóse con su papel, creciéndose hasta la fiebre que se llama inspiración; y como dijo aquel actor aquellas

palabras; cómo soltó aquella careajada histórica, y cómo cayó riéndose y estremeciéndose al público de miedo y de placer, ni yo puedo decirlo, ni concebirlo nadie que no lo haya visto.

El público y el huracán entraron en el teatro: mis amigos aullaban de placer de haber sido vencidos; Aranda y Carlos Latorre habían convertido en éxito colosal el atrevido desatino de un muchacho, y la empresa había parado con él a la fortuna en el despacho de billetes de su arrinconado teatro. Cuando Lumbreras anunció *¡el furor!* y se aperció éste del tamaño de una nuez sobre la mirmidónica tienda de Duglesquin, ya nadie escuchó la salida del rey. Carlos, rendido y anheloso, volvió a la escena con Teodora, Norén y Lumbreras a recibir los aplausos del público, a cuyos gritos de «¡el autor!» volvió a presentarse Felipe Reyes y a decir medio espantado: que yo tenía más miedo al cuarto acto que al tercero.

El por entonces teniente coronel Juan Prim, que no me conocía más que por haberme encontrado varias veces en el tiro de pistola, y que se había apercebido del elemento hostil que yo tenía en la sala, aplaudía de pie en su luneta, dispuesto a sostenerme a todo trance, comprendiendo todo el riesgo de mi negativa.

Carlos me envió a decir que «no estirase tanto la cuerda que la rompiese.» Yo había ensayado mi obra a conciencia: sabía cómo iban a hacer la escena de la tienda Carlos y Mate, y fiaba además en la presencia del embajador francés en la de D. Pedro con Beltrán de Claquin. Esperé, pues, el acto cuarto sin moverme del fondo de mi proscenio, y mi cálculo no salió fallido.

La tienda del acto cuarto estaba tan bien preparada por Aranda, como la torre de Montiel: Carlos dijo sus redondillas a los franceses con un brío tan despechado, hizo una transición tan maestra como inesperada en la que empieza *sí, sí vosotros, señores*, e hicieron por fin la suya él y Mate con tal verdad, que sólo pudo serlo más la realidad de la de Montiel.

Al cerrarse la tienda sobre la lucha de los dos hermanos, el público quedó en el más profundo silencio; pero la salida de Mate, pálido, sin casco, desgreado y saltadas las hebillas de la armadura, arrancó un aplauso igual al de la presentación del rey don Pedro en el acto segundo. Mate, casi tan alto como Carlos, pero flaco y herido de la tisis de que murió, se presentó trémulo del cansancio y del miedo de la lucha, recordando la siniestra fantasma aparecida en el torreón, y dió a su papel una poesía y unos tamaños que no había sabido darle el autor. Cuando él concluía su parlamento, cubría yo con mi capa y su manto a Carlos Latorre; que, tendido en la tienda, esperaba jadeante de cansancio y de emoción a que el infante mostrase a Blas Pérez su cadáver. Cuando nos presentamos todos al público, me tenía de la mano como con unas tenazas; y cuando, caído el telón por última vez, me cogió en brazos para besar-me, creí que me deshacía al decirme las únicas y curiosas palabras con que acertó a expresarme su pensamiento, que fueron: «¡diablo de chiquitín!», y me dejó en tierra.

Así se ensayó y se puso en escena la segunda parte de *El Zapatero y el Rey*, el año 41 ó 42, no lo recuerdo con exactitud: tal era la fraternidad que entonces reinaba entre autores y actores; tal era el cariño y entusiasmo del público por los de entonces, y tan poco consistentes sus ojerizas y enemistades, que el menor éxito las vencía, y el soplo vital de la lealtad las disipaba.

Un pormenor digno de no ser olvidado. Llevaba ya *El Zapatero y el Rey* treinta y tantas representaciones, que habían producido sobre veinte mil duros, estaban ya pagados hasta los espabiladores, y aún no le había ocurrido a la empresa que me debía seis meses de sueldo y el precio del drama con que se había salvado. Siempre en Es-

pañía ha sido considerado el trabajo del ingenio como la hacienda del perdido y la tónica de Cristo, de las cuales todo el mundo tiene derecho a hacer tiras y capirotos.

Hasta que el viejo juez Valdeosera se presentó una noche a intervenir la entrada, no cayeron en la cuenta Salas y Lombía de que no podíamos los poetas vivir del aire, y se apresuraron a darme paga cumplida con intereses y sincera satisfacción; y era que, realmente, con la más cándida impremeditación, se habían olvidado, recogiendo los huevos de oro, del que les había traído la gallina que los ponía.

XI

De cómo se escribieron y representaron algunas de mis obras dramáticas

SANCHO GARCÍA.—EL CABALLO DEL REY DON SANCHO

Continuaba la competencia de los teatros del Príncipe y de la Cruz, dirigidos por Romea y Lombía, y continuaba yo comprometido a escribir sólo para el de la Cruz, mientras en su compañía conservara su empresario a Carlos Latorre y a Bárbara Lamadrid; yo era, pues, el único poeta que no ponía los pies en el saloncito de Julián Romea, porque yo no he vuelto jamás la cara a lo que una vez he dado la espalda. No era yo, empero, un enemigo de quien se pudieran temer traiciones ni bastardías; es decir, guerra baja ni encubierta de críticas acerbas y de intrigas de bastidores: yo tenía mi entrada en el Príncipe, a cuyas lunetas iba a aplaudir a Julián y a Matilde, pero no escribía para ellos; era su amigo personal y su enemigo artístico; era el aliado leal de Lombía, y le ayudaba a dar sus batallas llevando a mi lado a Bárbara Lamadrid y a Carlos Latorre, con cuyos dos atletas le di algunas victorias no muy fácilmente conseguidas, algunos puñados de duros y algunas noches de sueño tranquilo. Pero la lucha era tan ruda como continuada: duró cinco años. En ellos nos dió Hartzenbusch su *D. Alfonso el Casto* y su *Doña Mencía*, una porción de primorosos juguetes en prosa y verso, y las dos magias *La redoma* y *Los polvos*: diónos García Gutiérrez el *Simón Bocanegra*, que vale mucho más de lo en que se le aprecia, y defendió su teatro el mismo Lombía, metiéndose a autor con el arreglo de *Lo de arriba abajo*, que alcanzó un éxito fabuloso. Teníamos además unos auxiliares asiduos en Doncel y Valladares, que escribían a destajo para la actriz más preciosa y simpática que en muchos años se ha presentado en las tablas: la Juanita Pérez, quien con Guzmán en *No más muchachos* y en *El pilluelo de París*, había hecho las delicias del público desde muy niña. La Juana Pérez era de tan pequeña como proporcionada personalidad; con una cabeza jugosa, rica en cabellos, de contornos purísimos, de facciones menudas y móviles y ojos vivísimos; su voz y su sonrisa eran encantadoras, y se sostenía por un prodigio de equilibrio en dos pies de inconcebible pequeñez, sirviéndose de dos tan flexibles como diminutas manos. Cantaba muy decorosa y señorialmente unas canciones picarescas que rebosaban malicia; y vestida de muchacho hacía reír hasta a los mascarones dorados de la emboadura, y hubiera sido capaz de hacer condenarse a la más austera comunidad de cartujos.

La Juana Pérez, cuya gracia infantil prolongó en ella el juvenil atractivo hasta la edad madura, no pasó jamás en las tablas de los diez y siete años; y fué, mientras las pisó, el encanto y la desesperación del sexo feo de aquel tiempo, que la vió pasar ante sus ojos como la *fée aux miettes* del cuento de Charles Nodier. Auxiliáronnos poderosamente el primer año las dos espléndidas figuras de las hermanas Baus, Teresa y Joaquina; madre esta última de nuestro primer dramático moderno, Tamayo y Baus, y heredera y continuadora de la buena tradición del teatro antiguo de Márquez y Ca-

rrero. Pero ni la tenacidad atrevida de Lombía, ni el talismán de la gracia de la Juana Pérez, ni nuestra avanzada de buenas mozas como las Baus, y la retaguardia de buenas actrices como la Bárbara, la Teodora y la Sampelayo, nos bastaban para contrarrestar la insolente fortuna de Julián Romea, la justa y creciente boga de Matilde, que hechizaba a los espectadores, y la infatigable fecundidad de Ventura de la Vega, que les daba cada quince días, convertido en juguete valioso o en ingeniosísima comedia, un miserable engendro francés; en cuyo arreglo desperdiciaba cien veces más talento del que hubiera necesitado para crear diez piezas originales. Julián y Matilde contaban sus quinceaños por triunfos, y a los de *La rueda de la fortuna*, de Rubí, al *Muérete y verás* y a las trescientas obras de Bretón, y a *Otra casa con dos puertas*, de Ventura, no teníamos nosotros que oponer más que las repeticiones del *D. Alfonso el Casto*, *Simón Bocanegra* y *D.^a Mencía*, y las magias de Hartzzenbusch, con los arreglos de dramas de espectáculo que se elaboraba Lombía, asociado a Tirado y Coll, e impelidos los tres por el fecundísimo Olona.

Mi *Rey D. Pedro*, mi *Sancho García*, mi *Excomulgado*, mi *Mejor razón*, *la espada*, mi *Rey loco* y mi *Alcalde Ronquillo*, contribuyeron a nuestro sostén, gracias al concienzudo estudio, a la inusitada perfección de detalles y a la perpetua atención con que me los representaban Carlos Latorre y Bárbara Lamadrid; quienes, encariñados con el muchacho desatentado que para ellos los escribía, considerándole como a un hijo mal criado a quien se le mima por sus mismas calaveradas y a quien se adora por las pesadumbres que nos da, me sufrían mis exigencias, se amoldaban a mis caprichos y se doblegaban a mi voluntad, de modo que en la representación de mis obras no parecían los mismos que en las de los demás, y los demás se quejaban de ellos, y con razón; pero no había culpa en nadie. Carlos Latorre había conocido a mi padre, a quien debió atenciones extrañas a aquella *ominosa década*; Carlos Latorre, de estatura y fuerzas colosales, me sentaba a veces en sus rodillas como a sus propios hijos, y me preguntaba cómo yo había imaginado tal o cual escena que para él acababa yo de escribir: él me contradecía con su experiencia y me revelaba los secretos de su personalidad en la escena, y daba forma práctica y plástica a la informe poesía de mis fantásticas concepciones: estudiábamos ambos, él en mí y yo en él, los papeles, en los cuales identificábamos los dos distintos talentos, con los cuales nos había dotado a ambos la naturaleza, y... no necesito decir más para que se comprenda cómo hacía Carlos mis obras, como un padre las de su hijo; yo era todo para el actor, y el actor era todo para mí.

Con Bárbara Lamadrid, mujer y mujer honestísima e intachable, mi papel era más difícil, mi amistad y mi intimidad necesitaban otras formas; pero, actriz adherida a Carlos, compañera obligada en la escena de aquella figura colosal, *dama* imprescindible de aquel *galán* en mis dramas, necesitaba el mismo estudio, la misma inoculación de mis ideas innovadoras y revolucionarias en el teatro, y yo la trataba como a una hermana menor, a quien unas veces se la acaricia y otras se la riñe; yo la decía sin reparo cuanto se me ocurría; la hacía repetir diez veces una misma cosa, no la dejaba pasar la más mínima negligencia, la ensayaba sus papeles como a una chiquilla de primer año de Conservatorio; y a veces se enojaba conmigo como si verdaderamente lo fuese, hasta llorar como una chiquilla, y a veces me obedecía resignada como a un loco a quien se obedece por compasión; pero convencida al fin de mi sinceridad, del respeto que su talento me inspiraba, y de la seguridad con que contaba yo siempre con ella para el éxito de mis obras, hacía en ellas lo que en *Sancho García*, lo que es lamentable que no pueda quedar estereotipado para ser comprendido por los que no lo ven. ¡Desventura inmensa del actor cuyo trabajo se pierde con el ruido de su voz y desaparece tras del telón!

En la escena con Hissem y el judío reveló la fascinación que la superstición ejercía en el alma enamorada de la mujer; tradujo tan vigorosamente el poder de una pasión tardía en una mujer adulta, que traspasó al público la fascinación del personaje, suprema prueba del talento de una actriz. En las escenas sexta y séptima del acto tercero, se hizo escuchar con una atención que sofocaba al espectador, que no quería ni respirar. Bárbara tenía mucho miedo al monólogo: en el segundo entreacto me había suplicado que se le aligerara, y Carlos y yo no habíamos querido; Bárbara acometió su monólogo desesperada, conducida por delante por el inteligente apuntador, y acosada por su izquierda por mí que estaba dentro de la embocadura, en el palco bajo del proscenio. Carlos y yo la habíamos dicho que si no arrancaba tres aplausos nutridos en el monólogo, la declararíamos inútil para nuestras obras; y comenzó con un temblor casi convulsivo, y llegó en el más profundo silencio hasta el verso vigésimocuarto; pero en los cuatro siguientes, al expresar la lucha del amor de madre con el amor de la mujer, y al decir

«Hijo mío... ¡ay de mí! me acuerdo tarde», hizo una transición tan magistral, bajando una octava entera después de un grito desgarrador, que el público estalló en un aplauso que estremeció el coliseo. Crecióse con él la actriz; entró en la fiebre de la inspiración; hizo lo imposible de relatar; y cuando exclamó concluyendo, con el acento profundo y las cóncavas inflexiones de la más criminal desesperación,

«para uno de los dos guarda esa copa de la callada eternidad la llave!»

quedó Bárbara inmóvil, trémula, inconsciente de lo que había hecho, ajena y sin corresponder con la más mínima inclinación de cabeza a los aplausos frenéticos, que tuvo que interrumpir Carlos Latorre presentándose a continuar la representación, sacando a Bárbara de su absorción con el «Madre mía!» de su salida.

Así hacían Carlos y Bárbara *Sancho García*. Aún vive: pregunté a mis lectores a Bárbara, y que diga ella cuántos malos ratos la di con el ensayo y cuántas noches insomnes la hice pasar con el estudio de mis papeles; cuántas lágrimas la hice derramar y cuántas veces la hice detestar su suerte de actriz; pero que diga también si tuvo nunca amigo más leal ni aplausos y ovaciones como las de mi *Sancho García*. Hoy siento orgullo con tal recuerdo, y me congratulo de poderla dar este testimonio de mi gratitud treinta y ocho años después de aquella representación.

Lombia, por su parte, lo inventó y lo intentó todo en aquellos cuatro años para sostener nuestro teatro de la Cruz frente del afortunado del Príncipe. A su iniciativa se debió que Basili, Salas, Ojeda y Azeona echaran los fundamentos de la Zarzuela con la escena de *La pendencia* y *El sacristán de San Lorenzo*, y otras parodias de *Norma*, *Lucía* y *Lucrecia*, en las cuales despuntó Caltañazor; y concluyó por presentar *La lampara maravillosa*, baile maravillosamente decorado por Aranda y Avrial, ejecutado por la familia Bartholomin, cuya primera pareja, Bartholomin-Montplaisir, fué reforzada con un cuerpo de baile de andaluzas y aragonesas; de cuyos cuerpos se han perdido los moldes, y de cuyas modeladuras no quiero acordarme, por no quitar tres meses de sueño a los que no las vieron con aquellos vestidos, que no eran más que un pretexto para salir en cueros.

En el verano del 40 ó del 41, antes de que estas hurfies hicieran un infierno del tea-

tro de la Cruz, reclamó Lombía de mí una comedia de espectáculo, en ausencia de Carlos Latorre, que veraneaba por las provincias. Los actores serios y jóvenes se habían ido con Carlos, y el trabajo cómico de Lombía, no acomodándose con el mío patibulario, no sabía yo cómo salir de aquel compromiso ineludible, según mi contrato con la empresa. Apurábame Lombía, y devanábame yo los sesos tras del argumento por él pedido, sin que él aflojara un punto en su demanda y sin que yo me atreviera a decirle que no éramos el uno para el otro. Acosábale a él tal vez la secreta cohección de abordar el drama en ausencia de Carlos, y pesábame a mí tener que escribir para otro que no fuera aquel único modelo del galán clásico del drama romántico; costaba mucho a mi lealtad lo que tal vez podía parecer una traición a Carlos Latorre, y ¡Dios me perdone mi mal juicio!, pero tengo para mí que Lombía tenía la mala intención de hacérmela cometer. Impacientábase Lombía y desesperábame yo de no dar con un asunto a propósito, lo que ya le parecía, vista mi anterior fecundidad, no querer escribir para él, cuando una tarde, obligado a trabajar un caballo que yo tenía entablado hacía ya muchos días, salía yo en él por la calle del Baño para bajar al Prado por la Carrera de San Jerónimo. Era el caballo regalo de un mi pariente, Protasio Zorrilla, y andaluz, de la ganadería de Mazpule, negro, de grande alzada, muy ancho de encuentros, muy engallado y rico de cabos, y llevábale yo con mucho cuidado, mientras por el empedrado marchaba, por temor de que se me alborotase. Cabeceaba y braceaba el animal contentísimo de respirar el aire libre, cuando, al doblar la esquina, oí exclamar a uno de tres chulos que se pararon a contemplar mi calzagadura: «Pues miá tú que es idea dejar a un animal tan hermoso andar sin jinete.»

La verdad era que siendo yo tan pequeño, no pasaban mis pies del vientre del caballo; y visto de frente, no se veía mi persona detrás de su engallada cabeza y de sus ondosas y abundantes crines. Por más que fuera poco halagüeña para mi amor propio la chusca observación de aquellos manolos, el de montar tan hermosa bestia me hizo dar en la vanidad de lucirla sobre la escena, y ocurrírseme la idea de escribir para ello mi comedia *El caballo del rey D. Sancho*. Rumié el asunto durante mi paseo, registré la historia del Padre Mariana de vuelta a mi casa, y fuíme a las nueve a proponer a Lombía el argumento de mi comedia, advirtiéndole que debía de concluir en un torneo, en cuyo palenque debía él de presentarse armado de punta en blanco, jinete sobre mi andaluz caparazonado y enfrontado.

Aceptó la idea de la comedia, plúgole la del torneo final, y halagóle la de ser en él jinete y vencedor. Puse manos a mi obra aquella misma noche, y díla completa en veinte y dos días. El señor duque de Osuna, hermano y antecesor del actual, a quien me presentó y cuya benevolencia me ganó el conde de las Navas, puso a mi disposición su armería, de la cual tomé cuantos arneses y armas necesité para el torneo de mi drama, cuya última decoración del palenque tras de la tienda real montó Aranda con un lujo y una novedad inusitadas.

Pasóse de papeles mi drama; ensayóse cuidadosamente y conforme a un guión, que los directores de escena hacen hoy muy mal en no hacer, y llegó el momento de enseñar su papel a mi caballo. Metile yo mismo una mañana por la puerta de la plaza del Ángel, desde la cual subían los carros de decoraciones y trastos por una suave y sólida rampa hasta el escenario; subió tranquilo el animal por aquella, pero al pisar aquél, comenzó a encapotarse y a bufar receloso, y al dar luz a la batería del proscenio, no hubo modo de sujetarle y menos de encubertarle con el caparazón de acero. Lombía anunció que ni el Sursum-Corda le haría montar jamás tan rebelde bestia, y estábamos a punto de desistir de la representación, cuando el buen doctor Avilés nos ofreció un caballo isabelino, de tan soberbia estampa como extraordi-

naria docilidad, que aguantó la armadura de guerra, la batería de luces y en sus lomos a Lombía, que no era, sea dicho en paz, un muy gallardo jinete.

La primera representación de este drama fué tal vez la más perfecta que tuvo lugar en aquel teatro: Lombía se creció hasta lo increíble: e hizo, como director de escena, el prodigio de presentar trescientos comparsas tan bien ensayados y unidos, que se hicieron aplaudir en un palenque de inesperado efecto; y Bárbara Lamadrid, para quien fueron los honores de la noche, llevó a cabo su papel con una lógica, una dignidad tales, que al perdonar al pueblo desde la hoguera y a su hijo en el final, oyó en la sala los más justos y nutridos aplausos que habían atronado la del teatro de la Cruz.

Pero aquel drama no pudo quedar de repertorio; hubo que devolver las armaduras al señor duque de Osuna y el caballo al doctor Avilés, y... ni mereció los honores de la crítica, ni ningún empresario se ha vuelto a acordar de él, ni yo, que de él me acuerdo en este artículo, recuerdo ya lo que en él pasa. En cambio, al fin de aquel mismo año se escribió otro que todo el mundo conoce, que no hay aficionado que no haya hecho con gusto y aplauso, de cuyo origen se han propalado las más absurdas suposiciones, que me ha valido tanta fama como al mismo *D. Juan Tenorio*, y en cuya representación no han dado jamás pie con bola más que los tres actores que, bajo mi dirección, lo estrenaron: Latorre, Pizarroso y Lumbreras; hablo de *El puñal del godó*, del cual me voy a ocupar en el siguiente número.

XII

EL PUÑAL DEL GODO

I

Acababa de estrenarse *Sancho García* y expiraba el tercero día de diciembre de 1842. Trabajaba yo aprovechando la luz que comenzaba a cambiarse en crepúsculo, cuando un avisador del teatro me trajo un billete de Lombía, en el cual me suplicaba que no dejara de ir a la representación de aquella noche, porque deseaba tener conmigo una entrevista de diez minutos.

Ya Lombía, a imitación de Romea, tenía una antecámara en la cual se reunían sus autores favoritos y sus amigos íntimos, como los de Julián en el saloncito del teatro del Príncipe. De aquél venían algunos que escribían para ambos teatros, y que, como Harzenbusch y García Gutiérrez, no formaban pandillaje; porque su talento, formalidad y reputación, les habían ya colocado muy encima de todo mezquino espíritu de partido. Yo no iba nunca al saloncito del Príncipe e iba poco a la antecámara de Lombía, pero asistía continuamente a mi paleo de proscenio para estudiar mis actores, y bajaba en los entreactos a saludar a Carlos Latorre y a la Bárbara, las noches que trabajaban. Aquella era de Lombía; en el primer entreacto me aboqué con él en su cuarto y trabamos inmediatamente conversación, presentes Hartzenbusch, Tomás Rubí, Isidoro Gil y no recuerdo quiénes más. He aquí en resumen nuestro diálogo:

LOMBÍA.—La empresa espera de usted un señalado servicio.

Yo.—Debo servirla según mi contrato y según mis fuerzas.

LOMBÍA.—Sabe usted que es costumbre que las funciones de Noche-Buena sean beneficio de la compañía, repartiéndose sus productos a prorrata entre todos sus actores y empleados según su clase.

Agucé yo el oído sintiendo abrir una trampa en la que se trataba de hacerme caer, y continuó Lombía diciéndome:

Sabe usted que Carlos Latorre no toma nunca parte en las funciones de Navidad, so pretexto de que en el género cómico de estas alegres representaciones no cabe el suyo trágico, de modo que cobra y se pasea desde Navidad a Reyes. Queremos que comparta este año con nosotros el trabajo de tales días, y no hay más que un medio con el cual se avenga, y es, que se le escriba una pieza nueva, y la empresa ha pensado en usted.

Yo.—Estamos a 13, y por breve que sea el trabajo...

LOMBÍA.—Debería estar concluido el 17; copiado y repartido, el 18; estudiado, el 19 y el 20; ensayado el 21 y 22, y representado el 24.

Yo.—Imposible: me faltan tres escenas y copiar el tercer acto de la segunda obra que debo entregar a ustedes antes de año nuevo; si la interrumpo no la concluyo; no puedo, pues, ocuparme de nada más hasta el 17, y ya no es tiempo.

LOMBÍA.—No quiere usted servir a la empresa por no contrariar a su amigo. (Lombía partía siempre del principio de que yo era mejor amigo de Carlos que suyo.)

Yo.—Mi obligación es primero que mi amistad.

LOMBÍA.—Su excusa de usted nos prueba lo contrario.

Yo.—Voy a hacer a usted una propuesta que le asegure de mi buena fe. Concluiré mi trabajo el 16: en su noche volveré aquí; y si para entonces el Sr. Hartzenbusch se ocupa de encontrarme un argumento para un drama en un acto, yo me comprometo a escribirlo el 17 y presentarlo el 18.

LOMBÍA.—Propuesta evasiva: con decir que el argumento que a usted se le dé no es de su gusto...

Yo.—El Sr. Hartzenbusch sabe el respeto en que le tengo, y todos ustedes saben que sigo sus consejos y acepto sus correcciones como de mi superior y maestro. He buscado al Sr. Hartzenbusch en dos situaciones difíciles de mi vida; sabe todos los secretos de mi casa, es en ella como mi hermano mayor, y lo que él me diga que haga, eso haré yo, como mejor hacerlo sepa.

LOMBÍA.—Se conoce que ha estudiado usted con los jesuitas: sus palabras de usted son tan suaves como escurridizas. Si no quiere usted, no hablemos más.

Yo.—Mi última proposición. Traiga usted aquí el 16 por la noche un ejemplar de la historia del P. Mariana; le abriremos por tres partes, desde la época de los godos hasta la de Felipe IV: leeremos tres hojas de cada corte en sus hojas hecho; y si en las nueve que leamos tropezamos con algo que nos dé luz para un asunto dramático, lo amasaremos entre todos, yo lo escribiré como Dios me dé a entender, y el jesuita Mariana abonará la fe del discípulo de los jesuitas del Seminario de Nobles.

LOMBÍA.—Propuesta aceptada.

Yo.—Pues hasta el 16 a las siete.

En tal día y en tal hora, concluí mi trabajo, volví a presentarme en el teatro de la Cruz, donde Hartzenbusch, Rubí y algunos otros de quienes no me acuerdo, me esperaban con Lombía, que tenía sobre la mesa una *Historia de España*. Metimos tres tarjetas por tres páginas distintas, y en el primer corte tropezamos, en el capítulo del libro séptimo, estas palabras sobre el fin de la batalla de Guadalete y muerte del rey D. Rodrigo: «Verdad es que, como doscientos años adelante, en cierto templo de Portugal, en la ciudad de Viseo, se halló una piedra con un letrero en latín, que vuelto en romance dice:

«AQUÍ REPOSA RODRIGO, ÚLTIMO REY DE LOS GODOS.

«Por donde se entiende que, salido de la batalla, huyó a las partes de Portugal.»

Al llegar aquí, dije yo: «Basta: un embrión de drama se presenta a mi imaginación. ¿Con qué actores y con qué actrices cuento? Necesito a Carlos, a Bárbara y a lo menos dos actores más.» Y mientras esto decía, me rodaban por el cerebro las imágenes de Pelayo, D. Rodrigo, Florinda y el conde D. Julián.—Lombía dijo: «Imposible disponer de Bárbara.»—Pues Teodora, repuse yo.—«Tampoco; la cuesta mucho estudiar, replicó Lombía.»—Pues Juanita Pérez, ni la Boldán, no me sirven para mi idea, repuse.—«Pues compóngase usted como pueda, exclamó por fin Lombía: tiene usted a Carlos, a Pizarro y a Lumbreras: *los tres de usted*. Van a levantar el telón y no quiero faltar a mi salida. ¿En qué quedamos? ¿Es usted hombre de sostener su palabra?»

Picóme el amor propio el tonilló provocativo de Lombía, y sin reflexionar, tomé mi sombrero y dije saliendo tras él de su cuarto: «Mañana a estas horas quedan ustedes citados para leer aquí un drama en un acto.—Buenas noches.»

—¿Apostado?—me gritó Lombía, dirigiéndose a los bastidores.—
—Apostado: me darán ustedes de cenar en casa de Próspero; respondí yo echándome fuera de ellos por la puerta de la plaza del Ángel.

Poco trecho mediaba de allí a mi casa, núm. 5 de la de Matute; poco tiempo tuve para amasar mi plan, pero tampoco tenía minuto que perder. Me encerré en mi despacho: pedí una taza de café bien fuerte, di orden de no interrumpirme hasta que yo llamara, y empecé a escribir en un cuadernillo de papel la acotación de mi drama. «Cabaña, noche, relámpagos y truenos lejanos.—ESCENA PRIMERA.» Yo no sabía a quién iba a presentar ni lo que iba a pasar en ella; pero puesto que iba a desarrollarse en una cabaña, debía por alguien estar habitada: ocurrióme un ermitaño, a quien bauticé con el nombre de Romano por no perder tiempo en buscarle otro; y como lo más natural era que un ermitaño se encomendase a Dios en aquella tormenta que había yo desencadenado en torno suyo, mi monje Romano se puso a encomendarse a Dios, mientras yo me encomendaba a todas las nueve musas para que me inspiraran el modo de dar un paso adelante. Pensé que si el monje y yo no nos encomendábamos bien a nuestros dioses respectivos, corría el riesgo de meterme, empezando mal, en un pantano de banalidades del que no pudieran sacarme ni todos los godos que huyeron de Guadalete, ni todos los moros que a sus márgenes les derrotaron.

Llevaba ya el monje rezando treinta y seis versos, y era preciso que dijera algo que preparara la aparición de otro personaje; que era claro que si andaba por el monte a aquellas horas y con aquel temporal, debía de poner en cuidado al que abría la escena en la cabaña. Decidime por fin a atajar la palabra a mi monje Romano y escribí: ESCENA SEGUNDA. *Sale Theudia*; y salió Theudia; mas como no sabía yo aún quién era aquel Theudia, le saqué embozado, y me pregunté a mí mismo: ¿Quién será este Sr. Theudia, a quien tampoco podía tener embozado mucho tiempo en una capa, que no me di cuenta de si usaban o no los godos? Era preciso, empero, desembozarle, y él se encargó de decirme quién era: un caballero; por lo cual, y por su nombre, y por su traje, tenía necesariamente que ser un godo; quien trabándose de palabras con aquel monje que en la choza estaba, me fué dando con los pormenores que en ellas daba, la forma del plan que me bullía informé en el cerebro; de modo que andando entre Theudia, el ermitaño y yo a ciegas y a tientas con unos cuantos recuerdos históricos y unas cuantas ficciones legendarias de mi fantasía, cuando al fin de aquella larga escena segunda escribí yo: ESCENA TERCERA. *El ermitaño, Theudia, Don Rodrigo*, ya comenzaba a ver un poco más claro en la trama embrollada de mi improvisado trabajo, y el cielo se me abrió en cuanto me vi con Carlos Laterre en las tablas; porque mientras estuviera en ellas, era lo mismo que si en sus cien brazos me tuviera a mí el gigante

Briareo; porque estaba ya acostumbrado a ver a Carlos sacarme con bien de los atolladeros en que hasta allí me había metido, y a él conmigo le había arrastrado mi juvenil e inconsiderada osadía.

En cuanto me hallé, pues, con Carlos, fiado en él, me desembaracé del monje como mejor me ocurrió, y me engolfé en los endecasílabos: cuando yo le escribía para Carlos Latorre en mis dramas, ya no veía yo en mi escena al personaje que para él creaba, sino a él que lo había de representar, con aquella figura tan gallarda y correctamente delineada, con aquella acción y aquellos movimientos, y aquella gesticulación tan teatrales, tan artísticos, tan plásticos, nunca distraído, jamás descuidado; dominando la escena, dando movimiento, vida y acción a los demás actores que le secundaban: así que al entrar yo en los endecasílabos de la escena cuarta, me despaché a mi gusto haciendo decir a D. Rodrigo cuanto se me ocurrió, sin curarme del cansancio que iba a procurar a un actor, que por fuerte que fuese era ya un hombre de sesenta años; con un papel que sostenía solo todo mi drama; mas la inspiración había ya desplegado todas sus alas, y no vacilé en añadirle el fatigosísimo monólogo de la escena V para preparar la salida del conde D. Julián. Aquí me amaneció: tomé chocolate y leí lo escrito; parecióme largo y asombréme de tal longitud, pero no había tiempo de corregir; presentía que me iba a cansar, y temiendo no concluir para las siete, acometí la escena del conde con D. Rodrigo, que me costó más que todo lo llevado a cabo, y me faltó la luz del día cuando escribía:

Escucha, pues, job rey Rodrigo,
a cuánto llega mi rencor contigo!

No me había acostado, no había comido, no podía más y se acercaba la hora de la lectura. Me lavé, tomé otra taza de café con leche, enrollé mi manuscrito y me personé con él en el teatro de la Cruz. Leyóse; asombréme yo y asombráronse los que me escucharon; abrazóme Hartzzenbusch, y frotábase ya Lombía las manos pensando que la función de Navidad trabajaría Carlos, cuando éste dijo con la mayor tranquilidad: «Señores, yo no tengo conciencia para poner esto en escena en cuatro días; esta obra es de la más difícil representación, y yo me comprometo a hacer de ella un éxito para la empresa, si se me da tiempo para ponerla con el esmero que requiere; mientras que si la hacemos el 24, vamos de seguro a tirar por la ventana el dinero de la empresa; y la obra es la reputación del Sr. Zorrilla».

Convinieron todos en la exactitud de lo alegado por Latorre; mascó Lombía de través el puro que en la boca tenía y... se dejó *El puñal del godó* para después de las fiestas; y tampoco aquel año trabajó en ellas Carlos Latorre.

Así es secribió *El puñal del godó*. ¿Cómo lo puso en escena aquel irremplazable trágico?

La representación para el próximo lunes.

XIII

EL PUÑAL DEL GODO

Quando nos reunimos por primera vez en el gabinete ocurrió de su casa de plaza de Santa Ana Carlos y yo, para tirar del reparto y ensayo de mi drama, dije Carlos, la representación que me ha escrito usted para la empresa de la Cruz, me parece un aborto de mi irreflexivo ingenio, que había yo escrito y leído en veinticuatro borras

y bautizado con el título de *El puñal del godo*: y durante aquellos quince días, había yo tenido para reflexionar sobre lo que había hecho.

Debo yo a Dios una cualidad por la cual le estoy profundamente agradecido, pero por la cual es probable que no sea nunca respetado en mi patria: la de no dejarme alucinar por los aplausos, y no creer por ellos que mis obras son el *non plus ultra* de la perfección: como yo sé mejor que nadie cómo y por qué las he escrito, no tengo vanidad en ellas; y no solamente veo sus grandes defectos, sino que tampoco me ofende su crítica, por más que muchas veces me las haya acerba, personal y agresivamente flagelado.

Desde que el 17 por la noche leí en el teatro de la Cruz lo que en aquel día y la noche anterior había escrito, había yo comprendido que aquel *Puñal del godo*, forjado en el breve tiempo y del modo que llevo dicho, escribiéndolo antes de pensarlo, creándolo y dándole forma según escribiéndolo iba, y fiándome al escribirlo en que era Carlos quien lo debía de representar en cuatro días, adolecía de gravísimos defectos, que hacían difícilísima su representación. Yo había escrito sin juicio, sin corrección y sin poder pararme a leer lo que escribía, por miedo de perder los minutos que para concluir a tiempo mi trabajo podían faltarme; por consiguiente, mis personajes no decían en las cuatro primeras escenas lo que debían para hacer comprender la acción a los espectadores, sino lo que yo me iba diciendo a mí mismo para comprender mi pensamiento, que no se trababa y desarrollaba en mi imaginación, sino ya en el papel por los puntos de mi pluma; la cual no podía volverse a borrar una redondilla, sin perder sus cuatro versos y los cuatro minutos empleados en escribirlos, no en pensarlos, porque para pensar no tenía ni se me había concedido tiempo. Así, en la escena IV endecasilaba, parece que Theudía y D. Rodrigo se quieren desquitar de lo que no han hablado desde la desastrosa jornada del Guadalete. Fiado yo en Carlos Latorre, que contaba de una manera cuyos pormenores concienzudamente estudiados en voz, posiciones, acción y fonología, avasallaban la atención del auditorio constante y crecientemente, puse en boca de D. Rodrigo aquella fantástica historia del monje, figurándome, conforme la iba escribiendo, cómo me la iba a poner en acción aquel amigo gigante, que en sus brazos me levantó, y a quien debo la poca reputación que como autor dramático he obtenido.

Y en verdad que, con sinceridad revelándoselo hoy al público después de treinta y ocho años, hasta que hice decir a la visión del bosque, en la narración de D. Rodrigo, que

él, a quien deshonró tu incontinencia,
vendrá de crimen y vergüenza lleno
con tu mismo puñal a hender tu seno,

maldito si sabía yo aún en lo que había de parar todo aquello, que no era todavía más que la exposición. Hasta que brotó del diálogo aquel bienaventurado puñal, mi mal pergeñado trabajo no tenía ni acción, ni final, ni título: desde allí el drama lo es, y caminé desde allí resueltamente a la escena VI, que es lo único que en él tiene un valor real y un interés verdadero.

Cuando nos reunimos por primera vez en el gabinete octógono de su casa de la plaza de Santa Ana, Carlos y yo, para tratar del reparto y ensayo de mi drameja, me dijo Carlos: «La espontaneidad con que ha escrito usted *esto*, la exuberancia de versificación en sus escenas acumulada, hacen difícil su representación. Yo no quiero que corrija usted ni suprima una sola palabra; quitaría usted a su obra su originalidad:

quiero hacerla tal como está; pero quiero que mis actores, conmigo, aseguren el éxito de su estreno con el mismo lujo de pormenores de que usted la ha colmado, y con tanto exceso de estudio para representarla cuanto a usted le ha faltado para escribirla. Escúcheme usted, y vamos a ver si yo he comprendido bien su pensamiento.»

Latorre y yo teníamos siempre esta conferencia preliminar, en la cual exponíamos mutuamente nuestra manera de ver la acción de la obra que íbamos a poner en escena: yo le decía cómo la había yo concebido, y él me decía cómo pensaba desarrollarla. Seguía, pues, Carlos diciéndome: «D. Rodrigo es en *El puñal del godo* un rey acusado por dos grandes pasiones: la superstición del godo de su edad tosca, y la profunda melancolía que en su corazón ha engendrado el vencimiento. La concentración en sí mismo y la distracción perpetua en que sus pensamientos le tienen absorbido, son las señales externas del carácter de esta figura. ¿No es eso?»

—Exactamente.

—El conde D. Julián es un mal hombre: por más que la ofensa que ha recibido le da derechos para mucho, él va tras de una venganza insaciable, en la cual no ha dudado envolver a toda la nación de su ofensor. La aspereza violenta, la ira traidora de la hiena, y la marcha oblicua del lobo, son los caracteres exteriores de esta figura, que se mueve en el cuadro inquieta, torva y siniestra, como amenaza viviente. ¿No es así?»

—Exactamente.

—Theudía es... su Sancho Montero y su Blas de usted en *Sancho García* y *El Zapatero y el Rey*: a Lumberas le viene como pintado el papel de Theudía, y daremos el del conde a Pizarroso.

Y se envió a estos actores su respectivo papel.

Lumberas era entonces un mozo de buena estatura, de franca fisonomía, de varoniles maneras, bien proporcionado de piernas y brazos, y de fresca y bien timbrada voz; pero era algo tartamudo, aunque no se apercebía en escena este defecto, que venía el estudio y el cuidado. Lumberas tenía el germen de un buen actor serio; había estrenado con justo aplauso el papel del moro Hissem en *Sancho García*; y en la escuela y compañía de Latorre le secundaba dignamente bajo su dirección.

Pizarroso era un actor de angulosas formas, de voz áspera y *garrasposa*, pero de buena estatura y fisonomía, de fácil comprensión, de buena voluntad para el estudio, muy cuidadoso en el vestir, y secuaz ciego y adorador idólatra de Carlos Latorre, entre cuyas manos era materia dúctil como actor útil y aceptable.

Con estos elementos y diez días de estudio, ensayamos otros diez *El puñal del godo* y levantamos el telón sobre el interior sombrío de una fantástica cabaña, pintada por Aranda para mi drama en miniatura, en una noche en que la política traía un poco inquietos los ánimos, y la atmósfera tan cerrada en nubes como aquella en incertidumbres; una noche, en suma, muy mala para dar nada nuevo a un público que no sabía lo que quería ni lo que recelaba, dispuesto a descargar su inquietud sobre el primero que se la excitara, anheloso por distraerse, pero inseguro de hallar quien le distrajera.

Ante este público se levantó el telón del teatro de la Cruz sobre la cabaña de mi monje Romano, quien empezó aquella larga plegaria, de la cual no había querido Carlos que suprimiera un verso. Nunca he tenido yo más miedo: tenía cariño a mi tan mal forjado *Puñal*, y temía que mi triunfo de veinticuatro horas se convirtiera en veinticuatro minutos en vergonzosa derrota. Presentóse Lumberas, y se presentó bien: franco, sencillo y respetuoso con el monje, pidióle de cenar con mucha naturalidad, comió como sobrio que dijo ser, observó al ermitaño como hombre que está sobre sí, pero con la tranquila serenidad de un valiente, y llevó, en fin, a cabo la escena, dándola

la flexibilidad, el movimiento y el lujo de pormenores de que Carlos había previsto la necesidad. El público la oyó en el más desanimador silencio.

Salió al fin Carlos, cabizbajo, distraído, sombrío y brusco, llenando la escena del misterio del carácter del personaje que representaba, y a los primeros versos se captó la atención de los espectadores, y al sentarse empujando a Theudía y diciéndole: «Haceos, buen hombre, atrás...», yo respiré en mi palco, porque vi que todo el mundo quería ya ver lo que iba a pasar.

Carlos no tenía par para estas escenas: no dejó enfriar la atención un solo instante; y cuando, solo ya con Theudía, entró en los endecasílabos, se le escuchaba con religioso silencio, y sofocábanse por no toser los a quienes traía resfriados aquella húmeda frialdad del enero de 43.

Carlos reveló tanto miedo, tanta esperanza, tanta superstición, tal lucha interior de pasiones, oyendo las noticias de Theudía, que entró en la narración de su cuento tan vaga y tan fantásticamente, que al concluirle diciendo

«Dijo: y por entre la niebla arrebatado,
huyó el fantasma y me dejó aterrado»

estalló un general aplauso: era que el público expresaba así el placer de que Carlos le hubiera dejado respirar: Lumbreras picó y despertó el amor propio y el valor del rey vencido con una intención tan bien marcada; Carlos olfateó y oyó el aura militar del campamento y el clarín que estremecía a los corceles, con una acción tan dramática y levantada, y con una amplitud de aliento tan vigorosa, que la sala estalló en aquel bravo, Latorrel que era sólo para él, y que él solo sabía arrancar. La partida estaba ganada: y preparada de este modo la salida del conde D. Julián, rápido, perfectamente a tiempo y entre el fulgor de un relámpago, se presentó por el fondo Pizarroso, torvo, sombrío, hosco e insolente, envuelto en una parda y corta anguarina, con una larga y estrecha caperaza amarilla, que le cortaba la espalda de arriba a abajo. Fuése directamente a la lumbre, que estaba a la derecha, y picando con intachable precisión el diálogo de entrada, Carlos con su supersticiosa desconfianza, y Pizarroso con agresivo mal humor, llegó éste al rústico banquillo que junto a la lumbre estaba, y diciendo

D. JULIÁN. ¿Tiene algo que cenar?

D. RODRIGO. Nada.

D. JULIÁN. Pues basta;

la cuestión por mi parte ha dado fondo, engánchese la bota de su capucha en un clavo del banquillo, vélease éste y da fondo Pizarroso, sentándose a plomo sobre el tablado.

Aquí hubiera acabado hoy el drama; pero he aquí el público y los actores de aquel tiempo viejo: el público ahogó en un ¡hist! general la natural hilaridad que iba a romper; Carlos, en lugar de decir: «desatento venís donde os alojan», dijo en voz muy clara y con un altanero desenfado: «desatentado entráis donde os alojan», y aprovechando Pizarroso aquel dudoso instante, incorporóse enderezando el banquillo, asentóle sobre sus pies con un furioso golpe, y sentóse tranquilamente, como si lo sucedido estuviera acotado en su papel. Carlos, en una posición de supremo desdén y de suprema dignidad, se quedó contemplándole de través y en silencio, hasta que el público rompió en un aplauso universal; y continuó la escena en una suprema lucha de los actores por la honra del autor. La conclusión fué tan rápida y precisamente ejecutada por el hachazo

de Lumberas, y aconterada por Carlos con la octava final con tal sentimiento y brío, que el aplauso final se prolongó muchos minutos. *El puñal del godo* obtuvo el éxito que se obligó a darle Carlos Latorre, si se nos concedía tiempo para ponerle en escena como él había concebido que debía ponerse.

Así se hacían y así se escuchaban las obras dramáticas desde 1832 a 1843.

XIV

INTERRUPCIÓN

Sr. Director de *Los Lunes de El Imparcial*:

Mi querido amigo: Siento mucho no poder enviar a usted original de mis *Recuerdos del tiempo viejo* para el número de mañana; pero la primavera que Dios prematuramente nos ha enviado está semana a los que en Madrid vivimos, ha hecho fermentar en mi viejo corazón el espíritu vagabundo y holgazán de todo buen español en la estación primaveral. Confieso a usted, y sin que tal confesión me pese o me ruborice, que no he hecho más en toda la transcurrida semana que pasear al sol mi pellejo, que con el frío comenzaba ya a apergaminarsé, conversar con dos amigos tan viejos como yo, del tiempo que no volverá, y vagar por las calles de Madrid como un gorrión nuevo recién escapado del nido, que no piensa en volver a él mientras luzca el sol sobre el horizonte.

En esta ociosa vagancia me ha cogido el sábado, mi querido Munilla, sin haber escrito ni acordarme de escribir una palabra del artículo de mañana; así que, mi *Puñal del godo* pendiente se está como quedó en nuestro número del 1.º de marzo, y no lo volveré a coger hasta el del lunes 15; y para bien sea; porque un puñal en manos de un viejo loco, puede acarrear a cualquiera un susto, si no un disgusto. Yo quisiera sincerar mi falta dando a usted alguna razón que de ella con usted me disculpara; pero, la verdad es que no la tengo: si le escribiera a usted en verso, ya inventaría yo alguna mentira, por excusa; pero escribiendo en prosa, debo decir la verdad como hombre honrado.

El lunes, satisfecho de haber publicado y cobrado mi artículo, me salí al sol a espaciar el ánimo y a descansar del trabajo hecho. Los martes son malos días para empezar negocio ni labor alguna: el miércoles me volví a salir al sol para prepararme a oír por la noche en el Ateneo al Sr. Moreno Nieto; a quien voy yo siempre a escuchar cosas que yo no sé, y las dice de una manera tan de mi gusto, que le escucho arrobado, y me pesa siempre de que concluya de exponer aquellos sus tan bien hilados discursos, tan lógicamente hilvanados en tan primorosas frases. El jueves continué paseándome al sol, para rumiarme lo oído al Sr. Moreno Nieto; y a las siete y media (costumbre mía de los jueves) me senté a la mesa de la condesa de Guaqui, quien siendo hija de mi condiscípulo el duque de Villahermosa, es al mismo tiempo hermana del ángel rubio encargado por Dios de abrir las puertas de la aurora y de derramar la luz y la alegría sobre la tierra. Recibe conmigo a su mesa los jueves esta gentilísima señora al prodigio de memoria, de erudición y de precocidad, el joven Menéndez Pelayo, al infatigable Grilo, que nos recita sus versos, los míos y los de todos los poetas que conoce; a Pepe Esperanza, quien me hace concebir la de escuchar el celeste concierto del Paraíso, cuando él pone las manos en el piano, y otros renombrados ingenios y condisímicos personajes, de quienes no cito a usted los nombres, porque no le parezca que trató de darme más importancia de la escasa que mis versos me han adquirido,

más por el ajeno favor que por su mérito propio. Puede usted comprender que no tendría perdón de Dios, si empleara los viernes en otra cosa que en saborear los recuerdos en prosa y verso del salón de aquella condesa Carmen, con la cual no tienen flor comparable ninguno de los Cármenes escalonados en el valle de los Avellános de la morisca Granada.

Del viernes ya pensé emplear la noche en escribir mi artículo; pero fatalmente para usted, los viernes ha dado en reunir en su casa la señora de Malpica a algunos amigos suyos, entre los cuales me cuenta; y jav. señor Director de *Los Lunes de El Imparcial!* recibe esta señora con tal cariño y con tan buen gusto en una tan elegante morada, y van a casa de esta señora dos niñas morenas, que cantan como dos ángeles, dos rubias que tocan como dos serafines, y otras dos de tez apiñonada y cabello castaño que tocan y cantan como dos Santas Cecilias... en fin, de quella casa se sale con pesar a las cuatro de la mañana; y el sábado hay que pasarlo en soñar con aquellas tres parejas de muchachas, que le dejan a uno en los oídos para veinticuatro horas el eco de todas las harpas de Sión, y de los gorjeos de todos los ruiseñores de los bosques de la Alhambra.

La tarde del sábado, cuando ya iba disipándose la especie de embriaguez que envuelven el espíritu de los poetas, aunque seamos viejos, el recuerdo de tanta poesía, tanta música y tantos serafines con forma humana..., ella bajando y yo subiendo, tropecé en la calle de la Montera con la marquesa de D. H., que es la más mona de todas las marquesas de los reinos unidos y desunidos de Europa; una malagueña que tiene una mata de rayos de sol por cabellos, un puñado de azucenas por cara, dos pedazos de cielo por ojos y dos ramilletes de jazmines por manos; y que me dió justísimas quejas, y que la dió merecidísimas satisfacciones, y que me ofreció el perdón suyo y el de su esposo, y que la prometí enmienda, y que me fuí a mi casa entre la niebla del crepúsculo, mareado y andando a tientas con el recuerdo de sus palabras y la imagen de su hermosura.

Envié a mi familia al teatro de Apolo, y dejando el estreno de la comedia *Ángel* por oír a Blasco, me dirigí al Ateneo.

Pero Blasco es más vagabundo que yo, y a las diez nos dijo el secretario que Blasco no daba su lectura aquella noche. Un poco despechado de aquel chasco que con su ausencia me pegaba Blasco, eché hacia el teatro de Apolo, desesperanzado de acabar la semana tan poética y armoniosamente como la había pasado, puesto que daban una comedia en prosa para mí desconocida: *Lo positivo*.

A más de la mitad iba ya la representación del acto segundo, cuando ocupé yo mi butaca de primera fila; ignoraba el argumento y dábame apenas cuenta de lo que en la escena sucedía, cuando la Hijosa, que en ella estaba sola, dejó un periódico en que había leído y tomó una carta que tenía delante por leer. Desplegó poco a poco el papel de aquella carta y comenzó su lectura con una indiferencia que cambió en atención, y que fué pasando de ésta al interés, y de éste al sentimiento, y luego a la ternura, y vi con mis gemelos que las lágrimas brotaban de los ojos de la actriz, y sentí las mías anublarme los cristales a cuyo través la contemplaba, y oí por fin estallar un aplauso universal, y solté mis anteojos para aplaudir su final de acto, cuya ejecución hacía mucho tiempo que no había yo visto par.

En el tercero desplegó Pepita Hijosa un lujo de pormenores, un estudio de detalles tan minucioso, un cuadro tan acabado de cómica coquetería, manifestó tal seguridad y franqueza, tal posesión de la escena, que envidié la fortuna del Sr. Tamayo o Estévez, o como quiera llamarse el académico autor de aquella comedia, en la cual se

me revelaban a un mismo tiempo el más práctico de nuestros autores, y una actriz incomparable para el estudio de sus papeles.

Puede un gran poeta desarrollar en ricos versos o en castiza prosa, un gran pensamiento, y dar cima a una gran creación; pero el mejor poeta no puede hacer más que escribir sus palabras; y si el actor no da a cada una de las de su papel una intención, una inflexión, un movimiento y una vitalidad competentes, de la palabra no resulta más que un sonido sin vibración, que excita seca, pálida y fría la idea en ella expresada. En lo que yo ví de *Lo Positivo*, el poeta ha confeccionado sus palabras y sus escenas como maestro; pero la Hijosa da a su palabra el movimiento, el relieve y la vida del sentimiento del arte.

Yo no conocía, amigo Munilla, a esta actriz que ha hecho su reputación durante mis treinta años de ausencia de España; y como todavía su acento me resuena dentro del tímpano, su figura y su juego escénico me bailan aún en las pupilas, y el recuerdo de la actriz me turba la memoria, no tengo ni tiempo ni ánimo para escribir el artículo de mañana.

Compóngase usted, pues, como pueda; que yo voy a probar si durmiendo doce horas seguidas, puedo desembarazarme de la deliciosa pesadilla que me producen en vigilia las encantadoras imágenes de las nueve bienhechoras hadas, con quienes he tenido la fortuna de tropezar en la semana que acabó ayer. Si Dios me da otras cuatro como ésta, el premio grande de la lotería en la quinta, y la gloria después de la muerte... reclame usted, señor Munilla, reclame usted ante todos tribunales humanos y en el divino, porque no habrá justicia ni en la tierra ni en el cielo.

Suyo afectísimo...

Los redactores de *El Imparcial* no quisieron dejar pasar el número de aquel lunes sin artículo mío, y substituyéndole con mi anterior epístola, le completaron con la siguiente nota y los subsiguientes versos: todo lo cual dejo yo en este lugar, interrumpiendo mis recuerdos como ellos lo intercalaron en los *Lunes* de su periódico.

Mal satisfechos con esta carta del Sr. Zorrilla, corrimos a su casa, pero no le hallamos en ella. Registramos osados su pupitre, y encontrando en él el borrador de las siguientes octavas, las publicamos a continuación de su carta, en lugar del artículo que hoy no contaba darnos.

Dios te ha dado, Valenciana,
la beldad de las huríes;
en tu faz, cuando sonrías
se abre el cielo y se ve a Dios;
quien al darte en carne humana
modelada tu hermosura,
dijo: «Ahí va esa criatura,
y como esa no hago dos.»

Y eres única por eso:
yo creí que era mi Rosa,
la primera y más hermosa
en el ámbito español;

pero a ti, prez y embeleso,
luz y gloria de Valencia,
te creó la Omnipotencia
sola y sin par, como el sol.

En tus ojos nace el día,
que ajimeces son del cielo
por los cuales manda al suelo
de Valencia Dios la luz.
Ha supuesto Andalucía
que era Venus sevillana...
no lo creas, Valenciana;
erró vano el andaluz.

Al matar el cristianismo
a la Venus de Citheres,
se asió a ti Cupido, y eres
quien le lleva de sí en pos;
si hizo a aquella el paganismo
de la espuma de los mares,
de capullos de azahares
y de luz te hizo a ti Dios.

Tú eres Venus, Valenciana;
tu hermosura es más perfecta
que la helénica, romana,
bizantina y oriental:
tú eres la obra más correcta
de las manos de aquel numen
que es la cifra y el resumen
de lo bello y lo ideal.

Y contigo, almo trasunto
de aquel germen de hermosa,
de sin par modeladura
en su inmensa creación,
no tiene el más leve punto
de adhesión comparativa
criatura alguna viva
en belleza y perfección.

No creó naturaleza
ningún tipo de hermosura
que no fuera a tu belleza
algún rasgo a demandar;
te pidió el cisne blancura,
el armiño tu limpieza,
el halcón tu gentileza
y el antílope tu andar.

Tienes ojos de paloma
y hebras de sol por pestañas;
Dios te ha puesto en las entrañas
los efluvios del rosal:
y respiras los aromas
que desprende en las montañas,
de sus troncos y sus gomas,
el calor primaveral.

Tu cabeza toca airosa
tu abundante cabellera,
como al cedro y la palmera
su ramaje secular:

de las ondas de tus rizos
la espiral es más graciosa
que los arcos movedizos
de las ondas de la mar.

Tu cintura, más esbelta
que los vástagos del mimbre,
hace el paso que se cimbre
de tu andar de garza real;
y tu leve falda suelta
flota en torno de tu talle,
cual la niebla que en el valle
alza el sol matutinal.

Mas sutilmente no liba
colibrí de cien colores
en el cáliz de las flores
el rocío que en él ve;
más ingrávida no estriba
la ligera mariposa
en las hojas de una rosa,
que al andar pisa tu pie.

De tus labios la sonrisa
como un alba se desprende
que por la atmósfera extiende
viva luz y aura vital,
y tu aliento es una brisa
que del cielo baja al suelo
por tus labios, que del cielo
son las puertas de coral.

Son más dulces tus palabras
que la miel de las abejas;
el olor que tras ti dejas
aventaja al del clavel;
y tu amor, con el que labras
mi ventura, reasume
la dulzura y el perfume
de la flor y de la miel.

Tú eres Venus, Valenciana:
tus dos labios carmesíes
al abrir, cuando sonríes,
se abre el cielo y se ve a Dios;
quien al darte en carne humana
modelada tu hermosura,
dijo: «Ahí va esa criatura:
mas como esa no haré dos.»²

XV

EL PUÑAL DEL GODO

III

Ganóme esta obrita más favor con el vulgo, e hizose pronto más popular y famosa, que cuantas escritas llevaba, por la circunstancia de que, no necesitándose dama para su representación, la pusieron en escena todos los aficionados en liceos, casinos y demás sociedades más o menos literarias que por entonces comenzaron a surgir; y permítame el lector que con vanidad le recuerde que sé de cierto que miles de personas, que han sido y son hoy conocidos personajes, han hecho el papel de alguno de los cuatro de mi *Puñal del godó*; y no ha muchas noches dieron una dedada de miel a mi amor propio mi paisano Núñez de Arce, Sellés y otros que valen y son hoy más de lo que yo antaño valía y era, revelándome alegremente que habían de estudiantes representado a Theudia y a D. Rodrigo, y el primero añadió que aún sabía de memoria toda mi rápidamente abortada composición; lo cual, sea dicho en paz y en gracia de Dios, me congratula con aquel pequeño aborto de mi ingenio y casi me enorgullece de haberlo escrito.

Y la ocasión me viene como de molde, para exponer aquí mi opinión sobre las representaciones de los aficionados, en los más o menos caseros teatros de sociedades más o menos públicas o privadas. Cuando invitado un conocido autor a la representación de una de sus obras en uno de estos teatros, le dicen durante o después de ella: *¡Cuánto habrá usted sufrido viéndose así ejecutado!* ni los que tal le dicen son justos, ni él lo fuera, pensando tal. Yo, por mi parte, no sólo asisto sin pena a estas ejecuciones, sino que es la sola ocasión en que escucho mis versos sin hastío. Los aficionados suelen ser muchachos de quienes aún no se sabe el porvenir, que estudian sus papeles con afán, los representan con entusiasmo, y se encariñan con el autor; de quien se acuerdan continuamente y con quien contraen esa amistad leal, noble y desinteresada, que se basa en la fruición espiritual de la lectura y del estudio de una obra que nos procura aplausos y favor, siquiera sea de amigos. Tal vez un muchacho a quien el porvenir guarda una faja de general, o un sillón presidencial de un Parlamento o en una Academia, representa delante de la niña que ha de ser su mujer, o de la mujer que ha de ser su gloria o su condenación. Tal vez alguno, con la representación del papel de Theudia o del conde D. Julián, ha conseguido el amor de su Florinda, y uno y otro han bendecido y conservado por ello toda su vida una amistad por él ignorada al viejo autor del *Puñal del godó*. En estos teatros y en estos actores de afición, todo es disculpable, en atención a la buena fe con que todo se hace: en ellos suelen presentarse individuos que fácilmente llegarían a buenos actores, si en serlo pusiésemos empeño o de serlo se vieran en la necesidad. Yo soy tal vez el viejo que tiene más amigos jóvenes: soy el poeta que goza de más popularidad entre la juventud escolar de España; y no por mi ciencia, de la cual dan mis escritos bien pobre y escasa muestra, sino por las octavas de D. Rodrigo y el diálogo de éste con D. Julián, de los cuales, hay apenas estudiante que no tenga en su memoria algunos de sus versos, o algunas hojas parásitas de los míos entre las de sus libros de asignatura.

Los actores de provincia son también dignos de la indulgencia de los autores; porque la variedad diaria que en sus representaciones exige un público escaso que nunca varía, no les da tiempo de estudiar, ni de ensayar convenientemente las obras; pero

basta de esto, que es tratado aparte de mis recuerdos viejos: ya volveré sobre ello cuando llegue el turno a mis impresiones del tiempo actual; y tornemos y demos fin a las de *El puñal del godo* con una anécdota poco conocida.

Había en Méjico, cuando vivía yo en aquel paraíso, que debió ser para mí y no quiso Dios que fuera. limbo del olvido, un Casino español, pródigamente sostenido, en cuyos salones se daban algunas espléndidas fiestas; una de ellas, la imprescindible, se verificaba el día onomástico de la Reina Isabel, a quien, como a la persona que entonces representaba la patria, enviábamos un saludo los expatriados de España. Era yo el encargado de hacer una lectura en aquellas noches, que concluía siempre con el viva a España, al cual contestaban los mejicanos y españoles en aquellos salones reunidos.

Un año, queriendo el Casino hacerme un obsequio por lo que parecía trabajo y era en un español obligación de buen ciudadano, dispuso que en una de estas fiestas se representase mi *Puñal del godo* y se me ofreciese una corona.

Colocáronme, para honrarme, en un grande y magnífico sillón, en el cual resaltaba más mi exigua personalidad, a la derecha de la orquesta y de cara al público: ejecutóse mi pobre drama lo mejor que se pudo y mejor de lo que se esperaba; diéronme mi corona, aplaudíronme mucho, y después de una exquisita cena acoterada con muchos brindis, metiéronme, tras de muchos abrazos y plácemes, en mi coche y... buenas noches.

Al día siguiente un periódico mejicano, no muy afecto a los españoles, pero redactado por gente ingeniosísima, daba cuenta de la fiesta, la representación, mi coronación y la cena final, en los términos más halagüeños para la riqueza, la esplendidez y el patriotismo de los socios del Casino; pero concluía con este cuentecillo: «Sin que salgamos garantes de la verdad del hecho, se cuenta que entre el poeta Zorrilla y un amigo nuestro y suyo, que no había asistido a la función del Casino y que se acercó a saludarle al bajar aquél del coche a la puerta de su casa, se cruzó el siguiente diálogo, que resultó improvisada redondilla:

«EL AMIGO. ¿Qué tal lo hicieron los godos?»

EL POETA. ¡Hombrel... lo han hecho tan mal,
que buscaba yo el puñal
para matarlos a todos.»

En cuyo cuentecillo quedábamos mal todos los españoles de Méjico: los del Casino por haber hecho mal mi drama, y yo por hacerlo peor con ellos en semejante epigrama.

Ni es mío, ni en aquella ocasión pudiera haberseme ocurrido; pero me le ha recordado la última representación que he visto en Madrid de mi pobre *Puñal del godo*.

XVI

LOS DOS VIRREYES

Suum cuique

Este drama está ya olvidado del público de Madrid, y apenas si se representa alguna vez en provincias, afortunadamente para mi honra.

De el se ocupó la crítica muy somera aunque muy agriamente, y tuvo razón: es la más miserable rapsodia representada en el teatro moderno; y si andando el tiempo algún curioso bibliómano o algún crítico investigador tropezaran con ella en algún

juicio retrospectivo; seguramente exclamarían con asombro: «¿Cómo diablos fué posible que aquel poeta escribiera estolo».

Y no puedo negar que lo escribí, y es lo peor, que al afirmarlo no me avergüenzo de haberlo escrito; materialmente escrito, porque el argumento, la forma y las escenas en prosa, no son míos: están rastreadamente cogidos y literalmente copiados de una mala novelucha de un autor italiano enjerto en francés, a quien todo París literario y artístico ha conocido, pero cuya reputación no ha llegado a España: la novelucha se titulaba *El virrey de Nápoles*, y su autor se llamaba Pietro Angelo Fiorentino.

¿Cómo llegó a mis manos esta novela? ¿Quién me puso en mientes trasformarla en drama, copiando en él servilmente los amanerados diálogos de su falso relato, y sin curarme de corregir sus errores históricos, ni de dar a mis personajes otro carácter más acusado y dramático, más verdadero y más español?

Es una historia que debía de quedar para contada después de mi muerte; pero que se me antoja contar en vida, porque nada hay en ella que no abone mi lealtad de amigo y mi buena fe de hombre honrado; porque no quiero que piense ninguno de los que en mi tiempo viven, que temo abordar en mis **RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO** ninguna cuestión personal sobre el pasado que no vieron, y porque no quiero cargar para el porvenir con culpas que no fueron mías. En cuanto a mi reputación literaria, confieso que no me trae con mucho cuidado; porque sólo la posteridad depura y acrisola lo que vale la fama adquirida en vida por un autor de loca fortuna o de gran favor entre los profesores de bombo; y tengo yo para mí, aunque pese a los pocos amigos que me quedan, que más me va a honrar después de mi muerte, la sinceridad con que reconozco la escasa valía y los defectos de mis obras, que el haberlas escrito; y digo sinceridad, por no atreverme a decir modestia; virtud que creo que no existe ya en España, y que es un capital que... quien lo pone lo pierde: sabiendo lo cual, aunque lo tuviera no lo pondría yo.

No quiero, sin embargo, que mis amigos renieguen de mí, tomando mi sinceridad por hipocresía; y voy a decirles de paso, y aún a peligro de que en vez de hipócrita me crean vanaglorioso, que tengo cierta conciencia de mí mismo, teniendo por bien hecho y por valioso algo de lo por mí hecho: mi *Cristo de la Vega*, mi *Capitán Montoya* y mi *Margarita la tornera*, son tres leyendas muy imitadas, pero no corregidas aún por otro poeta mejor narrador, o más legendario y tradicional; y Dios y el tiempo nuevo me perdonen mi pretensión de creer que me dan derecho a tenerme por legendario buen narrador. Por poeta dramático no me tuve jamás, y sólo puedo presentar sin vergüenza los dos primeros actos de *Traidor, inconfeso y mártir* y la segunda mitad del tercero y primera del cuarto de *El Zapatero y el Rey*; lo cual no es tanto que sirva para bravear, ni tampoco que me humille y me cierre las puertas del teatro; y en cuanto a mis poesías líricas... ¡ay de mí no son más que hojarasca; y en ellas hay muchas hojillas verdes y algunas florecillas frescas, pero cuando el tiempo seque tal hojarasca, poca sombra dará a mi fama el follaje que deje su soplo en las pobres ramas del laurel de mi gloria.

Volvamos a la historia de mis *Dos virreyes*.

Había en 1838 y 39 una tienda de gorras en la Puerta del Sol, cuya dueña, honradísima mujer, tenía un hermano menor que de ella dependía y que era taquígrafo de las Cortes. Alto, desgarrado, de pesados movimientos, modales vulgares y saltones ojos, era en su exterior el tipo de la honradez, y en sus características manifestaciones la expresión de la buena fe.

No recuerdo cómo, ni por quién, tropezó y comenzó a juntarse conmigo; pero ello es que paró en ser mi inseparable sombra y que no pasaba día que no pasara con-

migo y en mi casa las horas que su ocupación de taquígrafo le dejaba libres. Alababa todo lo que yo hacía, celebraba todas mis excentricidades de poeta y mis niñerías de muchacho; y como si en mi cronista se hubiese constituido, propalaba y encomiaba por donde quiera mis hechos y mis dichos, clasificándolos todos entre los más chistosos y originales del mundo; lo cual contribuía, más que a mi buena fama, a procurar a él la de mi único amigo, confidente único de los secretos del muchacho que iba haciéndose popular.

Llevaba yo por entonces, como he llevado siempre, una vida aislada, que me ha obligado a llevar el trabajo necesario a mi subsistencia y mi poca simpatía por las banalidades que forman base de la vida social de Madrid. Las visitas inútiles, las relaciones superficiales y los convites sin cariño, han sido cosas que no he aceptado jamás en mis costumbres: y he preferido siempre para mis alegrías y expansiones el interior modesto de mi pobre hogar, al suntuoso salón y la opípara mesa del opulento y millonario anfitrión. Mi idea fija era hacer famoso el nombre de mi padre, para que éste, volviéndome a abrir sus brazos, me volviera a recibir para morir juntos en nuestra casa solariega de Castilla; única ambición mía y único bien que Dios no ha querido concederme. Bajo esta idea huf siempre de la sociedad política y rechazé el favor y la protección de los gobiernos, a quienes no pudo ligarme nunca compromiso alguno personal; mi padre era realista, tuvo que irse con el infante D. Carlos María Isidro a las Provincias Vascongadas y que emigrar a Francia un mes antes del convenio de Vergara; y puse mi empeño en probarle que la fama que yo había dado a su apellido, la debía sólo al trabajo y al favor del pueblo, no a haber vendido mi pluma a un partido contrario a sus opiniones; y sin cuya revolución no hubiera yo, sin embargo, tenido una prensa en que publicar los versos que me hicieron popular.

Pasábame, pues, la vida en mi casa dado a mi asiduo trabajo, del cual descansaba y me distraía en el tiro de pistola y en el circo de la plaza del Rey; mis dos únicos vicios, porque en vicio los constituía mi diaria presencia en el tiro y en el circo, donde constantemente me acompañaba X el taquígrafo, toseo eslabón humano que con la humana sociedad me encadenaba. X no tiraba; juzgaba de los tiros, convenía las apuestas, aplaudía los triunfos, y tomaba parte muy principal en los almuerzos en que las ganancias se invertían. Mr. Arnaud, el propietario del tiro, tenía para su establecimiento el reclamo de nuestra fama, y en el actor Monreal, en D. Juan Valleras y en mí, tres seguros mantenedores de las apuestas que él con extranjeros generalmente entablaba, y que el bueno de X con él organizaba y llevaba a cabo; almorzando siempre, como árbitro y adlátere mío, con los vencidos y los vencedores.

No puedo resistir al deseo de consagrar aquí cuatro renglones al recuerdo de aquellos viejos compañeros de mis juveniles aficiones.

Monreal era un actor inimitable en lo que entonces se llamaba papeles de traidor: era un segundo sin primero y un tirador de pistola de primera fuerza, pero había que fiarle en las apuestas los primeros tiros; porque era tan orgulloso, que el primero perdido le hacía perder la serenidad a impulsos del amor propio que le devoraba. Juanito Valleras era un gaditano de 24 años, fino y esbelto como un galgo inglés, caballero y leal hasta el recorte de las uñas, andaluz hasta la médula de los huesos, y tan incapaz de hacer una villanía como de soltar una gracia agresiva ni de mal tono. Era el primer tirador de entonces; tiraba por vanidad, y daba siempre la mitad del valor de cada tiro al francés Arnaud, porque no se comalachara con ningún tirador paisano suyo para desigualar la carga o las ventajas de las apuestas. Con Valleras y conmigo llevaba Arnaud el 50 por 100 de cuanto en ellas se atravesaba; y el tiro de apuesta de Valleras eran nueve balas colgadas a nueve distintas alturas, que debían casarse

con las de nueve tiros sin interrupción; y rara vez le faltaba una por casar. De su habilidad es prueba irrechazable el hecho siguiente:

El francés Arnaud andaba siempre a caza de ingleses con quienes empeñarnos en apuestas de tiro, y dió una vez con unos que nos invitaron al del encargado de negocios de Dinamarca, que le tenía precioso en su jardín de la casa de la calle del Barquillo, residencia de su embajada. Los ingleses lo eran de pura raza, y nos recibieron como gentes de la mejor sociedad, previa la más irrecusable presentación. Tiraban con unas magníficas pistolas belgas, tres pulgadas más largas que las nuestras: fiáronse a la suerte todas las condiciones, y tocó a cada cual el derecho de usar de sus propias armas. Durante los preliminares, Monreal y X fijaron su atención en un inglés viejo que, sentado a la cabeza del tiro, tenía un groom de pie a su espalda y un gran saco a sus pies: era sin duda un maníaco apostador.—«¡Ojo al saco!», dijo por lo bajo X—, y una mirada furtiva de Mr. Arnaud nos probó a Valleras y a mí que el francés había tramado aquella conjuración contra el saco del inglés. Tocó a los de Albión tirar los primeros; pusieron por primer blanco un huevo a treinta pasos: tiró el primer inglés, e hizo blanco: tiró el segundo con igual acierto; y hecho lo mismo por el tercero, nos tocó nuestro turno a los españoles. Valleras permaneció impasible, apoyada la mano derecha en el pilar de la barandilla, para tener la muñeca libre de sangre y el pulso tranquilo; pero invitado por uno de los ingleses a hacer su tiro, dijo tranquilamente: «Mis compañeros y yo no hacemos ese tiro.»

Mr. Arnaud se mordió los labios, yo sentí palidecer mis mejillas, y los ingleses echaron sobre nosotros una mirada de compasión acompañada de una sonrisa, en la cual su esmerada educación no llegó a marcar el desprecio. Valleras, sacando un puñado de monedas de a ochenta reales isabelinas y recientemente acuñadas, mandó al criado poner una en el blanco, apoyada en el tapón de corcho tendido. Tomó su pistola, y pasándosela a Monreal para el primer tiro, dijo a los ingleses: «Nuestro tiro no pasa nunca de este tamaño.» El blanco se veía mal, porque no era blanco sino amarillo, y a treinta pasos sólo lo veía un ojo de tirador; tiró Monreal y quitó la moneda; puso el criado otra, y Valleras me pasó la pistola con que él tiraba; puse yo mi alma en mi dedo índice, e hice blanco; Valleras dijo: «Yo no tiro eso: cuélgue usted mis nueve balas.» Valleras hizo su tiro; los ingleses saludaron respetuosamente, y el del saco se le entregó al groom, que desapareció con él. La apuesta paró en un refresco y en un puñado de monedas que Valleras y los ingleses dieron a Mr. Arnaud; y cuando a la mañana siguiente, al volvernos a reunir en el tiro de éste, argüía a Valleras por no haberse dejado ganar los primeros tiros para engrosar las apuestas, Valleras contestó con su desenfado andaluz: «Mr. Arnaud, si usted había pensado que nuestro blanco fuese el saco del inglés, hizo usted mal en pensar en nosotros para sostener tal apuesta.»

Valleras murió dos años después, de una afección pulmonar; Monreal se metió una noche la bala de su último tiro en el cerebro... y yo abandoné el tiro, cuando mis compañeros abandonaron el mundo.

Al montar Ignacio Boix su librería en la calle de Carretas, dando a este ramo de comercio una forma y un impulso hasta entonces inusitado en España, X se ingirió en su casa como administrador, ya con ciertas pretensiones literarias, como amigo y conjunto inseparable mío: Boix aceptó la literatura de X bajo su palabra: dióse éste a escribir algunos artículos en *El Pensamiento*, semanario que Boix fundó: ganóse X la confianza de éste como había ganado la mía, y Boix le comisionó para ir a establecer en Cuba y Méjico dos sucursales de su casa de Madrid.

He aquí el talento y la historia de las medianías que saben no desperdiciar la sombra de la más pequeña hoja que puede dársela: X empezó por adherirse a la pequeñi-

sima sombra que mi pequeñísima persona comenzaba a proyectar: cobijóse después a la sombra de mi casa: recogió como reliquias todos los borradores de mis manuscritos y todos los más íntimos pormenores de mi vida; y, al cabo de dos años, salió para Cuba, agente de la primera casa de librería, con mejor porvenir que yo, y con el manuscrito inédito de mi leyenda de *El capitán Montoya*, de la cual hizo cuatro ediciones en la Habana y Méjico, acompañándola de una biografía del autor *su grande amigo*, cuyo nombre iba con el suyo en la primera página, viva representación de mi personalidad: segundo yo en aquellos países, que no pensaba yo entonces visitar después de él; ni X pensaba que yo en ellos había de hallar más tarde la huella de sus pasos. Volví a Madrid en 1842, trájome grandes noticias de mi gran fama por aquellos países y del éxito fabuloso de mi *Capitán Montoya*; pero ni a él le ocurrió darme, ni a mí pedírsela, cuenta de lo que sus cuatro ediciones habían producido. Entre amigos...

Entretanto, había yo tenido un poco de fortuna en el teatro con mi *Cada cual en su razón* y las dos partes de *El Zapatero y el Rey*, y X me había dado a leer aquella novelilla de Pietro Angelo Fiorentino, que había traducido y publicado *allá*, en compañía de mi *Capitán Montoya*, y bajo las mismas bases de lucro para Pietro Angelo que para mí. Celebróme mi bienandanza teatral: y anudando naturalmente su antigua intimidad conmigo, siguió acompañándome a los ensayos en el escenario y a mi mujer en mi palco en las representaciones..., y un día me preguntó que qué me parecía su novela de *El virrey de Nápoles*..., y otro día que si se podría hacer de ella un drama..., y una noche que si yo querría trasformar en drama su novela, y por fin, que si, escribiéndola en verso y prosa, querría yo aprovechar los diálogos de la novela, y poniéndolos a nombre suyo, ponerle a él al par del mío como autor dramático: *cosa* que a él le daría una grande importancia con su principal Boix, etc., etc.

¿Por qué no había yo de ayudar a hacerse hombre a un tan buen amigo? Me había acompañado dos o tres años cinco o seis horas diarias, y día y noche en las épocas de enfermedades y pesadumbres: había empezado su carrera de escritor poniendo en las nubes mis versos y en boca de todos la prosa de mi vida... Emprendí la transformación de la novela *El Virrey de Nápoles* en el drama *Los dos virreyes*; pero por más empeño que puse en semejante trabajo, le concluí convencido de que había salido como no podía menos de salir una obra malamente confeccionada, muy desigualmente escrita y de éxito dudosísimo.

Llamé a X y le dije que en mi cualidad de buen amigo y de hombre leal, mi conciencia me obligaba a advertirle que *Los dos virreyes* era un tiro que iba a salir para él por la culata; y que al silbarme el público por primera vez, no faltaría a quien le ocurriera que escribiendo solo me había hecho aplaudir, y que la asociación con X me había atraído la primera silba; y, en fin, que aquel seguro mal éxito, en vez de procurarle reputación y de abrirle la escena, le iba a desacreditar y a cerrársela para siempre.

Pareció X convencido de mis razones: y como la temporada cómica iba ya muy avanzada, la obra estaba prometida y yo obligado a dar la tercera del año, según mi contrato, determinamos presentarla bajo mi solo nombre, y que corriera yo solo el riesgo de un desaire casi seguro del público y de una justa rechifla de la crítica por semejante rapsodia.

Entregué mi obra a Lombía: recomendéla a Carlos, poniéndole en los pormenores de su historia: prometióme Carlos, con el paternal cariño que me tenía, ponerla en escena con tanto más esmero cuanto menos probabilidades de éxito presentaba: y pretextando yo no poder esquivar por más tiempo el compromiso de ir a pasar la semana Santa con el duque de Rivas, partí a Sevilla, huyendo de la primera repre-

sentación de aquellos *Dos virreyes*, con cuyo azaroso porvenir dejé cargados a Mate y Carlos Latorre, diciéndome al meterme en la diligencia: «ojos que no ven, corazón que no siente».

Y qué recuerdo tan fresco, tan juvenil, tan poético, es el de aquel viaje y el de la estancia en la casa y con la familia de aquel tan gran poeta y tan grande amigo como fué mío, aquel a quien yo llamaba mi ángel, a quien la posteridad llama duque de Rivas, y cuya memoria vive aún por la amistad en mi corazón, y en España por el *Don Alvaro*, que está todavía en pie sobre la escena en que hace cuarenta años que apareció!

Desde que Juanito Donoso y Nicomedes Pastor Díaz primero, y Villalta después, me habían dado trabajo en sus periódicos, no había yo dejado pasar una semana sin publicar una ó dos composiciones por lo menos: en tres años había de ellas coleccionado ocho tomos mi primer editor Delgado. Desde que García Gutiérrez me había abierto la escena, asociándose a él en el *Juan Dándolo*, había yo presentado seis dramas, benévolutamente acogidos por el público, que tuvo sin duda en cuenta al aplaudírmelos mi poca edad y mi constante trabajo: tenía yo mucha prisa de meter ruido que llegara a los oídos de mi padre, emigrado en Francia, y no me remuerde la conciencia de haber desperdiciado aquel tiempo viejo. Era la primera vez que cogía yo un mes y un puñado de onzas para mi solaz. Mi miedo al éxito de mis *Dos virreyes*, pedía a Dios alas para huir de Madrid: y el editor D. Manuel Delgado, que era el único que sabía lo que yo valía en dinero, que me gruñó siempre, pero no me negó jamás el que le pedí, me dió el susodicho puñado de onzas, para sustituir con un asiento en la diligencia las alas que Dios no ha concedido a ningún poeta al lado de los omoplatos. Dióme Lombía una docena más de aquellas graves y amarillas monedas que por atrasos de mi sueldo me era en deber, y otra docena Boix por adelanto y seguridad de mi primer tomo de leyendas: dejé las dos docenas a mi familia; y con el primer puñado en el bolsillo, me acomodé en la berlina, que después hemos llamado *coupé*; de la diligencia que a las tres de una mañana de marzo arrancaba para Sevilla, de la calle de Alcalá.

Llevaba por compañeros a D. Juan Jústiz, noble mozo habanero, de tan mala salud como buena educación, y tan sobrado de rentas como falto de humor para gastarlas; a quien acompañaba Lorenzo Allo, otro habanero de tan buen humor y tan buena salud como poco amigo de guardar su dinero, con quien había trabado yo amistad en el tiro de Mr. Arnaud y en el gimnasio del conde de Villalobos.

Era este Lorenzo Allo el mejor amigo y el más agradable compañero del mundo: tan enjuto como recio, era nervioso hasta tener trémulas las manos, a pesar de lo cual tomaba café cuatro veces al día; y usando en anteojos de oro unos cristales de muy bajo número, alternaba con los primeros tiradores; sin que me haya podido yo dar cuenta de cómo veía el blanco, ni de cómo sujetaba e inmovilizaba sus nervios para hacer finísimos tiros. Teníame una sincera amistad y sabía de memoria muchos versos míos: dábame tan buenos consejos como malos ejemplos; y tan diestro boxador como mediano humanista, estaba siempre dispuesto a saltar un ojo de un puñetazo a quien no le concediera sin discusión que era yo el primer poeta de ambos mundos. Cuidaba de mí en el gimnasio como si fuera yo de cristal, y de mí honra como si fuera la suya, e hijo yo de su mismo padre.

Jústiz y yo le hicimos administrador de ambos durante el viaje y le entregamos nuestros dineros: aquél para no tener el trabajo de pensar en ellos, y yo para ahorrar-me el de contarlos: negoció que era por entonces no poco peliagudo en España, con los ocho cuartos y medio de sus reales, los ciento setenta de sus duros, los trescientos

veinte reales de sus onzas, las tres onzas y dos duros de sus mil reales, etc.; de modo que las más mínima cuenta tenía siempre más picos que una custodia.

La noche estaba fría, lejano el amanecer, y los tres viajeros de la berlina que habíamos acudido con tiempo por no habernos acostado, estábamos en nuestros puestos desde que empezaron los mozos a cargar el carruaje, durmiendo tranquilamente bien embizados en nuestras capas. La empresa era nueva, y en competencia con la antigua: el conductor ocupó el pescante, y al dar las tres en el Buen Suceso, dió una voz y tendió su fusta a los caballos, que nos arrebataron entre el ruido de sus herrados cascos y de sus agujereados cascabeles.

La nueva empresa había montado a la francesa sus tiros, sustituyendo al antiguo rosario de mulas, enfrenadas sólo las dos del tronco y las seis restantes encomendadas a un muchacho jinete en el mingo delantero, un tiro de seis buenos caballos todos embriados; dos en la lanza y cuatro en balancín. Aquellas nuevas diligencias, carruajes de sólo berlina y rotonda, eran unas especies de sillas de posta; y eran a las antiguas galeras y diligencias, lo que hoy son a aquellas sillas de posta las locomotoras y trenes de los ferrocarriles; pero aquel ruido de los cascabeles, aquel perpetuo vocerío con que a sus caballos animaban los mayorales, aquellos zagales dicharacheros que enganchaban y recogían los tiros en las remudas, aquellos venteros y maestros de postas, aquellas hosterías en donde se hacían los altos y las comidas, conservaban el carácter jaranero y alegre de nuestra patria y la tierra por donde viajábamos los españoles; y se veía el país, y se bromeaba con las paisanas; y sea dicho en paz, no tenía tantas ventajas para los intereses materiales, pero tenía más poesía que el actual nuestro modo de viajar del tiempo viejo. Los caballos daban cierto decoro de caballeros a los viajantes; y no todo el mundo podía permitirse el lujo de viajar en berlina de una silla-correo, que corría por el centro de la calzada, pasando al vulgo de los viandantes; la máquina lo arrastra todo, y los caballos arrastraban la flor de lo arrastrado, y bien lo decía el refrán: «de las vidas arrastradas... la del coche».

El en cuyo *coupé* íbamos Allo, Jústiz y yo, paró en Ocaña para almorzar. Sin que Allo y yo hubiéramos bajado los cristales, ni hablado con los viajeros del segundo compartimento en las postas pasadas, por respeto al descanso de Jústiz, que iba convaleciente de larga enfermedad, con fuentes abiertas en los brazos y encomendado a nuestra amistad por su cariñosa familia. Pero al apearme en Ocaña, unos brazos poderosos me arrebataron del estribo, y al depositarme en tierra me decía la voz vigorosa del individuo a quien aquellos fornidos brazos correspondían: —«¿Aquí tú, Pepe?»—Era Paco Elipe, diputado bullicioso, poeta un poco excéntrico, pero no despreciable, hacendado manchego y amigo leal, de quien ya apenas hace nadie memoria; pero de la de quien voy a traer algunos recuerdos a estos míos de aquel viejo tiempo.—¿Quién es tan descortés ni tan ingrato que no se pare a dar un apretón de manos al viejo amigo, a quien encuentra por acaso en el viaje de la vida? ¿Y qué son estos recuerdos más que un viaje de vuelta por el casi borrado rastro del florido camino de mi juventud?

Paco Elipe fué socio del Liceo y escribió de todo, en verso y en prosa; y empezando por un drama en compañía de Romero Larrañaga, titulado *La Vieja del Candilejo*, cuyo plan está no mal preparado y versificado limpia y galanamente: escribió otros más, y tuvo sus éxitos y sus aplausos y su reputación no inmerecidos, y fué uno de los que, con quienes empezábamos a hombrear, arrimó el hombro para empujar el carro del progreso de aquella época. Recto y tenaz, y de vigorosísimo carácter, hacía y decía las cosas de muy original y personalísima manera. Un día cerraba con laere una carta, y echándose por descuido una gota de él, encendida, en un dedo, en lugar de sacudírsela, dijo, conservando el dedo inmóvil: «¡Bruto Paco; para que no seas torpe

otra vez! Y dejó apagarse el iacre en la carne. Una noche sorteamos en el Liceo varios argumentos para una improvisación, entre varios poetas, y tocóle a Elipe el de la *Noche-Buena*.

El tiempo dado para el trabajo de la improvisación era el de una hora, al fin de la cual comenzaba la lectura de las composiciones en la tribuna; llegó su turno a Elipe, y en medio de muchas redondillas facilísimas, en que describía todo el tumulto que traen consigo los panderós, zambombas y el jaleo de aquella noche de la Misa de Gallo, soltó con la mayor formalidad la semiblasfemia de esta cuarteta:

Y aunque la ilación se quiebre,
lo que no apruebo y resisto,
es el mal gusto de Cristo
de nacer en un pesebre.

Y continuó su descripción de la *Noche-Buena* con tanta imperturbabilidad suya como estupefacción del auditorio.

Fué el amigo más consecuente de José Fernández de la Vega, el fundador del Liceo, mal recompensado por todos los a quienes hizo hombres con el establecimiento de tan única y brillante sociedad. El Gobierno no supo dar a Vega más que el Gobierno de una provincia de tercer orden; y Paco Elipe fué el más fiel amigo de aquel a quien tantos faltaron.

Pero de Paco Elipe haré más larga y justa mención más adelante, porque espero en Dios que me dará tiempo de hacerle una visita en su palacio solariego de Manzanares: y ocasión de hallar en él materia para más curioso relato.

Con este mi tercer compañero de viaje almorcé en Ocaña, en un parador nuevo, en una mesa muy limpia y enflorada, servida por dos buenas mozas de diez y ocho y veinte años, de triguña tez, boca sensual y risueña, grandes, negros y retozones ojos, moño de picaporte con zorongo de largos cabos, y robustez muy mal disimulada en sus ceñidos corpiños, y sus estrechos y cortos guarda-pieses.

El conductor nos presentó a los postres un libro en blanco, en cuyas hojas rogaba la empresa a los viajeros que anotasen las faltas de servicio para corregirlas. Elipe y yo acusamos en ellas, y en unas quintillas, al posadero de hacer servir su mesa por aquellas dos muchachas, que embelesaban a los viandantes para que no comiesen más que ojeadas y sonrisas, productoras para ellas de dobles propinas y de vanas esperanzas para los comensales; y pedíamos a la empresa que, o suprimiese aquellas dos muchachas, o que, cambiando las horas de salida de sus carruajes, dispusiera que los viajeros no almorzaran, sino que cenaran y pernoctaran en aquel parador de Ocaña.

El 1.º de abril, a las siete de la mañana, nos apeamos de la diligencia en Sevilla, café del Turco, calle de la Sierpe. Salfa yo a ver la tierra por primera vez; y como el pájaro que deja por primera vez el nido apenas emplumado, y goza de la luz, la vida y la libertad, desempolvando sus plumas entre el fresco césped y las primeras margaritas, y se baña en el brillante aljófari y las líquidas perlas de las gotas de agua que desparraña el Guadalquivir en sus siempre verdes orillas, me salí por la Puerta del Arenal a ver el puente y el río, y la Torre del Oro, y a respirar aquel ambiente perfumado de azahar, y a bañarme en aquella luz, reflejo dorado de la del Paraíso; a pasar, en fin, una mañana de muchacho que hace novillos.

Y fué aquel uno de los pocos días que en mi vida cuento como felices, y cuya dicha tuvo fin y colmo en mi nocturna presentación en casa del egregio poeta, del cariñoso

amigo, del entretenidísimo conversador y del nunca olvidado autor del *Moro expósito* y del *Don Alvaro*.

El recuerdo de la amistad, de la casa y de la familia del duque de Rivas, es una isla de arribada en el revuelto mar de mi existencia, un oasis frondoso en el arenal desierto de mis estériles aspiraciones, una tienda de reposo en el pedregal por donde ha hecho peregrinar mi inutilidad viviente, mi improductiva e improductora poesía. La casa del duque en Sevilla es en mis recuerdos un nido de ruiseñores, donde fué a albergarse una noche de primavera una golondrina desanidada.

La nueva empresa había sido siempre XVII al al por mayor, y sus sustitutos al antiguo rocaro de muelas, enredados en los labios y en el pecho, en el estómago y en el corazón, a un muchacho finete en...
 ¡Gran tierra es Andalucía!
 La gente allí alegre toma
 la vida efímera a broma,
 y hace bien, por vida mía,
 Quien a Sevilla no vió
 no vió nunca maravilla;
 ni quiso irse de Sevilla
 nadie que en Sevilla entró.
 «Ver Nápoles y morir!»
 dicen los napoli anos.
 Y dicen los sevillanos:
 «Ver Sevilla, y a vivir!»

Esto digo yo de Sevilla en *La leyenda de los Tenorios*, y esto hice cuando fui a aquella ciudad sin más objeto que a ver a Sevilla y a vivir. No existían aún en España las académias y los profesores de *bombo*, ni *La Correspondencia* anunciaba la salida de Madrid de don Fulanito y doña Menganita, ni nos habian hecho cardenales, tratándonos de *Eminencias*, a los que por algo comenzábamos a distinguirnos los que aún no se distinguían por su profesión de *bombistas*; ni habíanse aún establecido las sociedades y comisiones de aplausos mutuos que anuncian, calificándolo de acontecimiento, la partida, la llegada o el resfriado de cualquier medianía ó nulidad, a quien cuatro amigos, si no ella misma, dan importancia mientras se lee el número en que se da o se la da bombo: así que pude yo pasearme por Sevilla con Allo y Jústiz, sin riesgo de hacerme enemigos todos los liceos, ateneos y teatros caseros, cuyas invitaciones rehusara, y cuya sanción necesita hoy todo hombre notable para pasar por donde pasa, como moneda resellada, en cada provincia. Algunos curiosos iban a ver cómo era el autor de *El Zapatero y el Rey* cuando entraba o salía en el café del Turco, donde se hospedaba; y el tal autor salía o entraba en su alojamiento, y gozaba de aquel sol y aspiraba aquel aroma de azahar que llena los paseos y las alamedas, y visitaba aquellos viejos y moriscos edificios, por y entre los cuales anduvo el rey, tan popular como mal juzgado todavía, de su drama *El Zapatero y el Rey*. Hacía, en fin, la vida que en Sevilla se hacía: la del pájaro, como dije en mi número anterior; picotear los capullos de las rosas y de los azahares, cantar y esponjarse a la sombra y entre las hojas de los naranjos, como los pájaros de rama en rama, hasta la hora de acogerse al nido de los ruiseñores, que era la casa del duque de Rivas.

En ella duraban algunas caseras costumbres de nuestras nobles familias de los siglos del Renacimiento. La del duque se reunía en las primeras horas de la noche en torno de una gran mesa; donde, presididas por la duquesa, trabajaban sus hijas en

alguna labor, y leían o dibujaban sus hijos, o escuchaban todos al duque, que les leía o recitaba algunos de sus característicos romances, o algunas de las consejas por él recientemente desenterradas de bajo alguna piedra mal segura del rincón de una callejuela de Sevilla. El duque leía sus versos con un entusiasmo, un tono y una gesticulación esencialmente suyos y completamente originales; y acompañaban su voz el murmullo del aire en las hojas y del agua en las fuentes del jardín, sobre el cual se abrían los dos balcones de aquella estancia. El cariñoso respeto y la cordial e infantil admiración de su numerosa familia para con el padre y el poeta, era la cualidad característica, el fondo típico de aquel cuadro de interior, en cuya atmósfera se respiraba la más sincera alegría y la más tranquila felicidad. Aquellas cabezas juveniles de las muchachas, en cuyos ojuelos retozones chispeaba la curiosidad reprimida, y en cuyos labios retozaba la maliciosa sonrisa; las inteligentes fisonomías de los muchachos, Enrique reflexivo y Álvaro bullicioso; aquellos álbums, grabados y caballetes abiertos siempre, o siempre cargados de algún trabajo no concluido; aquellos retratos de los hijos pintados por el padre; aquel piano siempre abierto, y aquellos tres salones seguidos, en donde siempre había murmullo de música o de poesía, y cuyo silencio era el son del agua y los árboles del jardín, daban a aquella casa un carácter especial, único y típico, que me hizo calificarla de nido de ruiseñores, y cuya paz fui yo a interrumpir con el desordenado turbión de versos de mi leyenda de *La cabeza de plata*, de la cual iba escribiendo el último capítulo durante aquel viaje. Había en aquella leyenda (que al fin se publicó bajo el título del *Talismán*, y de la cual ya nadie probablemente se acuerda), un enamoradísimo Genaro, a quien vuelve loco la cabeza de una hermosa Valentina, cortada por un bárbaro y celoso tutor, cuya historia no sabía yo a punto fijo cómo concluir, pero que entusiasmó a la duquesa, complació al duque por lo que me quería, y encantó a las muchachas por lo romántica y apasionada.

Pasemos pronto por tan gratos como personales recuerdos: la muerte nos quitó de delante aquel ídolo a quien adorábamos, gloria de España, cuyos versos hemos aplaudido no ha muchos meses en el teatro en su *Don Álvaro*; y no quiero que su recuerdo parezca en estos míos como motivo de alabanza propia, ni como afán de propio engrandecimiento a la sombra suya, ni como halagüeña adulación a los hijos vivos del amigo muerto; de cuya viva estimación vivo seguro, por los puros recuerdos de aquellos dichosos días y de aquellas deliciosas noches.

Obligábame a pasar a Cádiz un día asunto de familia; y librándome a fuerza de voluntad del encanto con que en Sevilla me retenía la sociedad del duque, me embarqué con mis compañeros en un vapor que descendía el Guadalquivir. No había yo visto el mar; y para no verle prosaicamente desde una playa, me eché a lomos de aquella serpiente de plata, que deshace las móviles escamas de sus dulces ondas en las amargas profundidades del que rodea y arrulla aquel canastillo de plata, que se llama Cádiz. Ni de esta ciudad ni de la de Sevilla diré una palabra más; porque ni hay ya nada que de ambas en prosa y verso no se haya dicho, ni estos recuerdos son memorias históricas, ni relación de impresiones de viaje, que obligan a seguir lógica y consiguientemente una narración; sino la consignación de mis ideas en un papel, según en mi imaginación desordenadamente se van presentando. Está ya convenido que el autor del *Zapatero y el Rey* y de *Margarita la Tornera* es un poeta... bueno o malo, grande o pequeño: pero ¿cómo fué poeta? ¿Cuáles fueron los gérmenes de su inspiración? ¿Qué influencia han tenido en sus escritos las vicisitudes de su vida? ¿Qué hay en la suya íntima, puesto que no la tiene pública, no habiendo sido nunca más que poeta? Esto es lo que él solo puede decir, y esto es lo que exponen estos sus RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO, tan desprovistos de interés como de orden, por ser personales y desli-

gados de toda adherencia con la política, el progreso, la vida, y en una palabra, de la generación en que ha vivido, como una planta parásita sin raíces que a su tierra la sujetaran.

Poseía en Cádiz una persona de mi familia una de las pocas huertas que reverdecen en el escaso terreno de su Puerta de tierra.

Ni la dueña de aquella posesión conocía su finca, ni jamás había estado muy clara la historia de ella; habíasele cedido un pariente suyo en cambio de unos terrenos en Ultramar; y tasada sin duda en más de lo que valía, no reeditaba lo que de su capitalización podía esperarse. Había habido en ella en otro tiempo un establecimiento industrial, cuyo abandonado edificio e inútiles utensilios habían ido vendiéndose cuando la ocasión se había presentado. Teníala entonces en arriendo un signor Doménico Maggiorotti, genovés o livornés, de una honradez sin tacha, el cual daba cuentas cuando se le pedían, descontando siempre algo por gastos hechos en recomposiciones absolutamente necesarias, como reconstrucción de tapias y renovación de puertas. De vez en cuando había hablado de calderas viejas y de útiles, ya inútiles, de hierro, que allí arrinconados existían, cuya venta le habían propuesto y para cuya enajenación pedía permiso; diósele siempre la propietaria, y el livornés tuvo siempre a su disposición el precio de lo vendido. Las cuentas del año anterior estaban con él todavía pendientes, y por el mes de febrero del que corría, había pedido permiso para vender la piedra de una especie de estanques o secaderos de cera; que cerería aseguraba que había sido el arruinado establecimiento industrial de la finca. De la aclaración de estos hechos y del cobro de la renta del último año, iba yo encargado, con legal y amplias facultades de su propietaria.

Fuíme una tarde con Allo a la huerta del Maggiorotti, quien, según costumbre de su país, se llamaba abreviadamente Ménico, y a quien entre las gentes vulgares con quienes trataba, llamaban unos el señor Ménico y otros el tío Mónico; no alcanzando la abreviatura del nombre italiano. Dimos en la huerta, y topamos en ella con el signor Ménico Maggiorotti; que era efectivamente mayor en años y en estatura que Allo y yo juntos, y uno de los mayores hombres con quienes yo he tropezado en mi vida. Tenía, según nos dijo, setenta y dos años, y, según vimos, cerca de seis pies de alto, con una cabellera y unas patillas como la nieve, unas cejas ercicidísimas, bajo las cuales relampagueaban dos ojazos de un azul pardo y de una admirable limpidez; una tez curtida, como si hubiese pasado mucho tiempo expuesto a los aires del mar; una boca grande de perpetua sonrisa y guarnecida aún de su completa dentadura, y unos hombros, unos brazos y unas manos fornidos, musculares y encallecidas, como de quien debía de haber pasado largos años en rudo y continuado ejercicio.—Saludéle yo afablemente; díjele quién era, y exhibíle mis credenciales; tendióme él su diestra, llevando la zurda al sombrero; y mientras por poco no me desmonta las catorce coyunturas de mi mano entre las de la suya, me dijo con una voz como de contra maestre hecho a mandar la maniobra entre la tempestad:—«Mañana, a las diez, le llevaré a usted a su casa ocho mil reales, y los seis mil trescientos restantes, el día 30, a la misma hora: porque no habiéndome usted avisado de su venida, no le tengo juntos los catorce mil trescientos del total de su cuenta».

Ocurrióseme decirle que a mí, como el más joven, correspondía ir a su casa; y contestóme, fruciendo más el entrecejo y mirándome como quien necesita seis como yo para almorzar:—«Si tiene usted empeño de ir a mi casa, vaya; pero yo no hago ningún trato en mi casa, sino en los *Montañeses* que tengo en frente de ella, y ante un jarro de manzanilla, como tal vez no es costumbre entre los señoritos de Madrid, y yo pago siempre».

Acepté; tomé en mi cartera las señas de la casa, y despedímonos hasta las diez de la mañana siguiente. Allo y yo convinimos en que aquel viejo tenía trazas de haber sido tallado sobre el modelo del Laoconte, y de ser un hombre tan formal como poco hecho a sufrir cosquillas.

—Parece que no tiene muchas ganas de recibirte en su casa—me dijo Allo.

—Y no sé por qué las tengo yo de meter en ella las narices—le dije yo; y nosotros fuimos a buscar a Jústiz, para ir a la ópera.

Al día siguiente, exacto como un suizo, me presenté a las diez en casa del signor Ménico, que la tenía en una calleja cerca de la muralla y en frente de una tienda de montañeses; a la cual se entraba por un patinillo cercado de un emparrado, bajo cuyos vástagos se veían cinco o seis mesillas, con sus correspondientes bancos, éstos y aquéllas clavados, que no asentados, en el suelo.

La casa del signor Ménico Maggiorotti tenía su parte habitable en el piso principal, que, sostenido sobre dos postes, gravitaba entero sobre ellos y las paredes maestras de un gran portalón, todo lleno en derredor de bien apilados sacos de lana, en la cual comerciaba su propietario. Enclavada en la pared de la izquierda, pendiente, estrecha y de un solo tramo, una escalera de madera con su pasamano remataba en una puerta de maciza encina, único paso al piso superior; y en vez de postigo en ella abierto, se abría en la pared derecha un ventanillo, que dominaba el portalón, y desde cuyo ventanillo, un hombre armado de una escopeta de dos tiros o de un par de pistolas, podía defender la subida y la entrada de una docena de asaltantes, que caerían infaliblemente uno tras otro antes de que ninguno lograrse forzar la puerta. Mil suposiciones, a cual más absurdas, forjé mi imaginación de poeta y mi juvenil inexperiencia sobre las riquezas, la avaricia y el misterio de la vida del signor Ménico, a la vista de aquellos sacos de lana, que representaban un buen par de sacos de duros, y de aquella colocación de postigo y escalera, que delataban muy calculadas precauciones.

Y todos estos supuestos me los hice yo como autor acostumbrado a preparar la escena de mis dramas, y como maniático tirador que no veía por donde quiera más que escenarios o tiros de pistola; mientras el corpulento signor Ménico venía a presentarme su mano de Titán, abandonando un saco de lana sobre el cual dormitaba o echaba cuentas a mi llegada. Saludámonos, y atajando tiempo y cumplidos, el viejo italiano, con su vigoroso acento, pero en un tono cariñoso y dulcísimo, aunque imperativo, pronunció, llamándola, el más bello nombre de mujer que había yo oído nunca.

—*Stella!*—dijo; y a su voz asomó al ventanillo una cabeza rubia, que respondió con una voz de indefinible dulzura: «Eccomi, nonno.»—«Troverai un sacco con un pò di danaro sulla tavola: portalo colla veste:»—repuso Maggiorotti; y, unos momentos después, abrióse la puerta y descendió, con el saco y la chaqueta por él pedidos, la más deliciosa y poética criatura. Era una muchacha diez y ochena, blanca como una perla, rubia como un querubín y ligera como una corza. Traía el cabello recogido en dos trenzas sobre los hombros, con dos ligeros rizos flotantes sobre las sienes, un corpiño de terciopelo negro abrochado hasta el cuello con botones de plata, y un delantal blanco encima de una falda gris; por bajo cuyos ribetes se la veía bajar sobre dos piecitos inconcebibles, metidos dentro de dos escarpines de charol con hebillas de plata. *Stella* la había llamado su abuelo, y a mí me pareció, en efecto, la estrella de la mañana.

Notó el viejo la impresión que en mí hacía la presencia de aquella criatura, y diciéndola: «son qui alla bottega col signore», la despidió. Saludónos ella, y, al desapare-

cer en lo alto de la escalera, me sacó maese Ménico de su portalón, diciéndome: «es mi nieta»; seguile yo, sospechando si podía ser un ángel a quien aquel viejo demonio debía de haber arrancado las alas, y nos metimos uno tras otro en el patio de la tienda de los montañeses.

Va a ser más fácil de comprender para mis lectores que para mí de relatar, la escena de mis cuentas con el signor Ménico Maggiorotti; porque la forma y consecuencias de tal escena son tan comunes y vulgares, como extraño y fantástico su fondo. El hecho, en resumen, por más empacho que confesarlo me cueste, fué que el signor Ménico, bebedor consuetudinario, enterró en el fondo de un jarro de manzanilla la razón de un muchacho, para quien era exceso lo que para aquél costumbre; la manera visible con que se efectuó este entierro, fué la de ingerir una a una en el estómago las aceitunas de un plato, y otra a otra las cañas en que Ménico vaciaba el contenido del jarro; cuya vulgar operación vieron sin curiosidad ni extrañeza los propietarios del local que detrás del mostrador estaban; pero su fondo, es decir, la intención del signor Ménico y el pensamiento mío, es lo de todos aún ignorado, y lo que voy en breves palabras a revelar; si acierto con las frases a propósito para escribir tan vulgar como fantástica situación. Comenzó el corpulento administrador por enterarme, entre las dos primeras aceitunas y las dos primeras y aun inofensivas cañas, de las partidas de cargo y data de su cuenta, y de la que a favor de mi poderdante resultaba; vació en seguida el saquillo que le había entregado su nieta, y apiló con la destreza y rapidez del más ducho banquero de cabecera, primero las monedas de oro, después los pesos, y, en fin, las pesetas, que componían la suma que me correspondía: cuatro mil reales en onzas y cuatro mil en plata; hizo rollos primero del oro, después de los duros y de las pesetas; hizome guardar los primeros en los bolsillos del pecho de mi levita y en los del chaleco; metióme los de las pesetas en los del pantalón, y haciendo un lío de los de los duros en mi pañuelo, lo colocó dentro de la comba que mi brazo izquierdo trazaba sobre la mesa, e introduciéndome la cuenta en el bolsillo del reloj y guardando él mi recibo en su cartera y ésta en el inmenso bolsillo de su chaquetón de pana, dijo: «Ahora emprendámosla con el manzanilla».

Pero todo esto que él hizo y que yo le dejé hacer, lo hizo él con la calma, el aplomo y la previsión de quien sabía lo que iba a suceder, no queriendo que sucediera nada que fuera en perjuicio de su honradez de buen administrador y de pagador exacto.

Bebíamos y hablábamos del estado de la huerta, de lo que yo hacía en Madrid, y de lo que pensaba hacer en adelante; de lo que él había hecho en Génova y en algunas otras partes del mundo por tierra y mar. De mi manera de vivir debió comprender él muy poco, por ser para él los versos despreciable capital y mezquino género de comercio; y de lo que él había hecho no comprendía yo tampoco mucho; porque, además de que me lo contaba por terceras partes, en dialecto genovés, en italiano y en español, formulaba su narración con tales circunloquios y digresiones, que tan pronto llevaba mi atención por el mar, en un buque que iba y volvía a no recuerdo qué puntos de América, como por entre los fardos, las cuentas y las disputas de una casa de tráfico en un puerto del Mediterráneo; ya me hablaba de los granaderos de Nápoles y de una campaña de Italia, ya de un barco pirata y de encuentros con los contrabandistas de la montaña; ya de una casa tranquila y pintoresca de la campiña de Livorno, cuyo interior tenían hecho un cielo, una hija y tres nietas como pintadas por Rafael; ya de una especie de genio siniestro de su familia que había enterrado vivas a todas aquellas mujeres... y yo le escuchaba mirándole, a través del manzanilla sin duda, ya soldado, ya pirata, contrabandista, comerciante,

padre, marido y abuelo de aquellos seres, que, tan hermosos como desventurados, pasaban todos por delante de mí, y saludándome bajo la forma de aquella *Stella*, que acababa de aparecer y desaparecerse en el portalón de la extraña casa de maese Ménico Maggiorotti.

Esta era mi idea fija, y la única clara que en el turbio cristal de mi mente se dibujaba; y en cuanto el más mínimo intervalo de aspiración o reposo del viejo Ménico me lo permitía, intercalaba yo mi eterna pregunta—«¿y *Stella*?»—a la cual oponía él tenazmente su eterna respuesta—«mi nieta: mi última nieta»—y continuaba bebiendo y hablando, y yo contemplando su enorme boca, ya jurando en genovés, ya dilatándose en homéricas careajadas; y sentíame fascinado por aquellos dos ojos que brillaban inquietos y chispeantes bajo el toldo blanco de sus nunca recortadas cejas. A veces enjugaba una lágrima con un pañuelo de algodón, que sacaba y metía rápida y facilísimamente de un bolsillo, en el cual cabría con comodidad una pieza entera de doce pañuelos; y a veces, dando un formidable puñetazo sobre la desvencijada mesa, hacía saltar en ella el jarro, las cañas y mis rollos de duros envueltos y anudados en mi pañuelo de batista, sobre el cual ponía él su mano como único objeto de que había que cuidar, diciendo «mi scusi... ma...», y miraba al cielo cerrando el puño. Yo, asegurando también por instinto mi dinero, aprovechaba aquel respiro para dirigirle mi eterna pregunta—«¿y *Stella*?»—; y él exclamó, al fin, levantándose y apabullándose de través su sombrero hasta las orejas:—«¡Dio santo! ¡*Stella*... *Stella*!—¡Sventurata! ¡Condannata a morte come tutte le altre!»

Había yo llegado a aquel período en que el mundo baila y gira en torno del mal bebedor, y al levantarse el señor Ménico, quise también ponerme derecho; pero al levantarme comprendí que mis pies no podían cómodamente con mi cabeza. Dióme el brazo maese Ménico; metíome el pañuelo de duros en el bolsillo izquierdo de atrás de mi levita; y arrollando este bolsillo en el faldón correspondiente, me lo colocó bajo el brazo izquierdo, y diciéndome en su galimatías:—«Niente, niente: en diez minutos se pasa todo: tenga firme el brazo, ed avanti sempre: questo vino non é che fumo.»

Me sacó a la calle, me acompañó no sé hasta dónde; y yo, sintiendo reírse y danzar alrededor mío la gente, la muralla, los árboles, las fuentes y las casas, llegué a la mía, y di conmigo y con mi dinero en brazos de Jústiz, que casi lloraba, y de Allo, que reía como si él fuera el borracho. Yo, con una lengua que me pesaba seis arrobas, acerté a decir—«ahí traigo ocho mil reales... acuéstense... y déjenme dormir»—, me dejé desnudar, y ni vi cuándo me dejaban solo, ni sentí cómo me cerraban puertas y ventanas; y en la lobreguez de aquel vergonzoso y forzado sueño de mi primera embriaguez, no surgió luminosa, ni siquiera por un instante, la pura y poética imagen de aquella *Stella* fotografiada en mis pupilas y en mi cerebro, desde que apareció en el último peldaño de la empinada escalera del portalón de maese Ménico.—¡Tanto rebaja y embrutece tan innoble vicio, al hombre inspirado por la más espiritual y fantástica poesía!

No recuerdo si desperté o me despertaron; pero anocheecía cuando abrí los ojos, y me hallé entre el melancólico Jústiz y el siempre alegre Allo: interrogábanme ellos y respondía yo; pero, ni me atrevía ni podía explicarles lo que todavía no se acusaba bien definido en mi confusa memoria; excepto la de *Stella*, que, como la de los Magos, fué lo primero que brotó claro del caos espiritual que aún envolvía mis enmarañados recuerdos.

Allo, hombre de sentido práctico, concluyó por declarar que lo que sacaba en limpio de mi inconexo relato, era que el viejo italiano, fiel a las costumbres del país, había hecho beber más de lo que podía al que no la tenía de beber en ayunas; pero

que no había motivo alguno de queja, ni acusación en él de torcido intento, puesto que los ocho mil reales estaban completos y su cuenta exacta y sin tacha. Que aceitunas y manzanilla era una nutrición andaluza insuficiente, aunque excesiva para un castellano viejo; y que lo más acertado y perentorio era sentarnos a la mesa, y que yo echara un buen lastre en mi estómago, deslavazado por un vino chacharero y poco arropado, como la gente ligera de ropa de la caliente Andalucía.

Sentámonos, pues, a la ya preparada mesa, que alegró Allo con su conversación un poco verde, que escuchó Jústiz con su atildada compostura, y las *dos hijas de la casa*, sin darse por entendidas de lo hablado, en atención a una noble botella de Sillery que destaponó y las sirvió Allo en son de próxima despedida; pues, según anunció, debíamos embarcarnos para Málaga a la siguiente noche.

Y no sé por qué a tal anuncio se me oprimió el corazón. Comí poco, bebieron Allo y las muchachas, y a instancias del impaciente Jústiz, que no quería perder la salida de Salvatori en *Los Puritanos*, ocupamos nuestras lunetas (hoy butacas) en el teatro. Una de las mayores desventuras con que castiga Dios a un hombre es la de crearle poeta; es peor que si le creara bizco: todo lo ve de través, y en cambio de los imaginarios goces con que embelesa su espíritu, le extravía en el mundo real y le condena a vivir fuera de su época y extraño generalmente a sus contemporáneos. *Los Puritanos* son para mí la más deliciosa partitura de la escuela italiana; no tienen una nota de desperdicio, y yo he sabido de memoria música y letra, a pesar de que el libreto del conde Pepoli es indigno de aquella sentida inspiración de Vincenzo Bellini. Pues bien; yo escuché aquella noche *Los Puritanos* como quien oye llover: no me di cuenta de nada de lo que en escena pasaba; desde que el primer coro cantó:

La luna, il sol, le stelle
 le tenebre, il fulgor
 dan laude al Creator
 in lor favelle,

yo no pensé ni me fijé en más que en el recuerdo de la pálida nieta de Mélico Maggiorotti, como si fuera la tiple que por la escena se movía: al llamarla el bajo *Angelica sua Elvira* creí que se equivocaba, y al oír al tenor juzgarla *tremante e spirante*, los ojos se me arrasaron en lágrimas. ¡Qué desventura la de nacer poeta! ¿Qué tenía yo con la nieta de maese Mélico? ¿Sentía por ella, desgraciadamente, una de esas pasiones que nacen, crecen, se desarrollan y hacen feliz o infeliz a un hombre en cinco minutos? Nada menos que eso: era una impresión poética, un misterioso castillo en el aire, forjado sobre la vulgarísima historia de un tratante en lanas italiano que tenía una nieta que se llamaba Stella; era que acababa yo de compaginar el asunto italiano de mis *Dos virreyes*, cuyo éxito me tenía inquieto, y aquella inquietud, unida al recuerdo de lo que en aquel drama pasa a la enamorada Anunciata, me hacía esperar de Stella una heroína de un cuento, fin de la historia de la representación de mi drama; era, en fin, la curiosidad, el sueño, el delirio de un poeta, que no ha visto nunca la vida tal como es, ni las personas vivas sino como personajes: era una muchacha rubia, vista a través de una copa de manzanilla, vino chacharero y poco arropado, como decía Lorenzo Allo.

Antes de acostarnos, acordaron éste y Jústiz nuestra partida para Málaga: declárelos yo mi resolución de quedarme: tenía que cobrar el 30 los 6.000 reales de mi crédito con maese Mélico. Allo se echó a reír: Jústiz me miró tristemente. Allo me

dijo: el italiano es hombre formal; lo mismo te pagará el 30 que el 10, que estaremos de vuelta.

—No, repuse; quiero concluir mi *Cabeza de plata*.

—Otra cabeza rubia es la que ha barajado el seso de la tuya.

—Idos: me quedo.

—Pues nos iremos: quédate; pero volveremos por ti, y *velis nolis*, aunque haya que romper alguna cabeza, tú volverás a Madrid conmigo—dijo Allo—; y nos acostamos.

Alló y Jústiz partieron a Málaga a la noche siguiente: en la mañana del otro día cambié yo de alojamiento: me ofendía la sonrisa perpetua de aquellas dos muchachas morenas y alegres que me habían visto volver de través, abrazado con el pañuelo de duros de México: me disgustaban los ojos negros, los rizos negros y las formas redondas de aquellas dos andaluzas: yo soñaba rubio, veía rubio, adoraba lo blanco, lo esbelto y lo ligero; lo robusto, lo redondo, me parecía materia bruta: lo blanco, flexible y delicado, espíritu y corazón; lo andaluz, carne y prosa; lo italiano, arte y poesía.

Me instalé en el hotel del Correo, donde no había más huésped que un inglés, y cuyo camarero era italiano. Púseme a concluir mi *Cabeza de plata*, para poderéla leer completa a la duquesa de Rivas, que había quedado curiosa de saber su conclusión, que ignoraba yo todavía a mi paso por Sevilla.

Pedí al camarero noticias de Maggiorotti una noche.

—E'un orco, me respondió; non riceve nessun italiano in casa sua.

—¿Conoscete Stella?—le pregunté.

—¡Chil! ¿Stella? ¿Una vecchia brutta?

—¡Va via, grand' imbecille!—le dije, despidiéndole furioso.—¡Una vecchia brutta Stella... il Sole.

Marchóse el pobre hombre sin comprenderme... y quedéme yo tan asombrado como él de lo dicho.

¿Quién era Stella? ¿Qué tenía para mí? Que Dios me había hecho nacer poeta y que había dicho de ella maese México: ¡Sventurata! ¡Condannata a morte come tutte!

Y todos nacemos condenados a muerte; sino que los poetas vivimos como sonámbulos, y corriendo siempre tras de fantasmas.

El inglés, único huésped del Hotel del Correo cuando yo tomé en él aposento, era el compañero más a propósito para mí en aquella ocasión. Taciturno gastronómico, recorría todos los países del mundo para estudiar la cocina nacional de cada uno. Comía, callaba, digería y dormía: escribía yo, pues, sin ruido, visitas ni estorbos, y descansaba sólo algunas horas de la noche. La luna en creciente tendía sobre la antigua Gades el rico manto de su luz de plata, y vagaba yo por sus limpias calles y sus ya arboladas plazas, a la luz melancólica del astro poético de la noche, como lo que he sido siempre, como una sombra de otro mundo y un habitante de otra región perdido sobre la tierra.

Vagabundo nocturno de profesión, conozco todos los ruidos, las sombras y las luces nocturnas: sé cuántas formas toma la sombra de los árboles y de las casas, según la luna las traza, las prolonga o las recoge, desde que sale hasta que se pone. Sé los infinitos ángulos y triángulos que trazan los hierros de los faroles, los brazos de las cruces y las siluetas de las chimeneas; conozco todos los cuadros de luz que estampan sobre el oscuro y húmedo empedrado los balcones alumbrados de las casas en que se vela o se baila, de las puertas que se abren para despedir a los contentulios a la luz de bujía, farol o linterna; todos los huecos de sombra de los postigos abiertos y cerrados con precaución y a oscuras para recibir o despedir a los amantes; todos los rumores de las pisadas que se acercan o se alejan con resolución o con miedo, de

las del adúltero escurridizo ante la hora de la vuelta del marido; del jugador ganancioso y del hijo de familia retrasado; del ratero y de la buscona, del centinela y del médico; mis leyendas están llenas de esas noches, y yo tengo ciertas pretensiones de ser un poeta nocturno, rico de nocturna y pormenorizada observación; todas mis comedias y dramas comienzan de noche y de noche se han concluido; y en aquellas de Cádiz concluían mis nocturnos paseos en una plazuela sobre la muralla derruida, por encima de cuyas desencajadas piedras metía el mar los hirvientes y desgarrados pedazos de encaje de la espuma de sus encrespadas olas; a través de cuyo rumor temeroso y del salino vapor en que el aire convertía la ola que en los peñascos se estrellaba, adoraba yo a Dios y aspiraba la poesía que ha extendido sobre los mares para el poeta creyente.

El mar es para mí el grande espejo en que se pinta la faz de Dios, y mil veces he deseado tener por tumba su inmenso y móvil panteón de líquido cristal. Dos veces he naufragado, y el mar me ha devuelto vivo a la tierra. ¡Qué mausoleo! Aquel magnífico que el mar! A quien naufraga y muere en alta mar, le da Dios la muerte más dulce y sin agonía; una impresión rapidísima de inmersión en un baño, un zumbido de oídos semejante a una lejana música, un resplandor fosfórico que deslumbra las pupilas... y el alma sale del cuerpo y entra en la eternidad. ¡Buenas noches! Aquel cuerpo y aquel alma se ahorran todo lo doloroso y lo ridículo de que la sociedad rodea al que se muere; el pesar verdadero de los que le aman, la hipócrita comedia del dolor de los que le heredan, los falsos consuelos de los que están deseando que expire pronto, ofendidos de su superioridad o envidiosos de su gloria; el entierro oficial, si es un personaje o una celebridad; el olvido inmediato tras de las ceremonias, y la profanación, en fin, de su tumba por la posteridad, encomendada por Dios de castigar al orgulloso que olvida que le dijo al crearle: *Pulvis es et in pulverem reverteris*.

Yo adoro el mar, y cuando el frío, la soledad, la reflexión y la necesidad de continuar mi trabajo me arrancaban de aquel boquete de murallón roto, por donde yo miraba el de Cádiz en aquellas noches, me volvía a mi hospedaje del Correo, pasando por el callejón en que se alzaba sombría y casi aislada la casa de maese Méncico Maggiorotti. En su esquina del Mediodía veía siempre iluminado por dentro el postigo de una ventana. ¿Quién velaba allí? ¿Hacia allí las prosaicas cuentas de sus sacos de lana o de cuartos maese Méncico, o mecían allí a la luz de una lamparilla los sueños de la esperanza, el espíritu virginal de la hermosa nieta del misterioso italiano? Todas las noches volvía a mi alojamiento sin haberlo averiguado, y volvía a trabajar en mi *Cabeza de plata*, bailándome perpetuamente delante de los ojos la rubia de Stella; y el recuerdo de su poética imagen bajaba y subía perpetuamente por la escalera del portalón, empotrada en mi cerebro, mientras con ella distraído avanzaba lentamente en mi trabajo y esperaba impaciente el día 30.

El veinte y ocho recibí una carta de Carlos Latorre, en la cual me decía: «Se levantó el telón sobre el primer acto de *Los dos virreyes*, con entrada llena. Mate llevó con aplomo sus escenas en verso, y el público las escuchó con agrado; oyó sin repugnancia las en prosa, gracias al cuidado que pusieron todos los actores, y concluyó Azcona caracterizando con mucha inteligencia su final, que se aplaudió: no me lo esperaba, y comencé a respirar.»

«Al empezar el acto segundo, el viento había cambiado y el mar hacía oleaje. Durante el entreacto, un criado incógnito había repartido al público, y no al buen tuntún, sino entre la gente de letras de las lunetas (hoy butacas), quince o veinte ejemplares de la novela *El virrey de Nápoles*, de Pietro Angelo Fiorentino; los cuales tenían una nota con lápiz que decía: «los diálogos que Zorrilla ha copiado en su dra-

ma van marcados al margen». Los poseedores de aquellos librillos se los mostraban y pasaban riendo a los curiosos que se los pedían: los palcos, las galerías y el pueblo pedían silencio: los actores no comprendían tal inquietud en las lunetas, pero no se desconcertaron. Concluyeron al fin las nueve escenas en prosa; quedó Mate solo en escena, y el público respetó su respetable personalidad; e hiriendo sus oídos las octavillas italianas, comenzó a hacer silencio; y Mate le aprovechó para decirselas tan vigorosa e intencionadamente, que al concluir las arrancó el primer aplauso de la noche. La canción de Basili hizo un efecto inesperado; y Mate se llevó la sala con la redondilla:

con un cordel a la gola
y un crucifijo en la mano,
cantar haré a ese villano
su postrera barcarola;

y con un segundo aplauso preparó mi salida. Excuso ponderar a usted lo que hicimos ambos en el resto del acto: cumplimos con los deberes de la amistad.

En el entreacto segundo nos enteramos de la villanía de X, que era quien indudablemente había enviado al teatro los ejemplares de la novela; yo me apresuré a dar la clave del ataque traidor de que era usted objeto; y la empresa y los actores resolvimos defender el final del drama con todo el empeño de que hombres y mujeres fuéramos capaces; pero *los amigos* de fuera trabajaban en contra con los librepresos; la escena en prosa y los endecasílabos pasaron apenas difícilmente; y ya temía yo una catástrofe para el final, cuando nos salvó lo que temíamos que nos perdiera: el virrey encerrado en el balconcillo después de la escena VI, en la cual logré arrancar un aplauso y hacerme escuchar. Mate estuvo impagable en aquella desairada posición; rebotando orgullo, rencor y sed de venganza, hizo aborrecible el personaje que representaba, y al volvérselo las tornas, las galerías y la ignominia ahogaron a las lunetas, y dimos el nombre del autor, y hoy damos tranquilamente la cuarta representación. Duerma usted tranquilo, y permítame usted que le prevenga para el porvenir con aquellas palabras de Fabiani en *La familia del boticario*: *Buenos amigos tienes, Benito*; y cuente usted con éste que le querrá siempre.

No me sentó tan mal como me asombró la incomprendible partida mulata de X, porque me revelaba más estupidez que malas entrañas; puesto que, mero traductor de la novela de que me había hecho sacar el drama, quien tenía derecho, en resumen, a aparearse su nombre con el mío, no era él, sino Pietro Angelo Fiorentino, a quien yo había robado por darle gusto.

Tal es la historia de mi miserable rapsodia *Los dos virreyes*, y tal la de su primera representación; de la cual no he hablado jamás a X, ni él ha podido nunca apérbirse de que yo le estimaba en lo que valía: sobre mis hombros no pudo, empero, volver a poner los pies. Así vivimos en estos tiempos y en esta sociedad, en que las medianías se atreven a todo, y a todo tal vez alcanzan, menos a engañar a la posteridad.

El 30, a las diez, trepaba yo, que no subía, por la empinada escalera del portalón de maese Méico; pues no hallándole en él, quise ver si podía forzar el paso al, según fama, impenetrable *sancta sanctorum* de su misterioso hogar. Subí rápido y llané ruidosamente a la puerta en que la insegura escalera finalizaba, y al tiempo que por el ventanillo acechador asomaba una curiosa cabeza de mujer, me franqueaba la entrada el mismo maese Méico, por la barreada puerta, ante mí abierta de par en par.

El genovés, en chaleco, pantalón y babuchas, me recibió con algo encapotado ceño y melancólica sonrisa; en los cuales mi extraviada preocupación y mi fantástico espíritu se empeñaban en ver algo misterioso y siniestro: quise yo motivar mi presencia, pero él atajó mis excusas diciendo:

—Son las diez, y es la hora. ¿Trae usted el recibo?

—Sí, señor.

—Pues los seis mil están contados: y conduciéndome a través de una antesala y un comedor, tan limpia como modestamente amueblados, a una especie de despacho, me mostró sobre la parte alta y plana de su pupitre los trescientos duros en pilas de a veinte y cinco. Mostréle mi recibo firmado, y comencé a hacer rollos de a cincuenta, en los ocho pedazos en que corté un periódico que me alargó.

Callaba yo, haciendo, no muy diestramente, mis rollos, y callaba él esperando distraído a que yo concluyera de hacerlos; tal vez se reía en su interior de mí por la poca costumbre de manejar dineros que mi poca destreza le revelaba; pero mi indiscreción de muchacho sin mundo y mi irresistible curiosidad, me hicieron, al fin, prorrumpir en la pregunta que hacía diez días tenía en mis labios: ¿Y Stella?

Sentí la mirada de Mélico sobre mi faz, y la busqué con la mía, resuelto a todo: entre las blancas pestañas de sus hundidos ojos percibí dos lágrimas, que no dejó rodar por sus curtidas mejillas, enjugándolas antes con el reverso de su mano.

—¿Stella?—dijo, como si su voz fuera en su respuesta el eco de mi pregunta.

—¿Quiere usted verla?

—Si usted me lo permite...

—¿Por qué no? Acabe usted de recoger su dinero; no he podido procurarle a usted oro, porque...

Interrumpióse sin acabar de darme su razón; concluí yo de liar mi sexto rollo, y mientras ataba los seis en mi pañuelo, completé neciamente mi pensamiento, formulándole en esta menguada frase:

—Stella es una preciosa criatura, cuya vista regocija los ojos, cuya voz arrulla los oídos.

—¡Desventurada!—exclamó el viejo;—«è la più sventurata creatura del mondo! ¡Non può essere sposa, ne madre, ne padrona di sé stessa!—Y abriendo ante mí una puerta, me mostró en un gabinete cariñosamente lleno de cuanto puede necesitar la coquetería mujerial, y en un lecho, que no exhalaba más que virginales emanaciones, ni excitaba más que castas ideas, la pálida Stella, cuya cabeza, doblada sobre las almohadas, tenía los ojos abietos y fijos en espantosa inmovilidad.

Sin poderme contener, exclamé:—¡Muerta!—Y Mélico, poniéndome bruscamente la mano en la boca, me dijo al oído:—¡Silencio: oye, está en catalepsia!—y, cogiéndome por el brazo, sacóme del aposento.

Iba yo estupefacto a pronunciar un vulgar *mi scusi*; pero el infortunado maese Mélico me le atajó con otro, que en su boca y en su situación resultó sublime de abnegación y sentimiento, y siguió diciéndome:

—Es la última de tres hermanas; un infame, castigado por Dios con esa enfermedad, se casó con mi hija: sus dos mayores han muerto a los 21 años; ella de pesadumbre; él... a manos de la venganza; yo les he enterrado a todos; no me queda más que Stella: si me sobrevive... ¡qué vida tan horrible la espera! Si se me muere... ¡qué soledad!... ¡Misero me!

Yo había escrito ya muchas comedias, pero no tenía aún aplomo en el teatro del mundo. Mudo e inmóvil, no sabía ni consolarle ni despedirme. La vieja, que se había asomado al ventanillo, presentándose en la antesala, dirigió a maese Mélico algunas

palabras, que no comprendí; éste me abrió la puerta de la escalera, y yo descendí por ella abrazado con mi dinero, y me salí de aquella casa, más ebrio con la emoción y el desencanto, que la primera vez con el manzanilla.

Llegué al Hotel del Correo y hallé una carta que me había traído de Madrid el día anterior; mi mujer se había roto un brazo al salir a oscuras del teatro del Príncipe; Julián Romea había cuidado de ella en los primeros instantes, la había conducido a casa con el doctor Codorniu, y me suplicaban ambos que regresara inmediatamente a Madrid.

He aquí la historia de mis *Dos virreyes* y de la primera salida del Quijote de los poetas, a hacer por el mundo real la vida fantástica de los pájaros y de los locos.

¿Qué logró en ella el hombre? Dos pesadumbres, dos desengaños y la vergüenza de una embriaguez; tres espinas en el corazón; pero quedó en la imaginación del poeta legendario este tan delicioso como triste recuerdo del tiempo viejo: la imagen de Stella.

XVIII

CUATRO PALABRAS SOBRE MI «DON JUAN TENORIO»

Corría la temporada cómica del 43 al 44: Carlos Latorre había trabajado en Barcelona, y Lombía solo sostenía el teatro de la Cruz con su compañía, para la cual había yo escrito aquel año tres obras dramáticas: *El Molino de Guadalajara*, drama estrabótico y fatalista, en el cual Lombía hizo un tartamudo de mi cosecha: papel erizado de dificultades inútiles, que él superó con una paciencia y un estudio que no sabré yo nunca ponderar ni agradecer, y cuyo tercer acto hicieron él, la Juana Pérez, Azcona y Lumbreras de una manera inimitable; que fué lo que hizo el éxito de aquella mi extravagante elucubración, forjada con tan heterogéneos elementos.

La Juanita, disfrazada de sobrino del molinero, cantando la canción de Iradier para dormir a Azcona, arrancó aplausos hasta de las bambalinas; pero repito que el éxito de esta obra se debió al esmero con que los actores la representaron, y al gasto con que la emosera la decoró; pagando además las palomas, los versos y las flores que sus amigos, y no el público, me arrojaron la primera noche. Lombía no se descuidaba, y era preciso que las obras que yo para él escribía no tuvieran éxito inferior a las de Latorre.

La mejor razón, la espada, refundición o rapsodia de *Las travesuras de Pantoja*, fué otro de mis triunfos de aquel año; pero no hay para qué alabarme por él, puesto que lo que en aquella obra vale algo es de Moreto, y no mío.

En febrero del 44 volvió Carlos Latorre a Madrid, y necesitaba una obra nueva: correspondíame de derecho aprontársela, pero yo no tenía nada pensado y urgía el tiempo: el teatro debía cerrarse en abril. No recuerdo quién me indicó el pensamiento de una refundición del *Burlador de Sevilla*, o si yo mismo, animado por el poco trabajo que me había costado la de *Las travesuras de Pantoja*, di en esta idea registrando la colección de las comedias de Moreto; el hecho es que, sin más datos ni más estudio que *El burlador de Sevilla*, de aquel ingenioso fraile, y su mala refundición de Solís, que era la que hasta entonces se había representado bajo el título de *No hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague* o *El convidado de piedra*, me obligué yo a escribir en veinte días un *Don Juan* de mi confección. Tan ignorante como atrevido, la empecé yo con aquel magnífico argumento, sin conocer ni *Le festin de Pierre*, de Molière, ni el precioso libreto del abate Da Ponte, ni nada, en fin, de lo que

en Alemania, Francia e Italia había escrito sobre la inmensa idea del libertinaje sacrilego personificado en un hombre: Don Juan. Sin darme, pues, cuenta del arroyo a que me iba a lanzar, ni de la empresa que iba a acometer; sin conocimiento alguno del mundo ni del corazón humano; sin estudios sociales ni literarios para tratar tan vasto como peregrino argumento; fiado sólo en mi intuición de poeta y en mi facultad de versificar, empecé mi *Don Juan* en una noche de insomnio, por la escena de los ovillojos del segundo acto entre D. Juan y la criada de doña Ana de Pantoja. Ya por aquí entraba yo en la senda de amaneramiento y mal gusto de que adolece mucha parte de mi obra; porque el ovillojo, o séptima real, es la más forzada y falsa metrificacón que conozco; pero afortunadamente para mí, el público, incurriendo después en mi mismo mal gusto y amaneramiento, se ha pagado de esta escena y de estos ovillojos, como yo cuando los hice a oscuras y de memoria en una hora de insomnio. Escribilos a la mañana siguiente, para que no se me olvidaran y engazarlos donde me cupieran; y preparando el cuaderno que iba a contener mi *Don Juan*, puse en su primera hoja la anotación de la primera escena, poco más o menos como había hecho en *El puñal del godó*, sin saber a punto fijo lo que iba a pasar, ni entre quiénes iba a desarrollarse la exposición. Mi plan, en globo, era conservar la mujer burlada de Moreto, y hacer novicia a la hija del Comendador, a quien mi D. Juan debía sacar del convento, para que hubiese escalamiento, profanación, sacrilegio y todas las demás puntadas de semejante zurcido. Mi primer cuidado fué el más inocente, el más vulgar, el más necesario a un autor novel: el de presentar a mi protagonista, a quien puse enmascarado y escribiendo, en una hostería y en una noche de Carnaval; es decir, en el lugar y el tiempo que creía peores un colegial que todavía no había visto el mundo más que por un agujero; y para calificar a mi personaje, lo más pronto posible, como temiendo que se me escapara, se me ocurrió aquella hoy famosa redondilla:

«¿Cuál gritan esos malditos!

«Pero mal rayo me parta,

«si en acabando mi carta

«no pagan caros sus gritos.»

La verdad sea dicha en paz y en gracia de Dios; pero al escribir esta cuarteta, más era yo quien la decía que mi personaje D. Juan; porque yo todavía no sabía qué hacer con él, ni lo que ni a quién escribía: así que comencé a hacer hablar a los otros dos personajes que había colocado en escena, sólo porque lógicamente lo requería la situación; el dueño de la hostería, y el criado del que en ella había yo metido a escribir.

La prueba más palpable de que hablaba yo en ella y no D. Juan, es que los personajes que en escena esperaban, más a mí que a él, eran Ciutti, el criado italiano que Jústiz, Allo y yo habíamos tenido en el café del Turco de Sevilla, y Girólamo Buttarelli, el hostelero que me había hospedado el año 42 en la calle del Carmen, cuya casa iban a derribar, y cuya visita había yo recibido el día anterior. Ciutti era un pillete, muy listo, que todo se lo encontraba hecho, a quien nunca se encontraba en su sitio al primer llamamiento, y a quien otro camarero iba inmediatamente a buscar fuera del café a una de dos casas de la vecindad, en una de las cuales se vendía vino más o menos adulterado, y en otra, carne más o menos fresca. Ciutti, a quien hizo célebre mi drama, logró fortuna, según me han dicho, y se volvió a Italia.

Buttarelli era el más honrado hostelero de la villa del Oso: su padre Benedetto vino a España en los últimos años del reinado de Carlos III, y se estableció en aquella

hoy derribada casa de la calle del Carmen, cuya hostería llevaba el nombre de la Virgen de esta advocación, y en donde yo conocí ya viejo a su hijo Girólamo, el hostelero de mi *Don Juan*. Era célebre por unas chuletas esparrilladas, las más grandes, jugosas y baratas que en Madrid se han comido, y tenía vanidad Buttarelli en la inconcebible prontitud con que las servía. Tenían las tales chuletas no pocos aficionados; y con ellas y con unos *tortellini* napolitanos, se sostenía el establecimiento. Viví yo seis meses alojado en el piso segundo de su hostería, tratado a cuerpo de rey por un duro diario, y allí tuve por comensales a Nicomedes Pastor Díaz y a su hermano Felipe, a García Gutiérrez, a Eugenio Moreno López y a otros muchos a quienes gustaban los *tortellini* y las chuletas de Buttarelli. Este buen viejo, desanidado de su vieja casa, murió tan pobre como honrado y desconocido, y de él no queda más que el recuerdo que yo me complazco en consagrarle en estos míos de aquel tiempo viejo.

Por lo dicho se comprende fácilmente que no podía salir buena una obra tan mal pensada; pero no quiero decir aquí lo que de ella pienso, porque tengo determinado decirlo en un libro que se titula *Don Juan Tenorio ante la conciencia de su autor*, publicado a fines de un mes de octubre, para que el público tenga presente mi opinión al asistir en noviembre a sus obligadas representaciones; en nuestro país nadie se acuerda en el mes de octubre de lo dicho en el mes de mayo.

Haré, sin embargo, brevísimas observaciones sobre mis más pasaderos descuidos, para probar tan sólo la ligereza imprevisora y la falta de reflexión con que mi obra está escrita.

Pero antes de todo voy a responder a algunas objeciones a que da lugar la severidad de mis juicios. No hablo con la crítica racional, sino con la malevolencia, la envidia y la necedad, que no dejarán de decir:

1.º Que insulto al público criticando y dando por mediana una obra que aplaude hace treinta y seis años.—No.

2.º Que soy ingrato y mal español, despreciando la reputación fabulosa que por mi *Don Juan* me ha acordado.—Tampoco.

3.º Que de lo que con mi crítica trato, es de perjudicar a mis editores y a las empresas, porque no me dan parte de los productos de mis obras.—Mucho menos.

A lo primero, respondo que mi *Don Juan*, tal como está, tiene condiciones para merecer el favor de que goza; pero al cabo de treinta años, es natural que un autor reconozca los defectos de una obra, lo cual no implica ni sombra de pensamiento injurioso para el público que la aplaude, reconociendo como él sus defectos: es decir, la parte inteligente del público, porque el vulgo no es nunca juez competente ni aceptable ni aceptado en materias literarias.

A lo segundo, que el no ser vanidoso, no es ser ingrato, y el aceptar con modestia lo que me corresponda solamente de gloria por lo bueno de mi obra, no es despreciar mi popularidad, sino aceptarla con justa medida en lo que vale. Y aquí me ocurre una observación, y es, que si un vanidoso hubiera en mi lugar escrito mi *Don Juan Tenorio* y alcanzado el éxito colosal que yo con el mío, hubiera sido probablemente necesario echarle de España o encerrarle en un manicomio; porque hubiera querido ser ministro de Hacienda, gobernador de Cuba y tener estatuas en vida.

Y a lo tercero, que en lugar de intentar acción alguna retroactiva contra mis editores, poseedores legales de la propiedad de mi *Don Juan* en época en que aún no existía la ley de propiedad literaria, en vez de dirigirme contra ellos, al ver que Dios alargaba mi vida más de lo que yo esperaba, me dirigí francamente al Gobierno, diciéndole: «Mi *Don Juan* produce un puñado de miles de duros anuales a sus editores, y mantengo con él en la primera quincena de noviembre a todas las compañías de

primera parte de mi *D. Juan*, y tiene dos circunstancias especialísimas; la primera es milagrosa: que la acción pasa en mucho menos tiempo del que absoluta y materialmente necesita; la segunda, que ni mis personajes ni el público saben nunca qué hora es.

En el final, *D. Juan* trae a los talones toda la sociedad, representada en el novio de la mujer por engaño desflorada, en el padre de la hija robada y en la justicia humana, que corren gritando justicia y venganza tras el seductor, el robador y el sacrilego: en aquella situación está el drama; por el amor de doña Inés, va a matar a su padre y a *D. Luis*, y tiene preparada su fuga y el rapto en un buque de que habla *Ciutti*; pues bien, en esta situación altamente dramática, aquel enamorado, que por su pasión ha atropellado y está dispuesto a atropellar cuanto hay respetable y sagrado en el mundo, cuando él sabe muy bien que no van a poder permanecer allí cinco minutos, no se le ocurre hablar a su amada más que de lo bien que se está allí donde se huelen las flores, se oye la canción del pescador y los gorjeos de los ruiseñores, en aquellas décimas tan famosas como fuera de lugar: doña Inés las encarrila desarrollando a tiempo su amor poético y su bien delineado carácter, en las redondillas mejores que han salido de mi pluma.

De la desatinada ocurrencia mía de colocar en tan dramática situación tan floridas décimas, resulta que no ha habido ni hay actor que haya acertado ni pueda acertar a decirlas bien. El público, que se las sabe de memoria, le espera en ellas como el de un circo a un clown que va a dar el doble salto mortal: si el actor, verdadero y concienzudo artista, las quiere dar la suavidad, la ternura, la flexibilidad y el cariño que sus suaves, cariñosas y rebuscadas palabras exigen... ¡ay de mí!, como aquellas décimas no fueron por mí escritas acendrándolas en el crisol del sentimiento, sino exhalándolas en un delirio de mi fantasía, resulta su expresión falsa y descolorida por culpa únicamente mía; que me entretuve en meter a la paloma y a la gacela, y a las estrellas y a los azahares, en aquel dúo de arrullos de tórtolas, en lugar de probar en unos versos ardientes, vigorosos y apasionados, la verdad de aquel amor profundo, único, que, celeste o satánico, salva o condena; obligando a Dios a hacer aquellas famosas maravillas que constituyen la segunda parte de mi *D. Juan*.

Si el actor, pasando sobre su conciencia y haciendo caso omiso de la del autor y de su deber de imponerse al vulgo, por dar gusto a éste y arrancar un aplauso, las declara a gritos y sombrerazos, como se hace hoy por nuestros más roncós y aplaudidos actores..., el aplauso estalla, es verdad; pero ¿a quién pertenece? Al actor, no; porque al exponerse a arrojar por la boca los pulmones, arroja con ellos al sentido común por encima de la batería del proscenio, en cambio del aplauso de los engañados espectadores: al poeta, tampoco; porque aquellas palmadas resultan poco menos que bofetadas para él, a quien jamás pudo ocurrírsele que tuvieran que aullarse y berrearse unas décimas tan artificiosas y tan mal traídas, pero forjadas con los más poéticos pensamientos y expresadas con las más suaves, armónicas y cariñosas palabras.

¿Qué quiero yo decir con esto? ¿Que los actores no saben representar mi *D. Juan Tenorio*? No; quiero decir que *en mala situación no hay actor bueno*; que obra mía es aquella situación mala; y que yo, que no transijo con mi conciencia al juzgar mis obras, no transijo con los actores que transigen con la suya en las mías.

¿Intento yo, como se ha supuesto, al decir la verdad sobre mi *D. Juan*, y al hablar con tal ingenuidad de mí mismo, desacreditar mi obra y conspirar contra su representación y éxito anuales, por el inútil y villano placer de perjudicar a mis editores y a los empresarios y actores, porque la propiedad de mi obra no me pertenece?

Estúpida o malévola suposición. *D. Juan Tenorio*, que produce miles de duros

y seis días de diversión anual en toda España y las Américas españolas, no me produce a mí un solo real; pero me produce más que a ningún actor, empresario, librero o especulador: porque la aparición anual de mi *D. Juan* sobre la escena, constituye a su autor su fénix que renace todos los años. *D. Juan* no me deja ni envejecer ni morir: *D. Juan* me centuplica anualmente la popularidad y el cariño que por él me tiene el pueblo español: por él soy el poeta más conocido hasta en los pueblos más pequeños de España, y por él solo no puedo ya en ella morir en la miseria ni en el olvido: mi drama *D. Juan Tenorio* es al mismo tiempo mi título de nobleza y mi patente de pobre de solemnidad: cuando ya no pueda absolutamente trabajar y tenga que pedir limosna, mi *D. Juan* hará de mí un Belisario de la poesía: y podré sin deshonra decir a la puerta de los teatros: «Dad vuestro óbolo al autor de *D. Juan Tenorio*», porque no pasará delante de mí un español que no nos conozca o a mí o a él.

¿Cómo, pues, he de anhelar yo desprestigiar ni desterrar del teatro a mi venturoso desvergonzado *D. Juan*, que es el ser de mi ser y la única esperanza de mi porvenir?

Pero ¿qué intereses ataca, qué amor propio ofende el modesto conocimiento de sí mismo que el autor del tal *D. Juan* manifiesta al juzgar su obra, cuando ha tenido treinta y tres años para estudiarla? ¿Cuando, *velis nolis*, le han hecho presenciar ochenta veces su representación, durante la cual, a no haber sido de piedra como su estatua del Comendador, tiene forzosamente que haberla visto y héchose cargo de cómo pasa lo que en ella sucede?

¿Sería posible, aunque para mí inconcebible sería, que se ofendiera la crítica de que yo, a mis sesenta y cuatro años, al ajustar cuentas con mi conciencia, dijera de mi *D. Juan* lo que ella, o por consideración al autor o por no atreverse a ir contra la corriente de la opinión, no ha dicho en los mismos treinta y tres años? Es imposible; la crítica tiene que ser hidalga y leal en España, como lo es su pueblo, y no puede tornarse nunca en injusta, corrigiendo sólo al autor, no concediéndole ni permitiéndole nada, ni aún reconocer y corregir sus defectos, sin corregir el mal gusto, cuando extravía los juicios del público y el arte de los actores, ocasionando los excesos y faltas de las empresas; todo lo cual constituye lo que se llama el teatro: que no es sólo la palabra escrita del poeta.

Dejémoslo aquí. Con todo lo dicho y lo que por decir me queda, no he pretendido más que alegar el derecho y la obligación que tengo de ser modesto confesando mis defectos y errores, para que ni mis contemporáneos que me aplauden, ni la posteridad si de mí se acuerda, tengan motivo dado por mí en que apoyarse, para creer que yo vivo hinchado y esponjado como el pavón y sueño conmigo mismo cuando duermo, por la vanidad de ser quien soy, y de haber hecho y escrito lo que he escrito y hecho.

Y si hay alguno que me envidia el ser autor del *Don Juan*, ¡ojalá pudiera yo tras-pasárselo para que gozara en mi lugar las consecuencias de haberlo escrito!

La veracidad de mi opinión sobre esta obra, la exprese muy claramente y de todo corazón en las últimas redondillas de las que leí en un beneficio que con él me dió Ducazcal en el Teatro Español el año pasado, que inserto aquí para concluir, y por creer que aquí tienen su legítimo puesto y lugar.

En los años que han corrido desde que yo le escribí, mientras que yo envejecí mi *Don Juan* no ha envejecido:

Y fama tal por él gozo que se cree, a lo que parece, porque *Don Juan* no envejece, que yo he de ser siempre mozo:

Y hoy el bravo Ducazcal
os anuncia en su cartel,
que he de hacer aquí un papel,
que tengo que hacer ya mal.

Yo no soy ya lo que fuí;
y viendo cuán poco soy,
dejo a los que más son hoy
pasar delante de mí;

Pues por Dios que, por más brava
que sea mi condición,
la fiebre rinde al león,
la gota la piedra cava.

Aún latir mis bríos siento:
pero es ya vana porfía;
no puedo ya la voz mía
pedirle otra vez al viento:

Y a quien me lo quiere oír,
digo años ha por doquier,
que pierdo el ser de mi ser
y que me siento morir.

Pero nadie me hace caso
por más que hablo a voz en grito,
porque este *Don Juan* maldito
por doquier me sale al paso.

Y ni me deja vivir
en el rincón de mi hogar,
ni deja un año pasar
sin dar de mí qué decir.

Yo me apoco día a día,
y este bocón andaluz,
a quien yo saqué a la luz,
sin saber lo que me hacía,

me viste con su oropel
y a luz me saca consigo;
por más que a veces le digo
que ir no puedo a par con él.

Mas tanto favor os debo
por él, que en verdad me obliga
a que algo esta noche os diga
de este insolente mancebo.

Oíd... es una leyenda
muy difícil de contar,
porque tiene algo a la par
de ridícula y de horrenda:

una historia íntima mía:
Yo era en España querido
y mimado y aplaudido...
y me huf de España un día.

Vivía a ciegas, y erré:

y una noche andando a oscuras,
tropecé en dos sepulturas,
y de Dios desesperé.

Emigré: me di a la mar;
y esperando en el olvido,
una muerte hallar sin ruido,
en América fui a dar.

No llevando allá negocio
ni esperanza a que atender,
al tiempo dejé correr
en la oscuridad y el ocio.

Once años anduve allí
vagando por los desiertos,
contándome con los muertos
y sin dar razón de mí.

Los indios semi-salvajes
me veían con asombro
ir con mi arcabuz al hombro
por tan agrestes parajes;

y yo en saber me gozaba
que nadie que me veía
allí, quién era sabía
el que por allí vagaba;

y esperé que de aquella
de mí y de mi poesía
como yo se olvidaría
a la fin el mundo todo.

Mi nombre, pues, con intento
de dejar perder, y en suma
sin papel, tinta, ni pluma,
ni libros ya en mi aposento,

bebía en mi soledad
de mis pesares las heces:
mas tenía que ir a veces
del desierto a la ciudad.

Vivo el cuerpo, el alma inerte,
a caballo y solo, iba
como una fantasma viva,
sin buscar ni huir la muerte.

Y hago aquí esta narración
porque sirva lo que digo
a mis hechos de castigo,
y a modo de confesión.

Sobre mí a un anochecer
un nublado se deshizo,
y entre el agua y el granizo
me dejó una hacienda ver.

Eché a escape, y me acogí
de la casa entre la gente,

como franca lo consiente la hospitalidad allí.

Celebrábase una fiesta: que en aquel país no hay día que en hacienda o ranchería no tengan una dispuesta;

y son fiestas extremadas allí por su mismo exceso, de las hembras embeleso, de los hombres emboscadas.

Y a no ser de mi leyenda por no cortar la ilación, hiciera aquí descripción de una fiesta en una hacienda, donde nadie tiene empacho de usar a gusto de todo; porque son fiestas a modo de las bodas de Camacho.

Allí acuden sin convite buhoneros, comerciantes y cirqueros ambulantes; sin que a nadie se le quite de entrar en corro el derecho, de gastar de los abastos, ni de colocar sus trastos donde quiera que halle trecho.

Jamás se apaga el hogar, jamás el servicio cesa; siempre está puesta la mesa para comer y jugar.

Por salas y corredores se oye el son a todas horas de carcajadas sonoras, de onzas y de tenedores.

Todo es peleas de gallos, toros, lazos, herraderos, manganas y coleaderos y carreras de caballos;

Y al fin de un día de broma, que nada en Europa iguala, todo el mundo entra en la sala y sitio en el baile toma.

Entré e hice lo que todos: y cuando creí que al sueño se iban a dar, di yo al dueño gracias por sus buenos modos:

mas mi caballo al pedir, asiéndome por la mano,

me dijo el buen campirano soltando el trapo a reír:

«¿Y a quién hay que se le antoje dejar ahora tal jolgorio? Vamos, venga usted a la troje y verá el *Don Juan Tenorio*».

Y a mí, que lo había escrito, en la troje me metía; y allí al paso me salía mi audaz andaluz precito.

Mas ¡ay de mí, cuál salí! Lo hacia un indio otomí en jerga que el diablo urdió; tal fué mi *Don Juan* allí, que ni yo le conocí ni a conocer me di yo.

Tal es la gloria mortal, y a quien Dios se la confiere, si librarse de ella quiere se la torna Dios en mal.

A mí no me la tornó, porque por mi buena suerte, del olvido y de la muerte doquier *Don Juan* me salvó.

¡Dios no quiso allá de mí Y de mi patria el olvido temiendo, como había ido, a mi patria me volví.

¡Feliz malogrado afán! Al volver de tierra extraña, me hallé que había en España vivido por mí *Don Juan*.

Comprendí en su plenitud de Dios la suma clemencia: *Don Juan* había en mi ausencia borrado mi ingratitud.

Monstruo sin par de fortuna, mientras yo de España huía, en España me ponía en los cuernos de la luna.

Y ni fuerza ni razón han podido derribar tal ídolo del altar que le ha alzado la opinión.

Pero hablemos con franqueza hoy que todo coadyuva para que aquí se me suba a mí el humo a la cabeza.

Desvergonzado galán,

siempre atropella por todo
y de atajarle no hay modo:
¿qué tiene, pues, mi *Don Juan*?

Del fondo de un monasterio
donde le encontré empolvado,
yo le planté remozado
en mitad de un cementerio.

Y obra de un chico atrevido
que atusaba apenas bozo,
os parece tan buen mozo
porque está tan bien vestido.

Pero sus hechos están
en pugna con la razón;
para tal reputación
¿qué tiene, pues, mi *Don Juan*?

Un secreto con que gana
la prez entre los don Juanes:
el freno de sus desmanes:
que doña Inés es cristiana.

Dejémoslo aquí hasta que veamos a mi *D. Juan* ante la conciencia de su autor,
que también veremos a los actores ante mi *Don Juan*.

XIX

(PARÉNTESIS)

I

Mi campaña teatral había durado cuatro años: del 40 al 45. Fiel a mi bandera, no me había yo pasado jamás al enemigo, combatiendo siempre en primera fila; y en aquellos cuatro años, porque en la temporada del 41 al 42 no escribí nada por lo que adelante diré, había yo dado a la empresa Lombía veinte y dos obras escénicas, desde *Cada cual con su razón* hasta *D. Juan Tenorio* (1). Ninguna de ellas había sido silbada ni retirada del cartel sin cinco representaciones; y habían quedado del repertorio de Latorre, con éxito completo, *El Zapatero y el Rey*, *Sancho García*, *El rey loco*, *El puñal del godo*, *El alcalde Ronquillo* y el *D. Juan*; Lombía repetía en el suyo el *Cada cual con su razón* y *La mejor razón, la espada*. La empresa del teatro del Príncipe no me había visto jamás en el saloncito de Julián Romea, ni para sus afortunados actores había yo en los cuatro años escrito un solo verso; siendo el único escritor que siguió constante la inconstante suerte de la empresa de la Cruz, y escribiendo exclusivamente para Lombía y Latorre.

¿Por qué? Lo diré más adelante al recordar cómo, por qué y para quién escribí

Tiene que es de nuestra tierra
el tipo tradicional;
tiene todo el bien y el mal
que el genio español encierra.

Que, hijo de la tradición,
es impío y es creyente,
es baladrón y es valiente,
y tiene buen corazón.

Tiene que es diestro y es zurdo,
que no cree en Dios y le invoca,
que lleva el alma en la boca,
y que es lógico y absurdo.

Con defectos tan notorios
vivirá aquí diez mil soles;
pues todos los españoles
nos la echamos de Tenorios.

Y si en el pueblo le hallé
y en español le escribí,
y su autor el pueblo fué...

¿Por qué me aplaudís a mí?

(1) *Cada cual con su razón*; *Lealtad de una mujer*; primera y segunda parte de *El Zapatero y el Rey*; *El eco del torrente*; *Los dos virreyes*; *El molino de Guadalajara*; *Un año y un día*; *Apoteosis de Calderón*; *Sancho García*; *El caballo del rey D. Sancho*; *La mejor razón, la espada*; *El puñal del godo*; *La oliva y el laurel*; *Sofronía*; *La Creación y el Diluvio*; *El rey loco*; *La reina y los favoritos*; *La copa de marfil*; *El alcalde Ronquillo*; *D. Juan Tenorio*.

el *Traidor, inconfeso y mártir*; antes, y por hoy, tengo necesidad de decir algo de las vicisitudes por que habían pasado los teatros de verso, durante los cinco años de la revolución literaria, de la cual fui entonces hijo mimado y hoy todavía viviente recordador.

Porque estos mis desordenados RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO son una madeja de quebradizos y rotos hilos, de cuyos cabos voy tirando al azar según los voy devanando en el desigual ovillo de mis artículos de *El Imparcial*; y en éste veo que es preciso que dé a mis lectores, si tengo algunos, un cabo conductor y alguna luz que les guíe por el laberíntico relato de mis entradas y salidas por las puertas y escenarios de los teatros de la Cruz y del Príncipe. Mis RECUERDOS no son, desventuradamente para mí, una obra de cronológica ilación, de continuidad lógica y progresiva de bien enlazados sucesos, y de uniforme estilo, como las curiosas MEMORIAS DE UN SETENTÓN, del Sr. de Mesonero Romanos, a quien aprovecho esta ocasión para dar gracias por el cariñoso recuerdo que en ellas hace de mí, y para rendirle el homenaje debido al más fácil de nuestros prosistas, al más ameno y castizo de nuestros narradores, al más cortés de nuestros críticos, y al más exacto pintor de nuestras costumbres. Mis RECUERDOS no pueden, ni intentan competir con sus MEMORIAS; y cuando hoy se reducen a libro con una más ordenada forma, aún no pueden parangonarse con aquéllas; elegante y última, pero genuina producción del vigoroso ingenio del CURIOSO PARLANTE, en cuya curiosa personalidad prolonga Dios la luz de la inteligencia para gloria y contentamiento de la presente generación.

Hecha esta salvaded y cumplido este deber, vuelvo la vista atrás y retrocedo cuatro años, para entrar por preparado camino en el quinto y último de mis recuerdos teatrales.

La temporada cómica del 38 al 39, por no sé qué circunstancias fortuitas o premeditadas, iba a pasar sin que hubiese compañía en los teatros de Madrid. Lombía, asociado con Luna, Pedro López, las Lamadrid y otros, se presentaron en época avanzada, con las más sinceras protestas de modestia, a llenar como mejor pudiesen aquel vacío. Estimóselo el público, y quedó constituida en compañía aquella sociedad, para la temporada del 39 al 40. *La redoma encantada* fué para ella la gallina de los huevos de oro, y en aquel año cómico presenté yo mis tres primeras comedias, según van marcadas en la nota correspondiente a este párrafo. Con la cooperación del infatigable Bretón, de García Gutiérrez, Olona y otros autores, el año fué un negocio, y a la temporada siguiente (la de 40 al 41) vino a tomar parte en él Julián Romea con Matilde y su compañía. Romea, Salas y Lombía tomaron ambos teatros, y habiendo yo comprometido mi palabra con Carlos Latorre de escribir para él la segunda parte del Rey D. Pedro, cuya primera había estrenado Luna, pero no habiendo querido Romea escriturar a Latorre, preferí no escribir para el teatro a faltar a la palabra empeñada a éste.

No duró mucho la unión de Julián con Lombía; y como por aquel tiempo transformara en teatro su circo Colmenares, que del de la plaza del Rey era propietario, Lombía, que había tomado el viejo coliseo de la Cruz, patrocinado por el banquero Fagoaga, director del Banco, estrenó el del Circo en el verano, con Carlos Latorre, mientras se hacía de nuevo el de la Cruz. La empresa Colmenares, que era adinerada y emprendedora, hizo competencia a los dos teatros y a las dos compañías del Príncipe y de la Cruz, primero con grandes pantomimas y después con ópera y baile: del 42 al 43.

Lombía, que disponía de no escasos fondos y que era hombre de no cortos alcances, se volvió a unir con Romea contra el enemigo común; y conservando independientes sus dos compañías de verso, fueron coempresarios para dos nuevas de baile y de

ópera, que alternaron en sus dos teatros. La Lema (que casó después con Ventura de la Vega), la Tossi (mujer luego de Lorenzo Milans) y la Villó, ganaron allí con justicia la reputación de primeras cantantes; y Salas en *Chiara di Rossemberg* se hizo el primer caricato español; sosteniendo el baile la pareja Bartholomin, con su padre de director, Aranda de pintor, otra pareja italiana y un par de docenas de coristas aragonesas y valencianas, que se las tuvieron ten con ten a la Petit y a la Guy-Sthefan y a las andaluzas del circo.

II

Del 43 al 44, Lombía solo, sin Romea, pero con Matilde, Guzmán, Latorre, Sobrado, Pizarroso, Azcona, las Lamadrid y la Sampelayo, sostuvo la competencia contra las compañías del circo con la mejor de verso que tal vez se ha reunido, y una de ópera de *primo cartel* (hasta el 45) con Moriani, Guasco y otros célebres cantantes. En estos dos años se pusieron en escena, en la Cruz, *La lámpara maravillosa*, fantástica y maravillosamente decorada por Aranda; *El triunfo de la Cruz* y *La Encantadora*, y en el Príncipe, *La Silfide* y *Hernán-Cortés*, varios dramas de Hartzenbusch y García Gutiérrez, el *Don Alfonso el Casto* y la *Doña Mencía*, el *Alfonso Muño* y *El Príncipe de Viana*, de Gertrudis Avellaneda, y muchas comedias de Bretón, que dieron prez al arte escénico y dinero a la administración. El Circo, al fin, amparado por Narváez, Salamanca y otros personajes de valía, se llevó la atención con la competencia de la Fuoco y la Guy, a quienes se presentaban gigantescos ramos de flores conducidos en brazos de servidores con librea, en azafates y jarrones de plata y porcelana de china, y hasta en un carro que apenas cabía por la calle del centro de las butacas.

Yo no sé lo que el arte ganó con aquel frenesí y aquellos delirios; pero el público se hartó de gritar por uno u otro partido, y de divertirse con las excéntricas locuras de ambos; y se vieron en la escena de los tres teatros las más costosas decoraciones, los más lujosos trajes, las más cortas y transparentes enaguas, y las bailarinas más correctamente empernadas y de más ricas formas de los cuatro reinos de Andalucía y de la antigua coronilla de Aragón.

Por fin perdimos nosotros los de la Cruz, que estuvimos a pique de ser crucificados. En diciembre del 45 Lombía tuvo que prescindir de Carlos Latorre, que se fué a Granada, y yo a mi casa a contentarme con saber que en Granada se aplaudía a Carlos; sin el cual abrió Lombía el teatro del Instituto, con Caltañazor, las hermanas Flores, la Pamiás, la Carrasco, la Concha Ruiz, Lumbreras, etc. En esta temporada, y antes de abandonar la Cruz, se hicieron las zarzuelas *El Sacristán de San Lorenzo*, *La Venganza de Alfonso* y *La pradera del Canal*, parodias de la *Lucía* y la *Lucrecia*, escritas por Azcona, el más inteligente y entendido de nuestros actores de entonces, excepto Pedro Mate: cuadros de costumbres concienzudamente estudiados y con maravillosa exactitud copiados del natural.

En junio del 46 fui yo a Francia, de donde regresé en enero del 47, por el fallecimiento de mi madre; a mi vuelta, hallé instalada en el Instituto la compañía andaluza de Calvo y Dardalla, donde estos dos actores representaban de una manera tan incomparable como encantadora *Los celos del tío Macaco* y *La flor de la canela*. Pepe Calvo, padre de Rafael, hacía un tío Macaco tan indescriptible y característico, un gitano tan picaresco y atruhanado, tan anguloso, descaderado y zancudo, que no le produjeron más espierrabao ni Triana en Sevilla, ni el Perchel en Málaga.

Del 48 al 49, El Ayuntamiento se encargó del teatro y se fundó el Español, con una compañía completa compuesta de Romea, Valero, Arjona, Matilde, Bárbara, Teo-

dora y Osorio, etc. Catalina no aceptó su puesto en ella por razones personales, y Carceller, con un asociado, tomó para Catalina el viejo teatro de Variedades, con la Manuela Ramos, la Juana Samaniego, Juan Catalina, Cortés el buen gracioso, Manuel Giménez y otros. Al fin de temporada contrataron a Salas, Adela Latorre, al tenor González, etc., con quienes pasaron al teatro de los Basilius, mientras que Harpa, propietario de Variedades, remodelaba su sala y escenario, dejándolos como estaban aún el año pasado de 79.

Y aquí acaban mis recuerdos de los teatros que conocí antes de mi expatriación, y salvo algunas inexactitudes de fechas, y alguna confusión de ajuste de actores, esta es la historia de los teatros de Madrid desde el 40 al 49: tan ligeramente apuntada como lo permite el ligero espíritu de estos recuerdos a vuelo pluma, y tan en confuso cuadro como se conservan amontonados en mi turbia memoria todos aquellos empresarios tan activos y batalladores, todos aquellos actores tan bien vestidos y todas aquellas bailarinas tan bien desnudas.

Pálidas, dispersas y móviles siluetas, recuerdos desperdigados de la memoria del muchacho, que aún bailan en sueños una diabólica danza macabra por el ya frío, desierto y nebuloso campo de la imaginación del viejo poeta.

III

Y aquí abre mi memoria un oasis fresco, umbroso y apacible en el árido y enmarañado desierto de mis recuerdos; en él se levanta y por él corre, y su abrasada atmósfera templada y orea una brisa vital, salubre y perfumada, que envía mi corazón amante a mi descarriada fantasía. ¿Por qué no he de sentarme a reposar un punto a la sombra de este oasis? ¿Por qué no he de aspirar esta brisa a la luz del único rayo de esperanza que ilumina la lóbrega y tempestuosa atmósfera de mis recuerdos, y el turbio y estéril arrenal de mi inútil existencia? ¿Qué son estos mis RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO más que las aspiraciones íntimas de mi alma, los suspiros de mi corazón y los latidos de mi conciencia? Surja, pues, de las aguas azules del pintoresco lago de la poesía el vapor puro de los suspiros del alma; revélese el hombre en la faz del poeta, y véase el corazón de aquél a través de las cuerdas de la lira de éste.

Por aquel tiempo vino a Madrid mi pobre madre, a quien yo no había visto y de quien nada había sabido desde aquella desventurada noche en que abandoné mi paterno hogar.

Dos figuras bellísimas, dos imágenes tan queridas como nunca olvidadas, resaltan en este cuadro de mis recuerdos: la de mi madre y la de Paco Luis de Vallejo, corregidor de Lerma en 1835, a quien dediqué mi *D. Juan Tenorio* en 1844. Volvamos un instante la vista al mes de julio de 1835 para posarla después en el de 1844.

A la llegada a Madrid de la Reina María Cristina, era mi padre superintendente general de policía del reino: el duque de San Carlos y Arjona, que para traerle hasta tan importante puesto le había hecho pasar por la Chancillería de Valladolid, la Audiencia de Sevilla y la Sala de Alcaldes de casa y corte, se le habían propuesto a Fernando VII como un partidario fiel de la causa realista, como un íntegro magistrado y un hombre de carácter enérgico, a propósito para limpiar a Madrid de los ladrones y vagos que pululaban en 1827 por las mal empedradas calles y peor alumbrados callejones de la villa y corte de entonces, de la cual dan tan exacta idea las Memorias de Mesonero Romanos. Al instalarse mi padre en la superintendencia, en la casa de la calle del Principe que hoy habita el duque de Santaña, tenía ya montada una policía, que acabó en cuarenta días con todos los ladrones, de la manera que tal

vez diré en algún artículo posterior. Bástame, por hoy, indicar el principio tan bárbaro como exacto de que su justicia partía, y era éste: «Los seres humanos, que faltos de educación moral y religiosa, y viviendo en guerra con la sociedad, creen que el robo es una profesión, y el asesinato necesario para cometer y encubrir el robo, no tienen más que un miedo: el de la muerte.» En consecuencia de cuyo principio, y conociendo el modo lento y embrollado con que la justicia ha solido caminar siempre en España, anuncié que «los ladrones quedaban sujetos a una comisión militar, asesorada por un alcalde de casa y corte y un escribano del crimen»; instalóse la tal comisión; y ladrón cogido, ladrón ahorcado. Bárbaro era tal vez el principio, pero necesario y eficaz fué el procedimiento; los únicos tres años que Madrid ha estado completamente libre de ladrones de profesión, fueron los de 28, 29 y 30. Otro día hablaremos de esto: no manchemos hoy con tan repugnantes memorias la purísima de mi madre y la alegre y caballeresca del apuesto *garçon* corregidor de Lerma, Paco Vallejo.

Mi padre fué el primer dignatario de la situación realista depuesto por la influencia liberal de la Reina Cristina: cayó como los vencidos que capitulan, y salió con armas y bagajes: las condiciones de su destitución no fueron más que la de salir de Madrid y sitios reales en el término de ocho días. Fué, pues, a refugiarse a un pueblecillo de la provincia de Burgos, en donde un hermano de mi madre era cabeza de una numerosa familia, y al cuyo otro hermano, capellán de aquel pueblo, había nombrado canónigo de la colegiata de Lerma el duque del Infantado, patrono de aquella iglesia y heredero del duque de Lerma, su fundador. El cólera del 34, que introdujo la muerte y la división en la familia, nos obligó a abandonar aquel pueblecillo tan pequeño, oculto y desconocido, que su nombre no se halla en los mapas; y mientras yo pasaba las temporadas del curso escolar en las Universidades de Toledo y Valladolid, mis padres vivían en un tranquilo destierro en casa de mi tío el canónigo de Lerma. Allí fué de corregidor mi inolvidable Vallejo.

Su llegada fué un acontecimiento para el partido que iba a gobernar, y un justo motivo de sobresalto para mi padre; quien no habiendo aprobado el levantamiento carlista, en cuyo éxito no creía, había rechazado las sugerencias de los amigos y de los agentes del levantamiento, resuelto a no mezclarse en él por voluntad propia; pero hombre importante y conocido de la pasada situación, no podía menos de ser sospechoso al nuevo Gobierno, y se dió tal vez por perdido al ver llegar a Lerma un corregidor modelado en un molde tan distinto del en que él había concebido que debían variarse los corregidores. Paco Vallejo era un mozo de veintisiete años, que yestía con elegancia, que marchaba con soltura, que fumaba ricos habanos que de Madrid le remitian, que bebía Jerez, y, cosa inconcebible para mi padre, que se presentó a tomar posesión de su corregimiento con el uniforme de nacional de caballería de Madrid, con el encaó en la cabeza, el bastón en la derecha y el sable a la cintura. Paco Vallejo era uno de los calaveras de buen tono de aquella edad de calaveras, que volvieron del revés a España como un sastre la manga de una levita, a la cual hay que poner forros nuevos: un Don Juan de la clase media, que podía presentarse y bravear en el salón más aristocrático: un abogado joven lleno de audacia y de talento, tan agudo de ingenio como seductor de modales, a quien era preciso tener un par de años en un corregimiento para hacerle llegar a una toga en la audiencia de la Habana; y a quien mi padre y yo tuvimos la fortuna de que nos enviara a Lerma D. Claudio Antón de Luzuriaga.

Cuando Vallejo llegó a Lerma, acababa ya de volver, concluido el curso de la Universidad de Valladolid. Dimos uno con otro, él bajando y yo subiendo la calle Mayor; llame yo su atención por mi traje y porte más cortesano del de la gente del país: enca-

róse conmigo, plantémele yo delante, cediéndole la derecha, pero sin bajar mis ojos a su investigadora mirada, y preguntóme:—¿Quién es usted, caballerito, que no tiene trazas de ser de esta tierra?

Decliné yo mi nombre y el de mi padre, y esperé, sombrero en mano, a que tomara mi filiación en unos instantes de silencio y bajo el poder de una escrutadora mirada, ante la cual no creí conveniente bajar la mía.

—Está bien—me dijo, concluido su examen—tendré mucho gusto en conocer al padre de tal hijo. ¿Dónde le ha educado a usted su señor padre?

—En el Real Seminario de Nobles de Madrid—respondí.

—¡Hola! ¿Es usted discípulo de los jesuitas?

—Sí, señor; pero no les hago mucho honor, porque he sido siempre muy des-
aplicado.

—No habrá sido en la cátedra de la lengua castellana.

—Ni en la de otras.

—¿Conoce usted muchas lenguas extranjeras?

—Tengo rudimentos de tres y rompo en ellas la conversación.

—Espero tener ocasión de hablar con usted en alguna; tal vez en las tres.

—Estoy a la disposición de usía.

—Y mi corregimiento a la de su señor padre: hágasele usted presente de mi parte.

Siguió su camino el corregidor, y apreté yo el paso hacia mi casa para advertir a mi padre de que creía que acababa de cometer una torpeza, que podía muy bien habernos puesto en mal con el miliciano corregidor.

Frunció mi padre el entrecejo escuchando mi narración, pero no desplegó sus labios, y antes de anoecer fué a visitar a Vallejo, dejando a mi madre y a su hermano el canónigo en angustiosa incertidumbre; era para ellos evidente que yo había traído a mi padre la orden de presentarse inmediatamente ante aquella extraña autoridad.

Al volver mi padre de su visita, respondió a la interrogadora mirada de mi madre con estas palabras:—Es un hombre atentísimo y no temo doblez en él; pero no puedo comprender sus intenciones.

Yo no puedo visitar a usted; me ha dicho al despedirme; pero envíeme usted a su hijo: no sé comer solo, soy algo hablador y me ha parecido que su hijo de usted no tiene pelos en la lengua.—¡Dios ponga tiento en ella!, exclamó mi padre volviéndose a mí. Mañana irás al alojamiento de ese botarate, y seréis dos: si te invita a comer, acepta; pero no bebas. Habla poco, si puedes, y escucha bien lo que te diga, porque probablemente te lo dirá para que me lo repitas.

Maldita la gracia que me hizo la posición en que el nuevo corregidor me colocaba entre él y mi padre: pero después de una noche no muy tranquila para ninguno de los tres que componíamos la familia, a las cuatro en punto de la tarde pasaba yo un poco receloso los umbrales de la casa en que se alojaba D. Francisco Luis de Vallejo, a quien desde aquella tarde consagré un cariño fraternal y un agradecimiento que no se extinguirá sino con la vida.

Llegué hasta el aposento del corregidor sin tropezar con portero ni alguacil, pues habían ya pasado las horas del despacho; y como, aunque no las llevaba todas conmigo, no quería yo que miedo ni empacho en mí conociera, di resueltamente dos golpes en la puerta con los nudillos, y al «adelante» con que desde dentro me autorizaban a penetrar en aquel *sancta sanctorum* de la justicia lermaña, me presenté con tanta resolución aparente, como desconfianza real ante la primera autoridad del partido. Lefa Vallejo, tendido en un sillón de cuero, un libro encuadernado en vetusto y amari-

lento pergamino; los pies tenía, con botas y espuelas, puestos en dos sillas, y el codo izquierdo en la esquina de una mesa de pies salomónicos, que sobre su tablero sustentaban por el momento, y en vez de legajos de papel sellado, un gran plato de nueces frescas, muy pulcramente peladas, y un pichel de aquella agradable bebida compuesta de limonada y vino que se llamaba sangría en aquel tiempo viejo, y con la cual templaba el corregidor el ardiente efecto del oleoso fruto del nogal. Soltó el libro y levantóse para recibirme; e hizolo con tan atractivos modales y con tan afectuosas palabras, que al cabo de media hora, uno en frente de otro, dábamos cuenta de la última nuez y de la gota postrera de sangría, en medio de la más alegre conversación de estudiantes y de la más franca y espontánea amistad de muchachos.

Esta rápida e inconcebible unión de dos tan distintos individuos, la había operado en pocos minutos el libro que Vallejo leía: las coplas del marqués de Santillana y de Jorge Manrique, manuscritas y encuadradas en la edición gótica de Sevilla; de las *Trescientas* de Juan de Mena.

Si en lugar de escribir estos recuerdos en las columnas de un periódico los escribiese en las páginas de un libro, llenarían algunas los pormenores de esta escena. Poco Vallejo era originalísimo en sus opiniones, excéntrico en sus ideas, y tan picante como ameno en su conversación. Venía de la corte impregnado en el espíritu de todos los gérmenes políticos, económicos, artísticos y literarios de la revolución.

Era un índice vivo de cuantos libros y periódicos iban publicados en aquella primera, modesta y recelosa libertad de imprenta; sabía de memoria las principales escenas del *Edipo*, de Martínez de la Rosa; del *Macías*, de Larra; de la *Marcela*, de Bretón, y los chistes de Ventura, y los *Cantos* de Espronceda, que acababa Ochoa de publicar en *El Artista*, y podía decir al dedillo la historia de todas las cantantes, desde la Albini, la Cesari y la Lorenzani, y de todas las bailarinas, desde la Sichero y la Volet; recitóme veinte canciones italianas, para mí desconocidas, y encantóme con la de Zannotti, que lleva por estribillo aquel famoso *oh giuramenti preda de venti*. Recitóme yo mi *Dueña de la negra toca* y mi *Canto de Elvira*, con los versos a una Catalina, la moza más garrida que por entonces vivía en Lerma; pidióme y díle noticias, y narréle lo que de las muchachas de la comarca se susurraba; díjome y díjele, contéle y contóme tantos versos tan ingeniosos como subidos de color, y tantas historias tan gratas de recordar como imposibles de repetir, y cuando la dueña de la casa se decidió a avisarnos que la sopa estaba en la mesa, así nos acordábamos, como por los corros de Ubeda, ni él de que era corregidor, ni yo de que era el hijo de mi padre.

Aquellas tan frescas como excitantes nueces nos habían hecho acabar con el pichel de sangría; y aunque el vinillo agrio de Lerma, según decía mi tío el canónigo, no era bueno más que para echar lavativas a galgos, nos había abierto tanto el apetito como alegrado el corazón y calentado la cabeza, borrando los diez años de diferencia que entre mis diez y siete y los veintisiete del corregidor mediaban. Comimos como dos condiscípulos que a hallarse juntos volvieran tras diez años de separación, y éramos a los postres tan amigos y tan iguales, como si de veras condiscípulos hubiéramos sido desde la escuela de primeras letras. Y así llegamos a las nueve de la noche, y oí yo con asombro, y casi con espanto, las campanas de la Colegiata, que tocaban a las Ánimas; era la primera vez que tal hora me cogía fuera de la casa de mi padre; era la, en que se rezaba el rosario en ella, y era yo el encargado de guiarle.

Conoció Vallejo que algo me angustiaba; preguntóme qué, y reveléselo yo; entonces, tomando una de las dos luces que habían alumbrado nuestro festín, y volviendo a llevarme al aposento en donde le hallé, escribió una carta de media página a mi padre; llamó al alguacil de ronda y le mandó que a mi casa me acompañara; díome

por despedida lo escrito, cerrado en un sobre, y díjome al oído: «dí a tu padre que quemese ese papel en cuanto le lea, y que no deje de enviar a su hijo de cuando en cuando a comer con el corregidor».

Entré yo en mi casa con los carrillos muy encendidos y los ojos muy alegres: aguardábame ya impaciente mi familia, y recibíome mi padre con el ceño un poco fruncido y en un silencio muy poco a propósito para infundirme ánimo; pero yo, sin decir palabra ni darle tiempo de pronunciar una, púsele en las manos la carta de Vallejo, con lo cual, obligándole a fijar su atención en la misiva, logré que la apartara del portador.

Leyó mi padre, y quedóse un punto suspenso, contemplando lo escrito como si no lo comprendiera; y aprovechando la posición en que, inclinado hacia adelante, tenía la carta y la cabeza cerca de la luz, díjele al oído, como Vallejo me lo había dicho: «Que quemese usted ese papel en cuanto le lea».

Quitó mi padre sus ojos del papel para fijarlos en los míos, y preguntóme: «¿Te lo ha leído él a tí?»

No; contesté con la firmeza de quien decía verdad; y en silencio mi padre quemó el papel, quedando de él no más que el pico, por el cual entre su pulgar y su índice lo tuvo mientras ardió. Tiró después del cordón de la campanilla y mandó que sirvieran la cena: «Tú habrás comido muy tarde, me dijo: nosotros hemos rezado ya el rosario, y tendrás ganas de acostarte: toma tu luz, y te dejaremos en tu cuarto»; y mientras todos bajaban al comedor, que estaba en el entresuelo, me dijo mi padre al dejarme en mi dormitorio, que tenía su puerta en el arranque de la escalera:

«Mañana irás a decir a Vallejo lo que me has visto hacer con su carta y le darás las gracias, y añadiendo entre dientes, y como quien habla consigo mismo: «¿si tuviera la cabeza tan sana como el corazón...!» Me cerró la puerta, y me acosté tan satisfecho de haber salido tan bien librado, como curioso de saber lo que decía aquella carta, que tan bien me había escudado del justo mal humor de mi padre.

Vallejo tenía suficiente juicio para no fiar al chico lo que corriera riesgo de su insensata locuacidad: el corregidor fué con el padre un caballero de la tabla redonda; y un muchacho desatentado con el hijo, futuro autor del *Tenorio*, y único ser con quien el noble calavera madreño, a quien debía aquel drama ser dedicado, podía tener afinidad en aquel país.

El corregidor liberal, el apuesto y caballeroso garzón, arriesgó su favor y su empleo por amparar al magistrado en desgracia, y fué el primero que auguró al hijo un porvenir tan brillante como inútil para uno y otro.

Ocho años después, supe por mi madre que la carta de Vallejo, que de su parte llevó yo a mi padre, decía: «Traigo orden de vigilar a usted y de no dejarle respirar; pero puede usted dormir tranquilo mientras yo sea corregidor de Lerma; y cuando tenga usted que emprender algún viaje, avísemelo usted con tiempo para que pueda usted partir sin despedirse de mí, mientras esté yo de expedición por mi insula Barataria; pero no deje usted de enviarme al chico; que tendrá siempre tan buen lugar en mi mesa, como creo que le tiene en el porvenir que abre en España a las letras la revolución que se desarrolla».

¡Oh, bueno y leal Paco Vallejo! Pocos meses después tenías que consolar a mi pobre madre y desvanecer las sospechas del receloso y severo juez, que tal vez creyeron por un momento que podías tener parte con tus consejos en el crimen con que el hijo se abrió las puertas del porvenir famoso que tú le habías predicho, y que sólo valió al padre, a la madre y al hijo, pesadumbres y desengaños.

Mi madre, harta de vivir escondida en un pueblucho de una sierra, en donde vivía desde noviembre hasta febrero, y en el cual, incommunicada y sin noticias del mundo,

había vivido cinco años sin saber lo que en el mundo pasaba, vino por fin a llamar a las puertas de la casa del hijo ingrato, cuyo amor filial creía extinguido por la vanidad de unos triunfos que no la habían producido más que ruido y coronas de papel dorado. Un viejo eclesiástico, que la había servido de protector, se presentó al hijo con la desconfianza de un católico que tuviera necesidad del amparo de un hereje; que era, y es aún lo que se cree en algunos pueblos de Castilla, de los que usamos perilla y bigote; pero no bien el anciano sacerdote comenzó a tantear los sentimientos del hijo, cuando éste se echó en sus brazos deshecho en lágrimas, clamando ansioso por abrazar a su infeliz madre; trajímosla a nuestra casa, y una nueva luz, una nueva vida y una nueva inspiración entraron en ella. Había yo vivido poquísimos tiempos con mi madre; a los ocho años me había metido mi padre en un colegio de Sevilla; a los diez me puso en el de Nobles de Madrid, y sólo dos veranos, durante las vacaciones del 34 y 35, habíamos vivido bajo el mismo techo, pero entre el miedo y los pesares del destierro y en la escasez de expansiva confianza de los que se conocen mal y no se aprecian bien; resultado inevitable de la educación fuera de la familia: se pierde uno para ésta tanto cuanto se gana para la sociedad; yo me gané para el mundo y me perdí para mi familia; no nos tratamos y no nos conocimos. Vino, pues, mi madre a mi casa, y yo no sabía ser su hijo; la trataba como a hija mía. Yo la mimaba, yo la peinaba, yo la dormía; sentía que no fuese una niña de tres años; para poderla tener todo el día sobre mis rodillas y velarla de noche el sueño, colocada en mis brazos su cabeza. A la luz de sus ojos, al calor de su cariño, al influjo de su presencia, produje yo en tres meses los tres tomos de mis *Cantos del Trovador*; y un libro del P. Nierenberg, en que ella leía, me sugirió la idea de mi *Margarita la tornera*; y en aquel D. Juan que tan mal estudia en la Universidad,

Sintiéndose el alma seca de hablar de legislación, y con la mala intención de quemar la biblioteca, y que vuelve por fin despechado y pobre a aquella casita solitaria, hay algo de mi historia y de la de mi casa; y en aquel altar enflorado, y en aquella despedida de la monjita en el altar arrinconado del claustro, y en aquella narración rebosando de sincera inspiración juvenil, fresca de selva virgen, y aroma de rosas de mayo y poesía nacional y cristiana, está encerrado el espíritu religioso de mi devota madre; está derramada a manos llenas la esencia del amor filial, la poesía del corazón amante del hijo que escribió aquellos versos ante la sonrisa de la madre adorada; y por eso es *Margarita la tornera* la única producción que me ha conquistado el derecho de llamarme poeta legendario, y creo que el poeta que la escribió no merece ser olvidado en su patria; y cuando veo que la fama eleva en sus alas a otros poetas contemporáneos, no tengo envidia de sus merecidos triunfos ni de las justas alabanzas de sus modernas obras; y me digo a mí mismo calladito, sin orgullo, modestamente, pero con conciencia de mí mismo: «yo también soy poeta; yo también he escrito mi *Margarita la tornera*». Pero, ¿qué diablos importan todos estos recuerdos íntimos y personales a los lectores de *El Imparcial*? Mi pobre madre, que tenía mucho miedo a mi padre, se fue de mi casa; y murió sin que yo la volviera a ver; mi *Margarita la tornera*, inspirada por la presencia de mi madre, es el sudario en que puedo envolver mi memoria póstuma para que se conserve más tiempo sobre la tierra, puede servirme de confesión a la hora de mi muerte, si la Providencia me hace morir inconfeso, ¡y quién sabe si podrá abonarme ante el tribunal de Dios, cuando mi alma sea por Él llamada a juicio!

Paoo Vallejo volvió de la Habana, y yo le dediqué mi *D. Juan Tenorio*, para que su nombre viviera con el mío unos cuantos días más después de nuestra muerte; que es lo menos que en nombre mío y de mi padre debo a la memoria del amigo leal y del caballeroso amparador.

Volvamos ahora al teatro, para el cual había dejado de escribir de los de Madrid en ausencia de Carlos Latorre, y veámos cómo y por qué fué mi *Traidor, inconfeso y mártir*, el único drama que yo escribí para Julián Romea, y el único que estoy satisfecho de haber escrito.

DE CÓMO SE ESCRIBIÓ Y SE REPRESENTÓ
Traidor, inconfeso y mártir

Siete años de asiduo trabajo habían atraído sobre mí la atención del público; llevaba ya escritas veinte obras dramáticas, más o menos aplaudidas, pero ninguna rechazada, y tres o cuatro que eran ya del repertorio en todos los teatros de España; ocho tomos de versos, que habían merecido el honor de la reimpression, y los tres de los *Cantos del Trovador*, publicados por Ignacio Boix, habían hecho mi nombre popular, y mi exhibición continua como lector en los salones del palacio de Villahermosa, donde se instaló primero y resucitó después el Liceo, habían puesto en evidencia mi exigua personalidad.

Peró a pesar de que del teatro y del Liceo habían salido todos mis compañeros a diputados, gobernadores, ministros plenipotenciarios, y los más modestos a bibliotecarios, cuando menos, yo me había quedado poeta a secas, esquivo a la sociedad, extraño a la política y sin influencia con los gobiernos.

El último año de la brillante y efímera existencia del Liceo, su Junta directiva, agradecida, según dijo, a lo que con mi constante trabajo había contribuido al lucimiento de sus sesiones y a los disgustos que me habían ocasionado sus juegos florales, en los que yo había sido juez, presidente, y yo no recuerdo qué más, acordó que se diese una función en obsequio mío, y se representó por los socios mi *Cada cual con su razón*, y se me colocó en preferente sitio en un gran sillón, en el cual se notaba más mi pequeñez, y se me ofrecieron una magnífica corona y un rico álbum, cuya primera hoja había escrito y firmado S. M. la Reina doña Isabel II; y cargado de papeles y de flores, y ensoñado por los aplausos, me volví a mi piso tercero de la plazuela de Matute, agradecido y contento, pero no desvanecido por el humo aromado y embriagador de la gloria mundana, y volví al día siguiente a ser el poeta del día anterior, y a vivir al día con el producto de mis leyendas. Por qué?

Había algo en mi vida por lo cual se me mostraran esquivos los gobiernos y la sociedad de aquel tiempo viejo? No; yo era quien, esquivo a la sociedad y a los gobernantes, me encastillé en mi hogar doméstico a vivir con los legendarios personajes de mi fantástica poesía; yo era el poeta del tiempo viejo; y fiado solamente en el pueblo, y esperando mi recompensa de un solo hombre, desdeñé todo lo que de aquel hombre no viniera; y la fortuna loca llamó mil veces a las puertas de mi casa; y yo la cerré mis puertas y mis ventanas, dejándola pasar como si no la oyese y derramar sobre otros las venturas que para mí destinadas traía. Ya hablaremos tal vez de esto en el último capítulo de estos RECUERDOS.

El exceso del trabajo, la profunda y perpetua inquietud que me roía el corazón, y las malas aguas que el municipio hacía beber por aquellos tiempos a los habitantes

de Madrid, me procuraban todos los veranos una debilidad de estómago y una inflamación de las vísceras abdominales, que el bueno del Dr. Codorniu, médico del regente Espartero, quería curarme a fuerza de sanguijuelas, cáusticos y demás excesos de la ciencia, que está hace siglos empeñada en atacar al enfermo para librarle de la enfermedad. Entre la mía y mi médico el Dr. Codorniu, que me quería como a sus propios hijos, me tenían en cama hacía ya cuarenta días, al fin de los cuales vino una noche a verme Julián Romea. En ocasión de los juegos florales del Liceo, y en otra que a nadie importa, le había yo probado mi amistad, y no podía Julián dudar de ella. Pero era una extraña amistad la mía con Julián: no iba jamás a su teatro del Principe más que para aplaudirle a él y a su mujer; pero jamás subía a su cuarto ni al de Matilde, ni había nunca escrito un verso para ellos. Carlos Latorre andaba por las provincias, y yo escribía libros, pero no comedias. Y el teatro de Julián había encadenado a la fortuna en su vestibulo, y la fama hacía resonar perpetuamente su bocina desde el balcón del saloncillo en el cual tenía Romea su corte y su cuarto de vestir, y todos los poetas iban a quemar incienso en aquella sucursal del Parnaso y en aquel peristilo del templo de la gloria.

Yo he sido siempre tenaz en mis opiniones, porque siempre son éstas hijas legítimas de mis convicciones, y las mías y las de Julián estaban en completa contradicción en el teatro. Que yo era su amigo, no podía dudarlo un hombre por quien no había vacilado en arriesgar mi reputación y mi pellejo; que admiraba al actor, no podía tampoco dudarlo el que por mí se veía constantemente aplaudido; pero ni el amigo ni el actor venían al poeta más que en la ocasión extrema; y Julián vino a verme *in extremis*, porque después de cuarenta días de cama, un poeta tan débil y tan chiquito como yo, debía de hallarse casi *in articulo mortis*. Hallóme, efectivamente, Julián, reducido a lo que de mí habían dejado las sanguijuelas de Codorniu envuelto en los trapos de sus cataplasmas; pero con el ojo siempre avizor y el espíritu vivo dentro de la frágil carne; es decir, de la piel y los huesos, porque mi escasa carne se la habían ya comido las sanguijuelas y la calentura. Abrazóme Romea y enteróse cariñosamente de mi situación; distrajo la melancólica influencia de la enfermedad y del aislamiento con el relato de la crónica no muy edificativa de bastidores; ponderóme la boga de su amigo el Dr. Larios, quien, según él, hacía maravillas, y dejándome alegre y esperanzado, se despidió hasta el día siguiente. A las once de la mañana de éste volvió con el Dr. Larios, quien me desenterró de entre la infinidad de trapos en que Codorniu me tenía sepultado; metiéronme entre él y Julián en un baño, y a los dos días, limpio y renovado, me llevaron en un coche al Pardo; donde con el cambio de aguas y de temperatura, las emanaciones salubres del arbolado y la proximidad del otoño, retoño en mí la salud y la fuerza; y un día me dijo Romea, trayendo a la realidad mi pasado y mi porvenir: «¿Por qué no me escribes un drama? Matilde y yo lo haríamos con el alma.»—Pensaré en ello, le respondí; y si en estos días de convalecencia doy con un argumento a propósito para ti, te lo consultaré y haré lo que sepa. Pero...

—Pero ¿qué?—me preguntó receloso Julián.
—Nada—repuse—; ya hablaremos.—No me atreví a darle más explicaciones sobre aquel «pero» que se me había escapado.

Convalecí y cazé; y me repuse, y volví a Madrid. Mi editor Delgado había ya muerto: Boix, sin ideas ni rumbo fijo en el comercio de libros, no me había hecho trato alguno en que poder fiar, y Julián había dado a mi mujer, prohibiéndola que me lo dijera, seis mil reales que habían subvenido a los gastos de mi enfermedad. Era forzoso trabajar: el editor Gullón se me había ofrecido en lugar del difunto Delgado, y no podía rehusar a Romea una obra que él y un nuevo editor me pedían a un tiem-

po. Pensé en un argumento, en el cual, sin salirme de mi terrorífico romanticismo, pudiera colocar un personaje característico adecuado a la escuela exclusiva y al género personal de representación de Romea; y habiéndome procurado Salustiano Olózaga la causa original de *El pastelero de Madrigal*, amasé, amoldé y empecé mi *Traidor, inconfeso y mártir*. Tenía yo desde que era estudiante un inmenso cariño a este personaje tradicional, y siempre había pensado hacer de él una leyenda; pero el *Ni Rey ni Roque*, de Escosura, había puesto una insuperable valla ante mi pensamiento. Al ocurrírseme hacer del Rey D. Sebastián y del pastelero de Madrigal uno solo, concebí que aquel personaje legendario podía transformarse en otro altamente dramático y profundamente misterioso.

Estudí su historia y su tradición, dormí y soñé con la acción y sus personajes, y cuando la vi clara en mi imaginación, comencé a tenderla sobre el papel; y aquella es mi única obra dramática pensada, coordinada y hecha según las reglas del arte: sus dos primeros actos están *confeccionados* maestramente, y tengo para mí que por ellos tengo derecho a que mi nombre figure entre los de los dramáticos de mi siglo.

Mientras yo viva no faltará quien me alabe; pero tampoco quien acuse mejor los defectos y la incompletéz de sus obras. Váyase lo uno por lo otro; y sea dicho en paz de los que no reconocen en las suyas los defectos de que carecen las mías.

En cuanto tuve escritos mis dos primeros actos, los copié y los cosí seguro de no tener que variar nada en ellos para concluir el drama; llamé a Julián y se los leí; escuchómelos atentamente; asombróle su forma, enamoróse del carácter del protagonista, que para él destinaba; expliquéle cómo pensaba desarrollar el tercer acto, y prometíselo concluído para la semana siguiente. Entreguéle los dos primeros para que mandara sacar los papeles, y díjome al partir, llevándoselos en el bolsillo:

—Creo, Pepe, que es lo mejor que has hecho.

—Yo también lo creo—le respondí—pero...

—Pero ¿qué?

—Nada, nada—le dije—sin atreverme todavía a revelarle mi pensamiento. Miróme un momento sin comprenderme. Levóse los dos actos, desconfiando por el pero de que yo concluyera la obra, y yo la empecé con el tercer acto, del cual no levanté mano hasta darle fin. Volví a llamarle, y tornó Julián a mi despacho; leíle la conclusión, pagóse mucho de su papel, y paguémelo yo no poco de que fuera tan de su gusto mi trabajo; entregúesele grandemente satisfecho de lo escrito, y dispúsose él a llevárselo con gran contentamiento y muy lisonjeras esperanzas; pero... detúveme yo, concluyendo nuestra entrevista con este diálogo:

Yo.—¿Vas convencido de que he hecho en conciencia todo lo que he podido?

JULIÁN.—Completamente; y puedes tú quedarte de que en la representación haremos cuanto podamos; y si de mi empeño solo dependiera el éxito...

Yo.—Perdona que te ataje; pero el éxito de este drama no será grande.

JULIÁN.—¿Por qué?

Yo.—Porque tú y yo, como actor y poeta, no somos el uno para el otro. No te amostaces. ¿Crees, o no, que yo soy tu amigo?

JULIÁN.—Aunque no tuviera más pruebas de tu amistad que esta obra que ya está en mi poder, no podría racionalmente dudarle.

Yo.—Pues bien, por ser tan tu amigo, te debo la verdad. Creo que no has de salir airoso del papel de Don Sebastián.

Romea era orgulloso, y tenía en su talento disculpa suficiente para serlo: al oír estas palabras, aun de su mejor amigo, frunció el entrecejo y encapotó con él su mirada.—Escucha,—seguí yo diciéndole, sin darme por entendido de su gesto ni de su

cambiado color—escucha: tú crees que la verdad de la naturaleza cabe seca, real y desnuda en el campo del arte, más claro, en la escena; yo creo que en la escena no cabe más que la verdad artística. Desde el momento en que hay que convenir en que la luz de la batería es la del sol; en que la decoración es el palacio o la prisión del rey D. Sebastián; en que el jubón, el traje y hasta la camisa del actor, son los del personaje que representa, no puede haber en medio de todas estas verdades convencionales del arte y dentro del vestido de la creación poética, un hombre real, una verdad positiva de la naturaleza, sino otra verdad convencional y artística; un personaje dramático, detrás y dentro del cual desaparezca la fisonomía, el nombre, el recuerdo, la personalidad, en fin, del actor.

—¿Y qué?—me dijo desabrida y desdeñosamente Julián.
 —Que tú eres el actor inimitable de la verdad de la naturaleza: que tú has creado la comedia de levita, que se ha dado en llamar de costumbres: que puedes presentarte, y te presentas a veces en escena, conforme te apeas del caballo de vuelta del Prado, sin más que quitarte el polvo y sin polvos ni colorete en el rostro: pero en estas escenas copiadas de nuestra vida de hoy, dialogadas por personajes que son a veces copias de personas conocidas, que entre nosotros andan, que con nosotros viven y hablan, tú, que con ellos vives y que eres de ellos conocido, no estorbas y no pareces intruso. Tú eres Julián Romea, y puedes serlo en la comedia actual: pero el drama es un cuadro, es un paisaje, cuyas veladuras, que son el tiempo y la distancia, se entonan de una manera ideal y poética, en cuyo campo jura y se tira a los ojos la verdad de la naturaleza, la realidad de una personalidad: yo necesito un personaje para el papel de mi rey D. Sebastián.

—Y le tendrás, Pepe, le tendrás:—exclamó Julián.—¡Qué diablos de autores! A vosotros os toca escribir y a nosotros representar.

—Eso, eso quiero; que representes, no que te presentes.

—¡Pepe, Pepe! *Suum cuique*. Porque tú alucinas a tus oyentes cuando lees tus versos, y porque yo mismo te he dado a leer los míos en el Liceo, para que me los luzcas, no creas que sabes mejor que yo lo que es la escena, sobre la cual estoy desde que me despuntó la barba.

—Y estás en ella con derechos de rey: porque eres uno de los de nuestra escena: pero...

—Déjate de peros y fiate de mí—y partió Julián, con el fin de mi drama en la mano; y se ensayó con cuidado, y los actores se encariñaron con sus papeles, y a los pocos días, a las ocho de la noche de un viernes, para el beneficio de la incomparable Matilde, se alzó el telón sobre la primera escena de mi *Traidor, inconfeso y mártir*.

Ni la crítica hostil de eruditos apasionados, ni la mordacidad atrevida de medianías envidiosas, me han negado que esta obra me da derecho a tenerme por autor dramático, y el tiempo y la opinión pública han sancionado esta pretenciosa vanidad mía. La exposición de este drama está *confeccionada* con todas las reglas del arte, y la presentación del protagonista preparada con intencionada habilidad. El papel de Aurora estaba confiado a Matilde; yo, seguro de que Julián iba a dejar pálida la figura del rey Don Sebastián, de que no iba a pasar de Espinosa el pastelero, de que iba a seguir su fatal sistema de presentar en el drama la verdad de la naturaleza en lugar de la del arte, y de que iba, en fin, a representar un rey Don Sebastián de levita; y como, encariñado y casi fanatizado yo con mi personaje fantástico, había, prescindiendo a sabiendas de la verdad de la historia por la poesía de la tradición, hecho del pastelero de Madrigal y del rey portugués una sola personalidad poética, necesitaba que la exuberancia del arte diese relieve a las medias tintas de la verdad de la naturaleza, que la luz de la poesía

esclareciera y relevara la sombra que la maeiza figura de la verdad iba a proyectar en el paisaje fantástico de la ficción: y pensé en Matilde, la actriz más poética, sentimental y apasionada que hemos conocido en nuestro moderno teatro español.

Yo tenía, y espero que se haya comprendido por lo que llevo dicho, mi razón de no escribir para Julián; pero debía satisfacción a Matilde por no haber escrito para ella, que era la gloria, el sostén y la fortuna del teatro del Príncipe y de los autores que para él escribían; Matilde era la gracia, el sentimiento y la poesía personificadas sobre la escena; su voz de contralto, un poco *parda*, no vibraba con el sonido agudo, seco y metálico del tiple estridente, ni con el cortante y forzado *sfogatto* del soprano, sino con el suave, duradero y pastoso son de la cuerda estirada que vuelve a su natural tensión, exhalando la nota natural de la armonía en su vibración encerrada. El arco del violín de Paganini, al pasar por las cuerdas para dar el tono a la orquesta, despertaba la atención del auditorio con un atractivo magnético que parecía que hacía estremecer y ondular las llamas de las candilejas; y la voz de Matilde tenía esta afinidad con el violín de Paganini: al romper a hablar, se apoderaba de la atención del público, hería las fibras del corazón al mismo tiempo que el aparato auditivo, y el público era esclavo de su voz, y la seguía por y hasta donde ella quería llevarle, con una pureza de pronunciación que hacía percibir cada sílaba con valor propio, y la diferencia entre la *e* y la *z*, y la doble *s* final y primera de dos palabras unidas que en *s* concluyeran y empezaran. Matilde no se había dejado seducir ni contaminar con el exagerado y revolucionario lirismo de la lectura y recitación salmodiada, que Espronceda y yo dimos a nuestros versos; no; Matilde recitaba sencilla, clara y naturalmente, saliendo de su boca los periodos y estrofas como esculpidas en láminas invisibles de sonoro cristal, y los versos y las palabras como perlas arrojadas en un plato de oro.

Matilde hizo y dijo la escena XI del acto primero con la flexibilidad, el primer de pormenores y el raudal de gracia y de sentimiento de que apenas habrán podido dar idea a mis lectores mis antecedentes frases; y al retirarse acompañada de un aplauso general, dejó completa la exposición; prevenido al público en favor de la obra y en florada con una guirnalda de poesía la puerta del fondo, por la cual iba a presentarse el misterioso protagonista.

Por ella salió a escena Julián, perfectamente vestido, pintado y con su papel concienzudamente estudiado; pero salió Julián; presentó y no representó su personaje. Si yo hubiera podido evocar y resucitar al verdadero juez Santillana, hubiérase vuelto a apoderar de aquel verdadero Espinosa, confundiéndole con el que él hizo ahorear; pero para el público tenía algo de la sombra; le faltaba voz, movimiento, fisonomía, relieve, poesía. Julián hizo sus escenas del primer acto con el capitán y con el alcaide, con una exactitud, con un aplomo, con una verdad intachables para los palcos de proscenio y las dos primeras filas de butacas: la sala no pudo apreciar su perfecto trabajo escénico; y al caer el telón, no se oyeron más que algunas palmadas sin consecuencia. Quedó en el público el recuerdo de Matilde y la curiosidad que había excitado la exposición.

En el segundo acto, un nuevo actor vino en refuerzo de Matilde: Barroso. Era éste un mozo sevillano, de los que vinieron a inocular en la corte la savia andaluza de los Páchechos, los Saavedras y los Pérez Hernández con Bermúdez de Castro, Tassara, Sartorius y otros buenos ingenios, cuyos hechos y escritos contribuyeron honrosamente al progreso literario y político de aquella época. Antonio Barroso era poeta; pero habiéndose presentado en el teatro privado del Liceo con Ventura, Marraci, el marqués de Palomares y demás socios de la sección de declamación, concluyó por consagrar al teatro su talento nada vulgar, a consecuencia de los aplausos allí obtenidos y de la buena acogida que de Roma obtuvo. A Barroso había yo, pues, confiado el ingrato y difícil papel

del alcalde Santillana; tan ganoso yo al dársele de probarle mi amistad y la estima en que le tenía, como él de abordar, estudiar y probarse en un carácter que podía colocarle en muy buen punto de partida para su carrera dramática, y muy alto en la consideración del público si acertaba a desempeñarle con éxito. Era Barroso un manecbo de buena estatura, cenceño y nervioso, de cabeza pequeña y rubia, pero de aguileño perfil y límpidos ojos y correctamente colocada sobre los hombros.

Suelto de modales, como hombre bien educado, de buena memoria y comprensión perspicaz, como sevillano, y confiado en el porvenir por esa esperanza inconsciente que hace atrevido a todo talento meridional, Barroso estudió, preparó y vistió su papel con tal esmero, que se identificó con el personaje que representaba. Con su toga y su goliña, sus vuelillos de encaje y su juncó con cabos de plata, encuadró tan poéticamente su figura severa y su carácter odioso en contraposición del sencillo y virginal del de la Matilde, que desde su primera escena resaltó como sombra negra e infernal de aquella blanca y celeste aparición, entre cuyas dos figuras iba a pasar desde la hostería al pabulo aquel otro vago, misterioso y casi indeciso fantasma del perpetuamente acusado y jamás reconocido soberano pastelero de Madrigal.

Barroso, en la escena VI, secundó y sirvió de apoyo a Julián con la atención perpetua de su maestra ejecución; desarrolló tan a tiempo y alternativamente su doble carácter de juez y de reo con el marqués de Tavira y con Espinosa, que preparada magistralmente la escena XI endecasílabo, pudo desplegar en ella Matilde toda la ternura de su corazón, toda la poesía de su amor recóndito y toda la grandeza de su incondicional abnegación; en un juego escénico tan infantil como apasionado, con un acento de castísima ingenuidad, con una declamación tan impregnada de sentimiento y unas inflexiones de voz tan melódicas, tan suaves y tan variadas, que encantó, enterneció, fascinó y exaltó al público, arrancándome a mí las lágrimas; a mí, poeta entusiasta y satisfecho, que escuchaba por primera vez mis versos de su boca, como si estuviera oyendo arrullar a una paloma enamorada de un ruiseñor. El arte de Matilde reverberó con tal intensidad, rebosó tan profusamente sobre la verdad de Romea, que envuelta y arrebataada en la poesía de Aurora, concluyó la escena en universal aplauso.

En el acto tercero, Barroso tomó creces tan imprevistas ante la seguridad de su éxito y la esperanza de su porvenir, que comenzó desde la primera a dominar la escena con su atención nunca distraída, su figura siempre en cuadro, su exactitud en las entradas, su creciente juego escénico según sus pasiones: la superstición, el miedo y la ira se iban desarrollando y apoderándose de su espíritu. La escena séptima entre Aurora y Santillana no tiene descripción; el recuerdo de una ribera donde yo cogía

yerbezuelas y conchas, del rugiente
 mar que en sus ondas sin cesar mecía,
 de un monasterio triste y solitario
 fundado al pie de un monte, y vagamente
 la memoria de un templo, con su coro
 enverjado, sus techos con pinturas,
 su altar lleno de flores, su sagrario
 iluminado con mecheros de oro;
 el recuerdo también, porque la daban
 miedo aquellas inmóviles figuras
 de mármol que tendidas reposaban
 encima de sus anchas sepulturas,

es preciso habérselo visto y oído hacer y decir a Matilde; la creciente angustia del juez ante el tremendo esclarecedor relato de la ingenua y enamorada doncella... es preciso habérsela visto representar a Barroso en la noche del estreno; pero la escena novena volvió, no a enfriar, pero sí a descolorar la representación.

Lo misterioso de la historia, lo terrorífico de la situación, la calma heroica del rey mártir, la indecisa concentración de las pasiones del juez, la inconsciencia de la realidad de la hija y de la amante, dieron por un momento a la verdad el dominio sobre la poesía y partió en silencio al patíbulo el incógnito e innominado protagonista. Quedó el teatro y el público en el silencio de la expectación, y yo, en la duda del éxito, y más convencido que nunca de que la verdad de la naturaleza no es la verdad del arte. Ésta volvió a surgir en la escena al recobrar Aurora sus sentidos. Matilde, con la mirada extraviada, los movimientos inciertos, la voz perdida aún en la cavidad de la garganta, sin que el aliento pudiera aún extraerla de los pulmones, preguntó:

¿Qué sucede?, ¡ay de mí!, los pensamientos no acierto a combinar en mi cabeza.

¿Y Gabriel?

y empezó a buscar a Gabriel y a sentir por la ventana el rumor de la plaza, y vió y escuchó, pero no concibió lo que oía ni lo que miraba, pero se lo hizo comprender al espectador y le estremeció. ¡Allá va! ¿A dónde se le llevan sin ella? ¿Qué palos son aquellos? ¿Qué le ponen al cuello? ¡Es una sogal! Una nube sangrienta la ofusca la mente. ¡Un sacerdote! y comprendiendo de repente, grita vuelta a Santillana:

peró vos, ¡miserable!, que sois hombre
gritad conmigo...

y el juez, vencido, invoca el nombre del rey; pero el grito, el aullido, el estertor, todo junto, que constituyó la exclamación de Matilde, ¡ay!, ¡es ya tarde!, no son para escritos.

Lo más a tiempo, lo mejor, que ha hecho y ha dicho Florencio en su vida, es el decir a Santillana:

Tomad; sepamos la verdad postrera,

y obligarle a tomar y abrir el relicario que encerraba el secreto del rey Don Sebastián.

Lo mejor que hizo Matilde en *Traidor, inconfeso y mártir*, fué el final. Al reconocer el retrato de su madre y al rechazar a su padre..., estuvo sublime de dolor y de ira:

¡Tu hija! ¡Esto tan sólo me faltaba!
Tú, para que su muerte te perdona,
me llamas hija tuya..., mas te engañas;
nada hay en mí que tu maldad abone;
para ti sólo hay odio en mis entrañas.

Aquí acababa el drama; el mal gusto del tiempo me arrastró a prolongar con veintiséis versos más tan repugnante escena; sólo Matilde pudo hacerla pasar.

El telón cayó en un momento de silencio, que se cambió en un espontáneo y general aplauso. El autor y los actores fuimos llamados al proscenio; Julián sonreía, Matilde no podía respirar, Barroso estaba convulso como si fuere a sufrir un ataque de nervios..., de mí no sé lo que era... Pero ¿gustó el drama?

Sus siguientes representaciones dieron el mismo resultado cada noche: Romea le retiró a los pocos días del cartel y no se volvió a hacer más en el teatro del Príncipe.

Andando el tiempo, Catalina, separándose de Julián, formó compañía y ajustó a Matilde; y habiéndose llevado con ella la mayor parte del repertorio de Julián, Catalina hizo su presentación con mi *Traidor, inconfeso y mártir*. ¡Qué éxito el del pastelero! Mi drama se hizo en todas las provincias, y en toda las Américas, y aun es hoy de repertorio en todos los teatros, menos en los de Madrid; y he visto actores muy medianos y sin pretensiones, y hasta de teatros caseros, que siempre se han hecho aplaudir en el papel del rey Don Sebastián.

Yo estoy muy pagado de ser autor de esta obra mía, y Matilde la ha dado a conocer en todos los países en que se habla la lengua castellana, gracias a Catalina.

¡Bendita Matilde! Desde la noche de su estreno data el cariño fraternal y la gratitud que la tengo y la tendré siempre.

Post scriptum.—¡Pobre Barroso! Víctima de la medicación a grandes dosis, murió de repente una tarde en el teatro, saturado de yodo y otras drogas de este jaez. En un ensayo exhaló repentinamente un profundísimo gemido; dió luego un gran grito y dijo: «Me muelo!» y una repentina parálisis comenzó a apoderarse de su cuerpo, comenzando por los pies. No hubo tiempo más que para conducirle a la habitación y cama del portero, donde recibió la Extremaunción, y expiró contando *cómo se moría*: ya se me ha muerto el brazo derecho, exclamaba: ya se me muere el corazón...; lo último que pareció vivo en él fueron los ojos, cuyos párpados no quisieron cerrarse. Desde la representación del *Traidor, inconfeso y mártir*, dejé de escribir para el teatro.

XXI

Aquí debían tener fin estos RECUERDOS míos. Lo que va a seguir, no debiera tal vez ser publicado hasta después de mi muerte; pertenece, más que a mis RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO, a mis memorias póstumas: es exclusiva y personalmente mía, es historia íntima de mi corazón: va acaso a ser enojoso para mis lectores de *El Imparcial*, y no va seguramente a interesar más que a dos docenas de viejos como yo, que a aquellos tiempos hayan como yo sobrevivido: y no va, por fin, a despertar en ellos más que un sentimiento ficticio, efímero, *artístico*, si se me permite esta calificación, como el que nos inspira la acción de un drama sentimental mientras a la representación asistimos. Lo que va a seguir es una página de la leyenda de mi alma: soy yo en ella el protagonista; ¡y soy yo tan poca cosa para hablar tanto de mí mismo!

Una razón me abona, sin embargo; hace cuarenta y tres años que se habla de mí en España: quiénes me celebran y quiénes me critican; algunos me calumnian, muchos me envidian y pocos saben lo que de mí dicen, y pocos dejan de juzgarme sin pasión, porque ya nadie me conoce a través de tanto como se ha supuesto y se ha dicho del vagabundo autor de *Don Juan Tenorio*.

Los misionales, y más que ningunos los españoles (y más entre éstos los andaluces), tenemos la cualidad y la pretensión de ser narradores, y narradores chistosos: no podemos repetir una historia, un cuento, un suceso, un dato cualquiera, sin añadirle algo de nuestra cosecha; así que, al salir de la boca del quinto narrador, ya no conoce la historia o el suceso narrado, ni el que la inventó ni al que le sucedió; y como cada cual sostiene las añadiduras y variaciones por él intercaladas en el relato, e impugna o contradice las de los demás, todo copo de nieve llega a ser una bola, todo grano de arena un monte, toda historia una novela y todo cuento una mentira; por lo cual, no creo yo nunca nada del mal que se dice, ni de lo malo que se cree de las mujeres ni de los hom-

bres notables: al contrario, comienzo siempre a simpatizar con toda mujer de quien se habla mal y con todo hombre conocido a quien se critica; porque estoy convencido de que tanto más de bueno deben de tener, cuanto más de malo les aplica y atribuye la maledicencia.

De la mujer, especialmente, tengo yo mis ideas particulares.

Hay sobre la mujer mil pareceres; allá va el mío aunque parezca raro: yo amé toda mi vida a las mujeres; entendámonos bien y hablemos claro: más que por torpe germen de placeres, me es el amor de las mujeres caro porque ellas son, por más que digan otros, muchísimo mejores que nosotros.

Se ha hecho moda hablar de ellas con desprecio; yo de hablar de ellas bien tengo manía; al que habla de ellas mal tengo por necio, falto de corazón y cortesía. No objeto para mí de menosprecio son, sino manantial de poesía; no obró conmigo mal jamás ninguna, y debo más de un bien a más de una.

Desde la virgen que en los claustros ora hasta la vil, impúdica ramera, que, enfangada en el vicio, a cada hora a sí se infama y a su raza entera, toda mujer que deshonrada llora, toda la que en dolor se desespera, de su duelo o su infamia, no os asombre, la ocasión o el origen es un hombre.

Y apuntada de paso esta opinión mía con respecto a las mujeres, sigo adelante con las que respecto a mí mismo voy aduciendo: y no creo que voy muy descarriado al creerme con derecho a decir algo de mí mismo, después de haber oído y tolerado sin chistar por espacio de cuarenta y tres años, cuanto amigos y enemigos, chismosos y desocupados, y vulgo, en fin, que nunca sabe dónde tocan las campanas que oye, han dicho y escrito de mí; de mí, pobre insensato que nunca supe contestar a nadie, ni acerté con nadie a quedar bien, y a quien Dios acordó lo único bueno que de nada en España sirve: la modestia de reconocerse y la humildad de no aspirar a nada; no creyéndome para nada con aptitud, por haberme pasado la juventud concentrado en mí mismo, aspirando sólo a conseguir un ideal que sólo dentro de mí mismo albergaba mi esperanza, y en la soledad de mi alma únicamente crecía, como una palma estéril sin compañera, condenada a secarse sin fruto en el desierto de mi inútil existencia.

Voy, pues, a alargar con unos capítulos más estos RECUERDOS, y a decir de mí mismo y de mi casa lo que yo sólo sé; porque por mucho que de mí sepan, por observación y por inducción, los curiosos, los críticos, los murmuradores y los entremetidos, sólo los necios podrán disputarme el derecho de saber mejor que yo lo que por muchos años he guardado entre pecho y espalda, y la idea que mi pensamiento en palabras jamás ha formulado.

Pero vayamos ya adelante con mi historia, echando a un lado digresiones y zanjadas.

Era jefe político de Madrid el señor don Antonio Benavides, y secretario Pepe Rojas, pariente mío por parte de mi primera mujer. Hacía ya muchos meses que mi infeliz madre habitaba en casa de una vieja prima de mi padre, viuda, bien acomodada, que había vivido largos años en una ciudad de Francia, que por entonces vivía sola en Madrid, porque se había extrañado de la única hija que de su único matrimonio había tenido, porque aquella hija había contraído uno de esos que se llaman de amor con un hombre tan honrado y laborioso como falto de bienes de fortuna. Aquella tía segunda mía, que había hecho cierto papel en el tiempo de Fernando VII, y la vida del gran mundo en la buena sociedad de su tiempo, no había perdonado jamás a su hija, que vivía en Toledo, en donde yo la conocí, tan honrada como pobre y tan contenta con su mala suerte cuanto serlo la permitía el largo abandono y el tenaz olvido de su madre orgullosa o descorazonada.

Parece que en mi familia los cabezas de ella han mantenido el principio de la autoridad paterna en toda la rigidez absoluta del derecho romano, y no han sabido nunca transigir con el tiempo, ni contemporizar con las circunstancias, ni perdonar la desobediencia, ni otorgar olvido al extravío juvenil, ni tener en cuenta la fuerza de la pasión, ni la ceguera del error de sus hijos. Mi prima de Toledo tenía una hija preciosa a quien había bautizado con el poético nombre de Esperanza; la chica era a los catorce años una preciosa criatura, cifra expresiva de la esperanza de su pobre madre; pero su abuela no albergó nunca bajo su techo a su tan hermosa como inocente nieta... e ignora lo que de ésta y de sus padres ha sido después del fallecimiento de mi tía. Con ella vivía mi madre en provincia; cuando mi pariente Pepe Rojas me envió con un guardia civil una carta, anunciándome que el Excmo. Sr. Benavides, su jefe, deseaba que me vistara con él en su gabinete, de nueve a diez de la noche, para un asunto que me concernía.

Alarmado a la gente de mi casa aquella cita con puntas de orden; pero como nunca me había yo mezclado en la política, acudí sin inquietud al gabinete del jefe político, que era, por otra parte, lo más político y bien educado del mundo, muy deferentes como muy ilustrado con la gente de letras, y especialmente benévolo conmigo.

La cuestión era tan sencilla y prevista en su fondo como inesperada y extraña en su forma; mi padre, después de seis años de emigración, en vista de que casi todos los de su partido, acogiéndose a las amnistías, habían regresado a sus patrios hogares, y de que S. M. la Reina Doña Isabel II reinaba tranquilamente en España, reconocida por todas las potencias de Europa, se convenció de que su constante y leal adhesión a la causa del Pretendiente no le servía más que para morir inútilmente, sin provecho suyo ni ajeno, en tierra extranjera, y se decidió enviar al Gobierno una representación solicitando el permiso de volver a España.

Pero esta representación se dirigía a S. M. la Reina, empezando con estas palabras: «Señora: puesto que V. M. reina ya de hecho, don José Zorrilla Caballero, alcalde de casa y corte, consejero, etc., etc.», lo cual parecía significar que el que aquella representación firmaba no reconocía Reina de derecho a Doña Isabel. El jefe político, por encargo del Consejo de Ministros, me llamaba para que yo dijese si era la firma de mi padre la de aquel documento; y ante mi afirmativa respuesta, no dijo más aquella grave autoridad que estas palabras: «En ese caso...», y encogiéndose de hombros, dobló el papel en que me mostró la firma.

Después de una breve conferencia, en la cual la discreción del Sr. Benavides correspondió con la reserva que a mí me convenía guardar en aquel caso, por respeto a mi

padre, me despidió con muy corteses palabras, y yo me apresuré a ir a tranquilizar a mi mujer; en España no las tiene nadie consigo cuando tiene que habérselas con la autoridad.

Yo fui quien no pude tranquilizarme ni conciliar el sueño en toda la noche. La forma en que venía la representación de mi padre había levantado en mi corazón una tempestad de inquietudes, en mi imaginación un volcán de preocupaciones, y una tupida niebla de dudas en el campo de mi esperanza. Tenía yo entonces fe en muchas cosas en que hoy ya no creo, y quedábame aún un amigo en cuyos consejos esperar podía, en cuyo amparo debía fiar y en cuyos brazos podía esconder mi cabeza para derramar mis lágrimas. Era éste el docto e ilustre prelado don Manuel Joaquín de Tarancón, recientemente preconizado obispo de Córdoba y que moraba entonces en la corte y en la calle de la Unión, por ser senador del Reino. El Sr. Tarancón, condiscípulo de mi padre, a quien éste tenía en muy alta estima y que a mí me profesaba un cariño paternal, había sido mi catedrático y mi confesor.

Había gozado con los éxitos de mis obras, como si verdaderamente mi padre hubiera sido; me había ilustrado con sus consejos, me había corregido con sus observaciones y tenía una sincera satisfacción de haber llegado a ver poeta celebrado al estudiante de quien había cuidado en la Universidad, y al chiquitín a quien había visto romper a hablar en los brazos de su madre, en la intimidad y al calor del hogar paterno. Aún tengo en mis pupilas la imagen venerable de aquel sabio, tan hombre de mundo como poco mundano, revestido de su morado hábito episcopal, con su pectoral y su anillo de esmeraldas, que me contemplaba con los ojos arrasados en lágrimas, pasando por mis abundosos cabellos sus aristocráticas manos y derramando con sus santas palabras la luz de la esperanza sobre las tenebrosas dudas de mi alma. ¡Dios tenga la suya en la mansión eterna de las de los justos!

Entre mis recuerdos del tiempo viejo, su memoria es el más precioso, y su figura es la más augusta e imponente que esculpida en la mía conservan mi gratitud y mi veneración.

Por él supe pocos días más tarde que el Gobierno había enviado a mi padre autorización para volver al suelo patrio, reconociéndole antes sus títulos y jerarquía, considerando sus años de emigración como pasados al servicio de la Reina, y señalándole veinte mil y pico de reales de jubilación que le correspondían por su categoría en la alta magistratura. Debía todo esto mi padre, no sólo a la influencia de mi reputación literaria, sino a la eficaz protección con que le ayudaba un conocido personaje, que aún vive y conserva su influencia en los negocios políticos de nuestro país; pero a quien yo nunca he tratado, de quien no sé si se ha ocupado jamás de mí, ni si ha leído una letra mía, ni si personalmente me conoce. Un día me dijo Tarancón: «Prepara en tu casa un aposento para tu padre, que vendrá la semana próxima.»

Mi mujer se ocupó con miedo y alegría del mueblaje y decoración del alojamiento de aquel tan esperado y temido huésped, y anduvo yo ocho días casi insomne y ayuno por su venida; y anduvo mi mujer inquieta y avizorada, como si la llegada de mi padre debiera ser la aparición de la sombra de Bancu en el drama de Shakespeare.

Diez días después recibí un billete en que me decía el obispo Tarancón: «Mañana llega tu padre, pero no vayas tú a esperarle ni a recibirle; debe de ver y hablar a otra persona antes que a ti; yo le tendré un día en mi casa y te le llevaré a la tuya.» Y todo se hizo como Tarancón lo dispuso; y él llevó a mi padre a su casa, y estubo y habló en ella con él a solas veinticuatro horas; al cabo de las cuales entró con el venerable prelado el ex superintendente general de policía del Rey Don Fernando VII, en casa de su hijo, el autor de *Don Juan Tenorio*.

Mi padre era el último eslabón entero de la rota cadena de la época realista, la cifra viviente, el recuerdo personificado del formulista absolutismo, el buen estudiante ergotista de las Universidades de sotana y manto, el doctor en ambos Derechos por el claustro de la de Valladolid; convencido desde su niñez de que sólo el estudio de Derecho, la teología y los cánones podía producir hombres, y de que sólo la toga y la golilla podían darles representación, dignidad y posición social. Yo era el primero y débil eslabón de la nueva época literaria, el atropellador desafortunado de la tradición y de las reglas clásicas, el fuego fatuo, leve e inquieto, personificación de la escuela del romanticismo revolucionario: mi padre, cansado pero no rendido, iba a perderse en la sombra de lo pasado, y yo, sin medir la inmensidad desconocida en que iba a arrojarme, fiaba en mis nacientes alas para cruzar el espacio luminoso del porvenir. El padre y el hijo, el último y el primer eslabón de los dos pedazos de la rota cadena, se enlazaron en un abrazo, se fundieron al fuego del natural cariño, y brillaron por un momento unidos y soldados, esmerilados y limpios por las lágrimas ardientes que vertían por sus ojos sus corazones prensados y exprimidos por un placer inexplicable.

Yo no he tenido hermanos: mi padre me separó de sí a los nueve años para meterme en un colegio, y habíamos vivido juntos muy poco tiempo: él no había modificado su cariño ni sus derechos paternales en la gradación del trato de su hijo niño, adolescente, mancebo y al fin hombre; me encontraba niño como cuando de nueve años me separó de sí; y viejo robusto y de elevada estatura, me levantó en sus brazos como si todavía no hubiera pasado de aquellos nueve años a que su cariño y sus recuerdos paternales se remontaban. Al volver a dejarme en el suelo, dijo mi padre contemplándome, no sé aún con qué sentimiento: «—¿Qué chiquitín te has quedado!» El obispo Tarancón, que enjugaba sus lágrimas sin rebozo, le dijo: «—Chiquitín es; pero se ha colocado a tal luz que ya te cobija con su sombra.» No sé lo que pensó mi padre, que no respondió a la halagüeña alusión del prelado. Mi mujer le mostró y condujo a su habitación: el buen obispo de Córdoba nos dejó en ella muy satisfecho, y quedólo no poco mi padre de hallar en mi casa la paz doméstica y el tranquilo bienestar de la medianía a quien nada falta ni nada sobra. Halló en su cuarto muchas coronas, cuyas fechas y dedicatorias leyó con mucha atención, y sin atreverse en largo espacio a volverse a mí, para no dejarme ver la emoción que le causaban aquellos emblemas poéticos de la efímera gloria de su hijo. Así comenzó la breve temporada de la vida de familia que con nosotros hizo. Comimos, salió él en carruaje a sus visitas, y volvió a las diez y media de la noche. A las once anunció la necesidad de recogerse: le ayudé a desnudarse, le acosté... y no me da vergüenza consignarlo: cuando le tuve acostado, me senté en su cama, le di mil besos, le hice mil cariños, le dije mil niñerías; le traté como había tratado a mi pobre madre, acariciándole y mimándole como cuando yo tenía seis años. Rióse él y enternecióse, y díjome, en fin, despidiéndome: «—Eres un chiquillo y no tienes formalidad.» Le arreglé la ropa, le coloqué la pantalla en la lamparilla, y dándole las buenas noches con el último beso... le dejé solo con sus pensamientos.

No habíamos hablado de nada: nada nos habíamos dicho; ni una palabra del pasado, ni una alusión al porvenir, ni una observación sobre lo presente. ¿Qué pensaba de mí mi padre? Que me había quedado chiquito y que no tenía formalidad; esto era lo único que su lengua había dicho, pero su corazón había también hablado por la emoción y las lágrimas deladoras de sus sentimientos de padre: su corazón había respondido al llamamiento del mío, y el hijo estaba ya seguro de que tenía padre. Pero ¿quién iba a dominar mañana en su ánimo, el corazón o la cabeza? ¿Quién se iba a revelar definitivamente, el padre o el magistrado? Yo dormí mal, y esta cuestión me tuvo insomne e inquieto toda la noche.

—A la mañana siguiente, después del desayuno, entablé a solas conmigo el diálogo, sobre palabra más o menos, de esta manera: ¡

—Necesito algo de algún ministro; ¿cómo estás tú con este Gobierno? —Yo estoy bien con todos.

—Tengo una pretensión en el negociado de Instrucción Pública.

—El director es don Antonio Gil y Zárate, y el ministro Nicomedes Pastor Díaz.

—Según el prólogo que puso a tu primer libro, si no le has hecho alguna botaratada, debe de ser muy tu amigo.

—Es como si fuera mi hermano mayor; tan indulgente y tan cariñoso, que si hubiera cometido la torpeza o tenido la desgracia de jugarle alguna mala pasada, no se hubiera dado por entendido de ella o me la hubiera perdonado. Donoso Cortés, don Joaquín Francisco Pacheco y Pastor Díaz, me han servido de padres en ausencia de usted.

—Buenos amigos tienes, si sabes conservarlos. ¿Cuándo podré ver a Pastor Díaz?

—Hoy mismo, a la una, en el Ministerio. No será la primera vez que hablé usted con él.

—Te ha dicho? —Todo: que le debe a usted tal vez la vida.

—Es posible: su situación era difícilísima. Venía yo de comisario regio con la expedición carlista que entró en Segovia. Creíamos encontrarte allí con él.

—Yo esparcí la voz de que me encerraba en el alcázar, pero me volví a Madrid.

—Te hubiéramos visto con gusto.

—Yo no le hubiera tenido en ir a Oñate a hacer versos a Carlos V y a San Luis Gonzaga. No hubieran tenido el éxito de los que he escrito en Madrid.

—Es verdad: Nicomedes se vió obligado a esconderse en un horno; yo lo supe y me alojé en la casa en que estaba. En un momento en que soldados revoltosos podían haber dado con él y cometer cualquier tropelía, me senté yo a la boca del horno y entablé con él conversación a través de la tapa que le cerraba y que él sostenía por dentro. Le dije quién era y le pregunté por ti. Cuando tocaron botasilla, no abandoné aquella casa hasta que las tropas comenzaron a salir de la población, y le dije el camino que íbamos a tomar para que echara por el opuesto.

—Así me lo ha contado él.

—Me holgaré de conocerle, porque no pudimos vernos entonces.

—Pues hoy se verán ustedes.

Salí yo a la imprenta de Boix, donde tenía en prensa una leyenda; salió mi padre a hacer ciertas compras, y a la una nos presentamos en el edificio de la calle de Torija, donde estaban por entonces las oficinas del Ministerio de Fomento.

A mi presentación abrió el portero la mampara del despacho de Nicomedes, y anunciándome, me abrió paso. Hallábase allí accidentalmente Patricio de la Escosura, que acababa de ser nombrado jefe político de Madrid; soltó al verme el bastón y el sombrero que en la mano tenía, y pasándome el brazo por la cintura, me hizo dar una vuelta de él suspendido: no tuve yo más que el tiempo necesario para decirle al oído: «mi padre», ni él necesitó más para volverme a dejar en pie, y dirigiéndose a aquel que tras mi había entrado, le dijo, tendiéndole la mano: «A nuevos tiempos nuevas costumbres, señor Zorrilla: hoy son así recibidos los poetas y donde quiera que vaya usted con su hijo verá lo mismo.»

—Ya veo—respondió mi padre—que mi hijo es el más afortunado tarambana de Madrid.

Presentéles yo unos a otros, mi padre a Nicomedes y Escosura a mi padre: recordó éste al de aquel don Jerónimo de la Escosura, director de la fábrica de tabacos en su

tiempo; y unos con otros cortesés; y unos con otros cumplidos; despidióse Patricio y quedamos mi padre y yo a solas con Pastor Díaz.

Hablaron en secreto mi padre y él: pidió éste a poco su carruaje y partió con mi padre, previniéndome que si me cansaba de esperar me fuera a mis quehaceres; que él se encargaba de mi padre; y yo, después de aguardar largo tiempo su vuelta en el despacho de Gil y Zárate, volví a mi casa, donde el carruaje de Pastor Díaz había conducido a mi padre.

—¿Qué tal? —le dije—. ¿Ha quedado usted contento de Nicomedes?

—Jamás fué pretendiente mejor servido que yo. Dentro de cuatro días puedo irme a cuidar de la hacienda de Torquemada, con todos mis negocios despachados en Madrid.

—¿Tan pronto piensa usted dejarnos?

—No es Madrid ya para mí. Sus casas son muy estrechas: tenemos casi un palacio allá; hay además que recepar y acodar las viñas, que abonar las tierras y reponer las huertas, de todo lo cual no te has ocupado tú.

—Yo, al abandonar a usted, renuncié a todos mis derechos: ¿por qué no me envió usted orden y poderes legales?

—Olózaga te los ofreció, y levantó el secuestro.

—Pero yo sé lo hice a usted avisar: ¿por qué no determinó usted?

—Eres hijo único y heredero forzoso: todo el mundo te hubiera dado la razón.

—Yo no he contado con nadie en el mundo más que con usted: todo lo que he hecho, por usted ha sido, y no he pensado más que en usted. Si yo me he hecho aplaudir y me he hecho querer, no ha sido más que para esperar y preparar su vuelta de usted; no he tenido más ambición que la de volver a los brazos y al cariño de mi padre, y morir con él en la tranquilidad del hogar paterno.

—Has sido un tonto. Con la fama que has adquirido, con los amigos que tienes, hoy debías de ser cuando menos subsecretario de Pastor Díaz.

—Usted era carlista y optó por la emigración: no era decoro del hijo no ser nada en el Gobierno que no había aceptado el padre; he rechazado todo cuanto se me ha ofrecido: todos los literatos están empleados, menos yo: hoy puede usted haber visto que no es por falta de favor.

—Por eso te he dicho que eras un tonto.

—Pero si yo he hecho milagros por usted... Me he hecho aplaudir por la milicia nacional en dramas absolutistas como los del rey Don Pedro y Don Sancho: he hecho leer y comprar mis poesías religiosas a la generación que degolló los frailes, vendió sus conventos y quitó las campanas de las iglesias: he dado un impulso casi reaccionario a la poesía de mi tiempo; no he cantado más que la tradición y el pasado: no he escrito una sola letra al progreso ni a los adelantos de la revolución, no hay en mis libros ni una sola aspiración al porvenir. Yo me he hecho así famoso, yo, hijo de la revolución, arrastrado por mi carácter hacia el progreso, porque no he tenido más ambición, más objeto, más gloria que parecer hijo de mi padre y probar el respeto en que le tengo...

—¡Bah, bah! Quijotadas.

—¡Ay, padre! Cuando perdamos los españoles lo que tenemos de Quijotes, ¿en qué vendremos a parar?

—Lope de Vega y Calderón eran teólogos antes de poetas: Meléndez Valdés fué, como yo, oidor de la Chancillería: todavía es tiempo; eres muy joven: métete un año a estudiar; y con cuatro o cinco mil reales y los amigos que tienes, puedes doctorarte en Toledo; y siendo jurisconsulto puedes serlo todo. Yo me voy para Torquemada: allí debe de ir tu madre, y no quiero que se encuentre sola sin mí entre aquellos pardillos, maestros de gramática parda.

Una nube negra que pasó por mi cerebro, entristeció mi alma, envolviendo en lágrimas mi pasado y en tinieblas mi porvenir.

Aquella noche me fuí a casa de Tarancón y le dije: «He perdido todo lo hecho; mi padre, el único por quien todo lo hice, es el único que en nada lo estima.»

Tarancón lo comprendió todo: me abrazó, y sobre su morada túnica episcopal dejé correr las lágrimas más amargas que han abrasado mis párpados. Tarancón no era hombre de intentar consolar con palabras banales una pesadumbre que no podía tener momentáneo consuelo.

—Yo me arreglaré con tu padre—me dijo después de largo silencio—. Tú emprende alguna obra de importancia que necesite estudios, atención y tiempo. Teníamos convenido en escribir juntos un libro de la Virgen; esto halagaría mucho a tu padre y enloquecería a tu madre de alegría; pero yo no tengo ya tiempo para meterme en tal trabajo. Me has hablado de Granada. Emprende tu poema morisco y empieza por ir a localizarte en la ciudad de Boabdil. Si no tienes dinero, cuenta con mi bolsillo; no está muy lleno, pero entrarás a la par con los pobres de mi diócesis. Deja a tu padre irse a Torquemada, y... ¡a Granada tú! Fía en Dios y cuenta conmigo.

Y mi padre se fué a Castilla, y yo empecé a pensar en Granada. Pero, ¿qué importa todo esto a los lectores de *El Imparcial*? Todas estas *memorias íntimas* figurarían tal vez muy bien en las mías *póstumas*: vivo yo aún, pueden ser tachadas de pretenciosas e insoportable vanidad; pero ya he tirado del primer hilo y voy a deshacer todo el ovillo.

XXII

Burdeos es una gran ciudad, magnífica, sólida, monumental, con grandes puentes, bien arbolados paseos, soberbios templos, amplios merados y suntuosos teatros; asiento del primer arzobispado de Francia, es, como si dijéramos, el Toledo de allende los Pirineos; cuajado de Seminarios y de colegios, semillero de toda clase de plantas clericales más o menos parásitas, más o menos productivas. Por el tiempo de que voy hablando, hacían un principal papel en fiestas y procesiones los hermanos de la doctrina y los *ignorantins*, en uno de cuyos establecimientos hacía dos o tres años que se había ventilado el ruidoso proceso del Frère Liotard, con el cual ya no me acuerdo lo que pasó.

Como yo no era hombre de política ni de administración, ni de ciencia, no me ocupé de más en Burdeos que de sus templos, como cristiano, y de sus teatros, como poeta. Encontraba poquísima gente por las calles, no mucha por los paseos y casi ninguna en el teatro, al cual sostenían solamente los transeúntes, los forasteros, y, sobre todo, los españoles, puesto que había muchos allí emigrados o allí establecidos, y todos los que de España iban a veranear a París se detenían por costumbre en la capital de la Gironda. Hallábame yo en Burdeos a todo mi gusto: era la primera vez que podía yo separar mi personalidad de mi malhadada reputación y andar libre como cualquier ciudadano pacífico, metiéndome por todas partes a fisgarlo todo, sin llamar la atención ni ser responsable de nada.

Así vi yo a Burdeos, así recogí varios asuntos de leyendas que no sé si llegaré a escribir, y así averigüé la razón de las perpetuas quiebras del teatro por falta de público.

Los bordeleses han tenido siempre (y con justicia) la pretensión de que su ciudad es la primera de Francia, el pequeño París y han aspirado a ser tenidos por *spritsjorts*, libres pensadores y espadachines; y con respecto a esta última cualidad, tiene una justa reputación y un riquísimo legendario la escuela de armas de Burdeos; pero las bordelesas son, por lo general, devotas. El clero francés sabe que las dos palancas con que se mueve el mundo son las mujeres y el dinero, y por entonces, los confesores no absolvían

a las confesadas cuyos maridos leían *El Constitucional* y los periódicos liberales, tronando siempre contra la inmoralidad del teatro. Donde no van las mujeres, no vamos los hombres; no iban las bordelesas al teatro, con que a pesar de la subvención de que goza siempre *el grande de Burdeos*, sus empresas se arruinaban a mitad de temporada todos los años.

Además, el gran teatro de aquella ciudad tiene lo que los franceses llaman *gignon* y nosotros *mala sombra*. Allí se rompió por entonces una pierna Mademoiselle Angelin, una bailarina rubia de diez y siete años, que era ya una estrella luminosa en el cielo del arte de Terpsicore. Allí tuvo Borelly que matar a puñaladas, en presencia del público, a su tigre real de Bengala, porque éste tenía entre sus dientes la pantorrilla izquierda del domador, quien al levantarse lanzando un caño de sangre de una arteria rota, tuvo tiempo, antes de perder el sentido, de decir a los espectadores a modo de satisfacción. «Señores, ya había gustado mi sangre, y o él o yo.»

Esto en el teatro. En los templos, las fiestas son tanuntuosas como concurrencias; pero a los católicos españoles se nos hacen al principio muy difíciles de aceptar aquella forma mundana y teatral y aquellos accidentes mercantiles con que los actos sublimes de nuestra religión se verifican. Yo escribí mis primeras impresiones de Burdeos en una larga epístola a un condiscípulo mío, cura carlista, de la cual recuerdo las siguientes líneas, versos tan malos como verdades de a puño:

En Francia hay religión, y fe y con-
[ventos, seminarios, colejos, catebrales,
y todos los cristianos elementos
de nuestra santa fe fundamentales;
pero todo está hecho a la francesa,
todo sujeto a reglas comerciales;
aquí todo se tasa, mide y pesa,
aquí todo se hace por empresa:
la gente para orar no se arrodilla,
más que con una pierna en una silla;
no se atiende al altar ni al sacerdote;
las mujeres se plantan por delante
con mucho faralá, mucho volante,
abultado postizo y largo escote;
y los hombres detrás, misa durante,
se distraen en mirarlas el cogote;
y como nadie en equilibrio posa,
y es perpetuo el rumor y el desacato
y la desatención y el movimiento,
es el pensar en Dios difícil cosa,
mientras pasa una vieja con un plato
pidiendo en alta voz, sin miramiento,
en los cuartos que *la rinde* cada silla
en que apoya un cristiano su rodilla.

Atraviesa después el presbiterio,
con balandrán, sobrepelliz y estola,
y sus pasos al púlpito dirige,

un pulcro capellán, de quien muy serio
un monago gentil lleva la cola.
Hace su adoración, su texto elige,
comenta el evangelio de aquel día,
y siempre encuentra medio en su homilía
de echar un par de pullas al gobierno,
que el infierno está abierto ante el siglo refractario,
que Enrique quinto al fin subirá al trono,
que hay peregrinación a tal Santuario,
que se sale a tal hora y de tal parte,
que lleva cada pueblo su estandarte,
que el precio es un doblón por peregrino,
incluso todo gasto del camino,
y además un bonito escapulario;
pero que en el doblón no entra el rosario,
porque éstos los fabrica por empresa,
de encina negra y de eucaliptus blanco,
una judía asociación inglesa
que los da a todos precios, desde un franco.
Todo lo cual se anuncia aquí en la igle-
[sia,
como puede anunciarse un electuario
o sus botes azules de magnesia,
míster Bollon, en Londres boticario,
ilustrados ya, pues, sus feligreses
de lo que en sus negocios les importa
y a sus espirituales intereses,

con un responso en homilía corta el cura; y ya *pro domo*, a lo que creo, da, volviendo a apretar el *quibus quobis*, la vieja con su plato otro paseo. Larga el buen cura un *benedico vobis*, hace la cruz, se cala el solideo, y respondiendo el pueblo: *ora pro nobis*, se acaba la función y Laus Deo. conque, como ver puedes por la muestra, la religión de Francia no es la nuestra. Dios es el mismo, porque Dios es uno; mas de adorarle el modo, ligero asaz, y asaz inoportuno, es en Francia francés, como lo es todo; y a un español asombran, si no irritan,

Tal fué mi primera impresión hace treinta y cuatro años: poeta creyente, hallé de menos mucho fondo y de sobra mucha forma en la manifestación religiosa del catolicismo francés en Burdeos, arzobispado primado de la nación vecina: después he pasado en Burdeos largas temporadas, y es la ciudad en donde más tranquilo y más a gusto he vivido. Me acostumbré a leer a la puerta de la catedral el anuncio de la función, el nombre del orador que debía de llevar la palabra en el púlpito, los del director y el organista que dirigían la parte instrumental, y los de las damas y los o las artistas que sostenían la parte de canto; el objeto piadoso a que la función se dedica bajo el patronato de tales o cuales damas, prelados o corporaciones, y el precio (generalmente de dos francos) por la cual se puede adquirir el derecho a ocupar una de las sillas, numeradas o no, que llenan el templo. ¿Y por qué no?

A nosotros nos choca esta asimilación de las basílicas a los teatros; pero es, al mío, un mal modo de ver las cosas: en Francia usa cada cual libremente del derecho de anuncios y propaganda; y puede que en los templos y fiestas religiosas francesas haya menos fe, menos devoción y menos fervor; pero hay más orden que en las nuestras: nosotros entramos y salimos de las iglesias a codazos, empujones y puñetazos; nos colocamos donde podemos, pisamos a las mujeres que se arrodillan y se sientan en el suelo, etc.; los franceses entran por una puerta y salen por otra, y ocupan tranquilamente los puestos que les corresponden, bajo la dirección de bedeles y pertigueros; que a nosotros nos parecen ridículos, pero cuyos oficios y trajes están encarnados en sus costumbres.

Los franceses han comprendido que la sociedad moderna es un hermoso lago cuyo fondo es cieno, y tienen cuidado de no revolver jamás el agua, poblando su superficie de blancos y ligeros cisnes entre los cuales bogan sin remo miles de botecitos sin quilla, que hacen temblar y rielar el líquido, pero que no levantan oleaje: siembran y plantan las orillas de jardines y de bosques, y van a sentarse a contemplar el espectáculo social a la sombra de los árboles y entre el perfume de las macetas.

Nosotros tenemos la maldita manía de revolver el agua y de arrancar hasta la yerba alrededor del lago, y nos tenemos que estar al sol y al aire, siempre sedientos, contemplando el agua cálida y turbia que hacemos difícilísima de beber.

He aquí mis impresiones de ayer y hoy en Burdeos. Esta ciudad, cuyo casco componen miles de edificios tan macizos y suntuosos y calles más anchas y regulares que las

la irreverencia con que a Dios se trata, y el ver cómo sus preces se recitan sobre un pie y sobre un codo, como banda de grullas que dormitan en el invierno al sol sobre una pata; pasando en cuenta que se queda ayuno de lo que en Francia se le dice a Cristo, con una fe de bolsa que no acata al Señor más que a medias, por lo visto, y en un latín francés que cual ninguno la habla gentil de Cicerón maltrata: todo siempre fué aquí, como hoy en día, doblé, contrefaçon, bisutería. Nunca así a Dios se adorará en Castilla; nuestra fe es más profunda y más sencilla.

de Roma antigua; atestada de recuerdos y monumentos históricos, aireada por anchos paseos y frescos jardines, regada por dos soberbios ríos, el Garona y la Dordoña, salpicada de Colegios, Museos, Academias, Bibliotecas e Institutos, conteniendo veintidós clubs y círculos para todas las clases sociales, diez teatros y salas de recreo, un hipódromo, nueve periódicos diarios y once logias masónicas; mitad católica, militante y revolucionaria librepensadora, la tengo yo comparada a una rica, nobilísima y aristocrática viuda legitimista que sonríe a la república, papista que no llora el perdido poder temporal de los Papas, que se ha retirado a vivir y a morir tranquila en sus opulentas posesiones, a cuidar de sus incomparables viñedos y a gozar de sus rentas sin miseria y sin despilfarro; sin ruinosos vicios y sin pretenciosas virtudes, sin orgullo de la majestad de su noble raza, pero con la conciencia de la dignidad de su ilustración y de su bien heredada opulencia.

He aquí mi juicio sobre Burdeos, donde empecé mi poema, y de donde salí para París a estudiar mucho que no sabía, y a adquirir algo que me hacía falta para llevar a cabo mi incompleta *Granada*.

XXIII

París tiene dos fases: es el manicomio de los ingenios y el paraíso de los tontos. En el primero forjan sus grandes elucubraciones todos los grandes locos, que con sus inventos y con sus escritos impulsan hacia el progreso el movimiento social europeo; y en el segundo, pierden su tiempo, su salud y su dinero, en el turbión de marionetas, charlatanes, estafadores y mujeres perdidas, que pueblan aquel falso edén a la luz de gas y al son de las orquestas de Mussard y de Strauss, todos los imbéciles que de las cuatro partes del mundo acuden como mariposas a quemarse en aquel foco de luz infernal.

De París salen simultáneamente los gérmenes de todo lo bueno y de todo lo malo sobre todo para nosotros los españoles; que, sea dicho sin que nadie se ofenda, o aunque se amosque conmigo la mitad de la nación, solemos tomar casi todo lo malo y poquísimo de lo bueno. Llegué yo a París mientras ocupaba el trono francés el rey ciudadano Luis Felipe de Orleans, de quien sabían trazar la caricatura todos los chicos de su capital bajo la forma de una pera; cuya regia representación se veía por todas las paredes y siempre de un parecido maravilloso. No era todavía el París ensanchado, dorado y ampliamente refundido por el imperio del tercer Napoleón; era todavía su primer teatro la sala de la rue Lepelletier y no estaba aún cerrada la plaza del Carrousel por la calle de Rivoli; existían aún al frente del Palais-Royal una espesa red de callejuelas, tan conocidas como mal afamadas, y a su espalda los dos famosos restaurants de Befour y de los tres hermanos Provenzales, y se alzaban todavía gárrulos y chillones, en los boulevares de Temple y de Beaumarchais, los cien teatrillos más divertidos del mundo, la Gaité, Folies-Dramatiques, Délassements-comiques, etc., etc.

Asomé yo las narices los dos primeros meses al paraíso de los tontos y, sin dejarme fascinar ni embriagar por sus delicias de contrabando ni por sus hurfes sin corazón, me establecí a la puerta del manicomio, haciendo con el editor Baudry un trato poco lucrativo; por el cual fueron mis versos los primeros que de poeta español tuvieron lugar en su magnífica colección. Por un puñado de luises y dos carros de libros, le di el derecho de coleccionar todas las obras por mí hasta entonces escritas, por dos razones que me eran exclusivamente personales; la primera, para que mi padre leyera mi nombre en el catálogo de la colección de los primeros escritores de Europa, y la segunda, porque la extensa venta, el gigantesco anuncio y el renombre universal que ya tenía la colección Baudry, me hicieran conocido como poeta fuera de mi patria. A pesar de que mi padre,

encerrado en nuestro solar de Castilla, no había vuelto a darme noticias suyas, esperaba yo que esta prueba honrosa de aprecio de la librería editorial francesa para su hijo, le convencería, por fin, de que no era menester que me doctorara en Toledo y de que ya no había razón de cerrarme la casa; y los brazos paternos. En esta esperanza viví en París desde julio a noviembre, estudiando y trabajando en mi *Granada* y dividiendo mi tiempo entre las bibliotecas y los teatros, esquivo, como en España, a la sociedad banal de las visitas y la chismografía y un poco en contacto con la sociedad del arte y de las letras.

La redacción de *La Revista de Ambos Mundos* me acogió con simpáticos obsequios, y sus redactores, Charles Mazade, Paulino de Lymerac y Xavier Durrieu, fueron mis amigos y comensales; y por mi influencia y la de Juan Donoso, que fué después nuestro embajador, empezaron a publicarse en aquella importante *Revista* artículos sobre España, en los cuales comenzaba a probarse a los franceses que el África no empieza en los Pirineos. Pitre-Chevalier, director del *Musée de las Familias*, se empeñó en publicar en él mi retrato y mi biografía, y lo hizo, como francés, sin atender a mis justas y modestas observaciones. Convirtió mis breves notas biográficas en una fantástica novelilla, y Mr. Pauquet, el primer dibujante de aquel tiempo, recibió su orden de retratarme embozado en mi capa española y mirando de perfil al cielo, como un don Juan Jerezano que espera que se le aparezca su Dulcinea en el balcón para decirle: «por ahí te pudras». No es posible que mi retrato indicara que era de un poeta español, si no tenía capa y si no buscaba con la vista la inspiración del Espíritu Santo; y aún le quedé agradecido a que no me pusiese una guitarra en la mano, de lo que creo que me libró sólo su afán de embozarme.

En aquel retrato, correcta y francamente dibujado, y por aquella biografía, *bizarramente detallada* a la parisienne, no me conoce la madre que me parió; pero no por eso quedé menos agradecido el español a la buena intención del francés.

Tras estos necesarios precedentes, pasemos una rápida ojeada por los últimos y sombríos cuadros de estos mis tristes recuerdos del tiempo viejo.

Entre los conocimientos que hice y renové por entonces en París entre Dumas padre, Jorge Sand (Mme. Dudevant), Alfred de Musset y Teophile Gautier; entre embajadores, editores, escritores, emigrados, cómicos y bailarinas; entre Fernando de la Vera, la Rachel, la Rose Chery, Frédérick Lemaître, Giuseppe Maultedo, Zariategui y otros emigrados liberales y carlistas, italianos y españoles, se me vino a los brazos uno de éstos, el más honrado y divertido andaluz que la tierra de María Santísima y la tenacidad carlista echaron a Francia: Era éste don Fernando Freyre, pariente próximo del general del mismo apellido, adherido no sé muy bien cómo a la corte de Fernando VII, de quien elegía los caballos y para quien iba a buscar los toros; amigo de los ganaderos, amparador de los *diestros* y el primer inspector de la escuela taurómaca sevillana, institución de aquel señor Rey, que santa gloria haya.

Fernando Freyre no había sido nada importante ni influyente, ni en la corte hurañada y recelosa de las camarillas y apostasías políticas del difunto Rey, ni en la trashumante de Don Carlos María Isidro de Borbón, segundo Carlos V en Oñate; pero en ambas había sido recibido y estimado por todos, incluso por mi padre, porque tenía uno de los mejores corazones y uno de los caracteres más alegres y más iguales del mundo. Realista por convicción, no transigió nunca con las modernas ideas liberales, ni quiso jamás acogerse a amnistía ni indulto alguno; pero jamás odió, ni esquivó siquiera el saludo, a ningún liberal emigrado o viajero con quien en tierra extranjera se topara, siendo de todos los españoles sinceramente apreciado y noblemente acogido por los legitimistas franceses. Con apoyo de éstos, no temió ni le avergonzó establecer un pequeño, y pri-

vado depósito de vinos, pasas, caldos y frutos de Andalucía, que aquéllos le compraban; y con los setenta a noventa duros que este oscuro comercio le producía, vivía modesta y honradamente en la mejor sociedad de la *legitimidad* francesa y de la aristocracia española. Establecido ya de años en París y encargado por sus amparadores de toda clase de comisiones, era conocido en el comercio y conocía a París, como un *commis-voyageur* a quien comprar en la tienda o en el taller, puede producir legal y honrosamente un tanto por ciento más eredito de utilidad. Por uno de estos encargos dimos allí uno con otro, y por las horas buenas que le debó, me complazco en consagrarle cariñosamente estas líneas en mis recuerdos.

Era ya por entonces hombre de más de sesenta años; pero ágil, robusto y colorado, con sus patillas blancas de *boca-è-jacha* y su sombrero sobre la oreja derecha, corría por las calles *recortando* los coches y evitándolos, apoyándose en la saliente lanza, como quien pone rehiletos de sobaquillo, porque todo lo hacía y lo hablaba a lo torero y lo macareno; y asombraba el verle cruzar los *boulevards* sin tropezar ni vacilar entre la multitud de carros, ómnibus y coches que de continuo los obstruyen. Todo era en él extraño y original; en su negocio no tenía más que un empleado, y éste tenía las más incompatibles enalidades: era polaco, judío, carlista, fiel y discreto; hablaba un castellano aprendido en Vizcaya, tan disparatado como el francés que hablaba Freyre, y entre los dos me decían despropósitos imposibles de reproducir. Yo llamaba tío a Freyre; y cuando mi familia me dejó solo en París, me fuí a vivir al hotel de Italia, frente a la Ópera cómica, en cuyo piso tercero habitaba Freyre un pequeño aposento, compuesto de sala, gabinete y alcoba, y atestado de botellas y cajas. Cuando mi trabajo asiduo y sus compromisos con sus anfitriones nos dejaban libres las noches, comíamos juntos y las concluíamos en el teatro, en algunos de los cuales tenía yo entradas libres, como escritor extranjero con editor en Francia.

Llegó así noviembre, y ya tenía yo apalabrados contratos para imprimir mi poema de *Granada*, y pagábanme ya no escasamente la prosa y los versos que para sus publicaciones de América me pedían, cuando se acordó Dios de mí, como dicen los católicos, enviándome una de esas desventuras que envenenan y enturbian para toda la vida el manantial amargo de la memoria.

Pedíame de Madrid mi primo P., consocio mío, con Rafael X, una cadena de reloj igual a otra mía, que era una cinta hecha con mil bequeñísimos cilindros de oro engarzados y giratorios en una red de ejes, de tan prolijo trabajo, como maravillosa flexibilidad. Averiguó Freyre el domicilio del obrero que para el platero los trabajaba, y nos acostamos conviniendo en que a la mañana siguiente muy temprano iríamos a comprar o a encargar la demandada cadena.

Habíanme regalado en Burdeos un *nécessaire* de ébano fileteado de marfil, que garantizado por una guadamacilada funda de cuero, llevaba yo a la mano y servía en nuestros viajes de escabel a mi mujer. Al levantarme al día siguiente, hícame la barba, según costumbre, con las navajas y ante el espejo de aquel *nécessaire*, y llamando Freyre a mi puerta y dándome prisa, porque él la tenía de acudir a sus negocios después que al mío, vestíme apresuradamente y partí con él; dejando las navajas sobre el velador y el espejo colgado en la escarpia, que para ello tenía puesta a mi altura en el marco de la vidriera.

Fuimos hasta el final del Faubourg de San Dionisio; hallamos y compramos el objeto pedido, acompañe a Freyre a tres o cuatro puntos que tenía que recorrer, y volvimos juntos al hotel de Italia.

Pedimos al conserje nuestras llaves, pero la mía no estaba en el llavero; en vez de dejarla en él al salir, me la había llevado en el bolsillo. Al entrar en mi cuarto, exclamó

Freyre: «Mal agüero, zobrino: aquí han andado loz menguez an auzencia nueztra: miras:—y me mostró el espejo hendido transversalmente de arriba a abajo—. Refime yo de su supersticiosa observación, y llamé al camarero; el cual respondió a mis reclamaciones diciendo que ni él había podido *hacer* mi cuarto, ni nadie entrar en él, porque yo no había dejado la llave en la conserjería.

«Mal agüero, zobrino, mal agüero!», seguía Freyre rezungando entre dientes, y yo, que no creo más que en Dios, le hice observar que al cerrar la puerta de golpe, la vibración de las vidrieras produjo probablemente el choque y rotura del espejo; y que teniendo los dueños de los hoteles dobles llaves por mandato expreso de la policía, talvez el no haber yo dejado la mía llamó la atención, abrieron sin precauciones la puerta y ocasionaron el fracaso.

Freyre tragó como pudo mi explicación; y teniendo ambos el día libre, nos fuimos a almorzar a la taberna inglesa de la calle de Richelieu, con la intención de ir a las dos al hipódromo del Arco de la Estrella.

Almorzamos tranquilamente; y habiendo encontrado Freyre en el fondo de una botella de Chambertin, un raudal de andaluza verbosidad y un tesoro de alegría juvenil, salíamos cruzando el patio como estudiantes que hacen novillos, cuando dimos de manos a boca con un sobrino del banquero A. B., que en el piso principal de aquella casa tenía su escritorio establecido. «Del cielo me caen ustedes—exclamó al vernos—y me ahorran un viaje. Hace dos días que tenemos una carta de España para el Sr. Zorrilla, y a llevársela iba; por cierto que trae luto y la apostilla de urgente. Aquí está».

Y presentóme la carta, que me hizo palidecer. Era de mi padre, y revelaba en sus cuatro líneas su extraño carácter y lo más dolorosamente extraño de nuestras relaciones:

Decía:

«Pepe, tu pobre madre ha fallecido hoy a las tres de la madrugada; tú verás si te conviene venir a consolar a tu afligido padre.»

«JOSÉ»

No puedo decir lo que sentí ni lo que hice en aquel momento.

Aquella noche rompí mis contratos y retiré las palabras dadas a los editores franceses; y a la mañana siguiente, rompiendo con mi porvenir, emprendí mi vuelta a España y al paterno hogar, cuyas puertas me abría la muerte por la tumba del ser más querido de mi corazón.

Dejé a Freyre llorando en la estación y repitiendo lo que desde el día anterior le había oído rezungar muchas veces por lo bajo: «Sí, dicen bien las gitanas de Triana: que el diablo ez quien inventó loz ezpejos; y que anda ziempre entre el azogue e zuz criztalez.»

Yo partí viendo a través de mi espejo roto el rostro adorado del cadáver de mi madre, cuyo último suspiro no me había permitido recoger Dios.

XXIV

XXIV

Tenía mi padre gran fuerza de voluntad y absoluto dominio sobre sí mismo; pero no pudo dominar su emoción en el momento de volverme a ver en su casa y por tan doloroso motivo. Nos abrazamos llorando: él fué el primero que se repuso y volvió a la prosaica realidad de la vida. «Vienes muy cansado—me dijo—: no agravemos el mal que no tiene ya remedio. Comé y reposa: la naturaleza es un tirano, irresistible: tenemos

tanto tiempo como razones para contristarlos; pero en este instante nuestro dolor está endulzado por la alegría y no podemos ni alegrarnos ni condolerarnos; sin asustarnos de nuestra alegría como de nuestra pena.

Y era verdad; los recuerdos alegres de la niñez que poblaban aquella casa, la satisfacción de volver a respirar en aquellos aposentos, la vista de aquellos muebles tan conocidos, el servicio de aquellos criados tan leales, y la presencia, en fin, de mi padre, tan firme, tan erguido y tan vigoroso, que iba y venía dando a aquéllos las órdenes necesarias, me tenían en un estado de arrobamiento que me impedía darme cuenta de mí mismo, me sentía tan impulsado a llorar como a reír; y la imagen de mi madre muerta se me ocultaba y casi desaparecía tras de mi padre vivo. Acompañóme éste durante un ligero almuerzo que preparado me tenía; me habló del estado en que había hallado sus viñas, de las mejoras que había hecho en el cultivo de los viñedos y de las que necesitaba la casa; ni una palabra de mi madre; ni la más leve alusión a mi vida pasada; ni la más mínima esperanza para el porvenir. Yo volvía a casa de mi padre, no a la mía; así lo había yo entendido, y volvía resuelto a respetar todos los derechos y a acatar todas las disposiciones de mi padre, sin permitirme la más nimia observación, puesto que al abandonar a mi familia en 1836, había yo renunciado a todos mis derechos de hijo y de heredero, dando a mi padre el de hacer de su hacienda lo que más a cuenta le viniera, como si Dios le hubiera quitado por muerte natural el hijo que civilmente murió, al fugarse del paterno hogar en brazos de su locura. Tal era mi respeto por mi padre; tales la justicia y las facultades omnímodas con que yo mismo le había investido; y si le hubiera dado por ser jugador y vicioso, yo me hubiera empeñado y vendido a Satanás por pagar sus deudas o mantener sus concubinas. Yo no le pedía, al volver a mi casa, más que un poco de cariño y el perdón de aquellos dramas y leyendas más, por las cuales había tirado por la ventana las Pandectas y las Novelas de Justiniano.

Y fueron trascurriendo los días y fuéme él llevando a ver las bodegas y los plantíos; y mostróme deseos de adquirir unos solares de casas quemadas por los franceses, que lindaban con la nuestra por Mediodía y Poniente, con lo cual se añadiría un amplio jardín cercado, logrando hacer de ella la mejor y más cómoda de muchas leguas a la redonda; y como me diése a entender que las dos cosas que le hacían desistir de la adquisición de aquellos solares eran, la primera, que yo no querría venir a vivir allí nunca, y la segunda, que él no estaría ya nunca sobrado de dineros, porque el laboreo de las fincas y algunos atrasos contraídos en sus seis años de emigración absorberían todas sus rentas, ofrecíle yo la suma de que menester hubiese; asegurándole que mi única ambición era la de vivir allí con él y hacerle lo más agradable posible aquella mansión, con la cual había soñado siempre, y la cual me había siempre imaginado como un oasis de reposo en el desierto de mi vida de trabajo y de abnegación.

—No eres, me dijo, que tal pensaras; pero si es como dices, voy a decirte lo que sé y pienso: ni los dueños de esos solares, ni nosotros, que queremos adquirirlos, sabemos bien, ellos lo que van a vender y nosotros lo que vamos a comprar. Escucha.

Fuí yo uno de los jefes del batallón de estudiantes palentinos que contra los franceses se levantó a fines de 1808. Una noche, sabiendo que avanzaba una división, nos emboscamos en el puente con aquella audacia inconsciente que nos hizo hacer lo que, a pensarlo y comprenderlo, no hubiéramos hecho. Al amanecer apareció una descubierta de coraceros, que con aquella confianza petulante que perdió a los franceses de Napoleón en España, entró sin precauciones en el largo y tortuoso puente de veintiséis ojos, que enlaza las dos riberas del río y el camino real con esta villa. La vanguardia venía aún muy lejos; veíamos apenas el polvo que levantaba. Los coraceros y sus caballos

nos sintieron debajo de ellos antes de haber podido vernos enfrente; y encabritándose los caballos y empujando nosotros por los pies a los jinetes, calzados con grandes e inflexibles botas, los arrojamos al agua desequilibrádoslos con el peso de sus cascos y sus corazas. Algunos de los últimos, que volvieron grupas, dieron la alarma a los de la vanguardia; pero cuando llegaron al puente, no hallaron más que algunos muertos y apercibieron en el agua algunos ahogados, cuyos cadáveres arrastraba la corriente. Los estudiantes, montados en sus caballos y armados con sus carabinas, entráramos en el páramo sin temor de que nos siguiesen.

Pero pegaron fuego a Torquemada; y ese terreno elevado que desde el balcón estás viendo, cubre los escombros de cinco casas, cuyos cimientos y primer piso eran de piedra labrada, que nadie ha desenterrado.

Hay además cegados cinco pozos de los cinco corrales a cada casa anejas; y entonces, todo castellano que huía al monte, echaba al pozo la poca plata y alhajas que poseía; no habrá ahí riquezas, pero sí plata y piedra para indemnizar el desembolso del comprador.

No podía yo permanecer en Torquemada, y al cabo de un mes volví a Madrid. Acababa de establecerse en la corte la sociedad editorial *La Publicidad*, de la cual era uno de los directores don Joaquín Francisco Pacheco, quien ya he dicho que con Donoso Cortés y Pastor Díaz había sido mi primer amigo y amparador. Propuse la compra de la propiedad de mi *Granada*; y en dos mil duros por tomo, cerré y firmé el contrato, debiendo presentar mi manuscrito por medios tomes y cobrar mil duros por cada mitad.

Empecé a enviar dinero a mi padre, que con él compró los solares, pero no los tocó; intactos los hallé yo al verano siguiente, cuando invitado por él fui con mi mujer a hacerle la compañía.

Mi padre ofreció a ésta las llaves y el gobierno de la casa; yo me opuse, diciéndole que su ama de llaves y sus criados eran de su completa confianza y que mi mujer y yo no éramos más que unos huéspedes por aquel verano.

Pagóse mi padre, y más su servidumbre, de aquella confianza nuestra; comencé yo a convertir el corral en jardín, y gozaba mi padre viéndome cavar y trasplantar frutales, y abrir arriates para las flores. No hice yo de aquel corralón de lugar un jardín de Falerina; pero al menos veíase desde los balcones algo muy diferente del muladar en que convierten sus corrales los labriegos descuidados de nuestra mal cuidada Castilla.

Fuimos y volvimos dos veces de Torquemada a Madrid y de Madrid a Torquemada, y en la corte volví a poner casa por consejo de Tarancón, a quien su cargo de senador volvió a traer a Madrid.

La sociedad de *La Publicidad* se extendió mucho y no pudo abarcar tanto; llevaba yo presentado tomo y medio de mi poema, y habíanme dado, por orden de Pacheco, hasta setenta y dos mil reales; pero husmeando la liquidación próxima y no queriendo que mi manuscrito pasara a manos desconocidas, suspendí la entrega de original, con la intención de rescatar la propiedad de mi manuscrito, por una transacción ventajosa, cuando la liquidación llegara.

Extendía entre tanto sus negocios el editor Gullón; y habiéndome pedido un libro de la Virgen, consultado el caso con Tarancón, y fiado en sus consejos, ofrecí a Gullón el poema de María en seis meses y en treinta y dos mil reales; pero siendo Madrid el punto del Universo en que más tiempo se pierde y más holgazanes encuentra con quienes malgastarlo el hombre que lo necesita, tomé en el Pardo y en la Casa de Infantes un apartamento, que empapelé y amueblé, y retiréme a trabajar en aquella arbolada y jabalinesca soledad. Pasábame allí las semanas enteras; los sábados me enviaban mi mujer y mi primo los caballos, y venía a pasar a Madrid los domingos. Escribíame poco mi padre,

porque tenía góta y mal pulso y costábale mucho el llevar la pluma; y escribíale yo también muy poco, porque estaba muy cansado de tener entre los dedos continuamente la misa. Sabía él de mí que trabajaba en un libro de la Virgen; sabía yo de él que la gota le tenía en deseuido de la hacienda; que había en parte arrendado, y en el endiablado humor en que la podagra pone a quien la padece; y sabía de ambos el bueno de Tarancón, porque de ambos se ocupaba y a mi padre escribía, mientras yo algunas veces le visitaba; y así corrió el invierno de 48, preguntando yo a mi padre si necesitaba de mí, y contestándome él que no valía su mal la pena de que yo interrumpiera mi trabajo. ⁴

Conservaba yo roto, y así de él me servía, aquel malhadado espejo de mi *nécessaire* que se me rompió en París y cuya rotura dió tanto a Freyre que rezungar; pero habiéndose desprendido uno de los dos trozos de su cristal por un costado, adherido sólo al cartón en que encuadrado estaba por su parte superior, hacíase ya tan engorroso como arriesgado el servicio del tal espejo; y como conservábale yo roto por mero recuerdo del mal día en que se rompió y no por supersticioso empeño, que Dios, en quien solamente a puño cerrado creo, me ha librado de creer en agüeros ni supersticiones de ninguna especie, determiné al fin renovar el espejo, ya que el *nécessaire* era en verdad prenda que merecía tenerse completa. Vivía yo en las casas de Santa Catalina, de la calle del Prado, y hallábase establecida una fábrica de espejos en donde hoy lo está el Casino Cervantes; llevó mi mujer misma el cartón en que el roto estaba encuadrado, y en ella pusieron otro espejo de la exacta medida, prometiéndosele para el lunes; pero no se lo llevaron hasta el martes. El azogado cristal nuevo encajaba perfectamente en el hueco para él hecho en el fondo de la tapa del *nécessaire*; coloquéle en su lugar, púsele encima la almohadilla que le garantizaba contra choques y movimientos, y cerrado el *nécessaire*, forcé la tapa para hacer girar la llave; pero al forzarla, sentí crujir algo dentro; el espejo se había vuelto a romper; yo había dejado por debajo del cristal uno de los pasadores que por arriba le sujetaban.

Resignéme a tenerlo roto y me volví a mi escondite del Pardo, y volví a emprenderla con el libro de la Virgen. Era un martes. Mi familia no iba nunca a verme al Pardo; yo la pedía o ella me enviaba los caballos ó un carruaje, pero nunca en día de entre semana, sino en sábado ó en domingo. El jueves había yo concluido un capítulo, hacía un tiempo delicioso y salí a hacer ejercicio antes de comer, en compañía de un guarda que en tales casos me servía de cicerone. A mi vuelta hallé un coche en el patio de la casa y a mi mujer esperándome en mi aposento. Volví yo contento de mi paseo, porque lo estaba de mi trabajo, y alegremente abracé a mi mujer y a la persona de su familia que la acompañaba.

La mesa estaba puesta: sentíame con apetito y comencé tranquilamente a dar cuenta sólo de mi pitanza, de que los recién venidos rehusaron participar, y pasé distraído las primeras cucharadas de la caliente sopa; pero al notar de repente el silencio tan sombrío como desusado de mi familia, asaltóme un siniestro presentimiento, y exclamé inquieto:

—¡Dios mío! ¿Qué sucede, que venís tan tristes y tan pronto?

—Nada, pero es preciso que vengas con nosotros.

—¿Por qué?

—Porque... ha llegado una carta de Torquemada... y al decir esto, mi buena mujer rompió a llorar sin poderse contener.

No recuerdo si el del espejo roto fué lo que excitó en mi mente la tremenda idea:

—¡Ha muerto mi padre!—exclamé angustiado:

—No, todavía no—se arriesgó a decir mi mujer; pero como esto, por vulgar que sea, es lo primero que suele ocurrir a todo el mundo decir en casos semejantes..., no me quedé

ya duda de mi desventura, y otra idea más tremenda envolvió mi espíritu en las tinieblas de otra duda que sumía mi alma en la más impía desesperación.

¡Mis padres mueren, me dije a mí mismo, sin llamarme en su última hora. ¡Dios me deja sobre la tierra sin el último abrazo y sin la bendición de mis padres!., ¿Qué le he hecho yo a Dios? ¿Están malditos mis pobres versos?»,

Recogí los que llevaba escritos de la Virgen y me volví a Madrid y a casa de Tarancón, a quien ya no hallé: hacía dos días que había salido para su diócesis.

APÉNDICE A ESTE TOMO

Razón suficiente da el prólogo de este libro de mi venida y permanencia actual en Barcelona: pero por torpe e ingrato debería tenerme, si yo cerrara este libro sin dar a sus habitantes las gracias por el recibimiento que en su ciudad me han hecho, y el hospedaje que en ella me han dado.

Atemorízame y apócame, sin embargo, el miedo de no acertar con palabras que expresen mi gratitud, y pesárame en el alma que, con las que voy a escribir, pareciese que sólo intento darme importancia y prolongar el ruido que esta especie de resurrección mía ha levantado en la capital de Cataluña.

A ella llegué el 30 de octubre, y su pueblo se aglomeró en el teatro para saludarme; pero con tan cordial cariño, con tan franca espontaneidad, que no en mis oídos, sino en mi corazón, resonaron los aplausos que, de pie y vueltos al palco que ocupaba, me dirigieron los espectadores. ¿Quién era yo, qué había yo hecho para merecerlos de Barcelona? Aún puedo apenas comprenderlo, y las lágrimas que, como aquella noche nublaron mis ojos, vuelven a enturbiar mi vista ahora que, con infinito agradecimiento, en estas líneas hago de aquella escena tal vez inoportuna conmemoración.

No espero que nadie de mí se mofe ni me avergüence por mis lágrimas de gratitud, ni por consignar aquí con la más sincera los obsequios de que fui objeto y los nombres de los que me los prodigaron.

El 1.º de noviembre apareció en Madrid, en el número 1.841 de *El Globo*, un tan curioso como oportuno y por mí no esperado artículo, prohibido por la redacción, puesto que aparece de fondo y sin firma, en el cual me considera como un muerto que sobrevive a su gloria y asiste a su apoteosis desde una butaca del salón de espectáculo. ¡Dios mío!, si la redacción de *El Globo* me hubiera podido honrar con su compañía en mi palco del teatro Principal de Barcelona el 30 de octubre, hubiera comprendido lo poco que estimo mis obras, pero también la excitación febril que me producía el placer de recibir aquella ovación del público de Barcelona. ¡Gracias a quien quiera que aquel original artículo me escribió en ocasión tan oportuna; gracias a la redacción que lo aceptó por suyo, y gracias (si le hay) a su tras ella, escondido e invisible inspirador!

El *Diario* literario de avisos de Barcelona, copió este artículo de *El Globo* en su número del jueves 4; y en el del viernes, 5, de *La Crónica de Cataluña*, apareció otro afectuosísimo de don Teodoro Baró, a quien sería imposible que yo expresara mi reconocimiento por tal escrito, en frases que a las suyas correspondieran. Baró siente sin duda por mí algo que no se puede comparar más que con un amor de niño: con una sencillez infantil y una fraternal familiaridad se ocupa de mi faz, de mi traje, de mis costumbres, hasta de mis intereses; recordando en su artículo que como y pago alquiler de casa, que no es justo que se me reimprimen mis obras como si fueran propiedad de todos, impidiéndome utilizar sus productos para próbarme la inmensa popularidad que me han adquirido. Baró trata de mí, de mis obras, de mis acciones y hasta de mis sentimientos íntimos y de mis pensamientos recónditos, con una discreción, con una delicadeza, con

un decoro y con un respeto, que no fueran mayores si él fuera padre, hijo o hermano del viejo poeta, a quien honra con el artículo en que le da tan cordial bienvenida. Yo ocupo, por lo visto, en el alma de Baró un lugar entre sus creencias: leyó de niño mis versos, se familiarizó conmigo desde muy muchacho, aprendió sin duda al mismo tiempo el Catecismo y mis *Cantos del Trovador*, el *Padrenuestro* y *El reló*, la Historia de España y *Margarita la Tornera*, y ahora tiene de mí la misma idea que de los personajes históricos y de las imágenes religiosas, que entran en nuestro espíritu con los primeros rudimentos de nuestra primera educación. Y ¿qué voy yo a responder a los artículos de Baró? ¿Cómo voy yo a corresponder a esta especie de veneración innata que por mí siente? Con palabras es imposible: no las encuentro; con versos, ya no puedo, porque ya no los hago: con visitas, con cumplidos, con banalidades sociales, sería bajarme yo mismo cantando las peteneras del altar en el que Baró me tiene en su corazón colocado; tengo, pues, que callar, consagrándole en el mío una silenciosa gratitud.

Alonso del Real, en los lunes de *La Gaceta de Cataluña*, hoja literaria del 25 del mismo mes de noviembre, me dió por un poeta sin rival, indiscutible, indeclinable, digno y capaz de vivir sin decadencia ni senectud los años matusalénicos; la redacción de *La Publicidad*, en su número del 7, compuso su artículo de fondo con mi biografía encomiástica, y encuadró mi retrato en su primera página; y ¿cómo voy a corresponder a tan benévola acogida? ¿Enviando a Alonso del Real y a los redactores de *La Publicidad*, y a los de *El Diluvio*, y del *Diari Catalá*, y de *La Ilustración Catalana* y *El Correo Catalán*, mis tarjetas ofreciéndoles mi casa y dándoles las Pascuas y acompañándolas con un pavo? Tengo, pues, que encomendarme a Dios y al tiempo, que me deparen una ocasión de probarles mi agradecimiento; y ellos tendrán que darse por contentos y satisfechos con estas pocas y desaliñadas frases.

Pero hay algo más difícil aún de recibir y de aceptar que los escritos encomios: éstos, al cabo, se leen a solas y los que los han escrito no ven la cara que al leerlos pone aquel en loor de quien los escribieron. El presidente del Ateneo, don Manuel Angelón, me preparó una velada literaria: en ella hizo el presidente de su sección de literatura, Sr. Felú y Codina, mi presentación al Ateneo en un discurso floridísimo, durante el cual no sabía yo qué continencia tomar. El poeta don Enrique Freixas, me dedicó unos endecasílabos, de cuyas ideas soy el único que no puedo hacer mención: el joven Mata y Maneja, me probó que había tomado por un género de poesía mis extravíos fantásticos y mis delirios métricos, en uno tan intrincado que me pareció mío; y por último, el Ateneo me regaló una magnífica medalla de plata, que no pude colocar en ningún bolsillo por temor de que con su peso me lo desgarrara.

La Sociedad «Romea» dió una función en obsequio mío en el Teatro Catalán del mismo nombre y me ofreció una corona.

La Sociedad «Latorre» me dedicó otra, y otra la Sociedad «Cervantes»; y, por fin, dióme la de «Romea» una segunda fiesta, poniendo en escena mi *Sancho García*, en cuya representación pusieron los actores más esmero y dieron a la obra mía más relieve de los que acostumbran hoy los que por primeros se consideran; y me inundó el escenario de flores y de laureles.

El señor don Santiago Vilar, en una vejada de despedida, me presentó a los alumnos de su colegio, como modelo de yo no sé cuántas cosas: los niños pasaron la noche entera en recitar versos míos, lo que probaba que habían pasado un mes estudiándolos y pensando en mí; el señor obispo de Ávila me abrazó en público por los que yo recité; y no sé yo lo que pensar pudieron los espectadores que atestaban aquel salón de aquel brazo episcopal, dado con cariñosa efusión al poeta más desalentado del siglo. Presentáronme en un estuche una joya preciosa, primoroso ejemplar de cinceladura, en cuyo tra-

bajo de argentería son extremados los artistas barceloneses; y después de un refrigerio, necesario para reponer en los vasos linfáticos la saliva gastada en tan prolongada lectura, salimos de aquella conmovedora fiesta de la niñez, presidida por un ilustre prelado, a deshora de la noche, como viciosos que a su casa vuelven ruidosamente de madrugada, calmando la inquietud de su desvelada familia e interrumpiendo el tranquilo sueño de sus honrados vecinos (1).

A este mes entero de fiestas y regalos, no puede el viejo poeta corresponder más que apuntando rápidamente en este apéndice lo sucedido. He protestado mil veces contra mis públicas exhibiciones; pero Barcelona, como Valencia, a manera de muchachas locas enamoradas de un viejo, han pedido a gritos mi presentación en los teatros: he alegrado los sesenta y cuatro años que me apocan y enronquecen, y Barcelona me ha dicho: «Que no; que yo no tengo edad y que canto como un ruiseñor.» He tenido que acudir al Dr. Osío para que me azoara la glotis, y Barcelona ha escuchado como sonoro y argentadamente timbrada mi voz perdida, y ha aplaudido frenética, como si nunca le hubiera oído, mis versos tan viejos como yo. A esta idea preconcebida, a este partido tomado, a este cariño maternal de Barcelona, ¿qué puedo, qué debo yo hacer en acción de gracias? Dejarme querer, y seguir trabajando en silencio, y en la duda afanosa de si la posteridad sancionará los aplausos, la predilección y el juicio con que Barcelona me acepta y me recibe en su seno.

Me he limitado, pues, a escribir estas cuatro vulgares páginas; y como ya no hago versos dos años hace, y el molde en que los vaciaba está ya enmohecido y agujereado, no he sabido más que hilvanar con unos que hice a Valencia, mi madre adoptiva, y otros que me ha inspirado mi gratitud a Barcelona, una estrafalaria poesía, que aquí publico como recuerdo de mi madre y homenaje a la Ciudad Condal. Carece completamente de mérito literario, y la presento sin pretensión alguna: es sólo un ejemplo de lectura, en la cual, colocados los alientos y dilatados sus períodos para ser leída por mí, tal vez sólo mi arte de alentar la hace escuchar sin fatiga, y tal vez sólo en mi boca tiene armonía su dislocada metrifricación. Creada en el corazón más que imaginada en el cerebro, espero que sólo con el corazón me la acepten y me la juzguen Valencia y Barcelona.

BARCELONA Y VALENCIA

LECTURA HECHA POR EL AUTOR EN BARCELONA

Barcelona y Valencia son dos hermanas;
y reclinadas ambas del mar a orillas
como dos garzas blancas, son dos sultanas
que tremolan bandera de soberanas
sobre ricas ciudades y alegres villas.
Yo soy huésped en ambas bien recibido;
y en las villas que de ambas son comar-
[canas,

voy y vengo a mi antojo, paso o residio;
y doquier, campesinas o ciudadanas,
a mí, poeta viejo de las Castillas,
al par Barcelonesas y Valencianas,
desde las pobres huérfanas a las pubillas,
me reciben alegres, y oyen ufanas
mis romancejos godos y mis cop'illas,
que son mitad muzárabes, mitad cristi-
[nas;
y desde las más cándidas y más sencillas
payesas, a las damas más cortesanas,
donde a cantar me paro, niñas y ancianas,
oyendo de mis cuentos las maravillas,
sonríen al poeta y honran sus canas.

Así que en Barcelona como en Valencia,

(1) En la lectura de la sociedad «Latorre» debí el honor de que me acompañara al célebre poeta dramático, sostenedor del teatro catalán, Federico Soler; quien bajo el pseudónimo de «SERAFÍN PITARRA», hace años que con prodigiosa fecundidad surte de obras originales la catalana escena. De él, de sus obras y del teatro Romea, tendré ocasión de ocuparme en mis artículos de *El Invarcial*.

doquier que me preguntan «y tú ¿quién eres?»
 Digo con ciertos humos de impertinencia:
 «Soy el viejo poeta de las mujeres.»

Pero en conciencia,
 ¿qué soy de Barcelona? ¿Qué de Valencia?

II

Yo, de los valencianos hije adoptivo, y considero a Valencia como a mi madre; mas cuando a Barcelona vengo, aquí vivo como si aquí tuviera casa mi padre. Aquí y allí, de raza ni de abuelengo no, sino de cariño títulos tengo; allí y aquí, mis versos en castellano me dan fuero y derechos de ciudadano, porque a mi vieja musa mora-cristiana, Cataluña y Valencia ven como hermana.

Mas no es mi vida en ambas muy regular, pues aquí y allí vivo como la ardilla en inquietud perpetua: se me eslabona una con otra fiesta; de villa en villa, de teatro en teatro se me pregona; voy y vengo, sin tiempo de tomar silla: por doquiera me dicen: «¡parla! ¡Enra-
 hona!»

Yo suelto de mis versos la tarabilla, y doquier mi presencia fiesta ocasiona: porque aquí y allí paso por maravilla, porque escribí el *Tenorio*, que es quien me abona lo mismo en Cataluña que por Castilla; y aquí, cuando en las calles ven mi persona, dicen los *noys* que pasan: «Es en Surri-
 lla, lo mismo que si fuera de Barcelona.»

Mas mi conciencia
 ¿qué cree de Barcelona?
 ¿Qué de Valencia?

III

Faro de isla cercado de guardabrisas,
 camarín alfombrado de minutisas,
 ajimez festonado con ramos de oro,

joyel que de cien reinas guarda el tesoro;
 sultana de pensiles cultivadora,
 latina, provenzala, cristiana y mora,
 Valencia es un compendio de los primores
 con que ornó al mundo la Omnipotencia;
 cuna de silfos, nido de amores,
 patria de bardos y trovadores,
 vergel poblado de ruseñores,
 pomo de esencia,
 jarrón de flores:
 eso, señores,
 eso es Valencia, como
 Mas Barcelona,

es la muchacha alegre de la montaña,
 sana, robusta y ágil; que, rica obrera,
 de un blasón que mancilla servil no em-
 paña
 y un condal nobilísimo fendo heredera,
 tiene al pie de un peñasco que la mar baña,
 y de un arco de montes tras la barrera,
 un campo con mil torres para cabaña,
 por toldo y guardabrisa la cordillera,
 por taller la más rica ciudad de España,
 por mercado las plazas de España entera;
 y obrera que de estirpe noble blasona,
 da a la historia de España su prez gue-

rrera
 el florón más preciado de su corona,
 y el cuartel más glorioso de su bandera,
 y Artesana, que ciñe condal corona,
 en el taller sin penas trabaja y canta;
 con hilos y alfileres hace primores;
 en un puño de tierra cultiva y planta
 viñedos y olivares que, en vez de flores,
 en sus breñas y cerros, lomas y alcóres,
 diestra escalona,
 cuida y abona
 con cien labores:
 eso, señores,
 es Barcelona.

IV

Valencia es la florida puerta del cielo,
 el balcón por donde abre la aurora el día;
 Dios por él de la España bendice el suelo
 y la salud, la gracia y el sol la envía.
 Valencia es un florido pensil modeló,
 mansión de los deleites y la alegría,

a quien sirve de cerca, de espejo y velo,
a sus plantas echada, la mar bravía.

Valencia está debajo del paraíso;
y cuando Dios le priva de su presencia,
por el balcón del alba, sin su permiso,
los ángeles se asoman a ver Valencia.

Valencia es alkatifa de cien colores
de Dios tendida para una audiencia,
donde del cielo los moradores
de Dios derraman en la presencia

ramos de flores,
pomos de esencia:
eso, señores,
eso es Valencia.

Mas Barcelona...

Barcelona es la reina del mar Tyrreno,
cuyas ondas azules cubre de lona;
y a los hijos activos que da su seno,
la posesión del mundo dar ambiciona.

Barcelona es un águila de vuelo altivo,
fénix que, renaciendo de sus cenizas,
torna jardín su suelo duro al cultivo
y en palacios sus viejas casas pajizas.

Barcelona, a quien nutre vital exceso,
late con los volantes de sus talleres,
se remonta en las alas de su progreso,
brilla con la hermosura de sus mujeres:
y cuando Dios se ausenta del paraíso
y duerme Barcelona de noche, al peso
del trabajo rendida, sin su permiso
baja un ángel por todos a darla un beso.

Porque del cielo los moradores,
mientras los mundos Dios inspecciona,
al noble pueblo que en sí amontona
turbas de pobres trabajadores,
cuyo trabajo con Dios le abona,
como a una virgen limpia de amores
cuya alma el cuerpo casto abandona,
del huerto Edénico
con lauro y flores,
tejen los ángeles

una corona:

y esa, señores,

cae de sus manos

en Barcelona.

V

Valencia, más hermosa, más cortesana,
es más joven, más libre, más Moslemina;

Barcelona es más hosca, menos galana,
más morena, más seria, más Bizantina:
aquella más coqueta, y ésta más llana.

Valencia afecta a veces ser campesina,
mas bravea con humos de soberana:
y es una rubia y grácil huri-cristiana,
que viste por capricho de tunecina.

Valencia dice a todos que es hortelana,
y es una neerlandesa pálida ondina,
que duerme en una rica concha perlina;
y del mar en la espuma blanca y liviana,
canta a la arbolada luz matutina,
vestida por capricho de valenciana.

Barcelona es el cráter donde fermenta,
con el hierro fundido y el tufo denso,
el espíritu hermano de la tormenta
que se pasea, de ellas sin tener cuenta,
sobre el móvil abismo del mar inmenso.

Valencia es la Hada núbil de la alegría
que respira de rosa y ámbar esencia;
la Venus Afroditis del Mediodía,
de quien ver deja ignuda la gallardía
de un pudor algo moro la transparencia.

Barcelona es Minerva ya desarmada;
cuyo manto, que lame la mar bravía
salpicando de perlas su orla murada,
lleva, en lugar de armiños y pedrería,
la greca de su vuelo y cauda bordada
con rieles y máquinas de ferrovía,
con espolones, hélices y anclas de Armada.

Valencia, almea grácil y encantadora,
trova, canta, recita, danza y se expresa
en voz, acción y gracia tan seductora,
que atrae, fascina, embriaga, turba, em-
[belesa,
magnetiza, avasalla, rinde, enamora,
y en tierra con las almas da por sorpresa.

Barcelona, valiente, ruda payesa
con timbres y con fueros de gran señora,
labra, teje, cultiva, destila, pesa,
funde, lima, taladra, cinecla y dora;
y ejemplar sólo de alta noble condesa
con corazón de obrera trabajadora,

con el trabajo nunca de latir cesa:
y apresurada siempre tras ardua empresa,
hierve como encendida locomotora:
cuando se mueve, asombra; cuando anda,
[pesa:
respira fuego y humo cual los volcanes,
y estremece la tierra, como si dentro
de ella fuera la raza de los titanes
queriendo de la tierra cambiar el centro.

VI

Barcelona y Valencia son dos hermanas,
pero una es blanca y rubia y otra morena:
son por naturaleza dos soberanas;
pero la una celeste, la otra terrena.
Valencia es la versátil hija del cielo,
a quien Dios por herencia dió un paraíso;
Barcelona, hija de Eva, vive en anhelo
de tornar por sí misma su estéril suelo
en el Edén que el cielo darla no quiso.

VII

Yo idolatro a Valencia por su hermo-
[sura,
su luz, su poesía, la donosura
de su gente, sus usos, trajes y aliños;

y de un amor primero con la fe pura,
la doy de hijo y amante los dos cariños.

Pero amo a Barcelona por tiranía
de ley inevitable de mi destino:
Dios condenó al trabajo la vida mía;
morir sobre el trabajo tengo por sino.

Barcelona trabaja... y a su existencia
el trabajo da fuerza, pan y alegría:
que me dé cuando expire tumba Valencia,
pan Barcelona, mientras mi inteligencia
Dios alumbró, y mis ojos la luz del día.

VIII

Olvidaba que entre ambas hay diferen-
[cia:
no en la tierra, en el cielo; pero os aviso
que es secreto que a solas fiarme quiso
el buen ángel que alumbró mi inteligencia.
La diferencia es ésta: pero es preciso
que Valencia lo ignore; cuando en ausen-
[cia

de Dios se quedan dueños del paraíso,
y con la luz del alba, sin su permiso,
los ángeles se asoman a ver Valencia...,
es porque a Barcelona Dios en persona
baja en el sol, y absorto de complacencia
se olvida de los ángeles en Barcelona.

XXV 5

EL ÚLTIMO FUEGO DEL HOGAR

I

Era por entonces ministro omnipotente Sartorius, y yo había sido amigo de Sartorius antes de que lo fuera. Fume a él y expúsele mi situación y la de mi padre en nuestra provincia. Mi padre, hombre de partido y de poder en el suyo, había podido defenderse y ofender, y se había creado amigos y enemigos en el país; dos veces le habían intentado quemar la casa, y muchos años habían estado sus haciendas en manos de quienes sin derecho se las codiciaban: historias de lugareños. Preguntaba un maestro a un chico, examinándole de doctrina: —¿Qué cosa es el infierno? —Es un lugar, respondió el chico. —Basta, hijo, exclamó el maestro.

Sartorius me comprendió; y no olvidando que yo había sido su amigo, me trató como a tal, dándome una carta, especie de credencial o real orden reservada, en la cual me recomendaba a las autoridades de mi provincia para que se pusiesen de mi parte inmediatamente, en la forma y en el caso en que yo su amparo solicitase, constituyéndose el en fiador mío para tales casos, si llegaban a acontecer.

Yo iba a un país que no conocía, heredero de una historia que ignoraba y de unas opiniones de las cuales jamás había participado. Al despedirme, me dijo Sartorius:

—Los duelos, Pepe, con pan son menos; debes de quedar rico.

—No lo sé—le respondí—: mi padre me ha pedido siempre y nunca me ha dado.

—Por eso, por ahorrártelo. Consta en los archivos que tu padre recibió seis millones para gastos secretos de policía, y tu padre no los gastó: ahora los encontrarás.

—Te repito que no sé nada; además, yo no he querido nunca el dinero, sino el corazón de mi padre.

Abrazóme Sartorius, despedímonos y partí para Castilla.

La villa de Torquemada, donde radicaron mis bienes paternos, en la provincia de Palencia, no era por aquel tiempo lo que hoy ha hecho de ella el ferrocarril del Norte, que por ella pasa y en ella tiene una estación. Hoy exporta los vinos, los granos y las legumbres de su tierra, de primera calidad, tiene casino y gabinete de lectura; sus hijos salen a emplear sus capitales y a utilizar el saber adquirido en escuelas especiales; los hay que se dedican al comercio, y los hay en la Península y en América con fama de honradez y con esperanzas de fortuna. Las locomotoras dejan en pos de sí, con el humo de sus chimeneas, la luz de la civilización y el germen del progreso; de lo cual no necesito yo más prueba que la transformación de la vieja villa de Torquemada en la actual, y la diferencia de los nietos y los abuelos de sus familias solariegas.

La Torquemada de entonces era un lugarón, y, según el chico a quien el maestro examinaba, el infierno no es más que un lugar. Torquemada no era más que un lugar, es decir, un infierno de chismes, de calumnias, de creencias absurdas y de mezquinas pasiones, que hervían perpetuamente en un cráter de ignorancia, y en aquel lugar me apeé yo de la diligencia de Valladolid, y me dirigí desde el arrabal a mi casa, seguido de la curiosa admiración de todos los desocupados, que pretendían averiguar cuánto me dejaba mi padre y cuánto podrían sacar de mí por la cara que yo llevaba.

Mi casa era la mejor de la villa y de algunas leguas a la redonda. Mi padre la había reedificado sobre la vieja de mis abuelos, formando en su interior la fábrica nueva y la vieja un ángulo al Poniente y al Mediodía; la prolongación de cuyas dos líneas encerraban unos extensos corrales (que yo había convertido en jardines para solaz de mi padre) y en donde se gozaba en el invierno de un sol vivificador, y de una temperatura que avanzaba de un mes la madurez de los racimos de las parras y la de los frutales allí por mí trasplantados. Entre los brazos de aquel ángulo y las tapias que cercaban el terreno de mi propiedad, estaban las cuadras, el horno, la troje, el pajar y las bardas; y bajo la fábrica, la bodega, donde tenía mi padre el vino del consumo de la familia, mejor elaborado y mejor conservado que el resto de la cosecha; el cual, si no era negro y espeso, no encontraba fácilmente compradores. Era aquel rincón un nido de recuerdos, un manantial de poesía, donde se encerraban los de mi madre y la de mis primeros amores; toda la memoria del niño y toda la esperanza del mozo, que iba a dispersar para siempre el viento de la desventura del hombre.

Mi padre había hecho de aquella casa una especie de fortaleza; sus paredes eran piedra y ladrillo de formidable espesor y de maciza solidez; sus puertas eran fuertes y pesadas y aseguradas por barras y pasadores de hierro; las tapias de los corrales, de seis metros de altura, no dejaban penetrar en nuestro recinto la indiscreción de los vecinos, y los balcones de la fachada que daba a la calle habían eriado moho a fuerza de permanecer cerrados. Tenía su exterior tanto de frío, oscuro, triste, carcelario e inquisitorial, cuanto su interior de abrigado, claro, alegre, ventilado y patriarcal; era un paraíso para heredado por el hijo con el amor y la bendición de sus padres; pero era un antro inhabi-

table para el que a heredarle venía como poseedor forzoso, amparado no más por la ley, que no tiene entrañas ni sentimientos, sino derechos.

Un escribano joven, recién establecido en la villa y a quien mi padre había con justicia acordado su confianza, me entregó el testamento de mi padre, escrito todo de su puño, y me dió cuantos pormenores le pedí acerca de su vida y de su muerte.

Desde la de mi madre no había recibido en casa más que a él, a quien había fiado sus negocios; a los dos labradores ricos con quienes consultaba su laboreo, y a un primo mío, cirujano, que le ayudaba a soportar el mal humor y los dolores de la podagra de que murió. Cada cuatro o cinco meses venía a verle un presbítero, prebendado de la colegiata de Covarrubias; pasaba con él un día, y se tornaba al lugar de su prebenda, sin que nadie del pueblo hubiera podido olfatear la razón de las idas y venidas del tal prebendado.

Otros dos eclesiásticos de Covarrubias, viejos amigos que habían mantenido oculta en las montañas a mi madre durante la primera guerra carlista, vinieron una vez a visitarle, pero no quiso recibirlos; tuvieron que irse a dormir al mesón y volverse a Covarrubias sin poderle hablar, y sin que nadie diera tampoco con la razón de semejante repulsa.

Leía mucho, paseaba poco y no recibía más cartas que las mías, otra de cuando en cuando de Madrid y alguna que otra de Burdeos.

Una noche que los dolores de la gota se le recrudecieron, se hizo aplicar no se sabe qué apósito calmante, y el médico le anunció al día siguiente que estaba en peligro de muerte. Manrique le pidió permiso para avisarme, a lo cual se opuso mi padre diciendo: «No vale la pena; ya le desbarataríamos todos sus planes en París a la muerte de su madre; déjele usted en paz.» No quiso confesarse con ninguno de los doce curas de Torquemada, y envió a llamar para ello a un abad exclaustro, que, como él retirado, vivía a pocas leguas de distancia; y cumplidos sus deberes de cristiano, con la más estoica indiferencia volvió la cara a la pared y la espalda al mundo, expirando tranquilamente como quien se acostaba a dormir.

Manrique y yo registramos todos los cajones en busca de instrucción, nota, cuenta o cosa que lo valiera; sólo encontramos siete duros en plata en un saquillo y doscientos cuartos en otros resto del pago de los obreros de las viñas. En el fondo de uno de los tres cajones del tocador de mi madre, hallamos una magnífica repetición, con el entonces todavía secreto de French, y el nombre en la tapa interior de JOSÉ LORENZO DE LA TORRE. Este señor fué uno de tres españoles hermanos que emigraron de Méjico al emanciparse aquella República del dominio de España. Nuestro Gobierno les pidió un crecido tanto por ciento por la traslación de sus capitales a la madre patria; los franceses les hicieron saber que nada pagarían si se instalaban en Francia, y lo hicieron en Burdeos. La galería-pasaje de Santa Catalina de aquella ciudad es obra de ellos, y propietarios de la mitad de las casas de una acera de la calle del mismo nombre; conocieron allí a mi padre durante su emigración. Murió abintestato en Valladolid el don José Lorenzo; y tratándose de millón y medio de duros, mi padre, como abogado conocedor de las leyes de España, sacó a flote la barca de aquella testamentaria, expuesta a naufragar en el mar sin fondo de nuestra legislación; los señores Torre, en vista de la negativa de mi padre de recibir los emolumentos que como abogado le correspondían, le hospedaron en su lujosa morada y le regalaron la preciosa repetición del opulento difunto. He aquí por qué hallé yo en un cajón del tocador de mi madre una alhaja tan valiosa. Sus agujas habían marcado las últimas horas de la vida de mi madre; las de la de mi padre no habían llevado cuenta, porque nadie se había atrevido a dar cuerda a la repetición cuando mi padre no pudo hacerlo. Yo lo hice; la puse en hora y la suspendí como

mi padre la tenía en la cabecera de la cama de acero en que habían pasado su última enfermedad y expirado mis padres.

En ella me acosté yo aquella noche, y al son metálico del volante de la repetición, que me imaginaba yo que me hablaba de mi madre, pasé seis mortales horas de desesperación y de angustia, dando vueltas a los recuerdos de mi pasado, sonando en vano la vacía profundidad de mi porvenir y no viendo más que el vacío alrededor de mi existencia.

A la mañana siguiente me encontré tan otro, que me espanté de mí mismo y me pude decir, como el portugués: «Eu mesmu me teño medo.» En consecuencia, escribí a Gullón que buscase quien concluyera el libro de *Maria*, que no quería yo continuar; di parte a los señores Torre, de Burdeos, de la muerte de mi padre, y me encerré en aquel aposento mortuario a esperar los acontecimientos sólo con las sombras esquivas de mis difuntos padres, no sé hoy si invocándolos o provocándolos.

En cinco días cambiaron completamente mis ideas, perdí cuanta fe y entusiasmo habían sostenido en mi corazón una esperanza perdida, y desde entonces a hoy no he vuelto a abrir espontánea y voluntariamente ninguno de mis libros publicados hasta 1849.

Una tarde sentí pisadas de caballos que a la puerta de mi casa se detenían; una de las criadas me anunció al presbítero Nebreda, de Covarrubias, y al decirle «que pase», me dije a mí mismo: «Éste me trae la clave del misterio y las cuentas de mi padre.»

XXVI

El presbítero Nebreda era un hombre alto, enjuto y vigoroso, de ojos vivos y escrutadores, de fisonomía móvil e inteligente y de cabeza pequeña, airosamente unida a sus hombros por un cuello recio y flexible, sobre el cual se movía con asombrosa facilidad, como una veleta que, perfectamente equilibrada, obedece a la más leve impulsión del viento más tenue. La movilidad de aquella cabeza, cuyos movimientos seguían los de sus perspicaces ojos, cuya atención llamaba todo lo movable o sonoro que en su alrededor produjera rumor o movimiento, revelaban al cazador; la seguridad flexible de sus brazos y piernas, y el plomo recto con que su busto y dorso se mantenían sobre su cintura, delataban al jinete, y en su circunspección acusaba al hombre práctico en los negocios y conocedor del corazón humano: lo de presbítero sólo en él lo mostraba el alza-cuello que con su traje de campo traía.

Comprendí yo que vacilaba en exponerme el asunto desagradable que conmigo venía a tratar, sin sondar antes a un mozo de la corte, cuya fama había llegado a Covarrubias entre las columnas de los periódicos y las noticias absurdas, con las cuales adorna el vulgo la historia de los que conoce por el ruido que Dios les condena a meter con sus mal comprendidos y peor interpretados escritos; y para ahorrarle el trabajo y el resultado de un examen erróneo bajo erróneos antecedentes preconcebido, tendí mi juego sobre la mesa, diciéndole: «He venido a Torquemada para aceptar, sin discusión y sin restricción, todos los compromisos contraídos en vida por mi difunto padre. Tienda usted, pues, sus cartas como yo tiendo las mías, y nos ahorraremos tiempo y palabras.»

A pesar de su *trastienda* de clérigo, de campesino y de castellano viejo, su fisonomía dejó claramente traslucir el asombro que le causaba mi franca declaración; y ¡Dios se lo perdone!, temiendo aún una emboscada del mal discípulo de los Jesuitas, me dijo:

—Permítame usted que le entere de lo que se trata.

—Se trata de la honra de mi padre—exclamé interrumpiéndole—y yo, ni en vida ni después de su muerte, me creo con derecho a juzgar sus acciones; las acepto todas como buenas, y toda responsabilidad que por ellas me quepa. Yo no sé de mi padre sino

que soy su hijo, ni sé de negocios más que lo que él de ellos me ha querido decir; y entre mi padre y yo, no acepto más juez que Dios.

Viniéronse a Nebreda las lágrimas a los ojos: convirtieron mis palabras en amigo sincero al desconfiado acreedor; y, tendiéndome los brazos, exclamó conmovido:

—Veo que sé yo más que usted de su señor padre y de su casa, y me pongo a su disposición; tengo poderes y autorización para todo.

—¿Cuánto debe mi padre a la Indiana de Covarrubias, de quien es usted administrador?

—Tanto... y con esta escritura.

—No está pasada por la contaduría de hipotecas en el tiempo marcado por la ley —le dije después de examinarla.

—No—respondió Nebreda—; fiamos en la palabra de su padre de usted para guardarle el secreto; nos lo rogó, y puede usted comprender que siendo él un notable juriconsulto, sólo a sabiendas por ambas partes puede haber permanecido tantos años esta escritura sin el requisito que en ella echa usted de menos. Nunca se nos ocurrió que pudiera ser un subterfugio ni una *trampa legal*.

—Repito—le volví a interrumpir—que yo no juzgo a mi padre; por no aprender a valerme de esos subterfugios, ni hacer cosas que se llaman *trampas legales*, no he querido ser abogado; su escritura de usted es buena para mí, si en cambio de esta concesión mía me hace usted la de la rebaja de los intereses que mi padre no haya pagado.

—Está hecha—dijo Nebreda.

—Pues ya que no somos acreedor y deudor, hablemos como amigos y quédese usted unos días de huésped mío.

Aceptó el bravo presbítero mi, invitación y entramos en pormenores.

* * *

Y aquí me creo en el deber, por segunda y última vez, de pedir al director, a la redacción y a los lectores de *El Imparcial*, excusa y benevolencia para concluir mis RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO con algunos que sólo deberán tener cabida en mis *Memorias póstumas*. Hay pormenores de la vida que no debe nadie contar sino a su prepósteros, pero que yo voy a decir a mis contemporáneos por no poder ya, sin romper el hilo, devanar la madeja de los hechos de mi vida más íntimos, más personales y más desprovistos de interés, cuanto más van encarnando en mis días de voluntario aislamiento, de voluntaria expatriación, y del inconcebible y acaso imperdonable alejamiento en que he vivido, veinticinco años, de los hombres y de las cosas de mi patria.

Al fin y al cabo, lectores míos benévolos, si los hay que hayan seguido la narración de mis vulgares casos, mi vida, por mucho que Dios la alargue, será ya breve; y lo mismo da que sepan de mí ciertas cosas algunos días antes que después; y como yo he pasado mi inútil vida fuera de mi tiempo y del círculo de la sociedad de mis contemporáneos, es justo que acabe y muera, poeta loco, en el manicomio o el hospital, para cumplir el castigo de mi egotismo, de cuyo inevitable fin me consuela, sólo que después de mi muerte el vulgo irreflexivo me compare con Cervantes y con Camoens, con quienes, en verdad y en conciencia, no tendré más semejanza que el pobre fin.

Volvamos, pues, a mi casa de Torquemada en 1849, y a mi conversación con el tan leal como perspicaz presbítero de Covarrubias. Sólo voy a dar tres o cuatro pormenores, y a bosquejar dos o tres escenas anecdóticas y características, que conduzcan a mis lectores al epílogo de mis *Recuerdos del tiempo viejo* y les hagan comprender cómo, si no por qué, volví yo en 1854 la espalda a España, a Europa, a mis creencias y a mi poesía, con el objeto, imposible de alcanzar, de huir y de librarme de mí mismo.

EL PRESBITERO Y YO

PRESBITERO.—¿De veras que no ha hallado usted en su casa más que siete duros en plata y un saquillo de cuartos?

YO.—Ni más ni menos.

ÉL.—¿Pero ha mirado usted bien los cajones de los muebles? ¿Ha registrado usted bien la casa?

YO.—¡Ay, amigo mío! Yo no soy capaz de descerrarar un cajón, ni de levantar un ladrillo para buscar dinero.

ÉL.—Pues su padre de usted debía tenerlo; no puede haber gastado el con que yo le dejé hace mes y medio.

YO.—Pues no me deja de él ni la más mínima indicación.

ÉL.—¿Ha escrito usted a los señores Torre, de Burdeos?

YO.—Sí, y espero ya su respuesta.

ÉL.—Entretanto que ellos le dan a usted luz sobre lo en Francia existente o pasado, voy yo a dársela a usted sobre lo que sé de esta casa. No ha tres meses que vendió su padre de usted una olmeda, avisándome para que viniera a cobrar de su producto una cantidad a cuenta de intereses atrasados. Su padre de usted estaba ya trémulo; y no pudiendo abrir pronto el secreto de un mueble, se fió de mí, y yo mismo saqué y conté lo que me dió, dejando en onzas una cantidad donde él mismo la guardaba.

YO.—¿Conocerá usted el mueble?

ÉL.—Sí, estaba en esta habitación. ¿Se ha deshecho usted de algunos?

YO.—Aún no ha venido por los que he regalado a una parienta, porque algunos recuerdos de mi madre me entristecen demasiado, y he resuelto quitármelos de delante; pero todos están en la sala, que está al cuidado del ama de llaves de mi padre.

Tiré del cordón de la campanilla; presentóse la más joven de las criadas, que con el cachicán componían la servidumbre de mi padre, y la pedí las llaves de la sala y de los muebles depositados en ella. Ya creo haber dicho que esta sala y los dos gabinetes que daban a la calle, estaban siempre inhabitados y cerrados.

Entramos en la sala, donde en desorden se veían los muebles destinados a mi parienta: una sillería, una cómoda, un tocador tallado, mueble antiguo, pero sólido y de lujo, y un grande armario donde yo había visto en otro tiempo toda la ropa de mi madre. Aquel espejo en que tantas veces se había ella mirado, y aquel armario donde había guardado todas las cosas de su uso personal, y que mi padre había dado en vida, no me importa saber a quién, me eran insoportables a la vista. Poeta fantástico y exaltado por mis pesares, temía que una noche, al pasar con luz por delante de su azogada luna, me presentara la imagen pálida del semblante oval de mi madre, coronado de su riquísima y negra cabellera, o que alguna vez se me apareciera saltando viva de aquel grande armario que cuando niño me daba miedo.

—Aquí está mi mueble—dijo Nebreda.

Yo le alargué el manojó de llaves. Fuése él derecho al tocador, y al abrir y sacar el cajón del centro, de los tres que tenía debajo el mármol en que apoyaban dos pájaros de talla que sostenían el ovalado espejo, comprendí el fácil y común secreto en que no había pensado. Entre los tres cajones grandes había dos secretos, largos y angostos, que saltaban apretando un resorte por un agujero en que encajaba una clavija de bronce. Introdujo Nebreda la clavija, apretó el resorte, saltaron hacia adelante los cajones secretos, y al amarillear las onzas en ellos verticalmente amontonadas, soltó Nebreda las llaves y me dejó libre el paso.

Vació sobre el mármol los dos secretos, y díjelo:
—Cuente usted, y llévese ese dinero a cuenta.

Contó Nebreda y apiló las monedas con la destreza y rapidez de quien está acostumbrado a manejar caudales, y me dijo sonriendo:

—Quince mil trescientos cincuenta y seis reales, que le hacen a usted falta para vivir aquí como quien es, y para no interrumpir el laboreo de las viñas. A mí me basta de usted la palabra, como me bastó la de su padre.

Volvimos a encerrar el dinero en los secretos; y volviendo a llamar al ama de llaves y a entregárselas todas, nos volvimos el presbítero y yo a mi aposento; donde, con un tono y una expresión que jamás se me olvidarán, me dijo Nebreda:

—Perdone usted la pregunta que le voy a hacer. ¿Piensa usted tener en su casa mucho tiempo a esa mujer, y hacer siempre de ella tan absoluta confianza?

—Siempre—le respondí en tono y con expresión que no admitían ni réplica ni duda— Los que a mi padre sirvieron y los a quien mi padre quiso, no saldrán de mi casa más que por su propia voluntad, o cuando con ellos me eche de ella un nuevo propietario o un inflexible acreedor.

—No seré yo, ¡por vida mía!, ni nadie a quien yo conozca—exclamó el presbítero, cogiendo y apretando mis manos entre las suyas.

Y faltándonos en esto la luz del día, pedimos la lámpara y nos pusimos a registrar la biblioteca de mi padre, mientras nos disponían la cena. Tal vez el previsor prebendado de Covarrubias hojeaba los libros con la esperanza de dar con algún papel entre sus hojas apelmazadas o entre los despegados cartones de sus amarillentos pergaminos.

XXVII

Volvióse a su colegiata de Covarrubias el presbítero Nebreda, y pocos días después llegó de Burdeos la contestación de los señores de la Torre, que el presbítero y yo habíamos convenido en esperar para cerrar un convenio definitivo. Aquellos tan honrados como opulentos españoles me daban el pésame de la muerte de mi padre, por mi carta participada, y me decían que, «no sólo nada debía mi difunto padre a su casa, sino que aquella carta debía ser tenida por mí como finiquito y cancelación de cuentas, quedando siempre a disposición del hijo como lo estuvieron a la del padre». Y por conclusión me anunciaban «que éste había dejado en su poder un grueso paquete sellado, con orden de que me lo entregaran después de su fallecimiento». En consecuencia de haber llegado este caso, me enviaban el dicho paquete con una persona de toda su confianza, cuyo nombre me daban, y para entenderme con quien me remitían una contraseña, y cuyo enviado llegaría a Burgos tal día y se hospedaría en tal fonda, fijándose uno y otra.

Bajé yo a Burgos, aboquéme con el portador del paquete, díle de él correspondiente recibo, y volvímonos al día siguiente él a Burdeos y yo a Torquemada.

Era el paquete del grueso, tamaño y forma del de una resmilla de papel de cartas de las fábricas de Angulema, lacrado con tres sellos y con un sobre a mi nombre, de letra de mi padre. Nunca esperaba yo que éste me dejara valores ni billetes del Banco de Francia en aquel póstumo legado, porque conocía su honradez y estaba convencido de que era incapaz, y de que no había tenido ocasiones, de atesorar; pero confieso que recordé lo que Sartorius me había dicho en Madrid al despedirme de él, y que abrí el pliego con una emoción que no parecerá extraña a ninguno de mis lectores; confieso, sin embargo, que nunca creí hallar lo que hallé bajo aquel sobre tres veces sellado.

No había más que un documento que probaba irrecusablemente que mi padre había devuelto a S. M. el rey Don Fernando VII ciento setenta mil y pico de duros de los tres-

cientos mil que había recibido para gastos de policía secreta; cuyo documento concluía con esta nota de letra de mi padre, quien sin duda a mí me la dirigía: «Así sirven los buenos vasallos a sus reyes cuando los sirven de buena fe.»

Sartorius tenía razón... y yo también.

El resto del paquete lo componía un manuscrito en cuadernos sueltos y paginados para formar volumen, en el cual pretendía mi padre probar, a vueltas de mucha ciencia universitaria y datos históricos rebuscadísimos, que desde Luis XIV y el tratado de Utrech todo lo hecho era nulo; y que los legítimos herederos de la corona de España no eran ni el infante Don Carlos María Isidro (Carlos V) y sus herederos, ni la reina Doña Isabel II y los suyos, sino los herederos y descendientes de María Teresa de Austria.

Maldito si comprendí yo la cuarta parte de lo que mi padre, como abogado, en su manuscrito decía, ni nada nuevo me enseñó en él que ya no se hubiera dicho respecto a la sustitución del testamento de Carlos II por el cardenal Portocarrero, etc., etc., cosas ya perdidas de puro manoseadas; pero mucho menos comprendí entonces, ni he comido hasta hoy, lo que mi padre pretendía de mí dejándome tal trabajo histórico-jurídico en compensación de sus haciendas hipotecadas, sin dejarme ni una hilacha de lo que mi pobre madre poseyó en vida.

¿Creía tal vez que la publicación de su libro me sería más lucrativa que la de todos mis tomos de versos? ¿Pensaba acaso que podía yo volverme loco y fanatizarme con la política, hasta el punto de hacer propaganda por la casa de Austria contra la de Borbón?

Ante aquel libro se levantó en mi cerebro la más desconsoladora idea y el más desesperado anhelo en mi corazón. Mi padre no había estimado en nada mis versos ni mi conducta, cuya clave él solo tenía, y no había pensado en su emigración en su hijo, a quien, con justicia o sin ella, aplaudía toda España haciendo célebre su nombre, por renegar de Don Carlos, a quien había servido, y de Doña Isabel, a quien debió su jubilación, y con ella la tranquilidad de sus últimos años. ¡Oh, maldita antisocial y anticristiana política, cuyo fanatismo puede separar en vida a los padres de sus hijos y hacerlos morir sin darse ni pedirse su postrera bendición!

Ante aquel manuscrito sentí el intento de emplear los 15.356 reales en descepar mis viñas, y, haciendo con sus cepas una inmensa pira en sus corrales, pegar fuego a mi casa, encerrándome dentro. Ante aquel manuscrito, y de tan despechadas intenciones acosado, me amaneció y escribí a Nebreda.

XXVIII

¿Qué pasó en mi espíritu en las horas de desesperada vigilia de aquella tristísima noche? Mi alma había sido desde niño un jardín en donde habían profusa y espontáneamente brotado las rosas de la poesía y las siemprevivas de la esperanza; mi alma había siempre alcanzado a ver un jirón azul del cielo a través de las nieblas de la duda, cuyas tinieblas jamás me habían segado, y cuya vorágine jamás había podido absorberme; mi carácter había conservado siempre la infantil alegría del niño, en medio de los trabajos y las vicisitudes de la existencia del hombre; habíanse conservado puros, luminosos, los recuerdos de las historias y de las imágenes simbólicas que en mi imaginación había esculpido mi primera educación religiosa. Las leyendas bíblicas, las tradiciones legendarias, la espléndida imaginería y las maravillas esculturales de la Edad Media, las vírgenes, los ángeles, todas las piadosas creaciones que habían formado el escenario y las figuras de mi desordenada, pero creyente e inspirada poesía, abandonaron de repente mi alma, dejándome en el corazón y en la cabeza un inmenso vacío, por cuyo espacio,

sin luz y sin límites, sentía yo perderse los últimos y vagos sonidos de mis cantares, y los impalpables y fugitivos fantasmas de mis leyendas.

Miré descorazonado dentro de mí mismo, sondeé desesperado el arcano de mi conciencia, interrogué mi pasado... y me encontré solo en el mundo. Yo no había procurado nunca ganar amigos; había vivido siempre, sin sentido práctico, fuera de la sociedad de mi tiempo en el país fantástico de la poesía, y no había querido aceptar las ofertas positivas de Pastor Díaz, Pacheco y Donoso cuando habían sido ministros. Luis González Brabo, cuando vivía en el número 3 de la plazuela de Matute, en cuyo número 5 habitaba yo, pasó un día a verme, siendo ministro omnipotente, y me dijo:

—Todos los hombres de letras (con perdón por el galicismo) están empleados en los Ministerios y en las bibliotecas; tú sólo no tienes una base de posición para cuando los versos pasen de moda y no te den con qué vivir. ¿Quieres ir de secretario a la Legación de París? Martínez de la Rosa, que será tu jefe, tendrá que venir al Senado y te quedarás dentro de pocos meses de encargado de negocios, interino, en su lugar. ¿Qué dices?—me preguntó Brabo, viendo que yo, cabizbajo, no le respondía.

—Que no—le contesté resueltamente—; y seguí inmediatamente diciéndole: Supongamos que Calderón y Lope son niños de escuela para mí, y que mis versos valen más que los de Shakespeare y los de Homero; ¿puedes tú probarme lógicamente que, por haberlos hecho, debo y soy capaz de ir a desempeñar la secretaría de una Embajada? Mira, Luis; yo temo que nuestra revolución va a ser infructífera para España, por creernos vanidosamente todos los españoles buenos y aptos para todo y meternos todos a lo que no sabemos. Yo no sé nada, ni sirvo para nada, más que para hacer versos; no sé una palabra de Derecho Internacional, ni tengo maldita la idea de las formas cancelescas; a la primera dificultad que en mi Embajada ocurra, tiro sin querer por la ventana el honor y los intereses de mi patria, y silban en París al encargado de negocios, y se desacredita para siempre el poeta que ha tenido la suerte de ser siempre aplaudido. Busca otra cosa para mí. Encárgame un Romancero, la refundición del de el Cid, la reivindicación del rey Don Pedro, el poema de *Granada*, cuyo manuscrito puedo rescatar de *La Publicidad*, en liquidación; nómbrame cronista legendario de una provincia, de España entera, si quieres, y dame una pensión vitalicia para llevar a cabo mi legendaria, cuyo trabajo puede durar mientras me dure la inteligencia, y serviré a mi patria del único modo que puedo serla útil.

Escuchóme a su vez cabizbajo González Brabo, y me dijo al fin, encogiéndose de hombros:

—No hay antecedentes, Pepe, de que se haya hecho eso nunca en España con un poeta, y vamos a levantar contra nosotros un *tolle tolle* universal.

—Dios mío—exclamé yo—; los antecedentes, los expedientes..., las cosas de España...; es decir, que la crítica, el país y el sentido común callarán y encontrarán bueno que hagas un ridículo embajador de un poeta aceptado como tal, y se levantará España contra el ministro que dé título de poeta-cronista al poeta a quien su nación reconoce ya como un poeta legendaria.

—Pepe mío—me interrumpió Brabo—, no se puede vivir en el Parnaso, ten sentido práctico de la vida. Un puesto diplomático te dará una posición y una carrera, y una renta que temo que las letras no darán a nadie en España. En tres meses te pondrás al corriente de lo que necesitas saber, y las nueve décimas partes de los españoles tendrán por mejores tus versos cuando los firmes en un palacio de una Embajada; si no eres nunca nada más que poeta, tus contemporáneos creerán siempre que cuando tu poesía no te ha valido para ser diputado, embajador o ministro, es porque ni tú, ni tu poesía lo habéis merecido. En España no tiene nunca importancia más que el que se la da.

—Pues escucha, Luis; yo no tengo conciencia para sentar plaza de secretario de Legación, y temo que otro ministro que venga tras ti me haga pasar por la vergüenza de presentar mi dimisión.

—Pues mira, Pepe; no hay antecedentes de que la conciencia y la vergüenza hayan hecho prosperar a nadie en nuestro país, y los hombres como tú no suelen tener dos veces ministros amigos como yo.

Luis Brabo tenía razón, pero yo me quedé en paz con mi conciencia, y todavía estoy en mis trece. Aquella noche, en que me vi como un paria sobre la tierra, recordé aquella visita y aquella conversación de Luis Brabo, y no fué el recuerdo que menos influyó en mi convicción de que yo había de morir en mi país en el hospital o en el manicomio, y se apoderó de mí el irresistible anhelo de irme a morir... a otra parte.

Volví Nebreda: arreglamos el modo de cancelar su crédito, imponiéndole la condición de que me ayudase a vender secretamente mi hacienda. Hízome reflexiones tan justas como juiciosas en contra; pero cedió ante mi tenaz resolución. Para desorientar a la malicia perspicaz de los lugareños, comencé a desmontar los solares que había comprado contiguos a mi casa en vida de mi padre. Efectivamente, no se había engañado éste: bajo aquellos escambros de dos metros de altura había mucha piedra labrada, con cuya venta podría indemnizarme de mis gastos, y suficiente material para cercar mi propiedad de una alta y sólida tapia; y convenciendo al pueblo de que iba a establecerme en una morada en la cual tantas mejoras hacía y tanta seguridad y comodidad me prevenía, compré unos caballos, empecé a ver y cuidar del laboreo de mis viñedos, y un buen día tomé por el páramo el camino de Palencia, capital de mi provincia, que no conocía.

Hospedéme en casa de un antiguo amigo, el vizconde de Villandrando, y mi llegada provocó un curioso incidente.

Supose mi llegada a Palencia, y los estudiantes se prepararon a darme una serenata, y la compañía dramática una función en el teatro. Como mi familia era conocida en el país, y yo pasaba por rico en la provincia y por influyente en Madrid, vinieron a visitarme las principales familias palentinas, y entre ellas la de Obejero, jefe del partido progresista.

Fueron los estudiantes y los cómicos a pedir permiso al jefe político para hacerme sus prevenidos obsequios; pero les fué negado el permiso con no muy corteses razones, diciendo que quién era yo para todo aquel ruido; que serenatas no se daban más que a los diputados y altos personajes; que un poeta no era más que un coplero, etc., etc.

Hízole reflexiones el empresario del teatro, que se resignaba mal a perder una buena entrada, y protestaron los estudiantes; pero insistió en su negativa la autoridad, y amoscáronse los estudiantes, y empezó a unírseles la gente caliente de cascos, y tomaron el desaire como suyo los progresistas por mi amistad con Obejero; y al anochecer se presentó en mi alojamiento el secretario del gobierno político, quien, mozo ilustrado y de muy esmerada educación, no sabía cómo decirme que lo que le enviaba el jefe a que me dijese, era que ensillase mis caballos y me volviera a Torquemada.

Saqué yo tranquilamente de mi cartera la real orden y la carta de Sartorius, díselas a leer al secretario, y le rogué que se las llevara a su jefe para que las leyera y le advirtiese de que yo no renunciaba a mi serenata, y que le hacía responsable de las consecuencias con Sartorius.

A las nueve me dieron la serenata, la gente cantó y gritó alegremente debajo de mis balcones, desde los cuales les dije lo que me ocurrió en prosa y en verso, y todo pasó en adelante con la franqueza y cordialidad más castellanas.

Pero de una de las palabras por el gobernador dichas, brotó otro conflicto para mí,

mayor que el de tener que renunciar al bombo de una serenata, que me importaba poco, porque yo no he buscado jamás el bombo. Obejero y su partido se empeñaron en sacarme diputado a Cortes en las elecciones que estaban próximas; alegué yo mi ineptitud, insistieron ellos y advertíles yo que debía partirme a París; atajáronme ellos diciéndome que querían absolutamente presentar un hombre nuevo por candidato: que yo diría cuatro palabras sobre propiedad literaria en una sesión, y que en seguida se me autorizaría para irme a Francia, sustituyéndome el marqués de Albaida, que era su verdadero diputado. Quedamos en esto, y volvíme yo a Torquemada, y comenzó Obejero a trabajar en lo convenido; y fui yo y torné de Torquemada a Palencia siempre que asuntos míos o invitaciones ajenas a tales idas y venidas me obligaron; y mientras ellos preparaban mi diputación, preparaba yo mi fuga, y así llegaron las elecciones.

El marqués de Albaida y yo teníamos (según Obejero me lo escribía) todos los votos del partido; en el supuesto de que yo iba al Congreso, hablaba, se me autorizaba para ir a Francia y el marqués me sustituía, y el partido quedaba tan satisfecho como yo honrado. Pero el marqués de Albaida, que era el hombre de sangre más caliente y de palabra más suelta de toda Castilla, las tuvo tales con el Gobierno y el gobernador, que para sacarle del berengenal en que con sus palabras se había metido, no hubo más remedio que sacarle diputado único inmediatamente.

Y fuera yo del compromiso, y vendida mi hacienda sigilosamente, al fin de una noche pasada en vela apagué con mis lágrimas la lumbre del hogar paterno, me enjuagué las últimas con las ropas de aquella cama en que habían muerto mis padres, y sacando por cinturón la trenza de los cabellos de mi madre (que ni quiero ni debo decir cuándo ni cómo me la procuré), y llevando rellenas de onzas las sillas de los caballos que montábamos, al romper el alba de un día frío y húmedo salimos de la que fué mi casa, mi cachicán y yo, camino de Covarrubias. Desde allí, pagada a Nebreda la deuda de mi padre, y despedido mi criado, con mis caballos y armas vendidos, para Torquemada, me eché yo al mundo solo y desberedado a buscarme por él una vida con la cual no han podido acabar ni las pesadumbres, ni el trabajo, ni las enfermedades, ni las calumnias de la tierra, ni los riesgos de las navegaciones y de las tempestades del mar.

XXIX

EPÍLOGO

Durante los catorce meses que había yo pasado en mi casa de Castilla, habían ocurrido en Madrid muchas novedades, de las cuales apenas tenía yo noticia. Una era la instalación de un Teatro Español, con una compañía en la cual trabajaban todos los primeros actores de España: Arjona, Valero, Romea, Teodora, etc. Se había inaugurado aquel teatro con toda la ostentación y pretensiones de un templo del arte, que auguraba infalible la regeneración del teatro para el porvenir. Bajo la protección y con la subvención del Gobierno y bajo la dirección de los más sabios e inteligentes literatos, iban la flor de los cómicos, los maestros viejos y los genios nuevos a dar a conocer y a infiltrar en el pueblo de Madrid las obras maestras de nuestros buenos autores y el buen gusto literario, estragado por los excesos de los dramaturgos revolucionarios que le habían corrompido.

Asistí a una muy esmerada representación del *Si de las niñas*, de MORATÍN; y por la gente que vi en la sala, por los actores que vi en el escenario y por lo que vi y oí en el saloncillo y en los cuartos de los actores, comprendí que aquel suntuoso edificio fla-

queba por sus cimientos, porque lo en él establecido llevaba en su seno el germen de la disolución. Tratábase sin rebozo de una reacción clásica, como hoy de una reacción carlista, y de dar sobre el teatro toda la preponderancia posible a la Academia y a los aspirantes a ella: al elemento estéril de la erudición académica, que nada produce, pero que aspirando a saberlo todo, todo quiere que la esté sometido; y que atento sólo a las teorías, a las reglas y a la forma, que es el círculo en que su improductivo saber se encierra, quiere coartar, dominar y avasallar al instinto innato, a la inspiración espontánea, a la facultad creadora del genio que produce las obras, el estudio de las cuales ha producido las reglas. Ésta es la consecuencia natural de todas las revoluciones, así literarias como políticas, y éste el procedimiento de todas las reacciones.

Las revoluciones engendradas por el tiempo, y traídas naturalmente por las necesidades del progreso impuesto por Dios a la incesante e inatajable marcha de éste, no son tormentas asoladoras, sino tempestades oportunas que purifican la atmósfera y que fecundan la tierra con sus vendavales, que la limpian de brezos y plantas parásitas, y con sus lluvias torrenciales, que la enlaman y la preparan para futura germinación. Las reacciones cogen la tierra en el vigoroso, rápido y salvaje brote de las semillas germinales y en la lujuriosa eflorescencia de su aún no podado ramaje; y so pretexto de cultivarle, meten la tijera y el compás de sus reglas, y se empeñan en convertir aquel fértil terreno, del cual podrían hacer una extensa huerta de ubérrima producción, en un pulido, copiado y versallesco parterre a lo Luis XIV, adornado de amaneradas estatuas, de mitológicas grutas y de fuentes churriguerescas.

Si las reacciones fueran lógicas, sensatas, imparciales y precavidas, lograrían siempre ser útiles, deseadas y bendecidas; pero como vuelven sañudas y se levantan ciegas sobre las envejecidas, pasadas y ya por sí mismas rendidas revoluciones, no se sirven, por no reconocerlo útil, de nada de lo que crearon y germinaron las revoluciones; y por no querer aceptar ni aprovechar nada de ellas, se convierten a su vez en tan repulsivas y destructoras como inútiles revolucionarias.

Y así sucedió con nuestra fógosa y desatallentada, pero necesaria y espontánea, revolución romántica.

Pero veo que divago emitiendo aquí ideas que no son de este lugar; más adelante, y en otro estudio que sobre nuestro teatro pienso *meterme* a escribir y a publicar, volveré a anudar el hilo que aquí dejo cortado, para volver al epílogo de mis RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO y a mi despedida del teatro, de la corte y de mi patria.

La reacción clásica no pudo cuajar; el romanticismo había echado de nuestra poesía popular a las divinidades mitológicas, y el tonante Júpiter, el furibundo Marte, la afrodita Venus, el alpedeo Mercurio y demás olímpica compañía, no volverán a tener altares ni templos en la tierra católica de las catedrales de Toledo, León y Burgos, y de los moriscos alcázares de Sevilla, Granada y Córdoba. A los pocos meses, el Ministerio Sartorius, de quien se había colocado una lápida conmemorativa sobre la puerta del teatro del Príncipe, tuvo que convertirla en lápida sepulcral, declarando su teatro en estado de tisis; y discurrió entregarlo en brazos de los autores dramáticos, para que en ellos y no en los suyos muriera, dejando de ser teatro nacional y teniendo que pasar a la dirección de un empresario forzosamente especulador, sea actor o comerciante.

Se creó una Junta para el caso, según la oficinesca costumbre de nuestro país, y de ella fui yo nombrado individuo; pero en la misma sesión que tuvimos en casa del Excelentísimo Sr. D. Antonio Benavides, alegué cortésmente mi necesidad de partir para Francia, e hice renuncia y fui relevado de aquel honorífico cargo.

Levanté mi casa, vendí la mesa sobre la cual había escrito todas mis incorrectas obras dramáticas, envié a mi mujer a Burdeos y me quedé en Madrid una semana para

arreglar mis cuentas con la sociedad literaria *La Publicidad*, ya en liquidación. CÁNDIDO NOCEDAL transigió con ella como abogado mío, y me rescató de ella el manuscrito y la propiedad de lo que llevaba escrito y entregado del poema de *Granada* en la cantidad de veintidós mil reales, que adelantó el honrado librero D. LEÓN VILLAVERDE, a cuenta del derecho exclusivo de la venta de aquella obra mía en España; de cuya entrega de ejemplares se encargó don Dionisio Hidalgo, gerente-librero que había sido de *La Publicidad*, y que debía pronto ir a establecer en París una casa-librería en comisión.

He dicho esto en este lugar, porque en esta nuestra tierra de los garbanzos y las guitarras, alimento y distracción nacionales de holgazanes alegres y desocupados difamadores, se ha dado, por supuesto en ausencia mía, que yo había estafado a *La Publicidad*, y que legalmente no me pertenecía ni tenía derecho de propiedad sobre el mi incompleto poema de *Granada*.

Viven aún Necedal y Villaverde... y si el tal poema ha quedado incompleto, no es porque tenga sobre sí impedimento alguno legal para salir a luz.

Y aquí concluyen mis RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO, con mi voluntaria, extemporánea, inmotivada e injusta expatriación, porque nadie me había dado en mi patria motivo para semejante fuga. Mis versos corrían como moneda de buena ley; la Academia me había aceptado por aclamación, y los Gobiernos me habían ofrecido lo que yo había rehusado con el honor que me había hecho la Academia.

Pero yo tenía, por lo visto, dentro de mí un espíritu vagabundo, y me fugaba de mi patria como me había fugado del paterno hogar. ¿De quién huía yo?

De mí mismo, de mi inconstante corazón, siempre por mi imaginación dominado; tal vez, en fin, de mi conciencia; porque yo, que no debo ni mi escasez ni mi falta de amigos más que a mí mismo, a mi falta de sentido práctico y de tacto social, no he andado jamás perseguido más que por mi propia reputación, y no me ha dado nunca miedo más que mi propia sombra.

Una sola cualidad me resta para creerme con derecho a la benevolencia, si no al respeto, de mis contemporáneos, y es que mi sola vanidad ha sido siempre la de no tener ninguna; la de no tenerme ni darme nunca por superior a nadie; y conociéndome a mí mismo, juzgo a mis obras como muy inferiores a la fama que han alcanzado.

¿Y por qué he escrito yo en *El Imparcial* estos recuerdos, y por qué he hablado yo en ellos por mi propia cuenta, exhibiendo y adelantando en cada renglón mi egoísta personalidad?

¿No está esta petulante conducta mía en contradicción con la modestia de que hago alarde, y con el filosófico conocimiento de mí mismo que acabo de alegar como única cualidad que mi carácter abona?

XXX

Después de haber pasado revista a mis extravagantes lucubraciones literarias, me he puesto muchas veces a considerar cuáles han sido los gérmenes inspiradores de mi descabellada poesía.

¿Por qué, siendo yo un hombre de sencillas costumbres, con los instintos caseros del gato, apegado a mis libros y a mis muebles, no encontrándome jamás a gusto sino en mi casa, ni escribiendo con comodidad sino en mi mesa, por qué, me he preguntado, he mudado tantas veces de casa y de clima, y amigo de la quietud, he pasado mi vida en perpetuo movimiento?

Muerto mi padre, ya no tenía objeto ni razón de continuar dado exclusivamente a la poesía, que no había sabido devolverme su paterno amor, y que por ello comenzó a

inspirarme repulsión y hastío. Me pareció que mi padre se había llevado consigo a la sepultura mi inspiración, mi fe, mis creencias, mi amor a la patria y mi gratitud a ésta, que me había colmado de aplausos; y que si no me había colmado de honores, y tal vez de riquezas, había sido porque yo volví siempre la espalda y cerré mi puerta a la fortuna.

Podía yo haber empezado mi carrera por ir de secretario de nuestra Legación a París, que era lo que de mí quería Luis Brabo hacer; ¿y quién sabe a lo que, como tantos otros, hubiera yo logrado llegar, tomando aquella secretaría por primera posta del viaje de mi porvenir? Es verdad que hubiera probablemente, como tantos otros, sido inútil, oneroso, y tal vez perjudicial a mi patria; pero poseería hoy casa propia en Madrid, en lugar de la solariega que vendí en Torquemada, y en ella tendría aquella calma, aquel bienestar y aquella casera e independiente vida, sin la cual he pasado toda la mía, y con la cual he soñado como puede soñar con novios una monja sin vocación. Porque indudablemente, mi fortuna hubiera hecho pasar por buenos servicios mis desatinos diplomáticos, como ha hecho pasar por creaciones mis disparates literarios, lo cual se ha visto más de una vez; y por ahí conocen mis lectores muchas medianías y no pocas nulidades, que son estimadas como sustanciosos y perfumados melones de Valencia, sin ser más que calabazas insaboras de Quintanilleja.

En verdad también que en tal caso no tendría el cariño y el aplauso popular que ahora me capto por donde voy, ni sería el poeta del hogar del pobre, ni el asombro de las niñas y el espanto de los chicos en los cuatro primeros días de noviembre; y no tendría, en fin, por único título el de poeta popular, con el cual algunas veces arranco lágrimas de compasión a los que bien me quieren, y me las arranca a mí de emoción y de gratitud este mi pueblo español, que se ha encargado por sí mismo de compensar todas mis amarguras y de colmar con su cariño todo el vacío que dejó en mi corazón, toda la soledad en que dejó mi alma, el desvío de mi padre y la oscura, triste y misteriosa historia de la vida de mi madre, escondida siete años en las montañas, y de la prolongada agonía que tuvo fin en su santa muerte... a la cual no me hizo asistir por mis pecados la justicia de Dios.

Pero no era de esto de lo que yo quería hablar ahora; mi intención era decir algo de lo que tengo yo para mí que influyó desde muy niño en mi locura, y por consiguiente en mi poesía. ¿Por qué, siendo yo un hombre pacífico y enemigo de quimeras, no me he dedicado a escribir más que de pendencias y cuchilladas? ¿Y por qué, siendo desde chico muy cobarde, no hay en mis escritos más que muertos y desastres, fantasmas y aparecidos, conjuros y evocaciones, que más parecen mis libros tratados de cabalística y demonología que trabajos de hombre social y de buen cristiano?

El diablo y los muertos son los personajes con quienes más habitualmente trata mi musa, que más que una de las nueve compañeras de Apolo, tiene trazas de una de las tres Furias compañeras de Plutón. En mi drama del *Alcalde Ronquillo*, hace el diablo un papel tan simpático como galán, y en todos mis cuentos y dramas está Lucifer presentado bajo tan halagüeña y poética faz y tratado por el poeta con tanto mimo, como si se tratase de Luzbel el Lucifero antes de su rebelión, y no del ángel caído enemigo y maldito de Dios.

Los lectores formales de *El Imparcial*, las personas de juicio y no contaminadas con la pasión loca y criminal de la poesía llamada romántica, la gente, en fin, sesuda, creyente y de sentido recto, no debe de continuar leyendo los absurdos que voy a continuar yo escribiendo en los siguientes renglones.

Voy a evocar unos cuantos recuerdos de mi más tierna niñez y de mi más loca juventud, que no han podido borrar de mi memoria los más espontáneos aplausos que más

o menos merecidos han arrullado mis oídos y halagado mi vanidad, ni las más recónditas pesadumbres que me han puesto alguna vez al borde de la desesperación y a dos pasos del suicidio; del cual no siendo yo partidario, me fuí a esperar de Dios en América una muerte natural, pero que créi encontrar más próxima en aquellas extrañas regiones.

Tendría yo de cinco a siete años y no podía tener más porque viví con mis padres los siete primeros de mi vida en la calle de la Ceniza (hoy de Elvira) de Valladolid, y en aquella casa, donde nací, es en donde me aconteció el primer absurdo, precursor y engendrador tal vez de mi posterior afición a lo absurdo, fantástico e imposible.

Llevábame mi buena madre todos los días a la misa que tenía ella costumbre de ir a oír en la parroquia de San Martín, en donde fui bautizado. Mientras ella devotamente asistía a la celebración del Santo Sacrificio, yo me entretenia en mirar las imágenes, las flores y las luces de los altares. En el mayor hay un San Martín de talla, jinete en un caballo blanco, partiendo con su espada la capa, cuya mitad dió a Cristo. De esta piadosa tradición tenía yo la leyenda en la cabeza desde que pude acordar lógicamente dos ideas en mi cerebro; y como los sentidos y la costumbre de ver todos los días aquel santo jinete tan gallardo sobre su blanco corcel, y aquella capa que nunca acaba él de partir, ni el caballo de mirar escorzándose, ni el pobre de llevarse para abrigar su cuerpo desnudo, me ayudaban a conservar en la memoria la piadosa leyenda, y a amplificarla y pormenorizarla en mi imaginación, concluí por tener siempre delante de los ojos aquella tallada imagería del altar mayor, separando y uniendo a mi antojo las tres figuras: la del pobre, para abrigarle con aquella capa que nunca concluía de tomar; la de San Martín, para ponerme su casco empenachado, y tomar su inmóvil espada y su caballo blanco, para colocarme yo en su silla; cuyo antojo satisfizo mi padre comprándome un caballo blanco de cartón y una espada de hoja de lata. Los caballos y las espadas fueron, pues, los dos primeros juguetes con que mi niñez se entretuvo, y fueron puestos en mis manos como si fueran el caballo y la espada de San Martín; recuerdos palpables de su santa tradición, incrustados en mi memoria desde que pudo mi mente concebir ideas.

En la nave de la iglesia de la parte del Evangelio había un altar de San Miguel, con su espada levantada sobre un gran diablo que a los pies tenía; San Miguel muy bien encorazado, bizarramente tocado con un casco de airosas plumas, y el diablo con una cara muy morena, en la cual resaltaban dos ojos de mucho blanco, y unos blanquísimos dientes que parecía que iban a salirse de su sangrienta y entreabierta boca.

Todo aquello veía yo todos los días, y con ello soñaba no pocas noches: trastornándolo y confundiéndolo todo, como sucede cuando se sueña, y dándole a San Martín la posición supina del diablo, o a éste la inefable sonrisa del bienaventurado arcángel, o a éste los cuernos dorados del que a sus pies vencido se retorcía.

Y me he detenido en tales pormenores, porque sólo teniéndolos presentes puedo, no explicar, sino concebir lo que no me atrevo aún a asegurar que vi, y que si no lo vi no comprendo ni he podido comprender nunca cómo lo concebí para retenerlo claro, distinto y como positivamente visto, en un rincón iluminado de la memoria del niño, entre la oscuridad espesada de los años en el cerebro del poeta viejo.

Era una mañana de invierno, nebulosa y húmeda, pero no tan fría como suelen ser las de época tal en la antigua corte de Castilla. Mi ama Bibiana y mi rolla Dorotea, a quienes mis padres conservaban a su servicio, tenían abiertos los balcones de la sala y gabinete que sobre la desierta calle se abrían: en ella no hay más que mi casa; el resto, hasta San Pablo, está formado con tapias de huertos sin rejas ni claraboyas.

Mientras las criadas hacían las faenas de la casa, fui yo a sentarme en el rodapié de un balcón, y asido a dos hierros de la baranda, y a horcajadas sobre el que entre los

dos asidos por mí formaba la vertical paralela, cantaba yo y columpiaba mis dos piernas, colganderos mis pies sobre la calle.

De repente sentí el trote de un caballo que venía por el lado de San Martín; al volver yo la cabeza hacia aquella parte, entraba ya por la calle de la Ceniza un jinete tan gallardo como colosal, que con la cabeza llegaba al rodapié de los balcones de mi casa. Su caballo blanco y de ondulosa crin avanzaba cabeceando, y bufando, y arrojando por sus narices dos nubes de caliente vapor, que en la fría atmósfera se desvanecían, y el jinete, sonriéndome desde que apareció a mis ojos. Contemplábale yo, no solamente sin asombro ni miedo, sino con infantil complacencia. Al pasar por delante de mí me saludó con la mano, enviándome desde su blanco caballo una mirada luminosa de sus ojos de mucho blanco, una sonrisa fascinadora de su boca, entre cuyos labios extremadamente rojos mostraba una blanquísima dentadura, y un saludo continuado de su morena mano zurda, porque con la derecha conducía su blanquísimo caballo.

Cuando desapareció por la esquina de San Pablo, corrí yo muy contento a decir a mi madre que acababa de ver pasar al diablo de San Miguel en el caballo de San Martín.

¿Le vi yo, o no le vi real y positivamente? Si le vi, ¿cómo pudo efectuarse tan absurda escapada de la imaginaria de los altares? Si no le vi, ¿cómo pudo ser tan de bulto aquella visión para conservarla yo como recuerdo de cosa positivamente vista? ¿Es que los niños están más cerca, por no estar aún de él sus almas bien desprendidas, del mundo de los espíritus de donde vienen... o es que esta alucinación era la primera que en mí engendraba el espíritu visionario de mi fantástica poesía? Yo puedo jurar hoy que lo vi; pero es imposible que viera tal imposible. ¿Quién me explica, pues, este fenómeno?

El doctor Sumarro y el doctor Letamendi me harán tal vez sobre ello una eruditísima disertación; pero yo no me explicaré nunca si esta visión, real o fantástica, es el origen de la poesía con que la mía ha caracterizado al diablo de mis dramas y mis leyendas.

Pero hay otro recuerdo de aquella mi temprana edad que tiene más difícil explicación, y es éste.

XXXI

La antesala de aquella casa es un cuarto cuadrado lleno de puertas, y en el único vano que sin ellas tiene, desemboca el tramo de escalera por el cual se sube desde la puerta exterior al piso principal. A la derecha de este vano, la mampara de la sala; al frente, la de un aposento que da al corral; a la izquierda de ésta, la de la cocina; en la pared frontera a la de la sala, un balcón sobre el jardín, y en la pared de la escalera y a la izquierda de ésta, la puerta que da a las habitaciones interiores. Así estaba entonces la casa de la calle de la Ceniza, en la cual nací, y así está hoy con algunas variaciones que en ella han hecho mis hospedadores y amigos los señores Acero, sus actuales propietarios. De esta casa y de la familia que hoy la posee, pienso decir algo más en mi libro *Vuelta a la patria*, que voy a escribir, puesto que Dios y las economías de la administración de los Lugares Pios me condenan, por lo visto, a vivir y a morir sobre el trabajo.

En el aposento de la antesala, frontero al vano de la escalera, había, cuando yo era niño, una cama y un sillón que nadie ocupaba; apenas su ventana se abría de cuando en cuando para ventilarle y por la noche se cerraba con llave, como si en él hubiera algo que guardar, o de él no se quisiera que saliese alguien. Sólo mi nodriza Bibiana entraba en él y le despolvoreaba, dejándole siempre preparado como si alguien pudiera en él venir a hospedarse. En todo esto no había, empero, misterio alguno, ni a mí se me había prohibido nunca abrirle, ni entrar en aquel cuarto, donde ni había ni cabía más que la cama y el sillón y un viejo baúl cerrado, que no recuerdo haber visto jamás abrir.

Ignoro aún si la historia y si los muebles de aquel inhabitado aposento tenían o no alguna relación con la historia de la juventud de mi padre o con la de su casamiento, en la cual, por mi parte, no sé que hubiera nada que no fuera natural y común en la vida de los pueblos. Mis abuelos paternos eran labradores acaudalados; pero con muchos hijos, todos labradores menos mi padre, que despuntó por los estudios. Un tío eclesiástico y una tía viuda y rica, le dieron estudios y le dejaron por heredero de sus bienes: mi padre repartió los paternos entre sus hermanos y se quedó con los de sus tíos. Como los lugareños no estudian nunca lógica, sino gramática parda, los hermanos de mi padre, desde que con ellos repartió lo del abuelo, se empeñaron en que también debía darles lo de los tíos, puesto que ya el abogado y juriconsulto podía y debía mantenerse sin necesidad de sus rentas; historia y lógica común a todas las familias numerosas de todos los pueblos de España, y tal vez del universo. Esta situación, y la necesidad de permanecer mi padre en su puesto de relator de la Chancillería de Valladolid, debió sin duda dar motivo a la separación y tal vez a la ruptura definitiva de mi padre con el resto de mi familia paterna, con ninguno de cuyos individuos tuve yo relaciones en vida de mi padre.

Tal vez, y esto me ocurre sólo ahora, en aquel cuarto de la antesala de que voy hablando, se había hospedado, había vivido o habría muerto alguna persona de la familia, cuyo recuerdo fuese caro, doloroso o antipático para mi padre; quien, como hombre de negocios, depositario de muchos secretos ajenos, tenía la costumbre de no decir nunca una palabra de los suyos, y acaso daba sin intención importancia con su silencio a cosas en las cuales ningún misterio se encerraba. De cualquier modo que fuere, aquel aposento no se habitaba; y una tarde, mientras dormía mi padre la siesta (porque trabajaba de noche) y mientras mi madre en el comedor arreglaba los trastos con las criadas, arrastraba yo por la antesala mi caballo de cartón, pasando y repasando por delante de la puerta entreabierta del inocupado aposento, cuya ventana entornada, como de costumbre, tenía su interior en una turbia y neblinosa penumbra.

En una de mis vueltas creí ver a alguien en el sillón de brazos; y suponiendo que sería Bibiana que dormía también su siesta a escondidas de mi madre, empujé y abrí del todo la puerta: una señora de cabello empolvado, encajes en los puños y ancha falda de seda verde, a quien yo no había visto nunca, ocupaba efectivamente el sillón, y con afable pero melancólica sonrisa me hacía señas con la mano para que me acercase a ella. Como ni yo era un chico hoseo, buraño, ni mal criado, ni aquella señora tenía nada de medroso ni amenazador, tirando con mi mano izquierda del cordel con que arrastraba mi caballo me acerqué a ella sin miedo ni desconfianza, y puse mi mano derecha entre las dos suyas, que me alargaba sonriendo. Dióme ella primero una palmadita muy suave con su derecha en la mía, que posaba en su izquierda, y pasándomela después por mi suelta cabellera, que mi madre tenía gusto en dejarme larga y en mantenermela rizada, me dijo con una voz que no sabré explicar dónde me resonaba, si en el corazón, en el cerebro o en el oído: «Yo soy tu abuelita; quiéreme mucho, hijo mío, y Dios te iluminará.»

Estoy seguro de haber sentido el contacto de sus manos en las mías y en mis cabellos, y recuerdo perfectamente que sus palabras me dieron al corazón alegría; y como ni sus manos me retenían ni yo podía callar nada, solté mi caballo de cartón, dejándole atravesado a la puerta del aposento, y entré en el comedor diciendo muy contento a mi madre: «Mamá, ahí está la abuelita.» Creyó mi madre que era la suya, que había llegado de Burgos sin avisar, y corrió a la antesala; pero no hallando a nadie, me dijo:

—¿Pero dónde está la abuelita?

—Ahí, en ese cuarto—la respondí, señalándosele.

—[En ese cuarto tu abuelita Jerónimal (Era el nombre de mi abuela materna.)

—No, otra vestida de verde, con puños de encaje: ven a verla. Y tomándola de la mano la conduje a la puerta del aposento, cuyo sillón estaba vacío; y yo añadí: «Pues aquí estaba.»

Presentóse en esto mi padre, que me había tal vez oído anunciar en voz alta a mi abuela; y enterado de lo que yo contaba, frunció un instante el entrecejo, y después de mirarme fijamente, me dijo: «Muchacho, tú sueñas», y dió vuelta a la llave del aposento, que no volví nunca a ver abrir.

Todo lo dicho entra naturalmente en el tratado de las alucinaciones: fué una del cerebro o de la retina: cualquier hombre medianamente educado, que para esto no se necesita ser sabio, lo explicaría de esta manera, y no tiene otra explicación aceptable.

Yo insistí, sin embargo, en que el alma de los niños, mal desprendida aún de la región de los espíritus en donde Dios la crea y de donde la saca para envolverla en el barro corporal, tiene tal vez alguna afinidad con los espíritus entre quienes ha sido creada, y puede ver y oír lo que sus sentidos no pueden percibir en el posterior desarrollo vital de la materia corpórea.

De esta visión mía tengo una prueba: he la aquí:

Nueve o diez años más tarde, en 1833, salí del Seminario de Nobles, concluidos mis primeros estudios, y fui a Torquemada a reunirme con mi padre, desterrado de Madrid y sitios reales. Allí una tarde, registrando unos camaranchones de la casa vieja de nuestro apoderado, el viejo escribano de coleta don Gil Donis, tiré yo de una maraña de lienzos, manojos y restos informes y polyorientes de despedazados trastos, y di entre ellos con un lienzo sin marco, cuya pintura no se apercibía bajo una capa de polvo y telarañas. Mientras mi padre quitaba las de unos libros en pergamino que a las manos le habían caído, limpié yo mi lienzo con un trapo mojado, que fui a traer de la cocina; y al descubrir el retrato que en él hallé pintado, dije a mi padre: «El retrato de la abuela!»

Volvióse mi padre, miró el retrato y me dijo con extrañeza:

—¿Pues de qué la conoces tú, si jamás la has visto?

—¿No se acuerda usted—le contesté yo—de que siendo muy niño vi una señora, que me dijo que era mi abuela, en el aposento cerrado de la antesala de nuestra casa de la calle de la Ceniza?

—¿Y era esa?—exclamó con asombro mi padre.

—La misma: tengo su imagen en las pupilas—respondí yo.

—No lo entiendo—dijo mi padre, volviendo a ocuparse de sus pergaminos, no sé si con verdadera indiferencia o para ocultarme la expresión de su semblante.

Ahora pregunto: si no hubiera yo visto a la del aposento cuando niño, ¿hubiera podido reconocerla por su retrato diez años después?

Si fué una alucinación, como lo fué, ¿cómo y por qué se quedó tan grabada en mi memoria que, después de diez años de no pensar ni preocuparme de ella, la reconocí?

Dos explicaciones tengo para resolver una cuestión tan extraña y extemporánea en esta época positivista, que pretende negar a Dios y explicarlo y palparlo todo.

La primera, es que mi cerebro comenzaba ya a destornillarse y a dar en la locura que produjo al fin mi delirante poesía legendaria.

La segunda, que infaliblemente mis padres debieron hablar de él o tener a mi vista aquel retrato en circunstancias en que mi extrema niñez no estaba aún, según ellos, en capacidad de comprender y retener en mi memoria lo visto u oído en derredor de mí: tal vez vi yo aquel retrato desde la cuna; tal vez oí hablar de mi abuela paterna en alguna discusión de familia o en alguna conversación de mi padre con algún individuo de

ella. Ello es que una primera e ignorada idea produjo la alucinación primero y la persuasión después.

La alucinación y la persuasión influyeron indisputablemente en el carácter fantástico de mis obras.

Yo tengo en la mía muchas historias de alucinaciones, y muchos tropiezos con muertos y aparecidos.

Abi van varios pormenores de algunas, para concluir de aclarar el origen de mis disparates sociales y literarios.

XXXII

Seguía yo en la Universidad de Valladolid el curso de 1834 al 35. Vivíamos en el piso principal de una casa de dos balcones de la calle de la Chancillería, un don Segundo Valpuesta, de Lerma, y un tal Soroefta, vascogado, como claramente lo indica su apellido. Era el don Segundo hijo de don Pedro Valpuesta, rico hacendado y administrador de los bienes del duque del Infantado en Lerma; mozo el don Segundo, de intachable conducta, de constante aplicación y de formalidad, para sus veinticuatro años, casi excesiva. Había concluido la carrera de leyes y concluía la de cánones; porque su padre, que tenía tres hijos, estaba empeñado en que hubiese en su familia un militar, un abogado y un eclesiástico; tocóle, pues, a Segundo, apechar con un beneficio, y para obtenerle se daba, no de muy franca voluntad, pero con una resignación admirable, a llenar los deseos de su familia. A este mozo, que ya por aquel entonces había recibido la primera tonsura, me tenía mi padre más inmediatamente encomendado, haciéndome vivir en su compañía, y encargado Valpuesta de la administración de nuestros fondos.

Hacíalo conmigo Segundo Valpuesta como el más indulgente amigo; cuidaba de mí como si mi hermano mayor hubiera nacido, y dejábame gastar de su peculio lo que al mío mi padre escatimaba por temor de que diera yo en vicios costosos. Valpuesta me acompañaba algunas veces en mis excursiones al castillo de Fuensaldaña y a los inmediatos pueblos, donde yo buscaba ruinas y piedras viejas, y aún a los cementerios que por entonces arreglaba el Ayuntamiento y solía yo ir a ver arreglar, complaciéndome en las repugnantes escenas a que daba lugar el traslado de los restos humanos encerrados en los nichos condenados a reedificación. Léfale yo allí, y de vuelta a casa, los centenares de versos mal hilvanados que sobre aquellos repugnantes y patibularios asuntos me daba yo a escribir día y noche sobre las hojas del Vinnio y del Heinecio, cuyas definiciones no me entraban en la cabeza: asombrábase él de aquellas mis espeluznadoras lucubraciones; y teniéndome sin duda la compasión que se tiene por un hombre cuyo cerebro está un poco *chiflado*, escuchábame a veces con complacencia, y aconsejábame por mi bien que estudiara, tomando aquella chifladura versificante por ocupación amena para distraerme del estudio serio. Yo le oía como quien oye llover, y acabé por arrastrarle en mi poética locura, pues él concluyó por pedirme unos versos muy retumbantes, pero muy melancólicos, para despedirse del mundo que iba a abandonar, y de una ingrata a quien había amado y a cuyo amor renunciaba por cumplir sus deberes de buen hijo. Comenzaba la poesía a ser una peste y no hubo apenas un estudiante que con ella no se contaminara.

Pedro Madrazo, a quien todos queríamos en el Seminario y en la Universidad, que recibía todas las noticias, obras y periódicos literarios que se publicaban en Madrid, nos reunía en su casa, a la cual iba alguna vez Segundo Valpuesta, y a quien Madrazo era raramente simpático, aunque nunca tuvieron íntimas ni seguidas relaciones por el aislamiento y escaso trato en que a Valpuesta tenían su necesidad de estudiar y la ocul-

ta tristeza en que su corazón envolvía sin duda la de abrazar una carrera que no hubiera sido tal vez la de su elección. Dejábame, pues, a mí hacer, contra lo que mi padre le recomendaba tanto, aquella vida evaporada y vagabunda; entregado a mis amenas conversaciones con Pedro Madrazo, que fué siempre eruditísimo conversador; a los paseos por los cementerios con Miguel de los Santos Álvarez, y a los teatros con Manuel Assas, a quien su padre pasaba una crecida pensión, que conmigo alegremente gastaba por íntima amistad que conmigo llevaba, y por llevar la contraria a mi padre, quien toda diversión me prohibía, al contrario del suyo, que se las permitía todas con tal que estudiara; y estudiaba Assas solo, y conmigo se divertía; y dibujábamos juntos cuantas torres góticas y bizantinas y cuantos balcones del Renacimiento encontrábamos, y cuantas viejas almenas quedaban en los viejíssimos caserones que aún se elevaban a orillas del entonces descubierzo Esgueva, cuyo río descubierzo daba a la ciudad de Don Peranzules un carácter que, cubierto, la ha hecho perder en romántica poesía y en pintoresca originalidad, lo que la ha hecho ganar en salubridad y pulcritud. Y existía por aquellos años uno de los hombres más honrados que Dios me ha hecho conocer, y le conocí por el cordón de San Francisco que decoraba la puerta de la *Casa del Cordón*, fábrica del cardenal Cisneros, en ruina casi por aquel tiempo, y en una de cuyas interiores habitaciones moraba el mencionado honradísimo hombre, que se llamaba don Feliciano Barrio y que tenía un hijo que se llamaba Pedro y una hija que se llamaba Petra. Era el Pedro un alegrísimo muchacho que estudiaba medicina y que tenía un caballo y un perro de aguas, a los cuales había enseñado a hacer mil monerías; y era la Petra una muchacha un poco morena, un poco pequeña y un poco melancólica, pero tan buena como su padre, en quienes adoraban ambos hijos y a quienes idolatraban don Feliciano y su madre, la cual contaba por poco en la familia por estar algo ida del cerebro.

Había sido don Feliciano no sé qué de la Chancillería cuando mi padre en ella era relator, y había estado muchos años empleado en su archivo; pero habiendo venido a menos por el cambio de los tiempos, y no haber él querido cambiar de opiniones, vivía en cierta estrechez, pero tan tranquilo como contento con su amantísima familia. Con ella pasábamos algunas noches Assas y yo, que habíamos trabado amistad con sus individuos por habernos ellos encontrado dibujando y admirando la suntuosa escalera y la elegante portada del ruinoso casuarión, en cuyo interior vivían, hoy trasformado en casa de locos.

Si en vez de verificarse esta trasformación veinte años después, se efectúa en el año de 1834, de seguro quedamos Assas y yo como pensionistas en la nueva casa de Orates; pero lo que algunos meses después en ella me aconteció, influyó indudablemente en mí, concluyéndome de arrastrar por aquella galería de *espectros* y sombras ensangrentadas de que mis libros están atestados, y que atestiguan mi poética demencia.

A la mitad de enero del 34 cayó mi padre en Lerma peligrosamente enfermo de una pulmonía; curóse la docta facultad lerneña, y entró en cincuenta días de convalecencia muy parecida a una agonía, de la cual le sacó, al fin, su voluntad de hierro y su robusta constitución; pero mientras duró, y fatigada ya mi pobre madre por continuo afán y el perpetuo insomnio, determinaron llamarme para que a mi padre velara.

Abandoné, pues, la Universidad, encargándose el después obispo don Manuel Tarancón de conservarme mi puesto entre mis discípulos, y de hacerme ganar el curso *por orden de la rectoría*, cuando tornara.

¡Ay de mí! Mi padre estaba en un estado casi desesperado; yo pasé las noches insomne a la cabecera de su lecho, porque había que ayudarle a todo y tosía y expectoraba sin moverse cada diez minutos. Yo cumplí con mi deber, y no tengo que ir con miedo ante Dios a darle cuenta de mi conducta; pero no era tan grande mi afán por mi padre, que

al fin, según dijeron médicos venidos de Valladolid y Burgos, tenía las noventa y nueve de escapar salvo, como el en que me tenía continuamente mi tío el canónigo, que a mi padre gobernaba, a quien mi madre tenía y que a mí me tenía ojeriza a inquina por lo que no es del caso.

El caso era que cuando yo me retiraba con permiso suyo o de mi madre a descansar o a estudiar, jamás encontraba mi tío buena mi actitud ni en regla mi posición. Si me encontraba durmiendo, hallaba siempre largo mi sueño; si me ponía a leer la Biblia, el *Genio del Cristianismo* o las obras de San Agustín, que él tenía sobre la mesa, de las manos me las quitaba. Si permanecía en el aposento de mi padre acompañando a mi madre, me echaba de allí diciéndome que «era el espía de la familia, y que contaba después su santa vida y me burlaba de ella con los herejes de mis amigos». Si me estaba solo en mi aposento, venía a sacarme de él diciéndome «que era un descastado, que nada quería con los míos». Y aquí lo dejo, porque no necesita más el lector para comprender la bilis que yo tragaba y no digería, por no hacer llorar a mi madre ni ocasionar a mi padre uno de aquellos accesos de tos, que tenían apiadada de nosotros a toda la vecindad de Lerma.

Así pasó la mitad de enero, todo febrero y la primera quincena de marzo. Restablecióse mi padre y volvíéronme a enviar a la Universidad de Valladolid. Durante aquellos dos meses, en que no había yo escrito ni una carta a Assas ni a mis otros amigos, contraí el vicio de apretar los dientes y fruncir el ceño; de modo que me quedé para siempre la frente dividida por la raya del entrecejo. Llegué a Valladolid al anochecer del 19 de febrero, dos días antes de mi cumpleaños; para celebrar el cual, sin duda, me había dado mi pobre madre una onza a escondidas de mi padre y de mi tío, que eran de opinión que yo tuviese todo pagado, pero ni un real en mano para vicios.

Aquella misma noche tuve que ir a presentarme al Sr. Tarancón y a otro procurador que mi padre me había puesto por vigilante; no pude, pues, ir a ver a Assas, ni a Álvarez, ni a Madrazo. A la mañana siguiente, a la hora temprana de cátedra, y como que a ella iba, eché por San Martín a la calle de Esgueba, y a casa de Pedro Madrazo. Se había vuelto a Madrid tras previo examen; pasé por la de Assas: se había mudado, y de él no sabían tampoco; con que me ocurrió, naturalmente, dirigirme a casa de los Barrio, suponiendo que en la casa del Cordón sabría por Pedro de todos ellos.

Hacía una endiablada mañana de niebla, de esas que el Pisuerga proporciona tan continuamente a los habitantes de la antigua corte: había helado y era preciso andar con los ojos y con balancín; un cierzo tan manso que no despejaba la niebla, pero tan frío que, cortada la respiración, me obligaba a andar con el embozo sobre las narices, y así llegué al postigo abierto en uno de los dos portones del caserón de Cisneros. Entré en el patio: el balcón de la sala de don Feliciano Barrio estaba en la pared del patio frontera a la puerta, y me llamó la atención el ver que le tenían de par en par en semejante mañana y a tan temprana hora: eran apenas las nueve. Pareciéndome que por el abierto balcón llegaría mi voz más pronto que yo a las habitaciones de la familia, llamé poco menos que a voces, primero a Pedro, después a Petra y por fin a los perros.

Petra tenía una faldera, que a mis silbidos asomó al balcón meneándome la cola. Suponiendo que tras el cariñoso animalejo se me ocultarían sus años, subí la escalera gigantesca, obra de Cisneros, y descendí la excusada que al cuarto de los Barrios conducía; su puerta estaba también abierta como el balcón: a la derecha del corredor en que se abría, estaba la sala; pero su puerta, abierta también, me dejó ver vacía toda la estancia y corrida la cortina de muselina que decoraba la alcoba: seguí adelante, entré en el comedor, en el cuarto de Pedro, me asomé al de Petra, cuyas puertas estaban también abiertas, e imaginé que, habiéndome visto venir o sabiendo que había vuelto, me

preparaban una broma de las que solíamos darnos en aquella tan modesta como alegre casa. Volví, pues, a desandar lo andado; y al volver a pasar por delante de la sala, y al ver corrida la cortina de la alcoba, tuve por cierto que en ella se habían escondido para dejarme volver a bajar al patio y darme una silba desde el balcón.

Púseme sin desembozarme delante de la corrida cortina de la alcoba y dije alto: «Vaya, salid, que ya está de más el escondite.» Nadie respondió a mis palabras: la perrita salió, cola entre piernas, por debajo de la cortina, y con un aullido se echó a mis pies; fué para mí evidente que tras ella estaba la familia. Saqué la mano derecha de bajo la capa sin desembozarme, levanté la cortina; y allí estaba sobre la cama, amortajado con hábito franciscano, calzados los pies con sólo las medias y con las manos cruzadas sobre el pecho, el cadáver de don Feliciano Barrio, que esperaba a los enterradores.

Una familia amiga se había llevado a la del difunto, y yo, espantado ante aquel cadáver, vacilé de miedo en salir por la puerta o por el balcón, llegando, al fin, a la calle cubierto de sudor y trémulo del miedo fantástico que me infundió aquel cadáver.

¿Qué se hizo aquella familia? No lo he sabido jamás. Creo que el miedo no me ha dejado todavía preguntar por sus individuos.

XXXIII

Era aquel el primer año en que la juventud de las Universidades se veía privada de sus estudiantiles manteos. Mala, aunque oportuna disposición; porque es verdad que nos quitaba aquel aire de monaguillos que la sotana les daba; pero suprimía, al quitárnosla, entre los estudiantes aquella igualdad democrática, aquella fraternidad escolar, el espíritu, en fin, de corporación que nos hacía a todos considerarnos como hermanos, tratarnos todos familiarmente y ampararnos y protegernos mutuamente, sin distinción de pobres y ricos, de nobles y de plebeyos, de carlistas ni liberales. Cuanto más avanzado en su carrera y cuanto más acaudalado era un estudiante, más alardé hacía de sus rotos manteos y de su deformado tricornio; y los que de sus padres recibían una gruesa mesada, tomaban en su compañía, so pretexto de servicio, a los pobres y desacomodados, cuyas familias, escasas de bienes de fortuna, podían a duras penas sostenerles en los meses de curso universitario. Aquellos maneos privilegiados de la fortuna, surtían de libros y vestían con sus ropas, que a medio uso y a propósito desechaban, a aquellos heredados de ella, quienes no tenían inconveniente en aceptar del condiscipulo lo que su amor propio hubiera del superior rechazado. Los nobles y acomodados nos acostumbrábamos a tratar de igual a igual con los menesterosos; y a veces estos menesterosos, que mejor que nosotros estudiaban porque no más que en sus estudios ponían su venir, nos repasaban las lecciones por nosotros mal aprendidas, y nos preparaban para un examen, del cual, sin su repaso, no hubiéramos podido salir airoso.

El estudiante pobre contaba para sus futuros medros con la amistad contraída con el rico o el influyente, y de esta igualdad del manteo han salido muchas lumbreras del foro y no pocas dignidades eclesiásticas, apoyadas en justicia por sus encumbrados condiscipulos, que con su justo apoyo han pagado los servicios que de estudiantes les debieron. Donde quiera que un estudiante en riña o apuro pedía auxilio, en su favor acudían cuantos manteo y sotana vestían; lo mismo los que bajo de ellos usaban camisa de batista y repetición encelada, que los que ocultaban lienzo arpillero y pantalón de paño de Astudillo o de Santa María de Nieva. Los ricos se hacían obligación y gloria de defender los intereses y los derechos de los pobres, y no dudaban éstos jamás el meterse en un mal paso por ayudar en un arresto riesgoso o en una atrevida calaverada

a los ricos, y no había miedo de que salieran de ellos unos que otros mejor librados; porque, bien ni mal, premio ni castigo, los unos sin los otros aceptaban.

Mandaba por aquellos días en Valladolid un jefe político que tenía la hija más preciosa que echó al mundo mujer legítima de gobernador nacido ni por nacer. Era la muchacha una rubia más dorada que la Margarita de *Fausto*, y más graciosa que la Monna Lisa de Leonardo Vinci; más blanca que una azucena, más ligera que una corza, más alegre y cantadora que una alondra y más querida por un estudiante que Angélica por Medoro y doña Isabel de Segura por Diego Marsilla. Creía el gobernador que no había nacido hombre que por los ojos de gacela de su hija mereciera ser mirado; pero aunque ella no le miraba, por miedo a su padre, con los ojos de la cara, pintada tenía en su mente y esculpida en su corazón la imagen del estudiante, a quien, ni a ninguno de sus amigos, admitía en su casa el altanero gobernador.

Respetábamos los estudiantes aquella pasión recíproca, por todos conocida y patrocinada y acotada y barreada por el padre de la muchacha con cuantos medios estaban al alcance de su paternidad y civil autoridad. Pertenecía el estudiante a una familia de Madrid, y un oficial de graduación se daba ya humos de ser por el padre favorecido y por la chica no mal mirado; con lo cual, y sin que nadie hubiera formulado en palabras semejante idea, fermentaba una todavía oculta rivalidad entre la guarnición y la estudiantina. Solía ésta salir en rondalla algunas noches y dar algunas serenatas a las doncellas más conocidas por su hermosura o su posición, y formaban la mayor parte de los músicos de aquella estudiantina los de Madrid, entre los cuales casualmente había muy aventajados instrumentistas; pero la rondalla estudiantil no se había parado nunca bajo los balcones del gobernador, por no hacer mal tercio al estudiante Medoro de aquella Angélica. Fuése por temor de que alguna noche se parara, o porque la influencia militar con el gobernador, que naturalmente recibía en su tertulia a los jefes superiores de la guarnición, lo hubiera de él conseguido, o por un insignificante tumulto que una de las serenatas produjo, aquella autoridad prohibió las rondallas galantes de los escolares, con tan justo despecho de éstos como disgusto de la población, que con su nocturna música se deleitaba. Hacía, pues, más de dos meses que nada turbaba el nocturno silencio de la pacífica ciudad de Cazalla, cuando llegó el Carnaval, y con el último de sus tres días el del santo patrono de la rubia hija del hosco gobernador.

Daba éste por la noche, para celebrar el día, lo que hoy llamamos, y aún felizmente no se llamaba, una *soirée*, después de la cual debía de servirse lo que ya afrancesadamente se llamaba una *ambigú*; y a ambas cosas estaban invitados los jefes superiores civiles y militares, entre los cuales contaba el presumido pretendiente, rival presunto del estudiante. Que el capitán general, por su personal galantería o por instigación del oficial enamorado, la hubiese dispuesto, elló fué que a las diez de la noche rompió en una brillante serenata una banda militar bajo los balcones del gobernador, que en la calle de Santiago tenía su casa. Acudió el vecindario y multitud de máscaras a la calle, y salieron los convidados a los balcones; aplaudieron unos y saludaron otros. Satisfechos los de arriba y contentos los de abajo, y a las once en punto, retirados los atriles, desfilaron los músicos, retiráronse de los balcones los de la fiesta, y fuéronse dispersando los curiosos por ser la noche una de las últimas de febrero, fría y sin luna, que por esta época no se goza en Valladolid de primavera temperatura.

Bailóse y jugóse en los salones del gobernador, y a la media noche en punto abriéronse las puertas del comedor; y sentándose a la mesa las señoras y sirviéndolas los caballeros, dió principio el festín con general y tranquila satisfacción. Ya la conversación se había generalizado y el maestra sala iba a hacer saltar el tapón de la primera botella de Champagne, cuando al pie de los balcones que a la calle traviesa que va a la Boariza

caían, rompió una rondalla estudiantina en la más alegre y repicada jota que brotó jamás de guitarras y bandurrias aragonesas, al cascabelero compás de estruendosas panderetas madrileñas. Saltó el tapón del espumoso y rubio vino francés por entre los dedos del sorprendido maestresala, y saltó de su asiento el padre de la rubia al oír una voz que así en la calle cantaba:

Si hay gobierno y hay justicia
esta noche en la ciudad,
donde toca la milicia
canta la Universidad.

A la jota, jota de los estudiantes,
que tan bien jotean después como antes.

A la jota, jota, que salgan señores,
a oír los pandereros como los tambores.

Y a la jota, que ésta, si no les agrada,
a los estudiantes no se les da nada.

Y aquí rasgaron los instrumentistas el ritorneo, y lo acompañaron las panderetas con un brío tan resuelto, que hizo temblar las vidrieras y de miedo a las convidadas, y de cólera al gobernador y a sus militares, que todos por las palabras del canticio comprendido habían la situación. Pero no era para aquellos hombres aceptable, ni soportable para el gobernador, y echaron por la escalera todos los oficiales con la intención de escarmentar a los provocativos jostistas; mas cuando al portal descendieron y en el umbral de la puerta pusieron los pies, hallaron la calle tomada por una treintena de bizarras máscaras, que con los trajes caballerescos del tiempo de los Felipes austriacos, traían al cinto largas espadas de sala de armas de las llamadas *negras*, y pistolas de gancho en los cinturones.

«Señores, dijo adelantándose uno de los que en la calle esperaban a los que de la casa salían: sabíamos que el juego iba a copas, pero por si queríais echar una partida a espadas, hemos traído la nuestras. Os aconsejamos, sin embargo, que lo miréis bien, porque somos más de trescientos, y ninguno meterá un pie en la casa, y como la calle es de todos, si salís a atacarnos seréis los agresores, y si a estos perros que traemos en los cinturones se les antojase ladrar, sus ladridos podrían retumbar en Madrid, lo que no ha de suceder con la música. Oídla, pues, con resignación, que no es deshonra ceder a la razón y a la fuerza.»

Y a un movimiento del que la palabra llevaba, el pelotón de enmascarados apechugó con los de la casa, y antes de que éstos valerse pudieran, cerraron sobre ellos las puertas dejándoles dentro; y volvió a romper la estudiantina en la segunda estrofa de su inesperada jota.

Ya que por alguna puerta falsa saliera algún criado a requerirla, ya que ella, prevenida muy de antemano, tomase tal resolución, la guardia de la plaza acudía reforzada y con sus oficiales a la cabeza. Al embocar ésta por la calle de Santiago, la multitud de estudiantes y máscaras se lanzó por el Arco de San Miguel, por donde la calle desembocaba en el Campo Grande, desapareciendo por él y por las calles laterales, como banda de golondrinas que se juntan para pasar el Estrecho, y se dispersan al cañonazo con que saluda un barco inglés al peñón de la venganza (Gebel-Athar). Los soldados, engañados por la repentina fuga de los estudiantes, emprendieron su persecución para echar a algunos mano; pero al salir por el Arco caían malamente unos tras otros, a los lejanos silbidos de los fugitivos y ya salvos estudiantes.

Avísese inmediatamente al rector de la Universidad, y el señor Tarancón con sus bedeles y el gobernador con sus agentes, comenzaron a registrar los hospedajes; pero todos estaban durmiendo, algunos estaban sin disfraz en el teatro, casi ninguno dejó de probar su coartada, y unos pocos inocentes ajenos a la travesura, a quienes hallaron aún vestidos en sus casas, fuimos a la cárcel de la Universidad por algunas horas.

Cuando al día siguiente el bondadoso señor Tarancón me acosaba en su despacho para que declarase lo que supiera, y me decía:

—¿Por qué no te habías acostado anoche, y por qué reías y cantabas al balcón cuando íbamos a tu hospedaje?

—Yo no sé qué decir a usted—respondía yo—. Le juro a usted que yo me había acostado sin tener arte ni parte en lo que usted me cuenta como sucedido. Cuando me encontré vestido delante de usted y de los bedeles, a quienes alumbraba la patrona, no pude explicarme lo que me pasaba, y estoy de ello tan asombrado como usted.

—Pero, muchacho, por los clavos de Cristo, no quieras hacerme comulgar con ruedas de molino: tú estabas a medio vestir, con los ojos abiertos, apoyado en la baranda del balcón y dirigiendo la palabra a la calle. ¿Qué hacías así?

—Vuelvo a jurar a usted, señor Tarancón, que no lo sé; que cuando me vi cara a cara con usted, como si volviera de un sueño, me asomé de no encontrarme en la cama; porque tengo conciencia de haberme desnudado y acostado a las diez; ya se lo dijo a usted la patrona.

—Todas están siempre dispuestas a declarar en vuestro favor—dijo Tarancón.

—Esta vez no dijo más que la verdad.

—Entonces—exclamó el cariñoso sacerdote, tomando entre sus manos mi cabeza y contemplándome atentamente—, entonces, a no ser que seas sonámbulo...

A estas palabras recordé ciertas circunstancias sólo de mí sabidas, y me eché a llorar.

Sí: ¡yo era sonámbulo a los diecinueve años! Los disgustos de familia me habían envenenado el corazón, y la fiebre del corazón me había exaltado y descompuesto el cerebro. Yo era sonámbulo: y el sonambulismo es la primera estación del camino de la locura.

¿Y quién duda que mi desarreglo cerebral tiene que haber influido en el giro loco y desordenado de mi poesía? ¿Y quién sabe si un poeta no es más que un monomaniaco que va para loco? ¿Y si yo soy un poeta, como se dice?... ¡Quién sabe! ¿Por qué no? Mi padre murió creyendo que yo era un tonto... y yo creo que sólo los tontos son los que se vuelven locos.

XXXIV

Ya no teníamos manteos los estudiantes en el curso universitario de 1835 al 1836; ya éramos en ella cada cual hijo de su padre y lo que su ropa representaba; ya no nos unían, confundían y hermanaban a todos las desgarradas sotanas y los agujereados tricornos; y como ya los ricos no podían hacer vida común con los pobres, y como ya los pobres no se atrevían a familiarizarse con los ricos; y como el natural desprecio de éstos comenzaba a engendrar en aquéllos el desprecio natural del inferior, avergonzado de ser pobre ante el superior orgullo por ser rico, comenzó el estudiante pobre a procurar valer más en las aulas que el rico, que valía más en la calle; y salieron a la calle desde la cátedra aquellas ventajas del estudiante pobre, interpretadas por el rico, no como efectos de noble emulación, sino como pretenciosas pruebas de superioridad intelectual; y al fin, interpretadas malamente la dignidad del acomodado y el justo anhelo del pobre, concluyó el espíritu de fraternidad universitaria, de corporación y de clase, y comenzó

a germinar en las escuelas el espíritu de bandería, y entró en la Universidad la división política que fermentaba en la sociedad.

Separáronse primero los teólogos de los legistas: comenzaron a echárselas de materialistas los que en las cátedras de medicina y farmacia estaban matriculados; comenzaron a averiguarse unos a otros las vidas y los antecedentes de sus respectivas familias, y hubo en la Universidad cristinos, y carlistas; y en lugar de galantes rondallas y serenatas amorosas, circularon escritas y cantadas las provocativas poesías, y resonaron por las desiertas calles en la nocturna sombra las insolentes canciones; y buscándose y encontrándose en la oscuridad los provocados y los insolentes, se injirieron en las costumbres las tradicionales palizas del 23 y 24, y no hubo medio de llevar de noche sobre ellas el traje universitario sin riesgo de las costillas.

Yo era tan sonámbulo en la política como en el estudio del derecho, y más sonámbulo despierto que dormido; porque olvidando que en Valladolid era el hijo de mi padre, allí conocidísimo, respiraba inconscientemente las auras de libertad y las aspiraciones del progreso; haciéndome igualmente hostil a los realistas, amigos de mi familia, y a los liberales, que no podían creer en los humos progresistas del hijo del superintendente general de policía del difunto rey Don Fernando VII, el Deseado.

Como toda la Universidad sabía que yo hacía versos, andaba siempre expuesto a que me achacasen los unos y los otros los que con unos y otros se zaherían; y andaba el bueno de Segundo Valpuesta azorado por mí, cuando tardaba algo más de lo acostumbrado en volver de noche a nuestro común hospedaje. Yo he tenido siempre afición al vagabundaje nocturno; y como las amonestaciones del rector Tarancón por un lado, la vigilancia del procurador de mi padre por otro, y mi carácter esquivo, sobre todo, me habían casi excluído de la sociedad estudiantil, andaba yo siempre solo y desperdigado, leyendo al sol, por los andurriales, a Walter Scott y a Fenimore Cooper, y estudiando de noche por las callejas y las plazuelas las siluetas y sombras de aquellas torres bizantinas, de aquellas ventanas enrejadas y de todos aquellos románticos arrequives con que llené posteriormente mis libros. Mi corazón y mi cerebro eran dos laberintos, en donde no podía yo mismo penetrar sin perderme; porque, mientras asistiendo a mi padre enfermo, permanecí en la casa del canónigo de Lerma, hermano de mi madre, había yo adquirido una tan secreta como dolorosa idea de la situación de mi familia. El prebendado había sido siempre el consejero, el favorito y el administrador de mi padre; quien, como buen abogado, sabía arreglar la hacienda ajena, pero no manejar la suya; con tanto más motivo, cuanto que los pleitos y los negocios políticos no le habían nunca dejado tiempo para ocuparse de sus cuentas, llevadas siempre por el canónigo, en números muy entendido y a quien estaban por ello confiadas las del Cabildo de su Colegiata.

El incesante sobresalto en que a los dos hombres de mi casa tenían las vicisitudes políticas, y la presencia en las inmediaciones de partidas carlistas, cuyos jefes eran por ambos más o menos conocidos; el repentino e inesperado fallecimiento de otro pariente, presbítero de Tordómar, a quien habían confiado todos los ahorros de mi padre, que se perdieron con la silenciosa muerte de aquél; la eterna preocupación en que a mi padre tenía mi porvenir; la oculta ojeriza que entre el canónigo y yo hervía en la conciencia de ambos, y el descabellado giro de mi espeluznadora poesía, tenían a mi madre llorando y rezando incesantemente, y en guerra sorda y ojo avizor conmigo a los dos varones de mi confinada y mal segura familia; y habíaseme a mí metido en la cabeza que mi pobre madre estaba entre su marido y su hermano como estaría un pájaro anidado en el hueco de un olmo, con un milano posado en su copa y una eulebra enroscada a su tronco. Idea, sin duda, injustificada e infundada, pero surgida en mi cerebro y arraigada en mi cora-

zón por mis tal vez mal hechas observaciones. Ello es que, entre el pesar y las continuas cavilaciones que esta idea engendraba en mi espíritu, mi constante lectura del gran novelista inglés y de su rival americano, Walter Scott y Cooper, y la avenida romántica francesa, por la que me dejaba arrastrar con el más desenfadado delirio, llegué a vivir en una exaltación febril y en un aislamiento semi-salvaje, que produjeron por fin la divagación diaria y el sonambulismo nocturno; doble sonambulismo de la vigilia y del sueño, germinado y sostenido al mismo tiempo por el delirante romanticismo de mi imaginación de poeta y por la pesadumbre real de mi corazón; vivía yo, pues, si aquello fué vivir, acompañado y perseguido por mis imaginarios fantasmas y acosado al par por mis verdaderos pesares.

Una noche me acosté cansado de dar vueltas a una idea, la cual no pude encajar en la métrica elegida para mi composición: conté, según mi costumbre, los versos aquel día escritos; marqué su número debajo de una línea horizontal puesta al lado del último, y me entregué al sueño, esperanzado de encontrar el fin de mi estrofa con el reposo de aquella noche y la luz del siguiente día. ¡Cuál fué mi admiración encontrando al levantarme seis versos más escritos debajo de los contados, con la misma igualdad, con tan segura mano como éstos y encerrando la idea rebelde que había resistido a todos mis esfuerzos la noche anterior! No lo concebí, pero tampoco lo adiviné. Dióme mi padre varias reglas de vida práctica que nunca he olvidado; una de ellas fué: «no te hagas servir por nadie en lo que puedas servirte solo»; y en consecuencia de ella me puso un día en las manos un par de finísimas navajas, para que empezara a afeitarse el naciente bozo que comenzaba a negrear en mis descoloridos carrillos. No fué nunca difícil para mí, que nunca carecí de destreza manual, la operación de hacerme la barba; pero dábame yo con ella importancia, y en la noche del 31 de diciembre de 1835, víspera de los días del señor Tarancón, me acosté pensando en que debía ir a dárseles muy bien afeitado. Pero ¡cuál fué mi asombro cuando, al ponerme ante el espejo, me encontré a la mañana siguiente sin rastro de bozo! La palangana contenía agua de jabón, pero las navajas estaban limpias y en su caja; entonces *caí* en que era sonámbulo... y tuve miedo. Después de haberme sentido mis compañeros y la dueña de la casa vagar a oscuras por ella algunas noches, supliqué a Valpuesta que me encerrara en mi alcoba, a cuya puerta vidriera pusimos llave. Concluyó el curso académico; volví a Lerma, y no me atreví a confiar a mi madre mi nocturna enfermedad; pero una noche, al despertar frío y sobresaltado, me hallé desnudo, asido a las dos hojas de una abierta ventana, y rodeado de mi padre, mi madre y el canónigo, que me contemplaban con asombro, teniéndome este último cogida mi mano izquierda con su derecha.

—¿Qué pasa?—les pregunté más asombrado que ellos.

—Eso te pregunto yo—díjome mi padre severamente.

—No sé—repuse con la más ingenua veracidad—. ¿Qué he hecho?

—Has abierto muchas veces la ventana, has sacado la cabeza a la calle sin soltar las hojas, y después de decir no sé qué en italiano, has vuelto a cerrar y a abrir, hasta que tu tío te ha cogido la mano.

Confuso y avergonzado confesé que era sonámbulo.

—¡Pues no te faltaba más!—exclamó mi padre.

Y enviándome a dormir, dejó que mi madre quitara, con los ojos arrasados en lágrimas, todo lo que en mi cuarto pudiera lastimarme, y me dejó en él encerrado.

¿Y por qué hago yo aquí tan íntimas y tan poco interesantes revelaciones?

Lo diré el próximo lunes, en la última hoja trocopapelada de estos Recuerdos.

XXXV

Concluía mi artículo del 10 de enero corriendo anunciando que el próximo lunes, es decir, el 17, diría por qué he hecho en los *Lunes de El Imparcial* las tan íntimas como poco interesantes revelaciones de mis RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO. Pasóse el lunes 17, y me lo pasé yo en silencio; no me creo, pues, comprometido más que para aquel lunes, y no pienso decir del asunto una palabra más.

Con las glorias se me han ido las memorias; y de mis glorias voy a decir cuatro palabras, ya que alcanzamos unos venturosos tiempos en los cuales el que no se alaba no encuentra un alma de cántaro que *de balde* le diga «por ahí te pudras». Como no pertenezco todavía, a lo menos ostensiblemente, a ningún partido político; como no soy individuo de ninguna Academia, aunque soy ex-académico desde 1847; como no tengo título alguno ni académico, ni universitario, ni he sido todavía ni diputado a Cortes, ni secretario de un Consejo de Ministros, ni presidente o individuo de ninguna de esas asociaciones útiles y benéficas, en las cuales se beneficia uno con la beneficencia y la utilidad públicas, cuando alguien me aplaude o alguna población me recibe bien, me tomo los aplausos y el buen recibimiento por moneda corriente; porque como no tengo nada que dar, ni favor alguno con los que lo tienen para ofrecer a nadie dispensarle los míos, me supongo que quien me aplaude y los pueblos que bien me reciben lo hacen por puro afecto y porque realmente les parece bien lo que llevo hecho, y se lo agradezco; pero como sólo con mis palabras puedo yo demostrar mi gratitud, voy a concluir mis RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO mostrándome agradecido, después de haberme en aquéllos manifestado humilde, confesando los infinitos defectos de mis obras y los prosaicos orígenes y móviles de mis incalificables poesías. Y de incalificables las califico, porque la mayor parte de ellas no pertenecen a escuela conocida antes de que yo las produjera, y porque las he producido olvidando y atropellando todas las reglas y preceptos académicos que en sus aulas me enseñaron los Jesuitas, de quienes las aprendí.

He probado en mis RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO, y en lo dicho me ratifico, que casi todas mis producciones literarias son muy medianas, y producidas bajo malos principios y en desfavorables condiciones: que sólo el acto tercero de *El Zapatero y el Rey* y los dos primeros de *Traidor, inconfeso y mártir*, me dan derecho a tener pretensiones de autor dramático, y que mi *Capitán Montoya*, mi *Cristo de la Vega* y mi *Margarita la tornera* me le dan positivo a creerme poeta descriptivo y legendario. Nunca he manifestado aspiraciones a más, y por saberse el pueblo español de memoria estas leyendas mías, he venido a parar sin empeño *ni trastienda* mía en parecer el poeta más popular, ayudado, amparado y anualmente sostenido por *Don Juan Tenorio*, a quien por ahora no hay modo de derrocar; idolo para quien el pueblo ha hecho un altar del escenario, y de quien yo no me empeño ya en probar lo débil y mal cocido del barro en que está hecho, y la deleznable base de arena del pedestal sobre que están apoyados los pies de su deificada y adorada imagen, porque es el único protector que me queda y la única deidad a quien puedo encomendarme.

XXXVI

Barcelona, enero 1881.

He probado que desde mi primera juventud he caminado hacia el manicomio, y que soy además el mayor tonto que hay en España, puesto que he podido serlo todo y no

soy nada, he enriquecido a muchos quedándome pobre; y he llegado a viejo sin derecho o ~~maña~~ suficientes para ser protegido por los que con mi trabajo legalmente se han enriquecido, y por los de quienes sus productos anuales forman las rentas. He declarado y descrito cómo después de ser loco y antes de ser tonto, he sido sonámbulo, y ni estoy obligado ni quiero obligarme a decir en vida, de mi TIEMPO VIEJO, lo que dirá después de mi muerte un curioso libro que escrito pienso dejar.

La exigente demanda de un actor amigo y la no completa correspondencia de un empresario, me trajeron y me hicieron hallar, en Barcelona, a los sucesores de Ramírez, que se brindaron a imprimir mis RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO, y he puesto a la venta su primer tomo, reservándome el derecho de completar el segundo con dos partes, tituladas *Tras los Pirineos* y *Allende el mar*, y más tarde tal vez con un tratado y ejemplos de lectura; de cuyo arte me he declarado profesor, como Napoleón II se declaró Emperador «por la gracia de Dios y el sufragio universal».

Cataluña me ha acogido como si hijo de Cataluña hubiese nacido, y se ha empeñado en volverme a oír decir mis versos como doce años ha, cuando diciéndolos volví de América; y como ya no hago versos nuevos, me ha escuchado y aplaudido los viejos, y por ellos me ha obsequiado y regalado y dado hospitalidad, y por ello la doy gracias en esta extraña conclusión de mis RECUERDOS, como más ampliamente la pruebo por ello mi gratitud en el apéndice de su primer tomo.

Algunas poblaciones me han invitado a hacer en ellas las lecturas en Barcelona hechas, y mi último viaje a la inmortal Gerona, impidiéndome escribir el artículo del lunes 17, ha puesto este extravagante fin a mis RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO.

¡Pero cuánto me queda por escribir de la vieja Gerona! ¡Qué manantial tan rico de históricas, religiosas y fantásticas leyendas encierran aquel patio bizantino, donde se ha establecido un naciente y curiosísimo Museo, aquella Catedral originalísima por su atrevido embovedado, y la apilarada y cubierta galería que la rodea; aquellas escalinatas tortuosas que llevan allí nombre de calles; aquellas angulosas y estrechas encrucijadas, por las cuales me parecía imposible no topar de manos a boca con los judíos que en sus casas vivieron, o con los cristianos que en ellas les degollaron; aquellas murallas acribilladas, y puedo decir caladas y festonadas, por las bombas y balas francesas; desmoronado pero sólido y perenne testimonio del indomable valor de Álvarez y sus gerundenses, y de la incuria de nuestros presentes tiempos, que en más de media centuria se han ocupado de reparar las fortificaciones, que podemos necesitar de un día a otro en estos de guerras generales y de revueltas civiles y cotidianas, que son actual entretenimiento de este siglo de filosófica discusión, y de escuela práctica de despoblación por el incendio y las ametralladoras.

Los habitantes actuales de Gerona nos han colmado de aplausos a un poeta catalán, Mata y Maneja, que me acompañaba, y a mí; y yo tengo fotografiada en mi memoria su antiquísima y romántica ciudad, partida por dos ríos y cercada de los más pintorescos montes, tras de cuyas crestas asoman los nevados penachos de las pirenaicas montañas. ¡Si yo no tuviera ya sesenta y cuatro años! Si tuviera tan fresca la imaginación, tan firme la mano y tan exaltada la fantasía como tengo aún joven el corazón.... ¡qué romancero tan parejo con el de mi Zamora la prometería y llevaría a cabo! (1). Gerona encierra los anales de una época romana, un legionario de la Edad Media y la epopeya moderna, que duerme en el sepulcro de Álvarez. Desde Zamora, rayana de Lusitania, a Gerona, fronteriza en las Galias, hay sembrados más secretos históricos y arquitectónicos, más misterios legendarios, más tesoros tradi-

(1) Ver en las *Hojas trasparentadas* la carta de Zamora.

cionales, más poesía y más gloria que en la olímpica Grecia y en la Roma capitolina. ¿Por qué no soy yo Homero, Virgilio o Dante? ¡Ay de mí! ¡El más pigmeo de los poetas modernos sueña con la edad de los gigantes!

Aquí concluyen mis RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO y mis cantares de poeta; mi pluma se resiste a escribir más versos; las coronas de flores se han agostado sobre mis cabellos encanecidos; he roto la lira, pero no quiero soltar la pluma. Voy, sin embargo, a contar algo más de lo que he visto; voy a hablar algo de los hombres con quienes he tratado, de las obras que de algunos he leído, de algunas insignes tradiciones y de algunas leales proezas que he visto hacer; de algunas cosas buenas que pasan por malas y de muchas que ante mis ojos han pasado allende el mar; voy a escribir algunas historias que parecen novelas y algunos cuentos que son historias; todo ello tan descosido, tan ilógico, tan destartelado y fantástico como mi vieja poesía; pero acaso más útil, más trascendental y más de mi tiempo; lo cual será curioso, porque manifestará que, habiendo vivido entre vejezes y sido narrador de viejas historias en mi juventud, entro, viejo verde, en la corriente del tiempo nuevo en mi vejez, y me preparo a morir vestido a la última moda y según el último figurín. Voy a sentarme sobre mi ataúd a la puerta del cementerio a ver a los que ante mí pasan muertos o vivos; he pasado mi vida derramando flores, consuelos y esperanzas; voy a sacudirme de encima algunas espinas que han dejado en mi piel los ramos de rosas de que he llevado cargados mis brazos, y a reírme del mundo como me he reído de mí mismo después de haber llorado las ajenas desventuras, haciendo reír con las mías.

Huye, pues, de mí, espíritu, inspiración entusiasta y creyente de mi poesía juvenil; vuélvete al cielo, de donde viniste, musa cristiana mía, que no naciste en el Parnaso, ni en la Castalia fuente bebiste, y deja a mi lado al olímpico bufón, semidios pagano y representante bufó de nuestro desvergonzado positivismo, para morirme riendo con él de lo que he vivido cantando y glorificando.

¡Evohé!, baced paso al viejo Sileno, que, coronado de pámpanos sobre su asnillo cojo y orejigacho, atraviesa el fangoso circo de la tierra, resbaladizo y rojo con la sangre de los soberanos y de sus legiones, encharcado a trechos con las lágrimas de los pueblos, y alumbrado por la luz de la filosofía alemana y del incendio nihilista de Rusia. ¡Evohé!, bebamos vino peleón de a diez y seis cuartos, y hablemos en prosa flamenca. Tomemos el tiempo conforme viene. Discutamos al Criador y corriamos la creación: invoquemos a Cristo y ametrallamos a los cristianos; establezcamos una casa de beneficencia en cada plaza y una administración de loterías en cada esquina: que no quede el pueblo más ruin sin plaza de toros, y que no pase nunca la moda de los trajes ceñidos, que presnan las entrañas a nuestras mujeres, pero que dejan adivinar sus formas, cuyo movimiento las hace más incentivas que la plástica desnudez del paganismo. ¡Oro, mucho oro!, el oro es la luz: tomémoslo de donde lo hallemos, y escribamos, como Séneca, un tratado de moral sobre una mesa de pórvido con mosaicos de ágata. Y como dicen los árabes: *Besm Allah alrrahman alrahin*. En el nombre de Dios clemente y misericordioso: aquí acaban mis RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO.

TRAS EL PIRINEO

SEGUNDA PARTE DE LOS RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO

Después de la muerte de mi padre, mi cerebro se entenebró y no volví a tener rumbo ni a proponerme fin en el camino de la vida; viví al azar, esperando morir sin desear ni temer la muerte. Aborrecí todo lo pasado, y no hubiera querido poder olvidarlo; si me hubiera quedado una renta segura, por exigua que hubiera sido, habría yo inventado una novela para dar la noticia de mi muerte; y cambiando de nombre, hubiera desaparecido tranquilamente de la existencia literaria y civil que me habían creado mis escritos y en que la fortuna me había hecho nacer. Esta idea me halagó largo tiempo; rompí con todo lo pasado, patria, familia, amigos... y me quedé solo en París. Solo vivía, solo paseaba y con ningún español me trataba que conocirme pudiera. El haber anunciado mi poema de *Granada* me obligaba a cumplir la palabra que a mí mismo me había dado, y a no estafar el capital para tal obra aportado por R. de G. y por un mi pariente, que fué al fin más desventurado que yo, muriendo abandonado de su ingrata esposa y rodeado de mala compañía. Trabajaba, pues, en mi poema con febril afán, y salía no más de mi modesto albergue a ver con la luz del Ayuntamiento a aquel populoso París, a quien no veía ni de quien ver con el sol me dejaba. Pasando a veces por los *boulevards* de la Magdalena y los Italianos confundido entre la ociosa multitud, veía a algunos de mis amigos bajo los toldos de los cafés, conversando o saboreando el moka, o saliendo o entrando en los teatros; ni yo les abordaba, ni en mí reparaban ellos; y cuando entre diez y once, para retirarme a mi estudiantil tugurio, atravesaba alguno de sus puentes, el Sena me atraía con su turbia y cenagosa corriente, y luchaba mi dignidad un momento con la idea, jamás por mi conciencia aceptada, del suicidio; lo que de él me salvó entonces, fué, sin duda, el saber nadar: tuve miedo a una prolongada agonía y a una vergonzosa exposición póstuma en la *morgue*.

No recuerdo cómo volví a la sociedad; pero empecé la impresión de mi poema de *Granada* ayudado y amparado por el amigo más sincero, más benévolo y más tolerante con mi carácter veleidoso y huraño: quien, con Fernando de la Vera, sustituyó entonces (y éste sustituye todavía) en el mundo, a cuanto mi padre se había llevado de mí al sepulcro: la fe, la esperanza, la familia, el hogar... y no digo la honradez, porque el trabajo me ha evitado el perderla. ¿Y por qué no escribir el nombre de aquel amigo, que no labró mi felicidad porque Dios dejó al diablo apoderarse de mi cerebro y de mi corazón, en los cuales no pudo él meter la luz de sus severos principios y de su buen sentido práctico?

Era don Bartolomé Muriel, veracruzano, establecido en París por aquellos años; hombre de mundo, caballeroso y de aristocráticas costumbres, expatriado voluntariamente de Méjico, amigo de los españoles y grandemente relacionado en Europa. Permite sus rentas costear una lujosa morada sobre el *boulevard* de la Magdalena, en la cual vivía solo, teniendo preparada habitación para sus dos hermanos, uno de los cuales no supe nunca dónde residía, y otro que era oficial del ejército austríaco.

En una de la de éstos me instaló una noche, no recuerdo cómo a la mano se nos vino de ello la ocasión ni el motivo; puso a mi disposición su biblioteca, y dándome una diminuta llave de secreto, igual a la con que abría él la puerta de la escalera, me dijo:

«Aquí es usted el dueño absoluto de cuanto hay en este cuarto; le encontrará siempre servido de día por un criado, que acudirá al son de la campanilla, cuyo cordón tiene usted en la alcoba; de noche se servirá usted solo, como yo. Puede usted retirarse a la hora que guste; a nadie estorbará usted, ni hará usted esperar; comerá usted donde y como quiera; pero los domingos lo hará usted con algunos amigos que a mi mesa reúno; es el único día que como en mi casa, y no sé comer solo. Yo no pasaré nunca a este aposento; de diez a doce me hallará usted siempre en el mío; y si alguna vez se encuentra usted sin el dinero preciso para su gasto diario, no tiene usted más que enviarme a decir por escrito con el criado lo que necesita por la noche, y lo tendrá usted a la mañana siguiente.»

Muriel era aficionadísimo a las artes, y había gastado mucho en cuadros con que adornar su casa; yo tenía la Santa Cecilia, de Guido Reni, a la cabecera de mi cama, y frente a mi pupitre una Santa Lucía de Zurbarán; en la introducción y dedicatoria de mi poema de *Granada*, he dado una idea del aposento en que Muriel me alojó. En él escribí el segundo tomo y lo que del tercero conservo inédito de aquel poema: allí estudié árabe con el Rdo. Cassangian, sacerdote armenio eruditísimo, que trabajaba en un diccionario árabe con significados en siete lenguas, en cuyas partes española e italiana le ayudé lo que pude, y de quien salí malísimo discípulo, separándome al fin de él por un viaje que tuve necesidad de emprender a Bélgica.

Tengo idea de que este sabio Cassangian no quiso vender su diccionario a una Sociedad inglesa en siete mil quinientos duros, y que fué al fin elevado a la dignidad episcopal, asistiendo al Concilio ecuménico convocado por Pío IX. No quisiera confundir su persona con otra: de él conservo el más agradable recuerdo, porque era el hombre más recto y más aprovechador del tiempo del mundo; un minuto de retraso en la hora de la lección, le causaba una pesadumbre, y él entraba en mi cuarto a las diez en punto, reloj en mano; ponía el suyo sobre la mesa durante la lección, y al tocar el minutero en las once, se levantaba. Vestía de armenio, con jubón y enagua de paño negro, bajo de un balandrán a manera de kaitán turco; calzaba con media blanca y zapato negro, y tocaba su cabeza con una especie de fez rojo sin borla. No comprendía cómo sufríamos los europeos el pantalón, que él jamás había usado, y llevaba en todo tiempo un paraguas azul, que le servía para el sol como para la lluvia. *La Ilustración* y el *Museo de Familias* publicaron su retrato, llamándole *el sacerdote armenio de la biblioteca*, porque se pasaba en la de Richelieu todas las horas en que estaba abierta; y los que de aquel tiempo vivían, no habrán podido olvidar la figura de aquel sabio, honrado y virtuoso sacerdote.

Mi poema tuvo una maravillosa aceptación: a los cuarenta días de publicación tenía vendidos mil ejemplares a Cipriano de las Cajigas para Méjico: quinientos a Baudry para Alemania, y setecientos cincuenta a varios corresponsales en París de libreros americanos; pero su éxito fué para mí infructuoso, porque Ignacio Boix, que me compró dos mil ejemplares, quebró antes del plazo en que expiraba el pagaré con que me los aseguré; y Dionisio Hidalgo, contra mi orden expresa, vendió condicionalmente a algunos editores de la América del Sur, y no vimos más que la prima dada por sus enviados en París. Añadiendo a este sistema de contabilidad que un hermano de Boix reimprimió en Méjico el poema, que Cajigas había comprado dándole a mitad de precio, y que se hacían de él reimpressiones en Bélgica y en varios puntos de América, simultáneas con la mía y conforme yo iba publicando mis tomos, resultó que iba yo a ser tan famoso como pobre por mi poema. Decidí, pues, matar las reimpressiones matando mi publicación y renunciando a ser propietario de mis obras, cuya celebridad me iba a empobrecer, enriqueciendo a mis reimpresores.

Estaba escrito, como dicen los árabes, que el miserable ingenio que Dios me dio

no me había de servir más que para mi perdición; mis versos estaban malditos por mi padre, y yo comencé a aborrecerlos, comenzando a pensar en atravesar el Atlántico en busca de una muerte que creí yo casi segura, bajo pretexto de ir a buscar una fortuna, que estaba yo más seguro de no alcanzar jamás con mis obras.

Afianzáronme en mi determinación algunas miserias de la vida que de la mía me hastiaron por mi falta de sentido práctico, que probada llevo en esta desordenada narración de los desatinos que forman la cadena de los hechos de la inconcebible existencia mía, algunos de los cuales no tengo inconveniente en revelar.

Casóse Eugenia de Montijo con Napoleón III, y tratóse de regalarla un álbum por los poetas españoles. Surgieron en España no sé qué obstáculos para la pronta formación de este álbum, y el general C., apoderado particular de la ya Emperatriz de los franceses, me escribió a Bélgica diciéndome que la condesa del Montijo esperaba que yo escribiese algo a la nueva soberana; que a Mery se le habían dado cinco mil francos y la cruz de la Legión de Honor por su cantata epitalámica, etc., etc. Contesté yo que el advenimiento de una dama española al trono francés era un hecho histórico que no había por qué no celebrar; y que no teniendo yo compromiso alguno con la política de España, a ninguno de cuyos partidos estaba ligado, yo haría lo que supiese, sin que hubiera que darme por eso más que una sonrisa o la palabra «gracias» de la hermosa soberana, y envié a pocos días a París mi conocida serenata. Instáronme porque volviera a la capital de Francia; fui, y envié M. Damas Hinard, secretario de la Emperatriz, un billete de recepción para que yo la ofreciese mi autógrafo; pero en la mañana de la tarde en que debía yo por S. M. ser recibido, cayó enferma; y lo fui por M. Tascher de la Pagerie, con quien cambié treinta cortesías en un minuto; y entregándole mi manuscrito... no volví a saber ni a hablar más de semejante cosa.

Dijéronme que se me había concedido la Legión de Honor; pero que nuestro Embajador, a quien yo no conocía, ni recuerdo siquiera quién fuese, había dado de mí muy malos informes... y allá quedaron cruz, serenata y honras mías.

Creí yo que si mis circunstancias eran buenas para pedirme aquel trabajo cuando había dificultad u oposición en hacerlo, no era justo tenerlas en cuenta para hacerme un desaire que no había provocado mi petulancia, cuando bien en la sombra me estaba yo en Bélgica.

Pocos días después pasé por la mayor vergüenza en que en mi vida me he visto. Habíame un mi amigo de Madrid presentado dos carlistas emigrados que lo eran suyos, y que trabajaban en la imprenta de M. Pillet, donde imprimía yo mi *Granada*. Corrió el mayor de ambos con la corrección de pruebas y demás trabajos de impresión, y cumplió, en verdad, con la mayor exactitud. Tenía yo convenido con el impresor el pago de cada tomo por terceras partes: una al contado, otra a tres y otra a nueve meses de plazo, cada una de ellas de dos mil y pico de francos. Un día vino el recomendado de mi amigo a proponerme aceptar mi pagaré, y saldarle a su vencimiento con fondos que su familia le mandaba de España, si yo le hacía el servicio de adelantarle los dos mil francos. Créime en el caso de hacerle tal servicio por la recomendación de nuestro común amigo; endoséle el pagaré; entreguéle los francos y no volví más a pensar en ellos.

El 17 de octubre, a las seis de la mañana, abrióse la puerta del cuarto que en un hotel habitaba, y un hombre que me enseñó una faja tricolor y mi pagaré, me preguntó si le pagaba o no. Díjele que había de ser pagado por fulano, y díjome que el tal se había embarcado el 15 en el Havre para la Habana, y que yo era el único responsable de pagaré. Un deudor extranjeró sin casa puesta, es un perró en Inglaterra y en Francia: pagas o presas. El agente del Tribunal de Comercio registraba desvergonzadamente mis libros y mis efectos, mientras yo me vestía para seguirle al Juzgado; pero habiendo

tropezado con un ejemplar de la edición de Baudry de mis obras completas, me preguntó si era yo el autor; y al decirle yo que sí, cambió de tono y maneras, confesándose que comprendía era yo víctima de una estafa, y ofreciéndose a hacer mi posición lo más llevadera posible. Vivía yo entonces de ochocientos francos mensuales que me daban los hermanos G. por la confección de un periódico español quincenal que enviaban a América; no tenía, pues, dos mil francos en mi casa; pero podían adelantármelos aquellos editores. El agente del Tribunal de Comercio me metió en un coche de alquiler, donde nos esperaban dos alguaciles de presa, y me llevó ante un somnoliento juez, que me preguntó:

—¿Paga usted o no?

—Sí.

—Pues pague usted.

—Necesito veinticuatro horas.

—No; ahora.

—No puedo.

—Pues a Clichy (prisión por deudas).

Volvíme a poder del agente, y a meterme con él y los de presa en el coche.

En él me explicó el hombre de la ley que en aquel coche podíamos pasearnos por París hasta las cinco de la tarde: que yo podía ir en él a todas partes donde creyera que podía procurarme el dinero; pero que no podía bajar del carruaje, ni entrar en ninguna casa, porque él no podía volverme a prender dentro de ninguna. Ir a la de mis editores en aquel coche y aquella compañía, era inútil; me tendrían por el estafador, siendo el estafado; hacer bajar a ningún amigo, ni aún a Fernando de la Vera, para que dentro de aquel vehículo me contemplara, era más fuerte que yo; conque ¡Clichy! Pero el bueno del agente seguía callejeando, esperando que me ocurriera una buena idea. No me ocurrió: sino que al pasar por la calle de Luxemburgo, salía de su casa Muriel; vióme, y comprendiendo mi situación... paró el carruaje; preguntó la cantidad, volvió a subir a su aposento y tornó a bajar con una carta-orden de dos mil quinientos francos contra su banquero; no tenía el dinero en casa. Fui a la del banquero; cobré y pagué en el patio y me volví a mi hotel, del cual saqué mis baúles sin hablar palabra.

Cuando volví a ver a Muriel, fué para pedirle cartas de recomendación para Méjico, lo que él me había alguna vez aconsejado.

Hubo otro caso extraño que me decidió a salir de París; pero entra en el dominio de lo fantástico, pertenece a aquellas extravagancias que formaron la base de mi poesía, extraviando y descompaginando mis ideas, arrastrándome al camino del manicomio.

He aquí el hecho:

II

Por hurraño que mi carácter fuese, y por esquivo que yo con la sociedad me mostrase, no podía vivir sin sociedad alguna; ninguna, pues, frecuentaba, pero a algunas asistía alguna vez. Para colmo de desgracia, y por complemento de mi locura, se había engendrado en mi corazón una pasión loca, que estaba dispuesto a sofocar, pero que no me atrevía a romper; no sabía cómo decir ni cómo ocultar a una mujer a quien amaba que mi ida a América no tendría vuelta; porque, decidido a cruzar el Atlántico, iba desesperanzado de hacer fortuna, y casi seguro y con la esperanza casi de encontrar la muerte.

Yo he vivido siempre con la sonrisa en los labios y con la boca llena de alegres palabras; pero he llevado siempre la tristeza en el corazón, por no haber sabido lograr jamás lo que me he propuesto, pareciéndome siempre en conciencia justo y bueno lo que me

proponía. Así es que en mi corazón no he dejado jamás penetrar a nadie, para lo cual he aprendido desde muy joven una cosa muy difícil de poner en práctica: el arte de hablar mucho sin decir nada, que es en lo que consiste generalmente mi poesía lírica, aunque por ella se extravasaba la melancolía y en ella rebosa la amargura de mi alma. Yo soy un hombre muy alegre y un poeta muy triste, de lo que resulta que mi poesía y yo parecemos falsos, y tal vez somos de *doublé* mi poesía y yo; pero no soy yo ni mis contemporáneos, sino la posteridad, quien ha de aquilatar el carácter del hombre y el valor de su poesía: *ai posteri dunque l'ardua sentenza...* si los pósteros llegan a tomarnos en serio a mi poesía y a mí. De aquella no se me da una higa, y de mí pienso decir ingenuamente lo que creo en este libro, por si es el último que escribo, y para que no digan los pósteros ni mis contemporáneos que de engañarles traté, disimulando mis malas cualidades, ni que alucinarles quise defendiendo los defectos de mis obras; y como de éstas no es ahora cuestión, sino de aquéllas, hablemos un poco de mis malas cualidades.

Una de ellas es la de no haber podido creer en el amor de las mujeres: entendámonos, en el amor por mí de ninguna mujer; no hablo de las legítimas, porque éstas, sabiendo ya en todo a qué atenerse conmigo, no han podido dudar de nada; hablo de las cien mil mujeres que hablan de amor en nuestra sociedad, que de todo habla. Desde que tuve la desgracia de escribir mi *Don Juan Tenorio*, y desde que hasta los Tenorios de taberna supieron de memoria y dirigieron a sus queridas la carta de Don Juan a mi doña Inés, consideré completamente perdidos para mí los corazones de todas las mujeres españolas y de todas las que, en las Américas que españolas fueron, hablan el castellano. Hombre sencillo y de vulgarísimas costumbres, de pequeña estatura y exterior de solidez harto dudosa, tenía necesariamente que ser mal juzgado por las mujeres; las devotas y melindrosas me iban a tener por un monstruo de doblez, doctor graduado en la academia de seducción infernal de Satanás; las de abierto carácter y acomodaticia conciencia, iban a esperar de mí nubes de incienso, exhaladas de mi poesía en perpetuos y apasionados madrigales, décimas derretidas y cartas como la de Margarita la tornera y doña Inés de Ulloa; las ardientes y apasionadas iban a tomarme por profesor de una nueva escuela de disolución, y por inventor de nuevos, poéticos y nunca sentidos placeres, y las románticas e idealistas iban a creer que me alimentaba con alones de silfos y pechugas de colibrí, condimentados con ámbar y ambrosía, rocío matinal y esencia de rosa de Constantinopla. Comprendí, pues, que en la práctica del amor el hombre iba necesariamente a desacreditar al poeta; que el poeta iba a llevarse al hombre por los países imaginarios del amor, y que ninguna mujer que creyera amarme, si llegaba a dar con alguna que de veras me amara, iba a saber ella misma a quién en mí amaba, si al hombre o al poeta, ni qué era lo que en mí favor había alucinado su fantasía y arrastrado su corazón; si esta aura de poesía de que mi fama me ha rodeado, esta reputación de poeta amoroso que las amorosas cartas de mis galanes me han dado, o la sinceridad alegre y la cordial simpatía del hombre cuyo exterior casi raquítico está en contradicción con la exuberancia amorosa de su florida y seductora poesía.

He pasado, pues, con la mitad de las mujeres por un imbécil que no supo jamás atrapar por su único cabello a la ocasión, que por la palma de mi mano pasaba rozando; y grosero con la otra mitad, porque pagué sus falsos melindres con un autógrafo o un retrato al tiempo de volverles las espaldas, y me he casado dos veces tan vulgarmente como cualquier tendero de aceite y vinagre, sin consultarlo con nadie y sin dar a nadie parte ni responsabilidad en el asunto.

Y sin embargo, amaba a una mujer antes de salir de Europa, y la amaba hasta el punto de no atreverme a revelarla mi decidida resolución de no volver.

Y porque a ella iba esta mujer, iba yo a una sociedad, en la cual se reunían algunos

ingenios italianos, franceses y españoles; más o menos conocidos y célebres después, y algunas señoras de conocido talento o de notable hermosura. Americanos eran los dueños de la casa, y entre las americanas que su salón frecuentaban había una preciosísima chilena, casada con un rico inglés, que, siendo cónsul en su país, allá la había conocido, y de ella se había perdidamente enamorado. Rayaba en alta la estatura de aquella chilena, y comenzaban sus formas a cargarse con la redondez de los treinta y un años; pero aún conservaban su talle la flexibilidad y su paso la ligereza juvenil, llenando la incipiente amplitud de sus contornos de graciosos hoyitos, sus mejillas y las comisuras de su risueña boca. Dos ojos pardos, grandes, luminosos y tranquilos, revelaban en su faz la tranquilidad de su alma y la pureza de sus pensamientos; y una abundante y algo riza cabellera castaña coronaba su escultural hermosura, como las marañas de flotante niebla coronan las montañas de su país al levantarse el sol sobre el horizonte. Dos hijas tenía, como su padre rubias, y crecidas y esbeltas como dos ángeles de Alberto Dürero: la una de once y la otra de catorce años, con quienes y con ella dividía el rico inglés su cariño, labrándolas una existencia que todos envidiaban; libres las tres de la presencia de una hija que el inglés hubo en cuatro meses de primer matrimonio, y que en Londres residía casada con un socio, que en ciertos negocios en la India le ayudó a reunir la riqueza de que sus rentas provenían. El inglés se había captado el respeto, y la chilena el cariño de nuestra sociedad, y ningún sábado comenzamos sin ellos la música y la lectura que sosteníamos italianos y españoles, en competencia de franceses y alemanes.

Había yo escrito, no recuerdo si en unas notas de *Granada*, un tratado de quiromancia, y un supersticioso italiano me había atribuido el arte de tirar las cartas, por un artículo que sobre cartomancia y adivinación había yo, para un periódico americano, escrito por aquellos días. Un sábado de octubre de 1855 esperábamos en hora temprana la reunión de nuestra sociedad, que solía comenzar a las diez, la mujer amada por mí, los dueños de la casa y tres o cuatro de los artistas que nuestras veladas amenizaban, de los cuales eran, y sea dicho de paso, la inolvidable Persiani y el famoso Moriani, a quien se llamaba *il tenore della morte*, por lo bien que sabía morir en *Stradella*, *Lucia* y *Lucrecia*, y a quienes habíamos conocido en Londres. Las mesas de juego estaban preparadas, y mientras cuatro o cinco señoras cuchicheaban alrededor de la chimenea, y los hombres hojeaban un álbum en el velador, hacía y deshacía yo distraídamente una baraja, porque hay que saber que yo no sé jugar a ningún juego de naipes; pero barajaba las cartas con la destreza del más consumado tahir.

Al dar los tres cuartos para las diez, entró en el salón nuestra hermosa chilena con sus dos niñas y sin su marido; y como después de los saludos y cortesías de entrada volviese yo a barajar, distraído en los turbios pensamientos que en la imaginación me oscurecían, la chilena vino a mí, diciéndome de repente:

—He leído de usted hoy cosas que me han llamado la atención; ¿quiere usted decirme la buenaventura y tirarme las cartas? Mi marido tiene por estas dos cosas una aversión inconcebible; pero ahora que no está aquí, y siendo usted el nigromántico, tendría yo un gran placer en ver lo que nunca he visto. Veamos, ¿que hay escrito en mi mano?

Y me tendió abierta su izquierda mano, desnuda del guante. Yo no he creído nunca más que en Dios, y estoy felizmente libre de toda superstición; las conozco todas, de todas me he valido en mis escritos para hacer efecto sobre la imaginación de mis lectores; pero de todas me río, y compasión me inspiran todos los que creen o temen los agujeros, hechicerías y evocaciones. Tomé a broma la demanda de la chilena, y con mi mano izquierda los cuatro dedos de la suya, como si fuera a estudiar sus rayas; cogí de mis la-

bios con los cinco de mi diestra un beso, que hice muestra de colocar con ellos en su palma, y la dije.

—Aquí no hay más que lo que mi deseo pone con este ósculo tan respetuoso como galán: larga vida, ventura y salud bajo la bendición de Dios.

Amohínose un tantico la voluntariosa chilena; apercebieronse de lo que entre ella y yo pasaba los circunstantes; empeñáronse en que satisficiera yo su capricho; rehusé yo, alegando la vanidad de semejantes prácticas; tornaron a insistir, y volví yo a rehusar; pero importunado al fin, y creyendo notar en la curiosa dama no sé qué febril exaltación, que me pareció extraña en ella, barajé sonriendo, díla a cortar la baraja, cortó creo que temblando, tendí siete cartas tapadas sobre la mesa, y la mandé volver una; volvió un as de *carreau*, y tornando yo a confundir y mezclar las siete cartas aún no vistas, volví a tenderlas descubiertas alrededor del as; apareciendo en aquella combinación un agüero tan terrible como inverosímil. Notó ella, sin duda, en mi semblante la mala impresión que aquella combinación me había hecho, y poniéndome en el hombro su diestra, me dijo,

—Cuidado, que quiero la verdad!

—Pues bien—respondí yo—, como la cosa es tan absurda, las cartas dicen que «en los siete días entrará la justicia en su casa de usted, por una muerte, y se disolverá una familia».

Quedóse la dama un instante pensativa, y echándose a reír, nos reímos todos. Entraron los contertulios, cantó Moriani, se leyó, se bailó, y a la una nos despedimos, las señoras con besos y los hombres con apretones de manos, y cada cual se volvió a su casa, a través de la nieve con que empozaban a blanquearse las calles.

III

El sábado siguiente, a las diez, viendo yo que la dueña de la casa llevaba a una señora al piano y que Iradier se sentaba a él para acompañarla, pregunté yo.

—Pero qué, ¿no esperamos a nuestra hermosa chilena?

—Miráronme todos con asombro, y la señora exclamó.

—¿Pero no sabe usted?...?

—Nada: ¿qué hay?

—Que su marido resbaló el miércoles al entrar en su casa, y cayó de espaldas perdiendo el sentido. Le subieron a su lecho, y expiró a las dos horas sin poder hablar ni hacer testamento; y como la fortuna del marido está sujeta a no sé qué leyes inglesas, es la hija del primer matrimonio la que todo lo hereda.

No quise oír más. Una pesadumbre inmensa se apoderó de mi espíritu y trastornó mi cuerpo; la sociedad comprendió el mal que semejante noticia me causaba; y no habiendo llegado tampoco aún la mujer a quien yo amaba y por quien allí concurría, salí de aquella casa y pasé aquella noche insomne, determinando apresurar mi viaje y salir de París para no volver a encontrarme con aquella infeliz mujer, que debía de unir para siempre mi recuerdo al de su desventura.

Yo no creo más que en Dios y soy cristiano por convicción; pero la imagen y la historia de aquella hermosa chilena se conserva en mi memoria, tan poética como melancólica, y vaga por el campo fantástico de mi imaginación en compañía de la hija epiléptica de Ménéo Maggiorotti, mercader de lanas en Cádiz.

Yo moriré probablemente en un manicomio, pero poeta hasta la muerte; ¡cuán poéticas afecciones se aposentarán en mi corazón hasta mi último suspiro!... porque yo he

derramado en mis libros la poesía de mi imaginación, pero he guardado la de mi corazón para mí.

IV

El 27 de noviembre de 1854 me despedía de Muriel y de Torres Caicedo, quienes me habían procurado veintidós cartas de recomendación para Méjico; yo iba recomendado por importantes personajes influyentes de las Américas españolas, desde el presidente de la república, Santana, hasta el empresario del Teatro Viejo, y llevaba un pequeño crédito para hacer frente a los gastos de los primeros días de mi llegada, suponiendo Muriel que con mi nombre y las cartas, no necesitaría más en Méjico para hacer allí mi fortuna.

El 28 por la noche me despedía en la estación del ferrocarril una mujer en cuyos brazos dormía un ser inocente nacido en el pecado, por quien debía yo vivir, trabajar y volver de América rico. A las dos de la mañana me embarqué en Boulogne, en uno de los viejos cascarones que hacían entonces la travesía del canal de la Mancha, y a las ocho me alojé en Londres en un modesto hotel, no lejos de Charing-Croze.

Londres es para mí la ciudad más antipática del universo, y los ingleses de Londres los más antipáticos individuos de la raza humana. El inglés de Londres cree que para ser algo en el mundo, y para salvarse después de la muerte, lo primero que se necesita es haber nacido inglés y en Londres, y que el resto de la tierra no es más que el patio y las caballerizas de Inglaterra. Mi padre me decía pocos meses antes de morir en Torquemada:

—Desengáñate, hijo; mientras el mar no se trague la isla de la Gran Bretaña, no habrá paz en ninguna parte.

Y sea por la mala idea que de ellos me hizo concebir mi padre antes de que yo los viera en su país, o sea porque yo lo he visto siempre a través de Gibraltar, pasé por Londres sin detenerme más que a tomar mi pasaje de primera cámara en el *Paraná*, y continué mi viaje a Southampton, de cuyo puerto debía zarpar. Pero el *Paraná* no anclaba en Southampton: el Gobierno inglés le había embargado para llevar tres mil hombres a Crimea; y aunque la Compañía de los vapores del Atlántico gestionaba con esperanzas la devolución de aquel buque y preparaba otro, los viajeros y la correspondencia del *Paraná* debíamos esperar indefinidamente a que se resolviese la cuestión entre el Gobierno y la Compañía. En las oficinas de la Agencia de ésta tropecé con el general mejicano García-Conde, a quien me había presentado en París el embajador Pacheco, y que debía ser compañero mío de navegación. Mal de muchos... y nos juntamos y comenzamos a vivir juntos, y a comentar nuestra situación expectante, animándonos el uno al otro a esperar, renegando de Inglaterra, el momento de salir de su territorio modelo. Al otro día por la mañana oímos hablar español en el cuarto inmediato al que nos alojábamos, y el general García-Conde creyó oír pronunciar mi nombre por los que en español hablaban. Propusimos verlos, por si conocidos nos eran; pusimos en acecho, dejando entreabierta la de nuestro aposento para ver a los que por la puerta del inmediato saliesen, y al fin di yo en brazos de Ramón Losada, el relojero de Regent-Street, que era el huésped del contiguo aposento. Rió, bromeó, se conmovió y aún lloró escuchándome; aprobó mi resolución de ir a Méjico, me presentó a un joven que le acompañaba, pasajero también del *Paraná*, y me dió dos cartas para la capital del imperio de Moctezuma: la una para un loco que escribía en periódicos y que podía servirme de mucho, y la otra para un su corresponsal, que podría darme por cuenta suya seiscientos duros en la ocasión en que yo los necesitara.

Losada era en Inglaterra un originalísimo personaje: conocido en todas partes, en todas era útil y por todas se metía como por su casa. A la de un conocido suyo nos hizo trasladar con nuestros equipajes, y en ella estuvimos cuatro días cómoda y alegremente. Allí me hizo trabar amistad con el joven en cuya compañía venía, que era un señor don Ángel Juanbelz, comerciante enriquecido en San Luis de Potosí, adonde regresaba, y a quien me puso por compañero en el camarote del buque, cambiando mi billete por otro mejor, según dijo y razones que me dió. Dejéle hacer, convencido de su buena voluntad y de su conocimiento de aquel país y de aquellas gentes, y cuatro días después del en que debía partir, esto es, el 6 en lugar del 2, apareció en el puerto el *Paraná*, buque negro, viejo, enorme y feo, como la ballena que se tragó a Jonás. El 8, al mediodía, nos condujo Losada en un bote a bordo, nos recomendó al capitán Lees, a quien conocía, nos instaló juntos al general García-Conde, a Juanbelz y a mí; y he aquí un rasgo característico de Losada, que se había hecho inglés y era comerciante.

A última hora, encerrándose con Juanbelz y conmigo en el camarote, me dijo de esta manera:

—El señor Juanbelz lleva de mi fábrica cuarenta relojes a Méjico. Cuando desembarquen ustedes en Veracruz, él, que conoce allí a todo el mundo, dirá a todos quién es usted y armará el jaleo consiguiente. Su reputación de usted hará probablemente inviolable su equipaje; hágame usted el favor de meter en el fondo de su maleta los cuarenta relojes de mi amigo, y unos cuantos paquetes de encajes de Bruselas que con ellos lleva, y nos ayudará usted a hacer una grande economía.

—Pero, hombre—le dije—, ¿y si me registran mi equipaje?

—Juanbelz, que estará presente, lo declarará suyo, pagará, y no haremos la economía.

Fraude lo llamé yo en mi conciencia; pero como ni los aduaneros ni los Gobiernos suelen tenerla, me callé; y quien calla otorga, dice el refrán.

Comenzó el *Paraná* a lanzar resoplidos de humo y fuego por sus válvulas y chimeneas, y a sacudir aletazos como Leviatán, y comenzaron a abandonarles los que en los botes a Southampon debían volverse. Losada abrió un saco que consigo traía, y comenzó a llenar de cajetillas y de tabacos habanos el sombrero de Juanbelz; pidióme luego el mío, e hizo con él la misma operación, diciendo:

—En el buque todo el mundo fuma, y mucho; no hay cosa mejor que hacer. Usted, que no es gran fumador, busque las cajetillas del fondo, que son las de mejor papel, y acuérdesese de mí siempre.

Y así diciendo nos abrazó, se lanzó al bote tan ligero y seguro y alegre como un muchacho; y cuando el *Paraná* se mecía ya entre cielo y agua, le vimos con el antejo del capitán saltar en el muelle y desaparecer entre la gente. Fué el último español y el último amigo de quien me despedí, convencido de no volverle a ver.

Al arreglar mi equipaje en mi camarote, y al desocupar, para colocarle en su funda, mi sombrero de las cajetillas con que Losada me le había atestado, hallé entre las del fondo una carta dirigida a mi nombre, que decía: «el capitán te los cambiará»; hablaba de cuatro billetes de veinticinco libras esterlinas, que acompañaban dentro del sobre sus cinco palabras escritas en un pedazo de mal papel. Tal era Losada, de quien ya he dicho algo en mis RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO.

V

No hay soledad más grande que la del mar. La primera noche en que me hallé solo entre cielo y agua sobre la cubierta de aquella monstruosa amalgama de madera vieja

y de hierro mohoso que se llamaba el *Paraná*, ha sido la más triste de mi poquisima alegre vida.

Toda la pasada, día por día, hora por hora, se me vino a la memoria: la casa de Valladolid en donde nací, con su jardín, desde el cual, atados a un hilo que ella me echaba desde un balcón de la casa inmediata, enviaba yo a Nieves Masas un puñado de alielies y unos capullos de rosas; la iglesia de San Martín, en donde me bautizaron y donde me llevaba a misa mi madre; las dos hermanas rubias hijas de la hermosa marquesa de Villasante, las cuales, cuando niño, me habían parecido dos ángeles, y cuando mozo y estudiante, dos figuras flamencas, vivas; arrancadas de un cuadro de Rubens; todas las mujeres a quienes por mi madre había conocido, y cuya imagen y cuyo recuerdo adoraba por el de mi madre, cuya imagen, de todas cercada, evocaba mi memoria con la maravillosa luzidez del sonámbulo y con la tristeza desesperada del moribundo; todo cuanto había amado, cuanto por algo, aún por el pesar, me había sido caro en mi existencia; todo lo bello, lo luminoso, lo poético de mi pasado, la gloria, la amistad, el favor; todo lo que había podido obtener y no había querido aceptar por merecer la estimación de mi padre; todo lo alegre y fantástico de mi niñez; todo lo revuelto y afanoso de mi juventud; todo lo aislado, lo esquivo, huraño, misterioso y desesperado de mi edad madura; todo lo inútil de mis versos; toda mi ingratitud para con mi pueblo, que por ellos me había aplaudido y coronado y glorificado en vida; todo el pandemonium de efectos mal sofocados, de pasiones mal concebidas, de facultades mal empleadas, que habían producido el desvarío descarriado de mi imaginación, el vacío de mi corazón, el vacío de mi poesía, el vacío de mi fe, el vacío de mi esperanza, la nulificación de mi reputación y de mi personalidad; todo lo que constituye y caracteriza una individualidad, perdido por mi insensatez..., todo esto surgió en el caos de mi alma, y dudé de mí mismo, y desconfié de Dios, cuya faz contemplaba tras aquel azul estrellado cielo, a través de las vergas del *Paraná*, que el mar tranquilo inclinaba de babor a estribor y de proa a popa, según sus ondas se hacían espuma en sus costados o se partían en su quilla, resbalando partidas bajo su viejo y panzudo casco.

Y al son monótono y regular del agua y de la máquina, me horé envuelto en mi capotón de viaje, como si en él me llevaran amortajado a enterrarme vivo, hasta que al fin el cuerpo fatigado, la materia bruta, venciendo al espíritu, me sumió entre mis lágrimas en un sueño pesado, febril e inquieto, imagen y hermano de la agonía que precede a la muerte del criminal a quien sus remordimientos ahogan, o del loco cuyos delirios dislocan y desencajan la máquina del cerebro, sumiéndole en las tenebras de la demencia, que son hermanas de las de la muerte.

Pero, Dios mío, ¿qué le importa a nadie lo que en mi corazón ha pasado? Vamos a lo que pasaba en el *Paraná*, a los pormenores trágico-cómicos y casi ridículos de aquella navegación.

EN EL MAR

(TERCERA PARTE DE LOS RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO)

I

Los ingleses son los hombres más formales y más formalistas del mundo, y los mejores marinos que navegan por todos los mares conocidos; un buque inglés funciona con la misma precisión que un reloj de French, y un capitán de la marina inglesa va en su

buque sobre las aguas como el difunto Neptuno en su carro tirado de tritones y escoltado por delfines.

Pero cobra buena fama, y en todas partes cuecen habas; embarcaos en el *Paraná*. El Almirantazgo había destinado este buque al transporte de tres mil hombres a Crimea; el *Paraná* era de esta capacidad, pero la Compañía a quien pertenecía era incapaz de soltar el *Paraná* sin disputárselo al Almirantazgo; y en Inglaterra hay Compañías capaces de tenérselas tiesas a todo el Reino Unido de la Gran Bretaña, como en ello se atravesase un compromiso contraído o un puñado de libras cobradas. El Almirantazgo que sí, y la Compañía que no, tiraban del *Paraná*; aquél por la popa, para lanzarlo lleno de soldados hacia Crimea, y ésta por la proa, para enviarlo a San Thomas con la correspondencia y pasajeros de América; y fueron los tres mil soldados en dos buques, a cuyos propietarios enredó la Compañía en lugar suyo con el Almirantazgo, y zarpó el *Paraná* para América, llevándome a mí, por mis pecados, por el Atlántico adelante.

En el tiempo empleado en aquellos dimes y diretes entre el Almirantazgo y la Compañía, el *Paraná* se preparó mal y se abasteció peor para aquel viaje, cuyo rumbo ignoraban los contendientes; importábase poco a la Compañía que los tres mil hombres fuesen como fuesen a Crimea, porque ella, a quienes había atrapado, era a los pasajeros de América, que la pagábamos seis mil reales por barba, e importábase menos al Almirantazgo de que nosotros fuéramos allá vendidos, porque lo que él necesitaba era estrellar en los muros de Sebastopol a las tres mil víctimas con uniforme, prontas ya a partir en el *Paraná*; la cuestión era que no faltaran los soldados en una parte, ni el correo en otra: es decir, que lo que importaba era no faltar a la formalidad de lo prometido y de lo anunciado, y allá fuimos nosotros con las cartas de aquel mes de noviembre, aunque con algunos días de retraso.

Fuese que el capitán quisiese forzar la máquina para ganar el tiempo perdido, fuese porque ésta estuviese mal graneada y mal colocada por la premura, ello es que a la altura de las Azores las piezas afectas a la rotación comenzaron a mostrarse incandescentes, despidiendo un calor que convertía en antecámara del infierno el salón central de aquel viejo y enorme tonel con ruedas que nos arrastraba penosamente sobre las olas.

Comenzamos a avizorarnos los pasajeros, y comenzó a tranquilizarnos el capitán, mandándonos turnar en el perpetuo trabajo de refrescar la máquina con grasa y agua salada, con cuya ocupación nos mantenía tan entretenidos como asustados. Abandonábamos este afán sólo las horas de las comidas, que eran tan inglesas como el capitán, y de carne tan rebelde a la absorción de la manteca como los émbolos de la máquina; pero olvidábamos nosotros lo indigesto de la nutrición por el miedo del incendio, y el viaje no podía ser menos divertido ni más determinado; el miedo y la incertidumbre del fuego dentro, y la seguridad del abismo fuera, y así nos alejábamos tan lentamente de Europa como tardamente nos acercábamos a aquella bendita isla, dinamarquesa entonces, de San Thomas; y mientras de Europa con pesar nos apartábamos y nos aproximábamos con ansia a las Antillas, trabábamos unos con otros relación los viajeros y hacíamosos cargo, como podíamos, de la tripulación del inglés transporte. Componíase la marinería de gente allegadiza y de repente enganchada, en lugar de la enrolada al servicio ordinario de la Compañía, por haberse ésta desperdigado o por rehusar el servicio para el cual no estaba comprometida, o por creer inciertos el rumbo del buque y el día de su partida de Inglaterra. Mitad de blancos y mitad de negros, aquella chusma era tan desconocida para el capitán como para nosotros; y mirábanse los blancos y los negros como se mirarían, si juntos se encontraran, dos manadas de osos de los dos opuestos colores y de dos opuestas comarcas traídos, y teníalos solamente a raya, para que no se mordieran, la severa disciplina y la vigorosa personalidad del capitán, que a

su personal servicio traía media docena de ingleses tan corpulentos y vigilantes como él, quienes velaban día y noche sobre su mal avenida tripulación, la cual, desnuda de medio cuerpo arriba, trabajaba sin descanso en arreglar el mal aparejado buque, que se había hecho a la mar sin completa preparación y abasto por huir del Almirantazgo y no retrasar más la correspondencia comercial de Inglaterra con el Nuevo Mundo.

El general García-Conde y yo nos fuimos familiarizando con los que hablaban castellano, españoles, franceses y alemanes que en Méjico estaban establecidos, y a quienes y de quien conocía él y conocido era; entre los cuales iba un Baralt, pariente del escritor del Centro de América tan conocido en España, que acompañaba a la Habana y al seno de su familia restituía al hijo de otro literato y acaudalado cubano, de la familia de los Aldamas, a quien conocíamos por sus escritos todos los poetas castellanos; a quien no miraron nunca con buenos ojos los Gobiernos españoles por sus tendencias separatistas, y a quien tenían alejado de Cuba y vigilado en España.

Era el Baralt un mozo tan instruido como alegre y decidor, socio o empleado en una casa de comercio de Santiago, a la cual volvía a dar cuentas de una comisión con que a Europa le había enviado. Conocíame él por noticias que de mí le diera el otro Baralt, su pariente, y por lo que me conocen muchos que jamás me han visto la cara como no haya sido en retrato: por las ya entonces célebres leyendas de mis *Cantos del trovador* y mis demás venturosos librejos. En relaciones entramos, y contentos uno de otro hicimos aquella navegación, formando uno de sus grupos con ambos García-Conde y Ángel Juanbelz, el amigo de Losada, y dos franceses en la capital de Méjico establecidos, un leal y honradísimo M. Goupil, y un alegre y atrevidísimo marsellés, M. Charles Tracase, a quien nada se le ponía por delante y a quien debimos todos los buenos consejos que de los apuros de nuestra navegación nos sacaron.

Había largo tiempo vivido y muchos dineros acumulados en Méjico, y en un gran almacén que hacía doce años allí había establecido y hacía tres que había traspasado, y cuya renta iba a recoger todos los meses de diciembre, volviéndose a París con el paquete de febrero. Ingeríase de cuando en cuando en nuestra sociedad un personaje de color dudoso, de ojo vivo y escrutador y de rizado cabello, limpia y atildadamente vestido y pretenciosamente calzado, que entendía de todo, y de todo hablaba y a todos conocía, pero cuyo nombre no supimos nunca, porque ni él nos lo reveló ni nos atrevimos a preguntárselo. Baralt, conocedor de las Antillas y de sus habitantes, y que tenía un si es no es de mordaz y su ribete de mal pensado, hizo de él mil conjeturas a cual más disparatadas; pero aquel casi afeminado, tan cortés y bien educado como incomprendible personaje, hablaba de la política, la literatura y los personajes influyentes de España y de las Antillas con un conocimiento y un aplomo, con una moderación y un tacto tan especiales, que descarriaba todos los cálculos de Baralt, que le dió por espía de alto copete, por jugador afortunado y por todo, en fin, menos por lo que era. Y así llegamos a San Thomas nueve días más tarde de lo que debíamos; es decir, el 28 de diciembre en lugar del 16.

Allí debíamos trasbordarnos a otro buque de la Compañía encargado de conducir a la Habana y a Veracruz su correspondencia y pasajeros, mientras una ligera y esbelta goleta blanca, que en aquel puerto se balanceaba, debía de llevar a la Guaira los que para la América central traían pasaje.

Pero aquí de la formalidad inglesa. El buque de la Compañía no estaba ya en aquella Isla, y el cónsul inglés nos anunció con la mayor formalidad que para continuar nuestro viaje a la Habana y a Veracruz, tendríamos que esperar allí al buque del mes de enero.

Al oír tal, el primero que puso el grito en el cielo fué el marsellés, quien se dirigió inmediatamente al cónsul francés, aconsejándonos a Baralt y a mí que nos dirigiéramos

mos al español, para obligar al agente inglés de la Compañía a buscar el modo más breve de trasportarnos a la Habana. El marsellés era un francés impagable: revolvió la Isla y sacó de su casa y de sus casillas a todos los consules europeos que en el puerto existían. Díme yo a conocer del de España, que era don Federico Segundo, y entre éste y el francés, aguijoneados por el impertérito M. Charles, obligaron al fin a los ingleses a proponer al capitán del *Paraná* que continuase su viaje hasta la Habana, donde hallaría el buque corresponsal. El capitán declaró que el *Paraná* no servía para nada, que él había aceptado su mando en aquel viaje por venir a tomar el del suyo, que era el *Withe*, y que prefería dejar allí el servicio de la Compañía a volver a montar el *Paraná*, que no podía llegar a la Habana.

Volvió el marsellés a insurreccionarse, y volvimos a gritar todos, capitaneados por el marsellés; volvieron los consules a cargar sobre los dos ingleses; y al cabo de porfías de unos, súplicas de otros, amenazas de algunos, impropiedades de no pocos, lamentaciones y desesperados esfuerzos de todos, se convino en que el capitán Lees nos llevaría en el *Paraná* a Jamaica, y de allí en el *Withe* a Cuba y a Veracruz; pero era preciso pagar el exceso del pasaje de allí a Jamaica y esperar en San Thomas dos días para hacer carbón. Aceptamos lo que no podíamos rehusar: pero adivinando el por qué de la mala figura y el compungido gesto que hacían algunos, dijo el marsellés.

—Nadie se apure; yo tengo aquí dinero para todo francés, español y mejicano que vaya a Cuba y a Méjico; y el que no pueda allí pagarme, yo le esperaré su reintegro a uno de los tres plazos del buen deudor: tarde, mal y nunca.

Desarrárganse los entrecejos; dimos un aplauso al rumbo marsellés, y cambié yo en oro mejicano los cuatro billetes de Losada, disponiéndome con mis amigos a pasar alegremente aquella noche en aquella Isla más florida, más pintoresca y más salubre al parecer que la de Calipso; pero que no es más que un escondite y una trampa donde el vómito y la muerte aguardan al europeo a la puerta del suelo americano.

Baralt y yo dijimos al cónsul inglés que si el buque que partió estaba aquí para llevar a Cuba la correspondencia y los pasajeros del *Paraná*, ¿a qué ha ido a la Habana sin la una y sin los otros?

—¡Oh!—dijo el inglés, con la más inglesa e imperturbable formalidad—. Ustedes debieron llegar aquí el 16 y él salir el 18. Él fué a decir que ustedes no habían llegado.

Y he aquí la formalidad formalista del inglés.

Media hora más tarde aguardábamos en una fonda que nos sirviesen la comida que habíamos pedido el general, el marsellés, Goupil y otros cuantos que habíamos formado grupo y sociedad aparte, cuando se presentó un negrito con una carta dirigida a los señores Zorrilla y Baralt, dentro de la cual venía una tarjeta que decía.

«El presidente de la república de Santo Domingo espera que el señor Baralt y el señor Zorrilla le honren aceptando su hospedaje y su mesa. El dador les guiará a su casa.»

No había medio de rehusar, por más que ni Baralt ni yo alcanzáramos el motivo de tal invitación de parte de un personaje a quien ni uno ni otro conocíamos. El negrito nos condujo a una cercana y preciosa casa de campo, en cuya sala baja nos introdujo, y en la cual nos recibió con el más cordial apretón de manos, llevándonos enseguida al comedor, el desconocido, atildado, rizado y pretenciosamente calzado compañero de navegación, que era el presidente Báez.

II

Sin que ninguno de los que en *Paraná* navegábamos hubiera jamás pensado ni tenido interés en ir a Jamaica, bogábamos una noche con rumbo a aquella Isla en busca del *Withe*, el cual estaba allí sufriendo no pude nunca saber qué operación.

No hay que esperar aquí descripciones ni noticias de estas islas de las Antillas, a las cuales arribamos como a estaciones naturales del viaje a Méjico; porque ni estos recuerdos son un itinerario, ni este apéndice tiene el objeto de prolongar una narración entretenida con incidentes extraños, verídicos, ni ideales. En vez de extenderla, tengo obligación, necesidad y deseo de reducirla; porque no debiendo contener más que la historia de mi corazón, no puede tener interés; y a nadie, sino a mí, puede importar que llegue a conocimiento del pueblo en que he nacido, y a quien todavía no he deshonrado con mis escritos. No voy, pues, a apoyar el tejido de este relato más que en los puntos culminantes y fijos de mi oscura y personal historia, para poderme cobijar a su sombra, y para que me sirva de sudario al expirar, después de sacar de él las consecuencias que mis lectores verán en sus últimas páginas.

Llegamos a Jamaica. En las Antillas se respira con su caliente atmósfera el ambiente de la pereza, y se engendran en el corazón y en el espíritu el amor al ocio y el prurito de los deleites. Las islas son los oasis del desierto del mar: a ellas se llega harto y entumecido del encierro del barco y de la falta de ejercicio, y se gozan con ansia la luz, la anchura y la libertad. Aquellos oasis brindan a los que pasan por ellos todos los placeres de los climas cálidos, y todos los que ofrece al europeo la novedad de los diferentes frutos, los distintos manjares, las diversas y libres costumbres de las mezcladas razas que en ellas habitan. Éstas les ofrecen, sin reserva, todo a cambio del oro de que suponen repletos los bolsillos de los que allí arriban; y a los que allí por vez primera ponen los pies, les arrastra la curiosidad a ver y a gozar aquel todo que aún les es desconocido. Aquella exuberante naturaleza que produce unas plantas, unas flores, unos árboles y unas frutas tan grasas, tan fragantes, tan pomposas y tan sabrosas; aquella gente mestiza tan holgazana, tan decidora, tan alegre, tan provocativa y tan sin cuidados; aquellas mujeres de tan poca ropa vestidas y de tan poco pudor dotadas, por natural consecuencia de la poca necesidad de cubrirse y de ocuparse de nada, porque allí con nada se vive y con todo alimenta la tierra, contamina al más puro, seduce al más casto, empereza al más activo y materializa al más espiritual.

Allí vi y admiré por primera vez el plátano, razón vegetal y palpable de la innata holgazanería de aquellas razas; cifra viva en la cual escribió la naturaleza el consejo de «no trabajéis». El plátano es un árbol cuyas espléndidas hojas absorben el nocturno rocío y cuyos troncos necesitan apenas el jugo de la tierra para desarrollar su rápida y lujuriosa vegetación. Abanicos sonoros y ondulantes de la selva, aquellos árboles parece que arrullan el brote y crecimiento del racimo de su fruto, como las criollas a sus hijos con el monótono y sentido ritmo de sus apasionados cantares; el racimo brota en la parte superior del tronco, cobijado a la sombra de su penacho; cada uno de sus granos viene envuelto en una sólida, estriada y luciente cubierta, que del sol, del polvo y del rocío le guarece mientras pueden dañar a su primera vegetación; luego esta corteza se abre, se desprende de él y sobre él poco a poco se arrolla, conforme del sol, del aire y del rocío va necesitando, hasta que de él se desprende seca, cuando ya por sí puede nutrirse del rampojo a que cada fruto viene asido; y según el inmenso racimo va madurando, el tronco se va doblando hasta depositarla suavemente en manos del hombre, que puede dormirse a su sombra, seguro de que la bajada de la fruta le despertará vi-

niéndosele a la boca y sin que necesite tampoco cultivar el árbol, que por sí solo brota otro pie al lado del que se cae, y a quien abona, beneficia y nutre su propio despojo, su tronco filamentosos y sus hojas que sirven de fiemo.

¿Cómo ha de ser trabajadora la raza a quien pone Dios el alimento entre los labios, sin más trabajo que el de comerle? Allí gusté el azucarado zapote, la suavísima chirimoya y la fragante piña, reina de las frutas, a quien hace Dios nacer coronada de flores y empenachada de verdes hojas; y allí sesteé cunado por la brisa del mar en una hamaca de seda, oreado por los ondosos ramos de la palmera, arrullado por el trino del sinsonte y del salta-paredé, despertando asombrado de admiración ante el vuelo y el zumbido del colibrí, que se sostiene inmóvil sobre sus incansables alas, mientras tiene el pico sumido en el cáliz de las campánulas, para chupar la gota de miel que en su fondo le sirve Dios por alimento, como en una copa de japonesa porcelana. Allí concluí de convencirme de que todo lo que ha hecho Dios es perfecto y maravilloso y cumple con el fin para que lo crió, y empecé a apercibirme de que sólo la raza humana es la que ni obedece ni honra a su Criador.

Baralt y M. Charles convertían en festines nuestras comidas y en estruendos *meetings* nuestros festines; y así pasamos tres días en Jamaica, yéndonos las tres noches a admirar las reuniones de los metodistas, los anabaptistas y de las ocho o diez sectas que allí pacíficamente se reúnen en sus capillas, para oír con ejemplar recogimiento las lucubraciones estrambóticas de sus fanáticos predicadores.

Y allí comencé a persuadirme de que los católicos somos los que menos devoción y compostura guardamos en nuestros templos, aparentando menos fe y menos convicción en nuestra única y verdadera creencia, que los herejes, los paganos y los idólatras en sus heréticos y monstruosos errores.

El capitán Lees hizo carbón, agua y víveres en aquellos tres días, y obligando al maquinista a colocar su máquina, como *estuviera*, en el vientre de hierro del *Withe*, a las nueve de la noche del cuarto hicimos rumbo a la Habana. Sobre aquel mar turquí de las Antillas, fosforecente como una nube que relampaguea, e iluminado por una luna que parece una claraboya, por la cual envía a la tierra el paraíso el tibio reflejo de la luz viviente que alumbra a los bienaventurados.

El capitán Lees, una especie de Antínoo rubio, joven, vigoroso y de la buena raza de Albión, había formado su tripulación como la del *Paraná*, reclutando en Jamaica la heterogénea chusma que allí había podido encontrar. Su autoridad a bordo estaba apoyada, más que en su nombramiento y en su derecho, en sus dos poderosos brazos y en los de ocho ingleses que con él habían pasado del *Paraná* al *Withe*, y que, como él, tenían siempre el puñal y el revólver a la cintura, y en el bolsillo la llave del camarote que cerraba las armas del buque. Los negros y los blancos, los irlandeses y los ingleses, éstos y los españoles, y los alemanes con éstos, nos aveníamos muy mal, y nadie se miraba de buen ojo en aquella levantisca y advenediza tripulación. La máquina del *Withe* funcionaba tan torpemente como la del *Paraná*, porque la colocación de ambas se había hecho con la precipitación exigida por la exactitud de la obediencia inglesa: salga usted de Southampton el 9. Salga usted de Jamaica el 7. Y el *Paraná* y el *Withe* salieron de uno y otro punto el día en que la Compañía les mandó salir; pero salieron como se hallaban el 9 y el 7; la orden era de partir; el espíritu de la orden, que debía ser hacer con seguridad el viaje, no entraba para nada en la cuestión; en inglés, salir no quiere decir más que salir, y salimos a la mar, y llegamos a Cuba y a Méjico como Dios quiso; un capitán inglés no puede hacer más que hundirse con su buque y ahogarse con sus tripulantes, pero no prevenir de probable naufragio al armador o a la Compañía que le emplea, de quienes son la cuenta y responsabilidad de las condiciones del

buque; así se es o no se es inglés, y así bogábamos rumbo a la Habana sobre un mar tranquilo y azul como el lago de las hadas en el teatro y a la luz del plenilunio.

La estela del *Witthe* quedaba tras de nosotros larga y fosforescente como la cola de un cometa, y la sombra de sus vergas se dibujaba casi sin movimiento en el espejo terso del agua, que no plegaba el más ligero soplo de brisa ni el menos sensible oleaje: aquella absoluta calma de la superficie, hacia olvidar el abismo inmensurable del Atlántico sobre el cual bogábamos. El capitán Lees había obsequiado a sus pasajeros con una cesta de botellas de Champagne; la señorita Brümmer, alemana rubia, blanca, larga y flexible como una Margarita de goma alargada a fuerza de estirarla, había ejecutado en el piano unas sonatas monstruosamente difíciles, con la precisión inflexible y falta de claro oscuro de un autómatas de Nuremberg; nuestro francés M. Charles, había berreado una *Marsellesa pur sang*. Baralt había dicho algunos versos suyos y míos; yo había salmodiado el canto de *El Pirata* de Espronceda, y un mejicano había fraseado de la manera más picaresca y característica una de aquellas intencionadas cantinelas mejicanas, que rebosan gracia y gotean malicia, de las cuales aprendí muchas más tarde y no olvidaré jamás ninguna. Habíase, en fin, pasado la velada en tan perfecta como inesperada armonía, y pasajeros y tripulantes habían ido a buscar reposo en sus camarotes y hamacas; solos Baralt y yo, sentados sobre cubierta, nos habíamos entregado a una de esas conversaciones vagas, inconexas e interminables, en que mezclan los poetas los recuerdos de todo lo que saben, hablan de todo lo que ignoran, se interesan por cuanto no les importa y se rien de su propio entierro en una improvisación descabellada y sin término, en la cual la fuerza del consonante les obliga a traer al retortero los amigos y los enemigos, los héroes y los mentecatos, los dioses del paganismo y los ángeles cristianos, los nombres griegos, árabes y egipcios de todas las mitologías, y los propios de todos sus conocidos y compañeros, mezclados con todos los del calendario y del martirologio. Improvisamos sobre cuanto nos ocurrió, reímos hasta desternillarnos de todo lo improvisado, y cuando, hartos de hablar y cansados de reír, pensamos en retirarnos a nuestros camarotes, notamos que tendido bajo de un banco y envuelto en un capote de marinero, un individuo había dormido cerca de nosotros durante nuestro extravagante y prolongado coloquio, o había taimadamente escuchado nuestra enmarañada improvisación.

Ni él hizo movimiento alguno, ni en nosotros despertó sospecha alguna su presencia en aquel lugar; no habiendo por qué espiar, ni motivo de ser espiados; no pudimos suponerle espia; creímos que había tenido el capricho de venir a dormir sobre cubierta, como nosotros le tuvimos de pasar la noche improvisando al aire libre.

Al amanecer divisamos la isla de Cuba.

III

En América nadie estaba prevenido de mi partida de Europa. Desembarcamos en la Habana, comimos en la fonda del teatro de Tacón y asistimos a la *Lucía*, que aquella noche en él se representaba. Baralt guardó mi secreto y respetó el incógnito que yo deseaba conservar, por cumplir a Muriel mi palabra de que su suelo natal, Méjico, sería la primera tierra americana que visitase; pero Cuba es España, y era imposible que el autor del *Don Juan* pasara incógnito por la Habana. Ocupaba yo un segundo puesto en el fondo de un palco con el marsellés, Goupil, Brümmer y su hija, y el general García-Conde; pero los palcos de aquel teatro no estaban cerrados por su parte posterior más que por persianas, para dejar circular por ellas una ventilación necesaria en aquel sofocante clima; alguno de los curiosos que por los corredores registraban los palcos, debió

sin duda reconocerme, y al concluirse la función, un grupo no muy numeroso aguardaba nuestra salida. Daba yo el brazo a la señorita Brümmer, que me llevaba casi toda la cabeza y hablaba con ella francés en voz alta, con suficiente prevención para no darme por entendido de los «él es» y «no es él», que oía en torno mío. La completa indiferencia con que yo pasé y la facilidad con que hablaba la lengua de que me servía, contuvieron, si no convencieron, a los agrupados; y llegado al hotel, me acosté y dormí tranquilamente.

A las nueve de la mañana del siguiente día, el doctor Zambrana se presentó en mi aposento y me dijo: «No puede usted negar quién es, y vengo a saludarle con algunos amigos que le estiman.» Abrazáronme y colmáronme de caricias él y una docena de cubanos que con mis desdichadas obras se habían acostumbrado a tenerme en más de lo que nunca he valido, y me rogaron que me quedara en la Habana, prometiéndome éxito en la publicación o el negocio que emprendiera; excuséme con mi palabra dada y negocios ajenos que a seguir hasta Méjico me obligaban; y prometiéndoles volver, y dejándoles no muy contentos y tal vez casi ofendidos de mí, torné a embarcarme y me hice a la mar al día siguiente, después de despedirme del alegre Baralt, que me hizo mucha falta en el golfo, en cuyas aguas me engolfé yo, pesaroso ya de no haberme quedado en Cuba, no sé aún hoy decir por qué. El *Withe* era un buque de hierro, ni grande ni chico, ni viejo ni nuevo, de mediano andar y perfectamente mal servido, a pesar de su vigoroso y diligente capitán Lees. Su salida de Jamaica fué extemporánea, y obedeció, como la del *Paraná* de Inglaterra, a la necesidad de sacar del puerto la correspondencia y los viajeros; ninguno de estos dos buques salió al mar en las necesarias condiciones de seguridad y limpieza: el *Withe* estaba en Jamaica con su máquina desmontada, y el maquinista la volvió a montar el día en que se lo mandaron y en las condiciones en que desmontada la tenía. En la Habana se hicieron víveres y carbón para seis días, como en Jamaica, suponiendo los seis de Cuba a Méjico tan felices como lo habían sido los seis de Jamaica a Cuba. La tripulación y la servidumbre, tomadas mitad de las del *Paraná*, y mitad, desconocida y advenediza, en Jamaica, se avenía mal con los buenos ingleses y la buena disciplina del capitán Lees, quien tenía que contemporizar, mal de su grado, con ella, y con la desconfianza del maquinista y los fogoneros, que no se atrevían a dar a sus calderas toda la fuerza que requería la marcha impuesta al buque para efectuar la travesía en el tiempo impuesto al capitán por los superiores.

Así bogábamos por el golfo rumbo a Veracruz. El general García-Conde había intimado con Baralt y conmigo desde el principio de nuestro viaje, y él y Juanbelz eran los únicos con quienes formaba yo rancho aparte y sostenía largas conversaciones, en las cuales echábamos de menos la original y verbosa intervención de Baralt: los alemanes y los mejicanos nos dejaban platicar solos, y noté al tercer día que casi no me dirigían a mí la palabra. Hasta el alegre y expansivo marsellés se me figuró que me desdénaba un poco; pero como había partido yo de la Habana bajo el influjo de una inexplicable melancolía, de la cual tal vez la separación del festivo Baralt era la causa, gozábamos en la soledad y el aislamiento, sin apercibirme del que en derredor me hacía el desdén de mis compañeros de viaje, y en el cual, entre paréntesis, llevábamos ya un día de retraso. En la mañana del cuarto leía tranquilamente en el comedor un periódico de la Habana, cuando el alemán Brümmer se sentó a mi lado diciéndome.

—Traigo una comisión para usted de los compañeros de viaje que hablan español, y me lisonjeo de que el poeta de Castilla no les rehusará lo que en su nombre voy a pedirle.

—Dispuesto estoy a satisfacer sus deseos—respondí, creyendo que se trataba de alguna narración o de alguna lectura que la monotonía de la navegación interrumpiera y amenizara.

—Pues bien; las señoras quieren que las enseñe usted los versos que ha hecho usted contra ellas y sus compañeros de viaje.

—¡Yo!...—contesté asombrado.

—¡Vaya!—repuso el alemán—estoy al mismo tiempo autorizado por las señoras y los viajeros para prometer a usted el perdón de todo lo dicho, en gracia del ingenio y chiste con que usted la ha dicho; sea lo que quiera, ya sabemos todos qué es juicio, y el corazón de los poetas es responsable de los desvarios de su imaginación.

—Dispense usted que le diga que no comprendo una palabra de lo que usted me está diciendo—repliqué yo, y en Dios y en mi ánimo que no lo comprendía. Pero el alemán siguió diciéndome:

—No tenga usted recelo alguno; todos lo hemos tomado a broma, pues estamos convencidos de que en broma tan sólo ha hecho usted los versos, y por eso deseamos verlos.

—Pero ¿de qué versos me habla usted?, entendámonos—repuse, comenzando a amostazarme de lo que me parecía una broma, cuyo objeto y razón no se me alcanzaban.

—Pues de los versos que hizo usted la otra noche sobre cubierta, con su amigo Baralt, contra todos nosotros, y los Reyes, y el Papa, y medio mundo; por lo cual lo tenemos por chistosa broma, y de la cual deseamos participar.

Vínoseme la sangre al rostro, al mismo tiempo que a la memoria la presencia de aquel embozado con inmovilidad de dormido que oyó insomne, sin duda, y no comprendió por ignorante de la lengua la desatinada improvisación en que Baralt y yo nos lanzamos, no sabiendo que tenían tan mal oyente; porque la verdad es que, aunque en ella sacamos a relucir los trajes, las fisonomías, acaso las caricaturas de algunos de nuestros compañeros de navegación, y en ella mezclamos cuantos Papas, Reyes, Santas y cortesanas a la lengua nos traía la fuerza del consonante, como en toda improvisación sucede, estubo la nuestra muy lejos de ser una sátira ofensiva para ningún tripulante del *Wilhe*, y hubiera divertido a todos y a nadie agraviado a poder yo repetirla.

¡Triste destino del ingenio, y sobre todo del del poeta! ¡Ser mal entendido y peor juzgado por los tontos! Avergoncéme de mi situación, e indignóme la interpretación injuriosa dada a tan insignificante pasatiempo, y que tan mal paradas dejaba mi reputación literaria y mi educación de hombre bien nacido. Maldije en mi interior por la centésima vez mis versos, que tantas pesadumbres me habían acarreado, y no queriendo aceptar aquella mala posición, a que tan malamente me traía la ignorancia o la malicia de un mal oyente, dije al alemán en voz alta, y poniéndome en pie.

—Diga usted a los que a mí le envían, que siento en el alma no poder repetir nuestra improvisación; pero que tengan entendido que ni en mi educación ni en el género de poesía que yo cultivo, cabelo que me imputa el espía traidor e imbécil que se permitió escuchar lo que era incapaz de comprender.

Amoscóse el alemán con mi formal respuesta; díjome no sé bien qué, y respondíle lo que ya no recuerdo; levantamos la voz y comenzaron algunos a asomarse a los abiertos respiraderos que del comedor se abrían sobre cubierta; y viendo yo entre ellos la cabeza de un alemán rojo, que atentamente me contemplaba, exclamé, señalándosele a mi interlocutor: «Así Dios me perdone que aquel es el Judas que me traiciona»; y apercibiendo entre las de otros la honrada fisonomía del general mejicano García-Cende, le le supliqué que bajara; púsele en cuatro palabras al corriente de lo ocurrido, y dije-le finalmente.

—Diga usted a nuestros compañeros de navegación que mi educación y mi debilidad corporal no me permiten romperme a puñetazos el esternón, como esas bestias pervertidas de la Gran Bretaña, único duelo permitido a bordo de sus buques; pero que, en desembarcando, usted se entenderá con los dos padrinos del que me atribuye seme-

jante villanía; y que como soy quien propone el duelo, le dejo todas las ventajas de elección de armas y arreglo de condiciones. No hablemos una palabra más del asunto, y más me plugiera que saltara el entrepuente con los dos improvisadores y su torpe espía, que caer bajo su lengua.

Dicho lo cual, en un paroxismo de ira del que me iba sintiendo presa, me metí en mi camarote, que siendo del centro y de primera, estaba en el mismo comedor.

Hay en el Código del honor una ley que da por nulos en tierra los duelos aplazados a bordo, y téngola yo por tan justa como previsora. El poco trecho en que a bordo se vive, y las perpetuas incomodidades que no pueden menos de darse unos a otros los navegantes, germinan y acrecientan sus antipatías y mal humor, y raro es el viajero que se encuentra a gusto en el buque al fin de una larga navegación. El capitán Lees tenía ya que dar permiso para boxar a algunas parejas de su tripulación, cuyos individuos, blancos y negros, ingleses y yankees, podían apenas soportarse unos a otros; quienes, según la bárbara costumbre de sus países, se satisfacían saltándose un ojo o rompiéndose una costilla, con lo cual creían establecida la superioridad de raza y satisfecho el orgullo nacional. El caso en que yo me veía era prueba del malestar que a los viajeros nos acosaba, y una fatal circunstancia, tal vez por alguno prevista, por muchos temida y por nadie en palabras formulada, vino a transformar en riesgo el malestar de nuestra ya desagradable navegación.

Nos revolvíamos y sudábamos una noche, todos insomnes, en nuestras literas, después de haber oído sobre nuestras cabezas el ruido de las patadas, los puñetazos y las caídas del tercer pujilato de la jornada, cuando a un repentino estallido, una terrible conmoción y un largo y desgarrado silbido de la máquina, quedó el *Withe* inmóvil sobre las aguas, y un rumor de pasos precipitados y de voces de mando del capitán nos sacaron de los camarotes y nos llevaron sobre cubierta.

Una parte de las tablas del entrepuente se habían partido como cañas secas, aunque quedaban aún mal sujetas por las rotas abrazaderas y los casi arrancados clavos de hierro que reforzaban su ensambladura. A un fogonero debíamos el no ser ya pasto de los tiburones, que escoltaban los buques en aquel golfo: un émbolo se había roto, y el fogonero, arrojándose con riesgo de la vida a abrir repentinamente la válvula de seguridad, había impedido reventar a la caldera y abrirse el buque como un triquitraque.

El fogonero estaba con el brazo derecho abrasado por el agua hirviendo, el médico se le cubría de algodón en rama, y la tripulación y los viajeros permanecíamos estupefactos, pensando trémulos en la muerte de que acababa de librarnos aquel infeliz desconocido, condenado al infernal trabajo de los hornillos.

Rompió, al fin, el marsellés nuestro angustioso silencio, preguntando al capitán Lees:

—Y bien, capitán, ¿cuál es ahora nuestro porvenir y cuál nuestra esperanza?

El capitán respondió, con la flemma característica y la veracidad descarnada y absoluta de un inglés honrado:

—Si el capitán del buque correo que debe venir mañana de Veracruz no quiere remolcarnos otra vez a la Habana, aquí nos estaremos hasta que la marea nos haga pedazos en los *Alacranes*, o el viento Norte nos estrelle en las costas de Yucatán.

A cuya franca declaración, y ante cuya doble perspectiva, nos quedamos todos mirándonos unos a otros, como si nuestro ángel custodio nos hubiera dicho al oído que estábamos a medio kilómetro del valle de Josafat, y que antes de diez minutos íbamos a oír la trompeta del Juicio.

IV

No hay peligro ni posición desastrosa con que el hombre no concluya por familiarizarse, como sean duraderos. El *Witke*, sin amarras ni anclaje que por costados ni proa le sujetasen, y cuyo casco de hierro, enlamado de verde légamo, ofrecía al agua su viento resbaladizo y glutinoso, comenzó a balancearse de babor a estribor y de estribor a babor, con esa regularidad matemática de un inmenso y doble metrónomo, cuyas varillas eran los dos palos de su envergadura. Comenzamos a no poder mantenernos en equilibrio sobre cubierta, y a oír rodar por los camarotes y huecos del buque cuantos trastos y utensilios móviles en su cavidad contenía; y aglomerados pasajeros y tripulación en el entrepuente, comenzamos a descomponernos, asiéndonos unos a otros, dando con nuestro peso mayor y más desigual movimiento a la nave, quedando sólo en la línea céntrica de proa a popa el capitán Lees y algunos marineros; los demás rodábamos a pesar nuestro desde los centros a las barandas, en medio de las imprecaciones de los unos y las carcajadas de los otros, porque nada hay serio en la vida humana que no tenga algún ridículo y risible por donde contemplarse. Aquel insoportable movimiento nos obligó a sujetarnos a cuanto inmóvil pudimos ceñirnos; y a voces los lejanos, y directamente los que en asideros céntricos nos manteníamos, entablamos con Mr. Lees una confusa discusión, de la cual salió la siguiente resolución.

Que aguardando al buque correo inglés, que no podía menos de pasar a la vista en un término breve, se arrancarían una de las doce columnas de hierro que unían la cubierta del centro con la superior, y se trataría forjar y taladrar el hierro por una punta, sustituyendo con ella, como mejor se pudiese, el émbolo roto, que no era posible soldar. Si el correo inglés no nos remolcaba, el émbolo improvisado nos haría marchar, por poco que fuese, hacia Veracruz. No hay esperanza, por loca que sea, que no se acoja en tales situaciones como una segura prenda de salvación. Armóse, pues, una fragua mientras la columna se desencajaba, y comenzóse la faena, tocando a cada cual por turno, pasajero o tripulante, excepto las señoras, el sostener el hierro, atizar el carbón y dar al fuelle incesante impulso. Maravilloso agente de la alegría es la esperanza, y la operación empezó al amanecer con la más expansiva algazara, sin que a nadie le ocurriera que antes de poder forjar el hierro de la columna, íbamos a gastar el carbón y, que cuando tuviéramos émbolo, si a tenerlo llegáramos, no tendríamos vapor. La operación y la esperanza duraron cuarenta y seis horas, al cabo de las cuales, forjado y taladrado un cabo de hierro, unido con un pasador al encaje inferior, y sujeto el otro cabo con gruesos alambres al anillo giratorio de la maza superior del émbolo, se dió fuego a la caldera, y después de otras cuatro horas de expectativa, el *Witke* rompió lentamente las ondas, cesando en su insoportable movimiento de metrónomo al tornar a su impulso de avance sobre el tranquilo golfo. Eran las once de la mañana del sexto día de mar.

Estábamos todos cansados del trabajo y de la vigilia; y fiándonos en la vigilancia del infatigable capitán, nos recogimos casi todos a nuestras literas, en busca del sueño reparador que necesitábamos tras tanto afán y tan insólita fatiga.

A las seis llamó la campana a comer: el capitán anunció que comeríamos en un solo plato los dos condimentos que se nos servirían, porque la mayor parte de la vajilla se había roto, y nos tenía que poner a ración por escasez de víveres; pero nos la daba doble de whisky, ron y azúcar, para que pudiéramos hacer ponche con que hacer bien la digestión y conciliar el sueño.

El peligro de los arrecifes quedaba ya muchas millas detrás; hacíamos más de dos por hora, y habíamos llegado a hacer seis en dos en que el capitán había tendido las velas

al soplo de unas brisas, que habían atravesado el golfo durante la noche como gavio-
tas desperdigadas. El *Wilhe* seguía su marcha lenta, pero constante, a la luz de la men-
guante y bicornes luna, que corría por el espacio azul sobre la frente desmelenada de la
invisible Diana. El capitán, la tripulación y los pasajeros dormíamos en las hamacas
y las literas, conducidos y guardados por el contramaestre, el timonel y el vigía sobre
cubierta, y el maquinista y el fogonero al pie de los ardientes hornillos y de la rugiente
caldera. Rayaba el alba del octavo día; el calor sofocante de aquel clima hacía rato que
nos tenía desvelados, y hablábame García-Conde de sus hijas, de su mujer y de su casa,
como un hombre honrado y feliz que era en el seno de su numerosa familia y en el reti-
ro de su doméstico hogar. Había algo del patriarca antiguo en la venerable cabeza, en
la confidencial conversación y en la historia íntima de aquel general mejicano que había
alcanzado aquellos tiempos en que en su país se prestaban cien mil duros sin recibo
y se casaban los hijos para sostener la palabra del padre. Escuchábale yo tan embebe-
cido como melancólico; yo, que no había vivido nunca con mis padres; yo, cuyas hijas
se habían convertido en ángeles antes de llegar a ser muchachas; yo, en fin, que iba
solo y descorazonado a vivir entre desconocidos y con esperanza de morir desconocido
en un ignorado rincón.

El recuerdo de aquella conversación con aquel padre feliz de tantas hijas honradas,
a quienes después conocí, es uno de los puntos luminosos que brillan en el abismo con-
fuso de mi ya casi entenebrada memoria. ¡Ojalá haya caído la bendición de Dios sobre
aquel venerable anciano, y sobre aquellas santas mujeres y sobre sus nietos, a quienes
dejé en mantillas! García-Conde hablaba y yo escuchaba, como aquel monje de la reli-
giosa leyenda que escuchó cien años a un pájaro del paraíso, cuando una quietud repen-
tino atajó la marcha del buque, cesando en él el ruido y la trepidación, como cesarían
en su pecho los del corazón de un hombre a quien un aneurisma repentinamente mata-
ra. Se había vuelto a romper el émbolo, y el *Wilhe* volvía a su insufrible movimiento
de metrónomo. Tornamos a cercar al capitán, y tornamos a invocar el auxilio de su
ciencia; pero la determinación era ya más difícil de tomar; la máquina no tenía compos-
tura para la cual bastaran los medios de que podíamos disponer.

Mr. Lees se paseaba con la cabeza baja y los brazos cruzados, buscando en su cere-
bro un pensamiento y en su boca una palabra que inútilmente deseaba manifestar y
decir a los que, angustiados de él, los esperábamos, mirándole ir y venir desde el palo
mayor al trínquete y de éste a aquél, mientras sus marineros de distintas razas y colo-
res callaban o fumaban de pechos sobre las barandas, escupiendo inactivos al mar, sobre
cuya superficie no podían ya hacer deslizarse aquel cascarón que flotaba inerte como
un viejo salmón a quien los pescadores hubieran cortado todas las aletas y nadaderas de
lomo, vientre, quijadas y cola.

Pasaba el tiempo, y a nadie le ocurría nada oportuno, útil o consolador; los ojos de
los marinos se encapotaban bajo los fruncidos entrecejos, los de las mujeres se arrasaban
de lágrimas, y los de los viajeros las cubaban los del capitán, que continuaba sus vueltas
de león enjaulado sin permitir que las de nadie se fijaran en sus pupilas, clavadas tenaz-
mente en las tablas que pisaba.

¡El correo de Veracruz!, gritó repentinamente el vigía. Corrimos todos a proa y vimos,
efectivamente, brotar casi en el horizonte un punto oscuro coronado de un penacho
móvil, todo ello tan pequeño como una pluma de un pájaro mosca. El capitán tendió su
anteojo hacia aquel punto, y diciendo «él es, pero no nos ve», nos pasó su magnífico
Dollong, con el cual tuvimos todos el tiempo y el placer de percibir lo que creímos pala-
ma que nos traía el ramo de oliva.

El *Wilhe* disparó su cañón giratorio con tanta destreza, que el taco agujereó el foque

del bauprés, tendido para recoger viento. El correo de Veracruz viró proa hacia nosotros, y el tórax se nos ensanchó con la aspiración, que a pleno pulmón tomamos.

Avanzaba el correo inglés sobre el *Withe* a toda máquina; en cuarenta y cinco minutos se nos puso al paio, y el capitán Lees mandó botar su canoa y envió en ella a su segundo a bordo del *Leopardo*. A los diez minutos volvió el segundo de Lees a su canoa, en la cual cargaron algunos bultos; y el *Leopardo*, volviendo a sacudir su hélice, se alejó del *Withe*, cuya tripulación, agolpada angustiosamente a sus barandas, esperaba que el segundo explicara desde su canoa la inexplicable partida del *Leopardo*. El segundo subió a cubierta en silencio, y llegado a presencia de Mr. Lees, le dijo en voz alta: «El capitán Backer, del *Leopardo*, no puede remolcar el *Withe* a la Habana ni a Veracruz, porque un correo inglés no puede volver atrás ni entorpecer su marcha voluntariamente; el remolcar el *Withe* le haría perder dos días lo menos; nos cede cinco cajas de galleta, las planchas de hierro que no le hacen falta y los periódicos mejicanos.»

A semejante declaración solté yo la carcajada sin poderme contener, y mis compañeros de viaje por poco no me dan la tollina que hubieran dado con mucho gusto al capitán Backer, del *Leopardo*, el más inglés de todos los ingleses. La más profunda desesperación se apoderó de los viajeros y tripulantes del *Withe* cuando el capitán Lees nos anunció que no tenía esperanza más que en que Dios nos enviara un viento cualquiera que adonde quisiera Dios nos llevara. Despechados unos, mesáronse los cabellos, blasfemaron los marineros, lloraron muchos y todos se dieron punto menos que por perdidos. Yo me dirigí a la escotilla, cuya escalera conducía a los camarotes.

—¿Dónde va usted?—me dijeron a un tiempo el marsellés y García-Conde.

—A dormir—respondí yo.

Soltó el francés una de las F más mayúsculas de su vocabulario, y exclamó entre indignado y atónico.

—¡A dormir en esta situación!

—Vuestro refrán lo dice: «el bien viene mientras se duermes; voy a buscarle.»

Y me fuí a dormir, y me dormí. Es mi costumbre desde muchacho; cuando me veo acosado de tantas pesadumbres o abrumado por tanto trabajo que ni sé por dónde empezar ni por dónde salir, me acuesto; y cuando me despierto, tomo la primera determinación que me ocurre, y emprendo el trabajo que primero se me presenta; así he salido de todos mis atolladeros, y así he emprendido y concluido todas mis obras.

Al despertar, todo había cambiado en el *Withe*: todo en él se me apareció bajo el aspecto más siniestro; no vi más que semblantes huraños y miradas recelosas; nadie estaba dispuesto a fiarse de nadie, y me pareció que la tripulación, dividida en dos bandos, se vigilaban el uno al otro como dos osos al pie de un roble en cuyo tronco zumbaba una colmena. El capitán Lees y sus leales andaban con las pistolas al cinto, y sus hombres de confianza guardaban los tres botes insumergibles de los seis y la canoa capitana que llevaba el *Withe*.

Durante mi sueño se había averiguado que parte de la marinería había resuelto apoderarse de los botes de salvación y abandonar el buque; los ingleses y los yankees, por una parte, y los franceses, españoles y mejicanos por otra, se habían coaligado y armado para el caso de naufragio o abandono del *Withe*, y el capitán Lees y sus fieles ingleses estaban decididos a recibir a hachazos a todo el que atentara a la seguridad de su barco.

Tal era mi situación en el golfo de Veracruz, el no recuerdo cuántos de enero de 1855.

El general García-Conde, ayudado por el marsellés, había arreglado, no sabía yo aún cómo, mi cuestión con el alemán; éste y sus compatriotas en Méjico avecinados, habían hecho causa común con los mejicanos y los franceses, y los cuatro españoles que íbamos en el *Withe* íbamos a su bando ligados. Velábamos unos mientras otros dormían, y armados como posible había sido, vigilábamos a los yankees y a sus aliados del Norte, para que no llevasen a cabo su proyectada traición apoderándose de los tres botes insumergibles. Ellos hacían otro tanto con nosotros; y no necesita el lector ser un linee, ni hacer un esfuerzo extraordinario, para hacerse cargo de la cordial alegría que en la sociedad del *Withe* reinaba, esperando la voluntad de Dios en forma de viento, cuya llegada no estaban resignados a esperar los de las razas positivistas del Norte, detenidos sólo por nuestra vigilancia y nuestro mayor número. Pasábamos la mayor parte de ambos partidos día y noche sobre cubierta, mirando las cáscaras de las naranjas que al mar tirábamos, flotar a la misma distancia de nuestro inquieto y cabeceador navío, que se balanceaba con la más desolante uniformidad, como si estuviera sostenido del cielo en dos invisibles anillos por proa y popa, y en los cuales, como una hamaca de ellos colgada, le columpiaran las ondas. El agua tranquila y turquí del mar de las Antillas dejaba a la vista penetrar a gran profundidad en su seno, y a través de la gran masa de agua que alcanzaban a sondar nuestros ojos, veíamos cruzar los más vistosos y rápidos pescados, dejando tras sí una estela de fosforescentes chispas, que cortaban y enturbiaban otros que trazaban luminosos triángulos, círculos y losanges, que producían por la noche en el fondo del mar el efecto del reflejo de unos cohetes y fuegos pirotécnicos que en el aire se verificaran.

El espectáculo era maravilloso; pero el placer que en nosotros producía estaba horriblemente amargado por los espectadores que, como nosotros encima, tenía debajo del agua: la enorme cuadrilla de tiburones inmóviles bajo el inmóvil *Withe*, que aguardaban tranquilos, como si de ella estuvieran seguros, la sumersión del buque inglés con todos sus tripulantes. A la mitad de una noche de plenilunio, gozábamos absortos y silenciosos aquella submarina representación de cuadros disolventes, el general, el marsellés, Juanbelz y los ya conmigo reconciliados alemanes, cuando me ocurrió a mí, a quien ocurrieron todas las baladronas fanfarronadas de mi *Don Juan*, salir por una de las más inoportunas ocurrencias del mundo.

—Señores—dije—, no sé por qué nos afligimos y mostramos tan cariacontecidos semblante a nuestra posición. ¿Qué es lo peor que puede sucedernos? ¿Que por falta de víveres y de viento nos echemos al mar en los botes y zozobremos, o que se hunda por cualquiera causa fortuita o premeditada con nosotros el *Withe*? Pues bien; ni los espléndidos Faraones, ni la fiel y millonaria Artemisa, aquéllos para su raza y ésta para su marido, supieron prepararse una tumba tan magnífica como la que nosotros tendríamos en el fresco seno de la tridentada Anfítrite, cuyos ondulantes abrazos no nos librarán de ser voluptuosamente engullidos por esos pardos y panzudos súbditos de la mujer de Neptuno; y considerad, señores, cuanto más noble, más rápida y menos sensible sería esta muerte, que la lenta y atosigada de una asquerosa enfermedad, con la cual aburriáramos a nuestros parientes y amigos, haciéndonos detestar y tal vez hasta maldecir por algunos de ellos; además de que semejante fin tendría dos inapreciables ventajas: una, que nuestro cuerpo no se agusanaría, y otra, que nuestra alma quedaría exenta de la obligación de buscarle y reunirle molécula por molécula para presentarse con él en el valle de Josafat; porque después de digerido por estos guardias civiles de Neptuno,

tengo yo para mí que la transformación sufrida por su digerida carne no la permitirá tornar a ser extraída y concentrada, ni por Liebig, de la grosera pasta de la tiburónica, y Dios no admitiría en su presencia un alma humana envuelta en carne de tiburón.

Hasta aquí pudo oír no más el alegre marsellés M. Charles, que soltó la carcajada; pero el severo y buen cristiano García-Conde frunció el entrecejo, y los alemanes supersticiosos rompieron contra mí en harto agresivas palabras y no poco expresivas conminaciones. Pero yo, que no les había del todo perdonado su mala idea y peor intención respecto de mí, les interpele con la más cómica seriedad de esta manera.

—¡Pues qué!, ¿pensáis, tozudos trasegadores de cerveza amarga a vuestros estómagos, atracados de coles agrias, que, si el caso de naufragar llegara, esos centinelas que bajo el agua nos aguardan me llevarían a mí a alguna velada literaria o me invitarían a cenar con la divina Thetis para que la recitara las décimas del *Don Juan Tenorio*?

Desarrugó su ceño el general, y tomó resueltamente mi defensa el marsellés, exclamando.

—Tiene razón; si hemos de morir, más decente será que demos el gran chapuz como hombres alegres, que como liebres cobardes sorprendidas por un nublado; y para saber antes con quién tendremos que habérmolas y cogerles la delantera, voy a pedir al capitán que nos permita pescar uno de esos tiburones, si hay quien entienda a bordo de semejante pesca.

—No hay que molestar a nadie, niño—dijo un negro colosal que de marinero venía en el *Wilhe*—; si su merced me da algo que lo valga, yo me ofrezco a matar uno pa que lo vea este señó tan alegre y se alegre con él la gente.

Mirámosnos unos a otros asombrados de tal oferta; pero habiéndola aceptado el capitán Lees, y abonado al negro varios de sus compañeros, el marsellés le prometió dos onzas; y el negro, pidiendo y tomando entre los dientes el cuchillo más largo y afilado que pareció, sin quitarse el pantalón de lienzo, única prenda que vestía, y diciendo: «denme algo que tirarles para que suban», arrojó al agua dos sombreros de paja que le dimos; y cuando los tiburones salieron a la superficie, se echó al mar como si fuera a bañarse con sus amigos, y desapareció buzando. Toda la tripulación se agolpó a los barandales del *Wilhe*, todos los tiburones se sumieron en busca del negro, a quien sintieron caer, y el marsellés, arrepentido, exclamó: «he cometido un homicidio». Aún no lo había concluido de decir, cuando una mancha de millones de burbujas rojas coloreó el agua lechosa del mar, profundamente tranquilo; borróla, dispersándola poco después, una masa parda, que de la mar tras ella surgía: era un tiburón degollado por la garganta por el negro, que surgía al mismo tiempo que él, asiendo una de las cuerdas que los marineros junto a él lanzaron al ver aparecer su cabeza. Izáronle aquéllos con grande algazara, izóse él riéndose y chorreando sobre cubierta; aplaudieronle todos, y yo tardé muchos minutos en serenarme y reponerme del mayor miedo que en mi vida he tenido por la de un hombre.

Tratóse de lazar y embarcar el enorme cetáceo; preparáronse cuerdas y harpones, y empezóse la maniobra; pero antes de que nada pudiera llevarse a cabo, gritó de repente el capitán Lees: «todo el mundo a las velas!». Las vergas del *Wilhe* se cubrieron de chusma: los cinco trapos y los dos foques que el buque llevaba, cayeron en un minuto tendidas ante sus palos; una racha de viento, que las hinchó repentinamente, hizo crujir todas las jarcias, y el *Wilhe* humilló su proa y levantó su popa, como un caballo furioso que, bajando el belfo inferior hasta los encuentros, intenta librarse de su jinete con un salto de carnero. Dos blancos rizados de hirviente espuma se desrizaron por ambos costados del buque cuando salió de las ondas en que se había hundido su remojada quilla; la popa comenzó a trazar estela, y las cáscaras de naranja, las hojas de las piñas y los des-

pojos que habíamos arrojado al mar y que hacían tres días que estaban pegadas al barco, comenzaron a quedarse detrás de él; el *Withe* bogaba sobre el golfo impelido por un nordeste desigual, que amenazaba fijarse a Norte, del cual íbamos tal vez a tener más que temer que de los mismos alacranes, de entre los cuales nos había sacado la columna del comedor, trasformada en émbolo, a fuerza de carbón.

Desembarcamos en Veracruz, aunque con mar ya picada; díjose quién yo era; salió a recibirme la familia de Muriel, respetada y pudiente en el país; pasó mi equipaje sin registrar, y los relojes de Losada defraudando a la República. Comimos alegremente y tomamos nuestros billetes en unas diligencias encarnadas, que eran entonces los vehiculos que unían a Veracruz con la capital de la antigua Thenostitlan.

Y estaba yo arreglando la maleta, de la cual se había sacado lo que en ella venía de ajena propiedad, cuando me anunció el criado de la fonda la visita de Pepe Esteva, uno de los más conocidos poetas veracruzanos, de quien Muriel me había ventajosamente hablado y para quien me había dado carta. Entreguésla, felicitándome de conocerle; abrazóme, devolviéndome cordialmente mis felicitaciones; y hecha amistad, y entablada entre ambos la fraternal franqueza de hermanos de Apolo, me tomó cariñosamente las manos en las suyas, y contemplándome de hito en hito, me preguntó en un tono que me extrañó.

—Pero, ¿a qué viene usted a Méjico?

—Pues va se lo dice a usted la carta de Bartolomé Muriel—respondí, sin comprender su pregunta.

—¿Y esto?—continuó él mostrándome desplegado un papel impreso que de su bolsillo sacó.

Eché sobre él una rápida ojeada; contenía unas infames quintillas escritas contra los mejicanos y su presidente Santana, impresas en Cuba y firmadas con mi nombre.

Quedéme estupefacto, comprendiendo mi desesperada posición; pero sin comprender aún la intención traidora del autor de aquel libelo que infamaba mi nombre, inutilizaba mi viaje y anonadaba mi porvenir. Esteva me contemplaba fijamente con ojo escudriñador, y yo le dije, por fin, lo único que me ocurría.

—Pero si yo hubiera escrito eso, ¿cabe en cabeza humana que fuera yo tan bestia que viniera aquí?

Esteva comprendió, sin duda, mi sinceridad; pero dijo, meneando la cabeza.

—Pues es muy mal negocio. Santana es tan orgulloso, como quisquilloso de su nacionalidad el pueblo mejicano, y lo mejor que puede usted esperar es el ser expulsado del territorio.

Lo único que no me ocurrió fué volverme a embarcar; mi sinceridad de castellano abroquelaba mi conciencia; mi lealtad de español se revelaba a aceptar ni la sombra de una villanía. Una remota esperanza de morir lejos de España, en la obcecación de mis pesares de familia, me llevaba a aquel país, pero nunca creí ser acusado de traición y merecer el castigo ni el fin de los traidores.

—Pues yo subo a Méjico—dije con entereza.

—Pues no sé qué decir a usted, porque todo el mundo está aquí persuadido de que las quintillas son de usted, y yo mismo le he contestado con otras en que le he puesto a usted como un trapo.

—Y lo merece el autor de ellas; pero tengo la vanidad de creer que no habrá hombre de sentido común que me confunda con él, como me mire a la cara; la respuesta de usted resbala sobre mi honradez, y subo a Méjico fiado en Dios y en ella.

—Me alegraré que su honradez le sincere a usted, sin que necesite la intervención de Dios. ¿Será indiscreto preguntar a usted cómo piensa conducirse?

—Según vengan las circunstancias; no pienso darme por entendido de que conozco semejantes versos, si nadie los recuerda para mal mío; no quiero que se piense que *excusatio non petita acusatio manifesta*.

—Pues usted bien; pero ya habrá quien se acuerde; aquí hay gente de mucha memoria.

—Pues subo a Méjico, y ya sabrá usted lo que allí me sucede.

Abrazóme y abracéle; tomé mi puesto en la diligencia, y en ella entré a los cuatro días en el pintoresco, salubre y poético valle en que está fundada la capital de Méjico; en la cual iba yo a verme cara a cara con la más vil de las calumnias, echada sobre el hombre más inofensivo en política, y así llegué yo, cargado a traición con ella, al país que más amaba, por ser la patria de mi mejor amigo y de mi más generoso amparador: Bartolomé Muriel.

¿Quién había sido el autor de aquellas quintillas, y qué le había hecho yo para que me las hubiese atribuido?

Pues... ¿y quién sabe, señor?, como dicen los mejicanos cuando no quieren responder a una pregunta o resolver una cuestión. ¿Pues, y quién sabe?

ALLENDE EL MAR

I

Llegamos a Méjico tras cuatro días de viaje *sin accidente*; cuando mandaba Santana no había ladrones en el camino: todo ladrón cogido, era fusilado. Los enemigos de aquel presidente decían. «Cuando él manda, sólo él roba»: costumbre añeja de nuestra raza española; para todos los partidos contrarios al que manda, éste tiene todos los vicios, y todos los contrarios son unos pillos. En tiempos de mi padre, que fué sargento mayor de realistas, todos los liberales eran unos bribones; después fueron los carlistas unos bandidos; ahora todos los liberales están condenados al infierno por los neos, y hay quien sueña con el petróleo que ha de quemar a éstos en sus Seminarios, como a zorros a quienes se ahoga en sus madrigueras. Afortunadamente, todo esto pasa rara vez de palabras en España, y nuestra raza española en Méjico sigue en esto las tradiciones patrias. Mandaba, pues, en aquel delicioso país, cuando yo llegué a su capital, don Antonio López de Santana, que se firmaba Santa Anna, no sé si con razón o sin ella. Tengo yo para mí que en su primera edad, antes de llegar a ser célebre y millonario, se llamaría Santana, como se firman todos los Santana de nuestra tierra; pero después debió de parecerle vulgar apellido para un alto personaje, y cuando yo llegué se llamaba y se hacía llamar Su Alteza Serenísima don A. L. de Santa Anna, y creo que no iba tan fuera de camino, Anna en hebreo tiene dos enes. Someto este procedimiento a la consideración de mi antiguo amigo don Manuel Santana, propietario hoy de *La Correspondencia*; si yo me hallara en su posición, comenzaría a hebraizar mi apellido, como aquel serenísimo presidente de la República mejicana.

A media legua de su capital salió a recibirme el señor conde de la Cortina, hermano del difunto marqués de Morante, tan erudito como éste, y caballero aquél de exquisito gusto en artes y de tan espléndidas costumbres y rumbosos instintos, como que había vivido siempre en Méjico y en Sevilla, de donde es oriunda la noble familia de los Cortina. Llevaba este conde en su carruaje, cuando salió de Méjico a recibirme, a Anselmo de la Portilla, el español más honrado, estudioso y trabajador que pasó a las Américas, sea dicho sin ofensa de pasado ni de presente, y a Federico Bello, el español de más

ingenio y de más pereza que allá he conocido. De ambos tendré ocasión de hablar más adelante; baste por ahora saber que escribían ambos por entonces un periódico mantenedor de los intereses españoles en aquella República, estimados de todos y patrocinados por el conde de la Cortina. Como datos característicos de éste, apuntaré dos rasgos de esplendidez que acababa de realizar; fué el primero que, al instalarse una lotería mensual para sostener la Academia de Bellas Artes, cupo al billete del conde el primer premio de 50.000 pesos, y no salieron del salón en que aquel primer sorteo de instalación se verificaba; el presidente Santana le pidió prestados treinta mil, dió diez y seis mil a una señora que había venido a menos, y el conde se llevó sólo cuatro mil para dulces y flores a las muchachas; y fué el segundo que acababa de dar al Presidente un baile de tres horas, que le había costado veinte mil pesos. Como la consecuencia más inmediata de gastar el dinero es quedarse sin él, el conde de la Cortina no era ya millonario cuando me salió a recibir con Portilla y Bello; y dejándome con ellos al anochecer instalado en el mejor hotel de la calle del Espíritu Santo, se subió a su palacio de Tacubaya, situado en el centro de una posesión que vendió años después a la hija de un opulento gallego, britanizado.

Portilla y Bello me dieron las primeras noticias y consejos útiles con una lealtad tan franca cuanto sincero era el cariño que por mis escritos y mi reputación me habían cobrado en aquel país, donde habían defendido mis obras de la crítica apasionada, y mi persona de los maliciosos supuestos del vulgo. Diéronme a entender que bajo la buena sombra del conde de la Cortina podríamos sacar honrada y honrosamente algunos pesos de la publicación del primer libro, que ellos me ayudarían a publicar, y de la gran curiosidad que tenían los mejicanos de oír mis lecturas, ya que de gran fama de lector iba yo allí precedido. Al despedirse de mí, para dejarme descansar de las noventa y seis horas de diligencia, pidiéronse serme por ellos presentado otro español que en el inmediato cuarto se aposentaba; llamábase Manuel Madrid, y es uno de los hombres que mejor idea me han hecho formar de la humanidad, y el a quien debo mejores consejos y más valiosos servicios, por más que yo no haya sabido o querido aprovecharme de ellos. Manuel Madrid era hombre de negocios, que por sí mismo había hecho siempre los suyos, y estaba tan bien quisto en el país cuanto de él y sus habitantes era conocedor. Mis versos me han ganado muchos amigos, y es lo único por que estimo algunas pocas páginas de mis incorrectos libros; pero con nadie trabé por ellos tan pronto intimidad como con Manuel Madrid. Hombre de tanto corazón como perspicacia y mundo, comprendió mi posición sin necesidad de que yo se la revelara; comprendí yo a mi vez, sin que él de ello me dijera la más mínima palabra, que sentía profundamente que yo hubiera ido a aquella tierra; y aunque ni él, ni Portilla, ni Bello habían hecho la alusión más remota a las anócrifas quintillas, yo sentía que las tenía suspendidas, como Damocles la espada, sobre mi cabeza; cuando Manuel Madrid se retiró a su cuarto, me acosté convencido de que tenía en América un amigo tan verdadero como lo había sido Muriel en París. Manuel Madrid y yo nos tuteamos a las dos semanas como si nos hubiéramos criado juntos desde niños; sus últimas palabras aquella primera noche, fueron.

—Aquí hay un talento especial para sacar al europeo de balde lo que en más él fie de su valer; lo primero que se quiere sacar de usted, es una lectura; si fía usted en ellas, no se venda en la primera, porque a las veinticuatro horas le invitarán para desvirtuar lo que usted valga con la facilidad de la imitación. Mañana le invitarán a usted al acto académico de la apertura de la Universidad; no tendrá usted más remedio que ocupar la tribuna. Si su talento de usted es múltiple en géneros de lectura, dé usted una buena muestra de uno, pero resérvese usted armas para el porvenir.

Manuel Madrid conocía su gente; a los dos días me invitaron para el quinto; preparé una composición, en la cual, por la premura del tiempo y el escaso que me dejaban las visitas y los obsequios, ingerí como mejor pude unas octavas de la introducción de mis *Cuentos de un loco*; y si no resultó de aquella amalgama una buena poesía, resultó a lo menos un ejemplar de lectura muy a propósito para el caso. Llevéme a la Universidad en su carruaje el conde de la Cortina, y halléme con asombro en un salón lleno de obispos, canónigos, frailes y doctores, con quienes tenía poca afinidad un poeta como yo, tan escaso de saber como de títulos académicos. Pero lo que me tenía absorto en aquel cuádruple círculo de doctores con sus mucetas, eran los frailes, cuyos hábitos hacía ya veinticuatro años que no se veían en España; y contemplaba yo con infantil curiosidad aquellas rapadas y cerquilladas cabezas, asomadas a sus capuchas como las tortugas a su concha, y cuyos ojos, fijos sobre mí, rebosaban curiosidad. El Arzobispo que presidía, el rector que hacía de moderante, el secretario y los doctores que debían sostener el acto, hablaron en latín y en español con una pronunciación suave y meliflua, para mí no desconocida, puesto que había oído hablar a tantos mejicanos como a casa de Muriel asistían, pero que allí, por ser general, me hacía un delicioso y extraño efecto.

El poeta don Joaquín Pesado, el más famoso en Méjico por entonces, leyó una poesía de corrección y forma clásicas, que todos aplaudimos, y tras él me condujeron a la tribuna, que estaba malísimamente colocada, enfrente de la puerta, cerrada solo con un tapiz, y en el centro de la pared lateral de un salón que por ser tan largo parecía estrecho, y que tenía a la cabecera una ventanilla abierta sobre el estrado en que estaban el arzobispo, los obispos y los doctores, a los pies una larga celosía, tras de la cual se veían apiñadas las cabezas de las señoras a aquel acto admitidas. El lugar no podía ser peor, ni la posición más desfavorable para el orador y el lector; pero como en los que en la tribuna me habían precedido había yo estudiado la desigual sonoridad y los ecos del salón, y en la práctica y el estudio de estos casos fui yo mis ventajas como lector, empecé y concluí mi lectura limpia, clara y serena, dándola un marcadísimo claro oscuro con la armonía de las onomatopeyas y el vigor de los periodos de que la había rellenado a propósito. A los cuatro endecasílabos me había captado la atención, al final de la primera estancia había yo dominado la Asamblea, y desde la mitad de mi composición la arrastré tras mí palabra como se me antojó, sin haber hecho uso más que del registro medio de mi órgano vocal. El éxito fué legítimo y el aplauso universal; apresuráronse todos aquellos reverendísimos a felicitarme; y conforme me iban alargando y retirando sus manos, iban dejando en la mía una monedita de oro taladrada, con un lacito de cinta de los colores republicanos; las cuales, no cabiéndome en la mano, depositaba yo en mi bolsillo.

El conde de la Cortina reía a socapa de mi sorpresa. Portilla me previno de que se trataba de darme un beneficio en el teatro con mi *Tenorio* y una lectura; y mareado con las visitas, los abrazos y los apretones de manos de frailes y presbíteros, me acosté aquella noche calculando cuánto haría de entrada el teatro en que me darían el beneficio, que era la mina única de cuya explotación podía yo prometerme alguna legítima utilidad.

Pero ésta precisamente era la mina que debía reventar a mis pies. *¡vay ísp!*

Corría el mes de marzo; estaba cercana la Cuaresma y ya por concluir la temporada cómica; y un español llamado Moreno, que era agente de la empresa del teatro, viendo que con mi beneficio iba a perder uno de los pocos días de entrada segura que la quedaban, discurrió un medio de librarse de mí, que no había pensado en aquello que el entusiasmo general y a mis amigos y no a mí había ocurrido. Buscó a uno de los hijos del presidente Santana, le dió las malhadadas quintillas para que se las enseñara a su padre,

y le dijo que eran un insulto y una provocación del partido español al Presidente aquellos obsequios a un traidor enemigo de la República, como yo.

Santana, que era vanidosísimo, sintió su amor propio herido por los aplausos dados a otro que a él; llamó al gobernador Bonilla, y le mandó que me pusiera inmediatamente preso; Bonilla le hizo observar que era un atropello injustificado que podía traer al Gobierno una dificultad con el ministro de España, y que él se encargaba de dar al acontecimiento la forma más conveniente para la aclaración del hecho y satisfacción suya y del país.

Concluía yo de comer solo en un gabinete del restaurant del hotel a las cinco de aquella tarde, cuando un hombre alto, flaco, descolorido y vestido de negro, me pidió permiso para decirme a solas cuatro palabras.

Ofrecíle asiento, y entre un poco cortado y un tanto ceremonioso, me dijo que el señor gobernador deseaba hablarme, y venía de su parte a pedirme hora en que pudiera recibirle.

Púseme yo en pie y tomando mi sombrero, que en la percha inmediata tenía colgado, le respondí que yo no tenía representación ni privilegio alguno para eximirme del respeto a las autoridades de los países por donde viajaba, y que no podía permitir que el señor gobernador se incomodara por mí; que yo estaba pronto a ponerme a sus órdenes, y que podía guiarme al palacio del gobierno.

Comenzó aquel hombre a balbucear excusas para mí incomprensibles, y concluyó por decirme que yo no podía ir con él por la calle, porque él era jefe de una policía no muy bien mirada por ciertas personas; y que si creían al verme con él que me llevaba preso, podía originarse algún tumulto, del que no quería él ser responsable.

Díjeme yo, comprendiendo su miedo no tanto a provocar el tumulto cuanto a hallarse por mi metido en él, que no conociendo las calles le seguiría desde lejos, si traía orden de fiarse de mí.

—Sí, señor, sí—exclamó.

Y salió apresuradamente del gabinete, al tiempo que en él entraba Anselmo Portilla, a quien dije tranquila, pero intencionadamente:

—Dispénsese usted, pero voy a ver qué me quiere el gobernador Bonilla, que me envía a buscar.

Portilla, oyendo tal, salió tras mí del hotel y echó apresuradamente calle abajo, mientras yo tomaba despacio la calle arriba, sin perder de vista al hombre vestido de negro que me servía de conductor.

II

Este, que mientras por las calles anduvo llevaba no poca semejanza con una zorra que siente tras sí la mal despistada traffla, me aguardaba al pie de la escalera del palacio del gobierno, erguido y risueño como una garza que se pavonea orillas del lago donde pesca y caza como sultana de la inundada pradera. Tiró él escalera arriba, y seguíle yo hasta un salón poco alumbrado, en cuyo fondo había una mampara forrada de damasco rojo; llamó a ella con un discreto golpe de los nudillos, y abierta inmediatamente de par en par, me dió paso a un aposento de la misma tela tapizado, donde me esperaba el gobernador Bonilla ante una mesa convertida en altar, sobre la cual se alzaba un crucifijo alumbrado por cuatro velas, y a cuyo lado derecho había otra pequeña mesa oculta por un notario, a cuya espalda estaban en pie dos sombríos y silenciosos testigos; sobre aquella mesa y ante aquel escribano había un papel, en el cual reconocí a la pri-

mera ojeada un ejemplar de aquellas apócrifas quintillas impresas en la Habana con mi nombre.

Era el gobernador Bonilla un hombre como de cuarenta años, bien apersonado, de agradable fisonomía y cortesanías modales. Recibíeme cortés, y me explicó sin doblez ni arguimiento de lo que se trataba: de que yo declarase, probándolo si me era posible, que no era yo el autor de aquellos versos que insultaban a la República y a su presidente Santana.

Respondí yo tranquilamente, y escribía el notario según yo respondía, que no reconocía por míos más versos que los incluidos en la colección de Baudry, de París; que aquellos allí presentes no podían ser míos, porque trataban de las personas y cosas de Méjico con el conocimiento de quien había habitado el país, al cual era evidente que yo por vez primera venía; porque su contexto agresivo y grosero estaba en contradicción con todos mis escritos, en los cuales rebosa el decoro de un hombre bien nacido y bien educado, y ajeno a aquella política en que se mezclaba el autor anónimo; porque yo no encabezaba nunca mis publicaciones dándome el don, sino que las firmaba sencillamente con mi nombre de bautismo y el primer apellido de mi familia; que yo rechazaba la paternidad de aquellos versos, reservándome el derecho de repetir contra el autor o autores que me calumniaban atribuyéndomelos, y que traía, en fin, cartas para el señor presidente de la República de personas con quienes aquél gozaba de crédito y estimación, cuyas cartas no podía traer quien no mereciese la estimación y el crédito de los que para el Presidente se las habían dado.

Aquí dijo torpemente al escribano el gobernador Bonilla que escribiese que «yo declaraba que no podía ser autor de los versos, por el respeto y la estimación que por el Presidente tenía», a cuya declaración escrita me opuse, alegando que, no conociendo personalmente a Santana, no tenía por él más motivos de estimación y respeto que los que de mí exigía la alta dignidad en que estaba constituido—declarando, por fin, y exigiendo que constase consignado en aquel documento, que ni yo tenía tan baja idea del pueblo mejicano, ni era preciso menos sino que yo fuera loco o estúpido para venir a aquel país a quien tan villanamente insultaban los versos que se me atribuían. Quedó, pues, mi declaración tal, sobre poco más o menos, como a la verdad y a mi dignidad de español convenía; habiendo, a fuerza de atención y serenidad, evitado que en ella apareciese alguna frase o idea adulatoria al Presidente, en lo cual quería, grandemente empeñado en ello, enredarme el gobernador Bonilla, acérrimo santanista y hermano del ministro de Relaciones de aquel Serenísimo Presidente.

Firmé yo sin vacilar el relato escrito por el notario, y quiso Bonilla que yo jurase, invocando a Cristo en pro de la sinceridad de mis palabras; pero rehusé pronunciar tal juramento, negándome redondamente a impetrar la intervención y amparo de Dios en pro de mi lealtad, que saltaba a los ojos de los hombres de juicio y sentido común.

Excusóseme el gobernador con su obligación, resistí yo con mi conciencia inculpada, y concluyó aquella ceremonia con despedirnos cortésmente y ofrecernos nuestra mutua consideración. Dejéle, pues, con su aparatoso altar y su zurdo escribano, y enderecé mis pasos a casa del encargado de Negocios de España, que lo era por entonces el Sr. Lozano Armenta.

Ante la presentación de mi tarjeta se me franquearon todas las puertas, hasta la de su despacho, en el cual y con él estaba mi buen amigo Anselmo de la Portilla.

Relaté lo ocurrido al Sr. Lozano Armenta, quien templó la exaltación de las palabras en que se lo relaté, diciéndome:

—Fie usted en mí, y cálmese. No había verdadera necesidad de tanto aparato, ni nadie hubiera dado importancia a tal absurdo, que su presencia de usted desvanecese;

pero el Presidente es algo vanidoso, sus partidarios lo han endiosado y ensoberbecido, y el país es naturalmente quisquilloso de su independencia, a la cual no ha tenido aún tiempo suficiente de acostumbrarse. Voy a pedirle inmediatamente una audiencia particular para presentar a usted al general Santana; usted le entregará en ella sus cartas de recomendación, y verá usted como ni el león es tan fiero, ni el pueblo mejicano tan vulgar ni pequeño como puede a usted parecerle. Lo que en él sobra es el ingenio, la perspicuidad y el buen sentido, y no es a ningún mejicano a quien debe el mal rato que acaba a usted de darle el gobernador Bonilla. No se mueva usted mañana de su casa hasta que no le envíe mi carruaje, en el cual llevará a usted a la presidencia.

Escribió en seguida un billete con las armas de España, que decía: «El Encargado de Negocios de España suplica al Serenísimo Sr. Presidente de la República que le señale en el día de mañana hora en que presentarle al ... poeta don José Zorrilla, quien desea dar y pedir explicaciones al Gobierno que tan dignamente preside.»

—¿Está usted satisfecho?—me preguntó Lozano Armenta, mostrándome su billete.

—Yo no tengo pretensiones tan altas—le respondí—ni explicaciones que dar ni que pedir.

—Yo lo haré por usted—replicó—; usted es probable que lo echara todo a perder; por eso le suplico a usted que lleve a la audiencia sus cartas, y yo llevaré la palabra.

Salimos Portilla y yo de casa de Lozano Armenta, aquél tan satisfecho como yo pensativo. Había yo ido a Méjico como a una segunda patria en donde morir tranquilo y estimado, por ir a ella recomendado y ser la patria de aquel Bartolomé Muriel, tan noble, tan generoso, que había sido mi ángel tutelar en París. Amaba yo a Méjico por ser su tierra nativa, y por lo mucho que él de ella me había hablado; había yo apacentado con íntima delicia mis ojos en aquel hermoso terreno de las comarcas de Córdoba y Orizaba, que había atravesado al subir a la meseta central. Habíame arrobado de encanto al ver por primera vez aquel elevado valle, alfombrado de frescas lagunas, rodeado de montes selvosos y de nevados volcanes, y alumbrado por aquella luz que es un reflejo tibio de la que ilumina las invisibles maravillas del paraíso; y al apearme del vehículo que a su capital me había conducido, me hallaba agobiado por una calumnia que me imposibilitaba para siempre de manifestar, sin que pareciese bajeza, mi cariño a aquella tierra, en la cual había yo vislumbrado en lontananza la mía de promisión. Había yo esperado, y Muriel me lo había hecho esperar, que allí, en un trabajo honrado, a la sombra de la protección de los españoles, para quienes me había dado cartas, y de la misma del general Santana, para quien me había procurado la única que podía ganarme la de aquel extraño personaje, olvidaría yo mis pesares, me congratularía con aquellos malditos versos míos que no habían sabido captarme el amor ni el perdón de mi padre, y que regenerando mi ser, hastiado de mí mismo y del viejo mundo que abandonaba, volvería al fin a sentir en mi corazón la nostalgia del desterrado, volviendo a mi patria otro de lo que de ella había salido, y con mejor fortuna de la que en ella me había vuelto constantemente la espalda. ¡Cuán rápidamente había echado por tierra el castillo de naipes de mi ilusoria esperanza el primer viento del desengaño! Yo iba a ser en aquella poética y pintoresca tierra más paria, más vaga sombra, más desarraigado fantasma que en la mía propia, cargado y manchado con una calumnia, de la que el vulgo jamás me daría por limpio ni por libre.

Llegamos Portilla y yo a mi aposento del hotel, y en él hallamos esperándonos a otro de los hombres a quienes debo más amistad, más consuelos, más auxilios y mejores horas en las amargas de mi descompaginada existencia, el Dr. Sánchez.

Era el tal un valenciano de treinta y dos años, robusto, activo, inteligente, inquieto, rebosando vida y ansioso de lucha. Dotado de prodigiosa memoria, había estudiado bien

su facultad de medicina, y había tenido que sujetarse a riguroso examen para vencer la oposición sistemática y la envidia malévola que le habían atraído a su llegada el aplomo con que exponía su ciencia, la inextinguible facundia con que ahogaba a sus contradictores, y la fortuna, a quien con su incontestable audacia y su constancia pertinaz obligaba a echarse humillada a sus pies. Fuerte en anatomía y en todos los estudios de su facultad, y escudado con sus certificados sin tacha y sus brillantes ejercicios de revalidación en América, se había, tal vez el primero en aquel país, declarado secuaz de la doctrina homeopática de Hahnemann, y había sabido crearse una clientela, por la cual comenzaban a mirarle de mal ojo muchos de sus colegas. El Dr. Sanchíz, cuya inteligencia era tan clara como segura su memoria, estudiaba mucho, leía más y lo abarcaba todo. En cuanto Portilla y yo entramos en mi cuarto, echó a un lado cumplidos y ceremonias, y vino a abrazarme, diciéndome:

—Con usted viene quien le dirá a usted cuánto le quiero; sé de memoria libros de usted, y puedo recitarle su *Don Juan* y su *Margarita la tornera* sin errar una palabra, y marcando los versos en que concluyen y empiezan las páginas de sus ediciones. Esto le probará a usted los derechos que vengo a alegar para que me acuerde su amistad, y a ofrecerle cuanto soy, cuanto valgo, cuanto poseo y cuanto puedo, para combatir a su lado contra la estupidez y la calumnia, que salen siempre al paso de los que valen más que las medianías y el vulgo. Conque téngame usted por suyo en cuerpo y alma, y hágame el honor de darme un primer abrazo con que inaugurar una fraternidad que espero que dure lo que la vida de ambos.

Y abríome los brazos el alegre Dr. Sanchíz, y quedé con él sellada una amistad que sólo pudo cortar su muerte; e imponiéndose a la reflexiva y juiciosa prudencia de Portilla, y aprovechando el asombro con que yo le contemplaba, nos constituyó en sesión para tratar de mi porvenir; y me dió tales consejos, tan minuciosas noticias de los moradores de Méjico, hizo la crítica de tanta gente de ingenio, la caricatura de sus pretenciosas medianías, ensalzó a unos, deprimió a otros, pulverizó a alguno, y puso, en fin, ante mis ojos un Méjico estrambóticamente estereotipado en unos moldes fantásticos, que hizo reír a Portilla y derramó en mi corazón una esperanza y una alegría que me hizo dormir tranquilo aquella noche, y esperar sereno al día siguiente la llegada del coche en que vino a las dos, para presentarme a Santana, el caballeroso Lozano Armenta.

A la hora designada por el Presidente, nos presentamos Lozano Armenta y yo en su antecámara. Entre las pequeñeces con las cuales creía aumentar su importancia aquel serenísimo señor, era una de ellas la de no recibir a nadie sin hacerle sufrir más o menos prolongada antesala. Diónosla a nosotros de diez minutos, y nos recibió, con no poca sorpresa mía, en pleno Consejo de Ministros; y puestos en pie todos, el Encargado de Negocios de España presentó al Gobierno de Méjico al diminuto sietemesino autor de *Margarita la tornera*, con estas palabras:

—Tengo el placer de presentar al Serenísimo señor Presidente al poeta español don José Zorrilla, quien trae para S. A. cartas de recomendación.

—Ya lo sé—dijo Santana—; son de nuestro Embajador en París.

—El señor Presidente las verá—dije yo sacando del bolsillo y presentándole una de D. J. F. M., importante y opulento personaje americano con quien le unía antigua amistad, y con quien tenía pendiente cuenta de tanta importancia cuanta era la de las dos personas entre quienes pendía.

—El que trae esta carta...—balbuceó Santana con aquélla en la mano...

—No puede ser autor de los versos que se le han imputado—le interrumpí yo con tranquilidad—; los que pueden obtener semejantes cartas, no pueden escribir semejantes villanías.

—Es verdad—repuso Santana enteramente repuesto de la sorpresa de recibir de mi mano aquella—. Ya lo había yo creído así por la declaración hecha ayer por el señor Zorrilla, y publicada esta mañana en los periódicos. No hay, pues, que hablar más del asunto: el portador de esta carta tiene derecho a nuestra consideración, y el Sr. Zorrilla no tiene más que decirnos lo que espera del Gobierno de Méjico y de su Presidente en particular.

—Que el señor Presidente—respondí yo—guarde esa carta y la considere como no recibida, y que su Gobierno le asegure de la exaltación patriótica del pueblo, tal vez mal convencido aún de su inculpabilidad, para no recibir insulto público y habitar tranquilamente en el territorio.

Frunció el entrecejo Santana, y Lozano Armenta tomó la palabra para decir de mí lo que ya no recuerdo, ni repetiría aunque lo recordara; y puestas las cosas en su lugar, salimos ceremoniosamente despedidos del salón presidencial.

Cuando, de vuelta a mi hotel, Lorenzo Armenta y yo marchábamos en su carruaje, me dijo aquí:

—Ha hecho usted mal en no aprovechar el crédito y la protección que aquella carta le procuraba.

—No he querido aceptarlas forzadas, como me ha parecido que se me ofrecían—le respondí.

—No tengo costumbre—me replicó—de juzgar el puntillo de honor ajeno; por más exagerado que sea, reconozco en cada cual el derecho de mirar su dignidad como le parezca. Mañana vendrá usted a comer conmigo; esta invitación envuelve, en el placer de tenerle a usted a mi mesa con mi familia, la intención de que se sepa en Méjico la deferencia con que se honra en tratar al poeta español el ministro de su país.

Díle las gracias, asegúrele de mi reconocimiento y de mi asistencia, y tras un cordial apretón de manos de aquel benévolo e hidalgo diplomático, subí a mi cuarto, donde me esperaban impacientes el buen Anselmo de la Portilla, el bullicioso valenciano Sánchez y el juicioso Cipriano de las Cagigas.

He nombrado ya a éste en uno de mis anteriores artículos, como comprador en París de mil ejemplares de mi poema *Granada*, y voy a decir aquí, como lugar a propósito, cuatro palabras del hombre leal que más tarde murió en mis brazos, después de haber hecho por mí y por mi fortuna lo que Dios no quiso que lográramos, matándole en la Habana y dejando en mi alma uno de los más tristes recuerdos de mi vida. ¡Oh bueno y pundonoroso Cipriano! Dios me la ha prolongado sin duda para dar testimonio de tu rectitud y lealtad, y yo le doy gracias infinitas de haberme hecho tropezar contigo sobre la tierra, porque por ti y por Sánchez y por La Portilla, y por otros cuantos hombres como vosotros, he aprendido a amar a la raza humana y a perdonar a mis enemigos, que lo han sido y todavía lo son, por no haber ellos aprendido a conocerme a mí ni a vosotros.

No se crea por lo referido que era Cagigas pendenciero ni disputador, nada de eso: con su perenne e infantil sonrisa, cortaba las disputas con oportuna intervención; abreviaba y aclaraba las cuestiones con su juicioso sentido práctico y una lógica observación, y era el que arreglaba las diferencias de todos con las palabras absolutamente precisas. Era el hombre más reservado del mundo, y no hablaba mal de nadie jamás. Era amigo, y había sido agente, del presidente Santana, de quien sabía secretos y guardaba documentos desconocidos; y no hubiera, ni puesto en el tormento, revelado ninguno de aquéllos, ni entregado ninguno de éstos, ni dicho una palabra que pudiera perjudicar a sus amigos. Tenía los amaños de un político reformador y de un negociante en grande; pero el estar en país extraño le había impedido meterse de lleno en el balumbo de su política, y las vicisitudes y continuos cambios de ésta no le habían dado tiempo de llevar

a cabo sus negocios. Era editor y librero, y escribía y sostenía un periódico; al llegar a Méjico con los dos mil ejemplares de dos tomos de mi *Granada*, se encontró con una reimpresión de esta obra, hecha por un hermano de Ignacio Boix, en mal papel y cerrada impresión, en un cuaderno que vendía a la cuarta parte del precio del que a Cagigas podía dar la mía, y que le arruinaba; pero no hizo nada contra aquel español tan mal compatriota nuestro, ni me habló jamás una sola palabra del mal negocio que conmigo y mi poema había hecho.

Tal era Cagigas; para dar idea de cuyo carácter he adelantado cuatro años mi narración: era hermano de otro Cagigas que murió, salvo error de mi memoria, de secretario del duque de Montpensier; tan estimado éste de los que le conocieron en Sevilla, como el mío de Méjico, a quien enterré el 59 en la Habana, y cuya memoria conservo con el cariño que tengo orgullo en manifestar en estos recuerdos.

Éstos eran los tres amigos a quienes hallé esperándome cuando volví de la audiencia presidencial. Contéles yo lo acaecido en ella, y Cagigas me dijo, como Lozano Armenta, que había hecho mal en devolver la carta a Santana; Portilla fué de contrario parecer, pero los tres convinieron en que lo mejor que había que hacer era que el conde de la Cortina me llevara a la hacienda de unos parientes, para que el público se acostumbra a saber que yo permanecía en la República y olvidase las quintillas; pero nadie se volvió a acordar de ellas, porque tal vez nadie me las achacaba, sabiendo mejor que yo de qué pluma habían salido.

Cuando Cagigas y Portilla nos dejaron solos, me dijo Sanchiz con un cariño tan fraternal que aún se arrasan mis ojos en lágrimas al recordarlo:

—Va usted a ir a vivir a casa de una gente rica, y el hospedaje de los ricos sale muy caro. Usted no ha tenido tiempo de arreglar aquí sus negocios; Cagigas no lo ha tenido de encaminarlos por buena vía, y Portilla no tiene nunca dinero para tantos hijos como su mujer le pare; en las haciendas hay que hacer regalos, que poner un puñado de duros a un gallo o a una carta; son costumbres del país, y además, a los criados ajenos hay que darles propina por todo; la leche que me dió mi madre la mamá revuelta con los versos de *Don Juan Tenorio*; conque fuera melindres: yo tengo unos pocos sacos de pesos en casa de un comerciante alemán; usted me dice a quién y con qué señas hay que enviar a París una libranza todos los meses, y ahí queda esa media docena de onzas para no ir a la hacienda como un gorrión mantenido.

Y poniéndome el oro sobre el velador, se escapó del aposento antes de que yo tuviera tiempo de verle a través de las lágrimas que me cegaban.

¡Dios es grande! ¡Bendito sea Dios!, como dicen los árabes.

Cipriano de las Cagigas era seis u ocho años más joven que yo; un mozo cuando le conocí. Oriundo no sé bien si de Asturias o de Galicia, era de estatura poco elevada; pero ancho de hombros, levantado de esternón, fornido de brazos y colocado su dorso perfectamente a plomo sobre sus robustas piernas, caminaba sobre ellas con la firmeza y seguridad de un Anteo en miniatura. Su cabeza pequeña se movía grácil, pero gravemente, sobre su nervudo cuello; y su cabello rubio y lacio, que usaba largo, caía por detrás en torno de él como el del rey Don Pedro de Castilla y el de las esculturas de los siglos XII y XIII. El mechón del centro, que sobre la frente se le venía cuando inclinaba para el trabajo su descubierta cabeza, tenía que ser tirado atrás continuamente con su mano, como le sucedía al incomparable pianista Listz, cuyos retratos vemos aún en los almacenes de música. Los ojos de Cagigas eran azules, pequeños y penetrantes, pero de suavísima expresión su mirada; su tez, blanca y trasparente como la de una mujer; su rostro correctamente oval, y casi barbilampíño, y su sonrisa perenne y natural, le daba el aire más virginal e inofensivo del mundo. Ninguna materia corporal, sin embargo,

ha estado jamás más en contradicción con su espíritu; porque era recto, tenaz e inflexible, y le llevaba al peligro sin miedo de él, y cumplía con su deber sin curarse de riesgos ni amenazas.

Nada había que moral ni físicamente le amedrentase. En 1859 bajábamos de Méjico a Veracruz en una de aquellas diligencias de color de sangre de nuestro inteligente compatriota Casimiro Collado; y ya habíamos recorrido sin accidente, es decir, sin ser robados, las tres cuartas partes del camino, cuando entre Orizaba y Córdoba, o no sé si más allá, dieron el alto al carruaje y nos cercaron diez indios armados de hoñdas y de garrotes. Era allí proverbial por entonces, y costumbre aceptada entre los viajeros, la de dejarse tranquilamente despojar del poco dinero que se llevaba para las necesidades del viaje, con el cual no había miedo de malos tratamientos ni atropellos.

Los nueve viajeros que dentro de la caja roja íbamos, nos disponíamos a obedecer al alto, y el conductor comenzaba a refrenar el caliente tiro, que por una cuesta galopaba, cuando el risueño Cagigas, abriendo rápidamente un saco de noche que no había soldado de la mano en todo el viaje, sacó de él un par de buenos revólvers americanos; me dijo, dándome uno: «Tome usted esa portezuela, y al que llegue a tantearla, fuego a boca de jarro en mitad del pecho.» Gritaron rebelados nuestros compañeros, y amenazó el conductor por la ventanilla delantera; pero el imperturbable Cagigas dijo a los viajeros: «Señores, al que me impida defenderme, lo mato.» Y al conductor: «Ten más miedo que a los indios a la bala que yo te meta por los riñones. ¡Látigo y a escape!»

Los indios, ligerísimos corredores, siguieron largo trecho y ganaron tierra sobre el tiro; Cagigas me gritó dos veces «¡alerta!», y yo prevenía con miedo que los indios correrían tanto como los caballos, y que era casi probable que acabáramos como perros a palos en aquel desierto camino. Nuestros compañeros iban inmóviles y pálidos como muertos; tres o cuatro pedradas habían ya tocado la caja del carruaje, y yo esperaba la que derribara al conductor, cuya cabeza sobresalía de la caja, cuando oí decir a Cagigas: «¡Ah, pilló, sin vergüenza!», y un tiro de su revólver y los gritos de nuestros perseguidores.

No sé lo que sucedió por el lado de Cagigas; no podía descuidar el mío. Pero, ¿por qué no he de confesar que tenía miedo, y que sólo de miedo iba dispuesto a hacerlo que Cagigas de bravo? El tiro entretanto corría desbocado por aquella verde pendiente. No pude apreciar cuánto tiempo corrimos; pero al fin Cagigas dijo, sentándose: «¡Pues no faltaba más sino que nos dejáramos moler por unos indios garroteros!» Y guardando su arma, me pidió la mía, que le volví sin decir palabra. Cagigas no dijo tampoco una más, y se volvió a acurrucar en su rincón, sin mirarme siquiera, por no darme, sin duda, a conocer que había conocido mi miedo, y sin llamar cobardes a nuestros pusilánimes compañeros; alguno de los cuales recuerdo que había hecho grandes alardes de valor durante el viaje, y mostrado unas armas de las cuales no se había servido en la ocasión. Cagigas no volvió a hablarme jamás de lo sucedido, y la verdad sea dicha, yo no me atreví a recordárselo, para que no recordara mi palidez y lo nada que me había tocado hacer con que atestiguar mi valor ante el suyo.

III

El 18 de junio corríamos hacia los *Llanos de Apam* el erudito conde de la Cortina y yo, en un coche viejo tirado por cinco caballos jóvenes, casi potros. El conductor y seis criados montados que nos escoltaban, vestían sendas chaquetas y calzoneras de cuero, y sombreaban sus rostros bajo los anchos jaranos, que vienen a ser los sombreros de nuestros picadores de toros.

A las siete de la mañana cruzábamos a galope la famosa villa de Guadalupe, cuyo magnífico santuario no pude ver más que de refilón. Mucha piedra, mucho enverjado y un pozo del cual sacaban con un caldero encadenado y bebían con ansia muchos indios un agua amarilla, que dicen que cura las fiebres. Después una llanura arenisca, orillas de la laguna de Tezcoco, y después un camino real de liebres trazado en la arena y socavado en los tepetates por las ruedas de los carros que diariamente conducen a la capital *el pulque*, que allí sustituye al vino. Los Gobiernos de Méjico no se habían ocupado de reparar las carreteras abiertas por los españoles; y esta incuria, imperdonable en otro país, era allí por entonces facilísima de comprender. El indio camina siempre a pie y carga los objetos de su tráfico en burritos casi enanos; no necesita para nada las carreteras: no hay mejicano que no tenga caballo, y como éstos no van herrados y marchan con inconcebible seguridad por los más ásperos terrenos, por eso la raza blanca, que lo es de jinetes, no las echó mucho de menos; la que nosotros seguíamos siguió, pues, llamándose carretera de los llanos; pero sólo existía de ella el rastro que el lucrativo tráfico del pulque no había podido perder.

A cada cuatro leguas encontramos una *remuda*; cinco potros de tiro, algunos a medio domar, que una vez enganchados partían como venados perseguidos por una trailla, y seis para nuestros criados, que levantaban en torno nuestro una nube de polvo, del cual íbamos cubiertos al fin de la primera posta. No me pareció muy satisfecho el conde de aquella manera de viajar, y al arrancar los caballos con nosotros, no dejaba de manifestar en su semblante cierta inquietud, que pronto se disipaba.

—¿Por qué viajamos con tal rapidez?—le pregunté por fin.

—Es costumbre de la casa—me respondió—. Mi primo, el propietario de la hacienda a donde vamos, tiene la manía de no emplear más de seis horas para las diez y ocho leguas que la separan de Méjico, y tiene en sus caballerizas y en sus potreros un sinnúmero de caballos que no hacen más que este servicio. Si nosotros llegáramos media hora más tarde de la que él les ha fijado, los criados llevarían un rapapolvo. Sólo puede excusarles el reventar sus caballos en el camino.

Y seguimos corriendo hasta dar en el llano y con la pirámide de *Cholula*, monte hecho a mano, como dicen los indios. Tienen éstos esta pirámide en gran veneración, como obra de sus mayores; y las dos supersticiones, india y católica, con las cuales han amasado su religión de hoy, atribuyen a aquel montecillo, hoy con la cruz coronado, un enjambre de leyendas, todas basadas en un tesoro que bajo ella existe. En las Américas españolas, todas las tradiciones se reducen a esto: *oro enterrado*. Todo individuo vulgar de nuestra raza cree y espera que la fortuna por la lotería, o la ciega casualidad en el seno de la madre tierra, le ha de procurar un tesoro: *oro llorado* u *oro enterrado*; y lo esperamos corriendo toros y cantando peteneras, hasta que nos cantan el último gori gori los curas de la parroquia bajo cuya jurisdicción eclesiástica morimos; y tal vez vamos, andando el tiempo, a aumentar el número de los tesoros enterrados, si a los prepósteros se les antoja interpretar sabia y prehistóricamente la inscripción semibárbara puesta en nuestro sepulcro por un amigo ignorante o por un sacristán con pretensiones de bachiller.

Seguimos corriendo: a las once menos cuarto entrábamos en Otumba, Ozompam, en la lengua del país. Es un poblado de mal caserío, con una iglesia y una plaza. Once años he andado por allí después, y todavía no he concebido cómo y dónde se dió la famosa batalla de Otumba.

Y seguimos corriendo, y entramos en Ajapusco, cuyo cura, descendiente del famosísimo cura Hidalgo, primer guerrillero de la emancipación mejicana del dominio español, se nos agregó para ir a la hacienda, por ser quien debía decir en ella la misa del día si-

guiente; y de cuyo cura, como tipo de algunos de los de aquella tierra, diré algo más adelante.

Y seguimos corriendo, y a las doce menos minutos llegamos a los linderos de la hacienda de los Reyes, a los cuales vimos salir a recibimos sus dueños, sus hijos y sus convidados; las señoras en dos carruajes, los hombres jinetes en sus cenceños caballos y ataviados con todo el oro, la plata, la seda y el cuero guadamacilado de que se componen los trajes y arneses de los jinetes mejicanos. La presentación fué tan breve como cordial; la hospitalidad de las haciendas no tiene restricción: colocáronnos al conde y a mí en la carretela de las señoras, y dada por el dueño la señal de partir... ¡partimos!

Dejábame yo arrastrar por aquella tromba, sin darme cuenta ni tener conciencia de mí mismo, y sin dar a las señoras la más mínima muestra de mi proverbial galantería; doblamos un ángulo y pasamos un puente con una velocidad vertiginosa, y aún pensaba yo con asombro en aquel quiebro, en el cual la fuerza centrífuga debiera de habernos descarrilado o volcado, cuando entramos en el patio de la casa al son de las campanas, al estallido de los cohetes y de los petardos, de la gritería de los indios, los ladridos de los perros y los vivas de los criados y familiares.

IV

Un propietario de una hacienda de los llanos de Apam, era aún en 1855 lo que un señor feudal en la Edad Media; en sus tierras no había más derecho ni más jurisdicción que las suyas. Los ochocientos, mil, dos mil o más indios que en ella trabajaban, no son ya esclavos; ya no se les azota, ni se les maltrata, ni el señor tiene el bárbaro derecho de hacerles morir bajo el peso de una excesiva faena; son ciudadanos libres de una República libre; no están vendidos ya, sino asalariados; pero el pobre será siempre y en todas parte víctima de las triquiñuelas de los legistas. He aquí cómo son ciudadanos los indios de las haciendas. Durante la Semana Santa, el administrador junta su indiada y ajusta a cada individuo de ella su cuenta del año anterior; para aquellos indios el año concluye en Semana Santa, como el año cómico para nuestros actores, y entre cada indio y el administrador se traba el siguiente diálogo:

ADMINISTRADOR.—¿Quieres permanecer al servicio de la hacienda por el mismo salario que hasta aquí? (Treinta pesetas mensuales; *mensiles*, como ellos dicen.)

EL INDIIO responde sí o no; regatea, demanda, transige y se queda.

EL ADMINISTRADOR.—¿Qué necesitas adelantado?

INDIO.—Una manta, unas calzoneras, dos camisas, etc., y tanto en dinero.

El administrador da al indio, del almacén, lo que el indio demanda en efectos, y de la caja lo que en especies; el indio queda al servicio de la hacienda, pero su cuenta corriente comienza con una deuda cuyo total se le descuenta de su salario; recibe diariamente su ración de maíz, se instala en su choza con su mujer, y está obligado a comprar su sal, aceite, velas, tabaco, etc., en la tienda de la posesión; la cual, ocupando generalmente cuatro, seis y hasta quince leguas cuadradas, un principado europeo, no le da facilidades para ir a buscar lo que ha menester a mercado ni ciudad vecinos. El indio trabaja por cuadrillas bajo la dirección de un capataz, y habita, según la cuadrilla a que pertenece, en el rancho que le corresponde de los en que la hacienda está dividida. Cada rancho tiene su administrador, quien cuida de su laboreo y cosecha, habita en caserío con sus trojes, ganados, aperos, cuadrillas y tinacal correspondientes, rindiendo cuentas semanales al administrador principal.

El tinacal es lo que nuestra bodega; un inmenso cobertizo de sólidas paredes, lleno,

en vez de cubas, de cueros de buey clavados en fuertes cuadros de madera, en cuyos recipientes se deposita el aguamiel que sirve de semilla para fermentar el jugo de las pitas con que se hace el pulque, que es la bebida que en el país sustituye al vino.

Una hacienda de pulque es lo que hay que poseer en el universo; el pulque se elabora diariamente, y diariamente vienen a sacarlo de su cuenta y riesgo los contratistas en cantidad y precio fabulosos; el consumo que del de los Llanos hace la capital de Méjico, es incalculable, y los propietarios de estas haciendas reciben la renta de sus propiedades semanalmente, traída en sacos a sus gabetas por los dependientes de los contratistas.

No hay propiedad territorial de más producto, de menos quiebra ni de menos trabajo en el mundo, que éstas de pulque. Los magueyales (o magueyeras) son una inmensa plantación de gigantescos agaves (pitas) que, colocadas de un modo especial en interminables melgas, cuyas líneas rectas se cruzan en ángulos agudos, losangean la tierra con sus líneas eternamente verdes. Grandes almácigos de millares de plantas jóvenes permiten reponer todos los años las que se secan después de dar el jugo que a su debido tiempo se les extrae, por medio de una serie de operaciones cuya pormenorización aburriría a mis lectores de *El Imparcial*. Básteles saber que ni el mal tiempo, ni las sequías, ni fenómeno alguno atmosférico, interrumpe ni aminora las cosechas de estas haciendas; si cien mil magueyes labrados (capados, es la expresión técnica de escalaboz) no producen los miles de cargas contratadas, se labran veinte, treinta o cuarenta mil más; y el contratista, que diariamente vende, y con no poco lucro, paga semanalmente con religiosidad. El pulque es una bebida estimadísima, a la cual atribuyen los mejicanos grandes propiedades nutritivas y medicinales; se la hacen beber por la noche a las señoras débiles que amamantan sus hijos, porque dicen que aumenta, espesa y vivifica la secreción láctea; ello es una bebida blanquizca, mucilaginosa, espesa y de extraño olor al beberla; al europeo, y sobre todo al español habituado al vino, le cuesta no poco tiempo y trabajo el acostumbrarse a ella; yo no pude nunca; pero como Dios no hace nada sin razón, cuando con tal profusión ha dado allí los magueyes, necesaria y buena debe ser allí la bebida que de ellos se saca. El pulque de la hacienda adonde me llevó el buen conde de la Cortina, producía a su propietario setecientos cincuenta pesos semanales; esto es, tres mil mensuales, treinta y seis mil anuales; dos mil reales diarios. Su hacienda no era la mejor, aunque era de las buenas de los Llanos, y tenía, entre otros esquilmos, de cinco a seis mil cargas de cebada, diez mil de maíz y la lana de cuatro o cinco mil excelentes ovejas. La cebada mantenía una multitud de caballos de tiro y silla, que era la vanidad del propietario, y el maíz servía para racionar de pan a la indiada, que no lo comía de trigo.

El propietario de la hacienda se llamaba José, y Josefa su hija mayor; y José era el conde de la Cortina, José yo y José siete u ocho de los cuarenta comensales. La comida del 19 de marzo fué alegrísima; probé el pulque, y no quiero acordarme de la primera impresión que me hizo; salimos después a caballo a recorrer la hacienda; hubo toros después de comer, y peleas de gallos antes de los toros; baile por la noche, y nada más franco, más bulliciosamente alegre ni más prácticamente republicano que estos bailes en una hacienda de los llanos de Apam. En el salón entran y se acomodan indistintamente la millonaria heredera cargada de encajes y pedrería, y la ranchera de rebozo y nagüitas; el opulento negociante y el rico gomoso, don Juan de la juventud dorada, con ese charró de chaparreras y zarape; pero ese pueblo en Méjico posee innato un instinto social, que inspira a sus más vulgares individuos la reserva y decoro que exige la estancia en el salón en donde son recibidos.

En el pueblo mejicano es, pues, instintiva la sociabilidad; y siendo alegre, decididor, chungón y músico y bailaror, como el andaluz, una de estas fiestas campestres reúne

el doble encanto de la llaneza labriega y la profusión espontánea de la hospitalidad rumbosa de las dos aristocracias del oro y de la sangre.

La dueña de la casa no se desdenó de bailar un popular jarabe con un *campirano*, célebre por la incansable agilidad que la ejecución de aquel baile nacional necesita.

De otro libro en verso que de Méjico y sus costumbres trata, he publicado en *El Imparcial* fragmentos descriptivos de estos bailes y cabalgatas mejicanas; atajo, pues, pormenores con una única observación: en el pueblo mejicano rebosa el ingenio naturalmente, como en el Champagne la espuma.

Como todos los santos tienen octava, nuestro San José tuvo once días de gallos, toros, coleaderos, conciertos y zapateados, al cabo de los cuales volvimos a la capital como una tromba de ruido y polvo, producida por nuestros cinco coches, rodeados de cuarenta jinetes, envueltos en sus blancos zarapes, sombreados por sus anchos jaranos, galoneados y ataquillados de oro y plata, espectáculo que no me cansaba yo entonces de admirar.

El conde de la Cortina me hospedó en su casa, no debiendo, según él dijo, volver al hotel un huésped de su familia. A ella vino Cagigas a darme cuenta de un proyecto que debía de hacernos ricos en un próximo viaje a Cuba, si yo le daba mis poderes: Cagigas era hombre de buen consejo y de grandes recursos, y en aquel verano se fué a la Habana, sin temor al vómito, para plantear su proyecto. Portilla me propuso la publicación de un libro en el que debía yo hablar bien de Méjico, cosa que debía costarme poco trabajo después de los obsequios de que fuí objeto, y de los versos que me dirigieron todos los poetas como desagravio de lo pasado, de lo cual nadie se volvió a acordar. Sanchíz, Manuel Madrid y el conde de la Cortina subvinieron a los gastos de impresión de mi *Flor de los recuerdos*, cuya publicación dejamos en manos de un librero de proverbial honradez, y de cuyo libro y cuyo editor contaré el curioso éxito y la extraña muerte más adelante.

Y fueron días y vinieron días, y fuí intimando con la familia del conde de la Cortina, y casóse su primogénito con la hija mayor de su primo el hacendado de los Llanos de Apam, y Cagigas me envió unos dineros de la isla de Cuba y un pequeño sueldo mensual que por trabajos míos me había allí procurado, y compré dos caballos, y tomé un criado, y acepté la hospitalidad de las haciendas, y me fuí a la de los Llanos a cazar unas ardillas grises muy sabrosas y muy difíciles de tirar, que en el país se llaman *techalotes*; y allí, atracándome de soledad, y de viento, y de sol, y de polvo, y de tórtolas, y de patos que diariamente mataba, y perdiéndome entre las salvajes nopaleras, y curando de la viruela negra a los miserables indios, que no se vacunan, y sin tener, en fin, conciencia de mí mismo, y sin saber lo que hacía ni lo que buscaba, y fiado en Cagigas solamente, pasé... no quiero calcular cuánto tiempo. Y fuí y volví mil veces de la capital a las haciendas, y de las haciendas a la capital, con pena del honrado y pundonoroso Manuel Madrid, que creía aquella vida indigna de un hombre de juicio, y con complacencia de Sanchíz, a quien acompañaba a visitar sus enfermos, y con quien en pláticas interminables me pasaba las horas perdidas.

Y cayó del poder Santana y subió a la presidencia Comonfort, y perdió influencia el clero con el advenimiento del partido liberal al poder; y se echaron al campo los unos, y allegaron cuerpos de ejércitos los otros, y se agriaron las cuestiones políticas, y se perdió la seguridad en las haciendas y en las campañas, por las cuales corrían y merodeaban numerosas partidas de pronunciados, en cuyas banderas se ostentaban diversos lemas: RELIGIÓN Y FUEROS, decía en unas; JUSTICIA Y LIBERTAD, se leía en otras; y atizaban el fuego de la discordia periódicos de ambos partidos, y llamaban los liberales *religione-*ros a los de religión y fueros, y libertinos éstos a los de justicia y libertad; y sostenían

dos Prelados un periódico titulado *El Pájaro Verde*, caritativo anagrama de ARDE, PLEVE ROJA, con su falta de ortografía, hija de la pronunciación mejicana, y cuyo periódico pedía sin rebozo las inquisitoriales hogueras para quemar a los impíos; y salieron desterrados de sus diócesis algunos Prelados, etc., etc., etc. Lo de siempre en nuestra inquieta raza, llamada latina sin duda porque reza en latín, sin saberlo, como las monjas.

Como todos los santos tienen casta, nuestro San José tuvo once días de casta.

Los proyectos y las afecciones del hombre social son como las guindas; se tira de una y nadie sabe cuántas salen de la cesta enganchadas unas en otras. El conde de la Cortina, cuyo primogénito era ya marido de la hija mayor de su primo el hacendado, había aposentado a sus hijos en su palacio de Tacubaya, adonde me llevó también a mí, hospedándome en un cuarto sobre el jardín y contiguo a la biblioteca. Había el conde gastado muchos miles de duros en llenarla de libros, y tenía la perfectamente ordenada y cuidadosamente limpia, siendo la más selecta de aquel país. Sepultéme yo los primeros días entre aquellos libros, y guióme el conde por el laberinto alambrado de sus estantes, complaciéndose en mostrarme los tesoros literarios que en ella encerraba y la inmensa erudición que atesoraba en su prodigiosa memoria. ¡Cuántos volúmenes me hizo hojear, de cuyo contenido no sabía yo una palabra, ni de cuya publicación tenía yo noticia! De cuántas cosas por mí ignoradas me dió nociones, y cuántas y cuán agradables horas pasé escuchándole enumerar, clasificar y calificar hechos, costumbres, vicios, excelencias y vicisitudes de los hombres sabios y de los héroes de aquella tierra, emancipada ya de nuestros dominios; él era español, pero hablaba siempre como mejicano, y los mejicanos acudían a él en cuestiones históricas, lingüísticas y literarias, como al más entendido y competente de los españoles, cuya Academia de la lengua, de la cual era socio correspondiente, representaba allí sin rival y sin apelación, y la verdad es que aquel hombre era una gramática viva y un tratado de retórica encuadrado en su levita, siempre abrochada. Tenía un gusto exquisito en artes su casa, ornada con los mejores grabados antiguos y modernos, y la vanidad de saber disponer una fiesta y hacer los honores de su casa y de su mesa como el más escrupuloso maestro de ceremonias y el más entendido culinario, profesor del arte cisoria.

Estaba en todos los puntos de la etiqueta de todas las cortes, y a él acudían los Residentes de la República nueva para arreglar el ceremonial de la recepción de los embajadores, etc. Hubiera hecho, a saber conservar sus millones, el más suntuoso Mecenas del mundo; siendo él, sin embargo, modestísimo en el vestir y excesivamente parco en el comer, apenas podía yo darme cuenta de cómo le mantenían el chocolate, las frituras, las golosinas con que se cubría su mesa, de la cual volvían intactos a la repostería los platos de carne. Era el hombre más pulcro que he conocido: jamás le vi una mancha en su ropa, ni hallé un átomo de polvo en su escritorio. Su casa era el templo de la paz y la mansión del silencio; reinaba perpetuamente en ella la más absoluta tranquilidad, y jamás ruido ni movimiento alguno revelaba la presencia en ella del dueño de la casa, que trabajaba o estudiaba en su despacho sin necesitar para nada su servidumbre. Generoso hasta el despilfarro, daba por inconsciente esplendor, y no asombraba ni conmovía su natural estoicismo el más maravilloso o inesperado acontecimiento; ni la más íntima o imprevista desventura. Era, en fin, este ilustre e ilustradísimo conde, el último ejemplar en el siglo XIX de aquellos grandes españoles del siglo XVI y XVII, rumboso hasta alumbrar en Venecia con una valiosa letra de cambio al embajador francés, que se inclinaba para buscar en el suelo una moneda de oro caída de la mesa de juego, y

sacar tras él del palacio de Guadalajara, donde se había hospedado Francisco I de Francia, dos carros cargados con la vajilla, muebles y efectos de que se había servido el regio prisionero; del temple de aquéllos era don José Gómez de la Cortina, conde de la Cortina, y por ser tal le estimaban su familia y sus amigos; pero abusaba de su benevolencia y generosidad alguna gente baldía y advenediza, cuyos servicios son indispensables a las personas bien nacidas, y con la cual necesitaba yo absolutamente no confundirme.

He dicho que el conde habitaba su palacio de Tacubaya y que tenía un apadero en la capital, adonde iba y venía en su carruaje casi diariamente, y donde yo paraba siempre que, solo o con él, en la ciudad tenía negocios o visitas. Era el conde gran madrugador y gustaba de vivir en completa independencia: iba, pues, a Méjico más temprano de lo que a mí me convenía, y tomaba yo para ir uno de los muchos carruajes que hacían el servicio de Méjico a Tacubaya. En cuanto el conde partía de su palacio, entraba su ayuda de cámara en mi cuarto y me preguntaba si iba también a Méjico; en caso afirmativo, me decía que como el señor conde le tenía dada orden de no dejarme ir solo, le diera la hora a la cual debía ir a buscar el coche. Dábale yo mi hora, y en seguida volvía a anunciarme que mi almuerzo estaba servido. El conde no almorzaba nunca, y a sus hijos se les servía el almuerzo en uno de sus aposentos. Bajaba yo, pues, al comedor, y el ayuda de cámara, que tenía por nombre Valentín y el alma del más valiente truhan, destaponaba con gran brío una botella de Burdeos y me la ponía delante. En vano le dije desde el primer día que no bebía vino; él respondía impertérrito: «Es orden del señor conde.» Dejaba yo la botella intaeta, porque el doctor Sanchíz me había prohibido todo vino, licor y bebida fermentada; y mientras me disponía para partir, levantaba Valentín los manteles, recogía su botella y me anunciaba el coche. Dábale yo un duro para pagar los cuatro asientos, y llevándole en el de delante, me dejaba en la imprenta de Cagigas o en casa Sanchíz, y desaparecía. A la vuelta, la misma pregunta, el mismo coche y a Tacubaya.

Transcurrieron así dos meses y algunos días; pero uno, después de largas horas de trabajo en la casa de la ciudad, tiré en vano de todas las campanillas de mi cámara y del ausente conde. Valentín no acudía, y convencido de que estaba solo en la casa, salí a buscar por sus cuartos interiores algo que necesitaba. Al tirar del abierto cajón de una mesilla donde Valentín tenía los cepillos y otros trastos del servicio, puse los ojos en un libro de cuentas abierto, en cuyas dos páginas llamó mi atención mi apellido muchas veces escrito, delante siempre de una cantidad. Cedí a la tentación, y no tuve empacho en investigar por qué y por cuánto entraba multiplicado mi nombre en aquellas cuentas, y leí las siguientes partidas:

Día 5.—Burdeos para el almuerzo del Sr. Zorrilla. 2 pesos.

Coche para ir a Méjico el Sr. Zorrilla..... 1 —

Ídem para volver a Tacubaya 1 —

Día 6 y 7, las mismas partidas; total, cuatro duros diarios, ciento veinte mensuales que costaba al buen conde de la Cortina darme de almorzar un par de huevos y un *beefsteak*, y llevarme y traerme de su casa a la ciudad.

Si yo hubiera cometido la torpeza de ir a contar al noble conde este sistema de contabilidad de su servidor, se me hubiera reído en mis barbas y me hubiera probablemente dicho que quién me metía a mí en semejantes chismes, ni qué me importaba a mí de que le saqueasen sus servidores. Cagigas fué de la misma opinión, y me advirtió además lo que yo ignoraba, y era que teniendo, según el reglamento, los cocheros de Tacubaya obligación de partir con dos asientos, o con un solo viajero que pagara dos, el Valentín nos sisaba aún medio peso de ida y medio de vuelta al conde y a mí.

Al día siguiente bajé a la ciudad solo en el ómnibus, como correspondía a un poeta popular y vagabundo en aquella democrática y republicana tierra, y me aboné en el restaurant Cocquelet por un almuerzo diario.

Y he aquí por qué decía, empezando este artículo, que los proyectos y afeciones de los hombres eran como las guindas; tiramos Cagigas y yo de una idea: mi necesidad de salir de casa del conde; pero no pudiendo volverme a la fonda, acepté la invitación del primo hacendado del conde de visitar una quinta de su señora, inmediata a la capital, en cuya finca proyectaban sus dueños grandes reformas; y yendo y viniendo a aquella hacienda de recreo, y a la de producto de los Llanos, y saliendo desde ambas a visitar varios lugares con aquel propietario, cuyo afán era correr incesantemente, para hacer alarde de la multitud y el brío de sus caballos, comencé a ver las poblaciones, las fiestas, los santuarios, las ferias, y a estudiar las costumbres domésticas, civiles y religiosas de aquellos pueblos, que las recibieron un día de España con sus leyes, usos, trajes, derechos y obligaciones, de los cuales no ha podido despojarles totalmente su emancipación política.

Pero estos viajes, estas visitas y estos estudios, que fueron enredándose como las guindas unos en otros, fueron hechos en aquellos cuatro años del 55 al 60, en los cuales la caída de Santana, la presidencia de Comonfort y las perpetuas peripecias y continuos cambios de Gobierno que producían los triunfos y las derrotas de los LIBERTINOS y los RELIGIONEROS, tenían las campañas hechas campo de Agramante y las haciendas convertidas, según su situación e importancia, en fortalezas aspilleradas y prevenidas contra todo *pronunciado*, o en almacén más o menos franco de provisiones de todo salteador que ostentara un lema político en su bandera o en los colores de su traje.

Mi propietario de los Llanos era hombre generalmente conocido: tenía la casa de su hacienda tal cual fortificada, y su azotea, coronada de sacos de arena, prevenida a la defensa; y allí se andaba rara vez a tiros con los pocos, y se transigía con los muchos; de modo que en muchas ocasiones se sentaba para comer el general del Gobierno en la misma silla en que el jefe insurgente o pronunciado se había sentado para almorzar. Los pronunciados llegaban siempre a escape, metiendo ruido y levantando polvo, amenazando para amedrentar, y fiando generalmente en el miedo ajeno más que en su propio valor; pero la casa, que estaba en alto, los vigías que estaban alerta en su azotea y un buen antejo de campaña de Dollond que teníamos siempre a la mano, nos ponían a cubierto de su sorpresa y nos permitía verlos y contarlos antes y desde más lejos de lo que ellos creían ser contados ni vistos.

La gente mejicana es lista y de sentido práctico: en Méjico nacen muy pocos tontos, y allí tiene todo el mundo el don de la palabra; en ningún país es tan cierto como en aquél el refrán de que «hablando se entiende la gente», y hablando con todos, con todos al cabo llegábamos a entendernos. De mí no desconfiaban ni los unos ni los otros; el dueño de la hacienda concluía por bromear con todos y quedar en broma con todos bien; y yo callaba y oía, y veía las cosas de aquel país de muy distinta manera que los personajes oficiales de las Legaciones y Embajadas, quienes suelen juzgar de los en que están encargados de velar por los intereses de su nación, por lo que ven en la capital, por lo que leen en el periódico oficial y por lo que les dice el subsecretario del Ministerio de Negocios Extranjeros.

Yo voy a decir algo de lo que yo vi y oí; pero tan a vuela pluma y en tan breves líneas, como exige la estrechez de las columnas de la hoja literaria de *Los Lunes de El Imparcial*.

Es posible que lo que yo diga, y la imparcialidad e independencia con que lo voy a decir, no guste a muchos de sus lectores; pero habiendo escrito y juzgado siempre con

severidad de mis obras y de mí mismo, me creo con derecho a juzgar y a escribir de lo por mí visto con mi mismo criterio imparcial de siempre; y siempre se dijo que la verdad es un manjar amargo, aunque tengo yo para mí que lo es sólo para los paladares extrañados por la mentira.

VI

Teníamos los españoles unas excelentes leyes de Indias y un Supremo Consejo de Indias encargado de aplicarlas a la administración de aquellos países, por cuya posesión llamábamos a nuestros monarcas reyes de España y de las Indias. Yo recuerdo el encomio y el respeto con los cuales hablaban de estas leyes de Indias mi padre, que era en su tiempo un gran juriconsulto y que llegó por sus conocimientos jurídicos a ser consejero de Castilla, y un venerable pariente a quien yo llamaba tío, que lo era del de Indias, que a ellas había ido con un alto cargo judicial, y que de allá había vuelto casado con una señora de ejemplar virtud y de recto espíritu, aunque un poco curva de espinazo; en la cual hubo un hijo derecho, buen mozo, buen hijo y buen hermano, a quien mató el cólera a sus veintinueve años en el de 1833, y dos hijas; una de ellas tan esbelta, graciosa y atractiva, que pasaba por entre dos filas de adoradores, quienes para verla pasar la esperaban al salir de la misa de doce del Buen Suceso en la puerta del Sol, a cuyo hoy derruido templo asistía los domingos y fiestas de guardar, volviendo a la casa paterna, que en el centro de la calle Mayor estaba situada. Jamás dudé yo de la excelencia de aquellas nuestras tan sabias leyes de Indias por mi padre y mi tío tan encomiadas, aun cuando me inspiró siempre aversión al estudio de los códigos el ver que ni mi tío ni mi padre, que por ellos habían arreglado tantos negocios ajenos, habían sabido jamás arreglar los suyos, dejando aquél a sus dos hijas embrolladas en pleitos interminables, y a mí éste más deudas que capital; así que, aunque jamás quise estudiarlas, tuve siempre gran respeto a las tales leyes de Indias, de cuya excelencia, repito, nunca he dudado, pero de cuya justa, imparcial y equitativa aplicación en aquellos países tan distantes de la Metrópoli, no me he llegado tampoco a convencer jamás. Seamos un poco lógicos, por más que la lógica y la poesía crea el vulgo que han andado siempre poco avenidas, y reflexionemos unos instantes imparcialmente sobre las razones que en mí han podido engendrar tal duda en la eficacia y recta aplicación de nuestras leyes de Indias.

Si hoy, que el vapor lleva las órdenes y la correspondencia oficial en pocos días a los gobernadores de nuestras posesiones de Ultramar, y el telégrafo las trasmite en pocas horas; si hoy, que cien periódicos de oposición revelan y acusan tales perturbaciones e *irregularidades* en el gobierno y administración de aquellos países, hacen luz continua sobre lo que allá sucede, ¿cómo habían de ser éstos mejores, más regulares y más oportunos cuando un virrey de Méjico tardaba seis meses en recibir noticias, órdenes y correspondencia de Madrid, y cuando necesitaba catorce o quince meses para recibir resuelta una consulta que desde allá dirigiera al poder supremo?

Y esto suponiendo que de Madrid le devolviesen resuelta su consulta a correo vuelto, cosa que me temo mucho que jamás se haya verificado, ni que se pueda probar jamás, aunque se revuelvan todos los archivos de todos los Ministerios para comprobarlo. Consideremos que todos los que a aquellas tierras, por gusto o por empleo, arribaban de España, creían arribar a casa propia y tierra conquistada; que las leyes y las costumbres, el derecho y la fuerza protegían allí a los españoles y tenían necesariamente que hacerlos mejores que a los indígenas; que todo el mundo iba allá como a tierra de promisión y país de Jauja, donde se ataban los perros con longaniza y todo holgazán topaba allí

una onza debajo de cada piedra; recordemos que todavía dura y se repite entre gente vulgar lo de *ir a buscar o tener un tío en Indias*; y no olvidemos que los españoles en general no solemos ser, ni en España ni fuera de ella, mansos corderos, ni evangélicos ejemplos de moderación y sufrimiento, y que teniendo el gran defecto de echárnoslas de valientes allí donde mandamos..., cartuchera en el cañón, y comprenderemos que los americanos no debieron estar como el pez en el agua en sus países bajo nuestra dominación.

Y digo yo esto, porque allá y acá he oído mil veces tachar de ingratos y malos hijos a los americanos porque se declararon independientes de nosotros, sin considerar que los padres que educan mal o con severa estrechez a sus hijos, tienen al fin que perder su cariño, y al cabo han de concluir éstos por faltarles al respeto a aquéllos y emanciparse de la patria potestad.

Y soy yo quien digo esto entrado en los sesenta y cinco años de vida, sin temer de ser por ello tachado de mal español; porque yo, ¡vive Dios!, he vivido once años en América como español y como cristiano, fiel al lema con que encabeceé mi poema de *Granada*:

«Cristiano y español, con fe y sin miedo

canto mi religión, mi patria canto»;

y en el estrecho círculo de poeta, en el cual me he constituido por mi propia voluntad y por conciencia de no servir para más, he cumplido con mi deber y he cantado a mi patria y a mi religión, hasta que he perdido la voz y la fuerza, pero sin perder la fe; porque yo soy cristiano a pies juntillos y español a macha martillo; pero no por ello creo ni defendiendo que todo lo que como cristianos y españoles hemos hecho fué siempre lo mejor posible y hechos siempre meritorios, ni que es inmerecido e injusto lo malo que por lo que hemos hecho nos ha sobrevenido.

En cuanto a la emancipación y a las consecuencias de nuestra política en Méjico, no hay para qué hablar: el progreso de los tiempos y el adelanto social nos ofrece algo mejor que las pretensiones de nuestros abuelos al dominio de aquel país; la fraternidad que establece entre los hombres y los pueblos las mutuas consideraciones y las concesiones recíprocas, son las bases de la fraternidad universal y del amor al prójimo establecidos por Jesucristo.

No hablemos, pues, de nuestras relaciones políticas, ni de los rastros ya casi borrados, los recuerdos casi olvidados y los gérmenes ya casi extinguidos de discordia, inquina o enemistad que pudieron dejar allí las generaciones de sus señores o dominadores, y que borraré para siempre el conocimiento mutuo a que llevará al fin a los pueblos hermanos el trato fraternal a que arrastra a los pueblos, a pesar suyo, el inatajable progreso de los siglos con nuestra ilustrada, tolerante y cristiana civilización.

Hablemos, empero, un poco de lo que yo vi en Méjico desde 1855 a 59, y que me pareció tastro de nuestro paso y dominación por aquel país.

VII

A mi arribo a su capital no se habían aún exacerbado las rencorosas pasiones, ni desarrollado, desbordándose, los odios de partido, produciendo catástrofes, desórdenes y venganzas, hijas sólo de la hipócrita superstición que envenena las creencias, convirtiéndolas en odios infernales de incurable ceguera. Excepto el fusilamiento del llamado emperador Iturbide, rara muerte de jefe había llegado a crimen político, no pasando

de desgraciada consecuencia de un tumulto. Se había escrito la historia del levantamiento mejicano y de la expulsión de los españoles con toda la ampulosidad e hiperbólica poesía con que nuestra raza llamada latina escribe en andaluz todas nuestras glorias, dando la importancia de una batalla y de una hazaña a todo encuentro de cien hombres y a todo acto de osadía personal. Llegó la hora de que los españoles perdieran aquellas posesiones, y con ellas el derecho de sus reyes a decir que el sol no se ponía nunca en sus dominios, y los mejicanos fueron ganando terreno y volviéndonos a echar hacia el mar sin grandes esfuerzos, porque estaba ya por ellos la voluntad de Dios y pesaban sobre nosotros nuestros pecados y nuestros errores en América.

Habíamos salido de allí sin dejar grandes ni verdaderos odios; allá se quedaron muchos españoles, sin que jamás se les atropellara por las nuevas leyes republicanas, y muchos siguieron emigrando a Méjico como cuando se llamaba el reino de nueva España; y todo había pasado, por decirlo así, como una disputa de familia, quedando aún muchos mejicanos adictos a los españoles, y que no recataban su opinión ante la justa vanagloria del triunfo y la natural alegría por la independencia de las masas populares.

A mi llegada, las familias que de nobleza blasonaban ostentaban en sus salones sus retratos y los de sus antepasados, de cuyos lienzos, en las esquinas superiores, se destacaban sus escudos de armas y las cruces que ornaron los pechos de los togados y militares que fueron sus padres y sus abuelos. En sus conventos vivían tan tranquilos como mal enceldados los frailes Franciscos, Agustinos y Dominicos, a cuyos sermones y fiestas acudía la multitud, a cuyas visitas estaban abiertas todas las casas, y a cuyos priores, abades y padres maestros brindaban con sus quintas de recreo para pasar los calores las ricas devotas, las agradecidas comadres y todos los individuos del gran partido que después se llamó religioso, moderado y conservador. Todo continuaba casi como en tiempo de los españoles; la autoridad del clero era respetada, creída su ciencia y seguidos sus consejos. Méjico continuaba guardando su aspecto de ciudad española, con calles y callejones solitarios y sin puertas, formados por las tapias, los muros o las sólidas fábricas de huertos, de conventos de frailes y monjas, y de templos, cuyas campanas y órganos resonaban sin cesar en los tímpanos de sus católicos habitantes. El claustro de la Universidad estaba lleno de reverendos cerquilludos y encapuchados y el edificio de la Profesa estaba aún servido por el P. Arrillaga y otros jesuitas con sotana y manto de capellanes. Santana era partidario y se amparaba del clero, su mujer visitaba los conventos de monjas frecuentemente, y para su ejército acogía con preferencia oficiales españoles, de los cuales tenía varios en su estado mayor; Méjico, en fin, se parecía mucho, a millegada a aquella República, a nuestro Burgos, nuestro Toledo o nuestro Sevilla, en aquella época que yo alcancé todavía, en que los canónigos salían en sus coches a visitar sus alquerías y cigarrales, y los frailes en sus poderosas mulas, precedidos de sus espolistas, a cultivar y sostener las relaciones con los adictos, patronos, hijos e hijas de confesión de sus suntuosos monasterios. Figurábame yo que aún andaba por las calles de Valladolid como si de las aulas de su Universidad acabara de salir, admirándome, como de cosa nueva por lo olvidada, de aquellos hábitos blancos, azules, pardos y negros, relegados ya por entonces en España y Francia a la tradición y a la leyenda.

Y por este país nuevo tan parecido al viejo mío, comencé yo a correr en compañía y con los caballos de aquel inquieto hacendado de los Llanos de Apam que me hospedaba.

VIII

Corríamos entre aquella nube de polvo y ruido, que parecía constituir la atmósfera de los inquietos moradores de la *Hacienda de los Reyes*, unas veces solos el propietario

y yo en su ligera carretela tirada por dos imparejables tordillos, y escoltados por seis cuerdos montados y armados, y a veces seguidos de su familia y amigos, en dos o tres carruajes las señoras y gente formal, y a caballo la joven y bien humorada.

Tenia yo por aquel tiempo cuarenta y dos años; y aunque pequeño y débil como sietemesino, hecho a tomar la vida según venía, aguantaba el sol y la fatiga como un hombre hecho y derecho; y aunque agobiado de pesadumbres y hastiado de una vida cuyo rumbo había equivocado, poeta siempre, cualquier novedad o mudanza me distraía de mis pesares, y corría tras de cualquier distracción de poético atractivo como un muchacho tras una mariposa.

A pesar de la indiferencia por cuanto me rodea en que me ha sumido esta equivocación de rumbo vital, acosábame a veces la curiosidad de ver y estudiar qué rastro había dejado allí nuestra dominación; qué había quedado allí de nuestras creencias y costumbres españolas, y qué debían a nuestra civilización y a nuestra fe aquellos extensos países por nosotros descubiertos, legislados y cristianizados. En el tiempo trascurrido y en mis continuos viajes a la capital, había ya tenido que ceder a las invitaciones de colegios, academias y sociedades, en cuyos salones y teatros, en actos literarios y funciones de beneficencia, no había podido menos de presentarme como lector; y aunque jamás había hecho como tal más que lo estrictamente necesario para quedar bien, reservándome las excéntricas *fioriture* de mis salmodias para la ocasión en que pudiera usar y abusar de ellas en mi provecho, ya Méjico se había acostumbrado a verme y oírme; y salvo que nadie comprendía por qué diablos permanecía yo en aquel país, haciendo en él tan inútil, inquieta, improductiva y extravagante vida, ya estaba yo universalmente aceptado como un buen hombre y un inofensivo gachupín.

Dice el refrán que «más vale caer en gracia que ser gracioso»; y a través de las mil vulgares suposiciones, de las mil mezquinas calumnias y de los mil absurdos cuentos a que mi incomprendible vida de inercia daba pábulo, yo había llegado a caer en gracia, y tenía ya carta de naturaleza y de seguridad en aquella tierra de gracia y de ingenio incomparables. Hubo, empero, una circunstancia, que no debo, por lo extraña y absurda, pasar en silencio, que me favoreció más que mis versos y mi manera de leerlos para captarme la simpatía general, sobre todo entre las mujeres. Méjico tiene dos debilidades nacionales: adora los pies pequeños y admira los grandes jinetes, y cree allí el vulgo que los europeos somos todos *patones* (como ellos dicen) y talegos de patatas a caballo. La primera vez que me presenté en un teatro, lo hice con el calzado fino, casi de seda, que allí se usa; y un hombre chiquito, bien calzado... *velai usted*; y como por amor propio y un poco de la innata y fachendosa farfantonería española, la primera vez que monté a caballo desdeñé la cómoda y segura silla mejicana, aceptando un pequeñísimo galápago inglés, que para un hijo suyo había comprado hacía tiempo el propietario de la finca, y en cuyo galápago galopaba yo en un tordo cenceño llamado el *Muñeco*, que estubo para matarme, pero que al fin no me mató... *velai usted* cómo por calzarme de seda me dieron en Méjico patente de buen poeta, y llegué a caer en gracia por no haber caído del *Muñeco*.

Sobre aquel inquieto animal, que parecía hijo de un venado, y en el izquierdo de los dos únicos asientos de la carretela de mi propietario hospedador, que pasaba por uno de los primeros caballistas, comencé yo mis égras; en la carretela cuando íbamos solos, y a caballo cuando las señoras iban en los carruajes.

Lo primero que llamó mi atención fué el continuo encuentro por todas partes de indios cargados de cirios, cruces y objetos del culto divino, o de cohetes y artefactos pirotécnicos, y sobre todo de gallos, cuidadosamente acomodados en cuévanos de mimbre, que en forma de largos toneles llevaban transversalmente a la espalda. Cada uno

de estos cuévanos contenía ocho gallos, que asomaban sus encrestadas cabezas por la red que les cerraba las dos redondas aberturas laterales del cuévano en que el indio les llevaba cómodamente acostados. En Méjico, los pueblos, los villorrios, las haciendas, las alquerías y hasta las ventas, están bautizadas con el nombre y puestas bajo el patrocinio de un Santo: San José de Acolman, San Antonio de Omé tusco, Santa María de los Hisaches, etc.; y como todos los santos del Calendario son allí pocos para tanto pueblito, villorrio, hacienda y rancharía, y como el más infimó y pobre de éstos se creería deshonrado y abandonado por él si no hiciera fiesta del día de su santo patrono, los caminos están siempre llenos de indios que preparan las fiestas, y de vagos devotos y ricos desocupados que acuden a ellas, a llamar a las puertas del cielo por la mañana, con la misa y las indulgencias concedidas a las imágenes, y a las del infierno por la tarde, con las apuestas de los gallos, y por la noche con las de la banca: una vela a San Miguel y dos al diablo.

La primera fiesta a que asistí convidado, fué a las del jueves, viernes y sábado de la Semana Santa en Ajapusco, de cuyo cura párroco he hecho ya anteriormente mención. Los santos varones, frailes y misioneros catequizadores, que primitivamente se ocuparon de la conversión e instrucción religiosa de aquellos indios, cuya lengua difícil no sabían bien y cuyo obtuso entendimiento estaban empeñados en enderezar, discurren sabiamente meterles por los ojos, por medio de imágenes y cuadros plásticos, las ideas que no podían por la palabra introducir y estampar en su cerebro, lleno aún de las tinieblas de su monstruosa idolatría. Hiciéronles, pues, asistir durante la Santa Semana, en la cual recordamos los cristianos los Santos Misterios de la divina Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, a la representación animada de estos Santos Misterios, de los cuales fueron dándose cuenta y en ellos fueron creyendo los sometidos indios, cristianizados al fin y españolizados de tan sencilla manera. Aprendieron ellos bien o mal el castellano, y mejor o peor el toltheca, el chichimeca y el otomí los constantes, pacientes y santos sacerdotes, sus misioneros; pero tuvieron que dejarles aquellas primitivas representaciones como fiestas religiosas. Hoy están aumentadas y añadidas con las profanidades que el lujo y los vicios de la riqueza han introducido en ellas, y admiréme yo de la valía de los mantos, clámides y coturnos de los centuriones y soldados romanos, de los velos preciados de encajes de las Marías, y de la competencia con que la vanidad de las familias o de los individuos se excede en gastos de los arrees de los caballos, de los trajes, las banderas, los tablados y pasos necesarios a la representación de la misteriosa epopeya de la redención del género humano.

El cura de Ajapusco nos demostró su gran memoria en once sermones que predicó en el día entero del viernes y los dos medios del jueves y el sábado, ya en la iglesia, ya en la ermita, ya en el campo donde se suponían las escenas de la Pasión. En el templo se hizo la oración del huerto: el que representaba a Jesucristo estaba en unas andas en el centro de la iglesia, y desde lo alto del coro, registrada por una anilla en una cuerda, debía descender una niña vestida de ángel a ofrecerle el cáliz de la amargura; a la voz del predicador, o porque la anilla no corría bien, o porque algún chusco le detenía, el ángel no bajó a tiempo, sino unos momentos después, y con una rapidez que hizo palidecer de miedo a la pobre niña que representaba el ángel, y reír a la asamblea cristiana y al mismo sacerdote, con el brusco encontrón que se dió con el Cristo de las andas, por la excesiva y mal calculada velocidad impresa a la criatura. La noche del viernes guardaron a Cristo, después de haberle azotado, abofeteado y escarnecido, en una ermita, que llamaron el aposentillo. Los soldados romanos y los enviados de la Sinagoga lo velaron toda la noche; y para que no se durmieran, los vecinos y devotos cristianos les proveyeron de abundante alimento y más que necesaria bebida.

El cura nos dió tres homéricas comidas de vigilia, y el sábado de Resurrección, si la gente de representación que allí nos hallábamos no sacamos a Judas de las manos de los creyentes, allí ahorean de veras al miserable indio que por cuatro pesos se había comprometido a representar tan comprometido papel.

El domingo se corrieron caballos y se echaron gallos a pelear, en cuya palestra y carreras, juntas con un par de horas de timbirimba, se perdieron unos cuantos puñados de duros. El cura disponía con la mejor buena fe del mundo, y satisfecho de compañía tanta y tan buena, las carreras y las peleas, y terciaba en las apuestas con los 111 duros que le habían valido sus once sermones. El domingo por la noche, alumbrados por una luna llena que a las siete saltaba del horizonte, emprendimos la vuelta a la hacienda, y a la de las suyas y ranchos los convidados, curiosos, representantes y entrometidos que habían con nosotros compuesto aquella sociedad cristiana, cuyos individuos, tal vez inconscientes, habíamos profanado el templo y cometido devotamente tantos desacatos a la divina segunda persona de la Santísima Trinidad.

IX

Por un camino que costea una loma rica de vegetación, que parecía cubierta con un mullido tapiz de hojas de todas las formas y de todos los verdes imaginables, desde la fina, estrecha, lustrosa y flexible del más menudo césped, hasta la más ancha, velluda y aterciopelada de la begonia más voluminosa, y desde el verde casi amarillo de la hoja del limonero hasta el verde casi negro del más umbroso moral, entramos en el valle pintoresco y llegamos al caserío desigual de la población que lleva el poético nombre de *San Juan de los Lagos*.

Multitud de carruajes, desde la pesada carreta arrastrada por bueyes y el gigantesco furgón tirado por enormes caballos de los Estados Unidos, hasta la ligerísima carretela de mi hospedador de *Los Llanos*, en la cual nos llevaban cuatro poneys colines y descarinados: multitud de acémilas y bestias de carga, conducidas por indios de todas las comarcas de la República; multitud de jinetes de ambos sexos, con los vistosos, ricos y abigarrados trajes de todos sus Estados, desde el jarocho de Veracruz y la china poblana, hasta el lujoso lazador moreliano y la jacarandosa tapatía; una nube de mercaderes y buhoneros, desde el miserable vendedor ambulante de baratijas, deshecho de quiebras, hasta el rico fabricante de rebozos de a quinientos duros y de zarapes de a mil, colocados en cajas de cedro, y que pueden doblarse y meterse en el bolsillo de la chaqueta de montar, porque su finísimo tejido compite casi con los de Persia; multitud de ganado de toda clase, conducido a través de los campos por jinetes y picadores, que se distinguían apenas entre las nubes de polvo que por ambos lados de la multitud de viajeros levantaban; el carro-caja de los jugadores propietarios de la banca, escoltado por jinetes tan bien armados como de resuelto continente, y tras aquél y éstos un general de la República a la cabeza de dos mil soldados, para mantener en orden y hacer respetar la propiedad a la multitud de vagos, ladrones y hembras de toda casta y condición que tras ellos venían y por todos los caminos se aproximaban: todo esto

llegaba, entraba y se aposentaba o acampaba en San Juan de los Lagos, cuya feria iba a empezar el día siguiente.

El acampar no era difícil para quien llevaba tienda o la levantaba para exponer su mercancía con palos hincados en la tierra, y mantas, colchas, zarapes o lienzos clavados o amarrados en los palos; ni era tampoco arco de iglesia para los que con estacas, ramas, brezos y juncos se construían en una hora una choza o una barraca; lo difícil era alojarse, no tanto por la escasez de aposentos para tanta gente, cuanto por lo fabuloso de los precios de hospedaje y manutención. Un aposento... un tabuco para una o dos personas, veinte pesos diarios; una sala para cuatro, cincuenta; una alcoba o gabinete, de sesenta a ciento; un tablado de cama, diez; en colchones dormía quien los llevaba; una botella de cerveza, dos duros; de Burdeos o de Champagne, ocho; todo esto los cuatro primeros días; porque, según corrían los de la feria, iban subiendo las tarifas. Cuando yo me hube hecho cargo de ellas, dejé de burlarme de mi huésped, que había hecho seguirnos un carro de la hacienda cargado con municiones de boca, colchones, y había escrito con un mes de anticipación a un su amigo vecino de San Juan, y enviándole dos días delante de nosotros un mayordomo, para que ambos nos aseguraran un techo bajo el cual dormir y resguardarnos del sol durante nuestra permanencia en el lugar de la feria.

El lugar consistía en una larguísima y ancha calle, formada por dos hileras de blancas y desiguales casas, tras de las cuales se apiñaban otras, entre cuyas bajas paredes se abrían estrechas e irregulares callejuelas. Una gran plaza en el centro y una grande iglesia a un extremo, ante otra plaza; y ante la iglesia un atrio con cerca, donde al fundarse aquella estuvo el cementerio.

Por ambos lados de aquella gran calle se instalaron una infinidad de tiendas, barracas y tinglados, en cuyo interior no me atreví a cerciorarme de lo que había ni a enterarme de lo que pasaba; pero como aquel caserío de lienzo, apoyado en el de fábrica de la población, era casi transparente, sobre todo por la noche, dudé por lo apercebido de la veracidad de la narración bíblica de la historia de las cinco ciudades de Pentápolis; a no que Dios, cansado ya de mirar a la tierra u ocupado en el arreglo de nuevos y mejores mundos, no vuelva ya los ojos al nuestro, y no haya visto la feria de aquel San Juan.

Las transacciones se hacen en ésta con una casi incomprensible buena fe: un ganadero de Tabasco, v. gr., vende a un propietario de Querétaro o de Zinapécuaro una partida de mulas, unos centenares de bueyes o unos miles de ovejas, diciéndole su edad y cualidades; el comprador y el vendedor se dan sus señas y dirección, y convienen en una fecha y en una cantidad, y a su tiempo ambos recogen la palabra dada, remitiéndose uno a otro los miles de duros y los miles de reses objeto del contrato.

La alegría es universal, y corre allí parejas con la confianza y buena fe comerciales; todo el mundo se divierte cuanto puede; nadie escatima sus gastos, y pocos dejan de apuntar un puñado de onzas en la banca, a la cual ni está mal mirado que nadie se siente, ni nadie extraña que nadie se arruine o se enriquezca. En Méjico, no sólo no está prohibido el juego, sino que está autorizado; los banqueros pagan una fuerte contribución, e instalan su banca en horas fijadas y en una casa cuyas puertas y ventanas están siempre abiertas, y en la cual no entra la policía si no se la llama, cosa que rara vez sucede.

El juego es una costumbre establecida, una diversión nacional; y una trampa o una estafa en el juego, está considerada como imperdonable delito e imborrable deshonra. Casi nadie lleva dinero al juego; los banqueros tienen dos cajas; una con el capital de la banca, y otra con el que prestan a los jugadores, por poco conocidos que

sean, o con sólo que exhiban su nombre y domicilio; quien no paga su préstamo a la banca, pierde su crédito con ella, y no vuelve a tenerlo ni en el comercio ni en parte alguna. Se entiende en Méjico que el juego es un vicio de nobles y un placer de caballeros; y se gana y se pierde el dinero sin pestañear ni palidecer, y es raro que ningún mejicano se pegue un tiro por haber perdido, ni meta ruido por haber ganado; tan raro como que la autoridad tenga que intervenir en lance indecoroso acontecido alrededor del tapete verde: los banqueros bastan para mantener allí el orden más perfecto, juzgan y deciden los lances dudosos, y expulsan sin tumulto, y apoyados por todos, a quien falta al decoro o a la honradez. Cargan la bien apuntada mesa con doscientos, quinientos, ochocientos mil duros en pilas de onzas, sin temor a repentino ni violento golpe de mano; y aun no creo que ha ocurrido que una partida de bandoleros, ni una columna de pronunciados haya caído sobre una banca. No hay en las de Méjico ninguna de esas jugadas de dobles, iguales, entreses, elijanes, etc., en que el banquero tiene mucho tiempo las cartas, como un jugador de manos, entre las suyas: tira una carta arriba y otra abajo, pasa la baraja a quien la pide, espera y paga.

Tal vez a alguno de mis lectores se le ocurra que estoy aquí haciendo la apología del juego, o que he sido jugador en América: nada más lejos de mi propósito, ni más ajeno de mis costumbres y de mis principios. El juego es un vicio perjudicialísimo a la familia y a la sociedad; esas bancas clandestinas nuestras, en que el banquero exhibe seis, ocho, veinte mil reales, que defiende con mil suertes tan susceptibles de trampas y escamoteos, son antecelas del presidio, y los que a ellos acuden se ponen de él en camino; una banca de millones es una especulación que no necesita cometer infamias ni villanías para sostenerse; y si el juego es vicio inextinguible, tengo para mí que valiera más regularizarle, como la inextinguible prostitución; condenar, perseguir, exterminar e infamar el monte clandestino y sin capital, calificándolo de robo, y tolerar la banca millonaria y pública, que paga gruesa contribución al Estado; puesto que se autoriza la lotería, que no es más que una banca y un juego público de millones.

Relato, no juzgo, ni filosofo, ni moralizo; así se jugaba en Méjico por los años de 57 y 58, y no hago más que consignarlo en mis recuerdos de la feria de San Juan de los Lagos.

He dicho que había una iglesia, y era necesario e imprescindible que la hubiera, puesto que todas nuestras fiestas tienen por abogado o por pretexto a un santo cuya fiesta o aniversario se solemniza. La de San Juan tenía (como tienen la mayor parte de las de Méjico) una ventana con reja que da a la sacristía o a los aposentos del párroco, a un lado u otro de la puerta principal; por esta reja se pide al sacristán el toque a fuego, al señor cura la confesión y los Sacramentos, etc. Alojábame yo cerca de la iglesia, y entreteníame por las mañanas en ver desde mi balcón entrar y salir la gente a misa, y noté que todos los fieles que a oír la acudían pasaban primero por delante de la ventana con reja y decían algo al sacristán, que por la parte interior asomaba medio cuerpo. Al tercer día fui yo a misa y vi que todos los que en la iglesia estaban ya congregados, tenían en la mano una vela, que encendieron al comenzar el Evangelio y apagaron al consumir el celebrante: yo solo no tenía vela, y noté que por ello era de todos notado. Pedile a mi propietario de los Llanos la explicación de esto, y me dijo sonriendo:

—Si me hubieras dicho que ibas a misa, te hubiera prevenido de esa costumbre, que es de la que la fábrica parroquial saca la mayor parte de sus rentas. Todos los fieles que vienen aquí tienen a vanidad tomar vela para entrar en la iglesia, porque el precio de la vela es la limosna para el presbítero que la rige. El primer día, cuando las velas están sin encender, cuestan dos reales, y las toman los devotos pobres, por-

que, según se van gastando, van costando más caras; y la gente de valer hace gala de no ir a la iglesia más que en los últimos días, cuando ya se han reducido a cabos, y hay cabo que cuesta una onza, y hay quien da por devoción o por vanidad un puñado de ellas.

—Pues, señor—dije yo para mis adentros—, dice el refrán que siempre esté el diablo tras de la puerta; pero aquí está tras de la ventana, porque esta vela encendida por orgullo a Dios, seguramente debe de hacer reír al diablo, en honor de quien la enciende la vanidad.

Y calculando en más de veinte mil los forasteros que a la feria habíamos acudido, no resultaba pequeña la renta de las velas, y sobre todo la de los cabos.

XI

Entre los devotos más o menos sinceros, más o menos esclavos del demonio del orgullo y sacrificadores al pavón de la vanidad, llamaban la atención dos individuos de distinto sexo: una bellísima mujer y un hombre feísimo. La mujer era la más peregrina criatura del mundo, la más preciosa sacerdotisa de Venus, la más seductora de las hijas del pecado, tentación viviente que había venido a aquella feria para servir de postre a Satanás, en aquella orgía, un gran racimo de almas de pecadores. Aquella mujer, que aun casi no lo sería en el Norte de Europa, pues apenas pasaba de los quince años, acudía diariamente al templo así que oía la campana, y honestamente vestida, castamente velada y piadosamente descalza, cruzaba de rodillas la sagrada nave, se colocaba cerca del presbiterio, y allí, prosternándose al alzar, oraba hasta derramar lágrimas, y era ejemplo de devoción y asombro de los creyentes.

Y aquella encantadora Magdalena volvía modestamente a su casa sin mirar ni hablar con nadie, como la más honrada doncella del universo, y no salía más de su casa ni se asomaba jamás a sus balcones; pero como una de esas flores saturadas de fuerte aroma, de perjudicial aspiración; como una de esas preciosas serpientes de cascabel de brillantes colores; como uno de esos cocuyos, gusanos estrellas de luminosa piel, trascendía su presencia, se oía su reclamo y se percibía su resplandor a través de las paredes de su morada, en la cual reinaba el orden y el silencio, porque a su dueña la azoraba el ruido y la amedrentaba el escándalo. Interrogada un día aquella extraña criatura sobre la monstruosa e inconcebible amalgama de su devoción matutina y su ordinaria profesión, contestó con la más ingenua sencillez: «Yo soy muy devota de la Virgen, y el día que la falto o la escatimo en mis devociones, no me protege.»

El hombre feo, de tan ejemplar conducta en el templo como la mujer hermosa, era el director de la compañía de cacos operadores por la feria bajo sus órdenes; y he aquí adónde conduce la superstición pagana e idólatra aplicada al pueblo como educación religiosa. Seguramente que no fueron ni el prudente P. Olmedo, que allá fuera con Hernán Cortés, ni el venerable P. Las Casas, defensor e instructor de los indígenas, quienes introdujeron en aquel país tales y tan supersticiosas costumbres.

Y ello es que de aquí debió llevarlas alguno, puesto que aún vemos a los bandidos italianos de la Sicilia y de la Calabria ofrecer un lujoso cirio o colgar una valiosa ofrenda ante el santo altar de una veneranda Madonna, y a los ladrones de Madrid hacer otro tanto, o mandar decir una misa para que les ayude en una empresa; y la de los calabreses es desvalijar, y acaso destripar, a los viajeros en las gargantas de los Abruzzos, y la de los madrileños del Avapiés a la Virgen de la Paloma, es el saqueo nocturno de una platería, intentado o llevado a efecto por un escalo practicado en las alcantarillas.

XII

Frecuentaba Cagigas y el doctor Sanchíz, y yo cuando permanecía en la capital, la casa y sociedad de una señora viuda, que tenía un hijo abogado tan perspicaz e instruido como afecto a la poesía, y dos hijas de mediana hermosura, pero de intachable conducta, de esmeradísima educación y ventajosamente conocidas por sus conocimientos musicales; la mayor era una profesora en el piano, y la menor poseía una vigorosa voz de soprano muy *sfogatto*, que manejaba maravillosamente.

No era rica la viuda, ni las hijas vestían con el lujo excesivo general de las señoras en aquella tierra, ni el hijo tiraba las onzas en las ferias, como la juventud dorada de la capital; pero podían vivir muy bien de la renta de una finca y de la viudedad que por el empleo que su difunto desempeñó la correspondía; y el hijo tenía su buen caballo, con silla y cabezada chapeados de plata fina, freno y estribos de primoroso atauziado zacatecano, sombrero atoquillado de oro y calzoneras abotonadas con cientos de moneditas nuevas de a medio; y las muchachas no carecían de buenas arracadas de diamantes, ni de sortijas cuya pedrería obligaba algunas veces a quitar los ojos de las manos de la mayor cuando corrían sobre el teclado como dos palomas blancas que revoloteaban una tras otra. La clientela del hijo y las antiguas relaciones conservadas por su viuda madre, traían a aquella casa, en las noches de reunión, una sociedad no muy numerosa, pero de personas tan útiles como agradables, escogida entre gente de arte; casi todas las señoras hacían música, como hoy se dice, y todos los hombres hacían con ellas muy buen papel en su estrado y tertulia, como se decía antaño, y en su *soirée*, como hogaño decimos, introduciendo sin necesidad en nuestro lenguaje una palabra de extranjero idioma. Entre los individuos de aquella sociedad hallábamos de cuando en cuando un eclesiástico de cuarenta a cuarenta y cuatro años, de fisonomía expresiva, sonrisa perenne y carácter franco, que tenía trazas de haber sido organista, por la facilidad con que acompañaba a los cantantes cuando que se pusiera al piano se le rogaba, y rico, al parecer, por la magnífica repetición que usaba y los buenos caballos que en su coche le traían a la capital, cuando a ella venía desde el Estado en que tenía su iglesia. Era un cura muy campechano, pero sin nada de chacharero ni indecoroso, a pesar del humillo a rico que de sus modales y su modo de vivir trascendía. Gustaba mucho de discutir con Sanchíz, que por la discusión tenía prurito, y el cura se las tenía tiesas con el doctor, que era un sí es no es descreído y materialista, y siempre sus discusiones concluían amistosamente en homéricas carcajadas y apretones de manos que arrancaban al alegre cura las excéntricas conclusiones del Dr. Sanchíz, que era homeópata, frenólogo, espiritista, y progresista, en fin, en artes, ciencias, literatura, política y originalísimamente extravagante y divagador. Cuando con él en aquella casa nos encontrábamos, salíamos de ella juntos y le acompañábamos hasta su hospedaje; y érame a mí, finalmente, no poco simpático, aunque jamás íntimé mucho con él por vivir ambos fuera de la ciudad y no permanecer en ella ni uno ni otro largas temporadas. Una noche pregunté a Cagigas, después de dejarle en su domicilio. Cagigas hizo un mohín que le era peculiar, juntando y alargando los labios como quien va a silbar, y me dijo:

—Es el cura de Chalma. ¿No ha oído usted hablar de él?

—Nunca—le respondí.

—Pues pregunte usted por él a su huésped, y dígame usted que le lleve a su casa la semana de la fiesta de su Cristo titular.

—¿Y dónde está Chalma?

—Por ahí, donde está aquí todo. Para usted y su hospedador todo está ahí, a la vuelta del cerrillo. Con los cuarenta o cincuenta caballos que ustedes tienen en caballeriza y los dos o trescientos en el potrero... ya verá usted lo que es en Chalma el cura de Chalma.

Dejéme Cagigas a la puerta de mi casa, en donde no había más que el portero y mi criado, porque la familia andaba por las haciendas, y yo me dormí pensando en qué sería en Chalma el cura de Chalma.

En cuanto a que el punto fuese Chalma u otro punto de nombre indio, no estoy yo hoy en día muy seguro; porque como después de la muerte de Maximiliano los juristas tropezaron con unos cajones de libros y papeles que a España me venían dirigidos, y con los cuales no he logrado volver a reunirme, escribo estos recuerdos de memoria; y la mía, que ha estado siempre reñida con los nombres y las fechas, tiene las de mi estancia en Méjico trabucadas y de través en mi ya mal seguro cerebro. Pero sea o no en Chalma, la escena es cierta, aunque el lugar dudoso.

Mi inquieto hospedador, que no deseaba más que hallar ocasión o motivo para correr y reventar caballos, me prometió llevarme a Chalma, y un buen día la emprendimos por aquellos caminos de Dios, o mejor dicho, del diablo; porque en ellos lleva uno siempre la vida en un tris con los baches, los barrancos, los pantanos, los derrumbaderos y los mañosos, que son, hablando claro, los ladrones, a quienes en Méjico no se llama nunca tales, sino los mañosos, los niños, los traviesos, etc., tratándoseles con cierto mimo, como a gente de casa. Sucede con éstos en Méjico lo que con los negros en Cuba, que hay que llamarles morenitos, aunque tengan la piel más oscura que las noches sin luna y las conciencias de los usureros.

Y llegamos a Chalma como llegábamos nosotros a todas partes: como los nublados, en medio de un torbellino de polvo y de ruido, levantados por los veinte jinetes y los tiros sueltos que nos seguían y precedían. Recibíonos el cura con su cortés sonrisa y su tranquilidad habituales, sin asombrarse del acompañamiento de mi acompañante, a quien y cuyas costumbres ya conocía, porque las dependencias de su casa tenían para todo suficiente amplitud, y porque la hospitalidad mejicana no tiene límites. Nosotros llegamos un día antes del primero de las fiestas: el cura nos alojó en un aposento limpio y blanco como si fuera de porcelana, y nos puso dos camas con colchones embastillados y acordonados con dos sábanas de apenas planchada Holanda y dos almohadas con unas guarniciones plegadas como sobrepellices planchadas por monjas, que son las más primorosas planchadoras del mundo. En casa de aquel cura no había ningún individuo del bello sexo, porque de la india que nos hacía las tortillas y de algunas otras que a servirnos se prestaron alguna vez, no podíamos asegurar a qué sexo pertenecían, primero porque todas pasaban de los cincuenta años, y segundo porque en aquel departamento los hombres llevan el pelo trenzado como las mujeres; y careciendo aquéllos de barba, cuando envejecen parecen mujeres los hombres y hombres las mujeres; de modo que el europeo, cuando a aquellos departamentos arriba, si hombres y mujeres cambiaran el traje, no distinguiría los sexos, y un día sí y otro no podrían hombres y mujeres vestir indiferentemente y sin que el extranjero se apercibiera del cambio.

Y amaneció el siguiente día, y nos despertó el repentino estruendo de los cohetes, los tiros, las cámaras, las campanas, los ladridos, relinchos y gritos de todos los perros, caballos y moradores del festejoso pueblo. Vestímonos apresuradamente, y vimos desde la ventana una nube de indios que por cerros, llano, veredas, sendas y caminos se nos venía encima, precedidos, acompañados o seguidos de tambores, trompetas y músicas, y cargados todos de cruces que, en torno de ellos y encima de sus cabezas, formaban bosque. De entre aquel bosque de cruces salían cohetes, petardos y aullidos, y de algu-

nos grupos lastimeros baladros y aullidos, que eran, como al fin comprendí, sus religiosos cantares. Según se acercaban unos grupos de indios, aparecían otros a lo lejos, desembocando por entre las nopaleras, descendiendo de las lomas y trepando por las barrancas, pero todos cargados de cruces, unas grandísimas hechas de troncos gruesos de árboles mal cortados, en carros tirados por bueyes; otras en hombros de una veintena de hombres que se remudaban, y las grandes venían plagadas de clavos, de los cuales pendían centenares de cruces chicas y medianas, colgadas de los clavos con cintas; y en los vestidos traían cruces cosidas y cruces en las manos, y en los bolsillos cruces de madera, de flores, de bejuco, de paja, de velloritas engarzadas en agujas y en alfileres, de espinas de biznaga, de plumas de águila, de paloma, de colibrí... No sé si la fiesta era la de la Santa Cruz; pero las cruces no cabían en la iglesia, y comenzaban a llenar el atrio.

XIII

Contemplaba yo con asombro aquel cargamento de cruces; contemplábame a mí asombrarme mi hospedador sonriéndose, y contemplábamos a ambos con extrañeza los indios, y con desconfianza el cura, su vicario y el sacristán, los cuales estaban situados en un corredor sobre el que nuestra ventana se abría. Bajaron éstos a la iglesia, y fuéronse aquéllos acomodando por todas partes; y entre ellos se establecieron los buhoneros, los rosquilleros, los vendedores de comestibles, los de medallas y religiosas baratijas, más o menos prohibidas por los santos Concilios, y más o menos ostensiblemente patrocinadas por la superstición y la logrería; la mayor parte cintas de algodón, seda y tisú de plata, en cada una de las cuales había una inscripción que decía: «Medida de la cabeza del Santísimo Cristo de Chalma para todos los dolores de cabeza», «Medida de la cintura de la Santísima Virgen de los Remedios para el feliz parto de las preñadas», etc. Esta exhibición y venta de piadosos objetos no me llamó la atención en aquel pueblo extraviado y aislado de la sociedad civilizada, por haberlo ya visto en el mismo suntuoso y famosísimo templo de Nuestra Señora de Guadalupe, en cuyo fondo, y en dos magníficos mostradores de cedro y caoba fileteados de raíz de olivo y de limoncillo, los vendían dos presbíteros con sobrepellices cuando yo llegué a aquella República y visité por vez primera aquel célebre santuario.

La fiesta y feria de Chalma fué como todas: misa, sermón y procesión por la mañana, y procesión y sermón por la tarde; toros y peleas de gallos en la plaza, cohetes y cámaras casi sin interrupción, y árbol de pólvora y torito de fuego por la noche. El tercer día fué la solemne bendición de las cruces, contadas por los curas y el sacristán, en los dos anteriores, que se pasaron enteros en tan fatigosa y constante operación. Comenzó el desfile de los indios por delante de la ventana que de la sacristía daba al exterior en la fachada de la iglesia; y según iban pasando los grupos, decía el sacristán leyendo en un libro que tenía delante: «Pueblo de tal, 20 de 1.^a clase, 150 de 2.^a y 300 de 3.^a» Y el jefe del grupo, tribu, familia o ayuntamiento, le dejaba en el alféizar de la ventana un saco o esportilla (en lengua india *tompeate*), en el cual iba la cuota que por sus cruces a la familia, tribu o grupo correspondía; y tasadas desde peseta a una, dos y tres onzas, lo contenido en los *tompeates* sumaban muy respetable cantidad de pesos.

Y que ningún alma timorata y creyente extrañe ni se escandalice de estas infracciones de lo expresamente prohibido por el santo concilio de Trento, que es el que a los católicos nos rige; porque en aquellas regiones, de la metrópoli romana tan apartadas, los sacerdotes tienen que andar todo el año la ceca y la meca para doctrinar aquellos

puebluchos y aquellos aduare, donde los pobres indios viven diseminados y en poco contacto con la población blanca y civilizada; y como muy pocos de aquellos puebluchos podrían ni se avendrían a sostener un párroco, es preciso inculcarles de una manera u otra los principios religiosos, el afecto a las ceremonias de la Iglesia y el respeto a sus sacerdotes.

Los indios, por su parte, son todo lo buenos cristianos que les deja ser su escasa inteligencia, y adoran a Dios y creen en el cura, por quien son cristianos, por cuya dirección han de conservar sus territorios en vida, y por cuya absolución han de salvar sus almas después de la muerte. La del indio mejicano es la raza más tacaña y apegada al dinero que yo he conocido. Un indio trota dos horas y tres leguas cargado como su asno con una enorme saca de carbón; y cuando lo vende en el mercado, tantea cincuenta veces cada peseta, contra las piedras la suena, la muerde, y ruega a todo el mundo que le diga si es buena, y suplica con lágrimas al comprador del carbón que no le engañe; y cuando, por fin, se decide a envolverla y anudarla en la punta de su faja, es cuando ya no le queda la más mínima duda de la bondad de la moneda. Pues bien; este indio que es todo mezquindad, miseria y tacañería, tiene sus ideas religiosas tan barajadas en su espeso cerebro, que oculta su dinero hasta a sus propios hijos, vive entre harapos en una cabaña, cambia furtivamente su plata en onzas, las entierra en un lugar de él sólo conocido, y se muere sin declarar lo que tiene ni dónde lo tiene, porque cree que su dinero sigue a su alma al otro mundo y le sirve para pagar a San Pedro su entrada en el paraíso.

¡Quién sabe si esta superstición obedece a una lógica india, hija de la observación de toda su vida! Desde el tiempo de la conquista el indio ha visto que el blanco no ha buscado allí nunca más que dinero; y suponiendo que San Pedro, siendo blanco, no ha de hacer nada sino por dinero, lo guarda para aquel paso supremo y no tiene inconveniente en darlo por las cruces; aunque en este caso cede su fe al demonio, de la vanidad, que tienta lo mismo, y lo mismo pierde por ella, a los que habitan, huelgan y mandan en los alcázares que a los que acampan, trabajan y sirven en las cabañas y en los aduare.

XIV

Mientras yo vagaba estudiando el país a mi manera y las costumbres que a él habían llevado sus antiguos dominadores, y las que con su emancipación había él ido adquiriendo, la política había revuelto la tierra y exaltado las cabezas. El ministro español que me había presentado a Santana, había perdido el juicio; Santana había emigrado. Comonfort había subido a la presidencia, y con él el partido liberal; los *religionarios* andaban por los campos *pronunciados*; Cagigas, que era santanista, andaba haciéndose el enfermo, el sueco, y se había hecho muy poco enconradizo; Anselmo Portilla dirigía un periódico comonfortista; Sanchíz andaba como siempre, erguido y discutidor, y después del diplomático Antoine y Zayas, que allí se decía que hacía negocio, vino a enderezar el negocio de la Convención española mi condiscípulo y amigo de la niñez Miguel de los Santos Álvarez, investido del carácter de enviado extraordinario y apoyado por una escuadra que fondeó en Veracruz.

Dijeron los mejicanos que no era decoroso tratar con la amenaza de una escuadra enfrente de las narices, y dijeron los españoles que no se podía tratar sino con una escuadra a las espaldas; y entre «retira la escuadra y trataremos», y «si retiras la escuadra no haremos nada», Miguel Álvarez adelantaba poco como embajador, aunque como literato era recibido y acariciado por todo el Gobierno, que se componía precisa-

mente de gente de letras. Paimo y Guillermo Prieto eran ministros; y ellos y otros dos individuos del Gabinete eran amigos de Manuel Madrid, con quien yo pasaba semanas enteras en una alegre casita del alegre pueblo de Tacubaya. A aquella casa acudíamos los domingos, y en ella almorzábamos Paimo, Prieto y algunos otros personajes influyentes en la situación, con el excéntrico español Patiño, de quien hago más larga mención en mis memorias póstumas. Manuel Madrid, que era tan buen español como buen amigo, quería que Miguel Álvarez saliese airoso de su comisión, y convinimos en reunir a éste con los ministros en su casa, donde yo tenía habitación, como en terreno neutral y con pretexto de continuar nuestros almuerzos dominicales. Invitó él a la gente política y yo a la de letras, a la cual debía yo llevarme a mi aposento y entretener con versos y fruslerías, mientras Álvarez se las arreglaba con los ministros después de Champagne.

El primer domingo todo salió a pedir de boca; llevéme yo mi gente a mi cuarto, les enseñé un Korán y otros libros árabes que tenía sobre la mesa, les leí pedazos de las *Dos Rosas* y *dos Rosales*, y cuando, con ayuda de una botella de *Sillery Monseux* y unos habanos, regaló de Cabañas y Carvajal, pasaron aquel mal trago de mis versos, ya los políticos habían levantado sesión y citábase para el domingo siguiente.

Pero éste, al fin del almuerzo, cuando yo intenté llevarme a los míos, les hallé más dispuestos a escuchar la voz de la diplomacia que la de la poesía. Manuel Madrid me miraba ya impaciente, los políticos no tenían tiempo que perder, y yo no sabía cómo apoderarme de D. Joaquín Pesado, famoso poeta entonces, político en otro tiempo, y curioso como una monja. Madrid, por fin, más avisado que yo, me dijo: «Acuérdate de que has prometido a aquellas señoras que harías firmar sus álbums a D. Joaquín: te los he puesto sobre tu mesa.» Pesado no pudo esquivar semejante demanda, y siguióme con los otros poetas a mi cuarto, donde el previsor Manuel Madrid nos envió puros y Champagne para que no volviéramos sin apurar unos y otro.

Mas D. Joaquín Pesado tenía un ojo al gato y otro al garabato: había husmeado que allí se fraguaba algo, y quería saber de qué se trataba: dos veces se había vuelto hacia la mampara, y dos había yo logrado llamarle la atención; pero preveía que se me iba a escapar, y Manuel Madrid me iba a llamar imbécil y torpe a boca llena.

Era Pesado muy devoto; tenía una numerosa familia, tres o cuatro muchachas hermosas, y otros tantos muchachos con cabeza de querubines: un cuadro de Rubens. Dábales una santa educación y una instrucción como la suya, y sabía yo que todas las noches rezaban el rosario en familia; y Pesado acababa de escribir un panegírico o cosa parecida del Santo Rosario para edificación de sus piadosas hijas. Una cuestión religiosa era lo único que podía hacerle olvidar la política, y no quería yo exponerme al justo bufido de Manuel Madrid. So pretexto de buscar un manuscrito, saqué de su cajón muchos papeles, y tiré entre ellos sobre la mesa un precioso rosario de ámbar y venturina, que pertenecía a las señoras dueñas de los álbums.

Cogiólo inmediatamente Pesado, y examinándolo dijo:

—¡Precioso rosario! ¿Es de usted?

Aquí le aguardaba yo, y respondí:

—No, señor; yo no lo uso porque nunca lo rezo.

—¡Nunca!— exclamó asombrado.

—Nunca— repuse yo tranquilamente, y el pez prendió en el anzuelo.

—¿Por qué?— me preguntó dispuesto a entrar en discusión.

—Porque tengo para mí que la invención del rosario fué una torpeza de Santo Domingo de Guzmán, que lo introdujo en España.

—Hombre, hombre! ¿Cómo explica usted eso de la torpeza? —me dijo Pesado, como queriendo comprender mejor mi mala idea.

—Mire usted—seguí yo diciendo con la más taimada imperturbabilidad—. Santo Domingo de Guzmán, que iba a Argel a redimir cautivos, vió que los moros rezaban con una camándula de catorce granos; y sin ver bien lo que ellos dicen con aquella camándula, cometió la torpeza de inventar una de cien granos.

—Explíquese usted mejor; lo que está usted diciendo es una gran impiedad.

—Los árabes reconocen los catorce atributos de la divinidad, pasando los catorce granos de su camándula: Dios Criador; Dios Misericordioso; Dios remunerador; Dios Grande, etc.; pero no se dirigen al Criador; no le hablan; no se le igualan; lo reconocen, lo adoran; y Santo Domingo la dijo a María Santísima cien veces la misma cosa, como si fuera sorda o estúpida.

—¡Jesús! ¡Jesús!—exclamaba Pesado, cogiéndose la cabeza con las manos.—¡Qué blasfemias! ¡Un hombre como usted! ¡Un poeta cristiano!

—Y además—continué yo—, la manera irreverente con que se reza es un desacato. Se masean entre dientes y se ganguea sus palabras; de modo que sobre atreverse la criatura a hablar cara a cara con la Santísima Virgen y con su Divino Hijo, los habla con un tono que costaría ser despedido a su criado de usted si con usted se atreviera a usarlo.

—¡Dios mío, Dios mío!—exclamó Pesado.—Voy a convencerle a usted del error en que está.

Y comenzó una disertación eruditísima para confundir mi impiedad y hacerme retractar de mis blasfemias, que escucharon abortos conmigo los que nos rodeaban.

Cuando él cesó de hablar, Miguel Álvarez había partido para Méjico con los ministros; y oyendo a Pesado, ni habíamos nosotros oído partir al coche.

D. Joaquín Pesado se fué escandalizado, pero a oscuras de lo que se trataba.

XV

No recuerdo ya bien cómo cumplió su cometido; pero el 12 de junio del 56 fué reconocido Miguel de los Santos Álvarez como enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de S. M. C., cuyo acto solemne se había diferido hasta allanar algunas dificultades que para ello se habían presentado; pero en consecuencia de su reconocimiento y recepción, el Gobierno de Comonfort mandó que se pusiera en vía de pago la convención española, satisfaciendo a sus acreedores los dividendos que hubieran dejado de percibir, hasta igualarlos con los de las convenciones inglesa y francesa.

Álvarez dejó tan bien a España como mal a mí. Álvarez fué mi más íntimo amigo y mi más asiduo compañero en la Universidad de Valladolid por los años del 35 a 36. Nuestros padres, liberal el suyo y realista el mío, habían sido rivales, primero en la Chancillería, de la cual fueron relatores, y enemigos después cuando se envenenaron los odios políticos al renegar Fernando VII de la Constitución el 23. El padre de Álvarez tuvo al fin que emigrar a Portugal, y el mío salió de Valladolid para la intendencia de Burgos; y ambas familias conservaban, a causa de la obeceocion que producen las pasiones políticas, mala memoria una de otra. Mi padre, desterrado en Lerma, atribuía mi perdición a mi amistad con el hijo de su rival; y el tío de Álvarez, nacional o urbano, como entonces se llamaban los milicianos, me atribuía a mí la carrera de perdición, en la cual habíase metido su sobrino por la afición a los versos y a las artes que yo infiltré en el claro ingenio de Miguel Álvarez; pero uno y otro ignorábamos las circuns-

tancias en que nuestros padres se habían encontrado en anteriores y menos ilustrados tiempos. Simpatizamos desde que nos vimos, y nos quisimos y vivimos como hermanos en la Universidad; y al siguiente día del en que en el entierro de Larra me puso en evidencia en Madrid, mi primer cuidado y mi mayor orgullo fué presentar a mi amigo a todos los que lo fueron míos; y nunca ha flaqueado nuestra amistad ni el tiempo ni la separación, ni las opiniones nos han hecho hasta hoy, uno con otro, ni desdenosos ni olvidadizos.

Al llegar a Méjico Álvarez con la alta investidura de su plenipotencia, nos volvimos a encontrar allí como cuando los dos andábamos con manteos en la Universidad; retrocedió para mí el tiempo veinte años; olvidé los pesares y el hastío, bajo cuya influencia había yo cruzado el mar con la sola esperanza de morir pronto, y la palabra chispeante de ingenio de Miguel me volvió a abrir el paraíso de los recuerdos de la edad de la esperanza en el alma desesperada. Álvarez me abrió sus brazos, su corazón y su bolsillo como cuando todo era común entre ambos; pero yo no pude abrirle mi alma... y Álvarez me creyó feliz por algo que él no comprendía y cuyo secreto o capricho respetó.

—Vente conmigo—me dijo al partir.

—No puedo—le contesté.

Y nos abrazamos despidiéndonos, y él se volvió a España tranquilo por mí, y yo me quedé en Méjico con las tinieblas en el alma y la angustia en el corazón. La preciosa hacienda en que me hospedaba, rodeada de jardines, en una loma desde la cual veía yo el valle entero de la Mesa Central, en cuyo fondo se vislumbraba desde su terrado la blanca ciudad de Méjico, destacándose sobre el azul de la laguna de Tezcoco como uno de esos maravillosos trabajos de marfil que los chinos colocan en el país de un abanico; aquella familia propietaria de la hacienda, y la sociedad numerosa que la visitaba, compuesta de las más lindas muchachas, y la gente de arte más alegre que Méjico albergaba, se me convirtieron en oscuro y desierto paisaje y en desagradable compañía.

Ensilé mis caballos, y me volví a los Llanos de Apam, donde al sol y al viento de aquellas llanuras me pasaba los días cazando ardillas y las noches durmiendo, forzado a dormir por el cansancio del día, sin libros, sin periódicos, sin tintero y sin plumas. Y allí más tarde, en una de las fiestas conmemorativas que en la hacienda se celebraban, y a que él asistió, me vió con asombro D. Joaquín Pesado ayudar respetuosamente a la misa y acompañar al ex-fraile capellán de la casa a curar, y a sacramentar y a olear a los pobres indios; y entonces cayó en la cuenta del por qué le había dado tan mal rato y escandalizado tanto con mis heréticas opiniones sobre el santo Rosario y Santo Domingo de Guzmán.

Pero desde la partida de Miguel de los Santos Álvarez, los negocios políticos convirtieron el país en un volcán, con la fermentación de las ideas y la eterna lucha del progreso con la reacción. El 25 de junio había el Gobierno promulgado la ley de despropriación de dominio de las corporaciones religiosas sobre fincas rústicas y urbanas. Protestó el Arzobispo, no sólo contra esta ley, sino contra el art. 15 de la Constitución política de la República, que establecía la tolerancia religiosa. Siguiéron otros Prelados el ejemplo del de Méjico; desbordáronse algunos curas en el púlpito, incitando a los pueblos a la desobediencia y a la rebelión a la Constitución, y el Gobierno decretó que a todo trance se llevara a efecto la desamortización sin concurrencia de las corporaciones intervenidas, en vista de la oposición del clero, y subrogando en su lugar en la autoridad política todos los derechos legales; y el Arzobispo que no, y el Gobierno que sí, entraron en el negocio, primero los escribanos y después los soldados, y el supremo

Gobierno desterró algunos Obispos y algunos curas, y el 11 de septiembre el coronel Castejón se pronunció en Iguala, levantó acta desconociendo al Gobierno de Comonfort, proclamó en su lugar a Rómulo Díaz de la Vega presidente de la República; tremoló la bandera con la divisa de *Religión y Fueros*, y comenzaron los mejicanos a fusilarse en nombre de la religión, de la libertad y de los fueros, como nosotros en la guerra de los siete años, desde el 33 al 40. Los frailes Franciscanos apadrinaron una conspiración; y sorprendidos en sus claustros los conspiradores, Comonfort suprimió la comunidad, declaró nacionales sus bienes y vendió el convento, dejando en pie la iglesia para el culto, y entregándosela con los vasos sagrados, paramentos, reliquias e imágenes al diocesano. A los Agustinos aconteció punto menos de lo mismo; y divididos los pareceres de los gobernadores de los Estados, unos afectos al supremo Gobierno, otros disidentes, se llenó la República de partidas y de bandoleros, y nos fué ya tan difícil como arriesgado vivir en las haciendas, a la merced de los creyentes sublevados de buena fe y de las bandas de gente baldía que se ampara siempre malamente de la sombra de una bandera leal. Mi hospedador, el propietario de los Llanos de Apam, fiado en que de todos era conocido, se arriesgaba a permanecer en ellos más tiempo del conveniente; y aunque los Llanos, como productores de grandes riquezas, no son turbulentos, sucedióse más de una vez tener a la mesa a la hora de cenar al general del Gobierno, en la misma silla en que había almorzado el general insurrecto. Capoteábamos a unos y a otros como podíamos, y poniéndonos la capa como venía el viento, teníamos la casa aspillera y fortificada, las azoteas guarnecidas de sacos de arena, sesenta carabinas Minié y cuarenta hombres dentro de la casa, y dormíamos con vigías en el terrado, centinelas en la puerta y las carabinas a la cabecera de la cama.

Y cayó Comonfort, y volvieron a coger el mando los de religión y fueros, y volvieron a ser echados al campo, y Anselmo de la Portilla se tuvo que ir a Nueva York tras de Comonfort, de quien era amigo particular; y por recobrar y conservar los bienes secuestrados, y por los conventos derribados y las casas vendidas, se armó un zipizape de mil diablos, en medio del cual recibimos una mañana una carta de Cagigas que nos anunciaba su llegada al siguiente a Otumba en la diligencia, y pedía que le enviáramos allí un coche que le condujera a la hacienda. Llegó Cagigas, recibiósele las señoras alegremente, comió con su sonrisa, tranquilidad y apetito habituales, y cuando se halló conmigo a solas, me dijo.

—Vengo por usted; mande usted que en cuanto anochezca nos pongan un carruaje o caballos para irnos a Méjico, y pasado mañana saldremos para Veracruz a embarcarnos para Cuba.

—Pero, hombre—repuse yo con asombro—si Veracruz está en manos de Juárez; si apenas corre una diligencia por semana y los caminos están llenos de pronunciados.

—No importa—replicó interrumpiéndome.—Todo está calculado; he escrito a Portilla que esté en la Habana el 8 de noviembre; nosotros llegaremos allá el 4; yo tengo pase con los fueristas, usted lo tiene con los republicanos; iremos en compañía y al amparo del Padre General de los Agustinos, que irá en un coche; ya le contaré a usted esto, y veremos de pasar por Veracruz sin tropezar yo con Juárez.

Y se engancharon cinco caballos a una carretela, y corriendo toda la noche llegamos a Méjico al amanecer, y al día siguiente salimos para Veracruz en una diligencia colorada de Casimiro Collado, quien nos previno que tardaríamos ocho días en el viaje, porque no podía cambiarnos los tiros más que en Puebla y en Orizaba.

Y yo partí sin darme razón de por qué ni a qué, esperando que Cagigas me lo explicara por el camino.

XVI

Por el camino, es decir, en el carruaje colorado de Casimiro, no había modo de explicarse, porque no lo había de aislarse dentro de su único departamento, el cual constaba de tres banquetas de a cuatro puestos; dos en los testeros de la caja y uno en medio, suspendido de los costados: la entrada tenía lugar doblando los dos asientos laterales de la banqueta central. Los que ocupaban ésta daban la espalda a los que iban en la banqueta posterior, por lo que se hacía difícil la conversación general, y nadie dejaba nunca de ser mirado constantemente por los compañeros que de frente llevaba: los de la banqueta posterior y los de la del centro por los de la anterior; y éstos por los de las otras dos. La carretera no lo era más que en el nombre; el movimiento del vehículo insoportable, los encuentros perpetuos, y se necesitaba una perpetua atención para guardar el equilibrio y no desnarigarse con su vecino; no recuerdo haber viajado de manera más incómoda.

Caminábamos despacio para no apurar al ganado; y llevábamos constantemente a veinte varas delante de nosotros un coche ocupado por tres monjes Agustinos, quienes se asomaban frecuentemente a las ventanillas para ver si les seguíamos, como nosotros para ver si nos precedían: parecían ambos carruajes dos barcos navegando en conserva, cuidadosos de no perderse el uno al otro de vista.

No tuvo Cagigas precisión de satisfacer la curiosidad que en mí excitaba la por él anunciada compañía de aquellos tres frailes, porque pronto la conversación entablada por nuestros compañeros de viaje me puso al corriente de su falsa o verdadera historia, tal como algún periódico poco clerical la había contado, y tal como la había aceptado el vulgo, que lo peor piensa siempre y de lo más inverosímil se paga.

Y contaba que una tarde de aquel apenas trascurrido otoño, presentáronse dos extranjeros en el convento de los PP. Agustinos pidiendo hospitalidad; a la cual con derecho se declararon como afiliados a aquella Orden en el país de donde venían. El destierro del venerable Prelado, el secuestro y venta de parte de los bienes del clero regular y la libertad en que éste se hallaba, exento de vigilancia por parte de la autoridad eclesiástica, a causa del disturbio de aquel primer período revolucionario e innovador, tenía a los frailes de polendas mejicanos desperdigados por los pueblos, haciendas y rancherías, en casa de sus protectores devotos y de sus devotas hijas de confesión, lo que en Méjico se llama gráficamente *mudar temperamento*. Ocupaban, pues, solamente la casa conventual de los Agustinos el P. Procurador, el viejo maestro de novicios con los pocos que ya había, y el mayordomo encargado de la administración interior, a cuyas órdenes estaban la repostería y los legos de servicio, cuando les llegaron los dos citados y desconocidos huéspedes.

Recibíelos tan cortés como receloso el P. Procurador, y después de procurarles un refrigerio en el refectorio, les condujo al aposento que les había destinado. En vano había el desconfiado P. Procurador procurado sacar las palabras de la boca a los dos poco expansivos forasteros; el uno hablaba un español muy mezclado de italiano, y el otro callaba como si en vez de Agustino fuese Cartujo, o como si por inferior a su compañero no debiera más que escucharle. Mientras el P. Procurador les buscaba la lengua sin encontrársela, aquellos viajeros, abriendo sus maletas, sacaron de ellas, y se endosaron tranquilamente, unos hábitos Agustinos tan completos, que uno de ellos mostró en el suyo los atributos de la suprema dignidad de la Orden al estupefacto Padre Procurador, que le contempló abriendo tamaña boca y ojos tamaños, como jamás hubiera creído que pudieran dilatarsele.

—Mande, hermano, tocar la campana—díjole el recién venido—y reúna la comunidad en la Sala de Capitulo.

Pero como el P. Procurador sabía que ni el sonido de todas las campanas de la catedral podría llegar a donde sus monjes no podían oírlos, permanecía boquiabierto y ojizorado, sin saber ni qué decir ni qué decidirse a hacer. Resuelto, por fin, a ganar tiempo, dijo muy compungido que aquella hora era de paseo, y que los monjes que en la ciudad estaban volverían a la noche, y que iba a mandarles avisar; y afectando una obediencia ciega y una diligencia sorda, desapareció, dejando a los recién llegados esperar ceñudos e impacientes la vuelta del escapado Procurador y de sus paseantes monjes.

Llegaron cuando pudieron los seis o siete que por la ciudad andaban, y criados bien montados trajeron a los que tomaban el temperamento por la temperatura, según el lenguaje del país, en el trascurso del siguiente día. Echóles el Superior una soberana reprimenda, y volvió a abrirse la iglesia al despuntar el alba, y a llenarse los altares de celebrantes de la santa misa, y los confesonarios de devotas pecadoras, y el templo de fieles, y volvieron a volar las argentinas campanas, a estremecer y perfumar la sacra nave el órgano y el incienso; y con asombro del Gobierno y satisfacción de los verdaderos creyentes, tornó a ser la comunidad ejemplo de fervor en el cumplimiento de su santo ministerio en las difíciles circunstancias por que la política del de Comonfort les obligaba a atravesar. Cambióles el meticuloso Superior en negras las medias blancas que usaban, y que jugaban con sus negros hábitos, y la ridícula canoa de su sombrero por un gracioso y acandilado tricornio, como el que él de Roma traía; y todo el mundo les tuvo en cuenta y aceptó con respeto tan inesperado cambio.

Pero no era ésta la cuenta de los PP. Agustinos, un poco más latos en su disciplina en aquellas latitudes, cuyo clima respira molicie, independenciam y poesía, que en las de la fría Europa. Un domingo llevaron al severo Superior a decir misa a una opulenta casa de una señora devota sincera y buena cristiana. Al fin de la misa, un ujier le ofreció en una bandeja de plata un ramo de flores; alargó el Agustino la mano para agradecer graciosamente el obsequio; pero no pudo llevárselo al olfato, porque las treinta rosas de que el ramo se componía contenían treinta onzas de oro que pesaban más que oían. El P. Procurador le advirtió que era costumbre del país, cuya no aceptación era una ofensa; y en vista de que el mitrado Agustino guardó el ramo en su celda, y no envió sus onzas a mayordomía, al domingo siguiente le prepararon sus monjes otro mayor en la misa de las monjas de Coyoacán o de otro inmediato pueblo, hasta que un lunes, llevándole ante un arcón donde guardaban sus capitales, le dijeron: «La tormenta política se nos viene encima. Vuestra Ilma. no conoce nuestro país: nos tendremos que disolver, o nos disolverán; tome lo que le convenga, y déjenos con nuestras medias blancas y nuestras canoas arrostrar una tempestad a la cual es inútil que se exponga el jefe de quien necesita toda la Orden.»

Dicen que el Superior de los Agustinos, que iba en el coche delante de nosotros, llevaba letras sobre la Habana por dos mil onzas, y que el P. Procurador le acompañaba a embarcarse en Veracruz para verle embarcar y asegurar de su partida a los monjes.

Tal fué la falsa o verdadera historia que de él contaron nuestros compañeros. ¡Quién sabe!

Algunos de ellos se fueron quedando en Orizaba y Córdoba. Aquí se empaquetó con nosotros en el coche un judío llamado Salomón, a quien en Méjico llamaban «Salomón el de los brillantes», no sé por qué, y el cual Salomón traía consigo una hermosísima judía, su legítima mujer. El tal judío sabía tanto como su real homónimo el hijo de David: de todo hablaba y a todos conocía en Méjico y en Veracruz: con todos había

hecho o tenía pendientes negocios, y después de haber servido en Méjico a Miramón, pensaba hacer a Juárez el servicio de revelar los secretos de aquél. Felizmente, no nos conocía ni a Cagigas ni a mí. Cagigas me dijo:

—Déjele usted hablar y hágase el tonto.

Y así, después de haber impedido Cagigas que los indios nos robasen, como he dicho en un artículo anterior, topamos con este judío hablador y con su hermosísima judía, con los cuales llegábamos ya al pueblo de La Soledad, casi a vista de Veracruz. Si no podíamos pernoctar en aquella ciudad aquella misma noche, no podíamos ya embarcarnos; el buque levaba anclas al día siguiente al mediodía.

Pero ya a vista del pueblo, nos hallamos a nuestros tres PP. Agustinos, que nos esperaban apeados y desesperados. El coronel Andrade, cuyos quinientos hombres estaban a doscientos pasos de nosotros, iba a atacar a La Soledad y les había mandado hacer alto. Cagigas me dijo:

—Si no podemos llegar a tiempo de embarcarnos, yo no puedo entrar en Veracruz. Si Juárez me coge, me fusila.

Yo conocía al coronel Andrade, que era un joven de tan buena familia como de buena educación. Le expuse nuestra situación, y me dijo:

—Usted sabe que nadie puede pasar delante de un jefe que efectúa un movimiento estratégico. Voy a atacar a los jarochos. Si los desalojo de La Soledad, pasarán los viajeros inmediatamente. Si me resisten, haré una tregua para que pasen vuestras mercedes.

Explicué yo a los Agustinos y a mis compañeros lo dicho por el coronel Andrade, y mustios, inciertos y cariacontecidos, nos agrupamos en silencio a esperar el resultado del ataque del coronel Andrade, que disponía su tropa para atacar por dos lados, simultáneamente, el cerrillo en que se eleva la aldehuela de La Soledad.

XVII

En las Américas españolas, como entre nosotros, por razones que ni son de este escrito ni yo competente para escudriñar, han podido faltar grandes generales que hayan sabido en las grandes circunstancias maniobrar con grandes masas de soldados; pero han sobrado siempre coroneles, capitanes y guerrilleros, que con pocos hombres se hayan arriesgado a acometer y hayan llevado a cabo grandes hazañas, atrevidísimas empresas, e increíbles y casi maravillosas locuras. El coronel Andrade era uno de éstos y una de éstas era la que iba a realizar. Se había metido repentina y sigilosamente en país enemigo, e iba a sorprender un lugar cuyo número de defensores ignoraba, y cuyo punto, después de ocupado, no podía sostener ni veinticuatro horas, por su proximidad a Veracruz, por el solo placer de dar cima a semejante hombrada y una pesadumbre a Juárez, jefe del partido contrario al suyo.

Y se la dió. Su presentación fué tan inesperada, su ataque tan vigoroso y bien combinado, que en cuarenta minutos desalojó de La Soledad a los descuidados jarochos, les mató los que no pudieron escapar pronto, se posesionó del pueblo y nos envió a decir que podíamos avanzar y continuar nuestro camino.

Pero Andrade no llevaba consigo capellán, a pesar de pertenecer a los religioneros, y el cura de La Soledad no se curó, sin duda, más que de no caer en manos de los que le hubieran tomado por tornadizo y renegado como adherido a los excomulgados juaristas. Fué, pues, necesario que nuestros tres PP. Agustinos confesaran y ayudaran a bien morir a tres o cuatro a quienes los de Andrade habían puesto en tan extremo trance; en cuyo santo ministerio, y en auxiliar todos nosotros como mejor supimos a

los heridos, para que en caso necesario testificaran con los juaristas nuestros buenos servicios, se pasó más tiempo del que nos convenía perder si habíamos de llegar a Veracruz antes de las nueve de la noche, hora en que las puertas de la plaza quedaban cerradas. Por fin, el coronel Andrade, tan satisfecho de su hecho como nosotros asombrados y pesarosos de él, nos despidió cortés y alegremente, recomendando a Salomón que saludara de su parte a Juárez y le contara lo visto; y a las dos de una tarde caliginosa y nublada comenzamos a cruzar las cinco leguas de arenoso camino que nos faltaban que hacer con nuestros cansados tiros.

Fuérmonos saliendo al encuentro los jarochos que, desalojados de La Soledad, se habían ido quedando a la husma entre los matorrales; y el judío Salomón, que conocía al jefe, con quien no tardamos en dar, le dió explicación de lo acontecido y garantías por la conducta de sus compañeros de viaje, el cual no volvió a ser interrumpido, ni nosotros inquietados, hasta las puertas de Veracruz, donde nos dió el alto un centinela a las ocho ya muy bien dadas de una noche oscura, ventosa y desapacible. Salomón había llevado la batuta y la palabra durante nuestra última jornada, y Cagigas, que se había quejado dos veces de un dolor agudo en el pecho, había subido al pescante con el conductor, diciendo que se sentía mal y que necesitaba aire. Escortado por dos individuos, uno del resguardo y otro de la policía, nos condujo nuestro vehículo a una fonda de la plaza; y después de tomar aposentos y colocar en ellos nuestros equipajes, el de policía nos anunció que todos teníamos que ir con él al palacio del gobernador, su jefe, quedando sólo exceptuada de aquella medida gubernativa la señora de Salomón. Este tomó la delantera, haciendo cabeza de nuestra asenderada sociedad, y tras él, que gárrulamente conversaba ya con el de policía, íbamos a tomar la escalera, cuando Cagigas se puso tan malo que fué preciso dejarle para que le acostaran; pero él, antes de entregarse en manos del camarero que se presentó a asistirle, sacándole como pudo de su cartera me alargó un papel, diciendo con voz flaca: «Ahí va nuestro pasaporte». El judío Salomón, que por lo visto era tan caritativo y amigo de hacer un servicio al prójimo como cualquier buen cristiano, respondió de Cagigas, y ante el aplomo y prosopopeya salomónica, y sin más requisito, el agente de la policía juarista dejó en el hotel al pasajero enfermo y nos condujo a los demás al gabinete del gobernador.

Allí se dió Salomón con él grandes apretones de manos, hablando largamente, unas veces en alta voz y otras en secreto, de los sucesos de la capital y de los incidentes del viaje, hasta que, satisfecho el gobernador de oírle, aunque no harto el judío de hablar, nos dirigió aquél tres o cuatro preguntas, a las cuales respondieron mis compañeros, deseosos de manifestarse corteses y agradecidos con la autoridad, mientras yo miraba las paredes y el mueblaje como si fuera sordo o ignorara la lengua que se hablaba, y nos despachó por fin diciéndonos que aunque, como extranjeros, debíamos llevar a visar los pasaportes a nuestros respectivos consulados a las ocho de la mañana del día siguiente, por lo adelantado de la hora y por ser tan pocos los viajeros iba él a hacérsenos visar inmediatamente por el empleado que estaba de guardia.

Apresurámonos todos a presentar los nuestros; y como el mío, que había sacado y traído Cagigas de Méjico, era para mí un documento desconocido, no quise arriesgarlo a entregarlo sin pasar por él la vista; desdóblele, pues, torpemente, y me di tiempo para ver que servía para mí y para mi secretario particular.

En mi nombre no repararon ni el gobernador ni su empleado, quienes no tenían felizmente pujos de literatos; con que, autorizados por ambos legalmente para salir del territorio de la República, nos volvimos al hotel como habíamos venido todos los

viajeros tras del útilísimo Salomón, cuya interesante e inextinguible locuacidad había apartado de mí y de mis compañeros la curiosidad del gobernador.

Subí apresurado y afanoso por Cagigas la escalera del hotel, y entré de golpe en nuestro aposento; estaba aquí acostado y tapado hasta los ojos; pero incorporándose en cuanto vió que venía solo, me dijo: «Cierre usted la puerta.»

«Trae usted despachado el pasaporte?»—me preguntó cuando la vió asegurada.
Referíle lo sucedido con el gobernador, y continuó diciéndome con su sonrisa y tranquilidad habituales:

—Usted no tiene por qué ocultarse, ni éstos por qué meterse en que vaya usted donde quiera; pero bueno será que no se aperciban de quién es usted. Mañana irá usted al consulado solo y a última hora, para que, si el cónsul español quisiera hacer a usted algún obsequio, no tenga ya tiempo ni de pensar en su secretario de usted. Ahora baje usted a la plaza, y al primer mozo de cuerda que encuentre pregúntele por Rafael el gallego; es un barquero paisano mío, que ha hecho aquí su negocio, y es un hombre de toda mi confianza. Dele usted esta tarjeta mía, y pídale usted en mi nombre un bote con dos buenos remeros para llevarnos mañana al buque inglés de diez y media a once. La mar está mala: desde aquí se siente el oleaje; si Rafael le pone a usted dificultades por ello, ofrézcale usted una onza de oro, y ahí tiene usted diez en ese papel. Yo tendré listos los equipajes; Rafael acompañará a usted al consulado; desde allí pasarán ustedes inmediatamente por ellos y por mí, y al bote, haga el tiempo y la mar que hagan.

Bajé yo a la plaza, di con Rafael; ante la tarjeta de Cagigas, se puso a mi disposición bajo estas condiciones: si la mar seguía como estaba, diez duros; si se calmaba, tres; y si el oleaje rebasaba los muelles, veinte.

No quiso Cagigas que bajase yo al comedor; y so pretexto de no perder de vista al enfermo, me hice servir la cena en el cuarto. Cenó Cagigas lo que pudo, a escondidas del criado, y cuando yo, acostado ya y apagada la luz, andaba insomne a vueltas con mis pensamientos, sentí la tranquila y regular respiración de Cagigas, que dormía tranquilamente.

¿Qué cuentas tenía Cagigas pendientes con Juárez? No tuve tiempo de preguntárselo.

XVIII

A las diez de la mañana del siguiente día entraba yo con Rafael en el consulado español, a cuyo cónsul, después de las formalidades de costumbre, entregué las cartas que para él me habían dado.

A las diez y media cruzábamos la plaza y salíamos al muelle, Cagigas y yo, precedidos de Rafael y seguidos de un mozo con los equipajes. Llovía, y los hilos del agua del cielo hacían combas en el aire al soplo desigual y desordenado del viento; el agua del mar saltaba por encima de los malecones y hacia la playa del muelle. Cagigas se afanzaba el hongo en la cabeza con la mano izquierda, y se sujetaba con la derecha a la cara un pañuelo blanco que chorreaba. En el escalón de una puerta, no sé si de la capitania del puerto, libre del oleaje, estaban agrupados esperando su bote, o sin atreverse a embarcar, nuestros tres PP. Agustinos. Cagigas se dirigió resueltamente al bote de Rafael, que bailaba sobre las olas, y se arrojó en él de bruces en cuanto le vió levantarse sobre una; echaron tras él mi maleta y su saco, sobre los cuales me tiré yo, porque no había más modo de embarcarse; hizolo así Rafael, y jarranca la canoa! Cagigas, que se mareaba con sólo mentarle el agua, iba como una masa inerte entre el baúl y el saco, en el fondo, lleno ya de agua, del bote; yo comencé a tiritar, creo

que más de miedo que de mojado; y tras media hora de agonía nos izaron del bote al buque los marineros ingleses.

Repuesto un poco Cagigas bajo el toldo y sobre la cubierta del buque anclado, me dijo:

—Mire usted con el anteojo lo que pasa en la playa; se me figuró oír mi nombre cuando arrancábamos.

Dirigió mi Dollong a tierra; los dos PP. Agustinos se acababan de embarcar en una canoa de ocho remos, de no sé qué buque, proporcionada por el Padre-Procureador; que les despedía muy expresivamente desde el muelle, y en él tres militares, rodeados de algunos paisanos, discutían vivamente sobre algo interesante, mirando y señalando al buque-correo inglés. Dije a Cagigas lo que veía, y exclamando con su constante sonrisa «¡Si nos descuidamos!», se fué a su camarote, de cuya litera no pudo moverse hasta que dimos vista a la Habana.

XIX

EN LA HABANA

Pasó Cagigas mareado toda la travesía, siendo inútiles todos los auxilios, consuelos y distracciones contra su mareo, cuyo único antidoto creía él que era el Champagne, de cuyo vino bebió a sorbos cuatro botellas en los cuatro días de navegación; felizmente, su estómago no retenía alimento ni bebida alguna. No he visto hombre más perdido sobre el agua, y, sin embargo, había ocho veces atravesado el Atlántico. Quien se maree como él, puede sólo juzgar del dominio que en él tenía el espíritu sobre la materia.

Los PP. Agustinos con quienes habíamos viajado en Méjico, bajaron una vez cada día a visitar a Cagigas en su camarote. Su P. Procurador y el coronel Andrade le habían enterado de quién yo era, y los juaristas de la playa, que trataron delante de ellos de perseguirnos y aun de hacer fuego sobre Cagigas y sobre mí cuando bailábamos sobre el abismo entre la sonora espuma de las encrespadas olas, les habían hecho comprender quién era Cagigas. Juárez se persuadió de que yo era quien había hecho a Cagigas pasar tan osadamente delante de sus narices, y los PP. Agustinos creyeron que Cagigas y yo pertenecíamos al partido del clero mejicano, y que escapábamos con una misión política. Ambos erraban; Cagigas era hombre reservadísimo, y yo, fiado en Cagigas, iba a ciegas a Cuba; sin que supiera yo antes de llegar a Veracruz, ni antes de arribar a la Habana, qué peligro era el que corríamos en Veracruz, ni qué negocio me llevaba a Cuba.

El Superior de aquellos dos religiosos dió el primer paso para tratar conversación conmigo, tomando por pretexto el valor que les había infundido al embarcarse el vernos a nosotros llegar salvos al buque-correo. Aquel Agustino era maltés; gallardamente apersonado y representando mucho menos de sus cincuenta y dos años, hablaba correctamente el italiano, el francés, el inglés, el alemán y el árabe; gran latino y erudito por buenos estudios literarios, su conversación era amenisima; simpático su continente, y nobles y corteses sus modales. Cagigas le dió por lo que los mejicanos llamaban *muy hábil*, y nosotros que se pierde de vista, suponiendo que iba por las Américas a hacer su negocio; yo tengo para mí que iba de buena fe a poner arreglo en su Orden, y que no siendo posible ordenar nada en aquel país en tan revuelta y azarosa época, seguía su viaje a las Américas del Sur, animado de un recto espíritu y en cumplimiento de su deber. Dios nos ha de juzgar a todos por nuestras obras, y nadie más que Dios tiene derecho a asomarse a las conciencias.

Al desembarcar en la Habana, me ayudaron a sacar del buque a Cagigas, y en el muelle nos despedimos.

Cagigas no se repuso hasta después de un sueño reparador, y al despertarse al día siguiente me pidió perdón, sonriendo, de los azares a que me había expuesto, y comenzó a explicarme el negocio que allí nos llevaba.

No hay para qué hablar ya de ello, puesto que por su muerte fué un negocio perdido; pero para demostrar la travesura y vastos proyectos de Cagigas, bastará apuntar ligeramente su pensamiento. Mientras yo daba seis lecturas, que por tres mil duros tenía apalabradas en el Liceo, él prepararía la introducción en Cuba de una colonia de trabajadores yucatecos asalariados, para lo cual debía yo más adelante adquirir el beneplácito de quien correspondía en la Isla, adquiriendo él los buques y el capital necesarios. Una vez planteado el negocio, él lo traspasaría a una casa de los Estados Unidos, y yo debía de volver a Méjico a instalar allí, con privilegio de seis años, cuatro sillas-correo mensuales, enlazadas con cuatro buques españoles semanales, para dar al comercio mejicano cuatro correos al mes, en lugar del único mensual de la Compañía inglesa, a quien iba enderezada la competencia. Anselmo de la Portilla, que debía de llegar de New-York, debía de traer escrito un luminoso folleto sobre estas dos combinadas especulaciones, con cuyo folleto debía yo presentarme al capitán general, etcétera, etc. Anselmo de la Portilla era el primer periodista de las Américas, y el más leal y claro defensor de los intereses españoles en Méjico; su escrito debía de imprimirse en la Habana, etc., etc. Cagigas llevaba tratada, hecha y concluida toda la parte de estos dos negocios en Nueva-York, en Yucatán y en Méjico, faltándole sólo su arreglo en Cuba; tenía en su cartera un crédito de setenta mil pesos, y con noventa mil decía él, sonriendo muy satisfecho, que empezaba a rodar el carro. Escuché yo todo aquel doble proyecto suyo, sin comprender qué parte pudieran tener en él mis versos, para ofrecerme la cuarta parte de la respetable cantidad en que, después de planteados, los tenía traspasados o vendidos a dos casas de gran crédito comercial.

—Usted no sabe lo que vale su nombre—me dijo con su flemática tranquilidad habitual.—Déjese usted guiar, y dentro de dos años podrá usted poner al hijo de Júpiter y de Letona, con sus nueve holgazanas de Musas, a tejer esparto en el patio de su casa de usted, que podrá tenerla propia.

Sin que yo comprendiera muy bien el negocio, pero acostumbrado a la audacia y sinceridad de Cagigas, asentí a todo, y comenzamos por ir a que él me presentara en la Redacción del *Diario de la Marina* para dar la noticia de mi arribo a la Isla, puesto que el secreto que Cagigas necesitaba, había hecho que nadie de ella se apercibiera.

La primera consecuencia fué la galante invitación del capitán general D. José de la Concha, marqués de la Habana, para un baile que en su palacio daba al cuarto día de la fecha de tal invitación; y el primero y más vulgar apuro el de no tener yo traje conveniente para asistir a tal fiesta; pues el que traía de Méjico estaba ya fuera de aristocrático salón; de la primera impresión que causa, puede depender la fortuna de un hombre; pero era el caso que todos los cubanos querían presentarse en palacio sin la más leve arruga y flamantes por extremo de sus trajes, y los sastres de moda tenían más trabajo aceptado del que podían abarcar con sus quintuplicados oficiales. Tal era el *embullo*, y así lo anunciaban los periódicos, dando el anticipado pésame a los Lions cubanos que tendrían que quedarse sin frac infaliblemente.

Entre presentarme mal y no presentarme en tan extremosa sociedad, acepté el quedarme en cama y aplazar mi presentación para la distribución de premios de los juegos florales del Liceo, y así se lo anuncié a Cagigas; pero éste, con su eterna y estereoti-

pada sonrisa, me puso el sombrero en la mano y me sacó tranquilamente de casa, para llevarme directamente a la de Porzio, el sastre caballero, el Don Juan de los sastres, el que daba el tono en la Habana, donde no era hombre *comme il faut* quien con Porzio no se vestía. La casa de Porzio estaba atestada de gente: el más poderoso ministro, el más venal favorito del rey, no se vio nunca más asediado, más suplicado, más halagado ni más adulado que Porzio lo estaba y lo era en aquel momento. «Veinte onzas por mi frac a las nueve de la noche», le decía un mancebo de rizado cabello, inglesas patillas, ojos negros, orlados de fenomenales pestañas, un *dandy*, criollo del moreno y gracioso tipo que por las islas abunda.

—No puedo dar a usted palabra—le respondió Porzio—; ha llegado usted tarde, y no puedo posponer a nadie.

—Ya lo oye usted—dije yo a Cagigas al oído.

—Pues ya verá usted—me replicó él.

Y abriéndose paso hasta Porzio, hablé con él aparte dos o tres minutos, al cabo de los cuales Porzio, romano por el nombre, florentino por lo artista, napolitano por el ingenio y veneciano por su buen aire y forma social, me tomó cortésmente por la mano, me introdujo en un saloncito interior, y cerrando la puerta, me dijo:

—Usted no puede dejar de asistir al palacio; muchos se quedarán sin frac, pero usted tendrá el suyo en su casa a las nueve en punto de la noche de pasado mañana. Tendré un placer en ser el primero de quien reciba usted un obsequio en este país.

Y me tomó minuciosamente medida, lo mismo que a Cagigas, a quien advirtió que sus prendas, que no eran de etiqueta, no estarían hechas hasta la semana próxima.

Pepe Santana, hijo del famoso ex-presidente de la República mejicana, estaba en Cuba establecido, y era íntimo de Cagigas, aunque no andaba el hijo muy bien con su padre. Santana, hijo, hombre tan cortés, servicial y oficioso como altanero era el ex-presidente, se encargó de amueblarnos una habitación, que en el piso bajo de su casa nos cedió por cincuenta pesos mensuales un poeta muy bien aceptado en Cuba; quien, además de tener publicados muchos y no malos versos, tenía dos preciosísimas hijas, modelos de estatuaria viviente, y bautizadas con los extraños nombres de África y América. África era una hermosísima criatura capaz de hacer soñar con su imagen a San Pablo, primer ermitaño, y de pecar a su discípulo San Pacomio. En las tres piezas de aquel alojamiento, emprendimos, Cagigas sus gestiones en el negocio, y yo el trabajo de mis lecturas, aplazadas para fin de la quincena.

A las nueve de la noche del tercer día, el oficial de *Porzio* me presentó un traje de etiqueta que no pesaba diez onzas, traje de aquel país en donde hasta la piel y las pestañas estorban y pesan.

Y fui muy bien recibido por los marqueses de la Habana, y muy aplaudido en los premios de los juegos florales y obsequiado por Bethancourt, presidente del Liceo, mientras llegaba la noche de mi primera lectura.

Todas, al encontrarnos en casa, me daba Cagigas cuenta de lo por él hecho; no le faltaban más que siete mil duros para completar sus noventa mil: me mostró las cartas de aceptación de la razón social de varias casas conocidas, y todo marchaba perfectamente, y un porvenir risueño y azul como el cielo de la esperanza se abría ante nuestros ojos. Una sola nube le sombreaba: la tardanza de Anselmo de la Portilla, a quien con ávida inquietud esperaba Cagigas en el *Kanhoeva*, que ya estaba en retraso. Una noche, la duodécima de nuestro arribo a la Habana, al retirarme encontré a Cagigas ya acostado, contra su costumbre: se recogía muy tarde y dormía muy poco. Tenía dolor de cabeza y sueño. Durmió tranquilo toda la noche; pero al día siguiente no amaneció aliviado: no tenía, sin embargo, ni fiebre, ni síntoma alguno alarmante;

dolor frontal y pesadez, desgana, pereza y nada más. A las seis horas de estar levantado, se tuvo que volver a acostar. Alarmado, porqué en aquel clima toda indisposición puede parar en mal, llamé al doctor Zambrana, literato tan conocido como acreditado médico, amigo leal y desinteresado, dispuesto a hacer lo imposible por evitar-nos a Cagigas o a mí la más leve enfermedad.

—No me engañe usted—le dije.—Si Cipriano tiene síntomas del vómito, no me lo oculte y trátele usted como sea necesario. Sabe usted que le quiero como si fuera mi hijo, y que es la esperanza de Portilla y mía.

—No tenga usted miedo—me respondió jovialmente Zambrana—; estamos en diciembre; ya no hay vómito; no tiene nada; mañana estará bueno.

Y recetó, y hablamos de versos, y fué; y seguí yo trabajando, y Cagigas dormitando. Tomó las medicinas, pasó la noche tranquilo; y volvió Zambrana, y trajo otros dos médicos, y los tres me aseguraron que Cagigas no tenía más que una leve indisposición, sin el más mínimo síntoma de fiebre amarilla (vómito negro). Y seguí yo trabajando, y Cagigas durmiendo. Cuando le preguntaba cómo se sentía, me respondía:

—No tengo más que pesadez. ¿Se sabe del *Kanhowa*?

Así pasaron tres días más: Cagigas clamando por Portilla, yo escribiendo, los doctores ratificándose, y el *Kanhowa* no parecía, y a mí Cagigas no me gustaba; cuanto más le observaba, peor me parecía; y ni tenía fiebre ni espasmo.. tenía pesadez, que a mí me pesaba en el alma. ¡Pobre Cagigas! A las cuatro de la tarde del quinto día de su modorra, dió vista el vigía y anunció el *Kanhowa*. Llegaba Portilla en él.

XX

Eran las cuatro de la tarde del 24 de noviembre. Había yo trabajado asiduamente desde las siete de la mañana, interrumpiendo mi trabajo sólo para ver de cuando en cuando a mi enfermo, a quien los médicos se habían resuelto a imponer, por fin, un *método preventivo*, el cual consistía en trasvasar a su estómago con una jicara el contenido de una lata de cuatro libras de aceite de almendras dulces. Consentí yo en semejante tratamiento *preventivo*, a pesar de lo absurdo que entonces me pareció, y que aún hoy todavía me lo parece, porque supuse que debía ser resultado de la experiencia, que en aquel país, como en todos, debía ser madre de la ciencia. Un negro, a quien el cuidadoso Santana había apostado en el puerto, vino a anunciarme la llegada del *Kanhowa* y el arribo en él de Anselmo de la Portilla; escribí a éste dos palabras enterándole del estado de Cagigas, y suplicándole que alojase a su familia en la casa cuya dirección le enviaba a renglón seguido, y viniese inmediatamente a la nuestra; teniendo la precaución de no penetrar en la habitación sin pasarme recado.

Un hombre de la actividad de Cagigas, de quien podía decirse que dormía con un solo ojo como los lincees, y sobre un pie como las grullas, y que pasaba la vida en perpetuo movimiento y en infatigable acción, no podía pasar a tal pesadez, a semejante somnolencia y a una pereza de cinco días, sino por efecto de un grave cambio en su naturaleza y de una grave enfermedad, que podía desarrollarse más o menos fatalmente por cualquier conmoción brusca, moral o física. Esto lo sabe cualquiera que ha visto cuatro enfermos en su vida, o que ha leído un libro de medicina, siquiera sea de la llamada *doméstica*. Cagigas había mostrado desde que desembarcamos una impaciencia febril por ver llegar a Portilla; debía de haber entre los dos algún secreto muy íntimo, que nunca supe, y no quise que la repentina presentación del tan esperado Anselmo fuese

causa de una crisis, que yo temí desde el segundo día de aquella extraña enfermedad. Desvelé, pues, a Cagigas, y le dije que el *Kanhova* acababa de fondear en el puerto, y que Pepe Santana había visto con el anteojo a la mujer y a la cuñada de Portilla sobre la cubierta: conque de un momento a otro era razonable esperar a éste. Sonrió, despejóse y se incorporó Cagigas con tal anuncio: volvió a dejarle con un español honradísimo, que como enfermero me había procurado el mismo cariñoso Santana (y a cuyo español, si vive y lee estos recuerdos, pido lealmente perdón de haber olvidado su nombre); y con pretexto de continuar mi trabajo me salí a la calle a espiar la llegada de Portilla. Vile, al fin, a lo lejos, y me adelanté a salirle al encuentro, decidido a no errar por falta de precauciones; y conduciéndole sin ruido a nuestra morada, dejéle en la antesala y volví a entrar en la alcoba de Cipriano, que se había vuelto a amodorrar.

—Ya viene Anselmo—le dije—; el criado trae sólo unos minutos de delantera sobre él. Volvió a sonreír, a despejarse y a incorporarse el enfermo: entró Portilla, que tras mí venía, en la sala; vió Cagigas su silueta a través de la esmerilada vidriera, y se abrazaron Horando los dos amigos, a quienes yo dejé discretamente solos.

A los pocos momentos, y como si Dios me lo deparara, entró a visitarme mi condiscípulo en Seminario de Nobles el P. Solís, Superior en la Habana del colegio de Jesuitas, en cuya Sociedad había profesado, y a quien no había vuelto a ver desde 1834. Los recuerdos de la niñez son siempre agradables y poéticos: congratulábase el P. Solís de encontrar a su condiscípulo Pepe tan famoso, y asombrábase yo de encontrar Superior de los Jesuitas a mi condiscípulo Solís... cuando me llamó Portilla desde la alcoba. Caía la tarde, que era nebulosa, y estaba cercano el crepúsculo; no veía yo la fisonomía de Cagigas, a quien pregunté cómo se hallaba.

—Bien—respondió—, no me duele nada; pero con la emoción y la fatiga de la conversación con Anselmo... tengo náuseas.

Así la jofaina, que sobre la cama le puse; pasóme el brazo izquierdo por el cuello para incorporarse, y apenas inclinó hacia mí su cabeza, rompió en un fácil y abundante vómito. Quiso Portilla salir por luz, pero yo le detuve asiéndole por la ropa: serenóse inmediatamente Cagigas, y diciendo: «Me siento muy descansado», volvió a reclinarse en las almohadas.

El negro encendió el gas de la sala, a la cual salí con la jofaina en la mano derecha y tirando de Portilla con la izquierda. Solís cruzó las manos y levantó al cielo los ojos, y tal vez una plegaria mental, al ver la jofaina mediada de sangre negra, y de ella salpicados mi camisa, chaleco y pantalón de nankín. Portilla palideció y cayó anonadado en el sofá: yo sentí algo como si mi cuerpo se hubiera quedado de repente vacío de todas mis entrañas y de mi cerebro hueco se hubieran evaporado todas las ideas.

El enfermero salió corriendo a buscar un médico, y a los diez minutos volvió con el Dr. Zambrana, que viendo, al entrar, la jofaina sobre una silla, exclamó desesperado: —¡Qué enfermedad más traidora, no la entenderemos jamás!

Portilla, que no la conocía, preguntó con tanta ansia como candidez al Dr. Zambrana:

—¿Es el vómito? —¡Y mortal!—contestó Zambrana con desesperación.

Rompí yo a llorar sin poderme contener, y Solís me tendió los brazos ahogando mis sollozos contra su pecho para que no los oyera Cagigas, en cuya alcoba entró el médico a cumplir su triste deber.

XXI

Solís y yo aconsejamos a Portilla que se fuera a descansar, si podía, a su alojamiento; se le conocía la fatiga de la navegación; traía mujer y cinco hijos pequeños, que debían aguardarle con sobresalto; no podíamos permitirle quedarse a velar al enfermo, y menos a presenciar su fin si ocurría en la noche, de lo que prometimos avisarle; dímosle, en fin, esperanzas de un error de la ciencia y de un milagro inesperado de la Providencia, y quedamos con el moribundo la religión consoladora y la amistad sin consuelo.

Volví a desvelar a Cagigas para decirle la verdad; pero él me atajó diciéndome con su inefable sonrisa:

—Yo soy un hombre que desde que nací sé que he de morir; si tengo el vómito y es mortal...

Las lágrimas corrieron hilo a hilo de mis ojos; había oído las palabras del doctor Zambrana! Yo me arrodillé, escondiéndome mi faz contra su rostro.

—No llore usted, sea usted hombre—dijo asiéndome las manos y haciéndome sentar en su lecho.—Yo muero en paz con mi conciencia; lo que no he hecho es porque no he podido. Vamos: usted ha visto muchos enfermos y sabe usted muchas cosas. ¿No tiene usted en su caja algo que me reanime para darle a usted mis últimas instrucciones? ¿No conoce usted un sacerdote ilustrado que me reconcilie con Dios? ¿No hay por aquí alguno de sus discípulos?

¡Dios mío! Su sopor no le había quitado el oído, y sabía que Solís estaba en la inmediata cámara. Con él lo consulté, dímosle una dosis de ácido fosfórico en medio vaso de agua, reanimóse, e incorporado él y yo sentado en su cama, con su boca casi en mi oído y teniéndome suavemente abrazado, comenzó a decirme con tan envidiable como asombrosa tranquilidad:

—Sé que es usted mi amigo, y no puede usted dudar que lo soy suyo. Si yo hubiera vivido le hubiera a usted hecho rico; tal vez eso no está de Dios, y le dejo a usted pobre; porque como ni Portilla ni usted pueden dirigir el negocio a que aquí los traje, le ordeno a usted que devuelva todos los créditos que hallará en mis dos carteras; y cuando concluya usted los compromisos, que no dejarán de ofrecérsele a usted en este invierno, vuelva usted a Méjico, donde yo necesito que vuelva antes del 1.º de julio. En cuanto llegue usted a aquella ciudad, irá usted a la calle, de... núm..., a casa de fulano, a quien entregará usted de mi parte mil cien pesos contra un cajón que contiene papeles. Queme usted todas las cartas sin abrirlas, y devuelva usted todos los documentos a las personas a quienes pertenecen. De aquéllas y en éstos dependen, y tengo en garantía, la honra de personas que quiero que no se acuerden de mí para mal. Los señores Bustamante, Romero, de esta plaza, le darán a usted cuanto necesite si no hace usted aquí negocio, y con ellos puede usted plantear el de los correos, en lo que le ayudará a usted Sanchiz, y los Bustamante darán a usted instrucciones y capital. Acaso deba usted a mi muerte su fortuna. Adiós, abrácese usted; que entre el sacerdote, y tenga usted cuenta de que nadie me impida morir en paz.

Salió de ella como un sonámbulo, y entró en la alcoba, como el ángel de la esperanza, el P. Solís, que estuvo a solas veinte minutos con el desahuciado enfermo.

A media noche volvió el doctor con Pepe Santana; aquél no conocía remedio al mal; sólo un milagro podría hacer que el sueño de Cagigas fuera reparador, si no repetía el vómito ni sobrevenía nuevo trastorno en su naturaleza; por lo cual opinó que lo mejor era dejarle dormir. Quedamos, pues, como todas las noches el enfermero es-

pañol y yo con Cagigas, fiando en el milagro de que su sueño tranquilo resolviera la crisis favorable.

Cagigas y yo dormíamos en una misma alcoba; los pies de su cama tocaban con los de la mía; yo respiraba durante el sueño el aire que él descomponía con su respiración; pero jamás me ocurrió que por ello pudiera trasmitirme su enfermedad. Estaba yo rendido de trabajar y velar. Al día siguiente era jueves, y tenía mi primera lectura en el Liceo; a las tres de la mañana me hizo el enfermero tenderme vestido en mi lecho; la terrena debilidad corporal venció al espiritual instinto del deber, y me quedé profundamente dormido.

XXII

Desperté sobresaltado y seguro de tener razón de mi sobresalto. Amanecía; el enfermero estaba inclinado sobre el lecho del enfermo, de donde yo tenía conciencia que había surgido el motivo de mi sobresaltado despertar. Me arrojé de mi cama y me fuí a la de Cagigas; estaba en los últimos instantes de la más tranquila agonía. Dos veces abrió los párpados sobre sus ojos cristalizados, que ya no pudieron mirarme, y dos veces abrió la descolorida y terrosa boca, que no pudo aspirar el aire, que ya no necesitaba su cuerpo, vacío del alma que acababa de abandonarle.

XXIII

Enterramos a Cagigas el 25 de noviembre del 58. El hidalgamente oficioso Pepe Santana me excusó los dolorosos pormenores del entierro, que presidimos ambos.

Un pormenor tristísimo: Cagigas usaba el pelo largo; al cerrar la caja quedó fuera una guedeja de su cabello castaño claro, que me fué llamando la atención, porque el aire la mecía, durante el trayecto de la casa al cementerio. Allí no me pude contener y corté todo aquel flotante rizo; recuerdo y prenda que parecía ofrecerme mi muerto amigo. Sobre mí lo he llevado mucho tiempo, y aún lo conservo.

XXIV

Al dejar en el cementerio los restos mortales del honrado Cipriano de las Cagigas, nadie quiso dejarnos ni a Portilla ni a mí volver a la casa mortuoria. Quintín Suardo quiso hospedarme con su familia, pero vivía en aquella misma casa. Isidoro Araujo de Lira, que hacía poco había comprado el *Diario de la Marina*, nos llevó a la suya y me ofreció, además de alojamiento, mesa y carruaje, tres mil duros al año, por espacio de tres, comprometiéndome yo a escribir en el folletín de su diario. A Portilla le señaló dos mil duros por un año, por artículos políticos, históricos y de administración.

Pero la falta de Cagigas, y las circunstancias y consecuencias de su muerte, engendraron en mi corazón una insuperable tristeza. Los cuidados fraternales y la lujosa hospitalidad de Isidoro Lira; las atenciones asiduas de que me colmó el capitán general, marqués de la Habana; el trato cariñoso de la marquesa y la cordial simpatía de sus dos hijas, no pudieron arrancarme más que las forzadas sonrisas y la ficticia alegría necesarias para no parecer mal en la mesa y en los salones de su palacio. Invitábanme a comer todos los domingos y a todas sus nocturnas recepciones; llevábanme a su palco en el teatro y en su carruaje a los paseos; pero cuando volvía en alta noche en casa de Lira, éste, que me esperaba todas para dejarme acostado, salía de mi cuarto con

la penosa impresión de mis inextinguibles lágrimas. Un día, al sentarme a la mesa, la casa giró en torno de mí y la tierra me faltó bajo los pies; un gran ruido, como música y campaneo lejanos me resonó atronándome en el cerebro, y perdí el sentido. Levantéme asustado Isidoro, y llamó inmediatamente a su médico; me hicieron acostar; sentía náuseas, vahidos y somnolencia. Así estuve cuarenta y ocho horas. Siempre que me desvelaba, lo primero con que daban mis ojos era con los de Isidoro Lira, hijos en ellos. La madre más cariñosa no cuida de su hijo como aquel leal y pundonoroso caballero cuidó de mí. Al tercer día me encontró el médico trabajando a las siete de la mañana; opinaron que había pasado el vómito, y se congratularon de ello. ¡Ay de mí! Era el primer amago de una afección epiléptica que combato hoy con unas dosis de bromuro que asusta al farmacéutico a quien por primera vez presento la receta del Dr. Cortezo, al cual, por ella, debo probablemente la vida.

Me entregué a un trabajo tenaz, del que Isidoro y Portilla me arrancaban para distraerme; y sin recibir ni pagar visitas, sin recorrer los institutos, ni las fábricas, ni nada de lo notable que entonces en la Habana existía, me enajené la voluntad de los amigos, exasperé la malevolencia de los envidiosos o malquerientes, y fuera de las seis lecturas que di por cumplir en el Liceo, nada reveló en la Habana la presencia del poeta popular, a quien todo el mundo se cansó de hacer inútiles invitaciones y no aceptados obsequios. Mi tristeza era más fuerte que mi voluntad, y mi atonía más que mi educación y que mi interés. Lira y Portilla se desesperaban, y yo permanecía en mi aposento diez o doce horas, en aquel clima, entregado a un trabajo afanoso y febril. Yo veía, a través de la amarillez que la vista del cadáver de Cagigas me había dejado en las pupilas, aquella deliciosa isla de tropical y exuberante vegetación; y aquel sol deslumbrador me parecía pajizo, y pajizo y amarillento aquel mar turquí, y aquellos verdes y perfumados platanares; y aquellas criollas ricas de sangre y de vida, pasaban ante mi vista como las visiones amarillas y calenturientas del delirio de la fiebre.

Un caso extraño que debía de haberme servido de distracción y consuelo, vino a poner colmo a mi pavorosa melancolía. Había yo trabado relaciones y dejado en Méjico a un mozo de veintiséis años, a quien había muchas veces fiado copias de mis versos y encargos en la ciudad, cuando a la hacienda en que yo habitaba venía. Era aquel mancebo hijo de un escocés que tenía una gran fundición de plomo, cuyo establecimiento dirigía con su padre; pero éste, casado de segundas nupcias con una hermosa mejicana en quien tenía dos querubines rubios, descuidaba, si no aborrecía, al hijo de la primera mujer. Jorge se llamaba el padre, el mejor y más trabajador hombre del mundo, pero de recio carácter, y Agustín se llamaba el hijo, el más amante y menos amado de su padre, de quien llevaba la contabilidad, y de quien recibía sueldo como si empleado, y no hijo, de aquél, fuera en su fundición. Yo tenía cariño a Agustín porque, aunque completamente iliterato, andaba siempre encantado con mis letras, leía mis libros, asistía a mis lecturas, y creyéndome de buena fe una notabilidad, estaba muy pagado de mi franqueza con él y dispuesto a boxar y romperse el bautismo con quien con él no conviniera en que era yo el primer poeta del universo; cuestión de la cual no se le alcanzaba un átomo y en la cual era profundamente lego. Agustín Aynslie era un mozo robustecido con el ejercicio continuo de su oficio: volcaba él solo una caldera de doce arrobas de plomo fundido, arrollaba una plancha de veinte pies, y movía, arrastraba, fijaba y soldaba una tubería de ciento veinticinco metros en una mañana. Se imponía por su fuerza y su actividad a todos los dependientes de su padre, y hacía las compras, los negocios y los viajes ocasionados por el tráfico del establecimiento; y con el mandil, el hornillo y las herramientas, iba a las obras en nombre de su padre como su primer obrero, sin que su padre tuviese que dirigir sino señalar el trabajo.

Agustín tenía muy buen corazón, pero muy ligera cabeza: decía la verdad tal como la sentía, pero solía estar continuamente fuera de toda buena forma social: era, en fin, un hombre muy bueno, muy leal, muy servicial y muy trabajador, pero de muy descuidada educación. Hablaba el inglés y el francés, era fuerte en contabilidad, muy buen jinete, muy amigo de las mujeres que no tienen amigos, y gran bebedor de cerveza y de cognac.

El día 22 de diciembre interrumpió mi trabajo un gran ruido de voces que se levantó en el piso bajo de la casa de Isidoro Lira, el cual a poco se presentó en mi cuarto, diciendo que un joven que acababa de llegar de Méjico se empeñaba en entrar a verme; y antes de que Lira me lo hubiera acabado de decir, tenía ya en mis brazos a Agustín Aynslie, a cuya vista sentí el frío del terror paralizarme el corazón. Lo primero que me ocurrió al verle tan robusto, vigoroso y colorado, fué que iba inmediatamente a atrapar el vómito y a morirme como Cagigas. ¿Y qué iba yo a responder a su padre, el cual se habría quedado tal vez pensando que yo le había sacado de su casa a su hijo, y de la fundición a su primer dependiente?

—¿Pero cómo y a qué viene usted?—le dije.
—Pues así que leí en los periódicos la muerte de Cagigas—me respondió,—empeñé mi alfiler y mi sortija de brillantes, vendí mi caballo, y vengo a sustituir al difunto; usted no puede estar aquí solo, y aquí estoy yo.

Supliqué a Lira que le buscara alojamiento, le ofrecí cien duros mensuales y le prohibí que fuera a ninguna parte sin mi permiso.

XXV

Un detalle curioso de otro curiosísimo personaje. Salía yo una tarde con Agustín Aynslie de la casa de baños, frente a la cual tenía la suya el sastre Porzio; y éste, que estaba aguardándome en el balcón del piso bajo, me llamó y me alargó una carta cerrada. Creí que era la cuenta que con él tenía; pero él me dijo:

—No es la cuenta: es otra cosa; no la abra usted hasta que esté en su casa. Saludóme, guardé la carta y volví con Agustín a casa de Lira.

La carta decía, en italiano: «He leído en los periódicos la muerte de Cagigas; y no creyendo justo hacerle a usted pagar su ropa, que no ha tenido tiempo de usar, suplico a usted que me la devuelva, porque tengo ya su valor restado de su cuenta de usted.»

Yo le contesté al día siguiente: «Cagigas ha sido enterrado con el traje negro que usted le hizo; suplico a usted, pues, que vuelva a convertir en suma la resta.»

Y contestó Porzio: «No puedo raspar ni corregir mi libro mayor, porque si tuviera que presentarlo a un tribunal, me deshonraría. Usted ha pagado el entierro de su amigo, yo pagaré la mortaja; estamos en paz.»

XXVI

No hallando Isidoro Lira modo de sacarme de mi aislamiento ni aliciente que a la sociedad me hiciera volver; viendo, con pesar, que me resistía a recibir más protección que la del trabajo, que esquivaba la con que el generoso marqués de la Habana quería mejorar mi posición, que rechazaba con altivez la idea de una suscripción como la que para Lamartine se había realizado en años anteriores, y que me pasaba los días trabajando y las noches en la sola compañía de Portilla y de Aynslie, temiendo yo de este último cualquier exceso que le acarrearía la fiebre, varió de sistema, y una mañana

me presentó al personaje que más influyó en mi bienestar en aquella Isla, y que probablemente nos salvó a Aynslie y a mí de morir en ella.

Era éste un vascongado, de sencilla apariencia, de francos modales, y de pocas y sinceras palabras, a quien yo tomé por un honrado vizcaíno que, poseyendo un cafetal, y teniéndome en estimación por haber oído a Lira hablar de mí, me ofrecía hospedaje y retiro en su hacienda, por haberme los médicos aconsejado abandonar la ciudad y salir al campo.

—En mi finca—me dijo—tendrá usted un alojamiento de estudiante: un catre de lienzo en un cuarto casi desmantelado, con un ajuar de alquería, muy buen aire, mucha tranquilidad, una libertad absoluta y un buen cocinero. Con esto tendrá usted que contentarse, y para ir a gozar de ello tiene usted el carruaje a la puerta; yo le instalaré a usted hoy en aquel tugurio, y mañana le dejaré a usted en completa posesión de él.

—Vamos, pues—dije—, pagado del sencillo exterior de quien tan franca oferta me hacía.

Y partimos en un ligero tilburi, tirado por un buen caballo retinto, que se llamaba *Bonito*.

Corría la tercera semana de enero del 59, y caminaba yo, embebecido, contemplando la verde y lujuriosa vegetación de aquella Isla, cubierta de ricas plantas y fragantes flores en aquella estación, en la cual suele verse nuestra Castilla envuelta en el sudario de una nevada.

Explicábame mi conductor, en breves palabras, los nombres y las cualidades de los propietarios de las fincas por entre las cuales se extendía la carretera; y el aroma de las piñas, el rumor de los plataneros y los abanicos de las palmeras y cocoteros, perfumaban el aire que Aynslie y yo respirábamos a plenos pulmones, arrullaban nuestros oídos y sombreaban nuestro camino. Aynslie tomó a los veinte minutos una franqueza con nuestro huésped como si hubiera con él pasado la vida, y él le contó alegremente media docena de verdes chascarrillos, a cambio de otras tantas coloradas historietas que aquel le contó de su mejicana república. Lo más curioso y lo que más me llamó la atención, fué que, siendo vascongado el narrador, todos sus cuentos tendían a hacer resaltar la torpeza ingenua de los vizcaínos que por vez primera arribaban a aquella Antilla.

Riendi y cantando como colegiales que hacen novillos, entramos en el cafetal, cuya plantación era nueva, y cuya extensión y rendimientos tenían apenas importancia por aquel entonces. Una casita de madera y ladrillos de un solo piso, y unas cuantas habitaciones abiertas sobre dos corredores; una pequeña fábrica de almidón de yuca, y a la sombra de unos cuantos miles de plátanos nuevos, otras tantas plantas de café alternadas con piñas y con naranjos; un proyecto de huerta, en cuyos cuadros hacían, el sol abrasador por el día, y el abundante rocío por la noche, brotar con asombrosa rapidez unas sabrosísimas legumbres y unas olorósísimas frutas; un palomar y un gallinero de chachalacas, como las llaman en Méjico, pintadas en Europa, y allí gallinas de Guinea, y unos cuantos negros a cargo de un capataz, que los abrigaba con hardas anguarinas y los recogía a las diez para que no se asolearan en aquel país en que su dueño andaba con chaqueta y pantalón de dril, y Aynslie y yo sin más que un pantalón y una blusa. Esto era lo que allí había, entre mucho terreno sin desmontar, y en una situación tan pintoresca como salubre, y sin que en nada de aquello se revelaran ni pretensiones de opulencia, ni futilidades de lujo. Instalónos su propietario en la finca, haciéndonos primero visitar sus dependencias y conocer a sus habitantes, y nos dió posesión de nuestras habitaciones: un gabinete con dos camas, una para mí y otra para

el dueño cuando viniera a visitarnos, un despacho con una gran mesa y un inmenso tintero, un cuarto para Agustín Aynslie y un comedor con dos aneas alacenas.

Antes de la primera comida nos dió las llaves de ambas, y nos dijo: —En la una hay vinos, y en la otra conservas; para ustedes se han puesto ahí: la comida del campo es aquí pobre, y es preciso completarla con algo prevenido; conque a trabajar y a comer bien, y a darse buena vida. En la cuadra hay una mula, de que yo me sirvo, y unos caballos, que mandarán ustedes ensillar cuando se les antoje; y cuando quieran ir y volver a la ciudad, el tílburí y el *Bonito* quedan a su disposición.

Comimos, paseamos, nos atracamos de fresca y saludable agua de coco, que por primera vez bebíamos Agustín y yo, y después de una ligera cena con ensalada de palmito, nos acostamos mi huésped y yo en nuestro gabinete, y Agustín en un aposento apartado en un rincón de la casa, adonde aconsejé al propietario que le colocara, con extrañeza de éste y sin más explicación mía. Apagó la luz mi vascongado hospedador, dímonos las buenas noches, y quedámonos en la más profunda oscuridad y en el más completo silencio.

Pero no podía yo conciliar el sueño. Todavía me acosaba, al hallarme en el campo, el sobresalto de las noches en las haciendas de Méjico, donde dormíamos con un solo ojo, con vigias en las azoteas y las escopetas a la cabecera de la cama, por temor de los pronunciados, que solían aparecerse sin que nadie los evocara: no se pierde en tres semanas una costumbre de tres años. A cada ruido exterior, ladrido de perro, relincho de caballo o voz de hombre, aguzaba yo el oído y sentíame rebullir mi compañero de cuarto, con asombro de mi agitación.

—¿Se siente usted mal?—me preguntó por fin.

—No: ¿por qué?—le respondí.

—Como le siento a usted desvelado e inquieto...

—Tardo mucho en dormirme, por costumbre—le respondí, recordando que estaba en tierra de España, exenta entonces todavía de los azarosos desastres de las fratricidas luchas civiles.

Mi huésped me aconsejó que me entregara tranquilamente al reposo, porque allí no sucedía nada; y si no es por tener encerrados a sus negros, hubiéramos podido dormir con las puertas abiertas. Concluimos, en fin, por dormirnos; pero a poco más de la media noche me despertó mi huésped, diciéndome que escuchara y le explicara, si podía, el extraño rumor que por el cuarto donde dormía Agustín Aynslie resonaba, turbando el sueño de los moradores de la casa.

Escuché yo con atención, y le dije:

—No es nada; es Agustín que duerme.

—¿Cómo que duerme!—exclamó asombrado.—Si parece que anda a trompís con seis ingleses.

—Pues así duerme, y por eso le dije a usted que le aposentara lejos de todos.

—Pero ¿cómo demonios duerme, para armar toda esa batahola?

—Pues duerme dando gritos y puñetazos en las paredes. ¿Quiere usted verlo?

Encendió luz mi hospedador, cubrimonos y fuimos al cuarto de Aynslie. Ni se despertó, ni se apercibió de nuestra entrada en él; pero dormía en silencio.

—Deje usted la luz en un rincón—dije a mi compañero—y esperemos un poco.

Agustín dormía boca arriba, con un pañuelo atado fuertemente a la cabeza y con los brazos desnudos fuera de las ropas. Al cabo de unos minutos dió un gran puñetazo en la pared, en la cual tenía apoyado su catre, y empezó a decir a gritos, acompañando sus palabras con puñadas y talonazos en la pared:

—¡Si digo yo bien que son ustedes unos holgazanes y unos para nada! ¡Si cuando no está aquí mi padre creen ustedes, como él, que no soy yo aquí nadie! Pero, ¡voto a... (y lo echaba redondo) que al que se me rebelde le hundo el esternón de un puñetazo! ¡Arriba esa caldera! ¡Abajo esa cadena! ¡Fuera todo el mundo! ¡Brutos, imbéciles! Y sus gritos y sus puñetazos estremecían la pared, y el capataz estaba escuchando por fuera de la ventana, y los perros se desgañaban en el corredor, y la negra se asomaba a sus rejas sin concebir lo que pasaba. Desperté yo a Agustín, quien, contemplándonos azorado, nos preguntó qué qué sucedía; y cuando yo le dije que metía un insupportable ruido, volvió a acostarse diciendo:

—Pues no escuchar, o aguantarse. Así dormía Agustín Aynslie, y así dormía su padre, pero dormían así cuando dormían solos; a Agustín le ponían por compañero de cama a un hermanito de cinco años, y dormía tranquilo, como su padre con su mujer; de cuyo fenómeno no me ocupé nunca, porque me acostumbre a él, ni de él pudo darse razón Calvo cuando yo se lo hice ver. Porque mi hospedador, el propietario del cafetal, no era otro que el opulento banquero D. Manuel Calvo; de quien yo, que jamás me he metido en la vida ajena, no supe allí ni la riqueza, ni la importancia, ni la influencia que en la Isla y con sus autoridades ejercía; túvele siempre por un vascongado rico, y agradecíle su hospitalidad en el campo por el mayor número de horas tranquilas que para trabajar me procuró en él; y de verme trabajar doce horas en aquel clima, sé yo que anduvo tan asombrado como satisfecho, y que por ello me tuvo y aún me tiene en estimación.

Tal era mi aislamiento y lo absurdo que mis pensamientos me traían; No pensé allí más que en trabajar para sacar pronto a Portilla y a Aynslie de aquella Isla, en donde temía verles morir como a Cagigas.

XXVII

Cayó muy en gracia Agustín al capitán general y a Calvo, y no le hubiera ido mal si se hubiera quedado en Cuba; pero tenía cosas tan chistosas para ellos, como enojosas para mí.

Los señores Bustamante, Romero y Compañía, me abrieron un crédito en su caja, y Aynslie corría con mis cobros y pagos en la impresión del solo libro que en la Habana di a luz; tenía, pues, que ir continuamente a la ciudad, pero le tenía expresamente prohibido quedarse en ella de noche. Sabía yo muy bien que si en la ciudad se quedaba alguna, no dejaría de ir a baile o broma, en los cuales concluiría infaliblemente por cometer tres o cuatro excesos, de los cuales me amedrentaban las consecuencias. Teníale yo prevenido que tratara bien y ayudara a los mejicanos que hallara en la isla; porque habiendo yo recibido tan simpática hospitalidad en Méjico, me creía obligado a probarles en mi tierra mi gratitud; pero quería yo hablar de los mejicanos emigrados por causas políticas o faltos de fortuna. Un jueves salió del cafetal con pruebas y encargos para la imprenta, y esperábele para comer al caer la noche. Anocheció, pasaron las ocho, las nueve, las doce; amaneció el viernes, pasó su mañana, llegó la tarde, y mi Agustín no parecía; el sábado, por fin, vino con Calvo en el tilburi. Reconvínelo por su tardanza, y me respondió muy satisfecho:

—¿No me ha dicho usted que debíamos portarnos muy bien con los mejicanos que aquí halláramos?

—Sí.

—Pues he dejado a usted bien, obsequiando a tres que se han embarcado esta maña-

na. Les invité a comer en nombre de usted, les llevé al teatro y fuimos el viernes a ver todo lo que hallé digno de verse, y nos amaneció cenando.

—Ya. ¿Y usted pagó todos los gastos?

—Por supuesto.

—¿Y cuánto ha gastado usted en ello?

—Diez onzas y media.

—¿Y quiénes eran los mejicanos?

Y me nombró a un comerciante rico, a un hacendado y a un general, los cuales tomarían probablemente a fanfarronada mía semejantes obsequios, siendo ellos mucho más ricos que yo, y no habiendo tenido conmigo en Méjico más que relaciones pasajeras de sociedad que a nada obligan, ni aún a cultivarlas.

Determinó el capitán general, don José de la Concha, hacerme una distinción para probar públicamente la honra que quería dispensar al poeta, y anunció que iría al cafetal a cazar y a pasar tres días en mi compañía. Previneme, en consecuencia, de buenos caballos, armas y todo lo necesario. Salimos a recibir al general, que vino en una volante de tres caballos; extraño, pero lujosísimo, vehículo, que se llama *un trio*; tomamos los dos lados del carruaje Agustín y yo, jinetes en dos magníficos caballos, y al apereibir la calzada, cerrada con una barrera, hice una seña a Agustín, quien, con la destreza incomparable del jinete mejicano, tendió su caballo a escape, saltó la valla, recorrió el cerrojo que estaba cerca de la tierra colgándose de la silla, abrió la barrera arrastrando de costado su montura, y quedó sombrero en mano aguardando el paso del general; admiró éste la arriesgada suerte, que asombró a la escolta y me dió a mí esperanza de que Agustín me dejaría bien en aquella expedición.

Pero, ¡ay de mí!, llegamos a un cafetal vecino al de Calvo, donde nos tenían prepara-

do entre dos lagunas un tiro de patos salvajes. Colocámonos a un lado, en el terreno que ambas lagunas separaba; el general en el centro; su jefe de Estado Mayor, que era un tirador de primera fuerza, a su derecha; yo, a su izquierda, y Agustín, a la derecha del jefe de Estado Mayor.

Los patos estaban en la laguna derecha; los ojeadores debían levantar la bandada, que al pasar a la izquierda pasaría sobre nosotros, proporcionándonos un tiro bien aprovechado, aunque se desbandara después de él. Así fué; levantóse la banda, ojeada por la derecha, y se dirigió compacta a buscar el agua de la izquierda; previnimos todos los cazadores a tirar inmediatamente después del tiro de honor, que pertenecía al general, y dejamos venir los patos; pero mi Agustín, que se vió el primero de la derecha, sin curarse de respetos ni categorías, hace fuego antes de tenerlos a tiro, yerra, dispersa la banda y nos deja sin caza, y al general Concha y a Calvo riéndose a carcajadas, al jefe de Estado Mayor absorto de tan torpe falta, y a mí con intenciones de darle un culatazo en la cabeza.

Tal era mi buen Agustín Aynslie, cuyas torpezas y excentricidades divertían tanto al general Concha y a Calvo, como a mí me hacían temblar o desesperarme, y tales fueron mis negocios en la isla de Cuba.

XXVIII

Ni la cordial hospitalidad de Calvo en su salubre y pintoresco cafetal, ni la honra y la distracción que en él me procuró la presencia del marqués de la Habana, ni la cariñosa amistad del malogrado y caballeroso Isidro Lira, ni la protección generosa de los Bustamante, Romero y Compañía, ni las esperanzas que ventajosas propuestas de amigos debieron infundirme para el porvenir, lograron disuadirme de mi determinación de

abandonar la isla de Cuba sin visitar sus poblaciones, en las cuales mis lecturas y mis trabajos debían procurarme honra y lucro legalmente adquiridos. Una carta recibida de Francia el día de la partida del marqués y de Calvo de la finca de éste, concluyó de aislar a la sociedad, dejándome sobre la tierra solo y sin afección alguna de corazón, amarrado a un lazo que Dios sólo podía romper y cargado con las deudas de mi casa. Nada me ligaba ya por amor a la raza humana, nada me interesaba ya por cariño en el universo, nada me retenía apegado a la vida, y la más completa indiferencia por ella y por mi reputación enfrió mi espíritu, entorpeció mi inteligencia y comenzó a nulificar mi personalidad.

Quise, y lo intenté mil veces, continuar y concluir el libro que había empezado a publicar; pero mi cerebro estaba vacío de ideas y roto el molde en el cual hasta entonces había forjado tantos versos con mis palabras. Gastado, empuñecido, reducido a mí mismo en estrechísimo círculo social, concluí por cobrar aversión a mis versos y a mi pasado; y deseoso de librarme de los que por mí bien se interesaban, sin cuidarme de mi deber ni de mi fama, volví con Aynslie a la capital, le mandé que preparara los equipajes, me despedí de los marqueses de la Habana y anuncié a los Bustamante y Romero el 13 de marzo del 59, que en su viaje del 16 partiría con su vapor *Méjico* para aquella República.

Aquellos buenos amigos respetaron mi tristeza y no se empeñaron en aconsejarme ni en disuadirme, sino en extender su protección sobre mí hasta el otro lado del golfo, adonde me llevaban razones que no se metieron a juzgar; y poniendo a mi disposición su buque, me nombraron su agente en Méjico, me autorizaron a plantear allí la empresa que Cagigas había concebido, me abrieron crédito para cimentarla, y subviniendo a todos mis gastos y colmándome de atenciones y deferencias, se ofrecieron a acompañarme y a instalarme en su buque el día de la partida.

Calvo, con aquella inalterable serenidad que formaba la base de su carácter, con aquella sobriedad de palabras con que trataba los negocios, y viendo sin duda, con su sentido práctico, que yo era un loco inútil para los que en el mundo producen algo, me dió a mí un cordial abrazo y un paquete de onzas para nuestro viaje a Agustín Aynslie. Hosc, huraño, sombrío y absorto en mis negros pensamientos, me preparé a salir de Cuba sin despedirme de nadie, como había venido a nadie sin anunciarme; pero había un personaje de quien no podía partir sin despedirme y pagarle su cuenta: Porzio.

He dicho que Porzio tenía una sastrería; pero a mí se me metió en el magín que Porzio era sastre, como el rey Don Sebastián de mi *Traidor, inconfeso y mártir*, era pasteleiro en Madrigal, para no parecer lo que era, o para esperar volver a ser lo que de ser había dejado al aparecer al frente de su establecimiento. Porzio era el tipo de la elegancia y el alma del buen tono en la Habana: su porte y sus costumbres eran fastuosas; su cuerpo delgado, nervioso y flexible, sus manos de piel cuidadísima, de luengos y afilados dedos y de uñas largas y acanaladas, su aplomo cortés y sus desembarazados modales y movimientos, acusaban al hombre bien nacido y bien educado, a quien algún día podría muy bien venir a sacar de su establecimiento una carroza de cuatro caballos para llevarle a un palacio de su propiedad, en medio del asombro de sus dependientes y de la envidia de los que por superiores suyos se habían hasta allí juzgado. Conocía yo muchos italianos, a quienes la situación política de su país había arrojado de los hoteles y en los teatros extranjeros desde sus solariegos y blasonados castillos. Recuerdo a un Spontoni o Spontini, quien después de haber cantado en los teatros de los Estados Unidos y en el de Méjico, rompió un día su escritura, hizo cinco o seis meses una vida oscura y misteriosa, entregado a un trabajo intelectual, y al llegar un nuevo embajador de Italia se presentó con él en la recepción del Presidente con un soberbio uniforme cargado de

condecoraciones; y una idea de esta especie era la que yo de Porzio me había forjado, sin más razón acaso que por mi costumbre de poetizar y elevar a fantástico cuanto natural y sencillo por ante mis ojos pasaba. Porzio me dió y cobró su cuenta; preguntóme cuándo partía, anunciéme sencillamente que me enviaría un recuerdo, que esperaba que yo aceptaría. Ofrecíselo, agradecímelo, despedímonos y no se quitó del balcón hasta que, al volver yo la esquina de la calle, me envió desde él el último besamanos.

El 16, a las cinco de la tarde, me despedí de Portilla y de su familia en el muelle, los cuales debían embarcarse el 20 para Nueva York, y Bustamante y Romero me acompañaron a bordo, me instalaron con Aynslie en un camarote de preferencia, dieron orden al capitán de llevar el buque a las mías para desembarcar en Veracruz, en Tampico o donde más me conviniera, y me presentó a cuatro generales mejicanos que volvían a su patria fiados en volver a entrar en su capital con el presidente Miramón, que bajaba a sitiar a Juárez en Veracruz, de cuya rendición no tenían duda.

Hervía la caldera, rugía el vapor en las entrañas del buque, y los marineros recogían el ancla, enrollando sus cadenas en el torniquete. Bustamante y Romero me abrazaron con la cordial efusión de dos hermanos y se volvieron al bote; cuando atracaba éste al muelle, el *Méjico* doblaba el Morro, dejando tras sí un penacho de humo en el viento y un largo rastro de espuma en el mar; y en el de las Antillas nos engolfamos, cercados y deslumbrados por la roja luz de incendio de un sol poniente, que parecía una aurora boreal.

XXIX

El capitán del *Méjico* nos sirvió una opípara cena; me colocó a su derecha en la mesa, y a mi lado y a su izquierda a los cuatro generales mejicanos; que eran el ex presidente Rómulo Díaz de la Vega, el general Wolf, francés de origen, el ministro de la Guerra, Severo del Castillo, y el cuarto un hombre de agudo ingenio, vista de lince y previsión jamás adormecida, cuyo nombre flota y se me escapa entre la niebla de mis recuerdos. Conocía yo a Rómulo Vega y a Wolf, y deseaba conocer a Severo del Castillo, uno de los hombres más honrados y de más firme carácter que en aquellos tiempos de revueltas habían siempre hecho un papel digno entre aquella política de odios y venganzas civiles; en las cuales cada cual obra como más conviene a su ambición y a su interés, con mengua casi siempre de la dignidad y de la honra. Severo del Castillo no tenía mancha de oro ni de sangre en sus manos, ni tacha de tornadizo en su historia, ni roedor de villanía en su conciencia. Desterrado en la isla de Caballos, había estado muchas semanas entre las garras de la muerte a causa de una enfermedad contraída en aquel mortífero clima; pero ni por debilidad de espíritu ni de cuerpo había pedido perdón, ni abdicado de sus convicciones. Una noche se escapó al fin de aquella verruga de arena, rompiendo el círculo de agua que amenazaba tragársele; emigró, y volvía a su patria sin rencor por lo pasado ni ansias de venganza para el porvenir. Sus enemigos le hacían justicia, aunque con excesivo rigor le trataron; y la de Severo del Castillo es una de las figuras más nobles, más dignas de respeto y de más luminosos contornos que aparecen en el bigarrado cuadro de la historia de los diez años que yo conozco de aquella tierra, tan bien dotada por Dios cuanto mal tratada por los hombres.

Rómulo Díaz de la Vega, sin pretensiones de eminencia ni notabilidad, era un puntoneroso militar que, opuesto siempre a los partidos extremos, había pertenecido al moderado; y elegido presidente de un pronunciamiento contra los excesos del partido exaltado, se había batido por lo que él creía principio religioso y deber de conciencia, habiendo salido de su presidencia y de aquellas revueltas tan sobrado de honra como

escaso de dineros: cosa no común en ningún país en tiempos de guerra civil. Sencillo, alegre, cuidadoso de su persona y admirador de la creación en las criaturas del bello sexo, tenía algo del difunto rey de Italia Víctor Manuel; en su individuo, por su corpulencia y vigor; en su fisonomía por su peinado, bigote y perilla, y en su espíritu por su debilidad por las mujeres. Jesucristo dijo de la Magdalena que mucho la sería perdonado porque había amado mucho, y yo digo del rey Don Alfonso VI en mi leyenda del Cid:

«Suprimo el tercer defecto
de que la historia le acusa,
y es que le gustan las hembras,
lo que para mí no es culpa.»

Rómulo Vega, como militar, como amigo y como compañero, era uno de los más agradables y simpáticos con quienes mi buena suerte me ha hecho tropezar en mi vagabunda existencia.

El general Wolf era un lorenés o normando del mejor humor del mundo, con todo lo bueno del francés *pur sang*, con todo lo alegre e imprevisor del americano de raza española, y con toda la verbosidad franca del andaluz. Instruido, sin pretensiones; bien educado a pesar de la larga vida del campamento; buen latino y ávido lector, era de chistosísima conversación, de aristocráticos modales y de amenísima compañía. Dotado de gran memoria, metía su cuarto a espadas, cuando al caso venía, en historia, en geografía, en artes y en ciencias, sin pretensión ni petulancia alguna, pero con juicio muy recto y sin dar jamás una pifia; era, en fin, el francés menos francés fuera de su patria, pero dispuesto siempre a colocarse al pie de su pabellón en cuestión seriamente nacional.

Con estos compañeros cruzaba yo por segunda vez las aguas del Golfo de Méjico con rumbo a Veracruz. El capitán del buque, a quien sus propietarios me habían recomendado como quienes me tenían por una eminencia, me admiraban como una celebridad y me querían como a un hermano mimado, les había dado a entender que en el buque no se haría más que lo que yo dispusiera; y ellos, que habían visto en la Habana las atenciones de que me habían colmado personas como el capitán general y Calvo, habían comprendido, a pesar de mi voluntaria nulificación en Méjico, que yo era por algo estimado en mi patria, y aún sospecharon si volvería a la suya con alguna comisión de más importancia que los versos, de los cuales no les parecía yo muy pagado. Intimamos, pues, unos con otros; ayudados por un Sillery muy espumoso que nos servía el capitán por orden de sus armadores, y enteraronme de sus planes y sus esperanzas en la bajada de Miramón a Veracruz, que ya creían por él, o al menos sitiada en regla y a punto y en la necesidad de rendirse.

Aquí concluyen mis RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO, porque en aquella época concluyó el de mi poesía con el de mi juventud; tenía ya cuarenta y dos años, de los cuales llevaba veintidós perdidos inútilmente en llenar de versos cuarenta tomos, inútiles a mi fortuna y al progreso de la humanidad. Podría aplicarse a la colección de mis obras el título de aquella comedia de Shakespeare *Mucho ruido para nada*: yo había metido mucho ruido, que de nada había servido a nadie. Réstame, sin embargo, añadir una media docena de números sobre algunos sucesos de mi tiempo, que completen y den algo más de interés a estas personales memorias mías: diciendo cuatro palabras de la Embajada de don Joaquín Francisco Pacheco a Méjico, de la expedición de Prim con la intervención francesa y del breve imperio de Maximiliano, antes de venir a morir a mi patria; en la cual tengo para mí que es justo que me entierren con decencia, como dice mi desatinado Don Juan Tenorio.

APÉNDICES

I

Arribamos a Veracruz el 22 o 23 de marzo. Los generales mejicanos buscaban con el apoyo del capitán y con mi «Dollong» las tiendas de Miramón ante la ciudad; pero ni sombra de hombre aparecía sobre el estéril y monótono arenal de los médanos veracruzanos; todo era calma y soledad en torno de la primera ciudad fundada por Hernán Cortés en las playas del Nuevo Mundo. Juárez dominaba todavía en ella y, o no había aún bajado Miramón, o había sido rechazado. Rómulo Vega y sus compañeros temían tener que volverse a Cuba si lo segundo había acontecido, y no podían desembarcar para entregarse como conejos desperdigados en manos de los juaristas, ni yo podía por ellos detener el buque indefinidamente ante Veracruz. Era forzoso tomar lenguas y saber a qué atenerse: enviarnos, pues, a tierra a Agustín Aynslie con los demás viajeros, como a persona que, insignificante en política y conocida en Méjico, nada tenía por qué temer. Hasta la puesta del sol permaneció en la ciudad, y ya por él comenzábamos a inquietarnos, cuando en el bote de un buque inglés volvió a bordo del *Méjico*: los ingleses, los catalanes, los jesuítas y los masones se reconocen y ayudan en todas partes: Aynslie se había encontrado con un capitán Mac-Intosh, su paisano, y tornaba trayendo en el bote que nos le devolvía una docena de frascos de aquella cerveza superior de Edimburgo, tan espiritosa y tan cara como el Jerez; y la rubicundez de sus mejillas, y lo encandilado de sus ojos, probaban que en su estómago fermentaba el líquido de la botella que completaba el número trece de la docena del fraile.

Aynslie bebía, pero no se embriagaba; volvía satisfecho de volver bajo el pabellón de Inglaterra y de saber lo que en tierra nos esperaba, que no era, en verdad, muy satisfactorio.

Juárez sabía que Miramón acampaba ya en La Soledad; que los cuatro generales del *Méjico* volvían para unirse con él; y estaba persuadido de que yo, como había ayudado cuatro meses antes a escaparse de Veracruz al difunto Cagigas, iba a ayudar ahora a sus enemigos a desembarcarse en la costa, en algún bote del barco que a mis órdenes venía; por cuyas dos fechorías me enviaba a advertir con Aynslie que si desembarcaba en Veracruz, tendrían el disgusto de mandarme fusilar como amparador de traidores.

Mis lectores conocen mi inocencia inconsciente en ambos hechos; pero yo me guardé bien de intentar sincerarme con el presidente indio de Veracruz, queriendo sobre todo evitarle el disgusto de tener que cumplirme su palabra.

Quedámonos, pues, todos a bordo del *Méjico* aquella noche, y a las cuatro de la tarde del siguiente día, vimos jinetear por la playa los exploradores de la vanguardia de Miramón, mandados por un oficial superior que inmediatamente cambió señales de correspondencia con los generales que de la Habana volvían.

Al cerrar la noche, me dijo Rómulo Vega:

—Dispóngase usted a desembarcar; Miramón va a enviarnos una canoa.

—No puedo—le respondí—; sería un acto de adhesión a un partido, y no puedo mezclarme en la política de este país; yo nada significo en él.

—¿Vuelve usted, pues, a la Habana?

—No: estoy obligado a subir a Méjico.

—¿Va usted a desembarcar en Tampico?

—Tampoco; me quedaré en uno de los buques de guerra españoles aquí estacionados

hasta que pueda tomar tierra por Boca del Río; y flanqueando por detrás del campamento de Miramón, tomaré a caballo el camino de Orizaba.

—Es una mala idea, mi querido poeta—exclamó el general, después de un momento de reflexión—; o cae usted en manos de los *mañosos* antes de pasar el *Chiquiruite*, si Miramón toma a Veracruz, o cae usted en las de los jarochos si levanta el sitio; y los jarochos le traerán otra vez ante Juárez, que no olvidará su promesa.

Yo me las compondré para llegar a Méjico, general.

Insistió y resistí; adhirióse a su opinión Wolf, Castillo y su compañero; pero en la oscuridad de las primeras horas nocturnas desembarcaron sin mí, y Aynslie y yo pasamos con nuestros equipajes a bordo de la *Berenguela*, cuyo comandante, don Juan Topete, nos recibió en su fragata, en la cual mantenía la más rigurosa disciplina, alojándome a mí en su cámara, tan coquetamente amueblada como el tocador de una duquesa, sólo que sus alfileres y sus horquillas eran bayonetas, sables y hachas de abordaje. El *Méjico* levó anclas y zarpó para Tampico a la media noche, y al día siguiente nos preparamos a presenciar el bombardeo de Veracruz. Pero pasó aquel día, y trascurrió el segundo, y amaneció el tercero, y no podíamos explicarnos la inmovilidad del campamento y el silencio de los cañones de Miramón, cuya inmovilidad y silencio veían los juaristas tan asombrados como nosotros, pero recelosos ellos de alguna estratagema que no podían adivinar.

Estableció Miramón su cuartel general en Medellín y sus avanzadas en Casa-Mata: nosotros veíamos con nuestros anteojos aquella parte de su campamento, en la cual varios generales no cesaban de dirigir los suyos sobre el mar, y comprendimos que esperaban por él algo que por él no aparecía. Los juaristas tenían a Veracruz rodeada de fosos, trampas, empalizadas y caballos de Frisa, y tranquilos o inquietos, estaban en silenciosa expectativa, resueltos a ver venir lo único que venirles debía, los proyectiles de los cañones de Miramón, que no levantaba sus baterías.

Al cuarto día supimos por un pescador que lo que levantaba era su campo, y al caer la tarde vimos, efectivamente, retirarse de la Casa-Mata sus avanzadas.

Sin comprender nada de la incomprensible conducta del general mejicano, y comprendiendo que el recelo de alguna rara estratagema, de que Miramón era muy capaz, iba a mantener a los absortos juaristas al abrigo de sus murallas hasta estar seguro de las intenciones de su enemigo, me dispuse a tomar tierra por Boca del Río y a alcanzar la refaguardia de Miramón, antes de que los veracruzanos volviesen a ocupar a Medellín.

Aynslie tenía ajustada, y a vista de la *Berenguela*, una barca pescadora; tomamos en un caso de mano los papeles y lo estrictamente necesario, y encomendé al comandante de la *Isabel la Católica*, don Tomás Hacha, que había conocido a mi padre, los tres baúles en que consistía nuestro equipaje. En ellos apareció, y con ellos quedó para siempre perdido, el envoltorio del regalo del elegante Porzio; contenía tres trajes de verano de tela Nankin y uno completo de montar, tras de cuya casaca de terciopelo morado con botonadura de plata, se me fueron un instante los ojos, por más que no haya sido yo nunca extremado en el vestir.

Y sea dicho de paso, y de epitafio sirva de aquel descuartizado equipaje: Hacha se lo dejó a Montojo, capitán de no recuerdo qué bergantín español; Montojo a Marivault, comandante del *Lucifer*; éste a otro que en aquellas aguas relevó su bergantín, hasta que, perdida la memoria de a quienes perteneciesen, se pudrieron los cueros de mis baúles en las bodegas, se escaparon por sus boquetes las averiadas prendas, y joyas, ropas, retratos, memorias y manuscritos, quedando sólo los cuatro primeros capítulos de mis *Dos escondidos y una tapada*, que fueron a parar no sé cómo a manos de mi hospedador en

la Habana don Manuel Calvo, de quien hoy los espero para concluirlos y publicarlos, si encuentro editor que me los quiera imprimir.

Dejando todo esto en el mar tras de nosotros, y después de despedirnos de Hacha, Topete, Montojo y Marivault, de quienes conservaré siempre el más agradable recuerdo, nos echamos a media noche Agustín y yo en la barca por aquél retenida para ambos; pero con asombro suyo y no poco disgusto mío, la encontramos ya ocupada por dos silenciosos personajes que habían resuelto por sí y ante sí ser nuestros compañeros de viaje. El tiempo, el lugar y el caso no eran para andar sin saber con quién: interpele, pues, a los intrusos y al barquero, y resultó que uno era pariente de Bustamante y propietario en Puebla, y el otro español de categoría, recomendado a la casa de su pariente de la Habana por el arzobispo de Méjico, Labastida. Pasé por el primo de Bustamante, a quien vivo aún hondamente agradecido; pero no me pasaba del gznate el recomendado del inquieto arzobispo, hacia quien no me arrastró nunca la más mínima simpatía; apeché, sin embargo, con ambos y nos hicimos a la mar.

Aynsle nos dejó en una hacienda cuyo nombre he olvidado, y se metió tierra adentro hasta Medellín, de donde no volvió hasta las cuatro de la tarde.

—Pronto—nos dijo—, vámonos de aquí. Traigo un carricoche que no nos cuesta más que seis mil reales hasta La Soledad, cinco leguas, al cabo de las cuales, si no damos con los jarochos o con los juaristas, daremos con Miramón, que vuelve a Méjico, único modo de que llegemos nosotros.

Cogimos nuestros sacos; nos empaquetamos en el fementido carricoche, que en una revuelta del camino nos esperaba, y atravesando el chaparral para no entrar en Medellín, llegamos a la orilla izquierda del río de este nombre, al tiempo mismo que treinta juaristas al mando de un capitán se metían en su vado por la orilla derecha; iban a tomar posesión en nombre de Juárez de aquella villa mejicana, homónima de la extremeña. Por perdidos nos dimos, y sólo de sus sospechas nos libertamos porque no pudo ocurrirles que no fuéramos amigos y del país, hallándonos en él veinticuatro horas después de la retirada de Miramón. A Veracruz creyeron que íbamos, y allá les dejamos creer que nos dirígamos; pero en cuanto salimos del río por sus opuestas orillas, doblamos a la izquierda, y con tanto placer cuanto había sido el miedo al verlos, les perdimos y nos perdieron de vista. El carruaje era detestable, lo que llaman allí un *quayín*, como quien dice, un rompecabezas; pero los cinco caballos que lo arrastraban tenían más aliento que estampa. Nos sacaron del arenoso chaparral más pronto de lo que creímos, aunque no tan pronto como deseábamos, y a las dos de la mañana nos metimos, alarmándole, en el campo de Miramón, donde fuimos reconocidos con sorpresa y recibidos con júbilo por los generales del Méjico.

II

Cuatro palabras más de necesaria explicación. Miramón había salido de Méjico casi solo; su gente y su artillería la había escalonado y recogido por Puebla, San Martín, Aculcingo, Orizaba y Córdoba; la expedición había sido aprestada sagaz y secretamente. Una empresa yankee de Nueva Orleans, con quien había hecho un empréstito y un contrato, debía de fondear en Veracruz frente a Casamata, con dinero, municiones y proyectiles, el mismo día que él levantara sus tiendas en aquellos médanos; Miramón cumplió con escrupulosa exactitud y esperó cuatro días a los yankees, que le faltaron. Sus soldados llevaban municiones para sus fusiles, pero vacíos y mudos sus cañones.

He aquí el misterio de su repentina aparición y desaparición de Veracruz. Lo que pudo ser una maniobra estratégica que le honrara a coronarla el éxito, pareció un exceso

de loca y temeraria imprevisión por ajena falta, pues sobre él caía la responsabilidad de la torpeza o mala fe yankee.

Nuestro *guayín* era el peor de los tres carruajes que pertenecían a un mi *homónimo* vecino de Medellín, quien había alquilado los otros dos a los generales mis compañeros de navegación para subir hasta Córdoba, donde podrían procurarse caballos; y aunque Agustín Aynslie se guardó muy bien de decir al Zorrilla de Medellín para quién le pedía su tercer carruaje, no podía escaparse a la perspicacia de aquél quienes podían ser los que para ir a La Soledad le necesitaban: de aquí el precio, trescientos duros por cinco leguas; dióselos Agustín en onzas; pero como buen escocés taimado, diciendo para sí: «Que me vea yo contigo en La Soledad, que allí te ajustaré la cuenta.»

Y cuando al amanecer, y al levantar el campo, el conductor quiso volverse a Medellín con su carricoche, díjole Agustín, revólver en mano:

—No, amigo; por trescientos duros hay que llevarnos hasta Orizaba, o se volverá usted sin el carruaje a decir al Zorrilla de Medellín que yo no puedo permitir que deje tirado en mitad del camino a su paisano el Zorrilla del *Don Juan Tenorio*. Cuya forzosa hecha por Agustín, ignore yo hasta que nos hallamos en Orizaba.

III

No sé en qué revista o periódico militar he hecho ya la narración de esta retirada; de la cual, por no decir a mis lectores cosa de que ya pueden tener noticia, y porque a nadie parezca que intento dármele de valiente, diré sólo lo que esté en mi conciencia no haber ya dicho.

Subimos hasta Córdoba observados y picados por los jinetes jarochos, que nos mataban algún rezagado o desperdigado, a cada encreñada o recodo arbolado donde podían tirar y huir; y por la noche no podíamos encender fuegos en nuestro campo, atrincherado con los carros y furgones de los bagajes, porque sus buenos tiradores metían sus balas en nuestras hogueras, a veces a través de los cuerpos cuyas siluetas sobre su llama se dibujaban. En los tan fragosos como poéticos desfiladeros del *Chiquihuite*, se dió uno de esos ejemplos maravillosos de empeño y tenacidad que suplen la táctica y la pericia militar, y pasaron por sobre el lecho de los torrentes y barrancos secos, cuyos puentes habían sido destruidos, los carros, las ambulancias y los cañones, en medio de la algazara y la broma entre las cuales apecha con la vida la gente de nuestra raza. Las mulas de los furgones, las acémilas menores de los bagajeros, y hasta los caballos de los soldados, de los oficiales y de los jefes, arrastraron y desembarrancaron, a fuerza de gritos, bullas y carcajadas, las pesadas cureñas de las bocas de fuego y los vehículos cargados hasta el exceso: todo pasó y se puso a salvo en la cima de aquel inmenso peñasal, cuyo cono profundo y áspero como el centro del volcán, cubre la naturaleza de tan lujuriosa vegetación, de tal profusión de clemátidas y campánulas y de toda suerte de floridas enredaderas y plantas trepadoras, que parece un canastillo de flores preparado por los Titanes, que es lo que significa su nombre de *El Chiquihuite*: el canastillo.

En Orizaba nos esperaban las fuerzas de Robles Pezuela y de Pepe Cobos, de quienes voy a hacer una breve mención. Del primero se aseguraba que pertenecía a la noble y conocida familia de los Chestes y de los Viluma, y por su valer y caballerosidad hubiera podido honrar a la regia estirpe más generosa. El general mejicano Robles Pezuela, hombre de aristocráticos modales, esmerada educación, de instrucción e ilustración nada vulgares y de costumbres fastuosas, era un buen militar, y hubiera sido, a vivir, un hombre de Estado muy útil a su patria en las azarosas circunstancias a que lo arras-

traron el desorden posterior de sus Gobiernos y los azares de la extranjera intervención. Tenía una gallarda cabeza y una simpática fisonomía, varonilmente colocadas sobre un enorme busto, porque era excesivamente grueso, y obligado a andar estrechamente fajado, lo cual no le impedía ser un ágil cabalgador. En la mesa era un alegre comensal y un diestro trinchador: son las dos cualidades de las gentes de buena compañía; sabía a un tiempo comer bien y hablar mejor, pudiendo decirse de él lo que Don Quijote en casa de los duques de Villa-Hermosa, que donde él se sentaba estaba la cabecera. El capitán general, marqués de la Habana, y los generales mejicanos que conmigo navegaron en el *Méjico*, de los Bustamante, le creían ya Presidente de la República, o abogado necesariamente a serlo por renuncia o destitución de Miramón; llevaba yo pliegos para él, en este supuesto, y esperábamos de su administración y de su afinidad con los españoles un cambio muy favorable a nuestra convención y a nuestros asuntos en aquel tan privilegiado como desgobernado país. A él debimos el no ser detenidos indefinidamente en Aculeingo por Ampudia Carvajal y otros guerrilleros en sus tajos atrincheros, de los cuales les desalojó Robles flanqueando su formidable posición. Mucho de él se esperaba, y él no poco se prometía para el porvenir; pero al desembarcar el ejército interventor en las playas de Veracruz, cayó impensadamente en manos de los juaristas, que le fusilaron sobre el terreno. ¡Lamentable ejemplo de los excesos de las guerras civiles, en las cuales muere a veces como un malhechor el más ilustre y cumplido caballero! Lloráronle muchos, y muchos le echaron de menos más tarde; con él me unieron ligerísimos lazos de amistad, y con él traté sólo en dos ocasiones por las cartas de las cuales para él me había encargado; pero lo profundo de sus miras, lo justo de sus apreciaciones y la sagaz perspicacia de que en aquellas dos pláticas me dió pruebas, me hicieron sentir su muerte y me hacen hoy recordarle como una de las más nobles figuras que se destacan en el confuso cuadro de mis enmarañados recuerdos.

Pepe Cobos era español, de las montañas de Santander. Él y su hermano Marcelino, habían ido a Cuba a buscar fortuna en el comercio; ¡maldita idea de aquellas provincias de la emigración a América! El comercio honrado necesita mucho tiempo para enriquecer, y la prosperidad rápida de la especulación necesita mucho dinero, actividad incansable y una integridad algo problemática. Los hermanos Cobos querían, sin duda, avanzar más aprisa que el tiempo; y mal avenidos con la monótona tarea del mostrador y el *carpet* de cuentas, pasáronse de un establecimiento de la Habana al servicio de una hacienda de los alrededores de Puebla. La inquietud del país, trabajado entonces por numerosas partidas de pronunciados, el instinto batallador de su sangre española y la esperanza de hacer fortuna, echaron al fin al campo a los Cobos, que eran astutos como santanderinos y valientes como montañeses. Adheridos, naturalmente, al partido de Religión y Fueros, que era el más favorable a los españoles y el de más afinidad con sus creencias católicas, se creyeron en su derecho tomando parte activa en las contiendas de un país, donde aún andaban en tela de juicio, si no ya los intereses de España, que había ya para siempre renunciado al de su dominación, los de cientos de españoles que nunca se habían convencido de que eran realmente extranjeros en aquella República. Cuando yo hice conocimiento con Pepe Cobos, era ya jefe de alta graduación, y se presentó en la hacienda de los Llanos, donde yo habitaba, reclamando un hermoso caballo cogido por él en acción a un jefe liberal, y cuyo caballo montaba ya una señora, a quien un tercero lo había vendido en quinientos duros. Reclamábalo asimismo su primitivo dueño, el jefe liberal, ya amnistiado; pero como en aquella hacienda habíamos ocultado a Cobos del otro, y al otro de Cobos, y no una, sino muchas veces, el gallardo bayodorado quedó libre del servicio de la guerra y en poder de la señora. Por aquel caballo fuimos amigos, y la verdad sea dicha, su deferencia para conmigo llegó a un extremo casi inconcebible

en el carácter que el vulgo le atribuía. Otro jefe juarista, con Cobos irreconciliable, fué más tarde sorprendido por éste en la hacienda; apenas si aquél y los suyos tuvieron tiempo de salvarse en la montaña a uña de caballo, y con varios suyos quedó su mujer en aquel caserío. La guerra estaba horriblemente envenenada; los odios de partido cegaban a los partidarios en sus venganzas. Cobos, ¡Dios le perdone tan mala ideal, pensó en apoderarse de aquella mujer, a quien los dueños de la casa habían encerrado en mi aposento al inesperado arribo de Cobos. Éste me pidió la llave de aquel cuarto, único que le quedaba por registrar; yo sentí en la cara el frío del miedo y de la vergüenza.

—¡Vamos!—exclamó Cobos, contraído el semblante y los ojos chispeantes de ira. Él era un hombre fornido, aunque pequeño, y yo he sido siempre débil y nunca hombre de pelea; él podía ahogarme entre sus brazos sin más esfuerzo que el necesario para ahogar a un pollo, y subí con él a mi cámara, que estaba en el piso alto de la casa. Llegados ante la puerta, saqué la llave de mi bolsillo y díjele cerrándole el paso:

—Aquí hay una mujer: ambos somos españoles; yo tendré algún día que escribir lo que aquí pase, y siempre habrá deshonra para alguien en mi relato; para mí sobre todo, o por no haberme dejado matar, o por no matar a un español que me deshonrará a mí al deshonrar a una mujer a quien ni uno ni otro conocemos.

Cobos no levantó los ojos; volvió en silencio la espalda, bajó cejijunto el caracol, y al entrar en el salón donde la familia y sus jefes nos esperaban, dijo:

—No hay nadie aquí; hemos llegado tarde; que toquen botasilla, y vámonos.

Con este español di yo en Orizaba; y en un retinto carey suyo que de mano llevaba, subí hasta Méjico, escoltado por su gente, con quien me dejó en Puebla en no muy agradable situación, de la cual salimos del modo que no sé dónde tengo seguridad de haber contado.

Tostados por el sol y el viento y embarrados hasta las cejas, llegamos Aynslie y yo a la Gran Thenostitlan de Moctezuma, donde a él no le esperaba su padre y a mí me aguardaba un coche para llevarme a la quinta que a dos leguas de Méjico poseía y habitaba la familia de mi hospedador, el propietario de los Llanos de Apam.

IV

Un caso curioso sobre mis propiedades literarias. Había yo dejado en la hacienda chica de aquél un caballo negro de mi propiedad, al cual el excesivo cuidado y la falta de ejercicio habían puesto tan gordo y pesado, que tardé tres horas en hacerle andar las quince mil varas que había entre la quinta y la ciudad, y que antes de mi partida a la Habana trotaba sin fatigarse en cincuenta minutos. Llegué por fin a mi hospedaje de la ciudad, y no había acabado de establar mi pobre caballo, y aún no había tenido tiempo de desembarazarme de las espuelas, cuando se me presentó un dependiente de una librería con una cuenta de trescientos y pico de pesos.

Era del librero que me había impreso hacía cuatro años el único libro que había allí dado a luz: un homenaje a Méjico, una especie de álbum en que consigné mis primeras impresiones. Creo haber dicho ya que la impresión de aquel libro, que se publicó por entregas, me la pagaron el conde de la Cortina, Manuel Madrid y el doctor Sanchiz, y de cuyas dos últimas no estaba satisfecho el importe, porque ni se habían pedido cuentas al editor librero de la venta de los tres mil ejemplares tirados, ni yo había pensado jamás pedírselas. Disgustóme, pues, que tal cuenta me presentaran, y tan apenas vuelto de mi viaje. Devolví su cuenta al dependiente, y díjele que mientras no exigiese yo cuentas de mis libros vendidos, no corría tanta prisa: que en cuanto me instalara y presentara los créditos que traía, arreglaría cuentas con la casa, y creí el asunto concluido.

¡Cuál fué mi asombro al recibir dos días después una cita judicial para celebrar juicio de conciliación sobre pago de aquella suma, aumentada con una mitad más! Registré mis cuentas de Méjico, que había tenido la precaución de no llevarme a Cuba; entreguélas a Agustín Aynslie, que tenía poder legal para representarme, y Aynslie formalizó mis cuentas con el librero, con sus recibos a la vista. Aynslie estaba muy ducho en tales negocios, gerente como había sido de la fundición de su padre; y en cuanto a las cuentas de libros, no ofrecen dificultad grande ni acarrean tampoco largas discusiones. O tantos ejemplares vendidos, o tantos ejemplares existentes. Allí había un cuadro de suscripción con 700 nombres inscritos de la ciudad, a 20 pesetas (que allí son cinco duros) por ejemplar, 2.500 duros; descontados los 500 pedidos por el librero en su presentada cuenta, Agustín demandaba 2.000 duros de los libros vendidos por suscripción, la cuenta de los enviados a los departamentos y la exhibición de la existencia en el almacén.

Agustín vino a contarme la escena del juicio, la mala cara que a su demanda habían puesto el librero y el juez, que era su amigo; la sentencia que éste había tenido que dar contra él, y la transacción que con éste había hecho Aynslie, sabiendo que yo no quería litigios. Di yo el asunto por zanjado, y me volví tranquilo a la hacienda en mi rechoncho caballo negro.

Cuatro días después, un domingo de junio, se presentó repentinamente en mi cuarto el doctor Sanchíz, quien sólo expresamente llamado venía a la casa en que me hospedaba. Traía el ceño encapotado, y parecía poco a gusto con lo que quería y le costaba trabajo decirme. Excítéle yo a romper su silencio, y me dijo por fin:

—No te creí capaz de la villanía que has cometido, y no he podido menos de venirte a decir que no cuentas más con mi amistad. ¡Tal infamia por miserable puñado de pesetas!

—Pero, ¿qué mil diablos estás diciendo?—exclamé trémulo de sorpresa—. ¿De qué villanía y de qué infamia se trata?

—De que fulano se muere (y me nombró al librero).

—¿Y qué tiene eso que ver con mi infamia y mi villanía?

—Que muere de un ataque bilioso por la afrenta y la estafa que tú le has hecho.

—¡Yo! ¿Quién lo dice?

—Él a mí y a su confesor.

—¡Cristo bendito! Puede engañar a los hombres, pero se engaña él si piensa engañar a Dios.

Y conté a Sanchíz lo acaecido, y le remití a los documentos de que Aynslie era depositario.

Y es que en nuestro país el ingenio no se cuenta: hay libreros y hay empresarios que creen que el libro, ya impreso, no pertenece más que a ellos; el trabajo del poeta es la túnica de Cristo: el papel, la tinta, la encuadernación, es lo que constituye la mercancía; la letra no: ¿qué hay allí del poeta?, la idea: una cosa abstracta, impalpable, ingrávada, sin tasación mercantil.

Y hay quien cree esto de buena fe, y vive muchos años del producto del ingenio sin remordimiento alguno de conciencia; el editor, el aetor y el empresario creen que dan valor al pensamiento del poeta dándole publicidad... y así hace cuarenta años que vivo yo sobre la tierra ¡poco menos que estafando a mis editores!, porque el aplauso, la gloria, la fama, ¿no constituyen una recompensa? Esa es la del escritor, la del poeta, su nombre es lo que pasa a la posteridad, y... *suum cuique*.

Volví yo a Méjico de la Habana con dos objetos: cumplir la última voluntad de Cagigas y la palabra que le había dado en su mortuorio lecho, y plantear el pensamiento de los Bustamante, Romero y Compañía, que tan beneficioso debía de haber resultado para el comercio de Méjico con Europa; pero no estaba de Dios que yo pudiese felizmente mano en negocio alguno que honradamente me condujese a la fortuna. Los obstáculos que ante el mío se levantaron, fueron insuperables. Sólo el privilegio de su instalación iba a costarme tan enorme suma, que no era posible que aquellos buenos amigos me la pasaran en cuenta sin crearme un desvergonzado estafador; renuncié, pues, la comisión y agencia de aquella especulación; y escribí mi desistimiento a los Bustamante, quienes de él a pesar, siguieron enviándome mensualmente, con los doscientos cincuenta pesos que Isidoro Lira me pasaba, algunos encargos y comisiones y las cantidades que ellos decían que me correspondían, pero que realmente me regalaban. El Dr. Sánchez se había metido en un negocio extrañísimo a su profesión: el abastecimiento de pescado de mar del mercado de Méjico, en el cual jamás se había presentado semejante artículo. Extremoso en todo, y hombre de maravillosa actividad y de inquebrantable energía, subía y bajaba de Veracruz a Méjico con sus carros, vigilando por sí mismo su administración; veíale, pues, con escasa frecuencia; y muerto Cagigas, desterrado Portilla en los Estados Unidos y ausente de la capital por sus negocios Manuel Madrid, volví a sumirme en un completo aislamiento, yéndome con mi criado francés en mis dos caballos a la desierta hacienda de los Llanos de Apam, en un estado de espíritu del cual ni me di entonces cuenta, ni después me he podido dar razón. No era tristeza, aunque de satisfacción tenía pocos motivos; no era nostalgia, porque nada me impedía volver a mi patria; ni era desesperación, porque no había ido a América con esperanza alguna; ambición no había tenido jamás; sed de fama y anhelo de reputación, me habían acosado sólo mientras creí que con ellos podía reconquistar el cariño y el aplauso de mi padre; después de su muerte... hasta hoy ignoro a manos de quién han ido a parar aquellas primeras coronas que en las representaciones del *Cada cual con su razón* y *El zapatero y el rey* me fueron arrojadas en el escenario, y que mi familia tenía artísticamente colocadas en un grande y primorosamente tallado cuadro. Mi vanidad no ha retrasado dos minutos mi sueño ninguna noche; y muerto mi padre, sin apreciarlas en lo que valían, como prendas de mis desvelos y afán por justificarme a sus ojos, yo las he desestimado porque él no las estimó y porque jamás sirvieron a mi madre infeliz de objetos apacibles en que posar sus ojos, como emblemas de la estimación del pueblo por el hijo que la adoraba y con quien nunca logró vivir. Las que traje de América adornan el santuario de una Madonna en la iglesia en que me bauticé, y las que hoy cuelgan en las paredes de mi casa están allí por respeto y gratitud a los nombres de las personas y sociedades que me las han ofrecido, y que en sus cintas se leen escritas, y porque allí substituyen los valiosos adornos que nunca me han permitido procurarme las obligaciones en que he tenido que invertir el precio de mis escritos. Tenía, yo, pues, en Méjico, por la época que voy recordando, lo que he tenido siempre después: el vacío del corazón, ocasionado por la pérdida de lo único que había mantenido mi existencia y alimentado mi poesía; la fe; y extinguida ésta, ¿qué quedaba de mí, que no había nunca tenido más? En mi mesa no había ya tintero, ni a la cabecera de mi cama un libro; el espíritu dormía, la inteligencia funcionaba, pero no producía, y el cuerpo vivía, pero no gozaba de la vida. A las seis de la mañana me iba a matar conejos para almorzar; a las once, ardillas para comer, y a las cinco de la tarde, tórtolas para cenar; mi criado francés, que era profesor en la ciencia culinaria, se ocupaba de la cocina, y yo de mi escopeta, y a las nueve nos acostábamos.

Pero el mundo no podía girar en torno mío sin que yo me apercebera de su movimiento; yo he tenido siempre costumbre, afán, manía, de oscurecerme y de rulficarme; pero no he podido vivir con los ojos cerrados, y la fermentación del progreso de Méjico, la fiebre del desarrollo de la virilidad de la nación que se había emancipado desprendiéndose de la dominación de España, no podía menos de fijar mi atención, tanto más cuanto yo había sabido apartar de mí la suya. Duraba aún, no la inquina contra los españoles, sino la monomanía nacional de creerse aún obligados a tener odio a los gachupines, reducida entre la gente de razón al antagonismo vulgar y sin consecuencias que obliga a los franceses a chungas a los excéntricos hijos de la Albión, y a nosotros a los fidalgos de Portugal; y por no estudiarnos ni conocernos bien unos a otros, unos a otros nos atribuimos preñeces y defectos, que tal vez a ninguno son peculiares. De modo que así como los franceses aplican a los ingleses todos sus cuentecillos y anécdotas que implican ridiculez o torpeza; y nosotros a los portugueses, y viceversa, los mejicanos nos los aplicaban a los españoles; vaya un solo ejemplo. Nosotros, que tenemos viñas, no nos utilizamos de las pitas (magueyes o agaves americanos) más que para hacer enerdas; pero ellos, cuya renta más pingüe y cuya bebida más popular es el jugo de la pita, el pulque, cuentan que los españoles que van a Méjico se asombran de ver tal plantación de gigantescas alcachofas. Como se comprende, el odio de Méjico a los españoles es una pura broma, que en 1860 quedaba aún como manía y costumbre tradicional; la actual generación está ya para perderla, y la venidera la recordará para reírse de ella con sus hermanos, que serán nuestros hijos, porque tal es la ley y el progreso del tiempo; y Méjico entonces progresaba, crecía y se constituía sufriendo la fiebre y los sacudimientos naturales del crecimiento y formación de su nacionalidad; Méjico, tengo yo para mí que está destinado a ser el primero de los pueblos hispanoamericanos.

El Gobierno de Santana tuvo algo de infantil apoyándose en niñerías; vistió una especie de guardia real con botines altos, como la imperial de Napoleón, y no sirvió más que para maniobrar en el despejo de la plaza de toros; titulöse Alteza Serenísima como los Infantes de España; salió siempre desempedrando las calles precedido de batidores y seguido de lujosa escolta, cosas todas suprimidas ya por los soberanos de Europa, pero que recordaban el fausto y costumbres regias de los virreyes a aquella generación, que aún los había alcanzado a ver.

Pero vino, con el gobierno serio y práctico de Comonfort, la generación de los que, si los habían visto, era siendo tan niños que, si de ellos les quedaba la imagen en la memoria, no habían por su pompa sentido jamás ni respeto ni temor; así que, al comenzar a plantear las instituciones y prácticas modernas de gobierno, chocaron necesariamente las costumbres nuevas con las viejas, y la generación que entraba en la sociedad con la que estaba en ella de largo tiempo instalada.

El 5 de febrero de 1857 firmaron y juraron Comonfort y los diputados de todos los Estados la *Constitución política de la República mejicana*; y con ella se establecieron las leyes orgánicas del registro del estado civil y de la guardia de seguridad, la instalación del sistema métrico decimal y otras innovaciones exigidas ya por el adelanto e ilustración sociales.

El señor arzobispo de Méjico, don Lázaro de la Garza y Ballesteros, el más santo varón que ocupó aquella sede episcopal, que gastó en edificios de enseñanza y beneficencia y en obras de caridad sus cuantiosas rentas, que comía legumbres insaboras y dormía en un catre con un jergón, en fin, del respeto y la veneración universal, se creyó en conciencia en el deber de protestar contra aquella Constitución; palabra y se creyó en conciencia en el deber de protestar contra aquella Constitución; palabra y cosa que ha costado mucho hacer tragar a la mitad de nuestra raza española, como si una Constitución fuera más que el Código por el cual se rige el pueblo que le acepta.

El Gobierno de Comonfort se permitió hacer observaciones al santo y escrupuloso Prelado, y éste entró con él en una discusión teológica. El gobierno eclesiástico de Puebla publicó una circular prohibiendo que los fieles de aquella diócesis juraran tal Constitución, no debiendo recibir la absolución los que la jurasen, sino precediendo a su confesión la retractación del juramento hecho ante la autoridad civil.

El obispo de Michoacán y otros Prelados y gobernadores eclesiásticos, hacen idénticas protestas y declaraciones; y llegado en esto la Semana Santa, el Cabildo niega al Gobierno la entrada en la catedral y la ceremonia de la entrega a éste de la llave del sagrario, con cuyo motivo el Gobierno reduce a prisión a varios canónigos y da orden al venerable Arzobispo de considerarse preso en su habitación del palacio episcopal.

Yo estaba en el atrio de la catedral, y la plaza llena de gente; pero no estalló revolución ni desorden notable; unos murmuraron indignados, otros se retiraron escandalizados, y la mayor parte se quedaron indiferentes espectadores, mirando a las cerradas puertas del templo, donde se encastilló el Cabildo, y las del palacio presidencial, adonde se retiró el Gobierno.

Y éste que sí y el clero que no; y el ministro de Justicia, Negocios eclesiásticos e Instrucción pública expidió la ley de desamortización de los bienes del clero del Estado de Puebla, que fué el primero que excomulgó a los que juraran la Constitución, comprendiendo luego los de Méjico, Tlascala, Veracruz, Guerrero y Bajaca; y el coronel Castejón se pronunció contra el Gobierno en Igualada, donde se proclamó antipresidente de la República a mi amigo el general Rómulo de la Vega, y se fueron sacando la cabeza y sus partidas al campo Cobos y Osollos y Mejía por religión y fueros, y Vidaurri y Santos Degollado y otros por el Gobierno, y la guerra civil se encendió y se encarnizó, y el Gobierno pagó sus tropas con los dineros de la Iglesia, y desterró a los Obispos; pero no pudo la guerra tomar el carácter de religiosa, porque con tales contiendas las autoridades se desprestigian con los pueblos, y los intereses materiales y las ambiciones mundanas y los partidos políticos son los que luchan; pero el espíritu religioso, la fe creyente se entibia, y se escandaliza o se amilana.

En medio de aquel desorden, mientras unas veces batían las tropas de Comonfort a los pronunciados, y otras éstos a aquéllas, ya no era posible cazar ardillas en las haciendas expuestas a los asaltos de unos y otros; y volviéndome a la capital, vi la instalación del telégrafo, y la construcción del gasómetro, y el franqueo previo de la correspondencia con los sellos de correo, y otras mejoras que el progreso de la época imponía por gracia o fuerza a aquella tierra y a aquella generación que progresaba y crecía, alumbrando la instalación de sus adelantos con el relámpago del fogonazo de los cañones y el rojo resplandor del incendio de sus haciendas.

VI

Aquí hay un caos en mis recuerdos, en el cual voy a meter por unos instantes una antorcha de blanca y perfumada luz.

He dicho que me hospedaba en una hacienda cerca de la capital. Estaba ésta inmediata al pueblecito alegre de San Angel, y había sido un caserón destartado, contruido, sin duda, por algún vascongado rico del siglo XVIII, quien la bautizó con el nombre eúskar de Goicoechea: casa de arriba. El viejo padre de la esposa de mi hospedador, que la adquirió por compra, se la dejó al morir a su hija, y su marido trasformó el caserón en una quinta risueña, convirtiéndolo en rasgado y regular ventanaje sus estrechos y desiguales ventanillos, en salones amplios y cómodos, ventiladas y bien alumbradas

cámaras, sus irregulares y lóbregos aposentillos; dió a todos los cuartos salida y luz a los corredores de un patio cuadrilongo, que sombreaban una docena de siempre verdes naranjos, y cuya atmósfera refrescaba una fuente de mármol florentino, en cuyo pilón nadaba un centenar de peces de colores. La vigería de cedro con la cual se habían nuevamente techado los corredores, perfumaba aquel patio, especialmente en los días lluviosos, en que la humedad se impregnaba en el cedrino maderaje; y por un corredor suntuoso añadido a la fábrica, construido sobre el jardín, abiertas en sus tres aislados muros diez ventanas y tres puertas de medio punto curiosamente ensambladas y envidriadas, se salía a un jardín caprichoso, al cual rodeaba una buerta de 17.000 pies, de árboles frutales, cerrada por una tapia de 5.000 metros de circunferencia. La parte baja de aquella quinta, habitada por la familia, artesonada, amueblada y alfombrada al gusto moderno, era la morada del rico que goza en ese campo del *confort* y comodidades de la capital; pero había en la parte alta una serie de habitaciones deshabitadas, que remataban por el Sur en la casa del administrador, y por el Norte en una especie de torretila, cámara cuadrada con un balcón sobre el jardín, precedida de una antesala, en uno de cuyos ángulos encajaba en sólido marco de piedra la maciza puerta de una inmensa terraza o azotea que cubría los corredores y la vivienda baja, y cuya azotea guardaban media docena de alanos de tan insociable trato como descuidada educación; no conocían más que al que les daba de comer.

En aquella cámara solitaria me dijeron que solía retirarse a estudiar el padre de mi hospedadora, literato de quien Méjico conserva con respeto, y muy justamente, venerable memoria; y allí me instalé yo, sin permitir que el lujo y la restauración del piso bajo llegasen hasta aquel aposento, dejándole con sus paredes blancas, sus viejas vigas, su puerta carcomida y su antiguo mueblaje; componían éste una mesa grandísima y un doble armario de la forma de los modernos *entredoses*, sobre cuyos armarios y mesa tenía yo los 74 tomos de Walter Scott, una Biblia latina, un Korán árabe, unos tratados de antigua alquimia y demonología, un diccionario de Domínguez, dos escopetas y un revólver de bolsillo. Agustín Aynslie me había regalado y abierto en un rincón una espita de grifo, que vertía el agua que tomaba de un inmediato depósito en una inmensa jofaina horadada, cuya vertiente de plomo desahogaba en las azoteas, único mueble de cierto lujo que pretenciosamente ostentaba mi modesto alojamiento en su estrambótico ajuar.

Pero tenía en él un balcón al Poniente, que se abría sobre el jardín, y que era un balcón del Paraíso. Bajo él crecían los espinosos cactus, que producen los fragantes *huele-de-noche*, y encuadraban y festonaban su marco

como verdes cortinas y lambrequines,
campánulas, bignonias, yedra y jazmines,
madreselva, clemátidas y pasionarias,
yedras apretadoras, plantas rastreras,
todas las cien especies de parietarias,
musgosas, trepadoras y enredaderas.

Bajo él, entre magnolias, en cien planteles
regados por mil caños, dábanse espesos
anémonas, junquillos, lises, cantuesos,
geranios, amarantos, plúmbagos, luisas,
alelíos, acantos y minutisas;
bulbosas espiguelas, nardos galanes,
ranúnculos, camelias y tulipanes.

Por encima de este edén, y a través del aura embalsamada que sobre él perpetuamente se mecía, como el velo sutil y perfumado de la favorita de un sultán, alcanzaba yo a ver el agua inquieta de un arroyo saltador, en la cual lavaban las indias de Tlacopaque, y el arranque del monte de las Cruces, en cuya espesura solía haber guarecidos bandoleros o pronunciados. El sol poniente venía todas las tardes a teñir de púrpura la enquirnaldada vidriera de aquel balcón, y sus últimos rayos deslumbraban a la numerosa familia de arañas y alacranes que, invisibles, anidaban en la careomida vignería y en los agrietados marcos del balcón y de la puerta. Pero contra estos insectos de incómoda vecindad, tenía yo allí unos amigos que me fueron siempre leales de generación en generación: una familia de *salta-pared*, pájaros pardos de largo pico, de cola quebrada y gollilla roja, de la especie de los barrenadores, que buscan su alimento en los huecos abiertos por los gusanos en las cortezas de los árboles y en los escondites de los insectos que se guarecen en las agrietadas paredes. Por ellas trepan estos pardos pajarillos de piedra en piedra y de ladrillo en ladrillo, como si caminasen y no volaran, y desde mi instalación en aquel lugar habían acudido a mi balcón y entraban familiarmente en mi cuarto en cuanto yo se le abría. Los abuelos habían encontrado en sus baldosas los granos perdidos de cebada del pienso de mis caballos; los hijos los habían buscado enseñados por sus padres, y la tercera generación había aprendido a volar viniendo a buscarles entre mis libros y por encima de mis perchas, mientras yo trabajaba acodado en mi mesa sobre mis papeles. Nadie más que los desterrados y los poetas sabemos procurarnos y agradecer estas amistades. Con estos pájaros me pasaba las largas horas y semanas enteras sin comunicarme con los moradores de la casa más que a las horas de comer. Los días de fiesta estaba la quinta llena de visitas: muchachas más avispadas y las más conocidas señoras de la ciudad, corrían y curiosaban por aquel jardín, al cual rara vez descendía yo, y veían y saludaban en aquel balcón al poeta huraño que esquivaba su sociedad, mirándole, como las figuras móviles de una linterna mágica, pasar entre el ruido de las risas y la música por bajo de aquel enflorado balcón.

Acodado a él me ocurrió hacer un cuento de pájaros y una lectura de flores, y para ello hice centenares de estrofas y miles de apuntaciones, que al cabo para nada me sirvieron por excesivamente extravagantes, incomprensibles ó de exagerado y pésimo gusto. El doctor Sanchíz, que me envidiaba la propiedad de aquel balcón, que venía de cuando en cuando a asomarse conmigo a él, y que en él me pedía que le recogiera ejemplares de las plantas y flores medicinales y ponzoñosas que al rededor y dentro de sus tapias se criaban, me inspiró la idea de una fantasía de *La Mandrágora*, de cuya planta brotaban algunos pies entre las belladonas, los beleños y otras solanáceas al pie de las tapias, guarida de pintados lagartos y doradas culebras; con las cuales llega uno a familiarizarse en aquellos climas, que tantas variedades de reptiles producen.

Y encontré muchos años después una de las apuntaciones que para una lectura de flores sobre la mandrágora tenía escrita, y de sus versos recuerdo éstos de su introducción:

¡Ábrete, sésamo! ¡Brotó
de su centro átomo puro
de luz vivífica, gota
pura de esencia vital,
genicillo microscópico
de mi poesía germen;
sal, despierta a mi conjuro

a tus hermanos, que duermen
dentro de mis flores... sall

Hele allí; va con su mano
de Silfo, dejando abiertas
ante nosotros las puertas
de mi encantado vergel.

¡Ya lo están! El aire sano
 aspirad de su comarca;
 cuanto vuestra mente abarca
 oyéndome, es tierra de él.

Entrad... mas pisad con cuanta
 precaución posible os sea,
 porque a su umbral verdeguea
 planta encantada y letal.
 Miradla: allí se levanta
 fatídica, allí campea
 una mata de *Circea*:
 esa es la planta infernal
 que su poder da a los magos;
 ved, ni aun viles jaramagos
 nutre su sombra fatal.

Esa planta es *la mandrágora*;
 esa planta acre, agria y fea,
 tiene una historia fantástica:
 brotó en Egipto: en Judea
 la cultivaba en un páramo
 la Pitonisa de Endor;
 en Grecia, de su archipiélago
 en un islote, Medea
 la halló arraigada en el fúculo
 de un cainita encantador;
 por la sibila Cumea
 fué empleada, y hoy la emplea
 el gitano ensalmador
 en sus conjuros fatídicos.

Yo poseo una.

Yo con ella, abstraído yo del mundo y olvidado de Méjico, que sólo de mí sabía
 que a su territorio habría vuelto, imaginaba yo hacer una lectura estupenda, creada
 y escrita entre las flores de aquel jardín, mientras en torno de él se enajaba la tormenta
 que había de traer a aquel país de flores, música, poesía y luz, primero la embajada de
 Pacheco, que fué una verdadera embajada; después la intervención francesa, que fué
 una imperdonable locura, y por fin, el Imperio, que fué una sangrienta catástrofe.

Y antes de todo lo cual, tan desacertado y triste, cúpome allí tomar parte en una
 alegre, benéfica y consoladora escena.

VII

Había caído Comenfort, y habían sido presidentes Zulcega y no sé quién más,
 y había llegado a presidente Miramón, y habían salido en su lugar al campo los libe-
 rales, y no les había podido aquél desalojar de Veracruz; y comenzaba ya a preverse
 una intervención europea, y Méjico se sentía, en suma, como si el apagado volcán del

resto de los ritos druidicos,
 con que da al vulgo pavor.

Esa planta es la *mandrágora*;
 para arrancarla, es preciso,
 cogiéndole de improviso,
 amarrarle a ella un lebrél;
 y sin cesar hostigándole
 hasta que la desarraiga,
 obligarle a que la traiga,
 hasta expirar en pos de él.

¿No sabíais esa historia
 de la *mandrágora*? Es bella
 como verídica; de ella
 hacen antigua mención
 cuantos relatos fantásticos
 han hecho los demonólogos,
 los alquimistas y místicos
 en apéndices y prólogos
 y comentarios casuísticos,
 al dar clara explicación
 de los libros parafrásticos,
 de los sueños cabalísticos,
 de la ciencia sibilínica,
 de la cábala rabinica...
 leedlos con atención,
 y veréis que es *la mandrágora*
 un talismán potentísimo
 para hacer de los poéticos
 delirios evocación.

Popocatepetl hirviese bajo su capital, cuando la graciosa presidenta y las señoras más ricas dispusieron para el 18 de julio una función lírica, desempeñada en el Teatro Nacional por notabilidades mejicanas, artistas jamás dedicados al arte teatral, a beneficio de los pobres.

Por una de esas contradicciones de nuestro modo de ser en esta nuestra progresiva centuria, aquellas bellezas republicanas y aquellos republicanos artistas se desdenaron de ser ensayados por ningún actor cómico; y la Comisión de señoras, en un billete noble y heráldicamente timbrado, me impusieron la obligación de dirigir y ensayar *El Trovador*, de Verdi, y de pedir, en una composición *ad hoc*, el óbolo de oro que el público debía depositar en las bandejas de plata. ¡Noche deliciosa! Un recuerdo de luz, flores, armonía, lujo mundano y caridad espléndida, en medio de los tristes y oscuros de mis pesares; una de las mil una noches, de cuyo fantástico relato quedan en mi memoria, y en las efemérides de aquel año, las imágenes y los nombres de la preciosa niña González Bossero; que, azucena apenas abierta al soplo de las auras de su décimosexto abril, hizo una Azucena que trascendía aromas de juventud a través del oscuro afeite y los harapos de la gitana, robadora del Trovador; y la de la señorita Peralta, que recorrió después los teatros de España, Italia y Viena, derramando placer en los corazones y recogiendo flores con que tejerse en su patria una corona inmarcesible.

Yo pedí y saqué aquella noche para los pobres más doblones que letras tenían los doscientos endecasílabos de mi plegaria; es tal vez la única que en mi vida me han parecido buenos mis versos, y que dormí satisfecho de haberles escrito.

Y me volví a mi torrecilla, con mis pájaros, con mis flores y con mi nunca confeccionada lectura de *La Mandrágora*; pero mientras yo apacentaba mis ojos en el tapiz perfumado de aquel jardín tendido bajo mi balcón, y en aquel jirón de cielo limpio y sin un vapor por el día, y tachonado de radiantes topacios por la noche, la tempestad se cuajaba sobre la inmediata capital, y cien huracanes políticos, en forma de numerosas bandas de sublevados, se la acercaban rodeándola y apretándose por doquiera y por doquiera surgiendo y multiplicándose. En un sermón que predicó el ilustrísimo Sr. Madrid, en el Carmen, predijo que aquéllos eran los últimos cultos que allí recibía la Madre del Redentor bajo aquella advocación. El Obispo Madrid era un santo hombre, a quien el pueblo veneraba como a tal, y aquel inesperado vaticinio produjo entre los creyentes imprevisto asombro y recelosa inquietud. El ministro Llave, de Veracruz, tuvo que expedir un decreto poniendo fuera de la ley a las partidas pequeñas y piquetes sueltos que, con pretexto y nombre de constitucionales, saqueaban los pueblos y asaltaban las haciendas; en la de San Gregorio fué asesinado Zuazúa; y su compañero el general Vidaurre, que se salvó milagrosamente, tomó de la muerte de su amigo rápidas y sangrientas represalias. Arias, el comandante español de la fragata *Berenguela*, reclamó al Gobierno de Veracruz sobre la captura de la barca *Concepción*, por cuyas reclamaciones comenzó a fermentar en el partido constitucional la antigua inquina contra los gachupines (españoles). Fúgase el presidente Zuloaga, y apodérase Miramón del poder; pero es derrotado en Silao por González Ortega, y vuelve a Méjico disfrazado en la diligencia. La Junta de representantes confirma su reelección a la presidencia, y nombra un nuevo Ministerio; los periódicos religioneros suben el tono, y con pretexto de nombramiento de nuevo tesorero de la catedral, se celebró una gran función religiosa, última por entonces que celebrar permitieron los acontecimientos desastrosos que la exageración de ambos partidos precipitaba. El Gobierno de Oajaca y los de otros Estados, destituyeron de la cura de almas a los eclesiásticos que no juraron la Constitución, y el general González Ortega dirigió una circular a los ministros extranjeros residentes en Méjico, anunciando que tenía orden del Gobierno constitu-

cional de tomar la capital, y que no respondía de los daños que a sus nacionales ocasionara la guerra. El general Márquez, que estaba preso, pidió salir a batir a los constitucionales: pusieronle en libertad, y prometieronle gente, por ser uno de los militares de carrera y de estudios del país. El Obispo Munguía predicó en la Colegiata un sermón que no satisfizo a nadie, porque en él pretendió probar la protección divina prometida a la Iglesia *independiente de todo poder humano*, mientras se acogían a centenares a la capital los eclesiásticos desposeídos, y las familias ahuyentadas de Tulancingo, Cuernavaca y otros puntos, por las guerrillas y cuerpos de ejército constitucional.

En medio de este tumultuoso desorden, surgió la noticia del arribo del embajador de España, D. Joaquín Francisco Pacheco, al puerto de Veracruz. Una palabra produce a veces un cambio, un trastorno o una revolución: los pueblos se pagan mucho de las palabras; la de *embajador* hizo un maravilloso efecto en aquél. Hasta entonces no habían enviado a Méjico más que *ministros plenipotenciarios*, encargados de negocios o cónsules generales, las naciones de Europa; pero aquél era un embajador, y España había ganado pocos años antes, con la gloriosa guerra de África, el derecho a ser tenida por una gran nación; y los recuerdos viejos, la fastuosa dominación de sus virreyes y la fama del jurisconsulto y del literato, hicieron de D. Joaquín Francisco Pacheco un personaje de *Las mil y una noches*. Los periódicos religioneros llenaron sus columnas de biografías y encomios del embajador, y los libreros no perdieron esta ocasión de embadurnar las esquinas con carteles anunciadores de las obras del famoso jurisconsulto, y hasta los criados de mi huésped y los de sus amigos, sabiendo que yo tenía la dicha de conocerle, me decían en su mimoso, expresivo y familiar lenguaje: «¡Ay, niño; a ver si este señor nos arregla por fin!» El 22 de agosto, a las cinco de la tarde, llegó Pacheco a las puertas de la capital: cuatro mil carruajes le formaron valla: el Gobierno salió a recibirle a más de una legua fuera de la ciudad, y los ministros entraron con él en su carrétera, cuyo paso seguía la multitud vitoreándole. Nadie llegó con más autoridad a tierra extranjera: los españoles del comercio le habían preparado un suntuoso banquete en la casa-palacio donde le alojó el Gobierno, y a él habían sido convidados los ministros, los banqueros, el cuerpo diplomático y cuantos españoles notables en la capital se encontraban. Yo había conseguido eliminarme y nulificarme de tal manera, que ni tenía puesto en la mesa, ni nadie se acordó de mí. Pero habiendo yo salido al camino, como *todo Méjico*, a ver la entrada del embajador, y habiendo llamado naturalmente la atención de éste el carruaje ligero en que mis camelos, guarnecidos a la europea, nos arrastraban al doctor Sanchíz y a mí, reconocíome y saludóme con la cordial alegría de un padre que vuelve a dar en país lejano y tras largo tiempo con un hijo pródigo a quien creía ya para siempre perdido. No me era posible esquivarme de la inmediata visita, e hícele pasar mi tarjeta al salón en que esperaban con él los invitados la orden de pasar al comedor. Pacheco fué uno de mis tres primeros amparadores; él, Donoso Cortés y Nicomedes Pastor Díaz, pelearon por mí y perdieron la votación contra D. José Joaquín de Mora, con quien optaba yo al sillón que en la Academia española dejaba vacía la prematura muerte del insigne catalán D. Jaime Balmes: él fué quien hizo que, sin hacer yo nueva solicitud, fuese aceptado al jueves siguiente por aclamación como académico, sucesor en esta docta corporación en lugar del famoso crítico D. Alberto Lista: él creó un consulado para un individuo de mi familia: él me había aconsejado y corregido cuando yo le consultaba mis excéntricas elucubraciones; él, en fin, había tenido conmigo las atenciones cariñosas del más benévolo superior. Cuando me presenté en su salón con el Dr. Sanchíz, me abrazó y me besó, y me presentó a todos con expresiones que no olvidaré jamás, pero que nunca repetiré; y al anunciar los ujieres que la sopa estaba servida, los anfitriones se apresuraron a sacri-

ficar a dos de sus convidados para colocarnos en su puesto a mi compañero el doctor y a mí; pero no pude aceptar semejante honor, alegando mi traje de campo y la necesidad de no volver a deshora a la próxima hacienda, en la cual moraba.

—Déjenle ustedes ir sin comer—dijo Pacheco—; ése es de casa, y volverá mañana a la hora de almorzar.

Pocas escenas de las en que he tomado parte en mi larga vida, me han causado más asombro que la de mi visita a Pacheco al día siguiente. Preguntóme y respondíle mil veces y sobre mil cosas: púsele al corriente de la precaria posición del Gobierno, rodeado de enemigos, falto de recursos y del apoyo de la opinión: díjele cómo el pueblo había tomado su representación, colocando su personalidad sobre la del Presidente mismo de su República y al nivel del recuerdo de los virreyes españoles: díjele que sentía que no hubiera tratado diplomáticamente con Juárez y su Gobierno, al pasar por Veracruz, puesto que era huésped de una casa en la que habitaban a un tiempo dos dueños; que debía aceptar la guardia de honor que, igualándole con el Presidente, le habían puesto en su casa, y el carruaje de gala que el Gobierno había puesto a su disposición: que allí nadie andaba a pie, y que la autoridad tenía que estar aún rodeada de todo el prestigio exterior que la hace respetable para el público, que no desune la autoridad de la persona del que la ejerce. Díjele, en fin, cuanto creí que en conciencia debía decirle, y echóse a reír y no quiso creerme: y vi con miedo que no conocía la tierra que pisaba: y, en fin, aquel mismo día, despidiendo la guardia y la carroza, echóse a pie y solo por las calles a examinar los escaparates de las tiendas y a mirar a las mujeres: y diciendo que la vida particular no tiene nada que ver con la etiqueta oficial, se fué a visitar a las señoras y a preparar con ellas veladas y conciertos, y al cuarto día de su entrada en triunfo en la capital, se vendía en las pulquerías y establecimientos de bebidas una compuesta de pulque, mezcal, huevo y azúcar, que los léperos pedían diciendo al vendedor: «Compadre, deme cuatro cuartos de embajada de España.»

Ningún pueblo de tan intencionado ingenio como el mejicano para dar en tierra, con una palabra, con la institución más seria o con la mejor aquilatada reputación.

Esto pasaba por el 26 al 30 de agosto, y entre este mes y el de diciembre, todas las pastorales de los Prelados, todos los ampulosos artículos de sus periódicos y todas las promesas por ellos aseguradas sobre auxilios celestes y terrenales, no pudieron impedir que todos los generales de Miramón fueran derrotados uno tras otro; y el 12 de diciembre, en San Miguel de Calpulalpam, dejó él mismo en poder de su por segunda vez vencedor González Ortega, todos sus trenes, su artillería y cuatro mil prisioneros, entrando a la madrugada, fugitivo y solo, en Méjico, habiéndose dispersado, como las esperanzas de su partido, los diez mil hombres que con él salieron y que no tornaron con él.

La consternación fué general: el desconcierto en la presidencia irremediable: el ejército constitucional avanzó sobre la hermosa y desventurada Thenostitlan de Moctezuma: Miramón y los jefes reaccionarios se fugaron, y Pacheco, y el ministro de Francia, y los generales Berriozábal y Ayestarán, salieron al paso a tratar con el vencedor, que llegaba al frente de veinte mil hombres y noventa piezas de artillería, la mitad de ellas cogidas a los vencidos.

Y aquí empezó la dominación constitucional de Juárez, con quien nada trató Pacheco al pasar por Veracruz.

VIII

La intervención de los embajadores tuvo mal éxito con González Ortega; el general Berriozábal y los extranjeros que se armaron, velaron toda la noche, y al amanecer del 25 comenzaron a entrar en la capital las avanzadas de los constitucionales, las blusas rojas de Aureliano Rivera. Ortega, general en jefe, Zaragoza, cuartel-maestre, y Santos Degollado, se apresuraron a entrar tras ellos para evitar desastres; pero por pronto que este último acudió a la imprenta y redacción del *Diario de Avisos*, periódico reaccionario que contra él se había ensañado, no pudo evitar el asesinato de su propietario, Vicente Segura Argüelles, joven aún y muy conocido en los círculos literarios mejicanos. El general constitucionalista impidió que se ultrajara su cadáver, y el sentimiento que por tan desventurado suceso manifestó, le atrajo la simpatía universal.

Los generales hicieron repicar las campanas hasta la puesta del sol, como se había hecho a la vuelta de Miramón, y dispersaron a cintarazos algunos grupos que increpaban a las monjas, cuyos esquilones permanecían mudos. Dieron un bando que condenaba a ser pasados por las armas, sin más procedimiento judicial, a los que robaran el más mínimo objeto de pertenencia ajena, y fueron fusilados tres en la plaza de Santo Domingo, siete en la de San Pablo, y dos amanecieron el 6 colgados en los faroles de la Plaza, con un cartel al pecho que decía: «Por ladrones». Se publicaron entre salvas de artillería las leyes llamadas de la reforma, expedidas por el Gobierno juarista de Veracruz, la tolerancia de cultos, exclaustración de regulares, *refundición* de las monjas, nacionalización de los bienes eclesiásticos y celebración del matrimonio civil.

El Arzobispo publicó una circular declarando a éste concubinatio; y mientras el santo Prelado protestaba, fueron llegando los ministros de Juárez, Melchor, Ocampo e Ignacio Lallave, y el 31 oyeron solemnemente misa las tropas, con la formación y músicas prescritas por la Ordenanza. El 1.º de enero del 61 hizo su triunfal entrada el ejército federal por medio de las calles, colgadas y enfloradas, e interrumpidas con arcos de triunfo. Más de seis horas duró el paso por ellas, de la comitiva más numerosa que tras sí había llevado en Méjico la bandera tricolor, y trascurrió aquella noche entre iluminaciones, bailes y serenatas.

El nuevo Gobierno, haciendo oídos de mercader a protestas y reclamaciones, estableció la absoluta independencia de la Iglesia y del Estado, prohibió todo culto exterior, el derecho de asilo de los templos, la asistencia oficial de los empleados civiles a los actos religiosos, la salida del Viático con campanillas y luces, el juramento, etcétera, etc., etc., y destituyó, en fin, a todos los empleados del Gobierno anterior, de los cuales decía desdeñosamente *El Siglo XIX*, periódico dirigido por Zarco, después ministro de Juárez: «Apenas ha habido quien oiga los clamores del hambre de esas pobres gentes que nada valen, pero que han contribuido a nuestros males tan pasivamente como los tinteros y las plumas de las oficinas.»

El que esto escribe se paseaba por Méjico, y a veces con el embajador D. Joaquín Pacheco, que veía con asombro realizarse tan tranquilamente en un país católico tan radical revolución; y yendo y viniendo de la quinta de Goicoechea a la ciudad, y de ésta a aquélla, sin que nadie le frunciera el entrecejo ni por español ni por poeta religioso y católico; y yendo y viniendo nuestro embajador a visitar señoras desde San Cosme a la ciudad, y desde la ciudad a San Cosme, se nos vino encima desde Veracruz el mismísimo presidente Juárez, que llegó a Guadalupe el 10, y después de ser allí recibido por el Ilmo. Sr. Pardo, su particular amigo, hizo su entrada oficial el 11, organizó definitivamente su Ministerio, y aquí fué Troya. El 12 desterró de la república, en el

término de ocho días, al embajador de España, a los ministros plenipotenciarios de Guatemala y del Ecuador, y al Nuncio apostólico, Mons. Luigi Clementi, quien andaba, según el vulgo, muy bien hallado en aquel país católico, apostólico y romano; derramando a manos llenas gracias, indulgencias y privilegios, a cambio de derechos establecidos y de ofrendas piadosas de devotos creyentes y de opulentas devotas. *Vox populi...* que puede errar a pesar de la mitad no escrita de este proverbio latino.

Quedóse absorto mi buen maestro y protector, el famoso juriconsulto D. Joaquín Francisco Pacheco, al recibir la orden de Juárez a su nombre de bautismo, sin tratamiento alguno de embajador, de cuyo alto carácter había venido investido; pero ésta era la consecuencia de haber pasado por Veracruz, sede presidencial de Juárez, como D. J. F. Pacheco, embajador de Miramón, presidente en la capital.

Pacheco no tuvo tiempo de exponer su embajada a Miramón, porque éste tuvo que fugarse, y Juárez no se la quiso oír, porque suponía que era para Miramón. Hubo, pues, que tomarlo a broma, y haciendo las maletas, fuimos sus amigos a despedirle, y partió nuestro embajador en el mismo carruaje con Mons. Clementi, y tras él partieron asimismo desterrados el señor Arzobispo y varios Prelados y canónigos que, más o menos voluntariamente, los acompañaron; y dícese que no fue muy cariñosa la recepción que les hizo el pueblo de Veracruz, instigado por un italiano que dirigió al Nuncio en su rica lengua patria un discurso imposible de ser reproducido por el más hábil taquígrafo, ni traducido por el mejor profesor de ambas lenguas.

Tal pareció la embajada de Pacheco vista desde allá, que era donde yo estaba y desde donde yo la veía; vista desde acá, yo no sé lo que pareció; pero no era posible cargar a nadie con la responsabilidad de tal éxito en aquel país, a cuya revolucionaria política se pensaba ya poner dique con una intervención europea.

IX

Fue nombrado gobernador de Méjico Juan José Baz, a quien nada se le ponía por delante. El miércoles de Ceniza, a deshora de la noche, sacó a todas las monjas de sus conventos para *refundirlas*, como allí se decía entonces; es decir, para suprimir los conventos en los cuales quedaban muy pocas monjas, y reunir las en otros, conservando unidas a todas las de una misma regla; tal era la ley. Pero las pobres monjas anduvieron en coches y en ómnibus por las calles, con asombro de unos, indignación de algunos, y bafa y chacota de la gente maleante.

Al fin, las unas quedaron en algunos conventos, sin entenderse ni avenirse, por tener distintas costumbres y obedecer a diferentes reglas y estatutos; algunas se volvieron con sus familias, y muchas fueron recogidas por sus parientes o alojadas en casas particulares. En la mia hubo tres, a las cuales se las habilitó una capilla, y no pudimos verlas el rostro porque su regla las prohibía mostrarse sin velo.

Lo más curioso de aquel trasiego de monjas era que el gobernador las echaba de sus conventos y la gobernadora las recogía, las distribuía por las casas de sus amigos y cuestaba para su manutención. Unos conventos fueron vendidos y convertidos en casas; de alguna iglesia el nuevo propietario echó a los fieles que oían misa y al sacerdote que la decía, y se apoderó del copón, los cálices y ornamentos sagrados, sin pararse en el sacrilegio. El convento de monjas de la Encarnación (o de la Concepción) era riquísimo. Era una especie de ciudadela murada, dentro de la cual había una ciudad pequeña, con sus calles, su plaza, su mercado, su alumbrado y sus primorosas casitas en lugar de celdas. Estas casas tenían rampas en vez de escaleras; sus aposentos, cerrados con

mamparas y con biombos chinescos, contenían comodísimas camas y lujosos muebles; y las reverendas madres de ellas propietarias, se visitaban unas a otras en cochecitos arrastrados por muchachas legas que tenían a su servicio; unas que en su compañía habitaban, y otras que de la ciudad diariamente penetraban en el monasterio.

Juan José Baz derribó los muros que cerraban las calles, y abrió aquellas casitas y expuso todos aquellos secretos femeniles a la curiosidad del público. Todo Méjico hizo muchos días de aquel monasterio el paseo de moda, y Dios nos perdone a todos los que fuimos, las maliciosas observaciones y los mundanos propósitos que sobre lo que veíamos hicimos. Más tarde se alojaron en aquellas santas casitas las mujeres que la moderna civilización segrega a los apartados barrios.

Yo he visto esto; y esto, con otras cosas más, motivaron la intervención europea en el antiguo imperio de Moctezuma. De ésta nada quiero decir, a pesar de haberlo anunciado, por no prolongar estos RECUERDOS, cuyos apéndices tal vez sobran.

Quédanse, pues, mis observaciones y notas sobre la intervención europea en Méjico para mis memorias póstumas, las cuales probablemente no interesarán a nadie, como recuerdos inútiles de cosas pasadas en cuenta, pero que yo he consignado en unos cuadernos, tal vez por el prurito de hablar hasta después de muerto. ¿Quién sabe si lo en aquellos cuadernos escrito parecerá mejor que lo que en vida he hablado? Y si así no fuere y pareciera peor, a fe mía que ni yo lo he de saber ya, ni nadie habrá que abra mi sepultura para volverme mis palabras al cuerpo.

Voy a concluir pasando rápidamente mi pluma sobre el breve imperio de Maximiliano, en cuya corte, ni fui yo lo que se ha dicho, ni deja de importarme a mí decir lo que fui, que fué bien poco, sino para poner los puntos sobre las íes y mordaza a las lenguas de los que no saben lo que dicen hoy; porque los que a mi vuelta a la patria lo propalaron, estaban también muy lejos de saber lo que decían.

X

Meses hacía, tal vez cerca de un año, que habían hecho su entrada y se titulaban emperadores; y como tales reinaban en la capital de Méjico, Maximiliano y Carlota, y aún no me conocían, ni sabían que el poeta español, autor de *Don Juan Tenorio*, vagaba por los floridos dominios de su nuevo Imperio.

Extranjero en aquel país, no me creí con derecho ni obligación de hacerme reparar por los nuevos soberanos; y vuelta con ellos la paz a las ricas campiñas de la mesa central del valle, volví a mi selvática vida de los llanos de Apam y a cazar ardillas en sus haciendas de Reyes y de Ometusco; mientras sus propietarios, damas sus señoras, y chambelanes y dignatarios de palacio ellos, asistían a la mesa y saraos Imperiales.

Tan poco afán tuve yo de ingerirme en el Imperio ni empeño en alcanzar la protección de los emperadores, como esperanza en la duración de aquella monarquía.

Asistí a su entrada en la capital, y penosa fué la impresión que en mi imaginación de poeta hizo aquella ostentosa ceremonia. La he consignado después en un libro, del cual voy a copiar cuatro estrofas.

XXVII

¿Quién sabe si la raza mejicana
que a su segundo emperador espera,

su segunda corona ya mañana
en la sangre a arrojar con la primera!
Mas retumba el cañón: ya la campana
la comitiva anuncia, y la carrera

despejan, por las filas circulando,
señales de atención, voces de mando.

XXVIII

Ya está libre la vía; ya el ambiente
vibra al son de trompetas y atabales:
ya ve avanzar la mejicana gente
sus tropas y banderas nacionales,
donde brillan, con luz del sol naciente,
la corona y las armas imperiales,
y en cien carrozas de esplendente lujo
cuanto mantiene autoridad e influjo.

XXIX

Clero, ciudad, consejos, regidores,
las damas palatinas, la grandeza,
chambelanes, regencia, embajadores,
ciencia, magistratura, armas, nobleza;
placas, bordados, plumas, blondas, flores,
la corte, en fin, con su imperial riqueza,
como un enjambre de áureas mariposas
avanza entre una lluvia de oro y rosas.

XXX

Luego en grupo fantástico ondea
la imperial comitiva, que camina
con grave lentitud; en él campea
de la brillante guardia palatina
el uniforme rojo, y la librea
roja imperial, cuyo color domina
de aquel dorado grupo entre las olas,
como entre rubia mies las amapolas.

Tales fueron mis primeras impresiones sobre la intervención francesa y la ida de Maximiliano a Méjico, y raras y breves visitas hice yo a su capital durante los primeros meses de su reinado. Germinaba ya en mi corazón esta indomable indiferencia por todas las cosas de la vida, esta aversión a los versos, a las exhibiciones personales y a las reuniones literarias, que engendró en mi espíritu la indiferencia y el desprecio en que mi padre los tuvo; y andábame yo ya por los andurriales solitario y silencioso, sin dárseme un ardite y sin ansia alguna de los goces de la sociedad civilizada. Cuidando con esmero de mis caballos y de mis escopetas, me pasaba las horas perdidas por aquellos campos desiertos, dejando vagar sin rumbo a la imaginación desearriada, en perpetua observación de las alimañas de la tierra, de los pájaros e insectos del aire, y de los cambios de la luz del cielo; cuya poesía me distraía, pero sin que me sirviese de encanto ni de estudio, pues no tenía ni tintero, ni libros, ni papel hacía ya meses en mi aposento, y seguramente Maximiliano no hubiera tropezado tan pronto conmigo sin una circunstancia muy natural, que yo no supe prever, que no hubiera procurado nunca buscar por mí mismo y que no supe tampoco cándidamente cómo evitar.

XXXI

Y... ¡qué delirios la aprensión inventa!
El rojo que, apagado los colores
todos, al avanzar *rojos* ostenta
pajes, guardias, aurigas, picadores...
de su manto imperial cauda sangrienta,
parece tras los dos emperadores.
¡Color siniestro, cuyos visos rojos
vértigo dan al alma y a los ojos!

LIII

Entraron en su alcázar entre flores,
y entre ésta, aunque tardía, gigantea
aclamación, los dos emperadores:
el sangriento color de su librea
fué el último de todos los colores
que vió la multitud que vitorea:
y el séquito imperial dejó en mis ojos
del sangriento color los visos rojos.

LIV

Porque yo estaba allí; yo conocía
la raza y el país; yo era extranjero
en él y huésped; mas nacido había
hidalgo y español; y, soy sincero,
sentí por ellos honda simpatía:
y ella tan noble y él tan caballero...
me parecieron pájaros sin nido
que, por darse a volar, le habían perdido.

El Colegio de Minería es una riquísima fundación y un suntuoso edificio, fundación de españoles. Sus rentas alcanzaban entonces (ignoro si alcanzan hoy) para pagar al director un sueldo de diez y ocho mil duros, de doce mil al vicedirector, y de seis mil, cuatro mil y tres mil a los profesores. Después de los exámenes de fin de curso se celebraba la distribución pública de premios, fiesta civil la más concurrida de la buena sociedad, y a la cual anhelaba asistir siempre más concurrencia de la que admitía el inmenso patio, entoldado, decorado y profusamente iluminado, en que se celebraba.

Llegaba la época de la de aquel año, y sólo a la del de mi arribo a Méjico había yo asistido como mero espectador. Extrañóme, pues, recibir un día una comisión de dos profesores, con una comunicación del ministro de Instrucción pública y director del colegio, Velázquez de León, en la cual encarecidamente me suplicaba que escribiese una poesía para leerla ante los emperadores, que debían presidir la distribución de premios. Contesté que no me correspondía a mí semejante papel en mi calidad de extranjero; que el señor ministro no había pensado, al darme tal encargo, que los emperadores creerían que no había en el país ingenios capaces de sustituir al español a quien se acordaba la representación de la poesía, y que no me convenía tampoco a mí que los ingenios mejicanos pudiesen atribuirme la petulancia de haber pretendido el honor con que se me brindaba. Insistieron en su demanda los dos profesores comisionados, e insistí yo en mi rotunda negativa de presentarme solo como único lector de poesías en aquella solemnidad.

Aquí era sin duda adonde ellos querían traerme; respondieronme que por eso no quedaría; que dos poetas mejicanos leerían conmigo; pero que tampoco querían presentarse sin mí, como patrocinados por mi sombra. Pedíles los nombres de aquellos poetas, y al conocerlos conocí que no era oro lo que relucía, y que más se intentaba colocarme en un mal lugar que hacerme una distinción. Contesté, pues, que no me comprometía; que el asunto era para mí difícil, y que como no había más que cuatro días de término, si no lograba hacer un trabajo al menos pasable en los tres días primeros, no pusieran mi nombre en el programa hasta que a última hora diera yo mi consentimiento antes del mediodía del cuarto.

Y he aquí el misterio de aquella invitación inesperada. Dios me ha condenado a vivir entre miserias, pequeñeces y mezquindades. Un joven de buena familia y de no mala posición en el alto comercio, pero no de los ingenios de verdadera valía, de los que produce muchos aquel país, en el cual lo que sobra es ingenio, instrucción, inspiración y perspicacia, imitaba la entonación y modulaciones de mis lecturas, hasta el punto de haberme asegurado unas señoras amigas suyas y más de que, encerrado en un gabinete y recitando en él composiciones por mí leídas, nadie era capaz de distinguirnos.

Yo no he dudado jamás de que un hombre pueda llegar a hacer lo que otro hace, por difícil que sea, y los americanos son diestrisimos en las artes de imitación. Me previne, pues, para no quedar mal en caso de lucha; di con unas estrofas de períodos de bien acomodados acentos y de armónica sonoridad, aunque de escaso valor literario, y fiado en mis facultades orales y en mi maestría en el arte de leer, di mi nombre para el programa, y llegó la hora de la sesión. Insistieron tenazmente en que fuese yo el último que leyera; y temiendo una emboscada, me sostuve en mi derecho de ser el primero por mi reputación y antigüedad; razones que hubiera alegado y sostenido lo mismo para ser el último, si hubiera visto en ello empeño de que fuera el primero.

Hice lo que supe, y no debí de hacerlo mal; los emperadores esperaron que me adelantara a saludarlos hasta las gradas de su estrado; pero yo saludé modestamente en el vacío hecho ante ellos, y me retiré a mi puesto. Tocó el turno a mi imitador; pero como dicen los italianos: *Non è lo stesso morire che parlare della morte*. Mi hombre se

turbó, balbuceó, no se hizo oír, y, en resumen, no pude saber jamás si me imitaba bien o mal.

El general Wolf, que era amigo mío y se hallaba detrás de los emperadores, les dijo quién yo era; miráronme toda la noche con mucha insistencia, y al siguiente día recibimos una invitación a comer en palacio los que habíamos tomado parte en aquella fiesta literaria.

Así fué cómo me conocieron Maximiliano y Carlota; pero no fué así ni entonces como me acordó el primero toda la amistad que su majestad imperial permite a un soberano acordar a un simple particular.

XI

Volvíme yo al campo, y quedáronse los emperadores en su palacio; ni ellos juzgaron ocasión suficiente aquella para hacerme oferta alguna, ni yo hice nada de mi parte para que me las hicieran. Yo no era allí nadie, ni tenía, como extranjero, derecho a aspirar a nada; el emperador me fué simpático desde la vez primera que le vi; pero además de que la emperatriz no me lo fué nunca, comprendí desde su llegada que jamás el imperio echaría raíces en aquel país; porque ni Maximiliano podía llegar a comprenderle nunca, ni Méjico a Maximiliano.

La diplomacia conducía la intervención por el camino de una política que jamás podía ir acorde con los sentimientos, los instintos y el carácter de aquel pueblo, a quien los franceses no conocían, y Maximiliano tuvo allí, desde que llegó, dos elementos que neutralizaron todas las probabilidades de éxito y estabilidad que le daban su inteligencia, su amabilidad, su sincera voluntad de hacer bien al país, y la asiduidad con que en hacerla trabajó, adoptando una vida modesta que no chocara con la sencillez republicana que halagaba a aquella nación, recientemente emancipada y desvanecida ya por las teorías de una libertad a cuya práctica no había llegado, pero de la cual creía gozar en su independencia de la antigua dominación española.

Los franceses, que suelen generalmente no estudiar la lengua, ni la historia, ni las costumbres de los países adonde van, creían que la mayor parte de los mejicanos tocaban aún su cabeza con plumas, cubrían su cintura con taparabo, y se armaban con arco y flechas; y al desparramarse los zuavos por la capital, vieron a las mejicanas que seguían atrasadas no más de un trimestre las modas de París, y oyeron a todos los mejicanos que no pasaban de los treinta años hablarles la lengua francesa, en sus escuelas hacia ya cuarenta enseñada.

Y a los que crean exagerada esta opinión mía, les diré que todavía se cree en Francia que las señoras españolas llevan la navaja en la liga, y que los hombres vestimos de toreros, cuyos trajes cambiamos por los suyos cuando atravesamos por su frontera. Ahí están sus periódicos y sus grabados; una estampa de España no pasa por española si el paisaje no está animado por una procesión de frailes con la teja de D. Basilio en la cabeza y una pareja de bailarines ejecutando un bolero al son de una guitarra, mientras pasa la procesión. El pueblo francés seguirá aún muchos años viéndonos a través de este prisma, a pesar de los ferrocarriles y de la prensa; y si tal cree de nosotros, a quienes tan vecinos tiene, cómo juzgará a los pueblos entre quienes y él extiende Dios la inmensidad de los mares, y levantan sus escritores las inauditas patrañas de sus libros?

Así que los franceses, queriendo imponer a la fuerza su política al imperio y al pueblo de Méjico, hacían el vacío en torno del engañado Maximiliano; y agrandaban este vacío

las exigencias irrealizables del partido allí llamado *religionero*, el cual creía que el emperador católico debía de despojar y desterrar a todos los compradores de bienes nacionales eclesiásticos y de manos muertas enajenados por Juárez y Comonfort, a cuyos hechos consumados no podía aplicar el nuevo emperador más que sus justas leyes de revisión de títulos y escrituras de adquisición.

Yo no me he mezclado jamás en política, porque no he sabido hacer más que versos; pero no se necesitaba más que no haber perdido el sentido común para comprender la posición en Méjico del emperador Maximiliano. Mi simpatía por él no tuvo más base que la profunda compasión que me inspiró aquel noble príncipe, a quien desde su llegada consideré como la víctima expiatoria de los errores de la casa de Hapsburgo en América. ¡Preocupaciones vagas del poeta cristiano, que cree que Dios castiga en este mundo, como a los individuos, a las razas y a las naciones!

Un día me dijo una dama de la emperatriz que el emperador deseaba hablar conmigo de teatros y poesías, y utilizar mi fama y mi práctica en la gaya ciencia; pero que habiéndole dicho que yo era un furioso republicano, temía de mi parte una grosera repulsa al más sincero avance o a la más cortés oferta. Respondió la dama a la Emperatriz de lo absurdo de semejante aserto; aseguróla que yo era completamente extraño a la política, y prometiéndole que, cuando el Emperador visitara su hacienda, me encontraría en ella dispuesto a serle útil como lo creyera conveniente.

Y en un viaje que hizo por los Llanos para ver el acueducto de Tempoala, se hospedó en una hacienda a cuyo lindero salí yo a recibirle con los propietarios de ella, y fui de los invitados a su mesa y de los que tomaron parte por la noche en una tertulia en la cual *se hizo* música, y leí y recité cuantos versos él me pidió; pero no habiendo tenido ocasión de hablarme a solas durante aquel largo festín y de los prolongados obsequios que allí se le hicieron, me dijo al retirarse después de la media noche:

—Mañana saldremos a las cinco, y tendré mucho gusto en que me acompañe usted, que debe conocer este país.

A la partida para el acueducto tuve yo buena cuenta de que mis criados tuviesen ensillados mis caballos, y me ingerí entre su escolta austríaca, cuando arrancó de la hacienda la carretela en que viajaba con un secretario.

Las mañanas de la estación de las lluvias son deliciosas en aquellas llanuras. Los días amanecen claros y el sol espléndido, y las nubes no empiezan a cuajarse hasta una o dos horas después del mediodía. La tierra despide el balsámico vapor de la humedad absorbida el día anterior a través de las yerbas, y las plantas aromáticas que alfombran aquellas extensas praderas, y un aire salubre y vivificador, refrescan los pulmones al respirar.

Si no estuviera poblada aquella tierra por nuestra raza, inquieta y torpemente germinadora de guerras civiles, allí se viviría con la vida que Dios acordó al hombre al crearle en el Paraíso; porque Dios ha derramado allí la luz, la vida y la alegría, y el hombre desprecia allí los favores de Dios, tornándose en pesares y desventuras. Maximiliano, ó contemplaba absorto aquel maravilloso amanecer, ó rezaba como católico sus oraciones matutinales; ello es que marchamos los primeros minutos en religioso silencio y a lento paso, porque no le gustaba correr en sus viajes ni en sus paseos; al fin, tirando atrás la capota de su ligera carretela, dijo, volviendo la cabeza: «Así gozaremos del aire y podremos hablar.» Miré yo a mi alrededor, y vi sólo oficiales y soldados austríacos, autómatas de la disciplina y esclavos de la consigna; los de la hacienda, no creyendo tan madrugador a Maximiliano, enganchaban sus tiros y ensillaban sus caballos para alcanzarnos; espoleé, pues, mi cabalgadura, y me coloqué al

estribo, esperando que el Emperador me dirigiera la palabra. A las primeras nos entendimos:

—El secretario que me acompaña—me dijo—es alemán, y no comprende el castellano; habla usted sólo conmigo: hable usted, pues, sin rebozo.

No se lo dijo a sordo ni tartamudo: preguntó claro, y no respondí turbio; quedamos en que, no buscando en mí un adulador ni un palaciego más, yo debía ayudarle a crear un teatro nacional mejicano, del cual me nombraría director, con la condición de que no me mezclaría ni en la política del país ni en las intrigas de palacio; no me obligaría a usar uniforme ni distintivo alguno, y tendría derecho a ser recibido por él inmediatamente que yo le pasara mi tarjeta por la secretaría del gabinete civil.

Y seguimos alegremente el camino, visitamos el acueducto, cuya arquería compete en altura y extensión con los de Segovia, Mérida y Tarragona, y que es obra de un buen fraile, a quien los indios llamaron el padre Motolinía, que significa «el hombre pobre». Este buen fraile, que dejó en Méjico tan buena memoria como San Francisco Javier en Goa, se mesaría hoy las barbas y lloraría si pudiera resucitar y ver que su acueducto, destruído por el abandono y robadas sus piedras una a una, no sirve ya para llevar a Otumba el agua de Zempoala, que fué para lo que él le construyó; y ¿quién sabe si, como Dios le acordó la perseverancia para construirle piedra a piedra, acordaría a su indignación el milagro de convertir con una palabra su inmóvil e inútil esqueleto de piedra en un gigantesco ciempiés que moviese todas sus mil columnas para marcharse tras él de aquella ingrata comarca, que se ahoga de sed por haber cortado la médula cristalina que el fraile hizo correr por su hueca columna vertebral?

Maximiliano ordenó su recomposición; pero esta orden, como otras muchas que dió, no tuvieron tiempo de cumplirse; y en medio de una de aquellas lluvias tropicales de que Europa apenas tiene idea, el Emperador se tornó para la capital y nosotros a los magnéyales de los Llanos.

XII

Maximiliano me nombró director del Teatro Nacional de Méjico y del particular de su palacio. Quería levantar aquél desde sus cimientos e instalar éste en el primitivo salón del Congreso, que dentro del alcázar de los Virreyes existía. Para construir el primero me dió sus planos, dibujados por él mismo, y me habló de un presupuesto de una suma fabulosa de duros. Escuchéle tranquilamente exponerme sus planes, y dejéle darme sobre ellos sus instrucciones, comprendiendo sin dificultad su intento de ponerme en situación de aprovechar el lucro que podía proporcionar semejante empresa al que de ella se encargara; pero me había juzgado mal, y no había contado con mi completa ineptitud para labrarle una fortuna con negocios de administración, ni recta ni torcida, y en cuatro palabras le convencí de la inconveniencia de gastar el dinero, que para sostenerse en el trono necesitaba, en fundar un teatro que no serviría más que para abrir un sitio donde manifestarse a la oposición política, so pretexto de crítica artística y para dar pábulo a que la maledicencia supusiera que él me apadrinaba y yo me disponía a enriquecerme en la irresponsable administración de obra tan larga y tan costosa.

Quedó, pues, todo reducido a convertir en teatro un salón de Palacio, y dar en él de cuando en cuando algunas representaciones para solaz de la Emperatriz y de la corte, en cuyo teatro iría a trabajar la compañía de verso que vegetaba como podía en un teatro de la capital, cuya compañía, con título de Imperial, actuaría bajo mi

dirección, con la gratificación que el Emperador quisiera darla, mientras se realizaba la instalación de un teatro Nacional, indefinidamente aplazada.

El jefe del Chambelánato, un alemán que ejercía las funciones de intendente general de Palacio, recibió la orden de mandar construir el tablado; encargué yo sus decoraciones a un escenógrafo, y el 4 de noviembre, para celebrar los días de la Emperatriz, y por elección de ésta, se representó en aquel improvisado teatro la primera parte de mi *Don Juan Tenorio*. En el *Album de un loco*, que publiqué en Madrid a mi vuelta en 1867, hay una nota que da pormenores de esta función al insertar en aquel libro los versos de que en ella hice lectura. Maximiliano y Carlota habían aprendido el castellano en algunas de mis obras, y ella se sabía mi *Don Juan* de memoria; y la doble ventaja de ser su autor y el encargado de distraerles de los afanes de su inseguro reinado, me dieron con ambos un favor y una confianza que no es fácil a muchos particulares adquirir con los soberanos. Maximiliano, que era un príncipe literato y artista, a quien placía deshacerse alguna vez de la enojosa etiqueta de su imperial dignidad en el retiro de su aposento y en las expansiones de su vida íntima, me nombró su lector, no para que le leyera nada, sino para hablar con un hombre ajeno a la política de más halagüeños asuntos, y para saber por él lo que del país no quería ni debía preguntar a los en aquel país nacidos. Tuve yo muy en cuenta aquello de que los reyes son como los leones, con quienes es siempre arriesgado familiarizarse, y a la confianza que el Emperador me daba correspondí con la más constante y estudiada circunspección, aun en medio de la leal franqueza con que tenía que contestarle a sus más francas y extremadas preguntas, a las cuales era a veces difícilísimo dar adecuadas respuestas.

Esta jamás descuidada circunspección mía para no resbalar jamás en la desnivelada pendiente de condición igual, le hizo tan vez formar de mí no mala opinión y acordarme una confianza, cuyas demostraciones exteriores y públicas la hicieron parecer mayor a los ojos recelosos de los que, con más interesadas miras que yo, asistían a su corte o solicitaban su favor. Yo nunca tuve el que creyó la gente vulgar que con él alcancé; pero habiéndome dicho un día que le habían hablado no muy bien de mí, y habiéndome propuesto *si quería confesarme con él*, díjele que sí; y tales preguntas me hizo y tales respuestas le di, que ni le quedó nada por saber ni a mí que revelarle. Rióse mucho y asombróse no poco de lo por mí con él confesado; y como no ignoró desde aquel día nada de lo que de mí saber quiso, no hubo desde aquel día austríaco ni mejicano que de mí le hablase, a quien él no respondiera que él sabía de mí más que nadie, y que nadie debe hablar mal de lo que no sabe bien.

La casualidad le reveló algunas atenciones mías, que, aunque pequeñísimas, le dieron idea de la sinceridad de mi carácter; vaya una sin consecuencias: tenía yo en mi teatro una muchacha que con su sueldo mantenía a su madre viuda y a dos hermanas. Murió la madre: hizola la compañía decoroso entierro y cristianos funerales. Pedí yo, y pagué, los gastos hechos en ellos por la compañía, como director del Teatro Nacional; di a cada una de las muchachas treinta duros para los lutos, señalándolas otros treinta mensuales, para que no por falta de pan las faltara el decoro, guardador de la honra: todo lo cual hice yo con ellas en nombre del Emperador y como por él autorizado. Las muchachas, agradecidas, y siendo extremadas en mujéiles labores, bordaron primorosamente un pañuelo y fueron a ofrecérselo a Maximiliano, dándole con lágrimas gracias por lo que por ellas había hecho. No comprendió Maximiliano bien aquellos extremos de gratitud; pero oyendo mi nombre mezclado en sus sollozos, despidiólas cariñosamente y llamóme para preguntarme qué era lo que aquellas muchachas le tenían que agradecer. Díjele yo lo por mí hecho con ellas en su nombre, y vol-

viéndome él a preguntar si había cobrado yo del Tesoro aquellos duros, y volviéndole yo a responder que para algo había de servir el sueldo del director de un teatro imaginario, se echó a reír y me volvió la espalda, diciendo:

—Estas cosas no las hacen más que los poetas.

Y volviéndose, al pasar la puerta de su despacho interior, para saludarme y despedirme con un movimiento de cabeza, volvíme yo a mi casa sin volver a pensar en lo sucedido.

El primero del mes siguiente recibí un billete del intendente de Palacio, que decía:

«De orden de S. M. remito a usted cien duros, asignación mensual que recibirá usted por su caja particular.»

Todavía no había hecho uso del derecho, por mí demandado, de ser recibido por Maximiliano inmediatamente que pasara mi tarjeta; demanda que él no había comprendido, y que yo le había dicho que comprendería la primera vez que se le pasara. Un día se la hice pasar por el secretario del gabinete civil; recibíome al momento, y le anuncié que me constaba que habría riesgo para él si volvía a las cuatro al palacio de Chapultepec, como acostumbraba, por el camino de abajo del acueducto, sin hacer explorar y guardar el de arriba.

—¿Qué riesgo ha de correr—me respondió sonriendo—quien no ha hecho aquí más que bien?

—En ese caso—repose yo—suplico a V. M. que me permita acompañarle a Chapultepec, para darle cuenta por el camino de los asuntos de mi dirección.

—Y me acompañará también usted a la mesa, dijo, y me despidió, añadiendo:—La amistad a Maximiliano le hace a usted soñar con riesgos para el Emperador.

Hablé con el secretario del gabinete civil, hombre lealmente adicto a Maximiliano; escribió éste cuatro palabras, que yo le dicté, a la persona de quien le di el nombre; mandó aquel billete a su destino con persona de confianza, y a las cuatro, al salir Maximiliano para Chapultepec, me encontré a caballo en la garita (como allí se llaman a las puertas de la ciudad).

Maximiliano habitaba en el estío el palacio de campo de Chapultepec, y venía todos los días al de la capital al despacho de los negocios, yendo y viniendo siempre solo, con su secretario particular, en un coupé sin escolta y sin picador. Aquella tarde me llevaba a mí al estribo y se iba chaceando sobre el desempeño del papel de caballero mayor por el poeta desheredado, autor del *Don Juan*. Aquel camino, tan solitario como pintoresco, tiene a la izquierda un campo siempre verde y bien cultivado, que remata en el calado acueducto del agua fina de Tacubaya; y a la derecha, una honda acequia le separa no más de un sólido cimiento de musgosos sillares, sobre el cual se afirma el acueducto del agua gorda.

A la otra parte de la arquería, y a la altura de las seis varas del muro sustentador, corre tendida una calzada abierta, entre el acueducto y el campo de extensos maizales y de páramos sin término, cuajados de brezos y de chaparros. La calzada baja, resguardada del sol poniente por el acueducto, sombreada por hojosa y sonante arboleda, refrescado su ambiente por los derrames que escupe el agua por las ya agrietadas piedras del viejo acueducto y por la de la acequia, enramada de algas y berros silvestres, es en verano un delicioso paseo, pero frecuentado apenas por algún jinete misántropo o alguna pareja de indios que va o vuelve al mercado por las mañanas y a sus chozas al mediodía.

Un enemigo cobarde o un asalariado traidor, apostado y oculto bajo un arco del camino de arriba, tendría la seguridad de acabar impunemente con la víctima que, descuidada, viniera por la calzada de abajo, seguro además de escapar por la chapa-

rosa y abierta llanura alta. Y por aquel camino íbamos en alegre conversación Maximiliano en su coupé, y yo a caballo a su portezuela; y así llegamos, a paso tranquilo y cómodo, por bajo los corpulentos sabinos de su acotado parque, al empinado casti- llo azteca de Chapultepec. Allí comimos en una galería, desde la cual veíamos comi- endo el indescriptible panorama del valle de Anáhuac, en cuyo centro la capital parece una ciudad de marfil de un abanico chino, destacándose sobre el fondo azul de la laguna de Tezcoco.

Quien no ha visto a Méjico desde Chapultepec, no ha visto la tierra desde un bal- cón del Paraíso: Maximiliano se extasiaba contemplando aquel fragante y gigantesco canastillo de flores, puesto al pie de los nevados picos de la Sierra Madre, que le de- vuelve por el aroma fresco de sus jardines de Iztapalapa, el cedríneo perfume de sus alorces cimbradores y de sus retorcidos enebros. Allí, en aquella galería, exclamó una tarde el infeliz príncipe austriaco, respirando a pleno pulmón aquel aire salubre, y dilatando sus pupilas azules a aquella luz tibia y trasparente: «Así deseo yo que me dé Dios luz y aire, para morir bendiciéndole.» ¡Y Dios le oyó!

Aquella tarde en que yo le acompañaba, comenzaba ya a confundir su luz con la neblina parda del crepúsculo; teníamos ya vacías las tazas del café y fumaba Maxi- miliano, no comprendiendo que yo le despreciara sus elegidos vegueros, y entreteníale yo con el relato de cuentos y pormenores de costumbres del país, sin darnos ni él ni yo cuenta ni de quiénes éramos ni de cómo el tiempo se nos pasaba, cuando nos interrumpió la señal de su telégrafo particular, que la hizo de atención. A los pocos minutos, el empleado que de él cuidaba se presentó con un telegrama descifrado, en el cual anunciaba el gobernador que «habiendo tenido aviso de que gente sospechosa y armada había sido vista en la calzada alta, próxima la hora del paso de S. M. por la baja, la policía había sorprendido a dos individuos cuya procedencia e intentos se averiguaban, habiéndose salvado por el páramo algunos jinetes mejor montados que les acompañaban.»

Leyó Maximiliano el telegrama y pedile yo permiso de retirarme. Apretóme las manos entre las suyas, como si hubiera sido un condiscípulo mío de Universidad; y seguró de que yo no había de decir más de lo que por la mañana le había dicho, me acompañó hasta la escalera, dando orden de que me se escoltara hasta la ciudad.

XIII

Tres meses después, un acontecimiento que sólo dependía de Dios, varió comple- tamente mi posición social, y pedí permiso a Maximiliano para volver a Europa. Aun- que yo no era nada en su Imperio ni en su corte, pues la dirección de un Teatro Na- cional que aún no existía no era un empleo, sino un pretexto para darme tres mil duros de sueldo, y el título de lector me había sido dado a condición de no leer, Maxi- miliano me negó el permiso que solicitaba: insistí yo en mi demanda y él en su ne- gativa; paséle por el gabinete civil escrita la dimisión positiva de mis dos fantásticos empleos, y al fin me citó un día para el siguiente, con el objeto, según decía, de fijar las condiciones de mi viaje.

Y he aquí en qué consistieron y cómo concluyeron mis efímeras relaciones con aquel príncipe desventurado, de quien me veo obligado a conservar una triste y poética memoria en la última hoja de mis recuerdos.

En una larga conversación que a solas tuvimos, comprendió Maximiliano mi firme resolución de volver a España, las razones que para ello tenía y la necesidad que para

sonales, para que yo las consignara en una especie de legendario, desde que se aconsejó a él y a Carlota aprender el castellano, hasta el hecho de la abdicación que les condujera de vuelta al castillo de Miramar, donde yo tendría aposento, sueldo y acceso en sus aposentos como lector y cronista suyo.

Y como yo no había aceptado las ocasiones que él me había ofrecido de lucrarme en negocios que para otro hubieran sido muy lucrativos, él sería editor del libro que me encargaba; sólo que el editor me le pagaría como Emperador, de modo que su precio cubriese, y aún doblase, el de todas las deudas mías y de mi casa en Méjico y en Europa.

No había razón para no aceptar tan imperial propuesta; y como él sabía la suma de mis deudas, yo aceptaba la cantidad por él marcada: dos tomos a 25.000 duros cada uno; pero yo tenía una condición que poner, y se la puse: que ni en Méjico ni en Miramar, si así llegáramos a volver, perdería yo mi nacionalidad; que estaría siempre bajo el pabellón español, y que a caer en la previsión humana, yo vendría a morir en España, aunque fuera en un hospital.

Yo tengo esta idea muy metida en el cerebro, y esta convicción muy arraigada en mi conciencia: que un poeta, *que no es más que poeta*, por popular que sea en España, ha de morir en el hospital o en el manicomio; y aunque de esta idea mía se reía mucho Maximiliano, también afectaba reírse del *sotto la clamide—trova la corda*, y encontró al fin las balas con que le fusilaron, sin volverme a ver a mí, que era el único amigo que para él tenía el temor de la cuerda, como para sí el del manicomio o el hospital.

Quedamos, pues, en que mi viaje duraría un año y tendría vuelta; que conservaría mi sueldo durante mi ausencia, recibiendo adelantada una anualidad como gasto de viaje; que me acompañaría mi secretario de la dirección del teatro, mozo de tanto sentido práctico como entendido en administración, también con su sueldo; que el primer miércoles de mayo me entregaría de sobremesa sus instrucciones, partiendo, sin despedirme de nadie más que de él y de Carlota, en el vapor *La France*.

Y a las cinco de la tarde del miércoles 2, concluíamos de comer y entrábamos en su despacho de la torre del Mediodía del palacio de los Virreyes, donde, con la cordialidad de un amigo y el cariño de un hermano, me entregó un paquete de notas, una libranza de 4.100 duros sobre París, sesenta y dos onzas y media para el pasaje y una letra sobre Madrid para los gastos de la vuelta, que debía verificarse entre junio y septiembre del 67, previo aviso suyo.

A las seis menos cuarto se levantó de la silla para despedirme, y me abrazó: él era de aventajadísima estatura, y mi frente llegaba apenas al lugar en que latía su corazón, contra el cual me estrechaba: sentí que los ojos se me inundaban de lágrimas; y cuando me condujo hasta la puerta, yo no pude articular palabra; apretéme la mano, y diciéndome: «Hasta la vuelta, y puede usted escribirme por mi gabinete civil», me despidió. Atravesé el inmenso salón vacío en que la puerta de su gabinete se abría, y al llegar a la puerta de aquél, sintiendo yo que aún me esperaba en la de éste, me volví a hacerle el último saludo. Estaba, efectivamente, sonriéndome bajo el dintel de aquella puerta; los rayos del sol poniente, que por el balcón del gabinete que tras ella y sobre la plaza se abría, iluminaban por detrás su figura inmóvil, que destacaba sobre aquel fondo de resplandor de incendio: su cabeza rubia parecía cercada de una aureola de luz purpúrea, y nunca he podido olvidar esta coincidencia supersticiosa.

La primera vez que le vi, entrando en la capital, bajo su manto rojo de púrpura y escoltado por su guardia palatina de uniforme rojo, me pareció que tras de sí dejaba

un rastro de sangre; y la última me dejó la impresión de haberle visto circundado de fuego como si saliera o cayera en un volcán.

Y el 13 de junio de 1866 me hice a la mar en Veracruz.

Maximiliano telegrafió a Veracruz para que el vapor *La France*, donde me embarqué, no partiera el 13; pero no participando ni su capitán ni yo de aquella preocupación del príncipe austriaco contra el número 13, nos hicimos a la mar, alegando el perjuicio que tal retraso ocasionaba a la Compañía de aquellos buques-corres.

Yo he estudiado todas las supersticiones de las creencias y todas las preocupaciones del vulgo en todos tiempos y países, y de ellas me he valido para dar interés con lo maravilloso a mis leyendas y a mis dramas; pero con estas cosas sucede a los poetas lo que a los sacristanes con los santos: que a fuerza de despolvar y manosear sus imágenes, se familiarizan de tal modo con ellos, que concluyen por perderles el respeto. Jamás ha hecho buque francés viaje más feliz a través del Atlántico; ni una nube en el cielo, ni una racha en el aire, ni una ola espumosa en el mar, apenas el agua se rizaba, y casi nos era fastidiosa la eterna monotonía de aquella perpetua tranquilidad.

Había yo pasado once años y medio en Méjico esperando una muerte que siempre me desdeñó, en la indolencia del hastío de la vida y en el poco caso que de ella se hace en aquel delicioso país, en el cual todo se toma conforme viene. Y ¿quién sabe si éste es mejor modo de pasar de la cuna al sepulcro, adonde y de donde vamos y venimos, por la voluntad del Criador, sin ser consultados ni a la llegada ni a la partida? Ello es que yo había desperdiciado sin conciencia mi tiempo en aquellos once años y medio, cinco de los cuales pasé sin libros, tintero, papel ni plumas, cazando ardillas y tostándome al sol, sin recibir ni enviar una carta a España, y procurando no más olvidarme de mí mismo para que los demás me olvidaran.

De cuando en cuando, en mis breves estancias en la capital, me caían a las manos *Los Monjes*, de Manuel Fernández y González; *El tanto por ciento*, de Ayala; *Las querellas del rey sabio*, de Eguílaz, y el relato de *La guerra de África*, de Alarcón. Extasiábame yo con *Los Monjes*, y adoraba en sueños a aquel fecundísimo ingenio andaluz que me hacía andar por las calles y cuevas del Albaicín entre las sombras de los moros, evocados por él, de la Granada fantástica de la Edad Media, y tenía que defender contra la crítica agresiva aquellas comedias que me testificaban la vida literaria de mi patria, y aquel libro de Alarcón que con tan característica originalidad ponía tan alta la gloria de España en aquella tierra donde aún se miraba de reojo a los *gachupines*, que le habíamos descubierto y poseído desde los tiempos de Carlos V y le habíamos perdido en los del inolvidable Fernando VII.

Esta admiración que me causaba allá la sorpresa de leer y la necesidad de defender sus obras, me encariñaba con sus autores, a quienes no conocía; y el que no ha estado por allá, no sabe cuánto se estima y con qué idolatría se adora lo que acá nos honra y allá llega en las alas de la fama. Nada me deben, pues, ni Alarcón, ni Fernández y González, ni Tamayo, ni los otros más jóvenes ingenios que durante mi ausencia de la patria han salido a luz en ella, como yo en 1837, por el cariño fraternal que allá por ellos engendraba en mi corazón el orgullo de ser español y poder llamarme hermano suyo.

La vida es una perpetua lucha, y de ella nace el amor a lo por que se lidia; y por triste o despacible que sea el lugar en que habitamos con nuestros pesares y nuestras peleas, siempre le abandonamos con sentimiento. Dejaba yo pocas amistades en Méjico: mi vida huraña, mis costumbres poco sociales, mi afición a la soledad y al campo, concluyen siempre por enajenarme las voluntades.

Yo sé que el hombre se debe a la sociedad, y el cristiano al prójimo; pero hay dos cosas que me hacen a mí romper con el prójimo y con la sociedad: la falsedad de los

cumplimientos y los versos; como no he hecho más, nadie me habla más que de ellos; y como a mí me divierten los ajenos y me hastían los míos, a donde de mis versos me hablan dos veces suelo no volver la tercera.

Dejaba, pues, pocos amigos en Méjico, de donde partía para volver, y esperaba hallarme olvidado en España, donde hacia quince años que de mí no tenía nadie noticia ni correspondencia; y, sin embargo, bogaba yo en *La France* con alegría hacia España, e inspirábame poética melancolía el alejarme de Méjico. El corazón del hombre es un abismo de deseos, un tesoro de esperanzas y un manantial inagotable de recuerdos; y con los recuerdos, las esperanzas y los deseos de mi inquieto corazón, y con la versatilidad de mi voluble espíritu vagabundo, arribé a la Habana, por donde fué imposible pasar incógnito. Convenía a mis intereses que los periódicos de Cuba no anticipasen en España la noticia de mi vuelta a Europa; pero no podía menos de dar un apretón de manos a mi hospedador Manuel Calvo, un abrazo a mi discípulo Trifón Modet, y la enhorabuena de haberse casado con una hermosísima cubana a mi feo hermano en Apolo, el mozarabe Juan Ariza.

Ajeno estaba yo al estrecharle entre mis brazos de que era la última vez que nos veíamos. ¡Allá quedó con Cagigas, y Federico Bello, y el doctor Sanchíz, y en aquella isla tan alegre, tan rica y tan codiciada, cementerio de mis más leales amigos! Y Juan Ariza, autor del *Don Juan de Austria*, valía mucho más, y mucho más merecía, que el olvido en que le hemos echado. Nada me debe tampoco por cumplir mi deber al rendir con este cariñoso recuerdo el homenaje debido a su talento.

Tenía además que reunirme en la Habana con un personaje, de quien aún no he dicho una palabra, pero que tuvo la mayor influencia en mi vida y negocios en América, y que allí iba a embarcarse conmigo para Europa. Debíale yo grandes servicios, sin haberle tratado más que por correspondencia, porque no le conocía personalmente, y no pude dar con él hasta que estuvimos a bordo. Era éste un francés de Strasburgo (que todavía era departamento de Francia), librero y quincallero en la Habana, donde hay muchas librerías a medias con la quincalla, no sé por qué.

Llamábase este librero León Williez, y era sobrino del relojero del mismo nombre, a quien todo Madrid ha conocido en la calle del Príncipe. Este relojero lo fué de mi padre desde que vivíamos en la casa hoy palacio de Santoña, y cuidó de los relojes por los cuales conté las horas en que escribí todos mis dramas y mis leyendas. El Williez librero trabó conmigo relación por una carta que desde la Habana me escribió a Méjico, con motivo de la muerte desastrosa en desafío que acabó con el honrado y pundonoroso director del *Diario de la Marina*, Isidoro Lira, que me protegió, franqueando a mis escritos las columnas del folletín de su periódico, con un sueldo de tres mil duros anuales, en 1860. Williez, al participarme la muerte de Lira, me decía que el periódico cambiaba de propietario, de redacción y tal vez de opinión con la muerte de Isidoro; que como yo, fiado en la amistad y protección de éste, había dado la mitad del original por todo el sueldo, que mensualmente me remitía aunque no escribiera, él se me ofrecía a pagar lo que me reclamaran (si me lo reclamaban), y a seguir pagándome el mismo sueldo, si aceptaba los trabajos que a continuación me proponía. Concluía su carta diciéndome con el más familiar desenfado que, habiéndose presentado a él para pedirle mi dirección el apoderado de un acreedor de mi casa por mil ciento diez y ocho pesos, con un tono y una cara que no le había parecido de buen augurio, se había tomado la libertad de satisfacer aquel crédito, cuyo recibo me enviaba adjunto, para evitarme el disgusto de ver la cara y oír el tono de semejante acreedor.

Dejéme sumido en un mar de confusiones esta extraña carta de tan extraño personaje, y dudé mil veces si era una broma; pero el recibo en papel sellado, legalizado

por ante escribano, el timbre del papel y un paquete de libros en rústica que me traje después un dependiente de las mensajerías, me hicieron por fin tomar por lo serio aquel inesperado editor y aquella extraordinaria manera suya de hacer negocios. Contesté que aceptaba sus proposiciones, que comenzaría la traducción de aquellos libros que me enviaba, a condición de no poner mi nombre en su portada, y bajo las condiciones que íbamos conviniendo en nuestra subsiguiente correspondencia.

Mal convencido aún y receloso, sin embargo, escribí a Juan Ariza pidiéndole noticias del hombre e informes de su establecimiento; contestóme Ariza con una concisión espartana: «acepta», y acepté. Traduje del francés y del italiano una porción de libros, cuya traducción no creí deber firmar, y Williez me envió exactamente las mensualidades estipuladas y cuantas sumas necesité; mil doscientos pesos que dejé al Sr. D. Manuel Mendoza Cortina para pagar mis cuentas atrasadas y del semestre antes de partir, y trescientos y pico que recibí por saldos de cuentas conmigo el señor D. Pío Bermejillo, fueron remisión de Williez en letra contra el banquero Portilla; y todo este crédito y estas remesas me las hacía Williez sin la más mínima observación.

Tal era el hombre con quien me reuní a bordo de *La France*, y a quien no me cansaba de examinar y estudiar. Sencillo y vulgarísimo era su exterior, modesto, pero limpio hasta la pulcritud, en su vestir; claro y conciso en el hablar, con poco acento francés en el castellano y con inmensa facilidad en el alemán; nacido y criado en Strasburgo, el alemán y el francés eran simultáneamente sus lenguas maternas; y esa fué su desventura y la mía, porque, el tiempo andando, mientras arreglaba en Strasburgo sus negocios de familia, tomándole por espía, le fusilaron los prusianos.

Hombre práctico y nada poético ni ideal, estaba siempre dispuesto a todo; y comprendí, al estudiarle, que se había metido en negocios chicos y grandes, según la necesidad de su situación y de su bolsillo. Durante la navegación no permitió que mi secretario ni yo pagáramos ningún extraordinario, declarándose nuestro tesorero; y al desembarcar en San Nazaire, nos dió una muestra impagable de su audacia y *savoir faire* en el ejercicio de su gramática parda mercantil.

Mi secretario y yo traíamos poco equipaje; una maleta de cuero inglés cada uno; pero Williez traía dos enormes mundos, que nosotros creímos llenos de libros y de papeles. Depositados en el muelle los equipajes para registrarlos, y ojo avizor sobre ellos los aduaneros franceses, Williez dejó que dos de éstos registraran nuestras dos maletas y la suya, que puso al lado, diciéndome mientras, y en francés, y alto de modo que los aduaneros lo oyeran:

—Usted trae unos cuantos cigarros; vaya usted a declararlos y pagar los derechos a la administración.

—Este señor tendrá la bondad de acompañar a usted—dijo volviéndose a uno de los dos aduaneros, y le añadió:

—Este caballero llega por primera vez a Francia, y no está enterado de los trámites administrativos de nuestro país.

Partí yo con el aduanero, declaré mis cigarros, que me había regalado Ariza para el viaje, pagué por ellos una enormidad, y cuando volví al muelle hallé a Williez y a mi secretario sentados tranquilamente sobre los mundos de aquél.

—Vámonos, nos dijo en cuanto yo llegué.

Cargólos en un carro con las maletas, y nos fuimos a un hotel a esperar, almorzando, la hora de tomar el tren de París. Federico (mi secretario) me dijo que mientras yo estuve en la administración había arrimado sus dos mundos sin registrar a nuestros baúles ya registrados, y con el más diestro disimulo les había puesto la cifra de registrados que los aduaneros ponían con su yeso en los ya vistos, sentándose con él a espe-

arme sobre ellos, y suponíamos que había introducido libros impresos en los Estados Unidos.

XIV

A las nueve de la noche nos instalábamos los tres en París en casa de una tía de Williez, y a la mañana siguiente, llevándonos a su cuarto antes de almorzar, nos dijo: —Ahora yo pago su estancia de ustedes en París; porque como ustedes no fuman, les debo en obsequios la parte que de mi contrabando les pertenece por haberme ayudado a introducirlo.

Y abriendo sus dos mundos, vimos que contenían cada uno cincuenta cajas de los mejores vegueros de Vuelta Abajo.

Williez se reía y se aprovechaba de todo. Al mostrarme yo poco satisfecho de su hecho, me respondió:

—¡Bahl! Hace medio siglo que mis compatriotas viven engañando al universo, y es justo que haya quien les engañe. Es la ley de la compensación; además, que el buen mercader debe de saber sacar horros los gastos de viaje.

Y entonces me percibí de una coincidencia extraña: en mi arribo a Méjico ayudé a defraudar al gobierno republicano con los relojes de Losada, y a mi vuelta a Francia, a la Hacienda imperial con los tabacos de Williez.

XV

Éste se hizo nuestro *cicerone* en el París nuevo, donde para mí eran ya nuevos y desconocidos los hombres, y cuyas nuevas cosas venía curioso de ver. Muriel, mi protector, había muerto; Fernando de la Vera andaba representando por la América Central a S. M. C.; Torres Caicedo bullía por su país, preparando la realización de sus sueños de oro, que eran una plenipotencia cerca de la Santa Sede; el doctor Delmás había expirado en brazos de su sobrina, víctima del cólera esporádico, contraído en la asistencia de dos marinos coléricos, después de haber probado en un luminoso artículo de una Revista médica que el cólera no se trasmite por contacto, es decir, *que no se pega*, como dice el vulgo. Su sobrina Celeste se secaba conservando con su virginidad los empajados pellejos de aquel gato y aquella liebre que vivieron alegres sin echar de menos el bazo que mi amigo Delmás les había extraído. Mademoiselle Celeste, que vivía solitaria y melancólica con la modesta herencia y los empajados recuerdos de su tío, me dió a entender, entre suspiros y reticencias, que la señora por quien desbazó Delmás a aquella liebre y aquel gato, no pudo resistir, como ellos, la operación.

De aquella visita a Celeste Delmás saqué yo dos consecuencias: una, que por lo visto a la raza humana la es más necesario el bazo que a los gatos y a las liebres, puesto que los estudios hechos en el bazo de éstos no sirven para la extracción del de una individuo de aquélla; y otra, que la doncellez, indefinidamente conservada, agría y arruga generalmente a las mujeres como si se las pusiera en escabeche. Y esta observación pertenece a mi fusilado editor Williez, al cual asombró la decrepitud prematura y la extrema delgadez de mademoiselle Celeste, junto a quien sería una mაცეზა Venus de Milo la delgadísima Sarah Bernhardt.

París me pareció lo que me había parecido veinte años antes: el paraíso de los tontos; y como yo pertenezco siempre a la numerosa familia de los papa-moscas, me eché por aquellas calles y me embobé ante las tiendas, los bazares y las exposiciones de toda

especie por el día, y fui con Federico a entontecerme por la noche en el teatro histórico y en los otros levantados en mi ausencia. En el histórico vi la magia de Cendrillon, que maldito lo que se me alcanzó que tuviera de histórica; pero yo he sido siempre muy aficionado a los funámbulos, atletas, equilibristas y bailarines, y sobre todo a las bailarinas.

Una buena mímica italiana, contando a patadas en el tablado y a manotazos en el aire la muerte de Julio César o la presentación de Galileo al dux de Venecia, me extasia; y luego, cuando avanzan desde el fondo de la escena sobre la luz de la batería cincuenta o sesenta pares de piernas, saliendo de aquellas faldas de gasa, que no son hoy más que un pretexto para salir en cueros, y aquel batiburrillo de brazos y cabezas de sílfides, y aquellos cuerpos alados de mariposa... vamos, es un espectáculo de verdadera diversión, porque no obliga a pensar en las unidades clásicas, ni en los anacronismos históricos; en una palabra, no obliga a convertir la diversión en estudio, como sucede con los dramas y las comedias; y en suma, puede uno hacerse cuenta que ha tomado una dosis del hachich del sultán de Constantinopla o del emperador de Marruecos, y que está uno abriendo una de aquellas frutas de cuyas pepitas brotan las huries, que salen de ellas para abanicar graciosamente el sueño de la siesta de los bienaventurados del paraíso de Mahoma.

Finalmente, el baile tiene la ventaja de que las bailarinas no tienen palabra; es decir, no hablan, y la palabra es lo que mata el teatro y la humanidad; si no habláramos, si hubiéramos tenido la dicha de que el hombre se hubiera quedado en el último peldaño de la escalera del difunto Darwin, que en paz descansa, la humanidad, mímica y no parlante, hubiera bailado en vez de hablar; y jamás hubiéramos dado en pronunciar esos magníficos discursos académicos y congresiles, que jamás han aclarado, sino embrollado, las cuestiones, ni hubiéramos oído en el teatro platicar en redondillas y en octavas a los reyes con las fregonas, y a los papas con las lavanderas.

Por eso me encantan a mí los bailes y las bailarinas, porque no hablan; y no haciendo discursos filosóficos ni versos prosaicos de los que hoy se usan, me producen un deleite plástico, un deliquio platónico, resultado de la combinación artística de la música y el movimiento. Como mujeres... nunca las tomo, porque creo que no las hay más desventuradas: detrás de unas no hay más que una triste historia, una serie de días de trabajo y de noches de lágrimas y soledad; y detrás de otras, un antro lóbrego, al cual no me ne queridos nunca asomar; alguna vez he aliviado el trabajo y enjugado las lágrimas de alguna; de ninguna he rasgado por la noche la malla de seda que miente la carnación y acusa los contornos de la móvil exposición de su cuerpo.

XVI

¡Demonio! Ahora me apercibo de que estoy pasando por París, y de que he alargado la introducción de un artículo realista a lo Emilio Zola: vámenos pronto de París, como yo me fui, que fué de esta manera.

Contemplaba embobado una noche los equilibrios de un clown en el Circo de invierno, cuando una mano se apoyó en mi hombro y una voz conocida se introdujo en mi oído, diciendo:

—¡Tú aquí, Pepe!

Era Juan del Peral, que siempre tuvo el don de ubicuidad: a todo el mundo conoce, con todo el mundo habla, de todo el mundo es amigo, y entra y sale en teatros, ateneos, oficinas, redacciones y ministerios como Pedro por su casa. En todos los periódicos

escribe y de todos los centros de publicidad es corresponsal; no hay salón de duquesa, gabinete de traviata ni cuarto de actriz cuya puerta no le esté franca, y su encuentro era el más inoportuno que podía yo haber hecho, importándome no dar en España el quien vive de mi vuelta a Europa, porque era infalible que al día siguiente algún periódico la daría.

Y la dió; pero no tuvo eco, porque no volvió nadie a verme ni a saber de mí. Williez arregló mis cuentas con mis antiguos editores franceses, hizo con poderes legales mis cobros y mis pagos, y dándonos con él cita para Madrid en el mes de octubre, partimos mi secretario y yo para Lyon, Aviñón y Nîmes, dando fondo en Perpiñán, y visando a España como dos perdigueros de muestra sobre una perdiz.

Necesitaba yo mucho tino, y tomar bien lenguas y precauciones, para no dar una pifia; un buen bombo, un éxito o una ovación, rara vez se obtienen ya espontáneos: es preciso prepararlos; no se tiene dos veces un cementerio con tres mil personas a mano para salir al mundo, como tuve en 1837, a la muerte de Larra. Los mejicanos me habían pronosticado que mi patria no se acordaba ya de mí; yo me había ya apercebido, por las obras nuevas que había hojeado, de que la nueva pléyade literaria de España, la juventud sobre todo, sabía más que yo, porque había estudiado más; lo que se escribía tenía más meollo y menos hojarasca que la con que yo había formado afiligranado mis huecos versos. ¿Qué juicio habían formado de mi valor, en qué estima o en qué menosprecio me tenían los que tras mí habían surgido? ¿Me conservaban o me habían ahogado en su memoria? Deseaba yo que los mejicanos se hubieran equivocado; anhelaba que llegase a sus oídos y a los de Maximiliano, entre el ruido de algunos aplausos, la noticia de mi llegada a España; quería poder decirle algún día: «Yo tengo mi panteón en la patria donde tuve la cuna»; y esperaba en Perpiñán, discurriendo cuándo y cómo y por dónde volver a entrar en la tierra en que vi la luz.

Vinjaba yo con dos pasaportes: el uno regio, como lector del Emperador y agregado a su casa imperial, del que en ninguna parte me serví; en el de mi secretario Federico decía: «Le acompaña D. J. Zorrilla»; y resultaba yo en él como su ayo, su mayordomo, su preceptor, en suma, como segunda persona. Así entramos el 19 de agosto en Barcelona, y nos hospedamos en el hotel de las Cuatro Naciones, no hablando más que francés, y sin que a autoridad alguna ni a vigilante de la frontera se le hubiera ocurrido que aquel Zorrilla, acompañante de un muchacho, fuera el autor de *Don Juan Tenorio*, viviendo yo siempre muy sobre mí para oír impasible mi nombre, si en mi presencia se mentara. Y así pasamos veintiún días en Barcelona, hasta que al vigésimosegundo se les ocurrió al avispado Aulés, al excéntrico Llanas, al severo Angelón, y a algún otro literato catalán, que aquella corva nariz judía y aquella fabulosa perilla, que bajo un hongo de muy anchas alas y sobre un estrecho gabán de verano iban todas las noches a respirar y a ventearse con las auras del mar al paseo de la muralla, eran las mismas que mis retratos copiaban desde febrero de 1837.

Una mañana en que solo y descuidado miraba yo unas caricaturas en un kiosko de la Rambla, sentí un «aquí está Zorrilla», al tiempo que una mano familiarmente caía sobre mi brazo. La sorpresa me obligó a venderme, y mi incógnito no pudo durar más. Al día siguiente se presentó en mi cuarto del hotel el tan conocido como estrambótico fabricante Pepe Puig y Llagostera, con una carta del bravo Ramón Losada, relojero cronometrista de Regent-Street, que era socio de la compañía de su fábrica explotadora, y en cuya carta le mandaba alojarme en su casa, etc. No era posible desairar al buen Losada, y su carta fué el origen de mi amistad y vida común con aquel extraño personaje, fabricante, diputado, conspirador y malogrado y disparatado Pepe Puig.

Aquí concluyen mis **RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO**. De mi *Vuelta a la patria*, segunda parte de éstos, tengo por concluir un libro, que publicaré o no, según me convenga. En él, quince años después de mi vuelta, me muestro agradecido a cuantos me han honrado con un verso de bienvenida, y aun con un simple saludo de cortesía, desde Narciso Campillo, que de Sevilla me dirigió el primero unas quintillas preciosas, hasta Manuel del Palacio, que aboga por mí en unas ingeniosas décimas en la hoja literaria de los *Lunes de El Imparcial*.

XVII

De cómo mi secretario pasó a Valladolid, y allí dispuso mi primera lectura en el teatro de Calderón; de cómo de Valladolid subió a la villa y Corte, donde con la intervención y auxilio de Pedro A. de Alarcón, gran conocedor de la tierra, y práctico en el manejo de la aguja de marear, me preparó mi presentación con el bombo y serenatas convenientes; de cómo Luis G. Brabo, presidente entonces del Consejo de Ministros, temió neciamente primero que mi vuelta a España trajera una intención que no cabía en mí, y lealmente después me presentó a SS. MM. los reyes doña Isabel y D. Francisco, y de todo lo demás, que ni aquí cabe, ni a mis lectores importa, hay minuciosos pormenores en mi *Vuelta a la patria*.

Hace y basta hoy a mi propósito recordar cómo, ajustadas cuentas con mis antiguos editores y con los acreedores viejos míos y de mi casa, con aquéllos por ante mí escribano Hortiz y sus hijos Constantino y Pepe, y con los acreedores por mí mismollamándolos a concurso, resulté debiendo, y acepté con latas condiciones que todos me acordaron, nueve mil y pico de duros; a cuenta de los cuales exhibí a Gullón mi *Album de un loco* en diez y ocho mil reales, y a los acreedores veinte y tres mil, de los treinta y tantos mil que con mis lecturas había ganado. Con lo cual, dando fin a mi primera exhibición, me quité de en medio, según mi costumbre, sin decir a nadie está boca es mía, y me sumé en Quintanilla de So-Muñoz a apacentar mi alma con las dulcísimas memorias de la niñez y las tristísimas de mi buena madre, mártir de mi abandono. En diciembre del 66 di a mi secretario Federico mil duros, de los mil doscientos que por su sueldo me había dado Maximiliano; y a éste, por mano de aquél y por el paquete francés de Saint-Nazaire, escribí dándole parte de lo hecho y aceptado; compré unos caballos para ir y venir de Quintanilla a Burgos y de Burgos a Quintanilla; y en largos paseos por aquellos lugares donde había sufrido y gozado mis pesadumbres y amores de muchacho, y en largas conversaciones con un viejo prebendado de la catedral de Burgos, a quien he tenido por padre y como a tal he querido y venerado siempre, y para quien más tarde escribí la dramática tradición burgalesa de mi *Encapuchado*, esperé la llegada del mes de junio, plazo de mi palabra empeñada al príncipe austriaco, a quien había prometido volver a Méjico.

A fines de mayo, mi viejo segundo padre, el prebendado D. Julián García, que recibía mi correspondencia, me envió una carta de Maximiliano, en la cual me decía textualmente: «La abdicación va a hacerse necesaria; evite usted un viaje inútil y espere órdenes; tal vez nos veamos en Miramar; y aguardé tranquilo aquel segundo anunciado aviso, que no debía ya recibir.

Y aquí, en estos momentos de espera, será bueno echar una rápida ojeada sobre mi situación, y hacer sobre ella algunas necesarias observaciones. He dicho que había ajustado cuentas con mis editores; pero este ajuste no era un saldo; yo he debido siempre algo a mis editores, porque jamás ninguno me ha negado el crédito. Al ajustar estas cuentas, traté de corregir algunas de mis obras y de recobrar con su corrección

y refundición algo de sus productos: aviniéronse al principio mis editores con mi pensamiento, y no se negaron a cederme aquella parte que reconocían pertenecerme con justicia por la propuesta refundición; pero mejor pensado, ellos y yo desistimos de tal idea. Mis obras (las que aún viven) no me pertenecen a mí ya, sino al público; éste se las sabe de memoria, y por no volverlas a aprender las acepta con sus desatinos y rechaza toda corrección. Los veintidós años que estuve ausente de mi patria me mataron civilmente en el espíritu de la generación que no me veía, y yo volví como un resucitado que sufre los efectos y presencia el espectáculo de su fama póstuma. Volvieron, pues, mis editores a quedar en su perfecto y legal derecho, sin que a mí me ocurriera entonces, ni me haya ocurrido jamás, que me hayan engañado ni menos estafado en sus contratos. Yo escribí y vendí mis obras cuando no existía ley de propiedad literaria; no pensé más que en captarme con ellas el cariño de mi padre, a quien por ellas abandoné; no creí que la política le empobreciera, ni que lo famoso que había con ellas hecho mi apellido fuera una razón para desheredarme indirectamente, dejándome más deudas que capital; no pensé, por consiguiente, al venderlas, ni pude pensar en el porvenir. Es verdad que algunas han producido y siguen produciendo mucho; pero también hay muchas que apenas han producido lo que recibí por ellas; y que ya están para siempre sepultadas en el olvido.

Hay alguna que, mirada bajo el punto de vista mercantil, parece que pudiera acaso darme derecho de reivindicación; v. g.: *Don Juan Tenorio*; este drama es una mercancía literaria que entró en circulación en 1844, capitalizada en 600 duros. Suponiendo (y no creo exagerada mi suposición) que no haya producido más que mil duros anuales de derechos en provincias y Ultramar, y 300 en Madrid, suman 49.400 duros en los treinta y ocho años. Si esta propiedad no hubiese sido literaria o la ley acordara al ingenio la lesión enorme, es claro que un capital de 600 duros, del cual se han cobrado 49.000 de intereses, podía muy bien ser objeto de reclamación y de transacción, y no hubiera conciencia que no se pusiera de parte del reclamante; pero en este caso excepcional, no teniendo la ley efecto retroactivo, ni existiendo excepción para las mercancías del ingenio, mi obra está legalmente vendida, y legalmente y en derecho poseída por quien me la compró; y ni me ha ocurrido nunca, ni me ocurrirá jamás, demandar a mis editores la cesión de su propiedad, ni en todo ni en parte, ni menos caer en la vulgaridad de darme por robado ni por estafado; yo vendí como entonces se compraba, y mis editores compraron como yo vendía; las obras de teatro no pueden venderse a cala como los melones: éste pudo muy bien salir calabaza, como otros muchos; conque, a quien Dios se la dió, San Pedro se la bendiga; yo rechazo toda responsabilidad de cuanto dicen de mis editores lo que me quieren a mí demasiado bien, los que a ellos o a mí nos quieren demasiado mal, y los a quienes, como al asno, matan cuidados ajenos.

Pero vaya otro punto de vista para mirar esta cuestión. *Don Juan* es lo que en lenguaje de bastidores se llama una obra de defensa; todos los empresarios se reponen con ella, y todos los actores cobran por ella su sueldo en la primera quincena de noviembre; pues bien, si todos los empresarios y los actores, que afectan compadecer al autor del *Tenorio* por la pérdida de su propiedad, hubieran dejado o dejaron una peseta de cada sueldo que mi *Don Juan* les procura los actores, y un duro por cada entrada los empresarios, no habría necesidad de pedir para mí al Gobierno lo que para él le piden algunos. Pero lejos de ocurrirseles manifestarme tan caritativa amistad, en cuanto llego a una población anuncian mi *Tenorio* a beneficio de un primer actor, me comprometen a asistir a la ejecución de mi pobre *Don Juan*, anuncian en los carteles mi presentación en la escena para atraer al público, con la esperanza de que yo *diré algo*, me colocan en el lugar más visible de la sala, instruyen a la *claque* y a los ami-

gos de dónde me han de llamar y de lo que me han de pedir que lea o diga; me presentan a traición un papel o un libro, con el cual suelo hacer uno muy poco airoso, y después de haberme obligado a oírme a mí mismo oyendo mis versos, dichos Dios sabe cómo, hastiado de oírlos, asustado de haber hecho mal lo que sé hacer bien, y con los pies fríos y la cabeza caliente, como el negro del sermón, salgo yo del teatro; donde el empresario y el actor cuentan la entrada, de la cual, por supuesto, no me envían un céntimo, aunque no fuera más que para indemnizarme del *camelo* de verme tan mal decorado y tan descuidadamente representado; porque, seguros del éxito, ni el empresario ni los actores suelen, con rarísimas excepciones, cuidarse de las representaciones obligadas de mi *Don Juan*.

Y esto es la gloria del autor del *Tenorio*, que tiene una sola, pero impagable, compensación: el aplauso sincero del pueblo, que me considera como un poeta popular desde la punta del pie hasta la de la perilla. Y, salvo sea el consonante, volvamos a Quintanilla.

A fin de junio anunció el telégrafo, y confirmaron en julio la *Correspondencia oficial* y los periódicos, el fusilamiento de Maximiliano, que me dejaba sumido en la aflicción y cargado con mis deudas, pero libre de mi palabra y dueño de escoger tierra en qué morir. Escribí bajo la impresión de aquella infausta nueva mi libro *El Drama del Alma*, según me lo dictó mi conciencia, y me dispuse a volver a la vida insegura, azarosa y sin porvenir en España, del trabajo literario de *pane lucrando*; por más que no viese en aquel momento el modo de tomar la embocadura a la trompa épica o a la rústica pepitaña con que iba a tener que acompañar el casi olvidado canto de mi vieja y enronquecida musa.

Pensando en ello con no infundada preocupación, me anunció una carta de Barcelona la venida a mi retiro de uno de los socios de la casa editorial catalana MONTANER Y SIMÓN. Y vino este último a proponerme la traducción de los cuatro poemas de Tennyson en su edición ilustrada por Gustavo Doré; conveníle yo de que era mejor hacer una leyenda española con las mismas ilustraciones de los poemas ingleses; y comenzamos aquel *tour de force*, del cual no podían salir cuatro páginas legibles en medio del tumulto y la inquietud en que debieron escribirse; porque sabido por el excéntrico fabricante Pepe Puig y Llagostera mi trato con los Montaner y Simón, me ofreció hospitalidad en su casa de Barcelona y en su fábrica de Esparraguera; con su cuenta y razón; como él decía, para que al poeta castellano no le ofendiera la protección del comerciante catalán. Acepté y me establecí en Cataluña.

Los curiosos pormenores de aquel tiempo de vida común, con su cuenta y razón, con Puig y Llagostera, están en mi *Vuelta a la patria*. Víctor Balaguer, Pedro Á. Torres Ditazza, Roure y los poetas catalanes, me pasearon en triunfo, noble y generosamente, por la tierra de las sangrientas barras y las rojas barretinas; allí fui desde entonces aceptado y tenido por hermano, y donde quiera que a oírme me han llamado, me han colmado de obsequios y de aplausos, y me han despedido con un puñado de duros; porque en aquella tierra del trabajo, se comprende que nadie debe trabajar sin recompensa. Desde entonces hasta hoy, he tenido casi siempre mi casa en Barcelona, y allí soy mirado como catalán, aunque no uso barretina; y allí he podido decir, como un hermano entre sus hermanos, que

Quando por las calles ven mi persona,
dicen los noys que pasan: es *En Surrilla*,
lo mismo que si fuera de Barcelona.

Y sea el que quiera el porvenir, no será mi pluma quien eche más leña al fuego, ni seré yo quien retire el primero su mano de entre las de los poetas catalanes; y espero en Dios que sobre estas nuestras manos jamás desenlazadas, el porvenir volverá a construir lo roto y a unir lo cortado, si por desgracia la política o el interés llegaran a romper o cortar algo; siendo la poesía la inmóvil base y el indestructible anillo de la unidad y de la fraternidad españolas.

Y Dios me tome en cuenta palabras dichas tan sin bajeza como sin miedo: porque sólo los necios ignoran que la lealtad es hermana de la gratitud. Así lo entendimos Puig y yo al juntarnos, y en su casa creí por aquel tiempo que la fortuna iba por fin a darme la cara.

Una buena mañana se nos presentó inopinadamente León Williez, tan excéntrico y estrafalario como el difunto Puig, diciéndome, sin tiempo casi para abrazarnos ni aun saludarnos: «Vengo de Madrid, y vuelvo a Francia para establecer casa editorial en París. La muerte de *aquel señor* le desliga a usted de su palabra; he aquí lo que le propongo: un contrato por diez años: tres tomos de leyendas, verso y prosa, y quince mil francos en cada un año y casa en París; cuentas, cada tres años. Si se pierde, usted no debe nada; si se gana, cubiertos gastos de impresión, correo, administración, etc., a partir utilidades. Libres a usted las obras de teatro, libre a mí la especulación.»

Quise hacer observaciones, pero me interrumpió cogiendo el sombrero: «No tengo más que horas de que disponer; se toma o se deja; yo me embarco esta noche en el correo de *Cette*. Volveré a comer y a despedirme.» Y se marchó.

Conocido el personaje, y consultado con Puig, acepté; y entre los dos, él dictando, como ducho en fórmulas de tales documentos, y yo escribiendo, porque fuera de mi letra, hicimos la minuta del contrato provisional.

Tornó Williez al anochecer: firmó mi manuscrito; un escribiente de Puig hizo a la carrera una copia, que, firmada por mí, se guardó Williez; y dejándome una cantidad para que no excusara el viaje a París cuando él me llamara, le acompañamos, y partió en el buque correo de *Cette*, que es el más feo de cuantos surcan el Mediterráneo.

Creí asegurado mi porvenir; pero, por lo visto, nació de espaldas a la fortuna. Williez fué a Strasburgo a arreglar sus asuntos de familia; y al cogerle allí con aquella excéntrica facha, aquel carácter tan sin aprensión, y metiéndose por todas partes, hablando correctamente el francés y el alemán, me le fusilaron los prusianos tomándole por espía.

Conque, según mi cuenta, yo he muerto mercantilmente tres veces: la primera en la Habana, el 60, con Cagigas, cuya falta echó por tierra el negocio que debía enriquecernos a él, a Portilla y a mí; la segunda en Méjico, fusilado con Maximiliano, y la tercera en Strasburgo, con Williez.

Nadie dirá, al encontrarme tan tranquilo por las calles de Madrid y de Barcelona, que yo soy un muerto tres veces resucitado; pero advierto a mis lectores que a la conclusión de estos recuerdos estoy amagado de una cuarta defunción, y que de ésta sí que no resucito.

XVIII

Retirado en una masía de Tarragona, perteneciente a la familia del hoy conde de Rús, trabajaba yo con afán en la conclusión de mis *Ecos de las montañas*, que es, en mi juicio, el libro peor que en verso se ha publicado en España en lo que del siglo va trascurrido. Ni otra cosa podía ser, escrito en los intervalos breves que de quietud relativa me dejaba la interminable serie de convites, veladas, excursiones y extremados obsequios con que los catalanes me honraron por aquel tiempo. En medio de un capí-

tulo, el municipio de Tarragona, la comisión de los juegos florales de Reus o cualquiera otra delegación de perentoria fiesta mayor, en país más o menos cercano, me encerraba en un *coupe* de un tren especial, y comenzaba conmigo una semana de bailes, lecturas, festines y serenatas; y los buenos de mis editores Montaner y Simón quedaban en Barcelona con las manos en la cabeza, sin poder dar a los suscriptores de mis *Ecos de las montañas* otra razón de la falta de entregas que la de que el autor estaba en una o en otra fiesta, en tal o cual población. Cuando de ellas a Barcelona me devolvían los que para ellas me secuestraban, ya no tenía ni tiempo de leer lo que iba publicado; y sin saber lo que decía, y esperando el cajista mis cuartillas en la antesala, concluía línea tras línea y verso tras verso la atrasada entrega, que permitía respirar a los Montaner y Simón; quienes aceptaban los insulsos desatinos de mi original, contentísimos de saber que aún no me habían vuelto loco o entontecido la vanidad o el cansancio, con que mi alma y mi cuerpo debían rendir y abrumar todas aquellas extremosas demostraciones de entusiasmo de los pueblos catalanes por el poeta castellano.

Lo más curioso en estas fiestas y certámenes de torres de hombres y luchas de carreras de los *Xiquets de Valls*, en las cuales me tocaba dar alguna vez el premio a los vencedores, era que aquellas sencillas gentes, que entre Balaguer, Torres, Martí y Folguera, y mil catalanes a quienes por famosos conocían, veían por vez primera a tan extraño desconocido, se preguntaban unas a otras:

—«*Qui es aquest tan petit ab tanta perilla que tot hom lo saluda?*»

No faltaba alguno que respondiera:

—Es *En-Surrilla*.

Y entonces se sucedían infaliblemente esta pregunta y esta respuesta:

—*Quim Surrilla? ¿Lo ministre?*

—*¡Ca... no! Aquest es l'home tan savi qu'a fet* Don Juan Tenorio.

¡Dios mío! Sólo entre aquellos sencillos campesinos podía dar fama de sabio *Don Juan Tenorio* al que tan ignara y desalentadamente le escribí. Pero tales son la gloria y la popularidad, y tal es el inmediato castigo que Dios a su vanidad impone: el nombre del ministro comenzaba a oscurecer el del poeta; la política comenzaba a ahogar a la poesía, y así se confunde y se borra todo sobre la tierra. Hoy algún comerciante, al remitirme con su cuenta el objeto por mí comprado, encabeza mi cuenta escribiendo: «Debe D. Manuel Zorrilla...»

Quando rectifico el error y le hago comprender que soy el poeta, y no el ministro, se queda como quien comprende que habla con una sombra, y alguno me ha dicho cándidamente:

—¡Ay, yo le creía a usted muerto hace mucho tiempo!

He aquí la gloria de nuestra tierra: la del muerto.

Como quiera que sea, y mientras sobre la tierra en que nací me siento vivo, cumplo a mi gratitud y a mi honradez consignar en él, antes de concluir este libro, mi reconocimiento con los amigos que por Valencia y Cataluña, en estos últimos años, sin confundir al poeta con el ministro, me han ayudado a vivir, contribuyendo a sostener mi reputación con sus juiciosos escritos; como Pitarra (Federico Soler) y Conrado Roure, Jacinto Labaña, Herrero y otros ciento; con su hospitalidad y su hacienda en Figueras, Gerona, Mataró, Reus, etc., la familia Albert, el Dr. Barba y los empresarios Brugada, Jordán y Griffell, y otros muchos a quienes no temo ofender no nombrándolos, porque

La adulación servil fuera en mí mengua,
 porque la fe del hombre agradecido
 está en el corazón, y no en la lengua.

Ni puedo ni debo añadir un nombre ni una palabra más.

XIX

Trabajando, pues, una tarde en el retiro de aquella masía de Tarragona de que ya he hecho mención, me distrajo el ruido de un carruaje que a su puerta se detenía; era el de Mariano Ríus, que me le mandaba con una carta, en la cual me ordenaba abandonar inmediatamente aquella quinta, donde ya no me consideraba seguro.

¡Cuál no sería mi asombro al entrar de vuelta por las calles de Tarragona, topándome en ella de manos a boca con una procesión cívica que paseaba en un estandarte el retrato de Prim, al son de la Marsellesa y de vivas a la República!

Acababa de estallar y se verificaba la revolución del 68, y la fama comenzaba a entenebrar con el nombre de *Ruiz Zorrilla* el de su pariente y homónimo, autor de *Margarita la Tornera*.

No era tiempo de publicar libros de literatura, y comenzaba el de la baja, si no del desprestigio, para los versos. Como nunca supe hacer otra cosa, comencé yo a comprender que empezaba para mí la época de la nulificación, sofocado bajo la triple presión de la vulgarización de la poesía, la aparición de dos o tres poetas de más meollo, y autores de más sustanciosas obras que el mío y las mías, y la presentación y engrandecimiento del poderoso nombre del Ruiz Zorrilla, absorbente del Zorrilla a secas, que hasta entonces se había venerado sólo en las principales Zorrillerías del reino que aquél en república convertía.

De esta triple e inminente catástrofe resolví yo defender mi poesía legendaria y el dudoso porvenir de mi existencia con un doble esfuerzo supremo, y procurando sacar el partido posible de aquellas tres desfavorables circunstancias.

Discurrí, pues, elevar el romancero a legendario, por si algún día pudiera llegar a plantearse la cuestión de si el legendario podrá o no constituir una epopeya nacional, y la empecé con el del Cid para exhibir el primer ejemplo. Como éste debía de alcanzar más dimensiones y necesitar más tiempo de los que podía nutrir el escaso precio que los editores de España podrían poner a semejante trabajo, determiné acudir al Gobierno que presidía mi homónimo, y decirle: «Ya que con el tuyo, que se hace famoso, me destruyes y anulas la fama de que hasta hoy gozó el mío, ayúdame a sustentarle o a crearme otro nuevo con mi trabajo.»

Y el Sr. D. Cristino Martos y D. Juan Valera encontraron *la fórmula*, como hoy se dice, de procurarme una subvención anual bajo el nombre y forma de comisión; por no haber antecedentes de que hubiese habido, ni tal vez fundamento de que pudiese haber, ningún poeta pensionado en España.

Y creo excusado y hasta impertinente añadir una palabra más sobre esta comisión en el momento en que llega a mis oídos que personas de más valer y de más claro ingenio que yo, han empezado a hablar de ella, con intención de extender sobre mí una protección tan generosa de su parte como agradecida de la mía.

XX

AL EGREGIO POETA SEVILLANO D. JOSÉ VELARDE

Mi querido amigo: Con el nombre de usted encabezé este revuelto libro de mis enmarañados recuerdos, y con él debe de concluir. Su carta de usted del 29 de septiembre de 1879, ⁶ dió motivo al comienzo de su publicación en los *Los Lunes de El Imparcial*, y por ella se me devolvió el sueldo que se me acababa de suprimir. A usted debo, pues, dirigirme a su conclusión como a su principio.

De estos mis recuerdos, por estar tan engarzados unos con otros, ha resultado esta tan mal confeccionada obra en tres tan desordenados volúmenes, de cuyo segundo es esta carta el *finis coronat opus*. En ambos, con una ingenuidad casi infantil, he dicho en incorrecto y bárbaro lenguaje lo que tal vez no debía decir en vida, porque no arguyera en mí vanidad y petulancia imperdonables; si en alguna de sus páginas mis palabras acusaran al parecer semejantes aspiraciones de una soberbia que no tengo, defiéndame, usted que me conoce, de tan injusta imputación, aunque mi indiscreción y falta de tacto hayan desparramado en estas hojas alguna idea mal expresada que parezca justificarla.

La enredada madeja del argumento tan mal devanado en este libro, no merece ni los honores de la crítica; porque no puede considerarse más que como pueril desahogo de un escritor viejo que comienza con él a dar muestras de que chochea.

El tomo III lo componen las *Hojas traspapeladas*, en las cuales algunos recuerdos del tiempo de Fernando VII, algunas historias que parecen cuentos y algunos cuentos que son historias, le interesarán a usted más que la narración de los hechos efímeros de mi inútil vida. Algunos van añadidos a este tomo, que no serían tolerados ni permitidos en las columnas de un periódico; pero los he arrancado de mis memorias póstumas, en las cuales quedarán tal vez candelentes algunas chispas, que darán luz sobre la historia del tiempo y de los hombres en que y con quienes viví; y me lisonjeo, tal vez no ilusoriamente, de que algunos de los que me sobrevivan se convencerán de que no he visto el mundo y los hombres tan sólo con los ojos de la cara.

Muchas cosas tenía intención de decir a usted en esta carta, para que pudiera usted responder a las muchas que le habrán dicho, y aun le dirán, los que han perdido su tiempo en inventarme hechos no hechos por mí, y en ajustarme mis cuentas, sin duda por las cifras de las suyas. Pero de mi vida privada no debo cuentas más que a mi confesor y a Dios, y de mis cuentas constan las sumas totales en mis libros y en los de mis editores con estas cifras:

Los ocho primeros tomos de versos, pagados a 1.000, 1.500, 2.000, 3.000 y 5.000 reales, montan 27.500. Mis treinta y dos obras dramáticas, *Don Juan*, a 12.000; *El Zapatero y el Rey*, a 8.400; el *Sancho García*, 8.800, con las gratificaciones y beneficios acordados alguna vez por las empresas, no llegan, ni estrándolas en el tormento, a 300.000 reales. *El poema de María*, a 32.000, con los 5.000 duros del *de Granada* y los sueldos de periódicos; desde los 36.000 reales de los *Cantos del Trovador* hasta los 18.000 de los *Cuentos de un loco*; los 50.000 ganados con *mis lecturas*, los 10.000 de *la leyenda de los Tenorios* y los 30.000 del *Cid*, no suman tampoco 17.000 duros; y con éstos y los 3.000 ganados con Williez, y los 3.000 con Isidro Lira, y los 4.000 que Muriel malgastó conmigo en París, los 2.000 que en Méjico malgasté yo a Manuel Madrid, y unos cuantos picos que conmigo han empleado en sacarme de apuros amigos como mis condiscípulos el duque de V. y F. T. de la V. y el G. J. y los 1.000